



Departamento de Historia Contemporánea  
Facultad de Filosofía y Letras

Tesis doctoral en Historia Contemporánea

***Microhistoria de la vida en dictadura en Santiago de Chile durante las Protestas Nacionales (1983-1986). Representaciones, prácticas y significados en Santa Adriana y La Pincoya.***

---

Juan Radic Vega

Director: Pedro Martínez Lillo

Marzo 2019

*Hay hombres que luchan un día y son buenos.  
Hay otros que luchan un año y son mejores.  
Hay quienes luchan muchos años, y son muy buenos.  
Pero los hay que luchan toda la vida: esos son los imprescindibles*

Bertold Brecht

*... la acción y el ejemplo arrastran mucho más que la palabra (...)  
No se desalienten jamás  
sigan adelante en esta lucha,  
especialmente en las poblaciones  
donde cada vez hay más pobreza*

Clotario Blest

## AGRADECIMIENTOS

No puedo comenzar estas líneas sin agradecer a mis dos maestros en este largo camino; a mi director, Pedro Martínez Lillo y al historiador Claudio Rolle Cruz. Cada uno a su forma, no sólo han entregado valiosas contribuciones a esta investigación y mi formación académica sino y sobre todo, porque han sido un ejemplo ético y profesional para mí. Engrandecen la condición universitaria en un tiempo donde los referentes éticos e intelectuales se caen a pedazos. Ustedes, me hacen abrazar la universidad y el ser historiador con convicción, esperanza, honestidad y rigor. Son grandes, dentro y fuera del campo de juego. Sencillamente gracias, porque estaré siempre en deuda con ustedes.

También es pertinente agradecer a la Universidad Autónoma de Madrid, que me recibió y cobijó por más de cinco años. A toda su gente, administrativos, profesores y trabajadores en general. Al Departamento de Historia Contemporánea por permitirme desarrollarme intelectualmente, concediéndome becas y beneficios que facilitaron mi formación. A sus profesores siempre bien dispuestos con mi trabajo y a esta investigación concretamente, pese a extenderse mucho más allá de lo prudente. A Álvaro Soto, su sentido y solidario aporte a mi trabajo con documentos, charlas y debates; a José Luis Neila, a Juan Pro; a Manuel Pérez Ledesma su siempre dispuesta orientación en algunos temas referidos a los movimientos sociales. A Carmen de La Guardia y Patricio Saíz con quienes aprendí mucho trabajando a su lado; a Juana Martínez, siempre con una palabra de aliento y orientación cada vez que lo necesité, perdido en la vorágine burocrática. También debo agradecer y recordar especialmente a alguien que ya no está con nosotros pero que marcó a compañeros y estudiantes: Javier Donézar Diéz de Ulzurrun. Gracias Javier por recordarnos que ser investigadores serios no tiene nada que ver con dejar de sonreír y disfrutar de la vida.

Debo agradecer profundamente a cada uno de las y los entrevistados para esta investigación. Las y los pobladores de Santa Adriana y La Pincoya. Sus relatos no sólo sirven para dar vida a esta historia, sino que permiten reconocer la histórica deuda que el Estado de Chile y buena parte de su sociedad mantiene con ustedes. Les agradezco particularmente su compromiso. Por esa convicción irrestricta en la comunidad y respeto por el otro que, a partir de cada una de sus experiencias marcadas por la solidaridad, han mantenido firmemente, convirtiéndose en un ejemplo digno de imitar. Su gratuito compromiso conmigo y esta investigación, posibilitó charlas y entrevistas que trascienden este trabajo, pero reiteran mi convicción respecto a la importancia de rescatar sus historias. Como se los dije a muchos de ustedes, ¡son sujetos de historia, qué duda cabe! En esa línea

quiero agradecer especialmente a tres personas en particular. En primer lugar a July –y por medio de ella al Centro Abierto Santa Adriana— por abrirme las puertas del centro y permitirme sumergirme en la población. Sin ti, July, y tu ayuda gratuita, no habría podido acceder ni a la mitad de testimonios, máxime cuando permitiste que en vuestro lugar pudiéramos realizar varias actividades con los adultos mayores que logramos proyectar en el tiempo. Por su parte, debo agradecer a Bety, su honestidad y vocación de servicio público. Me llevaste y me enseñaste todo, me abriste las puertas de tu casa pese a las dificultades que esto representaba para ti. No tengo más palabras que agradecerte y, como me comprometí, intentar profundizar y difundir lo más posible a través de mi trabajo vuestras historias. Finalmente a Juan que me abrió las puertas de La Pincoya. Su conocimiento y compromiso desinteresado en la organización autónoma de la población, resultaron vitales para comprender y conocer mejor la historia de ese lugar mágico que sigue aglutinando a tantas y tantos vecinos en una idea común.

Agradezco a mis amigos y colegas por su compañía, preocupación y asistencia en tantos momentos. A María José Henríquez, siempre preocupada de esta investigación. A Boris Hau que, casi sin conocerme, me facilitó información valiosa de archivos y fuentes. A Marcela, antigua encargada del fondo documental de la Vicaría de la Solidaridad. A Eduardo Carreño, por su amistad sincera y preocupada, teniendo siempre en consideración mi trabajo. A Mariana Leone, porque ha estado ahí cada vez que se lo he pedido; en momentos difíciles y también en los alegres. Este documento no habría sido posible sin tu inmensa y gratuita ayuda. Ánimo, pronto se ordenarán las ideas y vendrá el tiempo de cerrar ¡No lo dudes! A mi viajera amiga y colega Romané Landaeta, por su amistad y reconocimiento permanente. Tu afecto ha sido un soporte inmenso todo este tiempo; tu respeto, un impulso que me dio fuerzas para no rendirme y seguir. Eres un ejemplo. A Daniel, Javiera, Camila y Cristián que hicieron mucho más llevadero el retorno a Chile.

Finalmente agradezco a mi familia. A mi padre y su prudente silencio sin juicios ni presiones. No debió ser fácil. Fue un regalo que aprecio enormemente. A Cecilia, por estar siempre dispuesta a escuchar y ayudar. ¡Cuánto me has dado madre mía! A Antonieta por su amor infinito. A Maruja, Jaime, Marcela, Julián y Jaime, mi otra familia. A María José, por la paciencia incondicional. El aguante silencioso y sin condiciones durante tantos años no tendré nunca como recompensártelo. Tu compromiso y amor, sencillo pero inconmensurable, sólo puedo tomarlos como un tesoro que espero saber cuidar, proteger y reproducir. Finalmente para ti Antonia. Porque llenas de alegría y esperanza mi mundo. Ni dimensionas lo afortunado, pleno y orgulloso que me siento con compartir tu camino. Solo verte me invita a querer ser mejor.



# ÍNDICE

AGRADECIMIENTOS.....	4
INTRODUCCIÓN GENERAL.....	8
<b>CAPÍTULO I. Movimientos sociales y protesta popular en Chile. Teoría, acción e historia</b>	
1. Introducción.....	21
2. Consideraciones teóricas de los movimientos sociales en la historia.....	24
2.1 Sobre la utilidad de los movimientos sociales como herramienta de análisis	
2.2 Historia de un concepto: buscando una definición desde las ciencias sociales	
2.3 Dimensiones, características y ámbitos de los movimientos sociales	
2.4 Dinámica de un movimiento social y sus ciclos de protesta	
3. ¿Nuevos movimientos sociales? Debates sobre acción colectiva en América Latina.....	54
3.1. Sobre el concepto de Nuevos Movimientos Sociales (NMSs)	
3.2. La novedad de los NMSs latinoamericanos	
4. Movimientos sociales en Chile durante el siglo XX.....	71
4.1. Movimientos obreros y populares en la primera mitad del siglo XX	
4.2. Nuevos actores, participación política y conflictividad social durante la Guerra Fría (1957-1973)	
<b>CAPÍTULO II. Culturas políticas, imaginarios y representaciones sociales en el tiempo presente latinoamericano. Una historia cultural desde abajo</b>	
1. Introducción.....	99
2. Ideas, valores, representaciones y prácticas de los sectores populares. Una historia cultural de los de abajo.....	104
3. Injerencias desde arriba: El Estado de compromiso y la idea de cambio estructural.....	133
3.1 Un continente en transformación	
3.2 Dimensión económica de los cambios	
3.3 Dimensión política del cambio: Guerra Fría en América Latina	
4. Reapropiaciones desde abajo: cultura, política popular y crisis urbana en América Latina.....	172
4.1 Exclusión urbana y organización social de los pobres en el Cono Sur	
4.2 El movimiento de pobladores en Santiago de Chile	
<b>CAPÍTULO III. Estructuras de poder, marcos normativos e ideológicos de la dictadura militar chilena y resistencias sociales (1973-1983)</b>	
1. Introducción.....	199
2. El giro conservador: golpes de Estados, Doctrina de Seguridad Nacional en América Latina.....	200
2.1 La Doctrina de Seguridad Nacional en América Latina	
3. Chile, la dictadura revolucionaria: seguridad nacional, autoritarismo y neoliberalismo....	210
3.1 Situación general. El terror	
3.2 Fundamentos ideológicos y políticos de la dictadura cívico-militar	
3.3 Los principios de la revolución económica y la transformación social	
4. Transformaciones y modernizaciones en la primera fase de la dictadura y sus efectos sociales (1973-1983).....	230
4.1 Panorámica de las áreas de transformación social	
4.2 Reformulación político-territorial: municipalización y transformación urbana de Santiago	
5. Respuestas y resistencias populares a la transformación autoritaria (1973-1980).....	247
6. La crisis económica, la oportunidad política y el cambio en la subjetividad ciudadana.....	262

#### *CAPÍTULO IV. Las protestas nacionales y el proceso político social en la lucha por la democracia*

1. Introducción.....	271
2. Las protestas nacionales revisitadas: estado de la cuestión de la movilización social en dictadura y el sujeto poblador como actor político.....	275
2.1 Anomía versus autonomía: el sujeto poblador y su papel en la acción colectiva en dictadura	
2.2 La lucha por la democracia y la idealización del proceso político chileno	
2.3 Los tiempos de la crítica	
3. Historia del Tiempo Presente y la revaloración del acontecimiento.....	310
4. Relato de un acontecimiento histórico. Las protestas nacionales y la derrota política de la movilización social (1983-1987).....	315
4.1 Obertura. Ambiente idóneo, malestar, organización y liderazgo. El 11 de mayo de 1983 y la primera ola de protestas	
4.2 Derivaciones de la protesta: Zanahoria y garrote, diálogo y represión	
4.3 Rutinización de la protesta y el comienzo de la instalación	
4.4 Intermezzo. (de horror): violencia, política y sociedad durante el estado de sitio	
5. La Segunda Ola de protestas (1985-1986).....	377
5.1 Se reinician las protestas	
5.2 1986, el año decisivo	
5.3 La vía insurgente: operación Siglo XX y el derrumbe de la movilización social	
6. El fin de las protestas y la instalación moderada: El fracaso de la movilización social.....	398

#### *CAPÍTULO V. Microhistoria de la vida en dictadura en Santa Adriana y La Pincoya I: Cartografiando prácticas poblacionales*

1. Introducción.....	409
2. Genealogía de La Pincoya y Santa Adriana.....	418
2.1 Fundación e inicios de Santa Adriana (1960-1973)	
2.2 La Pincoya: entre la acción directa y la Operación sitio (1969-1973)	
3. Territorios complejos. La población como lugar de identidad, conflicto y asimilación en el entramado autoritario.....	444
4. La población como lugar antropológico. Protección, rearticulación y recomposición de la(s) identidad(es).....	451

#### *CAPÍTULO VI. Microhistoria de la vida en dictadura en Santa Adriana y La Pincoya II: Representaciones colectivas y significados de las prácticas durante la dictadura militar*

1. Introducción.....	483
2. La población como lugar de conflicto y resistencia.....	484
3. Nuevos referentes sociales de una cultura contestataria: liberación y despliegue de mujeres y jóvenes en las protestas nacionales.....	516
4. Lugares de memoria, lugares con historia: registro territorial del conflicto y la ambivalencia en Santa Adriana y La Pincoya.....	547
5. Coda. Asimilación, retraimiento y desinterés. Huellas e indicios de los pobladores no organizados.....	563
CONSIDERACIONES FINALES.....	572
FUENTES Y BIBLIOGRAFÍA. ....	589
ANEXOS.....	606

## INTRODUCCIÓN

La pregunta realizada por R. Guha hace ya más de veinte años en una conferencia en Hyderabad, respecto a quién era el que elegía los acontecimientos que debían considerarse históricos de una nación, un pueblo o comunidad, o —más bien— quién era el encargado de establecer los criterios, valores y principios que otorgaban legitimidad a una acción para convertirla en digna de ser histórica y, a su vez, desechar al sumidero del olvido a otros acontecimientos, puede ser un excelente punto de partida para esta presentación. Los cuestionamientos del historiador indio no eran otra cosa que una crítica mordaz a los modos en que la modernidad —blanca, masculina y occidental— imponía sus criterios de *Verdad* sobre aquello que efectivamente era relevante, destacable y memorable, digno de ser conservado en la memoria colectiva de un pueblo. En efecto, hoy resulta más o menos evidente que el Estado, el poder y las élites que de una u otra manera lo ejercen, imponen al conjunto de la(s) sociedad(es) qué es digno de recordarse, cómo debe entenderse el pasado y, por ende, el presente. En otras palabras, siempre hay alguien que busca imponer un determinado modo de entender la historia, con los consabidos reparos y límites que esto representa<sup>1</sup>.

Desde hace décadas que estas cuestiones se vienen problematizando. Autores como W. Benjamin, E. P. Thompson, o, M.A. Illanes en clave chilena, han venido reflexionando sobre cómo y quién escribe la historia. La frase de Orwell, “la historia la escriben los vencedores”, sintetiza quizás la crítica a los usos del trabajo historiográfico y cómo pueden incidir de manera decisiva en la trayectoria de una sociedad en el tiempo, a partir de ese determinado modo de entender los procesos históricos. Esto, como es lógico, ocurre de forma más urgente y contingente cuando corresponde —como es nuestro caso— a la historia reciente, donde los relatos dominantes de esos pasados vivos, buscan justificar actos, interpretaciones y representaciones actuales, y convertirlos en hegemónicos, de manera de imponer al conjunto de la sociedad sus modos de hacer inteligible el mundo.

Pues bien, de algún modo, esta investigación está motivada por esas reflexiones sobre el pasado reciente de Chile, e intenta problematizar y dar luz sobre aspectos algo relegados de este periodo, poniendo en cuestión los modos en que se ha construido esa historia reciente del país y que ha tenido como fractura decisiva de su devenir el golpe de Estado de

---

<sup>1</sup> R. GUHA. *Las voces de la historia y otros estudios subalternos*. Crítica, Barcelona 2002, p. 17.

septiembre de 1973 y los diecisiete años de dictadura que le siguieron. Si consideramos los trabajos de S. Stern respecto a las memorias que se fueron constituyendo a partir de este punto de inflexión histórico —desde la memoria heroica a la disidente, como las identifica el historiador norteamericano—, se observa el influjo de este pasado en la construcción de un modo específico de relatar la historia de Chile. También, para conectar las memorias individuales —personales e íntimas— con otras existentes en la sociedad, de manera de situar la experiencia propia en un marco más amplio, dándole sentido y permitiendo, de ese modo, su conexión con una determinada memoria colectiva.

En esa línea, la mirada dominante de las últimas décadas, impuso con fuerza un relato sumamente coherente, eficaz y útil para sus intereses sobre ese traumático pasado, y la forma como la sociedad chilena logró salir de una dictadura terrorista. En ese sentido, se instaló como verdad el carácter modélico de la transición chilena, destacando la solidez y estabilidad de la democracia —fundamentales para reconciliación de todos los chilenos— pese a las enormes dificultades que representó tener al dictador como actor protagónico y deliberante de todo el proceso. La indudable astucia de los partidos políticos para “derrotar con un lápiz” a una dictadura todopoderosa utilizando hábiles estrategias —como la campaña televisiva para votar NO—, son parte fundamental en la construcción de ese discurso casi mitológico que pintó al proceso sociopolítico chileno del retorno a la democracia, con tintes ejemplificadores para toda la región. Ahora bien, no sólo se idealizó el camino trazado —acallando las advertencias de aquellos que planteaban los límites y problemas del proceso postdictatorial que se iniciaba— sino que se justificó un modo extremadamente limitado y restringido de entender la democracia, en aras de la estabilidad institucional. Fue por garantizar esa “gobernabilidad”, precisamente, que se excluyó soslayada pero quirúrgicamente a la sociedad civil del proceso político, limitando su participación casi exclusivamente a sufragar por sus representantes. Con ello se relegó a un segundo y tercer orden sus anhelos, reivindicaciones y representaciones de lo que debía ser la democracia post Pinochet.

Ante ese escenario, la apatía y la desmovilización se extendieron progresivamente, sobre todo allí donde más vida, debate y actividad había existido en dictadura: en los barrios populares urbanos, es decir, las poblaciones de Santiago. Y si bien desde 2011 la irrupción de nuevos actores sociales lograron cuestionar y parcialmente romper el cerco que custodió las bases de la democracia postdictatorial, los relatos que entienden de manera uniforme —y desde arriba— siguen primando a la hora de comprender ese pasado de la lucha por la democracia, imprimiendo, en definitiva, un modo extremadamente restringido, monótono y

parcial de pensar los procesos y experiencias de los últimos cincuenta años de la historia sociopolítica de Chile.

Hace varios años ya, mantuve una interesante, intensa y fructífera conversación con el sociólogo chileno Manuel Antonio Garretón respecto al tema de mi investigación<sup>2</sup>. La verdad que cuando le conté mi interés por profundizar en el periodo de las protestas nacionales y los distintos significados que podía tener ese agudo y rico proceso social de movilización contra la dictadura, concentrándome especialmente en las poblaciones de Santiago, me miró algo escéptico. Más cuando le insistí mi convicción respecto a que algo más que lo ya escrito —y que el mismo había analizado y ayudado esclarecer<sup>3</sup>— había pasado en “ese” Chile, donde yo observaba procesos más complejos que la mera expresión de malestar por la paupérrima situación económica o la falta de libertades. La fuerza, decisión y organización autónoma alcanzada en los tiempos más duros de la historia reciente de Chile, no podían sólo ser causa de ese malestar. No. Y aunque suene superfluo esgrimirlo, los pueblos muchas veces han tenido hambre o han sido golpeado por regímenes dictatoriales y no necesariamente se han volcado tan creativamente a expresarse, organizarse y liberarse, experimentando interesantes procesos de participación como había ocurrido en el Chile de Pinochet de la década de 1980. Además, esos procesos que en dictadura fueron auspiciados e incentivados por los partidos de oposición, la iglesia y fundaciones no gubernamentales, luego, en democracia, habían sido desdeñados, relegados y enviados al olvido. Como si no fuesen dignos —siguiendo las ideas de Guha— de ser considerados en esa historia de la transición que comenzaba a imponerse. “Para los cabros, todo era fascismo”, me dijo Garretón, enfatizándome al comienzo, que no había “mucho” que analizar en esos comportamientos anómicos que carecían de profundidad; la parte fundamental de esa historia, reiteraba, la habían hecho los partidos políticos al conducir y liderar a la oposición. De hecho —arguyó— cuando los partidos se fragmentaron y tomaron el camino institucional, la movilización había modificado claramente sus patrones, orientándose hacia la vía electoral. Igual “lee a Oxhorn”, me dijo. Te va a gustar y te va a ayudar. Le hice caso (y tenía razón. Me gustó y me ayudó)<sup>4</sup>.

---

<sup>2</sup> Debo agradecer a Álvaro Soto la posibilidad de esta plática gracias a una reunión organizada por él y realizada en su despacho, terminada horas después en un café madrileño. Igualmente a Manuel Antonio Garretón por su honestidad y franqueza para discutir y compartir sus interesantes puntos de vista.

<sup>3</sup> El trabajo del Premio Nacional de Ciencias Sociales es prolífico y varios de sus trabajos son considerados en esta investigación. A veces para trazar un diálogo crítico con ellos, otras, para sostener mis apreciaciones en sus análisis de la situación política del país durante la dictadura militar.

<sup>4</sup> Philip Oxhorn realizó su tesis doctoral en Ciencias Políticas a fines de los años 80' sobre estos temas, trabajando con Garretón durante su periodo en Chile. **P. OXHORN**; *Organizing civil society: The popular sector and the Struggle for democracy in Chile*. University Park: The Pennsylvania State University Press, 1995.

Pues mi interpretación no se riñe con la de Garretón en ese aspecto. Efectivamente el movimiento social tuvo su fuerza gracias a la hábil estrategia partidista, la influencia y patrocinio de entidades intermedias como Ong's, fundaciones extranjeras y las propias iglesias cristianas, fundamentales en todo ese despliegue experimentado en las poblaciones; sin esa colaboración y soporte nada de la producción material y organizacional de las bases habría sido posible. Es más, como sostiene Garretón, cuando la oposición se dividió, la movilización perdió fuerza (pero no convicción entre sus miembros, cabe matizar). No obstante –y aquí si nos distanciamos del sociólogo chileno— si consideramos que durante las protestas nacionales (1983-1987), la emergencia de “nuevos referentes sociales” situó en las poblaciones populares de la capital el eje de la resistencia, debemos poner en valor el papel que desempeñaron estos espacios en la confrontación con el régimen<sup>5</sup>. De hecho, toda la hábil articulación política opositora, se sostuvo –inicialmente al menos— en la fuerza popular emanada de la calle. En ese sentido, la fuerza simbólica de las poblaciones durante las protestas como espacio de disputa, confrontación y resistencia, en efecto, nos demostraban que el malestar iba más allá de una inconformidad económica: las acciones de protesta, pero también de creación contracultural que se desplegaban en estos espacios (por mínimas y localizadas que fueran) registraban en sus prácticas la existencia de algo más profundo, que nos invitaba a repensar –sin caer en esencialismos estáticos que tanto se le han endilgado al sujeto poblador— el modo en que los sectores populares estaban pensando su realidad. Este punto pues, comenzó a constituirse en una interrogante central de nuestra investigación; cómo visualizaban, reconocían, interpretaban y finalmente escenificaban en la práctica su realidad, su tiempo, su situación, los pobladores, en un periodo, además, marcado por los profundos cambios socioculturales a los que asistía el país y el mundo entero.

Por eso, las protestas fueron algo más que una herramienta política de presión contra el régimen; fueron, a su vez, expresión de un sentir de la sociedad. Y en ellas se pudieron expresar modos de ser y hacer que alcanzaron la luz pública gracias al estallido social. Evidentemente que en el amplio arco que representó la oposición a Pinochet, existieron infinitas diferencias, pero nos ha parecido interesante indagar en los significados que tenía la protesta y más extensamente la acción colectiva en el universo simbólico de los pobladores organizados de Santiago, dado que identificamos formas de comprender la lucha contra la dictadura de una manera particular. Formas, en definitiva, que cuestionaban profundamente toda la estructura normativa e ideológica que la dictadura había venido

---

<sup>5</sup> S. STERN; *Luchando por mentes y corazones. Las batallas de la memoria en el Chile de Pinochet. Libro 2 de la trilogía La Caja de la memoria del Chile de Pinochet*. Ed. Univ. Diego Portales, Santiago, 2013.

implementando desde ese trágico 11 de septiembre de 1973 y que llamaban a restaurar la democracia vilmente perdida y no necesariamente a implementar una nueva.

Por lo tanto, para mi enfoque, no resultaba tan relevante el éxito o fracaso de la movilización o el proceso político en sí, sino, más bien, cómo en ese discurso homogeneizante (pero necesario) y aglutinador de “Fuera Pinochet” o “No Más. Democracia ahora”<sup>6</sup>, se solapaban visiones y formas distintas de comprender la lucha contra la dictadura. Pero aún más. Detrás del movimiento y el significado atribuido por los actores sociales poblacionales, existían matices, y tensiones importantes en las formas de representar la vida en sociedad y, a fin de cuentas, la propia idea de democracia. En otras palabras y desde una dimensión histórica, en ese ciclo de protestas se podía ver de manera clara, según mi entender, cómo pensaban un número considerable de habitantes de los barrios populares de Santiago y las distancias que esas formas presentaban de los modos en que las élites que encabezaban el movimiento y otros sectores de la sociedad, establecieron y proyectaron al futuro sistema democrático. Es decir, identificamos una tensión —que más tarde se convirtió en fractura— entre la dirección del movimiento y una parte importante de la sociedad que se había movilizado contra el régimen, respecto al sentido y los propósitos de la lucha que se estaba realizando.

En ese orden, entonces, la pregunta que guía esta investigación dice relación con esa tensión y contraste expresado entre la rica actividad organizacional de las comunidades de base experimentada en dictadura y expresada en su lucha por la democracia, y la creciente decepción y apatía que le siguió una vez derrotada la dictadura. Qué ocurrió en ese tránsito, nos invita a aproximarnos a las formas en que los actores sociales de las poblaciones de Santiago —aquellos que más masiva y comprometidamente se movilaron— entendieron su realidad, representada en modos específicos de acción y materializadas a través de sus prácticas cotidianas, y qué significado dieron a su lucha por la democracia. Asumimos como punto e partida, que esas formas entraron en tensión con las representaciones impuestas por el régimen, pero, además, con aquellas que finalmente se establecieron en la nueva democracia. En ese sentido, el objetivo de nuestra investigación persigue desentrañar los modos de construcción de significados que los pobladores organizados de Santiago tuvieron del proceso sociopolítico del que fueron parte, cuestión que analizaremos a partir del ciclo de protestas que remeció Chile entre 1983-1986, ya que fue durante este periodo que pudieron registrarse con mayor claridad los modos en que estos grupos organizados representaron su vida a través de acciones específicas. En otras palabras, cómo piensan y

---

<sup>6</sup> Sintetizo en esas dos consignas tradicionales de panfletos, rayados, parte del discurso que unificó a buena parte de la sociedad civil opositora al régimen.

entienden su realidad, por qué lo hacen de esa forma y qué elementos inciden en la conformación de sentido de esa percepción.

Pues bien, esta tesis sostiene que en sus acciones políticas, organizaciones y prácticas cotidianas se distinguen modos específicos de inteligir el mundo, imaginarios colectivos, anhelos y esperanzas, que tenían un fuerte arraigo histórico, sustentado en las creencias y culturas políticas dominantes desde la segunda mitad del siglo XX en el país, combinadas y potenciadas con sus ricas experiencias comunitarias producidas al fragor de la construcción de sus barrios, procesos acaecidos en ese mismo periodo. Sostenemos al respecto, que este clima de época, así como sus experiencias específicas en la construcción de sus barrios — sustentadas en la organización, la comunidad, la solidaridad y la participación igualitaria de sus miembros— ayudaron a conformar un acervo político cultural determinado, un *ethos* que resultó crucial para modelar los imaginarios y representaciones de las y los pobladores de Santiago respecto a lo que era la política, la vida en sociedad y la democracia, sirviendo de base para constituir los modos de percepción y representación de la realidad durante la dictadura. Este *ethos* representó formas laxas de inteligir el mundo —no estructuradas de un modo específico como un dogma o un sistema de ideas concreto—, considerando ideas, imaginarios sociales, creencias y consideraciones morales —que resultaron brutalmente violentadas o transgredidas por el orden autoritario— además de sus prácticas y experiencias comunitarias y organizativas.

Ahora bien, la reflexión sobre estas cuestiones al analizar las fuentes y las lecturas de muchas y muchos intelectuales preocupados del mundo popular santiaguino durante el periodo autoritario, me permitieron comprender que las poblaciones eran un escenario mucho más complejo, sumamente heterogéneo y, por lo tanto, no necesariamente coherente. Es decir, que no podíamos caer en el esencialismo historicista que sólo encontraba sus fundamentos para la acción en las memorias reivindicativas de los pobres de la ciudad, ni en el reduccionismo de otorgar a todos los habitantes de los barrios populares ese acervo político cultural: ni todos piensan igual, ni todos recibieron las mismas influencias, ni mucho menos llegaron a estos barrios en el mismo tiempo. Es más, ni siquiera podemos otorgar coherencia y una identidad unívoca al conjunto de habitantes de las poblaciones, dado que muchos no compartieron los imaginarios, experiencias y principios dominantes en estos sectores y, por lo tanto, no todos experimentaron el mismo sentido de pertenencia en su llegada a la población.

El modo que encontramos para sortear esta dificultad, precisar mejor y complementar esta influencia histórica en los imaginarios poblacionales del grupo de actores que queremos historiar, dijo relación con dos aspectos metodológicos: por una parte, asumir la



enorme heterogeneidad identitaria, social y cultural que las poblaciones tuvieron, identificando distintos modos de responder a la realidad que busca imponer el régimen; fuesen estas de asimilación, resistencia o reapropiación creativa. Para ello, resultó fundamental aplicar una mirada microhistórica al fenómeno, y las prácticas ejercidas por los actores sociales en el microespacio social. A su vez, incorporar las ideas de recepción y reapropiación resultó fundamental para este trabajo, pues nos dieron espacio para la libre asimilación de los sujetos —en formato de resistencia o efectiva legitimación del orden vigente—, más allá de las fuerzas dominantes que pudieran existir. Descartamos de facto, entonces, que el flujo de ideas principios y proyectos que se pesquisan en el mundo subalterno se produzcan por la mera reproducción —automática— de lo que dicen los de arriba. O, peor, que la vertebración de las élites contestatarias sean el reflejo consciente del movimiento inconsciente de las masas<sup>7</sup>.

Por otra parte, decidimos considerar y sumar a los elementos históricos, aquellos aspectos contingentes de la realidad sociopolítica que fueron definiendo y modelando los comportamientos de los actores sociales en el entramado autoritario. Así, si bien asumimos que las memorias reivindicativas y una identidad específica vinculada a la formación de los barrios urbanos durante la segunda mitad del siglo tuvieron gran injerencia en la conformación de las formas de inteligir la realidad, también añadimos a este aspecto la incidencia de la contingencia como un factor modelador en la conformación de esas representaciones. Máxime cuando la experiencia de esos diecisiete años de dictadura involucró una transformación tan profunda y radical en la vida de los chilenos.

Ahora bien, en la medida que nuestra investigación fue tomando forma, fuimos tomando consciencia de la idea que junto a este proceso de resistencia que emerge con fuerza en el mundo poblacional santiaguino y la tensión que se vislumbra entre las representaciones de la democracia vinculadas a las culturas políticas anteriores al golpe de Estado y la estructura revolucionaria que impone el régimen militar, se encontraban en acción procesos de transformación cultural mucho más profundos. En efecto, detrás de este tiempo de la dictadura y toda la revolución económica, política y social que se produce, se escondían procesos históricos globales más complejos, que evidenciaban que la auténtica transición cultural que vivió el país en esos diecisiete años se insertaba en parte de un cambio global. Un auténtico cambio de época, si seguimos los planteamientos globales propuestos por Enzo Traverso para las décadas de 1970 y 1980, entendidas como *sattelzeit*

---

<sup>7</sup> A. GILLY; *Historia a contrapelo. Una constelación*. Ed. ERA, México, 2006.

o tiempo bisagra en el lenguaje Kosellekiano<sup>8</sup>. Así, el tiempo de la dictadura también se relacionaba con procesos que superaban la propia especificidad contingente, conectando a ese mundo que se estaba formando a partir de la revolución autoritaria en Chile, con los procesos de globalización neoliberal que comenzaban a desplegarse en el mundo. De este modo, los pobladores —al igual que buena parte de la sociedad chilena— se insertan en este mundo en tránsito —con una dictadura terrorista de por medio— caminando a tientas, sin referencias claras. Un tiempo de transición, que combinaba indistintamente aspectos, creencias y convicciones del mundo que iba en retirada, con elementos valores y principios que empezaban a constituirse en dominantes y que caracterizarían a la vida en sociedad del siglo XXI. Por eso es habitual encontrar prácticas tan abigarradas a la historia y la memoria obrera y popular, como otras novedosas e incluso rupturistas con esa tradición. A fin de cuentas, en este tiempo bisagra se suelen confundir y entremezclar imaginarios, prácticas y representaciones de ese mundo que comenzó a derrumbarse ese martes 11 de septiembre de 1973, con otras precursoras que nos hablan más bien del mundo —culturalmente hablando— que se está formando y que marcará a Chile —y al mundo— en el marco de la globalización neoliberal.

Así pues, discurre la vida en dictadura de los pobladores y sus prácticas y representaciones de la realidad; entre pasado y presente, entre imaginarios y valores vinculados al Chile pre dictatorial y las nuevas estructuras que comenzaban a definir la contingencia y el cambio de paradigmas de la política, la sociedad y la cultura del Chile actual.

Para abordar este inmenso desafío, decidimos plantear formas menos clásicas de trazar y articular la temporalidad de nuestra investigación. En ese sentido, estaremos permanentemente dando saltos en el tiempo, de manera de considerar tanto los aspectos estructurales —históricos— en la conformación de ciertas ideas y valores, así como aquellos elementos contingentes, que entendemos también desempeñaron un papel relevante en la percepción e interpretación de su realidad. En esa línea, proponemos revalorizar el acontecimiento histórico y su dinámica irreductible a cualquier determinismo estructural. De este modo y si bien nuestro trabajo pretende considerar específicamente un periodo reducido y concreto de la historia de Chile, el de las protestas nacionales (1983-1986), en él se articularán al mismo tiempo y solapadamente, varios ordenes de temporalidad, trazando un conjunto de interacciones, intercambios y transferencias culturales que estructuran el universo simbólico de los sujetos estudiados.

---

<sup>8</sup> E. TRAVERSO; La historia como campo de batallas. Interpretar las violencias del siglo XX. Fondo de Cultura Económica, México D.F., 2013.

Por otra parte, y en el afán de identificar bien a los sujetos y espacios, decidimos reducir el objeto de estudio, limitándonos a dos poblaciones específicas de Santiago –Santa Adriana y La Pincoya— que presentaban similitudes y diferencias entre ellas, de manera de poder sacar algunas conclusiones generales respecto al tema sin perder de vista la intencionalidad microhistorica de nuestro estudio. Igualmente, fijamos nuestra atención en los actores sociales que participaron activamente de las protestas y la organización de base. Ese será nuestro foco de atención. Lo hicimos así, fundamentalmente, por dos motivos: por un lado, porque disponemos de mayor información de sus prácticas y sus modos de pensar; la producción material en el tiempo de la dictadura aunque fragmentaria es rica y permite aproximarnos a analizar sus prácticas esbozando potenciales significados a algunas de ellas. En segundo lugar, porque es un grupo más o menos definible a partir de las mismas prácticas que se registran. La frontera entre estos actores sociales y aquellos que no participan es porosa, móvil y muchas veces emergen a partir de prácticas específicas a las que intentaremos dar significado. Sin embargo, sería demasiada la pretensión de atribuir a los escasos vestigios y las enormes diferencias que empujaron a las y los pobladores al silencio, el retraimiento y la no acción, una unidad discursiva que, asumimos no tuvieron.

Para llevar adelante esta compleja tarea, nuestro camino ha sido escarpado y sinuoso. No podemos negarlo. Sin embargo, ha adquirido lógica y sentido para nosotros siendo quizás la muestra más patente de ello, la estructura metodológica implementada. La ruta para desentrañar la construcción de significados en las personas de las poblaciones de Santiago durante las protestas contra la dictadura, es fruto de una trayectoria ecléctica, que comenzó inicialmente preocupada de los movimientos sociales y los distintos aspectos que los caracterizan y definen, surtiéndonos de un amplio y rico aparato teórico aportado por las ciencias sociales al respecto, destacando las propuestas culturalistas preocupadas de los ámbitos que dotaban de unos marcos comunes a los sujetos participantes de la acción así como de una identidad más o menos definida al grupo que lo distinguía de los otros. En paralelo, la influencia de los historiadores sociales –sobre todo de los marxistas británicos— nos ayudaron a sumergirnos en esos aspectos más valóricos, ideológicos e identitarios de aquello que movía a los “de abajo” en sus acciones de protesta y revuelta. Los esfuerzos por definir sus creencias y de dónde extraían ideas, principios y valores que daban forma a ese ideario determinado, estuvo permanentemente guiándonos en nuestra búsqueda. Por su parte, las ideas de mentalidad desarrollada por Annales, pero sobre todo su evolución hacia la historia cultural, especificada en la nociones de representaciones colectivas e identidades sociales fundadas en prácticas específicas que definen y dan sentido

a la acción, se convirtieron en un soporte fundamental para comprender de qué forma los actores sociales estudiados conformaban e interpretaban el mundo que les tocaba vivir.

En esa misma línea, una referencia permanente fueron las investigaciones de Carlo Ginzburg, y ese afán de indagar en el universo simbólico de los sujetos históricos. Su influencia nos llevó a querer rescatar la subjetividad y particularidad de los actores sociales. Si bien nos interesan los aspectos colectivos, no los entendemos si no como acciones libres de sujetos que se conectan, relacionan y comparten un conjunto de premisas, valores y principios. Por eso el afán de realizar un trabajo microhistórico. Preocupado de los fragmentos, detalles y aspectos menos relevantes para la historia oficial, enfocado de estudiar y problematizar sobre huellas y piezas incompletas. A veces sin pretender siquiera armar el puzle completo. En ese sentido, la mirada etnográfica fue de gran utilidad para sumergirnos en la comprensión de los fenómenos sociales analizados. De ahí, igualmente, la decisión de abocarnos a dos poblaciones específicas, intentando rastrear y reflexionar sobre las prácticas en el micro espacio social y el sentido que adquieren para los actores que las desarrollan.

Muy de la mano a lo anterior se encuentran dos ámbitos o corrientes historiográficas de gran utilidad como fuentes para el conocimiento de las especificidades del tema en cuestión. Nos referimos a la historia oral y a la memoria, trazadas aquí como herramientas para el estudio de la historia reciente de Chile. En efecto, debemos entender la memoria como una “conciencia subjetiva, emocionalmente cargada y defectuosa de un pasado todavía vivo y presente”. Conciencia, que emerge y se conecta en un ambiente social específico, propicia la convergencia de una identidad con otros que comparten experiencias comunes<sup>9</sup>. En otras palabras, más allá de la veracidad de los relatos que pesquizamos en los testimonios que los testigos nos entregan, lo verdaderamente relevante es por qué seleccionan dicho recuerdo y cómo lo representan. De modo de identificar, más allá de la materialidad visible del acontecimiento, los hechos descubriendo en ello su verdadero significado, como señala A. Portelli<sup>10</sup>. Estas cuestiones siempre ponen en discusión la fortaleza de las fuentes orales y la “veracidad” de su contenido. Dado que nuestro especial interés era analizar y reflexionar temas menos evidentes y explícitos, más bien consideraciones y convicciones que de algún modo están en los fundamentos mismos de las representaciones, la memoria y las prácticas de los sujetos, optamos por realizar entrevistas extendidas antes que cuestionarios estructurados. Nos interesó más conversar con la gente intentando comprender sus lógicas

---

<sup>9</sup> **S. STERN**; *Luchando por mentes y corazones. La batalla de la memoria en el Chile de Pinochet. Libro dos de la Caja de la memoria del Chile de Pinochet*. Santiago: Ediciones de la Universidad Diego Portales, 2013, p. 31.

<sup>10</sup> **A. PORTELLI**; «¿Historia oral? Historia y memoria: la muerte de Luigi Trastulli». *Historia y Fuente Oral*, Núm. 1, Barcelona, 1989, pp. 5-32, p. 6.

antes que plantear entrevistas muy pauteadas y específicas. Esto, nos permitió conocer un poco más a los personajes, entrar en confianza con ellos pudiendo profundizar sobre aspectos más íntimos de sus recuerdos. De sus historias, trayectorias y visiones del mundo, en un amplio sentido. Así, pudimos comprender de mejor forma aspectos que sólo emergen de soslayo, como son los imaginarios y representaciones de la realidad.

Las fuentes que componen esta investigación son múltiples. En primer lugar, están las propias producciones materiales –diarios, boletines, y registros gráficos y visuales de actividades sociales y culturales– elaboradas por los pobladores miembros de las organizaciones de base, que permiten conocer cómo piensan sobre múltiples temas así como identificar los universos simbólico-culturales que se vislumbran en diversos ámbitos. En paralelo y complementario a ello, realizamos varias entrevistas personales y grupales en las poblaciones estudiadas, de modo de cotejar y profundizar sobre los aspectos centrales de nuestra investigación, sumando –además– los testimonios encontrados en otras investigaciones encargadas de recoger la memoria y oralidad de los sujetos de los barrios aquí analizados. En este sentido, la historia oral buscó profundizar en aspectos subjetivos de la memoria, insistiendo en sus experiencias durante el periodo en cuestión, y el significado que le otorgan en el tiempo a esas propias experiencias. Pero, al mismo tiempo, interrogamos acerca de cuestiones más generales, referidas a las representaciones elaboradas sobre el proceso político que se desarrolla en dictadura, y el significado que atribuyen a las protestas populares en el contexto más general de la lucha por la democracia. El objetivo, no es otro que cotejar en sus memorias cómo interpretaron sus experiencias comparándolas con las representaciones que, desde la producción material generada por las organizaciones de base, se realizan de la misma situación. El formato utilizado combinó las entrevistas grupales sobre temas y experiencias específicas acaecidas en la población, como entrevistas individuales, más íntimas y personales que buscaron profundizar en los aspectos más emocionales de las experiencias durante este periodo.

En tercer lugar, están los archivos de la represión. Tanto la documentación creada por la Vicaría de la Solidaridad como las del FASIC (Fundación de Ayuda Social de Iglesias Cristianas), resultaron fundamentales para conocer las prácticas y acontecimientos específicos que se produjeron durante las jornadas de protesta en Santa Adriana y La Pincoya. La riqueza del material, nos permitió identificar qué prácticas fueron más habituales y cómo se desarrollaron habitualmente las jornadas de movilización y protesta contra la dictadura. En esa misma dirección la revisión y análisis de los Informes oficiales de la Comisión de Verdad y Reconciliación (Comisión Rettig) y de Prisión y Tortura

(Informe Valech), complementaron y guiaron la búsqueda de hechos, casos y víctimas en los barrios estudiados.

Finalmente, realizamos una exhaustiva revisión de la prensa del periodo (fundamentalmente la opositora), de modo de empaparnos de ese clima de la época. Pese a la censura impuesta, las revistas opositoras entregaron cuantioso material extremadamente útil para seguir y analizar la contingencia social y política que se despliega durante la dictadura militar chilena.

Así, a partir de la revisión de todo este material, daremos una mirada general a la vida en dictadura en dos poblaciones de Santiago; Santa Adriana y La Pincoya intentando rastrear y significar cómo representaron su realidad los actores sociales organizados en estos espacios durante las protestas nacionales, a través del análisis de las prácticas que otorgaron sentido a la acción. A partir de ellas trazaremos los significados que éstas tuvieron en la contingencia, pero, a su vez, en la trama más amplia de lo que fue la historia de Chile durante la dictadura cívico militar.

Para ello, en el capítulo 1 nos enfocamos desde una mirada multidisciplinar al estudio de los movimientos sociales y los distintos ámbitos que las ciencias sociales han identificado componen y caracterizan a este tipo de fenómeno, considerando tanto los debates en torno al tema como la experiencia movimental chilena. La idea era tomar una serie de herramientas teóricas que nos resultaran de utilidad para comprender mejor la aparición, desarrollo y trayectoria que tuvo este movimiento social —y el ciclo de protestas que le da inicio—, así como los procesos de construcción de significados que otorgan identidad y coherencia a un grupo determinado.

En el segundo capítulo, nos interrogamos acerca de cómo pueden construirse los universos de sentidos, imaginarios colectivos e identidades de un grupo y el papel que desempeñan las creencias compartidas así como la propia experiencia. En esa línea y luego de una primera parte más bien teórica, proponemos abordar el tema de las influencias y aspectos históricos que componen parte de los imaginarios colectivos de los pobladores de Santiago, deteniéndonos en la influencias que desde arriba se vierten a las ideas, creencias y principios, así como a las reappropriaciones que realizan los actores sociales de estos procesos. También analizaremos cómo las experiencias jugaron un papel decisivo en la conformación de un ideario sociopolítico concreto que sirvió de base para la proyección de las representaciones en dictadura.

Si ya mencionábamos que junto a los elementos históricos se ubicaban los marcos y aspectos contingentes en que los sujetos de desenvuelven, el capítulo tres se preocupa de describir los principios, fundamentos y marcos normativos que impone la dictadura, como

escenario de fondo en el que se desenvuelven los actores sociales. Igualmente, describiremos la trayectoria general del país pero fundamentalmente de las organizaciones de base en el contexto autoritario entre 1973 y el estallido de las protestas nacionales. El capítulo cuarto, en ese orden, se preocupa de describir, analizar y problematizar el complejo proceso sociopolítico que representaron las protestas nacionales y el movimiento social contra la dictadura, analizando las variables que definen la trayectoria de la situación social y política.

Finalmente, los capítulos 5 y 6 se abocan a situar específicamente cómo se desenvuelven los actores sociales y sus organizaciones, en dos poblaciones concretas de Santiago, específicamente en Santa Adriana y La Pincoya. Cómo viven el tiempo de la dictadura, analizando los potenciales significados que atribuimos a las prácticas que ejecutan las y los sujetos en el ámbito local y cómo van definiendo su trayectoria en el marco autoritario. Entendemos que analizando estas experiencias singulares, podremos comprender de mejor manera cómo entendieron y representaron su lucha contra el régimen y qué valores, creencias y principios modelaron sus prácticas y representaciones de la realidad. En la práctica, ambos capítulos dividen un gran capítulo sobre el tema, donde a partir de las prácticas de estos actores, sus experiencias y relatos, ahondamos en la dimensión antropológica del lugar en este proceso histórico.

## CAPÍTULO I

### MOVIMIENTOS SOCIALES Y PROTESTA POPULAR EN CHILE. TEORÍA, ACCIÓN E HISTORIA

#### 1. Introducción

Las “protestas populares” —como bien las denomina G. Salazar<sup>11</sup>— contra el régimen del general Pinochet, fueron un fenómeno único en la historia de esos diecisiete años de dictadura. Lo fueron por varias razones. Entre ellas, cabe destacar, estuvieron las de carácter político; con la aparición de las protestas, el régimen sucumbió a la espontánea acción ciudadana perdiendo la iniciativa que hasta ahí había marcado su accionar. Este hecho propició, en efecto, que en poco tiempo se creara “una arena política de facto”<sup>12</sup>, que la oposición supo aprovechar, desplegándose de forma activa y decidida, disputándole, al menos simbólicamente, su liderazgo en el relato de la contingencia y la situación que vivía el país. Esto resultó crucial en la batalla a largo plazo por el retorno a la democracia, debido al carácter plural que posibilitó la protesta, conformando un auténtico y amplio movimiento social por la democracia.

Por su parte, también estuvieron las razones de tipo psicológico, que sirvieron para liberar a chilenas y chilenos del doloroso peso del terror que se había establecido desde el 11 de septiembre de 1973. El simbólico bombardeo a La Moneda dio paso a una violencia brutal, desconocida en el país. Sí, la derrota y el terrorismo de Estado calaron en lo más hondo de las conciencias de chilenas y chilenos que, desde ahí, vivieron permanentemente en el miedo y la desesperanza. Por eso, tras la primera protesta del 11 de mayo de 1983 y la activa, creativa y espontánea acción de los miles de personas que se atrevieron a desafiar a Pinochet y su régimen, los chilenos experimentaron una especie de catarsis colectiva, que actuó como catalizador de las rabias, miedos y quebrantos contenidos por diez años, y los fusionó en actos sencillos pero profundamente simbólicos para quienes los ejercieron,

---

<sup>11</sup> G. SALAZAR; *Violencia Política Popular en las Grandes Alamedas*. LOM, Santiago, 2006 (2° ed.) [1990].

<sup>12</sup> G. A. LÜNECKE, *Violencia Política en Chile 1983-1986*. Arzobispado de Santiago, Chile, 2002, p 65.



convirtiéndolos en fuerza creadora, rebelde y emancipadora: era posible expresarse, cuestionar y desafiar a una dictadura que, hasta ahí, se había representado en las mentes de las personas como todopoderosa y omnipotente. Con las protestas si bien el miedo a la represión no desapareció, al menos dejó de inmovilizar a los cientos de miles contrarios al régimen que asiduamente comenzaron a desafiar —de distintos modos— a la dictadura hasta su derrota en 1988.

Ahora bien, en tercer lugar y desde una dimensión menos conocida pero igualmente relevante y que podríamos catalogar como del ámbito cultural, las protestas acreditaron el profundo conflicto valórico que subyace en Chile durante este periodo entre Estado autoritario y sociedad. En efecto, la emergencia de las protestas permitió —por fin— la expresión más o menos libre de cientos de miles que habían permanecido en el más absoluto silencio durante los diez años de dictadura. Esa locución, precisamente, visibilizó de forma manifiesta que, al menos en un grupo relativamente considerable de la oposición, y más específicamente en los diversos grupos organizados existentes en los sectores populares, seguía existiendo una representación de la política, la sociedad y la democracia, constituida en valores, ideas y convicciones forjadas en el universo simbólico y cultural anterior al golpe de Estado. En otras palabras, creencias que situaban a lo colectivo, a la solidaridad con el otro y a la participación inclusiva de los miembros de la comunidad, como valores referenciales fundamentales de lo que debía ser la futura sociedad democrática. Una idea no teorizada pero sí vivenciada cotidianamente en sus prácticas de organización y acción de base, y que entraban profundamente en colisión con los valores y principios que la dictadura militar y todo el séquito de civiles que la respaldó, implementó a través de la violencia, la opresión y el shock monetarista establecido desde el mismo 11 de septiembre de 1973. Nos referimos al revolucionario proyecto neoliberal que —con éxito— pretendió transformar la sociedad chilena.

Por esta y otras razones, en resumen, el ciclo de protestas que se desplegó con fuerza entre 1983 y 1987, transformaron la subjetividad de las personas, la contingencia social y política, evidenciando —de paso— la fractura entre Estado y sociedad. Planteando, además, un nuevo escenario en el cual discurrió la vida en dictadura de ahí en más. Ahora bien, este ciclo de intensa conflictividad social que sacudió a Chile en los 80', no fue capaz por sí mismo de derrocar a la dictadura, como sí ocurrió en Argentina, luego de la pérdida de legitimidad del régimen tras la debacle de Las Malvinas. No obstante, la fuerza de la oposición y el modo en que se desenvolvió el proceso histórico chileno en dictadura, cambió radicalmente tras ese 11 de mayo de 1983, permitiendo aglutinar a una amplia y

diversa oposición, que se movilizó de distintas formas y con variadas estrategias, conformando un amplio movimiento social por la democracia<sup>13</sup>.

Este fenómeno, nos invita a reflexionar respecto a cómo una protesta social de semejante magnitud, con un marcado carácter multisectorial, producida de forma habitual por más de tres años, pese a no lograr sus objetivos, sin embargo, posibilitó la creación de un escenario, un clima y una suma de estrategias más o menos coordinadas que, en definitiva, permitieron —por otros medios— el término de la dictadura. En otras palabras, qué significado histórico tuvieron las protestas populares. Tanto en el entramado sociopolítico chileno —esto es, su relevancia en el tránsito a la democracia— como desde una dimensión cultural, es decir, qué significado específico tuvo para los actores sociales —y concretamente de los sectores populares— desafiar a la dictadura y protestar abiertamente por el retorno a la democracia.

Para indagar en todo ello, proponemos iniciar este camino con una reflexión teórica acerca de los distintos elementos que han conformado a los movimientos sociales. Su utilidad como herramienta de análisis histórico de las sociedades que los producen, su conceptualización por las ciencias sociales, sus diferentes ámbitos de desarrollo así como sus ciclos y características específicas, cuestiones que, en definitiva, nos ayudarán a comprender desde una dimensión integral el proceso histórico que se despliega en este tipo de fenómenos sociales —y concretamente entre los habitantes de los sectores populares de Santiago de Chile—. De esta forma, podemos adquirir mayores elementos de juicio respecto a lo que representó la lucha por la democracia en Chile durante la década de 1980 para los habitantes de los barrios populares de capital. En esa línea y con el objetivo de acercarnos desde la historia pero con una mirada multidisciplinar a la compleja realidad que constituyen los fenómenos de acción colectiva —marco en que se circunscribe nuestro objeto de estudio—, este capítulo pretende aproximarse a cómo se ha analizado teóricamente a este fenómeno a lo largo del tiempo, de manera de extraer algunas conclusiones generales que puedan ser aplicadas para nuestro caso de estudio específico. Luego, en segundo lugar, realizaremos una revisión del concepto de “nuevos movimientos sociales” y su pertinencia para emplearlo en el caso latinoamericano, dado el carácter novel que se le atribuyó, en general, a los fenómenos de acción colectiva del continente, producidos en el último tercio del siglo XX. Finalmente, realizaremos un recorrido por los distintos procesos de acción colectiva en Chile, fundamentalmente a lo largo del siglo XX, hasta el golpe de Estado de 1973. De manera de conocer la trayectoria histórica de este tipo de movimientos y cómo esa experiencia fue permeando en una memoria popular reivindicativa —un auténtico acervo

---

<sup>13</sup> I. JACKSIC, P. DRAKE; *El difícil camino hacia la democracia en Chile. 1982-1990*. FLACSO, Santiago, 1992.

sociocultural—fundamental, según nuestro criterio, en la conformación de una identidad contestataria que modeló representaciones y prácticas de los sectores populares en su resistencia a la dictadura. En ese sentido, pretendemos comprender de mejor forma cómo influyó el pasado de estas experiencias en las mentes de los actores sociales de la década de 1980 cómo influyeron en una concepción y reivindicación específica, fuertemente sostenida en esos imaginarios. Esta cuestión, como veremos en el capítulo dos, resultó crucial para conformar una determinada forma de entender y expresar el conflicto con la dictadura, sirviendo —de ese modo— de referente cultural que dio forma y sentido a las acciones y reivindicaciones desplegadas por los sectores populares contra la dictadura militar.

## **2. Consideraciones teóricas sobre los movimientos sociales en la historia**

### *2.1 Sobre la utilidad de los movimientos sociales como herramienta de análisis*

Los numerosos ejemplos de acción colectiva contenciosa a lo largo del tiempo han entregado importantes lecciones acerca de las preocupaciones y motivaciones que aquejaron a las sociedades que las produjeron. Han representado, en ese sentido, un rico instrumento de análisis para dilucidar los posibles significados de las reivindicaciones de un grupo o incluso de una sociedad concreta, y los temas y espacios de conflictividad que la caracterizaron, permitiendo —a su vez— indagar acerca de la realidad social que caracterizó a dichas sociedades en concreto. Sobre todo en los espacios menos visibilizados como los habitados por los sectores subalternos, tal como señala Eric Hobsbawm;

El fenómeno de la movilización social puede ser interpretado como una excelente vía de acceso para el conocimiento de las estructuras sociales subyacentes; no solo porque en esos procesos de erupción se hacen más visibles las tensiones que en periodos anteriores habían permanecido latentes; también porque la amplia documentación generada por los conflictos ayuda a conocer cómo vivían y pensaban quienes a lo largo de la historia no tuvieron habitualmente otra vías de expresión<sup>14</sup>.

Y existen emblemáticas muestras de ello a lo largo de la historia; las revueltas de fines del siglo XVIII surgidas en respuesta al hambre, la injusticia y la escasez<sup>15</sup>; aquellas que caracterizaron al movimiento por los derechos civiles en Estados Unidos durante la década

---

<sup>14</sup> E. HOBSBAWM; "From Social History, to the History Society", 1971. Traducido en *Revista de Historia Social* n°10, 1991, pp. 5-26.

<sup>15</sup> G. RUDÉ: *La Multitud en la historia. Los disturbios populares en Francia e Inglaterra 1730-1848*. Editorial Siglo XXI, sexta edición, Barcelona 2010.

de los 60' del siglo XX<sup>16</sup> o, como en nuestro caso concreto, las acciones colectivas en el Cono Sur de América Latina, demandantes de una democratización del sistema tras años sometidos a cruentas dictaduras<sup>17</sup>, son evidencias de cómo estas irrupciones de acción colectiva expresan y visibilizan tensiones y rupturas que se inscriben en esas sociedades en conflicto. Es más, todos estos ejemplos han permitido revelar mucho más que la simple *razón* que llevó a un grupo a protestar, ilustrando las formas de relación social, la conflictividad y tensión existentes al interior de una sociedad concreta, las matrices culturales del mundo en que interactúan los actores sociales, y el poder contra el que se erigieron estas formas de expresión popular.

De esta forma, identificando y situando históricamente las demandas y requerimientos que mueven a este tipo de movilización social podemos extraer las orientaciones, valores, convicciones y fundamentos que sustentan los intereses de un grupo importante de personas en un tiempo y sociedad determinados, permitiendo, entonces, comprender de mejor forma las circunstancias políticas, económicas, sociales y culturales que les toca vivir. Por esta razón es que, considerados en perspectiva, los movimientos sociales si bien han sido respuesta a una realidad más o menos particular y contingente que ha variado paulatinamente en el transcurso del tiempo según aspectos culturales y coyunturas sociales, políticas y económicas en las que se despliegan<sup>18</sup>, presentan importantes elementos de permanencia en el tiempo, que les entrega cierta uniformidad temporal relacionada, específicamente, al significado político que representan<sup>19</sup>.

Debemos comprender, entonces, que este tipo de acción representa la escenificación del conflicto en una sociedad, considerado como uno de los motores centrales del cambio social<sup>20</sup>. Éste, habitualmente presiona las estructuras de poder al someter a juicio las

---

<sup>16</sup> **S. TARROW**; *El poder en movimiento los movimientos sociales, la acción colectiva y la política*. Editorial Alianza, Madrid, 1998.

<sup>17</sup> **S. ECKSTEIN (coord.)**; *Poder y protesta popular. Movimientos sociales latinoamericanos*. Siglo XXI, México, 2º edición, 2001; **E. JELIN**; "Otros silencios, otras voces: el tiempo de la democratización en la Argentina". En: **F. CALDERÓN (comp.)**; *Los movimientos sociales ante la crisis*. UNU, CLACSO e IISUNAM, Buenos Aires, 1986; **A. TOURAINE**, *América Latina. Política y sociedad*. Espasa Calpe, Madrid, 1989.

<sup>18</sup> Entre estos cambios destaca lo que podríamos denominar como dinámica contextual, que dota de singularidad al proceso de acción colectiva. Si hasta no hace mucho la prosperidad económica pos segunda guerra mundial era el motivo fundamental para explicar la movilización social, en la actualidad se ha esgrimido el proceso de globalización mundial como contexto histórico que conforma la intensidad y dirección que ha tomado la acción colectiva. **P. IBARRA, B. TEJERINA (Eds.)**; *Los movimientos sociales. Transformaciones políticas y cambio cultural*. Ed. Trotta, Madrid, 1998, p.9.

<sup>19</sup> Quien más ha ahondado en este aspecto, insistiendo en las similitudes entre movimientos en el tiempo, incluidas expresiones de menor trascendencia como protestas es Charles Tilly. Ver, **CH. TILLY**; *The Contentious French. Four Centuries of popular Struggle*. Cambridge, The Belknap Press of University Press, 1986. **CH. TILLY, L. WOOD**; *Los movimientos sociales, 1768-2008. Desde sus orígenes hasta Facebook*. Crítica, 2010.

<sup>20</sup> Tilly entiende este concepto como procesos de transformación de la realidad pero que poseen una lógica individual que presenta en cada caso matices en su conformación, desarrollo y desenlace. A semeja la idea de cambio social a una corriente de agua; muchas veces turbulenta, en otras calma e imperceptible. **CH. TILLY**; "Conflicto político y cambio social" En: **P. IBARRA, B. TEJERINA**; Op. cit., p. 29.

inercias que pueden producir la opresión o/y la exclusión. De esa forma, inserta el debate público y el sentir de un sector de la población en el campo político, propiciando el reacomodo de las relaciones que se mantienen entre el Estado, el mercado y la sociedad organizada<sup>21</sup>. Es decir, desde esta perspectiva, los movimientos sociales juegan un papel político significativo, cuestión no siempre reconocida, dada su naturaleza compleja, disruptiva y escasamente institucionalizada<sup>22</sup>.

Si, en efecto, como señala Manuel Castells, el fundamento de las sociedades lo constituyen las relaciones de poder, aquellos que lo ostentan serán quienes, mediante la coacción y la elaboración de significados, construyan las normas e instituciones de una sociedad según sus intereses, principios y concepciones del mundo<sup>23</sup>. Al respecto, es importante tener en consideración que las relaciones de poder se materializan en toda la cadena de vínculos que vertebran las instituciones —sobre todo al Estado— y las propias de cualquier sociedad. Al mismo tiempo, si entendemos que toda sociedad es compleja, conflictiva y contradictoria, tendremos que asumir que en cada lugar donde existe un poder establecido existirá necesariamente un contrapoder, habitualmente manifestado en la capacidad de los sujetos de romper la lógica instituyente de ese poder establecido. Es por esto, considerado todo lo anterior, que los movimientos sociales se erigen, habitualmente, en una sociedad determinada como el contrapoder<sup>24</sup>. Y es de la inclusión de sus valores y objetivos desde donde se hace factible la transformación de las instituciones de una sociedad determinada, creando, de paso, nuevas normas de regulación y organización de la vida.

“La coacción y la intimidación, basadas en el monopolio del Estado para ejercer la violencia, son mecanismos fundamentales para imponer la voluntad de los que controlan las instituciones”. Pero, si como ya señalaba Maquiavelo, un poder establecido sólo ejerce su poder a través de la violencia y la coerción, está condenado —tarde o temprano— a sucumbir. Por eso, resulta necesario que dicho poder construya un aparato de ideas-fuerza que constituyan un sistema de significados común a la gran mayoría de la población. Es decir, que elabore un conjunto de ideas comúnmente compartidas que den sentido y legitimidad a su poder y el entramado que estructura. Que construya un relato, se diría hoy

---

<sup>21</sup> La conflictividad social actual que ha marcado los últimos 10 años, reafirma lo enunciado. Se puede observar cómo pese el éxito relativo de las reivindicaciones, los movimientos sociales —el indignado español, el estudiantil chileno por poner sólo un ejemplo— han logrado poner en la agenda política de discusión los temas que éstos consideran como relevantes y que, hasta antes del estallido social, el sistema político mantuvo excluidos de la discusión.

<sup>22</sup> **A. JEREZ**; “¿Un nuevo ciclo político? Movimientos sociales y transformaciones democráticas”. En: *Documentación Social. Revista de Estudios sociales y de sociología aplicada*. núm. 152, enero-marzo 2009, p. 17.

<sup>23</sup> **M. CASTELLS**; *Comunicación y poder*. Alianza editorial, Madrid, 2009, pp. 78-79.

<sup>24</sup> **M. CASTELLS**; *Redes de indignación y esperanza*. Alianza editorial, Madrid, 2012, pp. 26-27.

en día, que dé sentido –común— a su poder. En otras palabras, resulta fundamental tener en consideración que la construcción de significados en la mente humana es una fuente de poder estable y decisivo. La forma en que pensamos determina el destino de las instituciones, normas y valores que estructuran a las sociedades, delimitando, por tanto, nuestro marco de acción y representación de la realidad. Así, si el poder establecido logra que la mayoría de las personas subordinadas interpreten la realidad de la misma forma que él, más fácil será consolidar la dominación que ejerce sobre éstos. Por el contrario, si un régimen político no logra construir un marco de interpretación relativamente común y amplio a toda la sociedad, tarde o temprano entrará en colisión con las ideas que imperan en dicha sociedad. Es, por consiguiente, en la *batalla* por la construcción de significados en las mentes de las personas donde se desarrolla el conflicto entre poder y contrapoder<sup>25</sup>.

De ahí por tanto, que la relación entre poder y contrapoder se ejecuten en los distintos espacios de la red de relaciones sociales, configurando, de paso, la vida de las personas. De acuerdo a ello entonces, es en la manifestación de prácticas de resistencia de los miembros de una sociedad –y el sustento ideológico que las lleva a existir— donde de mejor forma se hace perceptible la lucha ideológica de poder y contrapoder que existe en una sociedad determinada por la construcción de significados acerca de una realidad concreta.

Para nuestro caso particular, resulta importante considerar algunos elementos y enfoques teóricos que ayuden a comprender los significados de ciertas prácticas y acontecimientos que se produjeron en el Chile de Pinochet en materia de organización social y protesta popular. En esa línea, utilizaremos la perspectiva comparada, preocupada de combinar los procesos políticos en los cuales se desenvuelven las actividades de protesta social –considerando su significado político en el entramado social—, sobre todo por la forma en que interpreta este tipo de acciones<sup>26</sup>. Junto a ello, consideraremos los marcos culturales que han servido para desentrañar la realidad a la que asisten y de la que se sienten parte los sujetos que participan de la acción colectiva, dotándola de una coherencia específica<sup>27</sup>. Entendemos por tanto, que es en la lucha por la construcción de significados y su materialización en el escenario político y social específico, donde mejor puede observarse el proceso de transformación social vivido por Chile durante la dictadura militar y las distintas dinámicas de asimilación y resistencia que lo caracterizaron.

En esa línea y desde un punto de vista teórico, en el último tiempo los estudiosos de los movimientos sociales han establecido marcos más o menos comunes de acción acerca de

---

<sup>25</sup> **M. CASTELLS**; *Comunicación y poder*, Op. cit., capítulo 3.

<sup>26</sup> **S. TARROW**; *El poder en movimiento*. Op. cit., p. 21.

<sup>27</sup> **A. RIVAS**; “El análisis de marcos: una metodología para el estudio de los movimientos sociales”. En **P. IBARRA, B. TEJERINA**; *Los Movimientos sociales*. Op. cit., pp. 179-180.

los elementos que explican, componen y caracterizan las distintas dimensiones de cualquier acción colectiva. La importancia del proceso político en que se desenvuelven y los cambios que se producen en dicho sistema, así como las estructuras organizativas que establecen los miembros de un movimiento, resultan tan importantes como los marcos culturales y los procesos identitarios que se construyen entre un grupo de personas que decide protestar<sup>28</sup>. La riqueza de estos enfoques radica en que cada uno de ellos se ocupa de una dimensión particular en la que se constituyen las acciones colectivas. Si el concepto de *Oportunidad Política*<sup>29</sup> hace hincapié en la importancia del sistema político en la conformación de un escenario idóneo para la acción colectiva, el de *Estructuras de Movilización*<sup>30</sup>, enfatiza la relevancia que posee la infraestructura organizativa —sean éstas formales o informales internas o externas— que canaliza hacia la acción la brecha abierta en el sistema político dominante; finalmente, los *Procesos Enmarcadores*, concentran su atención en las formas que los sujetos que participan de la acción entienden e interpretan su situación. De esta forma, podemos abordar el tema de la movilización social tanto desde su matriz política, como desde la estructura social, incluyendo también la dimensión cultural que los conforma. A su vez, el aporte que nos entrega esta teoría interpretativa multicausal, permite incluir y abordar la complejidad que constituyen a este tipo de movimientos; desde un punto de vista histórico, como el que realizamos aquí, estas tres herramientas teóricas resultan de gran utilidad para comprender mejor el complejo entramado existente en la acción colectiva y cómo se despliegan estos distintos ámbitos en un contexto histórico específico.

En las últimas décadas se ha llegado a un acuerdo más o menos generalizado entre los expertos en reconocer la relevancia de los movimientos sociales, al constituirse, habitualmente, en un “vehículo familiar y por lo general viable de la política popular”<sup>31</sup>. Es decir, su expresión responde a la manera que tienen los sujetos de una sociedad determinada —o en su defecto, un grupo organizado de ellos— de expresar su sentir —político— respecto a las situaciones que les toca vivir. Por tanto, la emergencia y consolidación de este tipo de acción colectiva es la expresión de la soberanía popular<sup>32</sup>, cuestión que redundo, de una u otra forma, en la democratización del sistema en el que se insertan, al introducir las visiones y reivindicaciones de un grupo ajeno al poder, en la agenda política de su sociedad<sup>33</sup>. Desde

<sup>28</sup> Diversas perspectiva comparadas pueden encontrarse en: **D. MCADAM, J. MCCARTHY, M. ZALD**; *Movimientos sociales: perspectivas comparadas*, Istmo, Madrid, 1999.

<sup>29</sup> Los autores más emblemáticos de este enfoque son: desde la sociología Doug McAdam, desde la politología, Sidney Tarrow y desde la historia Charles Tilly. Ver: **D. MCADAM, S. TARROW, CH. TILLY**; *Dinámica de la Contienda Política*. Hacer editorial, Barcelona, 2005.

<sup>30</sup> **MCADAM, MCCARTHY, ZALD**; Op. cit., Introducción y pp. 203-366.

<sup>31</sup> **CH. TILLY, L. WOOD**; *Los movimientos sociales, 1768-2008*. Op. cit., p. 30.

<sup>32</sup> Ibid., p. 82.

<sup>33</sup> **A. JEREZ**, Op., cit., p. 21.

una perspectiva similar, en tanto, se ha insistido que los MSs junto con expresar los anhelos de los sectores subalternos de la sociedad, representan la expresión de un “proyecto social humanizador”<sup>34</sup> que responde a la posibilidad de construir –desde abajo– una *gobernanza social*, fomento de la participación ciudadana integral, capaz de superar los límites evidentes que ha presentado el tipo de gobernabilidad política –y oligarca– que ha prevalecido históricamente en el Estado moderno latinoamericano<sup>35</sup>.

Desde esta óptica entonces, sostenemos la necesidad de pensar las motivaciones políticas, las representaciones y lecturas críticas que elaboraron los sujetos que participaron de las protestas contra la dictadura militar chilena, como un mecanismo de aproximación al pasado reciente de los espacios subalternos de la sociedad, en momentos que se producían profundas transformaciones sociales, tanto a nivel local como a nivel global.

## 2.2 *Historia de un concepto: buscando una definición desde las ciencias sociales*<sup>36</sup>

A lo largo de los últimos doscientos años mucho se ha escrito y teorizado sobre los movimientos sociales (de aquí en más MSs). Múltiples han sido los cambios de perspectivas que se han producido en el análisis de estos fenómenos, porque –también– bastante han cambiado las expresiones comprendidas como tal. A los motines urbanos del siglo XVIII europeo, considerados como expresiones puntuales hijas del hambre, simples respuestas a estímulos económicos –de ahí su supuesta escasez de trascendencia en la política contingente<sup>37</sup>– le siguieron representaciones influidas por los efectos de la revolución francesa, que concibieron al término como sinónimo exclusivo de movimiento obrero. Esta percepción cambió con el tiempo –sobre todo en Europa– luego de la aparición de nuevos movimientos de acción colectiva, como fueron los independentistas coloniales o el fascismo de los albores del siglo XX, provocando la consiguiente ampliación del concepto. Hoy, en tanto, somos testigos privilegiados de la amplia y versátil gama de expresiones consideradas como tal, en las que caben movimientos como los que luchan por la libertad sexual, el

---

<sup>34</sup> I. GOICOVIC; *Sujetos, mentalidades y movimientos sociales*. CIDPA, Santiago, 1998, p. 205 y 212. Efectivamente las palabras de Goicovic se refieren concretamente al movimiento social-popular chileno. Pero no deja de tener una consideración más amplia respecto a su significado como espacio de expresión de la subalternidad de una sociedad determinada.

<sup>35</sup> Rescatamos aquí la concepción de Z. Bauman respecto a que esta gobernanza sólo puede darla un estado efectivamente social, preocupado de garantizar los derechos sociales de los ciudadanos y, por tanto, hacer efectivos en la práctica los derechos políticos de cada uno de los ciudadanos de una comunidad específica. En otras palabras, los derechos sociales son la manifestación tangible de la “totalidad comunitaria imaginada”, siendo ésta un entramado de lealtad, dependencia, solidaridad, confianza y obligaciones recíprocas. Z. BAUMAN; *Daños colaterales. Desigualdades sociales en la era global*. Fondo de Cultura Económica, Madrid, 2011, pp. 23-24.

<sup>36</sup> No pretendemos en este apartado entregar una definición específica acerca del concepto sino, desde un punto de vista histórico, observar qué elementos lo han ido caracterizando, de manera de aproximarnos a una visión integral de los aspectos que permiten la existencia de un MS.

<sup>37</sup> E. HOBSBAWM, *Sobre la historia*. Editorial Crítica, Barcelona, 2008, p. 208.



medio ambiente o los denominados movimientos alterglobalización. En ese sentido, y desde una perspectiva histórica, el amplio espectro que cubre el concepto no permite –a priori– clarificar a qué nos referimos cuando hablamos de movimiento social<sup>38</sup>.

De igual forma sucede con la caracterización del fenómeno. Si durante el siglo XIX se consideraban las protestas colectivas como la expresión irracional de la masa<sup>39</sup>, a mediados del siglo pasado se entendían como una forma “inmadura” de manifestación política, que no alcanzaba para insertarse en la lógica institucional<sup>40</sup>. En la actualidad, en cambio, se reconoce la relevancia de este tipo de acción tanto por su trascendencia en el discurrir de la vida de una sociedad, como por su significado; representan el sentir –político– de sectores subalternos de una sociedad concreta, que al mismo tiempo se convierte en un espacio que articula nuevas identidades colectivas<sup>41</sup>.

Se observa, por tanto, que el concepto se ha ido nutriendo de nuevas experiencias. Sobre todo a partir de la segunda mitad del siglo XX, y la vertiginosa ola de cambios producidos por la aparición de complejos procesos de expresión y organización de la sociedad civil que facilitaron su reformulación teórica y empírica. En ese sentido, se les ha considerado como objeto de análisis, pero también como sujeto histórico específico, circunscrito a un espacio y a un tiempo determinado que presenta una serie de características comunes en el tiempo<sup>42</sup>. En algunos casos, se les ha calificado como el resultado de tensiones y contradicciones específicas existentes en una sociedad<sup>43</sup>. En otros, como búsqueda de un cambio social profundo que pone en tela de juicio un sistema de poder determinado, como lo señaló A. Touraine. De igual forma, si algunos han interpretado este tipo de fenómeno colectivo como una acción preocupada por mantener las estructuras de poder reinantes en un sistema político determinado, ya fuese manteniendo el control del Estado o/y luchando por llegar a él, otros, simplemente, se han preocupado de

---

<sup>38</sup> Las primeras definiciones que hablaban de “fenómeno colectivo”, podían incluir a cualquier grupo de persona que conjuntamente se expresara en la vía pública como podía ser –a modo de ejemplo– la hinchada de un equipo de fútbol. **A. MELUCCI**, “Asumir un compromiso: identidad y movilización en los movimientos sociales”. *Zona Abierta* 69, 1994, pp. 153-177.

<sup>39</sup> **G. LE BON**, *Psicología de las masas*. Ed. Morata, Madrid, 1983. Cfr. **G. RUDÉ**, *La Multitud en la historia. Los disturbios populares en Francia e Inglaterra 1730-1848*. Editorial Siglo XXI, sexta edición, Barcelona 2010, p. 13.

<sup>40</sup> Los avances alcanzados por la sociedad occidental en los 60’ llevó a algunos a sostener el fin de las ideologías y, por ende, de la conflictividad social de tipo radical. Los “nuevos tiempos” se caracterizarían por un consenso más pragmático y pluralista, dando por muerto a los movimientos sociales. **D. BELL**, *El fin de las ideologías*, editorial Tecnos, 1964.

<sup>41</sup> **A. PIZZORNO**; “Identidad e interés”. *Zona Abierta* Nº69, Fundación Pablo Iglesias, Madrid, 1994, p. 141.

<sup>42</sup> El principal valedor de esta perspectiva es Charles Tilly quien enfatiza que pese a las diferencias en el tiempo, existen elementos vinculantes que dan cuenta que el fenómeno representa una forma de manifestación política –una contienda política transgresiva, señala– típica del mundo contemporáneo post revolución francesa. Ver, entre otros, **CH. TILLY**, **L. WOODS**, Op. cit., cap. 1; **D. MCADAM**, **S. TARROW**, **CH. TILLY**, *Dinámica...* Op. cit.

<sup>43</sup> **N. SMELSER**, *Teoría del comportamiento colectivo*. F.C.E., México, 1989, p. 21. La frase en **J. PONT VIDAL**, “La investigación de los Movimientos Sociales desde la Sociología y la ciencia política. Una propuesta de aproximación teórica”. *Paper* 56, Barcelona, 1998, p. 262.

analizar empíricamente el fenómeno, focalizándose en el micro espacio social –lugar en que los sujetos se expresan y se desenvuelven en una cultura específica— con el propósito observar y analizar los procesos de apropiación e identificación colectiva que se producen con estos fenómenos.

Esta heterogénea amplitud ha conducido a una amplia gama de definiciones; algunas generales y por tanto imprecisas –como por ejemplo la de A. Giddens que los consideraba como intentos colectivos de promover un interés común, de asegurarse un objetivo compartido<sup>44</sup>— o aquellas excesivamente particulares que pierden su utilidad ante la imposibilidad de generalizar. Esta problemática, no obstante, ha sido superada por estudios más recientes que han partido de la base de situar a los MSs en un nivel intermedio entre las organizaciones formales que ejercen su acción social dentro del sistema de un lado, y la irrupción de protestas espontáneas y discontinuas de otro.

En efecto, ha sido esta ingente diversidad lo que ha dificultado la precisión teórica del término. Sobre todo porque, hasta bien entrada la década de 1980, no existió una “unidad lingüística” entre los cientistas sociales que entregase mayor precisión al concepto<sup>45</sup>. Si desde Estados Unidos se interrogaban acerca de cómo surgía un movimiento social, los analistas europeos lo hacían motivados por indagar por qué se producían este tipo de fenómenos<sup>46</sup>. En cualquier caso, como señala M. Pérez Ledesma, “conviene defender que la aplicación de conceptos y modelos de las teorías recientes puede(n) iluminar aspectos del estudio de las protestas del pasado, que hasta ahora han quedado cuando menos postergados a un plano secundario”, no obstante la relatividad teórica que puedan presentar en el tiempo<sup>47</sup>.

Pues bien, las problemáticas de una definición de este concepto derivan tanto de la diversidad de objetivos como de la propia dificultad para establecer las fronteras entre una acción colectiva y otras formas de acción social; sean éstas convencionales e institucionalizadas como los partidos políticos, o no convencionales, como actuaciones *espontáneas* y discontinuas de muchedumbres descontentas. A este respecto, C. Jenkins identifica dos modelos organizativos; uno de carácter formal, con una división tradicional de la jerarquía y el trabajo que maximiza la movilización y establece roles claros entre sus participantes, y otro descentralizado, que usualmente está compuesto por redes informales,

---

<sup>44</sup> A. GIDDENS, Sociología. Ed. Alianza, Madrid, 1999, pp. 569-560.

<sup>45</sup> M. PÉREZ LEDESMA, “Cuando lleguen los días de la cólera (Movimientos sociales, teoría e historia)”. En VV.AA. *Problemas Actuales de la Historia*, Ediciones U. de Salamanca, 1993, p. 141.

<sup>46</sup> M. REVILLA; “Modelos teóricos contemporáneos de aproximación a los movimientos sociales”. Documento de trabajo, *Instituto de Estudios Sociales Avanzados, CSIC*, Madrid, 1994.

<sup>47</sup> M. PÉREZ LEDESMA, Op. cit., p. 184.

aglutinadas bajo un amplio conjunto de ideas<sup>48</sup>. Éstas, permiten una mayor participación – incentivando la acción directa— y auspician las relaciones interpersonales que generan solidaridad entre sus miembros, reforzando el compromiso ideológico, como nos aclara I. Goicovic<sup>49</sup>.

La década de 1960 concitó profundos cambios para el estudio de los movimientos sociales. El alejamiento de los patrones analíticos irracionalistas influyó enormemente en una mejor comprensión del fenómeno. N. Smelser –por ejemplo- y su *teoría del collective behaviour*, concentró el análisis en las estructuras sociales como condicionantes de la acción colectiva. Estableció una serie de factores que hacían posible la aparición de protestas al interior de una sociedad entre los que destacaban: atenuantes generales, tensiones estructurales, la existencia de creencias generalizadas entre los manifestantes y la aparición de factores precipitantes. Lo interesante –en su momento- de la propuesta de Smelser fue el cambio fundamental que representó en la forma de entender la protesta social, sobre todo a partir del concepto de “creencias generalizadas”, como elemento aglutinante de los sujetos, aun cuando para este autor, éstas tenían –todavía— un alto contenido irracional<sup>50</sup>.

Las críticas a esta teoría, sin embargo, insistieron en dos aspectos fundamentales; por un lado, no resultaba comparable un grupo de personas que buscaba el bien colectivo a través del cambio de una situación perjudicial, ya fuese esta económica, política o social, con los intereses de particulares que sólo buscaban sacar un beneficio propio en desmedro del resto. En segundo lugar, se argumentó que incluso aquellas acciones insertas en el sistema carecían de una “completa racionalidad”, lo que equivalía a decir –en otras palabras— que cualquier expresión social organizada no debía entenderse como una acción menos “evolucionada” que las expresiones enmarcadas en la institucionalidad del sistema político.

Por su parte, las teorías sobre el *comportamiento colectivo* producidas en otras ramas de las ciencias sociales, siguieron profundizando el análisis durante la década de 1970. Desde la politología, por ejemplo, se interesaron por analizar la violencia colectiva que tanto había marcado la expresión social del último tiempo. De ése interés surgió la “*teoría de la privación relativa*”. La violencia y la rabia impulsora de la acción colectiva –señalaba—, no se producía directamente por la pobreza en que un grupo vivía, sino, más bien, por la disparidad existente entre expectativas y realidad que los sujetos tenían de su propia

---

<sup>48</sup> C. JENKINS; “La teoría de movilización de los recursos y el estudio de los movimientos sociales”. En: *Zona Abierta* Nº69, Fundación Pablo Iglesias, Madrid, 1994, p. 25-29.

<sup>49</sup> I. GOICOVIC; *Sujetos, mentalidades y movimientos sociales*. Op. cit., pp. 224-225.

<sup>50</sup> N. SMELSER, *Theory of collective behavior*. Routledge & Kegan P. Limited, London, 1962, pp. 260-261.

experiencia. Es decir, frustración no era igual a agresión y, por tanto, la privación no era responsable exclusiva de la violencia<sup>51</sup>. Con este enfoque, cobró relevancia un nuevo elemento; la *percepción* que los sujetos poseen de *su* propia realidad, como elemento sustancial en la conformación de la acción colectiva. No sólo ante la injusticia y la opresión sino ante su medio en general; fuese político, económico o social. La debilidad de este enfoque, no obstante, estuvo en la simplificación de la causalidad sobre los orígenes de la violencia producidos por los MSs, al explicar su emergencia por la incapacidad administrativa de los sectores políticos. En otras palabras, por una especie de imposibilidad de inserción en el sistema que obligaba a estos grupos a exigir sus derechos desde fuera y mediante la violencia.

Otro aspecto que generó cambios en la forma de abordar los MSs, se refirió a la importancia fundamental de la organización interna en el despliegue de este tipo de fenómenos, factor que sirvió para problematizar acerca de la brecha existente entre malestar y acción colectiva. En esa dirección se orientó la precursora investigación de B. Moore. En sus estudios señaló que si bien siempre existía descontento, lo realmente importante era qué caminos canalizaban y posibilitaban que ese descontento se convirtiera en rebelión<sup>52</sup>. En esa misma dirección Ch. Tilly señaló que el elemento que explicaba el paso desde la ofuscación a la acción rebelde era, precisamente, el poder de organización de un movimiento:

Los individuos no se movilizan por arte de magia para participar en alguna empresa colectiva por muy furiosos, abatidos, hostiles y frustrados que puedan encontrarse. (...) la organización es un factor imprescindible para explicar el descontento individual ya que, si no, los desgraciados se limitarían a autocompadecerse de forma pasiva sin hacer nada para intentar salir de tal situación<sup>53</sup>.

A modo de resumen, podemos señalar que los estudios elaborados a partir de la cuantiosa experiencia acumulada han servido enormemente para llenar de contenido el concepto de MS. En esa línea, y desde una perspectiva política, el propio Tilly, elaboró en su análisis de la conflictividad social desde 1492, una definición completa y exhaustiva, expresando que los movimientos sociales eran:

Una serie continuada de interacciones entre los detentadores del poder y las personas que se declaran con éxito portavoces de una base social que no dispone de representación formal; a lo largo de esa serie, los portavoces hacen públicas demandas a favor de cambios en la distribución o el ejercicio

---

<sup>51</sup> T. GURR; *Why Men Rebel?* Princeton, University Press, New Jersey, 1970.

<sup>52</sup> Las ideas de Barrington Moore en M. PÉREZ LEDESMA, Op. cit., p. 160.

<sup>53</sup> E. SHORTER, Ch. TILLY; *Las huelgas en Francia 1830-1968*. Ministerio de Trabajo y Seguridad Social, Madrid, 1985, p. 420.

del poder, y respaldan esas demandas con manifestaciones públicas de apoyo”<sup>54</sup>.

La descripción de Tilly es elocuente y completa, ya que junto a destacar el carácter contencioso de este tipo de acciones, subraya además el papel preponderante del Estado y la élite representante del movimiento. Se observa, sin embargo, que no explicita a los sujetos que conforman cualquier tipo de protesta; el perfil de éstos o qué elementos sirven para aglutinar y conformar una acción colectiva. En ese sentido aunque, desde una óptica general, su definición es precisa y útil para describir el fenómeno, sigue sin visibilizar a los miembros que dan vida a este tipo de acciones sociales colectivas, relegando a un segundo plano las experiencias subjetivistas constituyentes de este tipo de fenómenos. En este sentido, conviene resaltar lo señalado por M. Castells, quien sostiene que los movimientos sociales, ante todo, están formados por personas. Individuos de carne y hueso que representan un mundo de posibilidades de análisis para comprender mejor este complejo fenómeno social<sup>55</sup>. Omitir este aspecto representa, de alguna manera, minimizar la injerencia que las prácticas reales de los sujetos, sus experiencias de vida, tienen en sus comportamientos, sin contar con la interesante posibilidad de análisis que constituye el estudio de las conexiones y vínculos que llevan a que distintos sujetos pongan en común sus situaciones, compartan representaciones de la realidad —y qué ideas-fuerza dan contenido a dichas representaciones— salgan del anonimato y se movilicen. Pese al costo, habitualmente alto, que implica llevar adelante este tipo de iniciativas.

Para el sociólogo M. A. Garretón, en tanto, los movimientos sociales pueden ser definidos como “una acción colectiva con alguna estabilidad en el tiempo y algún grado de organización, orientados hacia el cambio o la conservación de la sociedad o de alguna de sus esferas”<sup>56</sup>. Como señalábamos más arriba, la mirada en este caso tiende a concentrarse exclusivamente en la institucionalidad y la pugna por ingresar al sistema político (para cambiarlo o mantenerlo). El límite de este análisis está en su restringida noción de la acción colectiva, entendida como mera acción/reacción para/por el poder en el régimen político, cuestión siempre relativa en este tipo de acciones como lo demostraron elocuentemente historiadores de la talla de Thompson, Hobsbawm y que tanto ha criticado Alberto Melucci<sup>57</sup>. Si bien es efectivo que el éxito/eficacia o fracaso de un MS se vincula íntimamente a la cuestión del poder y la inclusión de las reivindicaciones de éstos en los

---

<sup>54</sup> CH. TILLY, “Social Movements and National Politics”, en Charles Bright y Susan Handing (eds.) *Statemaking and social movements*. Ann Arbor, The University of Michigan Press, 1984, p. 306.

<sup>55</sup> M. CASTELLS, *Redes de indignación y esperanza*. Alianza editorial, Madrid, 2012, p. 29.

<sup>56</sup> M.A. GARRETÓN, “Movimientos sociales y procesos de democratización... Op. cit., p. 1.

<sup>57</sup> A. MELUCCI; “The symbolic challenges of contemporary movements” *Social Research* Vol. 52, n°4, 1985.

programas estatales, no siempre su formación ni la vertebración de su reclamo responde exclusivamente a este factor. No al menos en su dimensión institucional; el afán de transformar la realidad, conlleva ineluctablemente establecer las reivindicaciones y representaciones de la realidad de ese grupo concreto como dominantes, no hay duda de ello. Pero esa estructuración no responde exclusivamente a la lucha por el poder político institucionalizado de un gobierno y, por tanto, volviendo a las ideas de Castells, su pugna puede vertebrarse antes en un entramado simbólico-cultural que va más allá de lo netamente normativo/institucional. Un ejemplo reciente de este fenómeno se puede observar en la *indignación* europea, que más allá de la búsqueda del poder, consignó entre sus prioridades el respeto de ciertos derechos y valores considerados como mínimos antes que la obtención del poder político para la consolidación de esas representaciones. Es más, la resistencia que acciones como el 15M presentaron a los juegos por el ingreso en la arena institucional, ha sido una de las principales características de la *indignación española* y su protesta<sup>58</sup>.

Por otra parte y también desde una óptica eminentemente política, S. Tarrow señala que este tipo de acción corresponde a “desafíos colectivos planteados por personas que comparten objetivos comunes y solidaridad en una interacción mantenida con las elites, los oponentes y las autoridades”<sup>59</sup>. Esta definición –según plantea Tarrow– tiene cuatro propiedades empíricas; desafío colectivo, que en su forma exagerada provoca la violencia; objetivos comunes, solidaridad e interacción. Visto de esta forma, si bien es cierto que expresiones de descontento o la movilización de un grupo de personas que busca combatir a poderes establecidos tiene larguísima data, la particularidad de los MSs estaría, precisamente, en la organización y coordinación que realizan del malestar, atrayendo a sujetos menos comprometidos a través de repertorios de acción conocidos y posibles de realizar para una amplia mayoría de personas. Esta acción, cuando logra ser respaldada por redes sociales densas mediante símbolos culturales amplios que estructuran la acción, producen la elaboración sostenida de la interacción –reivindicativa– de este grupo con sus oponentes, precisamente lo que Tarrow considera como movimiento social<sup>60</sup>.

En esa línea, Tilly ha planteado que la virtud que han tenido los movimientos sociales en el tiempo ha sido la síntesis e innovación de la combinación de tres elementos: el esfuerzo público y organizado por expresar sus reivindicaciones a las autoridades competentes; el uso combinado de algunas formas de acción política y, finalmente,

---

<sup>58</sup> J.I. RADIC, “movimientos sociales y gobernanza en el siglo XXI. Repensando la democracia a través del 15-M”. En A. ROVIRA (coord.); *Gobernanza democrática* Marcial Pons, Madrid, 2013, pp. 307-308.

<sup>59</sup> S. TARROW, *El poder en movimiento*. Op. cit., 2009, (1ª edición, 1997) p. 23.

<sup>60</sup> S. TARROW, *Ibid.*, p. 22

manifestaciones públicas y concertadas de los participantes, presentando valor, unidad y compromiso en su actuar<sup>61</sup>.

Ahora bien, desde una perspectiva cultural, P. Ibarra y B. Tejerina han destacado el carácter institucional que inexorablemente posee un MS; por antisistema que pueda parecer en su estructura o en sus postulados, es una institución en sí misma —que no es lo mismo que busque su institucionalización en el sistema—, en la medida que:

está constituido por un conjunto de normas preestablecidas, provenientes de la sedimentación de una memoria y práctica histórica, y que formal o informalmente, constituye una guía para la acción. (...) [Es además] “un sistema de narraciones, al mismo tiempo que un sistema de registros culturales, explicaciones y prescripciones de cómo determinados conflictos son expresados socialmente y de cómo y a través de qué medios la sociedad ha de ser reformada. (...) Es una acción que nace y se desarrolla dentro de ciertos esquemas mentales de conocimiento, evaluación y afecto que, dado que son preexistentes y son percibidos como naturales, inevitablemente estructuran y determinan las opciones y límites de tal nacimiento y posterior desarrollo”<sup>62</sup>.

De esta forma, no es una institución en el plano material y organizacional sino que lo es en el ámbito cultural, es decir, en cuanto sistema de creencias y códigos que interpretan la realidad permitiendo, entonces, elaborar una significación —sostenida en un conjunto de ideas-fuerza— más o menos homogénea de la realidad que combaten y buscan transformar, a través de una serie de prácticas que remiten a una historia y a una memoria común. Esta cuestión, en último término, resulta un aspecto central para la presente investigación, ya que incorpora elementos de carácter cultural (simbólico-identitarios) fundamentales para comprender mejor cómo opera la construcción de imaginarios y las representaciones que realizan los sujetos en un contexto de conflictividad social, en este caso, en el contexto autoritario. En este sentido, no se trata tanto de omitir las causas estructurales que dan vida a una protesta sino, más bien, de identificar y dotar de especificidad a los elementos que permiten la construcción de identidades colectivas que llevan a comprender las características que adquiere cada expresión en concreto, ya que entendemos que toda realidad social específica, es construida por los individuos a través de “los artefactos culturales con que cuentan en cada momento”<sup>63</sup>.

Siguiendo esta perspectiva, A. Melucci, definió inicialmente a los movimientos sociales como el “comportamiento conflictivo que no acepta los roles sociales impuestos por las normas institucionalizadas, anula las reglas del sistema político y ataca la estructura de las

---

<sup>61</sup> CH. TILLY, *Los Movimientos sociales...* Op. cit., p. 22.

<sup>62</sup> P. IBARRA, B. TEJERINA (Eds.); Op. cit., pp. 12-13.

<sup>63</sup> R. CRUZ, M. PÉREZ LEDESMA (eds.); *Cultura y movilización en la España Contemporánea*. Alianza Universidad, Madrid, 1997, p. 10.

relaciones de clase en una sociedad dada”. Más allá de que con el tiempo y la crisis del marxismo las alusiones a la clase fueron desapareciendo de sus trabajos, la concepción desarrollada por Melucci consideró una serie de aspectos relevantes que nos parece importante destacar. A saber, la solidaridad que ha de existir entre los miembros de un MS; este fenómeno no es estático y responde a un continuo proceso de movilidad y, por tanto, de permanente construcción –colectiva— de sus fundamentos, objetivos y acciones. Es en ese proceso donde los miembros del movimiento elaboran significados comunes en base a códigos culturales que les permiten construir una identidad común, basada en una visión similar de su propia realidad<sup>64</sup>.

Finalmente, rescatamos entre la inmensa gama de definiciones que hemos podido enunciar en este trabajo, la elaborada por el historiador M. Garcés, ya que junto con la consideración de los aspectos nodales que definen cualquier acción colectiva<sup>65</sup>, aporta la mirada del caso concreto de Chile y, particularmente, de los márgenes de su sociedad. Para este autor, un movimiento social es “una acción colectiva que se constituye desde la sociedad civil, o desde lo social, para hacer visible el malestar y diversas demandas al Estado y sus instituciones y representantes, o un oponente en la misma sociedad civil”<sup>66</sup>, buscando manifestar –señala–, sus proyectos de cambio social. Desde un punto de vista empírico, la aproximación histórica de Garcés es relevante porque reconoce la complejidad que ha caracterizado históricamente a las relaciones entre Estado y sociedad y, más concretamente, con los sectores populares. Precisamente, la falta de integración social que ha resultado de las políticas del Estado moderno en América Latina, sumado al proceso de construcción de significados del pasado conflictual de los propios sujetos y ése Estado, han resultado ser la piedra angular de la organización de movimientos sociales en el continente. De este modo, entiende que “una de las formas de hacer política” de los pueblos latinoamericanos, ha sido a través de la construcción de movimientos sociales<sup>67</sup>.

A modo de resumen y sujetos a estas definiciones y precisiones realizadas por distintos autores, queremos destacar los elementos fundamentales que constituyen a una acción colectiva según nuestra impresión: en primer lugar, la existencia de un grupo de personas que busque expresar una inquietud concreta. Ya sea con afán de transformar el orden imperante, ya sea por el temor a que ese orden cambie. En segundo lugar, el grupo debe tener algunos objetivos generales sustentados en matrices ideológicas sólidas, que permitan

---

<sup>64</sup> A. MELUCCI, “Asumir un compromiso: identidad y movilización...” Op. cit.

<sup>65</sup> En ese sentido señala: “todo movimiento social supone el desarrollo de una organización de redes y organizaciones sociales así como de recursos culturales e identitarios que se pueden modificar de acuerdo al transcurso de la acción y los acontecimientos” M. GARCÉS; *El despertar de la sociedad. los movimientos sociales en América Latina y Chile*. LOM ediciones, Santiago, 2012, p. 45.

<sup>66</sup> M. GARCÉS, *Ibid.*, p. 10.

<sup>67</sup> M. GARCÉS, *Ibid.*, p. 46.



reunir a un sector específico de la población. Estos, a su vez, deben considerarse como bienes para el conjunto de la sociedad (al menos en opinión de los miembros del grupo) cuestión que los distingue de movimientos de tipo particular o corporativo. Igualmente, este conjunto de ideas fuerza que sostiene al movimiento, deben tener un carácter concreto, aplicado, que orienten al grupo hacia metas y plazos específicos de movilización. En tercer lugar, la acción colectiva debe utilizar el espacio público como lugar de expresión de sus reivindicaciones, materializando en él la discordia existente con el poder establecido. El espacio, adquiere una preponderancia fundamental en nuestra opinión, ya que escenifica el conflicto con el poder establecido en un territorio concreto, habitualmente recargado de simbolismo. Esta escenificación permite, además, el reforzamiento de los lazos entre los participantes. Es decir, crea comunidad y solidaridad, mecanismo psicológico imprescindible para superar el miedo a que habitualmente están sometidos los participantes de este tipo de movimientos<sup>68</sup>. Junto a lo anterior, un MS debe tener alguna duración en el tiempo, sustentado en objetivos generales conectados con el sentir de su base de sustentación, expresado a través de prácticas que constituyen en sí mismo la existencia de un vínculo entre sus participantes; ya sea por referencia histórica o por su innovación performativa. Finalmente, este tipo de acciones deben generar cierto sentido de pertenencia a partir de la construcción de significados comunes acerca de la realidad por la que se movilizan. Esta cuestión permite la generación de una identidad propia entre los miembros del movimiento, impidiendo en muchos casos que la represión, una eventual solución coyuntural a sus problemas o una mala acogida de sus reclamos, descuelguen de la acción sus participantes. En ese sentido, como señala S. Tarrow, mientras más densas sean las redes sociales y más familiares los códigos culturales que sostienen al movimiento, mayores serán probabilidades de éxito<sup>69</sup>.

### *2.3 Dimensiones, características y ámbitos de los movimientos sociales*

El convulso tiempo vivido durante la década de 1960, con su activa conflictividad social en casi todas las partes del globo, condujeron a un vasto y extenso análisis respecto a los movimientos sociales que sacudían ese tiempo. En este contexto, las décadas siguientes observaron, en ambos lados del atlántico, la aparición de dos grandes escuelas teóricas que problematizaron del tema, desde los más diversos ámbitos, casos y enfoques. La disputa sobre las potencialidades y límites de cada perspectiva fue intensa, y sólo logró ser superada

---

<sup>68</sup> M. CASTELLS, *Redes de Indignación...* Op. cit., p. 27.

<sup>69</sup> S. TARROW, Op. cit.

tras décadas de fuerte debate<sup>70</sup>. El resultado de este intenso proceso de discusión trajo la confluencia e integración de las distintas variantes teóricas que se estaban desarrollando en Europa y Estados Unidos, a través de tres conceptos, capaces de aglutinar las distintas dimensiones que componían a un MS. Así surgió una síntesis comparada que incluía tanto la dimensión social, organizativa, política y cultural de este tipo de fenómenos colectivos. Nos referimos a las *estructuras de oportunidades políticas* (de aquí en más OP), las *estructuras de movilización* (EM) y, finalmente, los *procesos enmarcadores* (PE). Lo más relevante de esta aproximación, no obstante, resultó de la interdependencia que se estableció entre cada concepto, propiciando, de ese modo, que la causalidad de una acción colectiva se sostuviera en más de una variable, relacionando, a su vez, la diversidad que se desplegaba en las acciones colectivas de esta índole<sup>71</sup>.

Si bien la utilización del concepto de *oportunidad política* ha sido diseñado para escenarios democráticos, no puede negarse que también es de gran utilidad para contextos no democráticos como fueron las dictaduras militares en el Cono Sur latinoamericano y las batallas por la democracia dadas por sus sociedades. La relevancia que representa el escenario político en la estructuración de una acción colectiva, nos recuerda que las reivindicaciones y resistencias que se expresan a través de la movilización se hacen hacia una autoridad establecida en el sistema político. Sea esta autoritaria o democrática. En otras palabras, a un poder institucionalizado que habitualmente es representado por el Estado. Este hecho cobra especial presencia en América Latina donde el Estado —históricamente— ha sido el gran y casi único referente de todo tipo de orden establecido<sup>72</sup>.

Esta conceptualización de OP, a su vez, ha permitido llegar a la convicción respecto a la gran influencia que suscitan las oportunidades y constricciones políticas —propias del contexto específico en el que se inscriben— en las formas que adoptan definitivamente los MSs que se despliegan en ese sistema determinado<sup>73</sup>. En otras palabras, la coyuntura y los acontecimientos que la conforman, trazan de forma decisiva la emergencia de un MS y el

---

<sup>70</sup> No podemos detenernos aquí en el análisis de este rico debate que tanto ayudó al desarrollo de la teoría sobre los MS, pese a ya haber presentado un avance de esa discusión en otro texto. **J.I RADIC**; “Movilización social y acción popular en Chile durante las protestas nacionales”. Tesis para de Máster en Historia Contemporánea, Universidad Autónoma de Madrid, 2009 (Inédito). Un excelente análisis histórico de esta disputa puede encontrarse en **M. PÉREZ LEDESMA**; “Cuando vengan los días de la cólera...” Op cit.

<sup>71</sup> **MCADAM, MCCARTHY, ZALD**, *Movimientos sociales...* Op. cit., p. 42.

<sup>72</sup> **D. DELLA PORTA**; Op. cit., p. 100. En **MCADAM, MCCARTHY, ZALD**, Op. cit., Respecto a la relevancia del Estado en el continente latinoamericano compartimos la opinión de Touraine, sobre lo omniabarcador que a veces puede resultar éste. **A. TOURAINE**; *América Latina, Política y Sociedad*. Op. cit., p. 162.

<sup>73</sup> **E. ZDRAVOMYSLOVA**; “Oportunidades y creación de marcos interpretativos en la transición a la democracia: el caso de Rusia”. En **MCADAM, MCCARTHY, ZALD**, Op. cit., p. 202. En este artículo se hace una espléndida demostración de cómo el tipo de oportunidades políticas que da el sistema incide en las formas que adopta la acción colectiva.

modo en que lo hace<sup>74</sup>. Así, la movilización surge como reacción al aumento de oportunidades políticas que un sistema dominante otorga a sus opositores por la cambiante situación institucional, y su forma dependerá también del tipo de oportunidades que catalicen al MS. En este sentido, las OP sirven para abrir un espacio en el sistema que facilita la aparición de acciones colectivas. Influyendo, al mismo tiempo, en el posterior desarrollo —y formato— de éstos.

Por otra parte, como un MS actúa, casi siempre, en relación a un Estado y sus formas están íntimamente vinculadas a la dinámica existente en dicho sistema (por acción, oposición u omisión), los teóricos de la movilización social insisten en la importancia que tienen en el futuro de estas acciones las formas y tácticas utilizadas. Es decir, las OP determinan el esquema de relaciones que el movimiento de acción colectiva establece con la institución a la que presiona con su actuación. Si los códigos no encajan con ese esquema, si no se circunscribe a la lógica que el sistema determina, la movilización social tenderá a decaer, a perder paulatinamente la fuerza y masividad que la caracterizó en un principio, sucumbiendo al poder. Por el contrario, si utiliza adecuadamente esos códigos que condicionan su posibilidad, podrán desplegarse en el sistema luchando por extender sus discursos y reivindicaciones a un grupo más amplio de sujetos.

Esto pudo observarse con claridad en el caso chileno, como lo veremos con detención en el capítulo 4. Si las acciones de la oposición originalmente estaban destinadas a realizar un paro masivo, las estructuras políticas no estaban en realidad para poder sostener semejante tipo de desafío a la dictadura que, junto al poder de la coerción tenía completamente maniatada y desarticulado al sindicalismo chileno. Por eso, una protesta, con repertorios de acción diversos y acordes a las efectivas posibilidades de la multitud, permitieron efectivamente ensordecir Santiago a punta de pitos, ollas y bocinas. Miles sin temor a perder el trabajo o ser detenidos pudieron expresarse libremente en la oscuridad de su casa o el amparo del barrio. Sin ese soporte quizás esa primera protesta no habría tenido el éxito —rotundo, incluso reconocido por los medios del régimen como *El Mercurio*— que presentó. Menos su efecto liberador que desencadenó otras dinámicas de acción de ahí en más. En efecto, y como señala la teoría, las estructuras de oportunidad política son las que determinan potencialmente la aparición de un MS, tras la emergencia de éste es el propio movimiento y sus interacciones con otros elementos del medio en que se desenvuelve —no sólo el institucional— lo que genera nuevos cambios en el escenario político. En otras

---

<sup>74</sup> Como veremos más adelante, el acontecimiento —entendido desde una dimensión amplia— cobra gran relevancia para nuestra investigación histórica como lo enfatiza la corriente historiográfica de la Historia Tiempo Presente.

palabras, una vez desplegado el MS, es el propio movimiento el que estructura las nuevas oportunidades políticas tomando, en muchos aspectos una dinámica propia<sup>75</sup>.

Ahora bien, es pertinente destacar algunas precauciones entorno a este concepto, convertido en una verdadera esponja que “absorbe prácticamente todos los aspectos que conforman el contexto de la movilización social”<sup>76</sup>. Incluyendo cualquier condicionante, causa o factor, en el concepto de oportunidad política. En su afán de especificar las dimensiones del concepto, D. McAdam, estableció la existencia de por lo menos cuatro lugares en que los sistemas políticos aceleran la creación de marcos para la acción colectiva: el grado de tendencia a la apertura del sistema político institucionalizado; la estabilidad en las alineaciones de las elites que defienden determinadas líneas políticas; la presencia o ausencia de aliados entre las elites; y, finalmente, la capacidad del Estado y su propensión a la represión<sup>77</sup>.

En cualquier caso y más allá del momento en que se utilice el concepto de OP, nos parece que su riqueza y utilidad resulta sustancial a la hora de explicar el sistema de relaciones de poder existentes en un sistema político concreto. Es cierto que existen otros espacios en los que se desenvuelven los efectos de una acción colectiva; pero, desde el punto de vista de entender el proceso de enfrentamiento entre un grupo específico de la sociedad y la institucionalidad del sistema, el concepto presta una utilidad sin igual, siendo sumamente relevante para comprender por qué surgen en un momento determinado y cómo se articulan en el entramado de una sociedad determinada.

Junto a las estructuras de oportunidad política existe, en segundo lugar, otro concepto que hace alusión a otros ámbitos que facilitan la explicación acerca del surgimiento de un MS. Si queremos adentrarnos en la conformación específica de un movimiento, esto es, cómo se estructura, extiende, organiza y dirige, entre otras cosas, hemos de preocuparnos de las bases en las que estos se sostienen. Es decir, en las redes sociales y los símbolos culturales que hacen posible que un descontento concreto —específico o general— y una oportunidad en el entramado del sistema, permitan transformarse en acción. Se torna necesario, entonces, reducir el enfoque y entender la complejidad que conllevan las decisiones de los sujetos que participan en la acción colectiva y las organizaciones que resultan de las redes creadas entre sus participantes. En otras palabras, profundizar en los aspectos organizativos que posibilitan, internamente, que el malestar existente en una sociedad se convierta en acción prolongada —y estructurada en objetivos específicos— en el tiempo. En definitiva, en un movimiento social.

---

<sup>75</sup> MCADAM, MCCARTHY, ZALD, Op. Cit., p. 36.

<sup>76</sup> W. GAMSON, D. MEYER; “Marcos interpretativos de la oportunidad política”. En Ibid., p. 389.

<sup>77</sup> D. MCADAM; “Orígenes terminológicos, problemas actuales y futuras líneas de investigación. En: Ibid., pp. 54-55.

Para nuestro caso específico, conocer cómo se resolvieron las formas de organización, nos permite profundizar el análisis no sólo respecto al perfil de quienes adhirieron de forma permanente a las protestas contra Pinochet, sino de las condiciones generales a que los santiaguinos –y específicamente los vecinos y vecinas de las poblaciones populares–, estuvieron dispuestos a someterse en beneficio de sus reivindicaciones. En este sentido, analizar los aspectos organizativos que posibilitaron la aparición de las protestas nacionales, pero, aún más, que dieron vida a un movimiento social amplio y plural por el retorno de la democracia, nos invita a conocer cómo se fue estructurando la sociedad civil chilena en pos de este objetivo y el papel, concretamente, que jugaron en el mundo popular de las poblaciones de Santiago, las organizaciones de base. En efecto, surgidas desde la necesidad del hambre, la pobreza y la opresión, las organizaciones populares de base se constituyeron en una red de sociabilidad fundamental para dar vida, masividad, cohesión y sustento en el tiempo, a las acciones colectivas contra la dictadura. Sin ellas, creemos firmemente, ni la fuerza de las protestas ni la consistencia del movimiento social liderado por los partidos y organizaciones opositoras a la dictadura, habrían sido posibles. En otras palabras –y cómo profundizaremos en los capítulos 4 y 5 más específicamente– más allá del correcto y oportuno liderazgo de las cúpulas partidistas opositoras a Pinochet, en la base popular existía una red organizativa que, aunque frágil e intermitente en su proyección el tiempo, sí resultó sólida en su constitución cotidiana, permitiendo crear y reforzar lazos –históricos– de fraternidad, confianza y colaboración entre los vecinos que participaban en este tipo de iniciativas. Estos núcleos organizativos populares, movilizados desde fines de 1973, fueron progresivamente creando una red, vital para dar sustento en el tiempo al desafío a la dictadura y entregar masividad y un auténtico sentido social –de la sociedad civil– a la demanda por la restauración de la democracia<sup>78</sup>.

Originalmente el concepto de *estructuras de movilización (EM)*, fue elaborado con el objetivo de reconocer la importancia de los recursos en la conformación de un MS. Intentando caracterizar al movimiento –dejando de lado el proceso histórico de éstos– se insistió que el éxito de un MS se relacionaba con su capacidad de construir organizaciones sociales formales, es decir, que alcanzaran un grado de institucionalización suficiente para representar al movimiento en el sistema. No obstante, las últimas décadas han visto una crítica a este modo de entender el concepto, sobre todo por los límites que presentaba esta mirada respecto a lo que efectivamente ocurría en la base de las organizaciones que constituían la acción. De ese modo lo plantearon los teóricos de los procesos políticos –que

---

<sup>78</sup> J. RADIC, “Protestas nacionales en Chile: aporías de acción popular”. En. **VV.AA**; *Socializar conocimientos*. Icaria, Barcelona, 2011, p. 49

también utilizaron este concepto—. Para éstos las EM eran más bien micro redes sociales, más precisamente, aquellas que dotaban de forma y peculiaridad específica a cada movimiento social y, por lo tanto, no resultaba fundamental que éstas buscaran constituirse en una organización formal. C. Tilly, en ese sentido, concibió la noción de “densidad de redes” (*netness*) para describir el alcance de los movimientos atendiendo a la densidad de las relaciones sociales creadas por múltiples vínculos institucionales<sup>79</sup>. Fue precisamente esta densidad de redes y la forma en que se fueron constituyendo en el tiempo —y sobre qué sustentos cognitivos, similares necesidades y una memoria común— parte importante de lo que constituyó al movimiento contra la dictadura y su acción en el ciclo de protestas de los años 80’, lo que posibilita comprender mejor este fenómeno sociopolítico en su real dimensión histórica.

En el último tiempo y gracias a los acercamientos entre los distintos teóricos de los MSs, se han desarrollado diversos estudios comparados, que incluían tres aspectos relevantes para un análisis más preciso de las estructuras organizativas de un movimiento social. Nos referimos al análisis de las infraestructuras organizativas —que permitirían comprender mejor los patrones históricos de movilización—, la determinación de la relación existente entre forma de organización y tipo de movimiento y, en tercer lugar, la comprobación de la influencia que sobre los movimientos pueden ejercer tanto estructuras estatales como el tipo de “cultura organizativa” que se da en un lugar determinado<sup>80</sup>. Tomando en consideración lo anterior, podemos señalar que una definición más o menos acotada del concepto de Estructuras de Movilización establece que son “los canales colectivos, tanto formales como informales, a través de los cuales la gente puede movilizarse e implicarse en la acción colectiva”<sup>81</sup>. Este concepto nos permite refinar el objeto de estudio y analizar las redes intermedias —organizaciones, y redes informales que constituyen a todo MS— y cómo su estructura organizacional es el motor principal desde la cual adquieren su fuerza y —en determinados casos— posibilitan el cambio social. La performatividad, en este escenario, se constituye como un elemento influyente en los efectos —éxito o fracaso del movimiento en la consecución de sus objetivos— ayudando a su vez, a situarlo en su contexto histórico.

La importancia del concepto de EM, en ese sentido, se remite a posibilitar una mejor comprensión del camino que el movimiento sigue en el tiempo en su propia dinámica interna, sugiriendo algunas explicaciones más completas sobre la trayectoria y los ciclos en

---

<sup>79</sup> CH. TILLY; *From Mobilization to Revolution*. Reading, Mass, Addison-Wesley, 1978. Citado en, MCCARTHY, John; “Adoptar adaptar e inventar límites y oportunidades”... Op. cit., p. 209.

<sup>80</sup> MCADAM, MCCARTHY, ZALD, Op. cit., pp. 22-26.

<sup>81</sup> En MCADAM, MCCARTHY, ZALD, Op. cit., p. 24.

los que se inscriben sus actividades<sup>82</sup>. Las decisiones que tome el grupo respecto a las formas de expresión y organización –por ejemplo– tendrán importantes consecuencias en la capacidad que el movimiento presente para obtener recursos y alcanzar una amplia movilización en su entorno.

Este punto abre una interesante problemática existente en todo movimiento social, y de gran relevancia para nuestro caso de estudio; la tensión resultante entre el inevitable camino de institucionalización de sus organizaciones, a fin de cumplir algunos de los objetivos trazados, y las resistencias que las diferentes facciones pueden presentar en esta trayectoria. Esta convulsión genera inevitablemente consecuencias que redundan en el futuro del movimiento y los miembros que participan en ésta, expresados en los objetivos trazados y los modos de conseguirlos. Este complejo proceso que se vive al interior de un movimiento social, se escenifica, casi siempre, en la aparición de un ala radical que plantea las diferencias al interior del grupo y la disyuntiva –siempre éticamente conflictiva– entre ideales y éxito, tal como ocurrió en el caso chileno. En efecto, la dirección formal de la oposición al régimen de Pinochet, desde un principio se dividió en dos grupos; los moderados de la Alianza Democrática (AD) y el Movimiento Democrático Popular (MDP), resuelto a no negociar con la dictadura por ilegitimidad ética que representaba de por sí esa alternativa. Pues bien, este conflicto entre los dos espacios de la oposición, se escenificó con fuerza tras el atentado al dictador, en 1986. Si bien el tema de la violencia, siempre marcó las distancias entre uno y otro conglomerado, el frustrado intento de ajusticiamiento realizado por el Frente Patriótico Manuel Rodríguez, y las duras consecuencias que le sucedieron –estado de sitio persecución y represión a los opositores, asesinatos por los organismos de seguridad<sup>83</sup>– marcó, definitivamente, la ruptura estratégica de ambos sectores. Si, por una parte, el sector más a la izquierda mantuvo su indeclinable posición de justificar la violencia ante una tiranía ilegítima que asesinaba indiscriminadamente a los ciudadanos de Chile”, sin por ellos ser el exclusivo modo de luchar contra el régimen, por el otro lado, la oposición moderada cerró filas con su flanco más conservador que estableció la aceptación sin condiciones la normativa impuesta por la dictadura para, desde ahí, disputar el poder al régimen. La división –bien insuflada estratégicamente por la dictadura– marcó el devenir de la oposición. También del proceso movimental que, progresivamente, dio paso a la vía electoral como exclusivo camino para la restauración de la democracia. Esto pudo observarse con toda nitidez, una vez derrotado el dictador, cuando la vía moderada articuló una política en muchos aspectos continuista con el marco autoritario y destinada a

---

<sup>82</sup> MCCARTHY, John; “Adoptar adaptar e inventar límites y oportunidades”. En MCADAM, MCCARTHY, ZALD, Op. cit., p. 205.

<sup>83</sup> Sobre este tema nos detendremos descriptiva y analíticamente en el capítulo 4.

desmovilizar definitivamente a la extensa red social que con tanta fuerza se había manifestado hasta ahí, representando un modo restringido y parcial del o que iba a ser la construcción de la democracia postdictatorial<sup>84</sup>.

En resumen, el concepto de EM, por tanto, permite analizar el proceso que va desde el surgimiento de una estructura organizativa que canaliza el descontento de las redes sociales con la realidad imperante y la convierte en acción, hasta su proceso de institucionalización o/y fraccionamiento, mediante la estructuración de objetivos plausibles. En esa dirección, J. McCarthy estableció una especie de mapa entre organizaciones formales y organizaciones no formales constituyentes de la red social de un movimiento. Entre las no formales, los grupos menos organizados los conforman familias y redes de amistades, consideradas como la estructura básica de la vida cotidiana. Pese a sus límites y interrupción en la acción en el tiempo, este tipo de organización ha demostrado ser crucial a la hora de explicar el reclutamiento realizado por movimientos de mayor magnitud. Estos grupos se insertan en lo que McAdam, denomina como “*contextos de movilización*”, concepto útil para agrupar a toda una “serie de alveolos sociales en los que la gente se mueve cotidianamente y en el seno de los cuales los vínculos –tanto formales como informales– pueden funcionar como estructuras que facilitan la solidaridad y la comunicación cuando deciden realizar juntos algún tipo de acción de protesta”<sup>85</sup>.

Así y a modo de síntesis, este concepto contribuye a clarificar los sistemas de relación que pueden existir al interior de un movimiento social –desde organizaciones estructuradas y oficiales a verdaderas microredes sociales– cómo funcionan y cuánto influye esta construcción en el funcionamiento del movimiento a la hora de poner de manifiesto un descontento puntual o general.

Cerrando el círculo aportado por las nuevas perspectivas teóricas presentadas desde la sociología histórica, aparece el concepto de *procesos enmarcadores*. Tal como los sostiene Donati este enfoque “ha permitido introducir una nueva perspectiva en el análisis de la ideología y la cultura” al facilitar el estudio del discurso de la acción colectiva y los fundamentos que le dan sentido al actor, en las mentes de sus propios protagonistas<sup>86</sup>. Ni la oportunidad política que puede darnos el sistema, ni las estructuras en las que se organiza un grupo, son suficientes para explicar la aparición de una protesta. En este sentido, es útil considerar el concepto de “*liberación cognitiva*”, aportado por D. McAdam para definir el proceso de transformación de la conciencia colectiva, que lleva a los individuos a la acción

---

<sup>84</sup> P. OXHORN; “La paradoja del gobierno autoritario: organización de los sectores populares en los ochenta y la promesa de inclusión”. *Política*, n° 43, Primavera 2004, pp. 57-83

<sup>85</sup> MCCARTHY, John; “Adoptar adaptar e inventar límites... Op. cit., p. 208.

<sup>86</sup> En A. RIVAS; “El análisis de marcos: una metodología para el estudio de los movimientos sociales”. En P. IBARRA, B. TEJERINA; Op. cit., p. 181.



para exigir cambios en un sistema desgastado y con autoridades deslegitimadas<sup>87</sup>. En el capítulo cuarto de esta investigación, veremos un ejemplo manifiesto de este fenómeno en lo que representó la primera protesta nacional del 11 de mayo de 1983, en la cabeza de sus participantes.

Este enfoque plantea que son los significados compartidos, los símbolos y representaciones de la realidad, los que la gente tiende a utilizar para definir su situación y explicar los elementos que inciden en este paso del sentimiento a la acción. De esta forma, el sujeto, que es finalmente quién realiza la acción, aparece en el análisis. Sin personas agraviadas —y que así lo asuman— resulta imposible la aparición de una acción colectiva. Ahora bien, también es fundamental que estos sujetos conciban la acción como un medio viable para solucionar su situación, sino será probable que se abstengan de la participación pese al malestar que puedan presentar.

El concepto de PE originalmente creado por E. Goffman y readecuado por D. Snow, contiene en su núcleo una fuerte connotación psicológica, vinculada a la relevancia que presentan las percepciones, sentimientos y emociones en el surgimiento de los MSs. Esta mirada profundiza en una apreciación ideal-valorativa, atribuyendo gran relevancia a la dimensión cognitiva de los sujetos en los procesos de gestación de malestar. En otras palabras, reconoce el valor que tienen las formas de entender, significar y representar el mundo —y su situación en él— de parte de los actores sociales que participan de estos procesos de movilización. Es decir, el modo en que hacen inteligibles su mundo y su papel en la sociedad de la forman parte —y del conflicto que se cierne sobre esa sociedad— también forma parte vital para comprender de mejor forma los caminos que adopta un tipo de acción colectiva.

Estas cuestiones tomaron fuerza gracias al giro culturalista vivido por las ciencias sociales en los años 80'. En el caso concreto de los movimientos sociales coadyuvó al desarrollo de las investigaciones vinculadas a la teoría de la identidad colectiva. En esa línea, M. Castells ha profundizado en los procesos de construcción de la identidad, identificando hasta tres tipos, según el origen de su elaboración; las *legitimadoras*, relacionadas a las instituciones dominantes; las *identidades de resistencias*, que se oponen a la institución dominante y desde donde construyen un cuerpo simbólico e ideológico de resistencia al poder; y las *identidades en proyecto*, entendidas como las que surgen de la propia creación de los actores sociales que, desde sus propias bases culturales, re-

---

<sup>87</sup> D. MCADAM, J. MCCARTHY, M. ZALD; *Movimientos sociales: perspectivas comparadas*, Op. cit., p. 27.

construyen y re-sitúan sus identidades y su papel al interior de su sociedad, como mecanismo de transformación estructural de la sociedad en la que están inmersos<sup>88</sup>.

Puede observarse, por otra parte, que las ideas y la cultura también fueron reafirmadas por el modelo basado en el estudio de los procesos políticos. Desde esta vertiente, se resaltó la importancia de las ideas compartidas y socialmente construidas a la hora de explicar el surgimiento de un MS. Aun cuando teóricos como Tarrow o Tilly han sido destacados por sus estructuraciones políticas de los MSs, sus aportaciones a esta dimensión cultural de los movimientos sociales han sido muy relevantes. Al respecto, han señalado la importancia fundamental que tienen ideas nuevas, símbolos culturales ampliamente compartidos y la existencia de solidaridad entre los miembros de un grupo, como catalizadores de la oportunidad política abierta en el sistema<sup>89</sup>.

Desde esta perspectiva, la cultura se entiende desde una dimensión más amplia; como marco de significados, como un conjunto compartido de creencias y formas de ver el mundo a través de la mediación realizada por los símbolos y el lenguaje<sup>90</sup>. Esta mirada ha permitido abordar formas muy novedosas de expresión como los roles, la retórica o la dramaturgia. Todos entendidos como repertorios culturales que sirven para explicar las causas, las formas en se encuadra el malestar y los tipos de movimientos que pueden producir, incluyendo, además, los modos en que un movimiento alcanza mayor fuerza y extensión en una sociedad. En este sentido, los marcos en que se interpretan estas representaciones se entienden como metáforas específicas, representaciones simbólicas e indicaciones cognitivas para presentar conductas y eventos de forma evaluativa y para surgir formas de acción alternativa<sup>91</sup>. En nuestro caso de estudio, podremos ver las formas de representación de su realidad a través de obras de arte, escritos, pasquines y actividades concretas, donde se percibe cómo interpretan su situación en el conflicto sociopolítico del que son parte durante la dictadura militar<sup>92</sup>.

La complejidad que presenta esta dimensión cultural de los MSs se debe quizás a “este carácter efímero y amorfo de la naturaleza del objeto de estudio”<sup>93</sup>, como es el intento por comprender y analizar tipos de construcción social y gestación de ideas nuevas en torno a un grupo o sociedad determinada, cuestiones sumamente difusas, diversas y en muchos casos contradictorias. Efectivamente, resulta complejo definir de forma específica qué

---

<sup>88</sup> **M. CASTELLS**, *La era de la información. Economía sociedad y cultura*. Tomo II, El poder de la Identidad. Alianza, Madrid, 1998, pp. 28-31.

<sup>89</sup> **M. ZALD**; “Cultura, ideología y creación de marcos de estratégicos”. En **MCACAM, MCCARTHY, ZALD**, Op. cit., p. 369. Para un estudio más profundo desde esta perspectiva ver también **S. TARROW**; Op. cit., capítulo 7.

<sup>90</sup> **ZALD, Mayer**; “Cultura, ideología y creación de marcos de estratégicos” Op. cit., p. 371.

<sup>91</sup> Ibid.

<sup>92</sup> Esas cuestiones, desde una dimensión cultural serán abordadas en el capítulo 5 y 6.

<sup>93</sup> En **MCADAM, MCCARTHY, ZALD**, Op. cit.

elementos contingentes e históricos definen el universo simbólico de los actores que participan de los movimientos sociales. No obstante lo anterior, fue el propio Snow quien definió más precisamente lo que entendía por *frame analysis*, o análisis de marcos; eran los “esfuerzos estratégicos conscientes realizados por grupos de personas en orden a forjar formas compartidas de considerar el mundo y así mismas que legitimen y muevan a la acción colectiva”<sup>94</sup>. En esa línea, además, veremos en el siguiente capítulo, cómo ciertos elementos históricos y contingentes fueron modelando un modo de ser/hacer de los sujetos organizados en los barrios populares de la capital, y que definió —o en su defecto, modeló— no sólo los modos de comprender su realidad en la trama autoritaria de la historia de Chile, sino que significó su papel en su lucha —consciente— contra la dictadura y en favor de la democracia<sup>95</sup>.

Ahora bien, en este proceso de interpretación de los sujetos, de hacer inteligible de una manera determinada su mundo y relación en la sociedad de la que son parte, se produce un delicado estado que varía según cada participante en la acción colectiva, que dice relación con la capacidad de autoconciencia que éstos puedan tener. Cuando una acción colectiva se está formando, la capacidad de entender el proceso de interpretación que están realizando casi inconscientemente los individuos, lleva a que la movilización tenga un marcado carácter de imprevisibilidad. Por esta razón D. Snow ha insistido que el éxito o fracaso de una acción colectiva no solo depende de la oportunidad política o la expansión y apropiación de los recursos sociales sino, también, de un adecuado proceso de *alineamiento de marco*. Esto es, “la unión del individuo y las orientaciones interpretativas de las organizaciones de los movimientos sociales, de forma que los intereses, valores y creencias de los individuos, se hacen congruentes y complementarios con las actividades, metas e ideologías de aquéllas”<sup>96</sup>. Es decir, debe producirse una especie de imbricación entre los grupos de sujetos que adhieren a la movilización y sus organizadores. En nuestro caso particular, esta cuestión adquiere gran relevancia ya que nos aproxima desde un punto de vista teórico al proceso de decaimiento y radicalización de las protestas nacionales así como

---

<sup>94</sup> El concepto de Snow en Ibid, p. 28.

<sup>95</sup> Esto último, la idea de democracia, es quizás el motivo de mayor dispersión y controversia. Sin existir un proyecto claro y evidente entre los sujetos organizados en los barrios populares de Santiago, su acción cotidiana dejó entrever, al menos fragmentariamente, ciertas representaciones de lo que, anhelan, debiese ser la democracia. Como veremos en el próximo capítulo, esto se nutrió tanto de elementos históricos como contingentes. Y su dimensión conflictiva dice relación con la tensión que subyace entre estas representaciones de la democracia —participativa, colectiva, solidaria y con Estado como pilar de la comunidad— y las que finalmente se impusieron entre las élites partidistas de la oposición moderada, que presentó un proyecto elitizado y limitado de democracia. Ya fuese por sus propios intereses y representaciones de la democracia como por las dificultades que debió sortear en el entramado autoritario (incluida la presencia del dictador como comandante en jefe del ejército).

<sup>96</sup> A. RIVAS; “El análisis de marcos: una metodología para el estudio de los movimientos sociales”. En P. IBARRA, B. TEJERINA; Op. cit., p. 193.

a la deriva que tuvo la movilización social por la democracia, sus tensiones, sinergias y fracturas.

Por otra parte, debemos destacar que la relevancia del concepto de *marco* está en su vínculo entre elementos de la teoría de movilización de recursos —en este caso los elementos racionales de una acción colectiva retratados en la importancia de los intereses— y los aspectos siempre defendidos como fundamentales desde la teoría de la identidad colectiva, es decir, las ideas y los valores. Esta inclusión, si bien representa algunas complejidades analíticas, nos resulta particularmente sólida al incluir elementos significativos en la aparición de un MSs. Intereses, beneficios, costes por un lado. Valores, convicciones, símbolos y creencias por otro. Todos inciden, en mayor o menor medida, en la creación de un marco interpretativo entre un grupo de sujetos que los predispone y prepara para poder actuar. Igualmente, desde un punto de vista empírico, los análisis de D. Snow, referidos a la congruencia entre individuos y organización, enfatizan sobre la pertinencia que tiene el análisis microsocioal de la acción colectiva. La importancia de esta unidad, de este afán de homogeneización de los marcos producida en los espacios *locales*, nos plantea la dicotomía problemática a la que se enfrentan los movimientos sociales en estos ámbitos. Por una parte, esta intencionalidad racional de encuadrar a un amplio grupo en una sola representación amplia de la realidad los caminos a seguir, nos indica la profunda heterogeneidad que puede presentar en su interior una acción colectiva y el error que representa desatender estas diferencias<sup>97</sup>. Sin embargo, por el contrario, la capacidad que tenga la organización del movimiento para elaborar un marco interpretativo amplio y diverso, pero que a la vez vincule a una mayoría considerable de la sociedad, en donde radican y se sostienen las posibilidades de éxito de una acción colectiva. Esta cuestión siempre resulta controversial, ya que plantea la disyuntiva entre el reconocimiento a la pluralidad —y la divergencia— versus el éxito del proceso de movilización. En el caso chileno, ese dilema se manifestó concretamente en la disposición a negociar con el régimen y aceptar sus condiciones. M.A. Garretón, resume bien las alternativas a las que se enfrenta el MS contra la dictadura:

Todo proceso de movilización social que no esté guiado por un diseño y una propuesta política única del conjunto de la oposición sin exclusiones, podrá cohesionar grupos, obtener logros y avances, pero será estéril desde el punto de vista de provocar el término del régimen (...) Lo más seguro es que termine desgastado en su poder de convocatoria y merced de la represión del régimen<sup>98</sup>.

<sup>97</sup> Reiteradas críticas recibió la conceptualización de J. Habermas de “Esfera pública” homogénea y preocupada de los “intereses generales”, por considerarse monolítica, que invisibiliza la diversidad en que se constituyen los espacios de disidencia. C. DE LA GUARDIA; “Espacios de disidencia, opinión pública y derechos en España y América Latina”. En A. RIVERA A, J.M. ORTIZ DE ORUÑO, J. UGARTE (eds), *Movimientos Sociales en la España Contemporánea*. Abada editores, 2008, p. 87-88.

<sup>98</sup> M. A. GARRETÓN; *Reconstruir la Política*. Ed. Andante. Santiago, 1987, p. 106.

Directamente relacionado a este dilema, el concepto de Procesos Enmarcadores también permite comprender la evolución que las ideas tienen en el desarrollo del proceso movilizador. Tras la consolidación de un movimiento la forma y el tipo de ideas que unen al grupo sufren, habitualmente, una serie de modificaciones. Por una parte, los PE toman una forma mucho más rigurosa y consciente gracias a las decisiones estratégicas que realiza la organización formal de MS<sup>99</sup>. De hecho, casi la totalidad de las nuevas ideas tenderán a ser cada vez más de propiedad de movimientos formales, es decir, estructurados desde la elite del propio movimiento. A su vez, por otra parte, el casi seguro proceso de crítica que estas ideas tengan, ya sea desde el interior del propio movimiento —sectores más radicales o moderados en relación a la dirección— o desde el propio Estado, redundará inexorablemente en el devenir del movimiento y sus derivas hacia tal o cual posición ideológico-estratégica.

En este punto parece importante resaltar el problema que despierta el proceso de formalización de los discursos del propio movimiento social, en relación a las reacciones de la autoridad. Si en un principio, quienes detentan el poder pueden omitir los reclamos de un grupo que se manifiesta por primera vez, ya sea por la suposición de tener controlado sus acciones, ya sea por menospreciar la fuerza del grupo (tal como ocurrió con las primeras protestas contra Pinochet). Sin embargo, si este grupo logra el afianzamiento de la movilización colectiva en el tiempo, esta actitud tenderá a cambiar, ante el temor que el desborde de una acción masiva pueda posibilitar cambios sociales no deseados. De ahí la verdadera batalla discursiva que se produce entre poder y opositores, cuando el movimiento alcanza cierta relevancia, cuestión que cuesta mucho más que se produzca en regímenes autoritarios al disponer —casi sin contrapesos— del poder coercitivo que no sólo inhibe a las fuerzas sociales, sino que le permite límites muchos más amplios de acción u omisión que un sistema democrático.

En síntesis, podemos señalar que la utilización de estos tres marcos conceptuales aportan una amplia, profunda e interrelacionada forma de abordar un proceso de acción colectiva, desde un punto de vista político-institucional, social organizativo y cultural identitario. Su amplitud, en efecto, posibilita una mirada integral al proceso histórico que se desenvuelve con este tipo de fenómenos.

---

<sup>99</sup> En relación al inicio de un proceso de movilización social, muchos de los sujetos que participan en ella pueden no estar completamente conscientes de estar tomando parte en un proceso interpretativo de importancia como los sugieren **MCADAM, MCCARTHY Y ZALD**. En Op. cit., p. 40.

## 2.4 Dinámica de un movimiento social y sus ciclos de protesta

Si bien es cierto que la última reedición del texto de S. Tarrow el traductor ha modificado el concepto de *ciclos de protestas* por el de *acción colectiva*<sup>100</sup>, nos parece pertinente seguir utilizando el concepto original con el objetivo de aplicarlo a nuestro trabajo empírico, intentando aportar algunas luces a los significados que adquiere la teoría y el porqué de la denominación al periodo de activa movilización social que se produjo en Chile entre 1983 y 1987.

S. Tarrow señala que la fuerza de un movimiento se produce de la combinación de elementos internos y externos. Entre los internos destacan las estructuras de movilización – que deben establecer un nexo con las redes sociales, verdaderas gestoras de la movilización de base- y la capacidad de enmarcar sus exigencias e ideología en una matriz cultural vinculante (sin olvidar con ello la trascendencia que en sociedades modernas posee la capacidad de apoyar su discurso en los medios de comunicación). Entre los elementos externos que Tarrow considera, están las oportunidades que el sistema presenta para la aparición de una movilización social. Donde lo político juega un rol sustancial. Estas oportunidades, sobre todo si la acción colectiva tiene éxito, provocan ciclos de manifestación más amplios y expresivos, que se extienden desde los activistas a grupos de interés, ciudadanos e inevitablemente involucran al estado. Como resultado de esta dinámica de difusión y creación, los MSs triunfan o fracasan debido a fuerzas que están más allá de su control. De esta forma, Tarrow entiende los *ciclos de protestas o acción colectiva* como:

la fase de intensificación de los conflictos y la confrontación en el sistema social, que incluye un rápida difusión de la acción colectiva de los sectores más movilizados a los menos movilizados; un ritmo de innovación acelerado en las formas de confrontación; marcos nuevos o transformados para la acción colectiva; una combinación de participación organizada y no organizada; y una secuencia de interacción intensificada entre disidentes y autoridades que pueden terminar en la reforma, la represión y, a veces en una revolución<sup>101</sup>.

Para el autor norteamericano, este proceso de acción colectiva posee una enorme significación, ya que, de una u otra forma, se constituye como un eventual punto de inflexión para el cambio social y político.

---

<sup>100</sup> S. Tarrow; *El poder del movimiento* Op. cit., pp. 58-60. En la Segunda edición (Alianza, 2009) ver capítulo 9, p. 201.

<sup>101</sup> Ibid., p. 263.

Pero estos ciclos de intensificación del conflicto presentan una serie de características que dificultan su estudio. Por una parte, al ser un proceso dinámico, resultan difíciles de fijar en el tiempo y el espacio<sup>102</sup>; muy a menudo comienzan en el propio seno de las instituciones se expande a niveles más complejos de la vida social –como el conflicto entre individuos comunes y corrientes, o ante la aparición de turbas e insurrecciones armadas-. En segundo lugar, este mismo carácter dinámico de los ciclos torna difuso el espacio en que se desenvuelven al interior de la política institucionalizada. Esto, cabría incluir se torna más evidente cuando se sucede en sistemas no democráticos, donde la oposición –de cualquier tipo, sea formal, partidista o de la calle- es habitualmente perseguida o marginada del proceso político. Así, para abarcar de forma integral la complejidad que presentan estos ciclos, “es necesario vincular los movimientos sociales con las luchas de poder, tanto en las instituciones como fuera de ellas”<sup>103</sup>.

Siguiendo a Tarrow, conviene destacar algunas características puntuales que presentan estos ciclos de confrontación. El primero, la generalización del conflicto producto de la ampliación producida en el sistema por la apertura de oportunidades políticas. Esta ampliación del “margen de maniobra” actúa como facilitador de la masificación de impulso movilizador al expandir a otros sectores de la sociedad la disposición para participar en la acción colectiva, cuestión que originalmente podría tener sólo un grupo *comprometido* con la causa<sup>104</sup>. Esta ampliación entre sujetos dispares, no necesariamente unidos en la representación de su realidad, pone de manifiesto la inestabilidad de la elite gobernante, pero también la fragilidad del movimiento que se conforma al incluir una heterogénea masa de individuos, grupos e intereses.

Al mismo tiempo, si bien estos ciclos no presentan una frecuencia uniforme ni se extienden de igual forma al completo de la población, los ciclos de protestas presentan una serie de rasgos que caracterizan no solo al movimiento sino también al periodo en el que se suceden. Entre estos destacan “la intensificación del conflicto, una difusión sectorial y geográfica amplia, la expansión del repertorio de confrontación, la aparición de nuevas organizaciones del movimiento y el reforzamiento de otras antiguas, la creación de nuevos marcos maestros que vinculan las acciones de grupos dispares entre sí y la intensificación de la interacción entre disidentes y el Estado”<sup>105</sup>.

---

<sup>102</sup> En nuestro caso particular, aún existen discrepancias para situar exactamente el término de este proceso de intensificación movimiental; si algunos lo hacen en 1986 tras el atentado a Pinochet, otros lo cierran con la venida del Papa en 1987. Ver **A. LÜNECKE**, *Violencia política en Chile*. Op. cit.; Cfr., **G. SALAZAR**, *Violencia Política popular en las grandes Alamedas...* Op. cit.

<sup>103</sup> **S. TARROW**, *El poder en movimiento...* Op. cit., p. 265.

<sup>104</sup> **T. MOULIAN**; *Chile actual: anatomía de un mito*. LOM ediciones, Santiago, 1997, pp. 278-288.

<sup>105</sup> **S. TARROW**; Op. cit., p. 266.

Respecto a estos rasgos nos queremos detener en algunos de ellos por su particular semejanza y, por ende utilidad, a nuestros casos de estudio. En primer lugar, merece nuestra atención la ampliación del conflicto al que hace mención Tarrow. Dicho proceso explica cómo la movilización puede masificarse pasando su expresión desde espacios delimitados como grupos políticos o conflictos producidos en el ámbito exclusivamente laboral para alcanzar, las calles, las escuelas e incluso pequeños poblados. Es decir, incluyendo a amplios sectores que hasta ahí no aparecen como eventuales miembros de un movimiento. La fuerza que da la oportunidad política permite que estos grupos comprometidos que lideran la acción sean acompañados por grupos menos tendientes a la rebelión. Ahora bien, lo que resulta esclarecedor para entender la fuerza y masividad que muchos movimientos presentan en un momento determinado y la escasa repercusión que pueden tener en el tiempo, radica en la habitual confusión que se produce de considerar estos momentos de alto clímax confrontacional, con procesos –o más bien- proyectos unificados de resistencia. Cuando se suceden estos ciclos de protestas no significa necesariamente que una sociedad completa se levante en una misma dirección a la vez –de hecho rara vez lo hacen-, sino más bien, representa el efecto expansivo de la acción de los grupos más movilizados, desencadenando una variedad de procesos de difusión, extensión, imitación y reacción entre grupos aquiescentes<sup>106</sup>. De esta forma, la expansión no puede ser entendida como un contagio espontáneo entre grupos de similares objetivos o visiones ya no solo del mundo sino del propio conflicto del que son parte. Así, la expansión produce una avalancha de reacciones muchas veces vinculantes, pero muchas otras antagonistas a la acción inicial.

Un segundo rasgo que estos ciclos entregan a la acción colectiva se refiere a los repertorios de actuación. Su aparición actúa como crisol de nuevas formas de acción. Ante la incertidumbre y la aparente debilidad que puede presentar la elite gobernante, la explosión social crece e inicia un rico proceso de innovación a objeto de moldearse a los requerimientos de sus miembros, pero también de atraer a nuevos militantes. De igual forma, los ciclos de protestas generan símbolos, marcos de significados nuevos o transformados para justificar y dignificar la acción colectiva y ayudar así a poner en marcha a los seguidores del movimiento. Estos marcos también viven un proceso de ampliación y modificación –como bien los señalan A. Melucci o D. Snow- tanto en la expansión del público receptor, como de las ideas que conforman al movimiento. De esta forma, se constituyen en verdaderos núcleos en cuyo seno nacen, se ponen a prueba y se perfeccionan, nuevas estructuras culturales que incluso “pueden incorporarse después a la cultura política en forma más difusa y menos militante, y ser una fuente de símbolos en

---

<sup>106</sup> Ibid, p. 267.



torno a los cuales se movilizarán a sus seguidores los futuros impulsores del movimiento”<sup>107</sup>.

En cualquier caso, nos parece que el concepto de *ciclos de protesta* contribuye a una buena delimitación de los procesos de turbulencias que vive una sociedad movilizada. Más allá del aporte que nos entrega esta teorización en la explicación del proceso de acción colectiva, su importancia para nosotros se encuentra en que permite acercarnos y dar luz a las complejas redes de organización social muchas veces sumergidas en la oscuridad de la marginalidad, la ilegalidad o/y la cotidianidad. Al tiempo, que nos aproxima a las motivaciones que sujetos menos dispuestos o tendientes a la movilización poseen para participar de los procesos de representación que caracterizan a un grupo en particular, ambas cuestiones ocurridas en Chile durante las protestas nacionales contra la dictadura militar.

### **3. ¿Nuevos movimientos sociales? Debates sobre acción colectiva en América Latina**

#### *3.1 Sobre el concepto de Nuevos Movimientos Sociales (NMSs)*

Ya reseñábamos la importancia que tuvieron los diversos casos de acción colectiva que se produjeron en el mundo durante los años 60’ para la profundización analítica de este tipo de fenómeno social. La movilización por los derechos civiles en Estados Unidos, la consolidación del movimiento feminista, la acciones contra la guerra nuclear o los movimientos de la Europa del Este contra las dictaduras del bloque soviético, ente otros asuntos, enriquecieron enormemente la reflexión acerca de la brecha que se producía entre los paradigmas clásicos sobre los MSs y estas *nuevas experiencias*. La racionalidad de sus objetivos y reivindicaciones, el alto grado de integración social de sus participantes, inspirados además por valores concretos y generales buscados a partir de calculadas estrategias de acción, fueron características de este nuevo ciclo movimental, incompatible con los paradigmas tradicionales. De ahí que surgiera entre algunos autores la noción de *nuevos movimientos sociales* (NMSs) para referirse al cúmulo de estudios y análisis que se realizaron a estos fenómenos desde finales de la década de 1970 aproximadamente. Este escenario abrió dos nuevas corrientes de interpretación; de un lado aquellas preocupadas de la organización y los recursos con que contaba un MS, y de otro, aquellas influidas por la

---

<sup>107</sup> Ibid, p. 268.

corriente marxista que los consideraba como el “conflicto colectivo que enfrenta a formas sociales opuestas de utilización de los recursos y de los valores culturales”<sup>108</sup>.

La *teoría de movilización de recursos* se preocupó por analizar los costes y beneficios que implicaba movilizarse para los sujetos que participaban en un MS, intentando cubrir la brecha que se producía entre malestar y acción a través de los recursos organizativos que hacían o no posible el salto hacia la acción colectiva. Desde esta perspectiva se insistió en que eran estos elementos organizativos los que mejor explicaban la irrupción de los fenómenos sociales<sup>109</sup>, concentrando su análisis en tres aspectos centrales: la organización, los participantes, y las motivaciones para actuar, enfatizando su preocupación en la gestión y aprovechamiento de los recursos y oportunidades que el sistema entregaba a grupos no institucionalizados para capitalizar un descontento y expresarlo a través de la acción colectiva. A los estudios de A. Oberschall preocupado por los estímulos externos desencadenantes de un MS –entre los que identificó un amplio número de circunstancias-<sup>110</sup>, le siguieron los de J. McCarthy y M. Zald quienes acentuaron la importancia de los estímulos internos –y organizativos- responsable de disminuir los costos que implicaba participar en acciones de este tipo como explicación central que permitía convertir el malestar en acción<sup>111</sup>.

Desde esta vertiente<sup>112</sup> a su vez, surgió el análisis de aquello que Ch. Tilly denominó como *estructura de oportunidades políticas*. Esta perspectiva, enfatizó que la acción colectiva era quizá la única vía que poseen los grupos desprovistos de poder de expresar y hacer valer sus demandas. Según D. McAdam, existen tres grandes factores políticos que inciden en la conformación de un MS; la alteración de las oportunidades políticas, sea por una mejora en la situación de los grupos de oposición o por un retraimiento de su situación que los impulsa a movilizarse contra sus oponentes. Al modificarse la estructura de oportunidad para la acción política, se abre un espacio para la participación social a través de acciones colectivas. Asimismo, están las crisis políticas y contextos de enfrentamiento. Cuando el estado atraviesa una crisis que trasunta lo político, la presión de los grupos crece

---

<sup>108</sup> A. TOURAINE; *América Latina: política y sociedad*. Espasa Calpe, Madrid, 1989, p. 162.

<sup>109</sup> D. MCADAM, J. MCCARTHY, M. ZALD; *Movimientos sociales: perspectivas comparadas*, Istmo, Madrid, 1999, p. 29.

<sup>110</sup> A. OBERSCHALL, Op. cit., p. 118;

<sup>111</sup> Estos autores señalaban que “poco importa que uno esté dispuesto desde un punto de vista psicológico o ideológico a participar si no cuenta con el vehículo que lo pueda lanzar a la actividad de protesta”. D. MCADAM, J. MCCARTHY, M. ZALD; *Movimientos sociales: Op cit.*

<sup>112</sup> Aún cuando se ha designado de forma homogénea a los estudiosos de esta corriente, existen matices entre sus defensores. Si A. Oberschall explicaba el surgimiento de un MS por los recursos externos, otros como McCarthy y Zald enfatizaban la relevancia de la organización interna. Finalmente, un tercer grupo entre los que destacan Tilly y Tarrow, insistieron en la relevancia de los recursos con que cuentan estos movimientos y, sobre todo, en las oportunidades políticas que surgían en el entramado institucional de un lugar específico, como motor del descontento a través de la acción colectiva. para cada enfoque ver; A. OBERSCHALL, Op. cit., D. MCADAM, J. MCCARTHY, M. ZALD; Op. cit; D. MCADAM, S. TARROW, CH. TILLY; *Dinámica de la Contienda Política*. Op. cit.

automáticamente ante la debilidad de los sectores gobernantes<sup>113</sup>. Por último, se destaca un elemento vinculado a los dos anteriores y dice relación con la ausencia o disminución de la represión estatal. Ante la irrupción de cambios en la estructura política de un sistema, el Estado se ve debilitado en su capacidad de utilizar la represión como mecanismo de poder<sup>114</sup>.

Paralelamente y desde Europa preferentemente, se inició un giro en el estudio de los MS que, al igual que los investigadores norteamericanos, criticó los fundamentos puramente racionalistas como explicación para la aparición de estos fenómenos. Desde esta mirada el interés se concentró en los lazos afectivos de los participantes, desarrollando una verdadera teoría de la construcción de la identidad colectiva. A este grupo de investigadores se les identificó más propiamente con el concepto de *nuevos movimientos sociales* por su hincapié en el carácter novel de aquellas protestas que partían de valores y reivindicaciones postmaterialistas. En efecto, los MS de los años 60' causaron gran sorpresa en los analistas europeos. La aparición de *nuevos* sujetos sociales en la primera plana de la acción colectiva, la conformación de renovados grupos y el funcionamiento al margen e incluso en clara oposición a las organizaciones políticas y sindicales tradicionales, aparecieron como efectos de un proceso novedoso que era necesario explicar<sup>115</sup>. De esta forma, se preocuparon por develar de dónde provenían los nuevos actores sociales, qué elementos habían cambiado en la sociedad para su emergencia y en qué consistían las nuevas formas de organización.

C. Offe —en esa línea— reconoció en los nuevos actores, a sujetos de la clase media con una posición más o menos radical; a grupos periféricos como estudiantes, jóvenes sin trabajo, mujeres o pensionistas; también se incluían a campesinos independientes y artesanos<sup>116</sup>. Estos *nuevos* actores rompían con el clásico paradigma de conflicto de clases. Es más, no conformaban una clase propiamente tal ya que provenían de diversas esferas de la sociedad. Más bien conformaban una especie de *alianza social* de la que estaban ausentes los principales agentes de producción, mientras su unidad se fundaba en búsqueda de

---

<sup>113</sup> D. MCADAM; "Orígenes terminológicos, problemas actuales y futuras líneas de investigación". En MCADAM, MCCARTHY, ZALD; Op. cit., pp. 50-51.

<sup>114</sup> Para un análisis de la violencia, la represión y su relación con las oportunidades políticas que posibilita el sistema ver D. DELLA PORTA; "Movimientos sociales y Estado: algunas ideas en torno a la represión policial de la protesta". En MCADAM, MCCARTHY, ZALD, Op. cit., pp. 100-143.

<sup>115</sup> Desde la Teoría de Movilización de Recursos, se rechazó permanentemente el carácter novedoso de estas protestas, argumentando que los movimientos estudiantiles, feministas o pacifista correspondían a ciclos de protestas insertas en un contexto más amplio, consecuencia de una evolución histórica. Los MS habían caído en una ola de renovación, radicalización o/y desinstitucionalización, hecho característico de la época y no de algún tipo de movilización social puntual. Por tanto —señalaban— lo nuevo no eran los movimientos si no sus formas de acción. Lo anterior demostraba que mucho más que un nuevo tipo de movimiento social que quebraba con el sistema imperante como lo argumentaba Touraine, lo que acaecía era la adaptación de los grupos sociales a nuevas lógicas, que, en ningún caso, implicaban cambios estructurales en el sistema capitalista. B. KLANDERMANS, H.P. KRIESI, S. TARROW (eds.); *From structure to action: Comparing movement participation across cultures*. Conn.: JAI-Press, Greenwich, 1988, pp. 358-360.

<sup>116</sup> C. OFFE; *Partidos políticos y nuevos movimientos sociales*. Ed. Sistema, Madrid, 1988, pp. 196-197.

valores universalistas, bastante alejados de las reivindicaciones tradicionales de corte clasista.

Para explicar el vínculo existente entre los miembros del movimiento, se subrayó la profunda transformación político-social vivida por el continente tras la II Guerra Mundial y el posterior desarrollo capitalista en la región. Durante este periodo, se originaron una serie de cambios estructurales que transformaron la lógica social existente hasta ahí. Los códigos económicos e ideológicos dejaron de ser nexos identitarios entre los diversos grupos de la sociedad aún cuando se mantuvo la dependencia ante las nuevas amenazas derivadas del mismo proceso de modernización. Sin embargo, este hecho no era suficiente para explicar el surgimiento de estas *nuevas protestas*. Considerando que un MS no podía ser algo fijo o predeterminado, A. Melucci identificó que al interior de estos fenómenos se producía un complejo proceso de negociación y reevaluación permanente entre los miembros del grupo sobre todos los aspectos de su participación<sup>117</sup>. En este escenario dinámico y versátil – observaba- se construían nuevos códigos culturales y alternativas simbólicas, que eran, en definitiva, las que definían la identidad de los actores. Esta perspectiva comenzó por tanto a considerar la relevancia de las emociones en la toma de decisión de los sujetos sociales<sup>118</sup>. En esa línea, se identificaron tres dimensiones en el proceso de construcción de la identidad: las creencias o armazones cognitivas relacionadas con los fines, los medios y el terreno donde se desarrolla la acción; las redes de relación social, lugar en que se produce la interacción social de actores que genera la comunicación y negociación; finalmente, las inversiones emocionales, espacio que rompe con el cálculo netamente racional y que debe entenderse como el proceso en que los individuos terminan reconociéndose como miembros de una colectividad<sup>119</sup>.

Por otra parte, H.P Kriesi, elaboró una tipología sobre el tema, identificando tres paradigmas que caracterizaban a los MS en general; el referido a la *autoridad* –que abogaban por los derechos humanos y políticos, con su correspondiente contramanifestación en movimientos de corte nacionalistas y exclusivistas-; el de la *distribución*, que incluía a los movimientos que luchaban por la obtención de derechos sociales y, finalmente el paradigma al *estilo de vida*, entre los que se encontraban los NMSs, ya que luchaban por nuevos derechos, como a la diferencia. Entre ellos cabían los movimientos estudiantiles o el feminismo. Su opuesto, eran aquellos movimientos que

---

<sup>117</sup> A. MELUCCI; “Asumir un compromiso...” Op. cit. P. 164.

<sup>118</sup> A. MELUCCI; “¿Qué hay de nuevo en los nuevos movimientos sociales?”. En: E. LARAÑA, J GUSFIELD (eds.); *Los nuevos movimientos sociales. De la ideología a la identidad*. Centro de Investigaciones Sociológicas (CIS), Madrid, 1994.

<sup>119</sup> Ibid.

buscaban defender los valores tradicionales, como los moralistas o contrarios al aborto, característicos de sociedades más conservadoras<sup>120</sup>.

En síntesis podemos señalar que desde esta perspectiva los MS han sido entendidos como una forma predeterminada de canalizar conflictos en la modernidad. Pero poseen una dualidad en este sentido; si por un lado son productores de modernidad, por otro son producto de esta misma modernidad, elemento que según Ibarra y Tejerina los distingue de las acciones colectivas clásicas. “los movimientos sociales extienden la cultura política moderna en cuanto imponen el protagonismo del sujeto a la voluntad política –civil- de los ciudadanos, a la hora de decidir voluntariamente por qué, cómo y cuándo organizarse para defender sus intereses colectivos”<sup>121</sup>. La diferenciación, en este sentido, se hace en que los MSs clásicos podrían ser caracterizados como comunitarios (predeterminados culturalmente por la tradición, espontáneos en la acción y cotidianamente informales), mientras los NMSs, dejarían esta característica para transformarla en social (movimientos más conscientemente contruidos, organizados, con intereses definidos y reivindicados de forma planificada), aunque este paso no fuese total ya que los NMSs jamás pierden su dimensión comunitaria.

En cuanto al alto grado de inestabilidad temporal que presentaban estas manifestaciones, A. Melucci, la explicó como fruto de la expresión de una red de grupos que funcionaban sumergidos en la cotidianidad de la vida, pero que salían a la superficie pública cuando se planteaban cuestiones decisivas para sus intereses. Estos estados de latencia y acción no eran opuestos, sino convergían y dotaban de sentido a estas acciones muchas veces fulminantes y aparentemente surgidas de la nada. Precisamente era en estos periodos de silente estabilidad y eventual inmovilismo donde se elabora y desarrolla el entramado cultural que dota de coherencia y unidad al movimiento en los momentos en que sale a la superficie a través de su acción en el espacio público. “Los momentos de latencia suministran recursos solidarios y un entramado cultural para la movilización posterior; y, a su vez, la acción pública refuerza las redes sumergidas, en cuanto facilita la creación de nuevos grupos, el reclutamiento de nuevos militantes, que acabarán integrados en aquellas redes”<sup>122</sup>. Es en ese entramado subterráneo donde emergen y se explican las complejidades y particularidades que presenta cada movimiento y, por ende, sus diferencias con respecto a otros movimientos de similar características formales.

Con respecto a los objetivos *postmaterialistas*, se enfatizó el cambio producido en la sociedad por la superación de antiguas necesidades y la emergencia de nuevos elementos

---

<sup>120</sup> B. KLANDERMANS, H.P. KRIESI, S. TARROW (eds.); *Op. cit.*

<sup>121</sup> P. IBARRA, B. TEJERINA; *Op. cit.*, p. 13.

<sup>122</sup> A. MELUCCI; “The symbolic challenges of contemporary movements” *Social Research* Vol. 52, n°4 invierno1985, pp. 800-801.

como el reclamo por la autonomía individual, la oposición a los valores y estilos de vida hasta ahí imperantes –como el trabajo o la productividad–, pero también a los elementos negativos de la productividad, como la contaminación, por ejemplo. Este hecho –según sus autores– dotaba de una dualidad particular a estos nuevos movimientos que explicaba el carácter ambivalente que presentaron y que bien se reflejaba en la diversidad existente entre activos y contraculturales movimientos representados en la nueva izquierda y los movimientos estudiantiles, o, de otra parte, en movimientos más defensivos como los pacifistas o ecologistas.

Podríamos decir entonces, que el paradigma de los NMSs subrayó la relevancia de las contradicciones materiales e ideológicas de la sociedad postmaterialista a la hora de explicar la movilización política en torno a puntos no materialistas; caracterizándose además por un modelo teórico basado en la cultura que relativizó la ideología como falsa representación de lo real; por su negación del marxismo como campo teórico capaz de explicar la acción colectiva en la sociedad contemporánea; por la eliminación del sujeto histórico predeterminado, configurando las contradicciones del capitalismo y el establecimiento de un nuevo sujeto colectivo difuso, no jerarquizado en la lucha contra las discriminaciones de acceso a los bienes de la modernidad y una crítica a los efectos nocivos de ésta; por una concepción más central de la política que pasa a ser una dimensión de la vida social que abarca todas las prácticas sociales; finalmente, por analizar a los actores sociales desde sus acciones e identidades colectivas<sup>123</sup>.

En resumen, aun cuando los estudios realizados en Europa también presentaron importantes matices entre unos y otros, en general “han considerado que las identidades colectivas, o en otros términos, los ingredientes culturales compartidos por los miembros de los movimientos representan el factor fundamental para la permanencia de los mismos”<sup>124</sup>. En definitiva, nuevos o no, los movimientos sociales producidos en último cuarto del siglo XX han vivido un interesante proceso histórico sobre todo por el cambio sustancial de sus formas de expresión, gracias a su capacidad de adaptación variando su performatividad según lo requerían las estructuras sociales en que éstos se desenvuelven, sobre todo a partir de los cambios profundos en los sistemas de relación que regulan la estructura social<sup>125</sup>.

---

<sup>123</sup> **M. PARRA**; “La construcción de los movimientos sociales como sujeto de estudio en América Latina”. *Athenea digital*, 8, 2005, p. 76. En: <http://psicologiasocial.uab.es/athenea/index.php/atheneaDigital/article/view/220/220>

<sup>124</sup> **M. PÉREZ LEDESMA**; Op., cit, p. 179.

<sup>125</sup> **Ch. TILLY**; “Conflicto político y cambio social” En, **P. IBARRA, B TEJERINA**; Op. cit., p. 36.

### 3.2 La novedad de los NMSs latinoamericanos

Si desde fines de la década de 1960, parte del mundo desarrollado comenzó a hablar de nuevos movimientos sociales (NMSs), sobre todo por el carácter de sus reivindicaciones preocupadas de valores y creencias definidas como *post materialistas*, con posterioridad, América Latina se constituyó en uno de los lugares donde mayor raigambre tuvo el concepto, pese a no alcanzar los grados de crecimientos y bienestar social que habían servido para explicar la emergencia de nuevos actores con renovados intereses y preocupaciones. Cómo explicar entonces, esta paradoja sin caer en la recurrente deslocalización conceptual que habitualmente conduce las reflexiones que se elaboran fuera del ámbito analizado. En otras palabras, cómo evitar la confusión entre teoría y su alejamiento de la realidad empírica, en este caso concreto de América Latina.

La realidad en este caso no dista tanto del camino que siguieron las ciencias sociales norteamericanas y europeas, aunque su articulación fue bastante diferente. Tanto en el contenido que dio fundamento a este carácter *novel*, como a las fechas en que se produjeron estos fenómenos. En efecto, durante las décadas 1950-1970 aproximadamente, el estudio de la realidad social de América Latina estuvo caracterizada por un análisis de perspectiva estructural-funcionalista primero, y desde un enfoque desarrollista después. En ambos casos, el objetivo estuvo centrado en la preocupación por situar a la región en su marcha hacia la modernidad a través de la industrialización. En esa línea, se señaló que la acción de los sectores sociales iba modelando su comportamiento desde lo tradicional a lo moderno, y en esa dirección debían orientarse los esfuerzos. En cualquier caso, la acción colectiva no representaba mayor interés para estos análisis<sup>126</sup>. Es cierto, los estudios derivados de la *Teoría de la Dependencia* que se fueron produciendo durante este periodo centraron su reflexión en la estructura y el comportamiento de las clases sociales del continente. Pero, aunque representaron un aporte inmenso al estudio de la realidad social latinoamericana, relativizaron el poder y significado de los movimientos sociales. De acuerdo a esta mirada, respondían más bien a estímulos más o menos voluntaristas provocados por la estructura económica o la acción político-partidista<sup>127</sup>. Por ello, no fue hasta la década de 1970 –salvo notables excepciones— que se produjo una preocupación central en las ciencias sociales del

---

<sup>126</sup> T. DI TELLA, et., al; *Diccionario de ciencias sociales*. Ed. Emecé, Buenos Aires, 2001. Citado en

<sup>127</sup> F. CALDERÓN (compilador); *Los movimientos sociales ante la crisis*. UNU, CLACSO e IISUNAM, Buenos Aires, 1986, p. 328.

continente por el estudio efectivo y profundo de los movimientos de acción colectiva de la región<sup>128</sup>.

Desde esta perspectiva, A. Touraine y sus discípulos latinoamericanos señalaron que los movimientos sociales representaban –ante todo— un conflicto entre grupos sociales, ya fuese por el poder del estado o por controlar el proceso histórico conducente a una transformación profunda de la sociedad. La pugna social entonces, iba mucho más allá de los meros intereses –personales o de clase— para cuestionar un sistema de poder definido. En ese sentido, los movimientos sociales eran un contramodelo que planteaba un proyecto alternativo de sociedad<sup>129</sup>. No obstante, Touraine insistió que América Latina no había sido históricamente un lugar prolífico para la emergencia de movimientos sociales, ya que su debilidad y dependencia al Estado había impedido la consolidación de movimientos sólidos en el tiempo capaces, de cuestionar efectivamente el orden social imperante en la región<sup>130</sup>.

No obstante esta apreciación, el concepto cobró gran relevancia en América Latina durante los años 80'. Sobre todo como mecanismo de evidenciar los cambios que podían observar en los actores que protagonizaban la acción. Ahora bien, siguiendo la crítica elaborada por los *teóricos de la Movilización de Recursos* acerca de la relatividad del carácter novedoso que presentaban los MSs (lo que acaecía más bien era la adaptación de los grupos sociales a nuevas lógicas, que, en ningún caso, implicaban cambios estructurales en el sistema capitalista sino la oportuna utilización de las nuevas oportunidades políticas abiertas en esas fechas, señalaban), cabe interrogarse, entonces, ¿por qué se ha consolidado la idea de NMSs en la región?

Como señala M. Parra, esta cuestión se ha debido fundamentalmente a que, desde fines de 1960 en adelante, se comenzó a utilizar en la teoría de la acción colectiva, la comparación entre lo antiguo y lo nuevo como elemento recurrente en el análisis de cualquier MS<sup>131</sup>. Esto se debió, principalmente, a la emergencia de nuevos actores en la acción social de la región –y el interés de las ciencias sociales latinoamericanas por explicar dicho fenómeno—, cuestión que llevó a hacer frecuente el concepto de *nuevo* para diferenciar, las acciones que caracterizaron la conflictividad social del último tercio del siglo XX. En efecto, fue por ese afán de diferenciar las organizaciones y acciones de corte abiertamente clasista que se habían consolidado en la región desde finales del siglo XIX, de otras más diversas y menos *exclusivas* que emergen con fuerza durante la segunda mitad del

---

<sup>128</sup> CH. MIRZA; *Movimientos sociales y sistemas políticos en América Latina*. CLACSO libros, Buenos Aires, 2006. Pp. 45-46.

<sup>129</sup> A. TOURAINE; *Crítica de la modernidad*. Temas de hoy. Madrid, 1993.

<sup>130</sup> A. TOURAINE; “La centralidad de los marginales”. *Proposiciones* 14, Santiago de Chile, 1987, p. 217.

<sup>131</sup> M. PARRA; “La construcción de los movimientos sociales como sujeto de estudio en América Latina”. *Athenea digital*, Nº 8, 2005 pp. 74-75.



siglo XX, que los analistas comenzaron a utilizar el término de “nuevos movimientos sociales para acuñar a este tipo de fenómenos”<sup>132</sup>. Cabe destacar, no obstante, que a diferencia de lo ocurrido en Europa, este fenómeno sólo se comenzó a consolidar a partir de la década de 1980, cuando se hizo evidente que varios de los patrones culturales que habían caracterizado históricamente el perfil de los actores movimentales había cambiado.

Ahora bien, como señalan los críticos a la utilización de este concepto, es importante guardar ciertos recaudos acerca de la conveniencia del término. La caracterización por oposición a lo *antiguo* hace un énfasis excesivo en las rupturas existentes entre formas colectivas de transformación social (a nivel de los sujetos, las acciones, los objetivos, los sentidos, etc.) en un periodo de tiempo determinado. Sin embargo, cuando se hace esta distinción, no se elabora con precisión acerca de qué caracterizan y consisten dichas rupturas, sin mencionar la omisión –al menos no prestando la suficiente atención— a las múltiples continuidades existentes entre estos nuevos movimientos y las antiguas formas de acción colectiva<sup>133</sup>. Por lo mismo, a la hora de hablar de NMSs, se hace necesario precisar cuáles son las rupturas con los movimientos de corte tradicional; detenerse a significar las continuidades en relación a las rupturas, al tiempo que conviene pensar y precisar bien qué exactamente caducó en las antiguas formas de hacer política que llevaron a un cambio en los paradigmas movimentales. Es importante reseñar, en cualquier caso, que esta crítica se elaboró en un contexto específico; se vertió con el objetivo de desmontar la mirada estructuralista de corte marxista de la organización social, la cual tuvo gran injerencia en continente durante la segunda mitad del siglo XX. Por tanto, más que relativizar la efectividad de nuevos movimientos, lo que intentó fue dar contenido a los cambios y continuidades que se producían en las estructuras organizativas de este tipo de movimientos<sup>134</sup>.

Desde una perspectiva netamente histórica, en tanto, M. Garcés ha enfatizado el carácter novedoso de los movimientos sociales de América Latina, sobre todo de aquellos que se desarrollaron en el último tercio del siglo XX. En sus estudios, ha insistido en la existencia de MSs desde por lo menos el último tercio del siglo XIX, casi siempre vinculados a la lucha de los trabajadores. Sin embargo, es efectivo –y de ahí la idea de novedad que se fue consolidando en la región— que desde el segundo tercio del siglo XX fueron emergiendo de forma sistemática como acto social grupos organizados alternativos;

---

<sup>132</sup> M. GARCÉS, *El despertar de la sociedad...* Op. cit., p. 10.

<sup>133</sup> A. ESCOBAR; “Imaginando el futuro: pensamiento crítico, desarrollo y movimientos sociales”. En M. LÓPEZ MAYA; *Desarrollo y democracia en Venezuela*. Nueva Sociedad, Caracas, 1991, pp. 135-172.

<sup>134</sup> Resulta interesante considerar estas recomendaciones, máxime cuando algunos autores han identificado una “nueva” renovación en los MSs del continente que diferencia las prácticas y sustentos movimentales de los 90’ y 2000 con aquellos que se reproducen en la década de 1980. E. SADER, I. JINKINGS; *Enciclopedia Contemporánea de América Latina y el Caribe*. AKAL, Madrid, 2009, p. 839.

fundamentalmente estudiantes, complementados más tarde por campesinos y trabajadores informales, pobres que vivían en los arrabales de la ciudad y mujeres<sup>135</sup>. Estos grupos, fueron precisamente los que dotaron de masividad a importantes proyectos políticos alternativos que surgieron en la región; los de corte marxista ciertamente, pero también otros que intentaron disputar el capital social a la izquierda latinoamericana. Muchos de ellos bebieron de la influencia ideológica que tuvieron los partidos de los trabajadores en la construcción de una cultura política en la región. Algunos ejemplos fueron los casos del movimiento APRA, Acción Popular Revolucionaria Americana en Perú, el Partido Revolucionario Institucional (PRI) de México, o los movimientos populistas encabezados por Getulio Vargas en Brasil y Juan Domingo Perón en Argentina. Desde esta perspectiva, por tanto, estos fenómenos de masas podrían cuestionar la exclusividad del obrerismo en la manifestación de la acción colectiva de la primera mitad del siglo XX.

Sin embargo, hasta bien entrada la década de 1970 no se puede dejar de lado aquella relación que vinculó estrechamente a los movimientos sociales y sus expectativas, con aquellas líneas reivindicativas elaboradas desde el mundo obrero; tanto por una historia organizacional emblemática –avalada por una matriz organizativa que institucionalizó a parte del sindicalismo obrero— como por la fuerza teórica de la izquierda marxista en el desarrollo del mismo y su consideración como núcleo central del conflicto de clases. Y es que, al analizar los movimientos sociales que han surgido a lo largo de la historia latinoamericana, no puede perderse de vista un elemento –empírico— sustancial para comprender mejor la forma que adquiere el conflicto social en el continente; la frágil relación construida entre el estado liberal y los sectores populares, cuestión que ha redundado en una democracia deficiente, parcial, así como en un alto poder de fragmentación entre los miembros de estas sociedades. Esta relación y la represiva forma de someter al grueso de la población a los designios del proyecto estatal moderno, ha conducido a convertir a los movimientos sociales latinoamericanos como uno de los escasos mecanismos efectivos de acción y participación política de los sectores populares. Vehículo que, habitualmente, ha entrado en colisión con los proyectos políticos tradicionales del Estado moderno latinoamericano<sup>136</sup>.

Si bien el *Estado de Compromiso* logró morigerar estas distancias a partir de un pacto social que institucionalizó parte de las reivindicaciones populares sociales –limitando eso sí la construcción de una orden social autónomo—, la crisis del pacto keynesiano-fordista que

---

<sup>135</sup> M. GARCÉS, *El despertar de la sociedad...* Op. cit., p. 28.

<sup>136</sup> Esta razón es quizás la que ha llevado por largo tiempo al abandono del estudio de estos fenómenos por la historiografía política tradicional, preocupada exclusivamente del estado y la élite que lo dirige, descuidando los proyectos políticos –alternativos- que se fraguaron en el margen.

había concentrado la conflictividad social en el conflicto salarial provocó una profunda renovación en las formas de acción colectiva. En efecto, si el Estado nacional-populista como también se le ha denominado, se había convertido en el mediador y garante de derechos, las transformaciones neoliberales que se fueron produciendo en la región a partir de la década de 1980, provocaron un nuevo orden social, fruto del colapso de esta matriz de organización movimental<sup>137</sup>.

Pues bien, la emergencia de nuevos actores en la organización social y política, entregó renovados aires y sentidos a la acción colectiva. A la aparición más o menos organizada de “los pobres de la ciudad” en la contingencia nacional tras el colapso urbanístico que vivieron las principales ciudades del continente, se sumó la radicalización política que vivió la región en pleno conflicto de Guerra Fría —especialmente tras la revolución cubana— que también consolidó la organización colectiva entre los campesinos. En efecto, la experiencia cubana señaló tal punto de inflexión en la región que representó no sólo un cambio sustancial en las formas de alcanzar las reivindicaciones por parte del mundo popular —consolidando la idea de revolución en detrimento de la de reforma—, sino que se constituyó en un modelo interno, propiamente latinoamericano de transformación de la sociedad, que llevó a una interesante renovación política de toda la izquierda, los movimientos sociales y la sociedad en general<sup>138</sup>.

Pero los cambios que vivió el continente tras la revolución cubana, se produjeron en todo orden de cosas y sin dudas marcaron una época por la fructífera producción renovadora —y en muchos aspectos revolucionaria— que se generó en el pensamiento latinoamericano. Como veremos en el capítulo II, a la izquierda latinoamericana y su ácida crítica *dependentista*, se sumó la Iglesia Católica que también vivió un fuerte proceso de renovación, auspiciado tanto por factores internos —el Concilio Vaticano II y la Conferencia de Medellín en 1968— como por el *clima de la época*. En ambos casos incidieron de forma decisiva en la emergencia de corrientes como la “teología de la liberación”<sup>139</sup> o la “teoría de la marginalidad”<sup>140</sup>, directamente conectada con estas visiones críticas de la realidad latinoamericana, que llamaba a realizar profundos cambios en un continente oprimido por la injusticia, la pobreza y la exclusión de gran parte de su población.

Ciertamente este contexto de circulación de ideas y representaciones del mundo, consolidó a su vez una renovada noción de *movimiento*, vinculada a los procesos de

---

<sup>137</sup> E. SADER, I. JINKINGS; *Enciclopedia Contemporánea...* Op. cit., pp. 839-840.

<sup>138</sup> Compartimos por tanto el análisis de Joan Alcanzar de situar el comienzo de la “historia actual” latinoamericana en 1959, con revolución cubana como hito fundante de un nuevo tiempo. J. DEL ALCÁZAR, et al; *Historia actual de América Latina. 1959-2009*. Tirant lo Blanch, Valencia, 2012, p. 9.

<sup>139</sup> G. GUTIERREZ, *La teología de la Liberación*. CEP, Lima, 1990.

<sup>140</sup> R. VEKEMANS; *La marginalidad en América Latina: un ensayo de conceptualización*. DESAL, Santiago, 1970.

transformación social que tenían un evidente componente liberador y emancipador<sup>141</sup>. Estas tendencias que fueron copando los espacios populares de América Latina, enriquecieron el análisis social sobre el continente, aportando una mirada distinta que destacaba la diversidad de la región y situaba al sujeto pueblo —vinculado ya no sólo a la noción de clase obrera entregada por el marxismo, sino a la idea de pueblo como sinónimo de pobre/marginado— como el nuevo eje de la historia en el continente<sup>142</sup>. En ese sentido, los sectores populares comenzaron a ocupar un espacio central —aunque no exclusivo— de los temas y problemáticas al que el estado como gestor fundamental de la política debía hacer frente. A su vez, estos fenómenos permitieron un mayor empoderamiento de los sectores populares. La propia experiencia de organización por sus demandas, permitió que se vislumbrara la emergencia de renovados procesos que presentaban otras perspectivas y preocupaciones, vivenciadas, esta vez, por nuevos actores marginados hasta ahí del protagonismo e interés del Estado y la élite del continente.

En esa coyuntura se hizo evidente la *aparición* de actores alejados de la figura clásica del obrero, complejizando los fenómenos de acción colectiva; ya no sólo compuesto por el obrero industrial sino también por campesinos, pobres urbanos —casi siempre trabajadores informales— estudiantes y grupos étnico-culturales, habitualmente excluidos de los procesos de modernización (sin contar a las mujeres que, paulatinamente comenzarían a adquirir un relevante protagonismo en la escena movimental). Ahora bien, a esta riqueza le acompañó una característica sobre la que W. Benjamin —genéricamente— ya había hecho mención a la hora de referirse a la historia de los oprimidos: la evidente falta de consistencia temporal que los convirtió en fenómenos más bien disruptivos y, por tanto, de coherencia sólo comprendidos en la larga duración<sup>143</sup>.

Esta cuestión, condujo a que la consolidación de nuevos actores y movimientos presentara distintas expresiones dado el disímil contexto político y las particularidades socioculturales de cada país, lo que también ayudó a la diferenciación temporal de ciertos fenómenos<sup>144</sup>. No podemos olvidar, en ese sentido, que si bien muchos países de sur y centro América vivieron cruentas dictaduras militares bajo el alero de la *Doctrina de Seguridad Nacional*, en otros, estos fenómenos —traumáticos— no se dieron, y las disputas y acciones movimentales se desarrollaron en contextos democráticos, pese a la precariedad

---

<sup>141</sup> M. GARCÉS. *El despertar de la sociedad...* Op. Cit., pp. 49-50.

<sup>142</sup> M. LÖWY, *Guerra de dioses. Religión y política en América Latina*. Siglo XXI, México, 1999, pp. 89-99.

<sup>143</sup> W. BENJAMIN; *La dialéctica en suspenso. Fragmentos sobre Historia*. LOM ediciones, Chile, 2009.

<sup>144</sup> El impacto social de la globalización neoliberal, por ejemplo, se hizo mucho más evidente en países como Chile y México que debieron padecer su impacto mucho antes que en otros países, en los que sólo a fines de la centuria comenzaron a registrarse con propiedad dichos efectos. Ver: J. SEOANE (Comp.); *Movimientos sociales y conflicto en América Latina*. FLACSO, Buenos Aires, 2003.

de las condiciones de dichos sistemas de gobierno<sup>145</sup>. De esta forma, a partir de fines de década de 1970, se confirmó la aparición de nuevas formas de acción colectiva que se fueron consolidando en América Latina como un mecanismo efectivo de reclamo por una transformación social –como había sido históricamente-, pero también como mecanismo de empoderamiento de importantes sectores de la población hasta ahí excluidos de la participación política y en los que los movimientos indígenas cobraron mayor relevancia en la última década del siglo<sup>146</sup>.

De esta manera, surgieron movimientos tan diversos como los pobres urbanos que se organizaron en redes solidarias de cooperación en los márgenes de las principales ciudades del continente para combatir los efectos de la crisis económica; los campesinos brasileños organizados en el MST (movimiento sin Tierra), movimientos indígenas en distintos puntos del continente<sup>147</sup>; jóvenes de todos los países que adquirieron nuevas formas de expresión – a través de la música, y el arte en general-, los campesinos de Centroamérica que hicieron la revolución, los guerrilleros peruanos o a las mujeres de la Plaza de Mayo en Buenos Aires que se movilizaban contra la dictadura *gorila*<sup>148</sup> (estos últimos característicos en todos los países que padecieron el horror de la represión dictatorial, jugaron un papel fundamental no sólo en la defensa de los derechos humanos de miles de perseguidos, sino en la reconstitución de redes organizativas esenciales para reactivar la acción colectiva en la lucha por la democracia). En definitiva, nuevos actores con nuevas reivindicaciones que fueron modelando la acción política del último tercio del siglo XX, construyendo así nuevas expresiones, identidades y patrones culturales que, por tanto, llevaron a la constitución efectiva de nuevos movimientos sociales<sup>149</sup> que, más encima, se insertaban en un contexto

---

<sup>145</sup> Si Argentina, Brasil o Uruguay se movilizaban en los 80' –por ejemplo- por consolidar el tránsito a una democracia integral, en Chile o Paraguay se hacía para derrocar a las dictaduras militares. En tanto, en países como Perú, Bolivia o Venezuela, la acción colectiva se insertaba en las demandas por mayor democratización en un sistema democrático. Una estratificación que puede dar cuenta de la diversidad de contextos y formas de expresión colectiva en la región en la década de 1980, se encuentra en **F. CALDERÓN (compilador); *Los movimientos sociales ante la crisis***. Op., cit.

<sup>146</sup> **E. SADER, I. JINKINGS; *Enciclopedia Contemporánea...*** Op. cit., p. 840.

<sup>147</sup> El ejemplo zapatista del FZLN en Chiapas es emblemático. No obstante han existido otros movimientos que les antecedieron en el tiempo aunque tuvieron menor trascendencia mediática como fueron los ejemplos de Tupac Amaru en Perú.

<sup>148</sup> No podemos detenernos in extenso en este apartado, pero resulta fundamental hacer mención al menos a la importante labor y por tanto, el claro ejemplo que representaron los movimientos de mujeres que emergieron con gran fuerza en los países que padecieron dictadura militares. Su papel político, y social como activistas que denunciaban los atropellos a los derechos humanos a la vez que exigían justicia, dan cuenta de los cambios que se produjeron en la región, cuando, hasta ahí, la mujer había estado condenada a un segundo plano total de la participación política y social (salvo excepciones, por supuesto). Para el tema, ver entre otros; **T. VALDÉS; *Venid, benditas de mi padre. Las pobladoras, sus rutinas y sus sueños***. FLACSO, Santiago, 1988. **E. JELIN; “El itinerario de la transición: los movimientos sociales y la participación popular. *Proposiciones 14, Marginalidad, movimientos sociales y democracia***, Santiago, 1987.

<sup>149</sup> Algunos autores sostienen que esta heterogeneidad perjudica la constitución de una identidad sólida. Ver **E. FALETTO; “Notas sobre estilos alternativos de desarrollo, política, y movimientos sociales”**. En **E. FALETTO**

sociopolítico profundamente distinto al que había caracterizado al continente —y al mundo— hasta la década de 1970 y que decía relación con la profunda transformación neoliberal que caracterizó al continente en la década de 1980 en adelante<sup>150</sup>.

Estos hechos, marcaron un punto de inflexión en la acción política y social del continente<sup>151</sup>. Si bien el debate en las ciencias sociales latinoamericanas se centró en si estos cambios representaban una nueva forma de hacer política o un cambio más profundo en las formas de relación social, lo sustancial fue que efectivamente se constataba una importante transformación en las formas de expresión colectiva y su relación con el poder institucionalizado. Fuese este democrático o autoritario.

En esa línea, el debate se centró en la condición política de estos movimientos y la eventual trascendencia que alcanzaban en esa dimensión como herramienta de consolidación democrática; algunos los consideraron como verdaderas “iniciativas populistas”<sup>152</sup>, rebeliones sin sentido —anómicas en muchos casos— carentes de efectividad real al lado de la política institucionalizada de los partidos, únicos referentes capaces de garantizar un efectivo y estable desarrollo democrático<sup>153</sup>. Incluso, se cuestionaron los fundamentos científicos que les daban sustento; se tildó de provinciano y reduccionista el esfuerzo por sumergirse y comprender las complejidades propias que caracterizaban a la sociedad latinoamericana —fundamentalmente a los sectores mayoritariamente pobres de la sociedad— y sus problemáticas, insistiendo en la necesidad proyectar a nivel universal el trabajo científico del continente<sup>154</sup>. Inevitablemente y aun sin pretenderlo, estas observaciones reforzaron una mirada restringida de la democracia, que afectó de forma decisiva al desarrollo de la participación popular y la acción colectiva de las nuevas democracias postdictatoriales. Al asumir que los mecanismos de consolidación democrática iban exclusivamente por el afianzamiento de un sistema político-partidista regulado y controlado, capaz de evitar el colapso económico-social o la radicalización tendiente a conflictos sociales insoslayables, se privilegió una política excluyente de los ciudadanos, limitando sus potencialidades exclusivamente al escenario electoral. Esta lectura —fuertemente influenciada por la noción schumpeteriana de la política, incorporada y difundida mundialmente por la administración Reagan—, tendió a minimizar la importancia

---

(Antología); *Dimensiones sociales, políticas y culturales del desarrollo*. CLACSO, Siglo del hombre editores, Bogotá, 2009, p. 56.

<sup>150</sup> M. GARCÉS, *El despertar de la sociedad...* Op. cit., p. 53.

<sup>151</sup> F. CALDERÓN (compilador); *Los movimientos sociales ante la crisis*. Op., cit., p. 11.

<sup>152</sup> En Chile, por ejemplo, E. Boeninger señaló que la movilización social era un “intento populista”, refiriéndose de esta forma a la *Demanda de Chile* elaborada por la Asamblea de la Civilidad en 1986. La cita en R. ZAMORANO; *Entre la teoría y la acción. Dilemas sobre la acción colectiva popular, Santiago de Chile 1988-1992*. Universidad Pedagógica Nacional, Casa Juan Pablos, Ciudad de México, 2001, p. 11.

<sup>153</sup> M. A. GARRETÓN; *Reconstruir la política*. Andante, Santiago, 1987.

<sup>154</sup> E. TIRONI; *Autoritarismo, modernización y marginalidad. El caso de Chile*. Sur ediciones, Santiago, 1990.

de los movimientos sociales. Sobre todo en relación a sus significados (como expresión – política— de sectores habitualmente relegados de la contienda institucionalizada en manos de una élite). De ahí que algunos insistieran en la necesidad de precisar y profundizar en el análisis de los proyectos políticos que portaban los distintos movimientos sociales<sup>155</sup>. En ese sentido, esta representación –limitada- de la acción colectiva, significó afianzar el sistema político democrático como una herramienta de control más que como una condición de la sociedad civil capaz de jugar un papel fundamental en la concepción integral del concepto<sup>156</sup>.

En oposición a este enfoque, surgieron voces que destacaban la riqueza de la acción colectiva regional, no sólo por la multiplicidad de significados que presentaba, sino por su relevancia, que más que política era, sobre todo, sociocultural<sup>157</sup>. Desde esta perspectiva se señalaba que los cambios ocurridos en los paradigmas de las ciencias sociales, llevaron a la consolidación de nuevos enfoques preocupados en la experiencia de los propios sujetos en vez de la estructura de clase<sup>158</sup>. F. Calderón, en ese sentido, insistió en su crítica a la mirada clásica del análisis social, subrayando que en el continente no existían clases en estado puro, sino más bien una mezcla compleja provocada por la interrelación de sujetos en diferentes capas y escenarios de sus sociedades, las que, a su vez, estaban jerarquizadas precisamente en orden a los conflictos que experimentaban los distintos grupos de las respectivas sociedades latinoamericanas<sup>159</sup>.

Desde esta perspectiva, se reconocía que los conflictos y contradicciones de la sociedad trascendían el ámbito de la producción, por lo que era fundamental atender también a otros escenarios “más transversales a la sociedad, como la cultura, el género, los derechos humanos, la ciudadanía”<sup>160</sup>. De esta forma, adquirieron preponderancia en el estudio de estos fenómenos, las prácticas cotidianas del microespacio social, tendientes al desarrollo autónomo de las organizaciones sociales y la relevancia de este tipo de iniciativas en la construcción de renovadas identidades sociales. Igualmente, se enfatizó la importancia de los elementos ideológicos y culturales en el desenvolvimiento de la acción social<sup>161</sup>.

---

<sup>155</sup> E. FALETTTO; “Notas sobre estilos alternativos de desarrollo... Op. cit., p. 56.

<sup>156</sup> A. BORÓN; *Estado, capitalismo y Democracia en América Latina*. Imago Mundi, Buenos Aires, 1991, pp. 11-63.

<sup>157</sup> T. EVERS; “Identidad: el lado oculto de los movimientos sociales”. *Novos Estudos*, CEBRAP. Vol. 2, nº4, Brasil, 1984. Citado en: M. GARCÉS; *El despertar de la sociedad...* Op., cit., p. 55.

<sup>158</sup> Décadas antes se habían elaborado esfuerzos por aproximarse a las complejidades propias del continente cuestión que hacía fundamental adaptar la teoría y la metodología a esas particularidades que caracterizaban lo latinoamericano. No obstante, las aproximaciones se hicieron desde una perspectiva estructural. Ver entre otros; G. GERMANI; *La sociología en América Latina. problemas y perspectivas*. EUDEBA, Buenos Aires, 1964; C. TORRES; *Un nuevo paso en la sociología latinoamericana*. FLACSO, Bogotá, 1971.

<sup>159</sup> F. CALDERÓN (compilador); *Los movimientos sociales ante la crisis*. UNU, CLACSO e IISUNAM, Buenos Aires, 1986. p. 329.

<sup>160</sup> M. GARCÉS; *El despertar de la sociedad...* Op., cit.

<sup>161</sup> M. PARRA; “La construcción de los movimientos sociales...” Op., cit., p. 75.

En relación a lo anterior y a modo de síntesis, podemos señalar que el paradigma de los *Nuevos Movimientos Sociales* aplicable para los casos de acción colectiva de América Latina, se caracterizó entre otras cosas por: un modelo teórico basado en la cultura que dejó de lado la cuestión de la ideología como falsa representación de lo real; la negación del marxismo como campo teórico capaz de explicar la acción colectiva en la sociedad contemporánea; la eliminación del sujeto histórico predeterminado, configurado por las contradicciones del capitalismo y el establecimiento de un nuevo sujeto colectivo difuso, no jerarquizado, en lucha contra las discriminaciones de acceso a los bienes de la modernidad y una crítica a los sus efectos nocivos de ésta; una concepción en la cual la política ganó centralidad en el análisis, pasando a ser una dimensión más de la vida social que abarca a todas las prácticas sociales; la preocupación analítica por los actores sociales, principalmente desde sus acciones e identidades colectivas<sup>162</sup>.

Así, en resumen, este concepto se constituyó en América Latina como un mecanismo que dividió a los movimientos sociales clásicos del mundo obrero, con otro tipos de reivindicaciones, forjadas al amparo de nuevos actores que se fueron constituyendo a partir de los cambios políticos, sociales, económicos y culturales que vivió la región a partir de la segunda mitad del siglo XX y que cobraron especial relevancia a partir de la década de 1980 con la transformación del modelo de producción provocada por las políticas neoliberales. Si bien es cierto que, como señalan los críticos a esta conceptualización, se hace necesario elaborar con mayor profundidad las especificidades de esa diferenciación entre lo nuevo y lo antiguo, el concepto de NMSs, ha sido de gran utilidad para situar históricamente un cambio profundo en la sociedades latinoamericanas, que reposicionó a amplios sectores de su población que se movilizaban antes de la década de 1980 y que no eran precisamente obreros, permitiendo, de esta forma, un reconocimiento de la diversidad y complejidad social, étnica y cultural de las sociedades del continente. En ese sentido, establecer una comparación histórica entre las motivaciones que llevaron a los sujetos a movilizarse antes de 1980, distinguiendo los cambios y continuidades que presenta el fenómeno movimental en el tiempo, permite observar que la emergencia de la acción colectiva, aunque fuertemente politizada fue, fundamentalmente, de carácter económico y social, teniendo como interlocutor directo al Estado. En otras palabras, la matriz cultural que caracterizó a los MSs hasta la década de 1980, se insertaron en la lógica del estado nacional-populista. Es decir, buscaban de distintas maneras paliar las enormes deficiencias y carencias a las que estaban sometidos, además de luchar por la integración en la sociedad,

---

<sup>162</sup> M. G. GHON; *Teoría dos movimentos sociais*. Loyola, Sao Paulo, 2000.



mediante el desafío —fundamentalmente reivindicativo— al Estado<sup>163</sup>. Esta cuestión cambió con la consolidación de nuevos escenarios en los que el Estado dejó de ser el principal interlocutor de la sociedad. Ya fuese por su carácter autoritario que prohibió y reprimió todo tipo de diálogo social, como por las nuevas concepciones ideológicas que comienzan a imponerse en todo el continente durante la década de 1980 y en la cual se consolidó la desestructuración del Estado como principal referente asistencial de la sociedad<sup>164</sup>. Han sido los nefastos efectos sociales que estas políticas generaron durante *la década perdida*, lo que ha reactivado —desde diversos y renovados paradigmas— las movilizaciones sociales del nuevo siglo, presentando interesantes proyectos contrahegemónicos al pensamiento único del discurso neoliberal<sup>165</sup>.

Ahora bien, desde la perspectiva de las continuidades históricas, observamos que pese a cambiar el tipo de relación que establecen los actores sociales movilizados con su interlocutor —en este caso, el Estado—, así como de otros condicionantes económico-culturales que se dan en las estructuras a lo largo del siglo XX, identificamos algunas permanencias en el tiempo, sobre todo en dos aspectos fundamentales entre los movimientos sociales latinoamericanos. En primer lugar, el acervo cultural construido a través de prácticas y demandas específicas, sirvieron para desarrollar una conciencia y una memoria reivindicativa que los conecta e identifica con su pasado como un grupo social que se distingue del resto de la sociedad. En segundo lugar, las necesidades inexorablemente se fueron politizando, ya sea por la influencia de agentes externos como por el propio proceso de aprendizaje —político— que sus experiencias le entregan, alcanzando, en muchos ámbitos un alto grado de reflexión y conciencia crítica más allá de los límites que, en la práctica o cumplimiento de sus objetivos, pudieran haber alcanzado estos movimientos.

En suma, si bien es cierto que existen múltiples elementos para identificar cambios importantes en las matrices culturales y en los propios actores sociales a lo largo del tiempo —cuestión que nos invita a asumir la noción de NMS—, por otra parte, también reconocemos permanencias y continuidades que se imbrican de forma peculiar a cada caso específico, pero que se conectan con el pasado de la acción colectiva de los sectores populares y nutren la identidad de estos movimientos. Esta combinación que identificamos nutre de pluralidad, diversidad y complejidad a los movimientos sociales que intercalan prácticas, anhelos y reivindicaciones clásicas o tradicionales con otras nuevas, y más vanguardistas.

---

<sup>163</sup> V. ESPINOZA; *Para una historia de los pobres de la ciudad*. Sur ediciones, Santiago, 1988.

<sup>164</sup> P. MARTÍNEZ LILLO, J. I. RADIC; “América Latina en el tiempo presente: la década perdida, neoliberalismo y resistencias contrahegemónicas (1980-2010). En: VVAA *La Uni a la calle*. Debate, La Marea, Madrid, 2013.

<sup>165</sup> E. SADER, I. JIMKINGS; *Enciclopedia Contemporánea...* Op. cit., pp. 415-416 y 839-843.

En el caso de Chile, concretamente, las nuevas formas de movilización producidas durante los 80', en contexto de dictadura, llevaron a que las reivindicaciones se diversificaran, aspecto también novedoso; por un lado se constituyeron en demandas de carácter universal y abiertamente políticas exigiendo la democracia<sup>166</sup>; por otra, presentando un carácter social y económico —la subsistencia fue uno de los principales motores de la acción colectiva— de tipo más tradicional. Esta dualidad entre lo político reivindicativo y lo social identitario ha sido, según señala E. Jelin, el camino intermedio por el que deambularon, en general, los MS en América Latina durante este periodo<sup>167</sup>.

#### 4. Movimientos sociales en Chile durante el siglo XX

Pese a que en la actualidad existe un amplio número de investigaciones históricas y de las ciencias sociales en general —con escuelas que han entregado una enorme contribución al desarrollo de la historia social chilena—, el análisis de los distintos fenómenos de acción colectiva que se han producido en la historia de Chile tienen un tratamiento relativamente reciente por parte de la academia. Si bien en los años 50' existió un considerable aumento del interés por la historia del movimiento obrero, fundamentalmente a partir de la contribución de la escuela marxista<sup>168</sup>, no ha sido hasta la década de 1980 que se desarrolló un verdadero *boom* por el mundo popular<sup>169</sup>. El impacto que representó el golpe de Estado en la conciencia de los chilenos, hizo estallar cualquier alternativa imaginada por la historiografía sobre el accionar y devenir del movimiento popular, renovando el interés por conocer la historia de *los de abajo*<sup>170</sup>. Esta cuestión representó un importante replanteamiento teórico, que derivó en la emergencia de nuevas tendencias y enfoques para intentar resituar históricamente al sujeto popular, su historia y las perspectivas de su conformación identitaria.

Por su parte, es importante considerar que, a lo largo del siglo XX, los MSs se han constituido en Chile como un interlocutor fundamental en la configuración de las relaciones entre la sociedad y la política, entendiendo esto último como el poder institucionalizado en

---

<sup>166</sup> G. SALAZAR; *Violencia Política popular...* Op cit. P. 278.

<sup>167</sup> E. JELIN; "Otros silencios, otras voces: el tiempo de la democratización en la Argentina". pp. 17-44. En: F. CALDERÓN (compilador); *Los movimientos sociales ante la crisis...* Op. cit., p. 19.

<sup>168</sup> Destacamos los estudios de J.C. JOBET, H. RAMÍREZ NECOCHEA y L. VITALE, entre otros; Posteriormente e influidos por estas investigaciones deben considerarse las aportaciones de G. SALAZAR, M. HARNECKER, S. GREZ, E. CAVIERES, J. PINTO, M.A. ILLANES; M. GARCÉS, I. GOICOVIC., por mencionar a los más destacados.

<sup>169</sup> M. GARCÉS; "Los movimientos sociales populares en el siglo XX. Balance y perspectivas". *Política* Nº 43, Primavera, Universidad de Chile, Santiago, 2004, p. 14.

<sup>170</sup> G. SALAZAR; "Historiografía y dictadura en Chile (1973-1990)". *Cuadernos Hispanoamericanos*, Centro Iberoamericano de Cooperación, Madrid, 1990; ver también *La historia desde abajo y desde dentro*. Facultad de Artes, Universidad de Chile, Santiago, 2003, pp. 47-56.

el Estado. Éste, ha tendido a trazar una tensa y contradictoria relación con los sectores populares<sup>171</sup>; variando entre la represión absoluta a cualquier expresión social que cuestionase su legitimidad —la matanza de Santa María de Iquique en 1907 o el propio golpe de Estado de 1973, fueron ejemplos patentes de ello— por un lado, y el diálogo y la negociación que permitió incluir parte de las reivindicaciones elaboradas desde la sociedad civil movilizadora en políticas públicas específicas, por otro. Cada una de estas tendencias han tenido impacto directo en los resultados (éxito/fracaso) de los MSs; si lo que se impuso fue la intolerancia a las reivindicaciones y presiones elaboradas por el mundo popular y sus MSs, el Estado utilizó la violencia como principal —y en muchos casos único— mecanismo de disuasión. En cambio, cada vez que la acción colectiva logró objetivos concretos, se ha debido a la porosidad del Estado y su disposición a negociar e incluir ciertas demandas populares en su agenda política<sup>172</sup>.

En esta línea y al igual que en buena parte del mundo contemporáneo, en Chile, las huelgas y protestas organizadas por los MSs, jugaron un papel trascendental en la materialización de mejoras —concretas— en el bienestar de la sociedad, sobre todo de los sectores más pobres<sup>173</sup>. El juego de protestas y negociaciones con el poder político han sido, en ese sentido, el gran responsable de la obtención de derechos de los grupos dominados a lo largo del siglo XX, ya que ni los derechos políticos alcanzados a comienzos de siglo ni algunos derechos sociales conseguidos específicamente entre los años 60' y 70', se obtuvieron gracias a la concesión gratuita de los grupos dominantes. Fue más bien el esfuerzo y sacrificio de los diversos grupos componentes de los sectores subalternos de la sociedad y su compromiso manifestado en cientos de huelgas, protestas y manifestaciones de todo tipo, lo que permitió ampliar y profundizar la democracia a un número mayor de personas. Pero aún más. La lucha por la dignidad de estos sectores ha permitido la construcción de identidades colectivas —móviles, cambiantes, nómades y parciales, pero vinculantes a fin de cuentas—, expresadas en la práctica cotidiana de sus experiencias, sostenidas en un conjunto de valores, creencias y símbolos, que los han aglutinado y proyectado en el tiempo como grupo al interior de la sociedad, no obstante puedan existir sujetos y grupos que tiendan a distanciarse de esa condición.

Mención aparte merece el caso indígena. El permanente abandono en que se ha situado el caso de los movimientos indígenas, en general, manifiesta la histórica invisibilización de sus prerrogativas por parte del Estado, que tercamente se ha negado a aceptar la existencia

---

<sup>171</sup> G. SALAZAR; "Los movimientos sociales populares. Algunos conceptos básicos de referencia". ECO, Santiago, 1988.

<sup>172</sup> M. GARCÉS; *El despertar de la sociedad...* Op. Cit., pp. 74-76

<sup>173</sup> J. FONTANA; *El futuro es un país extraño*. Pasado Presente, Barcelona, 2013, p. 9.

de un tema pendiente con estas colectividades. A su vez, los movimientos indígenas no han gozado de la atención necesaria de investigadores y analistas. Sólo en el último tiempo ha surgido interés por comprender y explicitar las enormes dimensiones que compone la usurpación –histórica— del estado de Chile de territorios así como de la compleja constitución identitaria de estos grupos y su relación con la nación chilena<sup>174</sup>.

En cualquier caso y por lo anterior, conviene trazar un sintético camino de lo que ha sido la acción colectiva popular en la historia de Chile, como mecanismo de aproximación histórica a las formas de acción colectiva que han tenido los sujetos populares, sus motivaciones, y cómo dicho camino y prácticas incidieron de una u otra manera en la construcción de un acervo político-cultural –amplio y diverso, sumamente heterogéneo— de los espacios subalternos que sustentó en buena medida la acción colectiva popular durante la dictadura militar. En ese sentido, como señala I. Goicovic, los MSs deben entenderse en la lógica de la larga duración, que permite observar la coherencia y similitud que presentan diversas prácticas en distintos momentos de la historia de Chile, pese a los matices que estas puedan presentar en el tiempo<sup>175</sup>. Estas semejanzas, además, se proyectan socialmente a través de imaginarios colectivos que han permitido construir una memoria social subalterna que aunque plagada de diferencias y matices, aglutina e identifica –históricamente— a un grupo importante de miembros ubicados en los márgenes de la sociedad, tal como veremos con más profundidad en el siguiente capítulo.

#### *4.1 Movimientos obreros y populares en la primera mitad del siglo XX*

Situar el comienzo de esta revisión en los albores del siglo XX, se explica por la relevancia que constituyó este periodo en la identidad del movimiento obrero chileno, máximo referente de la organización popular en Chile, al menos hasta mediados del siglo XX. Pese a las diferencias notables que existían durante este periodo entre los distintos grupos componentes de *lo popular*<sup>176</sup>, la historia de batallas, derrotas y matanzas que se produjeron durante esta etapa, compusieron una memoria emblemática e incluso –como señalan algunos— ha servido para la construcción de un “proyecto histórico”<sup>177</sup> vertebrado

---

<sup>174</sup> Para una visión a fondo ver: **J. BENGÓA**; *Historia del pueblo Mapuche (siglos XIX y XX)*. Sur ediciones, Santiago, 1996.

<sup>175</sup> **I. GOICOVIC**; *Sujetos, mentalidades...* Op. cit., p. 213. Cfr. **V. ESPINOZA**; *Para una historia de los pobres de la ciudad*. Colección de estudios históricos, SUR, Santiago, 1988; **A. TOURAINE**; “La centralidad de los marginales”. *Proposiciones 14*, Santiago, 1987, pp. 214-224.

<sup>176</sup> **G. SALAZAR, J. PINTO**; *Historia Contemporánea de Chile II. Actores, identidades y movimiento*. LOM, Santiago, 1999, p. 115.

<sup>177</sup> Planteamos nuestras dudas respecto a esta conceptualización debido, fundamentalmente, al carácter conflictivo y contradictorio que deja entrever en su dimensión proyectual con su dimensión histórica. Tenemos la convicción que existen continuidades que dan sentido histórico a las prácticas de los sujetos populares, a partir de las

—con matices y cambios sustanciales— a lo largo de toda la centuria, sentando un precedente en la cultura política de resistencia de los trabajadores y los MSs en general. Es por lo anterior que M. Garcés, señala que,

los movimientos sociales han sido fundamentales en las luchas por el cambio, la justicia social, la ampliación de la democracia y los derechos económicos (...) No hay ningún capítulo importante de la historia de Chile, al menos en el siglo XX, en que los movimientos sociales no hayan participado activamente<sup>178</sup>.

Si bien es cierto que desde el último tercio del siglo XIX se fue consolidando la acción organizada y consciente de distintos grupos al interior del mundo popular<sup>179</sup>, no fue hasta fines de siglo que se produjo un cambio estratégico en su organización<sup>180</sup>, gracias a la consolidación de nuevos lineamientos ideológicos que buscaron conformar un nuevo tipo de trabajador, que rápidamente se convirtió en la vanguardia social del movimiento<sup>181</sup>.

Esta etapa, a su vez, se convirtió en un periodo simbólico en la historia social chilena. Los imaginarios que se reconstruyen de esa historia con posterioridad, sirvieron de sustento para las representaciones que sostuvieron las luchas reivindicativas del siglo XX y en particular contra la dictadura. Asimismo, fue durante esta época que se comienza a materializar una historia propiamente dicha de los pobres urbanos en Chile, concretamente

---

experiencias de opresión, subordinación, organización y rebeldía que siguen residiendo en sus memorias. Pero la consideración proyectual de las mismas, parecen algo forzadas y conflictivas cuando las traspasamos a un grupo determinado de personas (sea clase, sector, etc.), como posibilidad o intención de ejecutar una idea clara y coherente en el futuro. Es decir, si bien creemos en la posibilidad que ese proyecto histórico se construya, lo hace en la voz del político, en la pluma del historiador o en la acción de un líder sindical. Pero, nos parece, no puede traspasarse esta consideración al sujeto popular en cuanto colectivo, sin caer en un esencialismo ahistórico. Hacerlo, es relativizar o subvalorar los ostensibles cambios vividos por los sectores populares a lo largo de estos doscientos años de historia republicana (en sus características, composición e intereses, entre otros) descontextualizando los marcos culturales —y los campos en disputa que los circunscriben— que han dado sentido específico, a las prácticas de las y los actores sociales en un tiempo determinado. A este respecto, seguimos a A. Gilly, quien plantea que los marcos culturales que han posibilitado irrupciones de fuerza de los sectores populares a lo largo de la historia lo han hecho en función de la insoportable condición en la que están sometidos los sujetos en ese tiempo histórico y no tanto en una precisa y acabada visión de un mundo futuro. **A. GILLY**; *Historia a contrapelo*. ERA, D.F. México, 2006, p. 23. En definitiva, parafraseando a W. Benjamin, las irrupciones —violentas— de los subalternos se han nutrido mucho más de la imagen de los antepasados esclavizados que de un ideal de los descendientes liberados. Ahí se explica, entonces, el carácter fulminante y explosivo de sus apariciones, al ser consecuencias de un pasado y un presente tortuoso antes que de un futuro consciente y racional.

<sup>178</sup> **M. GARCÉS**; *El despertar de la sociedad...* Op. Cit., pp. 74-75.

<sup>179</sup> **S. GREZ**; *De la “regeneración del pueblo” a la huelga general. Génesis y evolución histórica del movimiento popular en Chile (1810-1890)*. DIBAM, Santiago, 1997.

<sup>180</sup> Síntoma de ello se observa que en 1890 se realizase la primera huelga general en la historia de Chile.

<sup>181</sup> **G. SALAZAR, J. PINTO**; *Historia Contemporánea de Chile II*. Op. cit., p. 112.

en la capital<sup>182</sup>, más allá que las bases estructurales de algunos de estos grupos se trazara a partir de la segunda mitad del siglo XIX<sup>183</sup>.

La consolidación del movimiento obrero como principal referente social del mundo subalterno se debió a varios factores. Si efectivamente el modelo productivo vigente a comienzos de siglo facilitó nuevos cambios en la composición social del país<sup>184</sup>, el paulatino fortalecimiento de las redes organizativas obreras permitieron la consolidación de sus MSs, demandantes de mejoras en sus misérrimas condiciones de vida. Los beneficios forjados al amparo del salitre fomentaron el empobrecimiento de los sectores subalternos de la sociedad al consolidar la brecha ya existente de desigualdad<sup>185</sup>. Esta cuestión, junto al afianzamiento de las ideas socialistas en los pueblos mineros atizando la “politización” del mundo popular<sup>186</sup>, reforzaron un activo movimiento que actuó con coraje y decisión en la primera década de 1900, sobre todo en el ciclo de protestas producido entre 1903, con la huelga portuaria de Valparaíso, y la gran matanza de los trabajadores del salitre en Santa María de Iquique en 1907<sup>187</sup>.

En efecto, pese a los rotundos fracasos que tuvieron estas manifestaciones, la violenta reacción gubernamental —con una verdadera militarización de los conflictos sociales— fomentó el proceso de organización obrera en estructuras típicamente *modernas*<sup>188</sup>.

Cuando las demandas fueron desoídas y el estado liberal de entonces no generó condiciones para la negociación vino el copamiento urbano, que terminó en violencia y represión. La violencia social se expresó como “estallido” o como “motín” mientras que la represión como ocupación militar de la ciudad y “masacre” en más de un caso<sup>189</sup>.

Las revueltas producidas en esta década aun cuando organizadas por gremios de obreros y artesanos, contaron con la masiva participación de otros sectores subalternos, que

---

<sup>182</sup> V. ESPINOSA; Op. Cit., p. 9. Hasta la mitad del siglo XIX el grueso de los trabajadores y pobres de Chile eran campesino, o asariados nómades que se movían entre las salitreras del norte, los trenes y la elaboración de caminos, con la sola excepción de los trabajadores portuarios. En ese sentido, la distribución territorial de los sectores populares estuvo íntimamente ligada al modelo económico especialmente orientado al mercado externo.

<sup>183</sup> I. GOICOVIC, N. CORVALÁN; “Crisis económica y respuesta social: el movimiento urbano artesanal en Chile 1873-1878”. *Última Década*, nº 1, Centro de Estudios Sociales, Chile, 1993, p. 1.

<sup>184</sup> L. ORTEGA; “Los límites de la modernización en Chile. Siglos XIX-XX. *Proposiciones* 24. Problemas históricos de la modernidad en Chile contemporáneo. Sur, Santiago de Chile, 1994, p. 37.

<sup>185</sup> M. GARCÉS; *Crisis y motines populares en el 1900*. LOM, Santiago de Chile, 2004, cap. 4, pp. 83-124.

<sup>186</sup> Ibid., pp. 135-137.

<sup>187</sup> Para una visión general de la acción popular en la primera década del siglo ver M. GARCÉS; *Crisis y motines populares...* Ibid. Para un análisis de la matanza obrera de Santa María de Iquique en 1907 ver: E. DEVÉS; *Los que van a morir te saludan*. LOM ediciones, Santiago de Chile 1997.

<sup>188</sup> La consolidación de este proceso se produce con la fundación, en 1912, del Partido Obrero Socialista. Para un análisis pormenorizado de los inicios de la organización obrera ver: J.C. JOBET; *Recabarren y los orígenes del movimiento obrero y el socialismo chileno*. Prensa Latinoamericana, Santiago de Chile, 1973.

<sup>189</sup> M. GARCÉS; “Los movimientos sociales populares en el siglo XX...”. Op. Cit., p. 18.

dotaron a la acción de un carácter obrero-popular<sup>190</sup>. En cualquier caso, baste decir que los trabajadores, pese a la represión sistemática del Estado, intercambiaron como estrategia de acción la huelga y la negociación con el poder. Este fenómeno —denominado por G. Salazar como *autonomía relativa*— respondió, en parte, al interés del “obrerismo ilustrado”<sup>191</sup> por disciplinar la acción *espontánea* y muchas veces violenta de los sectores populares que muy a menudo emergía con fuerza en la escena nacional<sup>192</sup>.

El perfil de las organizaciones que se crean en esta etapa de la historia de Chile, presentaron unos rasgos singulares que marcaron de cierto modo el perfil organizacional obrero en su devenir. A las dinámicas mutualistas características del siglo XIX, se sumó una dimensión sindical, educativa y comunicacional, que buscó constituir un sujeto —obrero— disciplinado, laborioso, austero y respetuoso de la moral, que erradicase definitivamente las conductas *bárbaras* —anómicas— del bajo pueblo. Este proceso, que efectivamente auspició la organización bajo idearios más o menos establecidos, terminó por socavar la acción espontánea, pero libre y autónoma, de cientos de trabajadores, peones y gañanes que participaban de protestas y motines contra el poder establecido, dado el permanente cuestionamiento de este tipo de acción por la propia organización obrera, pues, respondían a acciones de grupos menos “concientizados” —o con una falsa conciencia siguiendo los lineamientos de K. Marx— y aún apegados a las lógicas de la cultura tradicional —popular— distante de una práctica coherente, organizada, propiamente moderna; es decir, aquella que estaba llamada a producir la regeneración del pueblo y la sociedad en su conjunto<sup>193</sup>. En cualquier caso, toda esta labor de reordenamiento de la acción popular se desarrolló, fundamentalmente, en lo que se conoció como las *mancomunales*, amplias agrupaciones territoriales que reunieron a los trabajadores de un lugar o zona específica. Y se convirtieron en las principales organizaciones de resistencias de los trabajadores a la vez que su sostén económico y social, ante el escaso interés del estado por los sectores más pobres de la sociedad<sup>194</sup>.

En efecto, la creciente miseria y precariedad de las condiciones laborales, la propia organización proletaria y la durísima represión a la que fueron sometidos, desencadenaron un proceso de crítica que alcanzó incluso a la propia élite que se enfrentó a esta

---

<sup>190</sup> M. GARCÉS; *El despertar de la sociedad...* Op. Cit., p. 81.

<sup>191</sup> E. DEVÉS; “La cultura obrera ilustrada”. *Camanchaca*, Iquique, 1984. Citado en: G. SALAZAR, J. PINTO; *Historia Contemporánea de Chile II*. Op. cit.

<sup>192</sup> G. SALAZAR, J. PINTO; *Historia Contemporánea de Chile II*. Op. cit., p. 115. Plantean que incluso en la élite del movimiento popular existe una intención de “ordenar” la protesta y terminar con la violencia sin sentido que podía observarse en muchos de los motines populares de la época.

<sup>193</sup> Ibid., p. 116.

<sup>194</sup> M. GARCÉS; *Crisis y motines populares en el 1900*, Op., cit., pp. 145-147.

problemática en el contexto de la conmemoración del centenario de nación<sup>195</sup>. Ahora bien, aunque es efectivo que la oligarquía impuso la idea de asistir a una crisis moral de la sociedad, la *cuestión social* representó una crítica sustancial al *establishment*, enfatizando que los problemas nodales de la nación eran más bien de tipo económico y social. Esta reflexión, aun cuando no representó cambios inmediatos, sí permitió una paulatina transformación en la consideración de la idea de nación; sin cuestionar el perfil de cuño ilustrado, incorporó —al menos discursivamente— una noción distinta de país y del propio sistema democrático, que incluía a nuevos actores de la sociedad hasta ahí olvidados<sup>196</sup>. La preocupación de la élite por los efectos que la descohesión social tenía en sus intereses permitió —junto a la presión ejercida por la protesta popular— la constitución de una renovada noción de Estado, el cual debía convertirse en un actor preponderante en la vida de sus ciudadanos y agente de integración y armonía social. Este proceso, cabe señalar, tardó varias décadas en madurar como proyecto político, siendo plausible recién en las décadas de los 30', luego del colapso de 1929 que evidenció el fracaso del modelo económico liberal. La presión y movilización de los trabajadores, permitieron construir un escenario factible a cambios materializados a fines de esa década a través de proyectos políticos alternativos de tipo reformista.

No obstante hasta la consolidación de estos cambios, el primer tercio de la historia de Chile reflejó la desigualdad y miseria en las que vivía la gran mayoría de la población y el desinterés efectivo que esta situación despertaba en la élite. Si por una parte los efectos de la inflación en los salarios, los problemas de vivienda popular, salud pública y mortalidad infantil visibilizaban las enormes dificultades que tenía el pueblo para sobrevivir a la pobreza, por otra, la escasísima legislación para regular dichos problemas, reforzaban la escisión abismal existente entre la realidad de una élite y los demás los miembros de la comunidad nacional<sup>197</sup>. Esta profunda fragmentación de la sociedad chilena facilitó la injerencia del pensamiento socialista y anarquista entre los obreros, iniciándose un proceso de aprendizaje, educación y expansión de lo que luego se conoció como “política popular” y que tuvo como eje articulador la construcción de un proyecto político abocado a

---

<sup>195</sup> Acerca de la crítica al Centenario y la llamada “cuestión social”, véase, **L.E. RECABARREN**, *Ricos y pobres. La situación moral y social del proletariado y la burguesía*, LOM, Santiago, 2009. **A. ORREGO LUCO**, *La cuestión social*. Santiago, Impr. Barcelona; **E. MAC-IVER**, *Discurso sobre la crisis de la moral de la República*. Impr. Moderna, Santiago 1900; **N. PALACIOS**, *Raza chilena: libro escrito por un chileno y para los chilenos*. Ed. Chilena, Santiago, 1918; **A. VENEGAS**, “Origen de nuestra crisis moral” en **J. VALDÉS CANJE**, *Sinceridad: Chile íntimo en 1910*, Imprenta Universitaria, Santiago, 1910; **S. GREZ**, *La cuestión social en Chile: Ideas y debates precursores: (1804-1902)*. DIBAM, Santiago, 1997.

<sup>196</sup> **B. SUBERCASEAUX**, “Historia de las ideas y la cultura en Chile e Hispanoamérica. Un enfoque en torno a los bicentenarios”. *Historia del Presente*, 15, II Época, Madrid, 2010, p. 113.

<sup>197</sup> **M. GARCÉS**, *El despertar de la sociedad...* Op. Cit., p. 79.



transformar la sociedad a través de la clase popular fortaleciendo, además, las redes de sociabilidad y solidaridad obrera.

El alto costo en vidas que representaron las protestas de comienzos de siglo, obligaron sin embargo, a la rearticulación de nuevas estrategias de acción que condujeron a la creación de un partido político —el POS, Partido Obrero Socialista— que insertó en la lucha institucional las demandas y reivindicaciones obreras. Esta estrategia tuvo logros en el mediano plazo al posibilitar cierta e interesada confluencia con los sectores medios. Si bien desde 1917 se inició una nueva ola de huelgas y protestas con sindicatos más empoderados por el aumento de sus miembros —gracias a la inclusión de los trabajadores urbanos informales—, la acción obrera se vio fortalecida por el aumento de la diversidad de grupos que adhirieron a la protesta y la organización obrera. Los estudiantes, por ejemplo, realizaron en torno a la década de 1920 una interesante aparición en la escena sociopolítica. El giro de este sector hacia posiciones más contestatarias —como ocurrió igualmente con múltiples organizaciones obreras fascinadas por el proceso soviético—, revelaron la estrechez de vínculos trazados durante este periodo entre éstos, críticos con el modelo vigente, y los partidos y sindicatos obreros<sup>198</sup>. En ese sentido, la creación de organismos interclasiales<sup>199</sup>, permitió la colaboración estrecha entre artesanos, estudiantes organizados en la FECH (federación de Estudiantes de la Universidad de Chile) o la Federación de Clase Media. Pero, además, contó con la inclusión de partidos políticos (POS, La Agrupación Democrática y otros) constituyendo así un amplio y variado abanico de organizaciones sociales y políticas en las que también se incluyó al anarquismo.

Estas iniciativas dieron cuenta de la masificación de organizaciones sindicales, las cuales auspiciaron una mayor autonomía de los obreros en su lucha contra el poder del capital. No obstante, ni su mayor número, solidez y fuerza, ni su carácter antisistémico, impidieron que la represión fuese la principal política que el estado aplicó con fuerza entre 1918 y 1920 como tanto lo enfatizó Ramírez Necochea en sus trabajos.

Las tensiones sociales que se venían reproduciendo en el país desde comienzos de siglo se agudizaron durante la década del 20' fomentando la profunda inestabilidad política que caracterizó a esta etapa. Sólo por considerar, basta señalar que entre 1920 y 1932 se produjeron cinco golpes de Estado y ninguno de los gobiernos establecidos pudo terminar su periodo. Pese a que en apariencias esta etapa ha sido señalada como una etapa de transformación social e inclusión de sectores históricamente postergados, lo que en realidad

---

<sup>198</sup> R. ZAMORANO; *Entre la teoría y la acción...* Op. cit., pp. 26-27.

<sup>199</sup> Por esos años, por ejemplo, se constituyó la ANOAN (Asamblea Obrera de Alimentación Nacional) que reunió a distintos sectores contestatarios de la sociedad y facilitó el diálogo y organización de otros grupos cuestión que potenció la acción colectiva y al movimiento popular en general.

se vivió fue un periodo “difícil, cambiante, asolado por golpes militares, el caudillismo, el enfrentamiento en la tribuna política y en la prensa y también en el área de las políticas económicas y sociales hasta —por lo menos— el año 1938”<sup>200</sup>. En efecto, era el ocaso del régimen oligarca, aunque las formas y profundidad de la ampliación en la participación política estuvo siempre controlada y, por tanto, restringida de acuerdo a las posibilidades de la élite de controlar dicho proceso. Así pudo observarse con la llegada de A. Alessandri al gobierno en 1920; si bien planteó algunas posibilidades de inserción de las prerrogativas obreras en la estructura del Estado<sup>201</sup>, la presión de la oligarquía primero y los recurrentes golpes de Estado después, terminaron por desechar esta opción<sup>202</sup>.

La consolidación de los trabajadores y los cambios culturales que se fueron asentando en el primer tercio del siglo, llevaron a un reposicionamiento de sus reivindicaciones. Estas adquirieron mayor protagonismo ante el frágil estado de la institucionalidad entre 1925 y 1932. Así ocurrió, por ejemplo, con la ley de 1931, que incluyó históricas demandas de los trabajadores portuarios. No obstante, la violencia coercitiva fue nuevamente el mecanismo de referencia para controlar a las crecientes y demandantes organizaciones sindicales y políticas. En ese sentido, las reformas elaboradas en los años 20’ fueron insuficientes para garantizar en la práctica una ampliación del sistema democrático.

Pero otro fue el desencadenante de la crisis social y política que vivió Chile y que reposicionó a los MSs en el escenario político nacional: el *crash* internacional de 1929, desarticuló casi por completo la estructura económica del modelo chileno, basado fundamentalmente en la exportación de materias primas. La debacle del sistema exportador trajo consigo una baja en la economía que repercutió en una crisis político-social; la inestabilidad no obstante, logró ser controlada a través de la instauración de un gobierno autoritario, avalado mediante decreto por las cámaras del poder legislativo. Fue el caso del segundo gobierno de Alessandri Palma (1932-1938), el cual gobernó en permanente estado de sitio<sup>203</sup>. El respaldo del sistema político al gobierno de Alessandri permitió legitimar la

---

<sup>200</sup> G. SALAZAR, J. PINTO; *Historia Contemporánea de Chile II. Op. Cit.*, p. 41.

<sup>201</sup> El movimiento obrero fue invitado originalmente a contribuir ideas para la redacción de una nueva constitución política. Sin embargo, sus aportaciones fueron excluidas. Estas se habían elaborado tras largas reuniones de debate entre cientos de trabajadores reunidos, contando con el amplio espectro ideológico que constituyó en esos momentos al mundo obrero; anarquistas, marxistas, socialistas, radicales, positivistas y mutualistas. Esa heterogeneidad ideológica no impidió entregar un listado extremadamente avanzado para su tiempo.

<sup>202</sup> De esta forma, y al igual que ha ocurrido en la historia constitucional de Chile con las otras dos Cartas que han regido por un tiempo extenso los lineamientos del país (1833 y posteriormente 1980), en su elaboración se marginó a la ciudadanía, cuestión que —a pesar de muchos— ha restado inevitablemente legitimidad a los marcos normativos por lo que se ha constituido el orden de la sociedad. Esta cuestión adquiere gran relevancia en la actualidad cuando un masivo y heterogéneo movimiento social liderado por un versátil movimiento estudiantil reclama de forma insistente la conformación de una Asamblea Constituyente que cambie los lineamientos constitucionales impuestos por la dictadura militar en 1980.

<sup>203</sup> B. LOVEMAN, E. LIRA; *Las ardientes cenizas del olvido: vía chilena de reconciliación política. 1932—1994*. LOM ediciones y DIBAM, Santiago, 2000, pp. 25-63.

represión ejercida durante distintas protestas populares entre las que se produjeron verdaderas matanzas como fue el caso del ya emblemático caso de Ranquil en 1934.

Tras la legalización de los sindicatos —con el objeto de controlar desde dentro la organización e institucionalidad del movimiento obrero— se produjo un duro debate entre las organizaciones obreras acerca de la pertinencia de aceptar una ley con evidentes límites para el normal desarrollo de la organización de los trabajadores. Las históricas mancomunales vieron en estas iniciativas gubernamentales un verdadero fórceps a la acción colectiva. No obstante, la dura represión vivida durante el gobierno de Alessandri, consolidó las posiciones moderadas, encontrando un camino intermedio entre la legalidad y la autonomía, que se tradujo en la confluencia del discurso obrerista revolucionario y el legalista<sup>204</sup>. Incluso las organizaciones de corte anarquista, aun cuando se mantuvieron al margen de la influencia de los partidos políticos tradicionales, adquirieron un perfil eminentemente gremial<sup>205</sup>.

Para estas fechas las distintas organizaciones sindicales están completamente consolidadas y ejercen una influencia importante en el mundo obrero: la Federación Obrera de Chile (FOCH) de perfil comunista; la Confederación de General del Trabajo (CGT), anarquista y la CNS, Coordinadora Nacional de Sindicatos de corte socialista. No obstante, la incapacidad de lograr por separado un desarrollo completo del sindicalismo, así como la represión ejercida por Alessandri, fueron decantando paulatinamente a los líderes sindicales hacia la unidad. En efecto, el convencimiento de ser éste el único camino de empoderar efectivamente el discurso y la reivindicación del mundo popular, permitió que en 1936 se creara la CTCH, Confederación de Trabajadores de Chile, al amparo del naciente Frente Popular que había aglutinado a la izquierda en su conjunto con el Partido Radical, conformando un conglomerado político de masas que incluyó a los sectores medios y a los estratos populares del país<sup>206</sup>.

La unidad político-popular que representó el Frente Popular permitió, en 1938, el inicio de un proceso de transformación del Estado que perduró, con matices, hasta el golpe de 1973. En efecto, el impacto que significó la crisis de 1929 para el modelo económico liberal, llevó a un replanteamiento de los paradigmas hasta ahí vigentes. La excesiva desregulación y la necesidad de garantizar la estabilidad social impulsaron el diálogo entre el centro político —los radicales— y la izquierda, que propició un cambio en el papel del

---

<sup>204</sup> Aunque participante, esta táctica y posicionamiento, contó con la oposición de los anarquistas que llamaban a un acuerdo para fortalecer la autonomía y la independencia de las organizaciones obreras.

<sup>205</sup> **G. SALAZAR, J. PINTO**; *Historia Contemporánea de Chile II*. Op. Cit., p. 119.

<sup>206</sup> La confluencia hacia la unidad se fue dando de forma paulatina, primero en pequeños pactos coyunturales para, más tarde, capitalizarlos en un acuerdo más amplio y permanente de carácter eminentemente electoral. **P. MILOS**; *Frente popular en Chile. Su configuración: 1935-1938*. LOM, Santiago, 2008, pp. 58-84.

Estado en el desarrollo de la economía y la industria, además de adquirir una mayor responsabilidad en el bienestar de toda la sociedad<sup>207</sup>. Se configuraban así, las bases del *estado de compromiso*, interventor, regulador e integrador en el conjunto de relaciones con la sociedad. El objetivo fue extender la democracia y la integración social a través de reformas parciales y reguladas por un estado convertido en el mediador de las tensiones interclasiales subyacentes en la sociedad<sup>208</sup>. De esta forma, se impusieron –con el respaldo de los partidos de corte popular— los ideales desarrollistas de los sectores medios, no obstante se mantuvieron dinámicas de tipo plutocrático –y elitista- en las altas esferas del poder, incluyendo esta vez a las burguesías industriales y comerciales del país<sup>209</sup>.

Desde la perspectiva del movimiento social, este periodo confirmó la encrucijada de los trabajadores dada la inclusión en el gobierno de algunos organismos sindicales<sup>210</sup>. En la línea de consolidar un pacto social para fundar el *Estado de Compromiso*, se entregaron algunas prebendas que incluían mayor protagonismo político y protección social a cambio de acabar con el discurso rupturista y antisistémico hostil al Estado. Este fue el caso de la CTCH. Y aunque su heredera, la CUT (Central Única de Trabajadores) planteó un discurso más crítico, en ningún momento cuestionó el constitucionalismo del sistema vigente.

Pese a que la unidad de la izquierda se rompió tras el quiebre del gobierno de González Videla, en 1947, con la marginación del PC –no sólo de la coalición de gobierno sino de la legalidad-, el modelo de acción política y el papel del Estado en la vida nacional se convirtieron en la impronta de este nuevo tiempo. El Estado –aunque limitadamente, cabe indicar– fue el principal proveedor de la sociedad y dirigió el proceso de industrialización a través de varias instituciones creadas para ello. Lo relevante para nuestro caso, fue la tendencia que se impuso a partir de ese momento, respecto a la preeminencia de los partidos políticos en detrimento de la acción social, como representantes institucionales del sentir de la sociedad y concretamente de los sectores populares. De esta forma, la llegada de los gobiernos radicales representaron un avance sustantivo en materia social, sobre todo en relación a lo que había precedido hasta ahí, pero comprometiendo la autonomía de las organizaciones sociales cada vez más sometidas a dinámica más bien clientelar. Igualmente y pese a la intencionalidad de incluir como preocupación del Estado el bienestar de los sujetos populares, la presión mediática, el carácter mesocrático de los gobiernos radicales (1938-1952), así como la incapacidad de solucionar las enormes brechas existentes en materia de pobreza y desigualdad, impidieron en la práctica que la situación de los pobres

---

<sup>207</sup> S. CORREA, et., al; *Historia del Siglo XX chileno*. Sudamericana, Santiago, 2001, p. 136.

<sup>208</sup> R. ZAMORANO; *Entre la teoría y la acción...* Op. cit., p. 29.

<sup>209</sup> Cabe señalar que sólo a mediados de la década de 1950 y con propiedad en los 60', se puede encontrar una élite efectivamente transformada. G. SALAZAR, J. PINTO; *Historia Contemporánea...* Op. cit., p. 43.

<sup>210</sup> S. CORREA et al; *Op. Cit.*, p. 184.

mejorara ostensiblemente. En otras palabras, esta etapa se caracterizó por sus progresivos, pero –al mismo tiempo— limitados procesos de democratización de la sociedad<sup>211</sup>.

Si bien es cierto que los gobiernos radicales consideraron a trabajadores y otros grupos sociales –como las mujeres sufragistas, por ejemplo—, marginó de los beneficios de sus políticas a importantes grupos de la población. La inoperancia del abastecimiento de viviendas en una ciudad desbordada como Santiago, la creciente desigualdad en la distribución del ingreso y el abandono del campesinado pobre –sin mencionar la deuda territorial con el mundo indígena— fueron fracturando a un gobierno presionado por la alta inflación, la corrupción y la ineficacia económica que redundó en un creciente malestar social ampliado por la exclusión del Partido Comunista de la legalidad a partir de la *Ley de Defensa Permanente de la Democracia*. Con la *ley maldita* se corroboró el giro dado por G. González Videla y la injerencia que la situación internacional tuvo en el devenir de la política chilena. La lógica de la Guerra Fría acabó por romper la máxima de los acuerdos, negociaciones, libertades públicas y mejoras sociales, cambiándola, por otra que, con el objetivo de limitar la acción de la izquierda “pro-soviética” en el continente, avaló la exclusión política y el populismo como mecanismos de acción política<sup>212</sup>. Igualmente, la creciente frivolidad de los gobiernos radicales y su desconexión con la sensibilidad social, llevó a una aceleración de problemas sociales que se expresarían con mayor claridad en la década de 1950, como el empeoramiento de las condiciones de vida de importantes sectores de la sociedad.

Pese a que el descontento social inicialmente lo captó el *populista* general Carlos Ibáñez del Campo ante el agotamiento de los partidos “tradicionales”, el malestar social no menguó durante su gobierno<sup>213</sup>. De hecho, se extendió a medida que la decepción y escepticismo se apoderaron de la población por la inexistencia de cambios en sus condiciones de vida<sup>214</sup>, consolidando un hondo sentimiento de frustración. La ineficacia en materia económica sumado al errante deambular político, desembocaron en una profunda crisis social y política<sup>215</sup>. El gobierno se vio desbordado de conflictos laborales controlados sólo en parte con la *ley maldita*, restringiendo así la acción de trabajadores movilizados activamente por demandas de reajuste salarial<sup>216</sup>.

---

<sup>211</sup> M. GARCÉS; *El despertar de la sociedad... Op. cit.*, p.108.

<sup>212</sup> S. CORREA et., al; *Op. Cit.*, p. 193.

<sup>213</sup> Aunque la mayoría de las investigaciones sitúan el descontento en el final del periodo Ibañista, fue en la primera mitad del gobierno de Ibáñez en la que se produjo mayor número de huelgas legales e ilegales. En B. LOVEMAN, E. LIRA; *Las ardientes cenizas del olvido... Op. cit.*; p. 183.

<sup>214</sup> P. MILOS, *Historia y memoria. El 2 de abril de 1957*. LOM ediciones, Santiago, p. 36.

<sup>215</sup> S. CORREA et., al; *Op. Cit.*, p. 197.

<sup>216</sup> B. LOVEMAN, E. LIRA; *Las ardientes cenizas del olvido... Op. cit.*, p. 156.

Los reclamos se fundamentaron por los estragos de la inflación, disparada a más del doble en sólo dos años; del 40% en 1953 pasó a más del 85% en 1955. Esto produjo una ostensible disminución en el poder adquisitivo de los trabajadores<sup>217</sup>, consolidándose el aumento de personas que habitaban en la miseria existente en los márgenes de las principales ciudades del país. En efecto, tras el giro liberal promovido por la misión norteamericana Klein & Saks y sus políticas de ajuste, la reactivación social se consolidó, ante el evidente y generalizado deterioro económico de la población<sup>218</sup>.

El malestar social pudo observarse en 1957. Cuando una serie de protestas sacudieron a toda la ciudad de Santiago, producto del alza del precio del transporte<sup>219</sup>. El malestar, como señala P. Milos, respondía a una situación generalizada<sup>220</sup>. Temas como la educación, el alza de precios y el estancamiento de salarios, el crecimiento del desempleo, entre otros, así como una serie de demandas gremiales, desencadenaron una protesta que partió como una espontánea manifestación de grupos organizados y algunos espontáneos descontentos, pero que acabó, en abril de ese año y pese al estado de emergencia impuesto, con una masiva, contundente y descontrolada acción violenta de amplios y variados grupos de la sociedad. De ahí su carácter plurisocial. La acción sólo logró ser aplacada con la intervención del ejército<sup>221</sup>. Este carácter heterogéneo y que resituó en la esfera pública a muchos actores habitualmente marginados, representó simbólicamente el cambio en la subjetividad de los sectores subalternos de la capital, permitiendo la emergencia de aquello que Salazar ha denominado como “ciudadano histórico”, para referirse al espíritu que ha marcado la acción de los sujetos populares en el espacio público<sup>222</sup>.

La militarización de la ciudad reforzó la espiral de violencia diversificando el perfil de los manifestantes. Y aunque la violencia aplacó la protesta, no calmó el malestar ni las ansias de cambio. De hecho, la acción directa se manifestaría nuevamente ese año. La madrugada del 30 de octubre se producía una masiva toma de terrenos de miles de pobladores que, como medida de presión, se movilizaban ante la ineficacia del Estado por satisfacer sus urgentes reivindicaciones de una vivienda digna. Esta vez fueron los pobladores –actores hasta ahí postergados de la contingencia nacional– los que salieron a la luz pública para plasmar sus demandas a través de la acción directa<sup>223</sup>. Este acontecimiento

---

<sup>217</sup> S. CORREA et., al; *Ibid*, p. 200.

<sup>218</sup> G. SALAZAR, *Violencia Política Popular... Op. Cit.*, p. 210.

<sup>219</sup> P. MILOS; *Historia... Op. Cit.*, p. 97.

<sup>220</sup> P. MILOS; *Ibid*. pp. 95-96.

<sup>221</sup> G. SALAZAR, *Violencia Política Popular... Op. Cit.*, pp. 217-218.

<sup>222</sup> *Ibid*; p. 209. Nos da a entender que el cúmulo de temas pendientes fueron forjando un malestar que facilitó la emergencia del sujeto histórico aquel “conectado” con las históricas demandas de los sectores populares hacia el estado proyectándolas a través de la acción directa.

<sup>223</sup> M. GARCÉS; *Tomando su sitio. El movimiento de pobladores en Santiago. 1957-1970*. LOM, 2002, pp. 121-149.

marcó doblemente la historia de la acción colectiva chilena; si por una parte confirmaba que el malestar de la sociedad no se refería a cuestiones puntuales sino a una situación integral, por otra, marcaba un punto de inflexión en la propia consideración de los movimientos sociales al irrumpir en escena un nuevo actor social, el poblador/a, que resultaba ser un/a sujeto político mucho más complejo que la tradicional figura del obrero. Es evidente que entre los pobladores existieron miles de obreros, pero también existieron trabajadores independientes y también mujeres. Toda una evidencia que los cánones y paradigmas que habían marcado a la movilización de los primeros años del siglo XX se habían venido modificando con los años, diversificando el perfil, formación y procedencia de los nuevos actores sociales que irrumpían en el escenario político.

Para estas fechas, entonces, se consolidó una profunda complejización del escenario social chileno. Que trasuntó el panorama netamente político, no sólo por la masificación del malestar, sino por la emergencia de nuevos actores, con otras preocupaciones. En ese sentido, a partir de 1957, la reactivación permanente de la movilización social –leída por distintos actores políticos del momento como ensayos de insurrección popular<sup>224</sup>– sentó las bases para un cambio profundo en la subjetividad de los chilenos, en cuanto a la necesidad de consolidar reformas estructurales al modelo político y social vigente, consolidando de esa forma la polarización y conflictividad que comenzó a caracterizar de forma permanente la situación sociopolítica del país<sup>225</sup>.

#### *4.2 Nuevos actores, participación política y conflictividad social durante la Guerra Fría (1957-1973)*

Como veníamos indicando, 1957 y los reventones sociales que lo caracterizaron, escenifican el cambio en la percepción de las personas. El fin de la década de 1950 encontró en Chile un escenario político-social en pleno proceso de transformación fruto –en parte– de los insuficientes resultados del modelo de desarrollo implementado desde 1938, en conjunto con las crecientes expectativas que se iban forjando en la ciudadanía<sup>226</sup>. El mapa electoral se había modificado claramente, mientras la propia sociedad chilena experimentaba interesantes procesos de cambio que incluían a jóvenes, pobres, trabajadores e incluso a la propia Iglesia Católica. En ese sentido, la década de 1960, fue como señalan algunos autores una “época bisagra” desde un punto de vista histórico<sup>227</sup>. Los cambios

---

<sup>224</sup> G. SALAZAR, J. PINTO; *Historia Contemporánea de Chile II*. Op. cit., p. 122.

<sup>225</sup> B. LOVEMAN, E. LIRA; Op. cit., p. 158.

<sup>226</sup> G. SALAZAR; *Violencia política popular...* Op. cit., p. 220.

<sup>227</sup> S. CORREA et., al; Op. Cit., p. 226.

electorales realizados por Ibáñez casi al terminar su mandato<sup>228</sup>, así como el fracaso de la vía populista que representó su gobierno reforzaron los que ya se habían observado en la elección de 1952, respecto al agotamiento del modelo partidista que lideraban los radicales. De hecho, el FRAP, Frente de Acción Popular que reunió a los partidos de izquierda, alcanzó un 28,8% de los votos rosando el triunfo presidencial, a la vez que la naciente Democracia Cristiana (DC), lograba más del 20%, superando a los radicales, desplazados del centro político. De acuerdo a los proyectos que levantaron estas candidaturas, casi el 50% de la población respaldaba el discurso del cambio estructural que, con matices, planteaban estos proyectos alternativos. Asimismo, el aumento del padrón electoral fomentó la competencia entre los partidos, los cuales dieron un giro programático a partir de su recepción de parte de las reivindicaciones populares que se estructuraban desde la sociedad civil durante esta década. Esta competencia permitió resituarse a los partidos en el eje de la discusión, ahora desde una mirada más rupturista; el paradigma de la revolución —en libertad, socialista o, contrarrevolucionaria, como se fue forjando paulatinamente en la derecha<sup>229</sup>— se impuso en los distintos sectores políticos y sociales<sup>230</sup>. Estos cambios llevaron a una paulatina polarización que desarticuló la política de los acuerdos, vigente desde 1938. El discurso del cambio estructural fue ganando adeptos entre los ciudadanos, mientras el temor a la revuelta popular despertó cada vez mayor temor entre los sectores de clase media<sup>231</sup>.

Esta polarización sostenida repercutió directamente en el gobierno de J. Alessandri (1958-1964), quien debió bregar inútilmente contra el paradigma de la revolución insuflado, posteriormente, por el éxito de la Revolución Cubana. Desde el inicio de su gobierno, se constituyó como misión principal restablecer los equilibrios macroeconómicos ampliando, a su vez, el mercado interno de capitales, para privilegiar el proceso de acumulación productiva por sobre la reivindicación laboral<sup>232</sup>. Pero, el fracaso de sus políticas económicas que no impidieron el aumento de la inflación, incentivaron la movilización social y la radicalización de las posiciones. Al mismo tiempo, el fracaso del gobierno de instaurar y consolidar una cultura ética, un efectivo sentido de responsabilidad nacional en

<sup>228</sup> La abolición de la Ley Permanente de Defensa de la Democracia y la reforma electoral que buscó acabar con el cohecho, fueron las principales medidas tomadas por Ibáñez, luego de su alejamiento de la derecha en el último periodo de su gobierno. Si en 1949 votó el 9% de la población en las elecciones parlamentarias, en 1961 lo hizo el 23.5%. **B. LOVEMAN, E. LIRA**; Op. cit., pp. 194-196.

<sup>229</sup> Si bien es cierto que el discurso de J. Alessandri no presentó abiertamente este tenor en su primer gobierno (1958-1964), si lo hizo para su candidatura presidencial de 1970.

<sup>230</sup> **A. ANGELL**; *Chile de Alessandri a Pinochet: en busca de la utopía*. Andrés Bello, Santiago, 1993, p. 154.

<sup>231</sup> **B. LOVEMAN, E. LIRA**; Op. Cit., p. 207.

<sup>232</sup> **G. SALAZAR**; *Violencia política popular...* Op. Cit., p. 230.



el empresariado chileno —sector con el que Alessandri pretendía gobernar—, terminó efectivamente por acelerar el proceso de conflictividad social.

La irrupción de la Democracia Cristiana (DC), al mismo tiempo, tuvo un papel primordial en este proceso de aceleración del conflicto, al transformar el paradigma que movilizaba al centro político; si los radicales se habían erigido en el eje de los acuerdos y la negociación, la DC buscó alcanzar las mayorías a través de una activa campaña por conquistar al electorado en general iniciando un progresivo confronte entre los actores políticos —y luego sociales— en la caza del electorado. Este fenómeno se dio muy de la mano con la renovación vivida por esos años por la Iglesia Católica en su acercamiento a los sectores más pobres de la sociedad. Esta asociación de política y sociedad acercó a la DC a los espacios populares —urbanos y rurales— promoviendo la participación en la vida política de amplios sectores marginados hasta ahí. En estos espacios, núcleo electoral de los partidos de clase, comenzó a producirse una activa competencia por captar la atención y el compromiso popular. La participación política y social comenzó a vivir una serie de cambios que adquirieron preponderancia en la vida política del país a partir de esta década.

De esta forma, se sumaron nuevos actores que coparon el espacio público en demanda de cambios estructurales, desbocando la movilización social hacia una perspectiva revolucionaria de los marcos hasta ahí establecidos. En otras palabras, se produjo un incentivo, desde arriba, a las dinámicas políticas y organizativas que se venían realizando desde hacía un tiempo en los sectores populares. El proceso de intensificación de juntas de vecinos, clubes deportivos o centros de madres se convirtieron en un activo y poderoso canal de expresión, al tiempo que facilitaron la organización y participación política de miles de ciudadanos de los márgenes que fueron adquiriendo una activa y cada vez mejor preparación política que los llevó a plantear más y de mejor forma sus demandas<sup>233</sup>. Fue en este escenario que se consolidaron prácticas, concepciones de la vida y la sociedad que recompusieron decididamente el acervo cultural de las clases populares chilenas, directamente influenciadas por este clima transformador que imperaba no sólo en el país sino en toda la región.

En esa misma dirección, la influencia internacional jugó un papel fundamental; la revolución de los barbones en 1959 ante la Cuba de F. Batista, desencadenó un proceso de aceleración de las expectativas de alcanzar transformaciones estructurales a través de la lucha armada. El terror, por otra parte, que representó el régimen castrista para los intereses

---

<sup>233</sup> El aprendizaje político de estos sectores, de la mano de los partidos políticos pero autónomamente después representó quizás uno de los aspectos más novedosos de la práctica social y la organización colectiva de estos años, como veremos en el capítulo 2. Ver: **M. GARCÉS**; *Tomando su sitio...* Op. Cit; **S. LEIVA**; “de la toma de terreno a la toma de poder. El campamento Nueva La Habana y una nueva óptica para la movilización poblacional”. *Revista Historia Social y de las Mentalidades* n°6, USACH, Santiago 2002, pp. 109-123.

de Estados Unidos, facilitó que las lógicas de la Guerra Fría se instalaran en un continente cada vez más enfrentado socialmente. La Alianza para el Progreso en 1961, fue la herramienta estratégica por la cual se estableció el control regional que evitara la ampliación del fenómeno cubano a través de una cuantiosa inyección económica<sup>234</sup>. Igualmente y estrechamente relacionado, se inició un proceso de colaboración con las FFAA de los distintos países de la región de manera de evitar la influencia comunista en el poder militar. La Doctrina de Seguridad Nacional difundida entre los ejércitos nacionales del continente, fue gran exponente de los fundamentos ideológicos que conformaron el pensamiento militar de la época con un marcado carácter antimarxista<sup>235</sup>.

En el caso concreto de Chile, fue la DC la que recibió un activo y cuantioso respaldo económico para combatir al marxismo en los espacios que eran históricamente más receptivos a esta ideología; los sectores populares<sup>236</sup>. La colaboración de la CIA en la financiación de organizaciones sociales de base e instituciones de propaganda destinadas a alejar a los ciudadanos de las ideas marxistas, ha sido largamente demostrada y se orientó a reclutar a estudiantes, jóvenes, mujeres, profesionales, trabajadores y campesinos. Esta injerencia incentivó inevitablemente la polarización del país<sup>237</sup>.

En este contexto el movimiento sindical formuló su discurso más crítico y radical. Su alejamiento del gobierno lo posicionó —por momentos— abiertamente contra el Estado<sup>238</sup>. Máxime cuando las políticas de modernización de Alessandri —fuertemente amparadas en el apoyo al mundo privado empresarial del FMI— resultaron incapaces de reducir en el mediano plazo la inflación. Las protestas y huelgas se mantuvieron activas, sobre todo por las demandas por reajustes salariales, reivindicaciones que colisionaban con las políticas del gobierno<sup>239</sup>. La paulatina radicalización del discurso sindicalista mantuvo fuera de la toma decisiones a los trabajadores, al menos hasta la llegada del gobierno de la Unidad Popular

---

<sup>234</sup> **P. MARTÍNEZ LILLO, P. RUIBIO**; *América Latina en el tiempo presente. Historia y Documentos*. LOM, Santiago, 2013. Agradezco especialmente a P. Martínez Lillo por facilitarme el manuscrito final antes de ser publicado.

<sup>235</sup> **M. ROITMAN**; *Tiempos de oscuridad. Historia de los golpes de estado en América Latina*. Akal, Madrid, 2013, pp. 138-53.

<sup>236</sup> El discurso antiimperialista de Salvador Allende y su alta votación en las presidenciales de 1958, puso en alerta a Estados Unidos y las empresas que tenían intereses en el país. Para mayor información al respecto ver: **M. AMORÓS**; "La CIA contra Salvador Allende". *Cambio 16*, Barcelona, 2000. Una vez en el gobierno, la DC recibió más de mil millones de dólares en tiempos que la deuda externa del país era de 600. En **S. CORREA et., al**; *Op. Cit.*, p. 246.

<sup>237</sup> Congress Senate U.U.S.S. Select Committee to Study Governmental Operations with Respect to Intelligence Activities. Covert action in Chile: 1963-1973. Washington, D. C.: U.S. Government Printing Office, 1975. pp. 144-209., 327(73:83) C873a, Valparaíso, 1975. Archivos de la Biblioteca del Congreso.

<sup>238</sup> Resulta conveniente revisar los discursos de Clotario Blest, máximo dirigente de la CUT, quien a partir de 1960, articula un discurso abiertamente insurreccional hacia el gobierno tecnócrata de Alessandri. Para ello ver: **L. VITALE**; *Los discursos de Clotario Blest y la revolución chilena*. POR, Santiago, 1961.

<sup>239</sup> Las huelgas estallaron a partir de 1960. Entre ellas destaca la huelga general organizada por la CUT en 1962, de la cual murieron 6 personas en la población José María Caro, por la represión ejercida por la policía. **B. LOVEMAN, E. LIRA**; *Op. Cit.*, p. 228. **G. SALAZAR**; *Violencia política popular...* Op., cit., p. 231. **J. RADIC**; *Recordando desde La Caro. Historia y Memoria del Sector D, Población José María Caro*. Ministerio de Vivienda y Urbanismo, Santiago, 2018.

(UP) en 1970. Algunos autores sostienen al respecto, que si el sindicalismo no fue a más, se debió principalmente a la injerencia del PC y su política de frentes populares que le llevaron a marginar y moderar la influencia de personajes tan emblemáticos del radicalismo sindical como C. Blest y otros dirigentes<sup>240</sup>. No obstante, su participación política fue permanente y constante, al punto que la izquierda marxista construyó desde el sindicalismo, entre otros, su proyecto de sociedad socialista<sup>241</sup>.

La llegada de un gobierno demócratacristiano al poder, en 1964, aceleró el proceso de confrontación que duraría hasta el golpe de estado de 1973, caracterizado por una masiva movilización social de los distintos sectores de la sociedad<sup>242</sup>. La DC y su *revolución en libertad*, impulsaron una serie de reformas económicas y sociales —abiertamente estructurales— que iban desde la *chilenización* del cobre y la reforma agraria, hasta la implementación de un ambicioso plan de viviendas populares y las políticas de sindicalización campesina y “Promoción Popular”<sup>243</sup>. Se pretendió sacar del estancamiento económico al país, garantizando el término de los desequilibrios que caracterizaban a la economía chilena sin políticas rupturistas. El objetivo del desarrollo apuntaba a la integración social a través de la redistribución del ingreso. Por otra parte, se buscó consolidar la participación política de amplios sectores sociales, históricamente excluidos de la contingencia nacional.

No obstante, las tensiones al interior de la DC respecto al ritmo e intensidad de las transformaciones, produjo una intensa disputa. Al mismo tiempo, la ingente dependencia al gobierno de Estados Unidos, reforzó la tensión interna, llevando a perder el rumbo inicial. Así, las perspectivas de cambio se fueron moderando y con ello los sectores sociales distanciándose. En efecto, cuando las reformas fueron retrasándose por las propias contradicciones y pugnas internas, los pobladores y organizaciones sociales en general, mantuvieron su intención de profundizar las reformas, demostrando la firme convicción de llevar adelante los cambios que consideraban imprescindibles<sup>244</sup>. T. Valdés señala al respecto, que las políticas sociales del gobierno demócratacristiano reforzaron la acción popular, generando una consecuencia no deseada ni pensada por los falangistas respecto a la

---

<sup>240</sup> P. GUILLAUDAT, P. MOUTERDE; *Los movimientos sociales en Chile 1973-1993*. LOM, 1997, p. 37.

<sup>241</sup> G. SALAZAR, J. PINTO; *Historia Contemporánea de Chile II*. Op. cit., p. 119.

<sup>242</sup> M. GARCÉS; “Chilean social movements in confrontation with neoliberalism”. En: X. DE LA BARRA; *Neoliberalism’s fractured showcase. Another Chile is possible*. Studies in critical social science 3. IDC Publishers, Lieden, Netherlands 2011, p. 219.

<sup>243</sup> Entre las iniciativas que impulsó la administración Frei estuvo la ley N°16880, promulgada en 1968, que incentivaba la participación popular a través de las organizaciones comunitarias, las cuales adquirieron personalidad jurídica. Destacaban las de carácter territorial como las Juntas de Vecinos así como las de carácter funcional, como centros de madres, organizaciones artístico-culturales o cooperativas. Ahondaremos en esto en el siguiente capítulo.

<sup>244</sup> S. CORREA, et., al; Op. Cit., p. 250.

creciente capacidad de presión y negociación alcanzada por los pobladores durante este periodo. Esto coadyuvó a poner en jaque muchos aspectos de la institucionalidad vigente, ante el desborde de las reivindicaciones<sup>245</sup>. Ciertamente, “la coyuntura económica y la coyuntura política quebraron el proyecto populista (de Frei) y transformaron una vasta maniobra de integración en una dinámica de movimiento social”, como bien lo sintetiza M. Castells<sup>246</sup>.

El fracaso de las políticas económicas, incentivó este proceso de desborde. Si la inflación siguió aumentando, el crecimiento se estancó en 1966. Es que, en la práctica, los mayores beneficiados con las políticas del gobierno Frei fueron las empresas norteamericanas que para 1968 eran el 75% de la inversión extranjera. El fracaso, en cualquier caso, se debió en buena parte a las contradicciones que presentaba el modelo democratacristiano; sus políticas de movilización social y acción política chocaban abiertamente con las medidas económicas destinadas a frenar la inflación y generar desarrollo<sup>247</sup>, cuestión que incidió por lo demás en la incapacidad de este proyecto de reformar —o refundar— desde dentro, el sistema político chileno<sup>248</sup>. La confirmación de este fracaso se manifestó en el considerable aumento de la represión ejercida por el gobierno a partir de 1967.

En ese escenario, las huelgas, protestas y marchas de todo tipo se masificaron de forma abrumadora (Cuadro 1). Tanto porque los nuevos actores de la sociedad se sentían empoderados, como por el incentivo de los sectores rupturistas con el Estado liberal burgués. La acción directa se convirtió en la medida más recurrente de los MSs; tomas de terrenos, fábricas y predios demostraban el impulso y la decisión de importantes sectores ya no sólo de trabajadores urbanos sino de pobres informales, desocupados y campesinos<sup>249</sup>.

En efecto, el incumplimiento de las promesas elaboradas por el gobierno de Frei —prometió 100 mil nuevas viviendas por año de gobierno, mientras en la práctica no pudo superar las 33 mil—consolidaron la opción autónoma de los MSs. Y si no autónoma, al menos desagregada del Estado. Los límites del proyecto falangista, en ese sentido, incentivaron la acción autónoma de juntas vecinos, pobladores, centros de madres, campesinos, entre otros y una creciente reafirmación de su propia cultura reivindicativa.

---

<sup>245</sup> **T. VALDÉS**; “El movimiento de pobladores 1973-1985. La recomposición de las solidaridades sociales”. FLACSO, Santiago, 1987, p. 8.

<sup>246</sup> **M. CASTELLS**; “Movimiento de pobladores y lucha de clases en Chile”. *Revista Latinoamericana de Estudios Urbanísticos Regionales EURE* Vol. 3, Núm 7, pp. 9-35. p. 23.

<sup>247</sup> **B. LOVEMAN, E. LIRA**; Op. Cit., p. 277.

<sup>248</sup> **G. SALAZAR**; *Violencia política popular...*; Op. Cit., p. 226.

<sup>249</sup> Es importante, y en esto seguimos a G. Salazar, que la acción directa como práctica racionalmente política es un proceso muy posterior a la reivindicación popular que la antecede en el tiempo en, por lo menos diez años, demostrando que la voluntad y concientización de esta acción como mecanismos de presión es fruto de la acción y no al revés. **G. SALAZAR**; *Violencia política popular...* Op.cit., p. 255.

Esta cuestión, en definitiva, caracterizó a esta etapa movimental de la historia de Chile como un periodo que diversificó y amplió enormemente el campo de la acción colectiva<sup>250</sup>, proceso que se produjo además en un brevísimo margen de tiempo<sup>251</sup>. Es este proceso, en definitiva, el que dio pie al historiador P. Winn para señalar que, durante este periodo se fue urdiendo una “revolución” social “desde abajo”, que corrió en paralelo a la revolución desde arriba, que intentaría implementar institucionalmente Salvador Allende a partir de 1970<sup>252</sup>.

**CUADRO 1. Huelgas durante el gobierno de Eduardo Frei Montalva**<sup>253</sup>

Año	Huelgas	Huelguistas	Días de trabajos perdidos
1963	642	115.331	585.514
1965	772	212.397	1.952.494
1967	2177	383.801	2.252.478

La revolución de las expectativas que generó la *revolución en libertad* de la DC y el posterior desencanto vivido por la población, convirtieron estos anhelos de cambio en una creciente expectativa por la revolución<sup>254</sup>; el PS planteaba en 1967 la legitimidad de la vía armada, mientras crecía la influencia del MIR en los márgenes fortaleciendo la insurrección popular. Esto pudo observarse en distintos escenarios. A los avances de la organización del campesinado, que entre 1960 y 1970 aumentó de 1500 a casi cien mil asociados, se deben sumar los estudiantes, que se movilizaron por reformar los pilares de la universidad y la educación en general<sup>255</sup> y a la contribución capital de los pobladores urbanos. Igualmente, la injerencia de partidos políticos comprometidos con la causa popular y la labor de la iglesia católica reconectada con su labor recrearon un ambiente de categórica actividad social<sup>256</sup> conformando una sociedad auténticamente movilizada.

Los pobladores, en tanto, habían vivido un interesante proceso de articulación desde que en 1957 se consumaran *las tomas*, provocando una reacción del Estado que comenzó a entregar terrenos semi urbanizados para calmar la situación. Estos hechos dieron vida a poblaciones como La Victoria, La Legua, José María Caro o San Gregorio, entre muchas otras. El proceso evolucionó desde la acción de masas que buscaba satisfacer necesidades

<sup>250</sup> M. GARCÉS; *El despertar de la sociedad...* Op. Cit., p. 113.

<sup>251</sup> M. GARCÉS; *El despertar de la sociedad...* Op. Cit., p. 114.

<sup>252</sup> P. WINN; *La revolución chilena*. LOM, Santiago, 2013.

<sup>253</sup> A. LABROUSSE; *L' Experience chilienne (réformisme ou révolution)*. Le Seuil, París, 1972, p. 147. Citado en: P. GUILLAUDAT, P. MOUTERDE; *Los movimientos sociales...* Op. cit., p. 42.

<sup>254</sup> S. CORREA et., al; Op. Cit., p. 226.

<sup>255</sup> M.A. GARRETÓN, J. MARTÍNEZ; *Universidades chilenas; historia, reforma e intervención*. Sur ed., Santiago, 1985.

<sup>256</sup> VV.AA; *Crónicas de una iglesia liberadora*. LOM ediciones, Santiago, 2011, pp. 21-69.

de primer orden como la vivienda, a una acción territorial-reivindicativa escenificando nuevos mecanismos de acción política alternativa. El objetivo de estas prácticas, perseguía superar las estructuras institucionales tradicionales, planteando la evidente pérdida de legitimidad del Estado como su interlocutor. Este hecho llevó a plantear la necesidad de reemplazar las reivindicaciones al Estado por nuevos métodos y caminos –propios– como herramienta de acción política. De ahí que algunos observen en esta práctica la manifestación de un “proyecto difuso” pero con evidentes cambios en las normas y lógicas que lo rigen<sup>257</sup>. Fue en la masificación de juntas de vecinos, comités de sin casa y otro tipo de articulaciones barriales y comunales –que dieron gran vida al espacio microsocioal— donde se materializó el proceso de racionalización de la acción directa, dando cuenta de la voluntad política del fenómeno<sup>258</sup>. En cualquier caso, el movimiento de pobladores y sus prácticas se situaron en el centro del análisis académico –quiénes eran y cómo se insertaban en la estructuración clasista tradicional de la izquierda— y, sobre todo, para ocupar el centro de la escena política nacional<sup>259</sup>.

Por su parte, los obreros multiplicaron sus huelgas y paralizaciones, contando esta vez con la participación del agro que expresaban las prebendas de miles de campesinos anhelantes de ser propietarios. Se intensificó a su vez, la actividad obrera que en sólo cuatro años duplicó las huelgas y cuadruplicó en el caso de la industria<sup>260</sup>. Esta cuestión, cabe señalar, no implicó en lo absoluto que la gran mayoría de los trabajadores estuviera por realizar cambios revolucionarios. Es más, durante la década de 1960 –la más confrontacional en la pugna social— la lucha sindical no presentó una orientación revolucionaria. Las movilizaciones fueron más bien por la línea de garantizar mejoras en las condiciones económicas y sociales del trabajador disminuyendo la distancia entre aspiraciones y realidad. Fue este el perfil fundamental de las huelgas que se producen entre los años 1953 y 1970 y no de un carácter revolucionario como algunos han insistido en señalar<sup>261</sup>.

No obstante lo anterior, la acción directa de los ciudadanos se había convertido en un mecanismo sumamente eficaz de presión política. Si pobladores, campesinos, mujeres, jóvenes y trabajadores lo habían demostrado, la masificación de esta práctica a otros sectores de la sociedad poco habituados a ellas, daban cuenta de la intensificación que vivía

---

<sup>257</sup> G. SALAZAR; *Violencia política popular...* Op. cit., pp. 248-255.

<sup>258</sup> G. SALAZAR; *Ibid.*, p. 256.

<sup>259</sup> M. CASTELLS, “Movimientos de pobladores y lucha de clases en Chile”. *EURE* [en línea]. 1973, vol. 3, no. 7 [citado 2013-06-13], pp. 9-35. Disponible en Internet: <http://www.eure.cl/numero/movimientos-de-pobladores-y-lucha-de-clases-en-chile/>.

<sup>260</sup> C. PIZARRO; *La huelga obrera en Chile*, Sur ediciones Santiago, 1986, p. 166. En M. GARCÉS; *El despertar de la sociedad...* Op. Cit., p. 114.

<sup>261</sup> G. SALAZAR, J. PINTO; *Historia Contemporánea de Chile II*. Op. cit., p. 120.

esta práctica política<sup>262</sup>. Fue este clima el que puede explicar, en parte, la aparición de Unidad Popular como proyecto político viable para alcanzar el gobierno. Es decir, la actividad social no fue causada por el *allendismo*, sino más bien este activo proceso de participación y acción político-social de distintos sectores de la sociedad movilizadas por llevar adelante reformas estructurales, fue el responsable de entregar el poder a la Unidad Popular.

Ahora bien, si el gobierno demócratacristiano había disparado las expectativas de cambio, la Unidad Popular (1970-1973), las radicalizó. Así también, agudizó el temor entre sus opositores a una revuelta marxista que instaurase un régimen totalitario. Los motivos que llevaron a esta visión de la realidad son múltiples; pero jugaron una gran influencia el contexto de Guerra Fría y el terror que despertó en el imaginario estadounidense y de la élite conservadora local, el arribo de *otra Cuba* en el continente<sup>263</sup>. Aun cuando este factor *externo* no fue el único, es un elemento muy relevante a considerar. Que explica, por ejemplo, el giro que la DC realizó en sus planteamientos. En efecto, pese a las divergencias discursivas, si se observa en perspectiva desde la práctica política, las diferencias programáticas entre DC y UP no fueron en ningún caso abismantes<sup>264</sup>. Al contrario, e incluso, como señalan varios autores, el gobierno de Allende tuvo una continuidad histórica con el modelo vigente<sup>265</sup>. Fue quizás el temor que representó que más del 50% de la población de 1970<sup>266</sup> estuviese de acuerdo con alterar el modelo capitalista de producción, lo que hizo saltar las alarmas de las élites y grupos de poder del país, cuestión que se vio posteriormente reforzada por la dinámica propia –y en muchos casos independiente– que adquirió la acción popular en el devenir de dicha transformación<sup>267</sup>. La paulatina autonomía que adquirió el poder popular –más allá de la retórica de Allende, quien finalmente jamás estuvo por empoderar militarmente a estos grupos– aceleró la desconfianza en los sectores dominantes que consideraron como inevitable la intervención militar.

Cabe señalar brevemente a este respecto, que la mirada que entendió el golpe de estado de 1973 como agotamiento del modelo democrático partidista vigente desde 1932, fruto de la radicalización de las fuerzas políticas –aquella consolidación de las fuerzas centrífugas al

---

<sup>262</sup> Un ejemplo de ello fue la huelga que realizaron los tribunales en demanda de mejoras salariales.

<sup>263</sup> Para Nixon la llegada de la UP al poder representaba mayor peligro de acuerdo al perfil del proyecto que sustentaba –y que desmontaba los mitos que impulsaba USA sobre la revolución marxista– así como por las características de S. Allende. Para un análisis de las políticas de USA en Chile ver: **P. KORNBLUH**; *Pinochet. los archivos secretos*. Críticas, 2ª edición, Barcelona, 2013, pp. 27-68.

<sup>264</sup> **B. LOVEMAN, E. LIRA**; Op. Cit., p. 205.

<sup>265</sup> Un interesante análisis desde esta perspectiva puede encontrarse en **L. VITALE et. al**; *Para recuperar la memoria histórica: Frei, Allende y Pinochet*. Editorial Chile América, CESOC, Santiago, 1999.

<sup>266</sup> Allende obtuvo el 36% de los votos y Tomic de la DC, algo más del 28%

<sup>267</sup> **F. GAUDICHAUD**; *Poder popular y cordones industriales*. LOM, Santiago, 2004, p. 16; **P. WINN**; *La revolución chilena...* Op. cit.

interior del sistema como señala T. Scully<sup>268</sup>-, restringe el carácter histórico de las divergencias existentes en el modelo y que, precisamente, los partidos más rupturistas pretendían –a priori- cambiar. Nos referimos a las exclusiones, muchas veces autoritarias, que el modelo político impuso y que representó la marginación política y social de grandes grupos de la sociedad o la exclusión de los comunistas en un momento específico de la historia. Si se considera entonces que estas falencias o límites del sistema –fuertemente cuestionado, incluso electoralmente desde 1952 por un sector mayoritario de la población— fueron las causas de la “radicalización” de los partidos políticos y de buena parte de la sociedad que les entregó su voto, el quiebre democrático no se produjo por la pérdida de un consenso democrático –como ha señalado Garretón<sup>269</sup>- sino por los interesados límites que presentaba el modelo liberal de hacer política y pensar la sociedad, sumado a la poca disponibilidad de los sectores conservadores a ampliar ese modo de entender la democracia.

En cualquier caso, con el triunfo de Allende los movimientos sociales efectivamente cobraron mayor protagonismo. Si muchos ciudadanos de los sectores acomodados de la sociedad se movilizaron –guiados por el movimiento filofascista de Patria y Libertad— para impedir el acceso de un marxista al poder, los sectores populares hicieron lo mismo como demostración de fuerza social que respaldaba al presidente electo<sup>270</sup>.

La fuerza popular que permitió garantizar la llegada de la UP al poder, fue la que se movilizó de forma inquebrantable por acelerar el proceso de transformación social. Las tomas de fábricas se masificaron, demostrando al mismo tiempo, la incapacidad efectiva del gobierno de controlar a sus bases que adquirirían día tras día mayor autonomía en su acción<sup>271</sup>. La “revolución chilena desde abajo”, asumía decidida el camino de la transformación, mientras la “revolución desde arriba” –parafraseando a Winn— encabezada por Allende, debía enfrentar la realidad que representaba el peligro del retroceso democrático que se ceñía sobre el país ante el decidido registro autoritario de su oposición<sup>272</sup>. En el campo, por ejemplo, la profundización de la reforma agraria estimuló los procesos de acción colectiva al punto de aumentar las huelgas rurales en un 184% en 1970<sup>273</sup>. Pero, las ansias de cambios y el desbordamiento de la movilización social llevaron, en definitiva, a disminuir la capacidad negociadora del gobierno, sobre todo con el ala más progresista de la DC. Esta incapacidad de controlar las expectativas condujo a que, finalmente, las posiciones más conservadoras de la DC se impusieran, consolidando el giro

---

<sup>268</sup> T. SCULLY; *Los partidos de centro y la evolución política chilena*. CIEPLAN, U. Notre Dame, 1992.

<sup>269</sup> M.A. GARRETÓN; *El proceso político chileno*. FLACSO, Santiago, 1983.

<sup>270</sup> M.A. GARRETÓN, T. MOULIAN; *La Unidad popular y el conflicto político en Chile*. Minga, Santiago, 1983.

<sup>271</sup> F. GAUDICHAUD; Op. Cit., p. 35.

<sup>272</sup> P. WINN; *La revolución chilena...* Op. cit

<sup>273</sup> La cifra en S. CORREA, et al.; Op. Cit., p. 267.



reaccionario. Mientras, en el gobierno, las voces rupturistas del socialismo hacían lo mismo con las intenciones del PC por negociar. A ello se sumó la activa influencia del MIR en el incentivo de la acción directa –autónoma y no supeditada a los designios partidista— entre los actores subalternos profundizando considerablemente el aumento de la tensión social.

Si bien fue la enorme presión externa e interna por “reventar” la economía – fomentando las controversias al interior del propio proyecto económico de la UP<sup>274</sup>- y la disminución del precio del cobre los motivos principales que afectaron a los índices económicos a partir de 1972, no puede desconocerse tampoco la injerencia que tuvo el estado permanente de movilización que existió durante esta etapa en los más variados escenarios de la sociedad. Esta cuestión, en efecto, incidió en la producción. La incapacidad de satisfacer el mercado interno –ante el elevado consumo que exigía un demandante sector históricamente postergado— obligó a nuevas importaciones que afectaron las arcas fiscales que no pudieron contar tampoco con créditos en el exterior ante la presión norteamericana. En este escenario, el gobierno popular facilitó la activa participación y desarrollo de los trabajadores que exigían, desde hacía tiempo, fuertes reivindicaciones para democratizar las relaciones capital-trabajo. La relación se estableció a través de la CUT, que jugó un papel fundamental para evitar el colapso del gobierno ante las acciones empresariales y gremiales que alcanzaron su máxima expresión en el paro de octubre de 1972. Sin embargo, luego de este acontecimiento se pudieron observar las crecientes disputas existentes al interior del organismo sindical y que también venían fraccionando la acción política de la izquierda y el gobierno en general<sup>275</sup>.

Por otra parte, durante esta época, los MSs adquirieron un cariz irremediabilmente excluyente, al convertirse más que en la expresión popular –o en su defecto de una parte específica de la sociedad— en la herramienta de acción directa en una confrontación que superaba, por mucho, el conflicto social. El enfrentamiento político dio paso a una violencia selectiva que minó lentamente algunas bases de legitimidad en las que se había sostenido Allende hasta ahí. Si la derecha sacó a las calles a mujeres con cacerolas, la UP hizo lo mismo con trabajadores y miembros de los sectores populares en general, que llamaban a profundizar la revolución. En suma, “la calle y las manifestaciones de fuerza se habían convertido en la expresión política más recurrida por las diversas posiciones en lucha” intensificándose hasta el mismo día del golpe<sup>276</sup>. La derecha, con la táctica del apoliticismo

---

<sup>274</sup> H. VEGA TAPIA; *L' économie du populisme et le projet du passage du socialisme proposé par l' Unité populaire*, Thèse d' état économie. U. Marseille II, Francia, 1981. En F. GAUDICHAUD, Op. Cit.

<sup>275</sup> A. SAMANIEGO; “Octubre al rojo: fulgor y agonía de la “unidad de los trabajadores”. Centro de Estudios Miguel Enríquez, CEME, Santiago, s/f.

[http://www.archivochile.com/S\\_Allende\\_UP/doc\\_sobre\\_gob\\_UP/SAgobsobre0024.pdf](http://www.archivochile.com/S_Allende_UP/doc_sobre_gob_UP/SAgobsobre0024.pdf)

<sup>276</sup> G. SALAZAR; *Violencia política popular...* Op. cit.

neutral, había logrado recoger el malestar de los sectores medios, agotados del desorden y la escasez. Mientras, el gobierno deambulaba entre responder a través de la organización popular o la vía política concertada –desde arriba— que buscaba negociar. No obstante, la movilización desbordó el control político. Pese a ello, la autonomía social ayudó a evitar el colapso que representó el paro de camioneros de 1972. En efecto, los cordones industriales, auspiciados y respaldados por el MIR, junto a las distintas iniciativas populares como las Juntas de Abastecimiento y Control de Precios, JAP, o los sindicatos obreros y juntas comunales, sirvieron de soporte al presidente para morigerar los efectos del desafío gremial.

También en este sentido, el paro de los camioneros en octubre de 1972 –apoyado económicamente por la CIA a través del a IIT<sup>277</sup>– representó un punto de inflexión en la historia de la UP, como plantea F. Gaudichaud. Si hasta esta fecha, la noción de *poder popular* se había mantenido casi por completo supeditada a la directriz gubernamental –tal como estipulaba vagamente en su proyecto político de 1970 la UP<sup>278</sup>–, es decir, como acción asesorada y dirigida desde el Estado, la relevancia adquirida por la organización popular, llevó a la consolidación del discurso del MIR acerca de la necesidad de empoderar y autonomizar estos espacios del control del Estado burgués, aunque fuese de un gobierno como la UP. La necesidad de prestar ayuda al gobierno de Allende ante el paro, situaron a las iniciativas populares en un nuevo escenario<sup>279</sup>.

El movimiento popular, en ese sentido, tuvo una reacción denodada ante el pulso que representó la coyuntura del paro de camioneros<sup>280</sup>. La creación de organismos unitarios y transversales de coordinación en las principales zonas industriales y barrios populares del país, permitieron combatir en la industria el boicot patronal, haciéndolas andar sin que la ausencia del propietario implicase el colapso buscado por la patronal. Al mismo tiempo, se organizaron formas paralelas de abastecimiento –con la ayuda de las JAP— de control y vigilancia de las grandes industrias, mediante la formación de los Comandos Comunales, que demostraron a los opositores que el gobierno contaba con un importante respaldo popular dispuesto a luchar y movilizarse. El éxito de esta operación dotó de un enorme impulso a la autonomía popular de los cordones industriales. No era necesario el “permiso” del gobierno para llevar adelante importantes tareas de organización y producción; en efecto, la acción popular resultaba fruto de una importante acumulación de saberes y

---

<sup>277</sup> El aporte económico de la International Telephone and Telegraph a través de la CIA, buscó, desde el triunfo de Allende en 1970, desestabilizar al gobierno utilizando distintas estrategias para ello. **P. KORNBLUH**; Pinochet. *Los archivos secretos...* Op. cit., pp. 90-99.

<sup>278</sup> *Programa de la Unidad Popular*, aprobado en Santiago el 17-12-1969. Archivos Salvador Allende. Sobre las referencias específicas al poder popular en el proyecto ver especialmente p. 5.

<sup>279</sup> **F. GAUDICHAUD**; Op. Cit., pp.26-29.

<sup>280</sup> Es importante aclarar que el paro fue organizado y realizado por los propietarios de camiones no así de los asalariados.

experiencias que permitieron a las organizaciones sociales y obreras funcionar de forma independiente a los organismos intermediarios como grandes sindicatos u organismos del Estado. Fue, en este contexto, que se observaron interesantes iniciativas de participación popular, muestras, en definitiva, de una democracia directa al interior de industrias y organismos comunales que plasmaban parte de los históricos anhelos de una inclusión real de los sujetos populares en la vida misma de la nación.

El MIR, principal aval de este tipo de iniciativas, entendió a los comandos comunales como órganos embrionarios de un poder alternativo en los cuales, efectivamente, el carácter asambleario y popular se manifestaba en la toma de decisiones<sup>281</sup>. Su implementación pudo observarse sobre todo en los espacios en que el MIR logró mayor grado de influencia como fueron poblaciones e industrias en los que se construyó una forma alternativa de administración del poder, fundamentalmente auto gestionado por sus miembros<sup>282</sup>.

Sin embargo, una vez superado el paro, el gobierno desechó la opción real de seguir potenciando estas iniciativas y llamó al ejército al gobierno, de manera de entregar nuevas garantías al conjunto del sistema de partidos de la vía constitucionalista al socialismo. Aunque siguió utilizando las JAP, deslegitimó otro tipo de iniciativas populares que iban en la dirección de autogestión, contribuyendo así a su desmovilización<sup>283</sup>. El camino tomado por la UP concluyó por relativizar el impacto del “poder popular”. En efecto, aunque estas muestras de organización autónoma fueron experiencias que despertaron la sensación entre quienes participaron de ellas de efectiva inclusión en la participación política —la propaganda del MIR jugó un importante papel en la generalización de esta percepción—, en realidad resultaron muestras simbólicas que no podemos considerar representativas de lo que ocurrió, pensó y realizó la amplia mayoría de chilenas y chilenos de los sectores populares del país. Es decir, fueron más bien esfuerzos aislados de obreros y pobladores sumamente comprometidos con iniciativas de carácter más bien transitorio, pero que no tuvieron un correlato en las amplias masas de pobladores de la capital. Ciertamente que los Cordones Industriales, Comandos Comunales o las JAP, jugaron un papel importantísimo en el paro de octubre de 1972, y que se vieron de algún modo consolidadas tras las ofensivas opositoras al gobierno de Allende (como el *tancazo* en junio de 1973, o el nuevo paro patronal de julio de ese mismo año). Tampoco que su injerencia —sobre todo de las JAP— en la vida cotidiana de las poblaciones, fue efectivo. Sin embargo, debemos dejar

---

<sup>281</sup> J. FIORI; “Campamento Nueva La Habana: estudio de una experiencia de autoadministración de justicia”. *EURE* [en línea]. Vol. 3, no. 7 pp. 83-101. [www.eure.cl/numero/campamento-nueva-la-habana-estudio-de-una-experiencia-de-autoadministracion-de-justicia/](http://www.eure.cl/numero/campamento-nueva-la-habana-estudio-de-una-experiencia-de-autoadministracion-de-justicia/). [citado 2013-09-12].

<sup>282</sup> S. LEIVA; “de la toma de terreno a la toma de poder. El campamento Nueva La Habana y una nueva óptica para la movilización poblacional”. *Revista Historia Social y de las Mentalidades* n°6, USACH, Santiago 2002, pp. 109-123

<sup>283</sup> F. GAUDICHAUD; *Op. Cit.*, p. 42.

claro el límite que representaron estas experiencias en el cuadro general. En otras palabras, su alcance como forma de organización popular a nivel nacional estuvo limitado a ciertos espacios específicos, es decir, tuvo carácter más bien periférico, marginal. Ni las JAP pudieron incidir en la economía o en una efectiva redistribución de los productos que impidieran el mercado negro, ni los comandos comunales se extendieron en la práctica como una organización paralela al Estado. Qué decir de los Cordones Industriales, los cuales, más bien, resultaron organizaciones defensivas que respondieron a ataques puntuales contra el gobierno, antes que una efectiva organización territorial capaz de cubrir y controlar la organización del trabajo (lo que quedó rápidamente demostrado tras el golpe de estado de 1973, pese a los esfuerzos –aislados— de un puñado de obreros y pobladores que intentaron activar la resistencia popular ante el golpe militar)<sup>284</sup>.

Como ya es sabido, a partir de julio de 1973, la aceleración de los acontecimientos condujo al impase que sirvió de justificación para los golpistas. La salida del general C. Prats del Ministerio del Interior y de la Comandancia en Jefe del Ejército tras un confuso incidente, la confirmación de una nueva huelga transportista, el fallido intento de golpe, el fallo de la Procuraduría General contra Allende, el atentado de muerte de los miembros de Patria y Libertad al edecán naval del presidente (responsabilizando al MIR), entre otros acontecimientos, llevaron a que los esfuerzos del Cardenal Silva Henríquez por acercar a la DC con el gobierno popular, resultasen infructuosos.

La polarización relegó paulatinamente a un segundo plano al debate político y los espacios institucionales de discusión. La lucha –social— se comenzó a concentrar en la calle de manera habitual, sostenida y cada vez más violenta<sup>285</sup>. Con ello, se hizo evidente el desgaste que venía erosionando al modelo institucional establecido en la constitución de 1925. La imposibilidad de los distintos bandos enfrentados de imponerse electoralmente, impidió destrabar la situación. Es más, el empate *técnico* vivido fue cerrando los cauces institucionales, al consolidarse la incapacidad de alcanzar acuerdos mínimos entre sectores que planteaban –en el papel— una serie puntos en común (como eran los proyectos de la UP y la DC). La evidente pérdida de perspectiva histórica de importantes líderes de los bandos enfrentados, tornó inviables los proyectos políticos transformadores. En ese sentido, la imposibilidad de superar mediante acuerdos las trabas que el sistema político tenía para llevar adelante grandes cambios en la institucionalidad –inevitadamente construida sobre la

---

<sup>284</sup> Una interesante investigación sobre uno de los pocos espacios en que sí se intentó organizar la resistencia puede encontrarse en: **M. GARCÉS, S. LEIVA; *El golpe en La Legua***. LOM. Santiago, 2003.

<sup>285</sup> Entre septiembre de 1972 y julio de 1973 se produjo una sucesión de confrontaciones en la capital denominadas como “la Batalla de Santiago”. La pugna entre civiles que protestaban a favor o en contra del gobierno generaron una creciente radicalización de la violencia, causando incluso varias víctimas fatales. **G. SALAZAR, *Violencia Política Popular...*** Op. cit., pp. 271-276.

estabilidad de los grupos dominantes- facilitaron el impase y permitió dar alas a la justificación de aquellos que apelaron por la intervención militar.

Pese a los tímidos esfuerzos de un puñado de hombres, barrios y organizaciones, el golpe militar acabó de forma abrupta con la actividad social y política. Lo que vino después –un horror a todo nivel— sigue hasta hoy asechando la conciencia y la memoria de muchos chilenos. Con el golpe de estado se cerraron los espacios de creación, confrontación y participación. Iniciándose una etapa nueva, aún más revolucionaria que las precedentes<sup>286</sup>. Pero donde las fuerzas dominantes comenzaron a maquetar una profunda transformación de la sociedad chilena al amparo del fusil. No hubo oposición posible. Los movimientos sociales populares, debieron subordinarse a la nueva lógica, silentes golpeados y profundamente descolocados por el abrupto final. Lo que vendría puso a prueba no sólo las convicciones, sino que volvió a foja cero, los avances políticos, sociales y culturales de más de treinta años. Cómo entenderían ese proceso revolucionario y el modo en que se imbricarían estas experiencias históricas con la nueva realidad de las futuras generaciones, es lo que veremos fue el marco en que, lenta pero sostenidamente y a partir –nuevamente— de la urgente necesidad, conformó las prácticas de los sectores populares organizados bajo la normativa y el control del poder autoritario.

---

<sup>286</sup> Somos de la idea que si el gobierno de la UP no tenía efectivos ribetes revolucionarios en la práctica y de acuerdo al contexto histórico en el que se desplegó, la dictadura militar implementó un modelo de sociedad completamente revolucionario y que, en la práctica, superó con creces, la profundidad y trascendencia que ellos mismos imaginaron.

## CAPÍTULO II

# CULTURAS POLÍTICAS, IMAGINARIOS Y REPRESENTACIONES SOCIALES EN EL TIEMPO PRESENTE LATINOAMERICANO

### 1. Introducción

Si en el primer capítulo nos detuvimos a analizar a los movimientos sociales, su historia desde un punto de vista conceptual, las características que presentan como fenómeno político, social y cultural, y cómo pueden sernos útil para comprender los modos de expresión de ciertos sectores específicos de una sociedad, ahora, en el presente apartado, nos disponemos a profundizar el análisis, deteniéndonos especialmente en esta dimensión cultural y simbólica de los movimientos sociales y su conexión con lo político, desde una mirada eminentemente teórica e historiográfica<sup>287</sup>. Nos interesa, pues, analizar y reflexionar acerca del modo en que los sujetos elaboran sus percepciones y representaciones de la realidad en la que están insertos, de manera de intentar elucidar cómo inciden éstas en la construcción de sentidos de sus experiencias y la manera que, en definitiva, esto influye en la decisión de los sujetos a actuar. Más específicamente, pretendemos avocarnos a analizar de qué manera los sectores subalternos de la sociedad chilena construyen sus visiones de la vida en dictadura, y cómo esas representaciones cobran sentido y significado en prácticas cotidianas más o menos definidas. Tenemos la convicción al respecto, de que es en esas prácticas y aquellas desplegadas en el espacio público, donde se dejan entrever, al menos parcialmente, los imaginarios sociales y el universo de sentido que dieron fundamento y, por tanto, motivaron las acciones de determinados grupos de la sociedad contra la dictadura cívico militar. Estas cuestiones nos permiten, además conocer mejor cómo interpretaron el conflicto que se despliega entre la sociedad movilizada y el Estado autoritario durante ese periodo.

---

<sup>287</sup> M. L. MORÁN; "Cultura y política: nuevas tendencias en los análisis sociopolíticos". En, M. PÉREZ LEDESMA, M. SIERRA (eds.): *Culturas políticas: teoría e historia*. Institución Fernando El Católico (CSIC), Zaragoza, 2010, p. 110.

Estas temáticas se traducen concretamente en el modo en que los sectores populares de Santiago de Chile pudieron significar su vida durante la dictadura militar, especialmente, durante la convulsa década de 1980, y los elementos simbólico-culturales que los impulsaron a manifestarse sostenidamente contra el régimen de Pinochet. Fuesen estos aspectos históricos, valóricos o contingentes. En cualquier caso, nos sirven para conocer mejor por qué estos actores sociales deciden —o no— movilizarse y participar de una acción de protesta, o plegarse más comprometidamente en el tiempo, a un movimiento social por la democracia. En otras palabras, qué ideas, valores, acervos y convicciones cobraron sentido en las mentes de los actores sociales, sirviendo de fundamento para el cuestionamiento, abierto y decidido, al orden establecido.

De este modo, entonces, en este capítulo nos interrogaremos por el modo en que los sujetos, los actores sociales específicamente, entienden, desentrañan y dan sentido a la realidad en la que se desenvuelven. Pues bien, en este afán, nos hemos guiado por distintas corrientes de pensamiento y líneas de investigación. La deuda con los historiadores marxistas británicos, las generaciones “culturalistas” de *Annales*, entre muchos otros es, en ese sentido, muy grande. Sobre todo por ayudarnos a precisar de manera concreta y acorde a nuestro objeto de estudio y desde una perspectiva historiográfica, el interés por conocer con mayor profundidad el modo en que los sectores subalternos de la sociedad pensaron y actuaron, pero, sobre todo, dieron sentido a este actuar, y la dimensión política que esta alcanzó<sup>288</sup>. También debemos reconocer la relevancia de la sociología histórica, los estudios culturales y la antropología, por mencionar sólo algunos ámbitos del saber que aquí utilizamos para dar respuesta a nuestras preguntas más básicas, sobre la dimensión cultural de la acción colectiva y su estrecha relación con lo político, entendido esto como un modo de hacer, de relacionarse en y con el mundo. Es decir, desde una mirada amplia, fundante de las relaciones sociales y la sociedad<sup>289</sup>.

Pues bien, estudiar cómo entendieron las personas su propia realidad y la manera de pesquisar los vestigios y fragmentos de estas percepciones, son un auténtico desafío para el historiador. Sobre todo por la dificultad que representan estas cuestiones cuando se trata del estudio de los sectores subalternos de una sociedad en la que, se supone, la cultura material existente y la generación de conocimientos cristalizado en productos concretos, es más bien

---

<sup>288</sup> Esta noción de dar sentido al modo en que piensan/actúan los sectores populares de una sociedad determinada se la debemos a tres obras fundamentales en nuestra formación y que resultaron fundamentales para dar contenido a nuestra propuesta de investigación respecto a qué queríamos problematizar sobre la resistencia social a la dictadura militar chilena. Estas obras son: **E.P. THOMPSON**; *La formación de la clase obrera en Inglaterra*. Capitán Swing, 2012 [1960]; **E. HOBBSBAWM**; *Rebeldes primitivos. Estudio sobre las formas arcaicas de los movimientos sociales en el siglo XIX*; Crítica, Barcelona 2014 [1958]; **G. RUDÉ**; *Protesta popular y conciencia de clase*. Crítica, Barcelona, 1981 [1980].

<sup>289</sup> **H. ARENDT**; *La promesa de la política*. Paidós, Madrid, 2008

escasa. En este sentido, entendemos que junto a los saberes arraigados en la memoria popular, a los saberes transmitidos desde arriba —es decir, por élites y el sistema de poder dominante—, la acción, esto es, las prácticas de los sujetos, también conforman un modo de inquirir sobre cómo los sujetos hacen inteligible el mundo en que se desenvuelven. En otras palabras, en las prácticas cotidianas de los actores subalternos podemos encontrar, al menos parcialmente, el sentido que otorgan a su realidad. Ahí radica el interés por analizar las distintas prácticas que desarrollan durante el tiempo de la dictadura los pobladores de Santiago; en ese orden, las consideramos expresión de sentido de los actores que las realizan y, por tanto, en huellas indelebles que los sectores populares dejan respecto a su representación del mundo y el modo en que éstas guían su accionar. Cabe señalar, no obstante, que esta consideración contrasta notoriamente con formas tradicionales de interpretar la acción de los sectores subalternos y los movimientos sociales, calificados, en reiteradas ocasiones a lo largo de la historia, como actos de la sinrazón, fruto de la turba o la masa irracional —anómica, como se le ha considerado en el caso chileno— provocada por grupos escasamente conscientes del sentido de su accionar<sup>290</sup>.

Para analizar estos temas, en las siguientes páginas abordaremos algunas problemáticas relacionadas con el modo de desentrañar cómo los sujetos construyen los sentidos y significados que dan a su realidad. En esa línea resulta fundamental, en primer lugar, establecer qué conforma la mente de los sujetos estudiados. Es decir, de qué se nutren los imaginarios y representaciones de los actores que llevan adelante una acción colectiva determinada. Primordial es, en este aspecto, analizar cómo inciden los distintos espacios de generación de conocimientos, ideas y valores en la propia construcción de significados que distintos grupos y personas realizan del mundo en que viven. Máxime, las dificultades ya mencionadas respecto a rastrear este tipo de ámbitos entre los sectores populares, ante los escasos vestigios identificables de una cultura material más o menos formal. Junto a lo anterior, debemos considerar las disputas que existen en cualquier sociedad por la construcción de sentidos, es decir, la manera de extender hacia el conjunto de la sociedad los principios e ideales propios —convertir a esas ideas en hegemónicas, en términos de A. Gramsci— y las constantes e interminables tensiones que se despiertan y producen al respecto en una sociedad por la disputa por la construcción de esa hegemonía. De ese sentido común que se impone en una sociedad determinada.

---

<sup>290</sup> Para una revisión acabada sobre cómo se consideraron las revueltas populares hasta bien entrado el siglo XX, ver: **M. PÉREZ LEDESMA**, “Cuando lleguen los días de la cólera (Movimientos sociales, teoría e historia)”. En VV.AA. *Problemas Actuales de la Historia*, Ediciones U. de Salamanca, 1993. Para la visión anómica de la acción colectiva chilena en dictadura ver; **E. TIRONI**; “Marginalidad, movimientos sociales y democracia. Propositiones 14, Santiago 1987.



Todas estas temáticas resultan interesantes para comprender el modo en que se articulan las transmisiones culturales entre distintos grupos de una sociedad, las mediaciones que realizan organismos externos a la comunidad y la propia recepción que los sectores populares realizan, teniendo como resultado la asimilación, reappropriación o resistencia a estos constructos y la potencial articulación política que se hace de ellos. También, cabe destacar, debemos considerar cómo se combinan estas mediaciones —o más bien, hibridaciones hechas de manera no consciente— con aquellas creaciones propias que provienen de un saber popular, de una memoria y una historia reivindicativa que los conecta y aglutina como grupo. A su vez, debemos sumar que no todo es historia o resultado del legado de una memoria tradicional reivindicativa hacia el poder. También existen los elementos contingentes, que exigen respuestas concretas y específicas que modelan el modo en que los sujetos no sólo representan su realidad, sino que “escenifican el tiempo histórico” del que son parte<sup>291</sup>. Así, en resumen, veremos cómo se van combinando aspectos históricos y contingentes, saberes externos —provenientes de élites, intelectuales y estructuras de poder— y aquellos propios, fruto de la experiencia que desarrollan los sectores populares, en la conformación más o menos general de determinadas formas de entender el mundo. Todas cuestiones fundamentales para crear estos marcos simbólicos y cognitivos de interpretación de la realidad<sup>292</sup>, auténticos lentes que sirven a las personas para interpretar el mundo, modelando de forma decisiva su comprensión y acción en la realidad en la que se desenvuelven.

En último término y como algo esbozábamos más arriba, conviene hacer la aclaración respecto a quiénes representan en esta investigación a los sectores populares. O más precisamente, a los sectores populares organizados y movilizadas contra la dictadura de Pinochet. En este sentido, problematizaremos sobre quiénes son, realizando distingos claros entre aquellos que presentaron un abierto y consciente afán de participar en la acción colectiva contra la dictadura y las distintas formas de organizaciones de base que se desplegaron durante el periodo analizado, y quienes no. Esto no quiere decir que aquellos que no se sumaran activamente a la acción colectiva no formen parte de este grupo o no cumplan los requisitos para denominarlos como tal. Las fronteras en estos espacios son

---

<sup>291</sup> Utilizamos este concepto siguiendo el trabajo de **B. SUBERCASEAUX**; “Historia de las ideas y la cultura en Chile e Hispanoamérica. Un enfoque en torno a los bicentenarios”. *Historia del Presente*, 15 II época. Eneida, Madrid, 2010, pp. 111-121. Ahondaremos y problematizaremos sobre esto más abajo.

<sup>292</sup> La idea de *frame*, su sentido en inglés, ha sido largamente trabajada por los teóricos de los movimientos sociales así como por lingüistas y distintos saberes de las ciencias sociales, como concepto que permite indagar y comprender un poco mejor cómo se construyen los modos de hacer inteligible el mundo para los sujetos de una comunidad determinada. **A. MELUCCI**; *Challenging codes. Collective action in the information age*. New York, Academic Press, 1989; **G. LAKOFF**; *The political minds. A cognitive scientist to you brain and its politics*. Penguin, 2ª edición, 2009.

difusas, sumamente porosas y algo ineluctables en un afán de establecer límites claros y permanentes. Más bien, nos parece prudente dejar claro que el nexo común, el vínculo que identificamos entre los actores aquí estudiados, se basa fundamentalmente en este modo de entender la vida en sociedad, expresada a través de la solidaridad, la organización de la comunidad y la acción colectiva. Es decir, a través de sus prácticas. Es en ellas, donde podemos rastrear el germen de la memoria reivindicativa de los movimientos obrero-populares organizados a lo largo del siglo XX chileno. En ellos, igualmente, no sólo podemos pesquisar sus emociones en el presente en el que se desenvuelven sino que rastreamos ese acervo cultural crítico –transformador— que da vida a un modo de ser y entender el mundo, cuestión además que los conecta como grupo y los enfrenta con el régimen militar y sus principios. Ahora bien, esto no quiere decir que quienes no se sumen a la vida organizativa en las poblaciones de Santiago no compartan parte de estas formas de inteligir el mundo. De hecho, como veremos a lo largo de esta investigación, encontramos algunas huellas de las simpatías generalizadas que despiertan las acciones de los “organizados” entre muchos que por miedo, u otras razones, no se suman habitualmente a la acción organizada en la comunidad. Sin embargo, con el fin de ser precisos y no caer en generalizaciones, nuestras apreciaciones se centrarán en los grupos de mujeres y hombres que, de distintas formas, y con dispar asiduidad participaron de las distintas formas de acción colectiva y organización comunitaria que enfrentó al régimen y toda su estructura institucional.

En las siguientes páginas, primero, realizaremos el recorrido por estos temas desde una dimensión teórica. Esto es, describir y analizar las formas en que la historia y las ciencias sociales han ido abordando estos temas. A continuación, estableceremos los marcos referenciales que la cultura latinoamericana fue instaurando desde una dimensión crítica, a partir de la segunda mitad del siglo XX, y cómo dicho marco que situó la idea de cambio del orden vigente, influyó en ciertos imaginarios colectivos de lo que debía ser la sociedad, el papel de la comunidad y el Estado, y cómo estos imaginarios repercutieron en las representaciones de lo que era la realidad latinoamericana en los sectores populares chilenos. En tercer lugar, nos detendremos a analizar las reapropiaciones de esas perspectivas críticas en el mundo popular santiaguino, específicamente en el floreciente movimiento poblacional y el modo en que estos saberes externos se combinaron con sus experiencias y las de los suyos, conformando un tipo más o menos claro de mentalidad respecto a lo que debía ser la vida en sociedad. En ese orden, ver su evolución, su memoria reivindicativa y sus demandas en un creciente movimiento por la casa propia, y su armonía con el clima de época que se impone durante este periodo, nos permitirá conocer con mayor

profundidad el acervo cultural más o menos específicos, forjado en los nacientes barrios populares de la capital chilena, fundados en un modo de hacer, entender y practicar la vida en comunidad. Planteamos, al respecto, que este legado de larga duración, jugó un papel crucial en la construcción de sentidos de los pobladores de Santiago durante la dictadura militar, sirviendo de sustento identitario para la lucha por la democracia. En efecto, en él identificamos el soporte que dio sentido y significado a las nutridas prácticas comunitarias y organizativas que se desplegaron durante la dictadura militar, modelando en buena medida no sólo las acciones contestatarias contra la dictadura durante las protestas populares sino, también, al contenido y significado que representan estas organizaciones, y que dejan entrever cómo entienden la democracia, la vida en sociedad y la política estos sectores de la sociedad. Además, esta dimensión identitaria-reivindicativa se solapó en una contingencia específica que, sumada a la emergencia de nuevas generaciones —actores sociales postergados excluidos y reprimidos por la estructura autoritaria— dieron nuevas formas de expresión a ese acervo político cultural que dio vida y sentido a las protestas populares contra la dictadura militar durante la década de 1980. Cabe consignar finalmente, que fueron estas nociones, representaciones e imaginarios los que entraron en colisión no sólo con la dictadura militar y sus representaciones, sino, también, con parte importante de la élite opositora encargada de liderar e implementar el proceso de transición a la democracia. Este fenómeno, planteamos, representó una importante tensión —y posterior ruptura— entre lo que parte importante de la base opositora entendió, imaginó y proyectó debía ser la democracia postdictatorial y el híbrido institucional que finalmente se instaló.

## **2. ideas, valores, representaciones y prácticas de los sectores populares. Una historia cultural de los de abajo.**

A partir del estudio de los movimientos sociales, ya señalábamos la influencia que han tenido para esta investigación una serie de historiadores conocidos como la *escuela marxista británica*. El valor que entregaron a las distintas expresiones de acción colectiva acaecidas en el pasado, así como los enfoques que incorporaron, sirvieron de motivación, guía y referencia permanente a nuestro trabajo<sup>293</sup>. En la búsqueda de legitimar este tipo de acciones consideradas hasta ahí pre modernas por la historiografía tradicional, se sumergieron en el universo simbólico, identitario y cultural de sus actores, para descubrir la dimensión política que presentaban sus acciones y que iban mucho más allá de la expresión

---

<sup>293</sup> Destacan en esta escuela, R. Samuel, E. Hobsbawm, C. Hill, M. Dobb, E. P. Thompson, G. Rudé, entre los más destacados. Quien mejor aborda el trabajo colectivo y su dimensión de “escuela”, es H. KAYE, *Los historiadores marxistas británicos*. Ed. Universidad de Zaragoza, 1989.

de la ira contenida, guiada por la sinrazón. Sus trabajos, en efecto, demostraron de forma magistral la falaz apreciación que hasta ahí se imponía sobre las revueltas y protestas populares como actos descontrolados, de una masa amorfa, anómica y carente de sentido, completamente irracional. Fuertemente influidos por las ideas de A. Gramsci e interesados por estudiar el mundo popular desde una dimensión cultural en los tiempos de la formación del mundo contemporáneo, profundizaron las líneas investigativas que otros autores como J. Michelet, R. Sobul o G. Lefebvre<sup>294</sup>, habían trazado con anterioridad y que ponían en cuestión los preceptos dominantes hasta ahí<sup>295</sup>. En esa línea, los historiadores marxistas elaboraron novedosos y exhaustivos estudios sobre los movimientos populares en Europa occidental en los siglos XVIII y XIX, desmontando las interpretaciones que los situaban como revueltas y explosiones movimientos considerados carentes de sentido, movidas por la rabia descontrolada de una situación puntual, en los que existía total ausencia de conciencia y menos un interés político determinado.

La importancia de la corriente marxista británica, no puede descubrirse ahora. Sus investigaciones intentaron trascender la estricta noción económica de clase y llegar a solucionar el problema de la base-superestructura que había dominado al marxismo desde sus inicios. Buscaron, de esta forma, superar el determinismo económico del que había hecho gala el marxismo más clásico y del cual se distanciaban por la incapacidad que tenía la teoría clásica de responder a los desafíos que planteaba la compleja realidad social que caracteriza al mundo popular contemporáneo. Ahora bien, pese a su distanciamiento del marxismo más clásico, este grupo de historiadores desarrolló —con sus respectivos matices— una aproximación común al estudio teórico de lo que Kaye denomina “análisis de la lucha de clases”<sup>296</sup>. Pues bien, sus investigaciones revelaron varias cosas, de las que destacaremos sólo dos, acorde a nuestro objetivo. En primer lugar, otorgaron un sentido político concreto y consciente a las acciones populares de protesta, hasta ahí despreciadas e incomprensibles por el orden establecido. Para ello —y en segundo lugar— sus trabajos se enfocaron en estos motines y protestas contra el orden existente, desde una dimensión cultural de estas acciones, esto es, sumergiéndose no sólo en la práctica y en el relato que visibilizan estas revueltas sino en el universo simbólico que les dan sentido y significado, al menos para los actores que las producen.

---

<sup>294</sup> El ejemplo más sobresaliente al respecto, es el de Lefebvre que ya en 1930, desacreditaba las teorías de la psicosis colectiva sobre el complot noble en el campo francés durante la revolución, evidenciando los límites de las explicaciones irracionalistas para comprender la historia popular. **G. LEFEBVRE**, *El gran pánico de 1789. La revolución francesa y los campesinos*. Paidós, Madrid, 1986 [1931].

<sup>295</sup> **E. HOBBSBAWM**; *Sobre la historia*. Crítica, Barcelona, 1997, p. 207.

<sup>296</sup> **H. KAYE**, *Los historiadores marxistas británicos*. Ed. Universidad de Zaragoza, 1989, p. 5.

Desde una dimensión política, estos estudios rescataron del olvido y del menosprecio en que se encontraban las clases populares en la historiografía. Pobres, subalternos, excluidos, pero fundamentalmente derrotados —es decir que no alcanzaban los éxitos por los que habían salido a protestar— pasaban a desempeñar un papel protagónico en las nuevas investigaciones. No sólo como descripción de los fenómenos sociales que se producían en estas sociedades en tránsito de industrialización, sino como actores conscientes del sentido de las prácticas que desempeñan en sus acciones contestatarias al orden existente. En otras palabras, sus protestas contaban con un cuerpo valórico y doctrinal que le otorgaba legitimidad a sus reclamos y formas de expresión. Es decir, no eran una turba irracional volcada en la calle por la urgencia del malestar, sino también había un factor valórico legitimante que volvía “justo” lanzarse hacia las calles a protestar. Desde esta perspectiva, la historia desde abajo adquiriría una dimensión política en sí misma; a fin de cuentas, como bien lo señaló Hobsbawm, cada revuelta, protesta y resistencia popular debía entenderse en sí misma y en el contexto específico en que se desarrollaba, esto es, en el sentido y significado que adquiriría este tipo de acciones para sus participantes<sup>297</sup>.

En su análisis de las revueltas del siglo XVIII, destaca la “transición” que experimentan éstas desde una dimensión más contingente, habitualmente movidas por el hambre, hacia otras mucho más políticas<sup>298</sup>. Lo interesante es la combinación de estas revueltas más “tradicionales” movidas por la necesidad, con el propio clima de ebullición que se experimenta durante la crisis del antiguo régimen. Esto es, la necesidad de la contingencia — comer— se combina con el escenario político que expresa un agotamiento del modelo, propiciando un escenario de alta inestabilidad social que estalla y hace posible la revolución<sup>299</sup>. De esta forma, esas necesidades básicas y urgentes, se combinaban y justificaban con un escenario de alta inestabilidad y deslegitimado socialmente, y un cuerpo valórico que empujaba a hombres honestos, trabajadores y sin historial delincucional —como muchos quisieron atribuirle a la turba— hacia una acción de protesta; y aunque muchas veces destructivas, encontraban su razón de ser en la profunda injusticia de la que eran víctimas los sectores populares<sup>300</sup>.

No obstante lo anterior, es fundamental comprender, que fueron las marchas del hambre, esa imperiosa y urgente necesidad la que otorgó masividad a las revueltas burguesas que acaban con la revolución. En otras palabras, destaca la composición

---

<sup>297</sup> J. SERNA, A. PONS; *La historia cultural. Autores, obras, lugares*. Akal, Madrid, 2005, p. 38.

<sup>298</sup> G. RUDÉ; *La multitud en la historia. Disturbios populares en Francia e Inglaterra 1730-1848*. Siglo XXI, Madrid, 2009 [1971], pp. 100-106.

<sup>299</sup> G. RUDÉ; *La multitud...* Op. cit., p. 201-205.

<sup>300</sup> E. HOBBSAWM; *Rebeldes Primitivos. Estudio sobre las formas arcaicas de los movimientos sociales en el siglo XIX*. Crítica, Barcelona, 2014 [1958].

heterogénea que da vida a estos movimientos sociales que acaban con el antiguo régimen, insistiendo en la diversidad de grupos –intereses y consideraciones— que componen a las multitudes movilizadas. Era pues, esta heterogeneidad de los movimientos, su carácter plural diverso y variable, lo que, a fin de cuentas, afectaba la coherencia de discursos y prácticas según coyunturas y los grupos y no la irracionalidad e inconsciencia de sus motivaciones.

El reconocimiento de estas características que presentaban los movimientos, protestas y manifestaciones, llevó a este grupo de historiadores al esfuerzo por identificar a los distintos actores y grupos que daban vida a estas revueltas, o en palabras de Rudé, las distintas caras que presentaba la multitud. En efecto, si hasta ahí sus participantes habían sido catalogados despectivamente como masa, turba o pueblo, con sus investigaciones se pudieron conocer las características y rasgos identitarios de sus miembros, así como las formas, contenidos y sentidos de este tipo de movilización<sup>301</sup>. De ello se establecía –al igual que lo hicieron Cobb o Hobsbawm— que la tarea primordial en la investigación consistía en la búsqueda de la composición social de la multitud así como sus intenciones y objetivos. Los resultados fueron elocuentes. Estas acciones no estaban necesariamente producidas por una turba de delincuentes; G Rudé, por ejemplo, demostró que habían sido jefes de familia y honrados ciudadanos los que llevaron adelante las principales movilizaciones de la época y no malhechores e insensatos. Si bien éstos habían participado lo hicieron desde una posición muy secundaria y marginal y en ningún caso como cabeza pensante de la acción<sup>302</sup>. En esa misma línea Hobsbawm, había establecido que los participantes de las revueltas estudiadas si bien no eran grandes líderes sí estaban conscientes de sus objetivos; eran auténticos revolucionarios –primitivos— ya que quizás en un estado embrionario, perseguían la lucha por la dignidad y la construcción de un mundo más justo<sup>303</sup>.

Pues bien, estas reflexiones se entroncan perfectamente con lo que ocurre en el Chile de Pinochet. Sobre todo con los jóvenes pobladores que copan el espacio público con su protesta, llena de impotencia y rabia desenfrenada por las nulas posibilidades de salir de la exclusión. De su imposibilidad de sencillamente ser<sup>304</sup>. En efecto, la teoría sociológica –que veremos en el capítulo cuarto— insistió en comprender a esas turbas de jóvenes como masas anómicas<sup>305</sup>. Y sin embargo, se convirtieron en nuevos referentes sociales, como bien lo reconoce Stern, precisamente por negarse con todas sus fuerzas (quizás, a veces, de

---

<sup>301</sup> G. RUDE: *La multitud en la historia... Op. Cit.*, p. 232.

<sup>302</sup> G. RUDE: *La multitud en la historia... Op. cit.*, p. 231 y siguientes.

<sup>303</sup> E. HOBSBAWM; *Rebeldes Primitivos. Op. cit.*, pp.

<sup>304</sup> I. AGURTO, G. DE LA MAZA; *Juventud Chilena: razones y subversiones*. Eco, Folio SEPARE, Santiago, 1985.

<sup>305</sup> S. STERN; *Luchando por mentes y corazones. Las batallas de la memoria en el Chile de Pinochet. Libro 2 de la trilogía, La Caja de la memoria*. Ed. Universidad Diego Portales, Santiago, 2013.

maneras muy rudimentarias), al entramado normativo que la dictadura impuso a la fuerza y mediante los aparatos ideológicos del Estado. Muchos de esos jóvenes, en efecto, experimentaron la lucha por la democracia como una lucha vital, justa y fundamental. De ahí su compromiso y su disposición incluso a perder la vida. De ahí también la sensación de decepción y fracaso cuando la transición y la futura democracia se construyó con evidentes límites y un imponente legado dictatorial que poco tuvo que ver con aquello por lo que muchos de ellos habían luchado.

Pero si estos aspectos políticos cobraron relevancia al reconocer el valor en sí mismo de este tipo de manifestaciones, se debió principalmente por la dimensión antropológica que alcanzaron estas investigaciones. A partir de ahí, se inició una búsqueda de aspectos desconocidos de este tipo de movimientos, como los sistemas de valores, identidad e ideas que caracterizaban a los participantes de estas revueltas. En esa dirección apuntó su mirada E. P. Thompson, abriendo una nueva tendencia a la hora de comprender las motivaciones que llevaban a los sujetos a movilizarse y, sobre todo, los elementos que incidían en los hombres para que modificaran su conducta. Crítico de la simplificación determinista de los estudios que limitaban la explicación de las protestas al hambre, Thompson se preocupó de reflexionar sobre los agravios –al menos los que el pueblo consideraba como tal– que llevaban a los sujetos a superar el miedo y movilizarse. En esa línea, señaló que para la emergencia de esta noción de agravio entre los sectores populares debía transgredirse una norma –no escrita–, una línea que rebasase lo permitido, es decir, que planteara en la cabeza de las personas una situación límite, inaceptable y que, en definitiva, justificaba la reacción social convertida en protesta. Thompson, por ejemplo, identifica la existencia de un “consenso popular, en cuanto a qué prácticas eran legítimas en la comercialización, en la elaboración del pan (...). Esta cuestión habla de una idea tradicional de las normas y obligaciones sociales, de las funciones económicas propias de los distintos sectores dentro de la comunidad que, tomadas en su conjunto, puede decirse constituían una economía moral de los pobres”<sup>306</sup>. En otras palabras, esta economía de la multitud constituía un “conjunto de costumbres, valores y prácticas que los sujetos subalternos” presentan para defender los bienes comunes que consideraban les podían ser arrebatados, habitualmente por los señoríos<sup>307</sup>. Son éstas *costumbres en común*, este acervo de principios morales compartidos con sus pares, los que establecen los límites de lo legítimo e ilegítimo. No sólo

---

<sup>306</sup> E. P. THOMPSON, *Tradición, revuelta y conciencia de clase*. Crítica, Barcelona, 1979, p. 66.

<sup>307</sup> E. P. THOMPSON, *La Formación de la clase obrera en Inglaterra*. Capitán Swing, Madrid, 2012, p. 15.

para definir sus acciones sino también los de los otros, en este caso, de las clases dirigentes<sup>308</sup>.

De esta forma, Thompson entendió que los hombres no se movilizaban movidos por el irracionalismo del hambre o la rabia. Evidentemente que estas razones podían actuar como detonantes. Pero, existía –más bien— un conjunto de normas que hacían legítima la acción de los sujetos, de acuerdo a sus principios de lo que era justo. Con el concepto de legitimación, Thompson entendió, entonces, que “los hombres y las mujeres que constituían el tropel creían estar defendiendo derechos o costumbres tradicionales; y, en general, que estaban apoyados por el amplio consenso de la comunidad”<sup>309</sup>. En resumidas cuentas, cuando el historiador británico estableció las *nociones legitimantes* y la *economía moral de los pobres*, como conceptos que dan cuerpo y sentido al compartimiento de los sujetos, Thompson quiere decirnos que es la existencia de una serie de normas no dichas pero muy presentes en la conciencia de los sujetos populares, las que establecían un marco de comportamiento ético de los miembros de la comunidad. Una violación de esta noción de marco, implicaba el “derecho” a la intervención, es decir a la protesta, el saqueo, el motín. Así entonces, la acción de los hombres dejaba de ser una acción conductista provocada como reacción a una alteración económica para tener una lógica perfectamente racional. De igual forma, entendemos, pasó en el caso chileno de las protestas populares contra la dictadura y el movimiento social por la democracia. Fue la ilegitimidad de la dictadura y la insostenible situación a la que empuja a miles de chileno lo que justifica la reacción popular contra el régimen. El hambre que provoca la crisis económica de 1981, como veremos en los próximos capítulos, actúa como detonante, pero lo que legitima y hace “justa” la causa de los pobladores que se movilizan –incluso a través de la violencia— contra las fuerzas represivas del régimen, es ese sentido espurio del régimen.

Las aproximaciones realizadas por Thompson y los otros historiadores de esta corriente, se aproximaron a sus objetos de estudios con ciertos principios esbozados por Marx, acerca de la importancia que la realidad social tenía en la determinación de la conciencia, y no al revés como había establecido el análisis marxista más ortodoxo y tradicional. Pues bien, esta realidad social estaba fuertemente constituida por la experiencia. Esto es, las prácticas y hechos se insertaban en un contexto específico que enmarcaba un conjunto de “*creencias compartidas*” con los demás miembros de la comunidad. Más precisamente, “un sistema de significados, actitudes y valores compartidos, y las formas simbólicas” (actuaciones, artefactos) en las cuales se materializaba, como diría Peter

---

<sup>308</sup> E. P. THOMPSON, *La Economía moral de la multitud en la Inglaterra del siglo XVIII*, en: E. P. THOMPSON; *Costumbres en común*, Barcelona, Crítica, 1995.

<sup>309</sup> E. P. THOMPSON, *Tradición, revuelta...* Op. cit., p 64.



Burke<sup>310</sup>. Así, experiencia y cultura, van a desarrollarse como conceptos entrelazados que implican ideas y pensamiento pero a la vez acción y sentido. Por sencillos y simples que nos puedan parecer las ideas de los sectores subalternos guían su acción. También insistió en que la gente vive su experiencia como sentimiento, y maneja sus sentimientos dentro de su cultura –es decir, dentro de un marco simbólico, de creencias, ideas y principios— y las establece “como normas, como obligaciones, reciprocidades, valores o creencias religiosas”. En otras palabras, lo que Thompson denomina “conciencia afectiva y moral”<sup>311</sup>. La cultura, entonces, se materializaba en artefactos concretos: ciudades, tecnologías, obras de arte, armas, ciertamente. Pero, era la experiencia –la praxis en esa realidad social y cotidiana— lo que “la preserva, la mantiene viva y la transmite de generación en generación”, y ayuda a conformar un acervo político de las capas populares como bien nos lo recuerda A. Gilly<sup>312</sup>.

De este modo, el estudio de la experiencia, de las prácticas escenificadas en el espacio público, se vuelven fundamentales para comprender el universo simbólico de los sujetos estudiados. Imaginarios, ideas, creencias y prácticas se convierten, entonces, en fuente de nuestro estudio. En ellas pueden rastrearse ese conjunto de valores, creencias y principios que conducen o al menos inciden en el modo en que los sujetos se desenvuelven en la vida en sociedad. En definitiva, ese acervo cultural no escrito, que rige y define el modo de vida de muchos miembros de esa comunidad subalterna y las decisiones que mueven su vida.

Ahora bien, la experiencia materializada en una acción de protesta también cobra relevancia, porque evidencia las tensiones entre el orden establecido y las consideraciones morales que ese grupo de sujetos tiene y que siente violentadas o transgredidas. Esta cuestión nos parece crucial, dado entendemos fue esto lo que ocurrió en Chile durante la dictadura militar: la situación de extrema precariedad y miseria actuaron de facilitador de la protesta. Pero fue el sistemático abuso y la confrontación de los principios de la dictadura con los sistemas de ideas y principios que habían normado la vida hasta antes del golpe de Estado de 1973, lo que dio fundamento en el tiempo, lo que dio legitimidad moral a la acción de protesta para sus actores, ya no sólo para exigir el fin de la dictadura para mejorar su situación extrema, sino porque atentaba contra los principios y valores que buena parte de estos grupos movilizados tenían. En este sentido y como iremos viendo en los siguientes capítulos, la década de los 80’ y el periodo específico de las protestas nacionales, escenificó un conflicto profundo, una ruptura total de parte de la sociedad chilena –aquellas que seguía

---

<sup>310</sup> P. BURKE; *Cultura popular en la Europa Moderna*. Siglo XXI. Madrid, 1978 Prefacio, p. 9.

<sup>311</sup> E. P. THOMPSON, *Costumbres en común*. Crítica, Barcelona, 1995 [1991]. Citado en: A. GILLY; *Historia a contrapelo*. Biblioteca ERA, México D.F. 2006, pp. 57-63.

<sup>312</sup> *Ibíd.*, p. 67.

sustentado sus visiones y representaciones del mundo en el acervo cultural forjado en la segunda mitad del siglo XX— con aquellas impuestas por el Estado autoritario. Pero, a su vez, también logra vislumbrar la fractura interna que experimentan los propios sectores populares como grupo, al materializarse la tensión que existe en las distintas respuestas que dan a la nueva realidad social que impone la dictadura con su revolución social, en un ambiente —evidente— de transición cultural hacia otro mundo. En otras palabras, la dictadura implementó un cambio profundo y revolucionario que acabó de manera radical con imaginarios, representaciones y formas de entender la vida en comunidad, que se habían venido elaborando desde distintos espacios de la sociedad desde el segundo tercio del siglo XX al menos, y que respondían —además— a una situación global de estructuración del mundo. Así, las pugnas que marcaron la contingencia de los años 80’ también vienen a ser una muestra del choque cultural de un mundo en tránsito, que está forzosamente cambiando y donde se observan fuertes resistencias, relacionadas a las convicciones y apegos a esas formas democráticas —pre-golpistas, para que se entienda— que fueron desmontadas y desacreditadas por la dictadura, a objeto de instalar un nuevo sentido común hegemónico, cercano a sus representaciones y principios.

En este contexto y antes de continuar, parece relevante detenernos un momento para realizar algunas aclaraciones relacionadas, principalmente, al despliegue de las ideas, valores y creencias y el papel que juegan en el orden de sentido de una sociedad y, por tanto, en el papel político que desempeñan a la hora de pretender dar una dirección determinada a la realidad, en un escenario amplio de alternativas diversas. En otras palabras, el papel que le cabe a la cultura (en un sentido amplio, antropológico del término) al interior de una sociedad, y la pugna que se da —y se ha dado a lo largo de la historia de la humanidad— por el control de ella, como mecanismo de construcción de sentidos, extendidos al conjunto de la sociedad, haciendo legítimos y válidos ciertas formas de comprender el mundo en detrimento de otras. Este fenómeno se produce habitualmente entre los detentores del poder y quienes desafían un orden existente. Lo que se pretende o buscan, a fin de cuentas, es extender al máximo número de personas sus formas de inteligir el mundo, de manera de hacer válidos y legítimos sus presupuestos y representaciones, hasta el punto de lograr “naturalizarlos”, convertirlos en algo obvio que no necesite ser impuesto por la fuerza. Esta permanente batalla que se da en el campo de la cultura, en definitiva, no es otra cosa que la dimensión política que este conjunto de ideas, valores y principios alcanzan en la sociedad, desplegadas como acción y como lucha por el poder. En ese orden, consideramos que los fundamentos más determinantes de las sociedades son las relaciones de poder que vertebran y estructuran la vida en sociedad, resultando instituyente

de ella. El antagonismo que surge de esas relaciones, manifestado en una abierta pugna por el poder, es consustancial a la condición humana y la vida en sociedad<sup>313</sup>.

En efecto, el normal antagonismo que se produce entre quienes ejercen el poder —y la intención de extender sus principios creencias y significados a una amplia mayoría de la población que vuelva hegemónicas y de sentido común dichas creencias y principios—, y otros segmentos o grupos de la sociedad que vertebran posiciones opuestas, no son otra cosa que el modo en que se constituye lo político en la sociedad<sup>314</sup>. Ahora bien, el sentido y los significados acerca de cómo se debiese desarrollar la vida en sociedad son fundamentales no sólo porque determinan las instituciones. También porque según el camino que toma una sociedad determinada, se definirá el modo en que entiende y representa el mundo y la vida en sociedad. Principios, creencias, convicciones y normas. Es decir, quien alcanza el control de la construcción de sentidos, convierte a sus principios y paradigmas en ley, que definen culturalmente a esa sociedad. O sea, los torna hegemónicos. Sus ideas alcanzan un lugar, como señala Subercaseaux, desde donde se construye la historia<sup>315</sup>. Ciertamente mientras existan más personas que construyan sentidos y representaciones de la realidad de una forma al menos similar a la del poder, más estable y duradero resulta el liderazgo de ese poder. De ahí la relevancia que presenta la lucha por la construcción de significados en la mente de las personas y la articulación de sentidos<sup>316</sup>. Sin embargo, si esa construcción de sentido vertebrada desde el poder no se conecta con ciertos marcos cognitivos presentes en la sociedad, resulta difícil que efectivamente pueda transmitir de manera perdurable sus principios y convicciones al resto de la sociedad.

En ese orden, resulta fundamental, entonces, que el poder construya un aparato de ideas matrices que constituyan un sistema de significados común a la gran mayoría de la población. Es decir, un conjunto de ideas comúnmente compartidas que den sentido y legitimidad a su poder y el entramado que estructura. En otras palabras, debemos tener en consideración que la construcción de significados en la mente humana es una fuente de poder estable y decisivo. Pues la forma en que pensamos e interpretamos la realidad determina el destino de las instituciones, normas y valores que estructuran a las sociedades, delimitando nuestro marco de acción y representación de la realidad<sup>317</sup>. Así, si el poder establecido logra que la mayoría de las personas subordinadas interpreten la realidad de la misma forma que él, más fácil será consolidar la dominación que ejerce sobre éstos. Por el

---

<sup>313</sup> CH. MOUFFE; *En torno a lo político*. Fondo de Cultura Económica, Buenos Aires, 2007, pp. 10-13.

<sup>314</sup> Ibid., p. 16.

<sup>315</sup> B. SUBERCASEAUX; *Historia de las ideas y de la cultura en Chile*, Vol. III. Tomo V, Política y cultura. Ed. Universitaria, Santiago, p. 15.

<sup>316</sup> M. CASTELLS; *Redes de indignación y esperanza*. Alianza editorial, 2013, p. 23.

<sup>317</sup> Ibid. p. 23.

contrario, si un régimen político no logra construir un marco de interpretación relativamente común y amplio a toda la sociedad, tarde o temprano entrará en colisión con las ideas que imperan en dicha sociedad y se verá obligado a utilizar la fuerza o modificar sus sistemas de creencias. Ya sabemos por Maquiavelo lo inestable que representa esta forma de poder administrada de forma excluyente. Es, por consiguiente, en la *batalla* por la construcción de significados y la articulación de sentidos en las mentes de las personas donde se desarrolla al fin y al cabo, el conflicto entre poder y contrapoder, siendo la cultura también un campo en disputa<sup>318</sup>.

En esta pugna consciente, permanente y constante por la construcción del *sentido común* de una sociedad –como diría Gramsci— cabe preguntarse cómo se llevan adelante los procesos de construcción de significados. Al respecto, las formas en que el poder genera conocimiento, lo despliega y reproduce, resulta más o menos conocido y bastante explícito a través de las instituciones que crea para ello: medios de comunicación, normativas, leyes y la educación, entre muchos otros, sirven de artefactos transmisores de los principios que establece el poder. Pero, por el contrario, ¿cómo hacen los actores que se constituyen en el contrapoder para crear, difundir y extender sus representaciones del mundo? Incluso antes de eso, resulta intrigante saber cómo se construyen las costumbres, ideas y principios que dan sentido, vínculo e identidad a ese contrapoder y de qué modo lo visibiliza e intenta ampliarlos al punto de establecerlo como una nueva verdad sin disponer de la hegemonía del control de Estado y sus aparatos de transmisión ideológica. Es desde esta perspectiva, que, en definitiva, nos interesa indagar sobre cómo los grupos contrarios a un orden vigente y articulados en valores y creencias comunes, logran cuestionar dicho orden, legitimando, de paso, sus representaciones de la realidad. Es aquí, en efecto, donde los movimientos sociales vuelven a ser relevantes, pues ha sido a través de ellos, su organización y acción en el tiempo –acuñando un determinado grupo de ideas y valores—, que se ha logrado instalar en el espacio público un cuestionamiento al sentido común hegemónico vigente, creando – en casos de éxito— nuevas normas y marcos para el despliegue de la vida social<sup>319</sup>.

Pues bien, en esta búsqueda, consideramos necesario rescatar el interesante trabajo de G. Rudé respecto a qué elementos conformaban o daban vida y sentido a las ideas que circulaban, se propagaban y cobraban fuerza entre los sujetos que participaban en protestas y revueltas. De dónde sacaban sus convicciones para, de diversas formas, plantear resistencia al orden establecido. Consideramos este trabajo ya que si bien utiliza aspectos y consideraciones clásicas del marxismo algo obsoletas –como la propia noción de clase, por

---

<sup>318</sup> M. CASTELLS; *Comunicación y poder*, Op. cit., capítulo 3.

<sup>319</sup> M. CASTELLS; *Redes de indignación y esperanza*. Op. cit., p. 27.

ejemplo— intenta superar los vacíos clásicos que ya había evidenciado Gramsci respecto a los límites que presenta la articulación de clase como concepto idóneo para identificar cómo piensan otros grupos de la sociedad. Rudé, en ese sentido, se aleja de las consideraciones tradicionales que analizan “la lucha de clases” de manera tradicional, dado que no sirven para distinguir la existencia de otros grupos fuera de las clases tradicionales, esto es, burguesía y clase obrera, haciendo difícil entonces concebir cómo piensan campesinos, artesanos urbanos u otros actores sociales del mundo popular<sup>320</sup>. En nuestro caso, cómo podemos identificar los elementos que nutren los idearios que dan sentido a la realidad que viven los pobladores de Santiago y más concretamente, aquellos que se movilizaron contra la dictadura militar durante la década de 1980.

Pero también su trabajo nos pareció sugerente porque tomaba distancia de la corriente *althusseriana* que concibe toda práctica sólo como fruto de esa y en esa ideología subyacente a la protesta popular. Es decir, que la experiencia adquiere sentido exclusivamente en cuanto es fruto de esa ideología. En Rudé, por el contrario se observa un reconocimiento y valor a la propia experiencia de los sujetos que participan de la acción como coadyuvante en la formación de estas creencias, valores y principios<sup>321</sup>. Tienen una trayectoria —una historia, podríamos afirmar— que sirve para fortalecer o desacreditar aspectos centrales de este acervo cultural que moviliza a los actores sociales hacia la acción colectiva, ya sea a través de protestas, revueltas o movimientos más organizados. Esta capacidad de fortalecer o desacreditar que tienen las experiencias es sumamente relevante, ya que si las ideas que quizás históricamente han ido marcando el sentir y la representación de la realidad de un grupo determinado de personas no se condice con ese sentimiento y aprendizaje que entrega la práctica cotidiana de la vida, es factible que se precipite hacia una disrupción, una fractura que desarticula cualquier tipo de potencia por intentar transformar la realidad.

Ambos elementos resultan relevantes para nuestra investigación considerando que los pobladores de Santiago no respondían —como ya vimos en el capítulo anterior— a una clasificación tradicional del movimiento obrero. Más bien surgen como resultado de una combinación híbrida de campesinos migrantes, obreros salitreros migrantes, trabajadores esporádicos, obreros tradicionales —calificados y no calificados— artesanos y mujeres, con toda la complejidad que éstas representan dado el habitual desconocimiento y relegación que padecen en los análisis históricos como actores sociales y políticos<sup>322</sup>. Y, como veremos

---

<sup>320</sup> G. RUDE; *Revolución popular y conciencia de clase*. Crítica, Barcelona, 1981 [1980], p. 32.

<sup>321</sup> *Ibid.*, p. 33.

<sup>322</sup> Para esta consideración nos apoyamos en el exhaustivo trabajo de M. GARCÉS; *Tomando su sitio. El movimiento de pobladores de Santiago. 1957-1970*. LOM ediciones, Santiago, 2004.

en los capítulos finales, parte del movimiento de pobladores no se entiende sin en trabajo sostenido, comprometido y permanente de las mujeres. Pero, también, en segundo lugar, la formación de la poblaciones de Santiago y el trabajo comprometido y solidario de la comunidad que se dio en estos espacios durante la segunda mitad del siglo en el contexto de la lucha por la casa propia, sirvió de telón de fondo para la estructuración de unas creencias y convicciones fuertemente solventadas en dichas experiencias concretas. Creencias y principios que serán proyectadas como anhelo y evocación esperanzadora manifestada en el retorno a la democracia cuando estos grupos se expresen en el espacio público contra la dictadura de Pinochet.

Volviendo a las reflexiones de Rudé, su trabajo se centra particularmente en el modo en que se elaboran los sistemas de creencias e ideas desarrolladas y desplegadas en el mundo popular, pero que actúan en protestas y revueltas contra el orden establecido (haciendo una diferenciación básica pero necesaria entre aquellos grupos y personas de los sectores populares que se manifiestan y participan y aquellos que no, que de algún modo se subordinan al orden establecido). En esa línea, identifica dos grandes marcos de saberes que conforman los idearios y creencias de los sectores populares organizados. Por una parte, aquello que denomina “creencias inherentes” una “auténtica leche materna ideológica, basada en la experiencia directa, la tradición oral, la memoria colectiva” y que resultan exclusivas de los sectores populares<sup>323</sup>. Como vemos, se ajusta bastante bien a aquel “acervo histórico-cultural” que tan bien han identificado Pinto y Salazar en los sectores populares de Chile, y que, en el caso de pobladores de Santiago, efectivamente entremezcló una memoria reivindicativa potente —fundamentalmente sustentada en los movimientos obreros existentes desde fines del siglo XIX— con una experiencia enriquecedora y decisiva en la conformación de una identidad colectiva entre los vecinos que dieron vida a estos barrios populares de la capital desde la segunda mitad del siglo XX<sup>324</sup>.

Ahora bien, junto a este cúmulo de tradiciones, memorias y experiencias, Rudé identifica otro cuerpo ideológico, igualmente importante en la conformación de las ideas que componen el universo simbólico de los actores que participan de las revueltas y movimientos. Son las ideas “derivadas”, es decir, aquellas que están circulando en el ambiente de una época determinada y que nutren también la ideología de los sectores populares movilizados. Habitualmente, este cuerpo o conjunto de ideas, es generada por las élites o *intelligentzia*, como la denomina Subercaseaux, y son sistemas de ideas más o menos

---

<sup>323</sup> G. RUDÉ; *Revolución popular y conciencia de clase. Op. cit.*, p. 34.

<sup>324</sup> G. SALAZAR, J. PINTO; *Historia contemporánea de Chile*. Vol. 2, actores identidad y movimientos, p. 91.

clásicos, articulados y extendidos y que, en muchos casos, actúan como verdad<sup>325</sup>. Ahora bien, estos saberes o conjunto de ideas no es que invadan y se conviertan en hegemónicas en la mente de los sectores populares así como así, sino que se combinan a las ideas inherentes a partir también del alto grado de sinergia que encuentran ambos cuerpos doctrinarios. Esto es, ni la experiencia ni las ideas venidas desde fuera se transmiten íntegra y completamente, existiendo, más bien, un juego de interacciones que deben tener cohesión, coherencia y sentido para los sujetos, convirtiendo este conjunto de experiencias, ideas, memorias y saberes, en un articulado simbólico coherente, capaz de entregar sentido a la acción. Esto es, otorgar legitimidad interna a la manifestación de la discrepancia en un impulso por transformar la realidad.

En esa misma línea, y a modo de resumen, resultan interesantes estos planteamientos sobre lo necesario que resulta dicha hibridación: no sólo porque con eso desacredita las teorías que buscan entender a los sectores populares como exclusivos reproductores de ideas derivadas desde las élites —ya sean las hegemónicas o contestatarias al orden vigente— con una supuesta mayor elaboración intelectual, sino porque, al mismo tiempo, rescata el carácter contingente del fenómeno simbólico, en cuanto a que experiencias, memorias e ideas externas provenientes desde otros espacios sociales, deben confluír y ser aceptadas en un proceso de adaptación y reapropiación “lógica” que permitan construir un cuerpo doctrinario intangible pero coherente para sus actores. Y en esto no sólo las experiencias cobran fuerza, también las ideas provenientes de fuera. También las “inherentes” al grupo, siguiendo la conceptualización de Rudé<sup>326</sup>. Y es que, estas últimas, habitualmente, resultan fruto de un proceso histórico de maduración y readaptación de otras generaciones que transmiten sus saberes, experiencias y memorias, también de ideas derivadas, readaptadas por las antiguas generaciones. Luego se genera un proceso de rearticulación, que hace propias esos cuerpos ideológicos o doctrinarios donde las ideas cuajan se reapropian y adaptan (a sujetos, experiencias, contextos y contingencias específicas) para adquirir sentido. La religión popular, a nivel general, es un excelente ejemplo de ello. Qué decir del extraordinario caso que nos entrega E. P. Thompson, cuando nos habla de la larga convicción que existe en el mundo popular inglés, sobre el precio “justo” del pan y lo que llega a producirse en la gente cuando eso se rompe<sup>327</sup>. En nuestro caso específico, tenemos dos ejemplos que pueden ser reveladores. Tanto del valor que tienen estas ideas como sus límites y la apertura a nuevas formas de profundizar en el

---

<sup>325</sup> Nos referimos con tradicional a sistemas de ideas como pueden ser la religión, el nacionalismo, los derechos del hombre, etc.

<sup>326</sup> G. RUDÉ; *Revolución popular y conciencia de clase*. Op. cit., pp. 34-35.

<sup>327</sup> E. P. THOMPSON, *La Economía moral de la multitud en la Inglaterra del siglo XVIII*, Op. cit.,

conocimiento de estos temas. Por una parte, está la idea que tienen los pobladores de Santiago del derecho a la vivienda digna. Sea en modo de arriendo, de propiedad entregada por el Estado o a través de créditos sociales solventados por los mismos vecinos, la idea permanece. Esta ahí. Presente. Esta convicción se viene expresando desde los albores del siglo XX (ya señalábamos que a fines de la década de 1910 ya se encuentran noticias de los primeros grupos de arrendatarios que se organizan para reivindicar sus demandas al Estado) y pese a las variaciones, sigue estando presente como una convicción ampliamente extendida que incluso en nuestros días sigue llevando a la gente a organizarse para, de algún modo reclamar por “ese derecho”. Ahora bien, conviene interrogarse, por otra parte, si es lo mismo —existe el mismo deseo, pensamiento, creencia y motivación— entre aquellos primeros grupos de arrendatarios y lo que moviliza a los deudores habitacionales o habitantes en campamentos en el tiempo presente. Aquí, cobran sentido las ideas de Michel Foucault, respecto al error en que incurrimos cuando generalizamos otorgando el mismo sentido a un acto similar —muchas veces denominado de la misma forma— sucedido en tiempos y épocas distintas. En mundos o universos culturales diferentes. No podemos dejarnos llevar por los fantasmas del lenguaje<sup>328</sup>. Volveremos sobre esto más adelante adelantando que, efectivamente las motivaciones de arrendatarios a comienzos del siglo XX y comienzos del siglo XXI, aunque similares, tienen distintos sentidos y, por lo tanto, pueden tener muchas hebras comunes, pero también otras muy distintas, que los separan y los hacen hechos extraños ajenos. No sólo por circunstancias. Es cierto, el patrón común es el afán de reivindicar su derecho a la vivienda. Pero no podemos entender que sea lo mismo solicitar rebaja en el precio de los arriendo o mejoras en las infraestructuras, a la posibilidad de ser propietario a través de un subsidio habitacional otorgado por un gobierno. Y digo propietario, porque en un mundo como el actual en el que se impone como fuerza cultural dominante el neoliberalismo, la condición de propietario representa cuestiones completamente distintas a las que podía representar hace cien años. Pero no sólo eso. Podríamos coincidir que en ambas acciones hay un afán de reivindicar al Estado y al mismo tiempo de insertarse en la sociedad de la que se sienten excluidos. Sin embargo, ni las sociedades son las mismas, ni los afanes de estos grupos de personas, en la práctica son iguales en ese afán de insertarse. En resumen, los propios hechos, a partir del contexto y del escenario cultural o ambiente epocal en el que se desarrollan, sirven —también— para identificar el sentido de esas acciones. Su significado para quien las realiza, cuestión que nos recuerda el carácter transitorio —histórico— de los fenómenos. Tanto en sus continuidades como en sus cambios.

---

<sup>328</sup> P. VEYNE, *Cómo se escribe la historia. Foucault revoluciona la historia*. Alianza editorial, Madrid, 1984.



El segundo ejemplo que queríamos indicar, dice relación con la idea democrática que emerge con fuerza en el tiempo de las protestas populares de los años 80'. Otro caso interesante de considerar ya pues, resulta especialmente elocuente en la expresión de los jóvenes pobladores que protestan contra Pinochet: ellos, la gran mayoría, no tiene otra noción de democracia que aquella que vivieron sus padres y abuelos, y que presenta algunas características bien específicas de acuerdo al contexto que se despliega en el Estado de Compromiso desde 1938 hasta el golpe de Estado, con permanente avances en la democratización de derechos y un marcado acento transformador del orden vigente<sup>329</sup>. Aspectos que nutren de manera masiva y decisiva los imaginarios de los sectores populares, y la democracia que imaginan y representan en sus imaginarios plasmados en sus combates contra la dictadura, habla mucho más de esa idea transmitida que con la que finalmente se implementa. Mucho más de lo que proyectan al futuro, que lo que fue realmente ese futuro. Y si bien la suma de la idea democrática en dictadura –reivindicada desde arriba por los partidos opositores al régimen— encajó perfectamente con el discurso “inherente” de los pobladores por el retorno a la democracia, logrando confluir a distintos grupos de la sociedad en un discurso común y compartido que va permitir no sólo que la democracia se establezca como fuerza cultural dominante en la sociedad sino que propicie el mismo retorno a la democracia, la realidad de la construcción democrática, sin embargo, mostró las evidentes distancias que existieron entre este acervo democrático de los pobladores movilizados, la derivación que este imaginario proyecta en los jóvenes pobladores de los 80', y lo que efectivamente se instauró tras la salida del dictador del gobierno en 1990. Esta cuestión devela que junto a la relevancia de las representaciones, está el poder que despliega el sentido del tiempo en la construcción de esas representaciones y los significados<sup>330</sup>.

En síntesis, tenemos que existen ideas venidas de fuera de los sectores populares –o fuera de una comunidad específica que posee un sistema de creencias e ideas que la distingue del resto— que nutren y complementan las ideas ya existentes entre estos grupos que se componen de una mezcla –no siempre homogénea, sino más bien indeterminada, cambiante, dispar y única<sup>331</sup>— de experiencias y memorias colectivas que sirven de pegamento ideológico que incluso permite conformar una identidad al grupo, a partir de una

<sup>329</sup> Utilizamos el concepto de “imaginario de transformación” siguiendo la conceptualización que realiza B. Subercaseaux para toda la sociedad chilena del periodo 1930-1973. **B. SUBERCASEAUX**; *Historia de las ideas y la cultura...* Vol. III, Op. cit., p. 15. Sobre estos imaginarios y universos culturales, ahondaremos en los siguientes apartados de este capítulo.

<sup>330</sup> **B. SUBERCASEAUX**; “Historia de las ideas y la cultura en Chile e Hispanoamérica”... Op. cit., p. 111.

<sup>331</sup> Imposible aquí resulta no traer el recuerdo de Menocchio y las inescrutables aspectos que conforman el universo simbólico y cultural del molinero friulano. **C. GINZBURG**; *El queso y los gusanos. El cosmos según un molinero del siglo XVI*. Península, Barcelona, 2009 [1976].

interacción permanente y bidireccional de estos flujos que, como señalábamos, están, a su vez, en permanente disputa y readaptación a las nuevas coyunturas que la van modelando y otorgando renovados sentidos para quienes las ejercen.

Si los historiadores marxistas británicos han sido capitales y punto de inicio de las reflexiones en torno a algunos problemas historiográficos de esta investigación, la escuela de annales también representó una influencia importante para problematizar, articular e intentar identificar de mejor forma estos elementos culturales que han ido conformando las ideas y creencias de los sectores populares chilenos, pues su interés en aquellos temas y problemas que hoy se identifican con la historia cultural resultaron precursores en la historiografía. Ya la señera interrogante que planteaba L. Febvre respecto a cómo se conectaban el mundo de las ideas con la realidad social, sentaron un precedente relevante respecto a aquello que posteriormente se conoció como historia social de la ideas. Rescatando el valor de la experiencia en sí misma en la conformación del mundo simbólico de los actores sociales, insistió que esta jamás podía quedar subordinada a las ideas o una ideología específica, ya que representaba caer en un determinismo del hecho social<sup>332</sup>.

Para fundamentar sus apreciaciones, Febvre creó el concepto de “utillaje mental”, relacionado con las condiciones de posibilidad de un pensamiento; esto es, su contexto — cómo se relaciona el autor con la obra, la obra con la época así como la obra con otras obras de ese tiempo— estableciendo entonces el carácter relacional de la producción intelectual. El utillaje mental, señalaba, viene a ser el conjunto de técnicas y herramientas que caracterizan a una época donde se encuentran la percepción, conceptualización, expresión y acción que estructuran la experiencia tanto individual como colectiva y que, con seguridad, mutará y será difícil de transmitir íntegramente a las futuras civilizaciones<sup>333</sup>. Lo interesante para nuestro trabajo, es que esta forma de entender el concepto niega la universalidad de las categorías del pensamiento, es decir, que insoslayablemente conceptos, ideas y representaciones de algo van cambiando con las épocas y sociedades en el tiempo, cuestión que complejiza más el estudio de ese pasado y los sentidos que tienen las construcciones simbólicas y culturales que despliega. Además, en segundo lugar, “las formas de pensar dependen ante todo de instrumentos materiales (las técnicas) o conceptuales (las ciencias) que lo hacen posibles”, como sigue Chartier. En esa misma línea, posteriormente, aparecieron los trabajos de *Panofsky*, quien utilizó conceptos como “*costumbres mentales*” o *habitus* y la fuerza creadora de la costumbre para referirse a este mismo proceso que viene

---

<sup>332</sup> Las referencias a L. Febvre en: **R. CHARTIER**; *El mundo como representación. Estudios sobre historia cultural*. Gedisa Barcelona, 2005, p. 16. Evidentemente que las reflexiones de Febvre y annales en general, dialogan y confronta al marxismo más ortodoxo.

<sup>333</sup> **A. BURGUIÈRE (Dir)**; *Diccionario Akal de Ciencias históricas*. Mentalidades. Akal, Madrid, 1991, p. 472.

a situar históricamente un modo más o menos específico de entender el mundo, de expresarse, de actuar tanto ética como empíricamente<sup>334</sup>.

Ahora bien, el trabajo de Febvre como el de annales, en general, estuvo muy abocado a la *longue dureè*, es decir, a procesos y análisis de estructuras históricas inmensas, de universos culturales ya pasados de una magnitud completamente opuesta —en principios— al tiempo que nosotros pretendemos abordar, por mucho que nuestro marco temporal sea flexible, subjetivo en muchos casos, y considere —a través de la construcción de imaginarios, representaciones e identidades— una temporalidad mucho más extensa que la originalmente trazada como objeto concreto de estudio<sup>335</sup>. Es por ese afán de analizar grandes procesos históricos, que se concentran en “comprender” cómo funcionan y qué significado tienen el lenguaje, las ideas y el sentido de las prácticas, así como de otros aspectos de ese universo cultural de esas sociedades pasadas<sup>336</sup>.

Pues bien y pese a que no es nuestro enfoque, nuestro trabajo pretende resaltar la transformación profunda que vive la sociedad chilena en el periodo analizado. El Chile de los 80', en efecto, está en pleno tránsito de un mundo a otro y donde los ciudadanos y, especialmente los sectores populares, deben adaptarse a esta abrupta transformación de manera casi desesperada. Es cierto que en los códigos de la inmediatez, ese cambio adquiere una contingencia fundamentalmente política (que por lo demás, no es menor ni poco relevante). Pero, tanto o más trascendente, mirado en perspectiva, fue la transformación cultural —fruto de una decisión política revolucionaria— que se vive durante este periodo. Se experimenta un abrupto y radical cambio en el modo de “ver el mundo” que sin dudas representó un cambio de época un cambio de paradigmas en el país. Lo

---

<sup>334</sup> Años más tarde y muy influenciado por la historia de las mentalidades, Goldman utilizará el concepto de Luckacs de **visión del mundo**, para seguir los lineamientos de Febvre y su utillaje y Panofsky y las costumbres mentales. Para Goldman, esta visión de mundo era “el conjunto de aspiraciones de sentimientos y de ideas que reúne a los miembros de un mismo grupo y los opone a otros grupos”. La cita en: **R. CHARTIER; El mundo como representación...** Op. cit., 27. Cita textual en p. 19

<sup>335</sup> Efectivamente, como iremos viendo y desarrollaremos en la segunda parte de este capítulo, tanto las identidades como imaginarios colectivos de los sectores populares santiaguinos, beben de un acervo cultural que puede retrotraerse hasta los albores del siglo XX, constituyéndose, entonces, en material relevante para comprender la conformación de los imaginarios y representaciones que construyen en su presente, los pobladores que protestan en los años 80'. En este sentido es fundamental comprender que la propia noción de temporalidad, conectada con una relación específica del tiempo —de anterioridad, simultaneidad y posterioridad— modelan el sistema de representaciones de un grupo, y que sirva para dar vida a un relato concreto respecto a su sentido de la realidad en la que están insertos. En esto seguimos a Subercaseaux fuertemente apoyado en las lecturas de P. Ricoeur.b y su concepto de “escenificación del tiempo histórico”. **B. SUBERCASEAUX; “Historia de las ideas y la cultura en Chile e Hispanoamérica”...** Op. cit., p. 111.

<sup>336</sup> Resulta interesante este punto ya que una de las máximas características que desarrolla annales es la mirada de larga duración, relegando al acontecimiento a un segundo nivel de relevancia en el estudio histórico. Sin embargo, el tiempo presente y la historia del tiempo presente, más específicamente, han devuelto valor al acontecimiento —en desmedro de la hegemonía del tiempo largo— precisamente por el valor en sí mismo que alcanza el acontecimiento. Es decir, el carácter propio, irreductible a sí mismo que posee el hecho social como señala E. Traverso. Volveremos sobre esto más adelante. **E. TRAVERSO; La historia como campo de batalla. Interpretar las violencias del siglo XX.** Fondo de Cultura Económica, México, D.F, 2013, p. 17.

interesante, no obstante, y como bien lo reseña E. Traverso, es que ese proceso de profunda transformación –al punto que denomina a la década de los 70' como *sattelzeit*, tiempo bisagra, utilizando la nomenclatura Koselleckiana<sup>337</sup>— no sucede sólo en Chile y tiene su correlato en otras partes del mundo hasta hacerse hegemónico globalmente en los 90'. Es, entonces, un fenómeno mundial, que tuvo como vector de cambio a la década de los 80'. En este proceso histórico que se da entre estas dos décadas que van entre la crisis del petróleo y el derrumbe de la URSS, el mundo cambia de época, incluso en el modo de concebir ciertas palabras, donde cada vez más nada será ni significará lo que era<sup>338</sup>. Por lo tanto, y retomando la reflexión de annales en relación a nuestro tema, el afán de analizar y considerar cómo piensan los sujetos de esta época en este proceso sociopolítico concreto – en el Chile de Pinochet— pretende precisamente eso que intentaba establecer Febvre; comprender qué significados tienen sus prácticas, conceptos y representación es en este mundo en tránsito, que está modificando cada aspecto de la vida en sociedad. Ese es el marco general. Volveremos sobre cómo estudiar esa sensibilidad epocal –en nuestro caso contingente— más adelante.

Volviendo a las contribuciones de Annales, la propia noción de “mentalidad” y su proyección a una mentalidad y sensibilidad colectiva, el despliegue de conceptos como historia social de las ideas (el estudio de ideologías y la difusión de ideas) y la historia cultural propiamente tal –entendida esta como “el estudio de la cultura en el sentido antropológico, incluyendo concepciones del mundo y mentalidades colectivas”— han tenido gran valor en nuestro trabajo<sup>339</sup>. La mentalidad, de acuerdo a lo que señala J. Le Goff, es aquello que conecta y vincula al ser humano con otros hombres de su época. Igualmente, expresa que el nivel donde se desenvuelve la historia de las mentalidades es en lo cotidiano, lo automático, aquello que escapa a los sujetos al ser revelador del contenido impersonal de su pensamiento<sup>340</sup>. Por su parte, Chartier señala que la mentalidad colectiva, vino a regular inexorablemente las representaciones, juicios y creencias de los sujetos de una sociedad. Siguiendo a la sociología durkheimiana que enfatiza que el pensamiento, sus esquemas y contenidos, no son otra cosa que “los condicionamientos no conocidos e interiorizados que hace que un grupo o una sociedad comparta, sin necesidad de que sea explícito, un sistema de representaciones y un sistema de valores”, podemos entender, entonces, que existen múltiples elementos no cabalmente evidentes y conscientes –incluso

<sup>337</sup> R. KOSELLECK; *Futuro pasado. Para una semántica de los tiempos históricos*. Paidós, Madrid, 1993.

<sup>338</sup> E. TRAVERSO; *La historia como campo de batalla*. Op. cit., pp. 11-13.

<sup>339</sup> R. DARNTON; “intellectual and cultural history”. M. KAMMER (Comp). *The past before us: Contemporary History writing of the United State*. Cornell University, US 1980, p. 337. Citado en: R. CHARTIER; *El mundo como representación...* Op. cit.

<sup>340</sup> J. LE GOFF, “Las mentalidades, una historia ambigua”. En J. LE GOFF, P. NORA (dir.); *Hacer la historia*. Vol. 3, Ed. Laia, 1974.

para esos actores que los emiten— en la conformación de este acervo cultural que da sentido a las prácticas.

Ahora bien, si estos conceptos tan bien desarrollados por historiadores como M. Vovelle, Le Roy Ladurie o R. Madrou, entre otros, hemos tomado los trabajos de R. Chartier como síntesis de lo que ha aportado esta escuela al estudio de las sensibilidades, percepciones y mentalidades de las personas a lo largo de la historia<sup>341</sup>. A ese universo simbólico así como a la mediación que existe entre éste y el mundo social. Los conceptos de representación y representaciones colectivas así como su preocupación por las prácticas como materialización de esas representaciones —donde, en definitiva, adquieren significado y sentido— nos resultaron particularmente útiles para intentar descifrar cómo aproximarnos más acuciosamente a esos procesos de construcción mental que llevaban a los sujetos a traducir este enorme influjo ideológico —propio y exterior; híbrido y plural— en un modo específico de ver y desenvolverse en el mundo del que son parte y el modo en que toman forma en prácticas concretas.

Pese a que Rudé hablaba de interconexión entre estos dos flujos de saberes —los más estructurados, habitualmente desarrollados por élites— y los propiamente populares, Chartier sigue la línea que pretende romper con esa tradición analítica, al observar su poca utilidad, al igual que va a pasar con toda esa estratificación derivada de la noción de clase. En efecto, el retorno a la filosofía del sujeto, sustituyendo las preocupaciones de clase por las de la identidad, sirvió para dejar de lado ciertos determinismos colectivos y condicionamientos sociales, rehabilitando la parte explícita y reflexiva de la acción. Estos cambios provocaron una profunda renovación de las reflexiones en torno a lo popular. Las divisiones a priori de lo social, pretendiendo establecer estructuraciones sociológicas previas a las prácticas, sólo podían conducir al determinismo. Por eso, los nuevos estudios se preocuparon de reflexionar sobre nuevos medios de articular la realidad social pero a partir de las prácticas, sensibles a su vez al antagonismo y la multiplicidad de divergencias que componen a una sociedad así como a la dispar y diferente forma de empleo de materiales o códigos culturales que tienen las personas<sup>342</sup>. En esa línea, la pregunta sobre qué es efectivamente lo popular como oposición a lo exclusivo de la élite, surgió como interrogante que complejizaba los análisis. La idea de dónde se produce el universo de sentido de aquello que entendemos como popular no sólo resulta difícil de pesquisar e

---

<sup>341</sup> Me refiero a síntesis más que a un articulado plenamente estructurado a un aspecto más de sensibilidad por temas y miradas. Ciertamente Chartier y la nuevas generaciones de *Annales* han sido críticos de múltiples aspectos de los trabajos de la segunda generación en la que se insertan Vovelle, Mandrou y Ladurie (sobre todo con el trabajo serial del primero, por ejemplo). Sin embargo, la herencia por preocupaciones y sensibilidades en los modos de abordar problemáticas históricas y que los hacen pertenecer a una misma escuela, nos permite realizar esta aseveración, más allá de las sabidas diferencias que existen entre estos autores.

<sup>342</sup> R. CHARTIER; *El mundo como representación...* Op. cit. p. 50.

identificar en matrices cabalmente diferenciadas –como si existiese una esencia de ello, atemporal— sino que, al mismo tiempo, es complejo negar la injerencia que otros sectores de la sociedad alcanzan en el ideario, convicción y representación de estos sectores. Esto, inexorablemente condujo a un cuestionamiento acerca de la tradicional distinción entre (*high culture/ popular culture*), notándose en realidad que allí donde se identificaba una cultura popular había más bien un conjunto de mixturas complejas difíciles de resolver su procedencia “original” por la amplia y diversa gama de elementos que la compusieran. Una auténtica hibridación de influencias, reapropiadas indistintamente –además— por los actores sociales situados en contextos y circunstancias diferentes. Por eso y antes que sumergirse en el inútil problema de los orígenes, Chartier estima conveniente “descubrir la manera en que, en las prácticas, las representaciones o las producciones se cruzan y se imbrican distintas figuras culturales”<sup>343</sup>. En otras palabras, dejar de elaborar disquisiciones y concepciones sociográficas que esgrimen que las divergencias culturales están organizadas necesariamente según una división social construida de antemano, para abocarse a un estudio más particular sustentado en la acción, exclusivo lugar donde esos sentidos y significados toman cuerpo y forma material.

En nuestro caso, esta cuestión resulta además de evidente, fundamental. Evidente, pues muchas de las influencias que nutren el pensamiento, las representaciones y el actuar de nuestros actores, son híbridas: inciden en ellas tanto el legado que una memoria colectiva reivindicativa que los concreta como grupo, forjada y proyectada a través de las históricas luchas por la dignidad y los derechos, así como de la injerencia incentivo y formación de entidades y organismos externos, muchas veces provenientes de un mundo de élite, como puede ser el pensamiento cristiano, el marxista, etc. También hay que considerar la enorme influencia que cientos de profesionales –considerados como una élite de nuestra sociedad— tuvieron en la formación de los pobladores Santiago incentivando un despertar, un replanteamiento de nuevos enfoques que coadyuvaron a alimentar las representaciones de los pobladores en los años 80’. La liberación de la mujer, en ese camino de solventar la autonomía de las organizaciones de base, es un ejemplo elocuente. Sin esta mediación externa, habría sido imposible comprender cómo se desenvuelven las organizaciones de base en dictadura y el camino que muchos de sus miembros toman a partir de una representación más o menos específica de las realidades en la que están insertos y de los desafíos a lo que se enfrentan –y el modo en que lo hacen— de cara a conseguir y materializar sus anhelos. No se trata de otorgar exclusiva responsabilidad a esas injerencias externas de acciones, cambios y, en este caso concreto de liberalización y politización de las

---

<sup>343</sup> *Ibíd.* 35.

mujeres organizadas en grupos de base. No. Las pobladoras vivieron un proceso íntimo, de muy intenso y profundo que efectivamente las liberó yugos atávicos. Pero sería igualmente miope soslayar la influencia de los actores externos —profesionales, monjas, curas— en ese camino<sup>344</sup>.

Pero también fundamental, porque no todos los sectores populares presentaron la misma representación de la realidad y no fueron pocos los que, fuertemente influenciados por los aparatos de difusión comunicacional del régimen, donde la televisión marcó —y no sin éxito— modos de hacer y entender el mundo que entraban en tensión con aquellas representaciones emblemáticas de los actores sociales organizados en torno a resistencia a la dictadura en las poblaciones de la capital chilena. Si a ello se suman escenarios de miedo y retraimiento, despolitización y resignación, de rabia, pobreza y exclusión, se conforma un escenario político y sociocultural sumamente complejo, diverso y plural. Divergente en muchos ámbitos aunque convergente en otros, situándonos en un mundo más acorde a las tensiones e incoherencias que efectivamente se observan en la realidad social de estos espacios. En este sentido y como ya señalábamos, la historia de la dictadura militar también se va a insertar en un proceso histórico más amplio, de transformación de la sociedad, siendo la década de los 80 una década de transición hacia un mundo completamente distinto, social y culturalmente de aquel que caracterizó al mundo hasta el golpe de Estado de 1973 y donde las estrategias para sortear esa transformación fueron muy diferentes.

Pues bien, en ese afán de repensar y superar las divisiones sociales que nuestros análisis despliegan y el sentido que le atribuimos a dicha estructuración, en suma, a la búsqueda de una superación de las ya clásicas estratificaciones, Chartier plantea que se requiere “tener esquemas generadores de sistemas de clasificación y de percepción como verdaderas “instituciones sociales” incorporando bajo la forma de representaciones colectivas las divisiones de la organización social” (...) debemos tener, agrega, “estas representaciones colectivas como matrices de prácticas constructivas del mundo social en sí”, y cita a Marcel Mauss para reafirmar su punto: “aún las representaciones colectivas más elevadas no existen, no son verdaderamente tales sino en la medida en que ellas gobiernan los actos”<sup>345</sup>.

---

<sup>344</sup> Parece conveniente hacer una aclaración en este punto. Ahondaremos respecto a este debate en el capítulo 4, en el estado de la cuestión de nuestro tema. Vale decir, en todo caso, que existieron cientistas sociales que se posicionaron en ambos extremos, es decir, en aquello que interpretan el proceso como mera reproducción de las influencias venidas desde “arriba”, y por el contrario, otros que atribuían el fenómeno exclusivamente a un proceso propio.

<sup>345</sup> **M. MAUSS**; *Divisiones y proporciones de la sociología*, [1927]. La cita textual y la referencia a Mauss en: **R. CHARTIER**; *El mundo como representación...* Op. cit. p. 56.

De acuerdo a lo planteado por el historiador francés, el valor que tiene la noción de *representaciones colectivas* se fundamenta en la relación que a través de este concepto se establece con la realidad social lo que se alcanza, en tres sentidos: primero, gracias al trabajo de clasificación y desglose que producen las configuraciones intelectuales múltiples por las cuales la realidad está contradictoriamente construida por los distintos grupos que componen a una sociedad; segundo, porque “las prácticas tienden hacer reconocer una identidad social, a exhibir una manera propia de ser en el mundo, significar en forma simbólica un estatus y un rango”. Finalmente, porque “Las formas institucionalizadas y objetivadas gracias a las cuales los representantes (instancias colectivas o individuos singulares) marcan en forma visible y perpetuada la existencia del grupo, de la comunidad o de la clase”<sup>346</sup>.

Esta desaparición de determinismos sociales, asegura que no sigamos empleando mecánicamente una serie de axiomas que fácilmente inducen al error; por ejemplo el ya señalado de considerar que un conjunto de ideas penetra completa y cabalmente en cada sujeto. En esta conformación más bien, existe un ineluctable proceso de apropiación, asimilación, desconfianza o resistencia a las ideas y estructuras que están circulando en la sociedad. En este punto Chartier, coincide con P. Veyne al enfatizar la relevancia que tienen las prácticas en la objetivación —singular— de “ese” hecho en esta búsqueda por desentrañar su significado y sentido. Son, entonces, las prácticas las que objetivan un acontecimiento, las que debemos significar y explicar. Pero no a partir de un motor único y universal —como podría ser la identidad popular de los chilenos<sup>347</sup>— sino relacionarlas con aquello que las sostiene en la acción. Esto significa restituir bajo las prácticas visibles y los discursos conscientes, la “gramática oculta” que les da razón. Su auténtico significado según los propios sujetos que las realizan y los contextos en los que se enmarcan.

Pero volviendo a este cuerpo doctrinario que da sentido a las acciones de los sujetos en un tiempo determinado, observamos que esas estas y su sentido para quienes las realizan, también ayudan a definir y distinguirlo de otras personas. Esto es, a definir la identidad del grupo. La identidad ha sido un tema de interés habitual de las ciencias sociales y, por lo tanto, los estudios en torno a ella son cuantiosos y sumamente diversos. Por esta razón utilizaremos solo algunos textos referenciales que destacan aquellos elementos que nos

---

<sup>346</sup> R. CHARTIER, *Ibíd*, pp. 56-57.

<sup>347</sup> Ponemos este ejemplo, porque un historiador referente en nuestro trabajo como G. Salazar, y abogado al análisis del trabajo empírico, tiene a atribuirle un solo carácter —que denomina proyecto histórico— a la acción de los pobladores en el tiempo. Pese a reconocer la falta de coherencia y disrupción, traza una continuidad- efectiva— de ese sentido de la acción al cual nosotros, al menos planteamos nuestras dudas.



parecen relevantes para nuestra investigación, no obstante identificar, a grandes rasgos y siguiendo los estudios de J. Larraín para América Latina y Chile específicamente, tres grandes polos o líneas que han marcado el tema en las últimas décadas<sup>348</sup>. Por una parte, aquellos que insisten en otorgar exclusiva relevancia a los discursos y prácticas que se realizan en el presente de la acción y que “construyen”, desde arriba (desde el poder), un modo determinado de comprender la identidad. Es una tendencia que se vierte oficialmente en el espacio público, por lo que suele elaborarse desde una élite que tiene un modo específico de comprender la identidad nacional y difunde por todos sus medios esa idea para extenderla al conjunto de la sociedad, sin importar las tensiones que pueda provocar esa representación con la realidad. Por otra parte, en el otro polo se encuentran las identidades fijas, caracterizadas por su esencialismo. Este tipo de mirada se enfoca en un carácter inmaterial y atemporal de lo identitario, como si en ese núcleo de elementos, principios o prácticas que nos identifica y distingue radicara lo constitutivo de ese grupo, sin posibilidad, entonces, que esto cambie o pueda modificarse en el tiempo. En ellas destacan episodios históricos, experiencias comunes o valores fundamentales que marcaron ciertas “cualidades” que forjaron esa identidad de un pueblo, grupo o nación, para siempre. Es decir, son cuerpos culturales inamovibles, acabados fosilizados y que se erigen como referencia de lo que debemos ser. Nosotros en esta investigación nos distanciamos de estos dos polos de la identidad, fundamentalmente por lo poco útiles que resultan para nuestra realidad. Precisamente, la idea de un mundo en tránsito complejiza y remece parte importante de los valores, prácticas y creencias extendidas en un grupo hasta ahí. Pues el caso de los pobladores movilizados no fue la excepción. Y pese a las permanencias que identificamos, también existieron importantes cambios que nutrieron parte de esa identidad.

La primera consideración que queremos expresar, precisamente va en ese sentido. En esta investigación entendemos la identidad como un constructo que se elabora a partir de varios elementos y que, por lo tanto, está puede permanente en movimiento, modificándose regularmente. Es decir, deseamos de partida el carácter estático, inmutable y esencialista de la identidad, como suelen atribuirles –habitualmente– los relatos y representaciones nacionalistas, que fijan –desde distintas fuentes– un sentido único a la identidad nacional<sup>349</sup>. Pero también de aquellos otros relatos de la identidad que han tendido a considerar sólo las continuidades y permanencias, desechando los cambios y rupturas, diferencias e incoherencias que también han marcado, en este caso, parte de la pluralidad

---

<sup>348</sup> J. LARRAÍN; *¿América Latina moderna? Globalización e identidad*. LOM ediciones, Santiago, 2005; del mismo autor; *Identidad Chilena*. LOM ediciones, Santiago, 2001.

<sup>349</sup> Ya veremos en el siguiente capítulo cómo esta idea de lo nacional cobró fuerza en la dictadura cuando nos detengamos a analizar la estructura normativa y los principios valóricos que impone el régimen como telón de fondo en el que se desenvuelven los pobladores de Santiago.

del mundo popular chileno contemporáneo<sup>350</sup>. Pues resulta primordial entonces, comprender que la identidad de un pueblo, o de un grupo amplio de personas, no es fruto exclusivo de una herencia histórica infranqueable, y que —por su parte— debe considerarse la representación de los sujetos en el tiempo para definirla. Esto es, la representación que se tiene de un pasado —común a un grupo, distinto a otros— pero también de un proyecto futuro que los conecta y vincula con unas personas y los distingue y separa de otras. La historia juega un papel como también el universo simbólico de expectativas. Así, junto a la idea constructivista del proceso identitario —que se suma a lo histórico— reconocemos la pluralidad identitaria de una sociedad. Pues claro, si existe un nosotros, existen otros que plantean, reconocen y resaltan aspectos y ámbitos distintos de su identidad e intentarán, igual que otros grupos, de constituir sus representaciones en la fuerza cultural dominante de lo que debe ser la identidad de ese grupo. Nuevamente aquí, debemos considerar el carácter antagónico de lo político y su habitual desenvolvimiento en la sociedad. En otras palabras, y como bien lo sintetiza J. Larraín “no hay un solo discurso o una versión pública de identidad que pueda pretender agotar todas sus dimensiones y contenidos”<sup>351</sup>. Sólo de esa forma podremos comprender la complejidad y heterogeneidad que caracteriza al mundo contemporáneo.

En efecto, la pluralidad es un aspecto fundamental para comprender la identidad de cualquier grupo o persona. No sólo por las múltiples visiones y divisiones que pueden existir entre comunidades al interior de la sociedad en torno a algo, sino porque uno mismo posee distintas identidades de acuerdo a los distintos papeles que desempeña en la sociedad. No sólo somos hombre-mujer, investigadora, docente e historiador. También somos hijo/a, militante (de un partido político o de un club de fútbol, cuestión que al mismo tiempo nos posiciona identitariamente en dos ámbitos distintos), consumidor, ciudadana, yugoeslavo etc. En definitiva, existen muchas identidades en una sola persona; es a partir de lo que estemos realizando y el ambiente en que lo estemos haciendo que una de todas esas identidades se potencia y se convierte en dominante en esa práctica específica. Con esto reconocemos la relevancia que tienen las identidades particulares en la constitución de una identidad grupal y la decisión que acompaña a cada sujeto a adscribir y hacerse parte de un grupo más amplio. Sea este específico y visible o imaginado<sup>352</sup>. Esto, en definitiva,

---

<sup>350</sup> En esto nos distanciamos de las interpretaciones elaboradas por Gabriel Salazar máximo referente de esta mirada sobre lo popular. Salazar si bien reconoce la incoherencia y diversidad del mundo popular, también su disrupción, los omite de aquello que constituye lo popular, considerando sólo aquellos elementos aglutinantes de una identidad popular forjada en torno a la resistencia al orden dominante. **G. SALAZAR, J. PINTO;** *Historia Contemporánea de Chile*. Tomo I. LOM, 1999, pp. 146-147.

<sup>351</sup> **J. LARRAÍN;** *Identidad chilena*. LOM, Santiago, 2001, p. 10.

<sup>352</sup> Sobre la pluralidad de las identidades seguimos las interesantes reflexiones de **A. SEN;** *Identidad y violencia. La ilusión del destino*. KATZ editores, Madrid, 2007.

reconoce el carácter subjetivo —y por tanto móvil, cambiante— que alcanzan las identidades como fenómeno colectivo.

Hecha esta aclaración de considerar a la identidad como un fenómeno móvil y cambiante y también plural, debemos tener claro que si bien existen identidades particulares que nos van modelando como personas en una sociedad, también existen identidades colectivas que permiten construir un imaginario, un universo simbólico y un determinado sentido de la realidad que nos conecta a un grupo específico de esa sociedad. Esto es, un grupo de personas reconoce una serie de cualidades compartidas y comunes que lo conectan con otros a partir de esos elementos que lo llevan a “identificarse” con esos valores, gustos, cualidades, creencias, aproximándolos a unos y distinguiéndolos de otros. Hablamos, de esto modo, del carácter relacional de la identidad colectiva que dice relación con la forma en que un grupo de personas se hace-siente parte de un grupo concreto o imaginado y establece un modo de relación con el resto de la sociedad a través de esa identidad<sup>353</sup>. Esta cuestión evidencia, a nuestro modo de ver, el constructo social que representa la identidad pues múltiples creencias, valores y representaciones existentes en una sociedad determinada, sirven para que cada sujeto en concreto también conforme su universo identitario-cultural. Así es como ideas como la religión, la clase o la nación han servido de referencia para modelar las identidades particulares, actuando como marco o recipiente que define buena parte de las adscripciones y sentidos de pertenencia de un sujeto.

Por otra parte, junto a este universo simbólico que entrega la cultura de una sociedad al sujeto, también ayudan a esta conformación de la identidad algunos bienes materiales personales que pueden llegar a ser un medio de acceso a un grupo imaginado representado por esos bienes<sup>354</sup>. Este aspecto lo mencionamos porque observamos en nuestro caso, cómo ciertos bienes, o las forma de acceder a ellos, determinó el modo en que los propios vecinos de las poblaciones de Santiago se identificaron en un momento dado, entre ellos mismos. No fue lo mismo acceder a la vivienda propia a través del sistema de entrega de viviendas que de una toma, siendo estos últimos mirados por muchos y durante bastante tiempo, como grupos de “otro nivel”, distinto al suyo, como más de algún vecino en las entrevistas orales nos manifestó<sup>355</sup>. Durante la dictadura muchas de estas divisiones desaparecieron, aunque otras —como aquellas relacionadas con la participación en organizaciones de base, fuese por compromiso fuese por necesidad— también sirvieron para diferenciar a los miembros de la

---

<sup>353</sup> Imaginado en el sentido que nos propone Anderson para comprender los vínculos afectivos que los sujetos proyectan en la idea de nación. Ser napolitano, español o brasileño no es más que un artefacto cultural que sirve para establecer un vínculo con personas que no conocemos ni conoceremos. **B. ANDERSON**; *Comunidades imaginadas*. Fondo de Cultura Económica, México D. F. 1993.

<sup>354</sup> **J. LARRAÍN**; *Identidad chilena*. Op. cit., p. 28.

<sup>355</sup> Entrevistas realizadas por el autor en el Taller para el Adulto Mayor en Centro de Acogida Santa Adriana (CASA), realizadas entre octubre 2011 y diciembre 2015.

comunidad, haciendo más o menos evidente que dentro de los pobladores habían “otros”, que se alejaban de las dinámicas y representaciones dominantes entre estos sectores.

Pues bien, en ese orden, la relación con el otro también forma parte consustancia de cómo nos identificamos a nosotros mismos, individual y colectivamente. Y de acuerdo al reconocimiento y respecto que pueda existir de esa alteridad es el modo en que existe mayor o menos conflicto al interior de una comunidad. Efectivamente, nuestro caso resulta emblemático en este sentido, al observar cómo la violencia desplegada por el régimen hacia los espacios urbanos más pobres de la capital, la exclusión a la que fueron sometidos así como la devaluación cultural que experimentan sus representaciones y prácticas, llevaron a un profundo conflicto entre buena parte de los barrios populares de Santiago y la dictadura. El afán de “erradicar” lo que representaban los pobladores como sujetos políticos pobres, estrechamente relacionados a la Unidad Popular, desadaptados a la lógica de la modernidad, que de algún modo atentaban a la propiedad privada —las tomas de terrenos era manifestación patente de ello— y su dependencia de un Estado con activo rol social, eran algunas de las claves que trazaron esa representación de la dictadura para confrontar la rica sociabilidad que se había venido desplegando en estos espacios a lo largo del siglo XX, sobre todo durante la segunda mitad del siglo.

Así, en síntesis, seguimos algunos aspectos de la propuesta metodológica de J. Larraín de entender a la identidad desde dos ámbitos; desde una visión histórica-estructural pero añadiendo de igual forma, los aspectos cotidianos-contingentes, que sirven de constructos para renovar, reforzar, modificar o rechazar abiertamente la identidad propia y su papel en la sociedad como articuladora de una representación específica de la realidad. De este modo, la historia, la memoria, los discursos públicos elaborados desde arriba —en el pasado y en el tiempo presente, es decir la consideración de nuevos contextos y situaciones históricas— así como las prácticas cotidianas que modelan y definen el comportamiento de los sujetos, sirven para aglutinar distintos ámbitos que van componiendo la identidad de un grupo. Es decir, la identidad se construye a partir de un juego de interrelaciones permanentes y plurales que dan vida y sentido a esa trama compleja y diversa que moviliza a un grupo (nosotros) y lo distingue de otros (ellos) dando sentido a esa relación<sup>356</sup>.

Desde un punto de vista sociológico y entorno al análisis de los movimientos sociales, M. Castells ha profundizado en los procesos de construcción de identidades colectivas, reconociendo hasta tres tipos, según el origen de su elaboración; las *legitimadoras*, relacionadas a las instituciones dominantes; las *identidades de resistencias*, que se oponen a la institución dominante y desde donde construyen un cuerpo simbólico e ideológico de

---

<sup>356</sup> M. AUGÉ; *El sentido de los otros*. Paidós, Barcelona, 1996, p. 35.

resistencia al poder; y las *identidades en proyecto*, entendidas como las que surgen de la propia creación de los actores sociales que, desde sus propias bases culturales, reconstruyen y re-sitúan sus identidades y su papel al interior de su sociedad, como mecanismo de transformación estructural de la sociedad en la que están inmersos<sup>357</sup>. Pues bien, nosotros —como abordaremos más en profundidad en los próximos capítulos— observamos la existencia de estos tres tipos de identidades al interior de nuestras comunidades, esto es, en Santa Adriana y La Pincoya. Y si bien las primeras logran su materialización al amparo del poder —en este caso, el municipio— las otras logran preeminencia y visibilidad en el contexto de las protestas nacionales. Incluidas aquellas que se mantuvieron ocultas y fragmentadas por el miedo, la ruptura y la violencia que se extiende en estos sectores de la sociedad. Lo interesante, en todo caso, es que logramos identificar estrategias tanto de asimilación como de resistencia a todo el caudal ideológico, normativo y práctico que representa al gran transformación que implicaron los 17 años de dictadura militar para los sectores populares de Santiago.

En esa línea, Identificamos varios aspectos históricos y contingentes que sirvieron para dar sentido a la acción de los sujetos populares durante los años 80' y que ayudó a modelar la identidad popular-poblacional que se expresa en el espacio local urbano durante la dictadura militar. Conviene precisar a este respecto, que el mundo popular santiaguino representa un escenario complejo desde el punto de vista de las adscripciones identitarias, sobre todo por la fractura sociocultural que representa el golpe de estado y el complejo y extenso proceso de transición que experimenta la sociedad chilena en esos diecisiete años de dictadura. Fue en ese escenario de ruptura donde, a partir de un contexto específico, se fueron modificando las prácticas y sentidos de pertenencia conforme transcurría la propia experiencia de los sujetos y grupos de base en el marco autoritario. En ese sentido y como veremos específicamente en el capítulo 5, un conjunto de elementos fueron modelando y perfilando la identidad de los grupos que decidieron movilizarse —de una u otra manera— contra la dictadura del general Pinochet.

Desde un punto de vista histórico, tres elementos sirvieron de base para la construcción de imaginarios colectivos entre los pobladores organizados. En primer lugar, el papel de la memoria reivindicativa vinculada al asociacionismo del mundo obrero, que trazó una continuidad en la lucha por los derechos, la dignidad y la inclusión. Este elemento está presente, sobre todo en los grupos más politizados que conectan con esa tradición organizativa y reivindicativa la validez de sus reclamos y la ilegalidad habitual del Estado

---

<sup>357</sup> M. CASTELLS, *La era de la información. Economía sociedad y cultura*. Tomo II, El poder de la Identidad. Alianza, Madrid, 1998, pp. 28-31.

hacia ellos, los sectores populares<sup>358</sup>, articulando en el centro de estas demandas el retorno a la democracia. De este modo, lo democrático constituyó un aspecto central del movimiento poblacional en los años 80, que, además se vio fuertemente potenciado por los organismos políticos y sociales opositores a la dictadura. Sin que estos compartieran íntegramente las representaciones e idearios latentes en el mundo poblacional/popular respecto a lo democrático, existió una convergencia de intereses que permitió potenciar las iniciativas desplegadas en el mundo popular a objeto de consolidar un movimiento social fuerte y transversal contra el régimen.

Igualmente, en segundo lugar, la tradición organizativa de los pobladores en los años anteriores al golpe de Estado, centraron en la organización, la solidaridad y la comunidad parte importante de los valores y principios que nutren sus idearios en dictadura (esto se verá fortalecido, además, por la urgente necesidad que caracteriza la vida en dictadura y el progresivo abandono del Estado de su papel asistencial). Esta experiencia comunitaria marcó profundamente las prácticas individuales de muchos de los fundadores de los barrios populares santiaguinos, imprimiendo un sello distintivo a sus imaginarios y representaciones del mundo —tanto en lo social como en lo político—, cuestión que no ocurrió con el conjunto de la población, sobre todo con aquellos que no participaron de esta experiencia. Por eso, entendemos, que quienes rehúyan o no formen parte directa de este *ethos* comunitario, resultaron duramente estigmatizados por los propios pobladores organizados cuando alcancen cierta autonomía y poder de decisión. Tanto en democracia como en dictadura.

Un tercer aspecto histórico que sirve para modelar las creencias y prácticas de los actores sociales populares organizados, fue la necesidad de subsistir a las difíciles condiciones de vida. Una continuidad que efectivamente como señala G. Salazar, sirvió para fortalecer el carácter creativo de sus respuestas a estos escenarios de permanente urgencia, constituyéndolo en un sujeto responsable de su devenir<sup>359</sup>. Son ellos mismos, con su trabajo, compromiso y disposición solidaria en comunidad, los encargados de conducir y construir un porvenir mejor. Este aspecto cobró doble relevancia en dictadura por lo que la acción creativa —en la comunidad— así como su lucha por satisfacer las necesidades básicas, compusieron un aspecto central en esta autopercepción de lo popular; del poblador como sujeto activo, participativo —a través de la comunidad— y además, responsable de su

---

<sup>358</sup> J. LARRAÍN; *Identidad chilena*. Op. cit., p. 173.

<sup>359</sup> G. SALAZAR, J. PINTO; *Historia Contemporánea de Chile*. Tomo I. LOM, 1999,

futuro ante el abandono del Estado. Fue este elemento el que permitió el despliegue de novedosas experiencias organizativas durante este periodo<sup>360</sup>.

A estos tres elementos histórico-valóricos, se sumaron otros aspectos, nuevos y contingentes, relacionados al contexto específico en que se desarrollaron los actores sociales. En este orden, el contexto autoritario posibilitó la “diversificación de los referentes sociales”, materializado en la emergencia de nuevos actores –sobre todo mujeres y jóvenes— que conformaron una subcultura de organización, lucha y alteridad a la estructura normativa autoritaria. A partir de sus experiencias cotidianas estos actores se posicionan como símbolos populares de la resistencia a la dictadura<sup>361</sup>. Las mujeres, pilares fundamentales de la organización social, se van a establecer como ícono de una cultura de compromiso solidario por el otro, en tiempos que el individualismo se impone desde arriba como cultura dominante. Los jóvenes, por su parte, representaron la explosión enardecida de los excluidos hacia un mundo que los estereotipa, segrega y normativiza de acuerdo a cánones ajenos a sus identidades. Éstos materializaron en el espacio una actitud insolente y desenfadada a la estructura dictatorial, expresada de distintas formas, incluyendo. Ambas condiciones también reforzaron una imagen específica de lo poblacional, que va a constituir un ejemplo explícito de esta identidad.

Luego de esta descripción analítica de los conceptos que consideramos para desentrañar y teorizar respecto a los universos simbólicos, representación, prácticas y modos de comprender el mundo que tienen los sectores populares, nos interesa exponer – brevemente— cómo pretendemos abordar estas temáticas en el Chile de Pinochet. Las siguientes páginas de este capítulo pretenden abordar la dimensión cultural del mundo en que se forman imaginarios, creencias y convicciones de los pobladores de Santiago, previa al golpe de Estado. Tanto en su dimensión política y cultural –estructurada desde arriba— como desde el ámbito social, es decir, de cómo se despliegan, interpretan, readaptan, resisten o incorporan esas influencias, los sujetos populares. Este apartado tendrá una dimensión latinoamericana de modo de observar el clima de época que efectivamente se impone en esos momentos y su injerencia en el desarrollo de imaginarios, principios y convicciones de los sectores populares chilenos. Luego de esta dimensión histórica, veremos, en el siguiente capítulo, el marco normativo y contingente en el que se deben desarrollar los pobladores durante el tiempo de la dictadura.

---

<sup>360</sup> C. HARDY; *Los Talleres artesanales de Conchalí: La organización, su recorrido y sus protagonistas*. PET, Santiago, 1984.

<sup>361</sup> S. STERN; *Luchando por mentes y corazones. Las batallas de la memoria...* Op. cit., p. 328.

### 3. Injerencias desde arriba: El Estado de compromiso y la idea de cambio estructural.

En cierto modo, el apartado anterior ha intentado dar respuesta –al menos en parte y desde un punto de vista teórico y, a su vez, pretendiendo ser una propuesta metodológica– a la compleja interrogante sobre qué elementos conforman los imaginarios colectivos que se construyen en un sector específico de una sociedad y cómo modelan las representaciones que los sujetos tienen de su propia realidad en un momento específico de sus historias. Ahora bien, en la línea de aproximarnos desde una dimensión cultural de la política y la sociedad, que sitúe específicamente los distintos aspectos que fueron definiendo las nociones de democracia, Estado y sociedad en el mundo popular chileno, pretendemos rescatar algunos aspectos históricos que nos parecen fundamentales en la construcción de ese acervo que conformó el pensar y la percepción poblacional en el Chile dictatorial. Ideas, proyectos políticos, prácticas sociales contingentes e imaginarios históricos, que sirvieron para conformar la mentalidad, el espíritu y la cultura de la sociedad chilena y, específicamente, de los sectores populares de Santiago y que encuentran sus raíces en diversos proyectos, experiencias, aprendizajes y prácticas del siglo XX. Para ello, proponemos aproximarnos desde distintos ámbitos; tanto desde una dimensión oficial, desde arriba, que identifique las principales ideas, proyectos y políticas que fueron trazando una influencia en el pensar de esa sociedad en concreto, así como desde abajo, observando la reapropiación y asimilación de los sectores populares a estas influencias políticas e ideológicas. En este sentido, consideraremos las propias creaciones intelectuales que identificamos en estos espacios a partir, fundamentalmente, de la adaptación que realizan de los procesos culturales y políticos que se desenvuelven a nivel nacional en el país así como la propia experiencia, sus memorias e historicidad que presentan a lo largo del siglo XX como elementos influyentes en esta determinada concepción de la vida. Creemos importante, en definitiva, situarse históricamente en la segunda mitad del siglo XX para encontrar en *el baúl de la historia*, las culturas políticas y la propia cultura que influyeron y labraron la percepción de *nuestros sujetos de estudio*. Igualmente, entendemos como primordial combinar estos elementos con las prácticas políticas y sociales que se materializan en estos espacios subalternos durante esta época, de manera de pesquisar experiencias históricas concretas y su sedimentación en una “memoria reivindicativa” específica<sup>362</sup>. De esta manera, pretendemos vislumbrar una concepción más o menos específica de la sociedad, la política y la democracia en los sectores populares. Planteamos

---

<sup>362</sup> Existe un conjunto de normas preestablecidas provenientes de la memoria y la práctica social que se constituyen en una guía para la acción y basada en un conjunto de narraciones y registros culturales. P. IBARRA, B. TEJERINA; *Los movimientos sociales Transformaciones políticas y cambio cultural*. Trotta, Madrid, 1998, p. 13.



a este respecto, que estos elementos mencionados, repercutieron decididamente en la construcción de los imaginarios de resistencia/asimilación que se constituyeron en las poblaciones de Santiago durante la dictadura militar y que entraron en abierta tensión con los ideales que impuso la profunda transformación social impulsada por la dictadura<sup>363</sup>.

Esta aproximación debemos realizarla considerando los aspectos generales de la región —es decir, no sólo de Chile, nuestro caso de estudio— ya que permite incorporar y comprender de mejor forma el potente influjo de ideas, proyectos y políticas que caracterizaron a toda la región durante el periodo en cuestión, situando el fenómeno en una dimensión más amplia, global. Tenemos la convicción que pese a los matices, existen elementos comunes, importantes en la construcción de la historia reciente de Chile y que tienen su correlato en otras latitudes del continente. En ese sentido, proponemos entender una realidad específica acaecida en Chile desde una perspectiva continental, intentando de paso, desmitificar el carácter excepcional con que se ha diferenciado la práctica política de este país en relación con la región, aunque no por ello queremos desconocer su carácter simbólico<sup>364</sup>. Es cierto que cada nación readaptó y experimentó circunstancias particulares —únicas— de acuerdo a sus características específicas. Pero también es cierto que muchos elementos estructurales que entrecruzan la historia de estos países en el siglo XX, componen una tendencia generalizada y extendida en la región que en múltiples aspectos siguió una determinada orientación global<sup>365</sup>. De esta forma quizás, podremos comprender mejor el juego de fuerzas e injerencias que incidieron en las personas de un país latinoamericano durante la segunda mitad del siglo XX, y cómo ese contexto regional/global ayudó a nutrir una mentalidad más o menos específica sobre el mundo. No se trata de determinar causas finales que explican los comportamientos de los sujetos, sino

---

<sup>363</sup> Conviene especificar que somos de la idea que efectivamente cada sujeto está en propiedad de interpretar de forma distinta las influencias que le vienen de fuera —educación, medios de comunicación, ideología etc.— no obstante, también tenemos la convicción de que existen verdaderos marcos normativos —establecidos por la cultura en la que esos sujetos se desenvuelven— que limitan esa “libertad”. **J. NOYA**; *La imagen de España en América Latina*. Tecnos, Madrid, 2009, p. 34.

<sup>364</sup> A. Valenzuela insiste en la excepcionalidad democrática de Chile en relación a la región. **A. VALENZUELA**; *El quiebre de la democracia en Chile*. FLACSO, Santiago 1978, pp. 21-22. Sin embargo, y sin pretender desconocer las peculiaridades de cada caso, nos interesa resaltar las similitudes existentes, las que consideramos —además— significativas para comprender en un marco más amplio las especificidades de cada caso (en este caso el chileno). En esa línea y más allá de la excepcionalidad chilena, compartimos la observación de S. Stern, respecto al carácter simbólico de Chile para la región, sobre todo durante la segunda mitad del siglo XX, ya que no la distingue tanto de las demás experiencias latinoamericanas sino que la destaca en su singularidad pero conectándola con la historia global del continente. **S. STERN**; *Recordando el Chile de Pinochet. En vísperas de Londres 1998. Libro uno de la trilogía. La Caja de la memoria del Chile de Pinochet*. Ed. U. Diego Portales, Santiago, 2009, pp. 27-28.

<sup>365</sup> Un estudio que sostiene el carácter global —con sus acentos regionales locales— de los acontecimientos que se producen en América Latina durante este periodo y específicamente en el Chile de Allende se puede encontrar en **T. HARMER**; *El gobierno de Allende y la Guerra Fría Interamericana*. Ed. U. Diego Portales, Santiago, 2013. Una opinión similar se extrae de la lectura de los informes redactados por enviados extranjeros a Chile tras el Golpe de Estado. Para estos emisarios de la cooperación internacional se hace evidente la notoria similitud de las divisiones ideológicas de la Guerra Fría en el País. **M. BASTÍAS**; *Sociedad civil en dictadura. Relaciones transnacionales, organizaciones y socialización política en Chile*. Ed. Universidad Alberto Hurtado, Santiago, 2013, p. 61.

más bien de rastrear huellas de pasados vivos e identificar ciertos marcos culturales relevantes que sirvieron para modelar las formas en que se construyó un determinado modo de hacer inteligible el mundo. En ese sentido, observar desde este prisma puede ayudarnos a observar desde una dimensión general –regional— el conflicto que se produce entre estas representaciones y las impuestas por los regímenes militares que se establecieron en el Cono Sur de América Latina y de un modo más general por las dictaduras de Seguridad Nacional que se establecieron en el continente.

E. Hobsbawm ha señalado que el mundo de posguerra experimentó una revolución cultural y social que transformó de manera radical la mentalidad y la forma de concebir la realidad a lo largo y ancho del planeta. Este cambio, significó una abrupta revolución en el comportamiento y las costumbres de los sujetos de ese tiempo, y estuvo íntimamente relacionado con el fervor revolucionario que en política e ideología desplegaron –fundamentalmente— miles de jóvenes a lo largo y ancho del globo<sup>366</sup>. Situado en ese contexto global, el “tiempo presente latinoamericano”<sup>367</sup> se caracterizó por su intensidad y versatilidad, tanto en los experimentos políticos que ahí se desarrollaron durante la segunda mitad del siglo XX como por los interesantes fenómenos sociales y culturales que le acompañaron, dotando de gran singularidad la historia reciente de la región. Podemos señalar que, en ese sentido al menos, América Latina se convirtió durante este periodo, en un verdadero laboratorio de experimentación, caracterizado por su “singular sincretismo”<sup>368</sup>, pese a no estar exento de la enorme influencia que genera la Guerra Fría. En este escenario, lo que se impondrá como “escenificación del tiempo histórico” entre los sujetos de este tiempo, fue la idea de transformación, “el imaginario político de transformación” –en palabras de B. Subercaseaux<sup>369</sup>. Es decir, un tiempo en que un creciente número de personas entiende que es fundamental llevar adelante cambios de fondo en las estructuras políticas, sociales y económicas de la región, a fin de construir sociedades más iguales y justas. Igualmente importante por su injerencia, violencia y repercusión fue el proceso de resistencia que realizaron los sectores conservadores y grupos de poder de las sociedades latinoamericanas, avalados técnica y espiritualmente por los Estados Unidos. La defensa del *statu quo* de un modelo político restringido y desigual, situó

---

<sup>366</sup> E. HOBSBAWM; *Historia del siglo XX*. Crítica, Barcelona, 1997, capítulos X y XI. Sobre el vínculo entre revolución social y cultural con la política, ver, pp. 333-334.

<sup>367</sup> J. del Alcázar considera que esta “etapa” de la historia del continente se inicia en 1959, con la revolución cubana y no con el término de la Segunda Guerra Mundial, como se aplica comúnmente para el caso europeo. J. del ALCÁZAR (ed); *Historia Actual de América Latina 1959-2009*. Crónica, Cañada lo Blanch, Valencia, 2009, p. 9.

<sup>368</sup> S. GRUZINSKI; *La guerra de las imágenes. De Cristóbal Colón a “Blade Runner”*. Fondo de Cultura Económica, México, 1994, p. 16.

<sup>369</sup> B. SUBERCESEAU; *Historia de las ideas y de la cultura en Chile. Desde la Independencia al Bicentenario*. VOL. III. Tomo V. p. 27. Universitaria, 2014. En internet. [www.ideasculturaenchile.cl](http://www.ideasculturaenchile.cl) Consultado noviembre 2014.

en clave latinoamericana la pugna mundial que caracterizó al mundo de posguerra entre comunismo y anticomunismo.

Las crisis de los estados oligárquicos en el primer tercio del siglo XX, posibilitaron la emergencia de renovados proyectos políticos enfocados en la inclusión y el desarrollo. Fueron las condiciones globales estructuradas en el mundo de entreguerras, en efecto, las que posibilitaron el despliegue de proyectos políticos alternativos en el continente, donde el Estado alcanzó mayor relevancia como responsable social en el despliegue de sociedades más justas. El Estado preferentemente se constituyó como referente en este proceso de modernización, a fin de insertar a las naciones del continente en los niveles de los países desarrollados, mientras –en paralelo– se consolidaban los procesos de conflictividad social incentivados por el histórico desamparo de amplias capas de la sociedad y el progresivo empoderamiento de los partidos obreros. En ese contexto, las disputas por el poder así como las necesidades de cambio estructural que fueron requiriéndose en las sociedades latinoamericanas, facilitaron la progresiva hibridación de las formas mundiales de confrontación de la Guerra Fría con las características y peculiaridades de la región. La revolución de los barbones, el pensamiento cepalino, la Teología de la Liberación o la Teoría de la Dependencia –por mencionar sólo algunos ejemplos– resultaron acontecimientos característicos de estos procesos y el fuerte movimiento que experimenta América Latina en esta época. También, cabe considerar, lo fueron los efectos que la radicalización del mundo bipolar generó como respuesta: las dictaduras militares de Seguridad Nacional. Lo anterior, en definitiva, marcó no sólo las expectativas de los ciudadanos latinoamericanos, sino que también sirvió como experiencia modeladora de la conciencia, la cultura política y la mentalidad que se forjó en los sectores populares de la región durante este periodo.

Desde esta perspectiva entonces, el presente capítulo busca aproximarse a las distintas influencias que fueron delineando la historia reciente de América Latina. Tanto desde la dimensión política –usualmente a través de la lucha por el poder del Estado, principal motor del continente– como desde la dimensión económica, social y cultural que marcó una forma más o menos específica de concebir el Estado, la sociedad y la democracia durante la segunda mitad del siglo XX. Para ello, nos aproximaremos a las articulaciones políticas y económicas que buscaron reposicionar al continente durante este periodo a través del desarrollo interno y que situó al Estado como eje transversal de la comunidad. Al mismo tiempo, analizaremos el proceso de crisis urbana que vivieron las principales ciudades del continente, así como los movimientos sociales que surgieron desde los sectores más pobres, como mecanismo de aproximación a las prácticas políticas y los imaginarios que se fueron

conformando en estos espacios en su relación con el Estado y el resto de la sociedad, en la segunda mitad del siglo. Creemos, como afirma A. Gilly, que fueron sus necesidades — imperiosas, insoportables en muchos casos— y la carga que estas traen del pasado, las que de algún modo empujaron a los sectores populares hacia la organización, la protesta y la reivindicación de la dignidad, antes que una visión muy acabada del futuro. De un proyecto futuro. Es decir, su historia conformó una acumulación de saberes que propició la acción en este momento de la historia latinoamericana, convergente además con un contexto de crítica y transformación<sup>370</sup>.

De esta forma, podremos comprobar cuánto de esta *cultura política* producida desde arriba por la intelectualidad y las élites sirvió de sedimento para las prácticas de organización social y protesta de los de abajo, observando además el grado de articulación política y social que alcanzan los sectores populares, y cuánto de este acervo permanece en la grupos subalternos durante la dictadura militar. Estos acontecimientos, sin duda, marcaron de forma decisiva los imaginarios sociales que se construyeron durante este periodo definiendo —de alguna manera— las formas en que las personas representaron su realidad. A fin de cuentas, pretendemos aproximarnos a las distintas influencias que, más allá de la coyuntura, fueron conformando un acervo político-cultural que modeló la práctica y representación de los sujetos durante un periodo bisagra de la historia de la región y más concretamente de Chile.

### 3.1 *Un continente en transformación*

El pensamiento latinoamericano y particularmente el pensamiento sociopolítico de la segunda mitad del siglo XX, constituyó uno de los espacios de reflexión más interesantes de la historia reciente latinoamericana<sup>371</sup>. Sobre todo por la enorme diversidad de “experimentos” económicos, sociales, políticos y culturales que se intentaron desarrollar durante este periodo y que plantearon —en lo fundamental— la necesidad de implementar profundos cambios en todo el orden establecido, de forma de alcanzar la justicia social y una mejor redistribución de la riqueza —y los derechos— entre sus ciudadanos. Ahora bien, lo peculiar, en cierto modo, fue que si bien siguió existiendo una importante injerencia del exterior, en lo fundamental, las producciones intelectuales implementadas en la región

---

<sup>370</sup> A. GILLY; *Historia a contrapelo*. Biblioteca ERA, México D.F. 2006, p. 23.

<sup>371</sup> Agradezco a P. Martínez Lillo, hacerme ver la riqueza y novedad que representó este periodo para el pensamiento socioeconómico y político de América Latina.

estuvieron producidas en el propio continente<sup>372</sup>. Fue principalmente a partir de la segunda mitad siglo XX, cuando el pensamiento latinoamericano se proyectó para ganar una dimensión mundial, aunque el fenómeno venía desarrollándose desde los albores del siglo XX<sup>373</sup>. Sobre todo por su esfuerzo –casi obstinado– de repensar y replantear el orden establecido y las problemáticas que aquejaban a las sociedades latinoamericanas contemporáneas. Una auténtica contraofensiva ideológica –como señala A. Borón– considerando la vigencia de la Teoría de la Modernización una vez acabada la II Guerra Mundial<sup>374</sup>.

En ese contexto, casi todas las experiencias vividas por la región recogieron la tendencia que ubicaba al Estado como eje central y articulador de la actividad política, económica y cultural de la sociedad. El fuerte impacto que representó la crisis económica de 1929, no sólo cuestionó los cimientos de la teoría económica liberal clásica dominante en las principales universidades europeas, sino que generó un sismo social, cultural y político que determinó la estructuración de un “nuevo orden”<sup>375</sup>. Este, cabe indicar, se erigió bajo la hegemonía mundial de Estados Unidos, cuestión corroborada con el nuevo ciclo político que marcó el término de la II Guerra Mundial<sup>376</sup>. Sin embargo, surgieron opciones diversas y sumamente novedosas a las implicancias de esta crisis que llevaron a cuestionar de forma profunda el modelo hasta ahí vigente. Las ideas de J. M. Keynes sobre la relevancia del intervencionismo estatal en la economía de manera de regular la especulación financiera –controlando los flujos de capital a través de los bancos centrales de cada país– y garantizar así la estabilidad social (mediante el pleno empleo), llevaron a los intelectuales y políticos latinoamericanos a *repensar* los enfoques y formas en las que dirigir la economía, la política y entender el Estado. El objetivo fue ciertamente, salir definitivamente de las precarias condiciones económicas en las que se encontraban los países de la región y sus habitantes. Se postulaba, en ese sentido, que la intervención estatal directa en la economía y las relaciones sociales, permitiría un saneamiento de las golpeadas estructuras vigentes facilitando la estabilidad social y política<sup>377</sup>. Es cierto que los caminos que adoptó cada país divergieron enormemente probando dispar suerte en este devenir,

<sup>372</sup> Si bien es cierto que durante la década de 1950, el pensamiento latinoamericano se plagó de novedosas ideas y modelos económico-políticos, no puede olvidarse que éstas aun cuando surgidas en la región y desarrolladas por pensadores latinoamericanos tuvieron raíces extra continentales. **F. H. CARDOSO**; “La originalidad de la copia: La CEPAL y la idea de desarrollo” Revista de la CEPAL n° 4, 2° semestre de 1977, p. 8.

<sup>373</sup> **E. SADER, I. JINKINGS (coord.)**; *Enciclopedia Contemporánea de América Latina y el Caribe*. Akal, Madrid, 2006, p. 957.

<sup>374</sup> **A. BORÓN**; *Estado, capitalismo y Democracia en América Latina*. Imago Mundi, Buenos Aires, 1991.

<sup>375</sup> **O. DABÉNE**; *América Latina en el siglo XX*. Síntesis, Madrid, 1999, p. 44.

<sup>376</sup> **M. ROITMAN**; *Tiempos de oscuridad. Historia de los golpes de Estado en América Latina*. Akal, Madrid, 2013, p. 50.

<sup>377</sup> **S. CORREA, et. al**; *Historia del Siglo XX chileno*. Sudamericana. Santiago, 2001, p. 136.

dando cabida a proyectos populistas de corte corporativistas como ocurrió en la Argentina de Perón o —antes— en Brasil con G. Vargas, pero también a interesantes propuestas meso-populares como en Chile o Colombia, por ejemplo, que alinearon a la izquierda obrera y marxista con partidos de centro burgués. Coaliciones enmarcadas en la política internacional de Frentes Populares para combatir al fascismo, pero que, en general, acuñaron diversas estrategias para impulsar desde dentro el desarrollo industrial, el empoderamiento del Estado y una ampliación de los beneficios sociales.

De igual forma, la Segunda Guerra Mundial y la crisis que representó para el proyecto nacionalista europeo, provocó un cuestionamiento interno entre los intelectuales latinoamericanos, influenciados por las experiencias que habían entrado en colisión durante la guerra. La resaca de la guerra trajo la extensión mundial de una ideología igualitaria que intentó establecer el respeto y la equiparidad entre las naciones como bastión de la humanidad<sup>378</sup>, aunque, en la práctica, esta dimensión quedó rápidamente relegada a un segundo orden ante la emergencia de la nueva conflagración mundial este-oeste. Estos hechos, junto a la propia necesidad de paliar la escasez del mercado externo y la crisis del modelo de Estado —oligárquico y monoexportador— llevaron a la necesidad de cuestionar los marcos referenciales en los que se había sostenido hasta ahí el pensamiento de la región —en concreto de la nación, de cada nación latinoamericana— planteando la necesidad de un cambio de paradigmas. Para ello y teniendo en consideración el contexto bélico internacional, el desarrollo comenzó a pensarse desde la propia industrialización, el incentivo de la agricultura, la reorganización de la tierra y la industria, incluyendo la creación de un sistema de seguridad social. De una manera general, comenzó a elaborarse una idea más compleja de las problemáticas que caracterizaban al continente.

En efecto, la presión que generó el creciente descontento social que producía la pobreza de millones de latinoamericanos, plantearon la necesidad de abordar postergadas tareas en materia social que venían siendo reivindicadas desde los años 20' por los partidos de clase y los sindicatos de trabajadores. Esta política que surgió como respuesta al *crash* de 1929 y la clausura importadora que facilitó la guerra, se convirtió luego en la piedra angular de la idea modernizadora en la región, llegando incluso a convertirse en un cuerpo ideológico importante al interior del continente —*el desarrollismo*— como se pudo observar en las experiencias de J. Kubitschek en Brasil (1956-1960) o la Argentina de A. Frondizi (1958-1962). Pero también en puntal de los proyectos socialistas que, a la latinoamericana, intentaron transformar de manera profunda las bases del sistema de dominación vigente.

---

<sup>378</sup> L. CURZIO; "América Latina vista desde Washington (1959-2009)". En: J. DEL ALCÁZAR (eds.); *Historia actual de América Latina...* Op. cit., p. 27

En el caso chileno, este proceso adquirió su peculiaridad en lo político gracias al ascenso del Frente Popular al poder, reuniendo al centro —concretamente al Partido Radical (PR)— con los partidos populares de corte clasista. Por primera vez, llegaba al gobierno un conglomerado con sensibilidad social que canalizó a la clase obrera y a la izquierda en general, en un marco de organización electoral y populismo de Estado<sup>379</sup>. Desde 1938 se inició entonces, una profunda transformación del Estado, la política y la propia sociedad, a partir del esfuerzo por construir desde el Estado sociedades más igualitarias y desarrolladas, sin alterar —eso sí— las bases fundamentales del modelo liberal<sup>380</sup>.

Para ello se llevaron a cabo una serie de políticas impulsadas a fomentar la industrialización, el intercambio comercial no monetarizado con otras naciones, incentivando además la consolidación de una clase obrera propiamente industrial<sup>381</sup>. En esa línea surgieron empresas como ENAP (empresa Nacional del Petróleo), CAP (compañía de Acero del Pacífico) y Corporación de Fomento de la Producción, CORFO, entre muchas otras. Fue el Estado, de igual modo, el que en mayor o menor medida según cada país latinoamericano, intentó absorber e incorporar a un nutrido contingente de personas al aparato productivo nacional, planteando un cambio profundo en las estructuras y orientaciones del sistema liberal vigente. Todo este proceso permitió concebir nuevas ideas y principios que con el tiempo — y en contexto de Guerra Fría— forzaron una tensión ideológica respecto a cuál debía ser el papel del Estado en el despegue definitivo de América Latina. El debate sobre la dependencia al capital extranjero, en ese sentido, alimentó diversas miradas críticas acerca de la relación de América Latina en el sistema-mundo. En cualquier caso, lo que nos interesa rescatar es que, en múltiples aspectos, estos cambios fueron conformando una mentalidad, una idea común de país con una cultura política nacional específica, abiertamente estatista; en su dimensión oficial como articulador del desarrollo social; desde abajo, como el principal y legítimo interlocutor a quien reivindicar sus exigencias. El Estado, en ese orden, se convirtió en el principal referente al que los trabajadores orientaron sus reivindicaciones, ahora desde una interlocución distinta respecto al que había existido históricamente. Una mentalidad, en definitiva, que impulsaría progresivamente la idea de transformación de todo el orden establecido.

---

<sup>379</sup> S. STERN; *Recordando el Chile de Pinochet...* Op. cit., p. 44.

<sup>380</sup> G. SALAZAR, J. PINTO; *Historia Contemporánea de Chile II. Actores, identidades y movimiento*. LOM, Santiago, 1999, p. 43.

<sup>381</sup> O. DABÉNE; *América Latina...* Op. cit., p. 76.

### 3.2. Dimensión económica de los cambios. La CEPAL, el Estado y la idea de desarrollo

El aumento de las exportaciones que vivió América Latina a partir de 1938 reactivó la economía que, sumado a la escasez de importaciones y la reducción del flujo comercial mundial, incentivaron la política conocida como *industrialización por sustitución de importaciones* (ISI). El término de la guerra fomentó esta política al aumentar el precio de las materias primas que exportaba la región, disponiendo de mayores recursos para invertir. Sin embargo, fue la convicción de un grupo de profesionales, intelectuales y políticos en la necesidad de alcanzar el ansiado desarrollo de la región desde las bases misma de la sociedad —es decir, a través de la industrialización por fomento del Estado— que estos índices favorables se convirtieron en una política que marcó buena parte de la segunda mitad del siglo XX latinoamericano, al menos hasta la consolidación —forzosa— que trajo posteriormente la ortodoxia neoliberal<sup>382</sup>. Si bien los cuestionamientos al modelo liberal habían aumentado exponencialmente desde la *Gran Depresión*, no fue fácil hacer converger la crítica al modelo tradicional con los deseos de industrialización desde el Estado. Pero, la magnitud de la crisis de 1929, incentivó en varios sectores la idea de la planificación central de la economía con el Estado como principal articulador de esa planificación. En ese orden de cosas, efectivamente el contexto mundial —de contracción económica por la guerra— concilió las tendencias que condujeron al giro desarrollista e industrializador/modernizador, con el Estado como máximo gestor y referente del desarrollo. Se iniciaba la etapa de la planificación central de la economía guiada estratégicamente por el Estado que creó bancos centrales así como todo tipo de agencias dedicadas al fomento de la producción interna.

Fue en ese contexto que nació el organismo más influyente en teoría económica durante la época y que dictaría la tendencia dominante hasta avanzados los años 60': la CEPAL. Creada en 1948 por la resolución 106 (VI) del Consejo Económico y social de la Organización de Naciones Unidas (ONU), la Comisión Económica para América Latina y el Caribe, tuvo como misión “promover el crecimiento económico regional y subregional mediante el desarrollo de estudios, la promoción de conferencias intergubernamentales y la asesoría técnica” a los gobiernos de la región<sup>383</sup>. Su aparición respondió a la superación de los paradigmas hasta ahí vigentes de la doctrina liberal británica de las *ventajas comparativas* de D. Ricardo. Bajo ese prisma, el continente se había establecido como un

---

<sup>382</sup> Forzosa ya que aunque evidente en el caso chileno —fue una dictadura la que instaló el modelo— en otros países como México o Venezuela, fueron las presiones internacionales las que obligaron al continente a implementar entre los 80 y 90' una férrea política de ajuste estructural a partir del colapso que representó el shock de Völcker, aplicado por USA a los países de la región. Una visión al respecto puede encontrarse en: **D. HARVEY**; *Breve historia del neoliberalismo*. AKAL, Madrid, 2007, pp. 36-37.

<sup>383</sup> **E. SADER, I. JINKINGS et., al**; *Enciclopedia Contemporánea de América Latina...* Op. cit., p. 276.



espacio monoexportador de materias primas a nivel mundial, cuestión que se consideró el principal factor que impedía el despegue general de la economía de la región; la práctica había demostrado que el aumento de la productividad en América Latina no se había traducido en una elevación de los salarios<sup>384</sup>. En términos más precisos, la idea de desarrollo que se fue imponiendo hasta consolidarse en la década de 1950, fue asumida desde un ámbito más amplio que el mero crecimiento económico, asociándolo con la industrialización interna, el progreso tecnológico-científico, la urbanización, aumento del ingreso per cápita y mejoras en las condiciones de vida: alimentación, vivienda, educación, salud. Desde esta nueva dimensión del desarrollo, el Estado desempeñaba un nuevo papel reconvertido desde ahí en planificador, coordinador y proveedor del conjunto de la sociedad<sup>385</sup>.

La CEPAL implicó también, el reconocimiento de la injerencia de Estado Unidos en la economía mundial que, tras la guerra, se había terminado de posicionar como el actor dominante a través de las políticas económicas impulsoras del desarrollo como lo fueron el Plan Marshall para Europa y otras iniciativas similares. En ese sentido, la CEPAL respondió a la ola keynesiana que se impuso desde la década de 1930 y predominó en el pensamiento económico hasta bien entrado los 60'. Sin embargo, el gran giro que tuvo esta entidad, que la llevó a convertirse en el “ente intergubernamental interamericano más independiente de la época”, fue la llegada a su dirección de un conjunto de técnicos e intelectuales que orientaron y profundizaron la idea del desarrollo —económico, pero también social— desde una base auténticamente latinoamericana, contribuyendo así a afirmar un pensamiento autónomo y antihegemónico<sup>386</sup>.

Esta tendencia privilegió el desarrollo industrial nacional como mecanismo de combatir la extrema dependencia de los países de la región al capital externo, intentando por esa vía reequilibrar la balanza de pagos entre el tradicional modelo de exportación de materias primas e importación de bienes de consumo. La lectura de la CEPAL acerca de la realidad económica latinoamericana se construyó a partir de la conceptualización centro-periferia, que venía a expresar la desigualdad del intercambio comercial que se producía entre el norte industrializado y el sur subdesarrollado. Con el objetivo de obtener el anhelado desarrollo sus propuestas pretendieron además solucionar los graves problemas de cesantía, pobreza y

---

<sup>384</sup> **P. PÉREZ HERRERO**; *Auge y caída de la autarquía*. Colección Historia Contemporánea de América Latina Volumen V, 1950-1980. Editorial Síntesis, Madrid, 2007, p. 31.

<sup>385</sup> La inversión estatal en gasto público aumentó exponencialmente en relación a décadas pasadas. En Chile, por ejemplo, alcanzó el 15% en 1955 duplicando el porcentaje alcanzado una década antes. La cifra en: **S. CORREA et. al**; *Historia del Siglo XX chileno...* Op. cit., p. 150.

<sup>386</sup> **E. SADER, I. JINKINGS et., al**; *Enciclopedia Contemporánea...* Op. cit, p. 276. Nombres como los de C. Furtado, R. Prebisch, A. Pinto u O. Sunkel entre muchos otros, alcanzaron gran relevancia e influencia, sobre todo durante la década de 1950.

exclusión que padecía América Latina. La industria nacional, se estimaba, podría paliar dicho déficit, ocupando y enriqueciendo a la numerosa mano de obra desocupada, tanto en la ciudad como en el campo.

La contribución de la CEPAL entonces, resultó fundamental en el cambio de mirada y del propio régimen histórico del continente. Su obstinada pretensión de elevar a la región hacia el bienestar condujo a la construcción de un modelo propio, típicamente latinoamericano, que sentó las bases de la práctica política y social de ahí en más.

Se trataba nada menos que de construir un nuevo “modelo” que diera cuenta de las condiciones sociales que harían posible el desarrollo económico en las actuales circunstancias. Entre las nuevas condiciones del desarrollo capitalista se destacaban la no existencia de una competencia perfecta y, por consiguiente, la inexistencia de una plena libertad de mercado; los cambios en las relaciones de trabajo, en las cuales el libre contrato tendía a ser reemplazado por la capacidad de acción y negociación de las organizaciones colectivas, con cierta tendencia de ésta a controlar los puestos de trabajo; y un importante cambio en las funciones del Estado, que dejaba de ser neutral e intervenía regulando la actividad económica o participando directamente en ella<sup>387</sup>.

Ahora bien y más allá de la implementación y resultados que tuvieron las políticas sugeridas por la CEPAL, nos interesa destacar el significado que representó para la región la doctrina que impuso este organismo internacional y las posibilidades de expansión y cambio de paradigmas que permitió su influencia. En primer lugar, el pensamiento *cepalino* se constituyó en la máxima expresión —auténticamente latinoamericana— del modelo económico keynesiano, incidiendo profundamente en el pensamiento político y económico de la región<sup>388</sup>. En esa dirección, el *cepalismo* entendió al Estado como el actor principal en el desarrollo del proceso industrializador; planificando, redistribuyendo flujos, creando infraestructura e interviniendo directamente en el proceso productivo, elaborando al mismo tiempo un juicio sobre el papel que jugaban los distintos agentes sociales y privados en la producción. Su papel, entonces, no se limitaba exclusivamente a la implementación de políticas públicas pro crecimiento o paliativas de la cesantía —estructural— que padecía el continente. Su labor debía ir más allá. Ya que si bien existían fuertes demandas por mejorar la calidad de vida, ello no implicaba necesariamente que los grupos demandantes estuviesen dispuestos a sacrificios para alcanzarlos (sacrificios en la lógica de seguir determinado comportamiento). Por ello y con el fin de garantizar la concordancia entre deseo/demanda y

---

<sup>387</sup> FALETTO; *Antología. Dimensiones sociales, políticas y culturales del desarrollo*. CLACSO, Buenos Aires, 2009, pp. 84-85.

<sup>388</sup> R. Lagos Escobar señala en sus memorias que “en los 60, todos eran Keynesianistas” (cosa que también indicó Nixon al finalizar esa década), demostrando la influencia que tuvo este pensamiento en la intelectualidad latinoamericana. R. LAGOS; *Así lo vivimos. La vía chilena a la democracia*. Taurus, Madrid, 2013, p. 46.

comportamiento, se hacía necesario promoverlo desde los distintos órganos del Estado; esto es, educación, medios de comunicación, partidos y sindicatos, además del propio gobierno. Todo un auténtico dispositivo que construyera un nuevo sentido común. En esa línea, se incentivó que “los grupos dirigentes proporcionaran un modelo de conducta que pudiera ser imitado” por la masa, estableciendo valores y principios que apuntaran a esta visión más o menos concreta de la realidad latinoamericana<sup>389</sup>.

Esta visión, a su vez, implicaba que el capital extranjero, principal protagonista de la producción hasta ahí, tuviese solo un papel secundario y crecientemente supeditado a las directrices del Estado, único ente capaz de llevar adelante el proceso de modernización industrial y a la vez de redistribución de las ganancias producidas<sup>390</sup>. Esto último suponía someter al capital financiero exterior —principalmente estadounidense— y a los grupos económicos nacionales dominantes, a directrices, normas y controles que entraban directamente en conflicto con sus intereses; las políticas redistributivas en la Guatemala de J. Arbenz (1951-1954), son un ejemplo emblemático, en ese sentido. Sus reformas sin tener un carácter abiertamente radical en la práctica —muchos países del continente contaban con los derechos que esta reforma pretendía garantizar— chocaron con los intereses de la *United Fruit and Company* y la clase terrateniente local<sup>391</sup>. Efectivamente el clima de Guerra Fría repercutió de forma decidida en la forma en que se zanjaron las disputas surgidas entre esta lógica *estatalista* e interventora que impulsaba la CEPAL y los intereses de los grandes grupos económicos internacionales y nacionales en la región. Ese fue, precisamente, uno de los marcos en los que se materializó el conflicto este-oeste en el continente.

En segundo lugar y aun cuando el concepto de desarrollo contiene una carga eminentemente económica, su fuerza e injerencia en el pensamiento latinoamericano traspasó esa frontera coadyuvado por la problematización realizada desde las ciencias sociales. Estrechamente ligado a la idea de “subdesarrollo”, el término marcó la historia reciente del continente, ya que buscó —en un tiempo concreto— cambiar el “carácter identitario predominante para reinstalar los planteamientos modernizadores”<sup>392</sup>. Es decir, el desarrollo, representó en la región una hibridación de conceptos, ideas y preocupaciones que germinaron y dieron nuevo contenido y sustento al concepto original de raíz

---

<sup>389</sup> E. FALETTO; *Antología. Dimensiones sociales...* Op. cit., p. 86.

<sup>390</sup> Las principales propuestas de la CEPAL se pueden encontrar en: R. PREBISCH; *El desarrollo de América Latina y algunos de sus principales problemas*. CEPAL, Santiago de Chile, 1949. En internet: [http://prebisch.cepal.org/sites/default/files/2013/prebisch\\_el\\_desarrollo\\_eco.pdf](http://prebisch.cepal.org/sites/default/files/2013/prebisch_el_desarrollo_eco.pdf) Consultado en: 14-03-2014.

<sup>391</sup> O. DABÉNE; *América Latina...* Op. cit., p. 95.

<sup>392</sup> E. DEVÉS; *El pensamiento latinoamericano en el siglo XX. Tomo II. Desde la CEPAL al neoliberalismo (1950-1990)*. Biblos, Centro de Investigación Diego Barros Arana, Buenos Aires, p. 21.

exclusivamente económica, contribuyendo a una mejor problematización de las dificultades que afectaban a la región.

En efecto, la idea de desarrollo adquirió nuevas connotaciones. Problematizado desde otras vertientes de las ciencias sociales, intentó comprender los elementos estructurales que impedían el despegue definitivo de las naciones del continente. De esta forma, a los economistas se sumaron geógrafos, sociólogos y politólogos, entre otros, buscando comprender mejor cómo funcionaba el círculo de la pobreza, el desempleo y la actividad productiva en general, dando contenido concreto a los problemas que provocaban el estancamiento y la desigualdad en la región. Las posibilidades de reflexión que representaron estos esfuerzos, permitieron elaborar diagnósticos más amplios, profundos y menos estereotipados de la compleja realidad latinoamericana.

Por otra parte, tanto R. Prebisch como C. Furtado insistieron que era el momento de utilizar estrategias propias evitando caer en la traslación clásica de reproducir en el continente las teorías externas. Era necesario —señalaban— elaborar un nuevo paradigma auténticamente latinoamericano, incorporando distintos sistemas de pensamiento. Este esfuerzo alimentó un tratamiento distinto de los problemas que aquejaban a la región, auspiciando una mentalidad diferente a la hora de abordar la realidad económica, social y política. Únicamente —enfaticaron— a través de la caracterización de la especificidad de los problemas regionales, estableciendo también los contextos históricos y condiciones sociales y políticas que propiciasen el desarrollo económico de cada nación, se podría efectivamente avanzar en las soluciones<sup>393</sup>.

Fue así que se creó todo un lenguaje con renovados conceptos: surgieron por ejemplo, la “*Teoría del subdesarrollo*”, las *economías híbridas* o las *estructuras subdesarrolladas*, entre otras. La elaboración epistémica que conllevó esta producción intelectual, supuso una ruptura teórica respecto a la economía clásica y neoclásica, teniendo una potente recepción en las sociedades latinoamericanas que paulatinamente fueron incorporando parte de este lenguaje en sus análisis y representación de la realidad. El logro de la CEPAL estuvo en su heterodoxia; ahí la originalidad de sus planteamientos y la enorme injerencia que alcanzaron. Es más, muchas de las medidas implementadas sólo se aplicaron en América Latina. Esta amplitud doctrinal buscó transformar las estructuras de la sociedad que limitaban el desarrollo, asumiendo que muchas situaciones sociales vividas por las naciones latinoamericanas eran de carácter histórico, presentando una amplia diversidad según las peculiaridades de cada país.

---

<sup>393</sup> E. FALETTI; *Antología. Dimensiones sociales, políticas...* Op. cit., 2009, p. 79.

Pero la mirada propuesta por la CEPAL implicó, en tercer lugar, un reordenamiento del papel que cabía a los distintos sectores de la sociedad. Si bien era el Estado el principal agente de cambio, no podía ser el único. Para alcanzar el desarrollo resultaba fundamental apoyarse en la clase trabajadora y la burguesía nacional, encargada de llevar adelante el complejo proceso de modernización aportando dinamismo a la estructura social y económica<sup>394</sup>. La relevancia de la burguesía nacional se establecía en dos ámbitos, a nivel privado —fundamentalmente a través de la industria— y a nivel burocrático-administrativo, es decir, desde la organización del Estado.

Las críticas sobre esta cuestión despertaron un interesante debate al respecto, sobre todo luego de los limitados efectos que tuvieron en la práctica las teorías desarrollistas. En esa dirección, se enfatizó de la incapacidad de la burguesía latinoamericana para asumir tal responsabilidad y compromiso cuando, históricamente, no sólo no habían roto con las estructuras impuestas durante la colonia, sino que eran, en muchos casos, garantes de nuevas formas de dominación, estrechamente vinculadas al capital extranjero<sup>395</sup>. Como veremos más adelante, esta mirada constituyó parte fundamental de la base crítica que emergió con la Teoría de la Dependencia.

En cualquier caso, CEPAL estableció de manera clara cuál debía ser el papel del Estado en su relación con los actores sociales y el papel que le cabía a estos para un desarrollo íntegro y equilibrado. Se insistió en la necesidad de reeducar a los ciudadanos, convirtiéndose en un auténtico orientador de las conductas de los distintos estamentos de la sociedad. A los empresarios, estimulando una actitud innovadora en lo económico; a la mano de obra, enfatizando la necesidad de “construir un *ethos* del trabajo, (con) capacidad de adaptación y técnica y conciencia de responsabilidad social estrechamente asociada a la conciencia de su propia función en el conjunto de la sociedad”<sup>396</sup>. En ese sentido, se incentivó que las reformas estructurales no fuesen sólo de tipo económico sino también social y también cultural; propiciando reformas educativas que facilitaran la movilidad social, internalizando los nuevos valores y modos de conducta que debían caracterizar a los ciudadanos; realizando una reforma agraria profunda que, junto a la reestructuración de la tenencia de la tierra, propugnara una modificación de las relaciones sociales que hasta ahí habían caracterizado al mundo rural latinoamericano; una reforma al Estado y al sistema político en su conjunto para adecuarlo a las necesidades específicas de cada país orientando

---

<sup>394</sup> P. PÉREZ HERRERO; *Auge y caída de la autarquía...* Op. cit., p. 30.

<sup>395</sup> La crítica a la burguesía latinoamericana la realizan varios autores desde la década de 1930 con mayor sistematicidad. Cado Praio Junior en Brasil, o Pablo González Casanova en México son algunos reputados intelectuales que enfatizan la relevancia de la burguesía nacional en la reproducción del colonialismo interno a manos del imperialismo. Ver: P. GONZÁLEZ CASANOVA; *La democracia en México*. Serie Popular Era, México, 1965.

<sup>396</sup> E. FALETTO; *Antología. Dimensiones sociales...* Op. cit., p. 89.

los esfuerzos hacia un desarrollo consciente transversal y planificado. En suma, la reflexión de la CEPAL abordó y auspició de forma amplia y permanente el tema de la relevancia capital que tenía la autonomía nacional, el desarrollo económico y social ligado a una profunda democratización política, pero sobre todo social, cuestión que debía ser encauzada y dirigida por el Estado<sup>397</sup>.

Esta política que representaba una auténtica revolución para el continente, resultó fundamental en la medida que fortaleció la participación de estamentos postergados en una sociedad que crecientemente iba aumentando sus reivindicaciones por inclusión. Desde esta óptica, los cepalistas entendieron que con una educación óptima en cuánto ciudadanos, pero al mismo tiempo como grupos pertenecientes a la sociedad —con una labor específica que les cabía desempeñar— resultaba más fácil adquirir hábitos, costumbres y nociones respecto a su rol en la sociedad. Estas orientaciones adquirieron relevancia y fueron *in crescendo* en el transcurso de los años. Efectivamente, como pretendemos demostrar, estas tendencias profundizadas más tarde por otras matrices críticas del pensamiento latinoamericano, forjaron a fin de cuenta una determinada forma de entender la vida, la política, el Estado y la sociedad y que, generada desde arriba, permeó hacia los sectores populares dada la convergencia existente entre este discurso y las crecientes necesidades de los sectores populares latinoamericanos.

Más adelante, en la década de 1960, cuando el paradigma del desarrollo entró en crisis fruto del estancamiento económico por el insuficiente consumo interno necesario para sostener este tipo de políticas<sup>398</sup>, la CEPAL también enfocó su trabajo en el análisis de las reformas —estructurales— que debían producirse en la región para alcanzar una óptima implementación del proceso industrializador. En esta perspectiva y a partir de la utilización del concepto de “*heterogeneidad estructural*”<sup>399</sup> como mecanismo de explicación de los límites que tenía la integración nacional en el proceso de industrialización, se insistió en la necesidad de realizar cambios profundos que permitieran una efectiva mejora en las condiciones generales de la sociedad, elaborando propuestas para controlar la inflación desbordada desde el comienzo del proceso industrializador<sup>400</sup>.

La incapacidad, no obstante, de iniciar la segunda fase en el proceso de sustitución de importaciones (vinculada a la sustitución de importaciones de bienes durables), llevó, a fines de la década de 1950, a una divergencia sobre los caminos a seguir. La mirada efectuada por el nacional desarrollismo no profundizó en algunos de los elementos que

---

<sup>397</sup> E. FALETTI; *Ibid.*, p. 90.

<sup>398</sup> S. CORREA, et. al; *Historia del Siglo XX chileno*. Op. cit., p. 185.

<sup>399</sup> E. DEVES; *El pensamiento latinoamericano...* Op. cit., p. 41.

<sup>400</sup> O. SUNKEL, et. al; *Inflación y estructura económica*. Paidós, Buenos aires, 1967, pp. 10-13.

habían impedido el despegue de las economías del continente y mantuvo la directriz de auspiciar políticas económicas abiertamente proteccionistas<sup>401</sup>. Y si bien hombres como A. Pinto, C. Furtado o M. de Conceicao intentaron –con matices– proponer soluciones a los nuevos problemas económicos que sacudieron a la región en la década de los 60’, “no consiguieron situar de manera adecuada la originalidad de las formaciones sociales latinoamericanas o prever sus resultados”<sup>402</sup>. En otras palabras, con sus diagnósticos no lograron evitar que el funcionamiento de la economía rompiera su comportamiento histórico, impidiendo efectivamente un despegue económico y social equilibrado de la región.

Podemos indicar, en conclusión, que más allá de los resultados concretos de estas políticas –que por lo demás presentaron derivaciones sumamente dispares– lo interesante de esta experiencia estuvo en el enorme impacto simbólico que presentó en la región y con ello en los imaginarios que se construyeron en la sociedad latinoamericana. Sobre todo, en los aspectos referidos al rol del Estado, la participación creciente de los distintos estamentos de la sociedad así como del papel que debían desempeñar éstos en el funcionamiento de la comunidad. La CEPAL, en definitiva, fue una escuela y una referencia obligada del pensamiento económico, social y político de la región. Ayudando a crear un conjunto de representaciones acerca de los caminos que debían trazarse para subsanar las profundas desigualdades que caracterizaban al continente. A partir de este pensamiento, su notable influencia regional y la consolidación de otros procesos históricos, surgieron nuevas teorías y proyectos que profundizaron la crítica al sistema dominante, estimulando el discurso a favor del cambio estructural en todo el orden político y social latinoamericano.

### *3.3. Dimensión cultural de los cambios. Crítica, Dependencia y autonomía en el pensamiento latinoamericano*

En un contexto de estancamiento económico y crisis del modelo ISI, la década de 1960 asistió a una profundización de miradas críticas respecto a los motivos que impedían el despegue económico en la región, pero también a las históricas deudas que mantenían con el grueso de la sociedad<sup>403</sup>. Si el freno en el crecimiento incentivó las ideas que llamaban a profundizar las reformas al capitalismo, el papel del Estado y la propia comunidad emergieron con redoblada fuerza como sustento de dicha transformación. La aparición de

---

<sup>401</sup> P. PÉREZ HERRERO; *Auge y caída...* Op. cit., p. 14.

<sup>402</sup> E. SADER, I. JINKINGS; *Enciclopedia Contemporánea...* Op. cit., p. 959.

<sup>403</sup> Para una visión detallada de los desajustes económicos que se generan en la región luego de la primera década de implementación de políticas ISI, ver P. PÉREZ HERRERO; *Auge y caída...* Op. cit., pp. 47-89.

un pensamiento crítico, sumamente perspicaz de las condiciones estructurales en que se insertaba la compleja realidad latinoamericana, alimentó al conjunto de las ciencias sociales y la intelectualidad en general, incentivando formulaciones transgresoras no sólo en el ámbito económico e industrial, sino de manera integral, con una marcada impronta cultural. Desde esta perspectiva, se instaló la urgencia de revisar otros ámbitos de la vida que coadyuvaban a la perpetuación de las injusticias, la pobreza y la exclusión; a saber, la educación, religión y las formas que, en general, se abordaban las problemáticas características del continente. La idea de liberación del yugo que representaban las estructuras heredadas de la colonia, se constituyó en un eslabón fundamental de la cadena crítica que insufló activamente el descontento y la noción de cambio que azotó con fuerzas a la multitud latinoamericana. A todo ello se sumó la revolución cubana que con toda su carga representativa inyectó las esperanzas por transformar —por otros medios— definitivamente el modelo de dominación vigente que impedía el desarrollo autónomo de la región. “Por ello la conciencia de una explotación económica y el sentimiento de un abandono político se conjugaron para favorecer la aparición de un auténtico “latinoamericanismo”, señala Dabène<sup>404</sup>. En dicho marco, el ámbito del conocimiento experimentó una auténtica “revolución de las expectativas” que incentivó con vehemencia, profundizar las miradas rupturistas que llamaban a la transgresión y al cambio<sup>405</sup>.

Fue en este ambiente crítico que surgieron una serie de propuestas teóricas destinadas a analizar a la región y la desigual forma en que se desenvolvían sus actores. Entre ellas conviene destacar la Teoría de la Dependencia. Formulada entre 1964 y 1973, el nuevo paradigma representó un salto en el análisis de la realidad latinoamericana. Su contribución estuvo en romper con el nacionalismo metodológico a la hora de entender los procesos económicos globales, planteando que la economía mundial era la realidad dominante en el desarrollo del capitalismo y suponía, pese a un contexto de desarrollo nacional de las economías, una búsqueda de ganancias que establecía la convergencia de intereses entre burguesía nacional y burguesía internacional. Es decir, la economía capitalista representaba un sistema transnacional y por tanto las teorías del desarrollo implicaban necesariamente la “colonialidad” y el subdesarrollo de la mayor parte del planeta. América Latina, por supuesto, de acuerdo a la lógica subyacente a esta interpretación de centro-periferia, se encontraba en la periferia, subdesarrollada y dependiente del sistema.

Este análisis sindicaba que la expansión de la economía mundial capitalista se vinculaba a los procesos de monopolio tecnológico, comercial y financiero de los países

---

<sup>404</sup> O. DABENE; *América Latina...* Op. cit., p. 143.

<sup>405</sup> S: CORREA, et al; *Historia del siglo XX chileno...* Op. cit., p. 226.



centrales. Mientras las decisiones tomadas por las clases dominantes del norte desarrollado dirigían el rumbo de la expansión económica, los países dependientes se ajustaban plenamente a estas dinámicas impuestas. En esa dimensión, el Estado –latinoamericano— era una herramienta con que las burguesías locales negociaban para obtener mejores condiciones de intercambio con el capital exterior en busca de sus propios intereses. La dependencia, entonces, se concibió como “la existencia de una estructura económica, política, social e ideológica, simultáneamente nacional, internacional, y específica. Su reproducción no lleva a la convergencia con los patrones del desarrollo de los países centrales, sino a la construcción de un proceso histórico original en el ámbito del capitalismo mundial”, siendo el subdesarrollo latinoamericano una demostración expresa de su trayectoria subordinada al orden mundial. La modernización, por tanto, no era más que una adecuación del modelo en que los países centrales y dependientes se integraban a este orden desempeñando un determinado papel<sup>406</sup>.

Entre los teóricos de la dependencia, existieron dos grandes vertientes. Por una parte, autores –como E. Faletto o F. E. Cardoso— que desde una perspectiva *weberiana*, entendieron la dependencia como el patrón en el que las sociedades latinoamericanas debían desenvolverse entregando, por tanto, una mirada de aceptación y asimilación al modelo; por otra, surgió el pensamiento de autores como T. dos Santos, V. Bambirra, C. Furtado, entre otros, que, fuertemente influidos por el marxismo y con una mirada latinoamericanista, intentaron superar esta condición dependiente del continente para dar un salto a la autonomía económica, social y política de la región.

De acuerdo a los enfoques de Faletto y Cardoso, La dependencia era el paradigma del desarrollo para la región. Una condición en la que debía desenvolverse para insertarse en la modernización. En ese sentido, establecieron una diferencia entre vieja y nueva dependencia, enfatizando que la estructura de posguerra establecida por el capital extranjero se inclinaba hacia la internacionalización del mercado interno y diferenciaba las formas políticas y económicas de dominación. A diferencia de lo que ocurría en la economía colonial y sus lógicas vigentes incluso en la primera parte del siglo XX, la nueva dependencia reequilibraba la descapitalización de la economías dependientes a través de la dependencia financiera internacional que orientaba los excedentes del capital en los países centrales hacia el mercado interno de los países dependientes, posibilitando de esa forma el acceso al desarrollo. En ese orden, eran los lazos financieros, tecnológicos y comerciales del capitalismo dependiente los que unían a las economías subdesarrolladas a la economía

---

<sup>406</sup> E. SADER, I. JINKINGS; *Enciclopedia...* Op. cit., p. 960.

mundial<sup>407</sup>. Esta lectura asumió entonces, que no sería a través de la burguesía nacional o el Estado que se alcanzaría el control de la economía y el desarrollo. Ahora bien, el déficit de esta propuesta estuvo en su omisión de un aspecto fundamental del vínculo económico norte-sur y del modelo capitalista en sí; la exagerada tendencia a la concentración de la riqueza y el aumento considerable de la desigualdad<sup>408</sup>. Precisamente, el principal problema que históricamente ha caracterizado a América Latina.

La visión marxista de la dependencia en cambio, si consideró esta problemática, reafirmando parte importante de su doctrina en diagnósticos ya existentes<sup>409</sup>. Insistieron, en este ámbito, que el desequilibrio socioeconómico de la región se debía en gran parte al papel jugado por el capital extranjero en el empobrecimiento del continente. La competencia existente entre distintos monopolios se zanjaba por lo general con el dinamismo que entregaba la tecnología, la que se producía casi exclusivamente en el norte desarrollado. En ese esquema, las economías dependientes se incorporaban a la división internacional con una especialización productiva que los volvía intrínsecamente inferiores en la economía global.

T. dos Santos —uno de sus más destacados representantes— profundizó en el análisis de las especificidades del proceso de acumulación en las economías dependientes<sup>410</sup>. Observó los fundamentos que llevaban a las burguesías nacionales a comprometerse con los monopolios internacionales (que no era otra cosa que la obtención de ganancias extraordinarias). Este vínculo les permitía superar los límites endógenos de su capacidad de acumulación asumiendo una condición monopólica en sus segmentos productivos. El problema, enfatizó, era que la plusvalía extraordinaria generada por estos capitales internos, dependía de la tecnología proporcionada por el capital externo, provocando que también parte de esa plusvalía se fugara hacia el exterior<sup>411</sup>. Este proceso ahondaba los términos del intercambio redundando en una reducción de la plusvalía, generando una crisis en el sector exportador, motor de las primeras etapas de la economía dependiente<sup>412</sup>. En ese orden, C. Furtado, insistió que la eliminación de la clase empresarial nacional —en detrimento del

---

<sup>407</sup> **F. CARDOSO, E. FALETTO**; *Dependencia y Desarrollo en América Latina: Siglo XXI*, Buenos Aires, 1977.

<sup>408</sup> Un aspecto que conviene señalar de esta mirada a la Dependencia, es su análisis de la ola autoritaria que sacudió al continente; Esta se produjo por la amenaza que representaron para la acumulación las políticas populistas y nacionalistas de los gobiernos de izquierda que condujeron al capital hacia el autoritarismo como mecanismo de defensa de sus intereses.

<sup>409</sup> Desde antes de la década de 1920, se esgrimen una serie de críticas —profundas— al modelo económico que se impone en América Latina, base en la que se sostendrán estos autores para profundizar su crítica a la dependencia que se impone en la región.

<sup>410</sup> Entre la bibliografía más destacada de Teotonio Dos Santos se encuentra, **T. DOS SANTOS**; *Socialismo o fascismo. El nuevo carácter de la dependencia y el dilema latinoamericano*. Periferia, Buenos Aires, 1972.

<sup>411</sup> **E. SADER, I. JINKINGS**; Op. cit., p. 961.

<sup>412</sup> El mecanismo que utiliza el sistema para paliar dicho desbarajuste, es a través de la sobreexplotación de la fuerza de trabajo y la reducción salarial **T. DOS SANTOS**; *Socialismo o fascismo*. Op. cit., pp. 24-25.

ambicioso y expansivo capital exterior—terminaba con cualquier posibilidad de un desarrollo nacional sostenido por la propia industria interna, fundamentalmente por la fuga masiva hacia el exterior de la plusvalía que propiciaba este modelo de desarrollo<sup>413</sup>.

En cualquier caso y más allá de los fundamentos técnicos que produce la Teoría de la Dependencia, lo interesante de su contribución estuvo en que auspició, desde distintas vertientes del saber, nuevas miradas sobre la realidad latinoamericana, entregando soportes sólidos a las distintas críticas que se elaboraron al modelo dominante en América Latina y a la relación de dependencia política y económica en la que se encontraba la región con los países del norte, principalmente de Estados Unidos, y el impacto que este sistema tenía en la sociedad latinoamericana. De este modo, desde la religión, educación, filosofía y la geografía, por mencionar algunos ejemplos, se fueron utilizando distintas variantes del diagnóstico *dependentista* para elaborar renovadas propuestas que orientaban a la superación de la pobreza y la desigualdad, desde una perspectiva eminentemente rupturista con el orden vigente.

En este ambiente intelectual de profundo cuestionamiento a las estructuras, se incentivó una mirada liberalizadora y una conciencia crítica que permeó progresivamente en un amplio sector de la sociedad. En esa línea, surgieron las contribuciones de P. Freire en educación, L. Zea en filosofía, M. Santo en geografía o la propia doctrina cristiana que representó la Teología de la Liberación, por mencionar algunos ejemplos de los intelectuales y tendencias que alcanzaron destacada preeminencia durante la segunda mitad del siglo XX con su testimonio emancipatorio.

Leopoldo Zea fue quizás uno de los precursores de estos enfoques. Sus trabajos se interrogaron por la cultura e identidad latinoamericana, del ser americano y de la posibilidad de existencia de una filosofía iberoamericana. Las raíces del ser americano las encuentra en la diversidad que representan su venia occidental e indoamericana, la que permaneció subyugada al menos hasta la primera mitad del siglo XX. La necesidad de asimilarla y superarla a través de una deconstrucción de los imaginarios impuestos por esa América occidental —europea—, podrían reconstruir una realidad adecuada a los componentes y características de la región. Este paso representaba un salto al reconocimiento del ser iberoamericano, asumido ya no como una desgracia —por no ser íntegramente europeo— sino como otro igual. Diverso pero igual. El impulso que propicia el pensamiento de Zea, incentivó el llamado al despertar de una conciencia americana<sup>414</sup>. Sin embargo, su mayor contribución al mundo de las ideas en América Latina es su

---

<sup>413</sup> C. FURTADO; *La hegemonía de los Estados Unidos y América Latina*. Cuadernos para el diálogo. Madrid, 1971, p. 130.

<sup>414</sup> L. ZEA; *América con Conciencia*, UNAM, México, 1953.

concepto de “Filosofía de la liberación”. Entre las décadas de 1960-1970, y en el contexto de liberación que vivía África y la relevancia que adquirirían las teorías desarrollistas y de la Dependencia en el continente americano, Zea trazó un camino para la construcción de la auténtica emancipación de los pueblos, que se conseguiría exclusivamente con el reconocimiento de la diferencia cultural existente entre el continente americano y Europa. En esa línea y de acuerdo al contexto en que se elabora su pensamiento, sus ideas también sirvieron para consolidar las nociones de liberación y emancipación en la conciencia de los pueblos latinoamericanos.

A esta consideración, igualmente influyente resultó el pensamiento de Paulo Freire. A través de la alfabetización y la educación de adultos, propuso la articulación de un proyecto de liberación política y cultural más amplio, y que, a tal efecto, se dirigiera a la lectura del mundo y a la toma de conciencia crítica con respecto a la cotidianidad opresiva en la que vivían los sectores populares. En efecto, su concepto “pedagogía del opresor”, sirvió para identificar el mecanismo vigente de dominación subyacente en la estructura cultural latinoamericana<sup>415</sup>. Esto es, cómo la propia formación de las capas populares en el entramado cultural que se establecía desde las elites de la región, servía para construir la hegemonía cultural, en términos *gramscianos*, que posibilitaba la reproducción de ese modelo de dominación y, por tanto, de la proyección en el tiempo de la construcción del consentimiento social. Ante este escenario, Freire insistió en el papel que debía ejercer la educación popular como vehículo efectivo para combatir la alienación a la que eran sometidos los sectores populares de Brasil<sup>416</sup>. Sólo personas capaces de dialogar, criticar y comunicarse —señalaba— serían capaces de cuestionar y generar una conciencia propia, libre de ataduras dominantes. De este modo, la educación se convertía en una acción cultural y política para la emancipación de los oprimidos, estimulando la cooperación, la decisión autónoma, la participación política y la responsabilidad social y ética de los educandos<sup>417</sup>. El impacto de las apreciaciones de Freire, llevó a incentivar la educación popular como espacio para la concientización de los hombres en su relación con el mundo, único camino, para que el pueblo —la clase trabajadora, en sus palabras— estuviese en condiciones de sumergirse en efectivos procesos de cambio, comprometiéndose abiertamente a ellos a través de la acción autónoma y emancipatoria<sup>418</sup>. Es decir, su

---

<sup>415</sup> E. SADER, I. JINKINGS; Op. cit., pp. 561-562.

<sup>416</sup> P. FREIRE; *Pedagogía de los oprimidos*, Siglo XXI, [12° edición] Buenos Aires, 1974.

<sup>417</sup> P. FREIRE; *Pedagogía de los oprimidos*, Siglo XXI, [12° edición] Buenos Aires, 1974.

<sup>418</sup> E. DEVÉS; *El pensamiento latinoamericano en el siglo XX*. Tomo II. Centro de Estudios Barros Arana, editorial Biblos, Santiago, 2003, p. 160. En el caso de Chile, fue el MAPU, Movimiento de Acción Popular Unitaria, el sector que más incentivó este tipo de construcción del sujeto popular como lo señala C. MOYANO, *El MAPU durante la Dictadura*. Ediciones Universidad Alberto Hurtado, Santiago, 2010, p. 394.

pensamiento y obra incentivó una democratización radical del saber en una sociedad extremadamente elitista y desigual en estos ámbitos.

El pensamiento de Milton Santos, en tanto, se erigió desde la geografía en una interesante contribución a la liberación del pensamiento latinoamericano. Sus estudios, abordaron el tema del espacio geográfico y su centro en el debate acerca de los dilemas de la sociedad contemporánea. El espacio banal, aquel en que se sucedía la cotidianidad de la vida —argumentaba— era fundamental como escenario en que se distingue y coexiste lo diverso. En esa línea, escenificaba la multidimensionalidad de la vida donde la convivencia de lo diverso instigaba a cada uno; el espacio, de esa forma, se convierte en el amparo que conforma las subjetividades de cada quien. Es a raíz de lo anterior que esos espacios hacen plausibles las conexiones sistémicas con la totalidad<sup>419</sup>. Las ideas de Santos permitieron vincular el espacio físico, geográfico y sobre todo urbano, con la formación de una identidad política más o menos específica; la noción de lugar como espacio de desarrollo de la identidad popular sirvió como fundamento teórico para el vínculo social e identitario que se venía forjando entre los sectores urbano populares desde finales del siglo XIX, cuando los cambios que la industrialización modernizadora ejerció en los modos de vida de amplios sectores de la población, transformaron definitivamente los modos en que los sectores populares se identifican y conectan colectivamente con su identidad.

A modo de resumen, toda esta corriente de pensadores latinoamericanos —entre muchos otros— pusieron énfasis en la necesidad de transformación: no sólo de la realidad económica y social sino y antes de todo, de un cambio estructural en el modo de aproximarnos a pensar las problemáticas latinoamericanas desde representaciones y teorías del conocimientos tan alejadas de la realidad de la región y que llamaban a liberarse de las estructuras impuestas desde el norte y las élites dominantes de la región. En otras palabras, queremos destacar que estas corrientes de pensamientos, que además estuvieron permanentemente interconectadas, sirvieron para forjar un acervo cultural específico<sup>420</sup>. Crítico, que junto a las crecientes demandas sociales, sirvió para manifestar una conciencia colectiva emancipatoria, que extendió por todo el continente la idea de realizar cambios de fondo en el conjunto de las estructuras vigentes de la sociedad y del saber latinoamericano.

El modo y profundidad en que estos cuerpos de pensamiento penetraron en el mundo popular, distó en cada caso, dependiendo de las tendencias y énfasis que los propios Estados

---

<sup>419</sup> **M. SANTOS**; *Metamorfosis del Espacio habitado*. Oikos Tau, Barcelona, 1996.

<sup>420</sup> Es evidente que también presentaron contrastes y divergencias, pero aquí nos detenemos en la fuerza que despiertan como cuerpo de ideas que empujan a un determinado modo de ver/entender la vida que empuja a un cambio importante en los paradigmas sociales dominantes. Un interesante trabajo que recoge parte de las sinergias y tensiones de algunos pensadores latinoamericanos puede encontrarse en **A. DONOSO**; *La educación en las luchas revolucionarias*. Quimantú, Santiago, 2018.

nacionales de la región desarrollaron entorno a su visión política del desarrollo y el lugar que le cabía a su país en el sistema mundo. Es casi seguro, en cualquier caso, que la gran mayoría de los latinoamericanos no estuvo en contacto directo con las obras de estos autores. Sin embargo, su fuerza sí conformaron un cuerpo ideológico, caudal o patrimonio cultural lo suficientemente coherente para penetrar en la sociedad latinoamericana a través de las distintas formas de difusión del pensamiento —como los medios de prensa, la educación y la propia cultura, entre muchos otros—, ayudando a forjar este acervo que inyectó de fundamentos, convicciones y expectativas a un amplio sector de la población.

Del mismo modo, por su parte, resultó crucial la transformación que vivió el pensamiento teológico y su vínculo con el pensamiento social especialmente preponderante en América Latina y sus capas populares. La *aparición* en el escenario político de nuevos actores sociales —los pobres del campo y la ciudad— llevó a un sector importante de la Iglesia Católica a reorientar sus preocupaciones en su labor social. El objetivo fue reconectarse con la doctrina social de la iglesia y convertirse en un verdadero representante de los pobres<sup>421</sup>. En esa línea, el llamado realizado por el Concilio Vaticano II a reconciliarse con la modernidad, propició el acercamiento de la iglesia latinoamericana a las capas populares. Surgieron en dicho contexto, distintos posicionamientos y movimientos católicos que, desde diversas perspectivas, buscaron “abrirse al mundo” e involucrarse en el sino de los tiempos. En el caso de Chile, varias figuras representaron la consolidación de esta nueva ola progresista del pensamiento social cristiano. La influencia de los jesuitas — con San Alberto Hurtado marcando una pauta concreta de acción desde los años 40’ —, el Cardenal Caro, y más tarde el Cardenal Silva Henríquez, el Obispo Manuel Larraín o el sindicalista Clotario Blest, entre muchos otros, trazaron un nuevo rumbo de la acción cristiana, orientada a comprometerse con los sectores populares y su realidad.

Siguiendo las directrices del Concilio Vaticano II, algunos sectores del catolicismo entendieron que los pobres también eran parte de la economía moderna. O al menos debían serlo. En esa dirección tanto el *Desarrollismo* como la *Doctrina Social de la Iglesia* convergieron en sus análisis para establecer que los sectores populares estaban marginados y excluidos del progreso de la modernidad. Su afán entonces, se concentró en la promoción de estos sectores en la dinámica económica y social. En efecto, esta lectura de la problemática social latinoamericana, llevó a suscitar la modernización de la conciencia y la cultura de los sectores populares como vía para alcanzar de manera efectiva su integración en la sociedad.

---

<sup>421</sup> F. CASTILLO LAGARRIGUE; “Tres modelos de Iglesia: La Iglesia Liberadora”. En, *VVAA; Crónicas de una Iglesia Liberadora*. LOM ediciones, Santiago, 2001, pp. 31-38.

En cuanto al cambio social que propugna la sociedad latinoamericana durante la década de 1960, estos sectores de la iglesia se declararon reformistas. Es decir, insistían en la necesidad de reformar ciertos aspectos de las estructuras que permitieran la inserción de las capas populares en la modernización. Esto es, aunque conscientes de la necesidad de transformar las estructuras que atenazaban a la sociedad latinoamericana, sus propuestas iban en clave netamente modernizante, es decir, no revolucionaria; las reformas debían garantizar un mejor acceso –para todos– a los beneficios de la modernidad. No obstante, este proceso debía realizarse desde las bases institucionales existentes lo que implicó no cuestionar las raíces mismas del sistema, ni profundizar en las evidentes problemáticas sociales que el modelo despertaba en materia social. Su carácter mesocrático, en efecto, llevó a que estos sectores, muy cercanos a la Democracia Cristiana en el caso chileno, no pudieran sobrepasar los límites del reformismo, realizando una propuesta destinada, en lo fundamental, a hacer más eficiente el sistema capitalista.

Desde esa perspectiva y con el objetivo de combatir la fuerte injerencia que el pensamiento marxista y *dependentista* tuvo en América Latina –específicamente en los sectores populares– surgió durante esta década, la *Teoría de la Marginalidad*. Desde una mirada crítica de la realidad social del continente, intentó diagnosticar y radiografiar los problemas que sumergían a millones de personas en la miseria. Bajo los supuestos de la teoría de la modernización y la teoría de la desviación social<sup>422</sup>, buscó contrapesar los análisis de la realidad que habían impulsado los teóricos de la Dependencia. A través del Centro para el Desarrollo Económico y Social de América Latina (DESAL), de la Compañía de Jesús, su diagnóstico estableció que la raíz primaria del subdesarrollo en la región se debía a que amplias masas de su población vivían en condiciones de marginalidad, es decir, que se encontraban fuera de la sociedad en la que eventualmente vivían. R. Vekemans –su principal ideólogo– señaló al respecto que los sectores más pobres se ubicaban ya no debajo de la escala social sino fuera de ella; no estaban, por tanto, ni económica ni socialmente integrados a la modernidad. No eran parte del campo que los había forzado a emigrar, ni de la ciudad, incapaz de acogerlos<sup>423</sup>. Esta situación convertía al creciente mundo popular urbano latinoamericano en un espacio inmóvil, pasivo y carente de

---

<sup>422</sup> Los fundamentos sociológicos de estas teorías surgidas en Estados Unidos durante la década de 1950, entendían que el cambio social se producía por el proceso inducido por distintos agentes sociales, políticos y económicos, tanto internos como externos, al cambio de valores y actitudes de los sujetos de una sociedad. Este proceso marcaba el tránsito entre una sociedad tradicional y una sociedad moderna. De esta forma y comprendiendo el contexto en que se enmarca –en pleno periodo de guerra fría– la modernización adquirió el significado de occidental y estrechamente vinculado al de desarrollo económico y social, desde una óptica estrechamente liberal y capitalista.

<sup>423</sup> R. VEKEMANS; “La marginalidad en América Latina: un ensayo de conceptualización”: DESAL, En; VV.AA; *Población y familia en una sociedad en transición*. Troquel, Buenos Aires, 1970. Citado en M. IGLESIAS; *Rompiendo el Cerco: El movimiento de pobladores contra la Dictadura*. Ed. Radio Universidad de Chile, Santiago, 2011, p. 30.

toda libertad<sup>424</sup>. Porque no recibían los beneficios de la sociedad pero además porque carecían de cualquier opción de insertarse en ella. En otras palabras, no tenían las herramientas como grupo para integrarse en la modernidad. Esta situación, subyacente a la condición marginal, los convertía en un grupo disperso, atomizado e incapaz de organizarse e insertarse en los códigos propios del mundo moderno. Esta “desintegración interna”, impedía la superación de su situación y prolongaba en el tiempo la exclusión, pobreza y miseria a la que se veían condenados, señalaban<sup>425</sup>.

Ante la imposibilidad de la integración, los teóricos de la marginalidad sugirieron la acción externa como mecanismo para acabar con la pobreza y la exclusión; entidades y agencias del Estado así como de organizaciones no gubernamentales, debían asistir a estos sectores de la sociedad latinoamericana. El discurso —acompañado ciertamente de una creciente práctica política de asistencia social— se orientó a reinsertar a estas amplias masas de personas en la sociedad. En Chile, adquirió forma a través de la “*Promoción Popular*” que implementó el gobierno de E. Frei Montalva, propiciando la organización de Juntas de Vecinos, Centros de Madres, Clubes Deportivos y la sindicalización del campesinado<sup>426</sup>. Su intención estuvo enfocada en fortalecer la subsidiaridad como mecanismo de regulación de las relaciones entre las agencias y los *marginales*, buscando, por otra parte, combatir el paternalismo servilizante e independizar a estos grupos de la sociedad<sup>427</sup>.

Los cuestionamientos a estas teorías fueron múltiples y no sin razón. Por un lado, el enfoque exclusivamente culturalista de DESAL, reducía el tema de la exclusión, obviando y relegando el aspecto económico del problema: “el carácter restrictivo del mercado urbano en el trabajo industrial —señaló A. Quijano— generaba procesos de marginación de otras ramas de la producción en el nuevo orden industrial”. Este fenómeno, producía un nuevo estrato social, formado por todos aquellos que no encontraban —salvo temporalmente— un lugar estable y duradero de trabajo, que lo insertara en las nuevas estructuras de la economía con su participación en el mercado de bienes y servicios de esa sociedad<sup>428</sup>.

---

<sup>424</sup> O. MERCADO VILLAR, P. DE LA PUENTE LAFOY, F. URIBE; *La marginalidad urbana: origen, proceso y modo*. DESAL, Ed. Troquel, Santiago-Buenos Aires, 1970, p. 29.

<sup>425</sup> R. VEKEMANS, R. VENEGAS; “Marginalidad y Promoción Popular”. *Revista Mensaje* 149, Santiago, 1966, p. 219.

<sup>426</sup> Sin ánimos de negar la intencionalidad dada por los ideólogos demócratacristianos a este tipo de iniciativas, también es necesario mencionar que el mundo poblacional —al igual que el campesino— eran en esos momentos espacios en disputa; aún por conquistar para los partidos políticos, a diferencia de lo que ocurría con trabajadores y sindicatos en general donde la izquierda y sobre todo PS y PC, ejercían un evidente hegemonía y control. En ese sentido, políticas como la “Promoción Popular”, vinieron a disputar el espacio poblacional a los partidos de clase.

<sup>427</sup> R. VEKEMANS, R. VENEGAS; *Ibid.*, p. 221.

<sup>428</sup> A. QUIJANO; “Dependencia, cambio social y urbanización en América Latina”. *Revista mexicana de Sociología*, Vol. 30, n°3, julio-septiembre 1968, pp. 525-570. Citado en: M. IGLESIAS; *Rompiendo el Cerco...* Op.cit., p. 33.



Igualmente, los estudios de CEPAL relativizaron el diagnóstico *desaliano*, respecto al carácter migrante y no urbano de los marginados, cuestión que facilitaba –supuestamente— su desarticulación y ruptura normativa entre el mundo que dejaban (tradicional) y la nueva realidad a la que llegaban (moderna). En efecto, al señalar que el gran número de migrantes a las principales ciudades de América Latina provenían de otras ciudades de provincia, CEPAL echaba por tierra el supuesto fundamental de la teoría de la marginación. Esto es, la mayoría de estos migrantes ya tenían experiencias urbano/modernas y por tanto su exclusión no podía responder exclusivamente a este fenómeno sociocultural. En esa línea, además, corresponde señalar que subyace una desvalorización y menosprecio implícito a la organización social, cultura, medicina, religión y educación popular existente en estos sectores de las sociedades latinoamericanas, al entender que las formas propias –autónomas— de acción no respondían a formas adecuadas de desarrollo, aspecto que volvía a poner el acento en la ruptura entre prácticas tradicionales de los sectores populares y aquellas que apuntaban hacia la modernización<sup>429</sup>.

En el plano político, en tanto, la experiencia democratacristiana en Chile había demostrado que pese a dependencia que mantenían estos sectores hacia los partidos políticos, en múltiples aspectos sus anhelos apuntaban hacia una mayor autonomía de sus proyectos. De este modo, si el gobierno Frei entendió estos espacios como un núcleo electoral potente, una vez que dejó de satisfacer las necesidades de los pobladores estos se volcaron en masa hacia Allende, fenómeno que alcanzó su cenit en la elección municipal de 1971, cuando más del 60% de los sectores populares apoyaron al gobierno de la Unidad Popular<sup>430</sup>.

En paralelo a estas visiones y prácticas reformistas, la influencia del marxismo, la revolución cubana y la doctrina social de la iglesia postconciliar empujaron a un grupo de sacerdotes y laicos a pensar desde otros parámetros la realidad social latinoamericana. La necesidad de subvertir un sistema de dominación opresivo con las capas populares, propició una reflexión social sumamente crítica que tuvo su expresión en América Latina, a través del surgimiento de una tendencia teológica –propia de América Latina— que fijó en los pobres la verdadera doctrina de la Iglesia. Nos referimos a la Teología de la Liberación<sup>431</sup>. Su visión aunque se centró en las condiciones objetivas que empujaban a la miseria a millones de latinoamericanos, abarcó también una reflexión sobre la propia institución

---

<sup>429</sup> F. CASTILLO LAGARRIGUE; “Tres modelos de Iglesia: La Iglesia Liberadora”... Op. cit., p. 36.

<sup>430</sup> Las cifras en J. GIUSTI; “El programa de Promoción Popular en Chile. Un intento de organización política de los sectores populares”. *Revista Latinoamericana de Ciencia Política* 3, núm. 1, 1972, p. 9. Citado en: M. BASTÍAS; *Sociedad civil en dictadura*... Op. cit., p. 91.

<sup>431</sup> Como es sabido, surgió oficialmente, en 1971, cuando el sacerdote peruano Gustavo Gutiérrez publicó su libro con ese nombre. G. GUTIÉRREZ; *Teología de la Liberación*. CEP ediciones, Ed. Lima, 1988 (6ª edición).

religiosa y su papel –histórico— en el asentamiento y consolidación de las condiciones de dominación y opresión que imperaban en el continente. En ese orden, la nueva teología diagnosticó la existencia de una configuración social, política y económica que sumía a una importante facción de la población en la pobreza. Debía, entonces, plantearse un cambio social profundo, dado que las estructuras existentes no eran obra de la naturaleza sino de una acción política determinada que involucraba a las instituciones de la región.

La Teología de la Liberación basó sus fundamentos en tres aspectos centrales; por una parte, en la interpretación de la fe bajo el prisma de la lucha y la esperanza de cambio para los más pobres; una crítica sostenida a la sociedad y sus instituciones que fomentaban un estado de injusticia a la amplia mayoría de la población; finalmente, proclamando una reformulación de la acción pastoral desde una perspectiva crítica, preocupada fundamentalmente por los más pobres<sup>432</sup>. Bajo esta orientación numerosos sacerdotes, religiosas y laicos iniciaron un camino hacia la transformación radical de la realidad histórica que caracterizaba al continente. Ése era al menos el propósito –orientado fundamentalmente hacia los más pobres— de la Teología de la Liberación; plasmar en vida, la salvación que *Jesús* había anunciado. Esto implicaba un cambio estructural en las formas que se conformaba la vida social y cotidiana de los más pobres; de la opresión y exclusión debía pasarse a una realidad de liberación, plenitud y alegría. De esta forma, la Iglesia comenzó a ser concebida desde estas visiones como comunidad, manifestada en la práctica cotidiana con los más pobres, signo principal de la irrupción del *Reino de Dios* en la historia humana<sup>433</sup>.

La Iglesia Liberadora consideró al mundo como una realidad desgarrada por injusticias, desigualdades y conflictos. Era pues, con los pobres y oprimidos, donde la Iglesia debía estar, esto es, con pobladores, campesinos y trabajadores. Desde esta perspectiva, la categoría que mejor definió la actitud de la Iglesia Liberadora fue la solidaridad; la relación empática y simbiótica con el otro desfavorecido, con quien se comparte una realidad, un destino común. Esta mirada, plasmada en la práctica por un creciente número de curas y monjas comprometidos con los más pobres, inexorablemente la convirtió en voz autorizada y legítima para representar el sentir de los sectores populares del continente. Bien es cierto que esta representación, pese a tener mucha trascendencia en los sectores populares, no representó a la jerarquía que intentó controlar y limitar el efecto de esta corriente en la sociedad (hecho manifiesto en la Conferencia Episcopal de Puebla en 1979, donde se margina a los teólogos de la liberación). Sin embargo y por todo lo anterior, podemos

---

<sup>432</sup> G. GUTIÉRREZ; *Teología de la Liberación. Op cit.* La síntesis extraída de: E. SADER, I. JINKINGS; *Op. cit.*, p. 1192.

<sup>433</sup> F. CASTILLO LAGARRIGUE; “Tres modelos de Iglesia: La Iglesia Liberadora”... *Op. cit.*, p. 37.

señalar que esta iglesia que emerge tras el Concilio Vaticano II y las Conferencias Episcopales de la región (fundamentalmente de Medellín 1968), presentaron como seña de identidad un profundo compromiso con el cambio social. Sus convicciones teológicas la llevaron a encarnarse en el pueblo, compartiendo y auspiciando la lucha política que propugna la justicia social. Esto significó vertebrar un discurso y una práctica anti oligárquica que pretendió liberar a los sectores populares de la opresión y la injusticia, superando las estructuras de violencia que imponía el sistema –capitalista— dominante. Fue a partir de esta convicción respecto a la necesidad de elaborar un proyecto popular alternativo, que la iglesia liberadora se aproximó al socialismo. De igual forma, tras la violenta irrupción de las Dictaduras de Seguridad Nacional en el continente, este sector de la iglesia asumió que la violencia estructural imperante en las sociedades latinoamericanas era una violación permanente a los derechos de las personas; pero no sólo como individuos aislados y alienados, sino como comunidad. Fue en este contexto donde la dimensión colectiva de los derechos, relacionados a la dignidad de las personas, adquirieron una relevancia fundamental. El derecho al trabajo, la educación, la vivienda y la salud, entre otros derechos históricamente postergados para los sectores más pobres de la sociedad Latinoamericana, se convirtieron en un objetivo intransable para el pensamiento de estos cristianos de base.

Conviene destacar, a modo de síntesis, que los esfuerzos e impulsos que representaron la Conferencia de la CELAM en Medellín, en 1968, así como las teorías económicas y sociales elaboradas por la CEPAL y las mismas derivaciones que la realidad social de la región provocaron en intelectuales, líderes políticos, sociales y religiosos, generó un caudal potente de términos, ideas y representaciones, que inundaron los imaginarios de la sociedad latinoamericana haciéndose dominantes a partir de la segunda mitad del siglo XX. De esta forma, progresivamente y no sin oposición, se fue conformando una idea en que la justicia, igualdad y solidaridad se convirtieron en un anhelo extensamente difundido; donde la comunidad se convertía en el eje dominante de las políticas que el Estado –máximo articulador de este proyecto— debía implementar; ya fuese desde un cariz reformista y moderado, ya fuese a partir de una mirada revolucionaria y emancipatoria que insistiera en la necesidad de transformar profundamente las estructuras que regían a las sociedades latinoamericanas. Ideas, proyectos y representaciones que fueron modelando una cultura política más o menos definida –amplia y plural— que se vio incentivada por la contingencia que marcó la historia del continente en pleno contexto de guerra fría; la revolución cubana o el proyecto socialista de la Unidad Popular, entre otros, inundaron de esperanzas y expectativas a las sociedades, dando sentido práctico a las tendencias que llamaban a una

transformación de fondo de las estructuras, materializando en ese discurso parte de este acervo cultural que disputó fuertemente con las fuerzas conservadoras el poder, de manera de modificar la desigual relación que había marcado la historia del continente.

### *3.3 Dimensión política del cambio: Guerra Fría en América Latina. Auge del marxismo, dominación norteamericana, tensión y conflicto en las sociedades*

Si desde comienzos de siglo la sociedad latinoamericana se había venido manifestando insatisfecha por los sistemas políticos imperantes, la cultura tomaba ese malestar y lo nutría de fundamentos políticos, económicos, sociológicos y establecía una crítica sólida a la realidad de la región, la contingencia política de la segunda mitad de siglo, decididamente en esa dirección. Durante las décadas 1940-1950, se produjeron dos fenómenos políticos que redundaron en este cambio de mentalidad del que venimos haciendo mención. Por una parte, se produce una tensión entre discurso y práctica de la democracia como régimen político, por un lado (a raíz del nuevo escenario de Guerra Fría); por otro, la ascensión protagónica de los partidos obrero-marxistas fruto del descontento social que comenzó a demandar cambios estructurales y que, en cierto modo, colmó los “imaginarios políticos” de los sectores populares de la sociedad teniendo como punto culmen la revolución cubana<sup>434</sup>. No se trató que antes de esta etapa no hubiese descontento social, sino más bien que ciertos procesos confluyeron para estructurar ese malestar en la institucionalidad vigente. O al menos involucrarla directamente, cuestión de la que se encargaron, durante esos años, los partidos obreristas.

En el papel, la década de los 40’ conduce a una intensificación por profundizar el modelo democrático no sólo con el afán de auspiciar el desarrollo a través de políticas reformistas, sino para combatir los totalitarismos; primero, a través de frentes antifascistas, luego para contrarrestar la injerencia comunista. Como se sabe, esta iniciativa propugnada inicialmente por Estados Unidos, tuvo corto recorrido como se desprende del respaldo recurrente a dictaduras militares abiertamente antidemocráticas<sup>435</sup>. Ahora bien, si entendemos que el discurso democratizante que caracterizó a los Estados Unidos en este periodo no fue más que un recurso retórico para imponer sus criterios en el orden

---

<sup>434</sup> Utilizamos el concepto de imaginario político para referimos al conjunto de representaciones que poseen un núcleo ideológico, un campo léxico y semántico que involucra también una dimensión cultural y emocional, de acuerdo a la definición de B. Subercaseaux. **B. SUBERCESEAU**; *Historia de las ideas...* Op. cit., pp. 52-53.

<sup>435</sup> Esta política implementada en América Latina respondió a una política global, como lo demuestra el caso de Indonesia, entre muchos otros. **M. ROITMAN**; *Tiempos de oscuridad*. Op. cit., pp. 18-19.

mundial<sup>436</sup>, podemos señalar que en la práctica, la política norteamericana en América Latina careció en realidad de un auténtico sentido democrático. Esto, como señala Fontana, se debió en realidad a que su política exterior estuvo centrada en sus intereses económicos y de seguridad, y no en un efectivo impulso por fortalecer y extender este régimen político en otras latitudes del mundo<sup>437</sup>. La Guerra Fría y la emergencia de la URSS como actor que desafiaba la hegemonía norteamericana a nivel mundial, condujo a transformar el sentido de la democracia como régimen político para la región, convirtiéndola en una herramienta más de control y combate de la amenaza comunista.

En efecto, la confirmación del conflicto mundial con la URSS reafirmó esta práctica, relegando a un segundo lugar el carácter democrático de los proyectos políticos de la región, en detrimento del factor antimarxista. La visión sesgada e ignorante en muchos casos de la realidad latinoamericana, permitió elaborar un diagnóstico poco preciso de la región, desdeñando interesantes proyectos que habían emergido desde los años 40' por temor a un desborde comunista; el arcaísmo de las sociedades latinoamericanas —se argumentó sostenidamente en importantes círculos del poder norteamericano— era la demostración de la incapacidad de estos pueblos de vivir en democracia<sup>438</sup>. Así, una dictadura, mientras defendiera el anticomunismo, podía garantizar sino la colaboración norteamericana, al menos su no intervención. En cambio, variadas experiencias democráticas pero críticas con el modelo imperante, debieron sufrir la presión estadounidense, que en muchos casos colaboró abiertamente con las élites tradicionales a fin de combatir gobiernos potencialmente contrarios a la lógica expansionista del imperialismo capitalista. Esta política implementada desde los años 50, adquirió mayor consistencia tras la llegada de L. Johnson al poder y la implementación de lo que se conoció más tarde como la doctrina Mann<sup>439</sup>. Efectivamente la muerte de Kennedy puso término al reformismo preventivo —sustentado en iniciativas como la Alianza para El Progreso— para dar paso a una acción más decidida de intervención militar, de la mano de la doctrina de las fronteras ideológicas que se buscaba imponer<sup>440</sup>.

---

<sup>436</sup> No se trata de negar el carácter democrático que constituye al proyecto norteamericano, pero, por una parte, ese proyecto ha tenido escaso eco en la política exterior de la potencia del norte, y, en segundo orden, su noción democrática presenta evidentes límites en comparación con los discursos y construcciones políticas que se elaboran en América Latina en estas décadas, en relación al menos a la idea de democracia.

<sup>437</sup> **J. FONTANA**; *Por el bien del imperio. Una historia del mundo desde 1945*. Pasado&Presente, Barcelona, 2011, pp. 15-16.

<sup>438</sup> **J. FONTANA**; *Ibidem*. p. 504.

<sup>439</sup> En referencia al Embajador Thomas Mann quien señaló que las relaciones con América Latina estarían supeditadas a los intereses norteamericanos y no así al sistema político vigente en los países de la región. **O. DABENE**; *América Latina en el siglo XX...* Op. cit.

<sup>440</sup> **M.C. MIGUÉZ**; “¿Anticomunistas, antiestatistas, antiperonistas? La “nacionalización” de la doctrina de seguridad nacional en la Argentina y la legitimación del golpe de Estado de 1966”. *Revista SAAP*, Vol. 7 nº1, mayo 2013, pp. 65-95.

Fue en este escenario contradictorio entre discurso democrático, creciente demanda social por expandir los derechos y una práctica en realidad restrictiva de los mismos, que se situaron las distintas experiencias políticas que marcaron al continente; con gobiernos de carácter democrático —como los casos de Colombia, Ecuador, México o Costa Rica, entre otros— que aun cuando presentaron abiertas deficiencias (alteración de resultados electorales, control del patrón de votantes, efectivas posibilidades de alternancia o libertad de expresión), consolidaron la democracia en la región<sup>441</sup>; pero también otros, de evidente acento autoritario como fueron los casos de Paraguay (1954), Guatemala (1954) o Argentina (1955) por mencionar algunos que simbolizaron la tensión y pugna por la democracia que se dio en la región.

Las iniciativas encaminadas a elaborar proyectos políticos alternativos estuvieron fuertemente presionadas por el contexto internacional que situaba cualquier avance hacia cambios estructurales como potencial peligro comunista. Si la democracia se había constituido a inicios de la década de 1940 como el formato para contener a través de los acuerdos los embates de los sectores populares y los partidos obreristas, la década de 1950 presenció la convergencia de los intereses de las clases dominantes latinoamericanas y los Estados Unidos. Esto permitió la emergencia de una serie de iniciativas destinadas a defender el orden establecido como mecanismo de combate al marxismo y, de paso, los intereses de los sectores privilegiados. La democracia, entonces, dejó de jugar el papel protagónico que parecía iba a ejercer en el continente al terminar la II Guerra, para dar paso a prácticas abiertamente autoritarias. En Chile —modelo democrático de la región— esa directriz adquirió forma a través de la Ley de Defensa Permanente de la Democracia, que firmada en 1948 por el presidente radical G. González Videla, ilegalizó a sus compañeros de coalición —los comunistas<sup>442</sup>— por su ideología abiertamente contradictoria con la democracia<sup>443</sup>.

La débil tradición democrática de la región fue rápidamente superada por la división del mundo en dos bloques, conduciendo a una deriva autoritaria. Solamente se salvaron aquellos proyectos que aun cuando insertaron cambios en la estructura dominante, se caracterizaron por su efectivo combate al comunismo, como fue el caso de la Costa Rica de Figueres en la década de 1950. De esta forma, fue el anticomunismo y no la democracia el nexo que marcó la relación entre la región y Estados Unidos durante esta etapa de la

---

<sup>441</sup> Resulta interesante considerar que los límites que presentaban estos modelos democráticos —como Colombia o Venezuela— alimentaron a su vez una cultura insurreccional, al no existir otros mecanismos para acceder al poder. J. FONTANA; *Por el bien del Imperio...* Op. cit., p. 520.

<sup>442</sup> En la elección que eligió a González Videla presidente de Chile, el PC fue parte de la coalición de gobierno, y alcanzó el 18% de los votos.

<sup>443</sup> S. CORREA, et. al; *Historia del Siglo XX chileno...* Op. cit., p. 182.

historia, pese a los creciente requerimientos de la sociedad civil por ampliar los derechos, la participación y masificar definitivamente la democracia<sup>444</sup>.

En la dinámica de influir en el conjunto del continente, Estados Unidos fomentó la creación de una serie de organizaciones intergubernamentales como la OEA (Organización de Estados Americanos, creada en 1948), firmando además una serie de pactos y tratados (el más emblemático fue el TIAR, Tratado Interamericano de Asistencia Recíproca de 1947) con el conjunto de las naciones latinoamericanas de manera de controlar la intervención soviética. En el fondo, con ello también garantizaba su influencia en el devenir de la región. Ambas instituciones, de hecho, corrieron en paralelo a la estrategia de seguridad en que la política militar adquirió —decididamente— el camino de la guerra total y el peligro hemisférico se estableció como estrategia principal<sup>445</sup>. Esta cuestión inevitablemente provocó un cambio en el escenario regional. Pero “no se trataba de que el factor exterior haya sido preponderante en la evolución de los regímenes sino que creó un entorno que hizo cambiar las mentalidades y dio lugar a nuevos comportamientos”<sup>446</sup>. En efecto, la tensión este-oeste comenzó a delinear la actitud y comportamiento de los actores políticos latinoamericanos, relegando a un segundo plano una cuestión fundamental; que en la mayoría de las ocasiones, demandas, reivindicaciones y reclamos vertidos por los sectores populares —y que la izquierda intentaba canalizar institucionalmente— tenían relación más bien con la urgencia de sus necesidades por satisfacer necesidades mínimas que por imponer un proyecto ideológico determinado. En otras palabras, el malestar existente en las sociedades latinoamericanas respondía más bien a reclamos hacia las dinámicas norte/sur, que imponía la economía mundo (y que potenciaba las brechas de desigualdad) antes que las lógicas este-oeste que movieron a las potencias hegemónicas y que llevaron a realizar un diagnóstico sesgado del escenario sociopolítico de la región. Quizás, como ha planteado una investigación reciente, este híbrido se constituyó a fin de cuentas en la expresión “interamericana” de la Guerra Fría<sup>447</sup>.

Sin embargo y pese a la enorme injerencia norteamericana en la política regional, las expectativas de mayor justicia social, ampliación democrática, liberación de la dependencia externa y, sobre todo, mejora general de las condiciones de vida, provocaron un importante incremento electoral de los partidos obreristas. En efecto, esta cuestión también respondía a un proceso —largo— de empoderamiento de los sectores subalternos de la sociedad que desde hacía medio siglo al menos presionaban insistentemente por su reconocimiento;

---

<sup>444</sup> L. CURZIO; “América Latina vista desde Washington (1959-2009)”. En: J. DEL ALCÁZAR (eds.) Op. cit., p. 26.

<sup>445</sup> M. ROITMAN; *Tiempos de oscuridad...* Op. cit., p. 56.

<sup>446</sup> O. DABÉNE; *América Latina...* Op. cit., p. 108.

<sup>447</sup> T. HARMER; *El gobierno de Allende y la Guerra Fría interamericana...* op. cit., p. 17.

obreros y campesinos alcanzaron cada vez mayor relevancia en la discusión política al tiempo que los partidos de clase que intentaban representar sus intereses se hacían fuertes en el entramado institucional. Esta actitud fue de la mano de un “*ethos* transgresor” que paulatinamente se fue imponiendo durante la época como venimos reseñando en estas líneas<sup>448</sup>. También, por su parte, se vivió durante este periodo un aumento del poder de las capas medias —expresadas en estudiantes, profesionales y los partidos que los representaban— incentivando un cambio en la lógica y la dinámica política vigente, al constituirse en los principales actores políticos que alcanzaron el poder. Es más, fue en los países donde los sectores dirigentes lograron establecer amplios acuerdos con los partidos representantes de las capas medias, donde la democracia alcanzó mayor estabilidad durante esta etapa, como fueron los casos de Costa Rica, Colombia, Venezuela o Chile<sup>449</sup>. En todos ellos, cabe consignar, parte de los acuerdos se sentaron sobre la base de excluir del sistema a los partidos comunistas, manteniendo a raya las reivindicaciones populares y controlado los límites del sistema de participación.

Pero no fue hasta 1959 que se produce un auténtico punto de inflexión en la historia de América Latina: el derrocamiento de la dictadura de F. Batista por un grupo de jóvenes revolucionarios por medio de las armas, trajo consigo un cambio estructural en los imaginarios de la región. Tanto por lo que representó en el inconsciente colectivo de la izquierda, particularmente de jóvenes e intelectuales<sup>450</sup>, como por el impacto que generó en las clases dirigentes de todo el continente y de los Estados Unidos que no dudó en tachar rápidamente el proceso como una revolución marxista<sup>451</sup>. Efectivamente, la llegada al poder a través del “foquismo guerrillero” y la posterior decisión de realizar una profunda reforma agraria en la que se impedía que la tierra estuviese en posesión de extranjeros, entre otras decisiones tomadas por el naciente gobierno revolucionario, repercutieron irremediablemente en la visión del proceso cubano y el trauma que representó para toda América Latina<sup>452</sup>. Las medidas tomadas por el gobierno revolucionario afectaron de forma

---

<sup>448</sup> **M. CASALS**; *El alba de una revolución. La izquierda y el proceso de construcción estratégica de la “vía chilena al socialismo” 1956-1970*. LOM ediciones, Santiago, 2010, p. 9.

<sup>449</sup> **O. DABÉNE**; *América Latina...* Op. cit., p. 115.

<sup>450</sup> Aunque obviando los adjetivos calificativos, resulta particularmente ilustrativa la reflexión realizada por F. Furet entorno al “embujo” que generan las revoluciones y que emborrachan y ciegan a generaciones completas con su mezcla de voluntarismo jacobino y determinismo histórico marxista. **F. FURET**; *El pasado de una ilusión*. Fondo de Cultura Económica, México, 1995, p. 77.

<sup>451</sup> Es conocido que F. Castro no era comunista al momento de triunfar la revolución. Una vez en el poder, se entrevistó con Eisenhower enfatizando que su vínculo con los comunistas no era más que el que tenía el último régimen. El movimiento, originalmente, se inspiró en una ideología nacionalista, liberadora y con un abierto sentido de justicia social. Sin embargo, tanto la incomprensión de USA al proceso cubano como la tendencia a reequilibrar las desigualdades económicas por parte de los barbones guerrilleros a través de una amplia reforma agraria, llevaron a tensar las relaciones, incentivando el giro de Fidel hacia la URSS —cuestión que solo se consuma en 1961 cuando Castro se declara marxista leninista— y la abierta oposición de USA al proceso revolucionario.

<sup>452</sup> **O. DABENE**; *América Latina...* Op. cit., p. 127.



directa a importantes capitales privados norteamericanos encargados de explotar la caña de azúcar en pleno proceso de intensificación del conflicto con la URSS. En ese escenario, la presión estadounidense aceleró el giro de F. Castro hacia el comunismo, confirmado con su acercamiento a la esfera soviética a fines de 1960 y que desencadenaría el tenso conflicto por los misiles en 1962.

Lo que interesa destacar en esta investigación sobre la Revolución Cubana, es que efectivamente se convirtió en un hito que marcó el comienzo de una nueva etapa de la historia de la región, tal como la significa J. del Alcázar<sup>453</sup>. Las reformas que efectivamente mostraban una alta sensibilidad social (nacionalizando empresas extranjeras, realizando una intensa reforma agraria, abordando de forma convincente los temas de salud, educación y vivienda, entre otros), sentaron un precedente sin parangón en la historia del continente. Más que por el hecho en sí —ya vimos que otras reformas de similar cariz se habían realizado en otros países del continente— por el significado que tuvo en el imaginario mundial el perfil de los actores que la realizaron —fundamentalmente jóvenes con un decidido compromiso con la justicia social— y el mecanismo utilizado: la vía armada. La guerra de Guerrillas como la teorizó Ernesto “Che” Guevara, se convirtió en una vía alternativa a la planteada por Krushev para alcanzar el socialismo. Un camino, además, auténticamente latinoamericano<sup>454</sup>. Igualmente, representó un desafío mayor al orden establecido por los Estados Unidos. La revolución en ese sentido rompió simbólicamente con una de las cuestiones más básicas de la dependencia hacia el imperio del norte; el control de la política interna y regional. En efecto, cuando se produce el fracasado desembarco en Bahía Cochinos de un grupo de paramilitares patrocinados por Estados Unidos, Castro y la revolución cubana lograron transmitir una imagen triunfal de emancipación de América Latina sobre el imperialismo; una imagen que coparía las utopías y sueños de cientos de miles de jóvenes latinoamericanos: era posible aplicar reformas estructurales al orden establecido —sobre todo de índole social— pese a no contar con el respaldo de Estados Unidos. Así y aunque los procesos sociales de transformación del orden vigente se venían manifestando con fuerza desde hacía décadas, la revolución cubana, permitió hacer posible —en la práctica— la retórica revolucionaria, demostrando que efectivamente la vía insurreccional era posible y eficaz como mecanismos para alcanzar los anhelados cambios de fondo<sup>455</sup>.

---

<sup>453</sup> J. DEL ALCÁZAR (eds.); *Historia actual de América Latina*. Crónica, Cañada lo Blanch, Valencia 2011, pp. 9-14.

<sup>454</sup> E. GUEVARA; “Guerra de guerrillas: un método”. (Septiembre 1963). Citado en: P. MARTÍNEZ LILLO, P. RUBIO; *América Latina y tiempo presente. Historia y documentos*. LOM ediciones, Santiago, 2015, pp. 171-172.

<sup>455</sup> Frente al debate que suscita la revolución cubana como símbolo y significado, nos posicionamos en una línea intermedia, es decir, que si bien acepta su trascendencia en los imaginarios latinoamericanos, también reconoce a esta como “efecto” de una realidad histórica, política y social concreta de los pueblos americanos que venía

Pero, tal como señala D. Pereyra, este acontecimiento no germinó idílicamente solo. Las históricas luchas de las sociedades latinoamericanas, clamorosas de inclusión y mayor justicia social, se venían manifestando desde hacía décadas y constituyeron un sustrato fundamental que la revolución cubana explotó. Al respecto, conviene dejar claro que la revolución tuvo un carácter más bien simbólico y en ningún caso representó el único detonante del accionar militar durante las décadas de 1960 y 1970<sup>456</sup>. De otra forma, incurriríamos en el error de omitir toda la influencia que otras experiencias movimentales o/y guerrilleras previas a la revolución cubana tuvieron en los proyectos insurgentes que emergieron durante esta etapa de la historia de América, sin mencionar las peculiaridades y derivas que presentaron los distintos procesos de convulsión social vividos en los distintos países de la región. En ese sentido, diversas influencias y la composición ideológica de los movimientos que decidieron utilizar las armas como mecanismo de acción política, retrataron tanto el heterogéneo mundo de la izquierda latinoamericana como la compleja diversidad étnica, ideológica y cultural del continente. De lo que no cabe duda, en cualquier caso, es la fuerza que cobró el *ethos transgresor* —fuese revolucionario fuese en modo reformista— en el imaginario de una amplia mayoría de la población latinoamericana.

Ahora bien, con la revolución la lucha armada se convirtió en una alternativa real, y Cuba se en el espacio físico de esa posibilidad a la vez que bastión de otros grupos que soñaban llevar adelante la revolución socialista. La guerrilla se constituyó en una posibilidad cierta de acelerar procesos fundamentales para América Latina, de cara a combatir la pobreza, la injusticia y, sobre todo, la enorme desigualdad. Dotó, igualmente, de un tono exclusivamente “latinoamericano” al socialismo, a veces tan distante de los parámetros establecidos por Moscú.

El desafío que representó para los partidos obreristas del continente el éxito del movimiento 26 de julio, condujo a una revisión de principios doctrinales. Obligó a repensar los caminos que efectivamente conducirían a los países de América Latina a ese estado superior del capitalismo. En otras palabras, abrió un intenso debate estratégico sobre las formas de alcanzar el socialismo, cuestión que inevitablemente permeó a la sociedad. Ya fuese a jóvenes, estudiantes o sectores populares, el debate estratégico se convirtió en un cuerpo ideológico que sirvió para instruir —y posicionar— a estos sectores de la sociedad. De este modo, la vía armada —impensada solo unos años antes— comenzó a competir entre los marxistas latinoamericanos con la vía institucional que tanto había caracterizado el

---

fraguándose desde comienzos del siglo XX al amparo del obrerismo y los partidos marxistas, como señalan Lowy y Pereyra. **M. LOWY**; *El marxismo en América Latina. Antología desde 1909 a nuestros días*. LOM, Santiago, 2007.

<sup>456</sup> **D. PEREYRA**; *Del Moncada a Chiapas. Historia de la lucha armada en América Latina*. Ediciones ryr, Biblioteca militante, Buenos Aires, 2011. pp. 17 y 32.

accionar de comunistas y socialistas desde la década del 30 al menos. En efecto, la creciente tensión producida entre retórica revolucionaria y práctica reformista, marcó las tensiones y debates de este sector; los límites que presentó el modelo ISI y de protección social a las crecientes necesidades de la población, incentivaron esta disputa, en un contexto – además— en que un creciente malestar social clamaba por cambios de fondos. Así, la insuficiencia de las soluciones propuestas por la vía reformista no sólo la deslegitimó sino que incentivó la imaginación revolucionaria por cambios estructurales, en un contexto en que las representaciones de los propios actores desbordaban las crecientes expectativas de cambio<sup>457</sup>. Es por eso que la década que transcurrió entre la revolución cubana y el triunfo de Salvador Allende en Chile, marcó profundamente el debate intelectual e ideológico de toda América Latina. No sólo en el plano socialista –reforma o revolución— sino en una extendida controversia entre liberales, católicos, conservadores y progresistas<sup>458</sup>. Fue pues, en este contexto, que surgieron los proyectos de “planificación global”, como los denominó M. Góngora, para referirse a los distintos planes que buscaban implementar programas revolucionarios, que abarcaran todos los ámbitos de la vida. Un tiempo en que desde distintas vertientes de las ideas políticas, se inició la pugna sin cuartel por el poder total<sup>459</sup>. Chile no estuvo exento de este cambio, marcando el fin de un etapa en que la política estuvo supeditada muchos más a líderes y personalidades que a proyectos<sup>460</sup>.

Este proceso, no obstante, debe entenderse en una dinámica global. El éxito de la URSS como potencia mundial, la revolución China así como los procesos de descolonización vividos fundamentalmente en Asia y África –muchos de ellos trazando caminos abiertamente socialistas— instalaron en el inconsciente colectivo mundial la noción de asistir a un proceso de fortalecimiento del socialismo (algunos incluso establecieron que se asistía a una época de tránsito entre capitalismo y socialismo); el debate se centró en los caminos, estrategias y métodos para alcanzar la transformación del modelo dominante de la forma más eficaz<sup>461</sup>. La revolución cubana vino, entonces, a ratificar este fenómeno en el ámbito latinoamericano; insuflando el imaginario revolucionario en todo el continente y estableciendo a la vía armada como su principal legado.

<sup>457</sup> **A. RIQUELME**; “Política de reforma e imaginación revolucionaria en el Chile Constitucional 1933-1973. En **M. GONZÁLEZ ALEMÁN y E PALIERAKI (Comps.)**; *Revoluciones imaginadas. Itinerarios de la idea revolucionaria en América Latina Contemporánea*. RiL editores, Santiago, 2013, pp. 153-156.

<sup>458</sup> **R. ROJAS**; “Anatomía del entusiasmo. Cultura y revolución en Cuba. 1959-1971”. En: **C. ALTAMIRANO (eds.)**; *Historia de los intelectuales en América Latina. Tomo II. Los avatares de la “ciudad letrada” en el siglo XX*. Katz, Madrid, 2010, p. 45.

<sup>459</sup> **M. GÓNGORA**; *Ensayo sobre la noción de Estado en Chile en los siglos XIX y XX*. Universitaria, Santiago, 1998, pp. 280-305.

<sup>460</sup> **P. WINN**; *La revolución chilena*. LOM, Santiago, 2013, p. 34.

<sup>461</sup> **M. LOWY**; *El marxismo en América Latina*. Op. cit., revisar sobre este tema, fundamentalmente el Capítulo 4.

Pero la revolución también ayudó a fortalecer y expandir de manera masiva un imaginario que A. Riquelme denomina *Ethos guerrero*, y que, al menos en la cultura de la izquierda regional, había estado ausente hasta ahí<sup>462</sup>. Las representaciones que sindicaban a la violencia como el camino para la transformación del orden vigente, se extendieron por toda la región, alimentando el imaginario revolucionario. Es cierto —como señala Palieraki— que no fueron creadas por la Cuba castrista, existían desde antes en América Latina. Sin embargo, sí fue la responsable de difundir y masificar estas representaciones a través de sus medios, revistiendo todo el proceso de un hálito juvenil y contestatario<sup>463</sup>.

Podemos señalar, por tanto, que la idea de cambio estructural que se había venido manifestando intelectualmente se instaló durante este periodo en el imaginario social latinoamericano, manifestándose en una creciente movilización social, consciente y empoderada en sus demandas por mayor participación e igualdad. La combinación de revolución de las expectativas incentivada por la revolución cubana, el agotamiento del proyecto modernizador desarrollista impulsado por la política ISI trajo consigo, durante la década de 1960, la consolidación de un pensamiento crítico con el modelo vigente, que llevó a radicalizar las demandas de cambio. Ungiendo incluso a la violencia y la lucha armada como métodos legítimos de acción. La alternativa al subdesarrollo se enmarcó, de este modo, en la crítica al desarrollo capitalista expresado “en la dicotomía subdesarrollo o revolución”<sup>464</sup>. Intelectuales de todo el continente y desde diversas áreas del conocimiento, elaboraron duros diagnósticos sobre la realidad latinoamericana, pensamiento que inundó universidades, partidos y organismos intergubernamentales, entregando fundamentos para un creciente sentimiento de insatisfacción al interior de las sociedades de la región. A ello, se sumó la tensión que la Guerra Fría incentivó, entregando una peculiar forma a la conflictividad social y política que caracterizó a América Latina durante esta década, en un tiempo que tanto para el centro político como para la izquierda, el camino requería de una transformación profunda. Ya fuese en formato reformista o revolucionario<sup>465</sup>.

En Chile, este marco vivió un especial proceso que combinó el discurso rupturista con la realidad vigente, con una historia política que desde 1938, había respetado el orden democrático liberal como herramienta de gestión política. El emblema de esta tensión lo

---

<sup>462</sup> A. RIQUELME; “política de reforma...” Op. cit., p. 164.

<sup>463</sup> E. PALIERAKI; *Histoire critique de la “nouvelle gauche” latino-américaine. Le Mouvement de gauche Révolutionnaire (MIR) dans le Chili des années 1960*. Tesis de doctorado de la Universidad Paris I y La Pontificia Universidad Católica de Chile, 2009. Citado en: A. RIQUELME; “política de reforma...” Op. cit., nota 24.

<sup>464</sup> M. ROITMAN; *Tiempos de oscuridad...* Op. cit., p. 64.

<sup>465</sup> S. STERN; *Recordando el Chile de Pinochet...* Op. cit., p. 53.

materializó la izquierda y más concretamente el Partido Socialista<sup>466</sup>. Donde, por una parte, se legitimó la violencia como recurso para alcanzar el socialismo, mientras, por otra, se acompañaba a S. Allende en su proyecto reformista, democrático e institucional. Sólo en este marco global puede explicarse el triunfo de la Unidad Popular, con su discurso enteramente socialista pero comprometidamente democrático y respetuoso de la Constitución (liberal).

Pero el éxito de la revolución cubana hizo olvidar las razones que habían llevado a los partidos de clase a institucionalizarse; la histórica represión sufrida por parte del Estado liberal como herramienta de contención política. Si consideramos esta cuestión así como el contexto en que se sitúan estas experiencias, se hace evidente el error de cálculo; la imagen idealizada del proceso cubano significó activar las respuestas más reaccionarias de la sociedad tradicional promovida por Estado Unidos. Precisamente, en ese contexto —con una conflagración mundial en ciernes—, desde el norte se comenzaron a una incentivar una serie de golpes de estados “preventivos”<sup>467</sup>, que arrasaron con la democracia y la posibilidad cierta de avanzar en los cambios que las sociedades demandaban. Como señala Alcázar, el sueño rápidamente se convirtió en pesadilla con el arribo de las dictaduras militares<sup>468</sup>.

La revolución —en efecto— despertó el temor de la burguesía y los sectores conservadores, que observaron con estupor una eventual reproducción del fenómeno cubano. La vía armada extendió el miedo por todo el continente, crispó el ambiente aumentando considerablemente la tensión y conflictividad social y condujo a una acción política defensiva, reaccionaria y en la que Estados Unidos jugó un papel protagónico; el Departamento de Estado reiteró que otra Cuba resultaba inaceptable. Si entendemos que la Guerra Fría fue la confrontación por imponer a escala mundial un determinado orden político, social y económico, resulta evidente entonces comprender las intenciones de Estados Unidos por impedir que un territorio bajo su esfera de influencia, *cayera* bajo el influjo soviético<sup>469</sup>. Entre 1961 y 1963 —en plena administración Kennedy— seis gobiernos del continente elegidos democráticamente fueron derrocados por sendos golpes militares. Durante el periodo de vigencia de la Alianza para el Progreso —y en gran medida amparada por su política— se multiplicaron las acciones militares de EE.UU, interviniendo los procesos políticos latinoamericanos. La USAID (U.S Agency for Development), creada

---

<sup>466</sup> Tras la derrota electoral de 1964 ante la DC, el PS inició un camino hacia el leninismo cuestión que se hace oficial en el Congreso de 1967, en que establece “la violencia revolucionaria como única vía hacia el poder”. **J. ARRATE, E. ROJAS;** *Memoria de la izquierda chilena. Tomo I (1850-1970)*. Grupo Zeta, Santiago, 2003, pp. 393-410.

<sup>467</sup> **O. DABENÉ;** *América Latina...* Op. cit., p. 127.

<sup>468</sup> **J. DEL ALCÁZAR (eds.);** *Historia actual...* Op. cit., p. 11.

<sup>469</sup> **J. FONTANA;** *Por el bien del imperio*. Op. cit., pp. 11-12.

específicamente en el marco de la Alianza para el Progreso, destinó alrededor de 6500 millones de dólares en asistencia económica y otros 980 millones para asistencia militar entre 1961 y 1969<sup>470</sup>. Estas inversiones ayudaron directa e indirectamente a instalar regímenes propensos a las políticas norteamericanas en la región.

De esta forma, con la bandera de la amenaza comunista como estandarte, se intentó bloquear cualquier tipo de cambio en el sistema político continental, cuestión que convergió con los intereses de las clases dominantes y los capitales extranjeros (principalmente norteamericanos). Si en EE.UU. algunos insistieron en el formato de la intervención militar directa, otros enfatizaron el papel económico como mecanismo principal de combate a la pobreza y desigualdad, principal motivación que hacía fértil al proyecto marxista en la región<sup>471</sup>. Fue en ese contexto que surgió la Alianza para el Progreso, preocupada de entregar ayudas económicas a los países de la región que se erigiesen como una alternativa a los partidos de izquierda<sup>472</sup>. En esa línea, los sistemas restringidos y elitizados de democracia que presentaban Colombia y Venezuela –por ejemplo– se erigieron como el modelo democrático que Estados Unidos buscó solventar y extender en la región. Chile, en tanto, durante la presidencia de E. Frei Montalva (1964-1970) fue beneficiario directo de esta estrategia<sup>473</sup>. Sin embargo, la injerencia del poder blando de Estados Unidos en la región, duró muy poco; el pronto asesinato de Kennedy así como la consolidación del republicanismo en el poder, llevaron a endurecer las prácticas de presión, consolidando la intervención militar y la estrategia de la Seguridad Nacional.

A modo de síntesis, queremos destacar la importancia de la revolución cubana como símbolo y significado de la historia reivindicativa de América Latina; de la cultura estatista que se forjó al amparo de instituciones como CEPAL, así como todo el cambio en la intelectualidad latinoamericana, para insistir en los imaginarios y representaciones que se imponen durante esta época en el inconsciente colectivo de la sociedad de masas. Imaginarios, cabe señalar, que de alguna forma trazaron las bases de una cultura política y una mentalidad específica, que puso en el centro de la acción política la justicia social, la

---

<sup>470</sup> E. SADER, I. JINKINGS; *Enciclopedia...* Op. cit., p. 71.

<sup>471</sup> Kennedy, señaló incluso que si los propietarios de América Latina no permitían el reformismo que propugnaban los partidos de clase media, la revolución obrero-campesina “sería inevitable”. Carta del Presidente Kennedy a su asesor A. Schlesinger 10-03-1961. Citada en: P. KORNBLUH; *Pinochet. Los archivos secretos*. Crítica, 2ª edición, Barcelona, 2013, p. 30.

<sup>472</sup> La iniciativa impulsada por la administración Kennedy, contaba con 7 puntos que intentaron acercar a EU con los países latinoamericanos y distanciar a éstos de Cuba, debilitando de paso los proyectos nacionalistas en el continente. Entre las iniciativas que se impulsaron –al menos en el papel– se pretendía: fortalecer las instituciones democráticas; acelerar el desarrollo económico y social de la región; disminuir la desigualdad desarrollando planes de viviendas rurales y urbanas; incentivando reformas agrarias de acuerdo a las características de cada país; asegurar salarios justos y mejores condiciones de trabajo; erradicar el analfabetismo y promover la iniciativa privada y estabilidad de precios.

<sup>473</sup> P. KORNBLUH; *Pinochet. Los archivos secretos...* Op. cit., pp. 30-33.

democracia y utilizó al Estado como principal responsable de implementar y hacer efectivo dicho paradigma. A su vez, esta cultura política se vio fuertemente insuflada por las expectativas de cambio estructural que despertaron los proyectos políticos alternativos que se consolidan en otras partes del mundo. Este contexto efectivamente inyectó un optimismo inusitado que hizo posible pensar en la transformación del orden vigente.

Aunque son evidentes los límites que tanto las políticas reformistas tuvieron en la superación de los problemas estructurales del continente como del imaginario revolucionario en su condición de posibilidad por llevar adelante cambios a través de la violencia, ambos elementos sirven para reseñar, en parte, el espíritu, conciencia y representación de la realidad que los sujetos tuvieron en la región. Este *ethos* caracterizó a buena parte de la sociedad latinoamericana –sobre todo a los sectores populares— hasta el giro conservador y revolucionario que impondrán las Dictadura de Seguridad Nacional, con la consiguiente tensión que implicó la imposición de nuevas ideas y valores enfrentados a estas representaciones construidas a lo largo del todo el siglo XX.

#### **4. Reapropiaciones desde abajo: cultura, política popular y crisis urbana en América Latina**

Si anteriormente hacíamos mención a la dimensión económica, cultural y política de los cambios en la mentalidad y los imaginarios que imponen un nuevo horizonte de expectativas en América Latina durante la segunda mitad del siglo XX, también existió una dimensión social de este proceso<sup>474</sup>. El potente influjo de ideas, proyectos y políticas emanadas desde *arriba*, convergió con la organización –política— de los sectores populares que, empujados por sus históricas necesidades, el contexto de despliegue de los procesos de modernización y desarrollo en los que se inserta América Latina durante el siglo XX, alcanzaron mayor preponderancia gracias al respaldo que sus urgencias y

---

<sup>474</sup> Hacemos la diferenciación de este ámbito sociopolítico de los sectores populares respecto a la acción política de la élite y su entramado institucional. En este sentido, compartimos la visión que el historiador norteamericano P. Winn realiza del proceso chileno, estableciendo que al momento de la llegada de S. Allende al gobierno, se activan dos revoluciones; una desde arriba, institucional, elitista, partidista y democrática, y otra desde abajo, igualmente democrática pero fundamentalmente popular. Al respecto, somos de la idea de observar en el fenómeno epocal que propugna una transformación de fondo, un doble proceso que, por un lado, empuja a una élite de sensibilidad social –conectada con los partidos de centro e izquierda, a la intelectualidad y a profesionales de clase media— hacia proyectos e iniciativas transformadores, y otro paralelo e imbricado con el anterior, eminentemente popular. Los sectores populares, en efecto, reapropian y adaptan las ideas generales que circulan desde arriba a sus experiencias cotidianas, incorporando nuevos elementos en el modo en que representan y escenifican esta recepción ideológica. Ver; **P. WINN**; *La revolución chilena*. LOM, Santiago, 2013. En esta idea, al mismo tiempo, seguimos las reflexiones que al respecto realiza G. Rudé sobre cómo los sectores populares no son meros reproductores de las ideas vertidas por la élites, readaptándolas –sobre todo— a partir de sus experiencias y tradición, conformando una especie “de racimo de ideas sustentadas en las experiencias comunes y el acervo que le entrega el pasado”, como insiste A. Gilly. Ver, **G. RUDÉ**; *Protesta Popular y conciencia de clase*. Crítica, Barcelona, 1981. **A. GILLY**; *Historia a contrapelo...* Op. cit. p. 27.

reivindicaciones tuvieron, sobre todo, entre los partidos obreros. Este proceso se dio con fuerza en los grandes núcleos urbanos latinoamericanos, epicentro de grandes concentraciones de población pobre, segregada social, espacial y económicamente. Fue en estos espacios donde esta combinación de iniciativas institucionales y reivindicaciones subalternas sirvieron de caldo de cultivo para la organización y acción colectiva de los sectores populares. En efecto, al estancamiento económico vivido por el modelo ISI a partir de la década de 1960 —aumentando de manera notable la desigualdad—, se sumó el aumento disparado del crecimiento demográfico, que hizo casi duplicar el número de personas del continente en pocos años, pese a que esa tendencia se arrastraba desde fines del siglo pasado. Este escenario sólo dotó de mayor urgencia y radicalidad a fenómenos que se venían reproduciendo desde fines del siglo XIX, evidenciando las extremas contradicciones de azotaban a un continente que si bien había iniciado su proceso de modernización y urbanización, y había puesto el énfasis en el Estado como impulsor de una efectiva política industrial, seguía proyectando las enormes brechas de desigualdad entre ricos y pobres, pese a haber alterado radicalmente las maneras tradicionales de vivir de los sectores populares a partir del masivo movimiento migratorio del campo a los lugares de producción (habitualmente urbanos).

Cómo vivieron, asimilaron y experimentaron este proceso los sectores subalternos del continente, particularmente a partir de la década de 1960, es parte de lo que pretendemos abordar en este apartado, para comprender como estas experiencias desenvueltas en este espíritu de época que venimos describiendo sirvió para forjar un modo de hacer pensar más o menos específico de los sectores populares urbanos durante este periodo ayudando a conformar una mentalidad que formó parte de los imaginarios históricos y tradicionales de los sectores populares urbanos cuando debieron reorganizarse y movilizarse en el contexto autoritario. Sin embargo, antes de centrarnos en esta cuestión describiremos brevemente, el proceso de revolución urbana que vivió el continente en la segunda mitad del siglo XX, deteniéndonos posteriormente en el caso chileno para ver desde una perspectiva larga cómo afectaron estos fenómenos y experiencias en la conformación de su mentalidad.

E. Hobsbawm ha señalado al respecto, que lo vivido en el mundo a partir de la década de 1950 y sobre todo en los 60', fue una auténtica revolución social. Se refería a “la muerte del campesinado” y el consiguiente sobrepoblamiento de la ciudad. El flujo migratorio se intensificó tras el término de la guerra de tal manera que significó una auténtica revolución social en todo el mundo<sup>475</sup>. América Latina, en ese contexto, siguió la misma tendencia. Aumentó su tasa de urbanización exponencialmente durante el siglo XX, superando incluso

---

<sup>475</sup> E. HOBSBAWM. *Historia del siglo XX*. Crítica, Barcelona, 1997, p. 292.



la media del mundo *subdesarrollado*; si a comienzos de siglo la tasa de urbanización en la región correspondía al 20%, en 1950 alcanzaba el 40%, mientras que para 1980 llegaba a más del 63%<sup>476</sup>. La migración campo-ciudad, fruto de las expectativas que despierta en las urbes el modelo industrializador, la estabilización de la tasa de mortalidad así como la creciente migración extranjera efectivamente representaron una revolución para el continente, sobre todo para las ciudades que en breve lapso de tiempo debieron soportar la presión continua que significó el arribo de millones de personas habitualmente de escasos recursos económicos. El arcaico sistema agrario de la región sumado al boom industrializador incentivaron el abandono del campo por la ciudad, sin que existieran los medios necesarios para sostener el desequilibrio que este fenómeno iba a implicar en cada país. La incapacidad de absorber la creciente migración creó las condiciones para la formación de los cordones periféricos de pobreza en las principales ciudades del continente.

Por su parte, la inestabilidad política que acompañó al continente desde la década de 1930, alimentó las bases de las principales reivindicaciones que acompañarán las historias nacionales durante la segunda mitad del siglo XX<sup>477</sup>. La necesidad de abordar los problemas sociales de salud, desempleo, educación y, principalmente de vivienda, fueron adquiriendo forma durante esta década para manifestarse con fuerza una vez que el Estado se posiciona como referente principal de la vida social, política y económica de la región, mientras el movimiento obrero y sus partidos instalan en el debate público parte de estas reivindicaciones.

En este contexto, el Estado se convirtió en el principal planificador de la política económica y social. Sin embargo, su acción estuvo dirigida fundamentalmente hacia aquellos sectores que presentaron mayor capacidad de presión; no sólo nos referimos a los sectores medios –cada vez más activos y empoderados— sino al interior de los propios sectores populares: sindicatos y grupos relacionados a partidos que alcanzaron el poder, resultaron los principales benefactores de un Estado que pese a sus iniciativas y renovado papel en la política social, seguía teniendo una injerencia marginal de acuerdo a las necesidades de la población. Esto se hizo evidente en grupos –mayoritarios— de desempleados, trabajadores informales, campesinos y mujeres, que quedaron al margen de

---

<sup>476</sup> E. SADER, I. JINKINGS; *Enciclopedia...* Op. cit., p. 1255.

<sup>477</sup> Cabe precisar que las demandas por la dignidad de la vida de los sectores populares del continente pueden rastrearse desde fines del siglo XIX, cuando comienza a producirse el desplazamiento de personas desde el campo a las zonas de producción; sin embargo, la combinación de crecimiento y organización de los movimientos y partidos obreros así como el colapso del sistema oligárquico –materializado a partir de 1929—, propiciaron que las demandas de los sectores populares tomaran mayor cuerpo y preponderancia en la escena política de cada país, convirtiéndolas, incluso, en uno de los articuladores principales de la contingencia política de América Latina a partir de 1950.

esos beneficios o, en su defecto, relegados a un segundo plano en la política estatal<sup>478</sup>. Pero fue tanto la injerencia histórica –provocada por décadas de lucha– la creciente y urgente necesidad, como un auténtico clima de época lo que potenció la acción y organización de estos nuevos actores sociales. Movidos por la subsistencia, los pobres de la ciudad latinoamericana, comenzaron un proceso de emergencia y reivindicación que transformó radicalmente el escenario sociopolítico de la región al menos hasta la década de 1980.

#### *4.1 Exclusión urbana y organización social de los pobres en el Cono Sur*

La ciudad en América Latina vivió una auténtica revolución durante el siglo XX<sup>479</sup>. Si bien se ha tendido a explicar la urbanización del continente durante este periodo como consecuencia directa de la industrialización, la realidad más bien indica que se adelantó a ella, siendo el resultado de una reacción espontánea contra situaciones estructurales que se arrastraban en el tiempo. En efecto, el control de la mortalidad infantil como consecuencia de los avances en la medicina preventiva, la mejora en la dieta alimenticia y en las condiciones higiénicas –sumado a la mantención de la natalidad– dispararon el crecimiento natural de la población, sobre todo a partir de la década de 1920-1930<sup>480</sup>.

Ahora bien, fue fundamentalmente desde la segunda mitad del siglo XX que la cuadrícula diseñada en la colonia resultó completamente desbordada. Si el término genérico representaba la idea de orden, armonía y coherencia, la realidad de este periodo se encargó de transformar radicalmente su significado; la extensión territorial desmesurada e incontrolable que además se caracterizó por la fragmentación, dispersión y segmentación de los habitantes que allí residían, evidenciaron las agudas contradicciones que caracterizaban al conjunto de la región y su desarrollo. En efecto, la ciudad y su estética no estuvieron al margen de la principal condición que ha caracterizado a América Latina a lo largo de su historia: la desigualdad, que en el ámbito del desarrollo urbano tuvo su expresión en la segregación espacial<sup>481</sup>. Este proceso tuvo su correlato en casi todas las grandes urbes del continente, asumiendo, no obstante, las características particulares de acuerdo al contexto

---

<sup>478</sup> S. CORREA, et. al; *Historia del siglo XX...* Op. Cit., pp. 150-153.

<sup>479</sup> La inserción de América Latina en la economía mundo en el último tercio del siglo XIX, provocó los primeros fenómenos migratorios. El anquilosado sistema de producción agrícola y sus pésimas condiciones de vida, el crecimiento de nuevos centros de producción (vinculados especialmente a las matrices de la economía monoexportadora, motor de este proceso), así como los propios avances tecnológicos en transportes y salud, habían iniciado un proceso sostenido de transformación de las formas de vida del continente, desplazando a millones de personas desde el campo a la ciudad y los distintos centros de producción.

<sup>480</sup> J. HARDOY; *El proceso de urbanización en América latina*. Oficina regional de cultura para América Latina y El Caribe. UNESCO, La Habana, 1974, p. 3.

<sup>481</sup> E. SADER, I. JINKINGS; *Enciclopedia...* Op. cit., p. 1261.

nacional y local de cada país<sup>482</sup>. De esta forma, fueron naciendo progresivamente las villas miserias, cantegriles, favelas, ranchos, barriadas o callampa, en toda América Latina<sup>483</sup>.

En el Cono Sur, por ejemplo, ciudades como Buenos Aires o Santiago vivieron la aceleración de este proceso con la crisis mundial de 1929: tanto la desocupación masiva provocada por el *crack* económico como las respuestas entregadas por el Estado (política de industrialización sustitutiva de importaciones) incentivaron el fenómeno migratorio hacia las urbes de cada país<sup>484</sup>. En ese contexto, las principales ciudades de la región se llenaron de nuevos *vecinos*, casi siempre pobres, sin muchas conexiones en la ciudad y necesitados de un lugar donde vivir. La concentración urbana incentivada por el Estado y sus políticas, trajo aparejado el colapso habitacional de la ciudad que ya estaba en crisis desde la primera década del nuevo siglo<sup>485</sup>.

El proceso de crecimiento urbano vivido por la ciudad latinoamericana de ahí en más no paró; en el transcurso de 50 años, vale decir, entre 1950 y el nuevo siglo, América Latina pasó de tener el 41,9% de población urbana al 77,6%<sup>486</sup>. El fenómeno, efectivamente llevó a un desborde completo; a saber, sólo en la década de 1960, la población aumentó en 70 millones de personas siendo un 75% de ellas habitantes urbanos<sup>487</sup>. Es más, pese a ser el 8,5 % de la población mundial, en la actualidad tiene a cuatro de las trece mega ciudades del mundo (Ciudad de México, Río de Janeiro, Sao Paulo, y Buenos Aires). Por ejemplo, esta última, creció de 4 a 11 millones entre 1950 y 2005; Bogotá igualmente, pasó de 500 mil a 9 millones, mientras Sao Paulo crecía de 5 a 18 millones de habitantes en el mismo periodo<sup>488</sup>. Santiago de Chile, en tanto, experimentó un crecimiento similar; del millón 350

---

<sup>482</sup> **M. A. CROVARA**, "Pobreza y estigma en una villa miseria" En *Política y Cultura*, otoño 2004, p. 35. Cada país tuvo sus tiempos para el desenvolvimiento de este proceso. Por ejemplo en Montevideo el poblamiento de estos espacios fue por goteo hasta casi la década de 1990, a diferencia de lo que ocurre en Buenos Aires, Santiago o Río de Janeiro que verán a comienzos de la década de 1930 la consolidación del poblamiento de zonas no urbanizadas contiguas a la capital.

<sup>483</sup> El fenómeno se dio en todo el continente como lo demuestran el surgimiento de las *Barriadas* limeñas, las *Villas miserias* del Gran Buenos Aires, o las conocidas *Favelas* —particularmente las de Río de Janeiro y Sao Paulo— por citar algunos ejemplos. Ello da cuenta del acelerado proceso de poblamiento y el desmesurado crecimiento que vivieron durante la segunda mitad del siglo XX las principales urbes del continente. Como referencia ver: **L. BERENSTEIN**; "Pequeña historia de las Favelas de Río de Janeiro" en *Ciudad y Territorio: Estudios territoriales*. Barcelona, pp. 259-272; **H. RATIER**; *Villeros y Villa Miseria*. CEAL, Buenos Aires, 1985; **F. KLEIN**; *Montevideo en el tiempo*. Ediciones B, Montevideo, 2013; **V. ESPINOZA**; *Para una historia de los pobres de la ciudad*, Ediciones Sur, Colección de estudios históricos. Santiago, Chile, 1988; **A. DE RAMÓN**; *Santiago de Chile (1541-1991) Historia de una sociedad urbana*. Sudamericana, Santiago, 2000.

<sup>484</sup> **H. RATIER**; *Villeros y Villa Miseria*. Op. cit., 1985, p. 12.

<sup>485</sup> **ESPINOZA**; *Para una historia de los pobres...* Op. cit., pp. 32-37.

<sup>486</sup> *Population of división of the Department of Economics and Social Affairs of the United nations Secretariat*; "World Population prospect". 2003. Online. Otros datos señalan que entre 1950 y 1980, la población urbana latinoamericana aumentó desde el 39,5% al 59,2%. **H. WALTERS**; *The growth of Latin American cities*. University Press, Atenas, Ohio, 1971, pp. 45-47. Citado en G. **MEJÍA PAVONI**; *La aventura urbana...* Op. cit., p. 230.

<sup>487</sup> **J. HARDOY**; *El proceso de urbanización en América latina...* Op. cit., p. 3.

<sup>488</sup> **E. SADER, I. JINKINGS**; *Enciclopedia...* Op. cit., p. 1249.

mil habitantes que tenía en 1952, pasó a más de 6 millones de habitantes al comienzo del siglo XXI<sup>489</sup>.

La ciudad y su acelerado proceso de crecimiento propiciaron el centralismo urbano, fenómeno avalado por el Estado y el propio sistema capitalista como vehículo de control político y cultural<sup>490</sup>. El descontrol de la dinámica capitalista, en efecto, favoreció un desordenado proceso de urbanización en las principales ciudades de la región. Pese a los esfuerzos que las políticas ISI realizaron para incentivar el consumo y crecimiento a objeto de cubrir las necesidades de los cientos de miles que arribaban a las urbes del continente, las medidas resultaron insuficiente para la magnitud del proceso de migración que se desplegó durante el siglo XX<sup>491</sup>. Así, de esta forma, América Latina presenció el sobrepoblamiento masivo de sus ciudades, habitándose descampados contiguos a la ciudad, quebradas o bajadas de agua, espacios, en definitiva, carentes de todo tipo de infraestructura y servicios mínimos de higiene y salubridad.

Este crecimiento, sin embargo, desbordó la capacidad que su pequeño sector secundario tenía para dar empleo y albergue a esa migración, pues no correspondió con el requerido proceso de industrialización, razón por la cual los pobres del campo terminaron malviviendo en las periferias urbanas. Hacia estos suburbios se dirigió la inmigración de trabajadores manuales de origen rural o extranjero, mientras que las clases medias y las poderosas élites encontraron su lugar en los barrios que edificaron en los sectores intermedios ubicados entre el viejo pero monumentalizado centro y dichas barriadas extramuros<sup>492</sup>.

La situación ahondó problemas históricos como la desintegración social y desigual distribución del ingreso. A su vez, el alto grado de hacinamiento, empeoró las ya precarias condiciones de vida de millones de latinoamericanos desplazados hacia la ciudad<sup>493</sup>. El híbrido urbano escenificaba parte de los problemas que caracterizaban a la región; por una parte, lucía una “ciudad legal” —aquella que avanzaba decidida hacia la modernización burguesa y el desarrollo, la ciudad oficial— y por otro, la “ilegal”, conformada por miserables, insalubres y marginales barrios populares<sup>494</sup>. La aparición de estos espacios, transformó para siempre el paisaje urbanístico latinoamericano, entregándoles un matiz

---

<sup>489</sup> A. DE RAMÓN; *Santiago de Chile (1541-1991)... Op. cit.*, p. 197. Para los datos de población del siglo XXI, ver Censo 2002. En: [www.ine.cl/canales/usuarios/censos\\_digitalizados.php](http://www.ine.cl/canales/usuarios/censos_digitalizados.php) Consultado 12-07-2014.

<sup>490</sup> G. MEJÍA PAVONI; *La aventura urbana... de América Latina*. Taurus Mapfre, Madrid, 2013, p. 232.

<sup>491</sup> M. J. ÁLVAREZ RIVADULLA; “Economía política de los asentamientos irregulares en Montevideo 1947-2004”. En *X Congreso Nacional de Sociología*, Universidad ICESI, Cali, 2013, p. 2124.

<sup>492</sup> G. MEJÍA PAVONI; *La aventura urbana... Ibid.*, p. 240.

<sup>493</sup> Ha existido un largo debate respecto a si efectivamente la ciudad, pese a toda la precariedad que representó para millones de migrantes, ofrecía peores condiciones que las que el campo les entregaba a estos migrantes.

<sup>494</sup> J. HARDOY, D. SATTERTHWAITE; *La ciudad legal y la ciudad ilegal*. Grupo Editor Latinoamericano, Colección Estudios Políticos y Sociales. Buenos Aires, 1987.

único —propio— copando las zonas más desfavorables del terreno urbano para dar acogida a los millones de migrantes pobres.

La *ciudad ilegal* se fue construyendo paulatinamente a medida que la ciudad legal era incapaz de absorber las necesidades de habitación básica. Si el hacinamiento ya se había hecho presa de conventillos<sup>495</sup>, la emergencia de nuevas villas pueblos y barrios sin el más mínimo proceso de urbanización, comenzó a inundar de enfermedades, suciedad y pobreza la periferia de las capitales latinoamericanas: “su paisaje urbano se caracterizaba por un gran hacinamiento, sin calles sin espacios públicos. Era común ver y oler pilas de basura, caballos y sus carros porque muchos de sus habitantes trabajaban (...) como recolectores en la ciudad”<sup>496</sup>.

Fue en este marco que extendidamente por la región se pusieron en marcha una serie de planes reguladores que buscaron controlar el fenómeno y rediseñar el núcleo urbano de las principales ciudades, manifestando tanto el afán de modernización perseguido por estos ambiciosos proyectos como su intento por controlar el crecimiento desbocado de la periferia urbana. Igualmente, intentaron moderar la creciente presión política que comenzaron a realizar estos sectores de la población, ante las misérrimas condiciones a las que se veían sometidos. En ese orden, resulta conveniente dejar en claro que tanto la idea urbana como la propia ciudad se convirtieron en un puntal de la idea de desarrollo para el continente —sus ideas, proyecciones y las tensiones que también despierta—, y así lo expresarán las distintas escuelas de pensamiento social de la época.

Al igual que en el ámbito económico, la década del 50’ tuvo a la CEPAL como órgano rector de las políticas de urbanización, en tiempos en que aún no existía un gran desarrollo sobre tendencias, diagnósticos y propuestas acerca del tema. En esa línea, los esfuerzos del desarrollismo *cepaliano* buscaron realizar de manera efectiva el tránsito de sociedades rurales a urbanas, en la convicción de que eso era la expresión del giro hacia el desarrollo que necesitaba y debía dar el continente. En esa lógica, también se incentivaron el crecimiento urbano así como el combate al desempleo y el crecimiento irregular de la ciudad. En los 60’, en tanto, el enfoque funcionalista se estableció como el paradigma dominante, poniendo el énfasis modernizador en la dicotomía urbano-rural como factor explicativo del desfase de la región que impedía el despegue económico latinoamericano<sup>497</sup>. Ante el fracaso de las explicaciones funcionalistas, aparecieron a fines de los 60’ y sobre

---

<sup>495</sup> Los conventillos fueron antiguas casas coloniales o patronales ubicadas en la ciudad, arrendadas a trabajadores informales en general. Contaban con un patio central entre sus habitaciones y se subdividía en varios compartimentos; en cada habitación vivía una o más familias, que cocinaban y realizaban el resto de su vida en el patio compartido. La insalubridad y hacinamiento de estos espacios facilitaron las enfermedades y muerte infantil.

<sup>496</sup> M. J. ÁLVAREZ RIVADULLA; “Economía política de los asentamientos...” Op. cit.

<sup>497</sup> La teoría de la Marginalidad fue una de las expresiones de esta tendencia, insistiendo en la idea de marginación de los migrantes rurales a los beneficios y lógicas de la modernidad urbana que ofrecen las ciudades.

todo durante los 70', las teorías neomarxistas de la Dependencia, que insistían en su diagnóstico: las dificultades para el desarrollo óptimo de la ciudad provenían más bien del papel subordinado del continente en el mercado internacional, así como de la escasa infraestructura institucional que disponen los gobiernos para paliar el profundo déficit habitacional que caracteriza a las principales ciudades de la región<sup>498</sup>.

En concreto y en el contexto de los cambios estructurales que tanto el desarrollismo como las teorías de la modernización y de la dependencia respectivamente buscaron establecer como explicación a la realidad latinoamericana, se implementaron una serie de proyectos para erradicar los asentamientos espontáneos que paulatinamente fueron rodeando el cinturón urbano de las principales ciudades del continente. Nuevas y gigantescas urbanizaciones —como Tlatelolco en México D.F, o en los cerros de Caracas— intentaron paliar con bloques de apartamento la brutal carencia de viviendas. La lógica funcionalista de mediados de siglo se impuso en la arquitectura y en la vivienda social, siguiendo los programas que caracterizaron a los países europeos y sus políticas de bienestar. En ese sentido, la década de los 60' experimentó una fuerte inversión en materia urbana, destacando las grandes construcciones en conjuntos habitacionales que pretendieron acabar con el asentamiento espontáneo en los límites urbanos y controlar el modo en que se desarrollaba y expandía la ciudad. Para ello, los gobiernos —muchas veces patrocinados por Estados Unidos— insistieron en la política de erradicación de asentamientos irregulares para el traslado hacia urbanizaciones construidas por el Estado<sup>499</sup>. Esta política que predominó a lo largo de dos décadas por lo menos, tuvo varios detractores que insistieron en plantear alternativas que deslegitimaban la política de erradicación, promoviendo el compromiso y la acción de los habitantes de la ciudad; la autoconstrucción y creación de infraestructura básica de los propios habitantes, se entendió como un mecanismo concreto de inserción en el proceso de modernización<sup>500</sup>. Estas ideas coincidían además con las representaciones de los *dependentistas* o *teólogos de la liberación* sobre la realidad del continente<sup>501</sup>, pero aún más, concordaban con la propia acción de muchos de los habitantes de la periferia urbana, que ante la ineficacia y ausencia del Estado, se hacían, junto a sus

---

<sup>498</sup> E. SADER, I. JINKINGS; *Enciclopedia...* Op. cit., p. 1260.

<sup>499</sup> En el contexto de la Alianza para el Progreso, y con el objetivo de paliar el creciente descontento social que marcaba al continente latinoamericano, EE.UU. intentó a través de programas de asistencia social moderar las expectativas de cambio estructural que surgían a lo largo del continente. Los barrios, villas y poblaciones "Kennedy" se expandieron con fuerza por todo el continente durante esta década. Para una visión general desde una perspectiva de la Dependencia sobre la acción de EEUU en América Latina, ver: M. CASTELLS; *Imperialismo y urbanización en América Latina*. Alianza, Madrid, 1973.

<sup>500</sup> De esa línea fue, por ejemplo, el pensamiento del urbanista inglés J. Turner que trabajó en las barriadas limeñas durante este periodo. E. SADER, I. JINKINGS; *Enciclopedia...* Op. cit., p. 1251.

<sup>501</sup> Cabe consignar que no obstante los diversos esfuerzos realizados por el Estado latinoamericano por solucionar el grave problema de la pobreza así como la escasez habitacional, para 1990 la CEPAL identificaba que más del 41% de la población urbana seguía siendo pobre y con una importante escasez habitacional.

nuevos vecinos, protagonistas de su propia historia a través de la acción organizada, comprometida y solidaria. Este papel los llevó progresivamente a posicionarse como un actor político relevante, poderoso y central del escenario político de la década de 1960.

Pues bien, lo interesante, dado el contexto histórico, social y político en que se situó este proceso de crecimiento urbano, fue precisamente su carácter –contestatorio y reivindicativo— de sectores sociales habitualmente al margen de la toma de decisiones. Durante esta etapa y de acuerdo a las precarias condiciones de vida en que se insertan los nuevos vecinos de la ciudad, se fue organizando –paulatinamente—la acción conjunta de grupos históricamente postergados y excluidos de la acción/participación política. Gestando, a su vez, un mayor grado de conciencia política sobre su realidad y su situación en el tramado sociopolítico nacional. En ese orden, y bajo el alero de principios sustentados en la acción conjunta, la comunidad y la solidaridad, estos espacios comenzaron a pugnar por mayor presencia de sus reivindicaciones en el sistema político, convirtiéndose en un actor central de la contingencia latinoamericana como fue concretamente en el caso de Santiago de Chile.

#### *4.2 el movimiento de pobladores en Santiago de Chile*

Si bien los problemas habitacionales de Santiago tenían antecedentes en el siglo XIX<sup>502</sup>, esa realidad de sobrepoblamiento y miseria alcanzó niveles dramáticos a partir de 1920, bordeando el colapso con el impacto de la *Gran Depresión*<sup>503</sup>. Entre 1907 y 1960, casi un millón de personas migró a Santiago, fundamentalmente entre las décadas de 1930 y 1950<sup>504</sup>. En efecto, el impacto de la crisis de los 30', llevó a más de 60 mil mineros al desempleo; entre 1931 y 1933, la capital se vio inundada por trabajadores salitreros y cupríferos. La agricultura, igualmente afectada por la crisis –tal como ocurrió con la construcción— propiciaron un escenario de masiva migración hacia Santiago: “La capital parecía estremecerse bajo el peso de la humanidad mísera y hambrienta que los trenes arrojaban sobre su cuerpo duro y frío” –señalaba Nicomedes Guzmán. Pese a algunos

---

<sup>502</sup> Para visión general de la historia de los problemas habitacionales de Santiago durante el siglo XIX ver: <sup>502</sup> **V. ESPINOZA**; *Para una historia...* Op. cit., Capítulos I-III.

<sup>503</sup> Fue durante esta década de 1920 que se producen las primeras organizaciones de arrendatarios, que protestan y marchan por las principales ciudades del país. La presión social del movimiento consigue, en 1925, la primera ley de arrendamiento. **V. SALAS**; “Rasgos históricos del movimiento de pobladores”. En **L. VITALE, et al**; *Para Recuperar la memoria histórica. Frei, Allende y Pinochet*. CESO, Santiago, 1999, p. 355.

<sup>504</sup> Desde 1920 en adelante, el porcentaje de aumento de la población de Santiago bordeó el 40% por década. Las cifras en: **M. VILLA y C. MUÑOZ**; “Tendencias demográficas del proceso de urbanización 1920-1970” En: **L. PARCI (ed)**; *Modo de producción y metropolización en América Latina*. ILDIS, Santiago, 1972. Citado en: **J. CHATEAU**; *Algunos antecedentes sobre la situación de los pobladores en el Gran Santiago*. Documento de trabajo nº 115, FLACSO, Santiago, 1981, p. 3.

albergues creados por la autoridad, en los barrios pobres la miseria e insalubridad se hicieron costumbre, dando vida a los cinturones de pobreza que caracterizaron a las principales urbes latinoamericanas. Basta con ejemplificar que, durante ese periodo, Chile tuvo la triste estadística de ser el país con mayor índice de mortalidad por tuberculosis en el mundo (25 por cada 10 mil habitantes). A esta realidad también se vieron sometidos algunos asalariados durante la primera mitad de la década de 1930, tras la devaluación de la moneda —de un 40% aproximadamente— cuando, precisamente, el costo de la vida se disparaba desde 1928, alcanzando un alza de hasta un 38%<sup>505</sup>. En este contexto, surgieron varias iniciativas que organizó a arrendatarios y pobres de la ciudad a objeto de paliar la paupérrima situación que los caracterizaba<sup>506</sup>.

Por otra parte, algunas catástrofes vividas en la capital llevaron a elaborar un esbozo de planificación urbana que quedó limitada, en todo caso, al centro de Santiago y los barrios aledaños habitados por los sectores medios y altos. Al margen, quedaron los crecientes espacios ocupados por los pobres. Comunas como La Cisterna, Renca, Conchalí, Barrancas (Pudahuel) o La Granja, carecieron de planificación alguna, creciendo acelerada y desordenadamente como había caracterizado al proceso de urbanización desde principios de siglo. El fenómeno, además, se vio potenciado por la práctica municipal que tuvo en el *loteo* de terrenos una de sus principales fuentes de ingreso. Esta cuestión —completamente desregulada— incentivó la concentración de ingentes masas de pobres en pequeños espacios de tierra que, además, no contaban con condiciones mínimas de urbanización y salubridad; ni agua potable, luz, alcantarillado, o terrenos sólidos donde llevar adelante la construcción de sus viviendas. Fue así que surgieron masivamente las poblaciones “callampas”, echas de cartón, fonolita, tablas viejas y latones<sup>507</sup>. Igualmente problemático resultó la completa desregulación en el establecimiento de industrias en el radio urbano, generando, en muchos casos, la contaminación de sectores residenciales. Todo lo anterior ratificaba que Santiago —al igual que las principales ciudades de la región— se desarrolló, al menos hasta 1960, de una forma “agregada, sin una previa ordenación”<sup>508</sup>.

La superación de la crisis del 29’ fue lenta e implicó profundas modificaciones en la estructura social y económica del país, modificando aspectos centrales que la habían

---

<sup>505</sup> **A. DE RAMÓN**; *Santiago de Chile...* Op. cit., p. 219 y p. 241.

<sup>506</sup> El Frente Nacional de la Vivienda fue creado en 1936 y resulta de la unificación de distintos grupos en una sola organización. **L. ALVARADO, R. CHEETHAM, G. ROJAS**; “Movilización social en torno al problema de la vivienda”. *Revista Latinoamericana de Estudio Urbano Sociales*, EURE. Vol. III, n° 7, 1973, p. 46.

<sup>507</sup> Se les denominó así porque surgían abruptamente —en el transcurso de una noche— ocupando un espacio determinado.

<sup>508</sup> En 1960 se comienza a implementar el Plan Intercomunal, proyecto que intentó dar un nuevo orden y sentido a la planificación urbanística de la ciudad, determinando los límites de las áreas urbanas y suburbanas, definiendo además las áreas industriales, habitacionales y verdes. Para una visión en detalle ver: **A. DE RAMÓN**; *Santiago de Chile...* Op. cit., pp. 225 y sgtes. La cita en p. 232.



caracterizado desde mediados del siglo XIX<sup>509</sup>. En efecto, las estructuras sociales fueron mutando, abriéndose un espacio de convergencia entre los crecientes sectores medios y la oligarquía tradicional chilena, que encontró en esa nueva tendencia su manera de mantener las cuotas de poder que históricamente le habían pertenecido<sup>510</sup>. Fue en ese marco —que políticamente se manifestó en los Frentes Populares— que a fines de la década de 1930, se sentaron las bases para la construcción del *Estado de Compromiso*, encargado de conducir la vida y la sociedad hasta al menos 1973.

Pero la gravedad de la situación habitacional llevó a los gobiernos radicales (1938-1952), a poner en la agenda pública el problema de los barrios pobres de la capital, aunque no fue hasta la década siguiente que se tomaron medidas concretas al respecto. Las políticas de industrialización así como la expansión del sector servicios iniciada durante este periodo, impulsaron la modernización económica del país. No obstante, el excesivo centralismo de éstas acentuó el fenómeno migratorio, principalmente hacia la capital, volviendo aún más dramática la situación de la periferia santiaguina<sup>511</sup>. Sin embargo, el estrecho vínculo entre los movimientos de arrendatarios y partidos de gobierno subordinaron a la lógica institucional —salvo contadas excepciones— a los movimientos *Sin Casa* durante toda la década de 1940, impidiendo su expresión en manifestaciones públicas, como había sido costumbre durante las décadas anteriores. Sólo el descrédito político institucional —reflejado en la derrota de los radicales en 1952 y la consolidación de un creciente sentimiento de desafección— condujo a cierta liberación de los sectores populares. La década de 1950, de este modo, se convirtió en el tiempo del malestar ante el estigma partidista y un escenario de progresiva movilización social demandante por mejoras en las condiciones de vida de los sectores más pobres.

Ahora bien, fue también durante esta etapa —concretamente a partir de la segunda mitad de los 40’— que se produce un punto de inflexión en la organización de los pobladores<sup>512</sup>. Durante este periodo se consolidaron las organizaciones populares de “Familias sin casa”, donde participaron habitantes de poblaciones callampas, arrendatarios de conventillos, allegados y otros. Su objetivo central fue exigir al Estado terrenos urbanizados mínimos, préstamos y asistencia para la autoconstrucción, de manera de acceder a la casa propia<sup>513</sup>.

---

<sup>509</sup> A. DE RAMÓN; *Ibid.*, p. 215.

<sup>510</sup> M.R. STABILI. *El sentimiento aristocrático. Elites chilenas frente al espejo (1860-1960)*. Andrés Bello y Centro de Investigaciones Barros Arana. Santiago, 2003.

<sup>511</sup> Durante esta década, los esfuerzos del gobierno por evitar la inflación de precios para el consumo urbano, redundaron en una depreciación de los precios en la producción agrícola, cuestión que repercutió directamente en el poder adquisitivo de los campesinos.

<sup>512</sup> T. VALDÉS; *El movimiento poblacional: la recomposición de las solidaridades sociales*. Documento de Trabajo n°243, FLACSO, Facultad Latinoamericana de Ciencias Sociales, Santiago, 1986, p. 5.

<sup>513</sup> A. DE RAMÓN; *Santiago...* Op. cit., p. 246.

Lo fundamental del fenómeno, sin embargo, estuvo en los mecanismos; la aparición de la acción directa, a través de *tomas ilegales* de terrenos, dieron origen a una nueva forma de acción política hasta ahí desconocida y que venía a cuestionar por primera vez uno de los derechos más inviolables de todo el ordenamiento jurídico: el derecho de propiedad. De esa forma, surgieron nuevas poblaciones en San Miguel, Los Nogales, Lo Valledor o del Zanjón de la Aguada, siendo la toma de Lo Zañartu la más conocida al dar vida a la población La Legua<sup>514</sup>.

El gobierno de C. Ibáñez del Campo (1952-1958), intentó vanamente abordar el problema habitacional<sup>515</sup>. Con ese fin su gobierno creó —en 1952— la Corporación de Vivienda, CORVI, de modo de utilizar al conjunto de las instituciones públicas para abordar la preocupante situación de la periferia de la capital. El organismo, se encargó de proporcionar terrenos ya urbanizados, materiales de construcción y asistencia técnica, mientras los trabajadores aportaban la mano de obra. Pese a las iniciativas tomadas por el gobierno, el malestar acumulado en la sociedad —por el estancamiento económico, la inflación, el aumento del desempleo y la precarización de la vida<sup>516</sup>— fortaleció la organización de los pobres de la ciudad, que no se conformaron con medidas parciales<sup>517</sup>. Una intensa movilización social caracterizada por la acción directa, sacudió Santiago demandando una vivienda digna y condiciones básicas para vivir<sup>518</sup>. La movilización destacó por un espíritu solidario entre sus miembros, reforzando lo colectivo por sobre lo individual a la hora de reivindicar al Estado sus necesidades. La historia común que reivindica la memoria colectiva de arrendatarios, allegados y comités comunales de sin casa, dotaron de coherencia a las demandas de los estos grupos, potenciando de esa forma la protesta popular.

La lentitud del Estado para dar solución integral a un problema que se hallaba en estado crítico, condujo a los pobladores a incorporar la acción directa como mecanismo de presión; entre 1953 y 1963, hubo 32 ocupaciones ilegales de terrenos, comprometiendo a un total de

---

<sup>514</sup> **M. GARCÉS**; “Los pobladores refundan la ciudad”. Archivo Chile, Centro de Estudios Miguel Enríquez, CEME, p. 3. [www.archivochile.com](http://www.archivochile.com). Consultado el 20-02-2009.

<sup>515</sup> Entre 1952 y 1959, las familias que vivían en poblaciones callampas y campamentos, pasó de 16.502 a 32.307. **T. VALDÉS**; *El movimiento poblacional...* Op. cit., p. 6.

<sup>516</sup> La inflación durante la década de 1950 alcanzó el 2089 % que obligó a iniciar un duro programa para combatirlo. El impacto de este plan desató un profundo malestar social manifestado en la ola de protestas de 1957. Las cifras en: **V. ESPINOZA**, *Para una historia...* Op. Cit., p. 239-245; sobre las protestas de 1957 ver; **G. SALAZAR**; *Violencia Política Popular en las Grandes Alamedas*. LOM ediciones, Santiago 2ª edición, 2006, pp. 209-219; **P. MILOS**; *2 de abril de 1957. Historia y memoria*. LOM ediciones, Santiago, 2007.

<sup>517</sup> Según el censo de 1952, 30 mil eran las familias que ocupaban sitios ajenos, es decir, que no tenían títulos de propiedad de los terrenos que habitaban en Santiago, representando a más de 200 mil personas. En: **V. ESPINOZA**, *Para una historia...* Ibid. p. 277.

<sup>518</sup> **M. GARCÉS**; *Tomando su sitio: el movimiento de pobladores de Santiago, 1957-1970*. LOM ediciones, Santiago de Chile, 2002.

13.765 familias en la acción<sup>519</sup>. En este proceso, no obstante, los pobres de la ciudad no estuvieron solos; contaron con el respaldo permanente de la izquierda partidista —reunida desde 1957 en el Frente de Acción Popular, FRAP— y la Iglesia Católica<sup>520</sup>. Esta influencia “externa” añadió a las históricas demandas populares por la vivienda un profuso trabajo de concientización política de los partidos obreros, dotando de un eminente carácter político-institucional a la lucha poblacional, pero además ayudó a encausar por esta vía los requerimientos de los cientos de comités que surgían por toda la capital. De esta forma, tanto la situación crítica que había empujado a los pobres a la organización así como la colaboración de instituciones externas entregaron nuevas fuerzas a los movimientos de pobladores, que para fines de la década emergía con fuerza renovada ondeando un discurso por el cambio y la justicia social<sup>521</sup>.

Fue en ese contexto, el 30 de octubre de 1957 más de mil doscientas familias de distintos puntos de los márgenes de la capital —sobre todo del Zanjón de la Aguada, canal rodeado de precarias construcciones de latas, cartones y maderas— decidieron tomarse los sitios fiscales ubicados al sur de la capital y construir ahí sus viviendas, dando vida a La Victoria, una de las poblaciones más emblemáticas de la historia urbana del país<sup>522</sup>. Si bien en un primer momento existió la intención de respetar la normativa vigente, la ineficacia del Estado forzó la decisión de los pobladores a impulsar la acción directa, en momentos que se vivía un profundo descontento social y político por la mala situación económica.

De acuerdo a la experiencia de los múltiples casos de acción directa que se viven durante la década de 1960, *las tomas* de terrenos, como mecanismos de presión y obtención de un sitio donde vivir, contempló diversas etapas. Entre ellas, destacaban la organización de comités de sin casa de alguna comuna periférica que contaba además con la participación de militantes de partidos de izquierda, fundamentalmente comunistas; adquisición de los miembros de estos comités de libretas de vivienda CORVI, mediante el pago de algunas cuotas; presión y negociación con las autoridades a fin que les asignaran sitios; organización de la toma de terrenos cuando se consideraba que los plazos se extendían más de lo estipulado, o las condiciones ofrecidas por la autoridad no coincidían con lo que finalmente ocurría en la realidad; realización de la toma de forma rápida y discreta —

<sup>519</sup> **A. DE RAMÓN**; *Santiago...* Op. cit., p. 246.

<sup>520</sup> El Primer Censo Nacional de la Vivienda, de 1952, indicó que el 31,7% de la población de Santiago, es decir casi 600 mil personas, tenían viviendas calificadas como precarias, sin contar con otras tantas que vivían hacinadas en conventillos. **Instituto Nacional de Estadísticas**, INE, *Primer Censo Nacional de la Vivienda*. Santiago, 1952, p. 1. Citado en: **E. MURPHY**; *Historias poblacionales. Hacia una memoria incluyente*. CEDECO, Santiago, 2002, p. 19.

<sup>521</sup> **M. GARCÉS**; *Tomando su sitio...* Op. cit., p. 6.

<sup>522</sup> Para ver los testimonios de algunos participantes de la toma ver: **G. FARÍAS**; “Lucha, vida, muerte y esperanza. Historia de la Población La Victoria”. En **VVAA**, *Constructores de Ciudad. Nueve historias del primer concurso de “Historia de las Poblaciones”*. Sur ediciones, Santiago, 1989; **Grupo de salud poblacional y M. PAIVA**; *Pasado: Victoria del presente*. Impreso en Vicaría de la zona oeste, Santiago, 1989.

habitualmente en la madrugada— de manera de evitar la acción de carabineros; negociación con la autoridad pública, momento en que se trazaba la erradicación, instalación o desalojo del sitio; una vez consolidada la toma se iniciaba un nuevo ciclo de presión y negociación para adquirir las viviendas definitivas y mejoras en la infraestructura de los sitios entregados<sup>523</sup>. Todo este camino se realizó casi siempre colectivamente. Es decir, más allá de la reivindicación particular de cada familia, la comunidad se convierte en el verdadero soporte de toda acción.

Si bien la toma representaba un salto a la legalidad vigente, en la práctica, los cientos de miles pobladores apostados en la periferia de la capital no pretendían mucho más que sitio donde vivir dignamente. De hecho, mostraron su disposición a trabajar en las mejoras y finalizaciones de los barrios, manifestando su disposición de ser partes de la solución y no meros beneficiarios de políticas de beneficencia. Igualmente, sus prácticas organizativas y su trabajo permanente dieron cuenta de un compromiso colectivo que marcaría para siempre la identidad de los futuros barrios que fueron componiendo el radio periférico de la capital. En efecto, el compromiso con su comunidad, retratado en el vecino, forjó un acervo de solidaridad y comunión que definitivamente representó una seña decisiva en el imaginario de los pobladores. En estos dos hechos, es decir, su voluntad por ser parte de la solución y el sentimiento de pertenencia y fraternidad que despierta el trabajo mancomunado realizado desde los primeros comités, se pueden observar algunos aspectos necesarios de destacar para comprender cómo se fue modelando la mentalidad de estos actores sociales durante este periodo. Pese al asistencialismo que se había instaurado como política pública desde los gobiernos radicales, los pobladores expresaron una conciencia de su responsabilidad y deber en este proceso. Es decir, entendían que debían cumplir un papel activo y relevante en la construcción de su futuro, evidenciando el alto grado de compromiso que presentan y, a su vez, el decisivo afán de inclusión que compone sus prácticas. Su noción de asistencialismo estatal —en efecto— estuvo marcado por el auxilio del Estado en bienes y servicios que ellos no eran capaces de obtener por sí solos. Pero también componía dicho “contrato”, su trabajo, compromiso y actitud para desarrollar los nuevos espacios urbanos. Al menos así lo entendieron y expresaron cientos de allegados a las tomas<sup>524</sup>.

---

<sup>523</sup> **M. GARCÉS, Equipo Profesional de ECO;** *Historia de la Comuna de Huechuraba. Memoria y oralidad popular urbana*. ECO, Educación y Comunicaciones, Santiago, 1997, p. 45. Online en [www.memoriachilena.cl](http://www.memoriachilena.cl) Consultado noviembre 2013.

<sup>524</sup> Los testimonios directos extraídos en ambas poblaciones aquí investigadas ratifican este hecho. Cada poblador que se vio en la posibilidad de acceder de algún modo a la vivienda propia, asumió compromiso y responsabilidad en el proceso; ya fuese a través de la comunidad o a través de su propio trabajo particular. Una visión similar encontramos en una población contigua a Santa Adriana, José María Caro en otra investigación realizada al respecto. **J. RADIC;** *Recordando desde La Caro. Historia y memoria del Sector D, población José María Caro*. Ministerio de Vivienda y Urbanismo, Municipalidad de Lo Espejo, Santiago, 2018.

Esta visión se contrapuso con la existente en las élites de la sociedad que entendió a los pobres como sujetos pasivos y con escasa dignidad. El estigma del pobre se remonta a los orígenes de la historia de Chile y entendió, en este periodo concreto, que sólo podrían salir de la miseria con la ayuda y acción externa. Sin embargo, el sentido de participación propuesta por los pobladores desde sus primeras acciones directas, manifestó el afán de integración subyacente en sus nociones y prácticas. Una inclusión participativa, en la que ellos eran actores protagónicos de su propia historia. Es cierto que esta lógica no puede ser extrapolable a todos los habitantes de las poblaciones existiendo muchos que asumieron sin problemas el rol paternalista del Estado. Sin embargo, no puede desconocerse ni minusvalorarse la convicción de muchos otros, respecto al papel que le cabe al poblador en este proceso. Esta cuestión no solo habla de las convicciones y el sentido de dignidad que presentan, sino además reflejan las representaciones e imaginarios que los posicionan como actor protagónico del desarrollo como habitantes de la ciudad.

Por su parte, el espíritu forjado en sus práctica comunitarias dotaron a las nuevas organizaciones de vecinos —que posteriormente formaron los nuevos barrios populares de la capital— de una identidad propia y sentido de pertenencia que sirvió para moldear y definir buena parte de las creencias y convicciones que tuvieron sus participantes de ahí en más. Tanto el trabajo comprometido y solidario con la comunidad forjó lazos que superaban la lógica del interés constituyendo un cuerpo afectivo que caracterizó a estos espacios y sus representaciones del mundo de ahí en más.

Fue precisamente en esta época y a partir de estas experiencias que la palabra *poblador* comenzó a tener un nuevo sentido que traspasó incluso el horizonte de expectativas al que hacía alusión (hasta bien entrada la primera mitad del siglo XX, poblador hacía referencia al propietario de sitios recién establecidos). Así, la necesidad habitacional se convirtió en una herramienta de acción colectiva de tal fuerza que facilitó la emergencia de un grupo social nuevo, alejado de las históricas pretensiones y reivindicaciones del movimiento obrero tradicional y que presentaba múltiples y diversas caras en su expresión<sup>525</sup>. En efecto, al preguntarse quiénes eran los actores que irrumpían con fuerza en este periodo de la historia de Chile, se evidenciaba que la clase popular no estaba compuesta exclusivamente por el mundo obrero. Los trabajadores, si bien referente histórico y pilar fundamental del movimiento social de la historia de Chile, se vio acompañado desde este periodo por nuevos actores —según Garcés, el más dinámico de ahí en más en la escena socio-política del país— que incorporó a mujeres lavanderas, dueñas de casa, trabajadores temporales e informales y obreros que por su poca preponderancia en el proceso productivo, no habían alcanzado un

---

<sup>525</sup> G. SALAZAR, J. PINTO; *Historia Contemporánea de Chile*. TOMO II. LOM ediciones, Santiago, 1997, p. 97.

alto grado de sindicalización<sup>526</sup>. Lo anterior llevó a una transformación importante: lo que históricamente había representado lo *popular* —es decir, fundamentalmente el mundo obrero— pasaba a llenarse de diversidad y complejidad, incluyendo a sujetos *nuevos* —hasta ahí no historizados— alejados de las tradicionales imágenes relacionadas al trabajador industrial<sup>527</sup>.

El poblador asimismo —como habitante de la ciudad— hacía referencia a un periodo en “que el país puso mayor énfasis en desarrollar las áreas más pobres de la ciudad”<sup>528</sup>, pese a que los resultados de dichas políticas resultaron siempre insuficientes<sup>529</sup>. De esta forma, el movimiento poblacional adquirió forma en su lucha por establecer un lugar físico dónde vivir, incorporando además una representación específica del cambio social y político entre sus demandas y donde la participación y la organización colectiva se erigieron como pilares fundamentales de sus prácticas. Éstas propugnaban una efectiva participación democrática de los actores sociales y a propiciar una real inclusión de los distintos componentes de la sociedad. De ahí que se convirtiera en uno de los fenómenos organizacionales más activos hasta el golpe de Estado de 1973, e incluso en el epicentro de la acción política durante la Unidad Popular, cuestión que, con matices, también se había producido durante la administración Frei Montalva<sup>530</sup>. Ahora bien, y pese a este activo escenario que se despliega durante la década de 1960, es conveniente tener claro que, como señala S. Leiva, el movimiento poblacional vivió un proceso “históricamente poco lineal, más bien disruptivo, con altos momentos de acción y periodos de estancamiento y retroceso”<sup>531</sup>.

La toma de La Victoria abrió un espacio nuevo de acción política que se fue consolidando durante la década de 1960, a medida que se hacía evidente la ineficiencia de las medidas estatales y la precariedad de las condiciones de vida de vastos sectores de la población<sup>532</sup>. Tras la Victoria, siguieron otras *tomas* que condujeron a la formación de nuevas poblaciones alrededor de la capital. Un nuevo modo de acción política con nuevos actores transformaron también al propio sistema político-institucional, que se vio en la obligación de asumir esta nueva realidad. Así fue que un gobierno de derecha y con un marcado acento tecnocrático como el de J. Alessandri (1958-1964), se vio en la obligación

---

<sup>526</sup> M. GARCÉS; *Tomando su sitio...* Op. cit., pp. 5-6.

<sup>527</sup> M. GARCÉS; *El despertar de la sociedad*. LOM, Santiago, 2012.

<sup>528</sup> E. MURPHY; *Historias poblacionales*, Op. cit., p. 18.

<sup>529</sup> M. GARCÉS; *Tomando su sitio...* Op. cit., p. 124.

<sup>530</sup> M. CASTELLS; “Movimiento de pobladores y lucha de clases en Chile”. *Revista Latinoamericana de Estudios Urbanísticos Regionales EURE* Vol. 3, Núm 7, pp. 9-35.

<sup>531</sup> S. LEIVA, “De la toma de terrenos a la toma de poder: El Campamento Nueva la Habana y una nueva óptica para la movilización poblacional”. *Revista de Historia Social y de las Mentalidades* 6, Universidad de Santiago de Chile, Santiago Primavera 2002, p. 109.

<sup>532</sup> La Oficina de Planificación Nacional, ODEPLAN, estimó que a comienzos de 1960, existía una escasez de al menos 400 mil viviendas. V. SALAS; “Rasgos históricos...” Op. cit., p. 357.

de llevar adelante la construcción de nuevo barrios que descomprimieran la creciente presión existente por los pobladores de la ciudad. Poblaciones como San Gregorio, José María Caro —la población más grande de Chile— y Santa Adriana, entre muchas otras que surgieron en este tiempo, respondieron en parte al Plan Habitacional que intentó soslayar las enormes dificultades que representaban para sus intereses políticos el conflicto por la vivienda.

En efecto, el creciente interés que despertó el movimiento poblacional como herramienta de presión política, lo constituyó durante este periodo en un fenómeno dependiente de las lógicas partidistas, cuestión aún más evidente tras la llegada de E. Frei al gobierno (1964), y la consolidación de la relación clientelar-asistencialista el gobierno democristiano intentó implementar<sup>533</sup>. Las políticas de “*Promoción Popular*” así como la *Operación Sitio*<sup>534</sup> —fuertemente influenciadas por la doctrina de la marginalidad de DESAL— efectivamente estimularon la organización de los sectores populares; la formación de Junta de Vecinos, Comités de Adelanto, Centros de Madre, Clubes Deportivos, entre muchos otros, entregaron gran vigor a la actividad política en el mundo poblacional que, pese a las notorias injerencias de los partidos, contaron con una auténtica participación de sus vecinos<sup>535</sup>.

En este contexto, la estrategia del gobierno Frei, propició aquello que los técnicos denominaron como la “complementariedad”, es decir, la acción directa como añadido a la relación clientelar existente con el Estado<sup>536</sup>. Pues claro, con el fin de aplacar los ímpetus que traían los sectores populares en su demanda por la vivienda, Frei Montalva y su gobierno implementaron una serie de medidas específicas, de corto plazo, que pretendían resolver el problema habitacional en el país, consiguiendo —de paso— el respaldo y la legitimidad del mundo popular urbano. Para ello, implementó un plan de mejoramiento urbano general; incrementó de manera ostensible la construcción de viviendas populares desarrollando, en paralelo, un programa de asignación de sitios previamente urbanizados. Este fue la conocida Operación Sitio que intentó desplegar el poder del Estado en demanda de las múltiples e históricas carencias habitacionales<sup>537</sup>. De esta política resultó parcialmente beneficiada un sector importante de los vecinos de La Pincoya en 1969.

---

<sup>533</sup> **M. GARCÉS**; *Tomando su sitio...* Op. cit., p. 291.

<sup>534</sup> El gobierno demócratacristiano de E. Frei Montalva, creó la Consejería de Promoción popular. Más tarde la Operación sitio, llevó a que entre 1965 y 1968 se entregaran 119.557 sitios semiurbanizados y 48.290 viviendas provisionales.

<sup>535</sup> La Administración Frei, dictó para esos efectos la Ley 16.880 de Juntas de Vecinos y Organizaciones Comunitarias de modo de crear una red vecinal capaz de conducir y canalizar la participación de los pobladores. Para una visión general de las políticas en este ámbito del gobierno Frei, ver: **M. GARCÉS**; *Tomando su sitio...* Op. cit., pp. 301-336.

<sup>536</sup> **L. ALVARADO, R. CHEETHAM, G. ROJAS**; “Movilización social...” Op. cit.

<sup>537</sup> La Operación Sitio, fue concebida “como una estrategia de resolución por etapas del poblamiento de la vivienda popular. En una primera etapa se asignaban sitios a los pobladores con obras básicas de urbanización, y, en una

Sin embargo, como señala T. Valdés, las políticas sociales del gobierno demócratacristiano reforzaron la acción popular, generando una consecuencia no deseada ni pensada por los falangistas respecto a la creciente capacidad de presión y negociación alcanzada por los pobladores durante este periodo. Esto coadyuvó a poner en jaque muchos aspectos de la institucionalidad vigente, ante el desborde de las reivindicaciones<sup>538</sup>. Ciertamente, “la coyuntura económica y la coyuntura política quebraron el proyecto populista (de Frei) y transformaron una vasta maniobra de integración en una dinámica de movimiento social”, como bien lo sintetiza M. Castells<sup>539</sup>. En efecto, estos órganos populares creados con el objeto de controlar la organización de los pobladores, dividirlos por género y/o edad, traspasando, a su vez, las representaciones valóricas democristianas, es decir, cuál era el papel del hombre, la mujer y los jóvenes en la sociedad, se vieron progresivamente desbordados por las propias expectativas que el creciente empoderamiento y protagonismo político alcanzado por estos sectores de la sociedad despertaron entre sus miembros. Máxime, cuando sus expectativas no fueron correspondidas por las políticas del gobierno Frei.

De este modo, los esfuerzos demócratacristianos por traspasar imaginarios y representaciones de la sociedad a través de estas iniciativas, se vieron fuertemente superados por las expectativas de cambio que coparon las representaciones populares, presionando de paso las estructuras del sistema democrático chileno. Si bien en muchos espacios esta influencia penetró de forma potente, también es cierto que la rica experiencia aportada por la historia organizacional, su memoria reivindicativa y en la que los partidos obreros tuvieron mucha influencia, conformaron imaginarios de transformación, sustentados en un acervo político y cultural que no sólo resituaba el papel de los sectores populares en la sociedad, sino que extendía el ideal solidario y comunitario como fundamento mismo de la práctica política.

En ese orden, el movimiento de pobladores si bien careció de un permanente liderazgo autónomo, contó con un ambiente social y político favorable, que fomentó y robusteció las redes y lazos entre los participantes de *las tomas* de terrenos y el mundo político, ampliando al mismo tiempo los grados de conciencia política entre sus miembros. De esta forma, la

---

segunda etapa, conjuntamente con la comunidad, se iniciaba la construcción de una vivienda provisional definitiva y se daba término a las obras de urbanización. Mediante esta política, a diciembre de 1969, se habían asignado en el país 70793 sitios sumada a esta cifra, iniciativas, de autoconstrucción y la labor de emergencia de las intendencias, el número de asignaciones de sitios urbanizados o semiurbanizados subía a 121.291. Los datos específicos en el Sexto Mensaje del Presidente de la República de Chile, Don Eduardo Frei Montalva al inaugurar el periodo de sesiones ordinarias del Congreso Nacional, Santiago, 21 de mayo, 1970. Citado en: **M. GARCÉS, Equipo Profesional de ECO; Historia de la Comuna de Huechuraba...** Op. cit., p. 46.

<sup>538</sup> T. VALDÉS; *El movimiento poblacional...* Op. cit., p. 8.

<sup>539</sup> M. CASTELLS; “Movimiento de pobladores y lucha de clases”. Op. cit., p. 23.



asistencia y el clientelismo fueron en muchos aspectos los mecanismos que empujaron a un primer plano a los pobladores, pero que a su vez entregaron una experiencia y un poder de negociación que creció con el tiempo a partir del aumento progresivo de su sentido de realidad y derechos.

Los grados de movilización y cualificación ideológica aumentaron exponencialmente a partir de esta época en un sector de la sociedad que representaba, por esos años, alrededor del 28% de la población total de país<sup>540</sup>. A su vez, la injerencia del contexto global inyectó nuevas fuerzas a la contienda social que crecientemente se manifestaba en el conjunto de la región<sup>541</sup>. Así pudo observarse en el caso chileno cuando las injerencias revolucionarias tomaban forma a través de la formación del Movimiento de Izquierda Revolucionaria. En efecto, este clima de conflictividad reseñó el comienzo de una nueva etapa de la acción colectiva, fuertemente marcada por la aparición del MIR en el mundo poblacional<sup>542</sup>. El MIR, entendió que la realidad vivida en campamentos, poblaciones y el campo, eran un espacios sumamente propicio para llevar adelante un proyecto político revolucionario<sup>543</sup>. Su discurso, en ese orden, dejó de considerar al Estado como único interlocutor, entrando en franca confrontación con el modelo burgués, considerando a los pobladores como la vanguardia revolucionaria, incentivando, a su vez, a la movilización de masas con un discurso y una práctica rupturista, consciente del papel político que representaban los sectores populares. El MIR, en ese sentido, fomentó la confrontación de los sectores populares con el sistema político, como mecanismo de romper con el clientelismo y la dependencia a la institucionalidad que observaban en el movimiento. Así, a través de frentes de masas, (Movimiento Campesino Revolucionario, o el Movimiento Revolucionario de Pobladores, por ejemplo), propuso un liderazgo autónomo —fomento de una democracia realmente participativa— con una nueva lógica reivindicativa, que superaba las cuestiones básicas —habitacional, agua, luz, etc.— para dar paso a una crítica estructural que cuestionaba las bases mismas del sistema capitalista vigente. Las reivindicaciones básicas eran entonces, parte de un problema mucho más de fondo.

Es necesario considerar que el discurso autonomista incentivado por el MIR, convergió en algunos ámbitos con la experiencia histórica de los pobladores, que asistieron a reiteradas negativas y postergaciones de sus reivindicaciones por parte del Estado central, incentivando su desconfianza que no cambiaría con el “asistencialismo paternalista del

---

<sup>540</sup> Según DESAL el porcentaje de personas que se encontraban en situación “marginal” alcanzaba el 27,3% del total. **O. MERCADO VILLAR, P. DE LA PUENTE LAFOY, F. URIBE;** *La marginalidad urbana...* Op. cit., p. 48.

<sup>541</sup> **P. MARTÍNEZ LILLO, P. RUBIO;** *América Latina actual: del populismo al giro de izquierdas.* La Catarata, Madrid, 2017.

<sup>542</sup> **S. LEIVA;** *De la toma...* Op. cit., p. 110.

<sup>543</sup> **P. WINN;** *La revolución chilena.* LOM, Santiago, 2013, p. 63.

Estado burgués”. Así pudo observarse en 1967, cuando el agotamiento y la desazón se hicieron parte de los pobladores ante el retraso y los límites que presentaron las políticas del gobierno demócratacristiano. A partir de ese año, las tomas volvieron para hacerse sistemáticas y permanentes<sup>544</sup>.

**Cuadro 1. Toma de terrenos y número de familias viviendo en el Gran Santiago: 1969-1971<sup>545</sup>**

Comunas	Número de tomas	Número de familias
Barrancas (Pudahuel)	29	9104
La Florida	20	7332
La Cisterna	40	5689
San Bernardo	45	5373
Ñuñoa	21	5233
Conchalí	25	4472
La Granja	28	4231
San Miguel	25	2903
Las Condes	26	2749
Maipú	12	2528
Puente Alto	7	2147
La Reina	13	1359
Renca	9	897
Quinta Normal	4	391
Providencia	8	302

Pero como señalábamos, las contradicciones evidentes del gobierno demócratacristiano no hicieron más que incentivar nuevas tomas. Los pobladores, decepcionados del gobierno e insuflados por la retórica revolucionaria, potenciaron la acción directa aumentando exponencialmente esta vía de presión: si en 1968 las tomas en la capital fueron 4, en 1969 se produjeron 35, alcanzando en 1970, la suma de 103<sup>546</sup> (cuadro 1). De esta forma, el movimiento poblacional derivó paulatinamente desde un movimiento reivindicativo de demandas básicas, a utilizar la toma de terrenos como mecanismo de presión y expresión

<sup>544</sup> La toma de Barrancas (Pudahuel), dio vida a la población de Herminda de la Victoria y resultó simbólica del giro que vive la historia de la vivienda popular. De ahí en más y hasta el golpe de Estado, la acción comprometida de los pobladores discurrió paralelamente a las acciones gubernamentales. Para una visión general ver; **M. GARCÉS; Tomando su sitio...** Op .cit., pp. 290 y sgtes.; Para la toma y formación de la población Herminda de la Victoria, ver: **L. MOULIAN, L. WOLF; Herminda de la Victoria. Aspectos históricos.** Santiago, 1990.

<sup>545</sup> **T. VALDÉS; El movimiento poblacional:...** Op. cit., En amarillo, las comunas en que se encuentran las poblaciones de este estudio. Conchalí albergó hasta 1981 a La Pincoya y San Miguel a Santa Adriana.

<sup>546</sup> **M. CASTELLS; “Movimiento de pobladores...”** Op. cit., p. 26.

política, adquiriendo mayor preponderancia en el desarrollo y administración de sus espacios de participación política<sup>547</sup>.

En esa perspectiva, el impulso propugnado por el MIR al conjunto del movimiento poblacional, contribuyó, al menos parcialmente, a desarrollar una auténtica consciencia libre y contestataria entre los pobladores; si habitualmente una vez alcanzados los objetivos básicos de entrega de terrenos, pavimentación, luz, agua, vivienda, la organización tendía a decaer, los espacios poblacionales donde el MIR y sus dirigentes habían tenido mayor injerencia, lograron instalar una retórica y una práctica revolucionaria que pretendía proyectar estas necesidades en un discurso de transformación radical del sistema dominante. Este hecho, llevó a experimentar formas de gobierno vecinal y comunitario completamente originales, a diferencia de lo que ocurrió en otros barrios de la capital<sup>548</sup>.

Ahora bien y más allá de las injerencias partidarias en esta concientización política de los pobladores, el compromiso adquirido por estos fue, en general, ejemplar, sin importar que proviniesen de tomas o espacios entregados por el Estado. El buen comportamiento al que apuntaban conseguir en sus núcleos residenciales se tornó emblemático y revelador de cómo entendían su propia realidad y su combate por deslegitimar los prejuicios de los que eran víctimas. Las nacientes juntas de vecinos se dedicaron no sólo a garantizar el orden y la tranquilidad de los lugares por ellos ocupados, organizando mejoras de los espacios y servicios públicos (como calles, veredas, locomoción, escuelas etc.), sino a exigir a sus miembros rectitud y buen comportamiento; es cierto que esto no fue aplicable en la gran mayoría de las nuevas poblaciones al no disponer de medios efectivos para ello. Sin embargo, en su gran mayoría, los primeros habitantes de las nuevas poblaciones de Santiago, se volcaron al trabajo comunitario de manera comprometida respetando los acuerdos entre ellos establecidos<sup>549</sup>. En el caso de las poblaciones en el que el MIR desplegó su influencia, se observó aún más radicalmente esta cuestión, al lograr imponer de manera clara y rotunda sus preceptos —por ejemplo, se expulsaba a golpeadores de mujeres, alcohólicos y ladrones<sup>550</sup>— comprometiendo a todos los miembros en la creación de organizaciones preocupadas de la salud, gobierno, educación y justicia de la población. Todas estas iniciativas buscaban plasmar en dichas acciones al hombre nuevo<sup>551</sup>.

---

<sup>547</sup> **G. SALAZAR**; *Violencia política popular en las grandes avenidas. Una perspectiva histórico-popular*. LOM ediciones, Segunda edición, Santiago, 2006, pp. 254-255.

<sup>548</sup> Esta apreciación coincide con los testimonios de algunos dirigentes vecinales de la población Santa Adriana a los que tuvimos acceso. Entrevistas realizadas por el autor en el marco de esta investigación Santiago, 2011-2015. El caso más emblemático de la injerencia del MIR se observó en la Población Nueva La Habana.

<sup>549</sup> **O. GÁLVEZ**, *La Caro. Un relato desde la solidaridad, la organización y la esperanza*. Imprenta América, Valdivia, 2014; **J. RADIC**; *Recordando desde la Caro...* Op. cit;

<sup>550</sup> **S. LEIVA**, Op. cit., p. 115.

<sup>551</sup> **S. LEIVA**, Op. cit., p. 116. No pretendemos idealizar la experiencia del MIR en los espacios poblacionales. Sus problemas y debilidades no fueron pocas, partiendo por su limitado impacto a nivel de sociedad, o respecto a los

Ahora bien, en los casos donde la organización poblacional alcanzó su mayor fuerza —y donde la injerencia del PC resultó evidente—, se llegaron a crear incluso organizaciones al margen de cualquier organismo estatal que funcionaron como verdaderos ministerios populares. Centros de Madres, Clubes deportivos, juveniles o centros culturales, fueron dando forma y contenido a las discusiones entre vecinos, expresando las necesidades de cada comunidad<sup>552</sup>. El espíritu imperante en los nuevos barrios se caracterizó por un efectivo igualitarismo, capaz incluso de esbozar en la práctica la construcción de una nueva sociedad en la que cada persona tenía iguales derechos sin importar su procedencia. Se pretendía implementar una auténtica democracia participativa<sup>553</sup>. Fue, en definitiva, este papel activo de los pobladores el que contribuyó a “la formación histórica de las poblaciones y a la constitución de un sentido fuerte de identidad colectiva”, que modeló decisivamente a sus habitantes en un modo de pensar/hacer la vida en sociedad<sup>554</sup>.

La llegada de Salvador Allende al gobierno en 1970, sólo estimuló este cambio de conciencia —rebelde, utópica y revolucionaria— que se venía desencadenando en el país desde los 60'. Igualmente, estimuló enormemente el desarrollo autónomo de los pobladores que encontraron en la Consejería de Desarrollo Social (ex Consejería de Promoción Popular creada por Frei), al ente gubernamental preocupado de las demandas populares. El triunfo del “compañero presidente”, en ese sentido, representó un estímulo a las esperanzas que ya estaban desbordadas tras el fracaso del gobierno Frei en la solución de los problemas habitacionales y territoriales de cientos de miles de chilenos del campo y la ciudad. Las expectativas de estar frente a una oportunidad única, en la que, además, eran parte protagónica, condujo a un proceso de intensificación movimental que el historiador P. Winn llamó *revolución —chilena— desde abajo*, que corrió en paralelo a la revolución desde arriba que llevó adelante la UP<sup>555</sup>. “Nos ilusionamos mucho”, señala un dirigente vecinal comunista del sector sur de la capital en una de nuestras entrevistas, al recordar la ilusión que embargó a muchas y muchos pobladores tras el triunfo de la Unidad Popular<sup>556</sup>.

---

grados de tolerancia que permiten y aceptan en la discusión política interna. Sin embargo, nos interesa aquí destacar el fenómeno que representa y desarrolla el MIR en el espacio poblacional y las cualidades que despierta o proporciona a las representaciones de los pobladores, potenciando una comprensión más profunda de la democracia y el socialismo.

<sup>552</sup> T. VALDÉS; *El movimiento poblacional*:... Op. cit., p. 10.

<sup>553</sup> Santa Adriana, nacida entre 1960-1961, experimentó este proceso del que dan testimonio varios de sus fundadores. En nuestro caso, agradecemos los testimonios de los miembros del Taller del Adulto mayor del Centro de Acogida Santa Adriana (CASA), de aquellos que participaron en la formación de la población. Para una visión general ver; **Grupo de Educación y Recreación “Las Patotas”**; “Tres historias locales que reflejan la historia social de una época Santa Adriana” Taller, 1994. En: **M. GARCÉS. H. VILLELA (eds.)**; *La persistencia de la memoria popular. Historias locales Historias de Vida*. Educación y Comunicaciones, ECO, Fondart, Santiago, junio 2012.

<sup>554</sup> E. MURPHY Op. Cit., p. 20.

<sup>555</sup> P. WINN; *La revolución chilena*... Op. cit., pp. 61-73.

<sup>556</sup> Entrevista realizada por el autor a Guillermo, en mayo de 2017.

Allende sabía que pese a los avances y esfuerzos, las necesidades seguían existiendo e incluso aumentado; Si ODEPLAN (Oficina de Planificación) había estimado el déficit habitacional en 406 mil viviendas para comienzos de 1960, las cifras habían aumentado pese a los esfuerzos realizados por las administraciones anteriores. En efecto, al comienzo de su gobierno, el déficit superaba las 585 mil viviendas<sup>557</sup>. En esa línea y de acuerdo a su compromiso con el pueblo, avaló nuevas tomas populares de vastas extensiones de tierra en los entornos de la capital<sup>558</sup>. Terrenos que habitualmente estuvieron en propiedad de reconocidos latifundistas. Las tomas –durante este periodo– cobraron mayor fuerza y dinamismo, al igual que lo hacía papel de pobladores, trabajadores y campesinos en la política nacional. Muchos obreros, pequeños artesanos o dueñas de casa, adquirieron una preeminencia política nunca antes vista, que hizo conscientes del poder e injerencia que habían adquirido estos sectores en la vida nacional. Este proceso, se desarrolló en un contexto, demás está decir, marcado por profundos esfuerzos que apuntaban a instaurar una nueva concepción de la sociedad, con un carácter marcadamente socialista, democrático y popular, pese a la creciente presión que los sectores conservadores impusieron al sistema político y que disparaba la conflictividad social<sup>559</sup>. Fue en ese escenario específico en que el movimiento popular alcanzó su mayor radicalidad, en momentos en que más irreconciliable se tornaba la discusión política a nivel partidario y ciudadano.

En las poblaciones, en efecto, la UP no sólo mantuvo sino que profundizó varias de las iniciativas que se habían implementado en el gobierno de Frei Montalva. Las organizaciones –territoriales, deportivas y culturales, por mencionar las más extendidas– buscaron satisfacer las demandas de los propios vecinos, pero además, a partir de 1972, se convirtieron en un importante actor político que colaboró estrechamente con el gobierno, cuando las iniciativas de boicot se hicieron permanentes. Las JAP (Juntas de Abastecimientos y Control de Precios) resultaron fundamentales para distribución de víveres y enseres básicos, buscando paliar la escasez que el desabastecimiento provocaba en el país.

El empoderamiento popular vivido durante esta etapa de la historia de Chile permitió el despliegue de una serie de iniciativas emprendidas por los sectores populares. Fueron muchas y muy variadas al igual que las responsabilidades que debieron asumir, gestionando en muchos casos sus propias fuentes de trabajo; dirigiendo empresas, administrando bancos

---

<sup>557</sup> **J. CHATEAU;** *Algunos antecedentes sobre la situación de los pobladores en el Gran Santiago*. Documentos de Trabajo, nº 115, FLACSO, Santiago, 1981, p. 20.

<sup>558</sup> Si bien su intención inicial fue conducir este proceso a través del legalismo que controlase los procesos de acuerdo a los ritmos políticos que el gobierno estimase, las expectativas populares desbordaron dicha estrategia, siendo incapaz de reprimirla a través de la fuerza policial coercitiva.

<sup>559</sup> **M. GARCÉS, Equipo Profesional de ECO;** *Historia de la Comuna de Huechuraba*. Op. cit., p. 127.

o echando andar industrias. Cooperativas de pequeña producción, comandos de organización política y social, manifestaban el efectivo interés por crear poder popular, pese a que, en la práctica, su incidencia en la economía seguía siendo más bien marginal. Un poder que, en definitiva, buscaba unir y organizar a trabajadores, agricultores, peones, artesanos y vecinos de los barrios populares para conducir una organización territorial que superaba con mucho a la organización sindical. Incluso, la propia disposición a defender las ideas políticas ante los adversarios, conformaron un escenario sociopolítico diverso, rico y sumamente comprometido con el revolucionario proyecto político que la experiencia de la Unidad Popular significó para el país. Así al menos, se entendió entre la gran mayoría de pobladores. Fue de este modo que se logró aplacar el impacto del paro patronal de octubre de 1972, que buscó desestabilizar definitivamente al gobierno. Trabajadores, campesinos, estudiantes y pobladores entregaron su esfuerzo para no detener el país y combatir así los esfuerzos golpistas. Esta colaboración se vio refrendada en marzo de 1973, con el triunfo contundente —pero insuficiente según la lógica electoralista del momento— en las elecciones parlamentarias de 1973.

Así, en suma, en los tres años de Unidad Popular Chile alcanzó el mayor grado de igualitarismo de su historia<sup>560</sup>. Los sectores populares alcanzaron un grado de desarrollo e inclusión como jamás habían vivido ni volverían a vivir. Su participación en el proceso representó el punto culmen de un proyecto de sociedad que, con matices, se había venido gestando progresivamente a lo largo de todo el siglo XX y, más concretamente, desde la segunda mitad del siglo había puesto el acento en la necesidad de incorporar definitivamente a las grandes masas populares, históricamente excluidas de los beneficios de la modernidad. En ella, de algún, modo se recogía un ideario igualitarista, solidario, comunitario, democrático y popular, que trazaba vínculos simbólicos con la historia de la izquierda y el movimiento popular; a los movimientos mutualistas de fines del XIX, a las candidaturas de Recabaren, La República Socialista, el Frente Popular liderado por los radicales y otros emblemas de la izquierda chilena<sup>561</sup>.

Tal contexto de sociabilidad tuvo un violento fin por todos conocidos; el 11 de septiembre de 1973 se produjo un golpe de Estado fruto de las agudas tensiones existentes en la sociedad chilena, alimentadas por la dinámica de Guerra Fría que se imponía en la región. Las políticas implementadas por la Unidad Popular (UP) provocaron una radicalización respaldada en muchos aspectos por el abrupto giro conservador que la

---

<sup>560</sup> P. WINN; *La revolución chilena*. Op. cit., p. 10.

<sup>561</sup> A. JOCELYN-HOLT; *El Chile perplejo. Del avanzar sin transar al transar sin parar*. Planeta, Santiago, 1998, p. 118.

Democracia Cristiana tuvo tras la derrota de su candidato<sup>562</sup>. El golpe, sorprendió a miles de pobladores en pleno proceso de asentamiento en nuevos territorios, en momentos que alrededor de un millón de personas participaba de algún tipo de organización popular<sup>563</sup>. Con el derrocamiento del gobierno democrático de la UP arribó al poder un ejército imbuido de la doctrina de Seguridad Nacional y las prácticas aprendidas en las Escuelas de las Américas: la represión, la persecución política y la imposición de un sistema social extremadamente jerárquico, elitista, desigual y excluyente, aplastaron —o al menos eso intentó— la rica, diversa y compleja actividad social que caracterizó a Chile desde fines de la década de 1950. Las prácticas cotidianas a nivel comunitario fueron drásticamente restringidas. El movimiento poblacional se convirtió en uno de los objetivos a erradicar. La alta movilización y el protagonismo alcanzado durante el gobierno de la UP, constituyó a las poblaciones como un inevitable espacio de conflicto e inminente foco de *subversión marxista*<sup>564</sup>. La desmovilización impuesta por el estado de sitio y la persecución de los principales líderes vecinales, acabó, al menos oficialmente, con el protagonismo de la acción de los pobladores de Santiago. La violencia que pareció ceñirse a las entidades políticas cercanas a la UP, realmente golpeó con una fuerza brutal a los sectores populares, siendo, en la práctica, los más afectados por la mano de hierro impuesta por los militares<sup>565</sup>. Las tomas de terrenos tuvieron un abrupto final. Incluso aquellas más antiguas ya establecidas, debieron cambiar sus nombres, ante las evidentes referencias ideológicas a la izquierda<sup>566</sup>. Iniciativas como las JAP, cooperativas económicas o los Comandos Comunales, fueron completamente desmontados. Los principales referentes vecinales, mayoritariamente miembros de algún partido de izquierda, fueron erradicados completamente de su labor, ya fuese mediante la detención, la tortura, el asesinato/desaparición o la relegación —voluntaria o/y obligatoria.

El régimen en tanto, desplegó una política tendiente a desmontar la influencia de los partidos de izquierda en las poblaciones a la vez que replegaba a sus habitantes al ejercicio de sus tareas cotidianas: “permeados de un fuerte pensamiento corporativo, la oficialidad

---

<sup>562</sup> Este giro tuvo a Frei Montalva como principal protagonista. El cambio —radical— en su actitud y posicionamiento político luego del triunfo de Allende, ejemplifican no sólo la división interna que vivía el partido (entre aquellos dispuestos a respaldar a la UP y sus detractores) sino el convulso tiempo al que se asiste. Frei, su gobierno, sus políticas, no distaban tanto del programa de gobierno presentado por la UP. Sin embargo, tras la derrota en 1970, adquirió una postura reaccionaria frente al gobierno de la UP. Para algunos antecedentes ver: **O. SOTO**; *Allende en el recuerdo*. Sillex, Madrid, 2013; **J. M. MARTÍNEZ**; *Salvador Allende*. Ed. Nobel, Oviedo, 2009.

<sup>563</sup> **V. ESPINOZA**; Para una historia... Op. cit.

<sup>564</sup> **A. J. BRUEY**; “Neoliberalism and repression in “Poblaciones” in Santiago de Chile”. *Stockholm Review, of Latin American Studies*, núm. 5, Estocolmo, 2009, p. 21.

<sup>565</sup> Bruey, señala que más del 52% de las víctimas de la represión ejercida en los 17 años de dictadura pertenecían a comunas populares. En: **A. J. BRUEY**; *Ibid.*, p. 20.

<sup>566</sup> A modo de ejemplo se pueden señalar los cambios de nombre de la población 1º de mayo —que pasó a llamarse Huamachuco I— o la población Nueva Habana que debió cambiar de nombre tras al golpe a la de Nuevo Amanecer.

creía en una sociedad despolitizada, en tanto dismantelamiento del poder partidario, volcada a su espacio de trabajo, estudio o vecindad, recuperando la normalidad de la vida, ajena a los problemas políticos nacionales”<sup>567</sup>. De este modo, los alcaldes designados por la Junta de Gobierno —mediante el Decreto de Ley n° 25— se apoderaron del territorio, controlando a través de los recursos y la fuerza policial cada espacio local. Aquellos con una historia en la organización comunitaria fueron completamente marginados de las nuevas instancias de participación municipal. Sólo vecinos seguidores del nuevo régimen coparon las nuevas direcciones que se fueron creando sólo pasados los primeros meses del golpe de Estado. Igualmente, se desarticulaban las instancias institucionales que servían de vínculo con el mundo popular y sus reivindicaciones, partiendo por la ilegalización de los partidos políticos de izquierda. Por su parte, se ordenó el reempadronamiento de todas las organizaciones vecinales, buscando limpiar aquellas vinculadas con el antiguo gobierno. Con ese fin, se dictó el DL 349 para que La Secretaría Nacional de la Juventud y CEMA Chile (Centro de Madres de Chile), controlasen al conjunto de las nuevas organizaciones oficiales.

La represión, en tanto, se dio de distintas formas en el mundo poblacional. En primer lugar, se realizaron operativos de sitio y allanamientos a las poblaciones “emblemáticas”, así como a las comunas más relacionadas a los partidos de izquierdas y desarrolladas en el ámbito comunitario. En ese orden, las inspecciones a casas y sitios comunitarios, las amenazas de bombardeos, y las listas negras de los principales dirigentes de cada población fueron un primer paso que fue seguido por la persecución selectiva que caracterizó al accionar de la policía represiva y Carabineros.

A la represión dio paso la desmovilización y con ella la instauración de una nueva concepción de la sociedad en la que el individuo se convertía en el centro del sistema por sobre la comunidad. Las doctrinas neoliberales y las profundas reformas al sistema económico emprendidas a partir de 1973<sup>568</sup>, entendieron desde otra perspectiva lo que se había venido fraguando lentamente en el mundo popular chileno a lo largo de todo el siglo XX, fruto del acervo político-cultural elaborado en estos territorios. También habían contribuido enormemente, este espíritu de época instalado durante estas décadas, que situaron al Estado y la democratización política como eje de los cambios que debían implementarse en la región. De este modo, se negó legitimidad a todo organismo

---

<sup>567</sup> V. VALDIVIA, et. al; *Su revolución contra nuestra revolución*. LOM, Santiago, 2009, p. 187.

<sup>568</sup> Fernando Léniz, fue el encargado de implementar las primeras medidas neoliberales en ese mismo 1973, donde contó además con la asesoría de Sergio de Castro, quien más tarde —en 1974— tomó la cabeza de la política económica de la dictadura desde el Ministerio de Economía. Se reconoce en de Castro al primer hijo de Friedman conocidos en Chile como *Chicago boys* así como uno de los ideólogos de El Ladrillo, documento que marcó las directrices de la profunda transformación económica que se iniciaba con la dictadura.



poblacional que no respaldase al régimen, como lo dejó muy claro el propio ministro de vivienda de la dictadura: “Ni los comités Sin Casa, ni a ninguna otra organización similar le reconoce este Ministerio la representación de los pobladores. Este tipo de organizaciones son sólo una clara expresión de manejos demagógicos”, señalaba a las pocas semanas de producido el golpe<sup>569</sup>. Con la irrupción militar se producía decididamente un quiebre total con el pasado, iniciando una nueva etapa –revolucionaria— de la historia política social y cultural de Chile<sup>570</sup>.

---

<sup>569</sup> Citado en, **T. VALDES**; *El movimiento poblacional...* Op. cit., p. 15.

<sup>570</sup> Si bien fue una respuesta de conservación de los grupos de poder dominantes en el país, el golpe de Estado representó en definitiva un acto revolucionario y fundacional que operó como agente de destrucción de lo existente, creando una situación de “tabla rasa”, como la denomina Moulian. Ideal, como veremos, para erigir un nuevo edificio normativo sustentado en una ideología neoconservadora. **T. MOULIAN**; *Chile actual anatomía de un mito*. LOM-ARCIS, Santiago, 1997, p. 20.

## **CAPÍTULO III**

### **ESTRUCTURAS DE PODER, MARCOS NORMATIVOS E IDEOLÓGICOS DE LA DICTADURA MILITAR CHILENA Y RESISTENCIAS SOCIALES (1973-1983)**

#### **1. Introducción**

El presente capítulo tiene por objetivo, describir parcialmente las estructuras normativas y los marcos culturales de acción en los que se basó y desplegó la dictadura militar chilena hasta el inicio de las protestas nacionales, aportando —además— algunos elementos relevantes de la contingencia de esos primeros diez años de dictadura. Si en el capítulo anterior buscamos retratar algunos imaginarios históricos y su relevancia en la conformación de una identidad popular en los barrios pobres de Santiago, ahora nos interesa presentar el gran teatro de acción que representó “el tiempo de la dictadura militar” para los ciudadanos chilenos y más específicamente para los pobladores de los barrios populares de Santiago, de modo de conocer y problematizar sobre cómo se desarrollaron en este marco autoritario y las tensiones y contradicciones producidas entre su identidad, su nueva realidad en el entramado social y la estructura autoritaria. En esa línea, proponemos detenernos en tres aspectos relevantes: primero, las ideas, principios y fundamentos que dieron vida y sentido al marco normativo impuesto por la dictadura. En segundo lugar, realizaremos una descripción de los ámbitos de transformación social llevados a cabo por la dictadura y su impacto en los sectores populares. Por otra parte, presentaremos algunos aspectos centrales de la contingencia política y social de estos años, para comprender mejor el devenir que tuvo el régimen desde sus principios a su estructura institucional —coronada con la constitución de 1980— así como la reconfiguración de la sociedad en el contexto autoritario. Finalizaremos con la crisis económica de 1981, al considerarla el catalizador central que permitió un cambio fundamental en la dinámica y representación que se hace de la realidad por parte de la sociedad chilena, siendo un elemento fundamental para comprender la explosión de las protestas nacionales.

De este modo, las próximas páginas intentan situar histórica y regionalmente lo que representa el golpe de Estado de las FF.AA. y cuáles son sus fuentes y fundamentos que le dan sentido. Luego, nos centraremos en el caso específico chileno, exponiendo los ejes centrales que, en nuestra opinión, dieron significado, un marcado carácter y un acento específico a la dictadura chilena, considerando los tres principales pilares desde los que se construyó su entramado ideológico; esto es, la doctrina de Seguridad Nacional que permitió justificar al terrorismo de Estado, el autoritarismo político que fomentó un retorno conservador en la normativa republicana y, por otra parte, a la doctrina neoliberal instaurada en la economía, pero que, no obstante, fue copando progresivamente todos los ámbitos de la vida nacional hasta convertirla en hegemónica, revolucionando la propia estructura sociocultural del país. A continuación, describiremos el devenir de la sociedad chilena en estos diez años, preocupados especialmente de los sectores populares y cómo se registran y desenvuelven en el nuevo escenario autoritario de transformación, deteniéndonos, especialmente, en las acciones despegadas en el nuevo contexto general y las resistencias que progresivamente se levantan al nuevo entramado institucional, a partir de la tensión y colisión que se produce entre sus valores y principios y los que busca imponer la dictadura. Como ya señalamos, terminaremos con el apartado centrado en la crisis económica que derriba el mito del “milagro chileno”, como preámbulo al capítulo 4 que se abocará específicamente al tiempo de las protestas nacionales.

## **2. El giro conservador: golpes de Estados, Doctrina de Seguridad Nacional en América Latina**

El peligro de un vuelco hacia la izquierda en toda América Latina, aumentó considerablemente a ojos estadounidenses con la revolución cubana. Si bien las iniciativas de contención y combate a los proyectos políticos alternativos a su hegemonía fueron desarticuladas desde el comienzo de la Guerra Fría, la Revolución Cubana se convirtió en el hito que desató la paranoia en los organismos de seguridad estadounidense. En ese contexto y en paralelo a la acción que representó inicialmente la Alianza para el Progreso (APEP), se inició una vía más ortodoxa. Abiertamente dispuesta a desestabilizar a los proyectos políticos que de algún modo cuestionaban las bases del orden existente. Tras el fracaso que representó la iniciativa Kennedy<sup>571</sup> y el giro que la presidencia Johnson realizó de las

---

<sup>571</sup> El Departamento de Estado norteamericano insistió que tanto la muerte de Kennedy como la intervención militar en República Dominicana en 1965, habían generado una opinión muy negativa en todo el continente respecto al verdadero efecto de la APEP. Documento del Departamento de Estado de los Estados Unidos; “Action Memorandum from the Assistant Secretary of State for Inter-American Affairs (Vaughn) to Secretary State Rusk”.

prioridades para Estados Unidos, la consolidación del discurso más conservador y reaccionario se apropió de la acción estadounidense en su *patio trasero*, disponiendo de una política sistemática de intervención. Política y militar. Igualmente, a partir de la segunda mitad de los 50' EE.UU., militarizó abiertamente su política exterior, estableciendo la defensa nacional y el combate al marxismo como eje fundamental de la misma<sup>572</sup>. Fue de este modo que comenzaron a imponerse otros caminos —más directos, mucho más invasivos— para incidir en el modo en que gobiernos, partidos y sectores políticos se posicionaban frente a la conflagración este-oeste. La estrategia, en ese sentido, se enfocó en presionar a los gobiernos y facciones políticas del continente latinoamericano para cumplir ciertas condiciones a fin de obtener financiamiento. El anticomunismo por sobre lo democrático se instaló entonces como prerrogativa. Igualmente, se inició en paralelo una estrategia de formación y perfeccionamiento de las FF.AA. latinoamericanas. A través de cursos, enviados especiales y principalmente con la creación de la Escuela Militar de las Américas, organizada en 1963, en Fort Gülick, se implementó una intensa política de reeducación de los ejércitos en inteligencia y contrainsurgencia, bajo el amparo ideológico de la Seguridad Nacional. Fue en este escenario que arribó al continente el conjunto de ideas desarrollado en el marco de la Guerra Fría y que se conoció como Doctrina de Seguridad Nacional (DSN). En América Latina, este sistema adquirió tonalidades propias a partir de la apropiación que los militares latinoamericanos realizaron de esta ideología, de acuerdo a la realidad local de cada país, pero, en lo fundamental, representó una doctrina política fuertemente influenciada por EE.UU y su política de defensa, regida por un cuerpo sistemático de ideas y principios que centraron en el anticomunismo y una idea “pura y determinada” de la nación sus bases de actuación<sup>573</sup>, utilizando a los ejércitos nacionales para el control social y el orden interno<sup>574</sup>.

El fenómeno se vio a su vez fortalecido por los sectores hegemónicos del continente, que encontraron en la conflagración este-oeste un relato útil a sus intereses<sup>575</sup>. La fuerza de

---

Documento 30, Foreign Relations of the United States, 1964-1968, Vol. XXXI, South and Central America, México. Citado en: **M.C. MIGUÉZ**; “¿Anticomunistas, antiestadistas, antiperonistas?... Op. cit., p. 68.

<sup>572</sup> **E. de J. VELÁZQUEZ RIVERA**; “Historia de la Doctrina de Seguridad Nacional”. *Convergencia. Revista de Ciencias Sociales*. Vol. 9, Núm. 27, 2002, Universidad Autónoma del Estado de México, Toluca, pp. 11-38.

<sup>573</sup> **J. A. TAPIA VALDÉS**; *El terrorismo de Estado. La Doctrina de Seguridad Nacional en el Cono Sur*. Nueva Sociedad/ Nueva Imagen. México D.F., 1980, En internet: [www.blest.eu.biblio/tapia2/index.html](http://www.blest.eu.biblio/tapia2/index.html) Consultado marzo 2015.

<sup>574</sup> **J. GARCÉS**; *Allende y la experiencia chilena*. Ed. Siglo XXI, Madrid, 2013 (2 edición), p. 71.

<sup>575</sup> Podríamos señalar por contrapartida que ocurrió algo similar con la izquierda que no dudó en utilizar la retórica de Guerra Fría —y el imperialismo norteamericano— como uno de sus principales planteamientos internacionales. Sin embargo, argumentar de esa forma, sería desconocer el profundo sentido local, auténticamente latinoamericano, que resultaron las experiencias marxistas en el continente, salvo contadas excepciones. El ejemplo del Chile de Allende resulta en este sentido emblemático respecto de las enormes distancias —de forma y fondo— entre los enfoques marxistas internacionales y aquellos que utilizó el gobierno chileno de la Unidad Popular. Quizás los debates que se vivieron al interior del propio PS entre las facciones “leninistas” y los sectores “allendistas” permitan dar cuenta de las singularidades que presenta la Guerra Fría en la región, matiz y tensión discursiva que

las circunstancias y de las potencias en pugna, efectivamente condujeron a un espiral de radicalización y conflictividad social que insufló las pugnas internas, amalgamando complejas realidades en un monolítico discurso anticomunista. Pero, sobre todo, incorporó y de algún modo absorbió las narrativas globales de la contienda bipolar, para relatar y escenificar las lógicas regionales que significaban –y otorgaban profundo sentido— al conflicto social del continente. En cualquier caso, el aumento de la conflictividad social, la visibilización de las clases populares y sus reivindicaciones, así como el empoderamiento de proyectos reformistas y revolucionarios, propiciaron esta escalada conflictual. Inoculando los códigos de la Guerra Fría e introduciendo discursos y prácticas que marcaron con fuego el devenir de la región<sup>576</sup>.

De este modo, entonces, los pasos orientados a reponer la hegemonía del orden históricamente existente en América Latina, convergió con los intereses de Estados Unidos, convirtiendo problemas nacionales en batallas regionales y globales. Con el discurso de la Seguridad Nacional, en ese sentido, el resguardo de la esencia de la patria –acosada por el enemigo externo, en este caso, comunista— se convirtió en el pretexto perfecto para iniciar el proceso de restauración y reacción conservadora, que se caracterizó por cruentos y revolucionarios golpes de Estado que dieron pie a regímenes cívico-militares, así como a una profunda transformación económica, política y social. Todo, en aras de la estabilidad nacional. En nombre y defensa de la propia nación. De este modo, se llevó adelante una política de terrorismo de Estado, que marcó con sangre una etapa concreta de la historia del continente. Se reestablecieron las bases para la consolidación del pensamiento conservador, elitista y (neo)liberal, rehabilitando el poder y privilegios de los sectores dominantes y ahogando, al mismo tiempo, los sueños, imaginarios e intereses de la creciente y empoderada sociedad de masas latinoamericana, que venía levantándose con fuerza desde la segunda mitad del siglo. Este proceso representó la opresión y progresiva desarticulación de gran parte de la cultura política reivindicativa que se había venido construyendo a lo largo del siglo XX en los sectores populares del continente, y que habían obtenido importantes avances en materia de derechos básicos para una amplia mayoría de la población. Así, el discurso de la DSN, el anticomunismo y el autoritarismo, trazaron una profunda ruptura en la historia del continente.

---

no se observó en la derecha que adoptó el discurso de la Seguridad Nacional en la línea trazada por el contexto bélico este-oeste para significar sus batallas.

<sup>576</sup> P. MARTÍNEZ LILLO, P. RUBIO; *América Latina Actual. Del populismo al giro de izquierdas*. La Catarata, Madrid, 2017, p. 41.

## 2.1 La Doctrina de Seguridad Nacional en América Latina

El concepto de *Seguridad Nacional*, es un término central de la Guerra Fría. La Doctrina que lleva su nombre fue una sistematización teórica de experiencias relacionadas con la nueva geopolítica resultante de la Segunda Guerra Mundial. Se trató de una teoría abiertamente autoritaria<sup>577</sup>. Desde occidente esta noción buscó desarrollar distintas estrategias y prácticas globales de combate contra el enemigo soviético, que evitaran, en cualquier caso, el colapso nuclear. Lo político y militar se vio acompañado por nuevas esferas de acción, incorporando ahora, aspectos económicos, psicológicos e ideológicos, entre otros, que reestructuraron la propia noción de geopolítica a partir del concepto de “guerra total”<sup>578</sup>. Toda acción, colectiva o individual, fue interpretada como una acción de guerra; no había manifestación neutra y, por tanto, cada expresión social, política e incluso económica, se consideró como afín u opositora al interés nacional. En esta lógica, la necesidad de controlar los distintos espacios de la sociedad se tornaron urgentes y primordiales de cara a la guerra que se estaba librando. El sistema de relaciones sociales, políticas y económicas, quedó supeditada a esta dimensión global de la seguridad.

Los principales elementos que sostuvieron la nueva estrategia global de posguerra, se fundamentaron en un nuevo concepto de geopolítica. Que dejó de ser un soporte en la lucha entre Estados sobre y a propósito de un espacio específico, para convertirse en un pilar de la lucha interna por la hegemonía del Estado. En otras palabras, en la contienda bipolar la batalla se desarrolló al interior de cada nación. En este escenario, lo relevante pasó a ser ya no tanto lo físico/territorial como la propia geografía humana, es decir, los límites y características de identificación del grupo al interior del territorio, de modo de radiografiar y definir quiénes podían ser potencialmente enemigos de los valores fundamentales de la nación.

En este contexto, la progresiva elaboración de un discurso y una práctica destinada a garantizar la supremacía de los valores occidentales —entendidos como éticamente superiores en la contienda bipolar— llevaron a disfrazar con la retórica de la democracia, la cristiandad y la libertad, las acciones militares, políticas y de distinta índole que “defendieran” la seguridad y los intereses del bloque capitalista. De este modo, se propició la acción encubierta de Estado Unidos y sus aliados —internos y externos— en todas partes

---

<sup>577</sup> J. ROJAS, J. A. VIERA GALLO; “La doctrina de Seguridad Nacional y la militarización de la política en América Latina”. *Chile-América*, números 28-29-30, Centro de Estudios de Documentación, Roma, 1977.

<sup>578</sup> E. de J. VELÁZQUEZ RIVERA; “Historia de la Doctrina de Seguridad...” Op. cit. pp. 12-13.

del globo<sup>579</sup>. En el caso concreto de Estados Unidos, las premisas básicas de esta estrategia fueron la contención del comunismo, la expansión del capitalismo y la garantía —de cualquier modo— del alineamiento político de sus aliados y zonas de influencia, en las que destacaba América Latina. Fue en este contexto, por ejemplo, que se suscribieron acuerdos estratégicos como el TIAR (Tratado Interamericano de Asistencia Recíproca) con los países latinoamericanos, en 1947, o de la OTAN (Organización del tratado del Atlántico Norte), con los países europeos, en 1949, aunque existieron otros mecanismos por los que se ejerció una decidida influencia en el resto del globo.

El nuevo mapa mundial implicó campañas de propaganda contra la oposición a los intereses norteamericanos, la subversión moral o la ayuda a movimientos clandestinos de resistencia al poder establecido en distintos países, sobre todo del mundo subdesarrollado. A ello se sumó la acción directa, manifestada en forma de sabotajes, apoyo económico y militar a ejércitos, guerrillas y partidos políticos anticomunistas, entre muchas otras maneras de librar la batalla contra el comunismo<sup>580</sup>.

Por otra parte, la idea de preparar ideológica y tácticamente a los distintos estamentos de la sociedad, previniéndolos de la infiltración extranjera, se constituyó igualmente en uno de los móviles para resituar el papel de las FF.AA., como efectivos garantes de la estabilidad regional y global. En efecto, como lo han señalado varios autores, la “socialización del peligro”<sup>581</sup> que dejó como legado la II Guerra Mundial, convirtió a la nación de posguerra en una unificada empresa técnica, que condujo forzosamente a la supremacía del experto por sobre los ciudadanos. En este caso, el técnico de la violencia, es decir, el soldado<sup>582</sup>. Tanto su comando centralizado, su jerarquía única, el alto nivel de disciplina, su grado de desarrollo en técnicas de intercomunicación —capaces de organizar una acción en un reducido espacio de tiempo— así como su espíritu de cuerpo, constituyeron a las FF.AA. en el órgano ideal para mantener el orden social vigente, iniciando lo que algunos autores señalaron como la “militarización de la política”<sup>583</sup>.

---

<sup>579</sup> En América Latina es conocida la historia de intervencionismo norteamericano, incluso desde el siglo XIX. Sin embargo, tras la firma de UN en 1945, acordando la no intervención y el respeto a la soberanía nacional, el modo de incidir en la política latinoamericana se hará a través de la vía encubierta. Fundamentalmente a través de la Agencia Central de Inteligencia (CIA, por sus iniciales en inglés).

<sup>580</sup> América Latina, Asia y África fueron los lugares principales donde este tipo de acción se implementó con mayor fuerza. En el caso chileno, está bien documentado cómo a través de la financiación de opositores a la izquierda marxista —desde la DC a Patria y Libertad— de medios de comunicación y el estrechamiento de relación con el ejército, se intentó evitar por todos los medios el arribo de un gobierno socialista democráticamente electo. Un interesante y documentado trabajo que apunta en esta dirección a partir de los archivos desclasificados de la CIA puede encontrarse en: **P. KORNBLUH**; *Pinochet...* Op. cit. Ver sobre todo capítulo 1 y 2, pp. 27-112.

<sup>581</sup> Entendemos por socialización del peligro el fenómeno de extender al conjunto de la sociedad —y no sólo a los cuerpos militares encargados del combate— los peligros directos de la guerra, cuestión que se generaliza con la II Guerra Mundial.

<sup>582</sup> **J. A. TAPIA VALDÉS**; *El terrorismo de Estado...* Op. cit., capítulo 2.

<sup>583</sup> **J. ROJAS, J. A. VIERA GALLO**; “La doctrina de Seguridad Nacional y la militarización de la política...” Op. Cit, p. 6.

La nueva interpretación global del mundo exhibió una nueva representación de la sociedad. Se le consideró indefensa ante el acoso –marxista— que amenazaba al espíritu mismo de la nación. En ese contexto, el poder político debía pasar a manos capaces de defender los valores nacionales del peligro exterior, legitimando incluso su acción –correctiva y violenta— al interior de la propia sociedad civil<sup>584</sup>. Entre esta situación y los fundamentos ideológicos que le dieron forma, se propició un espacio para la consolidación del militarismo –o Estado militar<sup>585</sup>— entendido como el proceso en que la institución castrense –al servicio de las clases dominantes responsables del orden vigente— asumió una ideología más o menos específica y se proyectó como poder hegemónico, monopolizando el control del Estado y la sociedad, a través de una metodología abiertamente de guerra<sup>586</sup>.

Fue la Guerra Fría el nicho donde la guerra subversiva toma cuerpo y se define. La incorporación de las fuerzas armadas a la lucha antsubversiva facilitó la militarización de las sociedades, dio pie al militarismo, y provocó los golpes de estado institucionales. La doctrina de seguridad nacional sirvió de pantalla<sup>587</sup>.

Sin embargo, fue la experiencia francesa en Indochina primero (1946-1954) y Argelia después (1954-1962), la que sentó los primeros precedentes para la creación de la Doctrina de Seguridad Nacional (DSN), al representar un auténtico punto de inflexión en tácticas y estrategias de enfrentamiento. En efecto, luego de la derrota en Asia, el cuerpo de generales francés analizó las causas del fracaso de un ejército mejor preparado y apertrechado que el Viet Minh. La relevancia de la colaboración ciudadana así como del desarrollo de una guerra de guerrillas que rompía con las estrategias tradicionales de combate, fueron los principales elementos que propiciaron el desastre de las tropas francesas. A partir de esta experiencia se creó un sistema de respuesta estratégica a este método de combate, creándose la Doctrina de Guerra Subversiva<sup>588</sup>.

A partir de esta experiencia surgió la guerra contrainsurgente, que centró sus preocupaciones en el enemigo interno mimetizado al interior de la propia sociedad civil de la que es parte. En esa línea, el general francés R. Trinquier, uno de los principales exponentes teóricos de las nuevas concepciones de la guerra, señalaba la dificultad de identificar al enemigo en el nuevo escenario geoestratégico, ya que al encontrarse en el seno mismo de la nación, debían desarrollarse nuevas estrategias y tácticas que posibilitaran al

<sup>584</sup> **M.C. MIGUÉZ**; “¿Anticomunistas, antiestatistas, antiperonistas?... Op. cit., p. 68.

<sup>585</sup> **A. ROUQUIE**; *El Estado Militar en América Latina*. Siglo XXI, México, 1984.

<sup>586</sup> **E. de J. VELÁZQUEZ RIVERA**; “Historia de la Doctrina de Seguridad...” Op. cit., p. 16.

<sup>587</sup> **M. ROITMAN**; *Tiempos de oscuridad...* Op. cit., p. 87.

<sup>588</sup> La Escuela Nacional de Guerra, creó el Manual de Guerra Subversiva, orientado a combatir en nuevos escenarios estratégicos al enemigo, el cual muchas veces se camuflaba entre los propios miembros de la sociedad.



ejército enfrentar estos nuevos desafíos. Esta dimensión del conflicto, obligó a situar al ejército –garante del ordenamiento social— como principal resguardo ante la amenaza a la seguridad nacional<sup>589</sup>. De forma más o menos breve estas nociones posibilitaron una red de inteligencia que cubrió al conjunto de la sociedad. Trinquier consideró, de hecho, que incluso aquellos que colaboraban humanitariamente con el enemigo debían ser considerados como tales. Si en el caso francés este ejercicio se hizo con la sociedad argelina, más tarde EE.UU amplió su radio trasladando estas técnicas a cada espacio donde decía librar la batalla bipolar; su versión definitiva se observó en Filipinas, Corea y Vietnam. Con posterioridad, los regímenes dictatoriales latinoamericanos dieron el salto para aplicar estas estrategias antisubversivas al interior de sus propias sociedades.

Las ideas desarrolladas por militares franceses y norteamericanos, en ese sentido, adoptaron particular forma en el continente latinoamericano a partir de una serie de mecanismos que fueron estrechando la relación entre los ejércitos occidentales – fundamentalmente de EEUU— y los latinoamericanos, que además aportaron aspectos específicos según cada país. Este fenómeno se hizo mucho más intenso tras la revolución cubana, acontecimiento que inevitablemente –insistimos— marcó la política interna de cada país latinoamericano, resituándola en los códigos de la Guerra Fría.

Los principios que propugnó la DSN en la región, iniciaron el giro de las FF.AA traspasando incluso la esfera militar para influir a todo el espectro anticomunista de la región con su discurso, retórica y representación del conflicto librado en el seno mismo de la nación. En 1961, por ejemplo, el radical A. Frondizi, presidente argentino, inauguraba el Primer Curso Interamericano de Guerra Contrarrevolucionaria, organizado en la Escuela Superior de Guerra. En su discurso definió abiertamente lo que era la guerra interna:

se libra sin reparar en medios, sin escrúpulos ni principios éticos. No tiene límites geográficos y entre los enemigos figuran la demagogia, la inmoralidad, los vicios, las bajas pasiones, que son utilizados por la dialéctica de la acción comunista. El enemigo, anida en el estado, se esconde bajo el hombre y la mujer corriente. Infiltrados en las instituciones, los sindicatos, las fuerzas armadas, tratan de imponer su macabro plan consistente en anular sus libertades, y realizar un lavado de cerebro e imponer una dictadura marxista totalitaria<sup>590</sup>.

Sin embargo, fue el general argentino J. C. Onganía el primero que hizo pública su adhesión a la nueva doctrina, modificando las formas tradicionales con que se había construido la seguridad hasta ahí. Ya en 1964, en la Quinta Conferencia de Jefes de Estado Mayor de los Ejércitos Americanos en la Academia Militar de West Point (donde además

---

<sup>589</sup> M. ROITMAN; *Tiempos de oscuridad...* Op. cit., p. 89.

<sup>590</sup> M. ROITMAN; *Ibid.*, p. 90.

participaron varios Comandantes en Jefe del Ejército del continente), el general argentino hizo pública su preocupación por el enemigo interno, con un discurso marcadamente anticomunista, antipopular y partidario del orden tradicional, en el que no todo justificaba la supeditación de las FF.AA. al poder del Ejecutivo: “el deber de obediencia al gobierno surgido de la soberanía popular habrá dejado de tener vigencia absoluta si se produce al amparo de ideologías exóticas...” –señaló en esa ocasión<sup>591</sup>. Esta representación tomó forma en sus actuaciones al mando del ejército durante el gobierno radical de A. Illia (1963-1966), donde junto a los grupos de poder, utilizó permanentemente la amenaza comunista como herramienta política que permitió desmovilizar a los sectores populares – fundamentalmente peronistas— y mantener la proscripción del Partido Justicialista. Igualmente y de la mano al discurso anticomunista, estuvo la presión política al gobierno radical al que se acusó de ineficaz, errático e incapaz de controlar la presión peronista, estructurando así la nacionalización de la Doctrina de Seguridad Nacional en Argentina, como mecanismo que impidió primero los procesos de estatización y política social iniciados por el gobierno, y luego justificó la intervención militar<sup>592</sup>.

Una vez en el poder (1966-1970), Onganía sentó las bases que debían encausar a la nación; la libertad y la democracia, en ese sentido, debían estar estrechamente supeditadas a un orden establecido por los garantes de la patria, los militares, quienes estaban en conocimiento de ese “estado del espíritu” que sentaría las directrices de “la revolución argentina”<sup>593</sup>. Más tarde, con el retorno de los militares al poder, en 1976, la idea de lucha fratricida contra el enemigo subversivo condujo al exterminio masivo de compatriotas por el solo hecho de pensar distinto. Las ideas subversivas se habían convertido en un asunto más peligroso incluso que los sujetos, ya que corroían el alma misma del pueblo<sup>594</sup>.

De manera similar a lo ocurrido en Argentina, la DSN diseñada en EE.UU. también sirvió de fundamento teórico y práctico para la acción militar del ejército brasileño. Al respecto, Brasil vivenció un cambio sustancial en materia de defensa y formación militar a partir de la revolución cubana. Si hasta mediados de los 50’ lo que había primado en materia de seguridad era la democracia y el pluralismo, a partir de los 60’ se impone un discurso anticomunista y antidemocrático, que propició y justificó el intervencionismo militar en la política nacional<sup>595</sup>. No se trató, en efecto, que al igual que en Argentina este fenómeno no se diera con anterioridad. Bien es sabido que en ambos países la intervención militar en política fue permanente. Sin embargo, la Guerra Fría y EE.UU. a través de su

---

<sup>591</sup> M.C. MIGUÉZ; “¿Anticomunistas, antiestatistas, antiperonistas?... Op. cit., p. 76.

<sup>592</sup> M.C. MIGUÉZ; *Ibid.*, p. 66

<sup>593</sup> P. MARTÍNEZ LILLO, P. RUBIO; *América Latina y tiempo presente. Op. cit.*, pp. 185-187.

<sup>594</sup> J. ROJAS, J. A. VIERA GALLO; “La doctrina de Seguridad Nacional y la militarización de la política...” Op. cit.

<sup>595</sup> E. de J. VELÁZQUEZ RIVERA; “Historia de la Doctrina de Seguridad...” Op. cit., capítulo 3.

Doctrina de Seguridad Nacional, incidieron en un cambio sustancial en relación a los motivos y características de la intervención militar en política. La lógica de guerra total y de enemigo interno, movió la acción de los militares brasileños de ahí en más<sup>596</sup>.

Este cambio se hizo notorio en la implementación de nuevos currículos así como de metodologías de adoctrinamiento de los soldados que ingresaban a la Escuela Superior de Guerra. Progresivamente se fue reeducando a los ejércitos tanto en estrategias para combatir la subversión como en su nuevo papel en el escenario político como garantes de la seguridad nacional, como lo explicitaban sus propios manuales:

Seguridad Nacional es el grado relativo de garantía que, a través de acciones políticas económicas, psico-sociales y militares, un Estado puede proporcionar, en una determinada época, a la nación que jurisdicciona, para la consecución y salvaguardia de los objetivos nacionales, a pesar de los antagonismos internos o externos existentes o previsibles<sup>597</sup>.

Desde ahí se comenzaron a difundir los ideales fundamentales de la nueva doctrina ideológica, reforzando la tarea norteamericana en el objetivo de militarizar la política nacional, intervenir abiertamente en los destinos trazados por la sociedad e imponer un modo limitado y extremadamente autoritario de la seguridad, alejado de la democracia, y que sirvió para garantizar el control de la hegemonía en la región y contener, a su vez, los proyectos alternativos que insistieron en llevar adelante profundas reformas estructurales en América Latina, poniendo en jaque a parte importante del sistema dominante y a las élites que los encarnaban. Se inició así y bajo este paraguas ideológico, uno de los periodos más cruentos y horrorosos de la historia del Cono Sur.

Pues bien, como señalábamos, el amplio marco ideológico-estratégico de la DSN que recubrió la acción política y militar de América Latina durante la Guerra Fría, adquirió sus tonalidades particulares a partir de las experiencias específicas de cada país. En el caso concreto de Chile, se insertó en la línea de aquellos países del Cono Sur que se vieron sometidos a cruentos golpes de Estado que instalaron dictaduras militares utilizando las técnicas y estrategias de la DSN para terminar con el enemigo interno, entre las que destacó la desaparición sistemática de personas<sup>598</sup>. Este proceso que comenzó en Brasil, en 1964, significó el término abrupto de gobiernos democráticos. Argentina, Uruguay, Chile entre

---

<sup>596</sup> Varios autores han matizado y profundizado respecto al legado e influencias que dieron forma a la Doctrina de Seguridad Nacional brasilera destacando la injerencia francesa así como de soldados de abierto y marcado corte fascista. Sin embargo, existe un acuerdo generalizado que tras la II. Guerra Mundial, fue EE.UU. el principal referente del ejército de Brasil.

<sup>597</sup> Definición según la Escuela Superior de guerra de Brasil. Citado en: **A. NINA**; "La doctrina de Seguridad Nacional y la integración latinoamericana". *Nueva Sociedad* n°27, nov-dic 1978, pp. 33-50. La cita en p. 33.

<sup>598</sup> Si existe una práctica que caracteriza y distingue a los regímenes del Cono Sur fue la desaparición de personas, destinada a causar un profundo daño psicológico en familias y entornos de la víctima así como evitar "el papeleo" y justificación de asesinatos por parte de los organismos de inteligencia.

otros, presenciaron la persecución terrorista hacia la izquierda y la oposición en general, así como el establecimiento de un orden incuestionable<sup>599</sup>. La violencia desmesurada que representó la instauración del terrorismo de Estado, se justificó con el argumento del combate contra el “ejército guerrillero” que se preparaba a dar un golpe totalitario<sup>600</sup>. Era menester entonces, defender a la patria del enemigo filtrado en el corazón mismo de la sociedad. Así, con la excusa de la “subversión terrorista que convierte a la convivencia social en una completa anarquía”, se aplicó el control absoluto de la sociedad<sup>601</sup>. Cualquier acción que pudiese cuestionar el orden establecido se entendió, sobre todo al interior de los organismos de seguridad, como un ataque directo a los intereses del país<sup>602</sup>. A la seguridad nacional. Estos regímenes, que fueron conceptualizados como “nuevos autoritarismos”<sup>603</sup>, ya que marcaron una profunda diferencia en forma y fondo con el historial de golpes de Estado y regímenes militares que habían caracterizado a la región, fijaron profundos y ambiciosos cambios tanto en materias políticas como económicas, pretendiendo incluso una transformación en hábitos, actitudes y valores de la sociedad, de acuerdo a las directrices que en estos ámbitos había entregado la DSN<sup>604</sup>. La idea de reconstrucción, de refundación profunda, estuvo latente desde un principio. Amparados en la autopercepción de ser los garantes del alma de la nación, las dictaduras militares del Cono Sur buscaron por todos los medios transformar las matrices socioculturales de sus respectivos países<sup>605</sup>.

A estos nuevos principios rectores, el caso chileno incorporó, además, una profunda revolución económica, que sepultó las bases mismas del Estado de Compromiso que se había venido gestando desde la década de 1940. Entre el terrorismo de Estado que silenció a una población en estado de shock y la revolución neoliberal que desarticuló el carácter asistencialista del Estado, se erigió un régimen todopoderoso, que impuso de forma violenta

<sup>599</sup> La implementación del terror en el caso chileno se hizo por medio de la Dirección de Inteligencia Nacional, DINA. Creada oficialmente por el Decreto 521 de la Junta Militar el 14 de junio de 1974, comenzó a coordinar y dirigir la represión desde el mismo 1973. Su objetivo, como señala el mismo decreto, era aportar al régimen de manera “sistemática y debidamente procesada la información que requiera para adecuar sus resoluciones en el campo de la Seguridad y Desarrollo Nacional”, aunque en la práctica fue el órgano encargado de la persecución, tortura y desaparición de los oponentes al régimen así como de un seguimiento a un amplio sector de la sociedad, incluido el propio entramado organizacional del régimen. La cita en: **P. KORNBLUH; Pinochet...** Op. cit., p. 118.

<sup>600</sup> **J. ARRATE, E. ROJAS; Memorias de la izquierda chilena.** Tomo II (1970-2000). Ediciones b (Grupo Zeta), Santiago 2003, p. 179.

<sup>601</sup> La frase es de Pinochet en su discurso en Chacarillas en julio de 1977. En: **S. CORREA et. Al; Documentos del siglo XX chileno.** Sudamericana, Santiago, 2001, pp. 445-451.

<sup>602</sup> Esta representación del escenario sociopolítico postgolpe resultó fuertemente insuflado por el ferviente anticomunismo del Director de la DINA, Manuel Contreras, quien entendió cualquier cuestionamiento al liderazgo de Pinochet como fruto de la confabulación marxista. Un interesante perfil de Contreras puede encontrarse en los informes de la CIA norteamericana citado por **P. KORNBLUH; Pinochet...** Op cit., p. 123.

<sup>603</sup> **D. COLLIER, et al; El nuevo autoritarismo en América Latina.** Fondo de Cultura Económica, Buenos Aires 1985.

<sup>604</sup> No todas, cabe aclarar, utilizaron las mismas estrategias para alcanzar este objetivo. Si los militares brasileños siguieron una pauta enteramente nacionalista en lo económico, la chilena, como contrapunto, optó por una profunda revolución neoliberal. No obstante, sus finalidades eran las mismas: transformar los patrones socioculturales de sus respectivos países.

<sup>605</sup> **C. HUNEEUS; El Régimen de Pinochet.** Op. cit., p. 59.

un modo de entender la nación, sus valores e intereses. Modo, demás está señalar, que entró en directa colisión con los imaginarios e intereses de un sector mayoritario de la población, que se habían venido forjando en el devenir político y las luchas sociales del siglo XX.

### **3. Chile, la dictadura revolucionaria: seguridad nacional, autoritarismo y neoliberalismo**

#### *3.1 situación general. El terror*

El golpe de estado representó un quiebre en la imaginación y percepción de los ciudadanos. Una efectiva ruptura del curso histórico. La perplejidad se instaló entre los chilenos que jamás dimensionaron una respuesta de semejante magnitud, sobre todo con la carga de violencia y drama que la caracterizó. Por eso, también fue un trauma. La nula resistencia social al embate militar, en todo caso, hizo evidente la precariedad y falta de previsión en las que se encontraban los aparatos político-populares, teóricamente preparados para resistir intentonas golpistas. Y es que, a fin de cuentas y contra lo que sus opositores señalaron más tarde para justificarse, Allende jamás tuvo la intención de tomar ese camino y armar al pueblo<sup>606</sup>. Pues bien, esta incapacidad del responder al golpe, consolidó la imagen de omnipotencia de un régimen que aplicó el terror como mecanismo de legitimación, utilizando sistemáticamente todos los organismos del estado para ello, tal como lo estipulaba la DSN. La violencia, en ese sentido, fue “un rasgo distintivo del nuevo orden político”, convertida en un recurso más a utilizar por la dictadura<sup>607</sup>. Este tipo de terror —como señala F. Gaudichaud— dio pie para que el miedo emergiera y se instalara en la sociedad, invadiendo el conjunto de las relaciones sociales; “en ese sentido el terrorismo de Estado brutaliza a una sociedad y sus habitantes, hasta lograr transformar aspectos íntimos de la vida cotidiana”<sup>608</sup>. La persecución política, la tortura, la desaparición, en definitiva, la sistemática y diversificada forma de violencia y violación de derechos, sembraron el miedo más profundo que lo impregnó todo<sup>609</sup>.

Con el golpe, las libertades quedaron completamente restringidas y administradas por una junta militar. Se coparon militarmente las ciudades, se habilitaron centros de detención confinando a miles de chilenas y chilenos en cárceles donde se practicó, sistemáticamente,

---

<sup>606</sup> Un análisis acerca de los límites del proyecto Allendista en cuanto praxis revolucionaria pueden encontrarse en J. GARCÉS; *Allende y la experiencia chilena*. Op. Cit., pp. 15-16.

<sup>607</sup> C. HUNEEUS; *El régimen de Pinochet*. Sudamericana, Santiago, 2000, p. 78.

<sup>608</sup> F. GAUDICHAUD; *Operación Cóndor: notas sobre el terrorismo de estado en el Cono Sur*. Sepha, Madrid, 2005, p. 45.

<sup>609</sup> P. POLITZER; *Miedo en Chile*. CESOC, Santiago, 1985, p. 9.

la tortura, la violencia psicológica, el asesinato y la desaparición de personas. A su vez, se realizaron centenares de allanamientos a fábricas, partidos políticos, sectores rurales, mineros y barrios populares, persiguiendo a miles de chilenos. Se sembró el horror por cada rincón del país, con la excusa de la guerra y el enemigo interno<sup>610</sup>. El terror alcanzó no sólo a activos militantes sino, también y mayoritariamente, a ciudadanos comunes y corrientes sin ninguna afiliación política. Varias poblaciones fueron amenazadas de recibir bombardeo aéreo el día del golpe. Son incontables los testimonios en toda la capital que dan cuenta de ello<sup>611</sup>. Otras muchas fueron masiva y violentamente allanadas, en los días siguientes, con la excusa de buscar armas, material subversivo —como libros— y eventuales terroristas<sup>612</sup>. Se hizo evidente el antagonismo que caracterizaría la relación entre la dictadura militar y los sectores populares, iniciándose un periodo que a la postre trastocó profunda y violentamente los pilares sociopolíticos y culturales, que habían venido caracterizando a la sociedad chilena<sup>613</sup>. Una verdadera “metamorfosis”, que reintrodujo una visión oligárquica de la sociedad y la cultura, como señala A. Riquelme, fragmentando profundamente al cuerpo social<sup>614</sup>.

El nuevo régimen buscó acabar con cualquier tipo de resistencia política mediante la persecución despiadada de las bases operativas de los partidos de la UP y el MIR<sup>615</sup>. Ésta se implementó de variadas formas; primero a través de consejos de guerra *exprés*, en los que muchos cayeron fusilados<sup>616</sup>. Luego, a través de la implementación de centros de detención y tortura, a cargo de los organismos de inteligencia que desarticulaban completamente las estructuras de la izquierda; 1974 el MIR fue prácticamente exterminado; en 1975 fue la cacería a los miembros del PC, mientras en 1976 fue el turno del PS<sup>617</sup>.

<sup>610</sup> El Decreto de Ley N°5 del 22 de septiembre de 1973, declaraba el “estado de guerra”. El discurso que justificaba la purga hacia el “enemigo interno” estuvo en la retórica general de las dictaduras de Seguridad Nacional. Ver: CODEPU; *Chile: Recuerdos de la guerra*. Ed. CODEPU, En Colección “Verdad y Justicia. Santiago, 1990, p. 10.

<sup>611</sup> Esta investigación como otras realizadas por el autor así como una extensa literatura sobre los distintos barrios de Santiago, recogen esta cuestión. Ver, entre otros, J. RADIC; *Recordando desde La Caro. Historia y Memoria del Sector D, población José María Caro*. Ministerio de Vivienda y Urbanismo, Municipalidad de Lo Espejo, Santiago, septiembre 2018.

<sup>612</sup> Es el caso de Santa Adriana que fue completamente cercada —al igual que toda la zona sur de la capital— por militares que disparaban ráfagas de metralhas hacia el interior de la población. Son varios los testigos que guardan recuerdos —como balas y bombas— de esos tiempos. Entrevista realizada por el autor a Jaime S. Población Santa Adriana. 16-10-2012. Ver también M. GARCÉS, S. LEIVA; *El golpe en La Legua*. Op. cit.

<sup>613</sup> S. CORREA, et. al; *Historia del siglo XX chileno*. Op. Cit., p. 283.

<sup>614</sup> A. RIQUELME; *Rojo atardecer. El comunismo chileno entre dictadura y democracia*. Centro de Investigaciones Barros Arana, DIBAM, Santiago, 2009, pp. 109-111.

<sup>615</sup> A. CAVALLLO et, al., *La historia Oculta del régimen militar. Memoria de una época 1973-1988*. Grijalbo de Bolsillo, Santiago, 1997, p. 55.

<sup>616</sup> Conocido es el caso de la “Caravana de la Muerte” que llevó a un grupo dirigido por el General Sergio Arellano Stark a fusilar y hacer desaparecer a cientos de personas por todo el país, saltándose las decisiones de los propios militares. La Caravana actuó por petición del propio A. Pinochet. Ver; P. VERDUGO; *Los zarpazos del Puma*.

<sup>617</sup> M. SALAZAR; *Las letras del horror. Tomo I La DINA*. LOM, Santiago, 2011.

Dirigida de forma implacable, la represión buscó desarticular cualquier amago de reacción, atacando, al mismo tiempo, a otro de los grandes socios que había tenido el gobierno de la UP; el movimiento popular. En efecto, junto a la purga de la izquierda, los movimientos sociales —identificados con los sindicatos obreros y campesinos, estudiantes, indígenas y pobladores de los barrios más pobres de la capital— sufrieron una durísima represión, mientras se les marginaba del nuevo diseño institucional que se estaba gestando. Así, una de las principales bases del gobierno socialista se convirtió rápidamente en un movimiento atomizado, totalmente desorientado, “ahogado por la lucha de la supervivencia cotidiana”<sup>618</sup>. Solo en los primeros dos años, alrededor de cuarenta y cinco mil personas fueron despedidas de sus trabajos por motivos políticos. La persecución del trabajador comprometido —principal y en muchos casos único abastecedor familiar— generó amplias masas de cesantes entre los sectores más pobres, sumando al problema político, ahora, el drama económico. Rápidamente la pobreza invadió al cordón periférico de la capital, extendiéndose al resto del país. Algo similar ocurrió en la universidad, donde más de mil profesores y veinte mil estudiantes fueron expulsados sin explicación alguna, mientras su dirección quedaba intervenida indefinidamente por rectores designados<sup>619</sup>.

Los pobladores, en tanto, observaron perplejos cómo se les marginaba del nuevo entramado social. Considerados como elementos desviados, sus barrios se convirtieron en “cuna de terroristas”<sup>620</sup>. Como decíamos, su papel en la acción política desde la década de 1960’ representó para los militares un foco de peligro que resultaba necesario controlar, sobre todo por su tendencia al caos y el desorden<sup>621</sup>; miles de pobladores, trabajadores y campesinos, sin ninguna afiliación política, pasaron por los centros de detención y tortura de la dictadura —muchos desaparecieron— al tiempo que se desarticulaban, mediante distintos decretos<sup>622</sup>, las organizaciones sociales surgidas en estos espacios<sup>623</sup>. Se clausuraron organismos de participación directa instituidos por la UP como las JAP o los Comandos Comunales. Sus dirigentes fueron perseguidos. Pero aún más: se prohibieron los espacios autónomos de organización creados por los pobladores, excluyéndose a sus antiguos líderes e interviniendo y restringiendo su acceso solo a aquellos que adhirieran al

<sup>618</sup> P. GUILLAUDAT, P. MOUTERDE; *Los movimientos sociales...* Op. Cit., p. 93.

<sup>619</sup> S. CORREA, et. al.; *El siglo XX chileno...* Op. Cit., p. 301.

<sup>620</sup> M. IGLESÍAS; *Rompiendo el cerco. El movimiento de pobladores contra la dictadura*. Ediciones de la radio Universidad de Chile, Santiago, 2011, p. 16 y 128.

<sup>621</sup> M. GARCÉS, N. NICHOLLS; *Para una historia de los derechos humanos en Chile*. Op. Cit., p. 18.

<sup>622</sup> Por ejemplo en 1974 el Decreto de Ley N° 349, permitió a las autoridades gubernamentales nombrar a cargos de su confianza y expulsar a quienes se estimase conveniente, suponiendo pena de prisión para aquellos que se negasen a respetar la decisión del gobernador. M. IGLESÍAS; *Rompiendo el cerco...* op. cit., p. 129.

<sup>623</sup> Junto a la represión y los allanamientos permanentes, en 1975 se estableció la Ley Orgánica de Municipios y Administración Comunal (Decreto Ley N° 1289), con la cual se normaban los mecanismos y posibilidades de acceso a la administración de los pobladores a las organizaciones vecinales.

régimen. De hecho, los nuevos dirigentes debían jurar no tener afiliación política. Igualmente, el derecho a reunión quedó supeditado a las restricciones establecidas por el Ministerio del Interior, el cual, además, terminó con una serie de funciones y beneficios que tenían los dirigentes en la administración comunal<sup>624</sup>. Organizaciones como centros de madres o juntas de vecinos, se convirtieron en un efectivo mecanismo de control e información para la dictadura acerca de la actividad que se producía en estos espacios, siendo conformadas por cercanos a la dictadura. Desde su gestión se incentivó la desideologización restringiéndose todo tipo de actividades que aglutinaran cualquier tipo de reivindicación política. Más tarde, cuando se hizo evidente la reactivación de los pobladores, el régimen estableció nuevos requerimientos para ser dirigente poblacional; limitó la existencia a una Junta de Vecinos por zona (impidiendo el reconocimiento a organizaciones alternativas a las controladas por el gobierno), prohibiendo la financiación externa —ya fuese por personas naturales o jurídicas, nacionales o extranjeras.

En este contexto, muchos se autoexcluyeron por temor al creciente clima de desconfianza que se instalaba, incluso en los espacios más íntimos de la cotidianidad. El miedo —con importantes prácticas de delación entre los propios vecinos y compañeros de trabajo<sup>625</sup>— empujó al silencio y la fragmentación de la participación social, limitada a comprometidos y desesperados actos de solidaridad, sobre todo con los perseguidos<sup>626</sup>. En ese sentido, la llegada de la dictadura terminó —al menos inicialmente— con una serie de prácticas comunitarias que evidenciaban el creciente grado de organización alcanzado por un importante sector del mundo popular, como hemos venido indicando. Por todo lo anterior, podemos señalar que con el golpe, las relaciones sociales se vieron abruptamente modificadas, cuestión que se consolidó durante la década de 1980, cuando las políticas neoliberales comenzaban a surtir efectos en el cambio en la estructura de clases de la sociedad<sup>627</sup>. Ante este panorama de atomización y represión por una parte, y de desempleo y precarización de la vida por otra, el movimiento popular tardó años en conseguir cierto

---

<sup>624</sup> El Decreto de Ley N° 1623, establecía la obligación de contar con autorización previa; avisar previamente el lugar, la fecha y el temario de la reunión. La ley permitía incluso cesar la actividad de una organización si no respetaba la normativa vigente. Esta ley vino a reemplazar completamente la elaborada por la administración Frei respecto a los derechos y personalidad jurídica de las Juntas de Vecinos restringiendo una serie de prebendas que tenían los dirigentes vecinales en la participación del gobierno comunal.

<sup>625</sup> Tal como nos recuerdan Claudio Rolle y Steve Stern, este tipo de prácticas fueron, además, fuertemente auspiciadas por el régimen que, con avisos y propagandas en los medios de comunicación, llamaba a delatar y denunciar a la ciudadanía.

<sup>626</sup> Varios testimonios sobre la vida en las poblaciones con posterioridad al golpe pueden encontrarse en: E. MURPHY; *Historias poblacionales. Hacia una memoria incluyente*. CEDECO, Santiago, 2004, pp. 35-38; M. GARCÉS, et. al; *Historia de la comuna de Huechuraba*. ECO, Santiago, 1998, pp. 107-124. M. GARCÉS, S. LEIVA; *EL golpe en la legua...* Op. Cit., pp. 100-105. Ver también capítulo 5 de esta investigación.

<sup>627</sup> I. GOICOVIC; *Sujeto, mentalidades y...* Op. cit., p. 205.



grado de rearticulación y experimentó de manera permanente el retraimiento, la fragmentación y tensión como grupo social.

De este modo, el periodo inmediatamente posterior al golpe y hasta 1978, desde un punto de vista social, fue una etapa de desarticulación y repliegue imponiéndose una “parálisis social extrema”<sup>628</sup>. La persecución y exclusión que representó la fragmentación de la sociedad entre vencedores y vencidos, obligó al silenciamiento, la omisión y sumersión de lo político a la vida privada. Mientras, en paralelo, se iniciaba un camino por la subsistencia; las listas negras emergían por todas partes, los recortes, el desempleo y la situación económica por el congelamiento salarial, conformaban un panorama de incertidumbre e inestabilidad para un número mayoritario de chilenos. Desde la perspectiva de los sectores subalternos, con el golpe se inició una dura y permanente la lucha por la subsistencia<sup>629</sup>.

La desarticulación del movimiento popular tuvo que ver, entre otras razones, con la necesidad reprimir cualquier tipo de acción colectiva. Al igual que las otras dictaduras militares de la región, la chilena —en un inicio— no se preocupó de montar una base política propia sino de desmovilizar las formas establecidas e impedir el surgimiento de nuevas formas de acción social que pudieran de alguna forma socavar su poder<sup>630</sup>. Ahora bien, este afán *desocializante* tuvo también otra intención que fue tomando forma a medida que el proyecto político del régimen se definía; pretendía convertir a los sectores de la sociedad —que tenían una identidad más o menos constituida— en masas amorfas, idóneas para insertarse en el proyecto liberal —librecambista— como lo expresa G. Salazar<sup>631</sup>. Desarticular la organización social y la cultura política popular construida en las décadas previas al golpe, acabando con cualquier resabio de la época socialista, permitiría luego, “construir una nueva sociedad sobre la base de parámetros políticos, económicos y culturales nuevos”<sup>632</sup>. A fin de cuentas, como señala A. Rouquié, la ambición de las dictaduras militares de la región fue “reestructurar la sociedad a fin de establecer si no un orden contrarrevolucionario permanente, por lo menos una vida política social sin riesgo para el statu quo”<sup>633</sup>. Y el modelo neoliberal con sus visiones de la sociedad calzaron perfectamente con estos objetivos, facilitando una profunda transformación social a partir

<sup>628</sup> A. JOCELYN-HOLT; *El Chile perplejo: del avanzar sin transar al transar sin parar*. Planeta, Santiago, 1998, p. 179.

<sup>629</sup> C. HARDY; *Hambre + dignidad = ollas comunes*. PET, Programa de Economía del Trabajo, Academia de Humanismo Cristiano, Santiago, 1983, p. 31.

<sup>630</sup> M.A. GARRETON; “Movilización popular bajo el régimen militar en Chile: de la transición invisible a la democratización política”. En S. ECKSTEIN (coord.); *Poder y protesta popular. Movimientos sociales latinoamericanos*. Siglo XXI, México, 2ª edición, 2001, p. 294.

<sup>631</sup> G. SALAZAR; *Violencia política popular...* Op. Cit., p. 279.

<sup>632</sup> J. PERIS BLANES; *Historia del testimonio chileno. De las estrategias de denuncia a las políticas de la memoria*. Universitat de Valencia, Valencia, 2004, p. 33.

<sup>633</sup> A. ROUQUIÉ; *América Latina, Introducción al extremo Occidente*. Siglo XXI, México, 2001 (4ª edición), pp.229.

de la revolucionaria política económica y social pensada e implementada por el gremialismo encabezado por Jaime Guzmán y los *Chicago boys*; la nueva legislación laboral, la privatización del sistema previsional y de la salud pública, se sumaron a la municipalización y privatización de la educación, la liberación del suelo y la nueva política urbanística, entre muchas otras, y que acompañaron a la estructura jurídica que modelaría al proyecto refundacional del régimen; la constitución de 1980.

### *3.2 Fundamentos ideológicos y políticos de la dictadura cívico militar*

Tras el violento golpe de Estado del 11 de septiembre de 1973, se instauró una dictadura militar, pero fuertemente respaldada y articulada por sectores conservadores de la sociedad civil<sup>634</sup>. El horror, que representó la sistemática violación de los derechos humanos de los opositores, marcó profundamente al país, desgarrando a la sociedad que, hasta el día de hoy, vive con las heridas abiertas de ese pasado traumático que parece imposible curar. Pero, junto a la violencia sistemática que ejerció el terrorismo de Estado, el régimen chileno se abasteció rápidamente de un entramado ideológico, sus bases y principios, sostenidas en el “*ménage trois*”, en palabras de Moulian<sup>635</sup>, que combinó la representación e intereses de militares, intelectuales neoliberales o/y gremialistas y empresarios nacionales e internacionales. Esta poderosa conjugación de poderes —característica sustantiva de las dictaduras revolucionarias como la chilena— la convirtieron en una fuerza incuestionable. Ciertamente, conjugar ese amplio espectro de los grupos de poder de la sociedad chilena —militar, político y económico— la dictadura logró imponer con fuerza y en el tiempo sus planes revolucionarios y refundacionales a toda la sociedad. Al poder normativo/jurídico, sumó el control sobre las mentes y el saber. Sin embargo, fue el terror —infringido sobre los cuerpos— de la violencia, el miedo y el horror, la fuente más potente y definitiva de poder que terminó por subyugar al conjunto de la sociedad<sup>636</sup>. Fue el terror, en efecto, el que logró quebrar profundamente las confianzas entre los chilenos. La confianza, la convivencia y la comunicación, dieron paso al miedo, la desconfianza, el silencio y la suspicacia hacia el otro. Esto, como lo planteó reiteradas veces un obispo chileno, resultó un auténtico

---

<sup>634</sup> Una reciente investigación periodística ha comprobado lo que era un secreto a voces: la colaboración permanente a la dictadura militar de civiles vinculados a la derecha tradicional y a grandes grupos económicos en la “depuración” vivida por la izquierda una vez producido el golpe. Para una visión general ver: **J. REBOLLEDO**; *A la sombra de los cuervos. Los cómplices civiles de la dictadura*. CEIBO, Santiago 2015.

<sup>635</sup> **T. MOULIAN**; *Chile Actual...* Op. cit., p. 18.

<sup>636</sup> El terror es “la capacidad de un Estado de actuar sobre los cuerpos de los ciudadanos sin tener que someterse a límites que no sean establecidos por el mismo. Esta capacidad arbitraria de aplicar, inventar y aplicar penas y castigos sin más límites que obtener la finalidad por el que lo ejerce es una herramienta fundamental para llevar adelante una revolución minoritaria. Sin el terror resulta imposible refundar las estructuras e instituciones del modo que esa minoría pretende. **T. MOULIAN**; *Chile actual...* Ibid., p. 22.

“terremoto en nuestras relaciones humanas”, que solo facilitó el retraimiento y la disgregación<sup>637</sup>. El miedo, en ese sentido, actuó como un terremoto que destruyó parte importante del orden social y cultural hasta ahí existente.

Si bien la dictadura de Pinochet fue una dictadura terrorista, su carácter revolucionario se manifestó fundamentalmente en lo jurídico-económico. Por una parte, con la institucionalización que se fue urdiendo bajo la influencia del gremialismo y su pretensión de crear un régimen democrático limitado; por otra, con la transformación de fondo a toda la estructura económica y social del país. Así, el terror infringido sobre la humanidad de los chilenos, actuó como política de shock, que paralizó, desarticuló y quebró al cuerpo social, mientras, a mediano plazo y sobre una tabla rasa, se comenzaron a aplicar profundas transformaciones —económicas y jurídicas, pero que rebasaron ampliamente dichos espacios— conduciendo a un cambio profundo en la matriz sociocultural del país.

Es por eso que debemos asumir que el terror que impuso la dictadura, permitió el desarrollo sostenido y virtualmente sin cuestionamientos de la doctrina neoliberal que se comenzó a implementar desde fines de 1973 y, más, tarde todo el nuevo cuerpo legal que representó la Constitución de 1980. Al respecto, es fundamental tener claro que sin ese terror no habría sido posible ni la democracia restringida ni la economía de libre mercado. En otras palabras, la tríada que compone al cuerpo ideológico de la dictadura, es consustancial a la reestructura misma del régimen, y no se entienden —ni fueron posibles— la una sin la otras.

Si J. Guzmán —principal ideólogo político de la dictadura— asumió la necesidad de respaldar en lo jurídico legal el nuevo régimen político que estimaba imperativo establecer en el país, M. Friedman, principal articulador de la doctrina neoliberal, entendió tras su experiencia como asesor de Pinochet, que era en escenarios de crisis profundas en las que se hacía posible implementar una auténtica doctrina de shock capaz de resituar todo el orden económico, desmontando las estructuras públicas y abriendo un proceso de privatización desenfrenada, capaz de desmontar cualquier tipo de Estado benefactor o de bienestar<sup>638</sup>.

Fue, en efecto, desde los sectores civiles que se instaló entonces la idea de prolongar indefinidamente el nuevo régimen, dada la profunda crisis que vivía la institucionalidad chilena, cuestión que calzó plenamente con los intereses de los militares<sup>639</sup>. Desde esta perspectiva, se instaló en el imaginario de los golpistas —civiles y militares— una

---

<sup>637</sup> **C. GONZÁLEZ**; *¿Y qué hiciste con tu hermano? Testimonio de un obispo, 1973-1990*. LOM, Santiago, 2008.

<sup>638</sup> **N. KLEIN**; *La Doctrina del Shock. El auge del capitalismo salvaje*. Bolsillo Paidós, Madrid, 2010, p. 28.

<sup>639</sup> Fue Jaime Guzmán, principal sostenedor de esta tesis quien no tardó en trasladarla a la Junta militar y convertirla en la posición oficial del régimen. **C. HUNEEUS**, *El Régimen...* Op. cit., p. 216. Un Informe de la embajada norteamericana en Chile específica aún en septiembre de ese año que los militares llegaban para quedarse un periodo largo en el poder. El informe del 21-09-1973 en: **P. KORNBLUH**; *Pinochet...* Op. cit., pp. 114-115.

representación concreta de la situación política que enfrentaba el país, fuertemente imbuida de la DSN, haciéndose necesario establecer prontamente las bases para una profunda transformación de la sociedad<sup>640</sup>. En primer lugar, se manifestó el rotundo rechazo al marxismo por ser una ideología contraria a la tradición de la patria —de raíz cristiana e hispánica— además de ser totalitaria y “anuladora de la persona humana”<sup>641</sup>. En esa línea, se siguieron las directrices de la DSN que situaba en el pensamiento y valores occidentales la sustancia de la nación: era la espiritualidad el valor fundamental del individuo, dotándola de dignidad, cuestión que se contraponía a los supuestos del marxismo tradicional, según estableció la dictadura en su Declaración de Principios<sup>642</sup>.

Desde un punto de vista netamente político, el diagnóstico trazado por la dictadura estableció, en primer lugar, que la Unidad Popular carecía de efectiva legitimidad para permanecer en el poder al ser un régimen marxista leninista, que buscaba terminar con la democracia a través de un autogolpe y propiciar la guerra civil. Este argumento, utilizó todo un arsenal retórico para justificar su apreciación. En un primer momento el artefacto utilizado fue la publicación del libro *El Libro Blanco del cambio de gobierno en Chile*, que incorporó eventuales pruebas del autogolpe que se fraguaba en La Moneda. Un plan, se indicó, para la eliminación en masa de sus adversarios así como la formación de un ejército paramilitar de más de 14 mil extremistas de izquierda. Más allá de la falacia de estos argumentos<sup>643</sup>, resulta interesante develar el objetivo que se persigue: deslegitimar al gobierno —democrático— constitucionalmente elegido e instalar en el inconsciente colectivo la noción de “gratitud” entre los chilenos por la intervención militar<sup>644</sup>. El carácter antimarxista de esta mirada, igualmente, buscó legitimar la dura represión que cayó sobre

---

<sup>640</sup> En octubre de 1973, se hace explícita la idea de permanecer por un tiempo indeterminado en el poder y de sentar las bases para un nuevo modelo de democracia que se retrata en la *Declaración de Principios del Gobierno de Chile*, de marzo de 1974. El documento puede encontrarse en: **S. CORREA et. Al; Documentos del siglo XX... Op. cit.**, pp. 428-444.

<sup>641</sup> Cabe consignar que junto a la crítica al marxismo, el documento realiza una dura crítica las sociedades de consumo desarrolladas sobre todo en occidente. Esta cuestión, como varios autores han señalado, respondió enteramente a la representación que en esos momentos realiza el principal mentor de esta declaración, el gremialista Jaime Guzmán. Para Guzmán el referente político en esos años es la España franquista. La posterior muerte del dictador gallego y la rápida demolición de su régimen, llevaron a Guzmán a repensar los modos en que se legitimaba el régimen militar y se defendía su legado. Para ello, entendió la necesidad de la legitimación económica —que aportarán los Chicago boys— por un lado, y la institucionalización del régimen, mediante una nueva constitución política, por otro. Para conocer los entretelones del acercamiento entre gremialistas y chicago boys —en el cual M. Kast y la Universidad Católica de Chile jugaron un papel fundamental— ver **C. HUNEEUS; El régimen... Op. cit.**, pp. 332-342.

<sup>642</sup> *Declaración de Principios del Gobierno de Chile*, de marzo de 1974. En: **S. CORREA et. Al; Documentos...** Op. cit., p. 430.

<sup>643</sup> El tiempo se ha encargado de demostrar que ni existió un plan de aniquilamiento de la oposición al gobierno de la UP, ni existió algún tipo de ejército paramilitar insuflado por gobiernos extranjeros. De hecho, en solo días se evidenció la nula capacidad operativa que tuvo el gobierno constitucional de responder al golpe de Estado pese a que no fueron pocos los oficiales y soldados que se opusieron a ser parte del mismo.

<sup>644</sup> **S/A. Libro blanco del cambio de gobierno en Chile**. Ed. Lord Cochrane S.A. Santiago, 1974. Con posterioridad se confirmó que de la autoría de este libro-panfleto fue escrito por el historiador Gonzalo Vial Correa.

estos sectores, insistiendo en el relato de la guerra civil como justificación de la instauración de un estado policial. Del mismo modo, el clima de conflicto y miedo que implicaba este relato de la realidad chilena, ayudó a mantener la unidad entre sus seguidores sin sufrir grandes rupturas que les hicieran perder fuerza y legitimidad<sup>645</sup>.

Sin embargo, esta mirada crítica y estigmatizada del gobierno de la UP sólo aportaba una excusa de intervención inmediata. Para llevar adelante una transformación profunda, de larga data, era necesario legitimar una intervención radical, revolucionaria, que cambiara no sólo las bases políticas y económicas en las que se había sostenido el régimen político chileno desde 1925, sino que transformara las matrices político-culturales y la propia mentalidad de los chilenos. Un auténtico cambio de paradigma del Estado y la sociedad. Una “refundación” como señala M. A. Garretón<sup>646</sup>. Fue en este marco que se utilizó el discurso de la crítica estructural y moral del sistema político, como mecanismo de legitimación de la proyección en el tiempo de los golpistas en el poder, sobre todo por el papel –nefasto– que habían jugado los partidos políticos en el abuso de la institucionalidad vigente. En otras palabras, el colapso de la democracia se debió fundamentalmente al ocaso del sistema institucional establecido en 1925, siendo necesario erigir un nuevo modelo acorde a los nuevos tiempos. De acuerdo a esta mirada, eran los militares –por supuesto– los encargados de llevar adelante semejante tarea. Esta representación permitió además “justificar” el enorme costo en vidas que representó el golpe de Estado; si no se prometía una revolución, si no se argumentaba esa necesidad vital, nada podía justificar semejante precio y tiempo (*stricto sensu*, nada justifica semejante barbaridad que convirtió esta etapa de la historia en una auténtica tragedia nacional que aún tiene secuelas dolorosas y difíciles para los chilenos). Y en esa lógica, claro está, plantear que la democracia, establecida como estaba en esos momentos, era irreconciliablemente e incompatible con el desarrollo económico<sup>647</sup>.

Lo que nos interesa rescatar sobre este punto, son las bases, principios y recursos históricos que utiliza la dictadura para construir una representación determinada de lo que era y necesitaba Chile. Su visión de la realidad y, por supuesto, de sus adeptos e ideólogos. En este orden, la representación que se impone establece un pasado más bien negativo que encuentra sólo en los albores republicanos el único momento rescatable de la historia de Chile: la República autoritaria. Estas ideas convergieron con la representación que algunos sectores tradicionales del conservadurismo chileno tenían de la historia patria. Sobre todo

---

<sup>645</sup> Nos resulta particularmente ejemplar la entrevista y la representación que se desarrolla por una partidaria del régimen militar en el libro de **S. STERN**; *Recordando al Chile de Pinochet...* Op. cit., Tomo I., pp. 43-75.

<sup>646</sup> **M. A. GARRETÓN**; *El proceso político chileno*. FLACSO. Santiago, 1983, pp. 131-139.

<sup>647</sup> **T. MOULIAN**; *Chile actual...* Op. cit., p. 27.

tras la debacle económica y política que había sacudido al país a partir de la década de 1960. En este sentido, como señala Huneus, “hubo pues, concordancia de intereses entre militares auto considerados la última reserva moral de la nación y esos civiles que estimaban indispensable reconstruir las bases económicas y sociales del país para recuperar la influencia perdida en los años 60”<sup>648</sup>. En efecto, convino a los militares porque los legitimaba como “garantes de la institucionalidad quebrantada” reposicionándolos en un país que hacía largo rato había postergado los intereses militares a un segundo plano; a los economistas neoliberales, ya que les permitía borrar de raíz la lógica económica vigente hasta ahí e iniciar una reedificación del sistema estableciendo como único ente regulador al mercado. A los gremialistas y conservadores, finalmente, porque mantenían así sus espacios de influencia y poder, limitando la intromisión de las masas, a través de la construcción de una *democracia orgánica* o protegida como le llamarán en definitiva<sup>649</sup>. De este modo, todos convergieron en la necesidad de la refundación. Y para eso, era necesario desmontar lo existente. El golpe, con el bombardeo a La Moneda como gesto simbólico y la represión como manifestación real, se encargaron de limpiar los escombros del edificio institucional. Los economistas de Chicago primero y los gremialistas más tarde, comenzarían a edificar la nueva institucionalidad, sus reglas, valores y sentidos<sup>650</sup>.

El pensamiento conservador y su noción de crisis democrática del modelo constitucional del 25’ tenía larga data. Ya en los 40’ la revista *Estanquero*, idealizó la figura de D. Portales y el orden que su influencia logró imponer en el segundo tercio del siglo XIX, cuestionando de paso la eficacia de la democracia occidental. Para éstos, la crisis política de Chile fue definida fundamentalmente como una crisis moral. Más tarde, en 1969, otra revista de similar enfoque, *Portada*, realizó una crítica radical a la política y los partidos, enalteciendo al nacionalismo y el orden como principales aspectos que debía recuperar el país<sup>651</sup>. Estas ideas confluyeron una vez producido el golpe con las necesidades de expulsar las ideas extranjeras que atentaban contra el alma nacional, así como de establecer un nuevo orden de remarcada autoridad. Todas estas ideas —trazando una continuidad ideológica con las producciones anteriormente mencionadas— se vieron

<sup>648</sup> C. HUNEUS; *El régimen de Pinochet...* Op. cit., p. 221.

<sup>649</sup> El término democracia orgánica es abiertamente fascista y fue implementada en la España de Franco con el objetivo de perpetuar indefinidamente el régimen del *generalísimo*. Jaime Guzmán, fiel adepto al régimen franquista, debió maquillar parte de su conceptualización para dotarle de legitimidad “democrática” a su proyecto, en un mundo que repudiaba abiertamente al régimen franquista. Junto a este concepto, también se utilizaron otros —en plena década de 1960— como unidad nacional, regenerar el alma de la chilenidad, por ejemplo, todos términos empleados tras el golpe de Estado.

<sup>650</sup> T. MOULIAN; *Chile actual...* Op. cit.

<sup>651</sup> Las conexiones intelectuales que relacionan a *Estanquero* con *Portada* y el pensamiento conservador chileno con la posterior legitimidad histórica del golpe de Estado y la instauración de un régimen autoritario pueden encontrarse detalladamente descrito en: C. HUNEUS; *El régimen de Pinochet...* Op. cit., pp. 219-228.

sistematizadas a través de la revista *Realidad*, la que publicó hacia fines de los 70' las bases y principios que caracterizarían al pensamiento conservador chileno y que serían la base política y valórica de la institucionalidad que se estaba erigiendo.

Pues bien disponiendo de esta representación de la realidad chilena como verdad, se trazó una conexión entre la crisis estructural del régimen democrático y la pérdida de autoridad del poder político, consolidada sobre todo por las decisiones del gobierno Frei Montalva. Desde esta perspectiva, el proceso de empoderamiento social, de posicionamiento como actor político de los sectores populares —expresado en huelgas, tomas y creciente protagonismo de campesinos y obreros— respondía más bien a una evidente ineficacia del sistema político que propiciaba el desorden y la anarquía en el país más que a un avance hacia la inclusión política; la desobediencia en vez del orden, el desborde en vez del control, la conflictividad a la paz social. Estos planteamientos reafirmaron, a nuestro entender, la consideración restringida, autoritaria y elitista de la democracia concebida por el conservadurismo chileno, y que colisionó directamente con las expectativas e intereses que los sectores populares traspasan como requerimientos mínimos a la democracia, a partir de lo que era parte de su memoria reivindicativa como grupo, pero, sobre todo, a partir de las experiencias vividas durante la formación y asentamiento de los barrios populares periféricos de Santiago durante la década de 1960. En ese sentido, ese proceso de politización, democratización y avances sociales que se experimentan en los 60' en los sectores populares, son considerados por la dictadura como desbandes derivados de la crisis estructural a la que asiste la institucionalidad y, en ningún caso, avances hacia una democratización efectiva de la sociedad.

La conexión entre este pensamiento conservador y la dictadura de Pinochet la estableció concretamente el líder gremialista Jaime Guzmán, que presentó reiteradamente sus reparos al sistema democrático, siendo un gran defensor del corporativismo franquista<sup>652</sup>. Sólo la debacle que tuvo “el legado” institucional del dictador español tras su muerte llevó a Guzmán a replantearse las formas de representación política, de manera de mantener en el tiempo el orden que la dictadura buscaba implementar. Fue en este marco en que su injerencia ideológica y política hacia la dictadura, buscó diseñar un modelo institucional, democrático, protegido —fundamentalmente de las mayorías— y eminentemente autoritario<sup>653</sup>. En efecto, Guzmán entendió la necesidad de construir un proyecto político —auténticamente de derecha— que pudiese competir con los proyectos socialistas y demócratacristianos a nivel de visión de sociedad. Para ello, era necesario

---

<sup>652</sup> V. VALDIVIA; “Los guerreros de la política. La Unión Demócrata Independiente, 1983-1988”. En: V. VALDIVIA, et al; *Su revolución contra nuestra revolución*. Tomo II. LOM ediciones, Santiago, 2008, p. 140.

<sup>653</sup> C. HUNEEUS; *El régimen de Pinochet...* Op. cit., pp. 334-335.

incorporar nuevos aspectos a la estrategia de su sector. La revalorizaron de la política como estrategia de dominación y hegemonía condujo al gremialismo a convertirse en un grupo sumamente afiatado, competitivo y con un proyecto claro que progresivamente fue diseñando y aplicando a través del Estado dictatorial<sup>654</sup>.

Sin embargo, fue el vínculo y unión entre los conservadores gremialistas con los economistas liberales seguidores de la Escuela de Chicago —conocidos como Chicago boys—, lo que fortaleció y consolidó en el tiempo el proyecto autoritario de la dictadura. El estrecho pasado común forjado en la Universidad Católica, condujo a un acercamiento más o menos natural entre los líderes gremialistas y aquellos estudiantes de economía de la UC que abrazaban la doctrina neoliberal<sup>655</sup>. Esta relación permitió potenciar a ambas líneas de pensamiento, desarrollando un cuerpo político y económico coherente que logró crear las bases doctrinarias del nuevo régimen y sostenerlas en el tiempo. En cuanto a los aspectos en que convergieron neoliberales y gremialistas destacaron la defensa del capitalismo y la iniciativa privada —sobre todo incentivando la consolidación del gran capital— como motores del desarrollo <sup>656</sup>. Esta cuestión, los posicionó abiertamente contra el intervencionismo estatal que había caracterizado la historia chilena de las últimas décadas y que, de la mano del desarrollismo, había posicionado al Estado como actor fundamental de la vida sociopolítica del país<sup>657</sup>.

Precisamente esta mixtura ideológica la que posibilitó trazar las bases del proyecto revolucionario que la dictadura militar iba a comandar. Si bien el trabajo de estos sectores comenzó soterradamente desde 1973, experimentando progresivos avances a partir de 1975, fue en 1977 cuando se inició el camino hacia la institucionalización de un nuevo modelo de Estado, una vez que la represión ejercida por el Estado policial y las políticas económicas de shock, ya habían hecho su tarea de derribar las antiguas estructuras y desarticular a la sociedad.

Pero, al mismo tiempo, 1977 fue una fecha crucial por otros factores. La dura crítica internacional por las violaciones a los derechos humanos así como el duro enfrentamiento al interior de las FF.AA entre Pinochet y el general de la FACH, G. Leigh, resultaron elementos relevantes para dotar de nueva legalidad no sólo al régimen sino y, sobre todo, al

---

<sup>654</sup> V. VALDIVIA; “Los guerreros de la política...” Op. Cit., pp. 143-144.

<sup>655</sup> Sobre los lazos de afectividad entre ex estudiantes de la UC, ver: C. HUNEEUS; *El régimen...* Op cit., pp. 336-342.

<sup>656</sup> Existe acuerdo más o menos generalizado respecto al impulso al gran capital que otorga la dictadura. Sin embargo, existen algunos detractores —opositores a la dictadura— que señalan que en paralelo a esta estrategia, se intentó atraer a los sectores populares mediante políticas clientelísticas a través de las municipalidades. No obstante esto ser cierto, creemos que no son comparable en proporción y relevancia para el sistema económico, ambas estrategias. Cfr. C. HUNEEUS; *El régimen...* Op. cit., p. 392.

<sup>657</sup> V. VALDIVIA; “Los guerreros de la política...” Op. cit., p. 143.



proyecto transformador en el que se sostenía<sup>658</sup>. Con una economía que comenzaba a dar sus primeros brotes, los ideólogos del régimen encontraron el momento propicio para la institucionalización a través de una nueva carta constitucional.

Fue así que, con motivo de la celebración del día de la juventud, en una recordada noche de julio de 1977 —dada la semejanza que presentó el acto a la estética fascista clásica— Pinochet trazó en su discurso los lineamientos fundamentales del nuevo sistema político, social y económico. Si para el dictador el 11 de septiembre de 1973 había representado “el término de un régimen político-institucional definitivamente agotado”, el imperativo de su gobierno era entonces “construir uno nuevo”<sup>659</sup>. En esa perspectiva, el nuevo sistema político debía dar forma “a una nueva democracia, que sea autoritaria, protegida, integradora, tecnificada y de auténtica participación social”<sup>660</sup>.

La justificación de este nuevo modelo desarrollado por Pinochet en su mismo discurso, vino a resumir tanto las representaciones del pasado que tenía la dictadura como sus concepciones de la democracia y la sociedad. El nuevo entramado institucional, debía ser autoritario y protegido, porque debía constituirse en un gobierno fuerte y vigoroso capaz de soportar las presiones de ideologías externas, precisamente como no lo había sabido soportar el régimen liberal clásico. Integrador, ya que debía acabar con las diferencias al interior de la sociedad, propiciadas por las ideas externas que habían minado la confianza y la tolerancia entre los chilenos, enfrentándolos en un conflicto sin cuartel. Para ello, era fundamental que el nuevo sistema jurídico fuese lo suficientemente protegido de eventuales mayorías que, envalentonadas por el populismo marxista, minaran las bases de la nueva democracia. En otras palabras, una democracia elitista y reducida. Fue en este contexto que se justificaron los límites de la nueva estructura democrática, como —por ejemplo— las *leyes de amarre*, que en la práctica no fueron otra cosa que un mecanismo-trampa que volvió imposible modificar las bases del sistema que se venía a imponer. En cuanto a su tecnificación, si bien Pinochet se escudó en la necesidad de insertarse en el mundo moderno mediante el desarrollo y el avance tecnológico, lo que realmente se buscó fue despolitizar, desideologizar y tecnificar los debates políticos, convirtiendo toda la acción política en una cuestión administrativa, en acción tecnocrática. El técnico venía, en este sentido, a reemplazar al político, principal responsable —de acuerdo a esta representación— del colapso del sistema democrático.

Finalmente, respecto a la participación social, el discurso esbozó las bases del Estado subsidiario, es decir, aquel que interviene solo donde los privados no pueden o no quieren

---

<sup>658</sup> T. MOULIAN; *Chile actual...* Op. cit., p. 232.

<sup>659</sup> A. PINOCHET; *Discurso en Chacarillas*. En: S. CORREA Et al; *Documentos del siglo XX...* Op cit., pp. 445-451.

<sup>660</sup> A. PINOCHET; *Discurso en Chacarillas*. Ibid., p. 448.

acceder, quedaba claro el papel –marginal– del Estado en materia social, en desmedro de privados y las lógicas del mercado. La mayor eficiencia del mundo privado lo convertía en el principal motor de la economía, propiciando de manera integral estímulos y posibilidades para la mayor libertad del mercado. Se entregaron, en definitiva, todas las posibilidades, beneficios y comodidades para que el gran capital pudiese desarrollarse a su antojo, sin contrapesos, dejando –de paso– a la deriva de sus intereses a ingentes masas de pobres.

En esa misma ocasión, por otra parte, se sentaron las bases originales del proceso que conduciría, en el largo plazo, a una democracia parcial. En esta, se contemplaban las etapas de recuperación, transición y consolidación, trazando un camino gradual de traspaso de poder desde las FF.AA a los civiles. Si bien la idea de Guzmán, verdadero ideólogo de este proyecto, era activar la gradualidad de la Constitución a partir de 1980, Pinochet logró mantener la hegemonía del poder hasta el plebiscito de 1988, a través de un poderoso articulado transitorio que reveló las ansias de poder del dictador así como los límites que tuvieron la injerencia práctica de Guzmán y los Chicago boys’, cuando se oponían a Pinochet (cuestión que se vio ratificada con la crisis de 1983)<sup>661</sup>.

Con la redacción de la Constitución de 1980, y pese a todas las modificaciones que en la práctica representaban los artículos transitorios con los que gobernó Pinochet, se abría una “nueva etapa” según el régimen. Pinochet se consideró “presidente” y, como tal, pasó a habitar en La Moneda. La misma que él había mandado a bombardear. Se iniciaba la “transición”, diría más tarde Sergio Fernández, su ex ministro. Ahora bien, en la práctica, la dictadura, aunque con nuevo ropaje, seguía siendo una sistema político, autoritario y terrorista<sup>662</sup>.

Lo anterior, no obstante, no puede negar ciertos cambios que fueron observándose en el escenario político y social chileno y que visibilizaban lo que lenta pero sostenidamente se había mantenido en estado de latencia desde el golpe referido a la organización social y política de los opositores a la dictadura. Ahora bien, esto se debió más bien a los excesos de confianza y júbilo que se instalaron en el régimen que flexibilizó casi inconscientemente su puño de hierro que a una auténtica convicción de abrir espacios de organización y participación. De hecho, cuando la población quiso manifestarse resultó prácticamente imposible hacerlo sin sufrir la represión. El éxito económico de los años 77-81, la nueva legitimidad política que se sustentaba, ahora, en bases jurídicas aprobadas por la población,

---

<sup>661</sup> Para ver los detalles de la pugna que la nueva constitución y su entrada en vigencia despierta al interior del gobierno ver: **A. CAVALLO et al**; *La historia oculta...* Op. cit., pp. 242-245.

<sup>662</sup> **S. FERNÁNDEZ**; *Mi lucha por la democracia*. Los Andes, Santiago, 1997.

proyectaron la autoimagen de estar frente a un auténtico milagro<sup>663</sup>. La arrogancia del régimen, sin embargo, permitió que la oposición social y política lentamente fuera visibilizándose, mostrando lo que venía articulándose desde hacía años sostenida en la red que la iglesia católica había propiciado en los barrios populares. Pronto emergería con fuerza la sociedad, cuando el milagro económico se derrumbara abruptamente en la cara del propio Pinochet, solo unos años más tarde.

### 3.3. *Los principios de la revolución económica y la transformación social*

Si la DSN y el gremialismo apuntalaron ideológica y políticamente la naciente dictadura, los *Chicago boys* y su proyecto radical de *laissez-faire* fueron los encargados de entregar el soporte económico a la profunda transformación que comenzaba a fraguarse<sup>664</sup>. Para la dictadura resultaba importante mostrarse eficaces a nivel macroeconómico. Tanto por contraponerse a sus antecesores (durante el último año de la UP, se vivió una profunda crisis sobre todo en materia de eficacia fiscal y control de la desbordada inflación), como por desvirtuar al entramado institucional que se buscaba desmontar. El éxito económico legitimaría la intervención militar y el orden que pretendía establecer, demostrando así lo obsoleto del modelo institucional en su conjunto, posibilitando dismantelar todo el entramado económico y de paso el papel que el Estado jugaba en él<sup>665</sup>. Podemos señalar —en otras palabras— que el sustento dogmático que aportaron los *Chicago boys* superaba el ámbito económico, contribuyendo con un cúmulo de ideas a la revolución que se estaba urdiendo. En ese sentido, estuvo estrechamente ligada a la estrategia de legitimación del orden autoritario<sup>666</sup>.

Para ello, el régimen se asesoró por un conjunto de expertos que, siguiendo los pasos de la doctrina neoliberal que estaba resituando el valor del libre mercado como sustento único y fundamental del crecimiento económico, inició una profunda transformación de todo el sistema económico y social, de modo de implementar un programa de corte abiertamente

---

<sup>663</sup> Aprobadas fraudulentamente, cabe consignar. No sólo por la escasísima información existente, la inexistencia de registros electorales y los reducidos espacios para que la oposición pudiera organizarse y comunicar su visión sino porque en ella votó más del 100% de la población; presos, enfermos, hasta fallecidos dieron el Sí a la constitución y al gobierno de Pinochet por 8 años más.

<sup>664</sup> Meses antes del golpe de Estado un grupo de economistas liberales en colaboración con otros cercanos a la DC, elaboraron el documento conocido como “El Ladrillo” a petición de los sectores golpistas de la Armada. En él se encuentran las bases de la política económica implementada una vez producido el Golpe de Estado. *S/A; El Ladrillo. Bases de la política económica del Gobierno Militar Chileno* (Prólogo Sergio de Castro). CEP, Centro de Estudios Públicos, Santiago, 1992.

<sup>665</sup> T. MOULIAN; “Fases del desarrollo político chileno entre 1973-1978”. *Documento de Trabajo* n° 155, FLACSO, Santiago, 1982, p. 56.

<sup>666</sup> C. HUNEEUS; *El régimen de Pinochet...* Op. cit., p. 390.

monetarista. Desde el equipo económico que lideró Sergio de Castro<sup>667</sup> se impuso un programa gradual primero –por miedo a la reacción social que pudiese existir— buscando fundamentalmente la llegada de capital extranjero: apertura de la economía, fijación de salarios, liberación de precios, desaparición de tasas arancelarias entre muchas otras. Sin embargo, ante el escaso impacto de las políticas durante ese periodo<sup>668</sup>, se decidió, en 1975, aplicar una política de shock. Las medidas representaron una profunda transformación productiva del país. Toda una “revolución” en palabras de P. Meller<sup>669</sup>, al privatizar áreas estratégicas de la economía, desmontar la protección social y terminar con la organización de los trabajadores entre muchas otras medidas que apuntaban a limitar el papel –social— del Estado y convertirlo en simple gestor subsidiario del mercado.

Pero este paso resultaba crucial, como ya se había barajado entre los más ortodoxos que seguían las recomendaciones del propio M. Friedman. El nobel de Economía, visitó Chile y se entrevistó con Pinochet gracias a la influencia que habían alcanzado sus discípulos chilenos en el nuevo régimen. A estos, los había conocido en la U. de Chicago, a donde un grupo importante de ingenieros y economistas chilenos habían llegado a perfeccionarse regularmente desde 1956, cuando se suscribió el convenio de colaboración entre esta universidad estadounidense y la Universidad Católica de Chile<sup>670</sup>. El convenio, venía a plasmar algunas de las convicciones más arraigadas que había desarrollado el ideólogo más teórico de la doctrina neoliberal, F. Von Hayek, respecto a la necesidad constante de difundir en ambientes diversos (académicos, empresariales, pero sobre todo de toma de decisiones), los fundamentos de la doctrina liberal, si es que efectivamente se pretendía ganar la batalla de las ideas y desmontar el carácter de verdad que había impuesto el paradigma keynesiano en el mundo de posguerra<sup>671</sup>.

En efecto, tras la Segunda Guerra Mundial, un grupo de académicos seguidores del liberalismo económico neoclásico que surgió en la segunda mitad del siglo XIX para superar las teorías clásicas de A. Smith, comenzó a reunirse y discutir sobre las

---

<sup>667</sup> Sergio de Castro, discípulo de la primera generación de estudiantes de la UC que viajó a perfeccionarse al a U. de Chicago bajo las órdenes de Milton Friedman. Si bien llegó como asesor del ministerio de hacienda en 1973, fue en 1974 cuando asumió la cartera de economía que su influencia comenzó a tomar un peso decisivo.

<sup>668</sup> El desempleo se había disparado hasta el 15% pese a la creación de planes de contingencia como el Programa de Empleo Mínimo, PEM.

<sup>669</sup> **P. MELLER**; *Un siglo de economía política en Chile 1890-1990*. Andrés Bello, Santiago, 1996.

<sup>670</sup> El convenio fue firmado entre la UC y la U. de Chicago en 1956 para que estudiantes de la UC y de la U. de Chile, realizaran sus posgrados en Economía en la institución norteamericana, de manera de formar a un cuerpo docente competente para asumir responsabilidades como profesores a tiempo completo en la UC. **S. de CASTRO**; *El Ladrillo...* (prólogo) Op. cit., pp. 7-11.

<sup>671</sup> Hayek estableció entre sus postulados la necesidad de difundir profusamente las ideas neoliberales si se pretendía vencer en la batalla por las ideas. Para ello contó con una suculenta financiación de grandes capitales –sobre todo norteamericanos— que se hallaban contra las lógicas y controles que imponía la economía keynesiana. De este modo, se inició sobre todo a través de *think thanks*, un fuerte incentivo de las ideas neoliberales, encontrando en la U. de Chicago uno de sus principales centros al tener a M. Friedman como uno de sus principales referentes. **N. KLEIN**; *La doctrina del Shock...* Op. cit., pp. 28-29.

problemáticas que representaba la hegemonía del nuevo pensamiento keynesiano. Su principal referente, el filósofo político y economista F. Von Hayek, lideró a un grupo de economistas, politólogos y científicos sociales que situaban a la libertad económica casi absoluta y al mercado como únicos caminos efectivos para optimizar el proceso de acumulación de capital. En ese orden, se comenzó a cuestionar la competencia del Estado para hacer frente a tareas que competían al mercado. El Estado, argüían, siempre interviene de forma sesgada, de acuerdo a las presiones diversas que recibe de las distintas fuerzas sociales y políticas. Por tanto —enfaticaban— sus decisiones siempre resultan erróneas ya que la información disponible para el Estado no puede rivalizar con la contenida en las señales del mercado<sup>672</sup>. Esta escuela que se conoció más tarde como *Escuela Austriaca del ciclo económico*, insistió en los planteamientos de von Hayek, respecto a los problemas que generaban a largo plazo la creación de créditos a precios artificialmente bajos por la regulación arbitraria del Estado —a través de sus bancos centrales<sup>673</sup>. Esta escuela, sería la precursora de lo que más tarde se conocería como doctrina neoliberal.

Si seguimos a D. Harvey, el neoliberalismo es, ante todo, “una teoría de prácticas político-económicas que afirma que la mejor manera de promover el bienestar del ser humano consiste en no restringir el libre desarrollo de las capacidades y de las libertades empresariales del individuo dentro de un marco institucional caracterizado por derechos de propiedad privada fuertes, mercados libres, y libertad de comercio”<sup>674</sup>. De acuerdo a estos postulados, el papel del Estado se limita exclusivamente a crear y preservar el marco institucional apropiado para el desarrollo de éstas prácticas. De hecho, la única función que realmente compete al Estado según esta doctrina, es proteger “nuestras libertades, contra los enemigos del exterior y los del interior; defender la ley y el orden, garantizar los contratos privados, crear el marco para contratos competitivos”<sup>675</sup>.

Los postulados neoliberales sin embargo, han sido fuertemente cuestionados desde variados puntos de vista, tanto por su ambigüedad en el tema del Estado —desconfía del Estado pero no duda en convertirlo en principal garante del derecho de propiedad, elemental y supuesto básico de toda su teoría—, como por su interesado y relativo interés práctico en la libertad individual<sup>676</sup>. En ese sentido, si bien es cierto que esta doctrina ha pretendido proyectarse hacia la sociedad como un proyecto utópico “puro” que incentiva la acumulación de capital, en la práctica se ha erigido como un propósito socioeconómico —político— bien claro: restaurar el poder de las élites económicas —del gran capital— sobre

<sup>672</sup> D. HARVEY, *Breve historia del neoliberalismo*. Akal, Madrid, 2007, p. 27.

<sup>673</sup> F. VON HAYEK; *Camino de servidumbre*. U. Autónoma de Centroamérica, Costa Rica, 1986.

<sup>674</sup> D. HARVEY. *Breve Historia...* Op. cit., p. 6.

<sup>675</sup> M. FRIEDMAN; *Capitalismo y libertad*. Rialp, Madrid, 1966, p. 3.

<sup>676</sup> D. HARVEY; *Breve historia del...* Op. cit. p. 28.

todo cuando se vio amenazado por la hegemonía que alcanzaron las políticas keynesianas tras la Segunda Guerra Mundial. De hecho, como se ha podido observar en múltiples situaciones a lo largo de los últimos cuarenta años<sup>677</sup>, cada vez que la doctrina neoliberal ha perjudicado al poder de los grandes grupos económicos, la teoría se ha relativizado o abiertamente abandonado<sup>678</sup>.

Los economistas chilenos de la dictadura, decidieron aplicar el shock ante la escasez de resultados que el plan gradual tuvo en la economía. Así, se inició de este modo, un proceso radical de monetarización y transformación del aparato productivo del país, con el progresivo adelgazamiento del Estado a través de la privatización de importante bienes públicos<sup>679</sup>. Comenzaba así la historia del primer Estado neoliberal, entendido esto como aquel Estado y su aparato burocrático cuya misión fundamental se orientó a facilitar las condiciones para una provechosa acumulación de capital tanto por parte del capital extranjero como del doméstico<sup>680</sup>.

El nuevo modelo económico se constituyó en uno de los pilares fundamentales de la transformación social que contó con la violenta represión como uno de sus principales aliados. Reiteramos, sin ésta habría sido imposible llevar adelante cambios de semejante calibre en tan breve lapso de tiempo, al menos sin la oposición pertinaz de la mayoría de los ciudadanos, acostumbrados a otros modos de ver y entender el papel del Estado en la sociedad. Así pues, silenciada la sociedad a través del terror, el modelo capitalista de libre mercado, de alta concentración del capital e ingreso, basado en la exportación de materias primas y recursos naturales, se convirtió en el eje fundamental del nuevo orden, traspasando progresivamente su lógica a todos los espacios de lo social, modelando paulatinamente aspectos fundamentales de la articulación social y cultural de la sociedad.

Para tales efectos, en primer lugar, se decidió realizar un ajuste de corte monetarista, concerniente en liberar los precios (fijados desde hacía décadas por el Estado) y contraer la demanda. Esto último, se logró mediante una doble acción; por una parte a través de una fuerte reducción del gasto fiscal y, por otra, realizando reajustes inferiores al desbordado aumento del costo de la vida que se había producido con la liberalización de los precios<sup>681</sup>.

---

<sup>677</sup> Para una ejemplificación de casos –como USA, México, Chile o Irak más recientemente, de la teoría neoliberal, ver entre otros; **N. KLEIN**; *La Doctrina...* Op. cit.

<sup>678</sup> **D. HARVEY**; *Breve historia del...* Op. cit., p. 26. Existen varios ejemplos de ello. Sin ir más lejos, la crisis de 2008 requirió del Estado para el salvataje de la banca privada. Igual ocurrió en Chile, en 1983, como veremos más adelante.

<sup>679</sup> Una de las grandes lecciones alcanzada por Friedman con la experiencia chilena, fue que efectivamente el único modo seguro de desmontar todo el aparato estatal es a través de la acción rápida y decidida en momentos de trauma o shock, producto de algún evento catastrófico. A esto se le ha denominado como Capitalismo del Desastre". **N. KLEIN**; *La doctrina...* Op. cit., p. 26.

<sup>680</sup> **D. HARVEY**; *Breve Historia del neoliberalismo...* Op. cit., p. 14.

<sup>681</sup> **J. CHATEAU**; *Algunos antecedentes sobre la situación de los pobladores...* Op. cit., p. 7.

Junto a la acción permanente de inversión pública, se abrió el mercado internacional, bajándose los aranceles de modo de incentivar al capital extranjero, a la vez que se fijaban sueldos y salarios. Estas políticas abrieron al mercado chileno a una competencia voraz, que si bien estimularon el ingreso de divisas e inversiones extranjeras, perjudicaron notoriamente a la industria chilena acostumbrada a la protección del Estado. En el nuevo escenario, esta fue incapaz de alcanzar el nivel de competitividad que impusieron los capitales extranjeros. De igual forma, el estancamiento de sueldos precarizó rápidamente el nivel de vida de la población. Sobre todo de los sectores más pobres.

La privatización de la economía, supuso una redefinición del rol del Estado en la sociedad, provocando una reducción del aparato estatal y modificando la matriz de la economía que se había impuesto hasta ahí<sup>682</sup>. Se instauraba el Estado subsidiario que renunciaba a un conjunto de tareas que constituían parte fundamental de su histórico compromiso democratizador, entregándolas a la acción privada; de manera expedita dejaron de ser públicas una serie de empresas estratégicas en el área de la salud, las pensiones y la educación entre muchas otras. El objetivo, fomentar la creación de una extensa clase empresarial que diese sustento y fuerza al sector privado, de modo de dominar la economía del país a través de esta clase de emprendedores. Por el contrario, se puso fin en aras de la modernización, a décadas de políticas basada en la solidaridad de los ciudadanos y el soporte del Estado.

La nueva lógica —y más aún en un contexto autoritario— estimuló la desaparición de los derechos para ser reemplazados por bienes de consumo. Ello situó en los individuos y sus núcleos familiares la responsabilidad de la producción y la satisfacción material de sus necesidades. En un país en que al menos un tercio de la población vivía en el umbral de la pobreza, las nuevas políticas representaron un radical empobrecimiento de la población; cada familia vivió de acuerdo a sus posibilidades, es decir, a su capacidad de producir riqueza. Esta característica del nuevo modelo, sentó las bases de una nueva organización de la sociedad —completamente opuesta a lo que se había venido construyendo en los últimos 30 años— estableciendo un nuevo orden, una nueva jerarquización estratificada exclusivamente en la capacidad de producir. El cambio sentó las bases para una profunda remodelación del sentido de sociedad, ahondando en las diferencias y segregaciones socioeconómicas históricas del país: el esfuerzo del Estado por incluir y equiparar desaparecieron y dieron paso al mercado como único espacio de integración de la sociedad.

En ese escenario, las reivindicaciones grupales se consideraron ilegítimas al alterar y distorsionar la dinámica del mercado. Las organizaciones sociales, en general —donde

---

<sup>682</sup> C. HUNEEUS; *El régimen...* Op. Cit., p. 437.

destacaban las populares— no sólo dejaban de ser un actor social sino que fueron considerados exclusivamente como sujetos, dependiendo de su producción individual. Esta capacidad, como sabemos, fue habitualmente insuficiente debido a factores que escapaban casi por completo a sus posibilidades (falta de educación y capacitación para trabajos más cualificados, carencia de redes de contactos, entre muchas otras, así como la propia incapacidad del sistema de garantizar trabajo a todos sus miembros). En ese orden y con una economía limitada, los pobres solo fueron capaces de producir para la subsistencia. E incluso, en muchas ocasiones, su producción resultó insuficiente para adquirir lo mínimo.

Es por esto que, con el objetivo de evitar que la necesidad se constituyera en un motivo de reorganización colectiva que desestabilice al mercado, el Estado asumió un rol subsidiario de aquellos que no eran capaces de competir en igualdad de condiciones. Ahora bien, este papel resultó marginal en el juego económico, supeditado a su vez, a la subyugación ideológica: los beneficiarios de estas políticas debieron de algún modo dar garantías de su cercanía al régimen o al menos asumir un silencio total. Mientras, la gran masa quedaba completamente en el desamparo. De este modo, el desempleo, la congelación de salarios y el aumento del costo de la vida, se vieron acompañados por una contundente precarización del trabajo, aumentando de manera ostensible el empleo informal. Éste, mal calificado, mal pagado y escasamente promovido, ayudó a profundizar el drama de la pobreza. Jóvenes desempleados, obreros poco cualificados y mujeres obligadas a salir de sus casas para obtener bienes básicos, evidenciaron el empeoramiento del nivel de vida, afectando ya no sólo temas como vivienda o educación, sino incorporando ámbitos más básicos como salud, higiene y alimentación<sup>683</sup>.

Pero, no obstante, la recuperación y estabilización económica alcanzada a partir de 1977, silenció por varios años cualquier esbozo de crítica dando paso la representación del “milagro”, pese a que la pobreza y la escasez seguía en alza entre los más pobres. Entre 1977 y 1980, el crecimiento macroeconómico del país bordeó el 8%, siendo el gran soporte para la institucionalización legal que se estructuró a partir de la nueva constitución<sup>684</sup>. En los medios y círculos oficiales, la teoría se había hecho realidad, desatándose la algarabía que encegueció a los tecnócratas, pese a que el desempleo —y las consecuencias que éste traía— jamás dejaron de ser un problema para la economía chilena. No importaba. Con ese ritmo de crecimiento macroeconómico, la baja de la inflación y subida del PGB, sus convicciones ya estaban convertidas en auténticos dogmas de fe. Solo quedaba profundizar

---

<sup>683</sup> C. HARDY; *La ciudad escindida*. PET, Programa de Economía para el Trabajo, Santiago, 1989, p. 16.

<sup>684</sup> T. MOULIAN; *Chile actual...* Op. cit., p. 232.



el sistema. Parte de esa arrogancia tecnocrática se convirtió en miopía, siendo el responsable de la debacle que se vendría sólo unos años más tardes.

#### **4. Transformaciones y modernizaciones en la primera fase de la dictadura y sus efectos sociales (1973-1983)**

El entramado ideológico recién descrito, sirvió de sustento para poner en práctica una serie de medidas e iniciar así, dos de las principales tareas que se había impuesto el régimen, a saber, la necesidad de resolver la crisis de hegemonía que había supuesto el empate técnico de la democracia electoral por una parte y, por otra, consolidar —de acuerdo a sus convicciones— un nuevo orden que resituase los valores fundamentales de la nación, de la *Seguridad Nacional*. Para ello, se realizó una profunda transformación de la estructura política, económica y jurídica del país, de modo de producir un cambio de alto impacto. Un cambio de paradigmas social, político, económico y cultural. En ese sentido y mirado en perspectiva histórica, lo más relevante del proceso fue el intento de la dictadura —con éxito a nuestro entender— por modificar los patrones sociales y culturales del conjunto de la sociedad chilena, a través del autoritarismo político y la economía neoliberal. De esa forma, se dieron pasos para convertir a los ciudadanos en apáticos actores políticos y ávidos consumidores de la naciente *sociedad de mercado*. La apertura de la actividad comercial y su impacto en la matriz productiva del país, se vio completada por una progresiva privatización del Estado y algunas de sus más importantes funciones sociales; los efectos fueron durísimos para una población empobrecida con una clase obrera desarticulada y *jibarizada*. En lo social, por su parte, las políticas de modernización incentivaron la “liberalización” del suelo, destinándose fundamentalmente a una espectacular especulación inmobiliaria. Se redefinieron los parámetros urbanos provocando un profundo proceso de segregación socio-espacial que constó de erradicaciones de campamentos situados en comunas ricas, trasladados hacia áreas “habilitadas” para *ellos* en la periferia de la ciudad. Su resultado fue una espectacular: la “sudafricanización de la ciudad de Santiago, una versión latinoamericana de apartheid”<sup>685</sup>. En el plano cultural, se realizó un espectacular incentivo a la imagen de éxito del Chile arraigado en la sociedad de consumo, obviando por completo la cruel realidad que le toca vivir a las grandes mayorías. La exaltación del éxito individual, del consumo de bienes y servicios como una posibilidad de insertarse en la modernidad traída por el régimen, coparon parte importante de los sistemas de transmisión ideológica monopolizados por la dictadura que, además, complementaba con la valoración

---

<sup>685</sup> T. VALDÉS; *Las mujeres y la dictadura militar en Chile*. FLACSO, doc. De discusión, núm. 94, marzo 1987, p. 4.

del orden y la seguridad. En todo este cóctel ideológico la educación jugó un papel fundamental.

En ese marco, la política global de transformación implementó una serie de medidas en los más distintos ámbitos siguiendo las recetas que la doctrina neoliberal había establecido como perentorias para el salto al desarrollo y la modernidad. Fueron sin embargo, aquellas que se dieron en el ámbito social —concretamente en el área de servicios— las que más afectaron directamente a los pobladores de Santiago<sup>686</sup>. Salud, pensiones y el nascente sistema de previsión social; vivienda, educación y la política de planificación urbana, fueron quizás algunos de los aspectos más importantes que repercutieron directamente en los sectores populares. En efecto, más allá que este tipo de políticas se insertara en la lógica global de transformación modernizadora impulsada por los Chicago boys, los cambios producidos afectaron directamente el bienestar de sectores de la sociedad incapaces de satisfacer sus necesidades más básicas de manera privada, en un momento en que, además, se frenó en seco el gasto público, se estancaron los salarios y se confirmó la liberación de los precios. En un corto tiempo, se estructuró una enorme brecha entre ricos y pobres, acentuando las históricas contradicciones sociales. Una distribución profundamente desigual de acceso a los beneficios del modelo, se vio profundizada por la reestructuración territorial implementada a fines de la década. Este cambio hizo evidente la segmentación socioeconómica, poniendo en marcha, en definitiva, “una ciudad que ofrece espacios, recursos, accesos, oportunidades y soluciones en materia de salud, educación, vivienda, trabajo, transporte e infraestructura urbana y condiciones ambientales desiguales a su así segmentada población residente”<sup>687</sup>. A fin de cuentas, una ciudad completamente fracturada.

Una vez estabilizada la economía a través de las políticas de shock, se iniciaron, a partir de 1977, una serie de reformas a la economía que buscaron “modernizar” el sistema mediante la privatización de los distintos servicios que estaban en manos del Estado, acción justificada en la supuesta eficacia del mundo privado en comparación a la gestión estatal<sup>688</sup>. Progresivamente, cada ámbito de la vida se vio sometido o al menos influenciado por la lógica del mercado. De la oferta y la demanda. De quien tiene, paga por el acceso al creciente número de bienes de consumo que arribaron a la economía chilena producto del

---

<sup>686</sup> J. CHATEAU; *Algunos antecedentes sobre la situación de los pobladores...* Op. cit., p.14.

<sup>687</sup> C. HARDY; *La ciudad escindida*. Op. cit., p. 18.

<sup>688</sup> Lo que hubo detrás fue la creación de condiciones favorables para crear una clase empresarial poderosa a través de la adquisición de bienes públicos a un bajísimo costo. Tan conveniente resultaron los traspasos que fue usual encontrar a muchos de los trabajadores del Estado que participaron en los distintos procesos de privatización de bienes públicos, como directores o dueños de las antiguas empresas del Estado. Para una visión general del abuso y desfalco al Estado por los grupos económicos vinculados puede en entrarse en: M. A. MÖNCKEBERG; *El saqueo de los grupos económicos al Estado chileno*. Ediciones B, Santiago, 2001.

explosivo flujo de capital exterior. Mientras, la amplia mayoría —también maravillada por el boom tecnológico que invadió al país a fines de la década del 70’— padecía lo indecible para comer.

Particularmente dura fue la situación del mundo sindical. Tras el golpe la CUT fue inmediatamente ilegalizada (Decreto de Ley 12) y sus principales líderes perseguidos. Como fue reiterativo en otro orden de cosas, la sindicación de los partidos políticos como principales responsables de la debacle nacional, llevó a la dictadura a imponer la despolitización total en los sindicatos como requisito básico para garantizar una efectiva participación social<sup>689</sup>. A su vez, las actividades sindicales que lograron mantenerse, fueron reguladas, previo permiso de la autoridad y vigilancia de la policía. Tanto las elecciones sindicales como la negociación colectiva estuvieron prohibidas completamente. Además, la política de shock monetarista implementada a partir de 1975, había producido una ostensible precarización de la mano de obra, provocando una pérdida del poder adquisitivo de los trabajadores a casi la mitad de lo que disponían hasta antes del golpe de estado. La inestabilidad laboral dio paso a un creciente desempleo<sup>690</sup>, configurando un escenario extremadamente hostil y complejo.

Si bien durante los primeros años el esfuerzo del régimen estuvo vinculado a reconstruir un sindicalismo de corte corporativista gracias a la influencia del General G. Leigh y el sector duro adepto al régimen<sup>691</sup>, las políticas implementadas en esa dirección resultaron un completo fracaso. No sólo porque colisionaron directamente con “las costumbres y sentimientos de clase aún con fuerte raigambre en la base, sino sobre todo porque no estaban disponibles los medios y recursos que habría necesitado tal política en pleno periodo de recesión económica”<sup>692</sup>. Además, la llegada del gremialista Sergio Fernández al ministerio del Trabajo, en 1976, consolidó el giro neoliberal en el área, al implementar una serie de medidas que obligaron —mediante la represión selectiva de los líderes sindicales— al sometimiento a las nuevas lógicas; la imposición del nuevo Código del Trabajo —de 1978— incluyó una serie de cambios que depreciaban la mano de obra; aumentaba de ocho a doce horas la jornada laboral, mientras se desplomaban los salarios.

---

<sup>689</sup> La Declaración de Principios de la dictadura señalaba en marzo de 1974, su objetivo por “asegurar la independencia y despolitización de todas las sociedades intermedias entre el hombre y el estado” quedando expresamente prohibida la intervención partidista en cualquier tipo de gremio o sindicato.

<sup>690</sup> Durante la UP, el desempleo se mantuvo entre el 4 y 5% de media. Tras el golpe las cifras son elocuentes; 9,2 en 1974; 18,6% en 1975; 20,8% en 1976 y 17% en 1977, 1978 y 1979 y 1980, incluyendo como empleados a los trabajadores del PEM. Las cifras en: **J. RUIZ-TAGLE**; *El movimiento sindical chileno*; Op. Cit., p. 71.

<sup>691</sup> Una peculiar mirada sobre las pugnas ideológicas al interior de la dictadura pueden encontrarse en: **S. FERNÁNDEZ**; *Mi lucha por la democracia*. Op. Cit.

<sup>692</sup> **P. GUILLAUDAT, P. MOUTERDE**; *Los movimientos sociales...* Op. cit., p. 107.

Las medidas del Código del Trabajo no obstante, fueron mínimas en comparación a las introducidas por el ministro J. Piñera en 1979. Un revolucionario Plan Laboral que, de la mano de una reforma previsional, terminaron por trastocar completamente las viejas prácticas sindicales reduciendo a nada, el histórico poder de este sector<sup>693</sup>. El nuevo plan reconoció bajo estatuto a los sindicatos, pero los controló entregándoles limitadas prerrogativas. Su existencia se supeditó a la empresa, fomentó la competencia entre pequeños sindicatos, de manera de relativizar la injerencia negociadora de las grandes organizaciones. La negociación colectiva aunque permitida estuvo restringida y abiertamente controlada<sup>694</sup>. Igualmente, la huelga –aunque legal- se restringió a normas prácticamente imposibles de cumplir, como –por ejemplo- contar con más del 90% de adhesión entre los trabajadores. De esta forma, la ola neoliberal que sacudió al gobierno –una verdadera fiebre, como señala A. Cavallo durante 1979— estableció un orden radicalmente nuevo<sup>695</sup>. Mientras, en paralelo, se consumaba la fragmentación del sindicalismo, minimizando su impacto en la sociedad:

Con su plan Laboral la dictadura buscaba...[no sólo reducir] el número de sindicalizados debilitando la fuerza sindical, sino también transformando de pies a cabeza el modelo que había servido para organizar el conjunto de las relaciones sindicales, dando sus rasgos particulares al movimiento obrero chileno: esa estructura sindicatos-partidos-Estado que había sido una de las piezas maestras del Estado de Compromiso chileno; esa dimensión política decisiva tanto para la estructuración de las reivindicaciones como de la organización interna de los sindicatos. En su lugar se instaba la voluntad de crear un sindicalismo de empresa, atomizado y enteramente despolitizado, solo regulado por la leyes del mercado<sup>696</sup>.

De la mano a este proceso de transformación del mundo del trabajo, se implementó una renovada política municipal que insistió en utilizar la estructura comunal –vertical y excluyente— como sistema de control de los espacios poblacionales. Si su intención fue administrar de forma concreta los escasos recursos públicos, su función en la práctica no fue otra que garantizar el control social. En ese orden, el ayuntamiento jugó un papel determinante al convertirse en el ente articulador de la red clientelar que buscaba construir el régimen. A través de la Ley Orgánica de Municipios y Administración comunal, implementada en diciembre de 1975, la dictadura establecía el carácter “descentralizado”

<sup>693</sup> A. CAVALLO, et. al.; *La historia oculta...* Op. Cit., p. 372.

<sup>694</sup> En 1981, no había más de 3977 sindicatos reconocidos y que contaban con 395. 951 afiliados, es decir, se produjo una disminución del 53.7% en relación a 1972. Con la crisis económica de 1982-83, la cifra bajó aún más. Para los 80' los obreros afiliados no representaban más que el 8.7% de la fuerza de trabajo y el 10.2% de los trabajadores ocupados. J. RUIZ-TAGLE; *El movimiento sindical chileno después del plan Laboral*, PET, Santiago, 1984, p.14.

<sup>695</sup> A. CAVALLO, et., al; Op. Cit.

<sup>696</sup> P. GUILLAUDAT, P. MOUTERDE; *Los movimientos sociales...* Op. cit., p. 110.

del municipio, con el objetivo de administrar a la comuna para satisfacer las necesidades locales promoviendo el desarrollo comunal. Y si bien en esta ley también se estipulaba la participación de los vecinos a través del CEDECO (Consejo de Desarrollo comunal), su carácter fue siempre meramente consultivo, supeditado a la ordenanza municipal que, a su vez, estaba estrechamente alineada con los intereses del Ministerio del Interior. En otras palabras, al poder central del Estado dictatorial. En efecto, si bien en el papel este proceso de “Municipalización” promovía la autonomía de las entidades a través del traspaso de una serie de servicios públicos, recursos económicos y poder político, en la práctica estuvo siempre supeditado a la visión centralizadora del Estado y la teórica descentralización no significó jamás una posible democratización<sup>697</sup>.

Por su parte, si bien la dictadura siguió utilizando las bases normativas que habían dado vida a la organización poblacional (la ley 16.880 de Juntas de Vecinos y Organizaciones Comunitarias, dictada en tiempos de E. Frei Montalva), desnaturalizó completamente su sentido, constituyéndola en un elemento más de control que aplicó a la sociedad chilena. La vigilancia del territorio y sus actores, facilitó esta tarea. Pero además, ayudó a disgregar y atomizar las iniciativas populares. En esa línea, estuvo el ya mencionado plan de reubicación de los pobres de la ciudad en barrios periféricos, de modo de alcanzar una mayor homogeneidad territorial. Su consecuencia inmediata, fue la segmentación territorial de la sociedad. Con ese fin, se creó una nueva división comunal con espacios más reducidos y homogéneos que sólo profundizaron la división espacial entre ricos y pobres. Otra vez, la lógica del mercado —en este caso, de los suelos— se impuso por sobre otras variables.

Ante la auténtica catástrofe social que significaron la implementación de las nuevas políticas públicas del régimen, se crearon los Consejos de Acción Social (CAS), con el afán de estabilizar la demanda de bienes y servicios sociales; se empadronó a los vecinos de los distintos sectores de la capital de modo de establecer un mecanismo de medición que permitiese distribuir algunas ayudas de acuerdo al puntaje adquirido por la persona/familia. Establecida esta jerarquización de las necesidades, la Municipalidad se convirtió en el intermediario entre los pobladores y el sector privado, encargado de abastecer de bienes y servicios. Fuesen estos de tipo básico —agua luz, gas— o más elaborados como vivienda o educación. En cualquier caso, conviene señalar, estas medidas estuvieron siempre supeditadas al apoyo al régimen, es decir, al contacto y sometimiento de los pobladores a los municipios, limitando, en la práctica, a contados grupos los beneficios municipales.

---

<sup>697</sup> M. IGLESIAS. *Rompiendo el cerco...* Op. cit., pp. 117-118.

En este escenario de profundos cambios, los pobladores experimentaron una chocante transformación en la propia representación de su figura: pasaron a ser considerados como uno de los principales enemigos interno del nuevo gobierno cuando, hasta el golpe, eran en uno de los ejes principales de la política nacional. Esta imagen se vio incentivada tanto por su histórica relación con la izquierda y más concretamente con el gobierno de la Unidad Popular —cuestión que colisionaba con el proyecto ideológico que se estaba poniendo en marcha—, como por ser un actor social y político fundamentalmente colectivo <sup>698</sup>. Igualmente, de acuerdo a la interpretación realizada por la autoridades del régimen, los habitantes de estos espacios fueron catalogados como sujetos incapaces de producir lo suficiente para insertarse en las lógicas económicas que imponía el nuevo modelo —considerándolos como marginales— y, por tanto, en un potencial peligro para el orden que se busca establecer. En efecto, el creciente empobrecimiento de la población fruto de la profunda reestructuración económica que inicia el régimen desde fines de 1973, provocaron un aumento considerable de la cesantía, el empleo informal, que sumado a la baja en los salarios, convertía a los pobladores de los barrios populares en una masa marginal incapaz de acceder al normal funcionamiento del mercado, convirtiéndolos en una amenaza para el normal funcionamiento del modelo.

Por todas estas cosas fue que los pobladores pasaron a ocupar un nuevo papel en la sociedad, convirtiéndose en un espacio social a refundar. Primero a través de la completa desarticulación de sus espacios colectivos e incentivando la atomización y aislamiento generalizado de la sociedad. De ahí en más, cada familia se convirtió en un único núcleo y de acuerdo a los esfuerzos individuales alcanzaría —o no— los bienes y beneficios de acuerdo a sus posibilidades. De hecho, la integración social —se propugnó— debía darse en el mercado, haciendo de la intervención estatal una cuestión marginal. Los pobladores así, pasaron a ser sujetos beneficiarios de políticas sociales —subsidiarias— para ser capaces de insertarse en el nuevo modelo, pero dejaban de ser un sujeto colectivo como lo habían sido hasta ahí <sup>699</sup>.

Ahora bien, si consideramos que los fundamentos de la dictadura chilena fueron mercado, individuo y autoritarismo, sus principios contrastaron absolutamente con la organización poblacional caracterizada por su comunitarismo, solidaridad y carácter democrático (o al menos muy habituado a la pluralidad). Asimismo, el bagaje político reivindicativo alcanzado por los pobladores durante las décadas 1960-1970, confrontó las nociones y representaciones de los sectores populares con las que pretendió imponer la

---

<sup>698</sup> T. MOULIAN; *Fases del desarrollo...* Op. cit., p. 42.

<sup>699</sup> T. VALDÉS; *El Movimiento poblacional...* Op. cit., p. 16.

dictadura. De tal forma que, los derechos sociales que reivindicó históricamente el movimiento poblacional –vivienda, trabajo, salud o educación— desaparecieron como derechos sociales, para convertirse en bienes de consumo individual.

No obstante lo anterior y pese a la segregación, estigmatización y desarticulación que vivió el movimiento poblacional por parte de la dictadura, insistimos que su proyecto político autoritario utilizó al Estado para establecer una red clientelar que permitiese colaborar con aquellos grupos que no eran capaces que acceder al mercado. Esto, se hizo con un doble propósito: por una parte, para insertarlos en la dinámica de consumo pero, por otra, para alejarlos del ideario comunitarista subyacente en estos espacios en general, así como del potencial peligro de desborde, desvío o/y ruptura que representan para el nuevo orden social. Para ello se estableció primero, en 1975, a través del Mapa de la Extrema Pobreza de ODEPLAN –y luego a través de la estratificación social que se realiza con la creación de las fichas CAS—, todo un orden que llevó a las familias más pobres del país a ser objetos de políticas de asistencia social siempre que respondieran a un perfil apolítico y proclive al régimen<sup>700</sup>.

La *cosmovisión* que representa esta mirada sobre los sectores populares, situó al pobre como una figura incapaz de producir sus propios recursos necesarios para entrar en la dinámica del sistema de consumo que caracterizaba a las economías de libre mercado, siendo papel del Estado asistirlos en ese afán. Pero, además, elabora una visión extremadamente elitista y oligárquica donde el pobre es un sujeto a transformar no sólo en su condición económica sino en sus aspectos socioculturales. Conviene hacer notar que estas evaluaciones conllevaron una estratificación específica, en las que se evidencia una notoria jerarquización de la sociedad. En esta estructura, los pobladores representan el estrato más bajo de la escala. Pero, a su vez, la visión del pobre como indeseable, potencialmente peligroso –por el solo hecho de ser pobre— se constituyó en el germen cultural que propició y profundizó la segregación socioeconómica de los más pobres, identificando a estos sectores con el estereotipo del delincuente, flojo, incapaz y, en otras palabras, con el *indeseable* de esta sociedad<sup>701</sup>. Esta representación, cabe consignar, penetró profundamente en el ideario de la sociedad chilena –en sus sectores medios— y pervive hasta nuestros días.

---

<sup>700</sup> La ficha CAS (Comité de Asistencia Social) formó parte de un estudio de estratificación social elaborada por los Comités de Acción Social municipal. A través de distintos indicadores establecía una calificación y estratificación de los niveles de pobreza de cada familia. La dictadura creó una serie de instrumentos con ese objetivo, como puede observarse en profundidad en los propios archivos del Ministerio de Desarrollo Social actual, donde se encuentran los detalles de la génesis del Sistema de información Social.

<sup>701</sup> J.J. BRUNNER; Apuntes sobre la figura cultural del pobre” Parte I. *Documento de trabajo*, FLACSO, 69/78. Santiago, 1978, pp. 5-8.

En definitiva, la dictadura militar llevó adelante una compleja transformación económica que implicó una profunda reingeniería social. El desmantelamiento del Estado de Compromiso propiciando la creación de una clase empresarial no sólo cambió el eje de la economía si no que, en el mediano plazo, reconfiguró el conjunto de las relaciones sociales y el papel que le cabía al Estado en ellas.

#### *4.1. Panorámica de las áreas de transformación social*

Con el argumento de hacer más competitivo y eficaz los servicios, se implementó una sostenida privatización de distintas áreas estratégicas del Estado. El objetivo, redefinir las relaciones entre Estado y sociedad a partir de nuevos fundamentos<sup>702</sup>. Si nada más sucedido el golpe de Estado, la banca y las industrias expropiadas fueron rápidamente devuelta a sus dueños, con el tiempo y el afiatamiento de las nuevas condiciones que estructura el régimen autoritario, se inició una profunda y decidida ola de privatizaciones.

Una de los espacios en que se insertó la lógica neoliberal de privatización fue la salud. Si bien su historia se caracterizó por un funcionamiento mixto, la salud como tema global, público, había sido una importante función que competía al Estado de hacía más de veinte años<sup>703</sup>. Esto cambió radicalmente con la dictadura. Junto a la disminución progresiva de las tareas del Estado en este ámbito, se inició el proceso de privatización del sistema que involucró toda una reforma al conjunto del entramado institucional de salud a efectos de descentralizar el sistema. El resultado fue el esperado; una pronta precarización de los servicios públicos con un creciente déficit en la atención, cuestión que golpeó directamente al sector de la población más débil, incapaz de costearse una salud privada. La pobreza consiguió el crecimiento de enfermedades como pediculosis, sarna, hepatitis o tifus, males propios de lugares con problemas de salubridad y pobreza extrema<sup>704</sup>.

La disminución de la inversión resultó radical<sup>705</sup>. La privatización trajo consigo un aumento de precio de servicios y medicamentos. Para los más pobres, esto significó recibir asistencia del decreciente sistema público, ya que incluso las entidades subsidiadas

---

<sup>702</sup> C. HUNEEUS; *El régimen...* Op. Cit., p. 437.

<sup>703</sup> Más precisamente desde que en 1952 se creó el Servicio Nacional de Salud (SNS), de manera de reunir los distintos organismos estatales que funcionaban en paralelo. Su trabajo, pese a las deficiencias y limitaciones, permitió una mejora importante en la salud pública en general: se redujo la mortalidad infantil y aumentó de manera considerable la esperanza de vida al nacer. Esta dinámica y la preocupación general por la salud pública del conjunto de la sociedad se desarrolló por décadas aplicando planes curativos, preventivos y de salud pública en general.

<sup>704</sup> C. HARDY; *La ciudad escindida...* Op. cit., p. 17.

<sup>705</sup> Si en 1971 el gasto público en salud había sido de 22,2 dólares por persona y de 26 USD., en 1972, entre 1975 y 1980 la inversión bordeó apenas los 22 USD. Para un informe detallado ver **Vicaría de la Pastoral Obrera, Arzobispado de Santiago, Informe, sobre la política de desarrollo social**. Mimeo, Santiago, 1979.



representaban un privilegio imposible de alcanzar. Estos efectos repercutieron concretamente en un empeoramiento general de la salud pública, pero fundamentalmente en el bienestar de los sectores populares. El aumento considerable en los índices de desnutrición en menores, por ejemplo, evidenciaron el impacto que tuvo la reformulación del sistema en los más débiles<sup>706</sup>. Esta realidad que comenzó progresivamente tras el golpe de Estado, se profundizó y estandarizó al punto de convertirlo en norma. De este modo, se materializó el abandono del Estado de su rol social con el consiguiente empeoramiento de las condiciones de vida de miles de personas, que debieron observar en la década de 1980 la aparición de un poderoso sistema de salud privada, que comprendía el acceso al sistema de salud a través del financiamiento individual<sup>707</sup>.

En materia educacional, por otra parte, también se observan importantes cambios, ya que desde el mismo golpe de Estado el régimen estableció una revisión profunda de las políticas educativas que habían normado al país hasta ahí. Si las primeras medidas fueron la intervención de todas las universidades, la depuración del profesorado, la reestructuración profunda de planes y programas, y la alteración de los criterios de asignación presupuestaria, entre otros, con el tiempo las políticas impuestas buscaron adaptar al conjunto del entramado educacional a las necesidades políticas y económicas que el nuevo modelo pretendía imponer. En efecto, la dictadura estableció –por una parte– su representación del pasado y del conflicto que había acabado con el golpe de Estado a través del cambio en los contenidos curriculares. Igualmente, en segundo lugar, se insistió en presentar una historia que no confrontara al país con el desarrollo, de modo de silenciar las desigualdades, las tensiones sociales y discrepancias políticas que sólo servían para dividir a la sociedad. Por otra parte, se implementaron una serie de criterios a nivel curricular básico, medio y universitario, que introdujeron una mirada técnica de la educación, adecuando muchos criterios de acuerdo a los nuevos roles sociales que requería la nueva económica<sup>708</sup>. En esa dirección, se explica el cierre de áreas de estudios relacionados a las ciencias sociales, por ejemplo, y la promoción de áreas específicas estrechamente ligadas al funcionalismo y utilidad del sistema económico. El Estado solo se enfocaría en lo básico, siendo la norma el vínculo con el paradigma ideológico de la rentabilización económica.

---

<sup>706</sup> Según el estudio de la Vicaría del a Pastoral Obrera, el promedio de consumo de calorías por persona durante la dictadura disminuyó en más de 100 calorías promedio por persona, alcanzando la desnutrición, en 1975, un índice del 16,5% de la población total del Gran Santiago Ver *Informe de la política social...* Op. cit. **J. CHATEAU**; “Algunos antecedentes...” Op. cit., p. 19. En este documento de trabajo de FLACSO, se presenta una muestra en campamentos y poblaciones de una zona específica de Santiago. La muestra, indica que una media de 33.6% de menores pre-escolares y escolares de los 1500 niños controlados, estaban en situación de desnutrición.

<sup>707</sup> Para una visión de cómo se forma y quiénes constituyen el mercado de Isapres ver: **M. A. MÖNCKEBERG**; El saqueo... Op. cit., pp. 189-208.

<sup>708</sup> **J. CHATEAU**; “Algunos antecedentes...” Op. cit., 24.

Para lo demás, se dejó al mundo privado, abriéndose una cantidad creciente de colegios y universidades. En esa misma dirección y buscando siempre la lógica de rentabilizar la educación, se reorientaron los recursos del Estado para estas materias. Se concentraron los esfuerzos casi completamente en el ámbito básico para dejar la media y universitaria al costo de los individuos. Esta redefinición profundizó las brechas y posibilidades de estudios entre ricos y pobres, concentrando en los sectores más vulnerables todas las carencias que se observaban en el sistema educativo chileno, destacando el alto índice de deserción escolar<sup>709</sup>.

La creación de las Administradoras de Fondos de Pensiones (AFP), representó, para fines de la década, otro cambio sustancial en el ámbito social así como en el debilitamiento del papel benefactor del Estado. Si el sistema tradicional de pensiones se basaba en la solidaridad generacional con un apoyo importante y creciente del Estado, el nuevo sistema centró en el individuo la responsabilidad previsional. Cada persona debía aportar de su bolsillo los recursos necesarios para su futura jubilación, a través de estas nuevas entidades privadas que administrarían en el mercado el capital aportado por cada trabajador. Los beneficios que este sistema aportó a los capitales privados ha sido cuantioso, sin embargo los trabajadores siguen cosechando para su jubilación sumas mucho más bajas a las prometidas por los apologistas del sistema<sup>710</sup>.

En el ámbito habitacional, en tanto, las políticas transformistas de la dictadura tuvieron un fuerte impacto en los sectores populares. Si bien es cierto que el propio ODELPLAN (Oficina de Planificación) estimó en 1970 que faltaban casi 600 mil viviendas por construir, con el abandono del Estado de su rol benefactor y la posterior privatización del sistema, el problema no hizo sino empeorar. La lógica de obtención de viviendas mediante “el esfuerzo del ahorro y la organización acorde con las posibilidades de cada familia”, propició descaradamente el aumento de la desigualdad, la segmentación socioeconómica y la ampliación del déficit habitacional manifestado en el creciente drama de los allegados que se cuadruplicaron para el caso de Santiago<sup>711</sup>. De esta forma, se hizo “digno” entregar casas de 25 m<sup>2</sup> (de acuerdo a la ley 18.138 de 1982), sin considerar el tamaño del grupo familiar que accedía a estas residencias. En efecto, el volumen de las nuevas edificaciones sociales disminuyó a tal nivel que resultaron insuficientes para equiparar las necesidades que en este

---

<sup>709</sup> Elocuente resulta que la media de escolaridad metropolitana durante la década de 1980 fuese de 8 años, reduciéndose a 5 años si solo se consideran los barrios más pobres de la capital. La cifra en **C. HARDY; *La ciudad escindida...*** Op. cit., p. 18.

<sup>710</sup> En algún momento se llegó a indicar que las AFP's aportarían hasta un 120% del sueldo medio de cada trabajador. En pleno siglo XXI, el sistema de pensiones chilenos sigue entregando índices muchos más bajos que los países de la OCDE de la que es miembro. Para una mirada crítica al sistema de pensiones ver: **C. HUNEEUS; *El régimen...*** Op. cit., pp. 451-472.

<sup>711</sup> Revista *Hechos Urbanos* núm. 8, Santiago, marzo 1982, p.7.

sentido entregaba el aumento vegetativo de la población, estimándose –por ejemplo– que para 1982, el déficit habitacional alcanzaba a más de 900 mil viviendas y al final de la dictadura un millón doscientas mil <sup>712</sup>. En este escenario de liberación de precios, estancamiento de salarios y la escasa participación del Estado en materia social, convirtieron la política de subsidio habitacional en una opción limitada solo para algunos, que además debieron presentar un perfil abiertamente apolítico y no relacionados con organizaciones poblacionales o/y comunitarias.

La vivienda entonces, dejó de ser un derecho a reivindicar como se había constituido durante las últimas décadas para convertirse en un bien material de consumo, alcanzable sólo individualmente a través de la propia producción material. En ese orden, la dictadura estableció qué necesitaban, cómo y quiénes eran dignos de la limitada asistencia estatal.

En efecto, tras el fracaso de los Comités Habitacionales Comunes implementados inmediatamente producido el golpe de Estado, la dictadura trazó una política habitacional con tres objetivos principales; regularizar la situación de las viviendas espontáneas, siguiendo el principio de propiedad individual; entregar servicios básicos a los asentamientos que no contaban con ello, estableciendo en paralelo un programa de “erradicación” de zonas y, en tercer lugar, apoyar la demanda habitacional de los más pobres a través de subsidios habitacionales. El régimen entregó títulos de propiedad a muchos de los pobladores que habían adquirido sus viviendas antes del golpe de Estado con el fin de actualizar los saldos pendientes. Igualmente, estableció el carácter comercializable de los sitios –muchos de ellos aun sin urbanizar– de modo de establecer un precio a dichas propiedades de acuerdo a la nueva lógica comercial de la política territorial. En esa línea, la política de erradicación consistió en “un conjunto de medidas de saneamiento ambiental y técnico sanitario y a la construcción de casetas sanitarias en aquellos campamentos cuya ubicación era adecuada de acuerdo al criterio del mercado de suelos” <sup>713</sup>. Si bien esta estrategia no se implementó hasta 1978, se realizaron algunas “pruebas” de erradicación, entre la Intendencia Metropolitana y la Municipalidad de Quinta Normal, a través del Plan Confraternidad I, se trasladó a cientos de familias que tenían título de dominio inscrito desde 1970, a otros campamentos. Estas iniciativas estuvieron acompañadas habitualmente de una serie de “operativos cívico-militares” que entregan algunos servicios básicos a los pobladores, como servicio dental, corte de pelo, información jurídica, como mecanismo de facilitar la disposición de los pobladores a los cambios que se comienzan a implementar.

---

<sup>712</sup> C. HARDY; *La ciudad escindida...* Op. cit., p. 18.

<sup>713</sup> T. VALDÉS; *El movimiento...* Op. cit. p. 21.

Por otro lado la dictadura inició, en 1978, su Programa de Subsidio Habitacional que entregó bonos como estímulo y complemento al ahorro familiar. Según Valdés, dado el mecanismo de acción y distribución de la dictadura —tanto por su sesgo como por la incapacidad de ahorro de los sectores más desvalidos— este mecanismo jamás entregó viviendas a los sectores más necesitados<sup>714</sup>. Ahora bien, ese año se inició la erradicación de poblaciones y campamentos, sobre todo de los sectores en los que el suelo tenía mayor cuantía. Con la Operación Confraternidad II, se llevó a cabo el traslado de 1850 familias situadas en el Campamento Nueva Matucana y el Zanjón de la Aguada. Los destinos variaron de acuerdo a la capacidad de pago que tuvieron los pobladores; algunos fueron destinados a viviendas nuevas con subsidio habitacional, mientras otros lo hicieron a sitios semi-urbanizados en donde pudieran instalar su mediagua.

No fue, sin embargo, hasta 1979 que el régimen inicia su nueva política de desarrollo urbano. De acuerdo a las directrices que la política neoliberal impuso, se estableció una liberalización total del mercado del suelo urbano y la vivienda, permitiendo el libre juego especulativo del capital financiero, aumentando considerablemente su valor en un breve lapso de tiempo. Con esta nueva política, se consolidó la erradicación de los pobres de la ciudad hacia otros sectores de la capital. Hasta ahí, un número no menor de personas vivía en Campamentos en distintas comunas de la capital, destacando aquellos que se situaban en barrios acomodados de Santiago<sup>715</sup>. La nueva instrucción condujo a miles de familias a ser reubicadas, reestructurando el diagrama urbano de la ciudad<sup>716</sup>. Este escenario estableció una nueva configuración administrativa de la Región Metropolitana. Con el Decreto de Ley 1-3.260 de 1981, se crearon 17 nuevas comunas que se sumaron a las 35 existentes. Este proceso de subdivisión tuvo por fin facilitar la gestión y el control de los gobiernos comunales de modo de atender mejor a la población y disminuir el número de habitantes de cada comuna. El nuevo diagrama presentó diversas consecuencias. Por una parte, desmembró varias comunas, lo cual tuvo efectos sociopolíticos bien concretos; por ejemplo, en *la comuna roja*, como se le conocía a San Miguel, ubicada en el sector sur de la capital, lugar además donde se habían constituido las principales poblaciones resultantes de tomas

---

<sup>714</sup> T. VALDÉS; *El movimiento...* Op. cit., p. 26.

<sup>715</sup> El caso más emblemático quizás fue el del Campamento San Luis de Las Condes, a los pies del Mapocho y situado contiguo a unos de los más exclusivos barrios de Santiago. La erradicación fue en muchos casos violenta, ante vecinos que no estuvieron dispuestos a someterse a las reglas del juego que imponía la nueva política habitacional del régimen militar. Para una visión general con cifras de los campamentos y su distribución puede encontrarse en, *Revista Hechos Urbanos*. Sur ediciones, Núm. 46, Santiago, octubre 1985, pp. 2-11.

<sup>716</sup> La región Metropolitana durante estos años, tenía 15 mil kilómetros cuadrados y una densidad de población de 327,4 habitantes por kilómetro cuadrado. De acuerdo al censo de 1982, Santiago albergaba más de 5 millones de los casi 13 millones de habitantes residentes en el país (39,5%), de los cuales 52% eran mujeres. Instituto Nacional de Estadística, INE, Santiago 1982. [http://www.ine.cl/canales/usuarios/censos\\_digitalizados.php](http://www.ine.cl/canales/usuarios/censos_digitalizados.php) Consultado 21-03-2015.

de terrenos durante la segunda mitad del siglo, la desagregación de sectores para crear nuevas poblaciones implicó también desarticular y disgregar a barrios y vecinos que pasaban a depender de otras municipalidades<sup>717</sup>. Por otra parte, el nuevo mapa implicó un conjunto de medidas de redistribución de la población, con el propósito de facilitar un “segundo criterio implícito en la nueva subdivisión comunal, tal es, el intento de provocar una mayor homogeneidad en las condiciones socio-económicas al interior de cada comuna”<sup>718</sup>. Fue este criterio el que dio pie a la política de erradicación de campamentos y poblaciones y su reubicación en otros barrios de la capital.

La erradicación buscó reubicar a los habitantes de Campamentos de lugares con un alto valor de renta, hacia otros de menor costo. Igualmente, en septiembre de 1979, se llamó a los pobladores participantes en “Operaciones Sitio” previas a 1973 a normalizar su situación. El régimen estaba dispuesto a entregar los títulos de dominios de los lugares a cambio de la regularización. La firma de los títulos de propiedad implicó reconocer al mismo tiempo las deudas existentes de acuerdo a los nuevos “esquemas” del valor de la propiedad<sup>719</sup>. Este hecho significó que muchos pobladores firmaran sus propiedades asumiendo deudas que no tenían (de acuerdo al valor del suelo) dejándolos en una desventajosa situación ante el SERVIU que, de ese modo, presionó para consolidar las erradicaciones masivas. Algunas estimaciones señalan que para 1988, había más de 600 mil familias que eran deudores hipotecarios<sup>720</sup>.

El fundamento económico de esta política resultó evidente; se pretendió segregar espacialmente a personas y familias de acuerdo al poder adquisitivo que tuvieran. Sin embargo, también existió un factor eminentemente político: la división de los pobladores que habitaban Campamentos, según su poder adquisitivo, dispersaba, dividía y estratificaba a comunidades enteras, posibilitando, a su vez, un mejor control de estos sectores por parte del poder militar<sup>721</sup>.

Los lineamientos que condujeron la política habitacional del régimen se contrapusieron sustancialmente a lo que habían sido los principios y prácticas de los últimos gobiernos democráticos, incluido el de Jorge Alessandri, sobre todo en lo concerniente al derecho de los pobladores a exigir al Estado su derecho a la vivienda. Para la dictadura, esta reivindicación implicaba volver a las dinámicas paternalistas del Estado que en nada ayudaban al desarrollo y emprendimiento libre de los individuos. “El gobierno no tiene

---

<sup>717</sup> Como veremos en el capítulo V, Santa Adriana vivió directamente esta situación al ser dividida entre dos comunas dejando lugares emblemáticos de la población —como la parroquia— fuera de la jurisdicción comunal a la que dependía el resto de la población.

<sup>718</sup> C. HARDY; *La ciudad escindida...* Op. cit., p. 33.

<sup>719</sup> Revista *Hechos Urbanos*, Núm. 42, Santiago, mayo 1985, pp. 6-10.

<sup>720</sup> C. HARDY; *La ciudad escindida...* Op. cit., p. 18.

<sup>721</sup> T. VALDÉS; *El movimiento...* Op. cit., pp. 27.

obligación de dar casa. Su verdadera obligación es crear un clima propicio para dinamizar la economía de modo tal que permita observar la cesantía y convertir a todos los chilenos en ciudadanos dignos que puedan satisfacer por sí mismos sus necesidades”, señalaba el Ministro de vivienda del régimen en 1980<sup>722</sup>.

Entre los diversos estudios de campos realizados durante la primera etapa de la dictadura militar, se identificaron varios problemas que aquejaban a los pobladores. Entre ellos destacaban; dificultad de pagar el dividendo —fundamentalmente por el aumento de los reajustes en pleno periodo de crisis— alto monto de deudas impagas que mantienen los pobladores con compañías de servicios básicos (luz, agua, temiendo que las nuevas tarifas hagan imposible acceder a estos servicios) la imposibilidad real de los allegados de acceder a los nuevos planes de vivienda fundamentalmente por la imposibilidad real de ahorro; deterioro en el servicio comunitario básico; drama que el hacinamiento provoca con cientos de miles de allegados en casa estrechas y básicas. Las cifras de hacinamiento, de hecho, evidenciaron el desborde del problema de manera preocupante, ratificando el considerable aumento del empobrecimiento experimentado por los sectores populares<sup>723</sup>.

#### *4.2 Reformulación político-territorial: municipalización y transformación urbana de Santiago*

Si bien la Declaración de Principios de régimen estableció como uno de sus objetivos principales la descentralización del país, sus medidas no hicieron más que fomentar la centralización. Tanto por el propio modelo establecido que siguió situando a Santiago como eje del desarrollo, como el afán de control social que manifiestamente expresó el régimen. A través del decreto de Ley n°575 del 10 de julio de 1974, se terminó con la antigua la estructura territorial de doce provincias (una metropolitana) para incluir doce regiones y una metropolitana con nuevos límites geográficos y una renovada normativa administrativa de competencias para cada región, provincia y comuna. Ahora bien, la finalidad fue diversificar las redes de apoyo que tenía el régimen en lo civil a través de una mayor incidencia en la administración regional y local. Es decir, propiciar una red clientelar más o menos potente que sirviera de contrapeso a las redes organizativas tradicionales que habían alcanzado gran relevancia y poder en el tiempo anterior al golpe de Estado. En otras

---

<sup>722</sup> “El Ministerio de Vivienda y Urbanismo a los pobladores de campamentos y a la opinión pública en General”. *Diario El Mercurio*, Santiago, 28-07-1980. Citado en J. CHATEAU; “Algunos antecedentes...” Op. cit.

<sup>723</sup> Un estudio, realizado por CIDE a fines de la década de 1970 en la población Lo Hermida —por ejemplo—, indagó en el nivel de hacinamiento que presentaban los habitantes de esta población. De las 127 familias incorporadas en la muestra, el 74% vivían en una vivienda con una sola habitación, mientras que la media de personas que vivía por vivienda era de 6,71 S. MARTINEC; *Realidad poblacional*. CIDE, Mimeo, Santiago, 1978. Citado en J. CHATEAU; “Algunos antecedentes...” Op. cit., 23.

palabras, la nueva estructura regional no era autónoma –ni pretendió serlo— y siguió dependiendo en la práctica del poder central.

En ese orden, la Junta aprobó en 1975, la ley Orgánica de Municipios y Administración Comunal a través del Decreto de Ley n° 1289, estableciendo mayor claridad respecto a la potestad y funciones de los organismos comunales. Las municipalidades fueron definidas como “instituciones de Derecho Público, funcional y territorialmente descentralizadas, cuyo objeto es administrar la comuna, satisfacer las necesidades locales y promover el desarrollo comunal”<sup>724</sup>. La máxima autoridad, el alcalde, era elegida por el gobierno central y asesorado por un Consejo de Desarrollo Comunal (CODECO). Con este organismo, se estableció la reglamentación y participación de los habitantes de la comuna en las decisiones del gobierno local a través del nuevo órgano. Éste, estaba integrado por entre 8 y 20 consejeros, de los cuales la Unión Comunal de Juntas de Vecinos contaba con un cuarto de la representación al igual que los Centros de Madres oficiales y otras organizaciones comunitarias. En apariencia la ley entregaba canales de participación a los pobladores. Sin embargo, en la práctica, solo fueron considerados grupos y comunidades “oficialistas”, es decir, cercanas al régimen, de marcado carácter apolítico y donde quedaron excluidos los dirigentes históricos. Esto las llevó a ser poco representativas de sus comunidades. Además, como ya señalamos, el Consejo tuvo un carácter informativo y consultivo pero jamás resolutorio<sup>725</sup>, estando supeditado a la decisión del Municipio, dirigido siempre por designados del poder central.

Esta transformación político-administrativa se conoció con el nombre de proceso de municipalización. Y si bien traspasó una serie de prerrogativas y administrativas de los servicios públicos, recursos económicos y poder político al gobierno comunal, en la práctica funcionó más bien como canal intermedio de control y administración, es decir, una prolongación del poder autoritario en el ámbito local. En ese sentido, las políticas y sus orientaciones jamás estuvieron en discusión y fueron ideadas y establecidas desde arriba. Sólo quedaron abiertas las decisiones que no revestían carácter político o aquellas de impacto marginal. Su implementación quizás pasó a otras manos, pero en lo fundamental siguieron dependiendo del poder central. En ese sentido, como señala Iglesias, no sólo la política de municipalización sino toda la política de regionalización y descentralización que implementó la dictadura tuvo por objetivo “reforzar la influencia del poder central y el sistema vertical de mando centrado en el titular del Ejecutivo (Pinochet). Ahora bien, por otra parte, su objetivo también era alcanzar la descentralización económica y la instauración

---

<sup>724</sup> Ley Orgánica de Municipios y Administración Comunal, Decreto de Ley n° 1289. Santiago, Diciembre 1975.

<sup>725</sup> **M. IGLESIAS.** *Rompiendo el cerco. El movimiento de pobladores contra la dictadura.* Ed. Radio U. de Chile. Santiago, 2013, p. 118.

del principio del “libre mercado” en todas las actividades del país, incluidas las que se disfrazaban de “servicios públicos”<sup>726</sup>.

Al contar con mayor presupuesto y ser parte fundamental en la implementación de políticas sociales de ayuda a la extrema pobreza, la nueva normativa empoderó al gobierno que se convirtió en un agente de control y organización oficial del ámbito local. La posibilidad de entregar subsidios de distinta índole (pensión, extrema pobreza, carencia habitacional, jardín infantil, o desayunos escolares entre muchas otras) posicionó al municipio como un interlocutor poderoso del poder institucional al que los vecinos —sobre todo en los sectores más pobres de la ciudad— debieron recurrir de manera permanente<sup>727</sup>. En efecto, como señala Huneeus, esta política asistencial pretendió ciertamente mejorar los resultados en el combate de la pobreza, pero sobre todo “constituir una trama de relaciones interpersonales y de poder con los más pobres que servía al proyecto político del gremialismo”<sup>728</sup>.

Ya desde temprano, en 1974, los municipios habían participado en la organización e implementación de los Programas de Empleo Mínimo (PEM), a fin de paliar el alto desempleo existente luego del shock monetario implementado desde Hacienda. Este programa representó alrededor del 5% de la fuerza de trabajo durante la década de 1970, y pese a ser una opción temporal y mal pagada —se entendía como una ayuda, por tanto no se correspondía con la cuantía del sueldo mínimo pese a requerir de extensas jornadas de trabajo— fue una alternativa considerada por la población ante la extrema y precaria situación a la que se habían visto arrastrados. El PEM, al igual que otros programas implementados durante la dictadura, pese a ser ejecutados por los municipios, fueron pensados, diseñados y dirigidos por el equipo político del régimen. Desde ahí se enfatizó en la importancia de la orientación y características que debían presentar los beneficiarios de estos programas<sup>729</sup>.

Similar situación se vivió en lo concerniente con la construcción, entrega y distribución de viviendas sociales. El municipio, en este ámbito, adquirió amplias prerrogativas, aunque la política siguió siendo dirigida desde el gobierno central. A través de la recaudación de impuestos, en tanto, el Municipio se encargó de organizar la nueva política social. Sin embargo y a partir de las normativas que dieron forma a *la Municipalización*, surgieron en este periodo corporaciones de carácter mixto —es decir, privado-municipal— o

<sup>726</sup> M. IGLESIAS. *Rompiendo el cerco. Ibid.*, p. 119.

<sup>727</sup> H. POZO; “La participación en la gestión local para el régimen actual chileno”. En: J. BORJA, T. VALDÉS, E. MORALES; *Descentralización del Estado, movimiento social y gestión local*. FLACSO, Santiago, 1987, p 342.

<sup>728</sup> C. HUNEEUS; *El régimen...* Op. cit., p. 373.

<sup>729</sup> Esta cuestión se hizo aún más evidente cuando en la década de los 80’ la crisis económica provocó el colapso de la situación en los sectores populares y la explosión de la protesta, obligó a muchos a participar de las actividades oficiales del régimen para así presentar ante la opinión pública una imagen de respaldo popular al dictador.



decididamente privadas que asumieron y abordaron el tema de la vivienda social desde una óptica exclusivamente comercial.

En cualquier caso, las directrices de la política habitacional siguieron dependiendo exclusivamente del gobierno central, en este caso, a través del Ministerio de Vivienda y Urbanismo. Si bien en 1980, quedó debidamente reglamentado —a través del Decreto con Fuerza de Ley n° 1-3063— que el servicio habitacional era responsabilidad de la entidad comunal, en la práctica la política de vivienda (social) siguió dependiendo del Ministerio (ahora a través del Servicio de Vivienda y Urbanismo, SERVIU). En este orden, la política habitacional estuvo destinada casi exclusivamente a subsidios y la “erradicación de campamentos”. Podemos señalar en este orden, que la Municipalidad

se convirtió en un importante centro de poder, con significativas capacidades clientelísticas para conseguir adhesión en los sectores más pobres (...). Las Municipalidades ofrecían oportunidades de empleo a los activistas del movimiento [gremial], permitía impulsar programas sociales de apoyo a la comunidad e influir en la toma de decisiones en el gobierno local y regional<sup>730</sup>.

En esa dirección y con el fin de obtener apoyos en la ciudadanía, se creó el Departamento de Desarrollo Comunitario que tuvo por misión “promover y consolidar la organización y funcionamiento de las juntas de vecinos, de la unión comunal y de los demás organismos comunitarios. Esta decisión y su implementación propiciaron la creación de redes de intereses entre la autoridad comunal y los vecinos, entregando un singular poder al alcalde<sup>731</sup>.

El nuevo Decreto sirvió a los intereses gremialistas que vio en los municipios un interesante espacio de desarrollo y difusión de su proyecto político. La entidad ocupó progresivamente los gobiernos locales, consolidando en el tiempo y con una importante base popular el movimiento político que Jaime Guzmán estaba organizando valiéndose para ello de importantes recursos institucionales y políticos del entramado administrativo local. Asimismo ocurrió con la reordenación territorial que representó la reforma municipal y la creación de 17 nuevas comunas en 1981. La aparición de nuevos gobiernos locales requirió de liderazgos políticos territoriales que el gremialismo supo aprovechar, posicionándose como un referente político cada vez más importante al interior del régimen. Sobre todo por la injerencia creciente en el ámbito local/popular. En ese sentido, como reiteradamente

---

<sup>730</sup> C. HUNEEUS; *El régimen...* Op. cit., p. 373.

<sup>731</sup> C. HUNEEUS; *El régimen...* Op. cit., p. 371.

señaló J. Guzmán, resultaba fundamental copar el espacio local para arrebatar al comunismo su nicho histórico: los sectores populares<sup>732</sup>.

Los cambios y el reordenamiento territorial que significó la nueva ley de Municipios (DL N° de 12 de julio 1980), llevaron a ampliar las competencias municipales. La participación en programas de empleo comunitario, su injerencia y participación en los programas de lucha contra la extrema pobreza y el nuevo papel que asumen con la reforma al sistema de salud y educación, los constituyeron en organismos sumamente influyentes en la administración del poder local<sup>733</sup>. El aumento considerable de recursos para asumir las nuevas responsabilidades condujo a que los municipios se insertaran en el sistema de planificación dirigido de ODEPLAN (Oficina de Planificación, también fuertemente influenciada por el gremialismo), adquiriendo una mayor preponderancia económica en la implementación de las políticas sociales del régimen. La conexión entre ambas entidades aumentó la influencia de decisión del gremialismo en la política local, sobre todo en Santiago, donde paulatinamente se apoderó de los municipios populares iniciando así su política clientelar y de difusión ideológica en los barrios más pobres de la capital. Así, en síntesis la municipalidad “correspondió a la síntesis ideológica de la dictadura pinochetista, donde el neoliberalismo convivía con las tesis de la guerra contrasubversiva y de seguridad nacional y con ciertas tendencias corporativistas aún presentes entre los mandos militares y civiles que colaboraban con el régimen”. Fue en efecto, como señala V. Valdivia, desde el municipio que el régimen pudo construir territorialmente su noción de estado subsidiario, dando vía libre a la hegemonía del mercado así como dirigir desde ahí las políticas sociales que ayudaron a redefinir los modos de participación política de la población en la nueva estructura autoritaria<sup>734</sup>.

## **5. Respuestas y resistencias populares a la transformación autoritaria (1973-1980)**

Los sectores populares afrontaron de distintas formas la instauración de una dictadura revolucionaria. Si bien es cierto que la desarticulación social el silenciamiento de las organizaciones sociales y el retraimiento general fue lo común en casi todo el país, al poco andar, las circunstancias obligaron a una recomposición de la red organizacional. Pero no fue en el ámbito del trabajo, a través del histórico movimiento obrero, donde se produjo este fenómeno. Esta vez fue en las poblaciones donde lentamente las necesidades diarias y la

---

<sup>732</sup> V. VALDIVIA, R. ÁLVAREZ, KAREN DONOSO; *La alcaldización de la política. Los municipios en la dictadura pinochetista*. LOM. Santiago, 2012, p. 6.

<sup>733</sup> C. HUNEEUS; *El régimen...* Op. cit., p. 372.

<sup>734</sup> V. VALDIVIA, R. ÁLVAREZ, KAREN DONOSO; *La alcaldización de la política...* Op. cit., p. 13.

exclusión a la que fueron sometidos por el régimen, empujó a reconstruir redes de sociabilidad imprescindibles para subsistencia; esta red con los años fue fundamental para sostener la acción colectiva contra la dictadura.

La experiencia acumulada durante los últimos quince años, donde el barrio y el vecino desempeñaron un papel muy relevante en la estructura interna del mundo popular, llevó a los pobladores a encontrar en la organización de base el mecanismo idóneo para afrontar la nueva situación caracterizada por el empobrecimiento sostenido, la desaparición del Estado benefactor la violencia y el retraimiento. En ese sentido, el drástico deterioro de sus condiciones de vida por el progresivo aumento de la cesantía, el desplome de los sueldos y la persecución política, así como el cierre de los espacios de participación y reivindicación, condujeron a la reactivación de las organizaciones populares. Igualmente, el desarrollo de instituciones de apoyo y la emergencia de un importante número de “educadores populares”, complementaron la experiencia de los pobladores y sus necesidades, para conformar un cuadro coherente desde el cual se vertebró la nueva acción poblacional.

Esta recomposición de la acción comunitaria, presentó varios “momentos” entre el golpe de Estado y el estallido de las protestas nacionales. Y pese a la fragilidad y disrupción que existió a lo largo de los años, vislumbramos una coherencia a esta trayectoria organizacional que le dio sentido y fuerza en los momentos de la irrupción de la movilización social por la democracia. Si seguimos el trabajo de T. Valdés<sup>735</sup>, un primer momento se constituye en los años inmediatamente posteriores al golpe de Estado, etapa caracterizada por la destrucción y represión del movimiento poblacional, centrando cualquier esbozo de organización comunitaria en la subsistencia más básica<sup>736</sup>. La nueva política económica, con los cambios en salarios, empleo y una reducción de la calidad de vida en general, empujaron a una situación dramática y desesperada. En ese escenario las iglesias cristianas iniciaron una serie de instancias que paliaran la precaria y extrema situación de los sectores populares. Así comenzó una organización de ayuda a los miles de chilenos perseguidos o/y marginados. Pese a que se comenzó a trabajar de facto, en octubre de 1973 se creó el Comité para la Cooperación por la Paz en Chile, COPACHI<sup>737</sup>. La labor se centró en dos áreas específicas; el auxilio de aquellos que necesitaron de asesoría jurídica y penal ante la persecución del régimen<sup>738</sup>, y en colaboración hacia los más pobres ante la

---

<sup>735</sup> T. VALDÉS; *El movimiento....* Op. cit., pp. 22-41.

<sup>736</sup> P. OXHORN; “La paradoja del gobierno autoritario: la organización de los sectores populares y la promesa de inclusión”. *Política* 43, Primavera 2004, pp. 57-83.

<sup>737</sup> Comunicación Comité para la Cooperación por la Paz en Chile, 6-10-1973. Archivo de la Vicaría de la Solidaridad CD 0043300.

<sup>738</sup> Incluso se pusieron avisos en la prensa para difundir la labor del Comité, cuestión que enfureció a las autoridades militares. Sobre avisos ver: CD S/N, 5-11-1973. Sobre las disputas entre la dictadura y el Comité ver: A. CAVALLLO, et. al; Op. Cit., pp. 124-139.

indefensión económica<sup>739</sup>. La Vicaría de la Solidaridad –sucesora del COPACHI—<sup>740</sup> sólo en sus primeros años, presentó a través de su área jurídica más de 4.000 recursos de amparo en defensa de detenidos-desaparecidos, encarcelados y torturados, mientras que su área de ayuda social tenía, para 1978, más de 300 comedores infantiles, 590 bolsas de cesantes y 130 talleres de subsistencia bajo su responsabilidad<sup>741</sup>. Todas estas iniciativas, entre otras, sirvieron de núcleo aglutinante en la marginalidad del barrio, que se convirtió en un auténtico espacio paraestatal, como reconoce G. Salazar. Lentamente se fueron reconstruyendo las redes de sociabilidad y solidaridad destruidas por la bota militar, a través de las nacientes *comunidades cristianas de base*. En ellas, mujeres y jóvenes comenzaron a desempeñar un papel clave en la organización y desarrollo de estas instancias, relegando al hombre –al menos en el ámbito poblacional— a un segundo plano del ámbito social y político.

Dado el contexto, inmediatamente bajo este amparo surgen otras iniciativas que dan cuenta de las necesidades de los pobres de la ciudad; surgen “bolsas de cesantes”, talleres productivos y también agrupaciones vinculadas a las defensa de los derechos humanos. Lo peculiar de este momento es que la situación vivida se entiende como transitoria, netamente circunstancial y en ningún caso en lo que finalmente fue; una situación permanente. De ahí, por tanto, que las preocupaciones se centran en lo básico y fundamental, es decir, garantizar la subsistencia de una población cada vez más empobrecida y la seguridad de un pueblo perseguido.

Ahora bien, la aparición en el mismo 1973 de bolsas de cesantes y comedores infantiles administrados por la iglesia, denotan la velocidad con que la precariedad atacó a los sectores más pobres. Los índices de desnutrición en menores se habían disparados mientras, las necesidades más básicas dejaron de ser cubiertas por el núcleo familiar ni el estado. A ello se sumó la precariedad del entorno urbano, con malas habitaciones e insuficientes viviendas, pésima pavimentación, escasez de servicios (agua y luz), entornos insalubres etc., que profundizaron la miseria y la exclusión, ahora sin opciones de reivindicar al estado sus demandas<sup>742</sup>. Miles debieron vivir de allegados tornando el hacinamiento en una

---

<sup>739</sup> Esta opción –a través de los comedores populares- se avaló a partir del respaldo de la Vicaría de la zona Oeste a las iniciativas de los propios pobladores por solventar la situación de precariedad provocada por la exclusión y el desempleo. Informe de Comedores Populares de la Vicaría de la Solidaridad. CD 0055600 V.1, C.1, Centro de Documentación y Archivo, Vicaría de la Solidaridad, p. 4.

<sup>740</sup> La presión del régimen llevó al Cardenal Silva Henríquez a cerrar el Comité. No obstante, en paralelo abrió desde el arzobispado de Santiago la Vicaría de la Solidaridad destinada fundamentalmente a la ayuda jurídica y social de los perseguidos marginados por el régimen.

<sup>741</sup> A. CAVALLO, et. al; La historia oculta... Op. Cit., p. 355.

<sup>742</sup> Con esto no queremos señalar que la pobreza hubiese desaparecido de los márgenes, sino más bien que estos espacios –y las demandas que se vertieron desde él- ocuparon una centralidad única en la política chilena en los diez años anteriores al golpe de Estado. Cuestión que se acabó de forma rotunda con el golpe de estado de 1973.

cuestión normal en casi todos los hogares populares de la capital. La realidad de la pobreza entonces, tornó urgente la organización que encontró en la parroquia un espacio en el cual cobijarse.

Tras ese primer momento de retraimiento y ayuda desesperada de la iglesia, sobreviene un segundo momento, que va entre 1975 y 1977, donde se profundizan las dinámicas impuestas por el régimen; es decir, la crisis económica fruto de la “doctrina del shock” que imponen los *Chicago boys*, ahonda la cesantía así como la baja de salarios acrecienta la pobreza de la población. Asimismo, el duro impacto que genera la política habitacional de la dictadura (en estricto rigor, no existe dicha política hasta 1976, tras el fracaso rotundo de los Comités Habitacionales Comunes creados en 1975) así como el cierre de los históricos canales de participación y reivindicación, provocan un cambio sustancial en la conformación de la población; el crecimiento sustancial del número que habita estos espacios, a través de la figura del allegado, aumenta el deterioro de las condiciones de vida de los vecinos<sup>743</sup>.

Por su parte, la represión dirigida a los elementos vinculados a la UP por la inteligencia militar, se extiende a otros sectores como dirigentes locales, profesionales y gremiales, profundizando el miedo entre los ciudadanos. Pese a que no cambian las variables gubernamentales, se atisban algunos cambios en los sectores populares, dada la prolongación de la precaria situación económica y evidente desamparo en que caen. De la mano de la Vicaría de la Solidaridad, se sigue fomentando la creación comedores que van incluyendo cada vez más a gente de más edad. Sólo en 1976 la Vicaría registró 263 comedores en la capital, en 1977, el número subió a 313, beneficiando a más de 25 mil personas<sup>744</sup>. Igualmente, las otras organizaciones que se conforman al amparo parroquial, experimentan un lento pero sostenido proceso de consolidación y diversificación. De ese modo, junto a las comunidades en defensa de los Derechos Humanos y los comedores infantiles, se van constituyendo talleres productivos para paliar la escasez; de creación cultural, fundamentalmente de música, teatro y literatura; educativos que buscaban reforzar la formación escolar; de salud y de recreación. Estas iniciativas, aunque dependientes del respaldo físico, institucional y logístico de la iglesia, se convierten en los primeros pasos de una acción autónoma de los pobladores, de acuerdo a sus necesidades e intereses<sup>745</sup>. En esa línea, también se produce la aparición de organizaciones de mujeres. Estas jugarán un papel

---

<sup>743</sup> Los allegados, eran familiar completas —habitualmente parejas jóvenes— sin casas, que se albergan en casas de sus parientes; ya fuese en la misma casas o construyendo añadidos en los espacios disponibles del terreno. Este fenómeno, se convirtió en uno de los factores más importantes en hacinamiento que viven los pobladores, aumentando considerablemente la densidad de los espacios poblacionales.

<sup>744</sup> T. VALDÉS; El movimiento... Op cit., p. 23.

<sup>745</sup> P. OXHORN; “La Paradoja...” Op. cit, pp. 49-50.

fundamental más tarde, una vez que se vaya consolidando la reflexión del papel que ellas en cuanto mujeres tienen no sólo en su casa sino en la realidad general que les toca vivir<sup>746</sup>.

En cuanto a las organizaciones reivindicativas progresivamente alcanzan preponderancia al convertirse en el único medio para intentar negociar con el régimen. En tanto, las organizaciones de auto subsistencia comienzan a flaquear al no entregar los resultados económicos esperados; “la comercialización, el acceso al crédito, la falta de experiencia empresarial, son algunos de los problemas que impiden un óptimo desempeño de estas iniciativas. Sin embargo, y más allá del éxito relativo que alcanzan, su fuerza se constituye en otro aspecto, en la capacidad de generar nuevas formas de organización, cada vez más autónomas, no obstante seguir dependiendo de organizaciones externas; tanto en lo material como en el enfoque y perspectiva de las organizaciones.

Ciertamente los comedores populares, avalados y administrados por la iglesia, no fueron creados con una intencionalidad política. No obstante, los escasos espacios de libre expresión así como el germen democrático que los constituyó, los convirtieron rápidamente en un núcleo inevitable de organización social, base de futuras actividades y organizaciones de carácter más político. A su vez, la pervivencia y prolongación indefinida de este escenario de precariedad y pobreza, derivó en una ampliación y diversificación de actividades, suponiendo, en efecto, el inicio de una práctica solidaria entre los miembros de la propia comunidad que comenzaron a tomar la iniciativa sobre este tipo de actividades. Estas prácticas permitieron construir, en alguna medida, importantes lazos vinculantes entre sus miembros, reforzando los sentimientos de confianza entre los vecinos que las realizaban, convirtiéndose en una base fundamental para explicar el grado de cohesión que se articuló en las poblaciones de Santiago durante las protestas nacionales.

Como venimos señalando, si los comedores populares organizados y financiados por la iglesia fueron parte de las primeras iniciativas post-golpe, las nuevas condiciones y su prolongación en el tiempo, llevaron a un cambio en el perfil de las organizaciones; también gracias a la voluntad de los propios pobladores estas iniciativas fueron derivando a otro tipo de organizaciones más independientes como fueron las ollas comunes. En ellas, el protagonismo fue fundamentalmente de las/los pobladoras/es, que a través de la organización propia, buscaron paliar el hambre y la escasez, ahora sin la estricta dependencia a la iglesia. La aparición de las ollas comunes, en ese sentido, volvió a resituar la actividad popular. Que aunque desarticulada, disruptiva en el tiempo y silenciada por el miedo, volvió a vivir una etapa de acción y participación de un número creciente de vecinos

---

<sup>746</sup> Un trabajo muy interesante y que analizaremos en profundidad en el capítulo V, es el de **C. HARDY**; *Los talleres artesanales de Conchalí. La organización, su recorrido y sus protagonistas*. PET, Programa de Economía para el Trabajo, Colección “Experiencias Populares” nº 1, Santiago, 1984.

—aunque aún minoritario en relación al conjunto de la comunidad—, eso sí ahora con una autonomía mucho mayor. En efecto, la necesidad de hacerse cargo de sus destinos, de liderar sus iniciativas y ser los responsables de su dignidad, llevó a que los pobladores que participan de estas iniciativas enfoquen sus esfuerzos e iniciativas en un trabajo propio, colectivo y solidario, pero ya no exclusivamente dependiente de la caridad.

Por otra parte, la aparición de las ollas comunes puso de relieve, por otra parte, la pobreza extrema en que se encontraban los pobladores. A diferencia de lo que ocurría antes del golpe de estado, donde esta práctica popular tuvo un carácter transitorio que manifestaba más bien una denuncia; acompañaban una huelga o una toma de terrenos, una vez acabada la reivindicación la olla desaparecía. En cambio, la emergencia de ollas comunes durante la dictadura tuvo relación con la necesidad de saciar el hambre mediante la colaboración conjunta de los vecinos. Junto a las posibles colaboraciones económicas, de infraestructuras o materiales, lo que en estricto rigor caracterizó a estas iniciativas fue la aportación personal de la mano de obra de cada uno de sus integrantes, y el compromiso decidido de sus miembros por el trabajo colectivo. Eran ellas mismas las que, aprovechando los espacios que facilitaba la parroquia se organizan para dar de comer a sus familias.

Las organizaciones populares que se fueron creando en estos tiempos, respondieron a una mezcla que variaba, según cada caso, entre la tradición organizacional —construida en el inicio de la de cada población, durante la segunda mitad del siglo, siendo formatos conocidos para los más veteranos— y el aspecto más local y contingente, esto es, la necesidad urgente que los convoca de acuerdo a la precariedad económica y las circunstancias político-social en las que se insertan. Esta personalidad que caracterizó este tipo de iniciativas, permitió con el tiempo forjar entre sus miembros una auténtica cultura popular democrática, donde la participación y la pluralidad fueron aspectos constituyentes y centrales de toda organización de base popular<sup>747</sup>. Todo lo anterior permite, entonces, definir las como organizaciones de carácter popular y con un objetivo claro: garantizar la subsistencia personal, pero a través del trabajo comunitario estructurado —además— a través de una organización territorial<sup>748</sup>.

En esta etapa, igualmente, las organizaciones populares se caracterizaron por su precariedad y alta volatilidad que las llevó —en su mayoría— a no perdurar en el tiempo, aunque siempre fueron reemplazadas por otras organizaciones de características

---

<sup>747</sup> Algunos autores significan que esta combinación de prácticas resultaron ser, en definitiva, una auténtica cultura popular democrática. Ver: **L. de RAZETO et., al**; *Las organizaciones económicas populares*. PET, Santiago, 1986.

<sup>748</sup> **C. HARDY**; *Hambre + dignidad...* Op. cit., pp. 26-27.

similares<sup>749</sup>. Este fenómeno se vio modificado a partir de 1978 con el cambio en el perfil de las organizaciones que fueron complejizando y diversificando su labro en un renovado escenario político. En efecto, durante la dictadura el perfil de las organizaciones sociales populares varió en el tiempo. No sólo por el aumento de su número, sino también por las particularidades que las caracterizaron<sup>750</sup>. Si en una primera etapa —entre 1973-1978— fue un periodo de “sobrevivencia a la represión”, donde el esfuerzo estuvo en proteger y colaborar con las víctimas de la persecución política<sup>751</sup>, a partir de 1978, se produjo un interesante cambio, que buscaron proyectar y estabilizar en el tiempo las iniciativas organizativas<sup>752</sup>. Si originalmente se había pensado en este tipo de iniciativas como un espacio transitorio de ayuda, la permanencia y profundización de las políticas dictatoriales llevaron a proyectarlas en el tiempo y fortalecer su carácter autónomo, auspiciando la autosuficiencia de sujetos y organizaciones. Y la ayuda exterior de iglesias y organizaciones no gubernamentales, en esa dirección apuntó<sup>753</sup>. Esto, además, se vio acompañado de un interesante proceso de politización de las organizaciones que identificaron en la política el problema que impedía una mejora en sus condiciones de vida. En otras palabras, una vez establecidas y más o menos consolidadas en el tiempo, comenzó a materializarse el rechazo a las políticas neoliberales implementadas por la dictadura, proceso que se consolidó a partir de la crisis económica de 1981 a través de la acción autónoma poblacional<sup>754</sup>.

En cualquier caso, pueden distinguirse tres tipos de organización poblacional; las orientadas a la subsistencia (asistenciales, solidarias, de autoayuda), orientadas a la reivindicación sectorial (viviendas, mejoras en infraestructuras), y cultural-políticas (culturales, juveniles, comunidades cristianas, de derechos humanos etc.). En éstas se fueron desarrollando espacios para la manifestación “artístico-cultural”, reuniendo a opositores de las más diversas ramas; militantes, jóvenes, mujeres, artistas, etc., los que permitieron conformar pequeños pero ricos espacios de debate y desarrollo del pensar opositor al régimen. Ahora bien, esta diversidad esconde en parte un hecho sustancial: que en la práctica la mayoría de estas organizaciones ejercieron múltiples tareas, no

<sup>749</sup> **A. UNDIKS;** *Juventud urbana y exclusión social. Las organizaciones de la juventud poblacional*. Humanitas-FOLICO, Buenos Aires, 1990.

<sup>750</sup> **T. VALDÉS;** “El movimiento de pobladores 1973-1985. La recomposición de las solidaridades sociales”. En **J. BORJA, et. al;** *Descentralización del estado. Movimiento social y gestión local*. FLACSO, Santiago, 1987, pp. 263-319.

<sup>751</sup> Para fines de 1974 ya existían 22 comedores familiares para hijos de víctimas de la represión. En; **P. OXHORN;** “La paradoja del gobierno autoritario”... Op. cit., p. 70.

<sup>752</sup> Oxhorn, siguiendo a Valdés señala 4 etapas en la historia de las organizaciones sociales. Ahora bien, podríamos sintetizar que estas se resumen en dos, subdivididas a su vez en periodos de mayor o menor auge pero manteniendo un perfil más o menos similar. **P. OXHORN;** Ibid.

<sup>753</sup> **M. BASTÍAS;** *Sociedad civil en dictadura. Relaciones transnacionales, organizaciones y socialización política en Chile*. Universidad Alberto Hurtado, Santiago, 2013, pp. 102-104.

<sup>754</sup> **L. DE RAZETO, et., al;** *Las organizaciones económicas populares...* Op. cit.



perteneciendo exclusivamente a una sola área de esta estratificación<sup>755</sup>. Al mismo tiempo, es importante señalar de cualquier manera, que los últimos dos tipos de organización popular (es decir, los de tipo territorial y político-culturales), sólo se masificaron después de 1978, consolidándose durante la década de 1980. Antes, la subsistencia fue casi el exclusivo argumento de unión ante el miedo a la represión.

1978 marcó un cambio sustantivo en la situación general del país. Denominada por algunos autores como “fin del reflujo”<sup>756</sup>, esta etapa estuvo marcada por su contexto político. El estado abrió una “oportunidad política” por la cual los opositores tímidamente comenzaron a organizarse. Al soporte que significó la iglesia para las iniciativas populares y de familiares de detenidos desaparecidos, se sumaron varios acontecimientos que marcaron la contingencia nacional. Los efectos del caso Letelier, la presión de Naciones Unidas ante las sistemáticas violaciones a los derechos humanos<sup>757</sup>, y la necesidad de mejorar la imagen del régimen para acceder al crédito externo<sup>758</sup>, llevaron a Pinochet a buscar una nuevas formas legitimar su poder más allá de la violencia. Para ello, se organizaron varias acciones. El camino se trazó –en lo fundamental– en Chacarillas, en 1977 y paulatinamente abrió limitados espacios de acción que permitieron la reaparición de la prensa crítica al régimen (aunque sometida a la censura); la posibilidad –extraoficial– de que algunos líderes políticos opositores pudiesen expresarse sin ser reprimidos. Asimismo, la legalidad que estructuraba el nuevo código del trabajo permitió un proceso –limitado y controlado, cabe aclarar– de reorganización sindical que incluyó a distintos sectores de la oposición liderados fundamentalmente por la DC. Cabe decir, en cualquier caso, que más que una apertura lo que se produjo fue la permisividad de ciertas prácticas –antes perseguidas- que, en cualquier caso, seguían siendo ilegales.

En este escenario, pudo observarse la incorporación definitiva de la Agrupación de Familiares de Detenido Desaparecidos (AFDD) en la escena pública, organizando pequeñas pero simbólicas marchas e incluso la primera huelga de hambre de la dictadura frente a la CEPAL<sup>759</sup>. Ciertamente que la Agrupación había entrado en acción desde hacía años jugando un papel fundamental –junto a la Vicaría de la Solidaridad- en la defensa de los

---

<sup>755</sup> **F. OXHORN**; “La paradoja del gobierno autoritario: la organización de los sectores populares y la promesa de inclusión”. *Política* 43, Primavera 2004, pp. 57-83. La referencia en p. 59.

<sup>756</sup> **G. DE LA MAZA, M. GARCÉS**; *La explosión de las mayorías. La protesta nacional*. ECO, Santiago, 1985, p. 13.

<sup>757</sup> El análisis del Relator de Naciones Unidas, respecto a la interacción entre cooperación económica, capital extranjero y la represión política, son elocuentes. Ver, **J. GARCÉS**; *Allende...* Op. cit., p. 10.

<sup>758</sup> Se presionó al régimen a través de los créditos en el exterior y la deuda externa, cuestión que se hizo desde USA sobre todo, durante la presidencia de J. Carter. **P. KORNBLUH**; *Pinochet...* Op. cit., 262-264.

<sup>759</sup> Esta se había organizado en 1977 y permitió que el Secretario General de Naciones Unidas, comprometiera a Pinochet al menos verbalmente a investigar sobre los casos de desaparecidos. Esto, no ocurrió.

derechos humanos, pero fue durante este periodo donde su acción cobró mayor preponderancia y visibilidad.

La decisión del régimen de imponer una Ley de Amnistía, llevó a los familiares organizar una acción que intentara al menos visibilizar ante la opinión pública –nacional e internacional- el desamparo a la que estaban sometidas miles de personas fruto de la represión y la persecución. El desafío de la AFDD para realizar una huelga de hambre se convirtió en un acto fundante: muchos cristianos de bases –mediante la oración diaria en parroquias y capillas populares— y miembros de organizaciones sociales en general ayunaron y adhirieron de una u otra forma a la iniciativa, pese a la limitada difusión que tuvo el acto, dado el completo control de los medios de comunicación de la dictadura. El éxito de la acción de la AFDD, durante esta etapa, estuvo en su carácter evocador que materializó en el espacio público y que contó con un importante apoyo de la sociedad. La huelga –en ese sentido- “tuvo una doble repercusión social y política: permitió hacer visible el descontento de un sector de la sociedad, y obligó al gobierno a reconocer que existían chilenos de los cuales se ignoraba su paradero”<sup>760</sup>.

Igualmente, en julio de ese año, los trabajadores del Cobre en Chuquicamata iniciaron unos *viandazos*<sup>761</sup>, ante el fracaso de las negociaciones salariales; antes ya se habían vuelto a celebrar el 1° de mayo y la jornada internacional de la mujer el 8 de marzo. Si bien creada en 1975, la Confederación Nacional Sindical, CNS, apareció públicamente ese 1978, convocando a manifestarse en conmemoración al día del trabajador. La confluencia del Grupo del los Diez<sup>762</sup>, así como de la CNS y la FUT (Frente Unitario de Trabajadores), permitió desplegar una movilización importante que terminó con más de 400 detenidos.<sup>763</sup> Al mismo tiempo, los estudiantes universitarios comenzaron una lenta pero sostenida organización de cara a recuperar sus federaciones, iniciándose un periodo de marchas y tomas que reposicionaron a la oposición en el mundo estudiantil<sup>764</sup>. También, en esa dirección pudieron observarse un aumento de rayados, manifestaciones fugaces así como un cúmulo de actividades político culturales (que como vimos las peñas fueron una de sus máxima expresión), que pusieron de manifiesto la reactivación de la organización social. En

---

<sup>760</sup> M. GARCÉS, N NICHOLLS; *Para una historia de los derechos humanos...* Op. Cit., p. 72.

<sup>761</sup> La actividad consistía en protestar de manera simbólica, en este caso, no asistiendo a los casinos de la empresa.

<sup>762</sup> En 1976, diez emblemáticos líderes sindicales –casi todos vinculados políticamente a la DC- se reunieron y manifestaron públicamente y en representación de más de 600 mil trabajadores, su rechazo a la nueva directriz que estaba implementándose en materia laboral. Para la reorganización sindical puede verse: G. CAMPERO y J. VALENZUELA; *El movimiento sindical en el régimen militar chileno. 1973-1981*. ILET, Santiago, 1984.

<sup>763</sup> M. SALAZAR; *Las letras del horror. Tomo II: La CNI*. LOM, Santiago, 2012, p. 151.

<sup>764</sup> A. CAVALLO, et. al; *La historia oculta del régimen militar...* Op. Cit. Una interesante investigación sobre este periodo en la Pontificia Universidad Católica de Chile puede encontrarse en: S. CASTILLO; *Movimientos estudiantiles en la Universidad Católica. 1973-1982 y los inicios de la democratización en Chile*. Tesis de Licenciatura en Historia de la Pontificia Universidad Católica de Chile, Santiago, 2001.

cualquier caso –cabe enfatizar- estas actividades en todo caso, fueron mínimas, más bien simbólicas, organizadas por un puñado de voluntades comprometidas, para sorprender al poder coercitivo. Nada más. Sin embargo, daban cuenta efectivamente que el escenario social y político seguía móvil debajo de las estructuras restrictivas del poder militar.

Pese a la precariedad de las redes y su inestabilidad, existió un esperanzador balance de la voluntad de las personas a actuar: efectivamente, bajo el alero de la iglesia católica y en el espacio local –espacio conocido y sentido como propio- comenzaban a germinar los frutos del trabajo permanente en las bases. El precedente sentado, en ese sentido, junto a la labor comprometida de la Vicaría de la Solidaridad permitieron que los hallazgos encontrados en unos hornos de Lonquén, fuesen rápidamente recocidos –extraoficialmente- como crímenes cometidos por organismos del estado. Pese al silencio de los tribunales amparados en la Ley de Amnistía, y el descrédito permanente de la dictadura, el mensaje de la AFDD comenzaba a tener más contundencia. En ese sentido “la sociedad civil se mostró una vez más como un espacio diverso y creativo para rearticular el tejido social roto por la dictadura, y preparar los nuevos combates contra el autoritarismo”<sup>765</sup>.

Esta inmovilidad aparente ocultaba las redes activas que actuaban en las sombras o que se refugiaban en la relativa oscuridad de la vida local. En las poblaciones y en los barrios, en torno a las parroquias y a diversos organismos creados por iniciativa popular, se había ido creando un tejido social rico, una experiencia solidaria, embriones de una nueva política de resistencia<sup>766</sup>.

Mientras, desde 1980 los partidos políticos lentamente se reposicionaban en un escenario modificado que permitió –extraoficialmente- cierta preponderancia mediática, capital para la consolidación del proceso de protesta que se inició tras el desastre provocado por la crisis económica de 1981. En este escenario, la campaña fugaz que se realizó para la aprobación de la nueva Constitución en 1980, permitió observar la emergencia de una fragmentada oposición política que en encerrada en el Teatro Caupolicán y liderados por Frei Montalva intentaron vanamente organizar una resistencia pacífica a las intenciones de la dictadura de prolongar e institucionalizar su poder. Y aunque el fracaso fue evidente –tanto porque no impidió el fraude electoral, como por legitimar el proceso y su resultado- la emergencia de estos espacios sirvieron de base para conectar estas iniciativas con la organización social mencionada, preparando a la sociedad civil en su conjunto para activarse decididamente con el estallido de la crisis económica.

---

<sup>765</sup> M. GARCÉS; *El despertar de la sociedad...* Op. Cit., p. 124.

<sup>766</sup> G. SALAZAR; *Violencia política popular...* Op .cit.,

En este marco general, los pobladores y sus nacientes organizaciones también experimentan cambios. Un tercer momento como lo identifica Valdés, dijo relación con el contexto de éxito económico que logra la dictadura militar (1978-1980), que permite llevar adelante la profundización del modelo. Pese a que efectivamente los índices macroeconómicos alcanzan un buen nivel y se estabilizan durante estos años, los sectores populares de Santiago no acceden a los beneficios que representa este auge. La fragilidad económica es la norma; si bien la cesantía disminuye, su impacto es marginal; lo que ocurre es que el desempleo es reemplazado por el empleo temporal y mal pagado, mientras la baja salarial (de modo de garantizar el dinamismo de la economía, señala la doctrina neoliberal), inevitablemente repercute en el bajo poder adquisitivo que tienen los pobladores.

En cuanto a las organizaciones de base, se observa cierto decaimiento de algunas iniciativas solidarias: los comedores populares así como talleres y actividades productivas en general, no logran expandirse en el conjunto de la población: por una parte, la iniciativas de carácter más asistencial como los comedores representan un reconocimiento público de la situación de precariedad, cosa que humilla y retrotrae a las familias; en cuanto puedan dejar de pertenecer lo hacen ya que no representa un orgullo depender económicamente de la caridad. A su vez, la alternativa individual —fomentada por el régimen— cobra fuerza. Muchos comienzan a buscar de manera personal su salida de la crítica situación dejando de lado las ayudas caritativas a las que sólo recurren cuando no queda otro camino. No ocurre igual, por otra parte, con las organizaciones reivindicativas que se ven potenciadas durante esta época, cobrando fuerza la dinámica colectiva; se entiende que la unión en el único mecanismo posible para combatir la pobreza. Además resulta más efectiva como mecanismo de presión-negociación con la dictadura, y algunos éxitos reafirman esa convicción<sup>767</sup>. En esa línea, se creó, en 1979, la Coordinadora Metropolitana de Pobladores, como el espacio de articulación de las organizaciones poblacionales por la vivienda. Ésta se constituyó en un intermediario entre los pobladores y el ente gubernamental. Sin embargo, pese al respaldo y organización que alcanza esta entidad, en la práctica son incapaces de alcanzar los objetivos trazados ante la reiterada negativa del régimen de entregar viviendas. Estos límites llevaron pronto a una fractura de las organizaciones divididas entre aquellos dispuestos a negociar en las reglas de la dictadura y otros dispuestos a radicalizar la presión a través de la toma de terrenos. Fue en ese contexto que los Comités de Vivienda que emergen en el espacio poblacional paulatinamente superan el espacio parroquial —local—

---

<sup>767</sup> Los éxitos alcanzados por las Comisiones de Vivienda, en 1979, logran evitar una serie de desalojos que estaban previstos para ese año. La negociación con SERVIU llevó al ente gubernamental a expropiar una serie de terrenos en litigio, para ser —negociadamente y de acuerdo a las nuevas lógicas impuestas por el régimen, cabe aclarar— entregadas, previo pago, a los pobladores. Ver, Revista Hechos Urbanos.

para abrirse a una dimensión más amplia que condujo, en 1980, a la creación de la Coordinadora de Agrupaciones Poblacionales (COAPO), entidad intermedia que intentó aglutinar al conjunto de las familias con problemas habitacionales de Santiago.

En este contexto, el 30 de junio de 1980, se realiza el primer intento de toma de terrenos, en la comuna de Pudahuel. Pese a la rapidez de la acción la acción es rápida y violentamente reprimida y los pobladores desalojados. Esta experiencia sirvió para la siguiente: el 22 de julio, se inicia una toma en La Bandera, con 300 familias movilizadas que contaron con la ayuda de vecinos y organismos externos no gubernamentales, entre los que destacó la iglesia. La violenta reacción policial llevó a los movilizados a refugiarse por más de siete meses en la parroquia. El fracaso de la iniciativa se consuma con el quiebre de las familias movilizadas ante la presión de la dictadura, que negocia con algunas familias a través de líderes vecinales cercanos al gremialismo<sup>768</sup>.

El acontecimiento sirvió a la dictadura para enviar un mensaje claro y rotundo: no a negociaba, y menos ante una práctica como la acción directa que no sólo atentaba contra el derecho de propiedad sino que, además, recordaba viejas prácticas de un mundo que, precisamente, buscaba eliminar. Pues bien, la consecuencia más inmediata fue sancionar a aquellos que desafiaron esta norma, a través de la pérdida de toda posibilidad de recibir viviendas subsidiadas. Esta cuestión aunque frenó momentáneamente la acción directa no terminó con la organización poblacional reivindicativa que siguió bajo la sombra del ámbito local, organizándose cada vez de modo más autónomo.

A partir de 1980, de hecho, se observa el surgimiento de nuevas organizaciones sociales que intentan paliar las necesidades de los pobladores; nuevas iniciativas como el *Comprando Juntos*, *Juntas de Abastecimiento* o huertos colectivos entre otros, intentaron abaratar costos de los productos básicos. En ese orden, también se crean bodegas populares y los comedores dan paso a las ollas comunes que pese a también ser respaldadas por la parroquia y contar con la colaboración de la iglesia, ahora dependen de sus integrantes en casi todas sus decisiones. En ese sentido, en definitiva, las distintas iniciativas organizativas se fueron formando de manera cada vez más independiente, constituyéndose de acuerdo a las formas, intereses y necesidades de los propios miembros de la organización. Igualmente ocurrió con los talleres productivos que se diversificarán para dar espacio al ámbito cultural; junto a talleres de literatura, teatro o actividades recreativas, en general, comienzan

---

<sup>768</sup> Algunos detalles de esta toma se mencionan en la memoria del sacerdote mariano J. HERRERO; *Escuché sus gritos*. Ed. Mosquitos, Santiago, 1991, p. 32.

a formarse las primeras colonias urbanas durante el verano<sup>769</sup>. Cada una de ellas reveló el carácter propio y particular de cada población, sustentada en los deseos, anhelos y necesidades de los propios vecinos. En otras palabras, comenzó a consolidarse el camino propio de los pobladores de Santiago<sup>770</sup>.

Tras el boom económico y la consolidación de las políticas de transformación de la sociedad implementadas por la dictadura, viene una cuarta etapa en la historia del movimiento poblacional en dictadura. Se trata de la fase de ebullición social —como la llamó de algún modo T. Moulian<sup>771</sup>—que consolida a los pobladores como nuevo actor. Este proceso se produce a partir de 1981, según Valdés<sup>772</sup>, ratificando que luego de lo que fue la primera ventana entregada por la dictadura militar para hablar de política —en el contexto de la campaña por el plebiscito de 1980— la oposición partidaria y la sociedad en general ocupó y reforzó los espacios ya creados para fortalecer la acción política y social. Igualmente, la crisis económica que se desata ese año<sup>773</sup>, refuerza este fenómeno —moderando primero y destruyendo más tarde— el discurso tecnócrata del milagro económico<sup>774</sup>.

Ahora bien, pese a este despertar 1981, y la presión creciente que las organizaciones de pobladores por la vivienda ejercen en el régimen, en la práctica no se vislumbran grandes avances. Al contrario. Una nueva toma al comenzar el año, fue duramente reprimida por la policía demostrando que el régimen —pese al nuevo contexto— no negocia ante presiones. En paralelo, además, modificó su política de subsidios —se crea el Subsidio Habitacional Variable (SHV)— destinado a las familias que viven en hogares de 25m2. Esta política que si bien tampoco repercutió mayormente en un beneficio para los más pobres y necesitados de vivienda<sup>775</sup>, generó una importante ola desmovilizadora de las organizaciones poblacionales, al ser condición la postulación individual a estos beneficios y, por supuesto,

---

<sup>769</sup> La Vicaría de la Solidaridad registra la primera colonia urbana en 1979, cuestión que ratifican varios vecinos de la población José María Caro. Ver *Informe de colonias urbanas 1979*. CDyAVS. Para los testimonios de los pobladores, J. RADIC; *Recordando desde La Caro...* Op. cit.

<sup>770</sup> En esto compartimos la opinión de P. OXHORN; *Organizing civil society: The popular sector and the Struggle for democracy in Chile*. University Park: The Pennsylvania State University Press, 1995.

<sup>771</sup> T. MOULIAN; *Chile Actual: Anatomía de un mito*. Op. cit.

<sup>772</sup> T. VALDÉS; *El movimiento...* Op cit., p. 30.

<sup>773</sup> Como veremos en el siguiente capítulo, la quiebra de la industria azucarera CRAV en 1981, fue el primer síntoma de fatiga que presentó la economía chilena. Sin embargo, el mesianismo ortodoxo que caracterizó al discurso de los *Chicago boys* hasta el colapso de 1983, impidió reconocer cualquier aviso de lo que se venía.

<sup>774</sup> T. MOULIAN; *Chile Actual...* Op. cit.,

<sup>775</sup> El SHV, requería de una suma considerable de ahorro previo para acceder a él, esfuerzo que los sectores más pobres no estaban en condiciones de realizar. Asimismo, era fundamental acreditar de algún modo un ingreso mensual determinado. Con el alto índice de desempleo real, un número importante de los sectores populares de Santiago estaba ocupado en trabajos temporales o informales por lo que no estaba en condiciones de presentar ese tipo de garantías. Finalmente, se podía acceder al subsidio por medio de un aval requisito difícil de cumplimentar por los grupos más pobres.

no estar vinculado a algún tipo de organización comunitaria estigmatizadas por su carácter político.

Estos fracasos consolidan entonces, una nueva estrategia de trabajo en el ámbito poblacional. Una línea que intensificó el trabajo en el autodesarrollo, en la autogestión, de modo de dejar de depender del Estado para solventar las cuestiones básicas de los sectores populares. Fue esta estrategia la que dio forma a un cambio sustantivo que terminó por politizar estos espacios, propiciando una efectiva reconstitución del tejido social, aun disperso tras los años de dictadura. Es cierto que el papel desempeñado por las organizaciones externas como partidos políticos —a través de fundaciones y ong's— la iglesia, entre otros, resultó crucial. Pero, esta estrategia educativa permitió consolidar la autonomía de la acción poblacional. En esa línea se buscó desarrollar iniciativas similares a las que hasta ahí habían existido pero ahora desde una óptica netamente popular. El reemplazo —por ejemplo de los comedores populares por ollas comunes, es un excelente ejemplo. Si los primeros representaban la asistencia de la iglesia y la colaboración marginal de los pobladores, las ollas necesitaron del apoyo y trabajo permanente de los propios pobladores. Ya fuese para cocinar, distribuir, comprar y consumir. “El sentido político de esta orientación está en la lucha contra la atomización de las expresiones de organización popular que busca el Estado. Se pretende generar un sujeto histórico, protagonista, con fuerza propia a partir del trabajo en comunidad”<sup>776</sup>. Como estos ejemplos existieron muchos otros y se fueron dando con creciente fuerza en las distintas poblaciones de la capital.

Desde esta perspectiva, la organización poblacional en estos momentos asume un nuevo papel. Los pobladores que deciden participar asumiendo el rol protagónico del devenir de la organización; no sólo en materia productiva sino —progresivamente— en todo orden de cosas produciéndose una creciente politización de estos espacios. El Estado —en plena crisis— fue incapaz de regular o intervenir este proceso, fenómeno que se hace evidente cuando sobrevienen los temporales de lluvia que inundan completamente la capital, en el invierno de 1982<sup>777</sup>.

Durante 1982, se produjeron varios intentos de toma, que igual que las anteriores experiencias, fueron violentamente reprimidas por la autoridad. A pesar del temor que sigue latente en la ciudadanía, existía un clima propicio para la acción, tanto por el crecimiento y maduración que habían experimentado las distintas organizaciones populares como por la crisis que se estaba gestando y comenzaba a derrumbar todo el edificio dogmático que se

---

<sup>776</sup> T. VALDÉS; *El movimiento...* Op cit., p. 32.

<sup>777</sup> Revista *Hechos Urbanos, Boletín de análisis e información* Vol. 11, junio 1982. Grupo Sur, Santiago, pp. 1-2. Ahí se señala que más de diez mil personas quedan damnificadas por los temporales. También se realiza un interesante recuento de lo sucedido en los barrios y campamentos populares más pobres en: *Hechos Urbanos* Vol. 12, Op. cit., pp. 9-10.

había instalado en lo económico. Este escenario llevó a modificar los mecanismos de presión; en diciembre se realizó una masiva “marcha del hambre” que de algún modo augura la predisposición de la sociedad a la acción y protesta.

Ya para ese 1982, la crisis arrecia en el mundo popular. A la cesantía —más del 30% real— la acompañan el hambre, la miseria y el hacinamiento de cientos de miles de personas. Este fenómeno se produce, sobre todo, en la capital. Con el objetivo de bajar la presión mediática que implica la crisis económica aún no asumida, la dictadura pretende palear el desempleo con un nuevo plan: en octubre de 1982, se crea el Programa Ocupacional para Jefes de Hogar POJH, que busca incorporar a 100 mil trabajadores al universo laboral con precarios trabajos en obras públicas, trabajando en extensas jornadas de lunes a viernes, con miserables 4 mil pesos mensuales. La situación social se torna entonces insostenible. Por eso la aparición de las protestas, vistas desde la cotidianidad del mundo popular durante estos diez años de dictadura, no podían sorprender a nadie.

En el transcurso de estos años y con mayor fuerza luego de la crisis económica y la explosión social de las protestas nacionales, las organizaciones populares se fueron masificando al interior de cada población, adquiriendo por sobre toda las cosas un importante grado de autonomía.

Con las protestas se consolida el escenario que lentamente se había venido construyendo desde 1980. Hasta ahí, los pobladores organizados eran una minoría, cuestión que cambia con las protestas de 1983. En efecto, el fenómeno que propician las protestas nacionales, es resituar al poblador como actor relevante en el escenario político nacional<sup>778</sup>. Esta relevancia, sin embargo, será paulatinamente rebajada no por el régimen sino por la propia oposición partidaria —y fundamentalmente en los sectores más conservadores de ésta— que encontró en los pobladores un actor social relevante estratégicamente para sacudir con fuerza al régimen, pero también un peligro inminente de desborde y descontrol que podía conducir a un retroceso democrático en vez de su afianzamiento. En ese sentido, la oposición partidista —o buena parte de ella— jamás consideró seriamente la posibilidad real de integración social que propiciaba el espacio local. Con los años, los pobladores observarán cómo sus visiones y propuestas quedan completamente excluidas del juego democrático. De la idea específica de democracia que la oposición a la dictadura intentará construir. En este sentido, conviene tener en consideración no sólo las representaciones y visiones de la democracia que se construyen en la DC y sectores moderados del socialismo, sino y sobre todo, las secuelas que tuvo el golpe de Estado, sus consecuencias inmediatas, y los efectos que generaron en los actores políticos. En otras palabras, el diagnóstico

---

<sup>778</sup> T. VALDÉS; *El movimiento...* Op cit., p. 36.



elaborado de aquella traumática situación, ayuda, junto a los límites que impuestos por la propia dictadura, a delimitar una visión muy parcial, limitada y conservadora de la democracia, y en la cual, la participación social, la acción colectiva queda completamente restringida, o al menos supeditada a la dirección del Estado. Ciertamente este fenómeno generó desencanto y escepticismo en el mundo poblacional.

Las protestas, además, tienen un impacto importante a nivel interno, al incentivar la unión entre las organizaciones a través de coordinadoras zonales. Igualmente sus líderes son legitimados ante la población y, mientras duran las protestas, los partidos concentran sus esfuerzos y potencian muchas de sus iniciativas en este sector. De hecho, se crean nuevos referentes estrechamente vinculados a los partidos; el Movimiento Poblacional Dignidad y el Movimiento poblacional Solidaridad. Aunque en agosto de 1983 se había realizado una toma en La Cisterna que había pasado desapercibida, en septiembre esta se masifica y se convierte en la toma más grande de la historia de Chile; más 31 mil personas y 8 mil familias se toman terrenos que involucran las comunas de La Granja, San Bernardo, y La Cisterna. Luego de una dura batalla con Carabineros los pobladores logran quedarse en los sitios. El apoyo de instituciones y de la sociedad en general dificulta la acción represiva del régimen que impidió el acceso al agua sitiando el lugar por varios días. Pese a ello la excelente organización que alcanzan los comités de vivienda que participan de esta acción directa, permite que los pobladores resistan a la presión policial: se establecen así los Campamentos Cardenal Silva Henríquez y Cardenal Fresno. La masiva toma puso en evidencia la precariedad de los pobres de la ciudad, demostrando el drama que los caracteriza; más del 90% de la toma son allegados.

## **6. La crisis económica, la oportunidad política y el cambio en la subjetividad ciudadana**

Para entender la crisis económica que sufrió Chile durante 1982, se deben tomar en cuenta una multiplicidad de factores que no sólo provocaron la caída del sueño neoliberal, sino que desencadenaron una crisis políticas de dimensiones mayores al interior de la dictadura. La crisis ahondó las diferencias económicas entre los distintos estratos de la sociedad chilena al dejar en la miseria a miles de chilenos desempleados y endeudados, golpeando espacialmente a los más pobres, en un modelo que intrínsecamente auspició –y sigue haciéndolo en la actualidad- la concentración de la riqueza<sup>779</sup>. Si la transformación del

---

<sup>779</sup> Sobre la concentración económica ver **F DAHSE**; *Mapa de la Extrema Riqueza. Los Grupos Económicos y el Proceso de la concentración de capitales*. Aconcagua, Santiago, 1979.

sistema capitalista dejó a miles de marginados, la crisis sepultó a muchos más en la extrema pobreza<sup>780</sup>. Mientras, los sectores medios quedaban abandonados, sin flujo de capital y fuertemente atados ante el colapso financiero. La crisis de 1982, en ese sentido, puso fin a lo que los tecnócratas llamaron “el milagro chileno”, y dio paso a una profunda desestabilización social y política que desencadenó importantes consecuencias en el desarrollo posterior de la política nacional.

Si bien las exportaciones –constituidas en el principal motor de la economía– habían caído en picada desde mediados de 1980, el costo de la vida siguió en alza mostrando los primeros atisbos de recesión. No obstante fue la quiebra de una importante empresa azucarera –CRAV– en el verano de 1981, la que encendió las alarmas de varios expertos pese a que el gobierno desestimó las señales considerándolas como desajustes propios de la economía<sup>781</sup>. Sin embargo, la realidad de una recesión comenzó a imponerse de forma más o menos evidente a fines de 1981. Era de dominio público que alrededor del 45% del capital de los bancos y financieras del país estaban comprometidos en carteras de riesgo. Las secesiones de pagos se multiplicaron produciendo un efecto dominó en el mercado de capitales<sup>782</sup>. Un ex ministro de Pinochet reconocía a mediados de 1982, que la crisis se había consumado fundamentalmente por el exitismo del gobierno –una crisis de expectativas– que llevó a evidentes errores de apreciación<sup>783</sup>. En efecto, la convicción, pero sobre todo, la necesidad de demostrar la efectividad de la teoría neoliberal implementada, condujo a una ceguera que obvió rasgos evidentes de la crisis a la que asistía la economía, sin que se tomaran medidas al respecto. Como enfatiza T Moulian al respecto: La “incapacidad de apreciar síntomas es propia de una mirada ideologizada, que razona en términos de un discurso cerrado, impermeable a la crítica externa. Es efectivo que la ideologización neoliberal provocaba cortocircuitos con las exigencias de la propia razón tecnocrática”<sup>784</sup>.

Las causas de la crisis chilena se encuentran en el enorme impacto que tuvo la crisis internacional del petróleo en 1980. El alza del precio impactó de sobremanera a la vulnerable economía chilena que se había abierto casi por completo a los flujos externos de capital<sup>785</sup>. La magnitud de sus efectos se relacionaron con tres factores: la sobrevaloración del tipo de cambio, afectado ya por dos años de inflación a partir de su fijación; el imprudente y excesivo endeudamiento de la economía chilena (sobre todo de la banca) y, por último, a la extrema fragilidad de la economía nacional a raíz de un sistema exageradamente abierto y, por lo tanto, muy sensible a las coyunturas internacionales.

<sup>780</sup> En 1982, el 12,2 % de la población santiaguina vivía en la extrema pobreza. Censo de 1982, INE.

<sup>781</sup> Sobre la quiebra de la empresa CRAV, ver *El Mercurio* 5 de mayo, 1981.

<sup>782</sup> A. CAVALLO et. Al; *La historia oculta...* Op. cit., p. 498.

<sup>783</sup> Al respecto P. Barahona señaló: “Fue un problema de expectativas. Si el gobierno no hubiese pecado de exitista, la gente habría tenido mayor cautela, se habría ajustado, y no se habrían producido los problemas que hoy existen y que han terminado con la devaluación”. En: *HOY* nº 258 del 30 de junio al 6 de julio, 1982, p.10.

<sup>784</sup> T. MOULIAN; Op. cit., p. 282

<sup>785</sup> D. HARVEY, *Breve historia del neoliberalismo*. Akal, Madrid, 2007, p. 15.

La interpretación realizada por los *Chicago boy's* estuvo sustentada en la profunda recesión internacional causante del endeudamiento de la banca y del posterior término del flujo de inversiones en el país. Para ellos la recesión internacional afectó a una naciente economía chilena justo cuando salía de una crisis (1973), en pleno proceso de consolidación del nuevo sistema. Las grandes inversiones y exitistas planes de la banca, provocaron un profundo desbarajuste entre endeudamiento externo e inversión provocando el alza de la tasa de interés que terminó por endeudar a casi toda la industria y la banca privada. A mediados de ese 1981 la tasa de interés había subido en un 2.5% mensual, lo que proyectado significaba un 40% real anual<sup>786</sup>.

A raíz de la recesión mundial, se comenzó a vivir la rotunda reducción del crédito externo<sup>787</sup>. Como consecuencia de ello, las tasas de interés comenzaron a subir desmesuradamente en los mercados internacionales, provocando el aumento desenfrenado de las deudas en moneda extranjera por parte de los principales grupos económicos del país que habían adquirido grandes créditos empujados por el triunfalismo y la bonanza del *boom económico*. Si todos esos factores se suman a la considerable alza del precio del petróleo y la notoria baja del precio cobre, podemos entender por qué la crisis internacional repercutió con la violencia que lo hizo en Chile, recordando que el mal llamado milagro fue financiado con ahorro externo<sup>788</sup>.

Entre los detractores a la política económica impulsada el gobierno existió una visión bastante distinta a la lectura oficial. Si bien la crisis internacional había jugado un rol protagónico en el desarrollo de la recesión interna fueron las malas decisiones del equipo económico las que terminaron por hundir al país. “La profunda crisis económica de 1983 fue originada por una mezcla de factores tanto por los errores de las políticas internas como de los shocks externos adversos”<sup>789</sup>, señala P. Meller. En ese sentido, se hacía responsable a la banca y al sistema financiero en general, de no ser capaces de asumir responsablemente el rol protagónico en el desarrollo económico nacional que les correspondía en el sistema neoliberal.

La causa (de la crisis) radica básicamente en el hecho de que los grupos económicos no asumieron un rol de conducción del proceso de desarrollo, pese a los cuantiosos recursos financieros que obtuvieron en el exterior. Éstos no destinaron en la proporción debida los recursos para incrementar la capacidad productiva del país, ya sea en proyectos que sustituyeran importaciones o que generaran divisas en el futuro, sino que fueron usados en una proporción indebida en financiar bienes de consumo<sup>790</sup>.

<sup>786</sup> J.P. ARELLANO, R. CORTÁZAR; “Del milagro a la crisis: algunas reflexiones sobre el momento económico”. Colección Estudios CIEPLAN 8, Santiago, 1982, p. 6.

<sup>787</sup> Esta reducción responde, según varios autores a un interés –velado– por auspiciar la quiebra técnica de varias economías, fomentando así el sometimiento a las condiciones que desde el FMI se impartieron y que presentaron un marcado carácter neoliberal. Para analizar esta estrategia del poder financiero mundial ver: D. HARVEY, Op. cit., pp. 35-36 y 53-54.

<sup>788</sup> A. LÜNECKE; *Violencia política en Chile 1983-1986*. Arzobispado de Santiago. Fundación documentación y Archivo de la Vicaría de la Solidaridad. Santiago, junio, 2000, p. 39.

<sup>789</sup> P. MELLER; *Un siglo de economía política chilena. (1890-1990)*. Andrés Bello. Santiago, 1996, p. 200.

<sup>790</sup> F. DHASE, en revista HOY nº263 del 4 al 10 de agosto, 1982. p. 21.

El desarrollo de la crisis fue rápido. A fines de 1981 el déficit de la cuenta corriente de la balanza de pagos era en un 20% mayor que las exportaciones y alcanzaba a casi el 15% del PNB<sup>791</sup>. En cuanto a la inflación, también escapó del control gubernamental subiendo entre 1981-82 de un 9.5% a un 23%. En 1983 llegó hasta el 23.1% para estancarse en un 23% en 1984. Según J.P. Arellano, la abrupta desaceleración inflacionaria vivida por el país en 1981, podía considerarse como una de las razones fundamentales del estallido de la crisis y los profundos coletazos que tuvo en la economía chilena<sup>792</sup>. Para mediados de 1982, la considerable alza en los precios de los productos y la mantención de los sueldos redujo el poder adquisitivo de los chilenos exactamente a la mitad<sup>793</sup>. A partir de ahí comenzaron una serie de problemas provocados por el efecto combinado de la disminución del flujo de dólares, de la tasa de cambio fija, y del sistema de ajuste automático. Ante tal problema la banca internacional subió las tasas de interés produciéndose una drástica disminución de los préstamos internacionales hacia el país. El resto fue sólo cuestión de tiempo. Una tras otra, las empresas comenzaron a quebrar. Se estima que a fines de 1981 alrededor de 431 firmas fueron liquidadas<sup>794</sup>.

Pero, a fin de cuentas fueron el empecinamiento del equipo económico y el desenfrenado endeudamiento del sistema financiero, los factores que ahondaron los efectos de la recesión internacional, convirtiéndola en una crisis profunda. Que colapsó no sólo a la banca si no que hundió a millones a la extrema pobreza. Si bien es cierto que la economía en su estructura ultraliberal presentó una extremada apertura que la hizo muy permeable a las coyunturas internacionales, no es menos cierto, que la terquedad del equipo económico en la política cambiaria profundizó la magnitud de la recesión internacional. Según múltiples análisis, el atraso cambiario, tardíamente reconocido, fue una de las causas internas más significativas. Ese atraso recién se afrontó en junio de 1982, cerca de un año más tarde de la aparición de factores externos recesivos y cerca de seis meses después de que se comprobó que el año 1981 había cerrado con un importante déficit externo<sup>795</sup>.

La fijación del precio del dólar había supuesto un problema para los empresarios, sobre todo a los exportadores, ya que indexaba los salarios a la inflación interna, subiendo según el IPC. Con el dólar fijo los empresarios recibieron lo mismo de siempre pero los sueldos siguieron subiendo provocando

---

<sup>791</sup> Ibid.

<sup>792</sup> J.P. ARELLANO, R. CORTÁZAR; *Op. cit.*, pp. 31 y 32.

<sup>793</sup> "La pérdida del poder adquisitivo". En revista HOY nº274, 20-26 de octubre, 1982, p. 18.

<sup>794</sup> A. ANGELL; *De Alessandri a Pinochet: En busca de la utopía*. Ed. Andrés Bello. Santiago, 1993, p. 117.

<sup>795</sup> T. MOULIAN; *Op. cit.*, p. 282. Sobre la política de cambio fijo y su importancia en la profundización de la crisis económica ver: E. SILVA; "La política económica del régimen durante la transición: del neoliberalismo radical al neoliberalismo pragmático". En P. DRAKE, I. JAKSIC; *"El difícil camino hacia la democracia en Chile 1982-1990"*. FLACSO. Santiago, 1993, pp. 200-202.

el aumento de todo el costo interno de producción. Por lo tanto, para el equipo económico el verdadero problema era el de los sueldos indexados. Sin esto la solución para la economía habría sido menos colapsante. Pero a esas alturas el gran problema que presentaba la política de liberar el precio del dólar era el enorme costo político que significaba, al afectar de forma directa al poder adquisitivo de los sectores con menos ingresos. Además, la política cambiaria se había convertido en parte sustancial del régimen por lo que no estaba entre las opciones realizar algún giro. Sin embargo, la magnitud del desastre llevó al cambio; el reconocimiento oficial de la crisis se hizo el 14 de junio de 1982, día en que el gobierno anunció una devaluación inmediata del 18% y una devaluación mensual programada del 0.8%. El desconcierto fue total<sup>796</sup>. La dictadura que había puesto todo su rigor en la consolidación del nuevo sistema, cambiaba abruptamente una de sus políticas insignes. Así, los que habían sido venerados como los gestores del milagro, eran sindicados como los principales responsables del colapso<sup>797</sup>.

La devaluación aumentó significativamente las deudas de quienes, creyendo las promesas del gobierno, habían contraído créditos en dólares para comprar bienes de consumo o medios de transporte (camiones, automóviles de alquiler, etc.). Pero sobre todo aumentó las deudas de los grandes grupos económicos, que habían aprovechado los créditos baratos para financiar una expansión desmesurada<sup>798</sup>.

Ante el evidente colapso, el régimen optó por tomar cierta distancia de las políticas impulsadas por los *Chicago boy's*. Se llamó a algunos militares para reordenar la debacle impulsada por los tecnócratas. A fines de 1982 el general Luis Danús llegó al ministerio de Planificación (ODEPLAN), conocido por poseer una visión más nacionalista de la economía. Desde ahí, se estableció la necesidad de reforzar los planes paliativos del desempleo; ante la ineficacia que el PEM (Programa de Empleo Mínimo) tenía en unas circunstancias realmente críticas, el régimen creó, en octubre de ese año, el Programa de Ocupación para Jefes de Hogar (POJH), que no fue otra cosa que la expresión institucional del subempleo; mal pagado, de exigentes horarios y útil para el adoctrinamiento ideológico de la dictadura<sup>799</sup>. Entre 1983 y 1984, militares y sectores nacionalistas retomaron cierta influencia en aspectos económicos, provocando duras pugnas internas respecto a los caminos que debía seguir el régimen. Dichos conflictos ahondaron la crisis de legitimidad, ante la falta de coherencia en sus políticas. Fue precisamente “En ese ambiente [que]

---

<sup>796</sup> Dos días antes de la medida Pinochet señaló en la prensa la negativa a devaluar, señalando incluso que no volvieran a tocar el tema porque la política cambiaria del régimen no estaba en discusión. *El Mercurio*, 6 de junio, 1982.

<sup>797</sup> *El Mercurio* domingo 4 de abril, 1982.

<sup>798</sup> T. MOULIAN; *Op. cit.*, p. 283.

<sup>799</sup> M. IGLESIAS; *Rompiendo el cerco*. *Op. cit.*, p.219. Resulta conocido el adoctrinamiento ideológico que se entregó desde las municipalidades a los trabajadores que querían acceder a “los beneficios” del PEM y el POJH.

estalló el problema socialmente; durante 1983 el desempleo alcanzó casi el 30% y la inflación llegó al 23,1% luego de haber estado en un 9,5% en 1981<sup>800</sup>.

Ante el colapso, los esfuerzos del régimen estuvieron centrados en la intervención de las principales instituciones financieras quebradas. El estado se convirtió en propietario de más del 80% del sistema financiero privado junto a lo cual adquirió el control indirecto de las principales firmas que le eran acreedoras. El fin de estas medidas fue evitar una mayor morosidad externa, la que ahondó aún más los problemas<sup>801</sup>. El estado pasó a ser el gran aval de la banca privada chilena ante los prestamistas extranjeros. Paradojalmente como sostiene O. Muñoz, fue fruto de las políticas ortodoxas neoliberales que el estado chileno alcanzó su grado más alto de socialización bancaria. Ni siquiera el gobierno de Allende fue capaz de llegar a los niveles del régimen de Pinochet por culpa del colapso financiero<sup>802</sup>.

Hasta 1983, el derrumbe del modelo neoliberal se debió a la drástica reducción de los préstamos internacionales y por el alza excesiva de las tasas de interés. Sin embargo, el cambio de política, y la reorientación del sistema económico durante esos momentos se debió principalmente al colapso que había vivido la banca privada. A pesar de que el cambio de política trajo el quiebre entre el gobierno y lo que hasta entonces había sido su base de apoyo, el objetivo fue poner fin a la crisis, sentar las bases de un reinicio de crecimiento económico, fundamental para retomar la calma y el control del sistema. En ese sentido, la devaluación representó la derrota de una política global. El régimen debió decidir por una opción drástica, tanto porque había perdido la confianza en los equipos económicos ortodoxos como porque necesitaba reunificar fuerzas a nivel interno con un gesto *bonapartista*, como bien los denomina T. Moulian<sup>803</sup>. La lógica del caiga quien caiga se impuso (menos para el dictador, por supuesto). Como única opción con capacidad relegitimante en ese nivel de catástrofe<sup>804</sup>. Aunque el respaldo de las FF.AA. estaba garantizado, se convirtió en urgente recobrar la legitimidad que la economía eventualmente le había entregado al régimen. De ahí el giro –desesperado– en momentos que se incubaba un profundo malestar social sustentado en el colapso económico y reforzado en el agotamiento por las faltas de libertades.

Desde nuestra perspectiva, el colapso económico provocó un descontento generalizado de la población hacia la dictadura militar que actuó como trampolín, como hecho desencadenante del MS. Si bien es cierto que la violenta represión y la reorganización

---

<sup>800</sup> P. MELLER; *Op. cit.*, p. 198.

<sup>801</sup> R. FRENCH-DAVIS; *Entre el liberalismo y el crecimiento con equidad*. Domen Ediciones. Santiago, 1999. p. 201.

<sup>802</sup> O. MUÑOZ; “El colapso de una experiencia económica y sus efectos políticos”. *Estudios CIEPLAN*, Nº 16, Santiago, junio, 1985.

<sup>803</sup> T. MOULIAN; *Chile Actual... Op. cit.* p. 285. Entiende como gesto bonapartista la pretensión de estar por encima de las clases y de los hechos.

<sup>804</sup> El mejor ejemplo de esta lógica la vivió R. Lüders, quien pasó desde la directiva del grupo Vial –uno de los más importantes del país– al Ministerio de Hacienda, para luego terminar en la cárcel.

económica de la segunda mitad de la década del 70' acallaron cualquier crítica al régimen, la crisis de 1982 precipitó a la sociedad hacia la acción. En este sentido, la crisis actuó como “factor precipitante y facilitador del conflicto político y social”<sup>805</sup>, donde la protesta y la aparición de una oposición política al régimen fueron el resultado directo de dicho colapso económico.

Como ya mencionamos, el cambio de modelo estimuló una precarización de las condiciones de la vida en los sectores más pobres<sup>806</sup>. Cuando la crisis estalló, disparando con ella el desempleo, el malestar y el agotamiento aumentaron radicalmente. Sin esa combinación, cabe señalar, es difícil comprender la fuerza que cobró la protesta en los sectores más pobres de la sociedad y el arraigo que tuvo en el tiempo. El malestar, al mismo tiempo, contó en estos espacios con una adecuada estructura organizativa que facilitó la acción de los sujetos, cuestión que no ocurrió de igual manera en el resto de la población.

Ahora bien, el mayor problema para la dictadura, no obstante, estuvo en la pérdida de confianza de su base de apoyo. En efecto, los sectores medios junto sectores industriales, se posicionaron contra la dictadura tras la debacle que representó el colapso financiero de 1982. Los sectores medios –responsables en un inicio de otorgarle un carácter masivo a la protesta nacional- observaron con desdén la lenta reacción gubernamental que sólo ayudó a profundizar el problema. En tanto, industriales y pequeños empresarios observaban cómo mientras la industria se caía a pedazos fruto de la recesión, el régimen realizaba el salvataje de la banca privada –endeudando a todo el país-, principal responsable del colapso financiero. Sectores, que hasta ahí fueron leales partidarios del gobierno militar, salieron a las calles a expresar la necesidad de un cambio en la conducción política y económica del país, como reseña Huneus:

Los militares estaban preocupados, pues la crisis económica estimulaba la acción de los sindicatos y partidos de oposición, lo que constituía un factor de inestabilidad política en un doble sentido. Por una parte, se estaba produciendo una pérdida de confianza en la fortaleza del modelo económico y en la capacidad de los Chicago boys para alcanzar la recuperación. Por otro lado, provocaba malestar en la población y en los pequeños y medianos empresarios, especialmente en los agricultores del sur del país, quienes habían sido decididos opositores al gobierno de la UP, y que fueron muy golpeados por la apertura comercial<sup>807</sup>.

Pero ya señalamos que el descontento no explica el paso del malestar a la acción. Consideramos, por tanto, que en el mismo acontecimiento de la crisis económica se

---

<sup>805</sup> E. SILVA; “La política económica del régimen durante la transición...” *Op cit.*, p. 315.

<sup>806</sup> G. DE LA MAZA, M. GARCÉS; *La Explosión de las mayorías. La protesta Nacional 1983-1984*. Ed. ECO. Santiago, 1985, p 10.

<sup>807</sup> C. HUNEEUS; *El régimen de Pinochet. Op. cit.*, p. 519.

desencadenaron otros procesos, de tipo más bien cognitivo, que permitieron la reactivación de la sociedad en la esfera pública. En efecto, la crisis desencadenó un cambio en la percepción de los sujetos que dejaron de compartir los marcos interpretativos que impuso el régimen sobre la realidad.

Al respecto, debemos considerar la relevancia de la doctrina económica neoliberal así como el control monopólico de la violencia en la articulación de la legitimidad militar. Fue bajo estos pilares que elaboró su poder, construyendo una determinada visión de la realidad. Por eso, cuando se comprobó la verdadera profundidad de la crisis y la pésima gestión de los *expertos* tecnócratas neoliberales, se evidenció también, la falibilidad del régimen, sus límites. Permitiendo que el relato dominante se desestructurase, perdiese parte de su fuerza y posibilitara la emergencia de otras apreciaciones que discutían la lectura dominante.

Efectivamente, los cambios de mentalidad en una sociedad pueden explicarse a partir de los efectos que una crisis provoca en ella, sin importar en qué orden de la sociedad se produzca. Para que algún acontecimiento sea denominado como crisis debe –necesariamente– escapar de las pautas normales hasta ahí establecidas por la fuerza que ejerce el poder<sup>808</sup>. Siempre una crisis, en ese sentido, pone en jaque las pretensiones de universalidad de un modelo –o régimen–; le quita consistencia al discurso que lo justifica y hace evidentes los límites que posee; ellos facilita –en ese orden– que otros significados puedan discutir la lectura de una realidad determinada, materializando –en las mentes de los actores– la efectiva pugna entre poder y contrapoder.<sup>809</sup>

Precisamente el colapso económico desencadenó un cambio en la mentalidad de los chilenos. El régimen no fue capaz de sostener el carácter dominante de su relato. Su fracaso en lo económico significó la caída del discurso gubernamental sobre el *dogma* que significaba el neoliberalismo: “Se desmontaron los discursos normativos que se habían apoderado de la historicidad, y desmoronó la arrogancia eficientista del discurso tecnocrático”<sup>810</sup>. La crisis actuó como desencadenante de un malestar que se venía fraguando de manera permanente en el silencio del micro espacio social terminando por cambiar las condiciones existentes al crear, en efecto, una oportunidad política de transformación del escenario vigente. En síntesis, permitió que todo aquello que se aplicó como ley, fuese cuestionado ya que como señala Moulian,

---

<sup>808</sup> Puede entenderse como crisis la “interrupción del curso regular y previsible de los acontecimientos, que requiere consiente atención por parte del individuo o grupo a fin de restablecer el equilibrio perturbado”. En: **H.P. FAIRCHILD**; *Diccionario de Sociología*. Fondo de Cultura Económica, Madrid, 1969.

<sup>809</sup> **M. CASTELLS**; *Comunicación y poder*. Alianza editorial, Madrid, 2009, p. 89.

<sup>810</sup> **T. MOULIAN**; *Chile actual: anatomía de un mito... Op. cit.*,



Una crisis generada en la economía que se extiende de allí hacia la sociedad en su conjunto, presenta la particularidad de colocar en evidencia los límites de la capacidad de reproducción material de una estructura de relaciones de producción. Por ello mismo puede actuar como facilitador de un despertar de energías sociales dormidas<sup>811</sup>.

Las cifras que lentamente se fueron conociendo deterioraron más la credibilidad del régimen. Lo que comenzó como un desajuste sectorial, terminó desatando un marcado deterioro político. El desempleo que había sido uno de los temas más sensibles durante la transformación del sistema, con la crisis se disparó a niveles nunca antes visto. En el gran Santiago subió del 11.1% al 22.1% en 1981, y al 22.2% en 1982. El año en que las protestas comenzaron, el desempleo alcanzó el 19.2% en la capital. Sólo en 1984, bajó al 16.4%.

Todos los antecedentes mencionados nos llevan a insistir en que una vez desatada la crisis económica sólo fue cosa de tiempo para que la caldera social estallara. La crisis económica facilitó que la multitud pudiera liberarse de las ataduras del miedo y expresara su descontento libremente. De esta forma, “la crisis constituyó un elemento activo en el despertar de la multitud, sin el cual éste no hubiese ocurrido de la misma forma. Por tanto ese despertar no es comprensible sin instalar la crisis como acontecimiento”<sup>812</sup>.

---

<sup>811</sup> T. MOULIAN; *Ibid*; p. 280.

<sup>812</sup> T. MOULIAN; *Ibid*; p. 278.

## **CAPÍTULO IV**

### **LAS *PROTESTAS NACIONALES* Y EL PROCESO POLÍTICO Y SOCIAL EN LA LUCHA POR LA DEMOCRACIA 1983-1986**

#### **1. Introducción**

Como pudimos observar en el capítulo anterior, las protestas nacionales no emergieron de la nada. Aunque en lo sustancial la represión se mantuvo y los canales de participación permanecieron cerrados, algunas especificidades del proceso chileno permitieron en la práctica una pequeña flexibilización del control dictatorial. Ciertamente la coyuntura macroeconómica favorable que levantó el discurso del *milagro chileno*, la necesidad de mejorar la imagen en el exterior —fuertemente cuestionada por las sistemáticas violaciones a los derechos humanos— y las consecuencias propias del profundo proceso de institucionalización del régimen coronada con la constitución de 1980, entre otros, hicieron más dúctil el ejercicio de control social, facilitando, por otra parte, la tarea de reorganización en el seno de la oposición. Esta, como vimos, se sustentó inicialmente en la acción comprometida de actores de la sociedad civil —sobre todo familiares de Detenidos Desaparecidos— que contaron a su vez con el respaldo de las iglesias cristianas en su lucha por la defensa de los derechos humanos. Igualmente, la iglesia sirvió de sustento para la reorganización poblacional que en el nuevo contexto de desmovilización, abandono estatal, pobreza y marginalidad, debió hacer frente por sus propios medios a su compleja situación. La necesidad de combatir el hambre llevó a sortear el miedo y reiniciar la organización comunitaria que permitió cierta reactivación que venía con fuerza forjándose desde los primeros años de dictadura.

Sin embargo, el “fin del reflujo” vivido desde 1978<sup>813</sup>, aproximadamente, no permite explicar completamente la masiva protesta que sacudió a Chile, ni el desafío implícito que representó y qué llevó a romper abiertamente con la dinámica hasta ahí impuesta por la dictadura militar. Entonces, ¿cómo explicar su emergencia y posterior evolución?

Como en cualquier proceso complejo de MS, existieron múltiples elementos que la posibilitaron y dieron forma. La *oportunidad política* que representó la crisis económica desatada a fines de 1981, desmontó, en efecto, el discurso tecnócrata del “milagro chileno” (que en realidad no fue más que la implementación de una serie de medidas neoliberales de ajuste estructural)<sup>814</sup>, transformó la subjetividad de los sujetos, e hizo cuestionable el modelo, desplomando de forma abrupta la legitimidad que por esta vía había intentado construir<sup>815</sup>. De hecho, el propio régimen, perdió convicción en sus políticas y estrategias, abriendo una brecha por la cual la sociedad y la oposición política aprovecharon para saltar a escena. A su vez, la adecuada estructuración de la acción a partir de las posibilidades que permitía la compleja realidad, es decir, estado represor y limitadas fuerzas de las redes organizativas intermedias de la sociedad chilena, hicieron posible que cientos de miles adhirieran de una u otra forma a la acción de protesta. De ahí que fueran “jornadas”, convocadas inicialmente para un día específico en el cual las personas se expresaban de múltiples formas de acuerdo a sus posibilidades<sup>816</sup>. Este hecho redundó en el éxito masivo que tuvo la convocatoria, incentivando la participación transversal de la sociedad lo que, de paso, descolocó —al menos por unos meses— al régimen que sólo atinó a reprimir. Comenzó así un proceso de intensificación del conflicto, involucrando, a través de las distintas redes organizativas, a sectores menos comprometidos con la lucha por la democracia<sup>817</sup>. En efecto, la masividad de las protestas fue reconocida incluso por los miembros de la Junta —con el pesar de Pinochet—<sup>818</sup> además de constituirse en el soporte social que permitió la inclusión definitiva de los partidos políticos en la contingencia nacional<sup>819</sup>.

---

<sup>813</sup> G. DE LA MAZA, M. GARCÉS; *La explosión de las mayorías. La protesta nacional 1983-1984*. ECO, Santiago, 1985.

<sup>814</sup> E. SADER, I. JINKINGS (Coord); *Enciclopedia contemporánea de América Latina y el Caribe*. Akal, Madrid, 2009, p. 415.

<sup>815</sup> T. MOULIAN; *Chile actual: anatomía de un mito*. LOM, Santiago, 1998.

<sup>816</sup> L. ROJAS NUÑEZ; *De la rebelión popular a la sublevación imaginada. Antecedentes de la historia política y militar del Partido Comunista de Chile y el FPMR 1973-1990*. LOM, Santiago, 2011, p. 271.

<sup>817</sup> S. TARROW; *El poder en movimiento los movimientos sociales, la acción colectiva y la política*. Alianza, 2ª edición (2009), Madrid, 1998, p. 263.

<sup>818</sup> F. Matthei, Comandante en Jefe de la Fuerza Aérea, FACH, reconoció tras sobrevolar Santiago para la cuarta protesta nacional, no sólo la masividad de las acciones en los barrios de Santiago, sino su carácter eminentemente pacífico.

<sup>819</sup> Un hecho plausible de esto fue la aparición casi natural de los dirigentes del PC, cuando años antes no sólo estaban supeditados a la clandestinidad sino a la persecución por parte de los aparatos de inteligencia del régimen. A. RIQUELME; *Rojo atardecer. El comunismo chileno entre dictadura y democracia*. Centro de Investigaciones Barros Arana, DIBAM, Santiago, 2009, pp. 127-129.

El devenir de la movilización, en tanto, se relacionó con las peculiaridades específicas que tomó el conflicto político-social a partir de las posibilidades entregadas por el estado represor para la acción política y social, así como de los caminos —diversos— que los sectores movilizados trazaron como objetivos a reivindicar. Las tensiones en esa línea, confrontaron distintas formas de encauzar el MS, fragmentando al conjunto de la oposición que dudó entre insertarse en la normativa establecida por el régimen —la constitución de 1980— a través de la negociación, o utilizar la protesta como camino exclusivo de presión para la salida del dictador. En ese sentido, la falta de una mirada común —al menos desde un punto de vista estratégico— representó la existencia evidente de distintas concepciones de sociedad, de proyectos alternativos y divergentes al interior de la oposición, cuestión que ya era evidente previo al golpe de estado. La incapacidad de acuerdos condujo al fracaso de la oposición en su conjunto y a la debacle del movimiento que debió someterse a las condiciones impuestas por el régimen y utilizar el plebiscito sucesorio de 1988 como única vía para sino derrocar al régimen al menos sí alcanzar la salida de Pinochet.

Aun cuando ha existido acuerdo más o menos tácito acerca de las motivaciones y circunstancias que conformaron este ciclo de protestas, las discrepancias se instalan, más bien, en los significados que tuvo este ciclo de acción colectiva. No sólo en su dimensión política y su papel en la lucha por la democracia como herramienta de presión. También en su aspecto cultural-cognitivo y las representaciones —diversas— que presentó este acontecimiento en las mentes de sus principales actores. En otras palabras, el carácter simbólico que recubrió a la acción colectiva que tiñó de matices más complejos el significado por el que miles de chilenos decidieron salir a protestar y desafiar activamente a la dictadura militar.

Se torna, por tanto, especialmente relevante revisar estos debates. En parte porque dan cuenta de cómo se ha entendido el proceso de lucha por la democracia que movilizó a una importante mayoría de la población; qué estaba en juego y cómo se pensaba y vislumbraba la democracia que pretendía alcanzarse. Las protestas, en ese sentido, resituaron temporalmente el sentir de los sectores subalternos de la sociedad chilena en la esfera pública, y los imbricó con otras representaciones existentes en la sociedad. Discernir el significado de estas expresiones y los sustentos organizativos desde los que se construyeron, permite observar y comprender a su vez, cómo interpretaron el proceso político chileno, pero sobre todo qué representó el discurso contingente por la democracia en los espacios subalternos de la capital y cómo dicha visión entró en tensión con representaciones elaboradas desde otras esferas de la sociedad. En otras palabras y mirado en una perspectiva temporal más amplia, reconocer el sentido de las protestas para los

pobladores de Santiago, permite dar contenido desde una óptica popular al discurso democratizador que se estructuró desde la oposición, dando luz a los anhelos, imaginarios y representaciones que estos sectores de la sociedad tuvieron en un periodo extremadamente convulso y transformador de la historia de Chile. Cobra relevancia al mismo tiempo, porque permite significar las posiciones desde las que se conciben los profundos procesos de transformación social que se fueron sucediendo en el Chile de Pinochet y que permitieron, efectivamente, realizar durante esos diecisiete años una verdadera revolución socio-cultural.

Para los pobladores, las protestas se convirtieron en un activo modo de hacer visibles la miseria a la que se ven sometidos, el abandono por parte del estado, pero también, los procesos de resistencia y adaptación a las nuevas dinámicas que imponen *los nuevos tiempos*. En este sentido —como señalaba E. Hobsbawm— este ciclo de acción colectiva permiten acercarnos a las realidades y complejidades del mundo subalterno, habitualmente sumergido en el silencio de la historia<sup>820</sup>. En este caso, la activa movilización ciudadana y popular permite vislumbrar y dar contenido a las motivaciones que habían detrás de cada acción y que representaban una genuina interacción con el poder establecido<sup>821</sup>; muchas veces expresión de impotencia ante la exclusión, la marginación y las nulas posibilidades de insertarse en las dinámicas y beneficios del modelo, pero en muchas otras también representó la resistencia de sujetos y comunidades que habían crecido políticamente en *otro mundo*, con otros valores, principios y otra cultura política. En ese sentido, las ideas de democracia y el rol del estado y la acción de la sociedad en la construcción de la democracia, son cuestiones que pueden distinguirse en el discurso y práctica de muchas iniciativas de pobladores. Más allá que esta vía fuese desechada por la cúpula partidaria de la oposición.

En este apartado analizaremos, en primer lugar, las consideraciones que otros autores han realizado sobre el proceso de acción colectiva. Queremos destacar de forma precisa, los distintos aspectos de la discusión; cuáles fueron las principales líneas interpretativas que han existido sobre la movilización social de los años 80', su sentido, función estratégica y cómo se ha entendido en líneas generales ese fenómeno puntual en el marco de la lucha contra la dictadura. Si bien, originalmente habíamos pensado en desarrollar este apartado de forma temática, nos ha parecido prudente, a fin de una mejor comprensión de estas apreciaciones, realizar el análisis a partir de un recorrido temporal, destacando los elementos más relevantes de cada posición. De esta forma, intentaremos que, junto con explicar las tesis fundamentales de los autores aquí tratados, podamos inscribir esas

---

<sup>820</sup> E. HOBBSBWM; *Sobre la historia*. Crítica, Barcelona, 2002.

<sup>821</sup> M. IGLESIAS; *Rompiendo el cerco. El movimiento de pobladores contra la dictadura*. Ed. Radio Universidad de Chile, Santiago, 2012, pp. 18 y 20.

prácticas en un espacio social mayor que las identifica y determina, al menos en los que se refiere a sus condiciones de emergencia y posibilidad, a fin de lograr una mejor comprensión de los enfoques presentados<sup>822</sup>. A continuación presentaremos una breve reflexión que destaque la relevancia del *acontecimiento* en la construcción histórica. De manera de acercarnos desde la teoría a los aspectos fundamentales que adquieren los hechos en el tiempo corto, sus complejidades, su relevancia en los procesos de cambio y en la estructuración de una realidad social concreta.

Finalmente, abordaremos las protestas como hecho histórico, elaborando un relato a partir de estas lecturas y las fuentes documentales que hemos consultado, sobre lo que fue desde un punto de vista político y social, pero fundamentalmente histórico, el periodo de las protestas nacionales, de manera de situar la acción de los sujetos de los márgenes en un contexto más amplio, que lo significa y relaciona con el entramado nacional de la época.

## **2. Las protestas nacionales revisitadas: estado de la cuestión de la movilización social en dictadura y el sujeto poblador como actor político**

La inestable y peculiar condición en que arribó la democracia a Chile —con el dictador presente, observante y participante del proceso— implicó un lento reconocimiento de ese pasado. Una contenida —y por qué no— reprimida reflexión que, de hecho, muchos prefirieron postergar<sup>823</sup>. Los diecisiete años de dictadura militar implicaron un profundo trauma para gran parte de la sociedad. Su recuerdo y el modo en que se recuperó la democracia —estableciendo efectivamente una “democracia incompleta”, como la define M.A. Garretón<sup>824</sup>— impusieron de forma contundente un pesado silencio que sólo la necesidad surgida a nivel mundial por no repetir las atrocidades cometidas en regímenes dictatoriales y el efecto que tuvo el acontecimiento de la detención del general Pinochet en Londres, en 1998, posibilitaron la penetración de ese cerco de contención y silencio, permeando lenta y dificultosamente en los intersticios y complejos escenarios que

---

<sup>822</sup> M. VALDERRAMA; “Renovación socialista y renovación historiográfica: una mirada a los contextos de enunciación de la Nueva Historia”. En M. SALAZAR M. VALDERRAMA; *Dialectos en transición. Política y subjetividad en el Chile actual*. LOM ediciones, Universidad Arcis, Santiago, 2000, p. 97.

<sup>823</sup> Un interesante artículo al respecto puede verse en A. PÉROTIN-DUMON; “Enseñar el pasado latinoamericano cercano, o el presente de la historia en Chile. En M. R. STABILI; *Entre Historias y Memorias. Los desafíos metodológicos del legado reciente de América Latina*. AHILA, Vervuet, 2007, pp. 199-229. En él se expresa que si bien pudo existir alguna intención por abordar ese pasado mediato durante la transición, el atentado a Jaime Guzmán provocó un giro en dicha política (ver pp. 200-201).

<sup>824</sup> M. A. GARRETÓN; *La sociedad en que vivi(re)mos. Introducción sociológica al cambio de siglo*. LOM ediciones, Santiago, 2000.

caracterizaron la vida durante los diecisiete años de dictadura militar<sup>825</sup>. El peso del pasado dictatorial, en efecto, también cayó sobre la *transición política a la democracia*<sup>826</sup>, que cubrió con “ardientes cenizas de olvido” el trauma de este proceso histórico, en aras de la estabilidad y la consolidación democrática<sup>827</sup>.

Si bien los sujetos populares, sus problemáticas, sentidos y reivindicaciones habían sido objeto de análisis desde hacía largas décadas —primero, por la interpretación marxista de la historia en los 50’, como por el funcionalismo socialcristiano de los 60’, entre otros—, el quiebre de la democracia representó una ruptura epistemológica relevante en el estudio de las ciencias sociales respecto a estos temas. Para Gabriel Salazar, unos de los precursores de esta renovación, por ejemplo, la crisis de los 70’ llevó a una reformulación profunda de las bases marxistas del pensamiento, incorporando nociones *gramscianas* a las matrices conceptuales ya existentes y revalorizando la cultura popular como núcleo emancipatorio del accionar subalterno<sup>828</sup>. En ese orden, la historiografía inició una renovación que situó en los actores sociales populares —los pobladores— sus prácticas y el propio significado que atribuían a sus experiencias, en los ejes de las nuevas formas de abordar lo popular, relacionado íntimamente con la identidad que compone y distingue a estos sectores. Esta cuestión —desde el punto de vista historiográfico— rompió con los paradigmas clásicos de la disciplina, resituando el interés ya no sólo en los sectores populares, históricamente asimilada al movimiento obrero, sino en la propia historicidad de los sujetos subalternos. Ahí radicaba la base emancipatoria de la teoría que había marcado hasta ahí el devenir de la disciplina, como señaló Illanes<sup>829</sup>. Lo más relevante de estos nuevos enfoques —como veremos— dijo relación con el debate que suscitó en las ciencias sociales, sobre los significados de la acción colectiva de los sectores populares en el contexto autoritario y la efectiva autonomía que la sociedad civil tenía del Estado y todo el entramado institucional.

---

<sup>825</sup> S. STERN; *Recordando el Chile de Pinochet. En vísperas de Londres 1998*. Libro I La Caja de la memoria del Chile de Pinochet. Universidad Diego Portales, Santiago, 2009, pp. 23-24.

<sup>826</sup> Mucho se ha escrito sobre cuáles han sido los límites efectivos de este proceso. Si para algunos la transición es un periodo relativamente funcional, que en el caso chileno va desde la derrota de Pinochet en el plebiscito de 1988 hasta que entrega el poder a Patricio Aylwin en 1990 (Garretón), para otros es mucho más extenso. Nosotros, seguimos la lectura —histórica— realizada por Álvaro Soto, quien insiste que para analizar estos periodos debe considerarse la persistencia de incertidumbres acerca de la continuidad del régimen democrático. Por eso, sitúa el término de la transición en 1998 con la detención de Pinochet en Londres. A. SOTO CARMONA; “La larga sombra del dictador”. *Stockholm review of Latin American Studies*. Issue, nº5 2009, p. 6. Podríamos añadir, además, que el efecto liberador que significó la detención de Pinochet en Londres y el papel —de defensa— que desempeñó el Estado chileno gobernado por un democratacristiano primero y un socialista después mientras Pinochet estuvo detenido, marcaron un punto de inflexión en el modo en que la propia sociedad civil comenzó abordar y encarar el pasado dictatorial.

<sup>827</sup> B. LOVEMAN, E. LIRA; *Las ardientes cenizas del olvido. Vía chilena de Reconciliación política 1932-1994*. LOM ediciones, Santiago, 2000.

<sup>828</sup> G. SALAZAR; “Historiografía y dictadura en Chile (1973-1990). Búsqueda, identidad y dispersión”. *Cuadernos Hispanoamericanos*, Madrid, 1990.

<sup>829</sup> M. A. ILLANES; “La historiografía popular: una epistemología de mujer. Chile, década de 1980”. *Revista Solar*, Santiago, 1994.

En este sentido y contraponiéndose a estas miradas, la *Nueva Historia*, como se le conoció a este vertiente, se sumó a otras miradas *empiristas*, que asumiendo el carácter político de estos movimientos, se enfocó en describir la praxis y experiencias de estos colectivos populares en dictadura<sup>830</sup>. Estas representaciones de lo popular entraron en directa confrontación con aquellas interpretaciones sociológicas imperantes durante los 80', fuertemente influenciadas por el estructural funcionalismo de los 60' así como de la teoría de Alain Touraine—, que sostenían que las expresiones populares no alcanzaban para concebirlas como un movimiento social ya que no eran más que explosiones anómicas, evidencia de la profunda desintegración social que vivía el país<sup>831</sup>.

Parte de la extensión de estas interpretaciones de lo social popular y el movimiento de protesta que le siguió, sumada a la contingencia política de fraccionamiento de la oposición al régimen, condujeron a una consolidación de una arquitectura política férrea, extremadamente simplista de la noción de democracia, excluyendo de su construcción a la sociedad. El miedo a un retroceso autoritario —dada esta consideración de la masa que se había movilizó contra Pinochet— sirvió para consolidar la democracia protegida que los artífices de la transición ya venían elaborando desde 1984<sup>832</sup>.

Los análisis que se impusieron en un primer momento una vez obtenido el retorno a la democracia, tuvieron relación con los elementos que habían incidido en el exitoso proceso —fundamentalmente político— que llevó a la salida de Pinochet. Alcanzar la democracia sin violencia y a través de las urnas frente a una de las dictaduras más cruentas —y extensas— de la región, fue sin dudas un elemento que incidió en este interés, provocando al mismo tiempo una especie de idealización de la experiencia chilena, que se extendió no sólo a todo el sistema político nacional sino, incluso, a nivel internacional<sup>833</sup>. En un principio, sólo aquellos críticos a las formas en que se realizó finalmente la transición, es decir, aceptando la legitimidad del entramado jurídico, político y económico impuesto por Pinochet, escaparon del fulgurante éxito mediático que despertó el proceso político chileno. Pero el

---

<sup>830</sup> En esta línea se encuentran, fundamentalmente, los cientistas sociales de FLACSO, Facultad Latinoamericana de Ciencias Sociales, destacando en este orden los trabajos de Teresa Valdés, Marisa Weinstein, Jorge Chateau Philip Oxhorn, entre otros.

<sup>831</sup> **E. TIRONI**; "El problema de la democracia". *Revista Crítica*, núm. 6. Santiago, 1987, p. 12. Citado en **M. GARCÉS**; *Tomando su sitio. El movimiento de pobladores de Santiago, 1957-1970*. LOM ediciones, 2002, p. 17.

<sup>832</sup> El gran referente de este proyecto político fue E. Boeninger y su ejecutor político, P. Aylwin. **E. BOENINGER**, *Democracia en Chile. Lecciones para la gobernabilidad*. Editorial Andrés Bello, Santiago, Chile, 1997. **P. AYLWIN**; *El reencuentro de los demócratas*. Ediciones Zeta, Santiago, 1998

<sup>833</sup> Sobre esta cuestión agradezco la información entregada por P. Martínez Lillo, respecto a cómo se representa la transición chilena en España a través de los medios de comunicación. Al respecto, conviene revisar las editoriales de El País durante esos años, por ejemplo, para observar la idealización otorgada al proceso chileno de recuperación a la democracia. Con esto no queremos minusvalorar los éxitos de la transición chilena, pero sí identificar sus límites —supeditados netamente a lo político institucional— pero escasamente extendidos a la sociedad, sobre todo de inclusión; tanto a nivel de participación política como a nivel de reducción de las brechas de desigualdad económica y social.



tiempo, no obstante, se encargó de apagar existimos y ayudado por un juez español<sup>834</sup>, develó las falencias que presentaba el sistema postdictatorial, evidenciando que si bien “*la alegría*” podía haber llegado, lo hizo sólo para algunos: las controversias sobre la calidad de la democracia, el escaso interés por solucionar las deudas con el pasado; sobre todo en lo concerniente a establecer responsabilidades y ejercer justicia acerca de las violaciones a DDHH sucedidas sistemáticamente durante ése periodo, el diseño institucional y el legado autoritario así como el progresivo abandono de la participación social en la tarea política de reconstruir la democracia, fueron algunos de los temas que aparecieron progresivamente entre los cuestionamientos de la sociedad el régimen democrático<sup>835</sup>. Todas estas críticas se sumaron a los cuestionamientos al modelo económico, no sólo incapaz de reducir la brecha entre ricos y pobres, sino atizador de su aumento<sup>836</sup>. El malestar —de ahí en más— se extendió paulatinamente por la sociedad durante la última década, aumentando la producción académica acerca de este pasado reciente desde una perspectiva mucho más crítica de lo que fueron las miradas elaboradas durante los años 90’. Qué decir de lo que se ha producido en los últimos años sobre todo tras la llegada de la derecha al poder y la posterior explosión social de 2011. Los reclamos por la insuficiencia del sistema político se han multiplicado y extendido transversalmente por la sociedad al punto de modificar los paradigmas con que se ha analizado el pasado reciente, instalando nuevos horizontes reflexivos sobre esos pasados así como los modos de entender y construir la democracia. Aunque este proceso de crítica social se ha enfocado en el malestar ciudadano actual, su diatriba ha cubierto todo el entramado institucional pensado y establecido durante la dictadura y legitimado durante la postdictadura<sup>837</sup>.

Si bien en un primer momento las miradas críticas se concentraron en el análisis que llevaron al Golpe de Estado de 1973, al horror vivenciado y las secuelas que representaron para la sociedad chilena, el tiempo y la consolidación del malestar por la ineficacia que representaron los años de postdictadura, llevaron a un reinterés por las problemáticas

<sup>834</sup> La detención de Pinochet en Londres, gracias a la petición de extradición realizada por el Juez español Baltazar Garzón, resultó vital para remecer las conciencias, despertar el debate y hacer públicas otras representaciones de lo que habían sido los últimos treinta años del siglo XX para el país. Un texto referencial de esta disputa por la memoria y los debates en los que se inserta puede encontrarse en: **G. SALAZAR, S. GREZ (Comp.);** *Manifiesto de historiadores*. LOM, Santiago, 1999.

<sup>835</sup> **J.I. RADIC, R. LANDAETA;** “Lo (im)posible de la justicia en materia de derechos humanos en el Chile postdictatorial: entre el olvido y la impunidad”. En: **J. I. RADIC, R. LANDAETA (coord.);** *Impunidad y derechos humanos en Iberoamérica: las deudas pendientes de las actuales democracias*. *Revista Historia y Justicia* 3, Santiago, septiembre 2014.

<sup>836</sup> **T. MOULIAN;** “Otro Chile es posible”. En **T. MOULIAN;** *Construir el futuro*, Vol. 1. LOM ediciones, 2001.

<sup>837</sup> Ver: entre otros: **G. ROJO;** *Discrepancias de bicentenario*. LOM, Santiago, 2010; **S. AGUILERA (coord.);** *Terremoto social del bicentenario*. LOM, Santiago, 2010; **VVAA;** *Otro Chile es posible*. Le Monde Diplomatique. Santiago, 2012; **P. NAVIA;** “Creando poder popular: la inclusión y el pluralismo político en Chile”. En **M. FIGUEROA, M. VICUÑA;** *El Chile del Bicentenario*. Ediciones Universidad Diego Portales, Santiago, junio 2008; **M. GARCÉS;** *El despertar de la sociedad. Movimientos sociales en América Latina y Chile*. LOM. Santiago, 2012.

vinculadas a los movimientos sociales, su organización, y la resistencia popular durante la dictadura, sobre todo por jóvenes investigadores que en el marco de sus carreras universitarias han aportado una amplia gama de temas y preocupaciones hasta aquí excluidas del trabajo historiográfico<sup>838</sup>.

### *2.1 Anomia versus autonomía: el sujeto poblador y su papel en la acción colectiva en dictadura*

Tras la perplejidad que azotó a los chilenos luego del golpe de Estado, comenzaron a elaborarse una serie de reflexiones sobre el traumático fin de la democracia. El silencio impuesto y el temor obligaron a muchos a callar las aberrantes violaciones a los derechos humanos producidas sistemáticamente en todo el país. Ello no impidió, en cualquier caso, que desde el extranjero se comenzaran a publicar las primeras denuncias sobre las atrocidades cometidas por la nueva dictadura<sup>839</sup>. Si bien no podemos olvidar la valiosa y abnegada labor de resistencia y denuncia realizada por Familiares de Detenidos-Desaparecidos (AFDD), su labor inicialmente se concentró en la resistencia activa que intentaba visibilizar el horror al que sistemáticamente estaban siendo sometidos miles de chilenos. Además, la escasa cobertura mediática que tuvieron en esos primeros años minimizaron, al menos ante la opinión pública, el impacto de esta desesperada, abnegada e ingrata tarea, acallada, dificultada y menospreciada por el Estado autoritario y sus adherentes.

El paulatino asentamiento institucional del régimen produjo, no obstante, una lenta activación de la crítica sobre la realidad chilena en dictadura, como observaremos –en parte– en el capítulo 3. Una amplia y variada crítica comenzó a verse desde distintas áreas y en distintos medios –muchos clandestinos y sólo visibles en ambiente no oficiales— acerca de los efectos que las políticas de la dictadura tenían en la sociedad chilena. A las críticas al sistema político, la nula legitimidad jurídica por la aprobación por un plebiscito

---

<sup>838</sup> Ver entre otros; **N. ACEVEDO**; *El MAPU-LAUTARO en las protestas nacionales (1978-1985)*. Tesis para optar al grado de Licenciado en Historia y Ciencias Sociales, dirigida por Mario Garcés. Universidad ARCIS, Santiago, 2006; **J. RADIC**; *Las protestas nacionales (1983-1986): la explosión de las mayorías*. Tesis de licenciatura en Historia, dirigida por Claudio Rolle Cruz, Pontificia Universidad Católica de Chile, Santiago, 2006; **A. GARCÉS**; *Los rostros de la protesta. Actores sociales y políticos de las jornadas de protesta contra el régimen militar (1983-1986)*. Tesis para optar al grado de Licenciatura en Historia, dirigida por Rolando Álvarez, Universidad de Santiago de Chile. Santiago, 2011. Agradezco encarecidamente a la autora su amabilidad de permitirme acceder a la lectura de su investigación.

<sup>839</sup> Existe una interesante investigación sobre los usos y abusos que los relatos de detenidos y torturados chilenos han tenido a lo largo de estos 30 años. En éste se analiza la valiosa labor de denuncia e información que tuvieron los exiliados sobre los horrores producidos por la represión militar durante la primera etapa de la dictadura. **J. PERIS BLANDES**; *Historia del testimonio chileno. De las estrategias de denuncia a las políticas de la memoria*. Facultat de Filologia, Traducció i Comunicació, Universitat de Valencia, Valencia, 2008, Capítulo 2.

fraudulento<sup>840</sup>, le siguieron aquellos preocupados de las rearticulaciones solidarias de socialización y subsistencia llevadas a cabo en las poblaciones de Santiago, situadas —tanto física como socialmente— más allá de los márgenes permitidos por el Chile de Pinochet<sup>841</sup>. Incluso se abordó el proceso de instauración y resistencia a la implementación de políticas educacionales orientadas a forjar nuevas bases simbólicas de la “*chilenidad*” y que bien denominó José Joaquín Brunner como “*cultura autoritaria*”<sup>842</sup>, sin olvidar los profundos efectos que la política económica neoliberal estaba produciendo en los distintos estratos de la sociedad a través de auténticas refundaciones en todo el orden de previsión social<sup>843</sup>. En ese escenario, jugaron un papel fundamental los variados organismos internacionales presentes en Chile, desde la misma Iglesia Católica hasta centros de investigación académica de carácter transnacional. Todos ellos pudieron cubrir bajo su alero al grueso de opositores, académicos e investigadores en general, preocupados por revelar al “otro” Chile, escondido tras las sombras del oficialismo autoritario, aquel de la desinformación, la miseria y el miedo<sup>844</sup>. Desde ellos se pudo radiografiar de forma profunda los efectos que las políticas dictatoriales estaban teniendo en la sociedad chilena. Además, se constituyó en un espacio importante, rico y diverso, desde el cual se elaboró una ácida crítica al Chile de Pinochet; la extrema fragilidad económica de los sectores más pobres, la existencia de una profunda desigualdad del ingreso; la incapacidad del Estado por ofrecer políticas de integración, o el desamparo en temas como educación y salud provocados por la

<sup>840</sup> **L. MAIRA**; *La Constitución de 1980 y la ruptura democrática*. Emisión, Santiago, 1988.

<sup>841</sup> La producción académica al respecto es amplísima. SU, ILET, FLACSO, PET, entre muchos otros, se dedicaron a los estudios empíricos de esta realidad social. Sólo por mencionar algunos autores y estudios emblemáticos ver: **T. VALDÉS**; *El movimiento poblacional. La recomposición de las solidaridades*. FLACSO, 1986; **J. WEINSTEIN**; *Los jóvenes pobladores en las protestas nacionales*. CIDE, Santiago, 1985; **J. CHATEAU et. al**; *Espacio y poder. Los pobladores*. FLACSO, Santiago, 1987. **C. HARDY**; *Hambre + dignidad = ollas comunes*. PET, Santiago, 1986; **R. BAÑO**; *De lo social a lo político, un dilema clave del movimiento popular*. CLACSO, Santiago, 1984; **G. CAMPERO**; *Entre la sobrevivencia y la acción política. Las organizaciones de pobladores en Santiago*. ILET, Santiago, 1987. Del mismo autor: “Luchas y movilizaciones sociales en la crisis: ¿se constituyen los movimientos sociales en Chile?”; **G. DE LA MAZA, M. GARCÉS**; *La explosión de las mayorías. Protesta nacional 1983-1984*. ECO, Santiago, 1985; **J. MARTÍNEZ, E. TIRONI**; *Las clases sociales en Chile. Cambio y estratificación*. Ediciones Sur, Santiago, 1980; **L. RAZETO, et. al**; *Las organizaciones económicas populares*. PET, Santiago, 1986; **I. AGURTO, M. CANALAES, G. DE LA MAZA**; *Juventud chilena. Razones y Subversiones*. ECO-FOLICO.SEPADE, Santiago, 1986.

<sup>842</sup> **J. J. BRUNNER**; *La cultura autoritaria en Chile*. FLACSO, Santiago, 1981.

<sup>843</sup> Muchos han sido los estudios que han tratado los efectos sociales de la política económica del régimen; un balance sintético puede verse en **P. GUILLAUDAT, P. MOUTERDE**; *Los movimientos sociales en Chile 1973-1993*. LOM ediciones, Santiago, 1998, pp. 84-86.

<sup>844</sup> La importancia de estos organismos es tal que los Archivos construidos sobre instituciones como FLACSO (Facultad Latinoamericana de Ciencias Sociales), El Instituto Latinoamericano de Estudios Transnacionales) ILET, PET (Programa de Economía del Trabajo), CIDE, Centro de Investigaciones de Desarrollo Educacional, CIEPLAN, La Corporación de Estudios Sociales y de Educación SUR y ECO, Educación y Comunicaciones entre muchos otros; La Vicaría de la Solidaridad, parte activa de la Iglesia católica. Todos estos espacios se han tornado como fundamentales para cualquier investigador que quiera analizar esta época. Sobre la aparición de nuevos centros académicos en dictadura ver: **M. VALDERRAMA**; “Renovación socialista y renovación historiográfica: una mirada a los contextos de enunciación de la Nueva Historia”. En **M. SALAZAR M. VALDERRAMA**; *Dialectos en transición. Política y subjetividad en el Chile actual*. LOM ediciones, Universidad Arcis, Santiago, 2000, p 100.

privatización del sistema de asistencia social. Sin olvidar el conocido cierre de los espacios de expresión y participación, fruto de la censura y la autocensura por miedo a la represión.

Sin embargo, fue desde mediados de la década de 1980 y coincidentemente con el éxito de las protestas nacionales y la rearticulación social y política, que los análisis cobraron mayor perspectiva y profundidad retomando incluso antiguas discusiones respecto al papel, perfil e identidad que tenían los sectores populares —principales miembros de la masa que salía a protestar— en el país. No resulta difícil entender que en tiempos tan convulsos, donde “había tanto en juego”, la propia historicidad del proceso marcó profundamente la orientación de los estudios de esa sociedad y, por supuesto, cómo superar las fracturas que el régimen y sus políticas, habían provocado en el país. En ese sentido, como bien señala T. Moulian, la crisis económica y la explosión social, alimentaron las expectativas de todos<sup>845</sup>.

Con la aparición de la protesta en 1983, los focos críticos se concentraron en evaluar la realidad de acuerdo a las posibilidades —exitosas o fracasadas— de terminar con la dictadura. Si bien existió un acuerdo tácito entre los analistas opositores sobre las problemáticas que presentaba la sociedad dictatorial —casi todos enrostrados al nefasto régimen que gobernaba al país— no hubo igual acuerdo sobre los caminos que llevasen a la solución de éstos, ya que, desde una perspectiva más amplia, seguían existiendo profundas diferencias de entender Chile y sobre todo a los sujetos —sus actores sociales— que lo conformaban. Si bien durante los setentas la discusión se mantuvo sobre quiénes eran estos sujetos que habían irrumpido en el escenario urbano recogiendo tanto las posiciones socialcristianas de DESAL (Desarrollo Social para América Latina), siguiendo las teorías de la desviación social así como la adaptación local a la teoría de la Dependencia<sup>846</sup>, la violenta interrupción que representó el golpe de Estado, cerró no solo a la movilización de pobladores sino también la discusión sobre el fenómeno. Al menos por una década. Sin embargo su reemergencia en los 80’ —ahora en un contexto autoritario— llevó a nuevas reflexiones sobre el sujeto popular, actor que, en esos momentos, copaba el espacio público dictatorial a través de la acción colectiva. En efecto, la creciente exposición de los pobladores a través de las *protestas nacionales* contra la dictadura, reabrió el debate teórico respecto a estos actores, su identidad, intereses y significados de sus prácticas, discutiéndose a su vez, cuáles eran las condiciones de posibilidad de convertirse —en la práctica— en un actor político protagónico en el proceso que vivía el país. Esto es, en su capacidad real de constituirse en un movimiento social capaz de derrocar a la dictadura. Va a ser en este contexto cuando la historiografía, entre otras, se sume a la reflexión y debate

---

<sup>845</sup> T. MOULIAN; *Chile Actual: Anatomía de un mito*. LOM ediciones. Santiago, 1997, pp. 284 y 288.

<sup>846</sup> Sobre este tema y su dimensión cultural ahondaremos en el capítulo 2.

teórico sobre la movilización social y los sujetos –populares– que la conforman, recogiendo la diversidad y pluralidad de los/las actores que se movilizan. En esa línea, ya no era la clase ni la división proletaria lo que caracteriza a los sectores subalternos, sino más bien a una pluralidad de identidades, donde mujeres, jóvenes, etnias y organizaciones de base así como de carácter religioso, van a ser el componente fundamental del movimiento<sup>847</sup>. De esta manera se inició la problematización sobre estos nuevos actores sociales –sus expresiones culturales abiertamente contestatarias al modelo de sociedad que busca establecer la dictadura–, al ser base fundamental del movimiento social por la democracia, jugando un papel protagónico en el fin de la dictadura. El nuevo enfoque sobre el sujeto popular también incorporó una cuestión fundamental de la que había carecido el análisis hasta ahí; la representación de estos movimientos como un espacio de creación e hibridación sociocultural que evidenciaba los procesos de autonomía que los sectores populares habían venido desplegando y que, por tanto, el sentido y significado de sus expresiones iban más allá que una mera reivindicación política hacia el Estado<sup>848</sup>. Esta interpretación implicaba poner entredicho la propia noción de movimiento social en un sentido clásico, sin mencionar la antítesis que representaba para los análisis que persistían en interpretar a la acción y violencia desplegada en estos sectores en dictadura como focos anómico clásicos de desintegración social<sup>849</sup>.

Pues en este contexto, el debate giró en torno a cuál debía ser el papel de la movilización social en la lucha por el retorno a la democracia. De un lado, aquellos que asumiendo la imposibilidad de lograr cualquier cambio mediante la exclusiva actividad movimental, vieron en ésta sólo un medio para negociar las condiciones de restauración democrática<sup>850</sup>. Argüían para ello tres factores fundamentales. Por una parte, la potencia del adversario que resultaba ser una dictadura inflexible y violenta. En segundo lugar, por lo potencialmente peligroso que significaba movilizar desmedidamente a una masa poco cohesionada que podía caer en el descontrol haciendo inviable cualquier propuesta política futura. En tercer lugar y quizás el más importante desde el punto de vista del análisis de la sociedad, por el limitado valor que se le entregaba a los pobladores como actor social y

---

<sup>847</sup> **F. CALDERÓN (compilador);** *Los movimientos sociales ante la crisis*. UNU, CLACSO e IISUNAM, Buenos Aires, 1986.

<sup>848</sup> **F. CALDERÓN, E. JELIN;** “Clases sociales y movimientos sociales en América Latina” *Proposiciones* 14, Sur ediciones, Santiago, 1987.

<sup>849</sup> Para la mirada crítica del movimiento popular y su rechazo a considerarlo un movimiento social propiamente tal, ver, **A. TOURAINE;** “La centralidad de los marginales”. *Proposiciones* 14, Sur Ediciones, Santiago, 1987, pp. 214; Para la crítica de la desintegración y la anomia como factor explicativo de la expresión popular en dictadura ver; **E. TIRONI;** “Pobladores e integración social”. *Proposiciones* 14, Sur, Santiago, 1987, pp. 67-68.

<sup>850</sup> Uno de los referentes de la transición “pactada”, fue el democratacristiano Edgardo Boeninger, militante democratacristiano, rector de la U. de Chile y Ministro de Patricio Aylwin. **E. BOENINGER,** *Democracia en Chile. Lecciones para la gobernabilidad*. Editorial Andrés Bello, Santiago, Chile, 1997, p. 328-330.

político, al adolecer de participación efectiva en la sociedad al estar desintegrados de ésta, tanto económica como social y políticamente hablando. Su exclusión se debía la acción deliberada de la dictadura, que los consideraba como sectores históricamente comprometidos con la izquierda. Estas representaciones estaban fuertemente influenciadas por el estructural funcionalismo del cambio social de los años 60', que insistían en considerar a los pobladores como sujetos excluidos, al margen de la sociedad y, por tanto, carentes de cualquier posibilidad de constituir un movimiento social.

Del otro lado, apareció un grupo de filósofos, historiadores y sociólogos que entendieron la protesta social como la oportunidad de reconstituir finalmente un verdadero proceso de democratización, de todos los chilenos, que retomara en definitiva el proceso de participación e inclusión iniciado en la década de 1960<sup>851</sup>. Se confrontaron de esta forma, dos visiones –opositoras al régimen- de pensar Chile: aquella en la cual se terminó convirtiendo (a saber, el Chile que aceptó las condiciones del régimen, con el propósito de garantizar la gobernabilidad y la democratización política) y aquella que desde la izquierda articuló un proyecto histórico popular más preocupado por la democratización social y la participación directa y que bien denominó M. Garcés como “el sueño de otro Chile”<sup>852</sup>.

Si nos remontamos a los años en cuestión 1983-1987, pleno apogeo de las protestas— se observa con relativa facilidad que las discrepancias al interior de la oposición surgieron casi en el mismo momento en que las cúpulas partidistas asumieron el liderazgo oficial del movimiento<sup>853</sup>. Las diferencias –irreconciliables— permitieron al régimen ganar tiempo para recuperar el liderazgo perdido por la crisis económica<sup>854</sup>.

Ahora bien, desde una perspectiva analítica, pero que de alguna forma entregó el fundamento teórico a las apreciaciones presentadas por los partidos, aparecieron diversos estudios que dotaron de un rico soporte a cada posición y en los cuales se transparentaban valoraciones más amplias, disímiles lecturas acerca de los efectos que las políticas neoliberales habían generado en la sociedad chilena. Desde SUR, un grupo de

---

<sup>851</sup> A este sector identificado políticamente con el PC y desde un punto de vista académico a la Revista *Araucaria*, comenzó como el propio Salazar menciona, un nuevo proyecto histórico popular a partir de la crítica a la visión marxista clásica que rescatase ese “saber social” que motivó las manifestaciones de protesta. En: **G. SALAZAR**; *Violencia política popular en las grandes alamedas. Una perspectiva histórico popular*. LOM ediciones, segunda edición, Santiago 2006, pp. 16-17.

<sup>852</sup> **M. GARCÉS**; “Los movimientos sociales populares en el siglo XX: balance y perspectivas. *Revista Política* n° 43, Universidad de Chile, Santiago, 2004, p. 14.

<sup>853</sup> La cuarta protesta, de agosto de 1983, fue acompañada de la llegada al ministerio de interior de, Sergio O. Jarpa. El eventual diálogo que abriría un reconocido político con la oposición, contrastó con los 18 mil militares que cercaron las calles de Santiago. El saldo fue de 28 muertos y centenares de heridos. Este hecho marcó la división de la oposición política entre aquellos que pese a lo acaecido estaban dispuestos a negociar con el régimen (Alianza Democrática) y aquellos que vieron en la movilización social, el camino por el cual derrocar al régimen (sector agrupado en el Movimiento Democrático Popular).

<sup>854</sup> Para el debate político que se generó en torno a los usos de la acción colectiva de la sociedad ver: **I. GEIS**; “El regreso de la vieja dama”. *Análisis* n°62 del 17 al 30 de agosto, 1983, p. 6.

investigadores recopiló una serie de trabajos que se interrogaban, desde distintos puntos de vista, por los nuevos movimientos sociales en América Latina y la marginalidad que los acompañaba. Para el caso chileno concretamente, el primero que reflexionó sobre estas cuestiones fue Rodrigo Baño. Su interés, en plena vigencia de la explosión social de las protestas, buscaba indagar sobre las posibilidades que las acciones organizadas de los pobladores pudiesen derivar efectivamente en un movimiento social<sup>855</sup>. Su respuesta —tajante— era que existía ni diagnóstico ni proyecto alternativo al orden existente en la acción de los pobladores, sin un afán claro y consistente de transformación social. Por lo tanto, resultaba imposible considerarlos como un movimiento social<sup>856</sup>.

En esa misma dirección surgió el debate acerca de los sentidos de las protestas y la acción —cada vez más violenta— de numerosos jóvenes que mayoritariamente la componían. Las preocupaciones se focalizaron en el perfil de los sujetos que conformaban estos movimientos y cómo *cabían* en el proceso de democratización por el que se estaba luchando; la tensión que observaban entre democratización política y la creciente marginalidad urbana que caracterizaba al país, convertía a estas acciones como actitudes abiertamente anómicas<sup>857</sup>. En esa línea, las dudas se insertaban en la resistencia y ruptura eventual que podían generar estos movimientos; si las protestas respondían al nuevo tipo de paradigmas que estaban caracterizando a la región, es decir, movimientos de nuevo cuño que respondían a una matriz sociológica distinta alejada de la clásica reivindicación institucionalizadora, podían constituirse en un problema para el proceso de democratización, ya que este tipo de acción cuestionaba el traslado de sus espacios a arenas de concertación social. Sobre todo, señalaban, porque las nuevas formas de socialización cultural de los jóvenes pobladores rechazaban las acciones modernizadoras —clásicas— que convertían al trabajo como una forma de integración social<sup>858</sup>, representando una verdadera amenaza de disolución de la comunidad que, a fin de cuentas, sólo terminaba por dar legitimidad a la solución autoritaria<sup>859</sup>.

Desde esta perspectiva, las protestas nacionales sirvieron para mostrar el “otro Chile” que, auspiciado por el modelo autoritario, impulsaba la atomización y disgregación. Esta

---

<sup>855</sup> **V. ESPINOZA:** “Movimiento popular urbano y procesos de institucionalización política”. Revista Propositiones 11, SUR ed, Santiago, 1984, pp. 57-65. La visión de Espinoza sobre movimiento social se apegó a A. Touraine sobre todo en el afán que un actor social efectivamente constituido como tal, tenga a disposición un proyecto de transformación de la sociedad, a través de la reapropiación de los recursos culturales para subvertir el orden dominante. Sobre Touraine y sus definiciones de movimiento social nos detendremos más adelante.

<sup>856</sup> **M. IGLESIAS;** *Rompiendo el cerco; El movimiento de pobladores contra la dictadura*. Radio Universidad de Chile, Santiago, 2013, p.40.

<sup>857</sup> El carácter creciente de esta marginalidad, llevó a Touraine a relativizar el término al considerar que, al convertirse en una mayoría, habían pasado a ocupar una centralidad en el debate social. **A. TOURAINE;** “La centralidad de los marginales”... Op. cit.

<sup>858</sup> **E. TIRONI;** “Marginalidad, movimientos sociales y democracia. Propositiones 14, Santiago 1987, p. 10.

<sup>859</sup> **E. TIRONI;** “Pobladores e integración social”. *Propositiones 14, Sur*, Santiago, 1987, p. 65.

cuestión, en cualquier caso, no era exclusividad de los pobladores, pero éstos efectivamente se convirtieron en una representación de ese fenómeno de desintegración social que vivía el país. Ahora bien, cuando las protestas se rutinizaron sobre todo por el aumento de la violencia, la disgregación el medio y la apatía volvieron a instalarse como práctica habitual de muchos, provocando que las protestas populares dejaran de ser la vanguardia de la acción contra la dictadura. No sólo —insiste Tironi al respecto— porque los sectores medios, gremios e incluso sectores de la derecha tradicional dejaron de adherir —y por tanto quitaron el carácter masivo y transversal de la protesta— sino que al propio interior de las poblaciones el miedo a la represión aumentó el desinterés y el comportamiento anómico<sup>860</sup>. De hecho —señalaban— después de 1984, sólo el 17% de los pobladores participa activamente en ellas, cuestión que ponía de manifiesto la baja disposición al conflicto que se vive en estos sectores durante estos años<sup>861</sup>.

Los datos aportados por SUR en una encuesta realizada en 1985 a más de 900 hogares de de 25 poblaciones de la capital<sup>862</sup>, introdujeron los fundamentos para una interpretación de los procesos sociológicos que se desarrollaban en las poblaciones. En ese sentido, se insistió en manifestar el error que se incurría al utilizar conceptualizaciones como “mundo popular” o “comunidad poblacional” al homogeneizar un espacio sumamente complejo y diverso<sup>863</sup>. Es más, sólo un 12% de ellos se movilizaban y participaban frecuentemente de cualquier tipo de organización social<sup>864</sup>. En este marco, los jóvenes —punta de lanza de las protestas tras su elitización— no habían ayudado a fortalecer la identidad popular sino más bien, la habían dispersado y conflictuado. Según las encuestas, aumentaba notoriamente el número de pobladores jóvenes identificados con los sectores medios en detrimento de lo obrero o poblacional. Si bien se sostiene que la violencia policial y la exclusión sirvieron de núcleo aglutinante, sin duda la escasez y exclusión fortalecieron los lazos comunitarios individuales y colectivos que se habían trazado históricamente, ya fuese por el origen común de la toma, la cooperativa o la lucha contra el Estado. Ello, sumado a la localización espacial y vecindad existente en las poblaciones habían generado una “cierta identidad con la población. Una identidad social, a veces también política”<sup>865</sup>. Ahora bien, esta cuestión no daba pie para que este nexo fuese garante de una matriz identitaria “cultural, social y política, de tal modo internalizada en las relaciones sociales de los pobladores, que subordine otras orientaciones de comportamiento. (...) El mundo poblacional, aun teniendo

<sup>860</sup> E. TIRONI; “Pobladores e integración social”. *Ibid.*, pp. 67-68.

<sup>861</sup> E. TIRONI; *Ibid.*, p. 71.

<sup>862</sup> A. RODRÍGUEZ; “20 años de las poblaciones de Santiago”. *Proposiciones 14*, SUR, 1987, pp. 24-44.

<sup>863</sup> G. CAMPERO; “Organizaciones de pobladores bajo el régimen militar”. *Proposiciones 14*, SUR, Santiago 1987, pp. 84-95. La cita concreta en p. 86.

<sup>864</sup> E. TIRONI; “Pobladores e integración social”... *Op. cit.*, p. 70.

<sup>865</sup> G. CAMPERO; “Organizaciones de pobladores bajo el régimen militar”. *Op. cit.*, p. 87.



perfiles comunitarios, es al mismo tiempo un mundo, en lo social, fuertemente estratificado”<sup>866</sup>.

En cuanto a las organizaciones creadas por estos sectores de base y su relación con la protesta, los científicos sociales de SUR manifestaban sus aprensiones respecto a entenderlas como representantes de las visiones y prácticas de los pobladores, cuando, más bien, eran expresión del sentir partidista de la oposición a Pinochet en las poblaciones. Esta cuestión, ponía el énfasis en el debate –autonomía o dependencia de las organizaciones de base, insistiendo que la extremada injerencia que las ideologías y su aterrizaje en una militancia política determinada, tenían los sujetos más comprometidos que actuaban en las poblaciones. Pretender homogeneizar a partir de esas prácticas el comportamiento social de los pobladores era confundir cuáles eran los elementos que movilizaban a estos actores que, por lo demás –insistía Tironi— estaban lejos de ser representativas del conjunto de visiones existentes en los pobladores<sup>867</sup>. De ahí, por tanto, que sus iniciativas no las considerara como un movimiento social<sup>868</sup>. En efecto, el alto grado de pluralidad que presentan las organizaciones populares –unas reivindicativas, comunitarias y algunas abiertamente contestatarias— hacía evidente para estos autores el alto grado de desarticulación alcanzado por el movimiento poblacional, carente de unidad e integración. Lo que ocurría entonces, era más bien que los militantes comprometidos se apropiaban del concepto general –hablan por todos— sin pretender incluir en el discurso las otras orientaciones existentes, las cuales desconocen<sup>869</sup>. Al mismo tiempo, insistieron en que las protestas nacionales y la consiguiente politización que se produjo en el mundo poblacional no ayudaron a la orientación comunitaria, ya que muchos abandonaron la opción moral –de participar en acciones solidarias comunitarias—, para dar la lucha política.

Así, entendían que “la ausencia de un efectivo movimiento social de pobladores se deriva de la asincronía que hay entre las orientaciones de los militantes (...) y las representaciones, actitudes y opiniones de los pobladores ordinarios, tal cual fueron reveladas en la encuesta SUR”<sup>870</sup>. En definitiva, las preocupaciones de los pobladores se orientaban a satisfacer sus demandas económicas y de seguridad, cuestión que daba cuenta del carácter *defensista* de su conciencia. En esa línea, existía un anhelo de integración social, permaneciendo indiferentes al sistema político y los partidos: “La representación de un mundo solidario cuya propia miseria le hace proyectarse más allá del presente y

---

<sup>866</sup> G. CAMPERO; *Ibid.*, p. 88.

<sup>867</sup> E. TIRONI; “Pobladores e integración social”... *Op. cit.*, p. 74.

<sup>868</sup> V. ESPINOZA, J. MARTINEZ, E. TIRONI; “Formas de acción social en las poblaciones de Santiago”. *Proposiciones* 12, Sur, Santiago, 1986.

<sup>869</sup> E. TIRONI; “Pobladores e integración social”... *Op. cit.*, p. 77.

<sup>870</sup> E. TIRONI; *Ibid.*, p. 78.

comprometerse en una política de cambios radicales es, fuera de duda, una interpretación abusiva de lo que sucede en el medio poblacional”<sup>871</sup>. De ahí que insistan en que lo que se observa en estos espacios de marginalidad es más bien una identidad populista —por su relación con el Estado— que una relación popular de tipo comunitaria. Aún más, los pobladores manifiestan una fuerte adhesión cultural al sistema, señalan, que hace observar que más que revolución o quiebres, piden participación; que más que autonomía piden más ayuda del Estado. En otras palabras, más industria que talleres de auto-subsistencia. Más inserción en la cultura moderna que reduccionismo al mero folklor. Existe una extrema segmentación en el mundo poblacional que hace imposible pensar que los pobladores puedan liderar una movilización social progresista. Al mismo tiempo, la extrema segmentación de la demanda poblacional dificulta una óptima representación en cualquier reivindicación<sup>872</sup>.

La segmentación de los pobladores, concluirá Tironi, demostraba esta falta de unidad proyectual, ya que las diferencias existentes no sólo eran de formas sino también de orientación al punto de ser incluso divergentes entre sí. Entre estas, identifica cuatro lógicas que conducen el comportamiento de los sujetos populares: la reivindicativa —expresada siempre en términos clasistas—; la populista, que dialoga con el Estado en su defensa de sus derechos; una lógica comunitarista, la que efectivamente se concentra en la constitución de mundo de los pobladores como proyecto político, y una tendencia revolucionaria, abiertamente anticapitalista y que aprovecha las contradicciones del sistema para derrocarlo<sup>873</sup>.

Desde una vereda completamente opuesta, un profundo y temporalmente amplio análisis realizó, por su parte, G. Salazar. Convencido en la necesidad de una renovación dentro de la izquierda que dejara de lado los absolutos del marxismo clásico para crear poder popular a través de la inclusión de *los de abajo*, elaboró su investigación respecto a la violencia política popular en el Chile de la segunda mitad del siglo XX. Su tesis central y aplicable para todo el periodo, era que la violencia política popular no había sido nunca en Chile un fenómeno fuera de control, sino, más bien, su aparición estaba suscrita a circunstancias concretas, vinculadas siempre a opciones ideológicas, pero, sobre todo, a “debilidades en la capacidad de integración del sistema político”<sup>874</sup>. En esa línea, el autor insistió en entender a las protestas como un hecho netamente popular, sustentado mucho

---

<sup>871</sup> E. TIRONI; *Ibid.*, p. 79.

<sup>872</sup> E. TIRONI; *Ibid.*, p. 79.

<sup>873</sup> E. TIRONI; “Marginalidad, movimientos sociales y democracia. Op. cit., p. 15.

<sup>874</sup> G. SALAZAR; *Violencia política popular en las grandes alamedas*. LOM, 2ª ed. Santiago, 2006, p. 25.

más en la experiencia de los propios sujetos populares —en este caso los pobladores— que en alguna imposición o táctica impuesta por los partidos políticos<sup>875</sup>.

Su análisis entrega una novedosa y sugerente explicación sobre la aparición del fenómeno de protesta. Plantea, en ese sentido, que las fuerzas subterráneas de reorganización que impulsaron a la masiva protesta en 1983, se debieron principalmente a la propia transformación que realizó la dictadura; la desarticulación efectuada al estado desarrollista existente en Chile desde 1938, convirtiéndolo en garante de nada, provocó que la histórica descarga que los sujetos populares realizaban en el estado se volcara sobre los propios hombros del movimiento social popular. Este hecho explicaría, la fuerza de un movimiento que junto a la mencionada política de desmembramiento de la sociedad, había perdido de forma trágica a su máximo líder, S. Allende<sup>876</sup>. Fue, precisamente, ese replanteamiento, esa necesidad de reconstruir sin ayuda del estado la propia identidad, el trasfondo en el que se edificó la acción colectiva durante la dictadura: un trasfondo netamente comunitarista, local, plagado de solidaridades, de un marcado carácter vecinal y posicionado en contra del estado agresor<sup>877</sup>. Sólo entendiendo este proceso de transformación de los sujetos sociales (y que acabó de paso con la clientelización histórica de éstos al estado y los partidos políticos), es que Salazar puede entender el alto grado de resistencia que presentó el mundo popular para soportar la dura represión que a lo largo de veintidós protestas padecieron<sup>878</sup>.

Retomando el asunto de la autonomía del movimiento popular chileno, conviene detenerse en la constitución —propia— del sujeto popular que identifica Salazar en este periodo. Al respecto, observa que la actuación de estos sujetos desde disposiciones subjetivas, constituciones culturales con una predisposición a la entrega total y a principios valóricos sólidos, permite la aparición de una “nueva cultura popular”. Ésta, abarcó e integró —en un solo sistema de acciones directas— una gama de posibilidades movimentales, que iban desde valores universales del simple derecho a la vida, hasta los valores tecnologizados de la guerrilla o el terrorismo urbano”. En definitiva, posibilitó que todos los elementos insertos en esta nueva cultura se convirtieran en armas de lucha. Esta capacidad

---

<sup>875</sup> G. SALAZAR; *Ibid.*, p. 16.

<sup>876</sup> G. SALAZAR; *Ibid.*, 280.

<sup>877</sup> G. SALAZAR; *Ibid.* 285. Cfr. E. VALENZUELA; *La rebelión de los jóvenes (un estudio sobre la anomia social)*. Editorial SUR, Santiago, 1984.

<sup>878</sup> El número de protestas es algo difícil de determinar ya que no existe un acuerdo tácito sobre el tema. Así como Salazar identifica 22 entre 1983 y 1987, Moulian y otros autores utilizarán como fin del ciclo la declaración del Estado de sitio de septiembre de 1986 —luego del frustrado atentado al dictador—, teniendo entonces como último referente de acción colectiva del paro del 2 y 3 de julio de 1986. Si está claro el número de víctimas caídas en este tipo de manifestación; la Comisión de Verdad y Reconciliación determinó que 141 personas murieron en dicho contexto. Comisión Nacional de Verdad y Reconciliación. Tomo II página 1076, publicación electrónica; [http://www.ddhh.gov.cl/ddhh\\_rettig.html](http://www.ddhh.gov.cl/ddhh_rettig.html).

de adaptación y transformación fue –señala Salazar- lo que llevó al régimen a una permanente sensación de acoso, que entendió como igualmente peligrosas marchas por la paz y simple música contestataria aparecida en la época<sup>879</sup>, o las bombas y acciones subversivas realizadas por extremistas<sup>880</sup>.

Respecto al valor de la protesta, para Salazar resultan fundamentales no solo por la crisis que despierta en el sistema, sino y sobre todo, por convertirse en el fenómeno que, pese a la notoria desarticulación que el sistema neoliberal provocó en estos sectores, se convirtió en el eje principal en el que giraron las principales contradicciones políticas del régimen<sup>881</sup>.

Por otra parte, en cuanto a los convocantes de la protesta relativiza su relevancia. No tanto como fenómeno organizativo sino a la poca trascendencia en la construcción de la identidad del movimiento. En efecto, las movilizaciones de protesta presentaron una forma muy particular y libre en los mecanismos de expresión del descontento (inasistencia de los niños a la escuela, toque de bocinas, cierre de comercio, no hablar en el trabajo, algunas manifestaciones fugaces en el centro de la ciudad –realizada sobre todo por estudiantes universitarios y líderes políticos- y el toque de ollas a una hora fijada previamente por la organización, que daba pie con la complicidad de la noche, de protestar más o menos activamente). En ese contexto, con una dinámica más o menos cómoda (por su diversidad), quien realizaba el llamado era lo de menos. “El poder real de movilización y acción directa radicaba en la base social, no en las cúpulas flotantes que podían emitir la señal”<sup>882</sup>. Si bien compartimos que la fuerza del movimiento lo tuvo la propia acción ciudadana (que en sus inicios fue mucho más transversal y de ahí que la entendamos como ciudadana y no únicamente como popular), no puede omitirse que la reinserción de los partidos políticos, a partir de la fuerza de las protestas, sirvieron para proyectar esa organización, dar forma a una amplia multitud disconforme, y plantear diversas alternativas de acción política en el combate a la dictadura. Otra cosa, es la idoneidad o/y representatividad de ése proyecto que finalmente se vertebra desde los círculos partidarios.

Finalmente, ante la gran pregunta del por qué esta movilización popular no tuvo trascendencia en el tiempo, Salazar responde que se debió, principalmente, a la incapacidad del propio movimiento de pasar “de la protesta a la propuesta”<sup>883</sup>. Su imposibilidad de superar el proceso de rebelión y dar el salto cuantitativo hacia la plasmación de ello en un

---

<sup>879</sup> El icono de la música que se rebela a la realidad social impuesta por la dictadura la representaron el grupo de Rock “Los Prisioneros”. Sobre este tema ver CORREA, S, et., al; *Historia del siglo XX chileno*. Ed. Sudamericana, 2000, p. 312.

<sup>880</sup> G. SALAZAR; *Violencia política....* Op. cit., pp. 285-286.

<sup>881</sup> G. SALAZAR; *Ibid*, p. 279.

<sup>882</sup> G. SALAZAR; *Ibid*, p. 298.

<sup>883</sup> G. SALAZAR; *Ibid*, p. 306.

proyecto popular condenó a la acción colectiva a su paulatina limitación de condicionar a la acción popular a la vía violenta.

El libro de Salazar así como toda la corriente de pensamiento que acompañó al Premio Nacional de Historia, han sido criticados desde varios sectores y distintos puntos de vista – como él bien lo expresa en su prólogo- sobre todo por desestabilizar el proceso de democratización que se estaba produciendo. En primer lugar y desde una perspectiva general, existieron quienes criticaron el dogmatismo presentado no sólo por seguir revalidando el materialismo histórico de Marx tan criticado en pleno proceso de desintegración del comunismo soviético, sino por el posicionamiento abiertamente crítico a la institucionalización que se estaba viviendo en esos momentos, llamando con ello a una eventual insurrección popular en pleno proceso de democratización<sup>884</sup>. En esa dirección se enfatizó la preponderancia que tenía la negociación política como mecanismo siempre más eficaz que las rebeliones<sup>885</sup>. Se argumentó igualmente, que el libro resultaba ser un planteamiento surgido de abstracciones esencialistas, de un intento netamente voluntarista por interpretar al estado como un mero sistema de dominación de clase. A este acusación, Salazar ha respondido de forma muy elocuente: “el concepto de clase popular o pueblo se construyó en función de los múltiples y desiguales actores sociales (...) Precisamente uso la expresión clase popular para recoger la heterogeneidad de actores que salieron a la calle entre fechas señaladas y las distintas conductas que algunos de ellos siguieron entre 1983 y 1987”<sup>886</sup>.

Por otra parte, se censuró todo tipo violencia política popular al considerarla extemporánea, criticando abiertamente la orientación revolucionaria dada a las protestas nacionales por un sector de la oposición al régimen. Además, se consideró que la tendencia de los pobladores, de la juventud popular a desarrollar lazos comunitarios para sobrevivir y luchar contra la dictadura constituía una involución anómica, un retorno a fases pre modernas, razones por las que el neo comunitarismo no podía ser útil al proceso de la gran transformación modernizadora que el país necesitaba, debiendo de ser esta vía políticamente desechada<sup>887</sup>. Para Salazar en tanto, el trabajo crítico de los intelectuales que promovieron la transición pactada se orientó por sobre todo, a privilegiar la gobernabilidad del sistema por sobre la participación popular; la paz y equilibrios del presente más que el devenir histórico; la competitividad más que la soberanía popular. “De hecho, entregaron al

---

<sup>884</sup> Las principales críticas realizadas en ese sentido, se pueden apreciar en **T. MOULIAN**; “¿Historicismo o esencialismo?” *Proposiciones* 20, Santiago, 1991, pp. 287-290.

<sup>885</sup> *Ibid*, p. 289.

<sup>886</sup> **G. SALAZAR**; *Violencia política popular... Op. cit.*, p. 19.

<sup>887</sup> **E. VALENZUELA**; *Op. cit.*, **E. TIRONI**; “Marginalidad, movimientos sociales y democracia. *Proposiciones* 14, Santiago 1987, pp. 9-21.

modelo neoliberal lo que nunca, ni el general Pinochet pudieron darle: legitimidad teórica”<sup>888</sup>. Y para ello, se intentó demostrar que la obra del régimen se inscribía en procesos de cambio y transformación de largo plazo, en consonancia con los procesos de modernización y posmodernización iniciados en la segunda mitad del siglo. Este argumento, rescataba el sello modernizador de la dictadura, legitimándola. Pero, también, legitimaba de esa forma la inserción en el sistema. Así, se censuraba a Pinochet como el violador de los DDHH, pero se mantenía intacto el sistema impuesto.

De esta forma, podemos observar que la crítica de Salazar junto con enfatizar los problemas que heredaría la nueva “democracia” por la *instalación*, de acuerdo a las condiciones del régimen, concentró su atención en el fenómeno político-social en el bajo pueblo. En aquellos sujetos que más profundamente debieron sufrir los revolucionarios experimentos económicos realizados por el neoliberalismo en el país<sup>889</sup>.

Pero, no obstante la interesante postura de Salazar, el triunfo electoral de 1988 que puso fin a diecisiete años de dictadura, llevó a los analistas –sobre todo a los defensores del proceso de instalación- a focalizar el análisis de la década de los 80’, en el proceso político chileno, catalogado como “variable principal”, dado el éxito obtenido<sup>890</sup>. Desde esta perspectiva, la movilización social fue entendida como parte de un proceso iniciado a partir de la crisis económica “eminentemente político, caracterizado por la irrupción de la política por sobre cualquier cuestión”, ya fuese ésta social o cultural<sup>891</sup>.

## 2.2 La lucha por la democracia y la idealización del proceso político chileno

Fue en este contexto que apareció, en 1990, una obra coordinada desde Estados Unidos por dos historiadores, pese a que ésta presentó un enfoque mucho más politológico y sociológico como los mismos autores lo reconocen en sus presentación<sup>892</sup>. Para éstos, el periodo 1982-1990, presentó una doble relevancia, desde esta perspectiva; por una parte, puso en jaque a uno de los fundamentos legitimantes más importantes del régimen, la política neoliberal. Por otro, dio inicio a una apertura política que reactivó el protagonismo de los partidos al tiempo generando a su vez una dinámica propia, ajena al control del régimen. Si bien éste logró recomponer la planificación económica a partir de 1985, no pudo hacer lo mismo con su intención de transformación de la sociedad. En ese sentido, los autores insisten que tras la crisis económica de 1982, el régimen dejó de tener completo

---

<sup>888</sup> G. SALAZAR, *Op. cit.*, p. 11.

<sup>889</sup> P. GUILLAUDAT, P. MOUTERDE; *Los movimientos sociales en Chile 1973-1993*. LOM, Santiago, 1998, p. 6.

<sup>890</sup> I. JACKSIC, P. DRAKE; *El difícil camino hacia la democracia en Chile. 1982-1990*. FLACSO, Santiago, 1992.

<sup>891</sup> M. A. GARRETÓN en el prólogo a la edición en castellano. En I. JACKSIC, P. DRAKE; *Ibid*, p. 16.

<sup>892</sup> I. JACKSIC, P. DRAKE; *Ibid*, p. 12.

control del destino del país señalando incluso que en el caso de haber triunfado en el plebiscito de 1988, el régimen no habría podido aplacar la ola democratizadora<sup>893</sup>. Esta profunda trascendencia que presentó este periodo, es por lo que lo consideran como el verdadero proceso de transición a la democracia (en oposición al establecido por el régimen en su constitución de 1980)<sup>894</sup>.

En esa misma línea uno de los autores más productivos en la propia década de los 80' ha sido el sociólogo, M. A. Garretón. Preocupado por las encrucijadas que debía enfrentar la oposición al régimen en su lucha por la democracia, elaboró en distintos artículos y libros un análisis bastante sólido sobre la situación política chilena; fortalezas y debilidades que presentaba la oposición y sus posibilidades de poner término a la dictadura del general Pinochet mediante la acción de protesta. En su diagnóstico, hizo hincapié en el éxito que representó la reconducción de la acción colectiva hacia la arena política. Incluso ha sostenido que fueron las dudas iniciales existentes en la oposición política moderada sobre aceptar o no las condiciones del régimen uno de los factores más importantes que permitieron al general Pinochet mantener el poder durante la etapa de presión política acaecida a partir de 1983<sup>895</sup>.

Garretón señala sobre la movilización social, que existen tres perspectivas posibles de estudio. En primer lugar, cuál era el papel que realmente tuvieron las acciones de protesta en el proceso de democratización; en segundo lugar, cabía analizar (avalado en los análisis políticos de O'Donnell y Schmitter), la verdadera necesidad de la acción colectiva para la restauración democrática, cuestión que se había convertido en eje controversial según hemos visto. Finalmente, una tercera perspectiva consistía en analizar el carácter de las protestas nacionales, y si acaso representaron la expresión de un nuevo tipo de movimiento, con nuevos actores que sentaban las bases para una nueva relación entre la política y la sociedad<sup>896</sup>. Estas tres interrogantes, permitían —al mismo tiempo— diferenciar dos procesos que aunque podían interrelacionarse, respondían a cuestiones completamente distintas. En ese sentido, la recomposición de la sociedad debía diferenciarse de la transición formal a la democracia. Ésta última “implica medidas específicas (...) planeadas para poner fin al gobierno militar”<sup>897</sup>.

Desde esta perspectiva, Garretón entendió que las protestas nacionales transformaron la dinámica existente hasta ahí, no obstante resultaron incapaces de posibilitar el fin del

---

<sup>893</sup> I. JACKSIC, P. DRAKE; *Ibid*,

<sup>894</sup> I. JACKSIC, P. DRAKE; *Ibid*, p. 23.

<sup>895</sup> M. A. GARRETÓN; “Movilización popular bajo el régimen militar en Chile: de la transición invisible a la democratización política”. En S. ECKSTEIN (Coord); *Poder y protesta popular. Movimientos sociales latinoamericanos*. Ed. Siglo XXI, México 2001, p. 294.

<sup>896</sup> M. A. GARRETÓN; *Ibid.*, 293.

<sup>897</sup> M. A. GARRETÓN; *Ibid*.

régimen. Las protestas se explicaban por la conjunción de tres elementos que resultaron fundamentales; el carácter multclasista que presentó el movimiento; la relevancia que el convocante fuese el sindicato más importante de Chile, lo que entregó legitimidad a la convocatoria. Finalmente, las heterogéneas formas en las que se llamó a protestar, posibilitaron la implicación de una base amplia en el desafío. Esto último se tornó fundamental al incluir a importantes sectores medios de la sociedad en el acto, factor fundamental para impedir una matanza, señala<sup>898</sup>.

La aparición de las protestas develó la subterránea construcción de nuevas identidades sociales, que lograron forjarse pese al esfuerzo del régimen por eliminarlas. La relevancia que presentaron los jóvenes –tanto pobladores como estudiantes universitarios–, resultó fundamental según el sociólogo en la paulatina aparición de espacios de expresión y resistencia de la sociedad civil. Espacios creados por grupos mucho más dispuestos a confrontar al régimen que otros menos dispuestos al riesgo que implicaba adherir a este tipo de manifestación<sup>899</sup>. Este hecho provocó el cambio de la relación entre estado y sociedad civil, materializado en la propia pérdida del miedo que implicó la salida a protestar que derivó en la mencionada recomposición social. Este proceso que trajo consigo la rearticulación de una opinión pública, de nuevos actores, Garretón lo denominó como “*la transición invisible*”<sup>900</sup>.

Ahora bien, estos tres elementos mencionados anteriormente, no se presentaron de igual forma en las sucesivas protestas. Ello redundó en las limitaciones que presentó el movimiento en el tiempo. El paulatino aumento de la violencia producido por la represión en los sectores populares –hecho que alejó definitivamente a los sectores medios– y el relevo de los partidos políticos de la Confederación de Trabajadores del Cobre (CTC), provocaron la intermitencia de éstas. Es más, las ya mencionadas diferencias estratégicas en la oposición política sirvieron para fragmentar a la heterogénea multitud que claramente presentaba motivos e intenciones muy distintas para protestar. En ese sentido, Garretón ha sido tajante al criticar las posiciones políticas que concibieron a la protesta como única estrategia de la oposición, ya que permitieron el reposicionamiento de la dictadura. Este error estratégico, fue uno de los motivos fundamentales por lo que Pinochet pudo

---

<sup>898</sup> M. A. GARRETÓN; *ibid.* p. 301.

<sup>899</sup> De la misma opinión es A. Jocelyn-Holt quien mucho más que una crisis económica ve las protestas como la aparición de una nueva generación mucho más rebelde y menos dispuesta a aceptar a la dictadura. En A. JOCELYN-HOLT; *El Chile perplejo: del avanzar sin transar al transar sin parar*. Editorial Planeta, 1998, pp. 196-197.

<sup>900</sup> M. A. GARRETÓN; *Reconstruir la política. Transición y consolidación democrática en Chile*. Andante, Santiago, 1995.



mantenerse inalterablemente en el poder<sup>901</sup>. Si bien Garretón no desconoce las virtudes ni la relevancia de las protestas, es tajante a la hora del balance:

En primer lugar, las transformaciones estructurales e institucionales establecidas por los militares redujeron, debilitaron y atomizaron el “espacio” de organización de los grupos económicos y sociales. (...) En segundo lugar, los trastornos económicos desplazaron en cierto modo las bases de la movilización de las “clases” hacia las “masas”, es decir, desde los sectores más organizados y formales de la sociedad a lo más amorfos o marginados. (...) En tercer lugar, debido a que la sociedad se había vuelto tan fragmentada, cada sector asignaba su propio significado a la movilización y promovía su propia forma, que, en ocasiones, se oponía a la de otros sectores. (...) [Así] El gobierno militar había cobrado su tributo a la sociedad. Había modificado las relaciones entre el Estado y el sistema de partidos políticos y los movimientos sociales<sup>902</sup>.

Ante estas fundamentales limitaciones presentadas por el MS, el sociólogo establece una clara diferencia –que incluso no duda en llamar relación conflictiva- entre la ya mencionada transición invisible y el proceso formal de transición a la democracia<sup>903</sup>. Éste último, señala, requería de un proyecto político coherente y unitario de la oposición sustentado en la fuerza de la movilización.

En resumen, si bien las protestas posibilitaron un cambio profundo en la realidad sociopolítica del país –se perdió el miedo, el régimen debió modificar sus políticas económicas al menos momentáneamente, y resituó a los partidos políticos en la esfera pública- en ningún caso estaba en condiciones de ser un mecanismo capaz de terminar con la dictadura por sí sola. Por ello es que Garretón insiste en la importancia fundamental la conformación de un proyecto político sólido, unitario y coherente, capaz de permitir aglutinar a una mayoría social que posibilitara a la oposición negociar con el régimen.

### 2.3 Los tiempos de la crítica

Pese a la derrota de Pinochet y el impulso que trajo en investigaciones del proceso político que llevó a la democracia, el transcurso de los años en “eterna transición”<sup>904</sup>, llevó a la aparición estudios que paulatinamente fueron recogieron la crítica vertida por la izquierda durante el proceso de instalación, haciendo evidentes las falencias que presentaba el sistema democrático fruto de las herencias que dejó la dictadura. En esta dirección, apareció el trabajo de dos investigadores franceses. Enfocada específicamente en la movilización social entre el golpe de estado en 1973 y el fin del primer gobierno democrático en 1993,

---

<sup>901</sup> M. A. GARRETÓN; *El proceso político chileno*. Ed. Andrade, Santiago 1987.

<sup>902</sup> M. A. GARRETÓN; “Movilización popular bajo... *Op. cit.*, pp. 307-308.

<sup>903</sup> M. A. GARRETÓN; *Ibid.*, p. 310.

<sup>904</sup> Cfr., con M. A. GARRETÓN; *El proceso político chileno*, *Op. cit.*

analizaba las nefastas consecuencias que el tipo de democratización tuvo en la construcción de una sociedad plenamente democrática.

Los autores manifestaban la necesidad de replantear los problemas que emergieron de la nueva sociedad democrática; observar los amplios espacios de marginación que el sistema neoliberal había dejado en el país, reconociendo la nula intencionalidad de los gobiernos de la Concertación por ampliar las bases de participación y la consiguiente fragmentación de la sociedad, evidenciando de esta forma las consecuencias que la transición pactada tenía en la sociedad postdictatorial.

Desde esta perspectiva, P. Guillaudat y P. Mouterde analizan a la sociedad chilena considerando una premisa no siempre compartida por los numerosos estudiosos de la época: el régimen militar significó mucho más que un lapso que interrumpió la democracia chilena. Fue una dictadura que transformó profundamente las relaciones sociales, la estructura políticas y el sistema económico del país, cambiando radicalmente el sistema de relaciones entre el estado y sociedad<sup>905</sup>. Dicha mutación trajo lo que los autores denominan como “*bidonvilización*” de las clases populares<sup>906</sup>. En esa nueva dinámica, la aparición de un movimiento social como el de las protestas nacionales ya no se entendía en la lógica clásica de la política, sino por una especie de estructuración fundamentalmente de raíz económica y social. No obstante, sitúan el inicio del tránsito a la democracia con el inicio de las protestas nacionales.

En este nuevo escenario, resultaba necesario explicar una de las características más particulares que presentó la protesta y que, de alguna forma, definió su andar en el tiempo. Todos los elementos que dotaron de fuerza y poder a la protesta –como la activa y masiva participación de la sociedad- sirvieron también para certificar sus debilidades, refrendadas en su incapacidad de provocar cambios de fondo. Esta paradójica dualidad fue condición “*sine qua non*” de la movilización chilena contra la dictadura. Y claro, si la protesta ya no era una respuesta a una cuestión netamente política como lo podía haber sido históricamente, sino una reacción ante la crisis económica y sus nefastos resultados en la sociedad, podía entenderse que grupos tan atomizados, marginalizados y desarticulados como aquellos que componían a la sociedad chilena, pudiesen activarse momentáneamente para protestar contra la dictadura<sup>907</sup>.

Dicha condición, también pudo apreciarse en otro aspecto relacionado a la diversa conformación del movimiento. Si bien insisten en la importancia catalizadora de la CTC y

---

<sup>905</sup> P. GUILLAUDAT, P. MOUTERDE; *Los movimientos sociales...*, Op. cit., p. 6

<sup>906</sup> Expresión creada por los economistas europeos para indicar el proceso combinado de empobrecimiento económico, social y marginalización geográfica de los sectores populares. En P. GUILLAUDAT, P. MOUTERDE; *Ibid.*, p. 147.

<sup>907</sup> P. GUILLAUDAT, P. MOUTERDE; *Ibid.*, pp. 147-152.

su líder Rodolfo Seguel en el apoyo de los partidos políticos, gremios, pobladores y clases medias al llamado a protestar, esta diversidad también, a mediano plazo, fue parte importante de sus fracturas. Pasado el *boom* mediático y ante la represiva reacción del régimen, estas distintas partes de la acción colectiva tendieron a disgregarse, preocupándose exclusivamente de sus intereses sectoriales. Lo interesante de esta apreciación es que, según los autores, estas diferencias trajeron al presente las antiguas rencillas sectoriales que habían dividido a los sectores medios y la clase popular durante el gobierno de Salvador Allende<sup>908</sup>.

Una tercera contradicción que presentó el movimiento, fue la confrontación generada entre movilización social –ciudadana, de la calle- y los partidos políticos. Si históricamente los partidos políticos habían sido los representantes de la acción colectiva, la clandestinidad a la que fueron sometidos dio pie para el surgimiento de nuevas formas de liderazgo amparadas en organizaciones sociales. Este cambio rompió con una larga práctica política, que de alguna forma, fue la que intentó ser reimpuesta con la aparición de las protestas. Dicha pugna cobró mayor relevancia cuando las activas manifestaciones sociales de la ciudadanía vieron la necesidad de ampliar su descontento y transformarlo en proyecto político concreto, cuestión que contó con duras resistencias al interior de la oposición. En este sentido, si bien comparten el análisis de Garretón sobre la “transición invisible”, discrepan de su reducida conceptualización de la política como “Estado de Compromiso”, entendiendo esto como el vínculo entre partidos políticos como representante de los intereses de los movimientos sociales, supeditándolos exclusivamente a la lógica partidista<sup>909</sup>.

Finalmente, una última paradoja que presentó el movimiento de protesta se relacionó con su capacidad de presión. A diferencia de las movilizaciones sociales clásicas, la protesta presentó grupos y sujetos completamente distintos. Vinculados a sectores marginados de la población, a mujeres y, sobre todo al mundo juvenil –tanto pobladores como universitarios-, esta característica que permitió dinamizar al movimiento, le impidió a su vez disponer de la capacidad de paralizar la capacidad productiva. Con una crisis económica como la que asoló a Chile desde 1982, una huelga –histórica forma de confrontación y reivindicación de las clases trabajadoras- habría significado poner en jaque a un régimen que deambuló sin respuesta más que la represión durante más de un año. Pero la oposición –ni la sociedad- estaban en condiciones de llegar a ese punto. Si bien la CTC y otros sindicatos lograron una reactivación que les permitió restablecer cierta lucha

---

<sup>908</sup> P. GUILLAUDAT, P. MOUTERDE; *Ibid*, p. 144.

<sup>909</sup> P. GUILLAUDAT, P. MOUTERDE; *Ibid*, p. 145.

reivindicativa, la completa atomización del sindicalismo así como la disgregación de éstos en las nuevas bases impuestas por el régimen, imposibilitaron cualquier opción de ello<sup>910</sup>.

Por esos mismos años, por otra parte, apareció el estudio de un “reconvertido” T. Moulian<sup>911</sup>. Su misma reposición en torno al proceso de transición a la democracia, evidenció el proceso de crítica y relectura que, pasados los primeros años se comenzó a realizar en el país, sobre todo en sectores vinculados originalmente a la concertación de partidos por el NO.

En su *Chile actual: anatomía de un mito* (1997), el sociólogo elaboró un analítico trabajo sobre los últimos 25 años de Chile, intentando iniciar su recorrido desde un presente que, según él, comenzaba en 1980<sup>912</sup>. Este hecho resulta sumamente revelador: se posiciona críticamente ante el proceso que llevó al presente en el que escribe. En él, se sientan las bases del modelo impuesto por la dictadura a través de distintos mecanismos legales que buscaban la proyección de sus valores en la normatividad chilena. Por lo mismo, su análisis intenta ir más allá “de la razón” imperante, de manera de entender a dicho periodo fuera de sus presupuestos generales que concluyen que Chile no tuvo otro camino a seguir durante estos años<sup>913</sup>.

Desde esta perspectiva, su interés por sobre todo está en intentar explicar qué lógicas imperan en la nueva democracia que llevan a que, incluso opositores a la dictadura, apliquen un discurso determinista respecto no sólo al pasado inmediato sino al mismo presente. En ese sentido, el propio título del libro es revelador: el Chile postdictatorial cayó en un funcionalismo ramplón que con la excusa de la gobernabilidad era necesario aceptar. En efecto, la crítica de Moulian se orientó a aquellos que insistieron que para asegurar la estabilidad era preciso omitir y silenciar aquellos dolorosos y traumáticos momentos vividos por el pueblo chileno por más de diecisiete años. ¿Acaso no fue, justamente éste, el mismo discurso que los militares realizaron una vez consumada la “gesta” de restaurar la institucionalidad quebrantada?

Desde dicha posición Moulian inicia un camino que lo lleva a entender el presente como algo más que esa centésima de segundo, solo perceptible por el reloj; un presente continuo, que forja sus bases en la constitucionalidad de 1980 y las hondas transformaciones sociales y culturales que desde finales de la década de 1970’ se imponen

---

<sup>910</sup> La presión sobre los sindicatos después de la convocatoria a la primera protesta fue tal –implicando detenciones, relegamientos y despidos masivos– que a partir de la tercera protesta fueron los partidos políticos los que tuvieron que tomar el liderazgo de la movilización.

<sup>911</sup> Moulian a la hora de plebiscito se posicionó a favor del camino de institucionalización siendo un férreo crítico de Salazar como puede verse en: **T. MOULIAN**; “¿historicismo o esencialismo?”. Propositiones N° 20, Santiago, 1991, p. 284-290.

<sup>912</sup> **T. MOULIAN**; *Chile Actual... Op. cit.*, p. 15.

<sup>913</sup> **T. MOULIAN**; *Ibid.*, p. 16.

en Chile. En dicho presente, la crisis económica y la posterior movilización social que le siguió, son entendidas como inicio de una nueva etapa que caracterizó como “el acoso”. Que si bien logró terminar con la imagen de omnipotencia de la dictadura, desbordándolo por más de un año, no implicó nunca una posibilidad cierta de derrocamiento. Solo fue un pequeño cambio en la subjetividad de las personas<sup>914</sup>.

Con ello no relativiza al movimiento sino más bien, certeramente en nuestra opinión, contextualizó el poder del movimiento en relación a la fuerza a la que intentaba oponerse; una dictadura terrorista que mediante la fuerza logró mantener el control del poder. Ante ello, parecía ingenuo siquiera pensar que en algún momento la movilización social podría haber sido algo más que una acción de carácter expresivo. Es cierto que, como muy bien han demostrado trabajos como los de Salazar, las redes paraestatales crecientes al margen de la ley y, sobre todo, en espacios poblacionales existieron y jugaron un papel fundamental en la reactivación social durante las protestas. Pero no había opción alguna de acabar con la dictadura exclusivamente desde la movilización social. Aunque nos parece que Moulian subestima la potencialidad de la acción colectiva, creemos que su análisis sobre las posibilidades reales del movimiento, desde el punto de vista netamente de estrategia política, es bastante certero. Más aún cuando la crisis socioeconómica que vivió Chile a partir de 1982 y que tanto ayudó a desestabilizar al régimen, terminó siendo manejada de mejor forma por Pinochet que por la oposición<sup>915</sup>.

En ese sentido, Moulian cree que se comete un error de apreciación sobre las protestas. “Las protestas no eran la expresión espontánea de una combatividad incontenible”, sino que estaban estimuladas por los partidos políticos. Ello lo comprueba con el silenciamiento de la sociedad civil –incluso en las poblaciones– cuando, tras la huelga de 1984, el régimen decretó estado de sitio<sup>916</sup>. A su vez, las diferencias al interior de la oposición que podrían ser responsabilizadas de no capitalizar el poder popular, presentaban antigua data, siendo un elemento que ayudó pero en ningún caso decidió el andar de la movilización social.

Por otra parte, se interesa por la estrategia utilizada por la dictadura para combatir a la protesta. Luego de que en un inicio –señala– aplicara desconcertadamente la represión, la dictadura elaboró una doble táctica que resultó muy efectiva (y que demuestra su argumento sobre la mejor apreciación de la dictadura del proceso de movilización social). Si por un lado comenzó a negociar con algunos sectores de la oposición moderada (política y gremial), por otro, implementó una táctica de represión brutal a los sectores populares, de manera de desmovilizar al público en general y convertir la protesta en un enfrentamiento

---

<sup>914</sup> T. MOULIAN; *Ibid.*, p. 277.

<sup>915</sup> Sobre las estrategias del régimen y la oposición ver T. MOULIAN; *Ibid.*, pp. 300-313.

<sup>916</sup> T. MOULIAN; *Ibid.*, p. 299.

entre jóvenes comprometidos –denominados radicales o terroristas- y el estado. La táctica del caiga quien caiga y que Moulian denominó del *baleo*, implicó que cualquiera que quisiera salir –desde el pacífico manifestante hasta el activista organizador- corriera el mismo riesgo. Este hecho da cuenta que el régimen entendió que desmovilizando a los moderados, radicalizando la acción, provocaría la polarización de la sociedad civil ya segmentada por las divisiones políticas de la oposición<sup>917</sup>. A ello se sumó, el decreto de “toque de queda” –que impedía salir al espacio público a cualquiera durante las horas de protesta- convirtiendo el sólo hecho de salir en delito. Estas técnicas sumadas a la táctica política de división, terminaron por fragmentar a la movilización. Protestar se hizo entonces, solo para “comprometidos” y las opciones por negociar o radicalizarse se fueron instalando como únicas alternativas. Además, enfatiza Moulian, pasada la presión inicial y con la paulatina restauración económica, el régimen logró salvar lo único que realmente estaba en juego. El proyecto transformista económicamente neoliberal y políticamente autoritario<sup>918</sup>. Lo fundamental, en todo caso, era que la dictadura logró sobrevivir a la presión social por la mezcla de terror, proyecto, coacción y astucia. Además, para concluir, cualquier esfuerzo realizado dentro de los márgenes impuestos por la dictadura solo terminaron por robustecer “el legado” militar.

Pero, esta nueva etapa abierta por la detención de Pinochet en Londres en 1998, no sólo trajeron nuevas miradas críticas al proceso de democratización. También existieron estudios que enfatizaron en esta dimensión rupturista que conllevó la acción colectiva y, por tanto, dañina para el proceso político de restauración a la democracia. En esta vertiente se encuentra el minucioso y exhaustivo estudio politológico de C. Huneeus. En efecto, su investigación no ha encontrado en las protestas un elemento fundamental como parte del proceso de restauración a la democracia. En su opinión, por ejemplo, las protestas nacionales sólo sirvieron para entorpecer el proceso de diálogo y apertura que había impulsado Jarpa desde el régimen y que había incentivado la AD. Si bien es cierto que reconoce que la movilización social intensificó el proceso de crisis que vivía la dictadura al poner de manifiesto el descontento con la situación de amplios sectores medios, no fue en ningún caso su causante; lo fue más bien la crisis económica. En ese sentido y mirado en perspectiva, se extrae de la interpretación de Huneeus, que el ciclo de protestas obstruyó el diálogo e incitó la dinámica de radicalización que sirvió únicamente para fortalecer la lógica de la guerra incentivada por Pinochet y que, de algún modo, también impulsó el PC. De hecho a este respecto, señala que fueron las iniciativas del PC en el margen –y no otra

---

<sup>917</sup> T. MOULIAN; *Ibid.*, p. 302.

<sup>918</sup> T. MOULIAN; *Ibid.*, pp. 324-325.

cosa- lo que llevó a la radicalización de la violencia en las poblaciones, de modo de forzar a los carabineros a emplear la fuerza<sup>919</sup>. En resumen expresa que “en la práctica, la convergencia de los intereses del PC y del general Pinochet estimularon un clima de polarización que restó espacio a las política de Jarpa y limitó las opciones de la oposición democrática” que por tanto, dificultaron el proceso político-institucional que pretendía acelerar los plazos impuestos por la Constitución<sup>920</sup>.

Retomando la crítica vertida desde la izquierda al proceso de institucionalización, han surgido una serie de estudios que analizan la sociedad chilena en dictadura, considerando los MS y los distintos espacios de resistencias desarrollados durante esta etapa. Algunos lo hicieron desde una perspectiva eminentemente popular, mientras otros se interesaron por aspectos más políticos e ideológicos de la resistencia a la dictadura. En otros casos, el interés se focalizó en los espacios de resistencia a la dictadura enfatizando la particular relación establecida entre organizaciones políticas, resistencia popular y la violencia. En cualquier caso, el nuevo siglo posibilitó la emergencia de nuevas miradas que complejizaron y ampliaron las temáticas acerca de los espacios subalternos en dictadura y los MSs por la democracia. En eso —como bien lo ha enfatizado el trabajo de S. Stern— la detención de Pinochet en Londres, la actuación de las autoridades de gobierno —concertacionista— y la apertura en Chile de causas judiciales por violación a los derechos humanos en su contra, sirvieron para poner nuevamente en la agenda el legado de Pinochet y la actuación de los principales referentes políticos y sociales de esa época<sup>921</sup>.

M. Garcés, por ejemplo, realizó un análisis de los MSs chilenos en el siglo XX, aproximándose a las acciones surgidas durante la dictadura. Para comprender las dinámicas que han imperado históricamente en la acción colectiva chilena, considera necesario analizarlos desde tres perspectivas distintas; en primer lugar, la propia constitución que ha presentado este tipo de acción; es decir, su organización, sus demandas y estrategias predominantes. Al mismo tiempo, es necesario conocer y analizar cómo los movimientos sociales populares (de aquí en más MSP), se han relacionado con la política; sus propias nociones y representaciones de ésta así como los aportes y límites que presentan a los procesos de democratización (social y también política). Finalmente,

y mucho más cerca del presente, será importante reconocer los cambios que se produjeron en el campo popular en el contexto de dictadura y cómo desde los territorios populares, los grupos de base se reorganizaron hasta desestabilizar lo suficientemente a

---

<sup>919</sup> C. HUNEEUS; *El régimen de Pinochet*. Sudamericana, Santiago, 2000, pp. 532-533.

<sup>920</sup> C. HUNEEUS; *El régimen de Pinochet*. Op. cit., p. 533

<sup>921</sup> S. STERN; *Recordando el Chile de Pinochet*. Op. cit., Introducción a la trilogía, pp. 22-23.

la dictadura en los años 80<sup>922</sup> y preparar, si no el camino, al menos las condiciones para el retorno a la democracia<sup>922</sup>.

Respecto a la relación que se da entre MSs y democracia en el contexto dictatorial, Garcés distingue algunas problemática que surgen al analizar dicha relación, ya que no siempre los discursos y prácticas producidos en la sociedad civil han coincidido con la valoración unilateral realizada por el sistema político respecto a este concepto. Las diferencias han sido mucho más profundas si se compara esta visión con las existentes en los sectores populares. La pertinente observación de Garcés hace evidente los límites que la mirada política ha tenido a la hora de analizar la transición a la democracia, al develar las brechas existentes en la sociedad chilena respecto al contenido del discurso que aglutinó al grueso de la oposición, es decir, la lucha por la democracia. Aspectos como la participación y la inclusión quedaron relegados a un segundo orden –e incluso en muchos ámbitos decididamente postergados- en pos de garantizar la democracia electoral. En ese sentido, cabe interrogarse al menos la validez de ciertas estructuras conceptuales que han dado pie a relatos históricos más o menos generalizados que prescinden de estos temas simplificando el complejo sentido que pudo tener la MS contra la dictadura para los distintos sectores de la sociedad. Nos parece, por tanto, que refinar el objeto de estudio y sumergirse en las distintas dinámicas que pudieron presentar distintos grupos sociales se hace necesario, sobre todo, si se quiere analizar en detalle el por qué de esas prácticas en momentos en que las estructuras de sociabilidad –como las relaciones laborales, y, en general, las relaciones del individuo con el estado- estaban siendo completamente modificadas e insertadas en una nueva lógica. Una de las problemáticas que surge, son las generalizaciones sobre esta etapa. Las cuales en alguna medida han omitido las profundas diferencias sociales y culturales que presentaba el país durante esta época. Divergencias además que incidieron directamente en la representación de la realidad y en la construcción de proyectos de sociedad.

Esta cuestión nos sitúa en las formas en que se construyó el relato histórico sobre ése pasado reciente, y las intencionalidades que veladamente pretende. En ese sentido, el triunfo de la democracia impuso la lógica del empate. Aquella que comprendió el golpe de estado como un fracaso de todo el sistema político y social chileno. Y por partes iguales. De ahí también que las representaciones de ése pasado estén casi condicionadas a justificar ciertos actos y equiparar cualquier injusticia. La lógica de la transición en ese sentido,

---

<sup>922</sup> **M. GARCÉS;** “Los movimientos sociales populares en el siglo XX. Balance y perspectivas”. *Revista Política* Nº 43, Universidad de Chile, Santiago, 2004. pp. 13-33, p. 15.



impuso y en muchos aspectos lo sigue imponiendo a día de hoy- el empate táctico. Empate entre vencidos y vencedores<sup>923</sup>.

Pero esta cuestión, no es nueva. Y, de alguna manera, manifiesta la visión idílica y parcial de la realidad elaborada con la intencionalidad de justificar las formas en que se construyó el estado liberal moderno. Vale decir, en otras palabras, ha permitido validar como única, la representación de la realidad esbozada desde las elites<sup>924</sup>. Esa representación, en el caso concreto de la dictadura militar, “produjo efectos de verdad, destacando lo político y omitiendo lo social-cultural, pasando por alto las altas imperfecciones de nuestro sistema representativo”<sup>925</sup>. Falencias históricas por lo demás<sup>926</sup>. De ahí, entonces, que múltiples y complejos aspectos concernientes a la representación de la realidad, los anhelos y sentidos que la lucha por la democracia tuvo en otros sectores de la sociedad, hayan quedado completamente marginados durante la postdictadura.

La democratización política de la que sí podríamos reconocer una larga tradición sobre todo en las elites de la nación, poco ha tenido que ver con las nociones de democratización popular plasmadas en los diversos proyectos impulsados desde la izquierda y enfocados a alcanzar una democratización social y cultural del país que terminasen definitivamente con la histórica marginación de amplios sectores de la sociedad. Así, la lucha por la democracia contra la dictadura no puede ser tomada sólo como un proceso político, ya que esconde problemáticas mucho más complejas que, incluidas en el discurso novedoso del NO a la Pinochet, ocultó necesidades e intereses muy diversos y de larga data de los sectores subalternos. En otras palabras: “la experiencia chilena con relación a la democracia es la historia de una dualidad: la democracia como gobernabilidad desde las elites y la democracia como proceso de democratización siempre incompleto y más con el “deseo de otro Chile”, desde el pueblo<sup>927</sup>.

Muchas preguntas surgen a la hora de analizar el amplio y diverso movimiento opositor que existió durante la dictadura. La democracia como concepto basal de toda la movilización implicó homogeneizar los diversos significados que ello podía implicar en los

---

<sup>923</sup> M. GARCÉS, S. LEIVA; *El golpe en la Legua*. LOM, Santiago, 2003, introducción.

<sup>924</sup> T. MOULIÁN; «El deseo de otro Chile.» En: T. MOULIÁN, *Construir el futuro*, LOM, Santiago, 2002, p. 138.

<sup>925</sup> *Ibid.* El argumento lo ejemplifica con los posicionamientos tomados por los extremos políticos –El MIR, de un lado y la derecha del otro- durante el gobierno de Allende y que impulsó un pronto abandono de la vía democrática como medio para alcanzar sus propósitos. Ello demostraría según el sociólogo la insuficiencia histórica real del sistema democrático.

<sup>926</sup> Cfr. A. VALENZUELA. *El quiebre de la democracia*. Ediciones de la Universidad Diego Portales, 2ª edición. Santiago, 2013. Valenzuela ha sido uno de los defensores de la idea de la tradición democrática que ha caracterizado a Chile en comparación con sus vecinos latinoamericanos tendientes al golpismo y las dictaduras. La mirada de Valenzuela, aunque efectiva desde un prisma práctico, presenta muchos matices y límites. El grado histórico de inclusión que presentó la democracia en Chile, pone de manifiesto esos límites; la democracia sólo fue para algunos y sus beneficios sólo alcanzaron a una élite, postergando e incluso marginando a amplias mayorías de los beneficios de esa cultura política.

<sup>927</sup> M. GARCÉS; “Los movimientos sociales populares en el siglo XX...” *Op. cit.*, p. 19.

distintos miembros de la oposición. Nos parece evidente, en esa línea que el concepto desarrollado desde las elites políticas y sindicales de la movilización social contra el régimen vivenció lo mismo que P. Winn señala que ocurrió con el proyecto popular durante la Unidad Popular: una coexistencia de discursos insertos en un mismo proyecto pero emanados de distintas esferas de la sociedad y, por ende, con diferentes formas e intenciones<sup>928</sup>. Para el caso de la oposición a la dictadura, existió un discurso formal que se fue fraguando entre las elites partidistas de la oposición al régimen y que buscó obtener la democratización política y electoral; pero al mismo tiempo, se manifestaron otras formas de entender ese discurso. Llenándolo con otro contenido, que hizo visible la emergencia, muchas veces imprevisible, otras discontinua y siempre heterogénea, sin la claridad de un proyecto político definido, de los sectores populares de la sociedad civil que combatió por el término de un sistema completo que negaba su inclusión. En otras palabras, se luchó por el fin de un régimen sumamente déspota, pero también, por la instauración de un proceso de democratización de todos los aspectos de la sociedad chilena; que concibiera la participación y la inclusión de todos los miembros de la comunidad. Hubo entonces, una lucha por la democracia realizada desde arriba y otra distinta –no obstante presentar muchos puntos en común– realizada desde abajo.

En este contexto, las protestas nacionales producidas entre 1983 y 1986, fueron resultado del lento proceso de rearticulación social que se fraguó en las sombras de la marginalidad, y que sembraron las bases desde las que se construyó el restablecimiento de la democracia alcanzada en 1990. Si bien en este último punto casi la gran mayoría de los analistas han coincidido, no ocurre lo mismo a la hora de establecer quiénes fueron los protagonistas del proceso. Si veíamos que para analistas como Jaksic, Garretón o Brunner, la relevancia recayó en la reorganización alcanzada por los partidos políticos, para Garcés o Salazar, entre otros, los protagonistas fueron principalmente los pobladores de la capital. Jóvenes y mujeres que activamente se organizaron y protestaron por el fin del régimen.

Finalmente, Garcés sostiene que estas expresiones resultaron eminentemente de carácter expresivo al no existir ni los canales ni las intenciones para crearlos que fomentasen una negociación con el régimen y que vinculara este malestar en un proyecto político alternativo:

Las protestas nacionales si bien lograron hacer visible el malestar de la sociedad y favorecieron la rearticulación del sistema de partidos políticos, no lograron derribar a la dictadura, ni hacer visible y compartido un proyecto político de transformación de la sociedad, que diera cuenta de las nuevas dinámicas de los nuevos movimientos

---

<sup>928</sup> P. WINN; *Tejedores de la revolución. Los trabajadores de Yarur y la vía chilena al socialismo*. LOM, Santiago, 2004, p. 204.

sociales populares. En ese contexto, se impuso una estrategia de salida intra-institucional a la dictadura, bajo predominio de una alianza de partidos políticos democráticos<sup>929</sup>.

Este hecho provocó una división entre la masa popular que protestó y sus dirigentes políticos. Al realizarse la negociación con el régimen, el retorno a la democracia se convertía en un proyecto elitista, que dejaba fuera la posibilidad de alcanzar la inclusión a través de la participación. Los acuerdos llevaron a no modificar la estructura general establecida por la dictadura. Así, se obtuvo la democratización política que aseguraba la “gobernabilidad” de la nación –no así la gobernanza de todos sus miembros-, pero se excluía cualquier opción de crear nuevas bases de integración. El tránsito se produjo entonces hacia una democracia elitista que marginó a la ciudadanía de una participación activa<sup>930</sup>. Ello porque entendió a ésta como débil, concentrando en el estado la construcción de la nueva sociedad postdictatorial<sup>931</sup>.

En cuanto a las organizaciones populares, un interesante trabajo realiza P. Oxhorn, quien plantea la relevancia de este tipo de organizaciones durante la dictadura militar<sup>932</sup>. Para el autor, una de las paradoja que dejó el Chile dictatorial –y su prolongación postdictatorial<sup>933</sup> - fue el incentivo que representaron para la organización popular autónoma, las políticas desestructurantes y represivas que aplicó la dictadura de forma permanente a este sector de la población. Esta cuestión fue un hecho relativamente novedoso ya que si bien los sujetos populares habían adquirido progresiva relevancia y protagonismo a lo largo del siglo, su acción –e incluso sus identidades- habían estado supeditadas a la influencia de los partidos políticos. En efecto, la dictadura posibilitó que estas organizaciones presionaran al estado buscando incidir en el curso de la política. Es más. Cree que fue este impulso el que permitió la construcción de un actor social nuevo, materializado en las organizaciones populares. La multiplicidad de funciones que tuvieron éstas (políticas, de subsistencia, reivindicativas, etc.) fue un rasgo distintivo que respondía a la exclusión política, social, económica y cultural a la que se vieron sometidos estos sectores, siendo por tanto un espacio que incentivó de alguna manera la construcción de una identidad colectiva focalizada en *lo popular*<sup>934</sup>.

---

<sup>929</sup> M. GARCÉS; “Los movimientos sociales populares...” *Op. cit.*, p. 29.

<sup>930</sup> T. MOULIÁN; «El deseo de otro Chile.», *Op. cit.*

<sup>931</sup> M. GARCÉS; “Los movimientos sociales populares...” *Op. cit.*, p. 30.

<sup>932</sup> P. OXHORN; *Organizing civil society: The popular sector and the Struggle for democracy in Chile*. University Park: The Pennsylvania State University Press, 1995.

<sup>933</sup> Si la dictadura posibilitó la organización autónoma, señala, la democracia –en teoría mucho más garante de la protección de estos espacios- los desarticuló.

<sup>934</sup> F. OXHORN; “La paradoja del gobierno autoritario: la organización de los sectores populares y la promesa de inclusión”. *Política* 43, Primavera 2004, pp. 57-83. La referencia en p. 60.

Respecto a lo que entiende por este concepto, (y respondiendo de alguna forma a los críticos de esta apreciación) insiste que el abandono al que se ven sometidos estos sectores obliga a reforzar los lazos existentes que se materializan en la organización social. Es, efectivamente en la organización y en las estructuras que las conforman, donde mejor se va personificando esta identidad. La identidad popular, en este caso, se sostiene en el carácter vecinal –pilar de las relaciones sociales de este tiempo- que manifiestan el nexo con la comunidad a través de una historia común, valores compartidos y una solidaridad recíproca. En efecto, mientras otras formas de organización y participación –como partidos o sindicatos- estaban prohibidos, el vecindario y su sistema de relaciones, se convirtió en un espacio que forjó un tipo específico de relación social amparado en la cotidianidad que fomentaban estas mismas organizaciones. La noción de vecino, entonces, se compuso de cinco aspectos “ideales” según el autor: comunidad, acción colectiva, participación, pluralismo y autonomía. Que a su vez se interrelacionaron de forma dispar según caso y lugar y momento<sup>935</sup>.

Asimismo, las protestas para Oxhorn, materializaron un interesante proceso de transformación que vivieron las organizaciones sociales populares<sup>936</sup>. Si originalmente se habían constituido en solidaridad con los oprimidos y como mecanismo de subsistencia, tras un periodo de consolidación (1978-1981), éstas habían adquirido un nuevo sentido luego de su multiplicación tras la crisis económica de 1982 que permitió fortalecer nuevos actores políticos y sociales, como bien señala M. A. Garretón<sup>937</sup>. No obstante, las protestas nacionales no fueron en sí mismas las encargadas de conformar esa identidad que ya se venía gestando desde antes en el microespacio social (de hecho, sostiene, tampoco pudo alterar su curso el cual se mantuvo independiente de la MS). Más bien se encargaron de acelerar este proceso de conformación, visibilizándolas además en la esfera pública<sup>938</sup>. En otras palabras, las protestas nacionales y la participación popular en el MS contra la dictadura representó más bien, la existencia de una identidad –de una cultura política o proyecto político- popular que se resistía abiertamente a las lógicas que el estado autoritario estaba intentando imponer.

Finalmente, en el último tiempo, han aparecido una serie de trabajos preocupados de las formaciones de izquierda que vivenciaron la disputa ideológica interna durante la movilización social acerca de combatir a la dictadura a través de las armas o aceptar las condiciones del régimen e insertarse en la oposición moderada. En esa línea, se encuentran

---

<sup>935</sup> F. OXHORN; “La paradoja del gobierno autoritario...” *Ibid*, pp. 60-61.

<sup>936</sup> F. OXHORN; *Ibid*, pp. 67-74.

<sup>937</sup> M. A. GARRETÓN; *Reconstruir la política... Op. cit.*

<sup>938</sup> F. OXHORN; “La paradoja del gobierno autoritario...” *Op. cit.*, p. 73.

trabajos como los de A. Riquelme, R. Álvarez y C. Moyano, o L. Rojas Núñez, por mencionar los más exhaustivos y en los que se establece un vínculo entre la política partidista, la protesta popular y la violencia política. Ya mencionábamos anteriormente, a su vez, la aparición de numerosos trabajos de licenciatura o fin de grado que se han interesado por el movimiento social –y concretamente de las protestas nacionales- contra la dictadura militar, intentando abordar nuevas problemáticas y enfoques respecto al tema.

Desde una dimensión político-ideológica, A. Riquelme se interesa por el PC chileno y su política de insurrección de masas, para analizar cómo un partido capital en la lucha contra la dictadura quedó finalmente en una posición tan marginal en el entramado democrático. En ese sentido, profundiza en los aspectos ideológicos que hicieron “posible poner fin a la dictadura y, sin embargo, configurar una democracia severamente limitada hasta la actualidad”<sup>939</sup>.

Respecto a las protestas, manifiesta concretamente que las diferencias cupulares –sobre todo entre DC y PC- marcaron desde un inicio la movilización<sup>940</sup>. No obstante y más allá de las divergencias, fue el trabajo conjunto y la convergencia en la acción opositora de sus dirigentes sociales, en los ámbitos sindical, vecinal y estudiantil, lo que finalmente se impuso y permitió dar sustento en el tiempo a las protestas nacionales. De hecho, expresa, el rotundo éxito que representaron llevó a amplios sectores de los partidos de oposición a creer inicialmente que ésta podía ser efectivamente una herramienta para provocar la salida de Pinochet<sup>941</sup>. En ese esquema, la represión jugó un papel fundamental; no sólo para retraer a la acción moderada sino porque radicalizó las posiciones. En efecto, la aparición del Frente Patriótico Manuel Rodríguez (FPMR), brazo armado del PC, estuvo fundamentalmente conformada por jóvenes de sectores bajos que observaban impotentes el abuso del régimen con los sectores populares. Precisamente, insiste Riquelme, fue la violencia lo que incentivó a cientos de jóvenes a combatir por las armas a la dictadura<sup>942</sup>. Ahora bien, un aspecto que nos interesa rescatar de la visión del historiador es su consideración del balance que existía entre estas tendencias al interior de la oposición. Para Riquelme, el grueso de la oposición que se movilizó y participó de distintas formas en la protesta, se mantuvo en el intersticio existente entre la opción moderada dispuesta a negociar con el régimen y la vía armada auspiciada por los sectores de la izquierda más

---

<sup>939</sup> A. RIQUELME; *Rojo atardecer. El comunismo chileno entre dictadura y democracia*. Centro de Investigaciones Barros Arana, DIBAM, Santiago, 2009, p. 30.

<sup>940</sup> Riquelme se refiere al cambio de estrategia que finalmente se impuso y que suspendió el llamado a paro que originalmente se había ordenado desde la central sindical, para cambiarlo por una forma mucho más moderada y abierta de expresión; la protesta.

<sup>941</sup> A. RIQUELME; *Rojo atardecer...* Op. cit., p. 125.

<sup>942</sup> A. RIQUELME; *Ibid.*, p. 128.

radical. Es decir, una amplia mayoría activamente movilizada no dispuesta a dar tregua a la dictadura –no aceptar sus condiciones- pero opuesta al mismo tiempo a la vía armada<sup>943</sup>.

En lo que referente al PC durante este periodo, nos interesa confrontar la apreciación de Riquelme a la elaborada por otros dos investigadores preocupados del PC durante la dictadura, ya que evidencian las diferencias que existieron al interior de la oposición a Pinochet y más concretamente al interior mismo del partido. En este sentido, Riquelme ha insistido en indicar la política de insurrección de masas como una “involución ideológica” alejada de las lógicas históricas que caracterizaron al partido en el siglo XX. Asimismo, enfatiza la miopía que genera la influencia soviética en su diagnóstico de la realidad chilena durante los 80’ al tachar la situación como una etapa de “maduración de un proceso revolucionario”, cuando la reactivación de las protestas se había producido por el repudio masivo a la muerte de los tres profesionales degollados por la dictadura. Chile no estaba preparado para una sublevación nacional. Por eso, subraya:

La política de derrocar a la dictadura mediante una sublevación nacional que recurriera a todas las formas de lucha, incluyendo la violencia organizada, se estrelló contra la subordinación monolítica de la FFAA al régimen pinochetista y también contra la reticencia de la gran mayoría de la sociedad civil movilizada –incluyendo a los sectores populares con excepción de un segmento juvenil radicalizado- a involucrarse en acciones armadas<sup>944</sup>.

En oposición a este posicionamiento, se encuentra la investigación de R. Álvarez. A diferencia de lo planteado por Riquelme, entiende la política de Rebelión Popular del PC, como fruto de la experiencia y la subjetividad que vivieron los militantes comunistas al interior de país durante su clandestinidad, además de la reconfiguración que le entregaron nuevas oleadas de jóvenes comunistas a la militancia del PC<sup>945</sup>. En esa línea, su estrategia de rebelión popular no se sostuvo en una posición monotonizante –como lo categoriza Riquelme-sino resultó ser el fruto de intensas discusiones y debates al interior del partido. Esta intensa discusión estratégica acerca de cómo combatir a la dictadura permite al autor insistir en la idea de asistir al interior del PC a un interesante proceso de *renovación* al interior de la izquierda, negando así la exclusividad de la renovación socialista que también se produce por aquellos años<sup>946</sup>.

Desde esta perspectiva, señala que las protestas nacionales se convirtieron en un espacio en el cual la política de rebelión popular del partido pudo adquirir un carácter de

---

<sup>943</sup> A. RIQUELME; *Ibid*

<sup>944</sup> A. RIQUELME; *Ibid.*, pp. 134.

<sup>945</sup> R. ÁLVAREZ; “Clandestinos. Entre prohibiciones públicas y resistencias privadas. Chile 1973-1990” en C. GAZMURI, R. SAGREDO; *Historia de la vida privada*. Vol III. Taurus, 2007.

<sup>946</sup> R. ÁLVAREZ; *Arriba los pobres del mundo. cultura e identidad política del Partido Comunista de Chile entre democracia y dictadura. 1965-1973*. LOM, Santiago, 2011, p. 24.

masas. Es decir, que más allá del eventual aislamiento que la vía militar pudo traerle a nivel directivo y partidario, el PC siguió teniendo una injerencia de gran magnitud en la sociedad a través de esta política y su intervención en las organizaciones sociales que se consolidaban por esos años de resistencias<sup>947</sup>. De hecho, reitera, fue su preocupación por incentivar y acercar la política del partido a las masas, lo que llevó a convertir al partido en un referente fundamental de la política, sobre todo en los espacios marginales de la sociedad chilena.

Finalmente, nos interesa rescatar un conjunto de investigaciones que se han preocupado de analizar los procesos políticos de esta etapa, abordando algunos aspectos no explorados por la historiografía y que dicen relación con las organizaciones subversivas que intentaron resistir militarmente a la dictadura militar. Son los casos de los trabajos de C. Pérez, I. Goicovic, C. Moyano y L. Rojas Núñez, por citar algunos ejemplos<sup>948</sup>. Lo fundamental que nos interesa rescatar de las interpretaciones que se realizan desde esta vertiente de la historiografía, dice relación con el valor popular que adquiere la defensa armada a la dictadura. Es efectivo que desde 1980, la política oficial del Partido Comunista (PC) llevó a la insurrección social por todos los medios, legitimando la lucha armada como defensa del pueblo chileno, pero no es menos cierto que esta política sólo cobró relevancia cuando los otros caminos –de diálogo primero, intensificación del conflicto a través de la organización sindical, después– fracasan<sup>949</sup>. Es decir, al menos desde la perspectiva del PC, la vía insurreccional fue la última estrategia a considerar, luego de los fracasos que otros mecanismos tuvieron. Esta cuestión, con muchos matices tuvo un desigual itinerario en las distintas organizaciones.

Para llevar adelante esta táctica, en un contexto abiertamente represivo, las organizaciones subversivas se nutrieron de un contingente fundamentalmente de jóvenes – en algunos casos pobladores pobres sin posibilidades ciertas de inserción en el sistema, en otros activos militantes que se forman en Cuba y vivencian la guerrilla en Centroamérica, fundamentalmente en Nicaragua<sup>950</sup>– que se convirtieron en los encargados de poner en

---

<sup>947</sup> R. ÁLVAREZ; “Aun tenemos patria ciudadanos. El partido Comunista de Chile y la salida no pactada de la dictadura”. En: V. VALDIVIA, J. PINTO, R. ÁLVAREZ; *Su revolución contra nuestra revolución*. Tomo II, *Gremialistas versus marxistas*. LOM, Santiago, 2008, pp. 43-45.

<sup>948</sup> C. MOYANO, *El MAPU durante la Dictadura. Saberes y prácticas políticas para una microhistoria de la renovación socialista en Chile. 1973-1989*. Ediciones Universidad Alberto Hurtado, Santiago, 2010; C. PÉREZ, P. POZZI (Editores); *Historia oral e historia política. Izquierda y lucha armada en América Latina, 1960-1990*. LOM, Santiago, 2012; en este libro se incluye una interesante investigación sobre el MIR: I. GOICOVIC; “El Movimiento de Izquierda Revolucionaria (MIR) y la irrupción de la lucha armada en Chile, 1965-1990”; L. ROJAS NÚÑEZ; *De la rebelión popular a la Sublevación imaginada. Antecedentes de la historia política del Partido Comunista y del FPMR 1973-1990*. Op. cit

<sup>949</sup> C. MOYANO; *El MAPU... Op. cit.*, fundamentalmente pp. 393-420.

<sup>950</sup> Un relato del proceso de formación de cuadros y de la experiencia centroamericana puede encontrarse en: L. ROJAS NÚÑEZ; *De la rebelión popular... Op. cit.*, pp. 89-154.

práctica la resistencia militar a la dictadura. La represión, la impotencia y las escasas oportunidades de inserción para estos sectores actuaron, en definitiva, como estímulo para su vinculación a estos proyectos insurgentes. Esta cuestión, a nuestro parecer, resulta fundamental de considerar. Sobre todo porque permite situar la práctica revolucionaria durante la década; en otras palabras, cubrir de significados el accionar de cientos de jóvenes chilenos que intentan –a través de las armas- luchar por la democracia. En ese sentido, más allá de la directriz ideológico-partidista, nos interesa rescatar el sentir de quiénes conformaron, dieron vida y contenido –una autentica razón de ser- a esta estrategia de resistencia, que estuvo estrechamente vinculada al mundo popular. Sobre todo porque fue en estos espacios desde donde vertebraron la resistencia y se camuflaron para evadir a los organismos de inteligencia. Por un lado, y desde una dimensión global, logra observarse la pervivencia del imaginario que generó la revolución cubana en todo el continente y que cobraba renovada vigencia con la experiencia guerrillera en América Central. Una mirada que concebía la opción militar como una alternativa posible e incluso realizable de insurrección revolucionaria popular, nos remite a la idílica ilusión forjada ante este concepto en el seno mismo de la región<sup>951</sup>. De esta forma, la vía armada seguía constituyendo una opción posible y viable como mecanismo de transformación de la sociedad. Máxime cuando el estado se constituía en un organismo terrorista y opresor como era el estado militar chileno. En efecto, el ingreso a Chile de cientos de jóvenes formados en Cuba y que participaron de la guerrilla centroamericana, permite comprender mejor cómo ese universo –para algunos marginal y casi extemporáneo a la realidad de Chile en la segunda mitad de la década de 1980- sigue viva, latente durante esos años. Incentivando y movilizand o la ilusión y la energía de jóvenes muy influidos por el mito del Che Guevara, y que se niega al sometimiento de las directrices que impone el estado autoritario y neoliberal. Por otra parte, este fenómeno se vio acompañado por la desesperanza de la exclusión, la pobreza y escasez de oportunidades que el modelo autoritario en lo político y neoliberal en lo económico y social ceñía a cientos de miles de jóvenes de las poblaciones del país y más concretamente de Santiago<sup>952</sup>. En ese sentido, las imposibilidades de inserción en un país bombardeado por el acceso al consumo, las frustraciones que genera la exclusión, se convierten inevitablemente en un caldo de cultivo vital que, recubierto de

---

<sup>951</sup> Una interesante reflexión general respecto las expectativas que despierta el ideal revolucionario puede encontrarse en **M. GONZÁLEZ ALEMÁN, E. PALIERAKI (coomps);** *Revoluciones imaginadas. Itinerarios de la idea revolucionaria en América Latina Contemporánea*. RIL editores, Santiago, 2013, pp. 11-16.

<sup>952</sup> **I. AGURTO, M. CANALES, G. DE LA MAZA;** *Juventud chilena. ... Op. cit.*; Ver también **C. PÉREZ Y P. POZZI;** *La edad solitaria. Ausencia y sufrimiento* LOM, Santiago, 2012; **C. MOYANO;** *Op. cit.*



nuevas formas de expresión político-cultural, condujeron a cientos de jóvenes a concebir la lucha por la democracia desde una mucho más rebelde, combativa y directa<sup>953</sup>.

A modo de resumen, podemos señalar que la existencia de convergencias así como también de notorias diferencias entre los distintos autores que de una u otra forma han abordado este periodo, evidencian la pervivencia de ése pasado reciente, sumamente actual, vinculado al proceso de movilización social contra la dictadura. O quizás sea –mirado desde una perspectiva más amplia- un presente aún en estado de latencia. Que necesita ser releído, reinterpretado y, sobre todo, reescrito a partir de nuevas reflexiones que busquen superar la lógica dicotómica que ha existido respecto al tema<sup>954</sup>. Incorporando nuevos elementos que incluyan otras subjetividades y representaciones. Que permitan, de otra manera, rescatar la polisemia que constituyó esa lucha por la democracia, superando así la lógica utilitarista (éxito o/y fracaso) para aproximarse a este proceso de movilización. Quizás, de esta forma, se pueda indagar más acerca de la dialéctica que existió entre lo político, lo social y lo cultural, y que sirvió para conformar el acto de protesta más contundente contra la dictadura militar del general Pinochet y que, en nuestra opinión, ha servido para radiografiar a la sociedad chilena durante este convulso tiempo histórico.

### 3. Historia del Tiempo Presente y la revaloración del acontecimiento

Desde un punto de vista etimológico, el acontecimiento representa aquello que ocurre o adviene y que sucede con algún grado de trascendencia para el hombre. A fin de cuentas, lo que se distingue de la trama normal de la vida<sup>955</sup>. Ahora bien, cuando nos referimos al *acontecimiento histórico*, el término se complejiza, adquiere un tono polisémico a partir, sobre todo, de las renovadas reflexiones elaboradas por los historiadores preocupados del estudio del presente. Es más, desde hace unas décadas, se ha venido produciendo una intensa discusión teórica acerca del tema, tanto en su dimensión temporal como cronológica y en el cual el acontecimiento ha experimentado un interesante proceso de transformación en relación a la visión *rankeana* del término. Al respecto, P. Nora ha insistido que una de las cualidades que caracteriza y singulariza a este nuevo tiempo presente y su estudio es, precisamente, su capacidad de construir los acontecimientos que analiza<sup>956</sup>. La enorme injerencia que juegan los medios de comunicación en la construcción mundial de estos y su

---

<sup>953</sup> Sobre algunas de estas cuestiones profundizaremos en los siguientes capítulos.

<sup>954</sup> Una propuesta en esa línea, abordando la historia de la dictadura a partir del estudio de la memoria y sus posibles significados realiza S. STERN; *Recordando el Chile de Pinochet...* Op. cit.

<sup>955</sup> Una interesante sistematización histórica del concepto puede encontrarse en: F. DOSSE; “El retorno del acontecimiento: entre Esfinge y Fénix”. *Historia y Grafía*, núm. 41, D. F. México, julio diciembre 2013, pp. 13-42, pp. 15-16.

<sup>956</sup> P. NORA; “Historia”. En: J Le GOFF, R. CHARTIER, J. RAVEL (dirs.); *La nueva historia*. Mensajero, Bilbao, 1988.

capacidad de inscribirse en un nuevo significado, permiten observar, ha enfatizado Nora, el fuerte sentido histórico de este tiempo presente<sup>957</sup>.

“El acontecimiento —escribió M. Trebitsch, por su parte— es una cuestión constitutiva de toda elaboración teórica de la Historia del Tiempo Presente”<sup>958</sup>. Ya que al igual que la renovación vivida por las ciencias sociales entre los años 70’ y 80’, resitúan la relación entre el hombre y el tiempo. En efecto, los profundos cambios provocados por el proceso de *modernización*<sup>959</sup> —sobre todo en lo concerniente con la percepción del tiempo<sup>960</sup> y su marcada aceleración resultado de los avances tecnológicos y la intercomunicación global— modificaron la subjetividad respecto de las brechas dialógicas y dialécticas con las que concebimos la temporalidad: hoy más que nunca el presente se convierte de forma abrupta en pasado o, de igual forma, el futuro, sin darnos cuenta ya está siendo presente<sup>961</sup>. E. Morin, en ese sentido, ha insistido en la necesidad de trabajar sus tres dimensiones —pasado, presente y futuro— al unísono, es decir, en el presente, terminando con la lógica de entender la relación del historiador con el tiempo como fundamentalmente presente-pasado. La historia —señala— tiene que ser considerada como la ciencia que sitúa en el tiempo todo lo que es humano<sup>962</sup>. De igual forma lo había planteado E. Hobsbawm, al expresar que pasado, presente y futuro formaban un continuo del que debe preocuparse el historiador<sup>963</sup>. Otra disquisición similar, para aproximarse a esta complejidad analítica del presente, la propuso B. Lepetit. Intentando establecer un puente entre el tiempo corto o *eventual* y la larga duración, señaló que a fin de cuentas el tiempo del historiador es aquel presente en el cual se desarrollaba la acción analizada<sup>964</sup>. De esta forma, el historiador se posiciona no tanto para analizar el pasado sino el proceso histórico, es decir, el análisis de un fenómeno en cuanto despliegue en un presente determinado. Como un presente en permanente deslizamiento, el cual se convierte en el centro de gravedad del tiempo histórico<sup>965</sup>.

---

<sup>957</sup> J. CUESTA; *La historia del Presente*, EUDEBA, Madrid, 1993, p. 32.

<sup>958</sup> M. TREBITSCH; “El acontecimiento, clave para el análisis del tiempo presente”. *Cuadernos de Historia Contemporánea*, Núm. 20, Universidad Complutense, Madrid, 1998, p. 29.

<sup>959</sup> S. BAUMAN; *La ambivalencia de la modernidad y otras conversaciones*. Paidós, Madrid, 2002.

<sup>960</sup> J. CUESTA; *La historia del Presente*, *Op. cit.*, p. 11.

<sup>961</sup> H. FAZIO; “La globalización y la intensificación del presente”. En: J. GANDARILLA, et. al; *Contemporaneidad(es)*. Sequitur, Madrid, 2012, pp. 156-157.

<sup>962</sup> E. MORIN; *El Paradigma perdido. Un ensayo de bioantropología*. Gedisa, Barcelona, 1993. Citado en: B. FIGALLO, J. GARCÍA DE CERETTO; *Historia del Tiempo Presente. Historia y epistemología en territorios complejos*. EDUCA, Buenos Aires, 2009, pp. 36-37.

<sup>963</sup> E. HOBSBAWM; *Sobre la historia*. Crítica, Barcelona, 2002, p. 52.

<sup>964</sup> B. LEPETIT; *Le présent de l’histoire*. En: B. LEPETIT; *Les formes d’expérience. Une autre histoire sociale*. Albin Michel, Paris, 1998, pp. 273-298. Citado en G. NOIRIEL, *Sobre la crisis de la historia*. Frónesis, Cátedra Universidad de Valencia. Valencia, 1996, p. 155.

<sup>965</sup> B. LEPETIT; *Carnet de croquis. Sur la connaissance historique*. Albin Michel, Paris, 1999, p. 277. Citado en H. FAZIO; “La globalización y la intensificación del presente”. En: J. GANDARILLA, et. al; *Contemporaneidad(es) Op. cit.*, p.161.

Pues bien, esta interesante revisión proveniente del estudio del presente, ha promovido una profunda renovación epistémica, dando nuevos significados a viejos conceptos, relacionándolos con las complejidades que han caracterizado a la realidad del mundo contemporáneo. En esa dirección, el propio término *contemporaneidad* ha retomado la consistencia de su significado<sup>966</sup>. Simplificado en una etapa más de la división de la historia/tiempo, se tendió a olvidar su complejidad, significado y trasfondo, como expresión de la percepción que tenían los sujetos coetáneos a ciertos acontecimientos respecto a estar frente a una etapa completamente distinta o, en otras palabras, de estar viviendo un nuevo tiempo histórico<sup>967</sup>. La posibilidad de estar situado en una *intersección de la historia* —entre un antes y un después completamente distinto, marcado por hechos específicos que se transforman en verdaderas bisagras del tiempo histórico<sup>968</sup>— reposicionó el valor de estos análisis, al aportar lecturas posibles de y desde ese mismo tiempo, relegitimando también el valor de la subjetividad y el acontecimiento<sup>969</sup>.

En esa línea y aunque alejado de su versión positivista, el acontecimiento ha recuperado su valor analítico, perdido por la influencia de annales, gracias a su vínculo con el concepto de *memoria colectiva* de M. Hallbwachs. Esta relación, señala E. Hernández Sandoica, resitúa su valor, puesto que alimenta la reflexión del grupo en el tiempo, volviendo así a ser considerado crucial en la experiencia historiográfica<sup>970</sup>. De hecho, como plantea J. Aróstegui, son las experiencias que conforman un acontecimiento el objeto de la investigación histórica (al menos del investigador del presente)<sup>971</sup>, convirtiendo, por tanto, esta noción de acontecimiento en el articulador fundamental de lo histórico<sup>972</sup>.

Desde esta mirada, entonces, el acontecimiento se convierte en un vehículo de representación de procesos —sean estos sociopolíticos o socioculturales— semejantes a “una especie de recipiente de significados”. Éstos, enfatiza uno de sus percursores, se hacen *decodificables* a partir del trabajo interdisciplinar, permitiendo al historiador interpretar los distintos sentidos que tienen las experiencias que componen un acontecimiento de acuerdo a

<sup>966</sup> Un interesante estudio que reúne varios trabajos que problematizan acerca del concepto puede encontrarse en: J. GANDARILLA, et. al; *Contemporaneidad(es)*. Sequitur, Madrid, 2012.

<sup>967</sup> J. ARÓSTEGUI; *La historia vivida. Sobre la Historia del Presente*. Alianza/ensayo, Madrid, 2004, p. 32.

<sup>968</sup> E. TRAVERSO; *La historia como campo de batallas: interpretar las violencias del siglo XX*. FCE. Madrid, 2013. Traverso basa su concepto en el “*Sattelzeit*” de Koselleck, para referirse a este cambio en la configuración social y cultural de una sociedad. R. KOSELLECK; *Futuro pasado. Para una semántica de los tiempos históricos*. Paidós, Barcelona, 1993.

<sup>969</sup> J. CUESTA; *Historia del presente*. Eudema, Madrid, 1993, p. 17.

<sup>970</sup> E. HERNÁNDEZ SANDOICA; *Tendencias historiográficas actuales. Escribir historia hoy*. Akal, Madrid, 2004, p. 524.

<sup>971</sup> J. ARÓSTEGUI; “Historia y Tiempo presente. Un nuevo horizonte de la historiografía contemporánea”. En: *Cuadernos de Historia Contemporánea*, Núm. 20, Universidad Complutense, Madrid, 1998, p. 17.

<sup>972</sup> J. ARÓSTEGUI; *La historia vivida... Op. cit.*, p. 94.

los sujetos que las experimentan<sup>973</sup>. Así, podemos, señalar que el acontecimiento adquiere forma en un nuevo sentido; adquiriendo valor más por las huellas que deja a su paso que por las causas que lo provocan, como ya lo había reflejado M. de Certeau<sup>974</sup>.

Siguiendo estas directrices, observamos que la función del historiador se vincularía más que analizar tal o cual acontecimiento, a cómo se construyen éstos en el tiempo y se recargan de significados específicos, los cuales pueden cambiar —experimentando un permanente proceso de resignificación— de acuerdo a las infinitas posibilidades que alcanza el acontecimiento cuando se hace presa del recuerdo<sup>975</sup>. En ese sentido, es fundamental tomar en consideración que el acontecimiento forma parte de estructuras más profundas y de más extensa duración<sup>976</sup>.

Ahora bien, una cualidad que adquiere el acontecimiento bajo este prisma, es que su centralidad también se relaciona con su función como punto de ruptura. Es decir, su valor está en virtud de su incidencia en la transformación de la experiencia de los individuos y cómo ello repercute en la construcción del significado. También de su identidad, como lo insiste en señala Hernández Sandoica<sup>977</sup>. De ahí, entonces, que como ha manifestado J. Aróstegui, el acontecimiento ha pasado a ser entendido “como un momento temporal preciso en la generación del cambio sociohistórico que no coincide con el hecho en sí ni con el ahora”<sup>978</sup>. Su noción va más allá de su acepción etimológica y se convierte, en efecto, en un eslabón de unidad en la trama temporal que se fija en los cortes, en las rupturas y en los momentos —elásticos temporalmente— que marcan un antes y un después en la lógica del tiempo histórico.

De acuerdo a las valiosas contribuciones de la semántica histórica de R. Koselleck y la hermenéutica de P. Ricoeur, el historiador puede aproximarse de manera estructural a los acontecimientos, posibilitando de esta forma una verdadera historia social de ellos. Y claro, si el objeto de estudio se mueve desde el relato tradicional hacia la acción —sustentados en una sociología de la acción—, podemos aproximarnos desde una perspectiva constructivista, que considera al acontecimiento como el resultado de un juego de

---

<sup>973</sup> **F. BEDARIDA**; “Definición, método y práctica de la Historia del Tiempo Presente”. En: *Cuadernos de Historia Contemporánea*, Núm. 20, Universidad Complutense, Madrid, 1998, p. 23.

<sup>974</sup> **M. DE CERTEAU**; *La prise de la parole et autres écrits politiques*, 1994 [1968]. La cita en, **F. DOSSE**; “El acontecimiento histórico...” *Op. Cit.* p. 14

<sup>975</sup> “El acontecimiento recordado no tiene ninguna limitación, puesto que es en sí mismo la llave de todo cuanto aconteció antes y después del mismo”, señala W. Benjamin. Citado en **E. HERNÁNDEZ SANDOICA**; *Tendencias historiográficas...* *Op. cit.*, p. 547.

<sup>976</sup> **J. LE GOFF**; “Retornos en la historiografía francesa actual”. *Historia a debate* n°, 1995, p. 161.

<sup>977</sup> **E. HERNÁNDEZ SANDOICA**; *Tendencias historiográficas...* *Op. cit.*, p. 542.

<sup>978</sup> **J. ARÓSTEGUI**; *La historia vivida. Sobre la Historia del Presente*. *Op. cit.*, p. 93.

interacciones entre una pluralidad de actores y agentes<sup>979</sup>. Es, en ese sentido, que el tiempo vuelve a convertirse en un enigma para el historiador, reevaluando la relación entre presente, pasado y futuro.

Ahora bien, en este esfuerzo por reconciliar acontecimiento y estructura, Koselleck enfatiza que los acontecimientos solo pueden ser narrados, mientras que las estructuras descritas. En esa misma línea, el acontecimiento toma en Ricoeur nuevas dimensiones desde su propuesta hermenéutica. A partir de su noción de tiempo narrado por el historiador —único tiempo en el que se fundamenta el acontecer histórico— señala que el acontecimiento pasa a ser un elemento *sobresignificativo*, que no existe en estado bruto ya que siempre es fruto de la narración, de un discurso, de una representación, “de una construcción narrativa constitutiva de una identidad fundadora”<sup>980</sup>. De esta forma, es la narración —del historiador o de los testigos— a fin de cuenta la que pone en orden y da sentido al acontecimiento. En otras palabras, el acontecimiento está sujeto a la narración y no existe —como no existe la experiencia temporal— en tanto que no es contada. Así, en definitiva, el acontecimiento histórico no existe en tanto no es representado, y, por ende, no existe sin la mediación de la lengua, constituyéndose entonces exclusivamente como reconstrucción.

Para la *Historia del Tiempo Presente*, sin embargo, tanto la estructura como el acontecimiento representan la facticidad de la ficción que los convierte igualmente en concretos y abstractos, ya que todo hecho es considerado pasado. En consecuencia, como señala M. Trebitsch, el acontecimiento puede ser definido como “una estructura diacrónica, con secuencias y escenarios susceptibles de ser tipologizados y comparados: no es la singularidad o el carácter repetitivo eventual lo que caracteriza un acontecimiento, sino el valor y el espesor de sus enunciados estructurales posibles”<sup>981</sup>.

La construcción del acontecimiento, por tanto, enfrenta al historiador con la desaparición de la noción de realidad. Esto dice relación con la idea que no existe observación si no es una observación provocada. El acontecimiento así, pasa a ser deconstruido y reconstruido por la operación histórica. En cualquier caso, con este retorno no es que resurja la psicología si no el análisis de los actores, sus roles; no es que retorne la historia política sino el análisis del poder, del conflicto. En definitiva, no es que vuelva el carácter singular del acontecimiento, sino que emerja la posibilidad de considerar

---

<sup>979</sup> E. NEVEU, L. QUÉRE (Dir.); *Le temps de l'événement*. RÉSEAUX (CNET), n° 75, París, 1995. Citado en: M. TREBITSCH; “El acontecimiento...” *Op. cit.*, p. 33.

<sup>980</sup> P. RICOEUR; *Le retour l'événement in 1789 L'événement*. (Convegno internazionale, Firenze 5-8 giugno, 1989). *Melanges d l'Ecole de Francaise de Rome, Italie et Méditerranée*, t104, 1992-1. Citado en M. TREBITSCH; “El acontecimiento...” *Op. cit.*, p. 35.

<sup>981</sup> M. TREBITSCH; “El acontecimiento...” *Op. cit.*, p. 32.

analíticamente la complejidad de los elementos que componen y dan sentido a un acontecimiento y lo significan. Sobre todo para los actores que los vivencian; sea directa o indirectamente.

Para nuestro caso particular, entender las protestas nacionales desde este prisma analítico, no sólo nos permite deconstruir los hechos para resituarlos, sino que, además, permite analizar este proceso reconsiderado –en perspectiva histórica- su significado en la historia reciente de Chile. Ya no tanto como espacio que posibilita o acelera el retorno a la democracia sino como un ciclo que materializa el proceso de cambio histórico que vive el país en su trama estructural; visibiliza elementos de cambio y otros de permanencia de las estructuras sociales que estaban siendo completamente reformuladas durante estos años. En ese sentido, las protestas nacionales, se convierten en una etapa bisagra de “dos Chiles” significativamente distintos: aquel previo al golpe de estado y ése otro que llegó a la democracia a comienzos de la década de 1990. Pero, igualmente, se puede entender microhistóricamente. Esto es, como el modo de expresión de sentido que tuvo este evento para sus actores.

#### **4. Relato de un acontecimiento histórico. Las protestas nacionales y la derrota política de la movilización social (1983-1987)**

El periodo que va entre 1983 y 1987, estuvo marcado profundamente por la movilización social contra la dictadura. Incluso, mirado en perspectiva, los acontecimientos que anteceden el estallido del 11 de mayo de 1983, permiten comprender mejor cómo se compone el proceso sociopolítico de protesta y resistencia a la dictadura luego del punto de inflexión que marca la crisis económica producida a fines de 1981 y extendida a toda la sociedad a partir de 1982. Ello porque, como señala A. Badiou pre-producen el acontecimiento, convirtiéndose –a posteriori, claro- en una evidente huella del acontecimiento<sup>982</sup>.

En nuestro caso e intentando observar desde una perspectiva microhistórica, preocupada de los elementos cotidianos y contingentes que configuraron la situación social y política de la vida en dictadura, entendemos que el periodo de protestas nacionales, se compuso de tres etapas más o menos clara que se fueron solapando una a otra: una primera de explosión e intensificación del conflicto, experimentada entre mayo y noviembre de 1983, no obstante verse alterada por el diálogo que se abre con el régimen en agosto de ese

---

<sup>982</sup> A. BADIOU; *El despertar de la historia*. Clave Intelectual, Madrid, 2013, p. 87. Al pre-producir el acontecimiento, señala, también se hace manifiesta su condición pre-política.

mismo año. Una segunda etapa, se inicia en agosto de 1983 y perdura hasta la instauración del estado de sitio en octubre de 1984. Ésta se vio caracterizada por la repetición de ciertas variables como el tipo de movilización así como la forma de respuesta de la dictadura; pero, al mismo tiempo, se acompañó por otras prácticas que emergen y se consolidan durante este periodo: la violencia política militar y popular, por una parte, así como los esfuerzos de un sector de la oposición por reconstruir un escenario político —moderado, mediador y conciliador— capaz de sostener y garantizar pacíficamente un tránsito a la democracia. Finalmente, estas derivas —tanto la vía insurreccional como la vía política consensuada con el régimen— fijan en 1986, su año decisivo en la consecución de sus objetivos. Al mismo tiempo, una tercera etapa se inicia con la movilización social de 1985, luego del término del estado de sitio en marzo de ese año, y que manifiesta la consolidación de las variables recién señaladas pero cada vez en una dimensión más rupturista y menos dialogante con las otras alternativas diseñadas en la oposición. El fracaso de ambas, resituará completamente el papel de la movilización a partir del escenario inicialmente diseñado por el régimen, es decir, la contienda electoral de 1988. Este esquema en absoluto perentorio, permite, en nuestra opinión, observar el discurrir de las distintas variables que caracterizaron al proceso tanto en su dimensión política como en su ámbito social e histórico.

#### *4.1 Obertura. Ambiente idóneo: malestar, organización y liderazgo. El 11 de mayo de 1983 y la primera ola de protestas*

Las protestas nacionales fueron un ciclo de activa, multifacética y transversal movilización social contra el régimen militar que logró desbordar todo el sistema de control y represión impuesto hasta ahí a partir del llamado realizado por la Confederación de Trabajadores del Cobre en 1983<sup>983</sup>. La peculiaridad del acontecimiento estuvo en su masividad y diversidad, convocando a sectores que se habían mantenido al margen de cualquier manifestación de disconformidad contra el régimen. Fundamentalmente sectores medios, además de los cientos de miles de pobladores hundidos en la pobreza, se entremezclaron con los grupos más asiduos a expresar públicamente sus demandas (Familiares de Detenidos Desaparecidos, estudiantes en general, organizaciones sociales y sindicales, etc.). Desde esta perspectiva las protestas nacionales tuvieron un carácter activo y otro expresivo, ya que convulsionaron la esfera pública, aceleraron los procesos de

---

<sup>983</sup> Para una visión sinóptica de éstas ver: **G. DE LA MAZA, M. GARCÉS**; *La explosión de las mayorías. La protesta nacional*. ECO, Santiago, 1985. Ver También **A. CAVALLO et., al**; *La Historia Oculta del régimen militar*. Grijalbo Mondadori, mitos de bolsillo, Santiago, 2ª edición, 2001, pp. 398-404, 408-420.

conflictividad social y abrieron espacios para la constitución de actores políticos<sup>984</sup>. Pero también favorecieron la expresión de la sociedad civil, que en múltiples formas y con diversos motivos, manifestó públicamente su malestar con la situación vigente<sup>985</sup>. Fue en ese sentido que la protesta nacional se convirtió en “un hecho originario y originante”<sup>986</sup>. Un verdadero “despertar de la historia” —como posibilidad potencial de transformación efectiva de *la idea* que se impone a nivel de sociedad— en este caso, de la noción de omnipresencia del estado dictatorial<sup>987</sup>. Un cambio radical en la propia subjetividad de las personas que marcó un antes y un después definitivo en la historia de la lucha a la democracia.

Pero las movilizaciones sociales iniciadas el 11 de mayo no sólo hicieron referencia a una coyuntura sectorial como fue el colapso de la política económica, sino de todo el sistema en general, cuestionando por tanto la institucionalización que se había impuesto con la fraudulenta aprobación de la Constitución de 1980<sup>988</sup>. La interacción de una serie de elementos permitieron un cambio en las lógicas hasta ahí establecidas, facilitando la transformación de la subjetividad de las personas y los marcos con los cuales interpretaron su realidad y establecieron su relación con el estado opresor. El régimen dejó de ser omnipresente —porque lo había sido—<sup>989</sup> para la sociedad que, empujada por el empeoramiento en sus condiciones de vida, estalló en un movimiento de protesta sin parangón en la historia de la dictadura. Al mismo tiempo, demostró ante los ciudadanos la falibilidad del régimen que vio desmontado uno de sus principales discursos legitimantes, situándolo, por primera vez, en un escenario de incertidumbre y cierto descontrol<sup>990</sup>. Esta cuestión expandió las vacilaciones desde lo económico a lo político, como lo expresaba la revista Hoy en agosto de 1982, casi un año antes de las protestas<sup>991</sup>. Entre el colapso económico, el político y el social, hubo un solo paso y la incontenible reapertura situó a actores y debates en la esfera pública como no había ocurrido hasta ahí<sup>992</sup>.

La contingencia desde el segundo semestre de 1982 estuvo marcada por la consolidación de tendencias que se venían manifestando tímidamente desde 1980 y que

---

<sup>984</sup> M. A. GARRETÓN; *Reconstruir la política...* Op. cit.

<sup>985</sup> A. LÜNECKE; “Violencia...”. Op. cit., p. 44.

<sup>986</sup> T. MOULIAN; Op. cit., p. 300.

<sup>987</sup> A. BADIOU; *El despertar de la historia*. Op. cit., p. 14. Señala al respecto que la potencialidad histórica de la revuelta está su capacidad de convertir un malestar, una revuelta inmediata en una idea común.

<sup>988</sup> G. DE LA MAZA, M. GARCÉS; Op. cit., p. 17.

<sup>989</sup> S. STERN; *Recordando el Chile de Pinochet: en vísperas de Londres 1998*. Op. cit., 2009, p. 24.

<sup>990</sup> La posibilidad de utilizar la represión como mecanismo legítimo de coacción otorgó a la dictadura siempre un margen de maniobra. Es decir, que pese a las incertidumbres y eventuales debilidades presentadas durante esta etapa, jamás hubo una posibilidad real de ser derrocada.

<sup>991</sup> Revista HOY n°264 del 11 al 17 de agosto, 1982. p. 7.

<sup>992</sup> P. VERDUGO; “Entre el tobogán y el balancín”. Revista HOY n°284 28 de diciembre 1982 - 4 de enero de 1983, p. 15.



conformaban un nuevo escenario sociopolítico, profundamente marcado por el desastre económico. Esta nueva atmósfera se vio reflejada en distintos ámbitos de la vida nacional, aunque hasta el estallido social de mayo de 1983, no tuvieron la fuerza ni la dimensión necesaria como para sobrepasar el control y miedo existente, no obstante pusieron de manifiesto tanto la profunda crisis de legitimidad de la dictadura, como la consolidación de un malestar transversal que paulatinamente reactivó a la sociedad civil.

En un primer sector donde se hicieron visibles estos cambios fue en el escenario político. Si bien desde el acelerado proceso eleccionario para la Constitución de 1980, se había abierto un pequeño margen de acción para algunos políticos opositores — fundamentalmente democratacristianos—, la crisis económica así como la reorganización de los partidos, permitió la emergencia de distintos rostros “históricos” en la esfera pública, pese a la prohibición existente<sup>993</sup>. Desde distintos medios fueron vertebrando una crítica cada vez más estructural acerca de los efectos que la política autoritaria tenía en el país, mientras desde el ala más radical de la oposición se entendía la idoneidad del momento para dar inicio a acciones de resistencia armadas que reforzaran el clima de inestabilidad<sup>994</sup>.

En este marco nació a fines de 1982 el PRODEN (Proyecto de Desarrollo para un Consenso Nacional)<sup>995</sup>, y meses más tarde la Alianza Democrática (AD)<sup>996</sup> que se constituyó bajo la doctrina establecida en el Manifiesto Democrático<sup>997</sup>, puntal de la nueva política de acuerdos que aglutinó a la oposición moderada. Ambas agrupaciones reunieron a un amplio grupo de opositores, excluyendo eso sí al Partido Comunista, vetado por la DC — decisión que acompañó casi todo el periodo dictatorial— sobre todo tras el giro que lo había llevado a legitimar la violencia. En efecto, la aprobación fraudulenta de la Constitución en 1980 así como las permanente negativas de la DC, reposicionaron las visiones críticas al interior del PC a la política antifascista de frentes amplios vigente hasta ahí. Se inició de esa forma un cambio sustancial en la resistencia a la dictadura a través de la política de

---

<sup>993</sup> Durante este periodo estaba en vigencia el receso político que penaba con cárcel o extrañamiento, cualquier tipo de acción que fuese considerada como tal.

<sup>994</sup> Así lo reconocía Gladys Marín líder del PC en el interior a fines de 1981. R. ÁLVAREZ; *Arriba los pobres... Op. cit.*, p. 198.

<sup>995</sup> Este organismo nació el 24 de noviembre de 1982, y su objetivo, fue “buscar alternativas viables que permitieran llevar a cabo un gran consenso nacional entre todos los sectores políticos y desarrollar proyectos que pudieran sacar a Chile de la profunda crisis en la cual estaba inmersa”. Una reseña interesante puede encontrarse en J. LAVANDERO; *El precio de sostener un sueño*. LOM, Santiago, 1997, pp. 60-64.

<sup>996</sup> La Alianza Democrática fue fundada el 6 de agosto de 1983 a partir de la función del Manifiesto Democrático y la Convergencia Socialista. Esta Alianza reunió a diversos partidos políticos opositores a Pinochet que incluyeron al socialismo renovado, a la Democracia Cristiana, al Partido Radical, y a la Derecha democrática o Republicana.

<sup>997</sup> El Manifiesto Democrático fue firmado el 15 de marzo de 1983 y fue firmado, entre otros, por: Patricio Aylwin, Luis Bossay, Gabriel Valdés, Julio Subercaseaux, Hugo Zepeda, Hernán Vodanovic, entre otros, y reunió al diverso sector de la derecha democrática, la DC y el sector más renovado del PS. Ver; Manifiesto Democrático. 15-03-1983. Archivo Histórico Gabriel Valdés, (AHGV), Código, gvs\_1153.

*Rebelión Popular de Masas*<sup>998</sup> que legitimaba todas las formas de lucha como mecanismo de resistencia y combate al autoritarismo militar<sup>999</sup>. La negativa de la DC a conformar espacios comunes llevó posteriormente a la izquierda a aglutinar a sus partidarios en el Movimiento Democrático Popular, MDP, sin contar con la creación —en noviembre de 1983— del brazo armado constituido por el Frente Patriótico Manuel Rodríguez (FPMR).

No obstante las diferencias y pese a la represión ejercida, ahora bajo nuevas formas, el régimen no pudo impedir la emergencia partidaria. Esta, se sostuvo en el trabajo conjunto y la convergencia en la acción opositora de sus dirigentes sociales de base; en el ámbito sindical, poblacional y estudiantil lo que primó fue el acuerdo y la convergencia<sup>1000</sup>. Si bien se establecieron duras sanciones a quienes violaron el receso político<sup>1001</sup>, el errático deambular de la dictadura provocó una notoria pérdida de autoridad que facilitó la acción opositora en el escenario político que se estaba conformando.

Otro aspecto que hizo evidente el cambio en las condiciones imperantes, fue la utilización del espacio público. Hasta antes de la crisis los espacios de participación y práctica política estaban reducidos a la esfera marginal —pero no por ello menos importantes— del barrio. La utilización del espacio público se había limitado exclusivamente para comprometidos y aventureros activistas (sobre todo militantes de Agrupaciones de Familiares de Detenidos Desaparecidos y estudiantes). Y, pese a que fueron estos mismos grupos lo que se atrevieron a desafiar públicamente a la dictadura, sus participaciones ganaron en convocatoria y frecuencia. A partir de 1982, se asiste a un incremento sustancial de distintos tipos de manifestaciones que ya venían realizándose de forma esporádica y circunstancial; esta vez, contando con un numeroso contingente de participantes sobre todo estudiantes y jóvenes en general; marchas de hambre, manifestaciones universitarias<sup>1002</sup> y de organizaciones de Derechos Humanos; protestas

---

<sup>998</sup> La estrategia de Rebelión Popular se fue gestando a partir del pleno de 1977 y consolidada durante la fase previa al plebiscito de 1980. En ella se expresa la inevitabilidad de un conflicto social ante la ceguera del régimen. El Secretario General del PC, Luis Corvalán, sostuvo; “Es el régimen quien crea una situación frente a la cual el pueblo no tendrá otro camino que recurrir a las formas de combate que lo ayuden, incluso la violencia aguda para defender el pan, la libertad y el derecho a la vida”. **T. MOULIAN, I. TORRES**; “Continuidad o cambio en la línea política del Partido Comunista de Chile”. En: **A. VARAS, (comp.)**; *El Partido Comunista en Chile*. Ed. CESOC- FLACSO, Santiago, 1988, p. 467.

<sup>999</sup> Existe una amplia literatura al respecto que presenta y analiza las distintas especificidades que conformó el giro del PC, tanto en su dimensión política como social y militar. Para una visión profunda que reposiciona el giro del PC ver: **R. ÁLVAREZ**, *Arriba los pobres del mundo...* Op. cit; **L. ROJAS NÚÑEZ**; *De la rebelión popular...* Op. cit. Cfr. **A. RIQUELME**; *Rojo atardecer...* Op. cit.

<sup>1000</sup> **A. RIQUELME**; *Rojo atardecer...* Op. cit., pp. 124-125.

<sup>1001</sup> Manuel Bustos, Andrés Zaldívar, Jaime Castillo Velasco y el ya mencionado Podlech, son sólo algunos de los casos en los cuales el exilio y la relegación fueron la forma en que el régimen intentó acallar las duras críticas hacia su gestión.

<sup>1002</sup> Las marchas universitarias contra el régimen fueron las más sistemáticas de todas. Sobre todo desde el comienzo de la crisis. A partir de la revisión de revistas de la época podemos determinar que desde la Universidades se realizaron, en promedio, dos marchas o actos de protesta contra el gobierno, al mes.

sectoriales en las que destacaron los *viandazos* de los trabajadores del cobre<sup>1003</sup> y las marchas de la dirigencia sindical, y huelgas de hambre<sup>1004</sup>, trazaron un escenario distinto que revelaba el cambio que se estaba produciendo. Si desde 1978 se había producido el ya mencionado fin del reflujo, 1982 y la consolidación de la crisis económica, permitieron un incentivo de la acción colectiva callejera<sup>1005</sup>. Ahora bien, lo que diferenció a esta fase *previa* de lo que ocurrió más adelante fue que la reactivación social se plasmó de manera sectorial, careciendo de unidad necesaria, aunque sirvió para poner de manifiesto la reactivación de la sociedad civil en la contingencia política del país.

Fue precisamente en el espacio público donde apreciaron los avances del movimiento sindical. Amparado en el nuevo marco legal del Plan Laboral, fue conquistando pequeños espacios en los que pudo organizar no sólo sus reivindicaciones sectoriales sino también su crítica al sistema. Si bien en 1981 había sufrido un duro revés –cazado por la reforma laboral<sup>1006</sup>– consolidando el desdén opositor y la imagen todopoderosa de la dictadura, desde 1982 la organización sindical realizó múltiples actividades exigiendo cambios de fondo. Se realizaron manifestaciones en el día Internacional del Trabajo por mejoras salariales, bonos y aguinaldos. Obviamente y a pesar del considerable aumento de la fuerza del movimiento sindical, el régimen respondió con suma violencia reprimiendo a los trabajadores que salieron a manifestarse, relegando y exiliando a sus principales líderes<sup>1007</sup>. En cualquier caso y pese a la reactivación indiscutible del mundo sindical, es conveniente aclarar que la atomización padecida así como las normas de la nueva regulación laboral, hicieron evidentes los límites de su accionar. El sindicalismo sólo pudo estructurar un efectivo reclamo a la dictadura a partir de la fuerza que tenía su sindicato más fuerte, el de los trabajadores del cobre.

Un tercer ámbito en que se pudo observar la transformación en el ambiente del país, fue en el desarrollo de los medios de comunicación<sup>1008</sup>. Si bien estos cumplieron un importante

---

<sup>1003</sup> Forma de protestar que tuvieron principalmente los trabajadores del cobre la cual consistía en no asistir a los casinos de las empresas a la hora de comida, manteniendo absoluto silencio en las horas de trabajo y colación, además de desplazarse a pie evitando tomar los buses de la empresa.

<sup>1004</sup> Esta huelga se organizó en la Universidad de Concepción con motivo del nombramiento como Decano de la Facultad de Derecho de dicha Universidad del Abogado Jaime Navarrete, el cual fue nombrado desde Santiago por autoridades gubernamentales. *Revista HOY* Nº265 18-24 de agosto 1982, p. 3.

<sup>1005</sup> Una síntesis periodística puede encontrarse en **M. SALAZAR**. *Las Letras del horror. Tomo II. La CNI*. LOM, Santiago, 2012, pp. 170-172.

<sup>1006</sup> **G. CAMPERO, J.A. VALENZUELA**; *El movimiento sindical en el Régimen Militar chileno 1973-1981*. ILET, Santiago, 1984, p. 336.

<sup>1007</sup> Sobre la reacción del régimen ante los actos en su contra ver: **M. CARVALLO**; “Tiempo de Mano dura”. En *Revista HOY* nº281 8-14 de diciembre, 1982, pp. 7-9.

<sup>1008</sup> No incluimos a la televisión, ya que estuvo completamente coartada, manejada y censurada por el régimen, ante el fuerte impacto de su repercusión. En ese sentido la TV jugó un rol fundamental en la mantención de la imagen de “tranquilidad” en el país. Los canales de la Universidad Católica de Chile y la Universidad de Chile fueron controlados desde las respectivas rectorías primero –que seguían en manos de militares– y posteriormente a través de la censura. Televisión Nacional en tanto, se convirtió en un organismo de publicidad y difusión del régimen. Una

rol a partir de 1977, siendo la única caja de resonancia de las críticas que tenía la oposición política, la crisis económica fortaleció a estos medios y sus argumentos, desatando una intensa crítica que desafió abiertamente el control y la censura impuesta. Se comenzaron a difundir temas hasta ahí relativamente prohibidos que hablaban de la contingencia política y social; se narraban las miserias de millones de chilenos por efectos de la crisis; el drama de los sin casa, el desempleo, o la organización poblacional autónoma<sup>1009</sup>. Revistas como *Apsi*, *Análisis*, *Cauce y Hoy* y de radios como *Cooperativa* y *Chilena*, se convirtieron en espacios fundamentales de difusión de aspectos y ámbitos ajenos a la oficialidad dictatorial<sup>1010</sup>. Pero aún más; la crisis económica trascendió a los medios oficiales en los que se dio un intenso debate sobre los errores y aciertos del régimen y cuales debían ser los caminos a seguir, perfilando —por primera vez— duras críticas al respecto. Cabe señalar, en todo caso, que éstas se realizaban más bien desde una perspectiva netamente coyuntural que enfatizaba el mal manejo político y económico de la crisis pero en ningún caso cuestionaba la legitimidad del régimen ni las estructuras impuestas de las cuales, más bien, seguían siendo fieles defensores.

La prensa en definitiva, jugó un papel fundamental en la consolidación de esta apertura, al visibilizar a través de sus reportajes la compleja situación nacional, difundir las voces críticas, reforzando de manera pública la crisis existente. No sólo en lo económico, también en lo político, realizando una crítica potente a la falta de liderazgo del dictador y su régimen<sup>1011</sup>.

Como señalábamos, a comienzos de 1982, la dictadura perdió sus pilares más importantes en el establecimiento de su legitimidad. La crisis económica desarticuló la imagen de omnipotencia e infalibilidad; luego, esto se vio reforzado por la ineficacia política que generalizó la percepción de colapso y fracaso, sensación que incluyó a sus adherentes. Sólo por mencionar, conviene recordar que entre 1982 y 1984 Pinochet realizó múltiples cambios de gabinete que implicaron abruptos giros en el rumbo económico y político que redundaron en el desconcierto y las dudas sobre su efectiva capacidad de gobernar la crisis<sup>1012</sup>.

---

clara opinión sobre el tema tienen: **S. CORREA, et. al**; *Historia del siglo XX chileno*. Sudamericana, Santiago, 2002, p. 305.

<sup>1009</sup> Un interesante reportaje periodístico respecto a la organización poblacional puede encontrarse en: *Revista HOY*, Nº301 27 de abril al 3 de mayo, 1983, pp. 36-37.

<sup>1010</sup> Una interesante mirada desde dentro al respecto puede encontrarse **P. VERDUGO**; *Bucarest 187*. Sudamericana. Santiago, 1999. Capítulos 7 y 8.

<sup>1011</sup> “Inestabilidad Política”, en *Revista HOY* Nº264 11-17 de agosto, 1982, p. 7-9.

<sup>1012</sup> Entre julio de 1982 y agosto de 1983 se realizaron cuatro cambios de gabinetes. Más que la cantidad de los cambios, importa la diversidad de ministros que pasó por palacio y la diversidad de pensamiento que éstos presentaron. Un ejemplo se dio en la cabeza política del gobierno, el Ministerio del Interior, por donde pasaron en este período, Sergio Fernández connotado gremialista, Enrique Montero, militar y Sergio Onofre Jarpa, de corte

La crisis de liderazgo, en efecto, extendió las críticas que hablaban incluso de un *desgobierno*<sup>1013</sup>. La pugna al interior del oficialismo ante la ineficacia e incoherencia de las decisiones de la dictadura provocaron un intenso debate entre duros y blandos, nacionalistas y Chicago boys que sólo incentivaron las dudas sobre qué camino seguir. Las diferencias al interior del gobierno, además, se hicieron públicas. El Mercurio y La Tercera tomaron parte en el debate, que llegó de inmediato a empresarios y dirigentes otrora fieles a la dictadura<sup>1014</sup>. El “pinochetismo” que se había convertido en una seña de identidad para muchos de sus adherentes, se desarticulaba en cuestión de meses, ante la opaca reacción de su líder a la precaria situación vivida en lo económico, pero sobre todo en lo político. Así lo reseñaba *Análisis* a comienzos de 1983:

En la medida que la situación económica fue tocando mayores sensibilidades, el pensamiento político comenzó a despertar en muchos que hasta hace poco abominaban de él. El gran perjudicado, hasta el momento, ha sido el gobierno. La resta en sus filas ha sido notoria y notable. Hoy por hoy, prácticamente no quedan partidarios incondicionales del general Pinochet<sup>1015</sup>.

Por su parte, las se extendieron a la mayoría de los chilenos. Las protestas protagonizadas en Temuco por empresarios y líderes de la zona como Carlos Podlech, León Vilarín –otrora destacado líder gremial en el golpe de Estado— e incluso los dichos de connotados empresarios de Santiago<sup>1016</sup>, evidenciaron la transversalidad del malestar social por la nefasta conducción de un régimen que sólo atinó a aplicar la represión como mecanismo de control<sup>1017</sup>. En efecto, la violencia fue el único camino que la dictadura siguió aplicando de manera decidida y segura. Nuevas técnicas sirvieron para coartar marchas, protestas y manifestaciones que aumentaban progresivamente al igual que sus convocatorias<sup>1018</sup>. En los barrios pobres, por ejemplo, se incrementó la represión a las

---

mucho más nacionalista. Esa ambigüedad en el rumbo a seguir se plasmó en toda la política llevada por el régimen una vez desatada la crisis económica.

<sup>1013</sup> La prensa opositora recalcó este concepto. El término fue incluso utilizado por el Cardenal Silva Henríquez. En revista *HOY* N°264 del 11-17 de agosto 1982, p. 15.

<sup>1014</sup> La disputa más sabrosa la tuvieron Jaime Guzmán y Alvaro Puga. Éste último, realizó un fuerte ataque al líder gremialista desde su columna del diario La Tercera, catalogando a los gremialistas como “ratas que abandonan el barco”, en alusión a los dichos de Guzmán hechos en el diario El Mercurio sobre “no sentirse de derecha”. Esta disputa es sólo una de las muchas que aparecen en la prensa oficial. *Revista HOY* n°279 del 24-30 de noviembre, 1982, pp. 11-13. Para un análisis más detallado del conflicto entre duros y blandos por esta época ver; **C. HUNEEUS**; *El régimen de Pinochet. Op. cit.*, pp. 506-508.

<sup>1015</sup> **F. POZO**; “¿La oposición a la cancha?”. *Análisis* n°55, marzo 1983, p. 21.

<sup>1016</sup> Angel Fantuzzi dueño de ASIMET fue quien dirigió las críticas hacia las políticas del gobierno durante la crisis económica.

<sup>1017</sup> Pequeños y medianos empresarios, sectores manufactureros y del agro, y dirigentes como León Vilarín, Julio Durán y Carlos Podlech, otrora fieles seguidores de Pinochet, comenzaron a expresar públicamente su descontento por las medidas implementadas por el régimen para acabar con la crisis. Incluso Podlech fue exiliado por el gobierno luego organizar un acto de protesta en Temuco.

<sup>1018</sup> En dicho escenario el régimen llevó a cabo diversas técnicas para reprimir a los distintos manifestantes que salían a protestar: ya no solo el carro lanza agua, o los palos de carabineros interrumpieron el derecho de los

iniciativas populares que se habían creado para paliar la precaria situación económica, acusándolas de infringir el receso político<sup>1019</sup>. Asimismo, las cifras daban cuenta de la intensificación de la represión: “183 detenidos disidentes sólo en el mes de septiembre; al semestre, 837 detenidos, 29 relegados, 65 denuncias de tortura, y 63 allanamientos, sin contar los más 181 presos sólo en este mes”<sup>1020</sup>. En ese sentido, es conveniente tener presente que a pesar de la vulnerabilidad del régimen, su poder basado en la fuerza de las armas se mantuvo infranqueable. Exilio, relegación, censura o represión, volvieron a copar la cotidianidad de la vida chilena afectando ya no sólo a la oposición sino incluso sectores – mínimos- de la derecha y el mundo empresarial que desaprobaban las formas en que régimen intentó resolver sus problemas<sup>1021</sup>.

Pero el colapso financiero que representó la intervención prácticamente de la totalidad de la banca por parte del estado en enero de 1983, acentuó las tendencias que se venían reproduciendo desde el segundo semestre de 1982<sup>1022</sup>. En ese contexto, el discurso opositor fue un verdadero caldo de cultivo para la explosión masiva del descontento situando el tema de “la salida de Pinochet” como lema central de la contingencia que inevitablemente se extendió por la sociedad civil facilitando que el pueblo chileno pasara de multitud dispersa a convertirse en masa activa.

Ahora bien, para que la sociedad chilena pasara a la acción, necesitó de un liderazgo idóneo y la organización adecuada capaz de incentivar a los sujetos a la acción de acuerdo a las posibilidades de cada uno, considerando los temores que representaba la represión para el grueso de la población. Fue en estas circunstancias que aparecieron los dirigentes del cobre. La CTC (Confederación de Trabajadores del Cobre) en conjunto con los partidos políticos opositores, fueron el catalizador idóneo para movilizar y unir a la sociedad. A su vez, la decisión de cambiar el paro original por una protesta con la intención de extender al resto de la ciudadanía su deseo de protestar, hicieron posible que miles de chilenos se plegaran a esta iniciativa. La convocatoria, que se escuchó en todo Chile gracias a la rápida

---

manifestantes a expresarse, sino que hombres de civil con laques, lynchaks y otras armas –conformando verdaderos grupos de choque- arremetieron contra los manifestantes que recibieron verdaderas golpizas por extraños hombres de civil que actuaban al amparo de la fuerza pública. La prensa opositora y la ciudadanía en general denominó a estos miembros de la fuerza pública vestidos de civil como “los gurchas” en alusión a las tropas mercenarias británicas que habían actuado en las Islas Malvinas.

<sup>1019</sup> Revista HOY nº264, 11-17 de agosto 1982, p. 24.

<sup>1020</sup> Revista HOY nº275, 27octubre al 2 de noviembre, 1982, p. 8.

<sup>1021</sup> El exilio de Podlech abrió una fuerte campaña desde distintos sectores de la derecha chilena contra las políticas del régimen, ya que vieron en el presidente de los productores del trigo a uno de ellos el cual fue sometido al exilio por sus críticas a la dictadura.

<sup>1022</sup> Sobre la intervención de la banca privada ver J. P. ARELLANO, R. CORTÁZAR; *Op. cit.* Sobre la contingencia y el ambiente tras las caídas de los grandes grupos económicos ver Revista HOY nº del 19 al 25 de enero, 1983, pp. 8-11. Revista Análisis nº 54, enero 1983.

difusión de los medios de comunicación opositores, llamaba a protestar a todos los chilenos el día 11 de mayo, enfatizando el carácter estructural de la crisis;

Nuestro problema no es una ley más, una ley menos, o de una modificación a la existente. Se trata de un sistema completo, económico, social, cultural y político que nos tiene envueltos y comprimidos, que se contradice con nuestra idiosincrasia de chilenos y de trabajadores, que nos ha tratado de asfixiar con armas como el terror y la represión para cada vez envolvernos más, porque nos fue impuesto a la fuerza y con engaño. (...) No podemos silenciar esta situación porque seríamos cómplices de ella. Si no luchamos para que esto cambie, seríamos traidores a nuestros principios democráticos y sindicales. (...) Ha llegado el momento de levantarse y decir ¡basta!<sup>1023</sup>

El llamado de la CTC, evidenció no obstante, las diferencias al interior de la oposición<sup>1024</sup>. Originalmente los sindicatos del cobre habían acordado una huelga general que despertó el escepticismo entre otros dirigentes –sindicales y gremiales como la CEPCH y la ANEF-<sup>1025</sup> además de la DC, que sólo aceptó el llamado ante el efecto negativo que podía generar la desautorización del máximo referente sindical del país<sup>1026</sup>. De hecho G. Valdés, su presidente, censuró la irreverencia de Seguel. El temor, estaba en el fracaso que podía significar la huelga ante el considerable inmovilismo en que se encontraba la sociedad chilena y el miedo que implicaban las reiteradas amenazas de la dictadura para los ciudadanos. En definitiva, los sectores más moderados no creían que estuvieran las condiciones para comprometer de esa forma a una población completamente desamparada frente el poder autoritario.

Pero la presión de la DC finalmente dio sus frutos y permitió cambiar la forma; se suspendía el paro para dar paso a una protesta nacional en que podrían participar amplios sectores de la sociedad a través de diversas maneras, sin que ello significara, necesariamente, poner en peligro a quienes decidieran sumarse a la manifestación.

Les sugerimos a quienes no puedan detener su trabajo en el día del paro que realicen su labor de forma más lenta, no concurrir a los casinos a almorzar, no enviar a sus hijos a las escuelas, evitar salir de sus casas, no utilizar los medios de locomoción, en definitiva ayudar a provocar que no sea un día normal, sin utilizar la violencia.<sup>1027</sup>

---

<sup>1023</sup> Palabras de Rodolfo Seguel presidente de la CTC, explicando el llamado a Paro realizado en abril de 1983. En; I. GEIS; "La política al rojo vivo". Revista *Análisis* nº57 mayo, 1983, p. 4.

<sup>1024</sup> A. RIQUELME; *Rojo atardecer...* Op. cit., p. 126.

<sup>1025</sup> CEPCH (Confederación de Empleados Particulares de Chile), la ANEF (Asociación Nacional de Empleados Fiscales) Es importante señalar que esos mismos grupos y representantes que plantearon su rechazo a la huelga – pese a que adhirió masivamente a ella en esa ocasión- fueron los primeros en desligarse del MS cuando el régimen ofreció soluciones sectoriales a sus problemas.

<sup>1026</sup> A. CAVALLO et. al; *La historia oculta...* Op. cit., pp. 548-552.

<sup>1027</sup> Palabras de los trabajadores del cobre para los manifestantes sobre las formas de protestar. En, *Revista HOY* nº302 4-10 de mayo, 1983, p. 10.

Asimismo, la dirección de la organización decidió que todos los chilenos hicieran sonar sus cacerolas a las 20 horas en señal de descontento; se llamó a los conductores a tocar las bocinas de sus coches a las 13 y a las 18 horas; trasladarse lentamente por las calles de Santiago, y no comprar en el comercio. Además, se llamó a los trabajadores a realizar *viandazos* y no asistir a los casinos de la empresa durante la colación el día de la protesta, como señal de adhesión. Toda esta *performatividad*, se recargó de simbolismo, entregó nuevo significado a actos cotidianos que buscaban representar el descontento de la población.

A la convocatoria realizada por los trabajadores de la CTC se sumaron otras organizaciones de trabajadores como el Frente Unitario de Trabajadores (FUT), el CEPCH, ANEF y la UDT (Unión de trabajadores), que con motivo del 1º de mayo y la imposibilidad de realizar un acto de conmemoración, se agruparon para apoyar al paro convocado por la CTC. Antes, la CNS (Coordinadora Nacional Sindical) —que por esos meses intentaba unir al conjunto de los trabajadores— se plegó a los trabajadores del cobre. Igualmente, se sumaron algunos gremios como el Colegio de Arquitectos y el Colegio de médicos de Chile, expresando públicamente su apoyo a la manifestación.

Pese a las dudas iniciales, el cambio de paro a protesta consolidó el respaldo de la DC, al igual que ocurría con el conjunto de la oposición. El primero en manifestar públicamente su apoyo fue el PRODEN, que a través de su presidente J. Lavandero, llamaba a adherir pacíficamente a las manifestaciones. Así lo hizo también el bloque del PS<sup>1028</sup>, mientras el PC, junto con su apoyo, insistió en su opinión de sumar otras estrategias; “el PC es partidario de radicalizar cada conflicto, cada huelga, llevándolo hasta sus últimas consecuencias”<sup>1029</sup>. La protesta debía ser, en definitiva, el primer paso en una escalada social de insurrección que permitiera la salida de los militares del poder. Cabe indicar, no obstante, que fueron las protestas y su rotundo éxito, los que llevaron a radicalizar esta vía<sup>1030</sup>.

La dictadura, en tanto, decidió vetar cualquier tipo de información referente al tema utilizando una doble estrategia que intercambiaba desperfilar comunicacionalmente el paro, presionar a los trabajadores a través de CODELCO. Se amenazó con duras represalias a los participantes en la huelga, mientras se militarizaban las principales zonas mineras. Asimismo, se inició una campaña de desprestigio contra R. Seguel —presidente de la CTC—

---

<sup>1028</sup> En mayo de 1983, seis de los nueve sectores que componían al PS, acordaron unirse para obtener un pronto retorno a la democracia. El comunicado, expresó la necesidad de alcanzar amplios acuerdos con los distintos sectores democráticos de la oposición, especialmente con la DC, pero también se reconocía al marxismo como una de las formas de interpretación histórica unida a otras visiones sociales. Sin embargo, se descartaba al leninismo como estrategia de acción. *Revista Análisis* Nº 57, mayo 1983, p. 7.

<sup>1029</sup> En *Revista HOY* “El 1º de mayo”. Op. cit., p. 10.

<sup>1030</sup> R. ÁLVAREZ, *Arriba los pobres del mundo...* Op. cit., p. 216.



acusándole ser “títere de Moscú”<sup>1031</sup>, mientras no sólo se prohibía la difusión de los comunicados de la CTC sino se alteraban sus contenidos; si bien se estableció la prohibición de publicar el cambio de estrategia —que llevaba de la huelga a la protesta— los medios oficiales publicaron sólo el apartado en que se anunciaba la suspensión del paro. Sólo dos días antes de la fecha y ante el temor al posible fracaso de la convocatoria, la prensa opositora decidió arriesgarse a desautorizar al ministerio del interior e informar sobre las acciones de protesta que se estaban organizando para el día 11 de mayo.

Aquella fría mañana de mayo se presentó con bastante normalidad, no obstante la escasa locomoción colectiva dificultó el acceso a los lugares de trabajo. A pesar que el ausentismo escolar bordeó el 70% en la gran capital, el comercio estuvo a la baja y se paralizaron un centenar de fábricas a lo largo del país<sup>1032</sup>, Santiago pareció no cambiar mayormente. Este panorama tranquilizó a los voceros del régimen que catalogaban de absoluto fracaso la convocatoria de la CTC. Sólo en las minas se observó movimiento; los trabajadores adhirieron de acuerdo a lo acordado por la organización. No obstante, al mediodía las cosas comenzaron a cambiar. La salida de los universitarios desde los distintos campus, coparon el espacio público con bulla y enfrentamientos con carabineros<sup>1033</sup>. Junto a ellos, cientos de automovilistas tocaban sus bocinas a las 13 horas como señal de protesta<sup>1034</sup>. El balance de la dictadura casi al finalizar la jornada laboral, sin embargo, catalogó, y con razón que la huelga había sido un fracaso, insistiendo que sólo uno pocos radicales habían alterado la normalidad.

Pero el régimen no tuvo contemplado que la gran masa prefirió reservarse para la clandestinidad que otorgaba la noche. El resguardo que entregó la oscuridad y la posibilidad de expresarse en el entorno más conocido por los manifestantes —su casa, su calle o su barrio— detonó un estruendo que “estremeció la capital. Centenares de autos se lanzaron a las calles, sobre todo en los barrios altos, para cubrirlas de bocinazos”<sup>1035</sup>.

Como sostiene A. Cavallo lo más llamativo —producto de lo inesperado— ocurrió en los sectores altos de la capital. Barrios históricamente de derechas, se plegaron al toque de cacerolas y bocinas en contra de Pinochet. Las torres de Carlos Antúnez en Providencia y las de Fleming en Las Condes fueron las que llevaron la batuta en la manifestación y en las

---

<sup>1031</sup> P. VERDUGO; “Protesta en vez de paro”. *Revista HOY* nº303 11-17 de mayo, 1983. Aparecieron miles de panfletos en el centro de Santiago, que señalaba, “*Terror comunista: combatir y derrotar al marxismo es la consigna de Chile*” con la imagen de un hombre encapuchado disparando una ametralladora y otras que se sindicaba directamente a Seguel como representante del marxismo soviético.

<sup>1032</sup> I. GEIS: “¿Fútbol o ajedrez?”. En revista *Análisis* nº58 junio 1983, p. 4.

<sup>1033</sup> En esta primera protesta se movilizaron en el espacio público los universitarios de Valparaíso, Santiago y Concepción fundamentalmente.

<sup>1034</sup> “Una larga jornada de protesta”. *Revista HOY* nº303, 18- 24 de mayo, 1983, p. 9.

<sup>1035</sup> A. CAVALLO, et. Al; *Op. cit.*, p. 549.

cuales no sólo las ollas se hicieron sentir sino también, más de algún estruendo por bombas de ruido. En tanto, en la periferia, la llegada de la noche y el ruido de las cacerolas transformaron el acto en una fiesta “catarquica”<sup>1036</sup>. Miles de pobladores salieron a las calles a manifestarse abiertamente contra el régimen. La familiaridad y la complicidad entre los actores generaron un clima idóneo para marchar al ritmo del ¡y va caer, y va caer, la dictadura de Pinochet!, mientras otros más aventurados combatían con la policía a través de la quema de neumáticos y grasa, con el fin de formar barricadas que impidieran el normal traslado de los furgones de Carabineros. El masivo respaldo hizo visibles las redes de sociabilidad que se habían venido reconstruyendo lentamente en estos espacios siendo la principal base desde las que se constituyó la protesta en la periferia popular.

En cada cuadra había una fiesta de tambores, con la gente alrededor de fogatas bailando y cantando. Más que protesta era alegría, más que alegría profunda por “poder” de nuevo: poder hablar, poder gritar, poder organizarse con otros, poder expresar lo que se siente<sup>1037</sup>.

En otras ciudades, en tanto, se repitió el fenómeno aunque de forma menos masiva; Valdivia, Temuco, Concepción, Osorno, Chillán, hicieron saber su descontento de la misma forma<sup>1038</sup>.

La novedad y la impensada reacción de la población paralizaron a la dictadura que, perpleja, sólo atinó desesperadamente a utilizar su conocido ritual represor. Desconcertada por el abrupto y masivo estruendo que sacudió al país, sus esfuerzos se tornaron estériles e incluso ridículos, como lo destacan los reportes de la época: “Una policía desconcertada por el ruido de las bocinas, salió a quebrar los parabrisas en los atochamientos de Providencia y Las Condes, mientras piquetes especiales intentaban acallar el ruido de los edificios lanzando lacrimógenas”<sup>1039</sup>. Muchos que tocaban las cacerolas en los patios de sus casas fueron detenidos intentando —vanamente— acallar a una multitud incombustible. La gente explotó y no se controló; en la periferia de Santiago, el caceroleo, las barricadas y el apedreo a buses de carabineros se prolongó hasta altas horas de la madrugada.

A esa hora el inesperado estallido había convertido a Santiago en un paisaje desolado y espectral. Mientras el último resonar de las cacerolas se iba apagando en el sector alto de la ciudad, Carabineros comenzaba su balance:

---

<sup>1036</sup> T. MOULIAN; *Chile Actual... Op. cit.*, p. 291.

<sup>1037</sup> “Una larga jornada de protesta”. *Revista HOY* n°303, 18- 24 de mayo, 1983, p. 11.

<sup>1038</sup> La masiva movilización durante las primeras protestas se concentró principalmente en la capital, siendo mucho más aisladas en el resto de las regiones.

<sup>1039</sup> A. CAVALLO, et. al; *Op. cit.*, p. 549.

más de 600 detenidos, varias docenas de lesionados, y dos trágicas, e inútiles muertes<sup>1040</sup>.

Cerca de las once de la noche, el menor Víctor Reyes, que participaba de la protesta cerca de la rotonda de Rodrigo de Araya en la población Santa Julia, fue baleado por un vehículo en movimiento. Según diversos testimonios, un numeroso contingente de personas se agolpó en torno a la rotonda para gritar, tocar ollas, tarros y pitos, mientras se obstaculizaba el tránsito con botes de basura, árboles y señales de tránsito que ardían con parafina. Muchos otros sólo se sumaron por curiosidad, ante la inédita situación que se vivía. Los autos en su mayoría, se sumaban al acto tocando sus bocinas<sup>1041</sup>. En ese contexto, apareció una camioneta realizando disparos al aire que junto con provocar la estampida de los manifestantes, terminó con la vida del menor. Más tarde se conoció que a esa misma hora pasaban miembros de la Policía de Investigaciones realizando disparos al aire como mecanismo de advertencia a la numerosa cantidad de sujetos que se expresaba en los entornos a la rotonda<sup>1042</sup>. La otra víctima, en tanto, fue el taxista de 22 años, Andrés Fuentes Sepúlveda, baleado en la puerta de su casa en la población La Victoria, luego de salir al percatarse de un corte de luz. Posteriormente, su padre relató a la prensa, que su hijo fue alcanzado por una bala en momentos en que ambos observaban desde la puerta de su casa las manifestaciones que algunos vecinos estaban realizando, mientras miembros de Carabineros disparaban sin cesar<sup>1043</sup>. Horas más tarde, en el hospital fallecería por la herida craneal que provocó la bala. Su entierro dos días después provocó un fuerte enfrentamiento entre pobladores “que coreaban consignas políticas” y carabineros que custodiaba al sepelio<sup>1044</sup>.

A pesar que oficialmente la dictadura catalogó la jornada como un fracaso<sup>1045</sup>, las represalias no se hicieron esperar. Seguel y los principales líderes del sindicalismo fueron apresados y procesados por alteración al orden<sup>1046</sup>. Asimismo, se cerraron indefinidamente radio Cooperativa y revista Apsi, por publicar el comunicado de la CTC, considerando a estos medios co-responsables de los actos ocurridos.

Las represalias, sin embargo, recayeron con más fuerza en los sectores populares. A las dos de la madrugada del sábado 14 de mayo, más de mil miembros del ejército realizaron

---

<sup>1040</sup> “Una larga jornada de protesta”. Op. cit., p. 11.

<sup>1041</sup> “Nuevas versiones sobre crimen del menor”. Diario *La Segunda*, 13 de mayo, 1983.

<sup>1042</sup> “Detectives dispararon contra el niño” *Las Últimas Noticias*, 13 de mayo 1983.

<sup>1043</sup> *El Mercurio*, 12 de mayo 1983.

<sup>1044</sup> *El Mercurio*, Santiago, 14 de mayo, 1983.

<sup>1045</sup> Pinochet sostuvo en cadena nacional de radio y televisión que “estaba tranquilo ya que sabía que contaba con el apoyo del 90% de la población, la que, ante la crisis económica, había guardado silencio ante el ruidoso pero minoritario 10%”. En *Revista HOY* nº305 del 18-24 de mayo, 1983, p. 7.

<sup>1046</sup> A pesar de pasar unos días en la cárcel, la justicia finalmente los dejó en libertad.

un operativo *peineta* —o rastrillo— en un amplio cuadrante de la zona sur de Santiago, que incluyó a poblaciones como La Victoria, Joao Goulart, Yungay, Santa Adriana o La Castrina, entre otras. Precisamente donde más fuerte había sonado el clamor popular contra Pinochet<sup>1047</sup>. La vejatoria acción que buscó amedrentar y castigar a la población —según lo narraron sus propios vecinos—, retuvo a más de 10.000 hombres de entre 15 y 45 años, que debieron pasar por control de identidad y antecedentes. “fue igual que pal 73” recuerda un vecino. El ministerio del interior indicó que su objetivo fue buscar delincuentes y extremistas que se habían infiltrado en la periferia de la capital para protestar contra el régimen, merced a la ayuda del “marxismo internacional”<sup>1048</sup>, aunque es evidente que tales medidas estuvieron destinadas a amedrentar a la población. Según la prensa oficial 500 personas quedaron detenidas por porte ilegal de armas, aunque el Informe elaborado por la Vicaría de la Solidaridad, señala que 282 personas fueron detenidas sin motivos aparentes más que la sospecha<sup>1049</sup>.

La primera protesta nacional tuvo amplias consecuencias que significaron un punto de inflexión en la realidad política y social del país, ya que transformó definitivamente no sólo el escenario político vigente, sino que permitió la modificación de la imagen que la propia sociedad chilena tuvo de su realidad y, por tanto, de sus expectativas. Este cambio, consolidó un proceso que se venía materializando desde 1982, resituando en el centro de la contingencia a la sociedad civil. En ese sentido, la protesta efectivamente abrió una brecha que representó un cambio importante en la historia del país<sup>1050</sup>.

El efecto liberador del 11 de mayo, representó suspender momentáneamente el miedo y catalizar el malestar ciudadano hacia la acción de acuerdo a sus posibilidades, dando cauce a la energía contenida. Lo anterior, redundó en la masividad del acto y el efecto prospectivo que implicó. Ello permitió, a su vez, desarticular la imagen de omnipotencia de la dictadura, rompiendo con los parámetros de realidad y control que el régimen había establecido, liberando la conciencia de los chilenos. La protesta facilitó, entonces, la transformación de las representaciones, auspiciando la movilización de la sociedad.

Ni los más optimista opositores, pensaban en un éxito de semejante dimensión. Uno de los aciertos organizativos estuvo en la astucia de la estrategia escogida; la amplia gama de formas que permitió expresar el descontento facilitó su masividad e impulsó a miles a protestar según las posibilidades; sin sacrificar el trabajo, y en el resguardo de la casa o el barrio, permitiendo que incluso la participación de los menos “comprometidos”. Esto

---

<sup>1047</sup> C. ORTUZAR; “Los visitantes de la madrugada”. *HOY* n°305, 24-31 de mayo, 1983, pp. 15-16.

<sup>1048</sup> A. CAVALLO, et. Al; *Op. cit.*, p. 552.

<sup>1049</sup> Listado de detenidos por allanamientos 1° protesta. Mayo 1983, CDyAVS; Caja Protestas. Cfr. “500 detenidos dejaron operativos *peineta* en Santiago”. *La Segunda*, 16-05-1983.

<sup>1050</sup> I. JACKSIC, P. DRAKE; *Op. cit.*, Como ya vimos, la sitúan con el inicio efectivo de la transición

repercutió directamente en su masividad; cuando las protestas modificaron sus formas — haciéndose más violentas y sacrificadas para el manifestante— su masividad notoriamente decayó.

Igualmente, conviene destacar la espontaneidad del acto<sup>1051</sup>. No en el sentido de inconsciencia —sinónimo a fin de cuenta de irracionalidad— sino, más bien, de la extensa libertad que pudo observarse en las formas de expresión. La fuerza que cobró el movimiento trajo que la gente naturalmente adhiriera a él. De distintas formas. El ruido de las ollas contagió a otros que se plegaron. A pesar que la organización había establecido que el toque de cacerolas en señal de protesta se realizara a las 20 horas, esta acción quedó completamente supeditada a la determinación de cada chileno(a). Y fue precisamente ése, uno de los factores determinantes en el éxito de la protesta; como no pudo ser avizorada la posible respuesta de la población, nadie pudo saber con exactitud con qué grado de fuerza la ciudadanía respondería al llamado del cobre. Y esta, efectivamente, desbordó cualquier parámetro. En efecto, si la oposición política y social en su conjunto habían extendidos sus redes, ocupando ciertos espacios poblacionales a fin de incentivar la movilización a través de sus bases territoriales, fue la reacción de los desmovilizados y su adhesión a esta estrategia lo que dotó de fuerza al acto. Ni siquiera los organismos de inteligencia pudieron suponer con qué fuerza responderían los chilenos.

Desde otro punto de vista, el éxito de la protesta también estuvo relacionado al liderazgo de la CTC y más precisamente de su presidente. Tanto el carisma y la decisión que presentó R. Seguel como la importancia del organismo al que representaba, dieron un soporte especial al llamado. Porque el convocante era un ente masivo, con historia, que si bien no iba a interrumpir los proyectos del régimen por sí solo, podía utilizar su imagen para cobijar a quienes lo siguieran en su acción. Junto a ello, el paulatino desarrollo de la oposición política, hizo posible que al momento del llamado, todas las redes sociales de los distintos partidos de oposición pudieran desplegarse en pos de un objetivo común.

Se hace evidente por tanto, que la unidad que presentó la oposición política y sindical fue crucial y fue modelada por la coyuntura en la cual se dio la primera protesta; era acaso el primer gran acto que desafiaba conjuntamente al régimen militar. Tanto la fuerza de la CTC como la frágil pero decisiva unidad de los partidos políticos, otorgaron un peso distinto al llamado, lo que, sumado al hondo malestar existente, incidieron en la multiplicación de la participación.

---

<sup>1051</sup> **G. CAMPERO**, “Luchas y movilizaciones sociales en la crisis: ¿se constituyen movimientos sociales en Chile?”. En **F. CALDERÓN**; *Los movimientos sociales ante la crisis*. UNU-CLACSO-IISUNAM, Santiago, 1986, p. 289.

Todos los factores ayudaron en el considerable e inesperado éxito que tuvo la primera jornada de protesta nacional contra el régimen de Pinochet. Dicho éxito trajo consigo la reagrupación y reposicionamiento de la oposición, la cual, llena de optimismo, emergió con fuerza en el escenario político nacional. Este hecho fue la consecuencia más inmediata de la primera protesta, pero, desde un punto histórico, no sólo significó la consolidación de los opositores a Pinochet, sino un punto de inflexión en la historia de la dictadura, que luego del 11 de mayo de 1983 debió reordenar, replantear y modificar completamente su estrategia para mantener vivo su proyecto transformador.

La reactivación política pudo observarse en el protagonismo mediático que alcanzaron los líderes de la oposición, que decidieron que la protesta se repitiese una vez al mes hasta conseguir la renuncia de Pinochet<sup>1052</sup>. El PC, en tanto, pese a que amparó esta opción la combinó con su paulatina radicalización, de modo de consolidar la estrategia de *acciones audaces* que siguieran alimentando al pueblo en contra de la desmitificación de la omnipotencia dictatorial<sup>1053</sup>. En cualquier caso, los discursos de democratización, apertura política, rectificación del sistema económico impuesto, e incluso del retiro de Pinochet, se hicieron. Opciones imposibles de sólo imaginar días antes, la protesta las hizo potencialmente posibles. La subjetividad de la sociedad chilena había cambiado y ahora todo era posible.

Los meses siguientes al estallido del 11 de mayo estuvieron marcados por el optimismo opositor, el desconcierto gubernamental y la aparición de algunos elementos en el nuevo escenario político que, con el correr de los meses, adquirieron mayor relevancia y marcaron decididamente el devenir de la política y la movilización social contra la dictadura. Por un lado, la doble estrategia utilizada por el régimen para calmar los ánimos de la población se hicieron patentes desde un principio; autorizó el retorno de algunos exiliados; negoció con líderes sindicales y gremiales cercanos al gobierno con el fin de dar pequeñas respuestas sectoriales a cambio de su retiro de la protesta. Por otro, reprimió y amedrentó con fuerza a los líderes de la protesta y a sus seguidores<sup>1054</sup>, deslegitimó la fuerza del movimiento<sup>1055</sup> y

---

<sup>1052</sup> A. RIQUELME; *Rojo Atardecer... Op. cit.*, Al respecto es conveniente señalar que el efecto más inmediato del éxito de la protesta fue imbuir de un desmesurado optimismo a toda la oposición política. En ese sentido, compartimos la observación de Riquelme respecto a que hasta al menos 1985, la gran mayoría de la oposición vio en la movilización social una forma posible de acabar con la dictadura. Cfr. P. AYLWIN; *El reencuentro de los demócratas*. Ediciones Zeta, Santiago, 1998.

<sup>1053</sup> R. ÁLVAREZ; *Op. cit.*, p. 206.

<sup>1054</sup> R. Seguel fue procesado luego de la segunda protesta, mientras los líderes DC y del PRODEN G. Valdés, J. Lavanderos, y J. de Gregorio lo fueron por realizar el llamado a la tercera protesta.

<sup>1055</sup> Además del constante discurso deslegitimador de todas las autoridades oficiales que trataba a los manifestantes en la protesta como lumpen, terrorista y delincuente, para la segunda protesta se llevó a cabo un spot publicitario de radio y TV, que utilizó la imagen de Lenin para relacionar la protesta con el marxismo internacional.

aplicó una censura total a los medios de comunicación que desafiaron el receso político<sup>1056</sup>. Esta estrategia estuvo totalmente unida con la represión y violencia que volvió a instalarse manera sistemática en la vida de las personas, ejercida brutalmente carabineros y la CNI<sup>1057</sup>.

Un tercer elemento que emerge tímidamente durante estos meses de 1983, fue la brecha que comenzó a marcar a la oposición. Las diferencias habían existido desde antes y la primera protesta había logrado aplacarlas. Sin embargo, el éxito y sus consecuencias trajeron que rápidamente reaparecieran en la contingencia nacional. Si bien es cierto que las diferencias mayores aparecieron en agosto de 1983 con la opción de un diálogo y la separación de la oposición política entre AD y el MDP, durante los meses que siguieron a la primera protesta comenzaron a profundizarse los desacuerdos respecto al significado que tenía la protesta. En efecto, algunos gremios y pequeños sindicatos que si bien reconocían el derecho a protestar, lo reconocían en virtud de una mejora económica, de una mayor libertad y un aceleramiento de los procesos establecidos en la constitución de 1980<sup>1058</sup>; pero no respecto a la decisión de protestar por el fin del régimen, como lo planteó el grueso de la organización a partir de la segunda protesta. Vale aclarar, en todo caso, que muchas de esas diferencias se vieron exacerbadas por el oportunismo del régimen que marginó rápidamente a los más moderados a cambio de mejoras salariales y redistribuciones sectoriales. La dictadura, en ese sentido, supo a aprovechar las profundas diferencias existentes en el amplio y diverso grupo que protestó en su contra, lo que se hizo más evidente cuando lanzó estratégicamente la oferta del diálogo, en agosto de 1983.

Ahora bien, en ese primer momento las diferencias se postergaron y fue el optimismo y el fortalecimiento de la movilización lo que se impuso. Así, la CNT (Comando Nacional de Trabajadores)<sup>1059</sup> llamó a realizar una segunda protesta a celebrarse el 14 de junio. Esta vez, el llamado ya no fue para manifestar el descontento solamente sino para exigir el fin de la dictadura. De hecho el eslogan que se utilizó fue “democracia ahora”<sup>1060</sup>.

---

<sup>1056</sup> Al revisar las fuentes hemerográficas, se hace notoria la falta de libertades con que cuentan los medios de comunicación opositores luego de la primera protesta. En ese sentido, la segunda y tercera protesta tuvieron escasa cobertura en comparación a la del 11 de mayo. Asimismo, se observa cómo la información se hace “entre líneas” aprovechando cualquier forma para dar a conocer prohibidos de reproducir. En ese esquema un muy buen ejemplo es la forma en que la prensa da a conocer el tercer llamado a protesta, cuando utiliza las palabras del ministro Montero, el cual negaba cualquier opción de permitir una tercera protesta, para dar a conocer la fecha de la manifestación y la proclama de los organizadores.

<sup>1057</sup> **M. SALAZAR**; *Las letras del horror. Tomo II, La CNI*. LOM, 2012, pp. 178-y siguientes; y pp. 214-220.

<sup>1058</sup> Sobre las voces discordantes al interior de gremios y sindicato opositores ver **I. GEIS**; “Suma y Sigue”. *Revista Análisis* nº59 Julio 1983, pp. 5-6.

<sup>1059</sup> La CNT nació como el organismo encargado de agrupar a las cúpulas sindicales de la CTC, CNS, UDT, y la CPECH, con el fin de organizar al movimiento protesta y unir al sindicalismo en su lucha contra el régimen.

<sup>1060</sup> El petitorio que dio la CNT exigía: término del Estado de Emergencia, democratización de la universidades, derogación del artículo 24 transitorio, apertura de los registros electorales, fin del exilio y la censura, plan de emergencia para recuperar la cesantía restauración del sistema laboral vigente hasta 1973 y reajuste de salarios. En *Revista HOY* nº307 8-14 de junio, 1983, p. 7.

El resultado fue claro. Nuevamente la masividad caracterizó al acto. La población estaba en franca oposición al régimen y mediante las cacerolas se lo hizo saber a Pinochet. El saldo fueron 4 muertos en la periferia de la ciudad, más de trescientos detenidos y otros cientos de heridos por carabineros que intentó acallar a balazos el grito de la calle<sup>1061</sup>. El éxito de la protesta cambió definitivamente la actitud de los chilenos, marcando —como señala G. Campero— una nueva etapa de reconstitución de actores sociales colectivos<sup>1062</sup>. Que si bien resultaban fruto de un proceso lento de rearticulación fraguado en la sombra de la marginalidad, se vieron fortalecidos por este ciclo de acción colectiva que definitivamente los visibilizaba.

Ante el rotundo éxito, el régimen endureció su discurso y la represión. La detención de Seguel y la cúpula dirigencial de la CTC y los masivos despidos realizados por CODELCO a más de 2 mil trabajadores que adhirieron a la protesta fueron una clara prueba de ello<sup>1063</sup>. En respuesta a semejantes medidas el cobre convocó a una paralización de actividades en la cual cerca del 80% de los trabajadores pararon con la exclusión de Chuquicamata que negoció con el gobierno y decidió finalmente no parar<sup>1064</sup>.

Las duras represalias tomadas contra el cobre hicieron que la organización de la tercera protesta pasara a manos del mundo político —el llamado lo realizó el PRODEN—, que si bien se había mantenido en un segundo plano supeditado al protagonismo sindical, era el principal promotor de las manifestaciones contra el régimen. A pesar de los temores por el cambio de liderazgo y la decisión de Pinochet de no permitir una nueva manifestación en su contra, la tercera protesta celebrada el 12 de julio fue un nuevo éxito, superando en ruido y participación a las dos anteriores. Junto a las detenciones de J. Lavanderos y G. Valdés y la prohibición de informar sobre esta protesta, el régimen decretó estado de emergencia entre las 20.00 y las 24.00 hrs., con el fin de amedrentar e impedir que la población saliera a protestar. Sin embargo, y al igual que en las anteriores manifestaciones, los esfuerzos gubernamentales fueron inútiles. Otra vez se vivió un fuerte ausentismo escolar, una importante movilización de estudiantes en las principales ciudades del país y una ostensible baja en el comercio y en la locomoción colectiva. Asimismo, se realizaron algunas actividades fugaces en el centro de la capital y algunas manifestaciones al interior del Palacio de Justicia<sup>1065</sup>. Junto a ello y gracias a la declaración del toque de queda, Santiago

---

<sup>1061</sup> La prensa destacó que el número de detenidos llegó a más de 600 mientras decenas fueron baleados. Arzobispado de Santiago. Fundación Documentación y Archivo de la Vicaría de la Solidaridad (FDyAVS) pp. 5-6. *Informe Mensual de la Vicaría de la Solidaridad*. Junio, 1983. El documento reconoce 335 detenidos sólo en Santiago.

<sup>1062</sup> G. CAMPERO, "Luchas y movilizaciones sociales en la crisis... *Op. cit.*, p. 290.

<sup>1063</sup> M. A. MÖNCKEBERG; "Chile quiere democracia". *Revista Análisis* n°59 julio, 1983, p. 7.

<sup>1064</sup> Las cifras dadas por los trabajadores fueron confirmadas por el diario *El Mercurio*. Lunes 20 de junio, 1983.

<sup>1065</sup> *Informe Mensual de la Vicaría de la Solidaridad*. Julio, 1983. (FDyAVS), p. 9.



quedó prácticamente desocupado a las 5 de la tarde. “Con su toque de queda, el gobierno logró lo que no habían logrado los trabajadores: el paro total. A las 7 el centro estaba desierto, el comercio cerrado y no había locomoción”<sup>1066</sup>. Las poblaciones más activas fueron La Legua, La Victoria, José María Caro y Villa Olímpica. En comunas como La Granja, San Miguel y Pudahuel el desorden, las barricadas y los enfrentamientos con carabineros se prolongaron hasta altas horas de la madrugada. En ellas poco a poco se fueron urdiendo las redes sociales surgidas al amparo de la Iglesia para organizar la resistencia a una cada vez más provocativa fuerza policial. Con el tiempo fueron esas mismas poblaciones las que se transformaron en verdaderos campos de batalla entre la policía y los vecinos, que alcanzaron altos grados de organización y control de sus barrios, a fin de evitar la irrupción sorpresiva de carabineros. En esta ocasión se vieron ya como prácticas organizadas las redadas de hombres de civil en autos sin patentes que disparaban sin dirección específica causando muchas veces la muerte de inocentes y el baleo a la multitud. Esta lógica buscó aumentar el grado de violencia, desvincular al estado y responsabilizar a la sociedad civil de la radicalización. Fue con el fin de evitar la llegada de esos civiles que las organizaciones vecinales organizaron redes de control información sobre quienes ingresaban a la población. Estas estrategias, cabe señalar, se fueron dando espontáneamente, y sólo adquirió mayor fuerza y organización en 1984<sup>1067</sup>.

El efecto dominó que vivió la protesta, llevó a la extensión del fenómeno hacia otras ciudades del país. Ya no sólo estudiantes y dirigentes políticos participaron de la tercera convocatoria a protestar, sino que se observó a una activa sociedad civil que en ciudades como Osorno, Chillán, Linares o Talca, se plegaban a otras más masivas como Concepción, Valparaíso o Punta Arenas. Mientras, en Santiago, se produjo un corte de luz por un atentado a torres de alta tensión, que fomentó el enfrentamiento entre los pobladores y la fuerza pública. El saldo de esta nueva protesta fueron cuatro personas muertas por miembros de la CNI y más de 700 detenidos, junto a un importante número de heridos a bala<sup>1068</sup>.

La tercera protesta fue la última, según nuestro parecer, que mantuvo las condiciones originales. Salvo contadas excepciones, existió un carácter marcadamente pacífico, al menos en la voluntad de los manifestantes y una acción espontánea. Si bien su expresión

---

<sup>1066</sup> M. A. MÖNCKEBERG; “Más represión, más Protesta”. *revista Análisis* nº 60 19 de julio al 2 de agosto, 1983, p. 15.

<sup>1067</sup> *Represión en 1983: una realidad ineludible*. Informe de la Vicaría sobre la represión en el año 1983 (enero 1984). FDyAVS. Las cifras dan cuenta del sostenido aumento de la represión durante el año en cuestión.

<sup>1068</sup> Informe de situaciones producidas por la protesta del 12 de julio (1983). Vicarías Zona Oeste. Documento interno, pp.3-4. Un resumen general puede observarse en Informe Mensual, Vicaría, Agosto, pp. 3-8. FDyAVS.

manifestaba la confrontación al régimen, sus formas presentaban –aún– abiertos ribetes festivos.

Pero esto cambió en agosto. Tanto la violencia como las discrepancias originadas en el seno de la oposición evidenciaron el cambio. La militarización de la ciudad, así como por la aparición de S. O. Jarpa como nuevo ministro del interior, reabrieron las discrepancias en la oposición partidista, pese a que en la base –y sobre todo en las poblaciones de la capital– el trabajo entre agentes de partidos y diversos actores sociales seguían manteniendo la fraternidad y la unión en el objetivo principal: derrocar a Pinochet. Pero, el aumento de la violencia, la posibilidad de una apertura política, y el buen manejo estratégico del régimen, establecieron estos nuevos escenarios como antagónicos. Esta tensión marcó definitivamente la contingencia sociopolítica durante el resto de 1983 y 1984<sup>1069</sup>. Durante este periodo se produjo la transformación casi total de los elementos que habían caracterizado a la movilización social en un inicio. Con la cuarta protesta lo que había sido una fiesta para la población se transformó abruptamente en un riesgo mayor, que jugó con la vida no sólo de los manifestantes que salieron a las calles sino incluso con aquellos que protestaron desde la seguridad de sus hogares. A partir de agosto, se consumó lo que lentamente fraguó el poder militar luego de la primera protesta; la radicalización de la protesta, convirtiendo la calle en un campo de batalla. El riesgo aumentó considerablemente, implicando un precio demasiado alto para una importante cantidad de chilenos. Mientras la alternativa de una apertura pactada y aceleración de los plazos establecidos por la constitución, seducían a una parte importante de la oposición moderada.

#### *4.2 Derivaciones de la protesta: Zanahoria y garrote, diálogo y represión*

El mes de agosto de 1983 trajo evidencias acerca de los derroteros que conducirían la dinámica sociopolítica de ahí en adelante. A finales de julio el PRODEN convocaba a una nueva protesta para el 11 de agosto. Pero, esta vez, se pretendió ir más allá; la cuarta protesta exigía ahora la salida de Pinochet y la convocatoria a una Asamblea Constituyente que junto con permitir la realización de elecciones libres, aboliera la constitución de 1980. Al respecto, G. Valdés, presidente de la DC, señalaba que “el fin es obtener un gran acuerdo nacional que permita la pronta restauración de la democracia. (...) Por eso decimos que es la hora de a la protesta agregarle una propuesta”<sup>1070</sup>. Pero al mismo tiempo, también se

---

<sup>1069</sup> Las diferencias no fueron coyunturales sino traían larga data. Por lo mismo, atribuir la gestión Jarpa y su política de apertura como el factor que decidió a la oposición significa otorgarle una importancia exagerada a la carnada que el ministro de Pinochet lanzó a la oposición.

<sup>1070</sup> P. VERDUGO; “La propuesta del 11 de agosto”. *Revista HOY* n°316 10-16 de agosto, 1983, p. 6.

hicieron evidentes las desavenencias en la oposición. La izquierda, reunida en el MDP y de acuerdo a su estrategia de intensificación del conflicto, llamó a prolongar la manifestación hasta el día 12. Existía, como indica C. Moyano, una imagen algo idealizada de la situación, que “soñaba” con el estado de rebeldía en que se encontraba la sociedad civil durante este periodo<sup>1071</sup>. En efecto, la izquierda entendió la explosión popular como una oportunidad de “agudizar el enfrentamiento pueblo-dictadura avanzando en la dirección de generar una situación revolucionaria” como lo estableció explícitamente meses más tarde el MIR<sup>1072</sup>. Sin el derrocamiento total de la dictadura —se argüía— era imposible instaurar con propiedad una democracia auténtica, es decir, popular, nacional y revolucionaria. De otro modo, sin una transición rupturista sería imposible restaurar el régimen democrático derrocado y el resultado sería democráticamente parcial, limitado y fuertemente arraigado en la estructura impuesta por el régimen.

Aquel día se organizaron distintas actividades de difusión y nuevas formas de manifestación que provocaron altercados públicos y decenas de detenidos<sup>1073</sup>. En paralelo, se puso de manifiesto la doble estrategia de la dictadura; por un lado abrió un diálogo con la oposición y por otro, intensificó la represión ante cualquier iniciativa social. El objetivo, en todo caso, era el mismo; dividir a los opositores, desincentivar la acción colectiva y retomar el control de la situación política.

Para tales efectos, Pinochet había llamado al ministerio del interior a S. O. Jarpa, un viejo político del Partido Nacional, para que “negociara” con la oposición. Jarpa desembarcó en Santiago proveniente de la embajada de Chile en Argentina, con la promesa de apertura y diálogo que garantizaran una pacífica salida al conflicto. Y así quiso demostrarlo el mismo día de su llegada (que coincidentemente coincidía con la cuarta jornada de protesta): pese a que intentó convencer al encargado militar de la zona de Santiago para no utilizar el toque de queda y manifestar su convicción que “no ocurrirían grandes incidentes”<sup>1074</sup>, se topó con el otro lado de la estrategia militar que ya había establecido un toque de queda de 11 horas y un plan bélico que dividió a la capital en cinco zonas con 18 mil soldados preparados para intervenir ante cualquier acción de la ciudadanía<sup>1075</sup>.

---

<sup>1071</sup> C. MOYANO; *El MAPU durante la dictadura*. Op. cit., p. 393.

<sup>1072</sup> J. PINTO, S. LEIVA; “Punto de quiebre: el MIR en los 80”. En, V. VALDIVIA, et. Al; *Su revolución contra nuestra revolución*. Vol. II. *La pugna marxista-gremialista en los ochenta*. LOM, Santiago, 2008; p. 112.

<sup>1073</sup> Informe Mensual Vicaría de la Solidaridad. Agosto 1983, pp. 9 Y 16. En FDyAVS.

<sup>1074</sup> *El Mercurio*, viernes 13 de agosto, 1983.

<sup>1075</sup> Pinochet sostuvo ante varios medios de comunicación que “Santiago está cubierto por 18 mil hombres con órdenes estrictas de actuar duramente”. Pese a que se ha sostenido que fue una cifra al azar, todos los medios de prensa estimaron como efectiva la cifra lo que se pudo comprobar durante esa jornada de protesta con la masiva irrupción de militares por toda la ciudad.

La cuarta protesta fue dura, terrible. La más dura de cuantas se conocían. En una ciudad virtualmente ocupada, bajo el toque de queda a partir de las 18:30 horas, centenares de personas se lanzaron a las calles de las poblaciones para enfrentarse a policía. Por primera vez desde el inicio de las protestas, las poblaciones revelaron un verdadero cinturón de fuego que se había extendido entorno a Santiago<sup>1076</sup>.

El operativo comenzó el miércoles 10 en la noche, con resultado de seis heridos —cuatro a bala— y un centenar de detenidos por alteración al orden, materializado de distintas formas<sup>1077</sup>. La madrugada, vio como Santiago amanecía sitiado militarmente. La normalidad se mantuvo hasta la salida de los estudiantes de Derecho de la U. de Chile que con cánticos y lienzos comenzaron a protestar al interior del campus. Enseguida las fuerzas especiales de carabineros atacaron con lacrimógenas el recinto recibiendo pedradas de vuelta. Sólo el Decano de la Facultad pudo evitar que ingresaran completamente al recinto. Situaciones similares se vivieron en los diferentes campus del país.

Pero el mediodía presencié algunos cambios a las dinámicas vistas en las anteriores protestas. La normalidad desapareció incluso de los lugares de trabajo, donde tempranamente se autorizó la salida de sus empleados para que pudieran regresar a sus hogares. A esa misma hora comenzaba a concretarse la ocupación de Santiago por el ejército. Muchos respondieron con picardía; en muchas plazas atestadas de militares armados, se pudo ver a civiles que se reunían para jugar a una espontánea partida de fútbol. “Muchas pichangas se vieron durante la tarde del 11 de agosto”<sup>1078</sup>. A las 18:30, hora decretada para el inicio del toque de queda, comenzaron a escucharse los primeros ruidos de bala. Antes de las 20 horas Las Villas Frei y Olímpica, poblaciones como La Victoria, La Legua o la José María Caro y comunas como Maipú, La Granja y Pudahuel, estaban completamente rodeadas por miembros del ejército<sup>1079</sup>.

“Había luna cuarto creciente y una brisa leve cuando dieron las 20 horas en Santiago. Sobre ese paisaje estalló el cacerolazo a lo largo y ancho de toda la capital. La balacera se desató en el mismo momento”<sup>1080</sup>. En sectores más acomodados, militares lanzaron bengalas hacia los edificios en que se escuchaban cacerolas. En la periferia, en tanto, muchos fueron heridos al interior de sus propias casas, comprobándose la nueva táctica

---

<sup>1076</sup> A. CAVALLO, et. al; *Op. cit.*, p. 568.

<sup>1077</sup> Se reseñan entre los actos; marchas en recintos universitarios, incendio de 8 microbuses, quema de neumáticos interrumpiendo las calles, etc; *Informe Mensual Vicaría de la Solidaridad*. Agosto 1983 (CDyAVS), pp. 17-18.

<sup>1078</sup> Pichanga se refiere coloquialmente a la práctica del fútbol en la calle. En, “Dos noches de terror”. *Revista HOY* nº 317 del 17-23 de agosto, 1983, p. 9.

<sup>1079</sup> Algunas marchas organizadas en distintas poblaciones a las 19.00 hrs. Como había sido costumbre en las anteriores protestas, tuvieron que ser suspendidas ante el efectivo control que los tanques militares tenían de la ciudad. Informe zonal de la Vicaría de la Solidaridad p. 2. Agosto 1983. En, (CDyAVS),

<sup>1080</sup> “Dos noches de terror”. *Revista HOY* nº 317 del 17-23 de agosto, 1983, p. 9.

militar; las balas no iban destinadas a nadie en particular, pero cualquiera - podía ser su destinatario. La gente comenzó a entender las nuevas implicancias que tendría expresarse; no era necesario salir para caer herido de un disparo perdido. La cuarta protesta difundió nuevamente el temor por toda la ciudad, buscando amedrentar y alejar definitivamente de la movilización a los sectores más moderados. El baleo sin destino tuvo ondas consecuencias;

La muerte alcanzó a personas no elegidas previamente por los autores; no buscadas por sí mismas, por su militancia política, o por determinadas relaciones personales. Murieron niños, ancianos, jóvenes, mujeres y hombres, partícipes de los actos de protesta y personas ajenas a los mismos, que sólo tenían en común el estar inmerso en una realidad de confrontación política aguda<sup>1081</sup>.

Pero la balacera militar no apagó el ruido de las cacerolas, que vieron acompañadas por altoparlantes militares desde los que salían marchas militares e improperios a los manifestantes. La situación presentó una violencia extrema. En algunos sectores los enfrentamientos perduraron incluso hasta el viernes 12. La periferia de Santiago se llenó de fuego, balas y allanamientos que presentaron situaciones límites; “pobladores agobiados de Pudahuel sacaron banderas blancas de rendición, pero no fueron atendidos. Desde la villa Portales pedían ayuda a la Cruz Roja para poder evacuar a los niños. Muchos heridos se refugiaron en las parroquias ante el temor de ser detenidos en hospitales”<sup>1082</sup>.

La organización poblacional que apareció con el correr de las protestas fue completamente desarticulada en esta ocasión pese a que los neumáticos y barricadas de fuego, dificultaron la acción militar. En ese sentido, la labor de los jóvenes —protagonistas principales de este tipo de resistencia popular— no pudo esta vez con la ocupación militar. Igual ocurrió con las organizaciones de salud que no dieron abasto para tratar a heridos en las parroquias. Los militares ingresaron con órdenes clara de acallar a los manifestantes de cualquier forma. Hubo masivos y violentos allanamientos en la periferia; bombazos destinados a amedrentar a la población. También se reportaron casos en los cuales los detenidos sufrieron de fuertes y prolongadas torturas físicas además de las ya habituales vejaciones a las que se sometía a los detenidos<sup>1083</sup>.

El jefe de plaza de Santiago encargado de la “operación” explicó que el nivel de violencia se debió a “la reacción que tuvo que adoptar el personal de las Fuerzas Armadas

---

<sup>1081</sup> A. LÜNECKE; *Violencia política...Op. cit.*, pág. 79.

<sup>1082</sup> M. A. MÖNCKEBERG, P. COLLYER; “La violencia vino de un lado” *Revista Análisis* n°63 del 30 de agosto al 13 de septiembre, 1983, p. 11.

<sup>1083</sup> Testimonios de pobladores de La Victoria, La Legua y Pudahuel, que fueron torturados se rescatan en; O. MAGNET; “La represión vista por los pobladores”. *Revista HOY* n°318. 24-30 de agosto, 1983, p. 16-17.

al ser atacados violentamente por subversivos”. Esta imagen<sup>1084</sup> contrastó con la entregada por el Comandante en jefe de la FACH, General F. Matthei —quien sobrevoló la ciudad a la hora de la protesta—<sup>1085</sup> y los sacerdotes de las poblaciones más afectadas que vivieron en vivo y en directo la descarnada acción militar. En palabras de uno de ellos;

La violencia llegó a tales niveles que incluso a niños chicos, que estaban en la cama, los militares les pusieron la pistola al pecho. Hay odio y rencor en la gente. La espiral de violencia es difícil de parar. Como cristiano estoy en contra de la violencia pero ¿cómo mantener cierta serenidad ante tantos atropellos? La gente acá es pacífica, pero quieren defenderse para sobrevivir dignamente<sup>1086</sup>.

Al respecto, las declaraciones del Vicario general de Santiago, fueron elocuentes. Señalaba en su informe que todos los muertos y la mayoría de los heridos en las jornadas de protesta no habían sido “provocadores de las Fuerzas Armadas, siendo muchos incluso heridos en el interior de sus propias casas”<sup>1087</sup>. De igual modo se expresaron los médicos de la Vicaría de la Solidaridad;

La gravedad del problema médico tiene directa relación con la brutalidad y el sadismo que ha caracterizado la actuación de las FFAA durante la última protesta y los días posteriores a ella.(...) Lo brutal de la acciones represivas y el evidente desajuste de la conducta moral de los uniformados, con muestra de descontrol emocional y moral, como ocurre en los casos de agresiones a niños, ancianos, inválidos, o el caso extremo de militares que bailaban en ronda en torno a un poblador desnudo a quien obligaban a apagar con sus pies y manos una fogata, o los casos de exhibicionismo de genitales y glúteos por parte de Carabineros ante un grupo de pobladoras de la población La Victoria<sup>1088</sup>.

Los dos días de batalla que representaron la protesta de agosto, 26 personas murieron<sup>1089</sup>. Algunas “cayeron en sus casas baleadas a través de los muros; otras fueron ultimadas desde autos en marcha; otras, alcanzadas por balas sin destino”<sup>1090</sup>. Junto a los 26

---

<sup>1084</sup> Pinochet en sus memorias responsabiliza, inexplicablemente, a los comunistas por las víctimas de esa jornada. En **A. PINOCHET**; *Camino recorrido. Memorias de un soldado*. Eigcent, Santiago, 1993. Tomo 3, vol. 1, pp. 151-152.

<sup>1085</sup> El Comandante de la FACH señaló que “lo que vi tanto desde el aire como desde tierra, fue tranquilidad. Vi fogatas y obstrucciones en las calles, pero no en las vías principales, sino en callejuelas. Durante el recorrido por tierra no había nadie en las calles. (...) sólo salían niños, pero no hubo ningún momento un enfrentamiento en los barrios que yo visité. (...) Nuestras fuerzas no tuvieron que disparar ya que jamás fueron atacadas” **P. VERDUGO**; “El debut de Jarpa”. *Revista HOY* nº317, 17-23 de agosto, 1983, p. 7.

<sup>1086</sup> Palabras del sacerdote Guido Peters de la Parroquia de San Cayetano en La Legua. En: **O. MAGNET**; “La represión vista por los pobladores”. Op. cit., p. 18. P. Dubois, J. Herreros, entre muchos otros recuerdan similares experiencias en sus poblaciones.

<sup>1087</sup> Revista Análisis, nº63, 30 de agosto al 13 de septiembre, 1983. p. 20.

<sup>1088</sup> Ibid. p. 21.

<sup>1089</sup> El Informe de la Comisión Nacional de Verdad y Reconciliación (CNVR), reconoce 25 víctimas fatales.

<sup>1090</sup> **A. CAVALLO, et. Al**; Op. cit., p. 568.

fallecidos<sup>1091</sup> decenas fueron los heridos a bala, centenares los detenidos y 13 heridos entre carabineros y militares. Esto último, retrataba claramente que al menos un sector de la población –sobre todo jóvenes de las poblaciones más resistentes de la capital— no estuvo dispuesta a seguir siendo reprimida y humillada, respondiendo a la agresión militar.

Con esta protesta se hizo evidente el aumento de la confrontación, transformando definitivamente su sentido original. Progresivamente la violencia y el enfrentamiento fueron ganando espacio a otras manifestaciones más pacíficas. De la *catarquica* y liberadora fiesta de las primeras manifestaciones –no ausentes de peligro y violencia, claro está— se pasó a un escenario más violento, sustancialmente más peligroso. Si en un inicio la sorpresiva masividad había limitado la acción represiva, la cuarta protesta y la militarización de la ciudad puso en marcha una política global de control mediante la violencia. En efecto, la nueva dinámica del “baleo” –como la reseña Moulian— implicó asumir que incluso participar pasivamente en las manifestaciones, podía costar la vida. Esta cuestión, resultó determinante para el devenir de la movilización social. Los más moderados se vieron rápidamente empujados respaldar incondicionalmente la vía del diálogo que, paralelamente, el régimen había propuesto con el arribo de Jarpa.

La violencia vivida durante esos dos días de protesta marcaron fuertemente el inicio de las conversaciones entre el nuevo ministro del interior, y AD<sup>1092</sup>. El grado de violencia frenó el ímpetu que articulaba la dialéctica entre la sociedad movilizadora y la dirección del movimiento. En ese sentido la cuarta protesta remeció fuertemente la conciencia de la oposición moderada, lo que facilitó el camino para establecer una apta disposición a negociar.

Jarpa se reunió con el Arzobispo Fresno para presentarle su plan y posibilitar así un acercamiento con la oposición<sup>1093</sup>. La invitación a dialogar “sin compromisos” provocó diferencias al interior de la oposición. Aunque todos exigían la salida de Pinochet, el PC y

---

<sup>1091</sup> El desglose de las víctimas fue el siguiente; 19 fueron las víctimas el día 11, mientras 7 el día 12. Entre ellos se encontraban 4 niños (una de dos años de edad), 7 mujeres, y 8 hombres el día 11, mientras que el 12, cayeron 1 mujer y 6 hombres. Uno de los casos más emblemáticos fue el de José Osorio Vera, 27 años y cabo segundo del ejército en retiro, que residía en la Villa La Reina, el cual salió de su casa el 11 de agosto por la noche, molesto con los vecinos que más fuerte tocaban sus cacerolas. En el afán de denunciarlos ante hombre del ejército, llamó a una patrulla que pasaba por el lugar. Estos lo golpearon lo arrastraron hasta un pasaje cercano y le dispararon en el pecho. Apareció al día siguiente en la morgue. *Revista HOY* n°318, 24-30 de agosto, 1983, p. 16.

<sup>1092</sup> R. LAGOS, *Así lo vivimos. La vía chilena a la democracia*. Taurus, Madrid, 2013, p. 100. Manifiesta su rechazo a la negociación con el régimen al entenderla como una treta y no como una efectiva opción de retorno a la democracia

<sup>1093</sup> El “plan Jarpa” apuntó a poner en acción algunas instituciones de la constitución de 1980, adelantando la aprobación de los partidos políticos y acelerando la apertura de registros electorales y elecciones como bases para la suspensión del receso político y para una elección anticipada del parlamento. Junto a ello se permitió el retorno de personalidades de la oposición desde el exilio. En materia económica orientó los esfuerzos en el crecimiento de la industria nacional a través del soporte de esta por parte de Estado. Asimismo, Jarpa inició una política de acercamiento con los principales líderes de gremios y pequeños empresarios, a fin de desvincularlos a dichos sectores con la protesta. Sobre más detalles de este C. HUNEEUS; *El Régimen de Pinochet... Op. cit.*, pp. 519-524.

algunos sectores de la Convergencia Socialista, no reconocían a Jarpa como interlocutor válido ni confiaban en que el régimen cumpliera con los posibles acuerdos que se alcanzaran. Los sectores más conservadores de la DC, en cambio, entendieron esta opción como “el único” camino para alcanzar la democracia. El desastroso desenlace de la acción militar tras la protesta de agosto, no hizo más que profundizar las tendencias de fragmentación, y aunque sólo se consolidó con el transcurrir de los meses, fue a partir de la cuarta protesta y el inicio del diálogo con el régimen, que comenzó a horadarse la frágil confianza construida al fulgor la protesta. En efecto, si por un lado AD no aceptó la radicalización impulsada por el PC de prolongar los días de protesta, los comunistas, en tanto, no entendieron las conversaciones con un régimen que acababa de martirizar a la población. En este contexto, la llegada de Jarpa, redundó en el acercamiento al diálogo entre las posiciones centristas, logrando, de alguna manera, descentrar y confundir a la oposición<sup>1094</sup>. Pese a la desconfianza, se abrió un espacio para dialogar. En cualquier caso, se hizo evidente la estrategia política del ala más moderada de la oposición que, más allá de los triunfalismos retóricos que escenificaron al calor de las protestas, entendieron la negociación –y no la movilización– como la opción más viable, pero sobre todo, más adecuada a sus posiciones para el retorno a la democracia<sup>1095</sup>.

Las conversaciones entre Jarpa y AD comenzaron auspiciados por la Iglesia Católica, representada por el Arzobispo de Santiago J. F. Fresno y estuvieron marcadas por los efectos de la violencia política en las protestas de agosto y septiembre. En ese contexto, se estableció como urgente buscar una pronta salida al creciente conflicto social desatado. Luego de la negativa a las demandas centrales tanto del ministro como de AD<sup>1096</sup>, las conversaciones iniciadas en un tono de preocupación pero de respeto, se enfocaron en las pretensiones comunes de ambos sectores, es decir, conseguir una apertura real que acelerara los procesos de democratización pero siempre, de acuerdo a lo estipulado en la constitución. Se compartía el análisis de la debacle económica y la responsabilidad de los Chicago boys, por lo que era importante realizar un giro en la conducción económica del país que restituyera los principios por los que se había regido hasta antes de la llegada de los neoliberales.

<sup>1094</sup> El temor de Estados Unidos a la conformación de una oposición mayoritaria que incluyera al PC, incidió en el respaldo al sector conservador y exclusivista de la oposición que presionó para el alejamiento de la DC de cualquier acuerdo con el PC. **P. KORNBLUH**. *Pinochet. Los archivos secretos*. Crítica, Barcelona, 2ª edición, 2013 [2004] p. 276.

<sup>1095</sup> **T. MOULIAN**; *Chile actual*; *Op. cit.*, p. 300.

<sup>1096</sup> AD planteó tajantemente la imposibilidad de suspender las movilizaciones explicando a Jarpa que no debían ser tomadas como actos de violencia contra el régimen sino como el único camino que poseía el pueblo de Chile para expresarse libremente. Por su parte, Jarpa negó con igual fuerza cualquier demanda que siquiera esbozara la eventual salida de Pinochet del gobierno, ante la insensatez de negar el poder de quien le puso en el cargo. Sobre las conversaciones y las alternativas que tuvo el diálogo ver **A. CAVALLO, et., al**; *La historia oculta... Op. cit.*, pp. 568-583.



Pero las entusiastas expectativas rápidamente fueron empañadas por la fuerza de la realidad: el atentado al Intendente de Santiago General (R) C. Urzúa<sup>1097</sup>, el llamado del naciente MDP<sup>1098</sup> a celebrar protestando desde el 8 hasta el 11 de septiembre los diez años del golpe<sup>1099</sup>, con el consiguiente aumento de la violencia que cuatro días de protestas representaban en la estrategia represiva de Pinochet, terminaron por enturbiar las conversaciones y deslegitimar a ambos sectores. Si el *ajusticiamiento* de Urzúa sentenció el diálogo, Pinochet se encargó de sepultar cualquier opción de restaurarlo<sup>1100</sup>. La brutal represión en las poblaciones, puso en evidencia la verdadera estrategia militar<sup>1101</sup>. Un mes de conversaciones y el diálogo estaba muerto. Ambos sectores responsabilizaron a su antagonista del fracaso, sin entender aún que varios elementos más que las “voluntades” de los interlocutores estaban impidiendo algún avance.

En efecto, el diálogo entre Jarpa y AD estuvo marcado por las constantes presiones que existieron en los extremos del sistema. Sus participantes fueron sobrepasados por la realidad y las dimensiones de los problemas existentes y sus infinitas variables. Como señala T. Moulian, “Jarpa fue una pieza de un juego que lo sobrepasaba. También Gabriel Valdés. Detrás de ellos actuaba una constelación de poderes”<sup>1102</sup>. El diálogo y el fracasado proceso de “apertura”, estuvo fuertemente condicionado en sus resultados por las decisiones de terceros, siendo varios los elementos que influyeron en ese sentido: la propia esencia de la movilización social que se dio en Chile con un marcado carácter espontáneo, la presión del MDP por incentivar la acción colectiva así como el constante descrédito que Pinochet dio a su ministro, fueron sólo las más importantes.

---

<sup>1097</sup> Perpetrado por miembros del MIR el 30 de agosto de 1983, muriendo, además, el chofer del intendente.

<sup>1098</sup> El MDP nació el 20 de septiembre de 1983, y lo conformaron, elPC, MIR, PS Almeyda, MAPU y facciones de la Izquierda Cristiana.

<sup>1099</sup> AD llamó a protestar pacíficamente para el 8 de septiembre. Se celebró un “*sitin*” en el centro de Santiago con sus principales líderes que resultaron apaleados y detenidos por la fuerza policial. Por su parte, el MDP realizó el llamado para prolongarla hasta el 11. En las poblaciones más confrontacionales, la protesta duró los cuatro días teniendo como saldo 9 muertos y centenares de heridos a bala. Junto a ello, se comenzó a ver los frutos de la represión y el efecto del diálogo al poder palpar la poca acción de los sectores medios y altos en relación a las protestas anteriores. Asimismo los trabajadores y sus sindicatos también presentaron algunas divisiones al marginarse pequeños sectores ante la violencia, el diálogo y las ofertas de Jarpa. Sobre la cuarta protesta ver; **P. COLLYER**; “En el epicentro de la protesta”. Revista *Análisis* 65, 27 de septiembre al 11 de octubre, 1983, pp. 19-22.

<sup>1100</sup> Luego de la última reunión entre Jarpa y AD celebrada el 29 de septiembre, las conversaciones quedaron en punto muerto; y Pinochet se encargó de enterrarlas señalando; “El gobierno fijó una meta, un camino y los va a cumplir sin reparo”. *El Mercurio* 2-10-1983. Cuerpo C, p. 3. Citado en **C. GAZMURI**; *La persistencia de la memoria. Reflexiones de un civil sobre la dictadura*. Ril editores, Santiago, 2000, p. 119.

<sup>1101</sup> Los testimonios de sacerdotes y los propios pobladores recopilados dan cuenta de la violencia que ejerce la policía contra los sectores populares, con la intención franca de recuperar el control de la calle, que había sido perdida por las manifestaciones callejeras que junto con las barricadas habían devuelto el micro espacio público a sus dueños, los pobladores. Ver entre otros; Efectos de la salud física y mental de la población a consecuencia de las protestas; Carta del Párroco Testimonios de los pobladores de La Legua. En CDyAVS. Caja ATN 47 y ATN 48, Protestas.

<sup>1102</sup> **T. MOULIAN**; *Op. cit.*, p. 305.

Pero también incidió la estrategia utilizada. AD llegó a las reuniones con Jarpa con una postura de máximos, confiada en el sustento que representaban las protestas<sup>1103</sup>. Pero esto — en la dinámica netamente negociadora— no les permitió entender al verdadero escenario al entraban; o se negociaba con el régimen, sometiéndose a las condiciones impuestas, o se entablaba una abierta confrontación con la dictadura, fortaleciendo las relaciones con el conjunto de la oposición. Incluido el PC. Pero, como ya señalábamos, la DC torpedeó de manera reiterada cualquier acuerdo permanente con el PC, limitando la colaboración sólo a cuestiones estratégicas. Por su parte, planteó una intransigencia durante las conversaciones con Jarpa que, en definitiva, facilitaron el fracaso de la gestión de apertura del ministro de Pinochet<sup>1104</sup>. Entendemos que esa intransigencia negociadora, se vio directamente influida por el exitismo movimental de las protestas. El problema, como ha señalado recientemente A. Riquelme, es que si bien las protestas crearon un clima abiertamente de “desgobierno”, ello no implicó necesariamente que se estuviese en disposición de derrocar a la dictadura. No, al menos en las condiciones existentes en 1983<sup>1105</sup>.

Por otra parte, si bien los líderes de AD, en general, asumieron el liderazgo de las convocatorias a protestar (a partir julio de 1983), en la práctica nunca estuvieron en exclusivo control de la acción, debido a la propia dinámica movimental caracterizada por la autonomía e independencia de sus protagonistas. A pesar de la importancia fundamental del liderazgo partidista —sustentado en sus extensas redes al interior de la sociedad— en ningún caso esta garantizó el éxito o la masividad de la acción. Por lo mismo, así como la gente salió a las calles con el llamado de la CTC primero y luego del PRODEN y AD, también lo hizo con el llamado del MDP; ciertamente este llamado fue más sectorial fruto tanto de la imagen del propio convocante como del objetivo trazado por las nuevas protestas. Pero eso no significó que muchos, sobre todo en los sectores más “combatientes” de la sociedad, aumentaran la escalada de violencia sin importar los reparos que algún conglomerado en particular manifestara sobre las formas de lucha. El hartazgo y malestar en las clases populares era lo suficientemente alto como para que existieran actores dispuestos a intensificar la presión. Lo fundamental para muchos, a fin de cuentas, era acabar con la dictadura.

<sup>1103</sup> E. CAÑAS KIRBY; *El sistema... Op. cit.*, p. 181. Habla más concretamente de “expectativas máximas”.

<sup>1104</sup> G.A. LÜNECKE; *Violencia política... Op. cit.*, p. 59.

<sup>1105</sup> A. RIQUELME; “Chile 1973-1990: Una dictadura entre la memoria y la historiografía”. Conferencia Inaugural año académico Máster en Historia Contemporánea, Universidad Autónoma de Madrid, septiembre 2013 (Inédito).

#### **Cuadro n°1 Secuelas del “orden”<sup>1106</sup>**

La atención médica dada por profesionales de la salud que trabajan en instituciones de Derechos Humanos, a las personas agredidas entre el 11 y 17 de agosto de 1983(\*).

##### **Total de casos: 145**

##### **Responsables de la agresión:**

- Carabineros: 78 casos
- Militares: 48 casos
- Civiles: 12 casos
- Investigaciones: 5 casos

##### **Lugar en que ocurre la agresión:**

- En el hogar de la persona: 90 (62% de los casos)
- En la vía pública: 55 (38% de los casos)

##### **Hallazgos clínicos encontrados:**

- Contusiones equimóticas generalizadas en el cuerpo: 73 casos
- Heridas a bala: 22 casos
- Traumatismo encéfalo craneano cerrado (TEC): 10 casos
- Heridas por objetos contundentes: 5 casos
- Politraumatismos: 16 casos
- Quemaduras por fuego: 2 casos
- Mordidas de perro: 3 casos
- Heridas por objetos cortopunzantes: 2 casos
- Heridas por bombas lacrimógenas: 2 casos

##### **Situaciones de extrema violencia y de humillación sádica pesquisada:**

- Personas que fueron obligadas a apagar fuego con sus manos y cuerpo: 3 casos
- Personas que recibieron tortura física con electricidad, falanga: 6 casos
- Personas a las que hicieron correr a pies descalzos sobre vidrios: 1 caso
- Personas sometidas a simulacro de fusilamiento: 2 casos
- Persona que fue golpeada y orinada: 1 caso
- Persona golpeada y arrojada al río Mapocho: 1 caso

(\*) Informe entregado durante la conferencia de prensa ofrecida el 18 de agosto en la sede del Colegio Médico de Chile.

<sup>1106</sup> Revista *Análisis* n°63, Op. cit., p. 18.

Reconocer esta cuestión es fundamental. Implica identificar la complejidad de aquello que fue constituyendo las motivaciones de los sujetos para protestar; aunque es efectivo que paulatinamente se fue consolidando una regeneración del discurso democrático a nivel del conjunto de la sociedad chilena<sup>1107</sup>, su contenido, en la práctica, estuvo plagado de particularidades que permiten insistir en la autonomía de muchas de esas expresiones políticas escenificadas durante la resistencia social a la dictadura. En efecto, el grado de organización e independencia que habían venido desplegando les permitía tener una red de sociabilidad potente, que si bien resultaba insuficiente para liderar un movimiento, estaba completamente capacitada de sustentar las acciones autónomas de los actores sociales en el espacio local. Sin dudas que la organización y dirección partidaria resultó esencial para la forma en que se expresó —multitudinariamente— la protesta y convertirlo en un movimiento social por la democracia. Sin embargo, las directrices fueron siempre adaptadas por los actores sociales, de acuerdo a sus convicciones y, sobre todo, sus posibilidades.

Esto abre un amplio marco de acción entre el discurso cupular, sus intermediarios en las bases territoriales y la práctica política en el espacio local. No sólo en su dimensión práctica sino, también, en su dimensión ideológica. Esto es, el modo en que cada sector entendía su realidad, y el significado que, en ese orden, tenía la protesta contra el régimen. Si desde arriba la acción colectiva se constituyó en el espacio para re-empoderar a los históricos intermediarios entre el estado y el la ciudadanía —es decir, los partidos políticos—, desde abajo se vio emerger con fuerza el grito de miles de jóvenes y mujeres que a través de la protesta inundaron el discurso democrático de sueños y esperanzas por una inclusión efectiva; su rebeldía resultaba una composición mucho más compleja que simple malestar, combinándolos con fuerza creativa y libertaria<sup>1108</sup>. En ese sentido, la imagen de una sociedad en estado de rebeldía alimentó los anhelos más profundos de una población no sólo golpeada por el terror militar, sino por las históricas injusticias y desigualdades a las que se había visto sometido el sujeto popular.

Como veremos en los siguientes capítulos, los métodos de resistencia popular y expresión de malestar contra la dictadura, fueron sumamente variados. Como también lo fueron sus significados. Y aunque la resonancia de la acción violenta o la incursión armada de algunos grupos específicos fue muy determinante —de eso se encargaron los medios de comunicación oficiales— los métodos pacíficos estuvieron mucho más extendidos en la población aunque no contaron con la publicidad del régimen. Al analizar la documentación existente del periodo, es posible recopilar diversos testimonios existentes en los distintos

---

<sup>1107</sup> A. RIQUELME; *Ibid.*

<sup>1108</sup> C. MOYANO; *El Mapu en dictadura... Op. cit.*, p. 393.

archivos chilenos, encontrándonos que aunque simbólicos, los esfuerzos por protestar fueron extensivos a un número sumamente amplio en los sectores populares<sup>1109</sup>. Los mecanismos de expresión de ese malestar, iban desde *tomarse* una cancha para jugar al fútbol en momentos que pretendía ser ocupada por Carabineros, lanzar panfletos, pintar muros o, sencillamente, dejar la reja abierta para que los jóvenes más combativos pudieran refugiarse de la arremetida policial<sup>1110</sup>. Los ejemplos de resistencia, en ese sentido, son innumerables. Pero nos sirven de argumento para insistir en la necesidad de repensar las formas en que se constituyó la oposición a la dictadura. Si efectivamente el proceso político giró en unas lógicas más o menos específicas —y en el cual la movilización social de la población jugó un papel fundamental—, la acción subalterna de los sujetos populares estuvo fuertemente “normada” por la espontaneidad de sus actores, más allá del respaldo e incentivo que representó la presión política de los partidos. Y en ellas, como iremos viendo, se materializaron formas específicas de entender la vida en comunidad. Donde la solidaridad, la organización, y participación conformaban un núcleo ideológico-identitario sólido, que dio contenido a las representaciones de la democracia que ahí se imponen, pero también a un *ethos* construido retrotrae al mundo sociocultural anterior al golpe de Estado.

Pero junto a esta relativa independencia de la protesta, se sumó el factor Pinochet y su verdadera intención con el diálogo de Jarpa. Su aparente ambigüedad entre dialogar y reprimir no era más que una medida dilatoria; una “retirada táctica para mantener su liderazgo”<sup>1111</sup>, y continuar a pie firme con la meta original; prolongar hasta 1988 —y por qué no hasta 1996— su mandato. Más allá de las decisiones de retorno de algunos exiliados y las promesas de aceleramiento del proceso democratizador, el régimen jamás estuvo dispuesto a cambiar su plan. Es más, sólo buscó dividir a la oposición y retomar el liderazgo extraviado por la crisis económica. La dictadura, en ese sentido, desarrolló una doble estrategia en la que intercambió *zanahoria* y *garrote*. Por un lado, fomentó un diálogo con la oposición moderada a través de un hábil político como Jarpa que le permitió, además de ganar tiempo, la división de la oposición política al régimen; por otro, apretó implacablemente a los sectores más comprometidos con la movilización social, a fin de amedrentar y someter a los participantes al tiempo que iniciaba una represión selectiva de

---

<sup>1109</sup> Hacemos mención especialmente a los archivos de la Vicaría de la Solidaridad, del CODEPU o el FASIS o el ARNAD, por señalar los fondos con más testimonios de este periodo en cuestión. Cfr esta opinión con **E. TIRONI**; Op cit.

<sup>1110</sup> Muy sintomático a nuestro entender es que casi todas estas actividades cuando eran descubiertas por las fuerzas de orden eran inmediatamente reprimidas. Los archivos de la Vicaría cuentan un número no menor de detenidos —e incluso torturados— por silbar en la calle en día de protesta, portar cámara fotográfica o marchar en el barrio. En ese sentido, cualquier gesto fue considerado como provocador o desafiante.

<sup>1111</sup> **C. HUNEEUS**; *Op. cit.*, pág. 520.

líderes sindicales, políticos y sociales<sup>1112</sup>. Pinochet sabía claramente que mientras más se impusiera la lógica de la guerra y la dinámica de la violencia en todas las esferas de la sociedad, más conveniente iba a ser el escenario para su gobierno<sup>1113</sup>.

El resultado de esta doble estrategia trajo resultados. Junto con la división de la oposición, se produjo el definitivo fraccionamiento de la población. Si bien la violencia fue el motivo principal por la que la clase media dejó de participar masivamente en las protestas, fue la opción de una salida pacífica y consensuada, la que determinó que estos sectores se desplegaran definitivamente de la movilización. La opción pactada que permitiera el fin de los problemas que aquejaban al país, fueron inevitablemente seductores para los sectores medios que, luego de la matanza de la cuarta protesta, entendió el riesgo que implicaba desafiar a Pinochet. Esto no significó necesariamente que toda la población dejara de protestar. Es más; lo siguieron haciendo desde sus casas como fue característico de toda la etapa. Pero la fuerza, heterogeneidad y la convicción fueron desapareciendo progresivamente, consumidas por la violencia, la rutina, el miedo y la ambigüedad de la oposición.

En efecto, lo que comenzó paulatinamente a perderse durante este periodo fue la unidad de una oposición –social- masiva. Disgregándose entre la acción pactada con la derecha cercana al régimen y la vía armada, se desaprovechó en nuestra opinión, la potencialidad de la movilización social como mecanismo efectivo de presión que no cedería a la dictadura, pese a que no considerara la violencia como una alternativa. Aunque esta opción tuvo su materialización de forma efectiva en el transversal Movimiento Contra la Tortura Sebastián Acevedo<sup>1114</sup>, abiertamente no violento, no tuvo una capitalización política que lo proyectara más allá de la acción colectiva, pese a que su reproducción en el espacio local fue permanente, y natural como se puede observar en los cientos de grupos de mujeres que marchaban por la vida y por la paz durante las protestas hasta bien entrado 1986<sup>1115</sup>.

El fracaso en diálogo entre Jarpa y AD, tuvo importantes consecuencias para sus protagonistas. Por un lado, AD debió aceptar las duras críticas vertidas desde la izquierda –

---

<sup>1112</sup> **A. RIQUELME**; *Rojo Atardecer...* Op. cit., p. 128.

<sup>1113</sup> Sobre la conveniencia de esta estrategia de guerra ver; **M. A. GARRETÓN**; “Espacio para la política”. en revista *Análisis*, nº84, 31 de julio al 14 de agosto, 1984, pp. 26-28.

<sup>1114</sup> Antes, el 11 de noviembre de 1983, Sebastián Acevedo se quemó a lo bonzo como protesta por el secuestro de sus hijos por la CNI. **M. SALAZAR**; *Las letras del horror. Tomo II: La CNI. Op. cit.*, p. 190-194. Ver también: **B. MIRANDA**; *El movimiento contra la tortura Sebastián Acevedo*. Tesis de Licenciatura en Historia, Pontificia Universidad Católica de Chile, Santiago, 2002. Citado: en, **A. RIQUELME**; Op. cit.

<sup>1115</sup> Cfr. **R. LAGOS**; Así lo vivimos. Lagos es de la idea que fue la Concertación de partidos por el NO aquel sector político que capitalizó ese movimiento. Olvida Lagos a nuestro entender cómo desde 1984 –como veremos más adelante- se viene trazando un camino de la instalación en el sistema pinochetista. Incluso hubo voces tras el plebiscito de 1980 que ya entendían la vía negociada como el único camino Para ello ver los múltiples artículos de J. J. Brunner al respecto (Agradezco a A. Riquelme quien me señalara que ya desde el fracaso en el plebiscito de 1980 comienza a gestarse entre algunos intelectuales el discurso de la instalación a cualquier costo).

por su ingenuidad al caer en la treta del dictador- a las que se sumaron las realizadas desde la derecha oficialista que catalogó a este sector como “intransigente, irresponsable y anarquizante”<sup>1116</sup>. Al mismo tiempo, la ostensible baja de la protesta de octubre de 1983<sup>1117</sup>, reforzó las críticas y recriminaciones realizadas por el MDP. Dicha baja llevó, de hecho, a cambiar la forma de protestar para noviembre; a fin de incentivar la participación y evitar la violencia que se ensañaba en las poblaciones, se llamó a una concentración masiva en el Parque O’Higgins para el 18 de noviembre de 1983. Con ella también se daría por cerrado el año de movilizaciones.

El acto resultó un éxito total<sup>1118</sup>. No obstante, de ahí en más, la protesta perdió su carácter original. Su *rutinización* había también trastocado su sentido. Si había surgido desde la sociedad civil como grito profundo para decir ¡basta! al régimen de Pinochet, sus limitaciones –fundamentalmente políticas— permitieron que la violencia disgregara al movimiento y que la dictadura recuperara el control político de la situación. A su vez, AD intentó controlar la movilización que ante la represión brutal en las poblaciones adquiriría cada vez mayor independencia en sus formas de repeler la ofensiva militar. Este esfuerzo buscó, en definitiva, quitarle uno de sus aspectos más novedosos: su espontaneidad y libertad. Intentó normarla y convertirla en un mero mecanismo de presión. De hecho la propia concentración de noviembre tuvo esas características que se acentuaron durante 1984. A partir de ahí, la organización de la protesta se enfocó en la articulación social de la oposición política, intentando, reiteramos, controlar la acción popular.

Por el contrario, el Movimiento Democrático Popular, buscó potenciar la movilización. Es efectivo que esta opción auspició la violencia al incentivar la acción de cientos de jóvenes –fundamentalmente pobladores— dispuestos a oponer resistencia a la represión militar de cualquier forma<sup>1119</sup>. No obstante, y pese a que desde 1980 la política del PC había establecido *todas las formas de lucha* como una alternativa legítima para acabar con la dictadura, hasta el inicio de las protestas lo que imperó en la directiva comunista fue el fortalecimiento de la coalición opositora. Los llamados, en esa dirección, incluso con

---

<sup>1116</sup> G. A. LÜNECKE; *Violencia política...Op. cit.*, p. 59.

<sup>1117</sup> Si bien la protesta de octubre fue importante, en ningún caso pudo ser comparada con la masividad de las anteriores. G. DE LA MAZA, M. GARCÉS; *La explosión de las mayorías... Op. cit.*, p. 46.

<sup>1118</sup> Fuentes oficiales hablaron de 100 mil participantes. Algunos medios opositores llegaron a hablar de más un millón de personas. Nosotros nos quedamos con el rango que estableció la mayoría de la prensa opositora y extranjera que fue entre 500 mil y 850 mil personas. “La gran parada de la oposición”. En revista HOY nº331 del 23-29 de noviembre, 1983, p. 6-10.

<sup>1119</sup> Como señala Moyano, la política de Rebelión Popular potenció el enorme impacto que tuvo revolución sandinista en el espíritu de cientos de jóvenes dispuestos a combatir por las armas a la dictadura. C. MOYANO, *El MAPU en dictadura... Op. cit.*, p. 394.

posterioridad a la política de rebelión popular, son elocuentes<sup>1120</sup>. Por esta razón es que creemos que fueron las protestas el factor fundamental en la radicalización de la línea política del PC cosa, por lo demás, que afectó a toda la izquierda en su conjunto. Es decir, fue la explosión de la sociedad lo que aceleró la línea radical del PC y no al revés<sup>1121</sup>. Y aún más. Pese al envión que representaron las protestas en la activación de una política contrainsurgente, durante toda la primera etapa de la de las protestas —es decir entre mayo de 1983 y octubre de 1984— no hubo una decisión rotunda para establecer la táctica de la Política de Rebelión Popular de Masas desde una perspectiva abiertamente de insurreccional, militar<sup>1122</sup>.

En efecto, al igual que ocurrió durante los 70', al inicio de protestas, las diferencias entre el centro DC y el comunismo chileno no fueron tan abismales como sugirieron después los *teóricos de la instalación*. O al menos no fueron tan insalvables desde un punto netamente ideológico. Si se comparan los dichos entre L. Corvalán por una parte, y G. Valdés por otra, se observa que al menos en un principio, las exigencias y demandas que proponía la oposición era prácticamente las mismas: salida de Pinochet, establecimiento de un gobierno de unidad nacional y Asamblea Constituyente<sup>1123</sup>. Estas premisas las compartió incluso el insurgente Frente Patriótico Manuel Rodríguez (FPMR) —brazo político del PC—, que en su primer comunicado justificaba su aparición y el uso de la violencia, como una herramienta para alcanzar estos mismos objetivos<sup>1124</sup>. Nuevamente se hizo evidente que las grandes discrepancias a meses del inicio de la movilización social no tenían que ver con el fondo, con los objetivos inmediatos *fundamentales*, sino con las formas, los caminos. Con la política. Las profundas rencillas que ya habían marcado la historia reciente del país entre la DC y la izquierda, volvieron a emerger. Con otras peculiaridades, en un contexto completamente distinto. Pero estuvieron ahí, latentes<sup>1125</sup>.

Pese a que en 1985 y bajo la mediación de la Iglesia Católica los sectores más moderados de la oposición firmaban junto grupos cercanos al régimen el Acuerdo Nacional, la salida de Jarpa de Interior —en el verano de 1985— consumaban el fracaso rotundo que

<sup>1120</sup> Ver Declaración Pública de Luis Corvalán, Secretario General del PC el 26 de enero de 1983. Fondo Documental Eugenio Ruiz Tagle (FDERT)

<sup>1121</sup> R. ÁLVAREZ; *Arriba los pobres del mundo...* Op. cit., p. 216.

<sup>1122</sup> Ibid; p. 216. Álvarez insiste en que el PC se centró fundamentalmente durante esta época en tres aspectos: la centralidad de la unidad de la oposición, el papel decisivo del sindicalismo y la pertinencia de la violencia como forma de lucha.

<sup>1123</sup> Luis Corvalán, Documento "No demorar un día más la unidad" En Partido Comunista de Chile. Boletín del Exterior 58 marzo-abril 1983. Citado en R. ÁLVAREZ; Op cit., p.216. También ver el Documento "Ahora es cuando", elaborado por Valdés en agosto del mismo año. AHGV, Sección Documentos, 1983. Boletín de prensa El Siglo, órgano del Partido Comunista, marzo 1984.

<sup>1124</sup> Boletín Informativo, Frente Patriótico Manuel Rodríguez, 1984, citado en A. RIQUELME; Op. cit., p. 128.

<sup>1125</sup> De la misma opinión es A. RIQUELME, en conferencia: "Chile 1973-1990: Una dictadura entre la memoria y la historiografía". Op. cit. (inédito).



tuvo en la práctica la política de la apertura. A esas alturas Pinochet había recuperado el control y los gremialistas y Chicago boys habían vuelto al gobierno, haciendo imposible cualquier modificación al camino trazado por la constitución. “Si no se habían hecho concesiones durante la crisis, [el gobierno] no necesitaba hacerlo cuando ya se había rearmado su bloque de apoyo y cuando se había retomado el camino del crecimiento económico”<sup>1126</sup>. El diálogo con la oposición había resultado estéril y tras estabilizar la crisis económica, la política neoliberal, que sólo había sido tocada superficialmente, cobró nuevas fuerzas en 1985 con la llegada de H. Büchi al ministerio de Hacienda. Con ello, la revolución capitalista entró en una nueva fase que profundizaron más la política iniciada por de S. Castro de 1976. De ahí en más el capitalismo monetarista se desarrolló en Chile hegemonícamente y casi sin críticas hasta las movilizaciones de 2011.

Por último, con la salida de Jarpa también se consumó el fracaso de cualquier aceleramiento de la ruta trazada en 1980. Ni la ley de partidos, ni un congreso designado, ni la redacción de leyes electorales lograron ver la luz antes de lo planificado por Pinochet. Todo se resolvía en el plebiscito sucesorio de 1988. No antes. Quizás lo más rescatable de este proceso de negociación política fue que con él se reconoció de hecho –no de derecho, cabe matizar- a los partidos políticos opositores, poniendo, de paso fin definitivo al receso político<sup>1127</sup>. Con él, se iniciaba un proceso constitutivo de una arena política de facto, que resultó capital en el proceso de negociación en el retorno a la democracia, en 1988. Si hasta antes de las protestas los principales líderes políticos de la oposición debieron mantener una zigzagueante posición entre la luz pública y la clandestinidad, con el estallido de las protestas primero, y con el diálogo después, adquirieron un protagonismo fundamental en el escenario político resultante. Esta arena resultó esencial para la preparación de los principales líderes políticos –no sólo de la oposición sino también del oficialismo– para tomar la posta dejada por Pinochet luego del plebiscito de 1988.

---

<sup>1126</sup> G. A. LÜNECKE; *Op. cit.*, p. 60.

<sup>1127</sup> E. CAÑAS, KIRBY; *El proceso.... Op. cit.*, pág. 178.

## Cuadro 2. Algunos datos sobre la represión política de 1983<sup>1128</sup>

### Oficio de los reprimidos durante 1983

Obrero con o sin trabajo	33%	Cesantes totales 14%; PEM y POJH 14%.
Estudiantes	22%	Educación media 8%, sin clasificar 6%; universitarios 5%; Inst. Profesionales 2%; básicos 1%
Empleados	3%	
Dueñas de casa	2%	
Comerciantes ambulantes	2%	
Profesionales	2%	
Otros o/y sin datos	36%	

### Resumen de detenciones practicadas en el país en 1983.

Organismos aprehensores	
1.1.1 arrestos por CNI	184
1.1.2 arrestos por carabineros y entregados a las CNI	28
1.1.3 arrestos por Investigaciones y entregados a la CNI	1
<b>Total de personas que estuvieron en recinto secreto de CNI</b>	<b>213</b>
1.2 Arrestados por Carabineros	4.144
1.3 Arrestados por Investigaciones	175
1.4 Arrestados por otros organismos o desconocidos	5
<b>TOTAL DE ARRESTOS EN TOSO EL PAÍS</b>	<b>4.537</b>

### Cifra de denuncias de violencia innecesaria

Con resultado de muerte	24
Con resultado de lesiones	578
Con resultado de daño en bienes materiales	99

### 4.3 Rutinización de la protesta y el comienzo de la instalación

Si 1983 fue el año de la explosión social, 1984 fue el de las expectativas de un eventual desenlace, también fue el de la rutinización de la protesta<sup>1129</sup>. Durante ese año se consuman variables que se fueron desarrollando progresivamente desde el inicio de las protestas nacionales a nivel político y social. A pesar que el año estuvo centrado en las expectativas de definición del conflicto, rápidamente la acción colectiva entró en una fase de repetición y

<sup>1128</sup> Documento, *Represión en 1983: Una realidad ineludible*. Informe de la Vicaría sobre la represión en el año 1983 (enero 1984). CDyAVS.

<sup>1129</sup> *Revista Análisis* n° 73, 17-31 de enero 1984, p. 4. Reconoce las altas expectativas que existe en la oposición, no obstante el desgaste que vive la población. Un agotamiento que se observa en la cotidianidad de tener que combatir a una dictadura.

reacomodo a las formas iniciales en que se había expresado el malestar. Si bien se observó la consolidación y el posicionamiento de los líderes de la oposición en primera fila del nuevo escenario político<sup>1130</sup>, el aumento considerable de la violencia en las formas de expresión social como respuesta a la descarnada represión de la dictadura así como su impulso como estrategia de acción marcó, la contingencia de ese 1984. En efecto, los mecanismos de represión cobraron mayor sistematicidad; el abuso y la tortura física y psicológica volvieron a constituirse en norma<sup>1131</sup>. Igualmente, la movilización espontánea entró en colisión con la dirigencia opositora moderada, que intentó por todos los medios una conducción más estructurada de la protesta, sustentada en la organización de los partidos políticos. En resumen, 1984 deambuló entre la esperanza, las dudas y la división de la oposición.

En esa línea, el debate en torno al Paro Nacional marcó parte la contingencia<sup>1132</sup>. Si el sindicalismo fue la punta de lanza de esta discusión, por detrás los partidos políticos presionaron y se posicionaron de forma activa acerca de los costos y beneficios que implicaba. Sectores democratacristianos expresaron que la necesidad del paro se construyó más desde el voluntarismo emocional que desde una convicción racional. Las presiones existentes desde los sectores más progresistas de la oposición fomentaron la aceptación de esta idea de “necesidad”, al establecer en el paro el gran movimiento en el cual convergería toda la oposición<sup>1133</sup>. De ahí que fuese también un año de definiciones al interior de la oposición, que modelaron el escenario político-social de ahí en más, donde la estrategia de la instalación en el sistema autoritario comenzó a cobrar forma y sentido al interior de la oposición<sup>1134</sup>.

Los temores al paro eran grandes: la falta de control de la movilización, sobre todo en los sectores más combativos de la sociedad, y la violencia que el régimen estaba infringiendo en los barrios populares, se sumaron a la delicada situación de cientos de miles de cesantes dispuestos a reemplazar a cualquiera que sacrificara su trabajo en pos de la

<sup>1130</sup> Quizá el hecho que más demuestra esta cuestión fue el pleno “legal” del MDP en el teatro Caupolicán celebrado en febrero de 1984 y al cual acudieron más de 10 mil personas. Ver: Boletín El Siglo, Órgano del Partido Comunista de Chile, n° 18, 20-28 de febrero, 1984. FDERT.

<sup>1131</sup> Durante este año se hace más evidente la “recuperación” de prácticas que habían sido habituales –es decir permanentes, extendidas y sistematizadas- sobre todo durante la década de 1970. Simulacros de fusilamiento, desaparición de personas, golpear, desnudar y lanzar a canales a personas, entre muchas otras prácticas que no sólo provocaron cientos de heridos sino decenas de muertos. Ver: Informes de la Vicaría Zona Sur-Norte y Oeste; durante 1984. En, CDyAVS, Caja Protestas AT 47-48. Una víctima de esta tendencia fue el democratacristiano, miembro del PRODEN y Director del Diario *Fortín Mapocho*, que fue golpeado, luego que su auto fuese interceptado por desconocidos.

<sup>1132</sup> En España vendría a ser una Huelga general.

<sup>1133</sup> **G. ARRIAGADA;** *Por la razón o la fuerza, Chile bajo Pinochet*. Sudamericana, Santiago, 1998, pp.174-176. Cfr., **C. MANSILLA;** “Los comunistas, la violencia y la rebelión popular”. *Boletín de Prensa El Siglo*, Órgano del Partido Comunista de Chile, Santiago 1984, p. 3. En, FDERT.

<sup>1134</sup> **E. CAÑAS KIRBY;** *El proceso político...* Op. cit., p. 180; **R. OTANO;** *Crónicas de la transición*. Plantea, Santiago, 1995, pp 13-26.

movilización<sup>1135</sup>. Tampoco se sabía con exactitud el grado de adhesión que una iniciativa como ésta podría tener en una sociedad golpeada por el desempleo, la fragilidad laboral y la represión. El MDP, en tanto, insistía que tras el exitoso debut de la sociedad movilizada en 1983, era el momento idóneo para profundizar la presión contra el régimen, y el pueblo sabía cómo utilizar los distintos mecanismos para ello: “En materia de vías se trata de una sola, la de la creciente y abierta rebelión del pueblo contra la tiranía aplicando –de acuerdo a las circunstancias- las más variadas formas de luchas, pacíficas o violentas, que ayuden al más pronto retorno a la democracia”<sup>1136</sup>.

La violencia aumentó considerablemente sobrepasando los enfrentamientos sectoriales en la periferia de Santiago. Los ataques a torres de alta tensión, estaciones de metro o buses de carabineros, en días que no se celebraban jornadas de protesta, comenzaron a hacerse cada vez más corrientes<sup>1137</sup>. El ambiente se fue recargando de violencia, mientras las protestas se dividían de la organización partidaria y el régimen atizaba sin pudor una descarnada represión<sup>1138</sup>. En cualquier caso, conviene matizar que aunque la violencia se fue haciendo cada vez más dura y paulatinamente se hicieron habituales las actuaciones subversivas, no fue hasta fines de ese año y con propiedad durante 1985, que la vía militar cobró efectiva fuerza en el PC y el conjunto del MDP. Es más, como señala R. Álvarez, los comunistas desecharon la vía insurreccional en 1984, en desmedro de potenciar la vía sindical y conseguir un exitoso paro nacional que permitiera efectivamente aumentar la presión sobre la dictadura<sup>1139</sup>.

Las protestas de 1984, retomaron su curso en marzo, luego de hacerse evidente el agotamiento de la población tras el activo 1983. La octava protesta fue convocada para el 27 de ese mes<sup>1140</sup>. La organización en las bases había alcanzado una estructura clara que

---

<sup>1135</sup> El masivo despido de los trabajadores del cobre durante 1983 por la adhesión a sus líderes detenidos, marcó profundamente la conciencia del trabajador chileno sobre la fragilidad en la que se encontraban frente al régimen. Esto, según algunos autores, actuó como facilitador de la participación femenina en la movilización social. En **P. GUILLAUDAT, P. MOUTERDE; *Los movimientos sociales...* Op. cit., pp. 119- 121.**

<sup>1136</sup> Revista *Análisis* n°72 4-17 de enero, 1984, p. 6.

<sup>1137</sup> Los atentados a espacios públicos comenzaron a generalizarse durante ese año obra de la política del MIR y el FPMR. Por su parte, el régimen comenzó durante mediados de 1984 a presionar de distintas formas, sobre todo con sus organismos de inteligencia, a la izquierda reunida en el MDP. Si por un lado se realizó una persecución política expulsando a los principales líderes del PC, por otro, se reprimió implacablemente a los grupos subversivos de esta colectividad.

<sup>1138</sup> Durante el mes de abril de 1984 a pesar de no existir un llamado a protestar se produjeron 247 detenciones y decenas de relegaciones tanto en Santiago como otras ciudades del país. Las víctimas fueron no sólo manifestantes sino también, periodistas, políticos, dirigentes vecinales y estudiantes. CDyAVS, Caja AT n°48 (Protestas), e Informes mensuales 1984.

<sup>1139</sup> **R. ÁLVAREZ, *Arriba los pobres del mundo...* Op. cit., p. 217, especialmente cita 505. Cfr. A. RIQUELME; *Rojo Atardecer...* Op. cit., p. 128.**

<sup>1140</sup> Un hecho anterior al reinicio de las protestas pero que tuvo gran relevancia fue el “Puntarenazo” que consistió en la primera manifestación masiva contra Pinochet en regiones. Lo particular del acto fue que la espontánea manifestación se llevó a cabo en la propia cara del “presidente”, que se encontraba de gira por la zona. Estupefacto ante la respuesta de la gente debió observar las pifias y gritos en su contra en plena plaza de Armas de la sureña

permitía adecuar las formas de acción de acuerdo al modo que respondía la policía en sus formas de reprimir. Igualmente, se pudo observar de forma organizada y dispuesta, la intervención de grupos armados vinculados a la izquierda y que venían funcionando desde 1982<sup>1141</sup>. Pero ahora, la violencia se había desatado y esta atmosfera se extendía a la semana entera en la que se realizaba la protesta<sup>1142</sup>. Al exitoso debut de aquella jornada donde amplios y diversos sectores de la población actuaron contra el régimen<sup>1143</sup>, se sumaron la convocatoria de los trabajadores en el Parque O'Higgins con motivo del 1º de mayo y la paralización de los estudiantes durante el 12 de abril<sup>1144</sup>.

Sin embargo, luego de la movilización de marzo se pudo presenciar una merma importante en la fuerza y masividad a nivel general, con una población que aunque seguía movilizándose en las poblaciones, confirmaba el alejamiento definitivo de los sectores medios así como cierta fragmentación entre los convocantes. Así pudo observarse en la protesta de mayo. Convocada con el fin de conmemorar un año de movilización, la protesta careció de la fuerza, dinámica y espíritu de las acciones anteriores<sup>1145</sup>. Lenta, pero sostenidamente, se observó su notorio declinar, sobre todo porque en sectores de AD, entendían que existían otros caminos menos peligrosos —y también más excluyentes— para presionar la salida del dictador. En ese sentido, AD se vio —ilusamente— tentada por las expectativas de negociación que incidieron decididamente en la masividad de la acción colectiva.

El caceroleo bajó notoriamente en comparación al ruido de las jornadas anteriores e incluso el ausentismo escolar —una de las formas más exitosas a lo largo de las anteriores protestas— tuvo relativa trascendencia. Seis fueron los heridos y una víctima fatal

---

ciudad. La revuelta terminó con la reacción del regimiento militar que obligó a los manifestantes a esconderse en la Catedral. El socorro a los manifestantes por parte de la Iglesia Católica, trajo un fuerte conflicto entre ella y la autoridad que llegó a sostener que *"la iglesia estaba contra el gobierno"*. Sobre el Puntarenazo ver entre otras: "La otra versión". En revista HOY, nº346, 7-13 de marzo, 1984, pp. 14-15. Por su parte, previo a la protesta de marzo, también se realizó el ya mencionado claustro del MDP y el evento "Compromiso por Chile", organizado por mujeres opositoras y realizado en el Teatro Caupolicán.

<sup>1141</sup> Si el MIR había sido el principal referente militar hasta 1983, la aparición del Lautaro —brazo juvenil-militar del MAPU en 1982 y del FPMR en 1983, amplió y diversificó bastante el perfil de las acciones y motivaciones que caracterizaron la acción armada de resistencia a la dictadura.

<sup>1142</sup> Para un balance de las acciones de protesta y la violencia que se desencadena en esta jornada ver: Informe de La Vicaría de la Solidaridad. "Atención y represión: Desde el sábado 24 al viernes 30 de marzo de 1984. Caja 48, Protestas, CDyAVS.

<sup>1143</sup> La protesta del 27 de marzo mantuvo su carácter masivo que incluyó a los sectores medios. Durante esta protesta se produjeron las mismas manifestaciones que en las anteriores protestas, vale decir; ausentismo escolar, cierre del comercio, marchas universitarias, sitin en el centro de Santiago, caceroleo, bombas, cortes de luz, incendio a buses y enfrentamientos con carabineros. Se consolida igualmente la virtual paralización de la ciudad desde tempranas horas de la tarde durante los días de protestas. El saldo de esta protesta fue de 7 muertos, 63 heridos y 638 detenidos. **G. DE LA MAZA, M. GARCÉS;** *Op. cit.*, pág. 56.

<sup>1144</sup> Se calculó que la paralización de estudiantes universitarios y de educación media bordeó el 70 %.

<sup>1145</sup> La convocatoria fue realizada por la CNT en conjunto con AD y el MDP. El propio llamado a protestar da cuenta que los esfuerzos y las intenciones estaban enfocadas en otro lado y no precisamente en la movilización. El llamado decía: "Presionar para que de una vez por todas nos aboquemos a encontrar un consenso y una salida". Revista HOY nº356 16-22 de mayo, 1984, p. 11.

marcaban la jornada. Se consumaba así la *elitización* de la protesta, es decir, su sectorización y disgregación. Esto no pretende relativizar la acción masiva y protagónica realizada por los pobladores, jóvenes, mujeres, estudiantes y sindicatos en general, sino más bien en la lenta, pero sostenida marginación de importantes sectores de la población que, en 1983, de una u otra forma, se habían sumado al movimiento.

El correr de los meses de 1984, mostró un ambiente empapado de sensaciones diversas que confundieron a la población; se apreció cómo la dinámica de la política circulaba entre el ya mítico deseo de paro y las posibles negociaciones con Jarpa, mientras, Pinochet ganaba tiempo, reordenaba sus fuerzas y estructuraba sus verdaderos planes para el país. Todo, en definitiva, se fue desarrollando contra el fortalecimiento de la movilización social y la unidad. Incluso la idea del paro desmitificó el rol que las jornadas de protestas habían tenido hasta ahí como un espacio sumamente autónomo y espontáneo de resistencia popular. *La idea* de la protesta como acción masiva de resistencia, capaz de aglutinar al grueso de la población, se fue deformando. Desfigurando, perdiendo peso por las contradicciones de los anhelos partidistas, disipando de su significado más profundo; el anhelo de una golpeada población por acabar con esa dictadura y su entramado institucional. En definitiva, la protesta comenzó a mutar. De esta forma, el año que había comenzado con renovados bríos por la protesta de marzo, en mayo —sólo dos meses después— encontró a un movimiento desgastado, rutinizado, y sin liderazgo ni objetivos claros que perseguir.

Las movilizaciones a partir de la segunda mitad del año, tomaron nuevas formas que escenificaronese dispar y ambiguo andar. Por un lado y de la mano con la Iglesia Católica se organizó una *Jornada por la Vida* con el objetivo de fortalecer la vía pacífica de acción colectiva que impulsara un cambio en la lógica en la que se estaba desarrollando el conflicto social<sup>1146</sup>. Y aunque el éxito de la manifestación realizada en la Catedral de Santiago fue completa, sus repercusiones, los constantes enfrentamientos y las duras consecuencias que se vivieron en la protesta de septiembre —que de paso significaron la vida del Sacerdote francés André Jarlán— confirmaron este ambiguo deambular de la oposición: si unos comenzaban a imaginar la inserción en el sistema, otros insistían en radicalización

---

<sup>1146</sup> Documento “Por una cultura de Vida, basta de muerte”. Informe del Vicario de la Solidaridad a los agentes pastorales de Santiago. Julio 1984, pp. 7-8. CDyAVS. El documento hace un balance de la violencia y su consolidación en la dinámica sociopolítica desde el estallido de las protestas y cómo resulta fundamental cambiar la cultura de la muerte por una de la vida. Este fue el tono de la iglesia durante todo 1984, buscando por una parte mediar en el conflicto político a través de la pacificación de la acción (sobre todo del régimen) pero también en la lógica de la Reconciliación. Para este último punto y todas sus implicancias en la política de punto final sobre el horror del pasado puede analizarse en **M. A. CRUZ**; *Iglesia, represión y memoria. El caso chileno*. Siglo XXI, Madrid, 2004, capítulo 2 especialmente.

de la resistencia. Mientras, en el medio, yacía una ciudadanía comprometida por el retorno a la democracia pero impotente ante la violencia que se imponía en el espacio público<sup>1147</sup>.

La Iglesia Católica —a través del Comité Permanente del Episcopado<sup>1148</sup>— convocó a un acto pacífico de movilización, programado para el 9 de agosto. Centrado en la defensa de la vida, contó con el apoyo de connotadas personalidades<sup>1149</sup>, además de los principales conglomerados de la oposición. La consigna de los Obispos tuvo como eje la movilización social, pero enfatizando la necesidad de que ésta se convirtiese en una masiva herramienta por la paz<sup>1150</sup>. En ese sentido, se hicieron los llamados para “cantar a la vida”<sup>1151</sup>, participar de una vigilia en la Catedral de Santiago y finalmente, a las 9 de la noche, apagar las luces de los hogares “como señal de protesta ante los hechos que atentaban y amenazaban a la dignidad humana”<sup>1152</sup>.

La jornada comenzó temprano con distintos actos que se plegaban al llamado de la Iglesia<sup>1153</sup>. La calma y el respeto de la policía —cabe señalar— fue el hecho más llamativo. Sólo en la marcha del Colegio de periodistas realizada en el Paseo Ahumada se produjo la represión de Carabineros. Pero el gran acto se realizó por la tarde, en la Catedral. La cita que había sido programada para las 17 horas vivió, desde muchos antes, la participación de miles de chilenos que con una flor, una vela o simples pancartas, se acercaron a la Plaza de Armas a expresar su “deseo de luchar por la vida”<sup>1154</sup>. La masiva recepción que tuvo el llamado de la Iglesia, demostró el verdadero espíritu del pueblo de Chile, agotado de la falta de libertad, la represión y la dictadura. Artistas, estudiantes, trabajadores, periodistas, miembros de otras iglesias, políticos y pobladores coparon el espacio público en un acto

---

<sup>1147</sup> **A. RIQUELME**; *Rojo atardecer...* Op. cit., p. 129.

<sup>1148</sup> Desde la llegada de Fresno al Arzobispado, la estrategia había sido focalizar las críticas a la realidad política y social del país a través del Episcopado de manera de mantener lo menos involucrado posible la imagen del principal representante de la Iglesia chilena. Sobre todo después del desgaste en las relaciones con la dictadura a partir del permanente roce que el Cardenal Silva Henríquez generaba al interior del régimen.

<sup>1149</sup> Entre ellos destacaban el Cardenal Raúl Silva Henríquez, Clotario Blest, Nemesio Antúnez, Héctor Croxato Bernardo Leighton y María Angélica Prats entre otros.

<sup>1150</sup> Según el Vicario de la Solidaridad, Ignacio Gutiérrez, existían razones de sobra para realizar el llamado a defender la vida luego de que en un año de protestas el balance que la Vicaría tenía era de 100 civiles muertos y 10 Carabineros. Informe de la Vicaría de la Solidaridad sobre las víctimas en un año de represión. En *Revista Análisis* nº87, 31 de julio al 14 de agosto, 1984, p. 11. Ver también: Documentos del Episcopado, 1984. En CDyAVS. Por el contrario, Pinochet sostiene en sus memorias que éste fue un “acto de internacionalismo proletario” organizada por el “siniestro personaje eclesiástico Ignacio Gutiérrez” **A. PINOCHET**; *Camino recorrido: memorias de un soldado*. Instituto Geográfico Militar, Santiago, 1991, p. 198.

<sup>1151</sup> El llamado se hizo para que, en los distintos sectores en los que se encontraran los manifestantes, se plegaran al canto de “Gracias a la vida” de Violeta Parra, retransmitida a mediodía de esa jornada por un conjunto de radios nacionales.

<sup>1152</sup> *Revista Análisis* nº87 Op. cit., p. 10.

<sup>1153</sup> Entre ellas destacaron las marchas de sectores poblacionales al ministerio de Vivienda, el llamado de los profesores a realizar una charla que tocara el tema de la vida y los Derechos Humanos, marchas de abogados al interior de Tribunales y manifestaciones de universitarios, del Colegio de Periodistas y trabajadores que a la hora programada se volcaron a las calles a cantar con altoparlantes el “gracias a la vida”. **P. COLLYER**; “Chile movilizado por la vida”. *Revista Análisis*, nº88, 14-28 de agosto, 1984, p. 16.

<sup>1154</sup> En voz del conductor del acto Ricardo Hormazábal. En: *Revista HOY* nº369, 15-21 de agosto, 1984, p. 12.

cargado por la emotividad. Todos los sectores del país desfilaron por el centro de Santiago para cantar por la vida. El acto se reprodujo en las principales iglesias del país.

Lo pacífico, masivo y diverso del acto no fue excusa para la desmedida acción policial. El guanaco<sup>1155</sup> apagando velas encendidas de miles de manifestantes aproximados a la Catedral fue quizás emblema de la desproporción. Como también lo fueron los detenidos por entregar volantes en la vía pública, panfletos que no eran más que la letra con canción por la vida<sup>1156</sup>. El saldo de la jornada en la capital fue de 34 detenidos y decenas de heridos —32 reportaron lesiones a la Vicaría— fruto de las bombas lacrimógenas y las palizas de carabineros a los manifestantes. Esa noche, cayó víctima de un balazo realizado por Carabineros, el joven H. Bravo que participaba de la movilización y protesta en una barricada contra la dictadura<sup>1157</sup>. En Valparaíso, en tanto, se vivieron los momentos de mayor tensión cuando la fuerza pública decidió ingresar a la Catedral de dicha ciudad para lanzar bombas lacrimógenas al interior del recinto, en momentos en que se daba comienzo a una liturgia<sup>1158</sup>. En las restantes ciudades del país se realizaron los mismos actos con una concurrencia masiva. Al igual que en la capital existieron detenciones y disturbios provocados principalmente por la policía encargada de *mantener el orden*<sup>1159</sup>.

Respecto del acto programado para las 21 horas, su éxito fue más bien relativo desde la perspectiva de los convocantes; al producirse disturbios, barricadas y enfrentamientos en las poblaciones, se perdió el sentido pacífico que llamaba a la reflexión. Si bien es cierto que a las 21 horas se registró una notoria baja de la luminosidad y la participación fue masiva, este acto no tuvo mayor trascendencia siendo relegado a un segundo plano por los disturbios y enfrentamientos que se vivieron principalmente en la periferia de la capital. Las manifestaciones, a estas alturas, mantenían sus propias dinámicas, escapando al control de los convocantes y fuertemente estimuladas por la violencia policial. Como ya señalamos anteriormente, uno de los elementos más distintivos de este movimiento y en los cuales se centró parte importante de su éxito, fue en la participación libre de cada ciudadano el cual, desde su nicho particular o espacio local, decidía si sumarse o no a la movilización. Esa libertad que permitió la sorpresa del acto en las primeras protestas, fue el mismo factor que terminó por fragmentarla. Porque ante las diversas respuestas que dio el régimen según el

---

<sup>1155</sup> Se conoce como Guanaco al carro lanza agua de la policía y que utilizaba agua estancada, en relación al animal auquénido típico de la pampa chilena.

<sup>1156</sup> En revista *Análisis*, nº88. *Op. cit.*, Ver también, CDyAVS, Informe Mensual Agosto, Arzobispado de Santiago, Vicaría de la Solidaridad, p. 24.

<sup>1157</sup> Tras la muerte del joven, 14 personas fueron detenidas y golpeadas al día siguiente al protestar a la salida del Cementerio general con motivo de su entierro. CDyAVS, Informe Mensual, agosto, p. 58. Ver también Informe de la Comisión Nacional de Verdad y Reconciliación. Tomo II.

<sup>1158</sup> Revista *HOY* nº369. *Op. cit.*

<sup>1159</sup> El saldo mensual tras la jornada fue de 5 muertos, 217 detenidos, 52 denuncias de amedrentamiento, 85 casos de denuncias de violencia policial. En CDyAVS, Informe mensual agosto 1984, pp. 5-8.



sector que protestaba, distintas fueron también las dinámicas que la propia protesta fue adquiriendo. Si en los sectores medios el amedrentamiento policial redundó en la desmovilización, los sectores populares, por su parte, la brutal represión incentivó la dinámica de la violencia, pese a que no fue ni por mucho la única forma existente de expresión del malestar<sup>1160</sup>. De hecho, sólo en ese mes se realizaron además de las ya características acciones locales, algunas iniciativas que intentaron trascender lo netamente poblacional, como fueron el paro comunal en la zona sur de la capital, actividad que también reprodujo la comuna de Renca a fines del mismo mes. Estas actividades buscaban, en definitiva, demostrar, a través de prácticas políticas concretas, los caminos movimentales —alternativos a la violencia— que se estaban elaborando desde los sectores populares<sup>1161</sup>. Fue esta misma dinámica —independiente, propia, con las particularidades de cada sector<sup>1162</sup>— la que la oposición moderada buscó dominar y reconducir. Por ello también, que la protesta se desgastó, se dividió, se rutinizó, terminando por cambiar su forma y fondo sin que ello implicase el fin de la violencia<sup>1163</sup>.

El resultado de esta Jornada por la Vida, retrató de forma clara y rotunda, el sentir de una amplia mayoría de chilenos. Evidenció, igualmente, la tensión existente en el movimiento social y la oposición. Por una parte, la legitimidad del convocante y la acertada estrategia escogida —una movilización pacífica, cargada de emotividad y esperanza, que impulsaba el fin de la violencia como eje del sistema impuesto y desarrollada en el espacio público— permitió nuevamente la aparición en el espacio público de una amplia mayoría. Sin embargo, por otra, demostró que si bien la población estaba ciertamente cansada del régimen, también lo estaba de los cada vez mayores sacrificios que implicaba protestar. En efecto, cuando la Iglesia llamó a hacer un gesto de reflexión en el espacio privado, la movilización perdió en orden y disciplina, y su carácter pacífico desapareció. Tanto por la

---

<sup>1160</sup> Aunque esta cuestión será abordada en los capítulos siguientes, conviene tener en consideración que la acción de protesta incluso en jornadas organizadas por la iglesia fueron permanentemente golpeadas por la violencia policial que incentivó el conflicto. No obstante las marchas, huelgas de hambres, y actividades pacíficas también fueron numerosas, importantes y de gran respaldo popular. Cuando se analiza la documentación existente sobre detenidos, heridos y torturados se observa con facilidad que los casos que no ocurrieron en un acto puntual en el centro de la ciudad, se produjeron en casi su totalidad en los barrios más pobres de Santiago, sin que existiese necesariamente una motivación para ello como lo afirman múltiples testimonios. Ver CDyAVS, Informe Mensual Agosto, Arzobispado de Santiago, Vicaría de la Solidaridad. Ver específicamente los testimonios en Anexo de circulación restringida, pp. 37-127.

<sup>1161</sup> La huelga comunal de la zona sur se realizó el 14 de agosto mientras que la de Renca se hizo el 28 del mismo mes. Archivo Nacional de la Administración, ARNAD. Fondo Organizaciones Sociales, Serie poblacionales, Caja 49. También existe información en: CDyAVS, Informe mensual, agosto, 1984, pp. 27-30.

<sup>1162</sup> Sólo en septiembre de 1984, la Vicaría de la Solidaridad contabilizó manifestaciones y protestas populares en Santiago los días 3, 7, 11, 17, 27 y 28 de ese mes, mientras, la organización partidista llamó a protestar para el 4 y 5 de septiembre. CDyAVS, Informe Mensual Septiembre, pp. 8-10.

<sup>1163</sup> Para esta manifestación y como venía ocurriendo con mayor costumbre desde marzo, comienzan a producirse reiterados secuestros realizados por la CNI. Es más, durante ese periodo de 1984 se duplican las denuncias de raptos realizado por la policía de Pinochet en relación a 1983. CDyAVS, Informe mensual, agosto 1984, p. 9.

decidida estrategia dictatorial de reprimir, como por la creciente iniciativa de grupos que encontraron en la violencia no sólo una forma de combatir al régimen sino una forma – creativa— expresión de rebeldía ante una autoridad que los excluía, reprimía y anulaba. Una forma que, en definitiva, se constituyó en una herramienta importante en la construcción de la identidad de esos sujetos<sup>1164</sup>.

Resulta evidente, por lo tanto, el otro significado que presentó esta jornada de movilización. Si bien lograba involucrar transversalmente a la sociedad, la dinámica de la acción pública –sobre todo en el micro espacio social— estaba completamente fuera del control partidista. tenía vida propia. La realidad de la vida en las poblaciones era completamente distinta a lo que ocurría en el resto de la sociedad. Cada día era una posibilidad de padecer el abuso policial pero –desde una perspectiva contestataria— también una posibilidad de resistencia a la lógicas que imponía el régimen en todos los órdenes de la vida. Esta realidad se expresaba cotidianamente. No sólo en los días de protesta, y representaba una tensión permanente entre las lógicas normativas y represivas de la dictadura con aquellas que, en el seno de la comunidad organizada, establecían los sujetos organizados en los barrios populares de la capital.

En síntesis, a pesar del gran éxito en la convocatoria de la Jornada por la Vida, la violenta dinámica instaurada no cambió. Si su objetivo había sido por una parte, denunciar la violencia del régimen, por otra había intentado reconducir la acción opositora –y del país en su conjunto— hacia una lógica negociadora de diálogo. Nada de eso ocurrió. Pinochet y su gobierno no escucharon el clamor popular y mantuvieron férrea resistencia; si no lo había hecho cuando la movilización rebasaba los sistemas de seguridad, cuando la crisis hundía al régimen, menos lo iba a hacer cuando la tormenta más intensa ya había pasado<sup>1165</sup>. Pinochet así lo sostenía<sup>1166</sup>. Para esas fechas, se hacía evidente que una salida negociada, o una aceleración de los tiempos para el retorno de la democracia eran una quimera<sup>1167</sup>. Así también lo entendió la oposición que, pese a las dudas, reimpulsó el camino de la movilización, enfocada esta vez en la consecución de un paro nacional como mecanismo de presión capaz de desestabilizar al régimen y obligarlo a negociar.

---

<sup>1164</sup> C. MOYANO; *El MAPU en dictadura...* Op. cit., p. 393.

<sup>1165</sup> G. A. LÜNECKE; *Violencia política popular*, Op. cit., p. 60.

<sup>1166</sup> Pinochet sostenía que “los políticos deberían tener cuidado ya que si era necesario se realizaría otro 11 de septiembre”. “La amenaza de otro 11”. En Revista *HOY* nº371, 27 agosto al 2 de septiembre, 1984, p. 7.

<sup>1167</sup> La Junta expresó su disconformidad con las medidas que Jarpa buscaba instaurar. El establecimiento de un Parlamento designado que reemplazara la labor legislativa de la Junta, causó malestar entre sus miembros, a excepción del general F. Matthei, más renuente al cambio. CAVALLO et., Al; Op. cit., p. 605.

Tras esta jornada, la persecución de la policía secreta se intensificó<sup>1168</sup>, mientras la violencia aumentaba y se diversificaba en sus formas. Este ambiente y disposición se observó durante la protesta de septiembre que marcó con sangre sus consecuencias. Nuevamente bajo el amparo de la excepción impuesta por el Estado de Emergencia, la dinámica de la guerra se impuso costando la vida a 8 personas:

La protesta estalló con una fuerza inaudita. A las 6 de la tarde del martes 4, La Victoria era otra vez un infierno de gases, estallidos y balas. La policía luchó ese día contra cócteles de molotov, miguelitos y trampas cavadas en el suelo. Un tiroteo inmisericorde se extendió por entre las casas de madera<sup>1169</sup>.

En esta ocasión, fue la población La Victoria<sup>1170</sup> —ubicada en la *emblemática* zona sur de la capital—<sup>1171</sup> la que centró la atención mediática de la nueva protesta<sup>1172</sup>. El dispositivo represor había dispuesto numerosos contingentes de Carabineros para recorrer a pie, y metralleta en mano, las zonas más *conflictivas* de Santiago, con el propósito de amedrentar a través de las balas al aire la masiva participación de los pobladores, que a esas alturas tenían un organizado sistema de defensa al interior de sus barrios. En ese contexto, el sacerdote francés A. Jarlan Pourcel<sup>1173</sup> se hallaba en su pieza orando, luego de una ardua

---

<sup>1168</sup> Las quema y atentados a parroquias —sobre todo en poblacionales— se habían venido reproduciendo con relativa frecuencia desde comienzo de 1984, pero tras la jornada de agosto esta actitud de los órganos de represión se intensificó. Igualmente, se produjo un aumento de la detención de sacerdotes así como la prohibición a Ignacio González, Vicario de la Solidaridad ingresar al país. Un ejemplo ocurrió en Punta Arenas, cuando un miembro de la CNI murió al intentar poner una bomba al interior de la catedral de esa ciudad, la que explotó en esos instantes. La argumentación del régimen simplemente fue que el miembro estaba intentando desactivar la bomba que extremistas de izquierda habían colocado. *Revista Análisis* n°90, 12-25 septiembre, 1984, p.21.

<sup>1169</sup> Revista *HOY* n° 373, 9-15 de septiembre, 1984. **A. CAVALLO et., Al;** *La historia oculta... Op. cit.*

<sup>1170</sup> Existen varios trabajos que recogen desde distintas perspectivas, la historia de esta emblemática población. Para una visión histórica del inicio de la población ver: **M. GARCÉS;** *Tomando su sitio*. LOM, Santiago 2002, pp. 121-149; **Grupo Identidad de Memoria Popular;** *Relatos de Vida en torno a los inicios de la Población*. Editorial Quimantu, Santiago, 2006; Para una reconstrucción a partir de las memorias de los pobladores ver: **Grupo de Salud Poblacional y M. PAIVA;** *Pasado, Victoria del presente*. Editado por Vicaría de la Zona Norte, Santiago, 1989. Durante el periodo de protestas nacionales murieron 8 personas en la población. Todas son recordadas de manera permanente y simbólica, como verdaderos emblemas de la población. **G. FARIAS;** “Lucha, vida, muerte y Esperanza”; En **VV.AA.;** *Constructores de ciudad*. Ediciones Sur, Santiago, 1989, p. 63.

<sup>1171</sup> Las Comunas de San Miguel, Lo Espejo, La Graja, La Cisterna, San Joaquín, entre otras, fueron un foco muy potente de resistencia y oposición activa a la dictadura militar. Fue en estos sectores donde al mismo tiempo la violencia golpeó con más fuerza a los pobladores. Con esto no queremos desconocer el enorme esfuerzo por manifestar y protestar que realizaron comunas como Pudahuel (Norte), Cerro Navia o Estación Central (poniente) o Peñalolén (Oriente), pero la existencia de numerosas poblaciones contiguas en la zona sur de la capital, con una historia común, las convirtieron como un espacio emblemático en la organización y resistencia al a dictadura.

<sup>1172</sup> Esta protesta tuvo un saldo de 10 muertos y 1574 detenidos en todo el país, 394 de Santiago y un total de 246 heridos a nivel nacional, 178, en Santiago. CDyAVS, Caja AT47. Protestas, Carpeta Quinta protesta.

<sup>1173</sup> Según el testimonio del Sacerdote a cargo de la Parroquia en la población La Victoria, Pierre Dubois, Jarlan se desempeñaba fundamentalmente con los jóvenes en la población a través de la Juventud Obrera del Decanato, aunque participaba a la vez en un grupo de catequesis para adultos. Con las protestas Jarlan se hizo cargo del espacio que la parroquia creó para atender a los heridos de las protestas. A veces eran más de cien heridos los que llegaban en un solo día, con todo tipo de daños: balas, perdigones, golpes o quemaduras. “En esos días [de protestas] no se podía ir a otros centros de atención. Había mucha gente en la casa: heridos, reporteros que iban a reportear los hechos, etc.”, señalaba el sacerdote. **P. VERDUGO;** *André de La Victoria*. Aconcagua, Santiago, 1985.

jornada que ya a la una de la tarde presentaba un muerto<sup>1174</sup> y decenas de heridos en la población. A eso de las 18.45 hrs., balas sin destino preciso, lanzadas por un piquete policial, atravesaron las rústicas paredes de su habitación e impactaron su cabeza<sup>1175</sup>. Su deceso se produjo 15 minutos más tarde<sup>1176</sup>. La estrategia del baleo demostró su efecto; hacía caer a cualquiera, incluso a un sacerdote de parroquia. Junto a Jarlan ocho más murieron en los dos días de manifestaciones<sup>1177</sup>, que terminaron con una masiva despedida del cura francés —a través de los cánticos que exigían justicia— mientras su cuerpo recorría por última vez las calles de la capital antes de ser enviado a su país<sup>1178</sup>. La Iglesia Católica realizó todo tipo de gestiones ante el régimen para evitar la represión del inmenso número de personas —especialmente pobladores de La Victoria— que acompañaron el carro fúnebre<sup>1179</sup>. El impacto internacional, el repudio a los hechos y la presión realizada desde El Vaticano, facilitaron que durante esa jornada, excepcionalmente, no se produjeran grandes incidentes.

La muerte de Jarlan ejemplificó varias cosas que se producían con demasiada habitualidad en el Chile de Pinochet<sup>1180</sup>. Las balas al aire atravesando las frágiles paredes de los hogares populares fueron una constante de las jornadas de protesta. De hecho 68 personas cayeron víctimas de este *método*<sup>1181</sup>. Incluyendo menores y recién nacidos. La táctica disuasoria implementó el miedo —ya extendido e incorporado a la rutina diaria— como mecanismo de control. El *sitiamiento* de la ciudad con militares y policías

<sup>1174</sup> Se trata de Hernán B.R., de 24 años, trabajador del POJH y vecino de La Victoria. Fue asesinado horas antes que Jarlan, también por Carabineros a través del método del baleo. Informe de Verdad y Reconciliación. Comisión Nacional de Verdad y Reconciliación. Tomo II, Santiago, 1991, p. 1099.

<sup>1175</sup> **P. VERDUGO**; *André de La Victoria...* Op. cit; En este libro se narran las acciones que hizo el padre Jarlan durante esa fatídica jornada.

<sup>1176</sup> La responsabilidad de Carabineros, quedó rápidamente establecida como constata la Comisión Nacional de Verdad y Reconciliación (Informe Nacional de Verdad y Reconciliación, Tomo II, p. 1099.). Pese a que Carabineros intentó alterar las pruebas de balas de los fusiles, fueron muchos los testigos que vieron a Carabineros patrullar y disparar al interior de la población. Incluso se encontraban periodistas en su interior. CDyAVS, Informe Mensual septiembre, p. 12.

<sup>1177</sup> Durante este mes, fueron detenidas 313 personas en manifestaciones, llegando a 2836 el total de detenidos en ese año. Se contabilizaron en la Vicaría 232 denuncias de violencias innecesarias realizadas por organismos del Estado y 12 muertes violentas. CDyAVS, Informe Mensual septiembre, pp. 5-7

<sup>1178</sup> Un reportaje sobre las masivas manifestaciones en La Victoria y la capital en general son detalladas en *Revista HOY* nº 373, 9-15 de septiembre, 1984. También elocuentes y significativas son las imágenes de la jornada y en las que destaca la realizada por el fotógrafo A. Hoppe. El Cortejo del sacerdote partió en la población para llegar a la Catedral de Santiago donde en su homilía monseñor Fresno reiteró con congoja e indignación que “cuando se trata de la muerte violenta, con una muerte basta. ¡ya es demasiado!”. Citado en: **P. VERDUGO**; *André de La Victoria*. Op. cit., p. 31.

<sup>1179</sup> La atención a esta cuestión se debió al hábito que se había constituido para la policía asistir a los funerales de las víctimas caídas en jornadas de protestas, reprimiendo cualquier tipo de acto público e incluso, en muchos casos, provocando abiertamente a la gente de modo de asegurar el enfrentamiento. Una excelente descripción de este tipo de enfrentamientos nos entrega a través de la literatura **J. DONOSO** en, *La Desesperanza*, Seix Barral, Santiago, 1987, recreando el entierro de Matilde Urrutia, viuda de Pablo Neruda.

<sup>1180</sup> Ilustrativo resulta ver el análisis que realiza la Comisión de Derechos Humanos de la Vicaría y la similitud de situaciones que observa se reproducen en distintos puntos de la capital. En Informe de la Comisión de Derechos Humanos, sobre la protesta de septiembre (1984). En, CDyAVS, Caja Protestas AT 47.

<sup>1181</sup> Elaboración propia a partir del Informe Nacional de Verdad y Reconciliación, Tomo II pp. 1079-1114.

visiblemente preparados para la guerra, el ruido ensordecedor de helicópteros que rasantes sobrevolaban las poblaciones más combativas, recordaban los peores momentos tras el golpe de 1973. Balas y bombas, se mezclaban con los reportes que las radios opositoras intentaban llevar de la situación. En resumen, un clima aterrador, que fundía en un nerviosismo colectivo al conjunto de la población (cuadro 3).

A un año del estallido de las protestas, el régimen ya tenía claro su *modus operandi*; los “daños colaterales” eran parte de la solución, sobre todo en las poblaciones, lugares que realmente no tenían mayor relevancia para el régimen<sup>1182</sup>. Igualmente, la alteración de pruebas por las fuerzas de orden, resultaron una manifestación más de la defensa corporativa de las FF.AA. a sus miembros, y donde también se hicieron parte, de manera permanente, los civiles que participaron de algún modo en el gobierno autoritario<sup>1183</sup>.

En efecto, la dictadura, por sobre toda las cosas, fue una dictadura cívico-militar. Es cierto que una de sus particularidades, en comparación con sus pares del continente, fue la personalización del poder en Pinochet que, a medida que consolidó su poder al interior de la Junta, consolidó el carácter autocrático del régimen<sup>1184</sup>. No obstante, siempre —es decir, de principio a fin— la dictadura contó junto al respaldo del conjunto de las FF.AA y de Orden, contaron, además, con un número considerable de colaboradores civiles. Esto, nos permite resituar la responsabilidad institucional de las FF.AA. en el horror implementado como política de estado durante 17 años, cuestión que, de alguna manera y con interesadas apreciaciones del presente, múltiples políticos han querido relativizar, sobre todo, a través de la personificación exclusiva del horror dictatorial en Pinochet. Y eso como lo demuestra la práctica, no fue así<sup>1185</sup>. En segundo término, sólo observando, analizando y comprendiendo el tenor de las vejaciones a las que fueron sometidas permanentemente las personas —principalmente en las poblaciones— puede comprenderse la raigambre que alcanzó la violencia como método de respuesta al régimen. Sobre todo entre los más jóvenes. Baste señalar que la media de edad de las víctimas en esta ocasión no supero los 23

---

<sup>1182</sup> Nos apoyábamos en la reflexión teórica sobre el concepto de *Collateral Damage* de Bauman para ejemplificar el valor de la vida para la dictadura. **Z. BAUMAN**; *Daños Colaterales. Desigualdades sociales en la era global*. Fondo Cultura Económica. Madrid, 2013, pp. 13-14.

<sup>1183</sup> Recientemente se hizo conocida la información que demostraba cómo el subsecretario A. Cardemil estaba en conocimiento y ayudó a difundir información de la CNI, respecto a personas vinculadas a la Vicaría de la Solidaridad y la defensa de los derechos humanos. **C. DORAT, M. WIBEL**; *Asociación ilícita: los archivos secretos de la dictadura*. CEIBO, Santiago, 2012. Pero, como Cardemil, existen una serie de personajes vinculados a la derecha partidista que participaron activamente de este respaldo corporativo a la dictadura, cuestión que hoy tienden a realitivar.

<sup>1184</sup> **M. ENSALACO**; *Chile bajo Pinochet. La recuperación de la verdad*. Alianza/Ensayo, pp. 21-23; **C. HUNEEUS**; *El régimen de Pinochet. Op. Cit.*, pp. 129-175.

<sup>1185</sup> Resulta ilustrativo observar cómo dos expresidentes de la Concertación de Partidos por la Democracia así intentan así reseñarlo, buscando desligar a la institución militar del terror que representaron en definitiva esos 17 años. Ver **P. AYLWIN**; *El reencuentro de los demócratas. Op. cit.*; **R. LAGOS**; *Así lo vivimos. Op. cit.*

años<sup>1186</sup>. Igualmente, el caso Jarlan y su honda repercusión mediática, permitieron observar el grado de organización y vínculos que existían en el mundo poblacional. Como veremos en los siguientes capítulos, es efectivo que la gran mayoría del mundo poblacional se mantuvo al margen de la actuación sociopolítica ante el temor a las represalias. Sin embargo y pese a que este caso se produjo en una de las poblaciones más emblemáticas en la resistencia contra la dictadura, el grado de confraternidad entre los pobladores, incluso entre aquellos que no estuvieron dispuestos a movilizarse, y los distintos organismos sociales al interior de estos espacios, permiten enfatizar la peculiaridad que presentaba la noción de comunidad –y en este caso concreto el vecino y vecindario como bien lo puntualiza Oxhorn<sup>1187</sup>– en la vida cotidiana de los sujetos de los márgenes. La vida en la población no puede entenderse sin el entorno comunitario que la rodea. Menos en el contexto de precariedad económica y abandono estatal que caracteriza esta época.

En cualquier caso, el resultado de la protesta de septiembre sólo consolidó el ambiente de conflictividad latente. La oposición en su conjunto reincentivó la movilización social de cara a fortalecer las expectativas de los trabajadores al paro (como ya señalábamos, esta reorientación la vive específicamente AD, ya que el PC había cifrado parte importante de sus esperanzas en el paro y el empoderamiento de los trabajadores). R. Lagos, nuevo portavoz de la alianza opositora de centro, adhirió al paro nacional, al tiempo que convocaba a una nueva jornada de protesta a celebrarse en los primeros días de noviembre. En general, desde distintos sectores sociales, se llamó a reforzar la lucha a través de la paralización<sup>1188</sup>. En tanto y en esa dirección, la acción de grupos subversivos cobró mayor preponderancia: el aumento de atentados contra la fuerza pública o los bienes del estado (corte de luz por bombas en torres de alta tensión, ataques a Carabineros, entre otros) se intensificaron enormemente durante este periodo, mientras en las poblaciones el tenor de la respuesta a la represión policial se incrementaba con más y mejores estrategias de confrontación<sup>1189</sup>.

---

<sup>1186</sup> El Informe sobre calificación de víctimas de violaciones a los derechos humanos y de violencia política, señaló que durante la dictadura militar el 60,7% de las víctimas (1941 personas) tenía entre 16 y 30 años. Corporación Nacional de Reparación y Reconciliación, Santiago, 1996, Cuadro 24. Citado en **C. HUNEEUS**; *El régimen de Pinochet*. Op. cit., p. 42.

<sup>1187</sup> **P. OXHORN**; “La paradoja del gobierno autoritario:... op. cit., La referencia en pp. 61-62.

<sup>1188</sup> Para organización y preparativos del paro nacional ver: *Boletín de prensa, El Siglo*. Nº54, 27 de octubre-2 de noviembre 1984 (FDERT). Se recogen distintas actividades que órganos sociales y políticos realizaron.

<sup>1189</sup> Durante ese mes de octubre se realizaron tres atentados con bombas a carabineros, destacando el realizado en el propio Edificio Diego Portales. **A. CAVALLO, et., Al**; *Op. cit.*, p. 609.

**Cuadro 3. Víctimas y circunstancias de muerte, protestas del 4 y 5 de septiembre 1984<sup>1190</sup>.**

Nombre	edad	Ocupación	Lugar de la muerte	Circunstancias
Guillermo V. G.	21	estudiante de ingeniería en la U de Atacama	Copiapó	En día de protesta, universitarios marcharon y se tomaron la universidad. La rectoría permitió el ingreso de Carabineros y la CNI para controlar la situación. En la fuga, dos estudiantes fueron heridos y un cuarto fue herido en la cabeza lo que le causó la muerte. Según las otras víctimas había carabineros y militares efectuando disparos al cerro por el que arrancaban. El estado insistió en la tesis -no comprobada- de que existían hombres armados al interior de la Universidad
Hernán B R	24	POJH	Población La Victoria, Santiago	La mañana del 4, la víctima se encontraba junto a restos que impedían el normal tránsito por la calle 30 de octubre. En momentos que Carabineros -según testigos- le disparó por la espalda. Carabineros reconoció el hecho pero esgrimió que se realizaba un operativo y que resultó imposible individualizar al agresor
André J. P.	43	Sacerdote	Población La Victoria, Santiago	Por la tarde, en momentos que periodistas cubrían protestas, fogatas con fuego y barricadas que se producían en la población, Carabineros, intentando reprimir realizando dos disparos al aire, uno de los cuales perforó la pared de madera tras la cual se encontraba el sacerdote orando. La bala atravesó el cuello provocando su muerte inmediata.
Nibaldo R. H.	14	estudiante	Los Morros con Claudio Arrau, El Bosque, Santiago	Esa noche se encontraba en la esquina mencionada, cuando recibió un balazo en la cabeza que le provocó la muerte. El peritaje muestra que la pistola coincide con la de Carabineros de la comisaría cercana que patrullaba por el lugar
Fernando B. J.	16	estudiante de educación media	Villa Eyzaguirre, Santiago	En momentos que se producía una manifestación de protesta en el barrio -con barricadas-fogata interfiriendo el tráfico- y cuando se encontraba toda la población a oscuras por un corte generalizado de luz, la víctima fue herida por tres balines (típica arma de los Carabineros antimotines) una de ellas perforándole el torax.
Gabriel Z. U.	19	POJH	Santa Julia con Américo Vespucio	Al momento en que se realizaban manifestaciones callejeras en el sector, en la tarde de ese 5, llegó Carabineros a la zona, siendo atacados con piedras por los manifestantes. Éstos respondieron con balas causando la muerte de este joven
Alex C. S.I	16	estudiante	Calle Diego Portales, San Bernardo	Murió electrocutado al engancharse con cables de alta tensión que estaban en el piso tras ser derribados por civiles que con motivos políticos, intentaron derribar el tendido eléctrico
Manuel M. S.	30	POJH	Pudahuel	Falleció víctima de un balazo. No hubo antecedentes mayores para definir quién estuvo involucrado

<sup>1190</sup> Tabla de elaboración propia, en función del Informe Nacional de Verdad y Reconciliación. Tomo II, p. 1099.

Por su parte, la dictadura preparaba su respuesta que confirmaba su reposicionamiento en el escenario político. En efecto, la aparición de un nuevo “rostro” civil —el de F. J. Cuadra— en la toma de decisiones de la dictadura, constataba del endurecimiento que se establecía y que se oponía a la estrategia que Jarpa, desde Interior, había intentado vanamente desplegar<sup>1191</sup>. El régimen, tenía preparado todo un dispositivo militar y administrativo para atenazar a la población. La realización de algunos allanamientos masivos en poblaciones los días previos al paro convocado para el 29 y 30 de octubre, sin existir motivos aparentes más que el amedrentamiento, sintetizan la labor policial durante ese fin de año de 1984. Igualmente, y como ya se venía reproduciendo de forma habitual pese a la fuerte coerción policial, los sectores combativos de la población adquirirían mayor relevancia incentivando, de distintas formas, la adhesión al paro. Panfletos, rayados murales y en microbuses, convocaban al conjunto de la población chilena a sumarse en este nuevo desafío al dictador. Existieron numerosos detenidos —en su mayoría jóvenes— por participar en este tipo de acción, recreando la expectación existente. Pero también evidenciaba la decisión de la dictadura por retomar el control del espacio público, dominio que había perdido —en parte— a partir de la explosión ciudadana<sup>1192</sup>.

En los días previos, la dictadura intentó cortar el flujo de información acerca del paro a través de una serie de bandos militares (22, 23, 24 y 25 para Santiago además de otros para regiones). Junto a la prohibición de hacer mención a actos de desacato a la normativa vigente<sup>1193</sup>, mencionar o mostrar gráficamente cualquier información considerada “como terrorista” (Bando 24), que atentara contra el orden, se censuró a las radios Cooperativa y Chilena (Bando n° 25), dado el incumplimiento de la normativa de informar sobre manifestaciones ilegales.

El día 29 se consideró como día de protesta, sobre todo porque se constituyó como un espacio para difundir e incentivar el paro del día 30, de acuerdo a las directrices del comité organizador que lo encabezaban la CNS y el MDP. Los estudiantes se manifestaron durante la mañana, teniendo diversos enfrentamientos con la policía, casi siempre a las afueras de los centros de educación<sup>1194</sup>. El mayor número de detenidos que registró la Vicaría durante esa mañana, fue precisamente de estudiantes universitarios. Casi el 100% de los detenidos tenía menos de 25 años<sup>1195</sup>. Por su parte, el centro quedó vacío desde comienzos de la tarde.

---

<sup>1191</sup> C. HUNEEUS; *El régimen de Pinochet. Op., Cit.*, p. 532.

<sup>1192</sup> Tras el paro nacional, la dictadura realizó operativos rastrillo por distintas poblaciones de Santiago, y detuvo y relegó a Pisagua a 261 personas, tachadas como delincuentes comunes. CDyAVS, Informe Mensual, octubre 1984. Anexo de circulación restringida, p. 52.

<sup>1193</sup> Esta, dictada en marzo de 1984, impedía hacer mención a cualquier tipo de información no oficial, so pena de cierre y detención de sus máximos responsables.

<sup>1194</sup> Anexo n° 2 El 29 y 30 de octubre en las zonas de Santiago. Carpeta 48, Protestas, CDyAVS

<sup>1195</sup> CDyAVS, Informe Mensual, octubre. Anexo de circulación restringida, pp. 61-63 y 74-78.



Algunas manifestaciones relámpagos se realizaron en el centro de Santiago buscando proclamar y difundir el llamado a paro del día 30. La marcha organizada por el MDP y la CNS, convocantes de la nueva jornada de protesta, acabó con incidentes y todos sus líderes detenidos junto a otras 70 personas según la prensa<sup>1196</sup>. El resto de la jornada se presentó más o menos igual a las anteriores; amplio operativo policial por toda la ciudad –incluido civiles- y una activa protesta en las poblaciones a través de barricadas, fogatas y el ruido de las cacerolas.

El día 30 de octubre la capital estuvo desolada desde muy temprano. El paro de la locomoción colectiva, provocó que un número importante de personas tuviese que movilizarse a pie hasta sus lugares de trabajo. La adhesión de los microbuseros resultó fundamental para un efectivo paro laboral. La gente, efectivamente, no tuvo cómo trasladarse a sus lugares de trabajo. Ahora bien, es importante tener claro que la paralización del transporte respondió a una presión sectorial que en ningún caso representaba una posición maximalista respecto a su posicionamiento contra el régimen; pretendían repactar sus deudas y no necesariamente hacer fracasar el proyecto político de la dictadura. Esta coyuntura permitió el “error de apreciación” de los organizadores del paro respecto al significado de su eventual éxito<sup>1197</sup>, aunque no fue descabellado ni erróneo suponer que había posibilidades ciertas de intensificar por distintos medios el asedio a la dictadura militar a través de la acción colectiva<sup>1198</sup>.

El paro en la locomoción, no obstante, no impidió que la gente intentase llegar a sus lugares de trabajo. Muchos andaban desde temprano en la calle. Esta cuestión, al mismo tiempo, incentivó el actuar de civiles en coche (miembros de las CNI) que recorrieron la capital deteniendo y disparando a cualquier sospechoso. Muchos fueron detenidos, torturados y luego puestos en libertad por el sólo hecho de estar en la calle esa madrugada. Mientras, la violencia de desataba. Sobre todo en las poblaciones donde carabineros, investigaciones y miembros encubiertos de la CNI aplicaban el terror a través de las balas y las bombas. Desde muy temprano, se recibieron noticias que las poblaciones de Santiago se habían convertido en auténticos campos de batallas. Jóvenes combatientes a través de barricadas y hogueras se oponían con piedras palos y artefactos explosivos caseros. Ése día, nueve personas más murieron. Nuevamente víctimas de balas sin destino, ya no sólo disparadas por uniformados<sup>1199</sup>. 30 heridas a bala, sólo en las poblaciones de la capital daban

---

<sup>1196</sup> Diario *Las Últimas Noticias*, 30-10-1984. Es el informativo que aporta esta cifra dada por Carabineros.

<sup>1197</sup> T. MOULIAN; *Chile Actual... Op. cit.*, p. 300.

<sup>1198</sup> R. ALVAREZ; *Arriba los pobres... Op. cit.*, p. 220.

<sup>1199</sup> Desde la primera protesta la CNI intentó combatir la explosión social de las cacerolas a través de disparos a las multitudes que se reunían en plazas, glorietas y campos de fútbol en el barrio. Los casos de autos civiles sin patentes realizando disparos fue otra de las tantas tácticas represivas utilizadas por la dictadura. El Informe Rettig, reconoce

cuenta de la forma que se acalló a la movilización<sup>1200</sup>. Además, 632 personas cayeron arrestadas durante la jornada y, posteriormente, 879 procesadas para ser acusadas de terrorismo<sup>1201</sup>.

El paro fue un éxito. Porque así como la gente no llegó a sus trabajos, viejas prácticas de la protesta, también se reactivaron. Incluso en los sectores de clase media, virtualmente menos comprometidos desde que masificado la violencia, se sumó<sup>1202</sup>. Los niños no asistieron al colegio, se realizaron nuevas marchas estudiantiles, mientras el comercio cerraba tempranamente sus puertas. Los pocos choferes que habían salido, además, fueron fuertemente amedrentados por colegas y ciudadanos en general, paralizando casi por completo el transporte público durante la tarde de aquella jornada<sup>1203</sup>.

Junto a la cruenta represión vino la respuesta política. A pesar que Jarpa mantendría su estrategia de apertura, había perdido todo tipo de influencia al interior del régimen<sup>1204</sup>. Pinochet, días antes fue enfático en señalar que no habría cambios en los tiempos establecidos por la Constitución. Incluso, la ley de partidos —una de las bazas de Jarpa para negociar con AD— quedaría relegada ante otras leyes de mayor relevancia para la dictadura. En ese sentido, el camino ya estaba decidido. Y sus tiempos también. Aunque el Paro Nacional fue un éxito, el 7 de noviembre se inició el estado de sitio que terminaba con todos los espacios logrados desde el estallido de la crisis económica, poniendo fin a la apertura política. Éste, duraría siete meses, imponiendo la lógica militar en todos los aspectos de la vida. Mediante el Decreto 1217, se prohibió la difusión de cualquier tipo de información de carácter “político”; se clausuraron las revistas Apsi, Cauce, Análisis, La bicicleta, Pluma y Pincel y el periódico Fortín Mapocho. Mientras Hoy —de la DC— quedaba sometida a una dura censura previa<sup>1205</sup>. De igual forma, el estado de sitio legitimó el accionar de los organismos de inteligencia. La CNI clausuró el local del MDP y el

---

que 18 personas murieron durante las protestas en estas circunstancias. A ello deben sumarse una serie de asesinatos particulares que tienen todo el perfil de ser obra de los organismos de inteligencia del régimen (pero ante la falta de pruebas la Comisión los establece como desconocidos o particulares), podemos establecer que 38 personas murieron en estas circunstancias durante el periodo de las protestas nacionales. (Anexo 3) Recuento propio a partir del Informe de (CNVR). Para ver las organizaciones civiles surgidas desde la propia CNI para combatir la protesta ver: **M. SALAZAR**. *Las letras del horror. Tomo II: La CNI. Op. cit.*, pp. 178-185.

<sup>1200</sup> <sup>1200</sup> Anexo n° 2 El 29 y 30 de octubre en las zonas de Santiago. Carpeta 48, Protestas, CDyAVS

<sup>1201</sup> Fruto del Estado de sitio, la información coyuntural y estadística sobre el paro es bastante confusa. La prohibición de informar vino acompañada del estado de sitio, dificultando la difusión normal y corriente de la información. A nivel hemerográfico, sólo encontramos un reportaje en revista Hoy, casi ocho meses después del acontecimiento. “Sin Estado de sitio y sin censura”. Revista Hoy, junio 1985. Por su parte, los datos de la Vicaría de la Solidaridad, dan cuenta que tanto el 29 como el 30 de octubre la paralización fue exitosa y la represión policial aplicó su mayor beligerancia en los márgenes de la capital. CDyAVS, Informe Mensual Octubre, 1984, pp. 59-73.

<sup>1202</sup> Boletín de prensa, *El Siglo*, n° 55, 3-9 noviembre 1984. (FDERT).

<sup>1203</sup> **G. DE LA MAZA, M. GARCÉS**; *La explosión de las mayorías...* Op. cit., pp. 69-71.

<sup>1204</sup> Su justificación para el estado de sitio fue, sencillamente que fruto de la oposición se había impuesto en el país un clima de “desorden y anarquía” inconducentes para el desarrollo óptimo del país. Las palabras de Jarpa en: “Perspectivas para el 85”. *Revista HOY* n°390, 7-13 enero 1985, p. 16.

<sup>1205</sup> **A. CAVALLO, et al**; Op. cit., p. 614.

Bloque Socialista, mientras requisaban los documentos ahí encontrados. Asimismo, se prohibió el ingreso del sacerdote español, Ignacio Gutiérrez, Vicario de la Solidaridad, mientras se prohibió la difusión de los comunicados de Fresno y del Episcopado respecto al tema<sup>1206</sup>. El régimen demostraba así, que sus peores momentos ya habían pasado.

No obstante ser convocada para noviembre una nueva jornada de protesta, con la instauración del estado de sitio en 1984 se cerró el primer ciclo de protestas contra el régimen militar. Éstas comprendieron once jornadas en las cuales la oposición pudo poner en jaque al régimen militar del general Pinochet gracias a la masiva participación de todos los sectores de la sociedad que exigían un cambio en la política hasta ahí impuesta. A pesar de la sorpresiva fuerza de la movilización, de su masividad, el poder de sus convocantes y el irrestricto apoyo de la Iglesia Católica, la protesta nacional no pudo cumplir su principal objetivo original; posibilitar la salida de Pinochet y convocar una Asamblea Constituyente. Este fracaso se debió a múltiples factores entre los que destacaron, principalmente, la astucia del régimen para manejar la situación aplicando una doble estrategia de disuasión-represión, y la incapacidad de la oposición para unirse en un proyecto común que fuese una alternativa real al impuesto por el régimen. Las diferencias eran profundas —según algunos vertebraba dos concepciones de la política y la sociedad— pero, creemos, también lo eran los puntos en común. Sin embargo, la astucia del régimen facilitó que las brechas se ahondaran. La incapacidad de vertebrar un proyecto conjunto y aglutinante del conjunto de la oposición fortaleció además la incapacidad de establecer metas intermedias que fortalecieran la movilización social y a las bases de la sociedad civil en las que se sostuvo la acción colectiva. Ambos factores fueron lentamente calando en el espíritu de la población que sucumbió al desgaste de la violencia y la represión: sin metas claras, se fue palatinamente abandonando el compromiso inicial que había llevado a amplios sectores de la población a participar.

Por último, es importante mencionar que durante la prolongación de esta primera ola de protestas, se apreciaron dos etapas relativamente claras respecto al fin que tenía la movilización social: si en un inicio la explosión espontánea rebasó el infranqueable control gubernamental exigiendo la salida de Pinochet, el correr de los meses trajo un cambio que constituyó a las jornadas de protesta en un mecanismo de presión. Ya fuese como presión directa que situara en el completo desgobierno al gobierno militar o como mecanismo de presión para negociar en mejor pie con la dictadura. En definitiva, si originalmente la protesta surgió como un movimiento que expresó el descontento de la población, la

---

<sup>1206</sup> Los documentos episcopales fueron: *Carta a los católicos*, Conferencia Episcopal, 16-11-1984 y *Carta del Arzobispo a la Iglesia de Santiago*. 18-11-1984. En CDyAVS.

conducción opositora la orientó para presionar al régimen de acuerdo a sus convicciones e intereses. Éstas, cabe señalar, fueron múltiples y no lograron construir una sola alternativa que permitiera aglutinar las distintas formas, intereses y propuestas subyacentes en la oposición. Es cierto que esas diferencias tenían larga data y, de alguna forma, retrotraen la discusión ideológica y política a los años previos al golpe de estado. No obstante, el contexto autoritario, reaccionario y sustentado en la sistemática violación de los derechos de las personas, situaba —en nuestra opinión— en un contexto sumamente distinto las diferencias y discrepancias al interior de la oposición.

Con el fin de la primera ola de protestas termina el período de mayor inestabilidad para el régimen militar. El *interregno* que se produce al amparo del estado de sitio y el inicio de la segunda ola vivido entre 1985 y 1986, abrió una dinámica distinta en la movilización social, presentando nuevos métodos, formas y fines. Lentamente se fue realizando el cambio en la estructura de la oposición sobre el fin de la movilización. Dicha lógica fue imponiéndose durante todo 1985 para ser consumada durante 1986, cuando, por un lado, AD entendió que el único camino viable para la restauración democrática era aceptar las condiciones impuestas por el régimen e instalarse dentro del sistema impuesto, mientras, el PC y el conjunto del MDP, entendió que la intensificación del conflicto era el único camino que podría permitir la salida del dictador.

**Cuadro 4. Violaciones a los Derechos Humanos entre 1982-1984<sup>1207</sup>.**

	1982	1983	1984
<b>Detenciones</b>	976	4.293	5.110
<b>Amedrentamientos</b>	101	186	374
<b>Apremios ilegítimos</b>	49	73	83
<b>Violencia innecesaria</b>	—	534	903
<b>Relegaciones</b>	41	127	670

#### 4.4. *Intermezzo (de horror): violencia, política y sociedad durante el estado de sitio.*

El 6 de noviembre la dictadura decretó el estado de sitio. Se concretaban así, los cambios que se venían gestando desde comienzos de año y que terminaron por marcar las derivas política y social del país de ahí en más. El éxito del paro, llevó al PC a reforzar su estrategia. Sobre todo luego que, tras la instauración del estado de sitio, se prohibiera expresamente la legalidad del MDP<sup>1208</sup>. Pese a los duros golpes que había vivido el MIR

<sup>1207</sup> Revista Mensaje, Nº336 Enero-Febrero, 1985. En G. A LÜNECKE; *Op. cit.*, p. 109.

<sup>1208</sup> Para los detalles de allanamientos y detenciones que acompañaron a esta decisión ver: A. CAVALLO et., al; *La historia oculta...* Op. cit., pp. 629-632; M. SALAZAR; *Las letras del horror...* Tomo II, Op. cit., pp. 203-208.

entre desde 1981, la consolidación en el mundo popular del Movimiento Juvenil Lautaro, y el auge de las Milicias Rodriguistas, llevaron a otro estadio a la organización de la resistencia armada contra Pinochet. Así también lo entendió el MIR<sup>1209</sup>. El profundo malestar popular, fundamentalmente de los jóvenes pobladores, sirvió de caldo de cultivo para incentivar esta estrategia directa de confrontación<sup>1210</sup>. Por ello, el FPMR, sorteó el estado de sitio realizando una serie de atentados callejeros, a objeto de reforzar la imagen de inestabilidad e ingobernabilidad. Se entendía que Chile se encontraba en una situación pre-revolucionaria, por lo que era tiempo de intensificar la presión a un régimen golpeado, ya fuese a través de la movilización política y social como a través de la acción armada<sup>1211</sup>. Como señala Álvarez en ese sentido, sólo tras este acontecimiento —de ahí que lo constituya en un momento “eje” en la historia contra la dictadura— la política del PC se orientó decididamente hacia la “sublevación nacional”, fomentando la lucha armada mediante el fortalecimiento de su aparato militar, el FPMR. La alta combatividad de las masas, el aumento de la pobreza fruto de la crisis económica, así como la consolidación de la oposición en el triunfo electoral en las federaciones universitarias, llevaron a la cúpula comunista a elaborar este diagnóstico<sup>1212</sup>.

Esta mirada llevó a cerrar el posicionamiento del PC en lógicas excluyentes que lo marginaron de eventuales acuerdos políticos con otros sectores de la oposición<sup>1213</sup>, cuestión que en definitiva, lo “condenó a ceder la vanguardia a sus adversarios políticos”<sup>1214</sup>. Ahora bien, esto lo acercó a otras entidades de izquierda, que asumían la vía armada como un camino tan válido, legítimo y necesario, como otros, para llevar adelante el cerco a Pinochet y su régimen, a través del MD, espacio en el que confluían todas las fuerzas de izquierda<sup>1215</sup>. Sin embargo, su política de rebelión popular también ayudó a reforzar las representaciones que la dictadura insistió en imponer a través de la lógica de la guerra,

<sup>1209</sup> Existen varios estudios, no obstante, que sindicaron el tiempo del Estado de sitio como aquel que evidenció las profundas discrepancias al interior del partido, las que toman forma decidida en el Pleno de 1985 donde toma forma concreta el proceso que llevó a su fractura en 1987. Ver; **J. PINTO, S. LEIVA**; “Punto de quiebre: el MIR en los 80”... Op. cit., pp. 83-138; **I. GOICOVIC**; “Teoría de la violencia y estrategia de poder en el Movimiento de Izquierda Revolucionaria, 1967-1986”. *Revista Palimpsesto*, Universidad de Santiago de Chile, nº 1 Vol. 1, 2004.

<sup>1210</sup> **J. PINTO, S. LEIVA**; “Punto de quiebre: el MIR en los 80”... Op. cit., p. 110.

<sup>1211</sup> Cfr. **A. RIQUELME**; Chile 1973-1990: Una dictadura entre la memoria y la historiografía” *Op. cit.* y **T. MOULIAN**; *Chile Actual...* *Op. cit.*, pp. 299-300. Ambos plantean que aunque existió una abierta situación de desgobierno, jamás hubo una posibilidad cierta de colapso del régimen. Riquelme entendió que este fenómeno se produjo porque no existió unión en la oposición, mientras Moulian, porque ni el régimen fue tan débil ni la oposición tan fuerte.

<sup>1212</sup> **C. ALVAREZ**; *Arriba los pobres...* *Op. cit.*, pp. 218-220.

<sup>1213</sup> Esta estrategia se fundamentó en las escasas posibilidades de acuerdo con el centro, dado el permanente rechazo de la DC. En ese sentido, la imposibilidad de acuerdos por el centro inevitablemente incidieron en el nuevo rumbo del partido.

<sup>1214</sup> **P. GUILLAUDAT, P. MOUTERDE**; *Los movimientos sociales en Chile...* *Op. cit.*, p. 169.

<sup>1215</sup> Al menos una buena parte de la militancia del MIR reconoce el valor que tuvo el MDP como espacio de visibilización, debate y relevancia comunicacional. **J. PINTO, S. LEIVA**; “Punto de quiebre:... Op. cit., p. 118

consolidando el miedo y el fraccionamiento de la población. Esta consecuencia, entendemos, no fue lo suficientemente considerada y sopesada por la cúpula dirigencial. No obstante, la izquierda se enfocó en fortalecer la resistencia por todos los medios; ya fuese a través de la lucha armada, del diálogo con sectores moderados e/o incentivar la movilización social.

Como puede observarse, las prohibiciones impuestas por el estado de sitio llevaron a la estructuración de nuevas formas de acción política. Las principales disputas entre partidarios y opositores al régimen se vivieron en las elecciones sindicales, gremiales y sociales. Fundamentalmente en las universidades y más precisamente en las elecciones de las federaciones estudiantiles. El triunfo de la oposición en la FEUC, por ejemplo, permitió sacar de la dirección al gremialismo, por años regente en la entidad estudiantil. De forma similar ocurrió en distintas entidades gremiales y sociales, dando cuenta del interesante proceso de politización que se había venido acentuando en estos espacios, fuertemente influido por los partidos políticos<sup>1216</sup>. Esta articulación, resultó fortalecida tras el impacto que generó el caso “*degollados*”, reagrupándola en torno a la idea de unión y consenso.

La instauración del estado de sitio trajo consigo otros dos fenómenos políticos concretos que tuvieron su escenificación en el ámbito social. Por una parte, el cambio producido al interior de la dictadura, ligado a la proyección –sin condiciones– de su itinerario hasta 1988, lo que se materializó en un robustecimiento de las políticas represivas, censura, violencia y control social. Por otra, se consolidaron, definitivamente, las divergencias al interior de la oposición.

La aparición de nuevos rostros en el régimen, representaron el retorno a la lógica neoliberal en la economía y del autoritarismo político manifestado en un férreo control social<sup>1217</sup>. La salida de Jarpa el verano de 1985, demostraba el comienzo de una nueva etapa, como lo señalaba el nuevo hombre fuerte al interior del régimen, el ministro F. J. Cuadra. La prioridad fue consolidar el itinerario establecido por la constitución,

---

<sup>1216</sup> Aun cuando –como señala Lünecke– las políticas de la dictadura incentivaron indirectamente esta politización, cabría analizar con mayor profundidad el grado de intensidad que tuvieron en el tiempo este tipo de prácticas, sobre todo a nivel gremial-sindical. Al respecto, creemos que a diferencia de lo que ocurre en el mundo poblacional donde se produce una mayor diversidad de respuestas, la politización vivida por los distintos gremios resultó ser más bien una cuestión instrumental –y por tanto circunstancial– de los partidos de la oposición. En momentos que se consolida la instalación, se hizo efectivo el grado de injerencia que los partidos tuvieron en este fenómeno que observó de forma bastante extendida la desarticulación y abandono de estos espacios. Cfr. **G.A. LÜNECKE**, *Violencia política... Op. cit.*, p. 102.

<sup>1217</sup> Nos referimos a la entrada de H. Büchi en Hacienda y F. J. Cuadra en la Subsecretaría de gobierno; también cabe en el nuevo ministro del interior, R. García Rodríguez, preocupado de organizar –de acuerdo siempre a los tiempos impuestos por la constitución– la candidatura de Pinochet para el plebiscito de 1988.

prolongando, incluso, la estancia de Pinochet en el poder por ocho años más<sup>1218</sup>. Así y de cara a garantizar el proyecto que sustentaba la carta constitucional, es decir una democracia protegida, fue necesario dar un nuevo golpe de efecto para reposicionar al régimen, certificando su vigencia en el poder hasta 1988<sup>1219</sup>.

El nuevo itinerario político del régimen concentró sus estrategias garantizar la vigencia de la constitución del 80' y la institucionalidad que esta creaba. El ministro de Justicia H. Rosende dejaba claro, en marzo de 1985, cuál era el rumbo a seguir: “la transición dejaría de ser un fenómeno político y pasaría a ser un programa netamente jurídico, apegado a la letra de la constitución y centrado en la elaboración de leyes e instrumentos legales”<sup>1220</sup>. En paralelo, se retomó la política neoliberal. Esta vez, desde una óptica un tanto menos ortodoxa. H. Büchi en Hacienda, buscó la reactivación económica a través del control del déficit fiscal, la balanza de pagos y la inflación, iniciando al mismo tiempo una segunda ola de privatizaciones<sup>1221</sup>.

Con el estado de sitio, a su vez, la dictadura volvió a sustentar su manejo político en la violencia. Si bien nunca dejó de ser su herramienta más habitual, se tornó nuevamente activa y no reactiva como había sido durante la primera etapa de las protestas. Sus principales gestores –los organismos de inteligencia y control social— reemergieron a la escena pública como ya había ocurrido entre 1973-1978, 1982 y progresivamente desde 1984. Junto a la censura y clausura de los medios de comunicación y los partidos políticos, se fortaleció la acción de los servicios de inteligencia; DINACOS (Dirección Nacional de Comunicación Social) silenció y censuró todos los espacios de difusión opositora, mientras la CNI funcionó en la práctica como una verdadera fuerza parapolicial, es decir, de forma “no oficial”<sup>1222</sup>. La lógica de esta práctica política se sostuvo en la necesidad de relegitimarse ante una opinión pública choqueada por el clima de violencia e inseguridad que se impone. No sólo interesaba superar la crisis económica, sino legitimar su discurso

---

<sup>1218</sup> Sobre la conveniencia del candidato único ver: **S. FERNÁNDEZ**; *Mi lucha por la democracia*. Los Andes, Santiago, 1994, pp. 210-211; **H. PÉREZ DE ARCE**; *SI o NO. Qué puede pasar... ¿Habrá democracia en Chile?* Zig-Zag. Santiago, 1988, pp. 31-32.

<sup>1219</sup> **G.A. LÜNECKE**; *Violencia política... Op. cit.*, p. 97.

<sup>1220</sup> **A. CAVALLO et., al**; *La Historia Oculta...* Op. cit., p. 626.

<sup>1221</sup> Sobre las privatizaciones y el cerrado círculo que se vio beneficiado ver: **M. A. MÖNCKEBERG**; *El saqueo de los grupos económicos al estado chileno*. Ediciones B, Santiago, 2001, pp. 32 y siguientes. La autora señala además –p. 22-, que entre 1985 y 1988, “el estado de Chile se deshizo de 30 empresas lo que significó una pérdida que se estimó en más de mil millones de dólares” para las arcas fiscales.

<sup>1222</sup> Las cifras de la Vicaría son elocuentes. Desde 1984 se produce un aumento considerable de las denuncias por detención –rapto- y maltrato de civiles. CDyAVS. Informe Mensual junio 1985 (Ahí se recoge el recuento de denuncias del periodo que incluye el estado de sitio).

institucional, eventualmente prodemocrático. En ese sentido, el régimen pretendió acabar de forma radical con cualquier tipo de “insurrección política”<sup>1223</sup>.

Así pudo observarse con terror en marzo de 1985, cuando tres profesionales vinculados al PC fueron secuestrados, torturados y degollados por miembros de la DICOMCAR<sup>1224</sup> (Dirección de Comunicaciones de Carabineros)<sup>1225</sup>. El caso dio la vuelta al mundo y sorprendió a todos por su brutalidad<sup>1226</sup>. Pese a las dificultades tradicionales que tuvo que sortear el juez J. Cánovas en un contexto dictatorial, rápidamente quedó clara la participación de miembros de la inteligencia de Carabineros, cuestión que por lo demás llevó a una grave crisis interna que influyó en el término del estado de sitio, en junio de 1985, al tiempo que representó la salida del director de la entidad y miembro de la Junta, general C. Mendoza<sup>1227</sup>. Sin embargo, con el horror de la muerte de Nattino, Guerrero y Parada, se certificaba el retorno del lado más duro del régimen<sup>1228</sup>.

En segundo lugar, el estado de sitio fue espacio propicio para proyectar las ambigüedades al interior de la oposición ahondando las divergencias y tensiones. En este contexto, la protesta del 27 y 28 de noviembre de 1984 resultó un fracaso en cuanto a masividad. Es efectivo que la muerte de los militantes comunistas provocó la movilización más masiva del año, sin embargo, proyectando sus consecuencias, puede observarse que la brutalidad del acto también tendió a dividir a la oposición entre negociar o incentivar la confrontación<sup>1229</sup>. Nuevamente la imposibilidad de imponer un criterio sobre el otro, capaz de vertebrar unidad a la lucha por la democracia, condujo a la división<sup>1230</sup>. Si el MDP –por ejemplo- llamó a protestar para los días 26 y 27 de marzo<sup>1231</sup>, AD decidió desentenderse del

---

<sup>1223</sup> Así tacha el dictador la acción política de la oposición. “Sin estado de sitio y sin cesura”, *Revista HOY*, Edición especial, 20 de junio 1985, p. 5.

<sup>1224</sup> Este organismo había sido creado tras la protesta de agosto de 1983, con el objetivo de intervenir y reprimir las protestas callejeras. **M. SALAZAR**; *Las letras del horror...* Tomo II, Op. Cit., pp. 205-206.

<sup>1225</sup> Sus víctimas fueron Santiago Nattino, Manuel Guerrero, dirigente gremial de los profesores y José Manuel Parada, activo colaborador de la Vicaría de la Solidaridad.

<sup>1226</sup> La Vicaría de la Solidaridad cuenta con archivos de más de 5000 páginas acerca del espeluznante asesinato de los tres profesionales comunistas en manos de la DICOMCAR que luego de ser secuestrados y torturados fueron vilmente degollados en la periferia norte de la capital. Para una visión general del caso degollados ver: **M. A. MÖNCKEBERG, M. E. CAMUS, P. JILES**; *Crimen bajo Estado de Sitio*. Emisión, Santiago, 1990.

<sup>1227</sup> Antes, el régimen había señalado que el crimen había sido un ajuste entre comunistas. *La Tercera*, 21-04-1985. Posteriormente, el Almirante Merino, señaló que “los comunistas son capaces de cualquier cosa, incluso de infiltrarse en Carabineros”, para justificar la evidente responsabilidad de este organismo del estado. Ambas referencias en: **G.A. LÜNECKE**; *Violencia política...* Op. cit., pp. 122-125.

<sup>1228</sup> Si bien el 13 de junio se determina el levantamiento del estado de sitio, la Junta concedió al Ejecutivo de mejores herramientas legales durante los estados de emergencia.

<sup>1229</sup> “El caso de los secuestrados”. *Revista Hoy*, n°403. 8-14 de abril 1985, pp. 4-7.

<sup>1230</sup> **P. GUILLAUDAT, P. MOUTERDE**; *Los movimientos sociales en Chile...* Op. cit., p. 166.

<sup>1231</sup> Esta protesta declinó temprano y vio apostarse a piquetes de carabineros en las esquinas más “conflictivas” de la capital desde muy temprano. Esta protesta se recuerda –junto al horror del caso degollados- porque en su contexto, en los días posteriores, fueron asesinados por carabineros los hermanos Rafael y Eduardo Vergara Toledo, miembros del MIR. Los hechos se produjeron en una protesta callejera en la comuna de Estación Central.



llamado, tanto por su fracaso anterior como por la necesidad de marcar diferencias con la izquierda marxista<sup>1232</sup>.

El MDP, en efecto, se orientó hacia la radicalización y la resistencia activa concentrándose en los barrios populares, mientras en AD se consolida la opción negociadora, postergando la acción colectiva como estrategia de acción política. Si bien es cierto que la potenciación de entidades sociales y gremiales contó con la interesada presencia de los partidos de la oposición, desde la instauración del estado de sitio, la idea de la “instalación” comienza a ganar adeptos en los círculos cercanos a la DC. La preocupación que despierta la escalada de violencia experimentada por la movilización social y las dificultades de controlarla y redirigirla, llevan a desestimarla y relegarla a un segundo plano.

En esta interpretación subyace una mirada negativa de la movilización social. Si bien la acción colectiva había servido para incentivar la percepción de desgobierno, la actitud resuelta e independiente de los sectores populares en su manifestación contra Pinochet, comenzó a ser leída como un potencial peligro para el éxito de su propuesta política. El riesgo que implicaba la acción libre de los ciudadanos podía conducir al desborde social, además de empoderar al MDP, ciertamente influyente en los espacios populares y más comprometidos con la protesta. En efecto, la inclusión de sectores populares dispuesto a combatir al régimen desde distintas formas, se interpretó desde la oposición conservadora como la manifestación anómica “del lumpen” hábilmente instrumentalizado por la izquierda radical. Esta cuestión conducía al fin abrupto de cualquier opción de acabar con la dictadura a través de la acción colectiva, al alejar a los sectores medios vitales en cualquier estrategia democratizadora<sup>1233</sup>.

Igualmente, este sector comprendió que un acuerdo como los existentes a nivel social – es decir, incluyentes del PC— implicaba acabar con cualquier opción de derrotar a Pinochet. Sobre todo por la distancia que existía entre la clase media y la política popular de masas del comunismo chileno. Ante la imposibilidad de dialogar con el régimen –por un lado- y de construir un frente amplio de oposición hacia la izquierda sin romper al conglomerado, por otro, las representaciones más moderadas al interior de la DC fueron ganando fuerza estableciendo al centro como el eje político de cualquier acuerdo. Por todo lo anterior, podemos señalar que la oposición a la dictadura, durante esta etapa, deambuló

---

<sup>1232</sup> En 1985, por ejemplo, se crea un conglomerado –Intransigencia Democrática, ID- que se opone a la negociación con el régimen y está abierto al PC, pero rechaza la violencia. Esta vía –verdadero puente entre los dos grandes posicionamientos que se construyen desde las principales plataformas políticas de la oposición- fue, sin duda un espacio poco utilizado e irrelevante a la larga en el proceso político chileno. Sin embargo, representó el sentir de un número importante de militantes y ciudadanos opositores a Pinochet.

<sup>1233</sup> E. BOENINGER; *Democracia en Chile. Op. cit.*, pp. 301-302 y 307-308.

entre los polos que la cercaban ideológicamente. Y aunque mantuvo su protagonismo político, fue incapaz de dotar a la fuerza social existente en una amplia y consistente fuerza política.

En este contexto, la Iglesia debió retomar su rol de articuladora de las iniciativas sociales y políticas de la oposición. Pese a los conflictos con los militares que esto suscitó, insistió en la necesidad de acabar con el estado de sitio ya que era el “principal (responsable) de los abusos y arbitrariedades que se cometen”<sup>1234</sup>. En esa dirección, el arzobispo Fresno se reunió con algunos asesores para establecer las bases de un amplio acuerdo que sirviera de base para el retorno a la democracia<sup>1235</sup>.

Fresno se reunió con personeros de todos los sectores, obviando al comunismo, que comienza a ser paulatinamente marginado. Las discusiones, que duraron cerca de cuatro meses, establecieron la necesidad de consolidar la unidad y la paz, y la reconciliación. Era necesario demostrar que un amplio sector del sistema político pretendía encontrar alternativas de diálogo que garantizaran un retorno pacífico a la democracia, sin que ello alterase la estabilidad del país. Fresno y sus asesores fueron reforzando los puntos en común, intentando dejar de lado los temas de división y controversia. Entre los que más dividieron a los distintos representantes partidarios destacó la legalidad del PC. Si para los partidos de derecha y la DC, el MDP representaban un movimiento con fines abiertamente antidemocráticos, para socialistas y socialdemócratas, lo fundamental era aglutinar al conjunto de la sociedad y si bien no compartían la vía violenta adoptada por este partido, tampoco creían que sus motivaciones fueran antidemocráticas.

Este debate, permite aproximarnos a los temas, visiones y representaciones que marcaron la agenda de la oposición moderada, fijando su concepción de lo que era la democracia. Con su negación de legitimidad al PC, impusieron claramente una visión limitada de aquello que se pretendía establecer como futuro régimen democrático. Si bien es cierto que el PC auspició la violencia como mecanismo de combate al régimen, su carácter democrático —desde una perspectiva histórica, ciertamente— no puede ser cuestionada, nos parece, cuando fue uno de los principales partidos sostenedores de la institucionalidad hasta el quiebre de 1973, cosa que no puede señalarse de otros partidos. Pero aún más. Si consideramos que el uso de la violencia se entendió como un mecanismo por el cual el pueblo de Chile —en armas— intentaba derrocar a un régimen ilegalmente constituido, lo que se observa en ese uso de la violencia es una práctica de acción política largamente incluida en la conciencia latinoamericana. Esta noción, no implica necesariamente la

---

<sup>1234</sup> Comunicado del Comité Permanente del Episcopado” en *Revista Mensaje* nº 339 junio, 1985, p. 211.

<sup>1235</sup> Los hombres reunidos por Monseñor Fresno fueron Fernando Léniz ex ministro de Pinochet, Sergio Molina, ex ministro de Frei Montalva, y el empresario José Zavala muy vinculado a la labor de la Iglesia.

pretensión de cambio radical sino más bien de restauración de orden perdido ilegítimamente<sup>1236</sup>. Excluir al PC, en definitiva, tenía que ver con ese afán de limitar su injerencia en la ciudadanía, controlar a la movilización social y conducir por caminos seguros y moderados el tránsito desde la dictadura a la democracia.

Luego de variadas reuniones, surgió el 25 de agosto de 1985, el “Acuerdo Nacional para la transición plena a la democracia”<sup>1237</sup>. El documento firmado por la AD en pleno, contó con el respaldo de personeros de Unión Nacional, sector que había surgido para apoyar la política de Jarpa<sup>1238</sup>. Sin embargo, el Acuerdo Nacional fue rechazado tajantemente por el régimen y sus partidarios más cercanos, que vieron en esta iniciativa una posibilidad cierta de constituir un amplio frente civil capaz de convencer a la Junta de Gobierno respecto a la realización de elecciones libres donde el candidato fuese un nombre de consenso y no el general Pinochet. Junto a la dictadura, se alineó la UDI, que negó rotundamente el acuerdo. Su rechazo radicaba en su temor a una marginación del sistema político ante el triunfo de un frente amplio. Argumentó la extrema ambigüedad que presentaba el documento respecto al comunismo, cuestión insostenible para cualquier iniciativa realmente democrática<sup>1239</sup>. Por su parte, el MDP también rechazó el acuerdo por las diferencias que implicaba su política de rebelión popular con el discurso de la no violencia en el que se fundamentaba el acuerdo. No obstante, somos de la idea que también influyó enormemente la marginación vivida por el MDP en las reuniones que conformaron el documento.

Más allá de sus repercusiones, “El acuerdo parecía imposible más allá de sus propios límites”<sup>1240</sup>. Es cierto que unió a una mayoría en torno a una serie de elementos como el diálogo, la democracia, el pluralismo y el establecimiento de normas mínimas de convivencia, pero su trascendencia, en la práctica, no fue mayor; es más resultó casi nulo. Ya que al igual que casi todas las estrategias realizadas por el centro, carecieron de la unidad real para ser un soporte consistente de una estrategia política. De hecho, debió sufrir la pronta retirada de los nacionales ante las distintas presiones vertidas desde el

---

<sup>1236</sup> **M. GONZÁLEZ ALEMAN, E. PALIERAKI;** *Revoluciones imaginadas. Itinerarios de la idea revolucionaria en América Latina contemporánea*. Ril editores, Santiago, 2013, p. 13.

<sup>1237</sup> “Acuerdo Nacional para la Transición a la Plena Democracia”, *El Mercurio* 27 de agosto, 1985.

<sup>1238</sup> Sobre los detalles del Acuerdo Nacional ver: **A. CAVALLO, et., al;** *La historia oculta... Op. cit.*, p. 640-649.

<sup>1239</sup> Antes de la firma del Acuerdo monseñor Fresno invitó a dialogar al máximo referente de esa colectividad, Jaime Guzmán, el cual sostuvo que a pesar de las buenas intenciones no era bueno que la iglesia se inmiscuyera en problemas políticos, sobre todo si los acuerdos no llegaban a buen puerto por la negligencia de los partidos o por fuerzas exteriores, ya que quedaría en mal pie ante la sociedad.

<sup>1240</sup> **A. CAVALLO, et., al;** *La historia oculta... Op. Cit.*, p. 648.

oficialismo<sup>1241</sup>. Con el fracaso del acuerdo terminaba también la esperanza de llegar consensuadamente a un retorno a la democracia. Al igual que los acuerdos entre la AD y el MDP nunca fructificaron en el terreno político, las diferencias en el centro fueron frustrando cualquier posibilidad de sostener una alternativa política que derrocaria a Pinochet.

Con el fin del estado de sitio y el posterior fracaso del Acuerdo Nacional, los esfuerzos nuevamente se enfocaron en la acción colectiva como mecanismo de presión y condena a la dictadura que, no obstante, se mantuvo inalterable en su itinerario. La violencia — simbolizada en el atentado a los tres profesionales comunistas— y los intentos limitados por establecer consensos que permitieran un retorno a la democracia, fueron los elementos que delinearon la coyuntura de 1985, resituando además a la protesta que, en cualquier caso, había sufrido importantes cambios tanto en sus formas como de fondo.

## **5. La segunda ola de protestas (1985-1986)<sup>1242</sup>**

La segunda ola de protesta que recorrió al país entre junio de 1985 y septiembre de 1986, presentó un notorio cambio en relación a las jornadas vividas con anterioridad al estado de sitio de 1984. El ciclo sufrió un desgaste permanente en su sentido original, orientando la coyuntura sociopolítica hacia un paulatino cambio en las condiciones, formas y motivos que movilizaron a la población chilena contra la dictadura.

Ya hemos destacado que existieron múltiples factores explican dicho cambio, destacando entre ellos, el considerable aumento de la violencia, el reposicionamiento del régimen y el titubeante y divergente camino de la oposición partidista en su afán de restaurar la democracia. Igualmente, los propios cambios que se producen en las estructuras de la movilización fomentaron un interesante proceso de reconfiguración de la acción colectiva. Si los partidos se encontraban enfrentados en una dura tensión interna y los sindicatos se hallaban a su vez amarrados y fragmentados por la normativa vigente, fueron los sectores populares los que reactivaron la protesta desde el espacio local del barrio. Ahora, eso sí, desde una dinámica distinta y divergente quizás de las formas y sentidos que habían caracterizado a la acción en un principio. Este cambio, puso en evidencia los procesos de desgaste político-partidista, así como la emergencia del malestar popular

---

<sup>1241</sup> Junto a las críticas vertidas desde el oficialismo, vinieron algunos nombramientos a cargos políticos para los miembros de ese sector, que terminaron por dividir y fraccionar a dicho conglomerado entre los que apoyaron el Acuerdo Nacional y quienes se apegaron al régimen.

<sup>1242</sup> Utilizamos este contexto de acuerdo a la definición temporal que sugiere T. Moulian para el segundo período de protestas existentes entre el fin del estado de sitio en junio de 1985 y la restauración de este en septiembre de 1986. Durante poco más de un año volvieron las movilizaciones contra el régimen de Pinochet pero éstas carecieron de la dinámica, objetivos y fuerza que caracterizaron a la primera ola. **T. MOULIAN**; *Chile Actual*:... Op .cit., p. 288.

expresado en una expresión alternativa, más autónoma<sup>1243</sup>. Alejada de las élites y los grandes centros de poder, en las prácticas cotidianas de los pobladores organizados, se escenificaron los complejos procesos de transformación social y cultural que se estaban produciendo en el país en una sociedad en tránsito. No tanto hacia la democracia sino hacia una dimensión neoliberal de la vida y la sociedad. Las y los pobladores —fundamentalmente los jóvenes— fueron sus principales afectados<sup>1244</sup>.

Este proceso representa, a nuestro entender, la disociación del movimiento social. Su fragmentación es también expresión de un proceso más amplio que experimenta la sociedad chilena. Esta descomposición del movimiento se materializa en un aspecto fundamental de su conformación; en los marcos de significados de los sujetos que llevan adelante la acción. Es decir, divergen las formas en que se interpreta y por tanto se representa la situación a la que se asiste y comienzan a vislumbrarse las distintas nociones de democracia que componen al heterogéneo sector opositor a la dictadura.

Ya señalábamos en el capítulo anterior la relevancia que tenía para la consolidación de un movimiento social que sus miembros compartieran una serie de significados y marcos sobre la realidad por la que se movilizan, cuestión, por lo demás, habitualmente construida desde la organización del movimiento. También señalamos que durante los procesos de expansión del movimiento, se vive una resignificación y modificación de los valores y principios, de cara a ampliar la base de su sustentación. Pues bien, entendemos que se produce una ruptura entre los intereses político-partidistas y los significados que tuvo para los sectores populares organizados la acción colectiva contra la dictadura. Tanto por la incapacidad política de la oposición —en su conjunto—, como por la “batalla” por los significados de la protesta que se estaba dando, y que implicaba la tensión respecto a las nociones minimalistas o más expansivas de lo que debía ser el eje articulador de cualquier propuesta política opositora: es decir, sobre qué democracia construir<sup>1245</sup>. La incapacidad de vertebrar un proyecto político amplio e inclusivo, condujo a esa paulatina división que terminó por desorientar, fragmentar y acabar con las potencialidades del movimiento social en su conjunto, aunque —desde una óptica distinta— permitió visibilizar con mayor contundencia las representaciones, valores e intereses del mundo poblacional. En otras

---

<sup>1243</sup> Esto dice relación con los pobladores organizados que de algún modo deciden utilizar el espacio público para sus prácticas comunitarias o para abiertamente manifestarse contra la dictadura. En sus prácticas se pueden observar formas, y representaciones que distintas a las dinámicas partidistas de la oposición. Los partidos coparon e influenciaron el terreno popular, pero se evidencia la reapropiación, adaptación y resignificación de las prácticas que realizan los pobladores de las influencias provenientes desde arriba. Sobre esto ahondaremos en los próximos capítulos.

<sup>1244</sup> A. UNDIKS; *Juventud urbana y exclusión social. Las organizaciones de la juventud poblacional*. Humanitas-FOLICO, Buenos Aires, 1990.

<sup>1245</sup> A. CUEVA; *Las democracias restringidas en América Latina. Elementos para la reflexión crítica*. Planeta, Ecuador, 1988, pp.

palabras, si la fuerza del movimiento aglutinó a todos contra Pinochet y su régimen, la división partidista y su incapacidad por construir marcos comunes respecto a cómo construir la futura democracia, fragmentaron de manera decisiva a la oposición y a la ciudadanía en general.

Todos estos elementos, en definitiva, facilitaron que la movilización social perdiera — desde una perspectiva eminentemente política— su fuerza y trascendencia original, pasando a ser un mero mecanismo estratégico de presión, perdiendo su rasgo más vital; ser expresión concreta de una amplia mayoría por acabar con la dictadura y el régimen político impuesto. Estos factores —insistimos— encaminaron a la movilización hacia el desgaste, perdiendo su fuerza, continuidad y, sobre todo, su carácter masivo y multclasista, para convertirse en un espacio de combate y resistencia, casi exclusivamente limitado a sujetos y espacios comprometidos con la derrota de Pinochet.

Por ello fue que el movimiento de protesta que acá denominamos como *segunda ola*, fue un movimiento rutinizado<sup>1246</sup>, es cierto. Pero —insistimos— también renovado en otros aspectos. De ahí que consideremos que la protesta —como expresión de una acción colectiva— más bien experimente un interesante proceso de *mutación*<sup>1247</sup>. El empoderamiento vivido por los pobladores con su activo compromiso contra el régimen, reposicionó también el sentido de la expresión, más allá de la lógica original<sup>1248</sup>, y que luchaba por la restauración del sistema democrático brutalmente derribado el 11 de septiembre de 1973.

Las protestas efectivamente como dice Moulian, “se transformaron en previsibles, por lo tanto en extenuantes para la masa. Sólo tenían importancia vital para los cuadros”<sup>1249</sup>. Esto, efectivamente, marcó otro rasgo distintivo de esta segunda ola. El conjunto de la sociedad dejó de participar asiduamente, limitándose a aislados actos que ya no contaron con la dinámica incesante ni la mística de las primeras manifestaciones. Este fenómeno se produjo gradualmente, como cambio en las formas pero también en los trasfondos y significados que convocan al conjunto de la sociedad a movilizarse. En ese sentido, se hace evidente que la acción colectiva perdió su fuerza en el inconsciente colectivo del conjunto de la sociedad chilena, como vehículo efectivo para alcanzar la democracia. En efecto, las protestas de esta etapa jamás tuvieron el carácter decisivo y determinante que presentaron las del primer ciclo. Como el régimen logró, en efecto, sobrellevar la primera ola de

<sup>1246</sup> T. MOULIAN; *Chile Actual: ...* Op. cit., p. 317.

<sup>1247</sup> La idea de mutación ya la esbozamos en nuestra tesis de Licenciatura en Historia: J. I. RADIC; *La explosión de las mayorías: las protestas nacionales contra la dictadura militar en Chile 1983-1986*. Pontificia Universidad Católica de Chile, Instituto de Historia, Santiago, 2007. De la misma idea es R. ÁLVAREZ; *Arriba los pobres del mundo...* Op. cit., p. 230.

<sup>1248</sup> R. ÁLVAREZ; *Arriba los pobres...* Op. cit., p. 228.

<sup>1249</sup> T. MOULIAN; *Chile Actual: ...* Op. cit., p. 17.

protestas el inconsciente colectivo de la sociedad, entendió que la acción colectiva no era una posibilidad de transformación de la realidad.

Había sido, en efecto, esa percepción de factibilidad de cambios a través de la movilización –sentimiento extendido transversalmente a lo largo de la sociedad- lo que propició el masivo apoyo durante el primer ciclo. En cambio, durante esta etapa, fue la noción contraria la que condujo hacia la desarticulación del movimiento. De este modo, en la élite del movimiento, si algunos se volcaron a la insurrección directa y violenta –desvirtuando indirectamente la acción pacífica— otros, lo hicieron en la dinámica de negociar con la dictadura aceptando sus condiciones, e incentivando de esa forma la desmovilización.

Esto no ocurrió de igual forma en los barrios populares, donde el compromiso con la movilización vivió un interesante proceso de mistificación y, por tanto, de mayor identificación y compromiso. No se trató tanto de considerar este el camino hacia la democracia, sino, más bien, como el único mecanismo de expresión que tienen y que los visibiliza frente al conjunto de la sociedad. Ese valor, permitió el riesgo, el sacrificio, y envalentonó a cientos de mujeres y hombres a no callar, a marchar, cantar, tocar cacerolas o incluso combatir al régimen. Ese carácter simbólico que adquiere la protesta para los sectores populares, es lo que más dio vida y sentido a la acción colectiva.

Ahora bien y pese a lo anterior, a nivel general, las protestas de este segundo ciclo, ya no fueron lo mismo. A pesar de retomar la dinámica y efervescencia de años anteriores, sus participantes, salvo contadas movilizaciones como el paro del 2 y 3 de julio de 1986, fueron una élite. Estudiantes, pobladores, desempleados y miembros de los partidos políticos fueron los responsables de esa reactivación. Pese a que se realizarán esfuerzos sumamente valiosos como la Asamblea de la Civilidad –espacio que aglutinó al conjunto de las organizaciones sociales y gremiales de la oposición—la contundencia de los primeros meses había desaparecido, porque también había desaparecido la convicción en el movimiento social. Las posiciones se habían maximizados y si algunos insistían en extremar la vía violenta, otros ya pensaban cómo derrotar a Pinochet desde el propio entramado institucional del régimen.

### *5.1 Se reinician las protestas*

Aunque el MDP había llamado a realizar una protesta los días 25 y 26 de marzo, la presión de los organismos represores –en víspera a esos días fueron sitiadas las comunas más combatientes de la capital, sobre todo tras la muerte de un Coronel de Ejército que

intentó en Concepción desactivar una radio-bomba que reproducía consignas políticas de adhesión a la protesta— y el impacto provocado por el caso degollados, incidieron en una ostensible reducción de los participantes. 15 personas habían caído durante la vigencia del estado de sitio y el temor y la violencia distanciaban a la amplia multitud opositora<sup>1250</sup>.

Una vez terminado el estado de sitio sólo dos protestas se realizaron antes del final de año en septiembre y noviembre; “Protestas que trataron en vano de crear el clima de efervescencia del período de ebullición. Protestas inerciales, repetitivas, rutinarias”<sup>1251</sup>.

Ahora bien, aunque inerciales, este ciclo representó para el régimen una mayor preocupación estratégica —desde un punto de vista militar—, dado el considerable aumento de la organización, combatividad y resistencia en las poblaciones que albergaban, además, las acciones del MIR, el Lautaro y el FPMR. Lo que se produce con la acción colectiva, entonces, es que perdió su fuerza como expresión política. Y, en ese sentido, dejaron de ser una preocupación real para gobierno<sup>1252</sup>. Su carácter multclasial había desaparecido y con ella la participación de los sectores medios. A su vez, los principales partidos así como los gremios comenzaron a ver en la protesta una forma de presionar al régimen y no una lucha ante un sistema en general<sup>1253</sup>. El significado de esta *utilización* explica —en parte— la dinámica de alguna de estas movilizaciones. Cuando estos grupos quisieron presionar adhirieron a la movilización, generando un importante impacto en el resultado de la protesta. Por el contrario, cuando decidieron no participar el impacto mediático se redujo, demostrando que su fuerza ya no dependía exclusivamente de ella sino —también— de otros elementos externos a la propia acción colectiva.

A pesar de lo anterior, la protesta siguió siendo una eficaz forma de expresión popular, donde las convocatorias realizadas por los entes partidarios y sociales marcaban las pautas de acción. Sus participantes en esta oportunidad fueron sobre todo sectores abiertamente comprometidos con la lucha contra la dictadura, entre los que destacaban universitarios, pobladores, activistas políticos, miembros de organizaciones sociales en general, en las que las mujeres jugaron un preponderante papel. Fueron estos grupos, fundamentalmente, los visibilizaron la protesta del 4 y 5 de septiembre de 1985, organizada con el objetivo de

---

<sup>1250</sup> F. MOUAT; “Lo que ocultó el Estado de sitio”. *Revista APSI*, 20 de junio al 1º de julio, Santiago, 1985.

<sup>1251</sup> T. MOULIAN; *Chile actual... Op. cit.*, p. 318.

<sup>1252</sup> En un gobierno militar la preocupación estratégica es mucho más conocida, y por ende más cómoda, que combatir un problema político. Sobre todo si un régimen busca impulsar y prolongar una dinámica de guerra con sus oponentes.

<sup>1253</sup> Los gremios siempre vieron en la protesta un mecanismo de presión idóneo, pero durante las primeras protestas sobre todo, el clima optimista de la época con una activa población en fase de ebullición, contagiaron a muchos a participar en la movilización contra el régimen. Este boom, que contagia desaparece con el tiempo, y ya en 1985 ha desaparecido y la protesta no es más que un mecanismo útil para sacar beneficios sectoriales, donde los transportistas y otros gremios menores destacaron por esta pragmática posición.



visibilizar la firma del Acuerdo Nacional, ante el nulo interés del régimen de considerar siquiera algún aspecto del mismo<sup>1254</sup>.

La jornada presentó, como en ocasiones anteriores, un variado repertorio de acción<sup>1255</sup>. Se repitieron el cierre temprano del comercio, escasez de locomoción colectiva, caceroleo nocturno e intensos enfrentamientos en las poblaciones de la capital. Igualmente se repitió la represión policial: once fueron las víctimas fatales en esos dos días de movilización<sup>1256</sup>.

La nueva jornada de protesta, se había organizado ante el desconocimiento que la dictadura había hecho al el Acuerdo Nacional. Por eso, las vertientes más progresistas de la AD buscaron acercar posiciones con la izquierda como estrategia de reactivar la movilización social. El PS Briones, el PR, e incluso algunos miembros más liberales de la DC, plantearon la necesidad de debatir y re-empoderar a la ciudadanía a través de la movilización, estableciendo un vínculo más estrecho con el MDP. Por su parte, los sectores más moderados aprovecharon el marco del Acuerdo Nacional para dialogar con sectores cercanos al régimen a fin considerar y legitimar la institucionalidad autoritaria e insertarse en el modelo. Sin ese reconocimiento sería imposible alcanzar la democracia<sup>1257</sup>. Estos sectores fueron los principales avales de los acuerdos con la derecha democrática insistiendo en la imposibilidad de otro camino.

Así, el final de 1985, estuvo caracterizado por la discusión y el debate interno entorno a los dos grandes temas que dividían al conjunto de la oposición a Pinochet; la forma en que se reconocía —o no— al régimen y, en segundo término, respecto a la legitimidad de la estrategia del PC de utilizar la violencia como mecanismo de presión contra la dictadura<sup>1258</sup>. Las conversaciones se dieron fundamentalmente entre un sector de los socialistas y el PC de cara a construir un frente amplio centrado en la movilización.

A partir de septiembre y a medida que se confirma el fracaso político que tuvo el Acuerdo Nacional, se observa —a través de la retórica de AD- su doble estrategia; por una parte, utilizó el fracaso del Acuerdo como estrategia de deslegitimación del régimen frente a

---

<sup>1254</sup> AD convocó a realizar una manifestación que se denominó “Chile defiende la vida”, y en la que los partidos adherentes, firmaron el manifiesto denominado “Manifiesto democrático del pueblo de Chile”. No participaron los sectores de derecha que firmaron el acuerdo ante algunas diferencias sobre los enunciados de los dirigentes que organizaron la movilización respecto a la legalidad del gobierno de Pinochet.

<sup>1255</sup> “Protesta y Acuerdo tienen groggy a Pinochet”. *Revista Cauce* 39, 10-16 septiembre, 1985, pp. 4-6.

<sup>1256</sup> *Ibid.*, p. 5

<sup>1257</sup> Existen varios indicios que nos llevan a enfatizar que estas ideas se venían discutiendo desde, al menos, 1984. Ver **A. CAVALLO**; *La historia oculta...* Op cit. pp. 632-633; **R. OTANO**; *Crónica...* Op. cit., pp 15-26. Cfr. **T. MOULIAN**; *Chile Actual...* Op. Cit., p. 320; **C. GAZMURI**; *La persistencia de la memoria...* Op. Cit., pp. 138-139.

<sup>1258</sup> La tensión de estas posiciones no sólo evidenció las diferencias en el conglomerado sino que también hizo evidentes las dudas y confusiones sobre cuál era la mejor estrategia a seguir. Un ejemplo de ello puede observarse en las declaraciones de *Gabriel Valdés*, presidente de la DC: “mientras el PC no cambiara su postura no existe posibilidad de acuerdo”. Al mismo tiempo señalaba sobre el régimen que “no se trata de negociar para legitimar la institucionalidad actual” siendo ridículo la no aceptación de otras propuestas. En definitiva, no se estaba dispuesto a flexibilizar posturas para lograr un acuerdo amplio. Sobre los dichos de Valdés ver *revista Análisis*, nº 95. 19-26 de junio, 1985, pp. 14 y 15.

los sectores medios de la sociedad, dado comportamiento soberbio e intransigente que había demostrado. Por otra, dialogó con el MDP a objeto de reactivar la masividad de la movilización social. Buscaron, en otras palabras, “darle vitalidad pública (...) con el fin de articular un frente cívico cuyo claro horizonte fuera levantar el poder social como sustituto del poder político”<sup>1259</sup>.

Nuevamente la indecisión amagó la posibilidad de crear un proyecto amplio coherente e inclusivo. Los esfuerzos –vanos- por construir frentes civiles contaron con las reticencias de uno y otro sector de la oposición, mientras como señala Riquelme el grueso de la sociedad se hallaba en una posición intermedia. La muerte política del acuerdo se ratificó con los acercamientos entre AD y MDP para intensificar la movilización, cuestión alejó a los sectores de derecha que habían participado del AN. En cuanto a la movilización, la rearticulación social pudo observarse en el último trimestre de 1985. R. Lagos, líder socialista insistía en que “todos los civiles con una estrategia común son los que deben conformar un frente contra Pinochet”<sup>1260</sup>, mientras desde el PC se abría la posibilidad de discutir todos los temas con la AD –sobre todo con la DC, colectividad siempre reacia a alcanzar acuerdos con los comunistas. Incluso las formas en las cuales combatir a la dictadura<sup>1261</sup>. Los comunistas entendían que con las vías sindicales y políticas amarradas, era la calle la que debía sostener la presión contra el régimen. Pero, más allá, el PC desarrolló su planteamiento enfocado principalmente en presentar la lucha contra Pinochet desde la amplia diversidad que presentaba la oposición a éste. Desde esa perspectiva cualquier cambio que ayudara a la salida del dictador resultaba un avance, por lo que sólo un amplio acuerdo político y social basado en la presión de un movimiento popular era el mejor camino para acabar con la dictadura. Por su parte, una fracción de la DC manifestaba su disposición de alcanzar acercamientos funcionales hacia la izquierda ya que podían ser uno de los caminos por los cuales presionar a la dictadura.

La relativa e inestable unidad permitió la movilización de noviembre, donde amplios sectores sociales adhirieron a la unidad política a través de una masiva concentración en el Parque O’Higgins. La jornada organizada por AD, contó además con el apoyo del MDP. El acto recordó la fiesta que resultaban las protestas en sus inicios; una gran masa participó pacíficamente del repudio a Pinochet. A pesar de las insistentes acciones del régimen por deslegitimar y aminorar la participación ciudadana, se reunieron alrededor de 400 mil

---

<sup>1259</sup> A. CAVALLO et., al; *La historia oculta* Op. cit., p. 668.

<sup>1260</sup> Revista Análisis nº 97 del 2 al 9 de julio, 1985. pág. 5.

<sup>1261</sup> El secretario general Luis Corvalán así lo sostuvo, aunque –agregó- que para discutir cualquier tema relacionado a la violencia debía entenderse que era consustancial al régimen por lo tanto si se quería acabar realmente con ella debía acabarse con el régimen. *Revista Análisis* 98 del 9-16 de julio, 1985, p. 4.

personas que desbordaron el espacio público para manifestarse<sup>1262</sup>. La concentración fue denominada “*Chile exige democracia*” y se produjo luego de largas tratativas entre el régimen y la AD para permitir la realización del acto. Celebrada el 21 de noviembre, destacó por el éxito que tuvieron los llamados a pacificar la movilización, provocándose sólo enfrentamientos aislados entre la policía y los manifestantes. En esta ocasión la disposición pacífica de los asistentes así como la extremada rigurosidad de los convocantes para controlar el acto, permitieron que no los asistentes no cayeran en las provocaciones policiales. Esto trajo que el optimismo nuevamente se insertara en la oposición; se abrió nuevamente la posibilidad de presionar al régimen a través de una movilización pacífica. Este hecho, sin dudas, fue un ilusorio espejismo que rápidamente los hechos de 1986 se encargaron de despejar. Con el fin de 1985, se dio paso a un año recargado de expectativas y tensiones que empujaban a definirse respecto al rumbo a seguir. De ahí que 1986 –por distintos motivos- se estableció para el conjunto de las fuerzas sociales y políticas opositoras a la dictadura como el *año decisivo*.

## 5.2 El año Decisivo (1986)

Como todo proceso de intensificación de conflictos, 1986 vivió una serie de acontecimientos que cambiaron la percepción del tiempo; éste se aceleró de forma abrupta, provocando con ello intensos cambios en el conjunto del escenario nacional. Tal como señala S. Tarrow, todo ciclo de acción colectiva que transforma la realidad, se precipita hacia un significativo cambio su rumbo en condiciones y circunstancias que dieron vida a dicha acción colectiva<sup>1263</sup>. Aunque las variables que incidieron decididamente en el rumbo del país venían manifestándose desde hacía varios meses, la velocidad en que se consuma este proceso también influyó notoriamente en la magnitud de los cambios. En sólo nueve meses se pudo observar cómo 1986 resultó decisivo en la historia de la dictadura. Si así lo había concebido el PC en 1985<sup>1264</sup>, ara el régimen lo fue en la perspectiva de consolidar definitivamente a Pinochet como el candidato único de 1988 y la defensa de su orgánica refundadora; a su vez, también lo fue para la AD, desde la perspectiva de definir su

---

<sup>1262</sup> . Sobre la jornada ver; “El poderío de la oposición”. *Revista HOY* nº436 del 25 de noviembre al 1 de diciembre, 1985, pp. 6-10.

<sup>1263</sup> S. TARROW; *El poder en movimiento los movimientos sociales, la acción colectiva y la política*. Editorial Alianza, Madrid, 1998.

<sup>1264</sup> A comienzos de 1985 el Comité Central del PC estableció a través de un comunicado la estrategia de la “sublevación nacional de masas”, pretendía gradualmente aumentar la escalada del conflicto de manera de impulsar un levantamiento general de la población. Esta activamente movilizada junto a los sectores políticos serían capaces de generar una sublevación generalizada capaz de provocar incluso la división al interior de las FFAA. Para En esta estrategia se situaba a 1986 como “el año decisivo” en la lucha contra la dictadura lo que, en definitiva, determinaría su caída.

estrategia para afrontar los últimos años de dictadura: o aceptar acuerdos transitorios con la izquierda en beneficio de la movilización social, o aceptar las condiciones imperantes e instalarse definitivamente el sistema. Todo apuntó a 1986 como un año de importantes definiciones como lo señalaba el periodista F. Paulsen un año más tarde;

Algunos sectores de la oposición lo llamaron el “año decisivo” desde un comienzo, especialmente las fuerzas políticas entorno al MDP. Los demás grupos opositores, con el tiempo también comenzaron a referirse a 1986 como el año decisivo. Pero, mientras unos pensaban que lo decisivo estaba en la caída de Pinochet y el reemplazo de su gobierno, los otros tenían la idea de una transición real al comenzar el año<sup>1265</sup>.

El caluroso verano de 1986 no dio tregua a la oposición que se organizaba para reposicionar a la acción colectiva como eje de presión contra el régimen. Los acercamientos entre el MDP y la AD habían tomado mayor consistencia llegando incluso a la posibilidad de obtener un acuerdo político entre las partes. Así al menos lo planteó el MDP en una misiva a la AD. Las amplias divergencias existentes al interior de la DC sobre el tema del comunismo, no obstante, lo hicieron imposible<sup>1266</sup>. En AD sólo existió la disposición para formar un comité organizador de acciones conjuntas que impulsaran la movilización. Ir más allá resultaba demasiado riesgoso ante el vilipendiado “terror comunista”<sup>1267</sup>. La estigmatización, y el temor a perder definitivamente el respaldo de los sectores medios — principal capital político de la DC— negaron cualquier posibilidad de acuerdo. Gabriel Valdés, presidente de la Alianza así lo ratificaba con sus dichos fines de enero<sup>1268</sup>. A pesar de ello, los sectores más cercanos a la idea de establecer acuerdos con el PC conformaron un Comité Político Privado (CPP), encargado de buscar sinergias y aunar criterios en torno a la protesta. En cierto modo este espacio sirvió para estrechar la relación entre ambos sectores, lo que cobró mayor relevancia con el surgimiento de la Asamblea de la Civilidad. La iniciativa ciudadana despertó las expectativas de unidad, aunque las disputas internas en

---

<sup>1265</sup> **F. PAULSEN**; “¿El año decisivo?”. En revista *Análisis* del 13-19 de enero, 1987, p. 4. Citado en: **G.A. LÜNECKE**; *Violencia política...* Op. cit., p. 131.

<sup>1266</sup> Izquierda Cristiana, el Bloque socialista, el Partido Radical y un sector liberal de la DC no vieron con malos ojos un eventual acuerdo con el PC como único mecanismo de “luchar, todos juntos contra la dictadura”. Sin embargo, el sector más duro de la DC, los republicanos y la derecha “democrática”, rechazaron de plano cualquier acercamiento con el PC.

<sup>1267</sup> A la criminalizada imagen del PC y el temor de ser estigmatizados por eventuales acuerdos con ese sector, se sumaron las acciones subversivas del MIR y el FPMR que fortalecían el clima de violencia y descontrol. Asimismo, la aparición del líder del MIR Pascal Allende asegurando la intensificación de la movilización social y la lucha armada contra la dictadura” ahondaron los temores de la DC. **M. VODANOVIC**; “Las expectativas de marzo”. *Revista APSI*, del 24 de febrero al 9 de marzo, 1986, pp. 4-5.

<sup>1268</sup> Las razones principales esgrimidas por el presidente de la AD en su carta al MDP fue su censura a la opción violenta como mecanismo de acción contra el régimen. En revista *Análisis*, nº 127 del 28 enero al 3 de febrero, 1986, p. 6.

la AD impidieron proyectarlo más allá de algunos acuerdos funcionales sobre la movilización.

Ante el impase partidista, las bases sociales que si habían logrado trabajar conjuntamente durante los años más duros de la represión militar, conformaron un conglomerado amplio y diverso aglutinando a un conjunto de entidades que conformaban la masiva oposición a Pinochet. Con esa intención surgió formalmente la Asamblea de la Civilidad el 25 de marzo de ese año, en la que más de doscientas organizaciones civiles conformaron un amplio acuerdo que exigió a la dictadura importantes cambios en el orden político, económico y social del país<sup>1269</sup>. La creación de la Asamblea buscó dar respuesta definitiva a los objetivos de la disidencia a Pinochet. Organizaciones sindicales, particulares, poblacionales, cristianas, estudiantiles, profesionales, gremiales, de mujeres y entidades políticas conformaron la más grande entidad social, encargada de hacer confluir a todos los sectores del país contrarios al régimen, convirtiéndola en “una suerte de comando general de la movilización social”<sup>1270</sup>.

La creación de la Asamblea de la Civilidad hizo renacer las esperanzas de unidad en la oposición; la prensa opositora de la época entregó gran cobertura a esta iniciativa que concentró el interés de todos. Parecía que realmente a través de esta iniciativa que agrupaba a un sinnúmero de organizaciones sociales y profesionales, podía lograrse la deseada unidad que condujera definitivamente al país hacia la democracia. Pero a esta voluntad social debía unírsele la política, que centraba en el CPP los principales vínculos entre la izquierda y el ala moderada de la oposición. Tal como había acaecido en mayo de 1983, las bases sociales intentaron retomar el liderazgo de la movilización y reconducirla en su rechazo a la dictadura. Nuevamente los anhelos y esperanzas coparon las expectativas de la oposición. La unión de tan amplio sector, hizo olvidar las largas y profundas tensiones que cruzaban y debilitaban política e ideológicamente a la oposición<sup>1271</sup>.

No pretendemos negar la importancia de la AC. Como ente aglutinador construyó una importante red orgánica contraria a Pinochet, haciendo visible el masivo y plural rechazo

---

<sup>1269</sup> La Asamblea Nacional de la Civilidad se creó el 25 de marzo de 1985 luego del discurso del Doctor Juan Luis González, presidente de la Federación de Colegios Profesionales, celebrado en el Teatro Cariola. Un interesante estudio sobre la Asamblea, las organizaciones que la conformaron, la Demanda de Chile y sus entretelones, puede encontrarse en, **J. PIZARRO**; *La movilización social en la lucha democrática: La asamblea de la civilidad en el año decisivo*. Tesis de Licenciatura en Historia, Instituto de Historia, Pontificia Universidad Católica de Chile, Santiago, 2003.

<sup>1270</sup> Palabras del dirigente socialista Ricardo Núñez en *Revista APSI* nº174 del 19-23 de marzo, 1986, p. 19.

<sup>1271</sup> La documentación, resalta el júbilo optimismo que empapa a todas las publicaciones opositoras. Señalaban que “la unidad del amplio grupo de organizaciones es la demostración del largo caminar en la creación orgánica de un movimiento social contra la dictadura”. En *revista Análisis*, nº 135 del 25-31 de marzo, 1986. Cfr. **H. PÉREZ DE ARCE**; *SI o NO. Qué...* *Op. cit.* Ahí se señala que el desmesurado espíritu y optimismo de la oposición era difícil de explicar, si se consideraba la unidad histórica que tuvieron las FFAA entorno a Pinochet y la imposibilidad de lograr desestabilizar a un gobierno unido que además tenía el poder de las armas.

que tenía el régimen en la sociedad chilena. Nuestro análisis, más bien, relativiza su trascendencia política, ante su incapacidad de proyectar esta unión social en un acuerdo partidista que permitiera trazar una ruta clara de acción. Como venimos diciendo, las diferencias al interior de la oposición partidista se habían ahondado con el paulatino empoderamiento de las tendencias más rupturistas de cada sector, tensiones que ni la fuerza representativa de la AC pudo soslayar. El régimen por su parte, hizo su trabajo de incentivar la división a través de la violencia, asestando duros golpe a la iniciativa ciudadana que terminaron por mitigar su impacto: la censura y represión policial, coronada posteriormente con la imposición del estado de sitio en septiembre de 1986, relegaron a sus líderes y propuestas a un segundo plano de la contingencia, mientras los partidos retomaban sus caminos excluyentes.

Sin embargo, conviene destacar, que ese otoño e invierno de 1986, presenciaron la activa reorganización social, la masiva participación ciudadana, incentivando de manera sistemática, la protesta y la acción colectiva contra la dictadura. Esto se pudo ver en aumento considerable de actividades que se organizaron para protestar. Entre marzo y abril, se realizaron varias manifestaciones entre las que destacaron la del día Internacional de la mujer (8 de marzo<sup>1272</sup>), la Jornada por la Democracia (20 de marzo), el 8 y 9 de abril, en el que se celebró el paro del Colegio Médico. El 15 y 16 de abril, en tanto, se produjo el paro de estudiantes. Estas marchas tuvieron un gran impacto mediático, al copar el espacio público con masivas marchas que reivindicaban la salida del dictador.

En este contexto, la A estableció como reivindicación fundamental la necesidad que el estado garantizara los derechos básicos de las personas que participaban o adherían a cúmulo de organizaciones que la conformaban. Para ello, elaboró un extenso pliego de peticiones que buscó satisfacer las demandas más inmediatas y fundamentales. El eje central del petitorio fue la gran demanda que el pueblo de Chile venía exigiendo de distintas maneras desde mediados de 1982; “*democracia ahora*” supeditando, en principio, todos los intereses sectoriales a este bien superior. Incluso las diferencias existentes entre demócratacristianos y comunistas que habían negado un acuerdo político, quedaban relegadas a un segundo plano ante este simple pero tan simbólico mensaje<sup>1273</sup>. Este pliego se conoció como la “*Demanda de Chile*”<sup>1274</sup>.

*La Demanda* fue entregada a las principales autoridades del país a comienzos del mes de mayo. La exigencia fue, que de no mediar una pronta respuesta al documento, la AC

---

<sup>1272</sup> Si bien esta se realizó desde 1978, en |1986, volvió a presentar el carácter masivo y plural que había tenido en 1983 y 1984.

<sup>1273</sup> J. PIZARRO; *La movilización social... Op. cit.*, p. 70.

<sup>1274</sup> La *Demanda de Chile* fue publicada el 26 de abril de 1986. *Revista HOY*, separata especial, 5 de mayo, 1986. También apareció con la revista *APSI* n° 177.

trasladaría su acción a las calles mediante una incesante movilización social. El plazo para el régimen, fue el 31 de mayo. Pero, al igual que pasó con el Acuerdo Nacional, el régimen restó importancia al documento y dejó rápidamente de lado el petitorio con su habitual silencio. Su camino ya estaba claro y sólo se remitió a deslegitimar cualquier acción en su contra a través del conocido discurso anticomunista, mientras una implacable represión aplastaba a los actos organizados en su contra. La negativa del régimen, condujo a la AC hacia la movilización. Se llamó a la población a realizar un paro nacional para los días 2 y 3 de julio. La convocatoria denominó esta iniciativa como “Desobediencia Civil Patriótica”<sup>1275</sup>, con la consigna “Todos juntos al mismo tiempo” se celebraron una serie de actos que buscaban expresar el descontento y difundir el llamado a parar. El régimen, como fue habitual, contestó con inusitada violencia. Tal como ya lo habían hecho en ocasiones anteriores, se llamó a los militares para llevar adelante dicha tarea; la inescrupulosa actitud gubernamental demostró, nuevamente, el interés de la dictadura por conducir el conflicto a su mejor área; la violencia y el enfrentamiento.

En esa línea, la dictadura estudió distintas formas por la cuales combatir la ola opositora que nuevamente había empujado a la multitud a la calle. Esta cuestión preocupaba de sobremanera a Pinochet, sobre todo por la emergencia cada vez más patente, organizada y efectiva de grupos subversivos. Cada encuentro, acto o marcha, evidenciaba la organización paramilitar que repelía la acción policial. Esto inevitablemente condujo al endurecimiento de la acción represiva, afectando a los activos participantes de marchas – pacíficas— que se realizaban en los distintos lugares del país.

El enrarecido clima <sup>1276</sup> y la “pasiva acción de Carabineros en las acciones callejeras”<sup>1277</sup>, llevaron a Pinochet a crear la Unidad Fundamental Antisubversiva (UFA), encargada de controlar, los actos contrarios al régimen a través de la represión callejera. La UFA –conocida por la opinión pública como los *carapintadas*— resultaron ser pequeñas unidades de jóvenes militares que, vestidos de civil, repelían violentamente cualquier acción opositora. Esto pudo corroborarse en las movilizaciones de abril y mayo; el llamado de los estudiantes a reunirse en la Plaza Italia para “ver pasar el cometa Halley” y la movilización en el Día Internacional del Trabajador, fueron los escenarios escogidos para

---

<sup>1275</sup> El llamado se hizo el 1º de junio de 1986. **P. AZOCAR**; “Asamblea de la Civilidad: se organiza la desobediencia”. En revista APSI nº180 del 2-15 de junio, 1986, p. 7.

<sup>1276</sup> A las movilizaciones sectoriales de la oposición se le sumó la dura acción del MIR y el FPMR. En ese sentido, durante el mes de abril se produjo el secuestro del cabo de Carabineros Germán Obando. A pesar de que a fines de 1985 el FPMR comenzó con esta técnica, se hace más habitual a partir de 1986. Sobre el caso del cabo de Carabineros ver: **P. POLITZER**; *La ira de Pedro y los otros*. Ed. Planeta, Santiago, Chile, 1998.

<sup>1277</sup> Dichos vertidos por Pinochet a su círculo más cercano luego de las movilizaciones opositoras de marzo de ese año. En **A. CAVALLO**; Op, cit. p. 694.

poner en práctica la nueva estrategia de combate<sup>1278</sup>. Para esa ocasión el régimen, a través de la jefatura de estado de emergencia, ordenó el despliegue de más de 2 mil soldados repartidos por el centro de la capital. A pesar de la intervención militar, la expresión popular se desenvolvió con suma intensidad, sobre todo, en la periferia de la capital. La represión fue brutal y víctima de ella resultó el estudiante R. Wood, muerto con un balazo en la cabeza en el sector de Mapocho<sup>1279</sup>.

Los esfuerzos de la oposición por reactivar la movilización ciudadana chocaron con la violencia de Estado desplegada por todo el país: “Un espiral de miedo estaba creciendo en la periferia de Santiago, y el debut de los métodos nuevos, como las botellas de ácido lanzadas contra vehículos de la movilización colectiva, parecía estar empujando las cosas en el camino de la conflagración”<sup>1280</sup>. Ese era el interés del régimen. Sabía que en ese territorio no podía perder y por eso, no le importaron los efectos que trajo la militarización del enfrentamiento, potenciando el uso de la violencia entre sus opositores<sup>1281</sup>.

En efecto, al régimen se sumaron las acciones contestatarias del FPMR, el Lautaro y el MIR. El exitoso desembarco de armas en Carrizal a comienzos de año, nutrió de renovado armamento a la insurgencia armada que realizó acciones en pleno cordón urbano; a los asesinatos del dirigente poblacional de la UDI Simón Yébenes (3 de abril), y de un carabinero el 27 de abril, se sumaron varios soldados heridos, luego de ser baleados por desconocidos en una patrulla militar. “Entre abril y julio se registraron además una decena de otros atentados explosivos y con armas de fuego contra oficinas públicas, tendidos eléctricos, cuarteles policiales y militares e incluso en la vía pública”<sup>1282</sup>.

En esas condiciones se llevó a cabo el gran acto ciudadano contra la dictadura, organizado por la Asamblea de la Civilidad. Pese a los incesantes discursos de paz, la violencia se impuso y azotó la conciencia de los chilenos. La macabra acción de soldados contra una pareja de jóvenes recorrió el mundo, mostrando la violenta realidad que sacudía al país. Luego del espeluznante acto en contra de los jóvenes, nuevamente las voces que llamaban a calmar la acción opositora comenzaron a consolidarse, ante el desborde de la rabia, violencia y muerte, que copaba el espacio público.

---

<sup>1278</sup> También se hicieron en el día del Trabajo y el 20 de mayo con motivo de la segunda sesión de la Asamblea Parlamentaria Internacional por la Democracia en Chile (APAINDE). *Revista APSI* nº178 del 4 al 17 de mayo, 1986.

<sup>1279</sup> Los datos de la represión policial pueden encontrarse en la Vicaría de la Solidaridad. CDyAVS. *Informe mensual*, mayo 1986.

<sup>1280</sup> A. CAVALLO, et. al; *La historia oculta...Op. cit.*, p. 695.

<sup>1281</sup> J. PIZARRO; *La movilización social... Op. cit.*, pág. 78.

<sup>1282</sup> A. CAVALLO, et. al; *La historia oculta... Op. cit.*, p. 706. De hecho, durante junio también se vivió el atentado con bombas a la casa del ex jefe de la DINA General (R) Manuel Contreras.



### 5.3 El paro del 2 y 3 de julio y el caso de los quemados vivos

- ¿Instrucciones especiales?
- Bueno... estar atentos a los desórdenes y desmanes.
- ¿dispuestos a disparar?
- si las circunstancias lo exigieran, por supuesto. Nosotros defendemos la patria, y si para ello hay que matar, matamos.
- ¿por qué los ubicaron aquí hoy día?
- No sé, son órdenes. Hasta ahora está tranquilo, pero con los comunistas nunca se sabe.
- ¿usted cree realmente que el paro es un asunto sólo de comunistas?
- Claro que sí. Si no, no estaríamos armados, ¿no cree?<sup>1283</sup>

Desde fines de 1985 que la idea de un paro general se había venido planificando en los distintos espacios de la oposición. Por eso, no extraños que la jornada estuviera organizada semanas antes. Incluso los esfuerzos por evitar el choque entre la oposición movilizada y la represión oficialista estuvo dentro los planes. Como nunca, se vio desde miristas a democristianos, participando conjuntamente en la organización<sup>1284</sup>. La opresiva acción de los militares, inundaban de incertidumbre y miedo el ambiente, llevando a los organizadores a buscar algún tipo de acuerdo con el régimen para realizar una jornada tranquila. Pero el régimen se mantuvo impertérrito, decidiendo no escuchar ni dialogar con los dirigentes sociales de la Asamblea de la Civilidad.

Pese a las negativas de la dictadura, el compromiso de un amplio universo social y político, permitió desafiar nuevamente al régimen en nombre de la democracia. A pesar de las restricciones impuestas y los sabidos temores a represalias, el “Todos juntos, al mismo tiempo” se fue difundiendo por todo el país; volantes, panfletos y murales decoraron a las principales ciudades que se prestaban a paralizar en plena dictadura, tratando de las más variadas formas difundir e involucrar a la población<sup>1285</sup>. El llamado hecho por la Asamblea buscaba alterar, pacíficamente, la cotidianidad del país, evitando la acción violenta y el enfrentamiento con la fuerza pública. Se sabía que ésta, sería implacable en su respuesta. Por ello, se instó a la población realizar una serie de medidas entre las que destacaron: no concurrir a los lugares de trabajo, no efectuar compras, ni realizar trámites, tampoco llevar a

<sup>1283</sup> Diálogo entre un periodista y un teniente de ejército en la mañana del 2 de julio de 1986. “2 y 3 de julio. Así fue”. *Revista APSI* Edición especial. Julio, 1986, p. 2.

<sup>1284</sup> Esto se debió fundamentalmente al trabajo del Comité Político Privado que reunió a personeros del MDP y la AD para planificar las acciones conjuntas. El comité se mantuvo en secreto público por especial interés de la DC que no quiso publicitar ningún tipo de acuerdo con el ala más radical de la oposición a Pinochet.

<sup>1285</sup> En esta ocasión incluso, con el fin de evitar la represión y la sacada de los volantes por parte de la policía, se realizó una original estrategia de lanzar en el paseo Ahumada pelotas de fútbol con el rostro de Pinochet con la consigna pateee al...”. Donde además se recordaba las fechas del paro. **M. O. MÖNCKEBERG**; “2 y 3 de julio: Así fue”. En revista *Análisis* nº150 del 7-13 de julio, 1986, p. 10.

los hijos al Colegio. Junto a ello, se pidió a los chilenos que a las 12 del día asistieran a las respectivas Plazas de Armas de cada ciudad para cantar la Canción Nacional, para luego, a las 14 horas, retirarse a sus barrios; se asumía que en la familiaridad del barrio la actividad seguiría, tomando ribetes propios, autónomos de acuerdo a cada uno y el sector. Asimismo, se llamó a escuchar el himno de la Demanda de Chile, transmitido por varias radioemisoras a las 20:30 horas, para luego apagar las luces encender velas en las calles y comenzar con el caceroleo. El interés de los organizadores, buscó masificar al máximo la adhesión al paro, de manera de demostrar al régimen que era el conjunto de la población —y no un puñado de extremistas como insistía en señalar Pinochet— el que exigía democracia.

Por su parte, la dictadura mantuvo su estrategia negacionista; se prohibió la mención del tema a los medios de comunicación y en Palacio se trató con total indiferencia el llamado a parar. A ello, le sumó la negociación con algunos sectores<sup>1286</sup> y su conocida mano dura; los *carapintadas* y numerosas patrullas de fuerzas especiales de Carabineros coparon el centro de la capital y se esparcieron por los sectores más conflictivos de la ciudad. La detención nocturna en la madrugada del 2 de julio de más 15 dirigentes sociales por miembros de la CNI, fue la primera demostración de fuerza; horas más tarde esto se ratificaba con la desmesurada y violenta acción policial. El desafío que representaba el paro llevó a enfatizar el rigor y la crueldad en el control de los manifestantes.

El régimen cometió el error de menospreciar la capacidad aglutinadora de la oposición limitándose a la represión como único mecanismo de control. La reacción ciudadana de adhesión fue tan contundente que —como ocurrió en 1983— el régimen quedó sobrepasado, desencajado, utilizando sólo y desproporcionadamente el terror como medida de contención. La miopía de la dictadura —en ese sentido— evidencia el convencimiento—al menos en el ejecutivo, es decir Pinochet y sus ministros— respecto a estar frente a iniciativas que no eran una manifestación ciudadana sino la maquinación partidista amparada por el terrorismo. Esta mirada reafirma la influencia del personalismo de Pinochet en la lectura de la contingencia nacional. Si bien es cierto que esta mirada no fue exclusiva responsabilidad del dictador<sup>1287</sup>, su engegueda interpretación de los hechos —producida fundamentalmente por el ansia de poder que lo invade en momentos que está latente, y ciertamente factible su prolongación por ocho más en el poder—, consolidaron una visión reduccionista del conflicto, amparando una lógica de la guerra que resultó

---

<sup>1286</sup> Hasta un día antes del paro el régimen intentó negociar la bajada de microbuseros y taxistas, los que, a pesar de las ofertas del gobierno, decidieron adherir al paro.

<sup>1287</sup> Sostenemos al respecto que quienes lo asesoran ven en Pinochet y sus representaciones una oportunidad de profundizar el proyecto político autoritario que articularon e impusieron constitucionalmente en 1980. De ahí que se permita y avale esta interpretación de la contingencia. En otras palabras resulta útil para fines que trascienden al personaje.

bastante más contraproducente en el cálculo político oficialista, al difundir una imagen extemporánea y extremadamente violenta del régimen. Y si bien su carácter sanguinario podía ser relativizado por sus adherentes —se respondía a grupos terroristas—, no era tolerable tal grado de descontrol e inestabilidad. Esta cuestión cobró relevancia en 1988, cuando se analizaba en el sistema internacional —y particularmente en Estado Unidos, la pertinencia de proyectar 8 años más a un régimen feroz a la hora de aplicar la represión<sup>1288</sup>.

El PC, en tanto, organizó su actuación desde del Mando Zonal Metropolitano. La estructura diseñó un plan de acción que a través de la acción de masas contribuyera, mediante un clima de ingobernabilidad, a la caída del régimen. El paro de julio se entendió en el comunismo, como una ocasión idónea para llevar adelante dicho plan, aplicado territorialmente en cada población, universidad y lugar donde se podía ejecutar su política de Sublevación Nacional<sup>1289</sup>.

Las primeras manifestaciones comenzaron en la misma madrugada del miércoles 2. Mientras en las poblaciones más sublevadas el humo del caucho quemado despertaba a los vecinos que se alistaban para la contienda—mediante la construcción de trincheras, zanjas y fogatas— las fuerzas represivas allanaban domicilios en la Legua, La Victoria, Villa Francia, y otros sectores, donde el ya conocido baleo comenzaba a hacer estragos. La represión se inauguró en la madrugada con un bombazo y algunos tiroteos en la comuna de La Cisterna, atribuidos por la policía al suicidio de tres miembros del FPMR<sup>1290</sup>. Las primeras horas de la mañana se destacaron por el silencio que trajo la masiva para de las micros. La participación de este gremio en la jornada resultó fundamental en el éxito del paro al impedir que miles de chilenos pudieran desplazarse normalmente a sus trabajos. En el barrio de Providencia, en tanto, un grupo de profesionales organizó un “espontáneo” taco, paralizando el tráfico al toque de bocinas con el ya conocido estribillo del “Y va caer”<sup>1291</sup>. Sólo la rápida acción de Carabineros impidió que el acto se alargara.

Pero la mañana de ese 2 de julio quedó en la retina de los chilenos y el mundo, por el macabro hecho que marcó los dos días de paralización y el futuro de la movilización social. A eso de las 8 de la mañana, dos jóvenes que se aprestaban a marchar, al igual que cientos de estudiantes que salieron a las calles a manifestarle su repudio a Pinochet, fueron detenidos por una patrulla militar en General Velásquez, casi al llegar a la Alameda. Rodrigo Rojas Denegri y Carmen Gloria Quintana eran sus nombres. Los soldados luego de

---

<sup>1288</sup> P. KORNBLUH. *Pinochet. Los archivos secretos*. Op. Cit., p. 282.

<sup>1289</sup> L. ROJAS NÚÑEZ; *De la rebelión popular...* Op. Cit., pp. 28-30.

<sup>1290</sup> El suicidio resultó ser el asesinato de tres miembros del FPMR “Así fue el 2 y 3 de julio Op. cit., p. 3.

<sup>1291</sup> Fue quizás el cántico más conocido, extendido y popular contra la dictadura. No sólo se expresó a través de su letra; “y va caer, y va caer, la dictadura de Pinochet”, sino también se expresó en su coral tono, repetido por silbidos, pitos y bocinas de autos.

perseguir a un grupo de jóvenes entre los que estaban las víctimas, arrestó a los jóvenes procediendo a propinarles una dura golpiza. “Al muchacho lo golpearon terriblemente y a la muchacha la levantaron en peso” sostuvo el sacerdote José Aldunate, quien recopiló diversas declaraciones de los testigos del espeluznante acto<sup>1292</sup>. No contentos con eso y luego de cerrar la calle en que los retenían, rociaron de bencina los cuerpos de ambos para luego prenderles fuego; “El muchacho saltaba de una parte a otra cubierto de llamas; la muchacha en cambio, estaba en suelo como muerta”<sup>1293</sup>. Luego del horrendo acto los militares introdujeron al interior de la camioneta los cuerpos moribundos de ambos jóvenes para lanzarlos a las afueras de Santiago. Sólo horas más tarde –a eso de las 11 de la mañana— un furgón de Carabineros encontró los cuerpos de ambos jóvenes trasladándolos a la Posta Central. Las quemaduras de tercer grado que se encontraban por todo el cuerpo de las víctimas terminaron por costarle la vida a Rodrigo, luego de tres días de agonía<sup>1294</sup>. La joven, en tanto, sólo después de años de tratamientos en el extranjero pudo reponerse a las profundas quemaduras a las cuales fue sometida.

El caso de “los quemados” sacudió al país. Es cierto que todas y todos estaban acostumbrados a la descarnada violencia, pero esto, traspasaba cualquier límite. También remeció a las élites moderadas de la oposición; los riesgos de la movilización social podían ser catastróficos dado el clima de violencia y terror que imponía el régimen. La estrategia movimental –señalaron sus principales detractores- sólo facilitaba la acción violenta del régimen dando alas –además— al aumento de la rabia conducente a la acción violenta de sectores más radicalizados. Los miedos reaparecieron enfatizando el peligro que implicaba manifestarse. Esta cuestión llevó a replantear en los círculos más moderados el verdadero fin de tanto riesgo. Otra vez el garrote del régimen provocó las dudas en la oposición y el consiguiente desgaste de las optimistas expectativas que habían encendido el año. Progresivamente el camino hacia la institucionalización fue adquiriendo mayor fuerza, relevancia y consistencia.

Antes del mediodía de ese 2 de julio se confirmaban los peores presagios: víctimas con rostros –ya eran 6— marcaban el saldo de semejante desafío<sup>1295</sup>. En ese escenario, todo era posible, toda acción militar legitimada y respaldada con el objetivo de aplacar cualquier insubordinación. De hecho, varios testimonios daban cuenta de la acción de la CNI disparando ráfagas de metralla en las poblaciones, haciendo valer la táctica del baleo. El régimen, en tanto, respondió en esa línea al macabro acontecimiento de los quemados. Pese

---

<sup>1292</sup> “Así fue el 2 y 3 de julio”... Op. cit., p. 6.

<sup>1293</sup> Ibid, p. 6.

<sup>1294</sup> F. PAULSEN; “El paro descolocó al gobierno”. En *Revista Análisis* nº 150 del 7 al 13 de julio, 1986, p. 6.

<sup>1295</sup> Además del caso de los quemados, a las 12 del día ya habían 6 víctimas de la represión. Ver Informe del Paro del 2 de julio 1986, Vicaría de la Solidaridad. Caja AT 49, Protestas, CDyAVS.

a dar orden inmediata de investigar y esclarecer los hechos, demostró –en los labios de Pinochet- cuál era su interpretación: se culpó a las víctimas catalogándolas de “terroristas” y negando cualquier vinculación militar, sin importar pruebas o testimonios existentes, que responsabilizaban a miembros del ejército<sup>1296</sup>.

¿Cómo explicar semejante horror? La violencia y la represión fueron desde su arribo consustancial al régimen. Como señala reiteradamente Pinochet en sus memorias, la lectura que se realiza del periodo es una especie de pacificación, de retorno al orden, es decir, se asiste a una guerra que el ejército de Chile da en nombre de la nación contra un enemigo interno<sup>1297</sup>. Desde esa visión, resulta más o menos lógico que existan *daños colaterales*. Lo fundamental –sin importar el verdadero significado de esa acción, como bien lo establece conceptualmente Bauman— es la obra gruesa, el motivo último por el que se realizan esos *sacrificios*, que no pueden enlodar ni la labor ni el legado de las FF.AA. Sólo así, en última instancia, pueden comprenderse las actitudes descaradas de negación que realizó el régimen, utilizando la basa extremista-marxista para avalar, defender y ocultar sistemáticas violaciones a los derechos humanos. Esa fue la táctica habitual, y puede rastrearse –sólo por mencionar los casos más emblemáticos— en el cruel asesinato de los profesionales comunistas, del sacerdote Jarlan o de Rodrigo Rojas<sup>1298</sup>.

Ese esquema de representación de la realidad, íntimamente ligado al mundo bipolar que constituye la historia mundial de la segunda mitad del siglo XX, fue la que posibilitó y significó la práctica militar. Es decir, en esa batalla contra el enemigo, era justificable todo. Y permite, por tanto, confundir la acción ciudadana de protesta con una revuelta de tipo marxista-leninista. Esto no es nuevo ni mucho menos exclusivo del caso chileno<sup>1299</sup>. Cuánto hay de ideología y cuánto de ceguera por la ambición del poder, es un tema relativamente superfluo. Ya que detrás de la figura del dictador se erigió una maquinaria gubernamental

---

<sup>1296</sup> Pinochet catalogó a los jóvenes como “posibles terroristas”. P. COLLYER; “Ante pruebas de fuego el régimen contraataca”. En revista *Análisis*, nº 151, 15-21 de julio, 1986, p. 6. La versión oficial señaló que los jóvenes cargaban bombas molotov a la hora de la detención, siendo quemados por las propias bombas que ellos cargaban. Todos los testigos negaron dicha versión. Sobre la postura oficialista ver S. FERNÁNDEZ; *Mi lucha...* Op. cit., p. 210-211

<sup>1297</sup> A. PINOCHET; *Camino recorrido...* Op. cit.

<sup>1298</sup> Esta misma lógica es aplicable -40 años después- al mea culpa hecho desde la derecha por los *excesos* del pasado. Se observa que pese al interesado perdón que algunos realizan por los vejámenes de la dictadura, se esconde el argumento que aunque no justifica el horror si lo explica: hubo una guerra, en la cual los vencedores cometieron abusos. Sin embargo, la obra final, ha permitido a Chile estar en una posición como jamás la tuvo, se señala. Nuevamente y aunque no se reconoce –sería un suicidio político hacerlo- el balance realizado por los cómplices del horror es que finalmente fueron “daños colaterales”. Para el concepto y su argumentación como representante de una estratificación desigual en los derechos de las personas ver: Z. BAUMAN; *Daños colaterales...* Op., cit., pp. 13-14. Sobre los dichos, y perdones ver entre otros: “Chadwick por su rol en dictadura: me arrepiento de no haber hecho algo más”. En *Radio Cooperativa*. Online, [www.cooperativa.cl](http://www.cooperativa.cl). Revisado 23-08-2018.

<sup>1299</sup> Con los matices que recubren cada especificidad, ocurre de forma similar en las otras dictaduras de seguridad nacional, como también ocurrió 30 años antes en la España franquista. Para un análisis regional ver: P. MARTÍNEZ LILLO, P. RUBIO; *América Latina y tiempo presente. Historia y documentos*. LOM, Santiago, 2013. Para el español ver: P. PRESTON; *El holocausto español*. Crítica, Madrid, 2012.

maciza y poderosa que involucró comprometidamente a civiles y militares. La dictadura cívico militar, por tanto, superó con creces al personaje –casi satírico– de Pinochet; es decir, los fundamentos ideológicos que escondió esta práctica, fueron mucho más allá que los intereses particulares. Detrás del dictador se escondió una compleja trama de grupos de poder que, finalmente, lograron proyectar e institucionalizar su modelo de gobierno de acuerdo a sus intereses. Eso ha seguido vigente y muchos aspectos relegitimados con la democracia<sup>1300</sup>.

Pese al horror, la jornada siguió según lo planificado. Desde temprano se pudo apreciar la ostensible baja en la locomoción colectiva y la alta inasistencia a los colegios tanto de alumnos como profesores. La dinámica que tanto éxito tuvo en las primeras movilizaciones se repitió en el paro. Llegado el mediodía, los principales líderes de la AC arribaron a la Plaza de Armas para entonar el himno nacional y la canción de la Demanda de Chile. A pesar de los esfuerzos fueron rápidamente reprimidos por la fuerza policial, que a punta de palos y guanacos impidió la realización del acto<sup>1301</sup>. A eso de las 2 de la tarde, la ciudad comenzó a vaciarse. Los pocos comerciantes que habían abierto durante la mañana cerraron sus puertas pasado el almuerzo<sup>1302</sup>, al igual que la gran mayoría de oficinas del país. Se sabía que antes de las 6 de la tarde se desataría con fuerza la respuesta del régimen. Las imágenes que retratan las revistas de la época, daban cuenta del clima –desolador–, que se imponía en la capital, sólo interrumpido por algunos retrasados transeúntes que de forma apurada se dirigían hacia las escasas micros que quedaban en el lugar, mientras el centro era completamente sitiado por los militares<sup>1303</sup>.

Por la tarde, se realizó el primer balance de los organizadores. Reunidos en el Hotel Sheraton expresaron el rotundo éxito del paro que se contrapuso a la versión oficial que lo catalogó de “rotundo fracaso”<sup>1304</sup>. A esa misma hora, se materializaba la reacción gubernamental; se hacía público que las radios Cooperativa, Chilena, Carrera y Santiago eran suspendidas *por* “difundir informaciones sobre acciones tipificadas como conductas terroristas e ilegales de grupos y movimientos que propugnan doctrinas contrarias al

---

<sup>1300</sup> Nos remitimos al excelente análisis que realiza Stern respecto al perfil de la dictadura chilena. **S. STERN**; *Recordando el Chile de Pinochet*. Op. cit.

<sup>1301</sup> M. O. Mönckeberg; “2 y 3 de julio: Así fue”. Op. cit., p. 11.

<sup>1302</sup> Según la prensa revisada ya a las 2 de la tarde el comercio tenía una para del casi el 90%. *Revista APSI* edición especial. Op. cit., p. 6.

<sup>1303</sup> Para una visión gráfica de las marchas así como del pronto abandono del centro de la ciudad, pueden verse una serie de documentales y archivos visuales. Entre otros ver: reportaje audiovisual, “El paro nacional: el poder civil”, Productora Teleanálisis, 1986 (16, 33 min). Museo de la Memoria y Los Derechos Humanos, Santiago; Documental de Patricio Henríquez, *Imágenes de una dictadura*. Macumba Internacional, 2004. 55 minutos.

<sup>1304</sup> Fueron las palabras textuales de Alfonso Márquez de la Plata, Ministro del Trabajo de Pinochet. En *revista APSI*, Edición especial Op. Cit., p. 8.

ordenamiento social”<sup>1305</sup>. Días más tarde se hizo efectiva la censura previa para las revistas *Cauce y Análisis*. Asimismo, el gobierno pidió el requerimiento de 17 miembros de la AC por “infringir la ley de seguridad interior del Estado” según lo expresó el propio ministro del interior<sup>1306</sup>. Lo más importante de este requerimiento fue que sacó de escena a los principales rostros de la AC los que tuvieron que pasar a la clandestinidad por temor a las represalias.

Esta cuestión tuvo un impacto mediático muy importante ya que logró descabezar al movimiento antes del término del primer día de paro. Si bien es cierto que los espacios dejados por el Doctor González y compañía fueron rápidamente cubiertos por otros destacados rostros de la oposición, la imagen y el mensaje que quedó en la opinión pública fueron contundentes y ratificaba la debilidad de la oposición ante el poder dictatorial.

A la misma hora en que se sabía de los requerimientos, las poblaciones consideradas más conflictivas por la autoridad estaban prácticamente sitiadas por las fuerzas de orden. En la Villa Francia, La Legua, La Victoria, Villa Francia o La Pincoya, entre otras, las balas los gritos, y el movimiento de tropas marcaron la jornada. A las 20.30 —como había sido previsto— estallaron las cacerolas que habían bajado su intensidad en el último tiempo. Al paro se le sumó la protesta. Sin embargo, la violencia de la jornada ya había hecho efecto al constatarse la ostensible baja de la participación en los barrios y sectores medios de la capital<sup>1307</sup>. Los más comprometidos —casi siempre jóvenes y no necesariamente con militancia política— “defendían” las barricadas de escombros, neumáticos, señales del tránsito y ramas de árboles, con piedras y molotov. Algunos, casi siempre vinculados a las milicias de resistencias del MIR, el Lautaro o el Frente, lo hacían con antiguas armas de fuego, entregando un carácter más agresivo —pero no más efectivo— a la protesta; la acción policial disponía de sus mejores recursos arremetiendo habitualmente con fúsiles contra la población<sup>1308</sup>.

Pero la jornada vivió un hecho no programado por nadie: entorno a las 21 horas el país quedó completamente a oscuras luego que una explosión a las torres de alta tensión de Colbún Machicura dejaran desde Copiapó hasta Concepción sin luz, fruto de una acción militar del FPMR<sup>1309</sup>. Sólo las fogatas producidas en las barricadas, iluminaban los rostros

---

<sup>1305</sup> Ibid. p. 4.

<sup>1306</sup> Ibid. p. 9.

<sup>1307</sup> El ruido de las cacerolas pudo apreciarse en Providencia, La Reina y Las Condes pero sin la fuerza de las primeras protestas, exceptuando los sectores más combativos de esas comunas como las torres de Carlos Antúnez, y Fleming.

<sup>1308</sup> Estas descripciones las elaboramos a partir de los relatos de personas que vivieron el 2 y 3 de julio de 1986 en las poblaciones de Santiago. Para ello ver; “Así fue”; *Revista Análisis*, Op. Cit.; El paro del 2 y 3 de julio” *Revista APSI*, edición especial Op. Cit; Informe del Paro del 2 y 3 de julio 1983, Vicaría de la Solidaridad. Caja AT 49, Protestas, CDyAVS; L. ROJAS NÚÑEZ; *De la rebelión popular...* Op. Cit., pp. 13-21.

<sup>1309</sup> Entre el 2 y 3 de julio, el Frente voló 12 torres de alta tensión, extendiendo los cortes por buena parte del país.

de numerosos vecinos que se reunían entorno a ellas; el caer de la noche —y el frío característico de una noche de julio en Santiago— además de la llegada de la represión, convertía estos espacios exclusivos en una isla de realidad; jóvenes, vecinos comprometidos en las organizaciones del barrio y milicianos, conformaban el grueso de la participación, mientras la metralla policial espantaba el silencio provocado por la prohibición de informar de las radios. En la oscuridad reinante, también la represión cobró nuevas víctimas. Los enfrentamientos en los sectores más periféricos volvieron a producirse con gran violencia, a pesar que en el resto de la ciudad se mantuvo una calma aparente. El saldo de esa primera jornada indicó 5 muertos, centenares de heridos y 540 detenidos<sup>1310</sup>.

Junto al silencio informativo de las radios opositoras, el jueves 3 amaneció con una situación similar al día anterior. Las acciones organizadas por la AC se repitieron teniendo la misma respuesta represiva. Nuevamente guanacos, zorrillo y fuerzas especiales, impidieron que los manifestantes realizaran el acto en la Plaza de Armas. En las poblaciones la situación siguió siendo de gran tensión ante el masivo despliegue militar. No obstante, una peculiaridad que evidenció esta jornada estuvo en que las barricadas —que en todas las jornadas se erigían como el objeto a defender por parte de los pobladores de la asonada policial—, se convirtieron en motivo de incentivo para el paro del transporte; los pocos choferes que salieron no se atrevieron a burlar las barricadas de las avenidas ni a evadirlas por callejones alternativos habitualmente plagados de *miguelitos*; el peligro de “encontrarse con otra” podía ser mucho mayor. Muchas micros fueron quemadas en esos dos días de paralización<sup>1311</sup>.

Al finalizar ambas jornadas el balance fue contradictorio; por una parte, el paro había resultado un éxito rotundo. Las principales ciudades vivieron de forma intensa y comprometida la manifestación contra el régimen. A la implicada participación ciudadana, se sumó el efecto que generó el paro microbusero que hizo efectiva la paralización. Sin embargo, por otra parte, el balance era catastrófico: 8 personas perdieron la vida en las jornadas, un centenar resultó herida por los efectos de la fuerza policial —con más de 30 que quedaron en estado grave por heridas de balas— y más de 600 detenidos<sup>1312</sup>.

Los dirigentes de la Asamblea de la Civilidad indicaron que la jornada demostraba la voluntad del pueblo de Chile de manifestarse a través de la participación activa contra el régimen. Estaba en la intención de los chilenos expresarse activamente en demanda de la pronta restauración democrática. No obstante, los vertiginosos acontecimientos que siguieron al paro de julio, terminaron por demostrar que la movilización estaba más cerca

---

<sup>1310</sup> Informe del Paro del 2 de julio 1986, Vicaría de la Solidaridad. Caja AT 49, Protestas, CDyAVS. p.4.

<sup>1311</sup> L. ROJAS NÚÑEZ; *De la rebelión...* Op. Cit., p. 16.

<sup>1312</sup> Informe del Paro del 3 de julio 1986, Vicaría de la Solidaridad. Caja AT 49, Protestas, CDyAVS. p. 2.



del fin que de retomar la fuerza y dinámica de años anteriores. El paro había dejado una ambigua sensación que entremezcló el optimismo y la satisfacción de haber podido parar Chile como desafío al régimen, pero al mismo tiempo, sembró la preocupación y desazón por el fuerte clima de violencia imperante. En ese esquema se fueron desenvolviendo los siguientes meses; entre el optimismo de mantener el impulso movilizador y las dudas que el clima de violencia provocaba, llamando a la prudencia de las expectativas.

A pesar del éxito que representó la paralización de julio, el violento ambiente reinante ahondado por el caso de los quemados y la eventual militarización de ciertas zonas de la ciudad, recordaron a la ciudadanía los riesgos que se corrían al protestar. El costo era demasiado alto y, a pesar que el discurso llamando a robustecer la movilización, donde el paro sólo había sido el primer paso<sup>1313</sup>, la realidad se imponía violentamente presentando claros signos de desgaste en una importante facción de la población que no estuvo dispuesta a asumir los costos que significa protestar. Asimismo, las fuertes represalias que el régimen había tomado contra los principales dirigentes de la AC —los cuales debieron desaparecer de la contingencia política luego de los requerimientos hechos por éste— ahondó la desazón y el cansancio. Poco a poco los síntomas del desgaste se fueron haciendo palpables en una sociedad cada vez más polarizada y menos participativa, tal como se volvió evidente en el segundo semestre de 1986.

## 6. La vía insurgente: operación Siglo XX y el derrumbe de la movilización social

Ya indicábamos que el Frente Patriótico Manuel Rodríguez (FPMR) comenzó su accionar durante 1984, tras su creación oficial en diciembre de 1983, luego de la decisión del PC por conformar una fuerza militar autónoma que combatiera con las reglas de los organismos de seguridad la represión dictatorial<sup>1314</sup>. En su primer año, intensificó la acción urbana y callejera de propaganda armada, que también habían ayudado a desplegar el MIR, el Lautaro o, en menor medida, Los Destacamentos Populares 5 de Abril, ligado a una facción del PS. De esa forma y cómo se había venido haciendo recurrente desde la

---

<sup>1313</sup> La AC sostuvo que el paro fue sólo una primera etapa del plan destinado a conseguir lo más prontamente posible el objetivo principal; la democracia del país. Para ello además se pondría en acción una segunda etapa encargada de profundizar la movilización social. **F. PAULSEN**; “Tiempo de parar” en revista *Análisis* nº149 del 1-7 de julio, 1986, p. 5.

<sup>1314</sup> Durante 1981 la Comisión Política del PC crea la Comisión Militar que encabezó, hasta 1987 Guillermo Tellier (Sebastián), encargado de conformar las estructuras que permitieran la creación de grupos de choque al régimen. Si bien desde 1982 se hace efectivo la acción militar del PC con algunas acciones subversivas a torres de alta tensión, no fue hasta 1983 que se hace más sistemático su accionar al quedar estructurada su fuerza propia que en diciembre pasó a denominarse *Frente Patriótico Manuel Rodríguez*. Para esos años, el grupo operativo Manuel Rodríguez lo conformaban en todo el país, un total aproximado de 80 combatientes. Para un análisis más pormenorizado ver: **L. ROJAS NÚÑEZ**; *De la rebelión popular a la sublevación imaginada...* Op. Cit., pp. 22-28 y 224-233; **M. SALAZAR**; *Las letras del Horror... Tomo II, la CNI...* Op. Cit., pp. 220-235.

explosión de las protestas, se realizaron una serie de acciones que alteraban el “normal” discurrir de la vida en dictadura, agudizando el conflicto, tratando de crear las condiciones para un escenario revolucionario capaz de hacer caer —sin condiciones— a la dictadura y todo su entramado normativo.

Más allá de la legitimidad atribuida a la violencia por aplicarla ante un régimen ilegítimo y autoritario, la justificación empírica para su uso esgrimió dos elementos básicos; uno de carácter defensivo, y otro ofensivo. En el primer caso, la brutal represión vivida en los barrios más pobres —justo ahí donde más masiva, desenfadada y activa había sido la protesta—, estableció la necesidad de armar al pueblo para contener la asolada militar que se venía con cada protesta. La violencia represiva, la humillación de los allanamientos, el miedo por el baleo, los secuestros y asesinatos, empujaron a la violencia como mecanismo de defensa a la descarnada violencia policial. Por su parte, en segundo lugar, era menester preparar al pueblo para la insurrección total, único camino para obtener una rendición sin condiciones del régimen y consolidar una auténtica democracia social y popular. Así lo establecieron al menos el MIR y el propio PC, principales referentes de la izquierda coordinados en el MDP, cuestión que se oponía a los postulados —cada vez más extendidos— de los sectores moderados, dispuestos a aceptar la legitimidad del marco constitucional de 1980 e insertarse bajo las condiciones autoritarias ahí establecidas.

El Frente se constituyó en la fuerza militar autónoma del PC para llevar adelante su política de lucha de masas, siendo —al menos en sus inicios— una forma más de expresión de esta política y, en ningún caso, su exclusivo camino. Se asumía que la caída del régimen sólo podía darse a través del desmoronamiento y quiebre de las FF.AA y no a través de una insurrección popular o una guerra, imposible de sostener ante el poder del régimen. Y así lo creyeron incluso los máximos dirigentes del FPMR. Por eso, la idea era un camino intermedio, que agudizara el conflicto entre la sociedad civil y la dictadura de manera que la violencia y la paralización sostenida del país —a través de paros y protestas— rompieran la unidad militar. Esa fue la intención del PC por estimular la violencia, colapsar al régimen pero, en ningún caso, derrocarlo militarmente. Por eso, cuando la vía militar de sublevación se vio deslegitimada tras el atentado a Pinochet, se produjo la fractura entre el PC y su brazo armado, que siguió estableciendo la vía armada como el principal camino para acabar con la dictadura.

En esa línea pues, se orientó la política militar del PC, al menos hasta su fractura con el FPMR en junio de 1987. En un primer momento y desde un punto de comunicacional, la labor específica del FPMR se concentró en publicar el diario *El Rodriguista*, incentivar rayados y panfletos llamando a la sublevación e interferir las señales de radio y televisión.

Más tarde —fundamentalmente a partir de 1985 y con mayor sistematicidad en 1986— se realizaron diversas acciones que fueron desde el robo de camiones y tiendas de mercancías básicas (comida en general, gas, cigarrillos, etc.), que luego eran repartidas en las poblaciones, pasando por los apagones de luz en barrios y comunas, hasta ataques a lugares oficiales o centros policiales. También, y en menor medida, se realizaron algunos secuestros de personajes del oficialismo, exigiendo rescate para su liberación. Eran formas de financiación que además representaban un importante boom comunicacional para su causa.

Todas estas acciones se vieron facilitadas por la emergencia de las jornadas de protesta nacional. Sin ellas, habrían sido difíciles de imaginar<sup>1315</sup>. A su amparo fue más fácil desenvolverse e incentivar la rebelión popular contra la dictadura, y así lo entendieron todos los movimientos contestatarios que usaron la violencia como mecanismo de combate. Es que, con las protestas, se habían comenzado a copar ciertos espacios potencialmente viables para el reclutamiento de soldados como eran poblaciones, universidades y, en mucha menor medida, sindicatos y gremios. Espacios que poco a poco fueron aportando contingente —fundamentalmente joven— para engrosar la resistencia activa. Fueron las protestas y ese estado activo de rebeldía experimentado en buena parte de la sociedad, los que propiciaron la progresiva conformación y emergencia de milicias paramilitares urbanas, dispuestas a combatir a las fuerzas de orden<sup>1316</sup>. Es cierto que muchos eran activos militantes y por tanto no era más que la modificación de funciones de acuerdo a las nuevas estrategias de intensificación del conflicto armado; pero —y sobre todo en las poblaciones— muchos de los participantes en la resistencia no tenían tradición política. Aun así se mostraron dispuestos a combatir por cualquier método al régimen que los oprimía, dando cuenta, de algún modo, que la situación general en los barrios populares resultaba socialmente insostenible.

El giro combativo hacia las poblaciones se pudo observar, con matices, en todo el cordón periférico de la capital aunque siempre resultó más fácil hacerlo desde las poblaciones más combativas y con una rica tradición organizacional, contestataria y vinculada a algún partido de izquierda. También ocurrió así en las universidades y centros

---

<sup>1315</sup> La referencia más inmediata fue el fracaso total de la “Operación Retorno” del MIR que para el inicio de las protestas, estaba en su punto crítico. El desbaratamiento sostenido de sus núcleos guerrilleros en el sur, así como la fuerza central articuladora de las acciones armadas en Santiago pusieron en jaque, no sólo el proyecto de resistencia sino al partido mismo. **J. PINTO, S. LEIVA**; “Punto de quiebre: el MIR en los 80”... Op. cit., p. 111. Cfr. **I. GOICOVIC**; “Temas y debates en la historia de la violencia política en Chile”. *Revista Contenciosa*, 3, Santa Fe, 2014. Goicovic insiste que el escenario de agudización de la violencia en la sociedad comienza en 1978, reconociendo, en todo caso, que ésta adquiere efectiva relevancia en 1983 al fragor de las protestas.

<sup>1316</sup> Ahí también radicó, según algunos autores, su debilidad ante la infiltración militar; si originalmente el Frente había sido constituido exclusivamente por miembros del PC o, en su defecto, de la Juventudes del partido (JJCC), desde 1985 esto cambió, acabándose la rigurosidad de la selección atentando a la seguridad de la organización. **ROJAS NÚÑEZ**; *De la rebelión popular a la sublevación imaginada...* Op., Cit., p. 55.

educacionales<sup>1317</sup>. Así, las milicias urbanas organizadas en la base y destinadas a incentivar la confrontación en las poblaciones, se mezclaban con jóvenes pobladores, cansados y llenos de rabia por la situación a la que estaban sometidos y plantaban resistencia organizada en las jornadas de protestas. En el caso del FPMR, los Comités de Autodefensas de Masas (CAM), aparecieron en 1984 y se extendieron a lo largo de toda la década a partir de las propias organizaciones populares. Más tarde aparecieron las Milicias Rodriguistas (MR) consolidadas para fines de 1984, que sistematizaron la vía armada —cambiando las piedras por el fusil, como señala Reyes— entregándole nuevos elementos a la resistencia popular. Con ella se materializaba la política de Sublevación Nacional auspiciada por el PC<sup>1318</sup>.

En el MIR, en tanto, aunque decidido a fortalecer la resistencia en las poblaciones y agudizar el conflicto pueblo-dictadura, el debate interno sobre el papel de la violencia armada en la estrategia general de resistencia al régimen versus la apertura a dialogar con otras fuerzas políticas y sociales de la oposición, fue lacerando y dividiendo a sus miembros, fragmentando aún más a los ya golpeados aparatos partidarios, fruto de la persecución y represión de los organismos de seguridad. Las diferencias tomaron forma a partir de 1985 y con toda propiedad en 1986. Tanto el ensañamiento del régimen como estas disputas, impidieron que el MIR registrara la fuerza alcanzada previa al golpe de Estado, limitando la extensión de sus ideas, estrategias y políticas en la sociedad<sup>1319</sup>. No obstante, la intención de incentivar el combate y la fuerza propia —y viva— de los barrios populares, permitió desplegar una serie de desafíos y eventos destinados a intensificar el combate con el régimen. En esa línea de “masas”, la demostración más potente realizada por el MIR y sus comandos populares fue el paro comunal de Pudahuel del 26 de julio de 1984, aunque otras actividades menos masivas pero tanto o más combativas se desplegaron por un número considerable de poblaciones en toda la capital y las principales ciudades del país<sup>1320</sup>.

Ahora bien, hay que reconocer que las milicias urbanas aparecidas con la intensificación del conflicto urbano durante las protestas, se encontraban en una precariedad material e ideológica que las convirtió en presa relativamente fácil de la maquinaria represiva del régimen. Al menos así fue si pretendían más allá de la lucha callejera en las

---

<sup>1317</sup> Un interesante audiovisual sobre el tema se encuentra en el documental de **J. LEIVA Y P. BUSTOS**, *Actores Secundarios*. Santiago, 2004, 82 min.

<sup>1318</sup> **J. REYES SORIANO**; “La autodefensa de masas y las Milicias Rodriguistas: aprendizajes, experiencias y consolidación del trabajo militar de masas del Partido Comunista de Chile, 1982-1987”. *Revista Izquierdas*, n° 26, enero 2016, p. 82.

<sup>1319</sup> **J. PINTO, S. LEIVA**; “Punto de quiebre: el MIR en los 80”... Op. cit., p. 125-129.

<sup>1320</sup> Sobre las acciones poblacionales nos detendremos en los próximos capítulos. Para una visión pormenorizada ver; **T. VALDÉS**; *El movimiento poblacional*. Op. cit; **G. CAMPERO**; *Entre la sobrevivencia...* Op. cit.

poblaciones. Las fuerzas eran demasiado desiguales y sólo pudo sortear, en parte, esta enorme brecha el Frente. Su despliegue logístico y el sustento que representaba la estructura del PC, le permitió expandirse más organizadamente rentabilizando la rabia y malestar contenido de los jóvenes pobladores. Ahí el trabajo de base realizado por las Juventudes Comunistas (JJ.CC), resultó fundamental para atraer a esos cientos de jóvenes hacia la resistencia armada, ya fuese a nivel local o, más organizadamente a nivel nacional<sup>1321</sup>. En ese sentido y a pesar de su corta vida, para 1986 el FPMR era una organización reconocida, con un aparataje logístico considerable y en el que no sólo sus miembros sino todos aquellos que en las bases colaboraron de alguna forma para facilitar su acción, jugaron un papel trascendente.

En efecto, sin esa colaboración externa, que de alguna forma fue un aval a su práctica de resistencia, el Frente habría sido incapaz de mantener la tensión y el desafío al régimen de forma activa como lo hizo hasta 1987<sup>1322</sup>. Este aparato organizacional le permitió extenderse por los barrios populares y disponer de un contingente de personas desplegado por buena parte del país al servicio de su causa. Se calculaba que para fines de 1985 el Frente contaba entre militantes, colaboradores y activos guerrilleros, con alrededor de 3600 personas. Si en sus inicios había 80 militantes, para fines de 1986, eran más de 1000<sup>1323</sup>. Cabe consignar, en cualquier caso, que los números de miembros activos, ya fuese a través de la CAM o las MR, aumentaba considerablemente los días de protesta, donde cientos de jóvenes milicianos y de las organizaciones populares se sumaban a las iniciativas organizadas para combatir a las fuerzas policiales.

Pero, como venimos insistiendo, pese a la decisión de los partidos por fortalecer una vía armada y una defensa militar de las masas populares, fue la protesta ciudadana el marco general que propició y facilitó el crecientito de una orgánica de resistencia popular. En ese sentido, los CAM, por ejemplo, se fueron constituyeron de manera improvisada inicialmente, ante la descarnada violencia ejercida por los militares. Y pese a que las formas eran precarias, artesanales y endebles frente a la maquinaria militar, lograban contener parcialmente el terror que desataba la policía.

Pues bien, a partir de 1984, se vio el surgimiento de los Comités de Autodefensas de Masas, nacidos de las propias células territoriales de los partidos que se mezclan con los jóvenes pobladores para armar barricadas, tirar miguelitos, e impedir el normal

---

<sup>1321</sup> Para un análisis más pormenorizado de las estructuras Rodriguistas y cómo operan los Comités de Autodefensa de Masas y las Milicias Rodriguistas, ver; **J. REYES SORIANO**; "La autodefensa de masas... Op. cit., pp. 66-94.

<sup>1322</sup> **L. ROJAS NÚÑEZ**; *De la rebelión popular...* Op. Cit., p. 39.

<sup>1323</sup> **M. SALAZAR**; *Las letras del Horror... Tomo II*, Op. Cit., pp. 226-227; Cfr. **L. ROJAS NÚÑEZ**; *De la rebelión popular...* Op. Cit., p. 55. Habla que en 1986, el Frente no superaba a los 1000 integrantes.

desplazamiento de las fuerzas represivas<sup>1324</sup>. En eso, como muchos los recuerdan, participaba la población entera. Ahora bien, los CAM tomaron mayor constancia a objeto de organizar mejor la precaria y espontánea resistencia, estableciendo los puntos estratégicos de defensa y ataque al interior de cada barrio, pero también para colaborar en la división de funciones; en otras palabras, para darle cierta orgánica a la pelea callejera, porque al comienzo, como recuerda un miembro de la JJCC, eran “ataque de indios: todos íbamos, nos concentrábamos en un punto, resistíamos y después era un desbande, todos arrancábamos”<sup>1325</sup>.

En este punto nos parece interesante recalcar que parte de la fuerza de la protesta se debió a la sinergia e intereses existentes entre los partidos y sus orgánicas, con las masas ciudadanas movilizadas. La asociación de intereses pero sobre todo de representaciones respecto a lo que significaba la dictadura para el país, actuó como amalgama de una diversa masa ciudadana. Esto ocurrió con mayor fuerza y fiato en las poblaciones. Esta simbiosis, se materializó en los espacios comunitarios típicos de esta época. Ollas Comunes, Comprado Juntos, peñas, talleres o Comités de Vivienda, por mencionar algunos ejemplos. Fue ahí donde confluyeron militantes, jóvenes enrabados, las comunidades de mujeres de base, cristianos, etc., convirtiendo estas instancias en un espacio vital para el despliegue del trabajo conjunto de resistencia. Fuese ésta pacífica o violenta. Ahí no sólo se fue tejiendo la organización de la protesta, más importante aún, los espacios de confianza para compartir, socializar y fortalecer vínculos. Todos los militantes de partidos así lo reconocen, al igual que lo hacen los miembros de organizaciones comunitarias de base.

Este trabajo de masas se vio reforzado con la aparición de las Milicias urbanas, que en el caso del Frente fueron las Milicias Rodriguistas. Pese a no depender directamente del Frente —en la práctica respondían a la orgánica partidista de cada barrio o sector— su dinámica sí, de acuerdo a que era el Frente el que llevaba adelante parte de la estrategia general en el ámbito paramilitar. Esto es, a partir de la propia estructura del partido, en cada población se organizaban actividades contestatarias, marchas, barricadas, etc., y era ahí donde se nutría de militantes que daban cuerpo a la resistencia activa y donde *la J* tenía un papel protagónico en la organización y masificación de la rebeldía contestataria contra la dictadura.

Sin embargo, como señaló Raúl Pellegrin, el comandante *José Miguel*, fue 1986 el año en que el Frente aumentó su accionar de forma considerable de manera de potenciar la

---

<sup>1324</sup> J. REYES SORIANO; “La autodefensa de masas y las Milicias Rodriguistas:...” Op. cit., p. 78.

<sup>1325</sup> *Ibidem* p. 79.

directriz que había dado el PC de convertirlo en el año de la Sublevación Nacional<sup>1326</sup>. El objetivo era intensificar hasta el límite el clima de rebelión, desplegando marchas, protestas, acciones militares de propaganda y hostigamiento armado, y un gran paro permanente que pusiera en jaque definitivamente al régimen. De acuerdo a esta estrategia, se estableció que 1986 era el año decisivo en la consolidación de esta dinámica: el año para “echar a la dictadura” dado que existía –según la dirección del PC– una “situación pre-revolucionaria” fruto de la crisis estructural a la que asistía la dictadura<sup>1327</sup>. Y por eso, junto a las distintas estrategias de sublevación de masas, se planificaron dos operaciones que buscaban consolidar esta situación: un desembarco masivo de armas en el norte del país para abastecer de renovado material al FPMR y el intento de asesinato al general Pinochet. Ambas, debían convertir a 1986 en el año de la caída de la dictadura. Al finalizar el año, no obstante, el balance era desolador; había sido un año decisivo pero en la dirección completamente contraria a lo planificado y con los partidos que llamaban a la insurgencia militar, completamente fragmentados.

El desembarco de un cuantioso arsenal se realizó entre mayo y julio de 1986. Eran más de 50 toneladas de armamentos destinados a reforzar la actividad subversiva y derrocar al dictador. Un impresionante aparataje logístico estuvo a escasos detalles de posibilitar su ingreso al país. Sin embargo, fue finalmente detectado y la casi totalidad de sus ejecutores detenidos. El hallazgo, corroboró los peores temores de la oposición moderada respecto a la intensificación de la violencia y el conflicto. Dos meses más tarde, además, un grupo de fusileros del FPMR, intentó asesinar al dictador con una espectacular e inteligente operación –conocida como Siglo XX– que estuvo a milímetros de cumplir su objetivo. El impacto de ambos acontecimientos marcaron definitivamente el fin de la vía movilizadora como efectivo espacio de expresión popular que clama por la salida del régimen y establece la aceptación del marco normativo autoritario como idea hegemónica en la oposición. Tras la declaración del estado de sitio decretado luego del atentado y la purga que la CNI inició hacia la oposición, se instaló en la mayoría opositora que sólo la vía negociada, esto es aceptar las condiciones del régimen, tendría alguna posibilidad de éxito. En un escenario de guerra sólo la dictadura podía salir fortalecida.

Lo fundamental del hallazgo de Carrizal y posteriormente el intento de ajusticiamiento al dictador, fue que dividió definitivamente a la oposición, y acabó con cualquier posibilidad de posicionar a la movilización ciudadana como eje articulador de una propuesta democrática.

---

<sup>1326</sup> La nueva estrategia fruto del Pleno de 1985, fue publicada en *El Rodriguista*, 11 diciembre 1985, p. 6. En Fondo Documental Eugenio Ruiz Tagle (FDERT).

<sup>1327</sup> Documento de la Dirección central de PC, citado en **L. ROJAS NÚÑEZ**; *De la rebelión popular...* Op. Cit., p. 58.

### 6.1. *El fin de las protestas y la instalación moderada: El fracaso de la movilización social*

Tanto el hallazgo de armas en Carrizal bajo<sup>1328</sup> como el atentado a Pinochet terminaron por disolver cualquier esperanza en obtener a través de la movilización social los cambios que tanto exigía el país. Luego de meses de seguimiento por parte de la CNI y tras duros interrogatorios a algunos miembros del movimiento, los organismos de inteligencia dieron — casi fortuitamente— con el cargamento de armas más grande ingresado al país durante toda la dictadura. Era el segundo que se realizaba. Con el descubrimiento del arsenal de Carrizal, se corroboraba que pese a la fuerza ciudadana expresada en la movilización social, la violencia se apoderada del escenario político impidiendo cualquier posibilidad de convergencia de la oposición entorno a un frente pacífico contra el régimen. Esto se consolidó de manera definitiva con el atentado a Pinochet en septiembre de 1986. El acontecimiento, terminó definitivamente por dividir el camino de la oposición política, fragmentando los esfuerzos de una ciudadanía que aunque cansada y sumamente golpeada por la represión, seguía expresando su voluntad y compromiso democrático a través de la movilización.

En efecto, luego del 7 de septiembre —fecha en que los miembros del FPMR realizaron la “operación siglo XX” destinada a matar al dictador— se consumó el fin de una época marcada por la dubitativa pero espontánea acción opositora centrada en la movilización social. Si la AD se había dividido originalmente ante el caso de Carrizal, luego del atentado a Pinochet quedó claro que los caminos de acercamientos hacia el PC y que buscaban intensificar la movilización, se cerraban definitivamente. Los teóricos de la instalación, que habían venido desarrollando la vía política de aceptar el orden normativo autoritario y, desde ahí, posibilitar la salida del dictador. Lo que en 1984 tímidamente se había planteado como una posibilidad —en esos momentos remota— y que con el aumento de la violencia y el desgaste de la protesta había cobrado fuerza, con estos dos acontecimientos se volvió en la estrategia dominante.

La instauración del estado de sitio, que llegó acompañada de una venganza sangrienta de parte de la CNI, el agotamiento experimentado por las organizaciones civiles tras su protagonismo en ese 1986 y la completa intransigencia del régimen, convencieron a la oposición moderada de tomar el camino electoral que los moderados democratacristianos

---

<sup>1328</sup> Como ya hemos sostenido anteriormente, desde enero de 1986 que se venían sucediendo desembarcos en Carrizal con armas trasladadas por barco provenientes desde el Perú, que alimentaron al FPMR en su escalada violentista. En el decomiso según fuentes oficiales se pudo contar un total de 3115 fusiles M-16, 114 lanzacohetes RPG-7 de origen soviético, 167 lanzacohetes LOW, más de dos millones de cartuchos de diversos calibres, unas 2 mil granadas de mano, metralletas, toneladas de explosivos, bombas y detonantes. En: **A. CAVALLO, et., al;** *La historia oculta...* Op. cit., p. 706.



venían propugnando desde comienzos de año y que planteaba desconocer la ilegitimidad de la constitución del 80' y someterse al sistema impuesto por ésta. Tal como los expresa T. Moulian; “Como la operación (el atentado) no tuvo éxito, sirvió objetivamente para fortalecer lo que deseaba combatir: la instalación, el triunfo de la estrategia de arrastrar a todos los actores a la arena constitucional”<sup>1329</sup>.

Entrar en el sistema pasó a ser la nueva consigna que los sectores menos moderados de la AD fueron aceptando, entendiendo que era el único camino posible. La violencia, el miedo, la represión, el desgaste y el cansancio, más la fuerte presión ejercida por el régimen, terminaron por minar al movimiento de protesta que expresó constante y masivamente su disconformidad con la dictadura. Es cierto que en las poblaciones, sobre todo entre los sectores más organizados, la movilización y la organización siguieron siendo “el camino” para alcanzar la democracia. Su convicción que en el trabajo conjunto y la organización de las bases estaba la auténtica democracia inyectaba renovadas energías a un movimiento que pese a la represión lograba despegarse de manera autónoma y mancomunada en el espacio local. Sin embargo, las élites partidistas, extendidas por todo el territorio y efectivamente las capaces de encabezar y conducir al movimiento ya habían tomado, definitivamente, caminos separados.

Con el atentado al general Pinochet cayó también el peso del estado de sitio y la mano dura de la represión que golpeó fuerte a los organismos del Frente y la sociedad en general. Los primeros fueron prácticamente exterminados por la CNI, mientras el resto debió sumergirse en el silencioso rincón del hogar por el temor a mayores represalias<sup>1330</sup>. Asimismo, el PC y la izquierda en general luego de estos acontecimientos quedaron completamente aislados e inmersos en la clandestinidad que la persecución del régimen y la reprobación del grueso de las fuerzas políticas le dieron a su acción. Pero, peor aún, en los meses siguientes, las diferencias en torno al papel de la insurgencia armada en el plan general de lucha por la democracia, destrozó a los principales partidos que le habían dado vida. Las diferencias se tornaron irreconciliables fracturando para siempre tanto al MIR—escindido para 1988 en 4 facciones— como al Frente de su partido madre; el PC. Una vez

---

<sup>1329</sup> T. MOULIAN; *Chile actual...* Op. cit., p. 336.

<sup>1330</sup> Conocido es que tras el atentado, la CNI inició una purga a ciegas, sin tener claro todavía la identidad de los responsables y sólo atinó a secuestrar, torturar y asesinar a algunos miembros de la oposición (Aún es difícil tener claro cómo operaban los organismos de seguridad de Pinochet. El pacto de silencio de los militares todavía impide conocer ciertas cuestiones cómo, quién y con qué “argumentos” se utilizaban para detener, asesinar o “salvarle” la vida a un detenido, previa detención, por supuesto). El Comando 11 de septiembre secuestró y dio muerte a Gastón Vidarrázaga, Abraham Muskablit, Felipe Rivera y José Carrasco, este último reconocido periodista de Análisis y miembro del MIR fue una de las víctimas. Ricardo Lagos, recuerda bien su detención y la incertidumbre que se cernió sobre varias personalidades tras el atentado. R. LAGOS; *Así lo vivimos...* Op. cit., 117-131 Más tarde, en junio de 1987 y con todos los cabecillas de la acción identificados, la CNI realizó una purga contra los frentistas, conocida como Operación Albania o la Matanza de Corpus Christi.

consumado el atentado a Pinochet la oposición al régimen definitivamente se disgregó, tomó caminos distintos, que sólo volvieron a reunirse años más tarde —y sólo tangencialmente— en la lucha electoral contra Pinochet en 1988.

Por su parte, el régimen luego de estos dos acontecimientos mantuvo su ineludible disposición a ceñirse al marco dado por la constitución del 80'. En ese sentido, tanto Carrizal como el atentado a Pinochet le fueron útiles en la justificación de los tiempos dados por ella y en el mantenimiento de la mano dura como único mecanismo de mantener la estabilidad del país. Así dadas las cosas, el régimen una vez instaurado el estado de sitio y consumada la división de la oposición, de abocó en su campaña electoral para reelegir a Pinochet por 8 años más. Y fue ese el camino que finalmente se impuso. No otro. De hecho y pese al hecho —no menor— de la derrota electoral de Pinochet en 1988, la estructura normativa y jurídica, la política y la democracia adquirieron las formas que éste dispuso.

Por eso señalamos que tras el estado de sitio instaurado ese mismo 7 de septiembre, las protestas terminaron y el grueso de la sociedad chilena que lentamente se había ido alejando de la movilización ante la violencia y riesgo que ella implicaba, se plegó a las intenciones de los líderes políticos moderados en su resignado afán de someterse a las reglas impuestas desde la dictadura. Eso sí, es importante aclarar que la dinámica de movilización y expresión contra el régimen que tanta fuerza adquirió en las poblaciones y en ciertos sectores de la sociedad, tomó un camino propio produciéndose acciones y enfrentamientos con las fuerzas especiales cada vez que se celebró una fecha especial o algún acto masivo como fueron la venida del Papa Juan Pablo II, en abril de 1987, el paro de octubre de ese año y los llamados a manifestarse por el NO a partir de 1988. Tal como lo fue durante las protestas, los sectores populares fueron los más activos, los más dispuestos a expresar el descontento y a desafiar y luchar contra el régimen militar. Ello se debió quizás a que fueron esos mismos sectores los que más perjuicios tuvieron con el sistema de vida impuesto por la dictadura, los que más alto costo pagaron en el Chile de la dictadura y que habían venido desarrollando una activa e interesante práctica social que, paralela a la realidad autoritaria, establecía importantes espacios de solidaridad, comunidad y participación entre los miembros de la comunidad. Pero esa realidad —en la que ahondaremos a continuación en el siguiente capítulo— no respondía a la nueva situación política ni tampoco a la gran mayoría de la sociedad chilena que, cansada y saturada de violencia y autoritarismo, anhelaba un retorno pacífico y moderado a la democracia.

Así, en resumen, entendemos que tras el atentado, la vía movimientista resultó abandonada por los moderados dando paso a la política de la instalación. Entre 1986 y 1987, la movilización de la ciudadanía dejó de ser una alternativa política y pierde la fuerza

de ser la expresión popular de un pueblo que demanda democracia, para convertirse en herramienta al servicio de otras estrategias (electoralistas). En efecto, entre la teoría de la instalación y las rupturas en el seno de la vía insurreccional en torno al papel de la violencia y la lucha armada, se fue diluyendo la expresión de un pueblo y de sus actores sociales. Aquellos que más descarnadamente habían tenido que soportar el brutal y revolucionario cambio que representó el arribo de la dictadura cívico-militar chilena. Detrás de las estrategias políticas, las protestas significaron la irrupción de la ciudadanía, la expresión de un sentir de hartazgo, rabia e impotencia, traducido en actos rebeldes de resistencia, de lucha, de solidaridad y compromiso: con la dignidad, la paz y la democracia. Más allá de lo partidista la gente salió a decir basta, porque, efectivamente, muchos ya no podían más. En esa dirección ¿Es posible registrar cómo representaron los pobladores organizados la movilización contra el régimen durante las protestas y qué significado tuvieron sus prácticas organizativas? Es lo que intentaremos analizar en el siguiente capítulo.

## CAPÍTULO V

### MICROHISTORIA DE LA VIDA EN DICTADURA EN SANTA ADRIANA Y LA PINCOYA I:

#### Cartografiando prácticas poblacionales<sup>1331</sup>

##### 1. Introducción

Hemos recorrido casi por completo la década de 1980, su proceso político, la violencia que se instaló en la contingencia y la pugna social que irrumpió abiertamente desde 1983. Por supuesto, el ciclo de protesta que se inicia el 11 de mayo de 1983 y el movimiento social que se constituye por la democracia. Nos interesa ahora, sumergirnos en el micro espacio social —las poblaciones del gran Santiago—, para observar quiénes nutrieron este movimiento; cómo lo hicieron y qué sentido tuvo para ellos la lucha contra la dictadura y, más aún, por la restauración de la democracia. Para ello, proponemos hacerlo definiendo primero los lugares en que centraremos el análisis, es decir, los barrios de la capital en que fijaremos nuestro estudio, intentando aproximarnos a las características principales que presentaron estos espacios y cómo se convirtieron en el núcleo principal de la resistencia. No sólo física, a través de las protestas callejeras, sino también simbólica-ideológica: principios, valores y convicciones que identificamos movilizan a los actores sociales. Otros modos, en definitiva, de comprender la vida y el mundo, que entraron en franca tensión con aquellos principios y valores que la dictadura buscó imponer con su transformación socioeconómica, política y cultural. Planteamos por tanto, que estos espacios populares, donde se alcanzó un importante grado de organización social, representaron el lugar donde se escenificó de mejor forma la tensión y el antagonismo en las formas de concebir la política, la sociedad y la democracia entre la sociedad y la dictadura. Donde se materializó de forma clara la brecha y la ruptura que va a representar la imposición del nuevo modelo de sociedad.

Desde esta perspectiva, entendemos que fue la organización poblacional —avalada y propiciada por distintos organismos opositores al régimen— la que dio mayor fuerza a la protesta; no sólo por su estructura que la hizo posible, sino porque dotó de coherencia y voz

---

<sup>1331</sup> La idea de “cartografiar” estos barrios de Santiago, pretende ir más allá de la idea de reseñar geográficamente estos espacios, asumiendo una noción más compleja que involucra aspectos simbólicos de las representaciones sociales que se producen en un espacio determinado, construido socialmente. El título de este apartado readapta esta noción a partir del texto de **B. SOUSA SANTOS**; “Una cartografía simbólica de las representaciones sociales. Prolegómenos a una concepción posmoderna del derecho”. *Revista Nueva Sociedad* núm. 116, nov-dic 1991, pp. 18-38.

propia el sentir de una gran masa ciudadana que padecía los efectos de la revolución autoritaria impuesta en los más diversos ámbitos de la vida. Una organización que, en gran medida, había construido su historia reciente en la formación de los nuevos barrios urbanos de la capital chilena, dando vida a un marcado y comprometido sentido de comunidad. Nos sumergiremos entonces, en el mundo popular santiaguino para analizar desde abajo cómo se vivió y entendió la pugna con el sistema dictatorial, sus fundamentos, y el anhelado retorno a la democracia, considerando al barrio —la población— y los espacios organizativos que ahí se crearon, como la base fundamental desde la que un sector importante de la ciudadanía chilena se expresó contra la dictadura.

Pues bien, si nuestro objetivo es profundizar en las poblaciones y su historia en dictadura, haciendo hincapié en los aspectos que las distinguen y significan, debemos considerar sus distintas variables. Asumir la pobreza y exclusión como factores determinantes en su diferenciación con el resto de la ciudad y la sociedad, se relaciona estrechamente con las estructuras que subyacen al entramado autoritario y las políticas que dan vida a estos procesos que viven los sectores populares, contexto en el cual debieron insertarse y desenvolverse los pobladores. Pero aún más relevante para nuestro objetivo, es profundizar en dos aspectos que resultaron cruciales para entender el mundo popular chileno en dictadura desde la perspectiva propia; en primer orden, el lugar, como espacio socialmente construido en el que los pobladores vertieron sus anhelos, desarrollaron su compromiso ciudadano —político—, reapropiando de paso, el significado de lo público. Fue en el espacio poblacional, plagado de simbolismo histórico para sus habitantes, el lugar donde se escenifica el conflicto con la dictadura. Masivo, evidente y mediático durante las protestas nacionales. Pero también simbólico, soterrado pero constante y distintivo en el cotidiano discurrir de la vida en dictadura. Asimismo, en segundo lugar, parece pertinente reflexionar sobre los modos de acción conjunta de los pobladores, es decir, la organización poblacional. En ella identificamos una continuidad histórica en las formas de sociabilidad que se construyen en estos espacios, en los repertorios organizativos donde la comunidad se convierte en un ente primordial, así como en los sentidos que los actores sociales le otorgan a estas instancias. Igualmente, la realidad específica del momento que representa el entramado autoritario, propician importantes cambios en la propia organización de los pobladores, a saber, la nueva dimensión de las organizaciones, primordialmente económicas para paliar la escasez y el hambre, y su progresiva deriva política, de la mano con el despertar rebelde y libertario de la sociedad, se combinan con la explosión enrabada y violenta de los jóvenes que se rebelan a la estructura autoritaria. En ese contexto específico, materializado en el territorio y la organización de base, surgieron nuevos referentes sociales

—como los denomina Stern— que dan pistas de los cambios que se comienzan a consolidar en la década de los 80 a nivel social y político en el mundo popular urbano<sup>1332</sup>.

Con una historia y una larga tradición que forjó un acervo cultural más o menos específico, la población, como espacio físico se convirtió en el lugar antropológico por excelencia; espacio íntimo que cobija y reúne; es ahí donde se va a materializar un modo más o menos concreto de sociabilidad, representando a su vez el conflicto entre la sociedad y la dictadura militar. Por otra parte, la organización poblacional va a entregarnos referencias concretas respecto a un grupo de vecinos de los sectores estudiados —evidentemente no a la totalidad de los habitantes de estos espacios<sup>1333</sup>— y los modos en que se desenvuelven. La organización, la comunidad y el trabajo solidario se convierten en un puntal de la práctica de estos sujetos. Estas prácticas nos permiten dilucidar de mejor manera cómo entienden y representan la realidad que les toca vivir.

De este modo y en base a estas dos referencias, pretendemos más que definir de forma precisa los imaginarios y representaciones que se producen en el mundo poblacional santiaguino, más que syndicar tal o cual estructura de comportamiento que se manifiesta en estos espacios, nos interesa situar y perfilar los imaginarios latentes y subyacentes en las poblaciones estudiadas y su tensión con el entramado autoritario, y de qué modo se van sucediendo distintos procesos de rebelión, resistencia, asimilación, convergencia e instalación de ellos en el mundo poblacional y la contingencia específica que les toca vivir en el tiempo de las protestas. Será, en este sentido entonces, que abordaremos desde la lógica del lugar, como espacio antropológicamente resinificado por sus habitantes y, de las experiencias organizativas que tienen los sujetos de estos barrios como símbolo de un modo diverso pero más o menos determinado de entender la sociedad —expresado en prácticas concretas— que los capítulos 5 y 6 se enfocarán en estas materias, a partir de los registros y testimonios encontrados en una amplia gama de fuentes referidas, específicamente, a los barrios de Santa Adriana y La Pincoya.

Las transformaciones estructurales en el sistema político y social que se fueron aplicando paulatinamente desde el 11 de septiembre de 1973, generaron reacciones de distinto tipo en la sociedad y más concretamente en las poblaciones de Santiago. Como indicamos en el capítulo 3, se observan una serie de etapas que fueron caracterizando a las

---

<sup>1332</sup> **S. STERN**; *Luchando por mentes y corazones. Las batallas de la memoria en el Chile de Pinochet. Libro 2 de la trilogía La Caja de la memoria del Chile de Pinochet*. Ed. Univ. Diego Portales, Santiago, 2013, p. 232.

<sup>1333</sup> De acuerdo a estudios de la época, en dictadura, 1/3 del 1.4 millones de personas que vivía en poblaciones, campamentos o habitaciones precarias de Santiago, participaba de algún tipo de organización vecinal. Ver: **L. BENAVIDES E. MORALES**; “Campamentos y poblaciones de las comunas del gran Santiago. Una síntesis informativa”. *Documento de Trabajo, FLACSO*, núm. 154, Santiago, 1982. Cfr., **G. CAMPERO**; “Organizaciones de pobladores bajo el régimen militar”. *Proposiciones* 14, Santiago, 1987. Señala que sólo un 12% de los pobladores de Santiago participa en organizaciones populares.

organizaciones populares en dictadura, evidenciando el impacto de las distintas coyunturas que marcaron la contingencia nacional y el modo en que los pobladores respondieron a ellas<sup>1334</sup>. Sin embargo, pese a estos cambios, en casi todas sus prácticas, identificamos igualmente una continuidad histórica<sup>1335</sup>. Los cambios que la coyuntura autoritaria y la precaria realidad social y económica impusieron, no impidieron que la organización de los pobladores se convirtiera en un modo de hacer específico, estrechamente vinculado con su historia reciente. Que manifestara —de una u otra manera— una intencionalidad política más o menos definida, aunque no necesariamente explícita en el sentido más básico de esta consideración<sup>1336</sup>. El fenómeno, cabe consignar, se vio fuertemente incentivado después del estallido de las protestas nacionales, cuando las organizaciones e iniciativas se plegaron de manera permanente a la organización de la protesta y el movimiento social que de éstas se proyectó.

En resumen, queremos señalar que junto al propio carácter “multifuncional” que presentaron habitualmente casi todas las organizaciones populares durante este periodo, encontramos algunos elementos de continuidad que consideramos fundamentales y constituyentes de este tipo de iniciativas<sup>1337</sup>. Elementos, conviene aclarar, que sindicaron una permanencia en los fundamentos mismos de la organización social de base. Un sustrato cultural que, pese a los cambios que incentiva la dictadura en la sociedad —y que propiciará una permanente mutación de múltiples espacios populares y por consiguiente de una amplia masa desmovilizada— conforma un núcleo basal en que se sustenta la práctica cotidiana de los pobladores organizados. Prácticas que no sólo los movilizan sino que los define e identifica como actores sociales en ese lugar y en la propia sociedad chilena. Estos aspectos dicen relación al carácter comunitario, democrático y popular de las organizaciones poblacionales de base, trazando una permanencia en los valores y principios que rigieron

<sup>1334</sup> C. HARDY; *Estrategias organizadas de subsistencia: los sectores populares frente a sus necesidades en Chile*. Documento de trabajo n°41. PET, Programa de Economía del Trabajo, Academia de Humanismo Cristiano, Santiago, 1985.

<sup>1335</sup> De la misma opinión es T. VALDÉS; “El movimiento poblacional: la recomposición de las solidaridades sociales”. *Documento FLACSO* (Facultad Latinoamericana de Ciencias Sociales), n° 283. Santiago, 1986.

<sup>1336</sup> Partimos de la premisa de considerar la dimensión antagónica de lo político y por tanto, las acciones humanas como parte fundamental de ese antagonismo. En ese sentido, prácticas que vienen alterar un orden normativo determinado —como un simple taller de música en que se escuche o cante canciones de Víctor Jara, por ejemplo— restituyen la naturaleza de lo político al evidenciar la contradicción que emerge en la sociedad. Para las reflexiones sobre la acción política de la sociedad seguimos el pensamiento de CH. MOUFFE; *En torno a lo político*. Fondo Cultura Económica, Buenos Aires, 2007. Desde una perspectiva historiográfica, seguimos a Noiriel, quien señala que la “historia política se encarga del estudio de los problemas que interesan a los actores de la vida pública y utiliza el vocabulario forjado por ellos”, interesándonos, en este caso, la acción y lenguaje expresado por los pobladores para referirse a ciertas cosas, analizando el contenido y sentido de dicho vocabulario. Desde esta mirada, entendemos entonces la acción de los pobladores como una acción política, digna de estudiar por la historiografía como un acto que desentraña lo político de una parte de esa sociedad manifestando la tensión que la caracteriza. La cita en: G. NOIRIEL; *Introducción a la sociohistoria*. Siglo XX, Madrid, 2011, p. 91.

<sup>1337</sup> P. OXHORN; “La paradoja del gobierno democrático”. *Política* n°43. Primavera 2004, pp. 57-83.

este tipo de iniciativas. Fuesen estas de subsistencia (ollas comunes, comprando juntos, huertos populares), culturales (talleres de arte, teatro o literatura), o abiertamente políticas (derechos humanos, defensa de presos políticos).

Desde esta perspectiva debemos comprender entonces que uno de los rasgos distintivos de la acción organizada de los barrios populares de Santiago durante esta etapa de la historia de Chile —y concretamente durante la década de 1980— se centró, con matices, en el eje dictadura-democracia como matriz de la tensión de un conflicto más profundo que enfrentaba modos profundamente distintos de entender la vida en sociedad. En este sentido, fue la democracia —como valor absoluto— la que, tras la reactivación movimental de los 80', convocó y aglutinó a la acción colectiva popular, y al conjunto de la sociedad. En ella, se mezclaron modos diversos de entender el mundo y en la que los pobladores traspasaron una serie de imaginarios, anhelos y representaciones que iban mucho más allá de la *simple* dicotomía dictadura-democracia. Pensamos, por tanto, que la representación que los pobladores construyen de dicho concepto y del conflicto que subyace en pleno régimen autoritario, permite identificar —al menos fragmentariamente— las ideas, creencias, nociones e imaginarios que se vislumbran en el universo simbólico popular y que inevitablemente se proyectan hacia la futura democracia. Es decir, que de esas representaciones de la democracia y la lucha contra las políticas del régimen militar —expresadas en un discurso y materializada en una práctica sociopolítica concreta— pueden extraerse los significados que tuvo la organización poblacional, la protesta, la dictadura y la lucha por la democracia en general, para sus protagonistas, en un periodo bisagra de la historia de Chile, de profundas transformaciones políticas sociales, económicas y culturales. Fue esa idea de democracia, igualmente, la que entró en abierto conflicto con las nociones que finalmente se impusieron entre la élite partidista opositora como modelo democrático de la transición y que, en lo fundamental, se caracterizó por una representación parcial y restringida de lo que debía ser el sistema democrático chileno<sup>1338</sup>, de acuerdo a las matrices conceptuales que se terminarían por imponer en el conjunto de la región<sup>1339</sup>.

---

<sup>1338</sup> Cfr. E. BOENINGER. *Democracia en Chile. Lecciones de gobernabilidad*. Andrés Bello, 1997. Ver capítulo VIII. Desde una perspectiva general, el Chile post Pinochet estableció una visión *pospolítica* de la democracia en su afán de imponer —con un manto de olvido— la reconciliación entre los chilenos. Este proyecto consensual, no sólo forzó la idea en sí misma de democracia, sino que negó el carácter “antagonista, controversial y contradictorio de lo político”. CH. MOUFFE; *En torno a lo político...* Op. cit., p. 10.

<sup>1339</sup> Las matrices conceptuales que marcaron a las democracias latinoamericanas en los 90', se insertaron en las lógicas globales que impone el pensamiento único post Guerra Fría, es decir, democracia y mercado como pilares fundamentales de la cultura política que buscó consolidar los desafíos que se imponen para la región durante este periodo. A saber, gobernabilidad, crecimiento económico y estabilidad democrática. P. MARTÍNEZ LILLO, P. RUBIO; “Del neoliberalismo conservador al giro la izquierda: el discurso político latinoamericano en la era global, 1990-2010”, p. 84. En, P. MARTÍNEZ LILLO, J. ESTEFANÍA (Coords.). *América Latina: un nuevo contrato social*. Marcial Pons, Madrid, 2016.



Pues bien, en ese contexto y con el objetivo de alcanzar un grado concreto de representación de lo que se percibió, sintió y organizó en estos espacios, nos proponemos analizar históricamente el universo simbólico y la práctica política poblacional de Santiago en dos barrios concretos: La Pincoya, situada en La Comuna de Huechuraba, al norte de Santiago, y Santa Adriana, población ubicada al sur de la capital, en la comuna de Lo Espejo. La idea es entregar una mirada que permita extraer algunos paralelos entre ambos casos de estudio, teniendo claro que la multiplicidad de voces, la dispersión de testimonios y la escasez de fuentes, permiten que sólo podamos entregar fragmentos de esta historia y no un relato íntegro y cerrado<sup>1340</sup>.

La elección de estos barrios no ha sido al azar. Ciertamente que las poblaciones tuvieron un discurrir en muchos aspectos especiales de acuerdo al grado de inclusión/exclusión y represión a la que se vieron sometidas por el Estado dictatorial; a la historia conjunta de los vecinos que dieron origen a esa población y el momento específico en que se crean; a las injerencias externas y sus particularidades, haciendo de cada microespacio un lugar único. De ahí la relevancia del ejercicio comparado. No obstante, igualmente, las similitudes de la realidad social fueron muchas y permean de manera notable al conjunto de los barrios populares de la capital. Esto respondió tanto a los estímulos externos —como la injerencia del Estado opresor y sus políticas clientelares, o el grado de participación que la oposición al régimen alcanzó en cada barrio— como al acervo cultural forjado en estos espacios, sobre todo durante la segunda mitad del siglo XX, y que ya describimos en el capítulo II. Dicha *mentalidad*, vinculada a la historia del poblamiento y urbanización de Santiago, se entremezcló con las nuevas percepciones y representaciones que las nuevas generaciones de pobladores fueron aportando a la comunidad, en un contexto sociopolítico completamente distinto en el que —además— nuevos actores sociales alcanzaron renovado protagonismo. Estos fenómenos contingentes, muchas veces contribuyeron al fortalecimiento de la identidad poblacional, incluso radicalizándola en su métodos de expresión (contra la dictadura fundamentalmente). Pero en otros casos, sirvieron para romper con dicha racionalidad e instalar la fragmentación al interior del barrio, demostrando los efectos que la crisis económica y las políticas de transformación social tuvieron en los núcleos populares de la capital.

Ya hemos señalado que no puede desconocerse el radical cambio que representó el quiebre democrático en la historia del mundo popular y su papel en la sociedad. Los

---

<sup>1340</sup> Durante el periodo en cuestión, Santa Adriana perteneció a tres comunas distintas; San Miguel, La Cisterna y finalmente—hasta la actualidad— a Lo Espejo. De hecho, con la reestructuración de Santiago realizada por la dictadura, parte de Santa Adriana quedó en la comuna de Pedro Aguirre Cerda (PAC) generando un desgarró no menor en la propia estructura interna de la población. En el caso de La Pincoya, la reformulación del plan comunal la redestinó a Huechuraba, perteneciendo antiguamente a la comuna de Conchalí.

pobladores vivieron de manera abrupta y en carne propia el significado del cambio político que implicó el golpe de Estado: experimentaron en primera persona cómo pasaban de ser uno de los ejes fundamentales de la vida política del país (como actor protagónico y central del proceso democrático), para convertirse, luego, en problemas a solucionar; en objetos de pobres y contadas políticas sociales, paliativas de la precaria situación en la que se hallaban, a partir de los cambios estructurales implementados (certificando de paso el grado de exclusión en la toma de decisiones a la que fueron sometidos)<sup>1341</sup>. Asimilación y resistencia, tensión y diálogo permanente, compromiso y desconexión, fueron actitudes referenciales que podrían sintetizar los polos en que se movió habitualmente la acción de los pobladores de Santiago durante este periodo<sup>1342</sup>.

Fue ante esta tensión permanente en que discurrió la vida poblacional, que decidimos utilizar dos casos de estudios que permitiesen, por una parte, identificar prácticas organizacionales y políticas concretas extrapolables a la generalidad de los barrios populares de Santiago, y, al mismo tiempo, destacar aquellos aspectos que distinguieron y diferenciaron a estos espacios de otros de similares características. Más que con el fin de señalar una peculiaridad en tal o cual barrio, el objetivo de esta decisión es rescatar el valor de las particularidades que aportan los actores sociales y sus prácticas al acontecer de una comunidad específica. De este modo, pretendemos rescatar y reconstruir al menos fragmentariamente, ese complejo universo simbólico de las poblaciones de Santiago durante la década de 1980, sus prácticas —políticas— y sus significados. Aunque sea parcialmente. Por lo anterior es que, en muchos casos, interrogamos a nuestras fuentes a partir de acontecimientos acaecidos en barrios vecinos —de contextos de pobreza y exclusión muy similar, pero pertenecientes a redes y organizaciones del sector— de modo entrecruzar las experiencias vivenciadas en las poblaciones de la capital y contrastar los comportamientos de los sujetos.

La manera de pesquisar e identificar similitudes y diferencias en el compartimento y las representaciones de los pobladores que estudiamos, se ha constituido a lo largo de esta investigación como una interrogante siempre compleja de descubrir en su totalidad. La entendemos más bien, como una realidad incompleta, fragmentaria, carente muchas veces de la coherencia narrativa que inconscientemente pretendemos en la elaboración de nuestro relato. Las contradicciones permanentes que encontramos en estos espacios, sólo reafirman

---

<sup>1341</sup> T. VALDÉS; "El movimiento poblacional:... Op. cit., pp. 1-2.

<sup>1342</sup> Creer que estos "polos" fueron las únicas opciones y actitudes adoptadas por los sujetos de los barrios populares de Santiago es simplificar y esencializar los comportamientos y actitudes de los sujetos en el tiempo. Por eso, entendemos que estos polos de comportamiento funcionaron más bien como matrices referenciales entre las que los pobladores se movieron indistintamente, a partir de los numerosos factores que fueron normando la vida en dictadura. Ya fuese insertarse en el nuevo modelo de sociedad, participar activamente de la resistencia a la dictadura o sencillamente para autoexcluirse del conflicto sociopolítico que se materializa en el espacio público.

la complejidad que los caracterizó en un momento específico de la historia chilena. No obstante, la pretensión –siempre ambiciosa– ha sido ofrecer una especie de modelo de lo que fueron en general los comportamientos de los pobladores de Santiago durante este convulso tiempo histórico, el grado de autoconsciencia que proyectan de su propia realidad, asumiendo –sin embargo– lo limitado y parcial de nuestras posibilidades ante la diversidad de experiencias que conformaron el mundo poblacional y los escasos fragmentos disponibles; escasamente documentada viva, muchas veces, sólo en la memoria de los testigos, esta realidad compleja y en muchos aspectos contrapuesta se nos ofrece sólo en forma de huellas de un mundo que se fue.

La población Santa Adriana se constituyó en un espacio emblemático de la resistencia a la dictadura, el sector sur-oeste de Santiago. Fundada en 1961, vivió directamente en su conformación, la influencia del PC primero y, en menor medida, del MIR después, aportando un conjunto de ideas que se proyectaron en el tiempo pese a los intentos de la dictadura por “purificar” a la sociedad de este legado. Igualmente, el establecimiento de organizaciones como CENFA (Centro Nacional para la Familia) o el Centro de Acogida Santa Adriana (CASA), estrechamente vinculado a los Jesuitas, y la propia parroquia, permite incorporar aquellos elementos que conformaron la influencia externa en los imaginarios de los pobladores. Con una rica historia comunitaria y organizacional, Santa Adriana sirve a nuestro entender como emblema de las poblaciones más combativas en la resistencia a la dictadura y en la explosión de la protesta. Su ubicación –muy cerca de otras tan emblemáticas como La Victoria o José María Caro, entre muchas otras– permite observar las formas en que actuó la represión policial en estos espacios y el conflicto que se escenifica entre régimen y sociedad civil y, a su vez, los altos grados de organización alcanzado por los pobladores, incluso traspasando las fronteras del barrio.

La Pincoya, en tanto, se ubica en el norte de la capital chilena, en la Comuna de Huechuraba –antigua e histórica comuna de Conchalí–, uno de los sectores que en los 80’ aún mantenía población rural entre sus habitantes<sup>1343</sup>. Su fundación, producida en 1969, respondió al doble proceso que caracteriza a la habitación popular en esos momentos; la entrega de terrenos semiurbanizados por el Estado a través de “Operaciones Sitio” del gobierno Frei Montalva y, por otra, mediante la acción directa –la toma de terrenos–, tan en boga y legitimada durante la etapa anterior al golpe de Estado. Su formación sin dudas que repercutió en el modo en que se enfrentaron a la dictadura (y cómo ésta percibió este espacio), considerando además que el sector –al encontrarse aún en pleno proceso de

---

<sup>1343</sup> De acuerdo al Censo de 1982, La comuna tenía 1661 personas viviendo en un espacio rural. Instituto Nacional de Estadística, INE, Santiago 1982, p. 65. <http://www.ine.cl/canales/usuarios/censos/digitalizados.php> Consultado 21-11-2013.

poblamiento al momento del golpe de Estado— mantuvo una activa organización popular demandante de una vivienda propia a través, fundamentalmente, de los sectores más pobres del barrio, como eran los familiares allegados a los pobladores del barrio. La influencia del PC en los comités de sin casa también resultó decisiva en la conformación de una cultura política más o menos específica, en un sector importante de la población. Este escenario, inevitablemente, convirtió a La Pincoya y sus sectores aledaños en un espacio de abierto confronto con la dictadura.

El grado de pobreza, actuó como segundo elemento disociante y excluyente. Las actividades territorial-reivindicativas que caracterizaron a la vida popular de la segunda mitad del siglo XX, se convirtieron abruptamente en una práctica no sólo prohibida —y fuertemente reprimida— por la autoridad, sino censuradas socialmente. Mal vistas. La estigmatización, en ese sentido, de una práctica arraigada entre los sectores populares como mecanismo de presión por la dignidad y los derechos, fue uno de los efectos sociales más directos que se transforma en el entramado normativo de la sociedad chilena. Sobre todo entre sus propios miembros. En ese orden, y de acuerdo a las representaciones que estableció la dictadura —como ya vimos en el capítulo III, los espacios más pobres fueron categorizados como dignos de ayuda social— la comuna vivió una tensión permanente entre la práctica histórica, es decir, las actuaciones de los pobladores organizados autónomamente con la ayuda de organizaciones opositoras para obtener de la autoridad beneficios mínimos, y las actividades organizadas a través de la Municipalidad —y destinada exclusivamente a redes clientelares adeptas al régimen fuertemente monitoreada por la UDI— que introdujeron nuevos modos de acción. En esa línea, la posibilidad de observar y analizar la tensión y los contrastes que presentan estos polos de actuación social, permiten establecer un marco más o menos amplio de comprensión sobre las injerencias que las distintas opciones van generando en los pobladores y sus representaciones de la realidad.

Los siguientes capítulos son un gran capítulo conjunto. Utilizando las referencias generales del territorio y las organizaciones de base así como los testimonios y relatos de los vecinos, desarrollamos una reflexión sustentada en los modos en que identificamos transcurre la vida en dictadura para los actores sociales organizados. En ese marco, en el capítulo 5 realizaremos una sintética descripción de algunas características de cada población. Una especie de mapeo histórico-cartográfico que nos permita situar en tiempo y espacio, ambos objetos de estudio, deteniéndonos posteriormente en cómo se vivieron los acontecimientos reproducidos en el capítulo IV de las protestas. Más específicamente, los sentidos y significados que alcanzan los hechos que marcan y definen el conflicto entre Estado y sociedad en estos dos barrios de Santiago. En esa línea, la población ocupará un

lugar central como espacio que convoca, aglutina y protege; sobre todo que reincentiva un sentido específico de pertenencia entre los vecinos, desde el cual levantan su protesta contra el régimen. Por su parte y bajo ese telón de fondo, analizaremos soslayadamente las injerencias externas que recibieron las organizaciones poblacionales y cómo se materializan concretamente en Santa Adriana y La Pincoya. Es decir, intentaremos elucidar el grado de mediación de los distintos organismos políticos y sociales que jugaron un papel preponderante en la vida de cada población, para atisbar una respuesta al grado efectivo de impacto que tuvieron y las apropiaciones que los pobladores realizaron de estas experiencias e influencias. A su vez y a partir de los testimonios y registros encontrados, abordaremos cómo perciben los propios vecinos sus organizaciones, teniendo siempre como telón de fondo el contexto epocal y territorial en el que se desenvuelven y el modo en que interactúan con esa realidad.

## **2. Hacia una genealogía de Santa Adriana y La Pincoya**

Este apartado pretende aproximarse brevemente a las realidades particulares en las que se crean y desarrollan nuestros casos de estudio, poniendo como tope temporal el golpe de Estado de 1973, dado el significado de este acontecimiento. Entendemos que el 11 de septiembre, rompe las lógicas en que estaban desplegando en las poblaciones de Santiago, sus prácticas organizativas en el entramado sociopolítico y, de algún modo, un cierto tipo de comportamiento de los actores sociales en general. Pretendemos, en ese sentido, marcar una diferencia entre el tiempo de fundación de la población, su contexto y cómo se desenvuelven con posterioridad estos barrios de la ciudad en el escenario autoritario. En otras palabras, nos parece pertinente evidenciar en nuestro relato la ruptura del curso histórico que representa el golpe de Estado para los sectores populares, destacando la diferencia sustancial en el marco en que se desenvuelve la propia acción de los pobladores entre uno y otro periodo. Queremos resaltar, así, la ascendencia que tuvo este momento inicial en la propia constitución de la población sintetizando algunos aspectos ya reseñados en el capítulo II que se materializan concretamente en estos vecindarios de Santiago, dando origen físico e identitario a cada población, entregándoles un carácter y un modo de ser/pensar más a o menos definido<sup>1344</sup>.

---

<sup>1344</sup> A este respecto, conviene enfatizar que nos referimos fundamentalmente a los pobladores movilizados. Que participan activamente en la formación de la población y no a la generalidad de los habitantes del barrio. No obstante, pese a que no todos participaron activamente de las organizaciones sociales que se crean en estos espacios, conviene considerar que durante los inicios y fundaciones de las distintas poblaciones de Santiago, una gran mayoría de los vecinos participó de una u otra forma o al menos estuvo en contacto directo con la

De este modo, el periodo 1973-1983, hemos decidido integrarlo al apartado más preciso de nuestro ámbito de análisis y reflexión, condensando, sobre este tema, varios órdenes de temporalidad para nuestra investigación<sup>1345</sup>. No se trata de abordar todo el periodo dictatorial desde una sola dimensión temporal –nuestro interés principal se centra en el periodo 1983-1987, durante la explosión de la movilización social contra la dictadura— sino, más bien, utilizar los testimonios pesquisados en las fuentes en el periodo previo a las protestas y aproximarnos a nuestro tiempo específico de estudio desde una dimensión más amplia, que permita despejar y discernir mejor el camino –no necesariamente ineluctable— que las poblaciones, sus actores y organizaciones, tuvieron durante el periodo dictatorial y cómo se expresan concretamente en los años 80'. Desde esta perspectiva, entonces, proponemos *moldear* la temporalidad, planteando un modo menos lineal a la hora de elaborar las articulaciones históricas que pretendemos desarrollar<sup>1346</sup>. Por una parte, concentrándonos *microhistóricamente* en el acontecimiento y sus dinámicas muchas veces autónomas e irreducibles<sup>1347</sup>. Por otra, trazando un camino más extenso –con tonalidades de larga duración— que conectan las prácticas poblacionales con su historicidad; con una tradición que de algún modo también marcó los imaginarios colectivos de los sectores populares durante la segunda mitad del siglo XX. De este modo, superponiendo las capas espacio-temporales que se producen durante *el tiempo de la dictadura*, pretendemos que este periodo se constituya en el marco general en que radiografiemos, profundicemos y desnudemos otros ámbitos del mundo poblacional. Rescatando fragmentos de su dimensión íntima y local pero, al mismo tiempo, proyectándolos a una dimensión más global y general de la historia reciente de Chile.

---

organización social de su sector. Ya fuese a través de los comités de sin casa, primeras juntas de vecinos locales o sencillamente con los grupos y/o cuadros que se organizan para el ordenamiento y construcción de las casas.

<sup>1345</sup> Seguimos en esta idea a E. Traverso, respecto al desafío analítico que representa la superposición de temporalidades para abordar el trabajo histórico y alcanzar la complejidad que ha caracterizado a la historia del siglo XX. **E. TRAVERSO**; *La historia como campo de batalla. Interpretar las violencias del siglo XX*. FCE., Bs. Aires, 2012, pp. 17-18 y capítulos IV y V.

<sup>1346</sup> Pretender que la historia, como tal, tenga un sentido propio –y único— pesquizable a través de una reconstrucción precisa y minuciosa de los hechos es una cuestión ya evidentemente superada como paradigma historiográfico, pese a la pervivencia de la visión positivista y rankeana de la historiografía. En este sentido, nuestra aproximación pretende seguir los lineamientos de W. Benjamin, respecto a la apropiación que, como autores de un relato, realizamos a la hora de articular históricamente el pasado. **W. BENJAMIN**; “El concepto de la Historia”. En: **W. BENJAMIN**; *La dialéctica en suspenso*. LOM ediciones, Santiago, 2009.

<sup>1347</sup> Autores como M. Trebitsch y F. Dosse, entre otros enfatizan la relevancia que ha recobrado el acontecimiento en el trabajo historiográfico; **M. TREBITSCH**; “El acontecimiento, clave para el análisis del tiempo presente”. *Cuadernos de Historia Contemporánea*, Núm. 20, Universidad Complutense, Madrid, 1998; **F. DOSSE**; “El acontecimiento histórico entre Esfinge y Fénix”. *Historia y Grafía* núm. 41, julio-diciembre 2013, D.F. México, pp. 13-42.

## 2.1 Fundación e inicios de Santa Adriana (1960-1973)

El malestar acumulado que la situación política tuvo en el país durante la década de 1950 así como el fracaso de la política habitacional del gobierno de A. Alessandri (1958-1964), propiciaron que la acción directa se constituyera nuevamente en una estrategia válida de los sectores populares para alcanzar el sueño de la casa propia<sup>1348</sup>. El Plan diseñado por el gobierno, intentó responder al creciente problema habitacional que había alcanzado su punto más álgido con la toma de terrenos y posterior creación de la población La Victoria, al sur de Santiago, en 1957<sup>1349</sup>. Sin embargo, los resultados fueron insuficientes en relación a las crecientes demandas y necesidades existentes en el mundo popular; pese a que el programa DFL2, creado en 1959, proyectó dar asentamiento definitivo a más de 100 mil personas en apenas tres años, el anquilosado sistema y su retraso en la concesión de sitios profundizaron el malestar de una población que necesitaba con urgencia lugares dignos donde vivir<sup>1350</sup>.

En un contexto de creciente convulsión social y aumento de las expectativas por cambios estructurales, el sistema político acentuó su preocupación por los problemas que aquejaban a los trabajadores y pobres de la ciudad que se habían convertido en un nuevo nicho de votos desde la ampliación del sistema electoral<sup>1351</sup>. La presión de la izquierda y fundamentalmente del Partido Comunista (PC) respecto a la eficacia del Plan Habitacional, incentivó en la conciencia de los sujetos populares —organizados en Comités de Sin Casas— la posibilidad de alcanzar sus objetivos a través la acción directa, la toma ilegal de terrenos. Así fue como el 23 de noviembre de 1960, un grupo de familias —que creció con el paso de los días, llegando a casi 1500 cuando fueron finalmente trasladadas— se tomaron unos terrenos pertenecientes a la Corporación para la Vivienda, CORVI, en la población Germán Riesco, cercana a La Legua<sup>1352</sup>. Como la acción fue rápidamente desarticulada por Carabineros, los pobladores se reubicaron en una amplia avenida donde colocaron sus

<sup>1348</sup> La creación de la Corporación para la Vivienda (CORVI), en 1953, evidenció la centralidad del tema de la vivienda. Sin embargo, no fue suficiente para solucionar un problema estructural de la ciudad de Santiago a lo largo de casi todo el siglo XX.

<sup>1349</sup> Ver capítulos I y II. Para una visión detallada conviene revisar los estudios de: **P. MILOS**; *2 de abril de 1957. Historia y memoria*. LOM ediciones, Santiago, 2007; **M. GARCÉS**; *Tomando su sitio: el movimiento de pobladores de Santiago, 1957-1970*. LOM ediciones, Santiago de Chile, 2002.

<sup>1350</sup> Para 1961, CORVI tenía a más de 18 mil postulantes sólo de Santiago en lista de espera. Aun así, también tenía presupuestado que más de cien mil personas poblaran las nacientes poblaciones de San Gregorio, Clara Estrella, José María Caro y Santa Adriana. Igualmente conflictivo era el interés del gobierno de entregar casa sólo a las familias que estuviesen al día en el pago de sus cartillas, cuestión que excluía a una amplia mayoría de inscritos en Corvi. **M. GARCÉS**; *Tomando su sitio. Op. cit.*, p. 195.

<sup>1351</sup> **S. STERN**; *Recordando el Chile de Pinochet. En vísperas de Londres 1998. Libro uno de la trilogía. La Caja de la memoria del Chile de Pinochet*. Ed. U. Diego Portales, Santiago, 2009, p. 45.

<sup>1352</sup> **Grupo de Educación y Recreación “Las Patotas”**; “Tres historias locales que reflejan la historia social de una época. Santa Adriana”, 1994. En: **M. GARCÉS. H. VILLELA (eds.)**; *La persistencia de la memoria popular. Historias locales Historias de Vida*. Educación y Comunicaciones, ECO, Fondart, Santiago, junio 2012, p. 19.

carpas y tiendas de campaña elaboradas de cartones, trapos viejos y plásticos. Ahí estuvieron cerca de 90 días esperando una respuesta gubernamental. Sólo las precarias condiciones en que se desarrolló la toma —según el Diario El Siglo, más de 21 niños murieron durante este periodo— lograron flexibilizar la decisión del gobierno de no ceder a la amenaza a la propiedad privada que representaba la apropiación de terrenos, redestinando a las familias a los terrenos de la chacra Santa Adriana<sup>1353</sup>. En efecto, si bien los pobladores pretendían asentarse en el entorno al lugar tomado, la política de erradicación del gobierno, reubicando en otros sitios a los pobladores movilizados, pretendió deslegitimar este tipo de acción directa, enviando una señal clara a los cientos de miles de sin casa: ése no era el camino para acceder a la casa propia. Con esta medida se buscó forzar el respeto al derecho de propiedad por sobre las necesidades —básicas— de las personas. Sin embargo, las misérrimas condiciones de vida en que se encontraban y el carácter mediático que alcanzó la acción de los pobladores en la contingencia nacional —insuflados por la acción decidida de diputados comunistas y socialistas—condujeron a que el gobierno los reubicara en terrenos que había adquirido para llevar adelante su plan de vivienda. Fue así como en febrero de 1961, nació la población Santa Adriana.

**Imagen 1. Fundadores de la población Santa Adriana en 1960<sup>1354</sup>.**



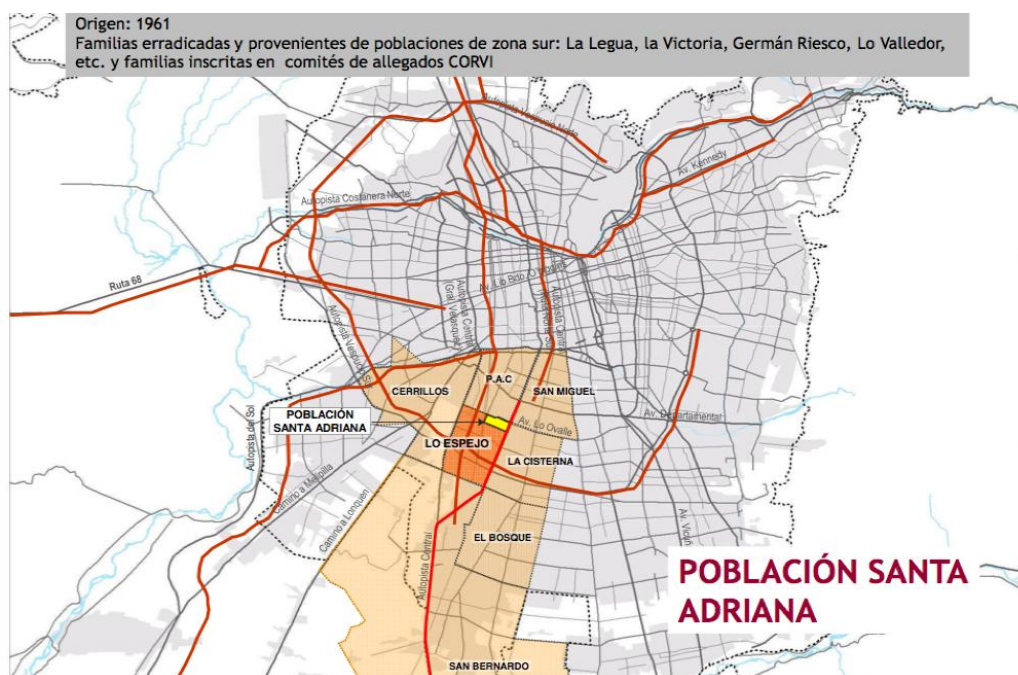
El lugar donde se ubicó la nueva población —al sur de la capital, en la intersección de la Ruta 5 y avenida Lo Ovalle, en la entonces comuna de San Miguel y cercana a las emblemáticas poblaciones como José María Caro y La Victoria— (mapa 1) había sido un

<sup>1353</sup> *Diario El Siglo*, “Trasladan a los sin Casa: San Miguel”. 15-02-1961, p. 8. Citado en **M. GARCÉS**; *Tomando su sitio...* Op. cit., p. 202.

<sup>1354</sup> Fondo fotográfico que hoy resguarda el CESAM (Centro Ambulatorio de Ayuda Mental) de la población Santa Adriana. Consultadas en noviembre de 2015. Agradezco a la señora Beatriz que me mostró este valioso cuerpo fotográfico que retrata los primeros años de la población. La imagen también es portada del libro, *San Adriana, 50 años de territorio y Vida*. Ministerio de Vivienda y Urbanismo, Programa de Recuperación de Barrios, Santiago, 2010.



fundo destinado a la producción de cecinas que la CORVI compró para habilitar su plan habitacional. Algunos trabajadores de la antigua chacra fueron los primeros habitantes del lugar; éstos junto a los militares que llegaron a limpiar y delimitar el conjunto del terreno, iniciaron la transformación del potrero en población<sup>1355</sup>. Ahora bien, fue con la llegada de los pobladores provenientes de la *toma* que la población adquirió forma, dividiéndose en bloques y manzanas. El alto grado de organización que habían alcanzado los pobladores de la toma, se vio acompañado por el numeroso contingente de personas que se había incluido en el transcurso de los tres meses que trascurrieron entre la toma y el asentamiento. Basta señalar que la mayoría de los habitantes que conformaron la población provinieron de la acampada, o allegados a los nuevos hogares. Muchos menos fueron los que llegaron al barrio a través de CORVI y su plan<sup>1356</sup>.



<sup>1355</sup> Grupo de Educación y Recreación “Las Patotas”; Op. cit., p. 17.

<sup>1357</sup> Fuente, Ministerio de Vivienda y Urbanismo, Gobierno de Chile. 2007.

tomaron otros sitios que CORVI estaba habilitando en la población causando enorme conmoción mediática<sup>1358</sup>. La intervención del PC fue considerada por el gobierno como inaceptable, solicitando el desafuero de los parlamentarios que de una u otra forma habían colaborado en la acción<sup>1359</sup>. Igualmente, se criminalizó a los miembros de la toma acusados del delito de usurpación. Los pobladores arguyeron en su defensa que la gran mayoría estaba empadronado en CORVI y su actuación era fruto del agotamiento y frustración que representaba tanta tramitación<sup>1360</sup>. La prensa, en tanto, siguió atenta el acontecimiento, posicionándose de acuerdo a su perfil ideológico; si para algunos esto no era más que una confabulación del PC para colapsar el Plan Habitacional del gobierno<sup>1361</sup>, la izquierda a través de su diario *El Siglo*, insistía en la precariedad en la que se hallaban los pobladores producto del insuficiente plan del gobierno Alessandri.

Luego de semanas de sitio policial en condiciones de suma precariedad y manifiesta tensión política, los pobladores finalmente fueron reasentados en la población San Rafael. La lógica de criminalizar la acción directa así como de impedir el asentamiento por esta vía —de manera de ratificar la ineficacia de las tomas— se vieron acompañada por la hábil estrategia de publicar un listado de los beneficiados inscritos en CORVI con esos terrenos. Nuevo pobladores, con títulos de propiedad vendrían a copar estos espacios generando el conflicto —esta vez— entre ciudadanos<sup>1362</sup>. Tras el traslado y el nuevo asentamiento de beneficiarios de CORVI, la población quedó más o menos definida en cuanto a sus habitantes.

Pero el drama de los sin casas se siguió manifestando en el transcurso de los años en la población; los miles de allegados que fueron recibiendo las familias propietarias, evidenciaban la precariedad de las condiciones de vida de los sectores populares de Santiago, que pese a las emergencia de nuevas urbanizaciones siguió presenciando el hacinamiento y precariedad. Con posterioridad y auspiciados por los propios vecinos,

<sup>1358</sup> Una vez realizada la toma y antes que carabineros cercase la población fueron miles los que se acoplaron a la toma. De hecho la Iglesia católica, una vez asentados los pobladores, logró identificar a 12.900 personas como participantes de esta toma. *Revista Mensaje*; “Invasión en Santa Adriana” núm. 103, Santiago, octubre 1961.

<sup>1359</sup> Orlando Millas, diputado comunista insiste en sus memorias que participó junto a los pobladores en la organización y preparación de la toma. **O. MILLAS**; *Memorias. 1957-1991. Una digresión*. Ediciones Chile-América, CESOC, Santiago, 1996.

<sup>1360</sup> *Diario El Siglo*, Santiago, 23-07-1961. “Ocuparon terrenos de Santa Adriana”. Citado en **M. GARCÉS**; *Tomando su sitio...* Op. cit., p. 198.

<sup>1361</sup> El *Mercurio* insistió que el objetivo del Partido Comunista obedecía a una campaña de “excitación de todos los que carecen de techo a fin de lanzarlos en contra de los que pueden adquirirlos por las vías legales”. *El Mercurio*, Santiago, 30-07-1961. “Despojo Comunista a pequeños propietarios”, p. 11. Citado en: **M. GARCÉS**; *Tomando su sitio...* Op. cit., p. 210.

<sup>1362</sup> La diferenciación entre los propios vecinos perdura hasta el día de hoy. Provenir de la toma es algo desdeñado por quienes accedieron a terrenos por medio de su ficha CORVI. Don Ángel, por ejemplo, insistió en cada encuentro que abordamos estos temas, con él y otros vecinos, en *distinguirse* como “de la CORVI”, en clara señal de rechazo a los pobladores que intentaron asirse de un lugar por medio de la acción directa. Entrevista personal a don Ángel Andrade, en Centro Abierto Santa Adriana, abril 2014.

existieron unas cuantas tomas más realizadas por familiares allegados a miembros de la población. Y pese a que no pudieron erradicarse en Santa Adriana, consiguieron sus objetivos de ser beneficiados con un terreno propio.

En el 65' fue la toma de la cancha del Comunitario. Todos eran allegados de aquí, de la misma población. De esta toma salió la población Santa Elena... [Ellos eran] hijos, hermanos, todos aquí de la familia, ¿no ve cómo estaba este sitio? Aquí todo esto que es bastante grande estaba desocupado. Así que así pusieron sus banderas, sus carpitas y ¡se tomaron todo este sitio!<sup>1363</sup>

Asentados en la nueva población, los vecinos contaron con un sitio y poco más. Terrenos que a su vez se subdividían; por cada terreno y su correspondiente construcción debían convivir cuatro familias, causando la sorpresa de casi todos los pobladores que originalmente pensaron que cada construcción sería para una familia<sup>1364</sup>. Aunque CORVI entregó algunos materiales para los “hogares” pasajeros, lo fundamental dependió de los pobladores y su organización. La frase, “no contábamos con nada de nada” es habitual entre los primeros fundadores, cuestión que se repite en muchos de los barrios del sector surgidos durante este periodo<sup>1365</sup>. En efecto, la construcción de viviendas e instalación de servicios básicos tardó años en producirse; un pilón de agua en un extremo de la población (en la zona de Lo Ovalle con Ochagavía) era el único suministro con que contaron. La falta de luz y gas facilitó el uso de elementos como parafina que provocaron reiterados incendios en las transitorias edificaciones. No obstante, la limitada ayuda del Estado y la precariedad de sus asentamientos incentivaron la organización entre los nuevos vecinos, pese a las habituales desconfianzas existentes entre desconocidos<sup>1366</sup>. Primero, para cosas pequeñas como la distribución del agua, pero más tarde para cuestiones perdurables como el orden y seguridad dentro de la población. De este modo, lentamente se fueron organizando por sectores, a través de representantes, que a su vez conformaron el núcleo de la organización. Progresivamente se fue vertebrando una estructura vecinal. Desde sus inicios, en ese

---

<sup>1363</sup> **Grupo de Educación y Recreación “Las Patotas”**; Op. cit., p. 20.

<sup>1364</sup> Entrevista realizada por el autor al Grupo de adulto mayor del Centro Abierto Santa Adriana (CASA). Octubre 2014.

<sup>1365</sup> Junto a los testimonios recogidos en otras investigaciones, nuestra propia recopilación en terreno certifican este hecho. Agradecemos en este sentido, las conversaciones informales con los miembros del Taller del Adulto Mayor – casi todos fundadores de la población – del Centro Abierto Santa Adriana (CASA). Entrevistas realizadas entre agosto y diciembre 2014. También trabajado en una población vecina, la José María Caro, habitada desde 1960 y donde se encuentran testimonios similares. Ver, **O. GÁLVES**, *La Caro un relato desde la solidaridad, la organización y la esperanza*. Imprenta América, Valdivia, 2014. **J. RADIC**, *Recordando desde la Caro. Historia y memoria del sector D de la población José María Caro*. Programa Quiero Mi Barrio, Ministerio de Vivienda y Urbanismo, Municipalidad de Lo Espejo, Diciembre 2018.

<sup>1366</sup> Si bien las familias que participaron de la toma original estaban organizadas y se conocían al menos indirectamente, la ampliación de la toma produjo que muchos vecinos no se conocieran en lo absoluto. **Grupo de Educación y recreación “Las Patotas”**; “Tres historia locales...” Op. cit., p. 20.

sentido, Santa Adriana alcanzó una considerable unidad entre sus vecinos, sólo fragmentada una vez arribada la dictadura militar<sup>1367</sup>.

La recepción de los barrios aledaños fue variada. Si La Victoria —emblema del sector— colaboró activamente con los nuevos vecinos a través de importantes donaciones (entregó cableado suficiente para “colgarse” al tendido eléctrico)<sup>1368</sup>, hubo otros sectores que rechazaron la creación de la nueva población, sobre todo por surgir de una toma<sup>1369</sup>. Por su parte, colaboraron con los pobladores en este difícil comienzo diversas entidades externas, emblemáticas a esas alturas en la acción social: estudiantes universitarios, la Iglesia Católica y los partidos políticos que de distinta forma colaboraron con los pobladores en la formación de Santa Adriana; a través de la urbanización, de asistencia médica y escolar. Pero fue, en cualquier caso, la organización interna entre los vecinos lo que permitió no sólo obtener soluciones parciales a las carencias de servicios básicos sino a resolver de manera permanente algunas<sup>1370</sup>.

En el caso de la Iglesia y el Hogar de Cristo más concretamente, la población recibió una importante ayuda, convirtiendo a la parroquia en un centro aglutinador de vecinos. “En una camioneta... venía el papá de Enrique Correa, con un altoparlante y nos congregaba para celebrar misas campestres... era la forma de congregarnos todos”, recuerda la señora Beatriz<sup>1371</sup>. Más adelante, los mismos pobladores colaboraron en la construcción de la parroquia. Cada uno debió aportar un ladrillo y mano de obra para la construcción de la

---

<sup>1367</sup> Algunos vecinos —como el otrora dirigente vecinal en dictadura don Luis Henríquez— insisten que la fragmentación comenzó mucho antes del golpe de Estado: “Quizás cuando la gente tuvo sus casas y fue teniendo sus cosas muchos dejaron de participar. Ya no les interesaba”. Con esto don Luis manifiesta que el miedo y la represión dictatorial solo profundizaron el hecho, pero que la unidad de los primeros años nunca se volvió a recuperar. Al respecto, entendemos que don Luis manifiesta la decepción por el paulatino abandono de la participación vecinal de los pobladores, teniendo siempre como referencia los difíciles pero idealizados primeros años en los que, efectivamente, el grado de unidad entre los nuevos habitantes fue total. Entrevista del autor a don Luis H., marzo 2014.

<sup>1368</sup> Si bien este tipo de prácticas solidarias fue recurrente, varios vecinos indicaron en sus testimonios las hostilidades que recibieron de algunos barrios vecinos. Las tensiones y desconfianzas que se generan entre pobladores de barrios contiguos, permiten vislumbrar la influencia del sesgo jerárquico hegemónico de la sociedad tradicional en los propios sectores populares. La llegada de nuevos vecinos —pobres—, sin casa, que debían colgarse al tendido eléctrico, sacar la mayor cantidad de agua de pozos comunes etc., fue muchas veces reprochada y establecida como comportamiento ilegal, de marginales o delincuentes, desconociendo las necesidades del otro —olvidando muchas veces su propia experiencia pasada— que actuaba habitualmente por pura necesidad. Esta reproducción de los patrones morales de las élites en los propios imaginarios y prácticas de los pobladores, comprueban del algún modo el interés de asimilación e integración en la “sociedad moderna chilena”, evidenciando además la multiplicidad de valores y elementos que conforman el pensar de los sectores populares.

<sup>1369</sup> Varios vecinos insisten que en los inicios, residentes de la población colindante al sur, Clara Estrella, fueron muy hostiles con ellos. “Como se decía que la Santa Adriana venía de una toma, nos miraban en menos”, señala la Sra. María F. siempre nos miraron para abajo. “Cómo nos agarraban a garabatos cuando teníamos que ir a buscar agua al pilón al lado de la Clara Estrella. Qué no nos decían”, recuerda la Sra. Marta R. Entrevista del autor en taller del adulto mayor, CASA, Grupo de Arpilleras. Agosto 2015.

<sup>1370</sup> Un ejemplo fue la presión que ejercieron para que el transporte colectivo llegara hasta la población. Igualmente, el tozudo pulso a las compañías de luz contó con la persistente ayuda de los vecinos, permitiendo que los cableados —ilegales— fuesen permitidos por la empresa. **Grupo de Educación y recreación “Las Patotas”** Op. cit., pp. 24-25.

<sup>1371</sup> Entrevista realizada por el autor a Beatriz Sepúlveda 11-11-2012.

capilla. De esa forma nació, años más tarde, la parroquia Nuestra Señora Reina de los Apóstoles<sup>1372</sup>.

En ese contexto y al igual que ocurrió en casi todas las poblaciones de Santiago, Santa Adriana experimentó la emergencia de la mujer como protagonista de la historia de la población; en muchos casos como madre soltera que debía hacerse cargo del hogar. Pero, en muchas otras, asumió cierto liderazgo que el hombre no pudo arrogarse ante su menor presencia en el espacio poblacional; como hombre asalariado, destinado a abastecer el hogar, su papel político se encontró históricamente fuera del hogar, sobre todo a través de las vías tradicionales como sindicatos. No se trató de un cambio de roles, sino de la emergencia de la mujer que, hasta ahí, se había mantenido más bien al margen, subordinada completamente al ámbito privado de la vida. Habitualmente, los hombres aparecían al ocaso del día para participar en la construcción de viviendas, pero su figura política se vio limitada si establecemos una comparación proporcional en relación al papel que la mujer va a comenzar a tener en estos espacios, en tiempos que también se consolida la inserción de la mujer en la vida ciudadana, es decir, como sujeto de derechos<sup>1373</sup>. Este fenómeno, como veremos, alcanzó mayor notoriedad durante la dictadura, ante el temor a las consecuencias que tenía protestar contra el régimen del obrero/jefe de familia, padre y proveedor. Precisamente, en ese escenario de silenciamiento de las formas históricas de participación y asociatividad, emergió con fuerza la voz del movimiento de mujeres exigiendo igualdad, emancipación, mayor participación y democracia en la sociedad, alcanzando gran resonancia en el escenario popular<sup>1374</sup>. La misma expansión y relevancia que adquieren en los organismos internacionales la libertad y los derechos de la mujer, fueron facilitando la apertura para propiciar el empoderamiento de la mujer en la base<sup>1375</sup>. Solo la crisis económica y desempleo masivo vivido en la década de 1980, facilitó la participación masiva del hombre en el espacio poblacional. Mas fueron las mujeres y los jóvenes los principales referentes de la organización poblacional durante ese periodo, como veremos más adelante.

---

<sup>1372</sup> Entrevista realizada por el autor en el Taller de adulto mayor, del CASA. Entrevistas realizadas entre abril de 2014 y enero 2015 al grupo de Arpilleras del sector.

<sup>1373</sup> Como bien señala P. Winn, este fenómeno fue gradual, es decir, el hombre siguió ejerciendo un protagonismo sin contrapeso en la vida política del país, incluso en estos espacios, pero paulatinamente la mujer irá copando un espacio que, en el caso de las poblaciones, fue más evidente y precursor. **P. WINN**; *La revolución chilena...* Op. cit., pp. 79-82.

<sup>1374</sup> **X. VALDÉS, L. REBOLLEDO, D. VENEROS, T. VALDÉS**; "El movimiento social de mujeres: memoria, acción colectiva y democratización en Chile en la segunda mitad del siglo XX". En: **M. GARCÉS, et. Al**; *Memorias para un nuevo Siglo. Chile, miradas a la segunda mitad del siglo XX*. LOM, y ECO, Santiago, 2000, p. 220.

<sup>1375</sup> **S. STERN**; *Luchando por mentes y corazones. Las batallas de la memoria en el Chile de Pinochet. Libro 2 de la trilogía La Caja de la memoria del Chile de Pinochet*. Ed. Univ. Diego Portales, Santiago, 2013, pp. 340-342.

Ya establecidos, las obras de mejoras y extensión de los terrenos aún no construidos se realizaron a través de las empresas concesionadas por CORVI bajo la fiscalización permanente de los pobladores. La organización de los vecinos resultó fundamental para llevar adelante esta tarea<sup>1376</sup>. Lo interesante, no obstante, fueron los criterios que delinearon su acción; se mantuvo un criterio de igualdad absoluta entre los vecinos, sin importar de dónde provenían (de la toma o de CORVI)<sup>1377</sup>. Fue quizás esto lo más importante. La unión y el vínculo que se fue forjando paulatinamente entre los habitantes de Santa Adriana, que sirvió de sustento para crear una identidad común; sino en todos los sujetos en un número importante al menos. Primero con los vecinos de la manzana, luego con el sector hasta alcanzar a la población en su conjunto a través de las juntas de vecinos<sup>1378</sup>. Esta organización, así como la propia complicidad que fue propiciando la colaboración entre ellos, permitió fraguar una relación íntima entre los miembros de la comunidad y fortalecer una idea de ellos como comunidad. Un nosotros, en definitiva, que se ha incorporado a la memoria colectiva de los *adrianinos*. Al menos de los más antiguos donde sus vecinos juegan un papel fundamental en el imaginario de ese nosotros.

Una vez asentados, la confraternidad entre los miembros entregó sólidas bases que sirvieron para convertir a la población en un lugar especial y reconocido de la capital, sobre todo por su organización<sup>1379</sup>. Tendido eléctrico, pavimentación de las calles principales, agua y locomoción colectiva, fueron algunas de las batallas que los habitantes de Santa Adriana y su organización vecinal fueron dando en aras de una mejora en su calidad de vida, cuestión además que se insertó en un contexto de creciente activismo político de los sectores populares de la ciudad. La conformación de una bomba de bomberos así como el centro de salud, también fueron logros que contaron con la participación de los vecinos. En ese sentido, las organizaciones se fueron formando a partir de la necesidad, ciertamente. Pero tan importante como estas, fueron las sinergias que encontraron en el clima político de la época, que auspició la participación y el protagonismo popular, fortaleciendo de esta manera las relaciones entre vecinos y la organización social. Esto, permitió que junto a la satisfacción de necesidades materiales, se realizaran todo tipo de actividades de tipo recreativo, deportivo y cultural que sirvieron de acervo cultural-identitario para los vecinos. Las jornadas artísticas y culturales fueron copando el tiempo libre, mientras los Clubes de

---

<sup>1376</sup> Así lo enfatiza don Luis Henríquez, dirigente vecinal de la población. Entrevista realizada por el autor 21-08-2014.

<sup>1377</sup> **M. GARCÉS;** *Tomando su sitio...* Op cit., p. 219.

<sup>1378</sup> Las Juntas de Vecinos que surgen en la primera mitad de los 60', se organizarán por sectores y contaron con el respaldo y participación de casi todos los vecinos. Esto fortaleció la unidad y el desarrollo de la comunidad en su conjunto. Ibid., p. 27.

<sup>1379</sup> Con decir que durante esos años se creó incluso un periódico de la población, encargado de informar a los nuevos vecinos de las principales noticias de la comunidad.

fútbol —que se convirtieron en verdaderas instituciones al interior de la población—, servían para convocar al conjunto de los vecinos en un clima de convivencia, esparcimiento y comunidad. Igualmente, se organizaron concursos de bellezas y otro tipo de actividades artístico-recreativas, haciendo una tradición de algunas de ellas, como fue, por ejemplo, la Liga de Fútbol Santa Adriana.

La relevancia que alcanzó Santa Adriana en los 60' llevó a una formar una heterogénea confluencia política en el sector. Si bien los históricos PC y PS habían jugado un papel fundamental en la formación de la población —con la participación constante de O. Millas y M. Palestro respectivamente— la DC y su Promoción Popular, los radicales y más tarde el MIR con su Movimiento Revolucionario de Pobladores, también incidieron en sus habitantes a través de sus proyectos políticos. Las ideas imperantes en el escenario político de centro e izquierda entendían que a través de la extensión de la base social se podría construir la hegemonía política. De este modo, junto a la colaboración en servicios, siguió una fuerte injerencia ideológica para atraer a los vecinos de toda la zona sur de Santiago. Esta relevancia, en espacial para la izquierda, llevó a que múltiples figuras políticas de la izquierda visitaran constantemente la población, al igual que ocurrió con otros barrios recién surgidos; el despliegue territorial en la base, en efecto, resultó contundente y sin dudas que tuvo incidencias en los modos de procesar y comprender el proceso sociopolítico en el que estaban insertos. Un recuerdo latente en la memoria de los vecinos más antiguos, por ejemplo, fue la visita de Pablo Neruda con motivo de la campaña presidencial de 1970. La visita del poeta representó el compromiso y relevancia que la coalición de izquierda entregaba a los sectores populares en su proyecto político. Es eso, lo que los varios vecinos interpretan de “esos tiempos”. En efecto, tanto por la ascendencia que había tenido el PC desde un comienzo en Santa Adriana como por el estrecho vínculo que los sectores populares establecieron con la Unidad Popular, la campaña presidencial y los primeros años de la década de 1970 fueron intensamente vividos por la población. O al menos para un número importante de vecinos que se sintieron parte del gobierno popular, estableciendo un vínculo emocional que conectó en la práctica al proyecto político de transformación social encabezado por S. Allende, con las fuerzas sociales de abajo que asumieron como propio el proyecto socialista democrático y popular de la UP.

En Santa Adriana, concretamente, los pobladores no dudan en reconocer la marcada identidad política de izquierda que tuvo la población. “Ser de izquierda era más bien una cuestión de crianza, una forma de ser y de sentir, que se caracterizaba, entre otras cosas, por una buena disposición para el trabajo colectivo y solidario”, afirma Beno, uno de los

fundadores de la población<sup>1380</sup>. Y es que la ayuda prestada en los inicios de Santa Adriana y el compromiso decidido que varios actores políticos tuvieron con los vecinos, sembraron la confianza entre ellos y la izquierda<sup>1381</sup>. La presencia de los partidos, por tanto, estuvo presente en la organización del barrio desde un comienzo, incidiendo de manera relevante en las ideas y representaciones que éstos elaboraron de su realidad. Las nociones de democracia, justicia social o participación política, recibieron la influencia de los idearios de izquierda y, en menor medida de la DC y el Partido Radical. Todas, en cualquier caso, con un acentuado sentido de cambio social, donde la inclusión y la participación fueron valores y principios fundamentales a reivindicar al sistema político. Este hecho, cabe aclarar, no representó la militancia concreta de los pobladores en algún partido específico, aunque los conectó de manera permanente y reiterada con los idearios básicos y fundamentales de los partidos de centro y fundamentalmente de izquierda<sup>1382</sup>.

Ahora bien, esta influencia no significó que existiera una mera reproducción de los principios socialistas/marxistas, en el imaginario de los vecinos de Santa Adriana, ni mucho menos. Lo que ocurrió más bien, fue el aprendizaje político de ideas y principios – básicos—que entraron en diálogo con las experiencias políticas y prácticas organizativas que vivencian en su vida cotidiana los *adrianinos*. En otras palabras, si bien existió una injerencia fundamental de la izquierda en el ideario que condujo a los principales líderes vecinales de la población, el fenómeno ayudó a dar forma y contenido a las ideas propias incorporadas a partir del “campo de experiencia” de los pobladores de Santa Adriana durante este periodo y su proceso de obtención de vivienda y construcción de su barrio. Es decir, que la influencia de la izquierda jugó un papel importante, sin dudas, pero su injerencia no fue absoluta o única; más bien sirvió de matriz conceptual para comprender y profundizar desde sus prácticas nociones como democracia, socialismo o comunidad. Es en ese sentido que existió una reapropiación de la terminología de izquierda que se fusionó y convergió tanto con sus experiencias pasadas como con sus expectativas futuras<sup>1383</sup>.

---

<sup>1380</sup> Entrevista a Beno, realizada por el **Grupo de Educación y Recreación “Las Patotas”**; Op. cit., p. 30.

<sup>1381</sup> La frase, “es que, nos ayudaron mucho” es recurrente en los vecinos que ocuparon algún cargo en la organización del barrio. Taller del Adulto mayor, CASA, Entrevista realizada por el autor, octubre 2014.

<sup>1382</sup> Para los vecinos que fueron opositores a estas ideas, inevitablemente tendieron a generalizar e identificar a todos como “comunistas”, ocultando en esa tosca y habitual generalización los interesantes matices que registran las sensibilidades e identidades políticas de los *adrianinos*. Tanto antes del golpe como durante la dictadura militar.

<sup>1383</sup> Para esta idea, nos apoyamos en distintos autores: por una parte, en el trabajo de Koselleck para conceptualizar a través de su término “campo de experiencia”, el bagaje que generaciones interconectadas de los sectores populares de Santiago alcanzan durante el transcurso del siglo XX; **R. KOSELLECK**; *Futuro Pasado. Para una semántica de los tiempos históricos*. Ed. Paidós, Barcelona 1993. Igualmente, utilizamos la metodología “historicista” y “contextualista” que propone Traverso para asumir la “historicidad de la realidad que nos rodea”, situándola además en su época y el marco social, intelectual y lingüístico en que se produce; **E. TRAVERSO**; *La historia como campo de batalla...* Op. cit., p. 25. Finalmente, relacionamos nuestra interpretación a la visión elaborada por Winn respecto a la existencia de dos revoluciones en Chile al momento de arribar la Unidad Popular al gobierno: la de arriba, institucional y de algún modo elitista encabezada por Allende y la de abajo, propiamente



El triunfo de la UP y la llegada de Allende al poder desencadenaron una ola de expectativas en los sectores populares que efectivamente, como señala S. Stern, fue imposible de controlar<sup>1384</sup>. Incluso el poder político que lo propició sucumbió a este proceso de desborde. Sin embargo, resulta interesante contrastar desde la lógica poblacional el fenómeno. En nuestro caso, desde la propia mirada de los vecinos de Santa Adriana, ya que identificamos importantes discrepancias en el modo que se significa este proceso desde abajo a como se hizo desde otros sectores de la sociedad. No sólo con la representación elaborada por la oposición al gobierno de Allende sino del conjunto de la élite política e incluso de aquellas interpretaciones posteriores elaboradas por la historiografía respecto al periodo 1970-1973. No se trata con esto desconocer el conflictivo escenario sociopolítico que se había venido gestando desde la década de 1960 en Chile, o la ineficacia y desborde que experimentó la UP en varios ámbitos, sino más bien, presentar otras visiones de lo que significó el arribo de Allende para los sectores populares, de lo que estaba en juego para muchos de ellos en la pugna vivida en el país durante este periodo, intentando dar, en definitiva, renovadas luces, otras tonalidades de este acontecimiento fuertemente homogeneizado en su explicación/significación<sup>1385</sup>.

Al respecto, en primer lugar, resulta importante entender desde una dimensión diferente el significado que tiene para una importante mayoría de pobladores la llegada de Allende y la Unidad Popular al gobierno. Ciertamente existieron pobladores —al igual que en el conjunto de la sociedad— que vieron en el proyecto de la UP el paso previo al socialismo en un sentido clásico, y que, por qué no, la revolución proletaria que derrocará a la democracia burguesa estaba a la vuelta de la esquina. Sin embargo, la gran mayoría de los pobladores que participaron del algún tipo de organización de base (ya fuese en las juntas por manzanas para pavimentar, construir pozos o electrificar el sector, hasta organizaciones más grandes que superaban el espacio de la población en sí) entendieron este gobierno y su proyecto de otra forma. En efecto, el modo que se entiende el gobierno popular, su proyecto, políticas e intenciones, dice relación con el esfuerzo por profundizar en el camino de la inclusión y la participación política de sectores históricamente postergados (fenómeno

---

popular, que tenía sus propias características, tiempos y dinámicas. **P. WINN** *La revolución chilena...* Op. cit., pp. 53-73.

<sup>1384</sup> **S. STERN**; Recordando el Chile de Pinochet... Op. cit., p. 61.

<sup>1385</sup> Esta mirada que bastante ha cambiado en los últimos años, se debió —y en muchos ámbitos se sigue debiendo— a la importante influencia que el golpe de Estado de 1973 tiene en la representación del pasado entre los chilenos. Los afanes de justificar la acción anterior al golpe, de empatar situaciones y por tanto de homogeneizar las interpretaciones sobre el conflicto que precede al quiebre democrático recubriendo en un manto de olvido los matices, las diferencias y visiones que marcan este tiempo histórico de Chile. Para un análisis de la memoria de la UP y el Golpe de Estado pueden verse entre otras: **P. WINN** *La revolución chilena...* Op. cit., **S. STERN**; Recordando el Chile de Pinochet... Op. cit., **M. GARCÉS, S. LEIVA**; *El golpe en La Legua. Los caminos de la historia y la memoria*. LOM, Santiago, 2002.

que se venía desarrollando progresivamente desde al menos la década de 1960). En ese sentido, se entendió a la UP como continuidad de un proceso más profundo y, a la vez, como un cambio necesario para alcanzar los objetivos de dignidad e inclusión largamente anhelados. Era un cambio más orientado a la intensidad y velocidad del camino que ya venía trazándose desde hacía décadas que a un cambio de dirección propiamente tal. Este proceso permitía y consolidaba, en definitiva, la irrupción de nuevos actores sociales al sistema democrático. Si se considera que un número importante de vecinos alcanzó los títulos de propiedad de sus viviendas durante este periodo, y que para 1973, casi el conjunto de las infraestructuras básicas estaban implementadas o en vías de implementación, resulta más fácil comprender esta cercanía y disposición de la mayoría de los vecinos hacia la UP<sup>1386</sup>.

Esta representación, no obstante, no implica que el ideario que movió la acción fuese necesariamente rupturista y revolucionario con el conjunto del orden político. Erróneamente, a nuestro entender, se ha interpretado el desborde de la acción social y el empoderamiento de las masas populares —fruto quizás, de la mirada retrospectiva fuertemente marcada por la derrota y la resignación en las élites políticas de izquierda, y la criminalización de este periodo por parte de la derecha y los sectores privilegiados de la sociedad— sólo en clave radical/revolucionaria sin dar margen a otros significados. O al menos a otros matices a la consideración revolucionaria del proceso social que se experimenta en los sectores populares durante esta etapa. Pese a las influencias crecientes del MIR o algunos sectores del socialismo que insistieron en el discurso revolucionario de ruptura con el orden vigente a través de la violencia, lo que prima en el imaginario de los pobladores de Santa Adriana es más bien júbilo y orgullo por alcanzar anhelos largamente perseguidos, que incluso iban más allá de lo netamente material. La sensación de sentirse importantes, de ser efectivamente respetados, considerados por la institucionalidad, no sólo implicó poner en práctica derechos ya obtenidos en la teoría sino que propició impulsos creativos, sentimientos de pertenencia y apropiación que definieron y acompañaron al proceso netamente político que se experimenta en paralelo. A fin de cuentas, se vive e incorpora —por fin— en el imaginario popular, la idea de inclusión. No sólo de un proyecto político específico sino de toda una idea de nación. Por fin el anhelo de inserción en la patria, comienza a hacerse real. Los sectores populares, desde esta perspectiva, comienzan a sentirse parte de una nación que históricamente los había marginado, excluido y

---

<sup>1386</sup> **Programa Recuperación de Barrios; Santa Adriana, 50 años de territorio y vida.** Ministerio de Vivienda y Urbanismo, Santiago, S/f., p. 39.

reprimido<sup>1387</sup>. Es cierto, el discurso rupturista en el mundo poblacional tuvo adherentes. No hay duda de ello. Pero no fue exclusivo ni excluyente en ningún caso. Más bien resultó complementario de un sentimiento de inclusión, de un afán de participación y reivindicación por la dignidad. De activa participación, de derechos... pero también de la idea de deberes, que da cuenta del grado de compromiso alcanzado con sus vecinos, su barrio, su gobierno y su país. Un sentimiento que fue político ciertamente, pero que iba mucho más allá de la disputa partidista tradicional. Queremos decir, en otras palabras, que esas “masas” movilizadas, organizadas y empoderadas detrás de un gobierno socialista, no pretendían necesariamente una ruptura con el sistema político —democrático liberal— vigente, sino más bien una apertura; no un quiebre sino un cambio que los incluyera en los beneficios que la modernidad y el desarrollo debían proveer al país. Ser de izquierda, en definitiva, tenía más que ver con la voluntad y compromiso con el trabajo solidario con lo colectivo que una adhesión irrestricta a elaboraciones partidistas. Desde esta perspectiva, los discursos de la seguridad nacional o del radicalismo marxistas pierden fuerza argumental no sólo para significar el conflicto que vivió la sociedad chilena sino para justificar la intervención militar de una dictadura terrorista como la que sucedió al gobierno de Allende.

Las instancias que nos permiten establecer estas ideas, son variadas. Desde los vecinos que se organizan para reivindicar ante el Estado las mejoras que requiere la urbanización, así como de nuevas iniciativas colectivas que ejemplifican el compromiso político —en un amplio sentido de la palabra— con la comunidad de la que son parte. También, con su intención de desplegarse —libres— en este nuevo sistema que los incorpora. La participación en instancias como JAP (Junta Abastecedora de Precios) o PINACOOOP (Cooperativa de Pequeños Industriales Nacionales y Artesanos), por ejemplo, demuestran el mundo de posibilidades que se abre para muchos con el nuevo gobierno, sin considerar las ventajas que alcanzan como obreros sindicalizados en las industrias. Las experiencias en las JAP, fueron enriquecedoras desde el punto de vista del empoderamiento que representa para muchos actores sociales. Igual con las posibilidades de emprender con ayuda estatal que representan distintas iniciativas desarrolladas durante estos años. Hechos tan simbólicos como intrascendentes para la alta política como ser escuchados en un consultorio por una pobladora igual a ellos, de cómo era el trato recibido en los organismos públicos, o el

---

<sup>1387</sup> Como acertadamente lo resume uno de los biógrafos de Allende, la lucha de clase, la lucha social —podríamos precisar— que dan importantes sectores del mundo obrero-popular durante el siglo XX y que encarna de buena manera el proyecto de la UP, fue por garantizar la existencia material y moral de derechos para los sectores populares, históricamente postergados. **J. M. MARTÍNEZ**; *Salvador Allende*. Ediciones Nobel, Oviedo, 2009, p. 112. Y así nos lo demuestra el testimonio de un poblador de Santa Adriana; “La venida del Gobierno Popular para nosotros... fue algo súper encachado [atractivo, positivo] porque la gente empezó a sentirse persona, a sentirse con derecho”. **Grupo de Educación y Recreación “Las Patotas”**; Op. cit., p. 31.

mismo acceso a bienes y productos antes auténticos lujos como la carne, el pescado, el acceso gratuito y obligatorio al vaso de leche en las escuelas, por mencionar algunas de las cosas más habituales que recuerdan los pobladores del sector, actuaron como símbolos que marcan profundamente la conciencia de muchos y muchas pobladoras. El acceso a estas pequeñas cosas materiales e inmateriales van a resultar claves para comprender cómo se construyen los imaginarios y representaciones de los sujetos sobre ese tiempo y la empatía general que alcanza el gobierno de la UP pese al reconocido clima de polarización existente.

Ahora bien, conviene hacer el matiz de que no todos sintieron ser parte de ese proceso. Ni en Santa Adriana ni, asumimos, en el mundo poblacional santiaguino. No sólo por las diferencias ideológicas que podrían alejar a los pobladores del proyecto político de la Unidad Popular concretamente, sino porque no fueron pocos los que se sintieron excluidos —por los mismos pobladores— de los beneficios que experimentaron muchos vecinos durante este periodo. Testimonios en esa dirección si bien no son una mayoría, existen en un número considerable, evidenciando no sólo la complejidad del proceso sociopolítico que se desarrolla sino también de la enorme heterogeneidad que constituye a estos espacios. La alta conflictividad social y política que caracterizó a estos años, llevó también a cierta tensión entre los propios pobladores que posibilitó ciertos manejos y abusos de poder. Abuso sobre los beneficios que trajo el empoderamiento de los pobladores durante la UP. Así, si muchos lograron alcanzar los beneficios de mayor acceso a bienes y servicios, otros se vieron impedidos de ese acceso ya fuese por su pensamiento político —ser reconocidamente de derechas, por ejemplo— o no estar muy insertos en las redes organizativas, cuestión que los relegaba a un segundo orden. Doña Victorina, reconocida “pinochetista” en el barrio, por ejemplo, nos cuenta de los problemas que vivió durante esos años. Con 8 hijos y sin marido, debía trabajar todo el día no pudiendo ir a recoger lo que le correspondía por familia. “Mandaba a mi hija... pero no le daban y las de las JAP me insistían: tienen que venir tú y así me pasaba y perdía con la mercadería. Y los de la UP sí que está bien, está bien” Otros recuerdan que junto a estas injusticias existía un mal aprovechamiento de los recursos. “Pero si rayaban las canchas de fútbol con leche”, recuerda Mónica<sup>1388</sup>.

Este era, someramente, el escenario y el itinerario que caracteriza a Santa Adriana al momento de producirse el golpe de Estado de 1973. Con un barrio prácticamente construido, una comunidad organizada y muy movilizada, de activa participación

---

<sup>1388</sup> Entrevista realizada por el autor a Victorina Concha 9-06-2014. La cita a Mónica en Colectivo Las Patotas... Op. cit., p. 32.

sociopolítica y con una identidad y sensibilidad cercana a la izquierda. A los valores que de algún modo propugna la izquierda, desde MIR hasta la Democracia Cristiana.

## *2.2. La Pincoya: entre la acción directa y la Operación sitio (1969-1973)*

El surgimiento de la población La Pincoya, en 1969, se produjo a partir de la conjugación de dos procesos simultáneos, directamente relacionados con la dramática escasez de vivienda que caracterizaba a la capital y la significancia que había alcanzado dicho problema en el sistema político. Por una parte, su origen se debió a la Operación Sitio realizada por el gobierno de E. Frei Montalva, en junio de 1969, y que entregó más de mil terrenos para ser repartidos entre pobladores sin casa, en los faldeos de los cerros de la zona norte de la ciudad; por otra, a la sostenida y creciente presión de organizaciones populares de sin casas que, a través de la acción directa —la toma ilegal de sitios—, terminó por copar y poblar parte importante del sector norte de Santiago, conocido como La Pincoya y que más tarde se convirtieron en lo que actualmente es la comuna de Huechuraba<sup>1389</sup>.

La población La Pincoya, nació en los márgenes de la comuna de Conchalí, en la zona norte de la capital. Si bien esta comuna adquirió ese carácter recién en 1927<sup>1390</sup>, su historia podría llevarnos incluso a los tiempos de la colonia, cuando alrededor del antiguo camino del Inca, conocido como la Cañadilla —y más tarde denominada como Avenida Independencia<sup>1391</sup>— se fue formando un poblamiento que unía a través de ese camino rural la periferia norte de chacras y campos con el centro de la capital. Más tarde, en paralelo, surgió la avenida Recoleta, que unió El Salto —otro sector agrícola— con la Estación Mapocho. Ambas avenidas, fueron el corazón de una comuna que adquirió tonos propios durante el siglo XIX, con la instalación de los dos cementerios más grandes de Santiago. Más tarde, además, se convirtió en un centro de esparcimiento y recreación para los santiaguinos, al albergar al Hipódromo y los estadios de fútbol de independencia y Santa Laura<sup>1392</sup>. Esta actividad, junto al proceso de crecimiento poblacional vivido por Santiago a lo largo del siglo XX, llevó a una paulatina extensión urbana de la comuna, siempre entorno

---

<sup>1389</sup> La Comuna de Huechuraba, antiguamente conocida como sector La Pincoya, está ubicado en la zona norte de la capital, limitando con La Pirámide por el Este, el camino de Los Libertadores al oeste, Américo Vespucio al sur y el canal El Carmen al norte. Como entidad administrativa, Huechuraba nació en 1981, fruto del nuevo Plan urbanísticos trazado por la dictadura. No obstante, su poblamiento comenzó en 1949, cuando llegaron los primeros migrantes urbanos a la zona.

<sup>1390</sup> La Comuna de Conchalí, conformó lo que hoy son las comunas de Recoleta, Huechuraba, Conchalí e Independencia, siendo, por tanto, el distrito municipal en que nace en 1970 la Población La Pincoya.

<sup>1391</sup> El antiguo camino del Inca se conoció como el Camino de Chile durante la Colonia. Más tarde, hasta la independencia, se le denominó la Cañadilla, siendo reconvertido a Independencia cuando el ejército de liberación se apostó en la Plaza Chacabuco ante el asalto final a Santiago para la liberación de la capital del ejército español.

<sup>1392</sup> El Hipódromo se creó en 1904 mientras que Santa Laura en 1923. Más tarde, en 1952 se instaló el Hospital Clínico de la Universidad de Chile conocido también como José Joaquín Aguirre.

a sus dos avenidas principales. No fue, no obstante, hasta mediados del siglo pasado que la comuna experimentó un intenso sobrepoblamiento que llevó a extender de manera masiva la urbanización del sector. Pero, hasta esa fecha, en efecto, siguió siendo una zona fundamentalmente rural<sup>1393</sup>.

El carácter campesino del sector se debió —fundamentalmente— a que su actividad comercial se concentró en sus dos avenidas principales cercanas al centro de la ciudad, contiguas al río Mapocho. El resto, siguieron siendo chacras y terrenos agrícolas que alimentaban de frutas y verduras a la ciudad. En este sentido, la creciente densidad de población que fue marcando a Conchalí, no experimentó una lógica extensiva en el territorio sino, más bien, concentró a sus habitantes en viejas casas coloniales subdivididas en habitaciones de arriendo; los ya conocidos conventillos<sup>1394</sup>. El resto de la comuna, permaneció hasta los 50' al menos, como un espacio eminentemente rural, copado de terrenos loteados pero sin edificar ni urbanizar, cuestión que comenzó a cambiar recién a fines de esa década.

**Imagen 2**



La torre corresponde a la iglesia de La Estampa Volada en la Cañadilla de la Independencia. Foto de Rafael Castro y Ordóñez, de la esquina de lo que hoy es Av. Independencia con Santos Dumont). Fuente: Memoria Chilena. [www.memoriachilena.cl](http://www.memoriachilena.cl). Consultada 21-03-2017.

A partir de esta época la venta y subdivisión de terrenos agrícolas urbanizables vivió un progresivo aumento que incentivó el sobre poblamiento a través de los allegados. Ya fuesen

<sup>1393</sup> **M. GARCÉS**; *Tomando su sitio...* Op. cit., p. 382.

<sup>1394</sup> Ver capítulo II. Para una visión general ver: **A. DE RAMÓN**; *Santiago de Chile (1541-1991) Historia de una sociedad urbana*. Sudamericana, Santiago, 2000; **V. ESPINOZA**; *Para una historia de los pobres de la ciudad*, Ediciones Sur, Colección de estudios históricos. Santiago, Chile, 1988.

familiares de los propietarios o conocidos que subarrendaban para armar una pequeña e improvisada edificación en el fondo del terreno loteado. Si Conchalí y en general todo el sector norte de la capital, no vivió el desborde de poblaciones callampas como había ocurrido en el sector sur de Santiago —no siendo muy habitual, por lo mismo, la ejecución de planes de erradicación en todo el sector—, el aumento de la población en la comuna se produjo a través del establecimiento de varios grupos familiares en un solo terreno. Así, a los conventillos y cités se sumaron los allegados replicando la lógica de concentración de población en limitados espacios. Lentamente sectores como El Salto o Cerro Blanco comenzaron a poblarse —y rápidamente a sobrepoblarse— precarizando aún más las condiciones de vida de sus habitantes. En efecto, los nuevos sitios no contaban con agua, tendido eléctrico o una red de alcantarillado que permitiera normas mínimas de higiene.

En este contexto, el gobierno de Frei Montalva decidió tomar control de la situación incentivando políticas que se hicieran cargo del preocupante estado en que vivían los habitantes de estos sectores. En primer lugar, se implementaron planes de incentivo para la autoconstrucción de los nuevos propietarios a través de cursos y asesorías técnicas del MINVU (Ministerio de Vivienda y Urbanismo) y la propia Municipalidad. Más tarde, en 1965, el gobierno seleccionó a Conchalí, entre otras comunas, como uno de sus centros para llevar adelante la “Operación Sitio” que benefició a miles de personas con un terreno donde construir su vivienda. Fue en este contexto que se crearon las poblaciones de Conchalí, Santa Mónica y Chacabuco.

Por su parte, el gobierno inició los trámites, en 1968, para urbanizar y llevar adelante la Operación Sitio en el sector. De este proceso, ejecutado en junio de 1969, nació la población La Pincoya con el traslado y la entrega de casi dos mil viviendas que dieron cobijo a casi 7500 personas en 1969. Pese a las políticas del gobierno Frei, como fue característico del periodo en lo referido al tema habitacional, todos los esfuerzos del Estado resultaron insuficientes. Si la operación Sitio había beneficiado a más de 2200 familias en la comuna, estudios posteriores estimaron que eran más de 6 mil las familias que se habían inscrito en el sector para ser beneficiadas con el programa habitacional. Es decir, sólo en la comuna de Conchalí dos tercios de las personas inscritas en el sistema se habían quedado sin recibir los beneficios de las políticas gubernamentales<sup>1395</sup>.

Esta insuficiencia para absorber la creciente demanda por la casa propia, facilitó que en paralelo se produjera una activa organización de comités de sin casas, que contó además con el apoyo decidido del Partido Comunista. Lenta pero sostenidamente comenzó a gestarse la unión de los distintos comités de vivienda del sector adquiriendo mayor grado de

---

<sup>1395</sup> M. GARCÉS; *Tomando su sitio...* Op. cit., p. 386.

compromiso entre ellos. Si bien los testimonios recuerdan que costó mucho coordinar y aglutinar a los distintos comités que se fueron creando durante este periodo, para 1968 el conjunto de vecinos allegados y arrendatarios de la comuna lograron crear el Comité Comunal de los “Sin Casa de Conchalí”<sup>1396</sup>. Esta organización, muy incentivada por el trabajo territorial del PC, logró contactar a los distintos comités del sector (El Salto, Recolecta, Vivaceta, Guanaco, La Palmilla, entre muchos otros), propiciando una organización más transversal del movimiento de pobladores sin casa.

La organización los empoderó al punto de convertirse en un interlocutor permanente del Ministro de Vivienda, Juan Hamilton, quien prometió en reiteradas ocasiones salidas que terminaban por no concretarse. Ante ese escenario, el PC, a través de la Diputada G. Marín y el senador V. Teitelboim, intercedió activamente para orientar institucionalmente al comité en su demanda por una vivienda; ahora bien fue la cohesión, convicción y el sostenido trabajo de la organización poblacional del sector la que llevó a convertirlos en un actor relevante en la materia. A su vez, en la medida que los plazos y opciones planteadas por el ministerio no se fueron cumpliendo, las opciones de la acción directa —también sustentada por el PC— fueron cobrando mayor fuerza entre los pobladores del comité.

Fue así como el 26 de octubre pobladores decidieron tomarse una ex lechería en la calle Guanaco. Alrededor de 2800 personas se tomaron los sitios con frazadas algunas carpas, palos y una bandera chilena para establecer simbólicamente su propiedad en el rincón que encontraba cada uno de los asistentes. Cuando llegó Carabineros dispuesto a intervenir, la mediación del senador V. Teitelboim ayudó a evitar el enfrentamiento. Tras conversaciones y reuniones con la autoridad, los pobladores pudieron establecerse temporalmente en el sitio. La única cuestión que se les negó fue ingresar materiales de construcción al predio. Y así se mantuvieron por más de tres meses; fue, ese modo que nació el Campamento Pablo Neruda<sup>1397</sup>. El temor a las represalias del Estado, llevaron a muchos pobladores a no participar de la toma. Sin embargo, el paso de los días y la certificación que Carabineros no intervendría auspició a otros a sumarse; al correrse la voz fueron muchos, provenientes de distintas partes de la ciudad, los que buscaron incorporarse a la toma, demostrando que la necesidad era completamente desproporcionada a las soluciones que estaba llevando adelante el Estado.

Los sitios que comenzaron a barajarse para albergar a estos pobladores del Campamento así como a otros inscritos en el ministerio, eran los sectores de El Cortijo

---

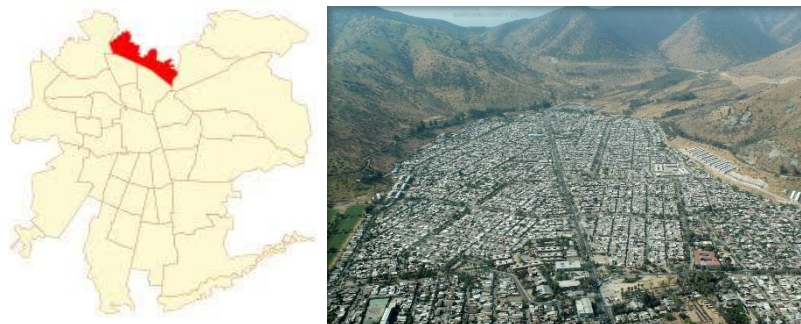
<sup>1396</sup> M. GARCÉS, *Equipo Profesional de ECO; Historia de la Comuna de Huechuraba. Memoria y oralidad popular urbana*. ECO, Educación y Comunicaciones, Santiago, 1997, p. 57. Online en [www.memoriachilena.cl](http://www.memoriachilena.cl) Consultado noviembre 2013.

<sup>1397</sup> M. GARCÉS; *Tomando su sitio...* Op. cit., p. 392.



(actual comuna de Independencia) y La Pincoya, ubicada al extremo norte, atravesando Américo Vespucio al norte y pegada a los cerros que separaban dicho sector de Colina (actual Chicureo).

**Mapa 2 e imagen 3**



**Mapa de Santiago destacando la posición de la comuna de Huechuraba. A la derecha, una imagen aérea de la población La Pincoya y las Villas aledañas. Fuente: Biblioteca del Congreso Nacional BCN, sección Mapoteca.**

Cabe consignar que el contexto de estos episodios, se enmarcaban en el caluroso y polarizado ambiente que rodeó a la campaña presidencial de 1970, cuestión que incentivó más la movilización social de los sin casa en toda la ciudad, empujadas además por el creciente número de campamentos resultantes de tomas ilegales de terrenos (Ver capítulos 1 y 2). Esta escalada propició un círculo vicioso; ante el temor que otros pobladores se tomaran sitios que podían ser entregados, la acción directa cobró cada vez más fuerza como medida de acción política —pero también como práctica desesperada de encontrar un lugar donde habitar— insuflado por un polarizado clima electoral: tanto la izquierda allendista como el gobierno Demócratacristiano, luchaban por conducir y liderar a los pobladores. En ese contexto, y ante la demora en la entrega de terrenos fruto del retraso en los planes de urbanización y canalización de los terrenos asignados para la Operación Sitio, los pobladores de Guanaco, así como otros organizados en otros comités vecinales de la ciudad, irrumpieron en los terrenos que se estaban habilitando en Huechuraba iniciando una nueva toma, esta vez en La Pincoya<sup>1398</sup>.

Entre 1969 y 1970, más de dos mil familias participaron de alguna toma en el sector. Luego de arduas negociaciones, donde los partidos políticos de izquierda y la DC desempeñaron un papel importante, los pobladores de la toma fueron distribuidos tanto en la propia Pincoya —rodeando los terrenos que ya se habían habilitado y entregado a mediados de ese 1969— como en sus límites, entregando una nueva dimensión a la naciente población. Ahí, inmediatamente se formó una directiva inmediatamente que inició la tarea

<sup>1398</sup> M. GARCÉS, Equipo Profesional de ECO; *Historia de la Comuna de Huechuraba...* Op. cit., p. 73.

de demarcar bien los terrenos y organizar la guardia y defensa de los lugares dado que había varios comités y grupos de personas que también pretendían apropiarse esos sitios<sup>1399</sup>.

El hecho que existiera una toma en el sector donde se estaban habilitando terrenos por parte del ministerio de vivienda, resultó un estímulo para la llegada de nuevas familias a los terrenos tomados. Las tomas, que ya habían adquirido bastante legitimidad entre los pobladores, se habían convertido efectivamente en un polo de atracción para que nuevas familias sin casa ocuparan sitios donde establecerse<sup>1400</sup>. Esto causaba preocupación y temor en los recién asentados; el temor a perder a que fueran despejados de semejante bien incendiaba la mente de los vecinos al temor de una asolada de extraños o nuevos comités.

Pues bien fue así que, durante 1970, se fueron habitando los espacios aledaños a las nuevas poblaciones, que también se poblaron a través de nuevas entregas del Estado. De este modo, en un breve lapso de tiempo que fue entre junio de 1969 y fines de 1970, se dio vida al poblamiento masivo del sector, con el nacimiento de las poblaciones La Pincoya, Pablo Neruda, El Bosque (1 y 2), y más tarde, Villa Wolf, Patria Nueva, Última Hora y El Rodeo<sup>1401</sup>. Todos estos nuevos barrios, se sumaron a los ya existentes —casi todos, poblaciones callampas con escasas condiciones de habitabilidad que se habían venido formando paulatinamente desde 1949— como eran El Barredo, Villa Conchalí, Santa Victoria y 28 de octubre, modificando para siempre el paisaje del sector<sup>1402</sup>.

Si bien la “invasión”, como recuerda una pobladora al proceso de urbanización y poblamiento acaecido a fines de los 60’, transformó para siempre al sector, ya desde los mediados de los años 40’ se había venido alterando progresivamente el paisaje campestre, natural y fundamentalmente rural que caracterizó a esta zonal hasta la segunda mitad del siglo. La urbanización efectivamente trajo consigo la deforestación y el daño de fértiles tierras y campos<sup>1403</sup>. Pero la necesidad de viviendas, reconvertida en los 60’ en una reivindicación política central, se impuso, modificando todo el núcleo rural de la zona norte y de Santiago en general.

---

<sup>1399</sup> Graciela V, recuerda que el miedo a que otros llegaran así como la organización de la directiva por hacer “todo legal” lograron calmar los temores y afianzar la confianza entre esos primeros vecinos. Entrevista realizada en junio de 2014.

<sup>1400</sup> Los testimonios de los pobladores que van a copar toda la periferia urbanizada de Santiago desde la década de 1950’ en adelante, manifiestan la necesidad y desesperación en que se encontraban cientos de miles de santiaguinos. Una manta, algún palo y una bandera chilena eran suficientes para que madres, hijos, o familias completas se trasladaran a un sitio tomado se instalaran indefinidamente como mecanismos de presión pero sobre todo como vía legítima de acceder a tener una casa propia. **SEREMI de Vivienda y Urbanismo**, *La Pincoya, nuestra historia de barrio*. SERVIU, Programa Quiero Mi Barrio e Ilustre Municipalidad de Huechuraba, Santiago. s/f.

<sup>1401</sup> **M. GARCÉS**; *Tomando su sitio...* Op. cit., p. 394. El Rodeo, además, tuvo el infortunio de ser la última toma de terrenos antes del golpe militar.

<sup>1402</sup> **M. GARCÉS**, *Equipo Profesional de ECO; Historia de la Comuna de Huechuraba*. Op. cit.

<sup>1403</sup> *Ibid.*, p. 18.

A La Pincoya, los vecinos comenzaron a llegar paulatinamente a partir de la entrega de sitios realizada por CORVI. Para esto, previamente había que cumplir una serie de requisitos. Tener las cuotas al día, su papel de antecedentes al día, entre muchas otras cosas. Los pobladores “al día” con los requerimientos y debidamente inscritos, eran beneficiados con el terreno; la propia administración que se encontraba a la entrada del predio asignaba los sitios a los nuevos vecinos. Pues bien, en ese contexto, la precariedad de las condiciones —los sitios que eran asignados carecían de edificación alguna, agua o luz— incentivó que los pobladores que llegaban al lugar se organizarán de forma casi inmediata. La necesidad de colaboración, de garantizar la seguridad y no verse perjudicado por otras personas que también estaban en búsqueda de un lugar donde afincarse, facilitó el camino de la unidad. Las idas a buscar agua hacia Santa Victoria son recuerdos comunes entre los primeros vecinos. AL igual que el temor y la necesidad urgente de organizarse como señala María<sup>1404</sup>. Desde el mismo junio de 1969, fecha en la que había comenzado la Operación Sitio en el sector, se creó un comité pro-adelanto entre los pobladores. Reunidos en las propias tiendas y carpas en que habitaron inicialmente los terrenos asignados, comenzaron a establecer sus estrategias y objetivos. La necesidad —en efecto— de facilitar la entrega de mediaguas proporcionadas por el Hogar de Cristo, trasladar y asignar éstas a cada nuevo vecino así como la presión a la autoridad para la instalación definitiva de agua potable y luz al sector, fueron las principales tareas de los nuevos dirigentes. De este modo, y en pleno invierno los nuevos inquilinos de los sitios comenzaron a trazar una historia común.

Durante los primeros meses de estancia en los nuevos sitios, los pobladores debieron sobrevivir sacando agua de estanques que se hallaban a la entrada de la población, en un descampado completamente a oscuras. Las velas eran un bien básico y fundamental pese al riesgo que representaban “Es que sin ellas no se podía hacer ná”, recuerda Luzmenia, una de las primeras habitantes del sector, para recordar que estaba todo oscuro, entonces “había que alumbrar con velas nomás”, señala una vecina<sup>1405</sup>. El frío en las pobres tiendas elaboradas con frazadas, plásticos y palos, fueron el marco —rudimentario— en que se encontraron las y los nuevos pobladores a la llegada a su nuevo hogar. “De noche era fácil perderse como no había ni una luz, a pura voz uno iba llegando”, comenta una pobladora que llegó en pleno invierno de ese 1969<sup>1406</sup>. Esta precaria situación sumada a la distancia del Estado, facilitó la organización entre los vecinos, sembrando las primeras conexiones emocionales entre personas desconocidas y el territorio que estaba destinado a ser el futuro

---

<sup>1404</sup> Entrevista realizada por el autor en noviembre 2011 a María B.

<sup>1405</sup> Testimonio de Luzmenia Concha, en “Cuando La Pincoyas” y Pablo Neruda hicieron crecer Huechuraba. En VV.AA. La Persistencia de la memoria. ECO, Santiago, 2012, p. 61.

<sup>1406</sup> M. GARCÉS, *Equipo Profesional de ECO; Historia de la Comuna...Op. cit.*, p. 48.

hogar; progresivamente se fue forjando el sentimiento de un “nosotros”, vital para dar forma e identidad a la población. Estas experiencias, sin dudas que reforzaron el sentimiento de pertenencia de los primeros habitantes del sector hacia su comunidad. Tras seis meses de organización en estas precarias condiciones descritas, los pobladores alcanzaron algunos objetivos fundamentales que los fortalecieron como grupo. En ese orden, resultó un triunfo importante la obtención de agua y luz permanente, cuestión que se produjo en vísperas de la navidad de 1969, cuando la autoridad entregó el tendido eléctrico público y domiciliario. A los días siguientes se habilitó el agua potable para todo el conjunto poblacional<sup>1407</sup>.

Las primeras casas también evidenciaban la precariedad en que se llevó adelante la operación sitio del sector. Si primero coloridas tiendas y sábanas daban vida a ese paisaje rural, pronto, pequeñas estructuras de madera copaban cada espacio libre creando una pieza, un baño o un comedor. Todo era aprovechado ante espacios completamente insuficientes. No importaba, pese a la precariedad, ahí ya se estaban constituyendo hogares. Como señalábamos, fue el trabajo conjunto, la organización vecinal la encargada de repartir las nuevas –y provisorias– viviendas. Mediaguas sin techo, suelo, puertas ni ventanas. Por lo tanto eran los propios vecinos los que debían completar la construcción. De hecho, según algunos de sus primeros miembros y dirigentes, la población como tal fue fundamentalmente construida por los propios vecinos. “No fue construida por ningún gobierno, sino el noventa por ciento es construida [en] forma casi particular por cada poblador”<sup>1408</sup>. Si se considera que la operación sitio de Frei contempló en la práctica algo así como 1200 sitios, y la demanda casi duplicaba ese número, se comprenden no sólo los dichos de don Heriberto, sino se explica cómo rápidamente se desbordó el plan inicial en la entrega de sitios, copando otros que dieron vida al sector de 2 de La Pincoya. De igual forma ocurrió con el alcantarillado. Si bien este demoró en ser instalado en el conjunto de la población, se debió al crecimiento desigual del barrio –debido al propio poblamiento– pero que evidenciaba que CORVI tuvo una función más bien colaborativa que protagónica en este proceso de poblamiento urbano.

---

<sup>1407</sup> La forma en que se obtuvo la entrega de electricidad fija en la población sirve de ejemplo de los modos de organización y presión que alcanzan los vecinos, utilizando, sobre todo, la astucia y el ingenio para ello. Cuenta don Amador, presidente de la primera Junta de Vecinos, que tenían un conocido en Chilectra. A través de este le hicieron saber a la compañía que se celebraría la inauguración oficial de la población m, donde asistirían una serie de importantes autoridades como alcaldes, diputados y el propio Cardenal Silva Henríquez, cosa que no era cierta. DE esta forma, Chilectra se apresuró en establecer el tendido a la población en la “zona” donde se realizaría el evento. **M. GARCÉS, Equipo Profesional de ECO; Historia de la Comuna...** Op. cit., p. 48-50.

<sup>1408</sup> Testimonio de don Heriberto, fundador de la población. Extraído de: **M. GARCÉS, Historia de la Comuna...** Ibíd. p. 49.

Al igual que el entramado mismo de la población, las diversas organizaciones e instituciones que se fueron constituyendo en el barrio contaron con la participación y compromiso directo de los nuevos vecinos. Colegios, Centros de Madres, instituciones deportivas y, por supuesto, la junta de vecinos, surgieron a partir de la necesidad pero a su vez de un importante sentido de pertenencia que se fue reforzando a medida que transcurría el tiempo y los vecinos estrechaban vínculos colaborativos para sus intereses en común.



**Imagen 4 del poblamiento de La Pincoya<sup>1409</sup>.**

Si bien es cierto que muchos pobladores participaban activa o indirectamente de algún partido político, la prioridad entre ellos estuvo dictada por la necesidad, por las urgencias que cada vecino, en cuanto poblador del nuevo barrio tenía, y no tanto como militante de algún partido. Esa cuestión, se manifestó inmediatamente a partir de la práctica propia que tuvieron los pobladores en su llegada a La Pincoya. En este sentido, la experiencia —caracterizada por una precaria y rudimentaria situación en los nuevos terrenos—jugó un papel determinante en el modo que encararon su arribo y establecimiento en la nueva población. Esta experiencia hizo empatizar a los nuevos vecinos; todos, con matices, pasaron por situaciones sumamente difíciles. Y similares. Desde ese sentimiento compartido y el nexo que despertó en la percepción de la mayoría de los vecinos, se construyó la organización barrial y progresivamente un sentimiento de identidad íntimamente arraigado en la idea de comunidad. Sin el otro nada hubiese sido posible, señalan muchos.

Por lo mismo, lo primordial que se reforzó a los nuevos habitantes que llegaban a medida que CORVI entregaba las nuevas propiedades, fue la idea de unidad, como lo recuerda uno de sus primeros dirigentes. En definitiva, se fue instituyendo en la práctica cotidiana la idea de comunidad como parte sustancial de la población, de la relación entre

---

<sup>1409</sup> SEREMI, de Vivienda y Urbanismo, *La Pincoya, Op. cit.*

sus miembros. En otras palabras, desde este campo de experiencia se forjó la idea de un *nosotros*<sup>1410</sup>.

De este modo, junto a las tareas de construcción y coordinación territorial de la población, se fueron organizando distintos espacios e instancias para el bienestar de sus habitantes y que facilitaron la relación y el vínculo afectivo entre los pobladores. La feria, la primera posta de primeros auxilios o las bombas (de parafina) y de bomberos, se encuentran entre muchas de las instancias comunitarias que se crearon en el afán de dar vida —digna— a su nuevo hogar.

No obstante lo anterior, también existieron problemas, discrepancias y desconfianzas entre los vecinos, que llevaron a que muchos pobladores se abstuvieran de participar de las actividades comunitarias. En este orden, el principal punto de discordia fueron las iniciativas que representaron inversiones y gastos para la comunidad. Muchas de las obras y proyectos necesitaban de la inversión de los pobladores y muchas veces este aspecto generó fuertes disputas entre vecinos. Varios casos de estos primeros momentos de la población, expresan las discordias, diferencias y disputas respecto a los dineros que se aportaban a la comunidad y sus destinos. En algunas ocasiones los fondos se perdieron, malgastaron o abiertamente desaparecieron.

De acuerdo a estudios de la época, el poblamiento inicial, la toma y nuevas construcciones realizadas por el gobierno de la UP, establecieron un estimado de 2666 casas en construcción, que equivalía a beneficiar a una población aproximada de 13.300 personas en todo el sector. De igual, forma, y de acuerdo con la evolución de este proceso de poblamiento y construcción, se estima que el sector de La Pincoya contaba con más de 17 mil habitantes en momentos del golpe de Estado, evidenciando el rápido proceso de poblamiento —no así de completa urbanización— que experimentó el sector que en 4 años dio resguardo a más de quince mil nuevos vecinos. La decisión de entregar terrenos del gobierno Frei Montalva, recibió el empuje de la administración Allende, que inició la construcción de buena parte de las nuevas poblaciones, impulso que reconocen muchos de los vecinos y que comparan con el abandono vivido luego del golpe de Estado<sup>1411</sup>.

Finalmente, aclarar, que la pertenencia de muchos de los primeros habitantes de La Pincoya, así como de sus alrededores en comités de sin casa, o en la participación de tomas en sectores aledaños, generó sinergias y confianzas entre un número importante de vecinos,

---

<sup>1410</sup> Testimonio de don Amador, presidente de la primera Junta de vecinos de la población. El testimonio en, **M. GARCÉS, Equipo Profesional de ECO; Historia de la Comuna de Huechuraba...** Op. cit., p. 50.

<sup>1411</sup> De hecho Villa Wolf y parte de Última Hora, fueron construidas casi completamente a través de la autoconstrucción, fruto que habían quedado postergadas durante el gobierno Allende. Luego debió ser el exclusivo esfuerzo individual de los vecinos —ya fuese organizadamente o particularmente— el que logró dar vida a viviendas definitivas a partir de las posibilidades de cada familia. SEREMI, de Vivienda y Urbanismo, *La Pincoya*, Op. cit. P. 26.

como sostiene una de sus primeras dirigentes, Luzmenia Toro. En efecto, la asistencia del PC que ayudó a conformar una cultura organizativa más o menos específica, el clima de época pero sobre todo ese acumulado de experiencias similares y compartidas, sirvieron de pegamento ideológico para constituir si no en todos, en un grupo considerable de los primeros habitantes del sector una identidad popular que sigue vigente y viva en las nuevas generaciones, demostrando que lo forjado en esos años duros de compromiso, trabajo y organización con la comunidad resultaron fundamentales para el establecimiento de ese sentido de pertenencia que destacó entre los primeros vecinos. Al igual que ocurrió en Santa Adriana —y en el conjunto de las poblaciones de la capital surgidas durante este periodo— el sueño de la inclusión, de acceder a la dignidad de tener su casa, llevó efectivamente a miles de pobladores a andar un mismo camino logrando en esta trayectoria una unidad que hasta el día de hoy los caracteriza<sup>1412</sup>. Incluso más allá de las estigmatizaciones, los vecinos de la Pincoya siguen sintiéndose orgulloso de provenir de donde vienen, porque, como venimos señalando, esa historia se construyó con su comprometido esfuerzo y esmerada dedicación. En ese escenario, el golpe de Estado representó una ruptura radical para los pincoyanos.

### **3. Territorios complejos: la población como lugar de identidad, conflicto y asimilación en el entramado autoritario**

Situar nuestra aproximación al mundo poblacional de Santa Adriana y La Pincoya, tiene por objetivo delinear la relevancia del espacio en el entramado de fenómenos sociales que se suceden en un territorio determinado, máxime cuando consideramos su papel como articulador de prácticas potencialmente revolucionarias al orden existente, tal como identificamos se produjo en algunas poblaciones de Santiago durante la dictadura militar<sup>1413</sup>. Es en el espacio, en definitiva, donde se desenvuelven y despliegan los sujetos. Por eso entendemos que las relaciones sociales —como señala B. Sousa Santos, al respecto<sup>1414</sup>— existen y se manifiestan en el espacio, sobre todo en aquellos donde se reproduce la resistencia a un orden dominante, ya que habitualmente están “saturados de

---

<sup>1412</sup> Una idea que nos “reveló” una vecina de la Villa Wolf, es decidora al respecto: El sólo hecho de pensar que podrían tener “lo propio” —como lo llamó— nos evidencia hasta qué punto esas necesidades comunes sirvieron de basamento identitario e ideológico a partir de sus prácticas y experiencias. Pero, al mismo tiempo, esa idea de lo propio, nos muestra que sus luchas eran por acceder al mundo moderno y no transformarlo radicalmente. En ese sentido no hay nada más digno del moderno sistema capitalista que el sentido de propiedad. Entrevista realizada por el autor, a María E. noviembre de 2011.

<sup>1413</sup> Seguimos en esta observación sobre el espacio urbano —popular— las ideas de **D. HARVEY**; *Ciudades rebeldes. Del derecho de la ciudad a la revolución urbana*. Akal, Madrid, 2013.

<sup>1414</sup> **B. SOUSA SANTOS**; “Una cartografía simbólica...” Op. cit., p. 20.

significados”<sup>1415</sup>. La espacialidad, entendida entonces como espacio socialmente construido a través de las prácticas y experiencias cotidianas de sus actores, se posiciona como uno de los ejes en los que se cimienta la vida social y política, al ser fuente —en tanto producto social construido— de creación de conciencia política y campo de acción colectiva. En otras palabras, como señaló en reiteradas ocasiones H. Lefebvre, “el espacio y el tiempo socialmente producidos son las manifestaciones concretas, las referencias materiales de la estructura y las interacciones sociales y como tal deben ser ubicados en la parte inicial de la teoría social”<sup>1416</sup>. De esta misma forma, M. Foucault atribuía al espacio público la capacidad de expresar la materialidad de las ideas que se debatían en una sociedad a través del enunciado de acciones concretas reproducidas en el territorio<sup>1417</sup>.

Pues bien, en nuestro caso, el barrio se constituyó en un lugar fundamental en la construcción de una identidad más o menos definida de sus residentes, forjando un sentido de comunidad, un espacio de protección contra las inseguridades externas, sustentada en una práctica colectiva específica. Como hemos venido reseñando, la historia y el modo en que se crearon las poblaciones de Santiago, sindicó el símbolo de una historia común, una tradición de lucha, sacrificio y organización, sirviendo para imaginar, en definitiva, un *nosotros*. La capacidad de alcanzar el añorado sueño de la casa propia trasladó a cientos de miles de personas al imaginario de la inclusión. El hogar y su proyección —el barrio— materializaban, por tanto, la posibilidad cierta de la vida digna en un escenario sociopolítico que hasta el golpe de Estado —y sobre todo durante el tiempo de la Unidad Popular— había puesto a estos espacios y sus habitantes en el centro de la política nacional. Este proceso histórico posibilitó —incluso— la redefinición de aspectos fundamentales en la concepción misma de la democracia<sup>1418</sup>. El acervo cultural forjado en esos años de acción conjunta, el grado de conciencia democrática, sustentado en una práctica cotidiana de solidaridad con el otro reforzada además en doctrinas políticas que fortalecían la idea de comunidad entre sus miembros, constituyó una impronta de los imaginarios que se reprodujeron con posterioridad en estos espacios socio-territoriales, jugando —además— un papel preponderante en la asignación de significado al territorio del que se era parte<sup>1419</sup>.

<sup>1415</sup> F. SZONLI; “Geografía de la resistencia. Protesta social, formas de apropiación y transformación del espacio urbano en la Argentina”. *Revista Theomai*, n° 15, Quilmes, 2007, p. 32.

<sup>1416</sup> H. LEFEBVRE; *Espacio y política. El derecho a la ciudad II*. Península, Barcelona, 1976. p. 23.

<sup>1417</sup> M. FOUCAULT; *Seguridad, territorio, población*. FCE, Buenos Aires, 2011.

<sup>1418</sup> La geografía ha hecho notar esta cuestión sumamente significativa que ha tenido su correlato en otras latitudes y tiempos; la organización de los sectores populares en su lucha por “el derecho a la ciudad”, indefectiblemente conlleva una lucha por la ampliación democrática, por la participación y la inclusión. Para profundizar en esta idea, ver: J. HOLSTON; *Insurgent citizenship*. Princeton University Press, Princeton, 2008; HARVEY; *Ciudades rebeldes...* Op. cit., pp. 9-12.

<sup>1419</sup> Que las poblaciones de Santiago surgieran de tomas de terrenos, reforzó la memoria entre sus miembros vinculando su historia a la noción simbólica de “apropiación”. L. CAMPO; “Los murales de La Victoria: efectos de



En esa dirección, conviene considerar las ideas que propone C. Schneider, respecto a la influencia que el Partido Comunista tuvo en ciertas poblaciones históricas de Santiago, a partir del traspaso de sus ideales y su cultura política en momentos de la toma y formación de aquellos barrios de la capital durante la segunda mitad del siglo XX<sup>1420</sup>. Fue este bagaje cultural, señala la autora, el que va a sostener el discurso y la acción colectiva de las poblaciones más movilizadas durante los 80' en su resistencia a la dictadura, manteniendo vivo en los imaginarios populares nociones de comunidad, participación y democracia, los que, además, entraron en abierto conflicto con aquellos principios establecidos por la dictadura cívico militar<sup>1421</sup>.

Si bien es cierto que la influencia del PC en esta conformación de una cultura política más o menos específica resultó fundamental en la construcción de los imaginarios populares y sus prácticas organizativas, somos de la idea que este fenómeno no se limitó a un sólo partido; más bien respondió a un *espíritu de época*, que situó la participación social —y específicamente popular—, la conciencia política y el compromiso de los actores sociales —históricamente postergados— así como del Estado y su función social, en los ejes vertebradores de la política y la democracia. Esta cultura política no sólo se circunscribió al PC —podremos concordar que fue, en muchos aspectos, su máximo referente histórico— sino que representó, con matices, a un conjunto de fuerzas que pujaron por cambiar las estructuras sociales del país, en un ambiente intelectual, además, extrapolable a toda América Latina en ese afán de transformación. Limitar, entonces, este fenómeno a una cuestión partidista, por potente que haya sido la injerencia del PC en el mundo popular, reduce el impacto global y el efecto transversal que tuvo en los imaginarios de los sectores populares esta representación de la política y la sociedad, que pervivió con fuerza hegemónica hasta el golpe de Estado y se proyectó más tarde a través de las organizaciones de base surgidas durante la dictadura. Con ello, no queremos desconocer ni minimizar su relevancia. Si no más bien situarla en un ambiente cultural propicio a la participación y la organización —política— de la comunidad. Por tanto, somos de la opinión que este *sino de los tiempos* —como el que intentamos reseñar en el capítulo 2—, se sumó a la rica tradición reivindicativa sustentada en la memoria de los sectores populares, y junto a sus urgentes

---

sentido y lugar". *Actuel Marx Intervenciones*, n°8 (2)2009, Santiago, p. 131. En cuanto al acervo cultural en torno a la idea de comunidad, rescatamos las investigaciones de S. Grez, quien insiste que parte de la formación primigenia de los sectores populares en el siglo XIX, se realizó en base a la idea de cooperación, de trabajo mancomunado entre sus miembros, cuestión que acompañó siempre los idearios del mundo popular en su recorrido histórico. **S. GREZ TOSO**; *De la "regeneración del pueblo" a la huelga general. Génesis y evolución histórica del movimiento popular en Chile (1810-1890)*. DIBAM, Santiago, 1997.

<sup>1420</sup> **C. SCHNEIDER**; "Las movilizaciones de las bases. Poblaciones marginales y resistencia en Chile autoritario". *Proposiciones* 19, Santiago, 1990, pp. 223-243.

<sup>1421</sup> Un estudio en profundidad sobre la visión de esta autora puede encontrarse en: **C. SCHNEIDER**; *Shantytown protest in Pinochet's Chile*. Philadelphia Temple University Press, 1995.

necesidades básicas, se convirtieron en una base potente que dio vida a un *ethos* democrático, responsable de copar los imaginarios populares durante esta etapa de la historia<sup>1422</sup>. Este espíritu, además, se proyectó en muchos sujetos y sus representaciones políticas durante la década de los 80', cuando se estableció la democracia como principio fundamental a reivindicar contra la dictadura.

En nuestros casos de estudio, tanto La Pincoya como Santa Adriana, recibieron una fuerte injerencia del PC y toda su red organizacional. Los vecinos que habitaron La Pincoya a partir de la toma de Guanacos contaron con el respaldo permanente del comunismo chileno, que puso toda su red a disposición de los pobladores. Nombres como el senador V. Teitelboim o la diputada G. Marín, se erigieron como figuras cruciales que respaldaron en el sistema institucional el trabajo de base realizado por el partido y los miembros de la *toma*. Igualmente en Santa Adriana, H. Millas utilizó su cargo para defender desde el primer día la toma, evitando desalojos violentos y colaborando permanentemente para que las reivindicaciones de los pobladores fueran consideradas por el gobierno Alessandri<sup>1423</sup>. Pero junto a esta injerencia directa y específica del comunismo, existieron otras influencias que también actuaron como referentes en la conformación de los valores y creencias de los sectores populares; y aunque, probablemente, tuvieron menos arraigo en el tiempo y resultaron menos distintivos que la del militante comunista, si ayudaron a masificar valores comunes de ese tiempo histórico. En esa línea, por ejemplo, se debe considerar el trabajo de base realizado por los partidos obreristas —incluyendo entonces al Partido Socialista— en el sector sur de la capital; no por nada a San Miguel se le denominó la comuna Roja, infundiendo a los vecinos un modo de hacer/pensar que resultó una señal distintiva del sentido colectivo que los pobladores organizados presentaron durante esta época. Qué decir del MIR que va a desplegar en las poblaciones toda su fuerza discursiva y práctica para la construcción del nuevo hombre, que propicia las ideas de emancipación y revolución<sup>1424</sup>. Los pobladores más experimentados entrevistados en esta investigación reconocen abiertamente esta relevancia del PC, destacando el compromiso histórico del comunismo chileno con todo lo referido a los intereses de la comunidad, pero también y a la par de la

---

<sup>1422</sup> P. MARTÍNEZ LILLO, P. RUBIO; *América Latina y tiempo presente...* Op. cit., p. 209.

<sup>1423</sup> La influencia del PC en la toma que dio vida a Santa Adriana, también resultó notable para crear una conciencia política, comunitaria y reivindicativa, como lo evidencia la investigación de M. GARCÉS; *Tomando su sitio...* Op. cit., pp. 196-197.

<sup>1424</sup> De la toma de terrenos a la toma de poder: El Campamento Nueva la Habana y una nueva óptica para la movilización poblacional". *Revista de Historia Social y de las Mentalidades* 6, Universidad de Santiago de Chile, Santiago Primavera 2002, p. 109.

presencia del PC está la del PS y el MIR. Al menos en la zona sur de Santiago esto fue evidente<sup>1425</sup>.

Observamos, por lo tanto, que pese a la injerencia fundamental del PC en estas poblaciones, existieron otras influencias que sirvieron para nutrir, extender y diversificar este espíritu comunitario y solidario que caracterizó a los barrios populares de Santiago durante la segunda mitad del siglo XX. En ese sentido, algunos testimonios de vecinos<sup>1426</sup>, destacan también la colaboración de otros partidos; socialistas, miristas, radicales, democristianos incluso partidos extintos como el Partido Democrático, aparecen mencionados en la memoria popular. Asimismo, también se debe considerar la presencia de organismos vinculados a la universidad y el compromiso permanente que despliegan estudiantes y directivos, así como la Iglesia Católica, fuertemente influenciada por las renovadas doctrinas como la Teología de la Liberación. Es decir, un cúmulo de influencias materializadas en experiencias concretas, directas y cotidianas que se constituyeron en expresión de un modo de ver el mundo donde el fuerte compromiso social acompañaba a la idea de solidaridad y comunidad. Quizás, con otras formas —algunas más clientelares como las desarrolladas por la DC o los partidos más tradicionales como el PR— y otras motivaciones (como el caso de universitarios y católicos), pero resulta evidente que distintas instituciones externas, sumadas a las experiencias específicas de los pobladores, colaboraron en constituir cierto tipo de imaginarios colectivos que indefectiblemente modelaron el modo de comprender el mundo; la política, la sociedad, la democracia. Estos elementos corroboran que fueron una gama de injerencias políticas e ideológicas —culturales— las que colaboraron en la construcción de este *ethos* democrático-comunitario, que marcó parte importante de los fundamentos de los pobladores organizados y que resultó vital para la organización y posterior movilización de los sectores populares contra Pinochet y su régimen durante la década de 1980<sup>1427</sup>.

---

<sup>1425</sup> Beatriz, pobladora de Santa Adriana desde su fundación, sin militancia y con una participación más bien marginal hasta bien entrada la década del 70', reconoce la influencia del PC en la población, y entiende la simpatía que muchos vecinos tuvieron hacia el partido ante la colaboración permanente de "grandes y chicos", en alusión a la presencia transversal del PC en el sector. "Es que nos ayudaron mucho" señala segura, reconociendo que pese a sus diferencias, fue siempre el más decidido actor político preocupado de las reivindicaciones populares. Entrevista personal a Beatriz Sepúlveda, realizada por el autor 16-10-2012. Esto el autor pudo ratificarlo el autor en entrevista a los pobladores de la José María Caro. *Talleres de memoria histórica, José María Caro*. Plan de Recuperación de Barrios, Programa Quiero mi Barrio, Santiago, 2016.

<sup>1426</sup> Algunas entrevistas grupales realizadas para esta investigación se insertan en los talleres de memoria realizados por el autor en algunas poblaciones de Santiago. En el caso concreto de Santa Adriana, estas se realizaron en el marco de las actividades del Programa para el Adulto Mayor del Centro Abierto Santa Adriana (CASA). Entrevistas realizadas entre marzo y diciembre de 2014.

<sup>1427</sup> Don Osvaldo, doña Beatriz don Luis y doña Elena y Don Guillermo reafirman la heterogeneidad cultural que reciben los pobladores de Santiago, durante la etapa de formación de la población. Entrevista grupal en el Taller del adulto mayor, Centro de Acogida Santa Adriana (CASA). Entrevistas realizadas el 27-3-2014. Entrevistas en sector José María Caro, realizadas mayo-diciembre 2017, Talleres de Memoria Histórica. Municipalidad de Lo Espejo. Entrevistas en La Pincoya, realizadas entre octubre y diciembre de 2011 y diciembre 2014.

En cualquier caso, con el golpe de Estado la población se convirtió en un escenario físico y simbólico complejo. Múltiple, diverso y en muchos casos antagónico, haciendo evidente la ruptura que experimenta el país. Como ya vimos, es en la población donde el poder autoritario —a través de estrategias claras y precisas como la violencia, la desarticulación de la sociedad y el clientelismo privatizado— intenta imponer su derecho al espacio público; por el contrario, los pobladores organizados, con el tiempo, también lograron desplegar un cúmulo de expresiones, relaciones y creaciones contestatarias que dieron vida, en ese espacio, a las relaciones entre ellos y el nuevo Estado autoritario. Esta cuestión, como veremos, también sirvió de base para la construcción de una determinada identidad poblacional —siempre entendida ésta como una cuestión plural, móvil y socialmente construida<sup>1428</sup>— a partir del “carácter relacional” de lo identitario, esto es, a partir de su relación con el Estado autoritario<sup>1429</sup>.

En este contexto, identificamos que el espacio —la espacialidad del territorio como lugar socialmente construido—, presentó al menos tres aspectos que retratan parte de las coordenadas sociopolíticas en las que se desarrollaron los pobladores en el marco histórico de la dictadura militar, y más específicamente, durante la década de 1980, cuando las reapropiaciones y resistencias desarrolladas en el barrio adquieren una dimensión política consistente y alcanzan la luz pública a través de las protestas nacionales. De una parte, la población se constituyó en un lugar de resistencia en cuanto expresión de la identidad de los pobladores —autónoma, cambiante y construida históricamente—, y que tuvo como núcleo fundamental —pero no exclusiva<sup>1430</sup>— las prácticas y acervos adquiridos en los tiempos anteriores al golpe de Estado. Éstas, se combinaron además con la emergencia de nuevas identidades fruto de los efectos sociales de la dictadura y su impacto en las nuevas generaciones. En segundo lugar, la población se erigió como espacio de conflicto; de tensión, choque y enfrentamiento ideológico entre esa identidad y los parámetros normativos que impone el régimen y que registran en el espacio público su proyecto de transformación social. En otras palabras, la población, sus calles, muros y emblemas, materializan el antagonismo que suponen las representaciones políticas de los pobladores —elaboradas a partir de este *ethos* democrático-comunitario latente en la trayectoria histórica del mundo popular así como de una mentalidad impotente, enrabada y

---

<sup>1428</sup> Seguimos en esto el excelente trabajo de **A. SEN**; *Identidad y violencia. La ilusión del destino*. Katz, Madrid, 2007.

<sup>1429</sup> **M. AUGÉ**; *Los no lugares. Espacios del anonimato*. Gedisa, Barcelona, 2005, pp. 57-58.

<sup>1430</sup> Consideramos a las identidades como fenómeno móvil, cambiante y construido históricamente, por lo que creemos que la identidad de los pobladores de Santiago no permaneció estática. Eso sería caer en un esencialismo difícil de sostener. Efectivamente, como hemos señalado reiteradamente, asistimos al estudio de una sociedad en tránsito, por lo que subjetivamente conviven espacios de permanencia con otros de cambios; identidades de acción y otras de reacción, donde distintos fenómenos sociales, políticos y culturales irán delineando la conformación de distintas identidades al interior del mundo poblacional.

contestataria que surge sobre todo en la juventud— y aquellas que busca imponer el régimen. En ese sentido, identificamos una pugna constante que se cierne sobre el espacio, duramente estratificado por el poder militar y permanentemente reapropiado por la práctica —política— de los pobladores organizados. Este esfuerzo indefectiblemente se convirtió en el germen emancipador de los sujetos, su acción contestataria y subversiva que atentó contra el orden y las representaciones oficiales en un atrevimiento que marcó profundamente estos espacios en la lucha por la democracia.

En esa misma línea, la población se convirtió en un lugar de obstinada resistencia al olvido; un auténtico *lieux de la memoire*<sup>1431</sup>. Sobre todo, en el sentido en que el espacio sigue siendo en el presente un lugar emblemático, utilizado para dar vida a las representaciones del pasado de la lucha contra la dictadura, sindicándolo de esa forma como un referente en un doble sentido; ético que resistió los embates militares, y político, en su lucha por la democracia. La población, de este modo, se convierte “en una entidad híbrida, material y simbólica y que se transforma en el tiempo; a la vez que es objeto del estudio histórico, también se convierte en un instrumento cognitivo para el análisis. Una auténtica herramienta metodológica”. Es, por tanto, y en cuanto la población se constituye en objeto para la historia de la memoria, un tipo de historia de la mentalidad. De la mentalidad de sus habitantes, y la forma y sentido que le otorgan al territorio a través del tiempo<sup>1432</sup>.

En tercer lugar, el espacio también cristaliza la tensión interna que subyace al conflicto que representa la revolución neoliberal que se va a implementar durante esos diecisiete años de dictadura en el orden social, político, cultural y económico, a través de las divergentes voces y prácticas que se expresan en estos espacios, manifestando la fractura del orden social que experimenta el país durante la dictadura y la profunda transformación que vive en esos momentos la sociedad chilena. Ambas cuestiones se proyectaron a la democracia<sup>1433</sup>. Concretamente a este respecto, nos referimos a ideas y prácticas poblacionales que de un lado nos sitúan en este espacio de resistencia al que ya hacíamos mención y vinculado con la memoria reivindicativa de las organizaciones de base anteriores al golpe; de otro, a prácticas que retratan la asimilación y adaptación —por razones múltiples y no siempre unidireccionales ideológicamente— a la nueva normativa que impone el

---

<sup>1431</sup> Utilizamos la cursiva para hacer referencia al modo en que el propio P. Nora utiliza el concepto. Es decir, entiende el lugar, como un símbolo material al pasado con el presente a través de las representaciones que desde este último se hacen del primero. **P. NORA**; *Les lieux de la memoire*. LOM Ediciones, Santiago, 2009 (Primera edición, París, 1984-1986-1992).

<sup>1432</sup> **M. CH. BIANCHINI**; *Chile, memorias de La Moneda. La (re)construcción de un símbolo político*. IEPALA-UAM, Madrid, 2012, p. 33.

<sup>1433</sup> Sobre las memorias poblacionales respecto a las proyecciones del pasado dictatorial en la nueva democracia ver: **J. RADIC**; “Entre la esperanza y la desilusión: Memorias de la lucha por la democracia en las poblaciones de Santiago”. *Revista Austral de Ciencias Sociales*, núm. 36, Valdivia, Jul-dic. 2018.

sistema de sociedad —neoliberal— que se instala con propiedad durante la década de 1980 en Chile, a través fundamentalmente de la política municipal <sup>1434</sup>. En esa línea, la desmovilización, el retraimiento, la despolitización y el clientelismo político, que también se observa en sectores del mundo popular, dan cuenta de un fenómeno doble y ambivalente que genera este tránsito que vive la sociedad chilena durante la década de los 80', de acuerdo al contexto de transformación social en la que está inmersa. Nos referimos, entonces, a procesos de desafección política que distancian a los sujetos de su componente ciudadano para enfocarlos en otros aspectos relacionados estrechamente con las lógicas de consumo que se masifican —a todo orden de cosas— a partir de esta década. Desde esta perspectiva, también se observan en el mundo poblacional el creciente proceso de asimilación e inserción en las nuevas dinámicas que propicia el sistema neoliberal, que por una parte incentivan la eventual inclusión de los sujetos en el nuevo modelo de vida a través del consumo, pero que, por otra parte, sigue estableciendo parámetros socioeconómicos sumamente jerarquizados y excluyentes, profundizando la segregación socio-espacial, económica y cultural que vive el país de ahí en más.

#### **4. La población como lugar antropológico. Protección, rearticulación y recomposición de la(s) identidad(es)**

Resulta más o menos evidente que muchas de las expresiones en el espacio público realizadas por los pobladores de Santiago durante la dictadura, escenificaron un conflicto, fuerte y profundo con el Estado dictatorial. Éste, buscó intervenir y transformar el sentido que estos lugares tenían hasta el golpe de Estado, a través de las ya mencionadas políticas de segregación urbana, refundación social y económica, la clientelización municipal y, por supuesto, del control policial del espacio público. Pues bien, este contexto sirvió a su vez para materializar el modo en que los propios pobladores significaron su lugar, plasmando en él sus necesidades, sentires y representaciones del nuevo mundo al que se enfrentaban <sup>1435</sup>; sus resistencias —desesperadas y disgregadas al principio, fundamentalmente económicas después, y finalmente políticas durante la década de los 80' <sup>1436</sup>—, convirtieron al territorio

<sup>1434</sup> Es conveniente enfatizar que la diversidad de prácticas, incluyendo la no acción, el silencio o la asimilación de prácticas clientelares, entre otras, estuvieron guiadas por diversas razones; la subsistencia fundamentalmente, pero la mediación de la dictadura en espacios menos movilizados, el miedo, resignación, y la injerencia de nuevas generaciones menos identificadas con las organizaciones populares, marcan, entre varios factores, algunas explicaciones de este fenómeno que ahondaremos en este y el siguiente capítulo.

<sup>1435</sup> El contexto social en que se despliegan las identidades resultan sumamente relevantes como lo desarrolla **A. SEN; *Identidad y violencia...* Op. cit, pp. 53-54.**

<sup>1436</sup> Como veremos en el siguiente apartado, la subsistencia más básica fue el primer motor de la reactivación organizacional en el mundo popular durante la dictadura. Las formas escogidas de acción y organización van a incorporar elementos que conectan estos formatos con la tradición desarrollada a lo largo del siglo XX. Sólo cuando

del que eran parte en la expresión misma de su identidad, en el núcleo emancipatorio de su accionar. La ciudad entonces, vio modificado en la población su sentido oficial a partir de la práctica de sus habitantes; como si en cada espacio del barrio se registrara el sentido que éstos otorgaban al lugar a través de sus experiencias, inscribiendo determinados modos de acción y expresión que junto con disputar el significado al poder oficial, materializaba en él aspectos constitutivos del *nosotros los pobladores*. Al menos de aquellos que se organizaron y salieron a disputar el espacio público al régimen.

En la espacialidad de la población, en efecto, se hace posible distinguir formas de adscripción y pertenencia de sus actores y su relación con los otros, fenómeno además en permanente movimiento, de acuerdo a las rupturas (del pasado), resistencias (con el presente) y emergencias (desde un presente escindido del mundo popular en dictadura), que circunscriben los marcos referenciales de esa(s) identidad(es) <sup>1437</sup>. En una sociedad fragmentada y estratificada en patrones de mercado, con un Estado autoritario, represor y estigmatizador, la población se convirtió en el lugar antropológico por excelencia, al ser la manifestación concreta de la identidad. No una, sino varias y diversas, plagada de contrastes, contradicciones e incoherencias. Pero que así como incorporó aspectos arraigados fuertemente en la tradición, añadió otros de acuerdo al nuevo contexto que se desarrolla y los efectos que despierta en los miembros de la comunidad. Todos, fenómenos expresados en la práctica cotidiana como reitera que sucede habitualmente A. Sen <sup>1438</sup>. Esta fusión posibilitó una convergencia que se materializó en el espacio público, plasmando una idea consistente del *nosotros* para sus actores, distinguiéndolos —además— de aquellos que no eran parte de ese nosotros (los otros). Así, pese a las divergencias, la pluralidad de estas autorepresentaciones, en general, desembocaron en una reafirmación de lo poblacional en oposición al Estado autoritario. De esa forma, entonces, fue en el barrio, en el espacio local, íntimo y conocido, donde se produjo la construcción de sentidos para aquellos que lo habitan, la forma en que se constituyeron en relación al otro —en este caso el régimen y el resto de la ciudad— otorgando materialidad a la historia que los vincula como grupo específico en un determinado territorio <sup>1439</sup>. Así, tanto los pasados —que intentan reforzar los

---

este proceso se consolide en el tiempo y se produzcan una serie de circunstancias externas, la organización poblacional dio pasos hacia su desarrollo matizadamente autónomo politizando a estos organismos (aunque no exclusivamente). Para una visión sinóptica de este proceso, ver: **T. VALDÉS**; “El movimiento poblacional: la recomposición de las solidaridades sociales”. FLACSO, Documento de Trabajo 283, Santiago, 1986.

<sup>1437</sup> En este sentido, como vimos en el capítulo 2, seguimos a Larraín respecto a comprender las identidades colectivas a través de una óptica histórico-estructural que rescata tanto el carácter constructivo de éstas, como aquella que considera un conjunto de valores y tradiciones pasadas que se materializan en una práctica concreta, para elaborar una definición amplia y plural de identidad. **J. LARRAÍN**; *Identidad chilena*. LOM, Santiago, 2001, pp. 15-16.

<sup>1438</sup> **A. SEN**; *Identidad y violencia. La ilusión del destino*. Katz, Madrid, 2007.

<sup>1439</sup> **M. AUGÉ**; *Los no lugares. Espacios del anonimato*. Gedisa, Barcelona, 2005, p. 58.

vínculos comunes— como los presentes, que los relacionan y a la vez los diferencian del otro, se distinguen y alcanzan su registro material mediante la inscripción en el lugar.

Visto así, el lugar antropológico deviene en un operador conceptual que permite ligar las prácticas y los discursos a un territorio, dándoles densidad de significado y relativa coherencia. Pero esos actores son contruidos históricamente por los actores en sus desempeños cotidianos, quienes, a través de la inscripción de signos visibles y reconocidos, van delineando el lugar y el orden social, convirtiéndolos en “lugar común”<sup>1440</sup>.

Ése lugar común, ese espacio en que toman cuerpo y significado las prácticas de sus habitantes, entra en crisis con el golpe de Estado, al cuestionarse el sentido político que venía significando la población y sus habitantes en el escenario nacional, como espacio de expresión popular. La persecución, criminalización, el control y la fragmentación de “los modos de habitar lo social”, así lo evidencian<sup>1441</sup>. Empujando, además, al silencio y retraimiento de las personas, a la desarticulación de las redes de sociabilidad, desbaratando con ello el extenso entramado sociopolítico de base hasta ahí existente. En ese sentido, representó una ruptura violenta que sólo nuevas circunstancias —de pobreza, exclusión y necesidad— posibilitaron su recomposición.

Pero, ¿qué constituía a aquellos aspectos centrales de esto que podríamos denominar como la identidad popular-poblacional que se expresa en el espacio local urbano durante la dictadura militar? Ya hemos visto en el capítulo 2, el modo en que hemos considerado lo identitario como elemento constituyente de nuestro objeto de estudio y, por tanto, de cómo entendemos —y desde dónde lo entendemos— como aspecto central a considerar en esta investigación microhistórica para rastrear cómo representan su vida los sujetos de Santa Adriana y La Pincoya. Conviene precisar a este respecto, que el mundo popular santiaguino representa un escenario complejo desde el punto de vista de las adscripciones identitarias, sobre todo por la enorme diversidad que los compone, dado que, además, se irán diversificando en sus sentidos de pertenencia conforme transcurra su propia experiencia en el marco autoritario. En ese orden, identificamos un núcleo fuerte y amplio que está estrechamente vinculado a la historia y la tradición organizativa de los sectores populares y que, dada esa fuerza, cohesión y tradición, hegemoniza las representaciones de lo popular. Es cierto que esta reapropiación del espacio público, incluidos los registros más simbólicos y menos violentos como las marchas de pobladoras por la defensa de los derechos humanos,

<sup>1440</sup> L. CAMPO; “Los murales de La Victoria:... Op. cit., p.132.

<sup>1441</sup> K. ARAUJO; *Habitar lo social. Usos y abusos en la vida cotidiana en el Chile actual*. LOM ediciones, Santiago, 2009. Utilizamos su expresión para referirnos al modo en que trazamos los modos de hacer y relacionarnos en el entramado social y las formas que las normas e ideales que subyacen a este marco modelan nuestros comportamientos.



por ejemplo, no representan necesariamente a todos los miembros de la población. Pero, la imaginación y proyección del *nosotros*, y el artefacto cultural que le da sentido, inexorablemente incorpora a múltiples desconocidos a la comunidad imaginada, de igual manera como establece a otros, como ajenos a ésta (incluso aquellos que no necesariamente están distantes geográfica, social o económicamente)<sup>1442</sup>. En este caso, la apropiación del nosotros –como representante del conjunto de la población— por parte de los pobladores organizados o, en su defecto, de aquellos actores que se toman los espacios públicos locales, tiene que ver con dos tipos de actores sociales que irrumpen en la esfera pública durante este periodo. A saber, el sentido de pertenencia –y derecho— que se imbrica en la memoria reivindicativa, su trayectoria y su proyección en una representación específica que entiende que fue el trabajo conjunto de los primeros pobladores organizados lo que posibilitó la formación y desarrollo de la población. Sin *ellos* –entelequia que cobra vida con nombres propios en cada barrio pero que además adquiere una historicidad concreta a través de la memoria de sus actores—, la población no habría sido posible. Al menos no de *esa manera*. Nos referimos al grupo de los fundadores y primeros organizadores de la comunidad, que junto con hegemonizar las representaciones del pasado de la comunidad, poseen un respeto y admiración de la comunidad que refuerza la hegemonía de sus imaginarios. Las ideas de comunidad, organización y solidaridad, se convierten dominantes desde esta mirada de lo popular-poblacional. De manera similar ocurre, por otra parte, con la rabia y liberación que jóvenes y mujeres arrojan a las calles en expresión de su identidad. Su fuerza despegada en el espacio público, hegemonizó lo popular/poblacional con sus tintes, matices y representaciones, otorgando nuevas bases a esa mirada de lo popular, al conectarla con nuevas generaciones que explotan y resisten al fórceps que representa el marco autoritario que se les impone desde arriba. Estos sentimientos, sentidos y conciencias, alcanzan la fuerza suficiente para hacerse dominantes incluso en los tiempos más duros de la dictadura. De ahí la relevancia de la batalla cultural que simbolizan las protestas nacionales y todo el movimiento social por la democracia que se da en las poblaciones durante la década de los 80; en ellas están las expresiones y sentidos emancipadores de esa comunidad popular. En otras palabras, estos sentidos y expresiones pese a estar envueltas, camufladas o cruzadas retórica y discursivamente por el contexto político en las que se insertan, esto es, la lucha contra la dictadura militar, esconden algo más profundo respecto a esos sujetos y sus formas de representar el mundo que les toca vivir.

---

<sup>1442</sup> B. ANDERSON; *Comunidades imaginadas*. Fondo de Cultura Económica. D.F México, (4° reimpresión), 2007.

No obstante lo anterior, también existieron otras formas de expresión desplegadas en las poblaciones de Santiago. Sumamente abigarradas y dispersas y, por tanto, complejas a la hora de definir y clasificar<sup>1443</sup>. Pero no podemos menospreciarlas si reconocemos que más del 50% de universo popular santiaguino fue parte de una masa silente e inmovilizada que no fue tan cohesionada ni unificada en sus intereses y adscripciones. En este apartado, sin embargo, nos detendremos a analizar algunas características del mundo popular organizado, visibilizado por su acción concreta en el espacio público<sup>1444</sup>.

La existencia tanto de elementos históricos, estrechamente relacionados a la tradición de la organización colectiva de los sectores populares, así como de otros nuevos, van a componer –grosso modo— este carácter popular poblacional representativo de un número considerable de personas durante este periodo. Ya hemos hecho mención, en primer lugar, que para 1973 y a nivel general, la progresiva ampliación de la participación política en el Chile de la segunda mitad del siglo XX, propició un empoderamiento paulatino de los pobladores en tanto sujetos de derecho y miembros activos de una democracia que luchaba por ampliar su participación y diversificar, desconcentrar y descentralizar el poder. El afán de inclusión que subyace a toda la historia social del mundo popular a lo largo del siglo XX, va a proyectar en el sistema democrático los anhelos y sueños de estos sectores, materializando dicha inclusión en el objetivo de alcanzar la vida digna; esto es, salud, educación y vivienda propia. Pero también como actores políticos. Ha sido desde ahí, es decir, desde el anhelo por la inclusión— desde donde han vertebrado sus luchas y donde la participación se ha constituido en un emblema de sus reivindicaciones<sup>1445</sup>. De este modo, lo democrático entendido en este sentido y no en otro, va a conformar un aspecto fundamental del ideario del movimiento poblacional, que se vio fuertemente conducido y potenciado durante los años 80' por los organismos políticos y sociales opositores a la dictadura, sin que estos compartieran íntegramente las representaciones e idearios latentes en el mundo poblacional/popular. No obstante, la dicotomía dictadura/democracia –tan clásica de un contexto bipolar— homogeneizó los matices, las diferencias, y convirtió en un blanco y

---

<sup>1443</sup> Reconociendo el valor del trabajo sociológico de E. Tironi respecto a las lógicas que mueven a los pobladores a la acción –esto es, la motivación populista, reivindicativa, comunitarista y revolucionaria—, nos distanciamos de su lectura a partir de la escasa relevancia que les entrega como expresión política. Aunque sus categorizaciones son interesantes, el significado otorgado, nos lleva a prescindir de éstas aun cuando, de soslayo, aparecen como referencias con las cuales dialogar críticamente. **E. TIRONI**; “Marginalidad, movimientos sociales y democracia”. *Revista Proposiciones* 14, Santiago 1987,

<sup>1444</sup> Más adelante, en el apartado referido a la población como lugar de asimilación al orden autoritario, plantearemos algunas hipótesis respecto a qué ocurre con aquellos que no participan de esta experiencia –ni de su herencia—, careciendo por tanto de esta raíz comunitarista/solidaria y sentimiento de pertenencia hacia la comunidad, ofreciendo algunas hipótesis respecto a sus comportamientos y actitudes.

<sup>1445</sup> **J. LARRAÍN**; *Identidad chilena*. Op. cit., p. 173.

negro la complejidad del mundo en tránsito que caracteriza a la sociedad chilena en dictadura.

En segundo orden, la trayectoria de los pobladores en su lucha por alcanzar la dignidad y la inclusión, se forjó a través de un sentido de solidaridad y comunidad que marcó profundamente las memorias de sus actores, dada la historia estrechamente arraigada a lo comunitario –las mancomunales del siglo XIX así como el asociacionismo que se forja en las luchas del mundo popular del siglo XX, representan esa matriz histórica que soslayadamente acompaña a la memoria obrera y popular chilena—; pero sobre todo, porque fue en la organización comunitaria y a través de un trabajo comprometido y solidario entre vecinos, que se alcanzaron los mayores éxitos sociales y políticos durante la década inmediatamente anterior al golpe de Estado. Las poblaciones de Santiago efectivamente surgieron por la decisión política de gobiernos de distinto cuño, fruto de un ambiente epocal que posibilita su emergencia; pero ello también se debió a la presión social que representó la lucha de los pobladores de Santiago por la vivienda propia. Ciertamente, la implementación de espacios mínimamente aceptables para vivir respondieron, en lo esencial, al esfuerzo de los primeros vecinos que de distintas maneras lograron construir un vecindario digno donde vivir y donde el trabajo mancomunado resultó vital para alcanzar dichos objetivos<sup>1446</sup>. Por tanto, esta experiencia comunitaria marcó profundamente las prácticas individuales de muchos de los fundadores de los barrios populares santiaguinos, convirtiéndolas en un campo de experiencia fundamental que imprimió un sello distintivo a sus imaginarios y representaciones del mundo –tanto en lo social como en lo político—, cuestión que no ocurrió con el conjunto de la población, sobre todo con aquellos que no participaron de esta experiencia. Por eso, entendemos que lo comunitario también va a componer un aspecto característico de estos sectores, al punto que quienes rehúyan o no formen parte directa de este *ethos* comunitario, resultaron estigmatizados por los propios pobladores organizados cuando alcancen cierta autonomía y poder de decisión. Tanto durante la Unidad Popular como durante la dictadura (cabe consignar que durante este último periodo la exclusión será relativa y más bien simbólica)<sup>1447</sup>.

---

<sup>1446</sup> Ejemplos de este proceso existen muchos. Como referencias de distintas experiencias ver: **M. GARCÉS**; *Tomando su sitio. El movimiento de pobladores 1957-1970*. LOM ediciones, Santiago, 2002; **L. MOULIAN, L. WOLF**; *Herminda de la Victoria. Aspectos históricos*; Santiago, 1990; **O. GÁLVEZ**; *La Caro. Un relato desde la solidaridad, la organización y la esperanza*. Imprenta América, Valdivia, 2013.

<sup>1447</sup> En Santa Adriana, doña Victorina C, resalta su exclusión por no participar activamente de la organización comunitaria y ser “de la derecha” como ella se autodefine. Es más, cuando las JAP reparten los productos que buscan combatir el mercado negro al interior de Santa Adriana, ella experimenta una evidente marginación de acuerdo a su testimonio, dado su abierto perfil opositor al gobierno. Entrevista realizada por el autor, noviembre 2015. Este fenómeno, no es extraño según Sen dado el recurrente incentivo disgregador que la propia solidaridad interna de un grupo puede propiciar hacia otros. **A. SEN**; *Identidad y violencia...* Op. cit., pp. 23-25.

Igualmente, en tercer lugar, el carácter de esta identidad encuentra en la necesidad de subsistir a las difíciles condiciones de vida que acompañaron la historia del mundo popular y, a su vez, el carácter creativo de sus respuestas a esta situación, elementos constitutivos que lo sitúan como actor responsable de su devenir. Son ellos mismos, con su trabajo, compromiso y disposición solidaria en comunidad, los encargados de conducir y construir un porvenir mejor. No se trata de un rechazo al sistema o una autoexclusión del mismo sino de una efectiva búsqueda de autonomía como sujetos libres, en circunstancias en que el Estado habitualmente relega o posterga sus necesidades<sup>1448</sup>. Si consideramos además que esta cuestión adquirió gran relevancia durante la dictadura, se puede corroborar que tanto la acción creativa —en la comunidad— así como su lucha por satisfacer las necesidades básicas, componen un aspecto central en esta autopercepción de lo popular; del poblador como sujeto activo, participativo —a través de la comunidad— y además, responsable de su futuro ante el abandono del Estado. Esta cuestión va a propiciar un despliegue de creativas experiencias organizativas durante este periodo<sup>1449</sup>.

Ahora bien, si estos tres elementos histórico-valóricos sirvieron de base para la construcción de esta representación identitaria de los sujetos de las poblaciones populares, también lo hicieron aspectos nuevos, relacionados con la contingencia en que se desarrollaron los actores sociales y los efectos que éstos tuvieron en el comportamiento de los mismos. En este orden, la dictadura va a posibilitar la “diversificación de los referentes sociales”, cuestión expresada concretamente en la emergencia de nuevos actores —sobre todo mujeres y jóvenes— que conformaron una subcultura de organización, lucha y alteridad a la estructura normativa autoritaria, y que a partir de sus experiencias van revelarse como símbolos populares de la resistencia a la dictadura<sup>1450</sup>. Las mujeres, pilares fundamentales de la organización social —desde las primeras acciones públicas de la Agrupación de Familiares de Detenidos Desaparecidos (AFDD), hasta las pobladoras menos activas que se empoderan a través de la organización de base con el trabajo comunitario y los espacios que esta propicia—; con su dignidad se van a establecer como ícono de una cultura de compromiso solidario por el otro, en tiempos que el individualismo se impone desde arriba como cultura dominante. Las mujeres, en efecto, surgen como íconos de una cultura contestataria por la dignidad, el respeto a los derechos humanos y la paz. Y a partir de su liberación como mujeres y el trabajo conjunto que desarrollan en estas

---

<sup>1448</sup> ¿Existe algo menos revolucionario al orden liberal existente que la lucha por la casa “propia”?

<sup>1449</sup> C. HARDY; *Los Talleres artesanales de Conchalí: La organización, su recorrido y sus protagonistas*. PET, Santiago, 1984.

<sup>1450</sup> S. STERN; *Luchando por mentes y corazones. Las batallas de la memoria...* Op. cit., p. 328.

instancias, logran constituirse en un referente ético, emblema de la resistencia a la dictadura. Y la población fue lugar emblemático de ello.

Los jóvenes, por su parte, sindicarán el asalto enfurecido de los excluidos en un mundo que los segrega, margina y estigmatiza. Sin oportunidades para desenvolverse, plasman en el espacio una actitud insolente y desenfadada a la estructura dictatorial, que no sólo se va a expresar mediante la violencia. Qué mejor ejemplo simbólico que las letras que nos entregó el grupo de Rock Los Prisioneros durante este período, cuestión que evidencia que esa cultura de barricada, contestataria social, política y culturalmente es transversal a amplios espacios de la sociedad<sup>1451</sup>. Ambas condiciones, de mujer y joven, también reforzaron una imagen específica de lo poblacional, que va a constituir un ejemplo explícito de esta identidad registrado en las calles de cada barrio santiaguino.

Desde esta perspectiva, como ha señalado reiteradamente R. Williams, “el lugar representa un aspecto crucial para el establecimiento de lazos” en las clases trabajadoras<sup>1452</sup>. D. Harvey, incluso va más allá al señalar que es en el territorio donde se produce “la imbricación de la acción política de la clase trabajadora”<sup>1453</sup>. Esto es, en nuestro caso, la población como espacio en que sus habitantes expresan, representan e inscriben el sentir sociopolítico de sus acciones, manifestadas, habitualmente, a través de la simple cotidianidad<sup>1454</sup>. Estas expresiones y sus huellas, adquirieron relevancia fundamental en las batallas contra la dictadura, al conquistar un espacio que los pobladores sienten como propio y que *raptan* y reapropian del orden público autoritario. Allí inscriben sus representaciones, sentimientos o percepciones de la realidad que experimentan, transformando –al menos momentáneamente– el significado de ese lugar en el entramado socio-territorial y simbólico que dispone el régimen. El reclamo desesperado ante un retén por la desaparición de un ser querido, registra el horror –“nuestro horror como señalan algunos vecinos”–<sup>1455</sup>; el llamado a una nueva protesta a través de un rayado en un mural, la apropiación de calles a través de barricadas, marchas o los cambios en las inscripciones de un lugar determinado (como calles y plazas), son ejemplos concretos que en el simple acto de ser, de estar siendo, plasman en el espacio parte de un sentir y de un pensar que se

---

<sup>1451</sup> En 1984 sale a la venta el aclamado disco “La voz de los ochenta”, que se convirtió en un auténtico himno de la juventud de esos momentos.

<sup>1452</sup> R. WILLIAMS; *Resources of hope*. London, 1989, p. 242. Citado en: D. HARVEY; *Espacios del capital. Hacia una geografía crítica*. Akal, Madrid, 2007.

<sup>1453</sup> D. HARVEY; *Espacios del capital*. Ibídem., p. 186.

<sup>1454</sup> M. E. TIJOUX; “La inscripción de lo cotidiano: Los Murales de la población La Victoria”. *Actual Marx Intervenciones*, n°8 (2)2009, Santiago, pp. 143-153.

<sup>1455</sup> M. GARCÉS, Equipo Profesional ECO, *Historia...* Op. cit., p. 111.

identifica con los miembros de la población conectándolos como comunidad y enfrentándolos, en este caso, a la dictadura<sup>1456</sup>.

Va a ser en este marco general en el que la población, como espacio socialmente construido, se constituya, en primer lugar, como un territorio de cobijo y protección para los vecinos. El lugar que contiene y resguarda ante el peligro que representa el régimen. Las advertencias, ayudas en la búsqueda de los seres queridos, simples palabras de consuelo, o actos mínimos, casi imperceptibles en el torrente de información que tenemos de este periodo de la historia de Chile, sirvieron para reforzar *el nosotros* que establecía al vecino, al miembro de esa comunidad de la que se era parte, como un cercano que lo distinguía de lo exterior y que, en esos momentos, pasa a constituirse en algo peligroso. Más aún cuando el otro se personifica en la figura uniformada que se revela como potencial agresor. En este sentido, la violencia también marcó las formas de adhesión y pertenencia. Y si el otro se convierte en un bárbaro que desconoce cualquier tipo de humanidad<sup>1457</sup>, resulta más fácil establecer esa división entre el ellos –los milicos que nos torturan, o los pacos degolladores<sup>1458</sup>— y nosotros, que incorpora a una amplia multitud, que no necesariamente piensa o representa el conflicto que se vive de igual forma. Es ese barbarismo militar el que tiñe todo entre buenos y malos, impidiendo dimensionar las diferencias que existen en ese “nosotros” opuesto al régimen y sus seguidores. Es esa dicotomía bipolar la que imposibilita comprender la diferencia, la que tiñe los matices y los iguala, ocultando la polifonía del mundo popular chileno. Los vecinos cercanos al régimen o a sus redes clientelares, por ejemplo, se establecieron como un peligro latente –sobre todo a través de la delación— y por ende, se constituyen en figura ambivalentes, híbridas, que si por una parte siguen siendo parte de la comunidad –cuestión que los vecinos reconocen— también se les considera como *otros*, ajenos a ellos de los que, al menos hay que desconfiar.

Son múltiples los casos que registran en la población este nexo entre vecinos, no siempre cercanos, pero que, no obstante, esa idea imaginada del *nosotros* los lleva a actuar. Es cierto, en los tiempos de violencia y deshumanización como la que se vive en esta época, el simple gesto de empatizar con víctimas de la represión podrían trazar un nexo “humanitario” entre personas completamente desconocidas, pero en el caso de la población

---

<sup>1456</sup> La plaza Carlos Dittborn, en pleno centro de Santa Adriana, fue varias veces “rebautizada” como Pablo Neruda, en clara demostración de provocar al régimen con el recuerdo del poeta comunista que había visitado ese lugar con motivo de la campaña presidencial de 1970. Agradezco a Iris M., por contarme de esta experiencia que ocurrió, según su testimonio, varias veces durante la dictadura.

<sup>1457</sup> Seguimos en esto el interesante trabajo de Z. TODOROV. *El miedo a los bárbaros*. Galaxia Gutemberg, Madrid, 2008.

<sup>1458</sup> Ambos dichos son recurrentes entre los pobladores para sindicar a las fuerzas represivas del régimen, cuestión captada tanto en testimonios como en los boletines. La noción del carabinero como degollador toma forma luego del macabro acto realizado en marzo de 1985, contra tres militantes comunistas. Ver, por ejemplo, Boletín *Vamos Mujer*, año 5, núm. 6., 1985. ARNAD, Fondo Organizaciones Sociales.

—como lugar vinculante entre sus miembros— propició acciones concretas que se significan a partir de este vínculo común y que se registra en el barrio a través de la acción. Así se observa, por ejemplo, en los días inmediatos al golpe de Estado. En un allanamiento a la población La Pincoya, tres jóvenes caen detenidos en la cancha de fútbol del sector, siendo trasladados a Quinta Normal donde se había afincado el regimiento Buin<sup>1459</sup>. Los tres detenidos murieron. Dos de ellos fueron encontrados a las afueras de la ciudad y tratados como NN por el Instituto Médico Legal (de aquí en más IML), que los envió al patio 29, a las fosas comunes que se habían abierto para tales efectos. El tercero, pasó a engrosar —por más de veinte años— la lista de Detenidos Desaparecidos. Los tres eran menores de edad<sup>1460</sup>. Las noticias que permitieron reconstituir las últimas horas de Carlos F., víctima de la represión, nos muestran cómo actuó la población como lugar simbólico de reconocimiento mutuo, como espacio de cobijo y ayuda, que distingue e identifica a sus miembros<sup>1461</sup>. Dos pobladores de La Pincoya, apenas conocidos de las víctimas, aportaron información fundamental para saber qué había pasado con estos jóvenes. Por una parte, don Raúl, chofer de locomoción colectiva que vivía por el sector, cuenta que le fue requisado el microbús para llevar a los detenidos a Quinta Normal. Esta referencia permitió a las familias confirmar lo que otros vecinos ya habían notificado pero que tanto Carabineros como los propios encargados del regimiento habían desmentido tajantemente: la presencia de los tres jóvenes en la Quinta Normal. Esto pudo corroborarse tiempo después, gracias al testimonio de un conscripto del Buin, vecino de la población y antiguo conocido de Héctor A., otro de los asesinados en esa ocasión. El joven cabo, afirmó haber visto a Héctor junto a dos jóvenes más —estaban en mal estado producto de los golpes, recuerda—. Más allá del miedo, de la coyuntura que retrae a la población a sus hogares, incluso más allá de las visiones políticas, estos hombres no pueden marginarse y colaboran con un simple gesto que sirve para aclarar el drama de estos vecinos. Se inmiscuyen con información marginal, pero que en estos momentos puede costar la vida. En efecto, si las víctimas no

<sup>1459</sup> Para el caso de H. Araya (18 años), P. Fariña (13 años) y Víctor Vidal (16 años), todos sin militancia política, ver: ICNVyR, Tomo I, p. 186. ; Ver también; Memoria Viva, Online, consultada 20-03-2016.

<http://www.memoriaviva.com/Desaparecidos/D-F/farina%20oyarce%20carlos%20patricio.htm>

<sup>1460</sup> Para conocer en profundidad el caso de Carlos Fariña, que sólo en 1999 se pudo encontrar su cuerpo gracias a las excavaciones realizadas con motivo de la construcción de una autopista (permitiendo reabrir la investigación y procesar, A. Pinochet), conviene ver el documental de **S. GÁNDARA, P. SÁNCHEZ; *Mi hermano y yo***. PAROX producciones, Santiago, 2002.

<sup>1461</sup> En este caso, también puede observarse la fractura y tensión interna entre los propios pobladores. La denuncia a Carabineros hacia Carlos, nada tenía que ver con la situación política de esos momentos. Una vecina, madre de un menor herido a bala víctima de un accidente con una pistola que tenía Carlos (que se la guardaba a un amigo mayor, reconocido en el barrio como delincuente habitual), provocó la detención del menor en el allanamiento. Por su parte, que dicho acontecimiento le haya costado la vida manifiesta abiertamente los horrores concretos que propicia la representación de la guerra —y la necesidad de “extirpar” los males de la sociedad— que se impone en esos momentos entre las FF.AA. que identificarán en Carlos al prototipo de joven conflictivo, reconfigurado como auténtica “lacría social” que parece necesario extirpar. De otro modo, no se entiende su asesinato ni menos la desaparición de su cuerpo.

hubiesen provenido del mismo lugar que los testigos, éstos difícilmente se hubiesen atrevido a hablar y quizás jamás se habrían podido esclarecer los detalles que llevaron al asesinato de estos jóvenes por parte de miembros del Estado.

Al otro lado de la ciudad, Jaime, vecino de Santa Adriana y militante socialista que debió pasar a la clandestinidad con 16 años, recuerda el cobijo que le prestaron vecinos y amigos del sector para poder soportar la persecución que se ceñía sobre los militantes y pobladores vinculados a la UP. Luego del golpe y tras haber intentado resistir en su colegio, pasó a la clandestinidad porque no concebía quedarse de brazos cruzados y no luchar contra “los gorilas”, como denomina a los militares. Los primeros meses se los pasó entre la casa de sus padres y la de familiares de otros militantes del sector. Muchos militantes del partido, sin embargo, ante el temor, le cerraron las puertas —“me pegaron la desconocía (sic)”, recuerda— cosa que no ocurrió con sus cercanos del barrio<sup>1462</sup>. La población, en efecto, sirvió como refugio para miles de perseguidos, militantes de la UP, dirigentes vecinales, etc., que habían copado los espacios locales en los últimos años y que se veían fuertemente perseguidos por la asolada militar.

En septiembre de 1973, llegaron los camiones. Hacíamos vigilancia porque sabíamos que se iban a venir. Ellos atacaban muy temprano, a las 6 de la mañana de fines de septiembre entraron a la población los militares. Yo no estaba, pero mi compañero —Adolfo— se quedó cerca para ver lo que pasaba. (...) ¡Yo quería estar en la población!... claro después (casi) me agarraron (...) y tuve que salir arrancando de la población y me fui a la casa de mi papá en la Legua<sup>1463</sup>.

Aunque muchos cayeron detenidos —como el caso de doña Herminia, emblemática dirigente de La Pincoya— y otros tantos desaparecieron para siempre, la clandestinidad se constituyó para muchos en el único medio para sobrevivir, y ahí la población jugó un papel sumamente relevante como refugio que permitió sobrellevar la violenta y descarnada purga comenzada por FF.AA. y que más tarde sistematizó la DINA<sup>1464</sup>.

---

<sup>1462</sup> Las entrevistas personales con Jaime Pérez, de 17 años a momentos del golpe de Estado, fueron tres y se realizaron entre octubre de 2011 y diciembre de 2014. La experiencia concreta aquí reseñada en entrevista realizada por el autor 14-12-2014.

<sup>1463</sup> Testimonio de doña Herminia Concha, en: **L. MOYA, et. al; Colectivo Memoria Histórica; Tortura en poblaciones del gran Santiago 1973-1990.** Corporación José Domingo Cañas, Santiago 2005, pp. 85-86.

<sup>1464</sup> Un poblador de Santa Adriana recuerda que uno de los miembros de la FACH que llegó con listas negras los días inmediatamente posteriores al golpe, era pariente de una vecina del sector. Debido a ese nexo, recuerda una vecina, no hubo listas negras ni detenidos en los días posteriores al 1 de septiembre de 1973. El testimonio en: **Grupo de Educación y Recreación “Las Patotas”; “Tres historias locales que reflejan...”**. Op. cit., p. 37. De igual forma, la propia Herminia Concha, recuerda que cuando se hallaba escondida en la Legua muchos conscriptos que realizaban los allanamientos, eran jóvenes pobres y con hambre y que con un plato de sopa y un plato de comida omitían revisar las casas en profundidad. El testimonio de Herminia en: **en Colectivo Memoria Histórica; Tortura en poblaciones...** Op. cit. p. 87.





**Imagen 5. Mural en la población la Pincoya que rememora la detención y desaparición del menor Carlos Fariña.**

Al igual que tras el golpe de Estado, durante las protestas de los años 80' también existieron todo tipo de prácticas que señalan a la población como un espacio de resguardo y protección, encontrándose múltiples ejemplo de ello en los archivos y testimonios de los vecinos. Así se observa para la violenta protesta de agosto de 1983. Un poblador de La Victoria detenido en su casa, fue golpeado y trasladado en un furgón policial. Semiconsciente, recuerda cómo eran brutalmente castigados todos lo que iban con él. Pasó por la comisaría de la José María Caro —otra población cercana en el sector sur de la ciudad— donde nuevamente fueron golpeados y desnudados. Luego de casi un día desaparecido y cuando la policía lo daba por muerto tirándolo a un canal contiguo al cementerio Metropolitano<sup>1465</sup>, pobladores del Campamento Lo Sierra, aldeaña al sector, lo recogieron y cuidaron durante los días siguientes hasta que pudo ser trasladado a su casa. La protección desinteresada, el cobijo en momentos de desamparo, emergió entre sus pares pese a ser un auténtico desconocido. Distinguimos en este acto, cómo estos vecinos lo reconocen como “uno de ellos”, esto es, un poblador brutalmente abusado por los representantes de la ley<sup>1466</sup>. No necesitan razones o pruebas para asumir el horror vivido por este joven y por tanto no dudan en socorrerlo, cuidarlo y protegerlo. ¿Qué significado tiene esta acción? ¿Acaso no podía ser un terrorista o un delincuente peligroso? No podemos

<sup>1465</sup> Más adelante analizaremos lo emblemático que resulta este lugar para las poblaciones del sector sur de la capital.

<sup>1466</sup> El caso de Luis Pérez de 27 años se encuentra en: Anexo 4 p. 1 Informe de Vicaría sobre maltratos policiales en Cuarta Protesta. Caja AT 49. CDyAVS.

saberlo, ni tampoco los vecinos que cobijaron a Luis. Pero eso no importaba. La única certeza en esos tiempos, era que el peligro lo provocaban otros, el miedo y la inseguridad provenía de otros sitios y los pobladores lo sabían bien. No se trataba de pensar igual, sino de reconocer la humanidad en el otro, cuestión que, precisamente, el régimen se encargó de desconocer sistemáticamente durante los 17 años de dictadura<sup>1467</sup>. La represión estaba demasiado cerca, cotidiana y presente para cualquiera que viviera en estos barrios y desafiara las normativas vigentes. Tan cerca que esa misma noche de protesta, un joven del mismo Campamento Lo Sierra vivía una experiencias similar; fue vilmente obligado por Carabineros a caminar descalzo por la fogata que él junto a otros jóvenes habían encendido en el sector para sumarse a esas dos largas noche de protesta, que contó con 18 mil soldados en las calles, custodiando al conjunto de la población santiaguina<sup>1468</sup>. El joven fue rápidamente socorrido por uno de los tantos grupos de salud del sector, que actuaban bajo el amparo de la noche y la parroquia para ayudar a las víctimas de la represión. De esta forma, un desconocido gozaba de más confianza que un representante del Estado; *el otro*, evidente y manifiesto opresor y peligro público número uno para los sujetos de los barrios populares.

Otras acciones usuales que dan cuenta de estos lazos y vínculos entre los pobladores, dice relación con simples acciones, soterradas por temor a las represalias, pero que asumimos cargadas de simbolismo. La simple decisión de muchos vecinos en jornadas de protesta de dejar las rejas de sus casas sin llave en momentos que comenzaban las persecuciones a los jóvenes que protestaban con barricadas, cantos y marchas, dan cuenta de estos gestos y actitudes llenas de significados<sup>1469</sup>. Elizabeth, militante del PC y activa en la organización de las Milicias Rodriguistas en Santa Adriana, rememora cómo muchas veces alcanzaban a librarse de Carabineros gracias a ese simple gesto de un vecino. [Nosotros], señala “arrancábamos para las casas nomás. Algunos se escondían dentro, otros en los patios. A veces intentaban echar abajo las puertas, te rompían los vidrios, pero la gente te ayudaba igual. A los que agarraban los molían a palos”<sup>1470</sup>. Al respecto, es interesante reflexionar que si bien podría ser efectivo que muchos de estos dueños de casa participaban en organizaciones de base con algún compromiso con la comunidad o adherían directamente con la causa, muchos otros –por miedo, precaución o simple desinterés– se

---

<sup>1467</sup> Esto no ocurrió de igual forma en otros espacios de la sociedad donde muchos prefirieron mirar al lado, desconocer lo evidente y sumergirse en el mundo particular resguardado por el miedo y el silencio.

<sup>1468</sup> “Hechos ocurridos el día 10 de agosto”. Documento de la Vicaría de la Solidaridad, Caja AT 49(b) Protestas. 4° protesta de agosto de 1983. CDyAVS.

<sup>1469</sup> En los boletines poblacionales esta práctica es permanentemente recordada y destacada, reconociendo la solidaridad de muchos que no participan en las protestas o en cualquier tipo de acción organizada contraria al régimen.

<sup>1470</sup> Entrevista a Elizabeth Henríquez. joven miembro de las JJCC, y ex concejala por el PC en la Comuna de Lo Espejo. Entrevista realizada por el autor, 17-11-2012.

mantuvieron al margen de toda actividad. Pero, sin embargo, deciden colaborar con los jóvenes rebeldes. ¿Qué lleva a la gente a realizar estos gestos? Somos de la idea que más allá de lo netamente político, o del compromiso con la organización de base, existe al menos una empatía básica y vinculante con el joven poblador, con la militante de organizaciones populares que se enfrenta al otro –ajeno a la población— en el espacio público y la cobija dentro de sus posibilidades<sup>1471</sup>. Sobre todo porque han visto directamente el horror, el menosprecio y la humillación, registrado explícitamente en múltiples espacios del territorio del que son parte. Pero también porque entienden su malestar. Posiblemente lo compartan incluso. Aunque, en sus casos, no estén dispuestos a asumir ese riesgo e involucrarse activamente. Identificamos en estas huellas, entonces, la existencia de una conexión que aunque invisible en lo formal, emerge soslayadamente para distinguir y establecer una diferencia entre el *ellos* y el *nosotros*, y que sirve de resguardo y protección ante las amenazas externas que irrumpen permanentemente al interior del espacio poblacional<sup>1472</sup>.

La población también sirvió como cobijo y protección frente a la violencia de Estado a través de la ayuda que las distintas organizaciones externas a las bases ofrecen en el espacio local. Como veremos más adelante, éstas no representaban exactamente a los pobladores pero resultaron ser parte fundamental y consustancial del mundo poblacional en dictadura, desarrollando una enorme influencia en los actores sociales que se involucran en la organización de base. El mejor ejemplo quizá, podemos encontrarlo en los sacerdotes y monjas que se extendieron por los barrios populares de la ciudad empleando los medios de la Iglesia para colaborar con los perseguidos y necesitados<sup>1473</sup>. En un mundo de censura, falta completamente de libertades y donde los pobladores se registran en lo más bajo de la jerarquía social, la voz de un sacerdote explotando medios oficiales de la iglesia para denunciar públicamente la violencia policial hacia un vecino<sup>1474</sup> o sencillamente ocupando

---

<sup>1471</sup> Elena, llegada a Santa Adriana en 1960, señala que ella nunca participó de nada vinculado a las protestas ni a las organizaciones. Sólo iba a misa y en ese espacio sociabilizaba. Sin embargo, su hijo menor, participaba de las protestas pese a que ella no lo autorizaba. Inevitable pensar que esta mujer, por desconectada o desinteresada, trace un vínculo de empatía con los cientos de jóvenes que desde la madrugada hasta al anochecer, desafiaban a las fuerzas policiales durante las protestas. Entrevista personal realizada por el autor en octubre de 2014.

<sup>1472</sup> Estos ejemplos no pretenden generalizar comportamientos. También existen testimonios de muchas pobladoras que, ante el miedo y desconexión con esas “otras realidades”, se encierran y aíslan desligándose de aquello que ocurre afuera. Con seguridad no fueron pocos los que actuaron de esa forma y también representan un modo de acción y inteligibilidad de su realidad. Ya ahondaremos al respecto más abajo.

<sup>1473</sup> Su relevancia en el mundo poblacional lleva a Stern a catalogarlos como referentes sociales durante este periodo; ver: **S. STERN**; *Luchando por mentes y corazones. Las batallas de la memoria...* Op. cit., p. 332.

<sup>1474</sup> Ver por ejemplo, la Declaración pública del Sacerdote Jesús Herreros respecto a las vejaciones que son sometidos los vecinos por Carabineros el día que se conmemora el primer año de la protesta nacional, resulta elocuente respecto al compromiso que estos sacerdotes y monjas tienen con sus parroquianos, sin importar las creencias y fidelidad con que las expresen. La Carta pública en, Caja AT 49, Protestas, Declaración pública, 12 de mayo 1984. CDyAVS. Igualmente gráficas, resultan las denuncias y declaraciones de Pierre Dubois, sacerdote de Nuestra señora de La Victoria, respecto a las humillaciones a las que son sometidos reiteradamente los vecinos de

el espacio de la parroquia para colaborar con los cientos de heridos víctimas de la violencia policial, van a ser señales claras, experiencias y prácticas evidentes que marcaron para siempre el vínculo de los vecinos con estas personas. En el cura, la hermana o el laico miembro de la iglesia, van a encontrar –al menos durante este periodo– comprensión, protección y resguardo. La parroquia fue permanentemente un espacio que cobijó a sus vecinos, protegiéndolos no sólo del peligro, también del hambre y el desamparo. Qué emblemáticos resultan a este respecto, las historias que nos relatan los sacerdotes Roberto Bolton en Villa Francia y su conexión con el joven Rafael Vergara poco antes que éste último cayera vilmente asesinado, o en nuestro caso más próximo, el Padre Herreros en Santa Adriana y la protección entregada a un joven *frentista* que conocía de la parroquia y que estaba escapando de la persecución de la CNI<sup>1475</sup>. Elocuentes resultan, en efecto, los testimonios de tantos vecinos y vecinas respecto al papel que jugaron estos actores en la defensa de la dignidad de los más postergados<sup>1476</sup>.

Curas y monjas, su compromiso y actitud hacia el mundo poblacional, venían a representar algo más que un liderazgo espiritual de una institución tradicional en Chile y todo el continente; eran los encargados de conducir y administrar aquel espacio que se va a constituir en el centro neurálgico de toda la reactivación social durante la dictadura: la parroquia. Sin ser necesariamente un lugar público, la parroquia se convirtió en uno de esos lugares simbólicos y emblemáticos del mundo poblacional. Sobre todo durante este periodo. Fue quizás el núcleo convocante y aglutinador, que sirvió para contener a los pobladores cuando el hambre, la pobreza y la represión asolaban los barrios populares de la capital. Ante la ausencia del Estado, La Parroquia o en su defecto la capilla, se constituyeron en un espacio *madre*, que cobijó, convocó y propició diversas alternativas, proyectos y actividades que escapaban a lo exclusivamente pastoral.

Quizás tanto por su fuerte raigambre popular como por el compromiso cotidiano de curas y hermanas que conviven en estos espacios –los curas obreros como se les conoce, y

---

la población. Ver ente otros; “Hechos ocurridos día 10 de agosto” Documento de la Vicaría de la Solidaridad, Caja AT 49(b) Protestas 4ª protesta 83, p. 1. CDyAVS.

<sup>1475</sup> Para el caso de Villa Francia ver: **S. STERN**; *Recordando el Chile...* Op. cit., cap. 2, nota 22 (p. 234); Para el caso del sector Caro-Ochagavía ver: **J. HERREROS**; *Escuché sus gritos*. Mosquito comunicaciones, 1991, pp. 20-21.

<sup>1476</sup> Si la referencia más emblemática en este sentido la presentan los párrocos del a Victoria, P. Dubois, y A. Jarlan, nombres, como el propio J. Herreros en Santa Adriana, L. Ardignón R. Baeza, S. Nasser en la J.M. Caro y alrededores. Beatriz S. de Santa Adriana recuerda la enorme ayuda de Juanita, laica de la Vicaría, o la hermana Luz, en todas las iniciativas creadas por las organizaciones de base del sector de la Vicaría Sur. Entrevista realizada por el autor en noviembre de 2012. Cecilia Binimelis y Juanita Otárola, en tanto, citan permanentemente a L. Ardignón a la hermana Gianine como los verdaderos articuladores de los grupos de Derechos Humanos, grupos de salud que se crean durante este periodo. Entrevistas personales a Juanita Otárola y Cecilia Binimelis, realizadas por el autor, en mayo de 2017. En el caso de La Pincoya el reconocimiento a la hermana Karoline Mayer es transversal entre los vecinos. Su decisión de fortalecer el trabajo organizativo de la población a través de jardines infantiles, salas cunas, colonias urbanas y de preparar a hombres y mujeres mejorando su formación, dan cuenta del valor que alcanzan estos actores en las poblaciones de Santiago y el reconocimiento de los propios vecinos a esta labor.

que están, aún hoy, fuertemente imbuidos por la doctrina de la Teología de la liberación— la parroquia adquiere una legitimidad moral ante los vecinos que se ratificó con el compromiso que la propia institución dispone una vez producido el golpe de Estado. En ese orden, la parroquia se convierte en un agente fundamental en tiempos de silenciamiento, persecución y retraimiento, haciendo posible la convergencia, la confianza y el vínculo entre los vecinos. De esta forma y de manera progresiva, la parroquia va a registrar la creación de espacios de intimidad y proximidad, resguardando permanentemente a los vecinos ante los peligros que representa la dictadura. Será, igualmente, en estos espacios, donde se fortalecerá la creatividad, la comunión y la independencia de los vecinos, empoderándolos sistemáticamente hasta alcanzar altos grados de autonomía.

Es quizás por todo lo anterior que, cuando la reorganización espacial de la capital se consuma en con el nuevo Plan urbanístico, los *adrianinos* se sintieron desgarrados con la nueva división municipal que dejaba fuera de la comuna a la parroquia Nuestra Señora Reina de los Apóstoles. El sentimiento de rabia por el simbólico cercenamiento que representó esta acción, es recordada por varios vecinos, que aún reclaman que a partir de ahí se quedaron “sin parroquia”<sup>1477</sup>, mientras debían dividirse entre dos comunas para lidiar administrativamente con el régimen.

Por su parte, los espacios que va a propiciar la parroquia, también van a adquirir una enorme relevancia simbólica como espacios de protección y resguardo. Lo ocurrido en la capilla de La Pincoya, recién en 1978, ejemplifica lo que señalamos. En esa ocasión, un grupo de personas, junto al párroco de la población, se reunió para realizar una vigilia en señal de adhesión a la huelga de hambre que un grupo de familiares de Detenidos Desaparecidos había iniciado<sup>1478</sup>. La gente se animó a participar ya que identifica en la parroquia, en el cura, en la iglesia católica, un referente moral que sirve de resguardo ante la segura respuesta represiva de la dictadura. La capilla casi fue quemada como señal de amenaza tras el acto. La parroquia fue castigada y el cura raptado por un día por miembros de los organismos de seguridad. Pese a ello, lo fundamental, era que comenzaba a activarse los primeros espacios de reacción, donde la parroquia resultó un espacio vital de reunión y confianza que potenció

Otro ejemplo, lo encontramos en los grupos de salud que se fueron creando en las distintas poblaciones al amparo de la Iglesia, patrocinado muchas veces por organizaciones

---

<sup>1477</sup> Entrevista realizadas por el autor en Talleres de memoria histórica, en CASA, Santa Adriana, Agosto 2014.

<sup>1478</sup> El 22 de mayo de 1978 la Agrupación de Familiares de Detenidos Desaparecidos en demanda al régimen de respuestas por sus familiares. La iglesia en pleno, y fundamentalmente curas y monjas de poblaciones, adhirieron con vigiliadas, actividades de oración, de manera de visibilizar lo más posible la acción de este grupo de mujeres. Sobre este episodio ver: **M. GARCÉS, N. NICHOLLS**; *Para una historia de los derechos humanos en Chile. Historia Institucional de la Fundación de Ayuda Social de las Iglesias Cristianas FASIC 1975-1991*. LOM, 2005, pp. 74-78.

externas y sostenido con el trabajo de estudiantes universitarios pero, fundamentalmente de vecinas. Si en principio los consultorios parroquiales buscaron satisfacer necesidades básicas que la salud pública era incapaz de satisfacer ante su acelerado deterioro, progresivamente alcanzaron gran relevancia mediática al constituirse no sólo en ayuda a los cientos de víctimas de la represión, si no como espacio de protección a los perseguidos durante las jornadas de protesta (en el consultorio parroquial el manifestante no correrá el riesgo que sí experimenta en el policlínico municipal o el hospital; la detención por parte de la fuerza policial<sup>1479</sup>). En efecto, durante este periodo, los consultorios populares —muchas veces ambulantes como recuerda Beatriz<sup>1480</sup>— se tornan imprescindibles en la dinámica de combate y resistencia que representan las protestas, constituyéndose en un espacio —propio— de los pobladores que cobija y resguarda de la represión policial a otros miembros de la comunidad. Nuevamente, no se trata de pensar igual o que esas mujeres —como fue costumbre en Santa Adriana y La Pincoya— avalaran la violencia ejercida por los jóvenes pobladores en sus protestas con fuego, barricadas y piedras. No. Más bien es un resguardo mínimo, de dignidad y protección mínima que ofrecen ante la violencia descarnada del régimen, pero, al mismo tiempo, a la imposibilidad de obtener socorro en situaciones de urgencia por parte de la institucionalidad. Ellas, entonces, emergen como figuras que protegen y resguardan la dignidad mínima; ofrecer una ayuda al caído sin importar lo que ha hecho. Más si su victimario era el propio Estado y sus fuerzas represivas.

El consultorio va a ser, en ese sentido, una entidad que protege y salvaguarda a los activos vecinos movilizados, erigiéndose en un espacio central en la historia poblacional de los 80' y convirtiéndose en uno de los registros materiales relevantes de la reactivación organizacional poblacional con un abierto carácter divergente a las directrices e intereses establecidos por el poder oficial. La dramática urgencia que representa su creación, relega a un segundo orden el valor cultural de resistencia que representa; curas, mujeres dueñas de casa y jóvenes, articulan entidades que, de algún modo, reemplazan al Estado en ese rol público de la salud (de la asistencia humanitaria mínima, como podía ser ayudar a un quemado, baleado, o apaleado) pero además con su contenido político-simbólico, evidencian el antagonismo básico que se experimenta entre las y los pobladores organizados en defensa de sus derechos y el Estado opresor.

---

<sup>1479</sup> Ya analizaremos más adelante el papel que desempeñan algunos lugares público-oficiales —como un hospital— en este entramado simbólico que pretendemos trazar de los imaginarios populares.

<sup>1480</sup> Beatriz fue durante varios años la encargada del “botiquín” del Grupo de Salud de Santa Adriana. Y por lo mismo, siempre la llamaban las noches de protesta para que fuera en ayuda de algún vecino. Estas experiencias hemos tenido la oportunidad de compararlas con otras de similares características acaecidas en poblaciones aledañas como José María Caro, Lo Sierra o Lo Valledor, a partir de la dirección y coordinación de los Talleres de memoria histórica de la José María Caro que se inscribe en el Proyecto de recuperación de barrios, Secretaría Regional Ministerial del Gobierno de Chile. Santiago mayo-octubre 2017.

Pero si la población resultó ser un lugar de protección de los perseguidos ante la violencia de Estado, también resultó ser, en segundo lugar, un espacio fundamental y emblemático de la rearticulación de las bases en dictadura, producida progresivamente a partir de 1975, cuando la represión se hizo más selectiva y comenzaban a hacerse manifiestos los efectos sociales y económicos de la reestructuración implementada por el régimen. Fue en la población, en el resguardo cotidiano de lo local, donde se van a desarrollar progresivamente los distintos esfuerzos organizativos ante la creciente y urgente necesidad que los convoca. En efecto, a la persecución le siguió el hambre<sup>1481</sup>. Ya hemos señalado que el aumento del costo de la vida así como de la precarización de los ingresos familiares por la congelación de salarios en espacios que con frecuencia tenían un solo ingreso fijo, provocó una situación crítica en los hogares populares chilenos. De este modo, nuevamente la necesidad se convirtió en un móvil fundamental para la reorganización de los sectores populares, pese al contexto autoritario. Ante el cierre de los espacios de participación oficial y la prohibición de iniciativas de base —habitualmente catalogadas de “políticas”—, fue la parroquia de cada barrio el lugar que canalizó los esfuerzos externos y del conjunto de los vecinos más comprometidos y/o necesitados, convirtiéndose en unos de los ejes fundamentales de esta reorganización. Allí, al amparo de la parroquia y con un creciente patrocinio de entidades extranjeras<sup>1482</sup>, se fue produciendo progresivamente una reactivación de la organizaciones de pobladores, que en un trabajo íntimo, sumamente irregular en sus inicios y poco estructurado (y por tanto con alto grado de dispersión), permitió reavivar lazos antiguamente contruidos y formar otros nuevos, dando vida a formas de sociabilidad popular urbana renovadas, a partir del contexto específico en el que se producen (de crisis económica, control de la libertades y escasos canales de participación). En el amparo sigiloso y discreto de la cotidianidad barrial resguardado además por las parroquias y sus curas y monjas comprometidos, se fue fraguando entonces, una densa red de relaciones que permitieron, con el tiempo, proyectar estas iniciativas fundamentalmente económicas y de subsistencia, y convertirlas en espacios más complejos, poderosos y representativos de un sentir que identifica y conecta a sus miembros como habitantes de ese lugar. Un espacio, en definitiva, donde los pobladores fueron desarrollándose y convirtiéndose en los principales protagonistas de la acción, sin importar las trabas que representaba el contexto autoritario. Adoptando novedosas e ingeniosas

---

<sup>1481</sup> Varias vecinas de ambos barrios entrevistados recuerdan las precarias condiciones económicas a las que se ven empujadas durante los primeros años de dictadura. Elena, señaló —en este contexto— que “por eso no quedaba otra que hacer cosas”. Entrevistas realizadas por el autor en Taller de Memoria CASA, de abril 2014

<sup>1482</sup> Un interesante trabajo respecto a las conexiones internacionales que colaboran para sostener las redes organizativas populares de la sociedad civil chilena se encuentra en: **M. BASTÍAS**; *Sociedad civil en dictadura*. ED. U. Alberto Hurtado, Santiago, 2013.

formas de acción —también, muchas veces desesperadas—, la población permitió el despliegue comprometido de los actores sociales.

Ahora bien, estas entidades tomaron tiempo en cuajar en una forma abiertamente contestataria. Su dimensión primigenia siempre partió desde la urgente necesidad y sólo el trabajo permanente de entidades externas y la vocación de sus miembros posibilitaron un lento pero paulatino despertar crítico que empujó a un cambio que complejizó y profundizó el sentido de su accionar, como bien lo reseña el trabajo de T. Valdés<sup>1483</sup>. Una precisa descripción de este proceso que se va desarrollando paulatinamente en las poblaciones de Santiago desde 1976 en adelante, y con propiedad a partir de 1978 en el mundo poblacional, nos los entrega Beatriz:

Al principio, había una participación pastoral y un comedor solidario. Entonces el aporte que hacía la hermana Luz era para los niños. Lo que pasó fue que la pobreza y la miseria (...) llevaron a nuevas necesidades. Oiga, ¡si no había nada! Entonces en la pastoral solidaria tuvo que hacer la pastoral de salud (SIC). Había mucha más atención, aparecieron las enfermedades, pediculosis impétigo, la sarna, incluso enfermedades venéreas en los niños... ¡por abuso! (...) [Al principio] tuvimos una salita al lado de la parroquia. (...) Además de ese comedor pequeñito que formamos en la parroquia, era insuficiente. Muchas también se fueron cansando, algunas pensaban que otros vecinos se aprovechaban y que por eso mandaban a sus hijos siempre al comedor. La verdad es que faltaba comprensión de la miseria que había y que les tocaba a vivir muchos<sup>1484</sup>.

En ese contexto, la propia Iglesia comenzó a observar el éxito limitado y escasamente proyectable que tenían sus iniciativas<sup>1485</sup>. Y si bien los comedores abastecieron de ayuda a muchas familias durante los primeros años, tanto el aumento de las necesidades por la extensión de la pobreza como por la compleja situación que viven las familias (“pedir, o aceptar la caridad de otros como uno” nunca es fácil de aceptar, insistió don Osvaldo, poblador de Santa Adriana<sup>1486</sup>), empujaron a que los propios vecinos —sobre todo los más comprometidos y/o necesitados— se involucraran decididamente en estas organizaciones aportándoles un nuevo cariz que superaba largamente la lógica caritativa del comedor. Así y casi de manera subrepticia en relación a las actividades que se desarrollaban en el país oficial, la población se convirtió en un espacio íntimo y discreto que permitió rearticular el “nosotros” —perdido en el pánico de la persecución y represión— materializándose a través

<sup>1483</sup> T. VALDÉS; “El movimiento poblacional: la recomposición de las solidaridades sociales”.... Op. cit, pp. 21-39

<sup>1484</sup> Entrevista realizada por el autor a Beatriz, pobladora de Santa Adriana, en 11-11-2011.

<sup>1485</sup> *Informe de Comedores Populares*, Vicaría de la Solidaridad, Santiago, 1978. Anexo 2, “Evolución de las organizaciones solidarias”. CDyAVS, Documento 00556.00 v3.c.1.

<sup>1486</sup> Resulta muy distintivo que muchos de nuestros entrevistados niegan haber sido ellos víctimas del hambre y que su participación en estas iniciativas tenía que ver más con un compromiso que una necesidad, cuestión que resulta por lo menos cuestionable de acuerdo al propio argumento entregado por Osvaldo. Entrevistas realizadas por el autor en, *Taller de memoria histórica CASA*, Santa Adriana, Santiago, noviembre 2014.



de estos lugares simbólicos y las actividades que en ellos se desarrollan. Espacios vitales para la reconfiguración de las confianzas, para el trabajo fraterno y comprometido posibilitando soterrada pero sostenidamente, la rearticulación del mundo popular.

En este espacio íntimo, al margen de la oficialidad autoritaria, casi deslocalizado para el poder oficial que en esos momentos se enfocaba en la transformación de la sociedad, las calles fueron muchas veces el único espacio de interacción social en una ciudad cada vez más fragmentada. Sin embargo esta exclusión respecto a los intereses oficiales, posibilitó convertir a pasajes y calles en un espacio de complicidad en situaciones cotidianas y como agentes vivos de la reconstitución de la solidaridad entre pares. A este respecto, nos recuerda el Padre Herreros, cómo en las polvorientas calles niños, jóvenes, mujeres y hombres tejían lazos cotidianos que las significaban, casi sin querer, en un lugar básico de reunión<sup>1487</sup>. Cómo no considerar la complicidad que despierta en niños, niñas y jóvenes el simple acto de romper un grifo para bañarse y paliar el calor del verano, pese a la ilegalidad a la que se incurría<sup>1488</sup>. Sencillamente pasar el rato “fumándose un pucho”, como muchos jóvenes lo recuerdan, permitieron reconfigurar la sociabilidad vilmente cooptada tras el golpe de Estado. En estos espacios mínimos, se estaba registrando materialmente el sentir — sin duda diverso y ambivalente— de una comunidad golpeada excluida y empobrecida. También, en ese sentido, fue el espacio para la dispersión de tantos jóvenes que forjaron un sentimiento común y compartido de rabia e insolencia, de insatisfacción y hartazgo no siempre eficazmente conducido y que sólo salió a la luz pública con la reactivación de la movilización social durante las protestas populares de los 80’.

Por todo lo anterior, pues, la población se convirtió en el lugar idóneo para la rearticulación de la organización de los pobladores, espacio en el cual convergieron los esfuerzos externos y las necesidades internas para lograr, pese al cerco de control establecido por el régimen a través de las municipalidades y la represión policial, un espacio cada vez más propio que junto con combatir la extrema pobreza reposicionó a las organizaciones de base como referentes ético-político en el ámbito local. A medida que la rearticulación de la redes se fue consolidando en el entramado autoritario, las apropiaciones del espacio fueron haciéndose cada vez más evidentes y decididas. Fueron convirtiéndose en un reclamo concreto y consciente, progresivamente más integral, adquiriendo con el tiempo un manifiesto carácter político. Al punto de convertirse directamente en expresiones subversivas del orden en cuanto al tenor y radicalidad de la expresión. De esta manera se

---

<sup>1487</sup> J. HERREROS; *Escuché sus gritos*. Op. cit., pp. 14-15.

<sup>1488</sup> Qué consistentes resultan las imágenes que nos regala Alvaro Hoppe al respecto. A. HOPPE, G. LEIVA QUIJADA; *El ojo en la historia*. FONDART, Gobierno de Chile, Santiago, 2003. Agradezco a Claudio Rolle su referencia a esta imagen precisa que capta el fotógrafo en su libro, de estas experiencias vinculantes entre niños y jóvenes en la vida cotidiana de la población.

fue dando un paso desde la necesidad a la reorganización comunitaria, que a partir de su propia práctica comenzó a articular una crítica profunda no sólo a los efectos que la dictadura provocó entre los sectores populares, sino al modelo de sociedad que trasuntaba el proyecto autoritario<sup>1489</sup>.



**Imagen 6. Niños jugando en el agua de un grifo en una población de Santiago. Autor A. Hoppe**

Fue en este escenario y ya situándonos específicamente a comienzos de la década de 1980, que la población vino a jugar un nuevo papel como territorio socialmente construido. Si la intimidad del barrio sirvió de cobijo para los perseguidos y de reactivación y colaboración para los más necesitados, también se convirtió en el eje desde el cual se produce la re-politización de las personas, con la emergencia de nuevas actitudes y posicionamientos contra la dictadura y el entramado normativo que se impone durante estos años. Queremos señalar con esto, que en la población —en el espacio público local— se va a llevar adelante, entonces, la recomposición de las identidades populares; de sus actores, de sus organizaciones, de la comunidad, a fin de cuentas, hasta convertirlas en un contingente potente —y fundamental— del movimiento social por la democracia. Su fuerza y relevancia en las poblaciones ofreció espacios importantes de resistencias políticas, sociales y culturales al régimen de Pinochet, proyectando en el espacio público, nuevos referentes sociales como representantes de la sociedad que se levanta contra el orden existente. Al orden político, qué duda cabe, pero también desde una dimensión más amplia,

---

<sup>1489</sup> C. HARDY; *Hambre + dignidad= Ollas comunes*. PET, Santiago, 1986, p. 22.

donde el cuestionamiento no sólo se supeditó a lo político sino de manera integral a todos los ámbitos de la nueva estructura social y cultural que está imponiendo la dictadura.

La reorganización del tejido social, entonces, y el progresivo empoderamiento de las organizaciones de base bajo el entramado autoritario a partir de la década de 1978, sirvió para repolitizar estos espacios y, paulatinamente, propiciar canales de expresión que van a intentar conducir la “fuerza” que irrumpe con la generación de los 80’ –parafraseando a los prisioneros. Primero tímidamente, luego, dado todo el proceso sociopolítico que se sucede, de manera contundente y decidida. En este sentido, las protestas junto con visibilizar el descontento, van a jugar un papel relevante como espacio de protección para la acción. Los jóvenes y su acción contestataria escenificaron una auténtica “cultura de barricada”<sup>1490</sup>, que cuestionó, sin grandes fundamentos pero con una decisión total, el orden vigente a través de la acción (y no la reflexión, el análisis o las ideas, como se habían venido formando las nuevas generaciones de jóvenes anteriores al golpe de Estado)<sup>1491</sup>. Desde sus distintas identidades van a reapropiarse del espacio público; la dualidad de rabia y compromiso, rebeldía y exclusión, se combinó con los distintos ámbitos –escindidos— desde donde los jóvenes visibilizan su descontento. “La juventud como intento”<sup>1492</sup> va a manifestar la expresión –siempre parcial, desordenada y disruptiva— de aquellos esfuerzos por superar los efectos que el poder despliega en ellos a través del disciplinamiento y la exclusión. La violencia se convirtió, de esta forma, en un símbolo de la propia identidad juvenil: rabia incontenible, sin posibilidad de canalizarse en algo específico o útil. De ahí que algunos, hablen de anomia. Aunque más bien retrate la frustración de una generación perdida, carente de referentes ante un poder que no sólo los excluye y estigmatiza sino que, además, desconoce humanidad y dignidad a todo lo que ellos y su entorno son y/o proyectan ser<sup>1493</sup>. Es cierto, esto no podría extenderse al conjunto de los jóvenes pobladores pero, no obstante, representó una acción distintiva y que, de algún modo, evidenciaba los efectos de la revolución social en curso y el enorme desarraigo que va a invadir a amplios sectores de la juventud. Todo este fenómeno se registra en cada esquina de la población, en cada acto de subversión y rebeldía, que una vez que las protestas nacionales adquieren una dinámica propia al interior de las poblaciones de Santiago expondrán en toda su dimensión el

---

<sup>1490</sup> S. STERN; *Luchando por mentes y corazones. Las batallas de la memoria...* Op. cit., p. 333.

<sup>1491</sup> Un lema que se utilizó bastante durante este periodo entre los jóvenes venía a resumir en una simple frase este cambio de perspectiva entre los jóvenes organizados y activos participantes de las protestas. Del clásico “venceremos” vinculado a Allende y la UP, se pasó al “ven, seremos”, en clara alusión al giro que viven las sensibilidades y representaciones de los jóvenes respecto a su papel en esta sociedad.

<sup>1492</sup> I. AGURTO, M. CANALES, G. DE LA MAZA. *Juventud chilena: razones y subversiones*. Santiago: ECO, FOLICO, SEPADE. 1985.

<sup>1493</sup> E TIRONI; “Marginalidad, movimientos sociales y democracia. Revista *Proposiciones* 14, Sur, Santiago, 1987, pp. 9-17.

complejo proceso social que se vive al interior del mundo juvenil urbano popular. La violencia resultó ser, en ese contexto, un canal poderoso y representativo de ésta. No sólo de militantes dispuestos a todo o jóvenes anómicos como usualmente se tendió a interpretar estas expresiones, sino y sobre todo, de sectores de la población que, hastiados por la exclusión y desprovistos de otras referencias que orientasen sus acciones, en un mundo —en definitiva— crecientemente desarticulado y carente de sentido al que se ven sometidos, expresan su sentir a través de este único medio que realmente sienten los identifica, la acción: pacífica o violenta, no importa. El asunto era actuar.

Cuando los jóvenes de Santa Adriana, en pleno desarrollo de una protesta, incendian la comisaría de la población obteniendo el cierre permanente de la tenencia hasta el retorno a la democracia, observamos indicios de este fenómeno. La conquista de un lugar a través de la violencia, materializa el conflicto, pero a su vez visibiliza el júbilo que representa enfrentar sin tapujos al otro, expulsarlo del lugar propio rescatando dicho espacio —al menos simbólicamente— para la comunidad: “Estaba todo el callejón Lo Ovalle lleno de barricadas. (...) Y desde ahí les tiraban peñascos a los pacos. Fue tanto el hueveo que había un compa que como a diez metros estaba sentado, frente a la comisaría, con un pañuelo en la cara... sentado. Los pacos no le dispararon, ni una *hueá*...”, rememora Gonzalo<sup>1494</sup>. Era un triunfo no sólo militar, sino más bien simbólico. El símbolo de la expulsión de aquellos ajenos a la población. Así, desterrar a los representantes de un régimen todopoderoso, también fortalecía la identidad propia de sus actores que marcaban “su” espacio recuperado del poder autoritario del Estado. En este triunfo se registra materialmente un modo específico de representar el mundo, su mundo, y el conflicto del que son parte. Aunque fuese simbólicamente<sup>1495</sup>. Jaime recuerda claramente el episodio. Y lo hace con orgullo, mostrándonos lo que podía representar un acto de semejante desafío. Su papel como articulador en la zona de las acciones del PS, lo llevaban a estar siempre atento, disponiendo y facilitando material para las acciones de los más jóvenes, nos cuenta. “Claro, pero si desapareció. (...) Es que fue atacada en un momento. (...) Hubieron como tres movilizaciones que se hicieron en que se acordonaron la comisaría y... [y la oficina de investigaciones que existía en el sector]. Tres veces se rodeó y la tercera oportunidad, se hizo la acción propagandística y le tiraron bombas y hueás, cachai y de ahí la cuestión

---

<sup>1494</sup> Gonzalo, militante del MAPU-Lautaro de más de 40 años a la hora de la entrevista realizada el 12-sept 2005. El texto en: **N. ACEVEDO ARRIAZA**; “El pueblo en llamas”. Los orígenes y significados de las protestas populares de 1983 desde la memoria de los militantes del MAPU (Lautaro)”. *Historia Oral* Vol. 15, n° 2, pp. 99-124. Jul-dic. 2012.

<sup>1495</sup> Entrevista realizada por el autor a Jaime Pérez, realizada el 14-03-2015. Ver también: **N. ACEVEDO ARRIAZA**; *El Mapu en las protestas populares (1978-1985)*. Tesina para optar al grado de Licenciado en Historia y Ciencias Sociales, Universidad ARCIS, Santiago, 2006. Online. [www.archivochile.com](http://www.archivochile.com) Consultada 12-11-2012.

desapareció. Nosotros estábamos en la parroquia [casi frente a la tenencia] porque desde ahí siempre organizábamos todo”<sup>1496</sup>.

Pero no sólo la violencia va a ser canal de apropiación y reconstitución de la identidad de las y los pobladores movilizados; también otras prácticas evidencian este fenómeno y su significado. Las escuelas de veranos y colonias urbanas creadas por las más diversas organizaciones de base, por ejemplo, expresan al mismo tiempo este carácter de alteridad y antagonismo en relación a la estructura del régimen que los distingue del resto. En efecto, en estas experiencias se abordan y discuten temáticas profundas y complejas que buscan de algún modo insertar a los jóvenes, mujeres y hombres en los desafíos, problemas y tensiones que marcan la coyuntura de la realidad social de esos tiempos, proponiendo miradas críticas y alternativas posibles a dicha coyuntura. Son en este sentido, también, un espacio de disidencia y construcción —al menos proyectualmente— alternativo de sociedad. Donde ideas y valores como la igualdad, la participación libre de todos restituyen el carácter democrático de este tipo de instancias. Es más la fuerza que alcanzan estas iniciativas durante los 80’, los llevan a proyectarlas más allá de la población, a aunar fuerzas con otros barrios que experimentan situaciones similares. En nuestro caso, existieron múltiples instancias dirigidas a proyectar y ampliar ese espíritu libertario, democrático y popular a más espacios. Las colonias urbanas organizadas entre varias poblaciones del sector sur de la capital, donde participaron sectores de Lo Sierra, José María Caro y Santa Adriana, son muestras de este fenómeno. Si bien ya se habían venido realizando talleres de verano e invierno y colonias urbanas en cada población, los trabajos conjuntos realizados entre las distintas organizaciones y el fuelle que entidades como el MOAC, el MOANI (dependiente de la iglesia Católica)<sup>1497</sup>, o el colectivo Caro Ochagavía, permitió desplegar este tipo de actividades. En sus talleres, junto a las actividades típicamente recreativas, también se organizaban charlas y cursos de formación y discusión que intentaban, precisamente, incentivar la mirada alternativa y crítica con el sistema dominante<sup>1498</sup>. Ya desde 1978, pero con más fuerza y habitualidad, cada fecha simbólica — como aniversarios del golpe, el día del trabajador, de la mujer o jornadas que recordaban a algún caído del barrio— convocaban a un amplio sector de organizaciones para reunirse, expresarse y volcar en el espacio público sus sentidos, sentimientos y convicciones.

---

<sup>1496</sup> Entrevista a Jaime P. realizada por el autor, en diciembre de 2011.

<sup>1497</sup> El MOANI, es el Movimiento Apostólico de Adolescentes y Niños, y el MOAC el Movimiento Obrero de Acción Católica, ambos dependientes de la iglesia y con fuerte raigambre en las poblaciones durante este periodo.

<sup>1498</sup> Estructura de escuelas de invierno 1986. Parroquia San Pedro Pescador. En ellas se imparten cursos y talleres sobre diversos temas: alimentación y enfermedad; realidad de la mujer pobladora; origen del movimiento poblacional; legislación laboral; Municipalización en educación y salud; problemas juveniles. Un foro sobre la visita del papa, cerraría el curso. Documento de presentación y difusión “Escuelas de invierno”. Agosto 1986. Archivo Personal Cecilia Binimelis. Agradezco a esta pobladora el cuantioso material facilitado para esta investigación.

Acciones, en definitiva, que encontraban en la población el lugar idóneo para materializar sus formas y representaciones conformando en esas prácticas aspectos fundamentales de una identidad común.

Igualmente, los espacios creativos de dispersión cultural, como obras de teatro, peñas musicales, ciclos de cine, o charlas, van a registrar ese afán de búsqueda, de creación y recomposición que en pequeños gestos y actividades se materializan en el espacio local. Carlos, cantor popular, por ejemplo, señala que en las peñas y las actividades culturales en las poblaciones —donde trabaja sólo por compromiso social—, “se alimentaban las conciencias con la cultura propia, y además servía para aglutinar a la gente”<sup>1499</sup>. A fin de cuentas, luego de tantos años, “Lo que se quería era despertar a la gente”, señala Jaime que se desplegó desde su partido en el ámbito territorial para generar espacios de debate, discusión y concientización de las y los pobladores.

la idea era siempre generar una discusión que permitiera abrir los espacios y bueno, ahí te ganabai el favor de los más comprometidos. (...) Y empezábamos a generar espacios culturales que servían pa' atraer gente y conversar. Y así armábamos obras de teatro, peñas, talleres de guitarra, ¡en pequeño eso sí! (...) Y todo eso te permitía entrar, entregar cosas, y atraíai a grandes y chicos porque les traías cosas que no veían. “Me acuerdo una vez que nos conseguimos una ...[proyector] y les pusimos la información que estaba saliendo de Nicaragua. ¡Bua! Cómo miraba la gente”, recuerda Jaime... la gente quedaba como alucinada (sic)... ahí todos los cabros más jóvenes alucinaron, porque no sabían lo que estaba pasando. Y nosotros, con una sábana, rapidito les mostramos todo eso<sup>1500</sup>.

En efecto, muchos componentes del carácter carnavalesco que va a reproducirse durante las primeras protestas nacionales, van a ser manifestación explícita de un nuevo sentir de la sociedad. Un auténtico despertar que toma forma con artefactos tradicionales de la cultura popular. Imágenes y estereotipos se convierten en una evocación de símbolos fundamentales de todo lo que fue la “cultura revolucionaria” de los años 60<sup>1501</sup>. Así, identificamos cómo se experimenta una fusión de elementos simbólicos, que por una parte nos conectan con toda esa cultura revolucionaria anterior al golpe de Estado y fuertemente marcada con su carácter latinoamericano —siendo la revolución cubana quizás su máxima expresión, aunque figuras como Violeta Parra, Víctor Jara, y la nueva canción son tanto o más emblemáticas— mientras, por otra, con fuerzas y sentimientos nuevos, que con registros gráficos y morfológicos de otros tiempos, también son expresión de los espacios

<sup>1499</sup> Entrevista a Carlos realizados por el equipo del CODEM. Boletín Vamos Mujer, núm. 5, año 6, 1986. ARNAD.

<sup>1500</sup> Jaime rememora que en una de esas tantas actividades para jóvenes organizaban pequeños ciclos con precario material para mostrarles “la realidad”, como lo define él mismo. En rápidas acciones en las propias calles, se estiraban sábanas, y con un proyector que habitualmente facilitaban organizaciones externas, se daban películas o documentales que la gente veía a la rápida de pasadita pero siempre expectante, participativa. Entrevista realizada por el autor, 14-3-2013.

<sup>1501</sup> S. STERN; *Luchando por mentes y corazones. Las batallas de la memoria...* Op. cit., p. 322.

populares chilenos en dictadura. Esta mezcla o hibridación entre pasado y presente que se produce en el espacio poblacional, va a ser el manto que recubra esta recomposición solidaria de los barrios populares de la capital y donde figuras emblemáticas de *ese mundo que se fue*, significan la representación identitaria de los pobladores organizados. Las peñas con el canto nuevo, simples y a veces improvisados talleres de guitarras —con apenas estudiantes de música pertenecientes a un partido— como recuerda Juan Miño, conectan ese flujo cultural anterior al golpe de Estado con parte de la identidad popular<sup>1502</sup>.



**Imagen 7. Obra Los jueves y Los Reyes, Representaciones – Obras ilustradas de la Compañía de teatro Escuela “Q”, en población La Pincoya. Santiago 1988<sup>1503</sup>.**

Si bien es cierto que este tipo de iniciativas pueden parecernos extremadamente ajenas y con una evidente intencionalidad político-partidista, lo interesante son las reacciones y reappropriaciones que se producen entre los miembros más activos e interesados del barrio que no necesariamente forman parte del entramado partidista que produce este tipo de acciones. Es ahí, en los pobladores —y sobre todo entre jóvenes y mujeres— donde observamos el potencial emancipatorio de la acción popular y sus organizaciones de base. En su voluntad de participar, de colaborar y sumarse a espacios e iniciativas que de algún modo representan una ruptura con los principios y el orden que la dictadura establece como eje de la participación ciudadana. Es ahí donde se halla ese componente creativo y articulador, que recompone formas otras de entender y experimentar en la práctica la sociabilidad y que aunque se oponen abiertamente a la dictadura, representan una lógica

<sup>1502</sup> Entrevista Personal a Juan M. Realizada en Fundación Cristo Vive, La Pincoya, noviembre 2012.

<sup>1503</sup> Fuente, Memoria Chilena, <http://www.memoriachilena.cl/602/w3-article-545589.html>. Consultada, 14-01-2015.

emancipatoria mucho más amplia que trasciende a la dictadura (y ámbito estrictamente político) para ser una respuesta integral.

Ejemplo de estas prácticas y su componente creativo, se advierten especialmente en los murales que colorearon y llenaron de simbolismo las distintas poblaciones de la capital. Pinturas que retratan una historia, un sentir, un pensar. Son huellas manifiestas de la intervención de los actores sociales en el espacio común, expresando y personificando aspectos que dan cohesión —histórica, identitaria y relacional— al grupo al que hace alusión. Rayados y murales se revelan entonces como artefactos que posibilitan indagar en los sujetos que los realizan; una forma de explorar desde dentro al sujeto poblador<sup>1504</sup>. En sus sentimientos, representaciones de la realidad, su historia, memoria, anhelos, frustraciones y proyectos. Todas, cuestiones que cobran vida en la inscripción en el lugar. En ese sentido, los murales pueden entenderse —así como otro tipo de intervención que se hace habitual en este periodo— como “prácticas de una resistencia política que expresa el sentir de una comunidad”<sup>1505</sup>. Marcela, a modo de ejemplo, nos enseña una foto tan relevante para ella y su comprensión del pasado como significativa del sentido que tenían algunos simples rayados en la lucha que se estaba dando a través de simples gestos durante este periodo. El sólo hecho de fotografiarse frente a un rayado en un muro central y por tanto relevante para la población, convocando a una de las tantas marchas del hambre que se realizaron en Chile contra la dictadura, en 1984, devela el significado y la importancia que presenta dicho registro para ella, joven pobladora, en la lucha por la democracia. ¿Porque si no, se fotografía frente a un muro gris en el habitual escenario cotidiano que envuelve su vida? “es que eran las formas que teníamos de mostrar, de participar... como de ser parte”, señala. Es el rayado, con un simple llamado a marchar lo que motiva a grabar a través de una fotografía el espacio cotidiano. Ella, cuando la interrogamos respecto al símbolo y significado que presenta para ella esa foto, recalca el valor que tiene el simple llamado a marchar porque representaba una alteración al orden, pero sobre todo un desafío a la autoridad algo que a ella como joven de 15 años en esos momentos, la activa y moviliza<sup>1506</sup>.

---

<sup>1504</sup> P. ALCATRUZ; “Aquí se pinta nuestra historia: el muralismo callejero como acercamiento metodológico al sujeto histórico popular” *Anuario de pregrado* (2004), Universidad de Chile, Santiago, 2004, p. 1.

<sup>1505</sup> M E. TIJOUX; “La inscripción de los cotidiano:... Op. cit., p. 145.

<sup>1506</sup> Entrevista personal a Marcela XXX realiza en los Talleres de Memoria Histórica, Población José María Caro. Programa de Recuperación de Barrios, Santiago, mayo-diciembre 2017.





**Imagen 8.** Calle Acapulco y rayado para sumarse a la movilización, población José María Caro. Gentileza de Marcela S.

En la Pincoya y Santa Adriana, al igual que en muchísimas poblaciones de la capital, rayados y murales progresivamente se hicieron parte de la vida cotidiana de los sujetos y venían a representar, al mismo tiempo una reapropiación –creativa— del espacio en pugna que representaba la población como lugar simbólico en el entramado sociopolítico de aquel entonces. Un lugar donde verter rabias, esperanzas y sentimientos de quienes ahí se expresan. Entregar panfletos, participar de marchas, realizar rayados y murales recordando la historia de la población o llamando a la subordinación, son formas que registran ese modo de ser y de entender el mundo en el que se desenvuelven. De esa forma, una simple pared se convierte en un lugar antropológico, recargado de nuevos símbolos que sirven para identificar a sus miembros conectándolos a través de esos registros con su pasado, aquel presente y el devenir al que añoran<sup>1507</sup>.

En esa misma línea, una militante del MJL, recuerda cómo las protestas posibilitaron la libre expresión de los sujetos, abriendo un canal y un espacio de acción creativa y contestataria al orden vigente que a la vez de estimular la visibilización y difusión de mensajes sencillos pero cargados de simbolismo, los incentivaba a visibilizarse a ellos mismos y reconocerse –y ser reconocidos por otros en el espacio público—, como sujetos activos que estaban confrontando a la dictadura. Cuando las protestas, recuerda Mane, ya estaban desatadas y se escenificaban incontrolables y peligrosas para una gran multitud, resultaba aún más relevante que sus acciones políticas de rayados y consignas que llamaban a la insubordinación, fueran vistas y reconocidos por los otros vecinos. El miedo a ser

<sup>1507</sup> Esta cuestión además sirvió para proyectar y registrar en los murales el devenir de la población. Con posterioridad a la dictadura, el narcotráfico o la violencia machista se han constituido en nuevos emblemas de la resistencia de los pobladores al orden vigente. **A. LÜNECKE**; “Violencia urbana, exclusión social y procesos de guetización: La trayectoria de la población Santa Adriana”. *Revista Invi* n°74, Vol. 26, mayo 2012, pp. 287-313.

identificado en estos momentos pasa a segundo plano en desmedro de la necesidad de ser reconocido. De hecho, “Íbamos pa’ que nos vieran”, recuerda<sup>1508</sup>.

Igual ocurre con los jóvenes pobladores de Santa Adriana que recuerda Iris M. En una noche de protesta había realizado rayados y murales en honor a Pablo Neruda en la plaza Carlos Dittborn. Incluso simbólicamente cambiaron el nombre del parque haciendo alusión a la venida del Nobel en 1970<sup>1509</sup>.



Imágenes 9, 10 y 11. Murales que hablan de la historia, memoria e identidad de los distintos barrios populares de la capital<sup>1510</sup>.

Pero no sólo en los murales se inscribió el sentir de los pobladores. Calles, plazas, centros comunitarios y distintos escenarios públicos, certificaron esa necesidad de registrar bajo sus referencias el espacio que se proyecta como constituyente de la identidad de esos sujetos (o al menos parte de ellos). En un contexto de abierto conflicto con el autoritarismo gubernamental, los distintos espacios del barrio se convierten en canal de representación de los pobladores; en ellos se observan repertorios de acción que alcanzan incluso el nivel de ritual. Así se observa con las hibridaciones ecuménicas que mezclaron ritos cristianos con procesiones reivindicativas que llamaban a la paz, la democracia y la defensa de los Derechos Humanos; los *vía crucis*, con paradas en lugares emblemáticos —donde algún miembro había perdido la vida en manos del régimen— recargaron de simbolismo la acción de los pobladores y que, por lo demás, se hicieron habituales, demostrando ese carácter simbólico. Prácticas, además, que proyectadas se constituyeron en nuevos elementos identitarios de sus miembros y que los distinguía del otro y también recomponían una

<sup>1508</sup> Testimonio de Mane, más de 40 años, militante MAPU-Lautaro desde su fundación, realizada febrero 2005. En, **N. ACEVEDO ARRIAZA**; “El pueblo en llamas. Los orígenes”... Op. cit., p. 114.

<sup>1509</sup> Entrevista personal realizada por el autor a Iris Montenegro, realizada 18-12-2012.

<sup>1510</sup> Imagen 7, de A. HOPPE, El ojo en la historia... Op. cit., retrata el papel que desempeñan los muros como lugar en que los pobladores se expresan sorteando la represión y la censura; Imagen 8, Un mural actual de La Pincoya que recoge figuras simbólicas como la mítica sirena chilota como parte de la identidad de la comunidad; Finalmente, Mural en el sector Caro-Ochagavía que registra “los albores” de la población. Mural realizado en plena dictadura como mecanismo de conectar a los vecinos con su historia. Gentileza de Cecilia Binimielis. Archivo Particular.

tradición acallada a punta de fusil por la dictadura<sup>1511</sup>. Al igual que la creación de murales que retratan a la población y su historia, las procesiones y marchas encabezadas por la cruz, fueron una actividad que se masificó a distintas poblaciones de Santiago durante este periodo, pero tuvo especial permanencia en Santa Adriana, constituyendo una efectiva señal de identidad de esta población<sup>1512</sup>. Esta acción, cobró mayor relevancia cuando el régimen aplicó sin distinción la represión en el espacio público, desatando la violencia contestataria que tornó peligrosa la expresión en el espacio público y alejó a muchos de la acción de protesta. Beatriz, recuerda las marchas organizadas junto al grupo de salud de la población en los tiempos de protesta y tantas otras mujeres de organizaciones del sector que se sumaban a las habituales marchas por la población. “Es que era muy importante salir y mostrarle a todos que se podía”. Las marchas, habitualmente destinadas a resaltar la no violencia, la dignidad y el respeto a los derechos humanos, se convirtieron en el modo que este grupo de mujeres enfrentaba al poder dictatorial y delante de todos expresaba su oposición a la dictadura. “Nosotras salíamos siempre. Y salíamos antes a marchar, pa’ evitar que los cabros nos dejarán la tendalá (sic). Ellos hacían piquetes por aquí, y arrancaban después por allá y se iban. Mientras, nosotras marchábamos”, recuerda, distinguiendo la acción de ellas y de los jóvenes. La reapropiación de símbolos cristianos para expresarse libremente contra la dictadura en el espacio público, no las redimía de la represión “nos tiraban de todo”, señala. Sin embargo, las distinguía de los jóvenes que querían utilizar la violencia para protestar, cuestión que las legitimaba ante los vecinos que “entre cortinas” observaban el heroico paso de estas mujeres, y los empoderaba frente a la policía que ante los símbolos cristianos tendía, en algunas ocasiones, a moderar su acción<sup>1513</sup>.

Lo relevante, en cualquier caso, era el símbolo de estas acciones y su fuerza como referente cultural al desarrollarse en el espacio público poblacional, el cual de algún modo reapropiaban convirtiéndolo como suyo y de su causa. Más allá del miedo que infundía la represión, existe la convicción en lo imperioso que resultaba volver a la democracia. Incluso a riesgo de exponerse a la brutal represión. Para estas mujeres no importaba. Tras

<sup>1511</sup> Durante En la actualidad esta práctica sigue siendo, en algunas poblaciones, un emblema que se relaciona con los organismos de Derechos Humanos y el tiempo de la dictadura. Ejemplo de ello, es la ceremonia que se sigue realizando en Villa Grimaldi —ex centro de tortura y ejecución de la dictadura— por varios sacerdotes de poblaciones. **VV.AA.** *Crónicas de una iglesia liberadora*. LOM ediciones, Santiago, 2000, pp. 107-111.

<sup>1512</sup> Los informes elaborados para la Vicaría respecto a las actividades realizadas en cada jornada de protesta, permiten comprobar que para fines de 1983, cuando la violencia represiva masiva —y no selectiva— se había instalado de manera permanente, este tipo de prácticas disminuyó considerablemente en ritmo y masividad. Sin embargo, en Santa Adriana las marchas se mantuvieron en el tiempo, pese al peligro, evidenciando que este se adecuó bien a las posibilidades de los y las vecinas de la población, como así lo hicieron constar varias entrevistadas y la propia Vicaría. Vicaría de la Solidaridad, *Informes Mensuales*. En particular, ver Informe por Zonas. Caja AT 49(b) Protesta 84-86. Carpeta Ficha cuadros por zonas, Zona Sur, Protesta 27-03 1984. CDyAVS.

<sup>1513</sup> Entrevista realizada por el autor a Beatriz, realizada 11-11-2012.

años de subordinación —en la casa y en la sociedad— ellas encuentran en estas sencillas acciones el modo de visibilizar —a través de la solidaridad y el trabajo comunitario— su oposición abierta a la dictadura. En este sentido y al igual que se produce a nivel nacional, las mujeres desempeñaron un papel fundamental como referentes éticos de la sociedad chilena. En las poblaciones, se convierten en emblema de la defensa de la dignidad, el respeto y los derechos de las personas. Por pobres que fuesen. Eso, les confiere el respeto del conjunto de la comunidad. Su historia, como gestoras y articuladoras de esta red solidaria de sociabilidad, expresada en las organizaciones de base, su compromiso desinteresado por la comunidad y su acción valiente en el espacio público las va situar en una posición de poder no sólo frente al Estado opresor, sino sobre todo frente a sus pares. Ellas serán entonces las representantes de esa lucha por la democracia, la dignidad y la libertad en el ámbito local. Mujeres con nombre y apellido, plagadas de dificultades y aún, en muchos casos, prisioneras de las normas de la sociedad que las subordina al ámbito privado.

Cabe matizar en cualquier caso, que existió una diferencia en la *ritualización*, significación y proyección de estas prácticas de acuerdo a cada población. Aquellas con mayor tradición organizacional, con más vínculos históricos con partidos de izquierda, contaron con una mayor voluntad por simbolizar y escenificar en el microespacio sus representaciones e identidad. Pero no es menos cierto, que esa voluntad aunque menos perdurable en el tiempo, también se manifestó en otros barrios populares de la capital que combatieron de esta forma simbólica a la dictadura. Quizás con menor representatividad al interior de la población, pero presente a fin de cuentas, incluyendo a una amplia y diversa gama de actores. Fuesen mujeres, jóvenes, ancianos o trabajadores.

Igualmente, si bien el testimonio de Beatriz recoge ese afán diferenciador entre los distintos actores sociales que irrumpen en el espacio público poblacional, también existen las sinergias, confluencias y respetos entre estos mismos actores. La propia Beatriz recuerda su disposición —y la del Grupo de Salud completo— de ir en ayuda de aquellos jóvenes que caían heridos víctimas de la represión, enfatizando que pese a la diferencia en las formas, existe este vínculo que los hace parte de un mismo grupo<sup>1514</sup>. Gonzalo, Lautarista del sector, refrenda este punto con su testimonio respecto a lo que era una jornada de protesta;

Salíamos temprano a hueviar a las protestas, a hacer las barricadas y tipo una de la tarde íbamos a la olla común... almorzábamos con las viejas, ellas nos cuidaban, reposábamos un rato y como a las cuatro de la tarde, empezábamos a movernos... empezaban a operar lo que eran los comités de salud... donde

---

<sup>1514</sup> Entrevista realizada por el autor, 14-12-2012.

nosotros sabíamos que teníamos que llegar si andábamos con problemas de repre, de heridos y con gente<sup>1515</sup>.

Las mujeres del Caro Ochagavía, también manifiestan esa confraternidad y colaboración en el trabajo mancomunado de distintos grupos en la organización de actividades. Algunas recuerdan la ayuda de sus hijas mayores para cuidar a los menores mientras ellas se iban a colaborar en la elaboración de volantes y panfletos preparando el paro del 2 y 3 de julio; otras, insisten en la ayuda de todas y todos en la elaboración de reuniones y documentos de discusión sobre las actividades que debían realizar para tan importante acto; de hecho, Cecilia nos recordaba cómo colaboraban con sus productos del huerto de la parroquia, para la olla común que se elaboraba para las protestas<sup>1516</sup>.

En resumen, queremos enfatizar la relevancia que jugó el espacio en la protección, rearticulación y recomposición de las identidades populares en las poblaciones de Santiago, entremezclando en este último sentido, aspectos tradicionales con nuevas referencias identitarias, que van a situar a jóvenes y mujeres como principales protagonistas de esta rearticulación y visibilización de acciones simples y quizás marginales en el entramado de la historia oficial de la lucha por la democracia, pero saturadas de símbolos y significados que manifiestan, a nuestro entender, no sólo un malestar por el orden vigente, sino también expresiones de alteridad, formas de comprensión y creación que denotan cierta coherencia en las formas de representación de la realidad así como de modos de entender el mundo. Modos, en definitiva, fundados en las experiencias, sustentadas en una visión solidaria, comunitaria, democrática y popular de la acción. Fue en el lugar, en síntesis, donde se materializó dicho proceso en que los actores sociales organizados, lograron plasmar en el tiempo y en el espacio, una forma, más o menos acabada de ser, pensar y actuar, que los conectó como comunidad y los distinguió del poder oficial del Estado dictatorial.

---

<sup>1515</sup> Testimonio realizado en septiembre de 2005. Extraído de, **N. ACEVEDO ARRIAZA**; "El pueblo en llamas. Los orígenes"... Op. cit., p. 115.

<sup>1516</sup> Boletín Vamos Mujer, Sector Caro Ochagavía, Año 6, número 3, mayo-junio 1986 ARNAD. Entrevista Personal a Cecilia B. Realizada en junio de 2017.

## **CAPÍTULO VI**

### **MICROHISTORIA DE LA VIDA EN DICTADURA EN SANTA ADRIANA Y LA PINCOYA II: Representaciones colectivas y significados de las prácticas durante la dictadura militar**

#### **1. Introducción**

El presente capítulo es en realidad la continuación del capítulo 5. Está íntimamente conectado con éste, al seguir situando al territorio, al lugar como espacio socialmente construido, como máximo referente de las reflexiones e interpretaciones que realizamos del accionar de los sujetos que se despliegan en Santa Adriana y La Pincoya. Su división se debió más bien al afán de ordenar y no hacer demasiado extenso el capítulo y no a un cambio de tema. De ahí que las reflexiones y análisis mantengan una continuidad dialéctica con lo señalado en el capítulo anterior.

En ese orden, una vez profundizado y problematizado lo representa el lugar para los pobladores organizados —como espacio de contención, cobijo y resguardo, propiciando una identidad común entre aquellos que se sienten parte de esta comunidad y lo distingue del otro, en este caso el régimen— nos interesa ahondar en el conflicto que se despliega durante este periodo en la población. El conflicto físico, ciertamente, pero intentando analizar y discutir respecto a los significados que representa desde una perspectiva simbólica e ideológica. Como ya hemos venido expresando, nos parece evidente que las prácticas poblacionales de resistencia a la dictadura y todo su entramado normativo-cultural, representan un quizás desordenado —pero no por ello menos eficaz— modo de verter en el espacios público sus anhelos, reivindicaciones y frustraciones que vienen a ser al así como un conjunto de valores y e ideas que dan vida a un modo más o menos específico de entender la vida en sociedad. Modos, que también entran en conflicto con aquellos que dispone el régimen expresando en el conflicto, entonces, algo más profundo que la pugna dictadura-democracia. Estas tenciones y resistencias tomaron especial forma en el reclamo sostenido y organizado de nuevos referentes sociales que darán vida a esta cultura de barricada que se presenta en

el tiempo de las protestas, como señala S. Stern. Mujeres y jóvenes desempeñan un papel crucial en esta historia. Esta emergencia nos permite observar cómo junto a los elementos históricos de esta cultura organizativa basada en la solidaridad y la comunidad, también emergen nuevos elementos contingentes que otorgan un nuevo cariz a la movilización de base. Estas emergencias también son símbolo de este mundo en transformación que representa el Chile de los 80', ahondando en las motivaciones y diferencias que identificamos entre los distintos actores sociales que se despliegan en el espacio público durante el tiempo de las protestas nacionales.

A continuación, nos detenemos específicamente en los lugares de memoria que logramos identificar en cada uno de estos barrios capitalinos y cómo sirven para alimentar las memorias del tiempo de la dictadura. En este sentido y más allá que los lugares analizados presentan una representación más o menos dominante entre los vecinos, destacamos, a su vez, algunos testimonios discordantes, que plantean no sólo la dificultad de entregar un solo sentido a los lugares, sino la existencia de memorias alternativas que discuten y problematizan sobre los sentidos dominantes en cada población. En esta misma línea, como cierre, nos parece importante plantear al menos enunciativamente respecto a los comportamientos de esa masa que no participó activamente a las protestas así como de las aquellas prácticas que evidencian un procesos de asimilación y cambio a las nuevas lógicas que impone la normativa autoritaria entre los pobladores, de manera matizar los discursos dominantes y plantear, al menos matizadamente, la existencia de otros procesos de construcción de sentido entre los pobladores, y que dan cuenta de los cambios que vive el país durante esta década y de los cuales, los sectores populares no están ajenos.

## **2. La población como lugar de conflicto y resistencia.**

Ya hemos señalado majaderamente el impacto que significó el golpe de Estado y la nueva administración dictatorial en el mundo poblacional. La contundencia y profundidad de los cambios impuestos, marcaron radicalmente el devenir de los pobladores chilenos, girando abruptamente en la propia dimensión de lo que era y debía ser su relación con el Estado. Si bien mientras el proyecto refundacional de la dictadura iba tomando forma, a través de la implementación de un nuevo sistema de creencias, ideales y valores

introducidos mediante la política municipal<sup>1517</sup>, la consideración más primigenia e inmediata que se estableció en todos los órdenes del poder autoritario, representó una redefinición radical del sujeto poblador: de beneficiarios directos y preocupación principal de las políticas públicas del *Estado de Compromiso*, se convirtió en actor problemático que resultaba necesario erradicar o, en su defecto, incluir en la nueva estructura, a partir de una profunda renovación de sus ideales y prácticas históricas. Estas, representaban una afrenta directa al ideario que la dictadura buscaba imponer como modelo de acción para la sociedad. Y si bien, existieron personas cercanas al régimen —como la señora Victorina en Santa Adriana, o Don Ángel, declarados “anticomunistas”— la dictadura tendió a generalizar, ubicando a todos quienes no demostrasen lo contrario, como enemigo del gobierno y la nación, considerándolos espacios potencialmente peligrosos; las poblaciones y sus habitantes se debían controlar férreamente, regenerando y modificando los comportamientos tradicionales de sus miembros, sometiéndolos a la nueva estructura social que se está diseñando. Este fenómeno evidenció el profundo antagonismo en la relación entre el Estado autoritario y los pobres de la ciudad, pero, más específicamente, con aquellos comprometidos en la organización y participación de base en el espacio público. En este sentido, el conflicto y la resistencia resultaron ser dos aspectos centrales que estuvieron de manera permanente en el espacio local, componiendo parte del marco habitual y cotidiano en el que se desarrollaron los sujetos en el espacio público durante el periodo dictatorial.

Esta consideración de los pobladores, se estableció originalmente a través de la violencia, la coerción y control de los espacios de sociabilidad y participación; sólo con los años y la consolidación del bloque civil neoconservador en torno a Pinochet, se pudieron implementar una serie de políticas destinadas a reconfigurar las ideas y valores de los sectores populares, cuestión en la que ahondaremos en el siguiente apartado. De esta manera, y sobre todo en un primer momento, dos premisas básicas guiaron y dieron sentido al accionar de la dictadura en las poblaciones populares: por una parte, el potencial peligro que representaban los sectores populares —sobre todo de las poblaciones surgidas de tomas de terrenos— como actores estrechamente identificados con el Gobierno de la Unidad Popular y, por tanto, como potenciales agentes antagónicos del orden que el régimen buscaba recomponer. Existió, al respecto, la convicción que si el marxismo había calado en

---

<sup>1517</sup> Para esta visión nos basamos en el excelente trabajo dirigido por Verónica Valdivia que insiste en la relevancia y éxito que representó la política municipal como estrategia y foco desde donde se inoculó en los sectores populares otra representación de la vida, otros sistema de creencias que redundaron, una vez vuelta la democracia, a que el partido instrumental del pinochetismo, La Unión Demócrata Independiente UDI, se convirtiera ya en entrados en los 90', en el partido más popular de Chile. V. VALDIVIA et. Al; *La Alcaldización de la política. Los municipios en la dictadura pinochetista*. LOM ediciones, Santiago, 2012.



algún sector de la sociedad chilena, había sido en los sectores populares<sup>1518</sup>. Pero, igualmente y en segundo término, los pobladores también representaron un problema por su condición económica y social; esto es, como sujetos desconectados y algo excluidos del sistema económico que se propone consolidar la dictadura. Es decir, como agentes poco eficaces para desenvolverse —libremente y sin la asistencia del Estado— en el mercado, aspecto que genera tensión y conflicto con los nuevos paradigmas de la ortodoxia neoliberal.

Esta última cuestión, en efecto, resultó ser un aspecto aún más importante a considerar. La relevancia de la organización colectiva y la solidaridad que caracterizaba a sus prácticas, tenían su fundamento en la comunidad, es decir, en el bienestar común y no individual, enfoque que atentaba contra los valores del individualismo y la propiedad privada que el régimen pretendía consolidar como aspectos elementales de la refundación de la sociedad. De esta forma, ambos elementos —el ideológico y el socioeconómico— resultaron, entonces, cruciales para definir esa representación antagónica del régimen hacia los pobladores y sus valores históricos que habían definido a buena parte de las prácticas y de los propios imaginarios de inclusión del mundo popular chileno hasta ahí. Así, el contraste fue evidente, suponiendo una confrontación directa entre el Estado y los sectores populares; junto a los partidos de la UP, se convirtieron en el rostro del enemigo interno, y a la vez, el espacio a reducir, aislar y transformar de cara a la nueva sociedad de mercado que se pretende levantar. Este fenómeno se evidenció inmediatamente ocurrido el golpe a través de prácticas específicas que dejaron entrever los imaginarios que llenaban de sentido esa práctica militar que se ensañó con los barrios pobres de Santiago, especialmente en aquellos donde la izquierda y las tomas de terrenos habían jugado un papel importante en la conformación y desarrollo de las nuevas comunidades urbanas. Sólo así se puede explicar la violencia y brutalidad con que los militares irrumpieron en las poblaciones, desde el mismo 11 de septiembre de 1973.

Ahora bien, cómo se va a materializar dicho conflicto, tuvo que ver con la propia evolución experimentada por la dictadura militar y las formas en que los sectores populares —fuertemente delimitados por una contingencia nacional que claramente los sobrepasa— van a responder a los distintos estímulos —casi siempre negativos— que representaron las políticas autoritarias. Desde esta perspectiva, como enunciábamos más arriba, si la construcción paulatina de un proyecto político revolucionario de incorporación de estos sujetos se fue realizando a medida que pasaban los años y ciertos grupos civiles se

---

<sup>1518</sup> Esta mirada fue especialmente impulsada por Jaime Guzmán, que entendía que era en la batalla por las mentes, en los barrios históricamente vinculados a la izquierda, donde efectivamente se debía librar una lucha contra el enemigo marxista.

consolidaban en el poder al interior del régimen y, el propio Pinochet concentraba la autoridad de la Junta, existió una forma básica y hegemónica que definió el “sentido común” de la práctica autoritaria en estos espacios<sup>1519</sup>: la represión, la coerción y el control de forma férrea y decidida resultó un acto instintivo, casi natural, gracias a estas representaciones del otro bajo el paraguas ideológico de la Seguridad Nacional. En ese orden, resultaba fundamental para la conciencia militar restaurar el orden perdido por el país combatiendo sin misericordia al enemigo interno. Fue en la represión, en el cierre de espacios de participación, en la desarticulación de los espacios de conflicto; en la política de erradicación de los campamentos de ciertos sectores de la ciudad y en la propia consideración del pobre, de la mujer, del joven —poblador— y en los espacios en los que estos se desenvuelven, donde se materializó de forma manifiesta y evidente la tensión que subyace a las representaciones que el Estado dictatorial tiene de los sectores populares y los conflictos ineluctables que dicha visión plantea con los grupos organizados de base que venían desplegándose activamente desde la década de 1960. Va a ser, en definitiva, en el barrio, en el microespacio público donde este conjunto de prácticas plasmaron en la vida cotidiana de los pobladores la tensión y el conflicto entre éstos y el Estado dictatorial.

Prácticas, en efecto. Fue en las prácticas del Estado represor pero también de los sujetos que se desenvuelven cotidianamente en su vecindario, donde identificamos una continuidad. Una conexión que se proyecta y los define. Prácticas que, ciertamente, están sedimentadas por innumerables variables en tiempo y espacio que marcan las distintas contingencias que las llenan de sentido, pero que nos proporcionan registros concretos desde los cuales podemos desentrañar sus significados y trasfondos en el entramado histórico que representa el tiempo de la dictadura militar<sup>1520</sup>. En la práctica coercitiva y represiva, en la resistencia, la provocación y la irreverencia expresada en pequeños símbolos. En la acción cotidiana que demarca lineamientos claros de diferenciación entre unos y otros, en el abuso de poder por la sencilla *razón* de ser pobre o pensar distinto, o simplemente por encontrarse ahí —en un barrio obrero, fuertemente estigmatizado— se registra y materializa el conflicto. Un conflicto cosmogónico, dado que confronta formas diversas de entender la vida en sociedad.

Con esta aseveración no pretendemos caer en un esencialismo de clase que divide a pobladores de militares por el simple hecho de ser: las propias estratificaciones y tensiones que se establecen desde el Estado dictatorial con los sectores populares organizados van a

---

<sup>1519</sup> Sentido común, en el entendido que la dictadura va a identificar en los pobladores —y sobre todo los organizados— el cuerpo, mentalidad y esencia del enemigo interno al que busca erradicar de la nación.

<sup>1520</sup> La manera que Stern, por ejemplo, divide en dos las etapas y los sentidos que significan a las prácticas durante el periodo de la dictadura militar (1973-1982 y 1983-1988), sirve para referenciar el modo en que efectivamente se fue disputando coyunturalmente el significado del quiebre democrático y la ruptura social, política y cultural que le siguió. **S. STERN**; *Luchando por mentes y corazones. Libro 2...* Op. cit., pp. 44.

ser reproducidos igualmente entre pares, es decir, entre los propios vecinos que se identifican fuera de esta representación de lo popular-poblacional, registrando el conflicto ideológico que ya había alcanzado altos grados de tensión durante la U.P. Por lo tanto, lo que pretendemos, más bien, es aproximarnos al conflicto que se expresa en las acciones y relaciones cotidianas concretas; entre los sujetos que habitan las poblaciones y los representantes del Estado autoritario, a través de las prácticas específicas que le dan sentido, forma y vida a ese antagonismo; es decir, analizando acciones, experiencias concretas y recuerdos de las mismas, de modo de sugerir potenciales significados. En otras palabras, entendemos que es a través de estas prácticas donde efectivamente subyace el significado que les da sentido y que, entendemos, manifiestan el antagonismo entre el afán hegemónico de una dictadura todopoderosa alimentada en la Escuela de Las Américas, en un contexto de Guerra Fría y decidida a restaurar y consolidar un orden político determinado, y personas con una tradición, valores, historia y trayectoria asociativa distinta, que los sitúa en el lado opuesto al entramado ideológico del régimen<sup>1521</sup>.

Los relatos de humillaciones gratuitas, de menosprecio y escasa empatía con la situación, realidad y circunstancias de pobladores, son una constante en la memoria popular. Cruelmente usuales. Juanita, por ejemplo conecta casi sin diferenciar tiempo la etapa en que allanaron su casa por primera vez un mes después del golpe, con las otras experiencias similares experimentadas durante el periodo de las protestas. Recuerda cómo su casa fue varias veces allanada. Lo que más destaca Juanita es la brutalidad, cosa habitual —insiste— y su incapacidad de entender por qué semejante “ensañamiento inhumano, como lo manifiesta. “En esos tiempos apenas teníamos pa’ comer, y venían y nos tiraban todo al piso...” rememora con rabia por semejante barbarie<sup>1522</sup>. Y es que, en efecto, en las prácticas de militares y carabineros se observa el desconocimiento total de la humanidad del otro. Pareciera que Juana y su familia sólo por participar de las organizaciones y de la parroquia, por ser sindicada por otras vecinas como comunista —sin serlo, en realidad— fuera despojada de todo grado de dignidad<sup>1523</sup>. Salvador Madariaga, de manera similar, reitera la relevancia que tuvo la representación de La Pincoya como población conflictiva por su tradición “comunista”, en la crueldad aplicada por los militares una vez ocurrido el golpe.

---

<sup>1521</sup> Resulta interesante incorporar aquí el papel que juegan las preocupaciones por el desarrollo que tienen los militares chilenos como mecanismo de contrarrestar la influencia del marxismo en el mundo popular y así establecer efectivamente el orden en la nación. Y si bien esta cuestión es efectiva, y alcanzó un importante despliegue ideológico, técnico y práctico, la represión la violencia y el terror fueron los primeros y más efectivos métodos de persuasión ejercidos por la dictadura. Para la visión desarrollista al interior del ejército chileno y el papel de generales como G: Leigh y O. Bonilla ver: **V. VALDIVIA ORTIZ DE ZÁRATE**; *El golpe después del golpe. Leigh versus Pinochet*. LOM ediciones, Santiago, 2003.

<sup>1522</sup> **Z. TODOROV**, *El miedo a los bárbaros...* Op. cit.

<sup>1523</sup> Entrevista a Juana Otárola realizada por el autor 25-09-2017.

Su historia ligada a un movimiento de pobladores, fuertemente organizado y cercano a la UP, significaron que la dictadura aplicara implacablemente la violencia, máxime cuando existieron gestos simbólicos de resistencia al golpe, como recuerdan varios vecinos del sector. La dictadura, de esta forma trazó desde el mismo once una imagen acabada de que en esos espacios se escondía el enemigo interno, aplicando el horror y la denigración cada vez que lo consideraron oportuno<sup>1524</sup>.

Pero no hay cómo sin dónde, esto es, existe un lugar específico donde se materializan las prácticas. En este caso, territorios y espacios que se recargan de simbolismo y sentido a través de dichos actos. En el espacio físico es donde se plasma y registra el conflicto; es ahí donde se re-conoce por parte de los vecinos tanto las huellas propias —su historia— como aquellas marcas infringidas por el otro y que graban en el espacio. Así, calles, muros, canchas, edificios y zonas específicas se convierten en emblemas de la disputa. Lugares que pasan a tener un nuevo significado. Que se complejizan y adquieren nuevas tonalidades como espacio de representación de los seres que allí se despliegan y registran su sentir. Símbolos —a fin de cuentas— del antagonismo que marca la relación entre Estado y sociedad. Es en la población como espacio socialmente construido y como una parte específica del lenguaje simbólico de la ciudad, donde se observan los vestigios de esta confrontación. Si fue en los cuerpos donde el horror dejó una huella indeleble en sus víctimas o en la conciencia de sus familiares, el terror y el conflicto también se registraron en territorios, lugares específicos, marcados en la historia, y que en cada población de Santiago se materializó con sus ejemplos. En los muros de un hospital, en la puerta de una casa, en una cancha de fútbol adonde iban a parar los detenidos; una esquina, la capilla, dejan su sentido original y se convierten en espacios donde se graba el horror que recubrió este conflicto, el miedo de tantos, la impotencia y la rabia, impregnando para siempre una huella de ese pasado en el lugar. Y aunque se recubren de olvido con el paso de los años, reflotan a través de la memoria de sus testigos que identifican y recuerdan a partir de los propios símbolos que le otorgan al lugar, reflejo de esta encarnizada confrontación. Qué mejor ejemplo que los muros de aquella humilde habitación en La Victoria. Pieza de madera por la que entró una bala que se llevó a André Jarlan. A día de hoy esos muros siguen recordando no sólo la muerte del cura francés, también el salvajismo de quienes la ejecutaron.

Prácticas y lugares que dieron vida, forma y registro al conflicto al interior de la sociedad chilena. La violencia desplegada por las FF.AA por todo el país tras el 11 de

---

<sup>1524</sup> **R. MADARIAGA**; *Historia de la población La Pincoya (1969-1989), a través de los relatos de sus pobladores*. Comité de Arte y Cultura La Pincoya y Consejo Nacional de la Cultura y las Artes, Región Metropolitana. Santiago, 2009, p. 37.

septiembre, expresaba ideas, convicciones y representaciones específicas del conflicto. En ellas, se identifica la guerra, y la población representó el lugar del otro, esta vez, del enemigo. “Es que realmente creían que éramos un foco comunista”, señala un vecino de Santa Adriana, cuestión que se repite en casi todas las poblaciones de Santiago, salvo contadas excepciones<sup>1525</sup>. Ahora bien, estas representaciones pusieron especial énfasis en lugares concretos y sectores específicos de la sociedad y el territorio (y en nuestro caso en la ciudad). No en todas partes la lógica de la guerra se aplicó con la misma crudeza. En el barrio alto la guerra fue preventiva, en el centro duró unas pocas horas, trasladándolo a espacio especialmente habitados para ello. En las poblaciones, en cambio, el terror llegó para quedarse, y el control policial de cada espacio, la violencia permanente, la sospecha y la persecución —seguida por un progresivo desamparo<sup>1526</sup>— marcaron este tiempo como en ningún otro espacio de la ciudad, avalados por el estado de sitio y un control férreo de todo tipo de actividad pública. Cualquier manifestación se volvió un riesgo de consecuencias insospechadas<sup>1527</sup>. Pero en las poblaciones no sólo se forzó el encierro de las personas, también se castigó brutalmente cualquier desafío a dicho mandato. Quien osara salir —aunque fuese por pan— ponía en riesgo su vida. El hombre que murió baleado por salir a bailar cueca con la bandera chilena festejando el golpe, como recuerdan algunos vecinos de Santa Adriana, retrata hasta qué punto se pagó infringir las nuevas normas en el espacio poblacional, al igual que el niño que simulando disparar a los militares con una escoba desde el techo de su casa —jugando a la guerra— resultó mortalmente baleado. Ejemplos emblemáticos que materializan en los cuerpos, en sus calles y muros, la nueva dinámica que se inaugura entre Estado y el mundo popular santiaguino, cuestión que indefectiblemente se proyectó en la memoria colectiva de los vecinos.

La población fue entonces, el lugar por excelencia donde se escenificó el conflicto. No conocemos otros lugares de la ciudad que fueran tan fuertemente custodiados, reprimidos y amedrentados como los barrios populares de Santiago<sup>1528</sup>. Fue allí donde con más fuerzas se

<sup>1525</sup> **VV.AA (ed);** *Santa Ariana, 50 años de territorio y vida*. Ministerio de Vivienda y Urbanismo, Santiago, 2013, p. 42.

<sup>1526</sup> Resulta muy simbólico el testimonio de un vecino de Santa Adriana Luis H que señala que tras el golpe la población era un desierto. En efecto, el desamparo se manifestó primariamente en el cierre de muchos de los servicios que conectaban a la población con la ciudad y que tanto esfuerzo había costado obtener (como el servicio de ambulancias, o sencillamente el transporte público. Nuevamente se tuvo que recorrer grandes distancias para acceder a la locomoción colectiva y tener conexión a la ciudad). Entrevista realizada por el autor a Luis H, en septiembre de 2014. Relatos similares pueden encontrarse en: **VV.AA;** *Santa Adriana, 50 años...* Op. cit., pp. 40-41.

<sup>1527</sup> El meticuloso trabajo del colectivo de José Domingo Cañas —ex centro de detención y tortura de la DINA— estableció en su registro que fue posible identificar 359 operativos de control con más de 735 acciones represivas en un universo de 113 poblaciones. **Colectivo Memoria Histórica;** *Tortura en poblaciones del gran Santiago...* Op. cit., p. 73. Consultar Apéndice.

<sup>1528</sup> El terror progresivamente se fue desplegando a través de distintas formas y, desde los espectros del horror, comenzaron a aparecer, soslayadamente, relatos sobre espacios que concentraban el terror de la nueva dictadura pero que se mantenían ocultos e invisibles para el conjunto de la ciudad. Nos referimos a los centros clandestinos

desataron las prácticas de violencia y represión que caracterizaron la relación entre Estado y sociedad durante estos diecisiete años de historia. Pero aún más básico, y complementario al ejercicio de la violencia, fue el abandono al que son sometidos los pobladores. Abandono que no sólo hace referencia al cierre de todas las instancias participativas que conectaban a las organizaciones de bases con el Estado (organizaciones culturales, intervención de junta de vecinos y centros de madres, etc.), sino porque los servicios más básicos fueron completamente abandonados. Durante los primeros meses posteriores al golpe —coincidentalmente con los más duros en la represión y desarticulación de la sociedad— los servicios asistenciales fueron interrumpidos en las poblaciones, desapareciendo el trabajo en policlínicos y dejando a la deriva a miles de pobladores, tal como lo recuerdan varios vecinos del sector Caro-Ochagavía<sup>1529</sup>. Igual ocurrió durante esos primeros meses con las actividades recreativas de carácter cultural y deportivas que habían marcado parte importante de la sociabilidad popular de los años sesenta y que constituían un espacio típico y propio de las nacientes poblaciones de Santiago, donde se fue forjando buena parte de la fraternidad entre muchos vecinos, robusteciendo los lazos afectivos y el sentido de pertenencia y comunidad. Las peñas, fiestas y concursos acompañados con el folklor latinoamericano, desaparecieron radicalmente al menos en esos primeros años. Y si bien los espacios deportivos fueron prontamente relegitimados a objeto de incentivar la práctica en instancias completamente despolitizadas —y de eso se encargaron férreamente tanto la municipalidad como las nuevas juntas de vecinos—, en los meses posteriores al golpe de Estado también se fueron clausurando aquellas instancias de creación y producción popular-cultural, como grupos folklóricos, de teatro, etc., que reproducían las voces de canto nuevo tan relacionado a la UP al ser consideradas focos de subversión. La cultura popular, en definitiva, se prohibió, pasando a situarse en lo prohibido y marginal señalando a través de estas prácticas concretas el tipo de relación —conflictual— que marcó a las poblaciones y al Estado Autoritario.

Ahora bien, entre estas prácticas que evidenciaron el conflicto, una de las más habituales y que efectivamente marcó un modo de operar del régimen entre espacios, fueron

---

de detención, tortura y desaparición de personas. Sólo el tiempo y el trabajo de los familiares de las víctimas lograron sacar —y sólo parcialmente en esos momentos— a la luz pública. Estos “no lugares” —parafraseando a M. Augé—, donde los detenidos sólo estaban de paso, no dejaban huellas oficiales. La materialidad del horror y la violencia sólo se registraba en los cuerpos de las víctimas y sólo si la combinación ineluctable de azar y fortuna lo permitía podían resurgir de estos espectros y reaparecer en el Chile oficial. Ciertamente que exceptuando estos territorios del terror, la población resultó ser un lugar que concentró la preocupación militar. Y, como veremos, dicha preocupación se registró en prácticas concretas ejercidas por el poder militar.

<sup>1529</sup> Así lo registra un vecino de Santa Adriana que no se identifica. El testimonio en; **VV.AA (ed.);** *Santa Adriana, 50 años de territorio y vida*. Op. cit., p. 40; también así lo reconoce Manuel San Martín vecino de Clara Estrella (contigua a Santa Adriana) y con importantes lazos institucionales con organizaciones de base de la población José María Caro. Entrevista personal realizada por el autor, noviembre 2017.

los allanamientos a barrios completos de la ciudad. Según el estudio de la Corporación José Domingo Cañas, los allanamientos sumados en sus distintas modalidades, sumaron más del 60% de tipo de acciones represivas realizadas en las poblaciones de Santiago por algún tipo de organismo del Estado<sup>1530</sup>. En La Pincoya, específicamente, y a partir del análisis de trabajo del mismo colectivo, se identifican 16 tipos de allanamientos<sup>1531</sup>.

Tras ése 11 de septiembre, los allanamientos a barrios completos, se masificaron tornándose recurrentes y un modo habitual de encarar cualquier problema que se suscitase en las poblaciones de la capital (ciertamente que esto no ocurrió en los barrios más ricos ni de clase media). Fue el acto reflejo del poder militar que materializaba el conflicto y la auténtica guerra que libraba con sus soldados, fusil en mano, carapintadas y con vestimenta de combate, ingresando y registrando violentamente los barrios populares de la capital. Cuando entendía necesario atizar y marcar su autoridad, activaba el protocolo de los masivos y violentos allanamientos policiales. Lo hizo en 1973 —en La Pincoya el 13 de ese mes, en Santa Adriana desde el 12 y luego lo repitió en octubre—, pero lo volvió a utilizar rutinariamente desde 1983. De acuerdo a los testimonios en recopilados, los vecinos recuerdan por lo menos seis allanamientos masivos realizados en la población en la década de los 80'. En el caso de La Pincoya, fueron 8.

Fuesen éstos realizados por el FF.AA o Carabineros, los allanamientos consistían en invadir el territorio con sus tropas, desplegando la violencia, el terror y la desproporción que recaía sobre los habitantes. Tanto en la primera etapa —y con propiedad durante 1973 y comienzos de 1974— como más tarde, cuando estallaron las protestas nacionales, este método representó el modo de imponer su autoridad<sup>1532</sup>. Mecanismo que se aplicó con fuerza, incluso rabia. La lógica de combatir no sólo al enemigo interno sino a sujetos desviados del cuerpo social, reforzaron esta desmesura de la acción, siendo habitual la violencia y la desproporción con que el régimen aplica su poder en estos espacios.

Un matiz a estos comportamientos lo aportaron los conscriptos de las Fuerzas Armadas, utilizados muchas veces para ejercer la violencia al pueblo. En ellos, se observa una diferencia. Resistencia a la orden. No se trata de desacatar por mera rebeldía, más bien existe resistencia al salvajismo que se impone. Chile, pese a todo lo que se sostiene y pese al creciente conflicto social que caracteriza el final del gobierno republicano, era un país acostumbrado a cierto respeto y civismo que aún en esos tiempo convulso, conduce a

---

<sup>1530</sup> **Colectivo Memoria Histórica; Tortura en poblaciones del gran Santiago...** Op. cit., p. 73

<sup>1531</sup> Entre 1973 y 1988 se identifican 16 tipos de procedimientos, en los distintos sectores de la población.

<sup>1532</sup> La distribución de este tipo de hechos de violencia represiva por parte del Estado autoritario, establece que junto a 1973, los años 1982-1986, experimentan un aumento exponencial de la violencia, siendo 1985 el año que se alcanza el pico más alto de esta escalada. **Colectivo Memoria Histórica; Ibídem.**, p. 75. Ver concretamente gráfico 4. Para La Pincoya y Santa Adriana, sin embargo, fue 1986 el año que más se experimentaron este tipo de prácticas.

jóvenes conscriptos –habitualmente provenientes de regiones y sectores de escasos recursos— a no estar bajo la influencia de la Doctrina de Seguridad Nacional que sí marcó el silencio, la complicidad y la reproducción ideológica del nuevo régimen, en todos los cuerpos de las FF.AA. En los conscriptos aún hay empatía con el otro. Quizás provenir de mundos semejantes, quizás no entender la justificación de ese barbarismo, les entrega un poco de cordura en momentos de la más absoluta irracionalidad. Es habitual, en ese sentido, que los propios vecinos distingan entre conscriptos, cabos y rasos con la oficialidad, en cuanto a la actitud con que ejecutan las disposiciones de sus superiores. Elena, recuerda que gracias a ello su casa no fue destruida; don Osvaldo nos cuenta que tenía música de protesta (discos de Quilapayún) que había olvidado esconder: “el militar, que era cabro, era conscripto, se portó ¡tan bien! si me dijo, ‘eso, escóndalo o quémelo’. Otro me llevaba pa’ dentro”<sup>1533</sup>. Durante las protestas los archivos de la Vicaría recuerdan en varios episodios similares. Casos en que la bota militar quiere infringir terror y la empatía de los jóvenes conscriptos posibilitan sortear con éxito una detención o un allanamiento; de hecho existe un testimonio –también en Santa Adriana que recuerda que en su sector no hubo listas negras debido a que el oficial de la FACH que lideraba el operativo tenía una hermana en el barrio desechando la lista negra que se había elaborado<sup>1534</sup>.

Todos los testimonios que recuerdan las fechas posteriores al 11 de septiembre, vienen habitualmente acompañados de las traumáticas experiencias que les dejaron gravada en la memoria estos operativos. Primero, recuerdan algunos, causaron pánico e impresión por la brutalidad. Luego, diez años más tarde, cuando volvieron a hacerse un hábito durante las protestas, la sensación de miedo no desaparecía, pero se veía acompañada de otra emoción; la rabia e impotencia. Ya no había incredulidad sino más bien ira. Los más jóvenes, eran quizá los más impotentes; crecer viendo cómo irrumpen en tu casa, destroran los bienes de tus padres, pero sobre todo, la dignidad de aquellos que tienen tan poco, es un caldo de cultivo que permite comprender la decisión de tantos jóvenes a combatir y resistir al régimen.

En Santa Adriana se produjo un allanamiento ese mismo 11, cuando se acordonó todo el sector sur completo, desde la actual ruta 5, principal carretera nacional que conecta a lo largo buena parte del Chile Continental (en esos momentos avenida Ochagavía). La Victoria, Santa Olga, La población Dávila, José María Caro y la propia Santa Adriana, entre otras, observaron la irrupción de auténticos ejércitos que ingresaban a la población y comenzaban a sitiar y allanar las casas del sector. En esta ocasión fueron miembros de la

---

<sup>1533</sup> Entrevista realizada por el autor a don Osvaldo Ocaranza, CASA, el 14-05-2014.

<sup>1534</sup> Para este testimonio ver Grupo de Educación y recreación Las Patotas; “Tres historias... Op. cit., p. 39.



FACH los encargados de la operación. Existieron operativos y disparos que llenaron de balas casas y sectores de cada población. En Santa Adriana una mujer murió por una bala lanzada desde un helicóptero de la FACH<sup>1535</sup>. Por eso, quizás, en Santa Adriana, pero en todo el sector sur, son muchos los que recuerdan el paso rasante de helicópteros custodiando el sector<sup>1536</sup>. En la casa de Beatriz en el contexto de ese mismo operativo del día 12 de septiembre, por ejemplo, aún conservan una bomba que no explotó y que había sido lanzada por los furgones que pasaban cerca del sector<sup>1537</sup>.

En La Pincoya, en tanto, los operativos estuvieron a cargo de los regimientos de Infantería N°1 o el Buin, que se acuartelaba por el sector, en Avenida El Salto; el otro que se hizo presente de manera constante en esos primeros meses fue el regimiento Yungay (N°3 de Infantería) que se había acuartelado —como ya vimos— en la Quinta Normal. El día 13 arribaron de madrugada a la población y los allanamientos se mantuvieron activos y recurrentes durante esos primeros meses.

El *modus operandi* era más o menos similar en todas partes. En primer lugar y durante la madrugada, aterrizaban un contingente determinado de fuerzas policiales o/y militares a un sector o población específica de la ciudad. Éstas se desplegaban por toda la población y establecían la o las canchas de fútbol del sector como punto neurálgico para los detenidos, controles de identidad así como para la quema de material “subversivo”<sup>1538</sup>. En La Pincoya los vecinos recuerdan cómo “las siete canchas” lugar ya emblemático del sector, se constituyó en centro de detención por excelencia. Incluso —como recuerda Salvador— ahí se produjeron algunos fusilamientos<sup>1539</sup>. Ya instalados, se expandían por toda la población y comenzaban desde las avenidas principales hasta los pasajes más pequeños, el registro de

---

<sup>1535</sup> Ver, ICNVyR, Tomo I pp. 127-128.

<sup>1536</sup> A partir de mis investigaciones en otras poblaciones del sector, el recuerdo es similar; En José María Caro, por ejemplo, Silvia Lazo recuerda haber visto pasar al helicóptero en esos días posteriores al golpe. Entrevista a Silvia Lazo realizada por el autor, en talleres de memoria histórica para la historia de la población José María Caro.

<sup>1537</sup> La bomba en la actualidad permanece como decoración —casi un trofeo de fuera podríamos decir— en el jardín de la casa la cual tuvimos oportunidad de ver durante la entrevista personal realizada a Beatriz Sepúlveda 9-12-2011.

<sup>1538</sup> Existen demasiados testimonios —ya parte de la mitología que acompañó a este tipo de acontecimientos— que pretenden registrar el despropósito y desproporción de la acción militar. En nuestro caso concreto, Jaime recuerda que en su casa fue requisado y quemado el libro “la revolución de las matemáticas”. Como este relato existen decenas de otros. Más allá de la anécdota, las fogatas de libros, cuadros, afiches y música considerada revolucionaria fueron habituales y recuerdan las masivas quemaduras realizadas por la Alemania nazi. Entrevista a Jaime Pérez, realizada por el autor en septiembre de 2015.

<sup>1539</sup> El testimonio de Salvador P. en **R. MADARIAGA**; *Historia de la población La Pincoya...* Op. cit., p. 51. Los recuerdos de fusilamientos en las canchas son bastante habituales y asumimos funcionaron como parte de la mitología que recubre este tipo de acontecimientos emblemáticos. En Santa Adriana, en La Pincoya, pero también en otros barrios de los que hemos conocido testimonios similares, denotan esta cuestión. Planteo su carácter mitológico porque salvo en algunos casos concretos, no se sabe bien quién murió ahí; tampoco aparecen todos los casos mencionados en la Comisión de Verdad y Reconciliación. Creemos, por tanto, y dado lo habitual que resultó el simulacro de fusilamiento como práctica de infringir temor a los detenidos, que lo que habitualmente sucedió en estos casos, correspondía, más bien a este tipo de práctica, no negando con ello la existencia de algunos casos concretos ni que muchos de los detenidos en esos lugares posteriormente fueron asesinados o/y desaparecidos.

las viviendas. No siempre eran todas revisadas cuestión que nos sugiere que alguna información tenían los efectivos (aunque el azar también debió tener su cuota responsabilidad) respecto a qué hogares revisar, cuáles pasar y cuáles debían ser profunda, minuciosa y atrozmente allanados. En esto, cabe consignar, jugaron un papel principal los propios vecinos, muchos de ellos abiertos opositores al depuesto gobierno, que iniciaron una estrecha colaboración con las nuevas autoridades; el permanente llamado —por la prensa incluso— a denunciar a subversivos y marxistas —que no era otra cosa que acusar al vecino, al compañero de trabajo, universidad o incluso familiar— facilitó la conformación de múltiples listas negras. Estos hechos, evidencian el grado de odiosidad que se había alcanzado incluso en el propio barrio, materializando el conflicto entre vecinos defensores del defenestrado gobierno de la UP y sus acérrimos opositores. Ahora bien, si esto fue bastante extendido, también la situación política dio pie a revanchas personales que abrieron un intersticio en esta consideración algo idealizada de lo que podía ser la vida en comunidad entre los propios pobladores. Me refiero a que muchas acusaciones se debieron a rencillas personales, a satisfacer anhelos y oportunidades en desmedro del otro (un jefe, por ejemplo), mostrándonos otros aspectos de la humanidad. En ese sentido, el golpe de Estado, sacó y premió, incluso, lo peor de lo nuestro como colectividad. Manuel Cifuentes, dirigente de la Pablo Neruda en La Pincoya, retrata cómo llegaron los militares a su casa, descerrajando rejas y puertas, rompiendo todo al interior; luego de la humillación, le exigieron colaboración dando nombres y entregando las armas. Al parecer el solo hecho de ser dirigente te convertía en un extremista<sup>1540</sup>.

La delación, en efecto —conocida popularmente como *sapeo*— fue habitual y recurrente y, no obstante, una práctica poco explorada en las investigaciones históricas recientes. Indagar en esta cuestión también nos invita comprender la complejidad y diversidad que compone a estos núcleos periurbanos. Muchos son los testimonios revisados señalan al soplo del algún vecino, provocado por la venganza de un viejo contendor político o la simple sospecha y enemistad por alguna circunstancia cotidiana, como responsables de vejaciones males y horrores que se sucedieron por alguna acusación anónima. Evidentemente que la mayoría de los vecinos no tienen pruebas que acrediten sus hipótesis, pero no dudan ni un solo instante —y por lo tanto, poco importan las pruebas— a quienes sindicar de la traición; a sus propios vecinos. Va a ser desde dentro, entonces, desde donde se abre este espacio de desconfianza que se conecta con el conflicto y el sentimiento de estar enfrentado con el régimen; pero también a sus adeptos. Esta cuestión abre un espacio complejo, ambivalente, difícil de desentrañar respecto a la administración de los afectos y

---

<sup>1540</sup> M. GARCÉS; *Historia de la comuna de Huechuraba...* Op. cit., p. 113.

las confianzas. El otro en el caso de un militar es fácil de asimilar e incorporar como un sujeto que se opone a uno. Pero cuando ese otro, es igual a uno, se torna complejo desentrañar la distinción. Pero una vez más la historia, principios e ideas así como las prácticas concretas y contingentes nos sirven para clarificar esa diferencia. Quienes participan en la colaboración del régimen habitualmente fueron sujetos comprometidos con otros ideales, poco conectados con las experiencias de colaboración y organización que fundaron ese núcleo identitario y, por tanto, distanciaban a sus vecinos de ellos mismos. Don Ángel, por ejemplo, en las dos entrevistas realizadas se distinguió de sus vecinos de Santa Adriana por acceder a su casa desde CORVI y no de la toma. Él considera que “antes [Santa Adriana] estaba llena de comunistas y delincuentes; si decías que venías de Santa Adriana no te daban ni un crédito”, representación que despierta el malestar de la comunidad, tal como pudimos presenciarlo en los talleres grupales realizados durante 2014. Pese a que hoy pertenece a un grupo adulto mayor y participa más activamente con históricos dirigentes y activos miembros de la comunidad, existe una tensión latente entorno al pasado, que altera la tranquilidad de estos espacios. Si don Ángel se apura a distinguirse de los otros, la mayoría de los miembros del taller —y principalmente las mujeres— lo diferencian del “resto”, evidencia manifiesta de la tensión y la ruptura que representa el pasado para estos actores de la comunidad<sup>1541</sup>.

La otredad, en el caso de los delatores, estaba en sus vecinos que habían ayudado al “caos” y la anarquía que había propiciado la Unidad Popular. Así, y gracias al insistente llamado de la dictadura para ayudar en la búsqueda de los responsables de la situación caótica a la que había llegado el país, muchas y muchos pobladores opositores al gobierno popular, y distantes de las prácticas organizativas que habían dado origen a las poblaciones —en este caso concreto a Santa Adriana y La Pincoya— encontraron en el nuevo régimen un discurso que los empodera. Los saca del margen, los hace parte del poder y, sobre todo, los hace perder el miedo; el miedo al otro que es su vecino<sup>1542</sup>.

En ese sentido, las delaciones civiles, junto con propiciar revanchas individuales, resultaron la gran responsable de las “listas negras” que comenzaron a aparecer en cada población cuando se llevaban adelante allanamientos masivos, detenciones y desapariciones de personas, sobre todo durante los días y meses inmediatamente posteriores al golpe de Estado. Selectivamente, siempre caían militantes de algún partido, dirigentes sindicales y poblacionales. También delincuentes. Esas listas negras, fueron obras de civiles, miembros de la comunidad, aunque también existieron casos en que los propios vecinos y dirigentes

---

<sup>1541</sup> Entrevista personal a Ángel Andrade, realizada el 14-05-2014. CASA.

<sup>1542</sup> Agradezco a Claudio Rolle sus comentarios y aportaciones sobre el papel propagandístico que desplegó la dictadura para la búsqueda de los seguidores del gobierno popular.

entregaron listas de los dirigentes locales a la autoridad sin pensar que más tarde serían usadas en su contra para perseguir y castigar. Es que “éramos tan ingenuos”, señalaba Herminia, dirigente vecinal de La Pincoya, recordándonos a su vez, lo inimaginable que representó para casi todos los chilenos la desmedida acción militar<sup>1543</sup>.

Sólo para ejemplificar con casos concretos producidos en Santa Adriana y La Pincoya, recordamos lo sucedido con Juan Arredondo y su amigo, reconocido en el Informe Rettig. Poco antes del golpe militar, hubo una toma en un supermercado UNICOOP, ubicado en Recoleta a la altura de 5800. Juan, militante comunista, ayudó a disolverla junto a otro compañero (Juan Orellana militante socialista). El hecho salió en los periódicos y se produjo en agosto de 1973. En la acción fue abofeteado un teniente de la Comisaría de Conchalí o Recoleta, según recuerda el hijo de Juan, hecho que realizó un amigo de su padre. El funcionario policial le dijo que ese hecho “no se iba a quedar así”.<sup>1544</sup> El informe Rettig, consigna que el 22 de septiembre de 1973, se produjo un masivo operativo en la población Pablo Neruda —parte de lo que históricamente se suele denominar como la Pincoya—, donde fruto de los allanamientos a todo el sector, fueron detenidos Arredondo, Orellana y otro compañero más<sup>1545</sup>. El hijo de Juan así lo recuerda:

El día 14 de septiembre hubo un allanamiento en la Población Pablo Neruda, contigua a La Pincoya, donde tanto el señor que abofeteó al carabinero como mi padre, fueron separados del grupo de pobladores y subidos a un jeep militar. Dentro del grupo de funcionarios que participaron en dicho allanamiento se encontraba el teniente antes mencionado, el cual reconoció a su agresor y este último sindicó a mi padre también como partícipe de la toma. No sabemos dónde fueron trasladados, pero fue encontrado muerto posteriormente en la carretera norte sur, a la altura de Quilicura con impactos de bala en el cuerpo.

Algo similar le pasó al *Piña*, de 18 años, delincuente menor —un *lanza* como se le conoce en Chile— del sector sur de la capital, que fruto de la delación de un vecino vinculado a la policía de investigaciones resultó detenido en un allanamiento producido días después del golpe. El Informe de la Comisión Rettig, establece que el muchacho fue detenido a partir de una lista que portan los miembros de la FACH que, junto a Carabineros, realizan el operativo de allanamiento en la población. Luego que otros detenidos los vieran en la Quinta Normal, su rastro desapareció para siempre<sup>1546</sup>.

---

<sup>1543</sup> **Colectivo Memoria Histórica;** *Tortura en poblaciones...* Op. cit., p. 85.

<sup>1544</sup> Según el texto esto ocurre el 2 de agosto de 1973. **P. ARANCIBIA CLAVEL, et. al;** *Los hechos de violencia en Chile. Del discurso a la acción.* Libertad y desarrollo, Santiago, 2003, p. 525. Online, consultado 22-11-2016.

[http://lyd.org/wp-content/uploads/woocommerce\\_uploads/2016/04/Libro-Completo-Sello-de-Agua-8.pdf](http://lyd.org/wp-content/uploads/woocommerce_uploads/2016/04/Libro-Completo-Sello-de-Agua-8.pdf)

<sup>1545</sup> ver, ICNVyR, Tomo I., pp. 157 y siguientes.

<sup>1546</sup> El caso es de Manuel Canto Gutiérrez, quien tenía antecedentes por robo de libros en un colegio. Ver ICNVyR, Tomo I. p. 176. La historia del Piña y las noticias de la delación de un vecino las pudimos rastrear a partir de los

Como este tipo de casos existieron cientos, cuestión que pudimos comprobar en la mayoría de nuestras entrevistas. En el sector de Lo Ovalle, como lo refrendan los informes de la Vicaría de la zona sur, existía una mujer, dueña de un quiosco, conocida por su cercanía con la policía, que siempre delataba a los miembros de la comunidad que anduvieran en actividades sospechosas. Los jóvenes durante las protestas eran siempre los principales afectados de este *sapeo*<sup>1547</sup>. Lo relevante, en cualquier caso, es al menos dejar de manifiesto el papel que los propios vecinos también jugaron en esta lógica de enfrentamientos y conflicto que se experimenta en las poblaciones de Santiago a lo largo de toda la dictadura militar y que, por lo tanto, aporta otros matices que complejizan los modos en que se escenifica el conflicto en el lugar.

Los allanamientos, señalábamos, fueron el modo más rápido, habitual y eficaz con que la dictadura estableció su control de los barrios populares. Buscaban al enemigo interno, primero representado en esas eventuales milicias marxistas que se habían venido formando desde hacía tiempo en el amparo de la legalidad, según los imaginarios que la mitología de la oposición allendista y fuertemente insuflada por la DSN, habían difundido. La brutalidad fue total y las humillaciones caracterizaron, en general, el trato de los efectivos hacia la población. Decenas de detenidos —militantes políticos, dirigentes sindicales y vecinales, y delincuentes— eras perseguidos mediante este mecanismo, para luego ser trasladados a los improvisados centros de detención establecidos o, más tarde a los ya conocidos campos de concentración o centros de detención de la DINA. Muchos nunca volvieron.

Luego, años más tarde, la excusa fueron los “elementos subversivos”, en voz del propio Pinochet, que venían a sindicarse el efectivo procesos de militarización de algunos partidos y que habían tenido tanto eco en las poblaciones de la capital. Fue bajo esta lógica que se desplegaron los allanamientos que respondían a la multitud que salía a las calles a protestar. Al igual que en los 70’, estos procedimientos comenzaban de manera sorpresiva y de madrugada, y duraban todo el día. Las fuerzas represivas irrumpían en los hogares de manera intempestiva y violenta; pero ahora era fundamentalmente carabineros los encargados de aplicar la violencia más desproporcionada. Lamentablemente, eso dependía de la educación, empatía y conciencia que tenían los ejecutores y sus superiores; si éstos exigían un trato enérgico, poco margen quedaba para el respeto de los vecinos. Al ingreso y fusil en mano, obligaban a sacar a toda la gente que habitaba la casa, sin importar edad o

---

testimonios de otros vecinos del sector, a partir de los talleres de memoria realizados durante el año 2017, en el Sector Caro-Ochagavía. Adela Marambio, vecina de La Caro pero que participaba de distintas actividades en Santa Adriana, conocía y recordaba el caso de Manuel.

<sup>1547</sup> Para una visión sinóptica ver CDyAVS, Caja AT. Allanamientos. Igualmente gráfico y para el testimonios específicos de la delatora en el sector sur de la capital ver; Caja AT 48 Protestas, Informe cuarta protestas, agosto 1983, Zona Sur.

condición de salud. La perplejidad era castigada con un culatazo que habitualmente desataba el pánico, el miedo y la desesperación de los miembros de la familia. El terror daba paso rápidamente a la impotencia y la rabia. “Ver a mi papá amarrado a un árbol como si fuera un delincuente, puta no sé si me *cachai*, pero me dio una rabia que nunca olvidé”, me repite Juan de la Pincoya<sup>1548</sup>. Luego comenzaba lo peor: la destrucción de parte importante del inmobiliario de la casa con la excusa de buscar material bélico o ideológico. Incluso la excusa de buscar delincuentes que ayudaban a desestabilizar el ambiente, servían de excusas para sembrar el terror. Vidrios, puertas, sillas, camas, y roperos eran descuidadamente tratados e incluso intencionalmente destruidos, al igual que los colchones que siempre eran brutalmente rajados para comprobar si no escondían armas<sup>1549</sup>. Alguna vecina recuerda que incluso les hacían justificar las cicatrices o heridas que tuvieran en el cuerpo para cerciorarse que no eran subversivos que habían participado en enfrentamientos<sup>1550</sup>.

Manuel Cifuentes, recuerda un hecho simbólico en este mismo sentido; pese a mantenerla en su casa hasta el momento de la entrevista, jamás había mandado a arreglar la vitrina que le había roto lo militares en esa ocasión que allanaron su casa tras el 11 de septiembre. En ese gesto de tener presente un mueble roto, hace presente, cotidianamente, el deseo de mantener vivo el significado del régimen en su vida<sup>1551</sup>.

Evidentemente más que armas o panfletos llamando a la subversión, más que evitar que escondieran a algún delincuente, el objetivo último de esta práctica era amedrentar: hacerles ver a los pobladores de la manera más clara posible —la violencia siempre resulta efectiva en este sentido—, que el control del régimen era total. Incluso dentro de sus propias casas. Ningún espacio, ni el más íntimo, estaba exento de la posibilidad del control: todo estaba potencialmente en poder del régimen, tal y cómo lo había dejado de manifiesto tras el 11 de septiembre de 1973. Ahora, en plena década de 1980, pretendía utilizar la misma estrategia. Y a través de estas prácticas la amenaza era real. Tenía forma y adquiría textura a través de la destrucción de todo lo que podía pertenecerte. El puño de hierro blandía los fusiles para persuadir de la majadería de alguna oposición, pero sobre todo, del dominio absoluto que se ceñía sobre ellos, los pobladores, y que establecería el régimen con rigor marcial de aquí en más al conjunto de la sociedad. Así fue cada vez que Pinochet sintió necesario recordarle a la ciudadanía —y en particular a los sectores populares— que efectivamente *no se movía una*

<sup>1548</sup> Entrevista realizada por el autor a Juan Miño en la población La Pincoya, 21-10-2013.

<sup>1549</sup> El operativo realizado el 14 de mayo, en seis poblaciones del sur de Santiago, —y que involucró a más de 10 mil personas— presentó un saldo de 20 detenidos por posesión de armas y explosivos. Ridículo comparado con la humillación y trato indigno recibido por los vecinos mayores de 14 años. *Revista HOY*, núm. 304, 18-24 de mayo, 1986, p. 10. Ver también capítulo 4 de esta investigación.

<sup>1550</sup> **Ministerio de Vivienda y Urbanismo**; *Santa Adriana, 50 años...* Op. cit., p. 41.

<sup>1551</sup> La entrevista a Manuel Cifuentes en, **M. GARCÉS**; *Historia de la comuna de...* Op. cit., pp- 113-114.

*hoja* sin que él lo supiera<sup>1552</sup>, sin que él lo dispusiera, podríamos agregar. En efecto, cuando irrumpen en el espacio más íntimo de tu vida, resulta muy difícil no sucumbir al miedo, el silencio y la resignación. Era inevitable, por tanto, el retraimiento que marcó decisivamente a una amplia mayoría de los hogares populares de Santiago. Sobre todo después del golpe cuestión que cambió en los 80' con las protestas.

En efecto, la violencia y humillación que representan estos actos, nos llevan a reflexionar respecto a cómo estas prácticas sirvieron de caldo de cultivo para desarrollar la rabia e impotencia en cientos de miles de pobladores santiaguinos a lo largo del tiempo y que tomó forma en la desenfadada acción de los jóvenes pobladores durante las protestas nacionales. “Ver a un hijo detenido ¡es la pena más grande del mundo!”, señalaba Juanita; desde ahí como que él se volvió más en contra como más rebelde todavía”, recuerda.<sup>1553</sup> Bety recuerda la rabia en las mujeres que debían socorrer a jóvenes, “¡chiquillos de 15 años!”, en sus términos, luego de ser golpeados salvajemente, quemados e incluso humillados<sup>1554</sup>. Otros rememoran la rabia que despertaba observar las humillaciones a las que eran sometidos sus padres<sup>1555</sup>. Sin dudas que estas experiencias fueron acumulando sentimientos de rabia e impotencia hacia la autoridad y sus principios, que resultaron ser un motor extremadamente potente para la acción de los jóvenes durante los años 80'. La sensación de hacer algo, de no aceptar, como sí lo hacían sus padres, las humillaciones y vejaciones, formaba parte fundamental de todos los jóvenes que conformaron la principal resistencia a la dictadura durante esa década<sup>1556</sup>. Pues claro, los jóvenes no estaban dispuestos a esperar, a seguir mirando, cuando todo, incluso la dignidad de sus padres, era arrebatada cada vez que el poder militar lo estimaba. Así se inculca el odio en sectores que, además, veían reproducido ese permanente menosprecio a ellos, su condición y sus familias, en cada ámbito de la estructura social.

El conflicto, efectivamente, va a tomar nuevos tintes durante las protestas de los 80'. Si bien el terror seguía estando presente, algo había pasado en Chile, y más concretamente en los barrios populares de la capital<sup>1557</sup>, que posibilitó la rebelión y la resistencia de miles de pobladores y pobladoras a la omnipotencia autoritaria. Como hemos venido sosteniendo a lo largo de esta investigación, las necesidades que generó la contingencia económica y el

---

<sup>1552</sup> Las cursivas son nuestras y pretenden rescatar una famosa frase del general Pinochet en uno de sus discursos, que hacía mención al control que su gobierno tenía de la situación nacional.

<sup>1553</sup> Entrevista realizada por el autor, en talleres de Memoria Histórica de la José María Caro. Mayo-octubre 2017.

<sup>1554</sup> Entrevista realizada por el autor a Beatriz Sepúlveda 16-10-2012.

<sup>1555</sup> Silvia rememora la pena rabia e impotencia que despertó en ella la detención y posterior exoneración de su padre por ser un histórico y reconocido militante comunista. Entrevista realizada por el autor en 21-08-2017.

<sup>1556</sup> P. POLITZER; *La ira de Pedro y los otros*. Planeta, Santiago, 1988, p. 24.

<sup>1557</sup> Conviene precisar que junto a este proceso microsocial, se produce la institucionalización del régimen y un crecimiento económico entre 1978 y 1981, que provocaron una baja en la represión, cuestión que dio más espacios para la participación y la extensión de actividades políticas en el espacio público local.

cierre de espacios de participación y reivindicación hacia el Estado, propiciaron una lenta pero solvente organización de las personas, formando una red asociativa fuerte entre muchos vecinos que posibilitó reconstituir —al menos en parte— la sociabilidad que se había venido desarrollando en Chile durante la segunda mitad del siglo. Estos espacios y el fuerte proceso de liberación y participación que se va a ir desplegando en ellos, fueron la matriz que posibilitaron la creación y la rebelión hacia un régimen que mostraba fisuras a partir de la profunda crisis económica que experimentaba desde fines de 1981 y que lo obligaba —al menos tangencialmente— a replantear sus convicciones respecto al modelo económico implementado por los Chicago boys. En este intersticio que representó la crisis económica, política y social de 1983, el régimen aplicó nuevamente la represión como su primera y más instintiva acción hacia la ciudadanía. Sin embargo, pese al miedo, la población ya estaba mejor organizada y la propia estructura social ya había cambiado.

Tras la primera protesta de mayo de 1983, Pinochet desplegó a carabineros y al ejército para presionar y amedrentar a miles de pobladores con aquello que se conoció como “operativo peineta” que fueron sucediéndose a medida que las poblaciones se sumaban activa y desenfadadamente a la rebelión<sup>1558</sup>. En esa ocasión y extendido por buena parte del sector sur poniente de la capital (y partiendo por la emblemática población La Victoria), se realizó un operativo que sacó de sus casas a todos los hombres entre 14 y 45 años de edad para “chequear antecedentes ya que se buscaba a delincuentes y subversivos que portaban armas y explosivos”. La dictadura y el propio Pinochet habían señalado que el ruido de ese 11 de mayo respondía a la acción de estos grupos y que el 90% de la población había mantenido la calma y el silencio. Esta interpretación, más allá de la pobreza de su argumento, nos invita a pensar cómo efectivamente seguía entendiendo la dictadura a estos espacios y el conflicto que mantenía, pese a los cambios profundos que había establecido en toda la estructura burocrática del Estado a partir de la Municipalización como mecanismo de transformación de valores y principios al interior del mundo popular. Más allá de esta estrategia “blanda”, cuando se vio en apuros, la dictadura no dudó y volvió a aplicar con violencia desproporcionada el control de la población, estigmatizando a los barrios populares como cuna del hampa y la subversión. En este sentido las poblaciones más pobres siguieron siendo tratadas con menosprecio: el/la poblador(a) era una persona que debía ser corregida ya que en su “esencia” portaba el ADN de la pobreza —siempre estigmatizada— y la subversión marxista.

---

<sup>1558</sup> Así lo denominó y lo comunicó a la prensa el Jefe de Guarnición de Santiago responsable del operativo. Para mayor información sobre el operativo ver, entre otras Revista *HOY*, 304 18-24 de mayo 1983, p. 10 y *HOY* 305, 25-31 de mayo 1983, pp. 15-17.



Ahora bien y más allá de las explicaciones, el allanamiento masivo a más de 5 poblaciones del sector sur, revivió viejas prácticas que enfrentaban a pobladores con militares, pero que volvían a escenificar, a materializar en el espacio, la tensión, el conflicto y el odio que el propio régimen se encargaba de amplificar<sup>1559</sup>. El trato, como se había venido sucediendo a lo largo de estos diez años entre el golpe y la primera protesta nacional, fue vejatorio y violento. Antes de amanecer, efectivos militares a través de altoparlantes llamaban a los hombres mayores de 14 años a presentarse para control de documentación. Luego, con puntapiés a las puertas y culatazos a las ventanas presionaron a las casas que aún no abrían sus puertas, a salir inmediatamente. Más diez mil personas circularon en filas en las brumas de una fría mañana de mayo hacia un peladero, parques y canchas de fútbol, para ser controlados. Mientras, a su lado, los cascos y los fusiles los rodeaban como si por el sólo hecho de ser, de estar siendo ahí, en el lugar, se convertían en sujetos de cuidado. Hombres, la mayoría, que no sólo no eran delincuentes sino que, con seguridad, eran humildes trabajadores, simples jefes de hogar que debieron estar sometidos al escrutinio policial por más de doce horas<sup>1560</sup>. El testimonio de una pobladora a la cual le habían llevado a su marido y a su hijo, es elocuente: “tenía algo de campo de concentración”, decía frustrada al ver pasar las largas filas de hombres y jóvenes que, por el sólo hecho de habitar el lugar, ése lugar, fueron sindicados como potencialmente peligrosos. “el objetivo era amedrentar”, recuerda otro vecino del sector sur, ya que las inspecciones en los hogares fueron mínimas y desprolijas, no obstante, como ya señalábamos se buscaban armas y peligrosos explosivos de delincuentes y subversivos<sup>1561</sup>. El hecho, demasiado llamativo, masivo y burdo para ser pasado por alto, nuevamente instalaba en el escenario público esta noción del pobre en oposición a la dictadura, como sujeto problemático y conflictivo, espacio físico donde se materializaba el núcleo de aquello que su proyecto político intentaba extirpar de las conductas de la sociedad chilena. Si bien es cierto que ahí, en las poblaciones de Santiago, había explotado con fuerza la protesta tres días antes, la explosión del 11 de mayo, como vimos en el capítulo anterior, fue una fiesta catárquica que

---

<sup>1559</sup> Reconocemos el conflicto que nos despierta la noción de clase para comprender a grupos y sectores de la sociedad, sobre todo por su carácter esencialista, poco móvil y por tanto inexacto y escasamente dúctil para analizar y comprender los fenómenos sociales que se producen. Ya hemos hablado de militares empáticos y de pobladoras confrontadas con vecinas por su condición ideológica, principios y creencias, cuestión que “la clase” no deja analizar. No obstante, no podemos soslayar la efectiva tensión de clase que impone, propicia y ejerce la dictadura militar hacia los habitantes de estos barrios de la ciudad a través de prácticas y políticas concretas. La alteridad denostada del ser pobre, sigue vivamente denigrada, encasillando en una condición de clase a todos aquellos que reciben semejante trato por, fundamentalmente, su condición económica, política y social.

<sup>1560</sup> Resulta locuaz observar y en relación a la nota anterior, cómo el Diario El Mercurio llama a estos barrios como “lugares conflictivos” siguiendo la lógica que aplica la dictadura. Se somete a barrios completos —diez mil personas fueron revisadas y sacadas a la fuerza de su casa— por unos delincuentes. La cita a El Mercurio domingo 15 de mayo, cuerpo C3.

<sup>1561</sup> Testimonio de René Tapia, a *Revista Hoy* núm. 305, 25-31 de mayo 1983, p. 16.

—por disímiles motivaciones— involucró a una amplia mayoría de personas de la sociedad chilena. Es decir, el desafío fue extremadamente transversal y no sólo respondió a una provocación particular del sector sur de la capital<sup>1562</sup>. Cabe interrogarse entonces porqué allí precisamente, en esas poblaciones del sector sur se desencadenó la ira del régimen. Creemos al respecto, que en esta reacción irascible, destemplada, visceral e impotente del dictador —quien consideró inaceptable e intolerable semejante desafío de una masa pobre y excluida<sup>1563</sup>— emerge con fuerza la representación que éste y su régimen tienen de los sectores populares. La turba irracional incapaz de ver, menos comprender. Y pese a los cambios profundos en todo el entramado social que se habían venido implementando desde hacía diez años, esta representación de los pobres permanecía latente en el inconsciente colectivo del régimen; fue en su acto reflejo más básico y elemental —la represión— donde se hace evidente el *ethos* del régimen respecto a los sectores populares y todo quien se anime a desafiar abiertamente su autoridad; ahí subyace la cosmovisión más profunda que mantiene la dictadura cívico militar sobre estos espacios y sus habitantes. Su desdén profundo, en definitiva, por estos sectores incapaces de comportarse, obedecer y agradecer. Menosprecio, en síntesis, tanto por su incapacidad como por su historia reciente, estrechamente relacionada a la izquierda. Pese a los esfuerzos de la dictadura, los pobres seguían desobedeciendo. Al parecer resultaban incorregibles.

Ahora bien, si esto comenzó con acciones violentas y vejatorias para un sector específico del mundo popular urbano —el sector sur, el más emblemático en su conexión con la izquierda como veíamos más arriba—, prontamente estas prácticas se extendieron al conjunto de las poblaciones de Santiago y la represión, el abuso y la violencia se instalaron como práctica habitual y extendida<sup>1564</sup>. Las protestas nacionales que nacían como grito ahogado de libertad y contra el régimen de Pinochet, se convirtieron rápidamente en la actualización del conflicto histórico entre la dictadura —sus cuerpos represivos— y parte importante de los sectores populares organizados. En efecto, fue través de la violencia que

---

<sup>1562</sup> Si bien la protesta fue masiva y transversal a lo largo de toda la ciudad, las víctimas fatales se concentraron en poblaciones; un estudio pormenorizado de la primera protesta nacional y el contexto específico en que se desarrollan las dos muertes de aquella noche realizamos con motivo de nuestras tesis de máster: **J. RADIC**; *Mobilización social y acción popular en Chile durante las protestas nacionales, 1983-1987*. Tesis para obtener el grado de Máster en Historia Contemporánea, Universidad Autónoma de Madrid, Dirigida por Pedro Martínez Lillo. Madrid, noviembre 2009, pp. 93-111.

<sup>1563</sup> Tras el 11 de mayo se le vio ofuscado e irritable, señaló la prensa opositor, mientras el Ministro del Interior, general Enrique Montero responsabilizaba a extremistas —nacionales y extranjeros— y delincuentes de la situación, cuestión refrendada por el propio Pinochet un mes más tarde, luego de la segunda protesta de junio, enfatizando la existencia de “un germen subversivo” responsable de organizar todos los desórdenes *Revista HOY*, núm. 304, 18-24 de mayo 1983 y *HOY* núm. 309, p. 22-26 de junio 1983, Santiago, pp. 6 y 7.

<sup>1564</sup> Los informes de la Vicaría son elocuentes respecto a la sistematicidad de este tipo de prácticas en los barrios y comunas más pobres de la capital, lugar donde coincidía con la mayor fuerza que presentó la explosión social. CDyAVS. Ver informes sobre tratos inhumanos y degradantes, Informe de personas baleadas y heridas. Cajas Protestas AT. 48 y 49, Caja A.T. Allanamientos, entre otros. Un resumen en Informe Mensual, años 1983-1986.

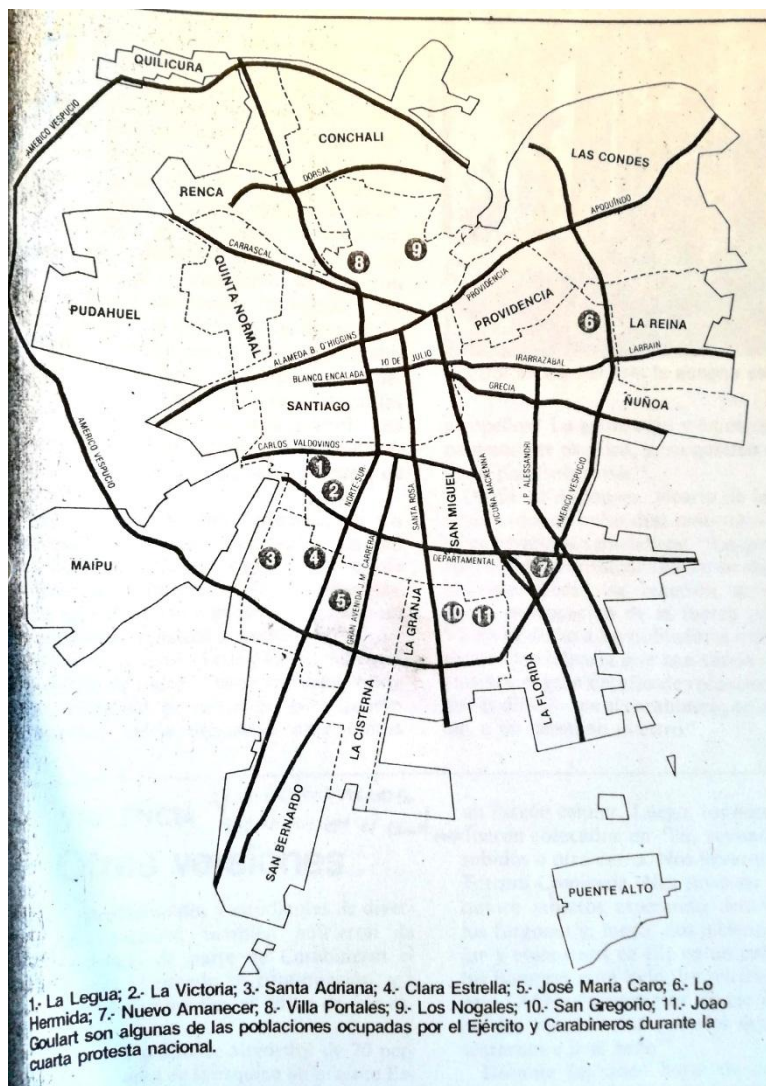
el régimen buscó zanjar la disputa que representaban las protestas con los pobres que originalmente y casi en su totalidad, se habían expresado de manera familiar, pacífica y festiva<sup>1565</sup>.

Pero, no obstante, las siguientes protestas recrudecieron la violencia que involucró a la policía, civiles –miembros de la CNI, policía secreta del régimen en los 80’— y militares, que comenzaron a implementar renovadas técnicas represivas. Si desde la primera protesta algunas acciones aparecieron como desesperadas medidas de contención –ya mencionamos lo simbólicas que resultaron las dos muertes producidas en la primera protesta en ese sentido—, éstas alcanzaron su auge para la cuarta protesta de agosto de 1983. 18 mil efectivos militares rodearon Santiago desde las 6 am, y declararon en la práctica que la capital era una zona de guerra. El saldo, reiteramos, fue de 28 muertos y más de un millar de heridos y detenidos. Y si bien las zonas céntricas también contaron con despliegue militar, fue en las poblaciones donde prácticamente se militarizó la ciudad. Santa Adriana – como toda la zona sur— lo padeció especialmente (ver imagen 7). La imagen que recuerda una periodista resultaba elocuente: mientras cientos de efectivos militares portaban fusil, los niños de los alrededores se apostaban en su entorno a jugar a la pelota antes que empezara el toque de queda. No era otra cosa que una forma de provocación de los jóvenes. Otros tanto, jugaban a la guerra en las auténticas trincheras que en muchas poblaciones –aun no completamente urbanizadas— se hacían para esperar a la policía.

El conflicto entre Estado y sociedad otra vez alcanzaba niveles dramáticos de terror y fue a partir de esta experiencia que la violencia comenzó a extenderse a todo orden de cosas, apareciendo una organización civil que buscó combatir a la opresión militar. Quizás desde esta protesta, la violencia se quedó para siempre en este ciclo de acción colectiva, postergando de ahí en más, el carácter festivo creativo, diverso y pacífico de las primeras dos protestas. Con eso el régimen logró su objetivo ya que desmovilizó progresivamente a un importante conjunto de personas y fragmentó a la oposición partidista. De esto discrepan mis entrevistados. Para ellos, jóvenes y mujeres, y pese al peligro, la protesta era una fiesta.

---

<sup>1565</sup> De acuerdo a la revisión de los informes de la Vicaría de la Solidaridad, desde el inicio de las protestas, hasta agosto de 1984, el caceroleo presentó una dimensión festiva y familiar, cuestión que también se recoge para nuestros casos en Santa Adriana y La Pincoya. Caja AT. 48 Protestas, “Informe acerca de la protesta del día 14 de junio, zona norte”. 15 de junio 1983, CDyAVS. De la misma opinión son los trabajos de **T. MOULIAN**; *Chile actual...* Op.- cit., 282 y siguientes; **P. GUILLAUDAT, P. MOUTERDE**; *Los movimientos sociales en Chile, 1973-1993*. LOM Ediciones, Santiago, 1997.



**Imagen 1. Mapa de la distribución de efectivos militares durante la protesta de agosto de 1983. Fuente Revista Hoy núm. 318, 24-30 de agosto 1983, p. 17.**

Ahora bien, cuando realizamos nuestras entrevistas y talleres de memoria, este acontecimiento en particular no despertó grandes recuerdos ni mucho menos una especial atención; las referencias a ese “11 de agosto” son casi nulas, si se compara con los numerosos documentos existentes que dan cuenta de la masiva, y brutal violencia ejercida esa noche. No puedo negar que insistí varias veces en los encuentros con los pobladores entrevistados, en hablar de ese 11 de agosto llevando imágenes y videos incluso a algunos talleres. No obstante, la reacción era más o menos la misma: habían recuerdos –sobre todo de los militares— pero no representaban una mayor novedad o estímulo para la conversación como si podía serlo una idea más general como la de hablar de los allanamientos o, para compararlo con casos muy específicos, el ambiente que se vivió en la población después del atentado a Pinochet en 1986 o la muerte del sacerdote André Jarlan en La Vitoria, en 1984. De hecho varios confundían este acontecimiento con otros, sin

establecer de manera clara que dicha jornada haya quedado particularmente gravada en sus memorias. ¡Cómo podía ser olvidable para los pobladores que 18 mil soldados prácticamente invadieran Santiago! Sólo el tiempo y la revisión —tantas veces repetida en este tipo de instancias— de archivos, audios e imágenes de la época, de conversar sobre la época con vecinas y vecinos, me hicieron entender y darme cuenta por qué no había especial interés en este acontecimiento que la prensa y los medios de comunicación, con motivos de nuevas conmemoraciones, se han encargado de recordar: sencillamente porque no había novedad alguna en la militarización de sus espacios. Fuesen Fuerzas Especiales de Carabineros, miembros de la FACH sobrevolando y custodiando barrios “conflictivos”; miembros de la CNI disparando impunemente a mansalva, metralla en mano, o militares ejecutando controles, allanamientos, disparando o llevando detenidos a cientos de pobladores en masivas redadas. Todas, eran prácticas comunes. Eran la forma habitual en que se ejercía el control policial. Era como se habían acostumbrado a ver a las fuerzas de “orden”, sobre todo en los días de protestas, manifestaciones y actos convocados por la oposición. Por lo tanto, lo novedoso aquella ocasión fue, precisamente, que por un día, Pinochet trató a la gran mayoría de los santiaguinos como si fueran pobladores<sup>1566</sup>.

Juan, joven pincoyano de 14 años en el tiempo de las protestas, nos fuerza esta idea con su testimonio respecto a la progresiva pérdida del miedo que van a experimentar los pobladores al punto de animarse a salir a protestar. Al respecto señala que, a fin de cuentas, se habían acostumbrado a todo ese ambiente, disposición y miedo al que durante una década la dictadura los había habituado. “estábamos acostumbrados al miedo, a los pacos, a los milicos patrullando, era común, entonces al final les perdimos el miedo, chachai”<sup>1567</sup>.

Sin embargo lo anterior, queremos destacar este acontecimiento concreto por dos motivos especiales que le dan un carácter simbólico del conflicto que se vive en la población entre Estado y sociedad. Por una parte, por el despliegue de viejas y nuevas formas de acción represiva que ejecuta el régimen en su afán de someter, acallar y dominar estos espacios. La brutalidad que se observa ya no dice relación con un conflicto político-ideológico como el ocurrido diez años antes; aquí emerge un afán hegemónico e incuestionable por castigar sin misericordia a aquellos que se establezcan como opositores. Aquí, fundamentalmente hay una cuestión de poder. De mando. En segundo lugar, por las

---

<sup>1566</sup> P. Politzer describe bastante bien esta sensación en una dimensión general, cuando reflexiona sobre los testimonios que recoge de jóvenes, una vez iniciadas las protestas. La periodista reconoce su incredulidad ante las experiencias que le narran sus entrevistados, confirmando que efectivamente existían dos países; y ella pese a estar consciente de la represión, de toda la lucha por los derechos humanos, esta realidad no la conocía: había dos chiles y la gran mayoría se pudo enterar del otro país cuando, a través de las barricadas, las protestas y movilizaciones, comenzaron a salir en la radio, la televisión y se hicieron parte del Chile general. **P. POLITZER**; *La ira de Pedro y los otros...* Op. cit., p. 25.

<sup>1567</sup> Entrevista a Juan Miño, realizada por el autor 7-12-2011.

formas que las poblaciones de Santiago y una parte importante de sus habitantes reaccionan a estas prácticas. Nos referimos a las resistencias, pacíficas y violentas que se produjeron en los barrios populares de Santiago, y que van a situar el conflicto más descarando en los cuerpos y espacios de los sectores más pobres de la ciudad. Formas que van manifestar un cambio con los modos en que hasta ahí se había reaccionado a la acción dictatorial, conformando una respuesta maciza que permitió construir una “cultura contestataria mucho más confrontacional”, dispuesta a enfrentar a la dictadura en todas sus dimensiones; tanto en la política, como en lo cultural y militar<sup>1568</sup>.

Las protestas y su fuerza originaria, en efecto, reactivaron instintivamente el acto-reflejo de la dictadura, la violencia política, dado que jamás dimensionó una respuesta semejante, deambulando por varios meses antes de afrontar cómo responder a ésta con algo más que la exclusiva y acostumbrada represión. Ahora bien, como señala T. Moulian, el régimen una vez que reordenó sus filas y diseñó una estrategia integral, las protestas fueron brutalmente modificadas en su sentido más profundo. Junto a la negociación disuasoria con las cúpulas más centristas de la oposición, la dictadura combinó una estrategia de violencia sectorizada, que buscaba alejar a las mayorías de cualquier tipo de expresión política en el espacio público<sup>1569</sup>. En este sentido, esta vez el objetivo ya no eran los dirigentes poblacionales o militantes políticos de la oposición, como lo había trazado diez años atrás mediante la persecución de los miembros y personajes relevantes relacionados a la UP. Esta vez, en cambio, la violencia no buscó ser selectiva sino masiva. Con la mecanización de la estrategia del “baleo”, la dictadura buscó nuevamente amedrentar a la masa. Sabía que el poder de estas acciones no radicaba tanto en los eventuales líderes políticos como en el conjunto de la población que se había despertado y movilizado activamente durante las noches de protesta. Y por eso, en paralelo a la persecución de líderes (nacionales como dirigentes políticos, y a pequeña escala, curas de población, militantes partidistas y de base), ejerció una violencia feroz hacia el conjunto —anónimo— de los sujetos de la masa movilizada. “Su brutal eficacia radicaba en el azar”, señala Moulian<sup>1570</sup>, identificando en esa característica el valor de poder inmovilizar a la población: cualquiera que osara si quiera salir a observar, podía morir<sup>1571</sup>. ¿Qué buscaba la dictadura con esta práctica? Amedrentar a

---

<sup>1568</sup> Utilizamos el término de cultura contestataria confrontacional siguiendo a **S. STERN**; *Luchando por mentes y corazones...* Op. cit., p. 352.

<sup>1569</sup> **T. MOULIAN**; *Chile actual: anatomía de un mito*. LOM ediciones, ARCIS, Santiago, 1997, p. 302.

<sup>1570</sup> *Ibíd.*, p. 292.

<sup>1571</sup> Sólo a modo de ejemplo, las dos primeras víctimas fallecidas en la primera protesta nacional, fueron víctimas de balas al aire, dirigidas a nadie en particular: un menor de 16 años, Víctor Celis cayó víctima de una bala salida de un coche sin patente que disparaba a la masa que se había reunido a protestar entorno a la Rotonda Lo Plaza; Andrés Fuentes de 22, taxista, murió instantáneamente en la puerta de su casa en La Victoria donde se encontraba observando las acciones que jóvenes realizaban en la población, mientras un contingente de carabineros intentaba acallar a la gente y controlar la situación. ICNVyR Tomo II, p. 1085.

cualquiera y a la vez a todos. Daba igual ser militante, activo opositor o simple espectador. El que se sumaba era potencialmente víctima de esta táctica y por tanto su objetivo buscaba extender el peligro, difundir el miedo y consolidar la sensación de inseguridad para todo aquel que desafiara la normativa –toques de queda, estados de sitios, etc.— y disputara de ese modo el espacio público. La solución era refugiarse en su hogar. Y ni eso estuvo garantizado en las poblaciones<sup>1572</sup>.

Bien supo esto la familia de Juan Guarda, poblador de La Pincoya fallecido por una bala disparada por un contingente militar que se movía por un costado de Avenida Recoleta a más de dos cuadras de la casa de Juan, mientras éste salía hacia la casa de su vecina para buscar un medicamento para su hija de tres años que estaba sumamente enferma. De acuerdo al testimonio de algunos vecinos, eran militares del cuerpo de caballería (los identifican por las boinas rojas que utilizan), que se encontraba patrullando el sector. Juan no estaba protestando –de hecho venía de la posta por la enfermedad de su hija—, no era militante y ni siquiera pasó cerca de los militares. Y no obstante falleció a metros de su casa donde, además, debió pasar la noche entera en el suelo sin que nadie –ni siquiera una ambulancia a la que insistentemente llamaron otros vecinos— lo recogiera. Sólo al amanecer del otro día el cuerpo sin vida fue recogido y trasladado a la posta. Así acabó la vida de este hombre, padre y trabajador, aunque fundamentalmente poblador de La Pincoya. Eso fue, a fin de cuentas, lo que definió su trágico destino<sup>1573</sup>.

Violencia desmedida e irracional, desinterés y postergación ante la situación de un padre desesperado y el drama de una familia, son los componentes de este caso sucedido en La Pincoya. La justicia desestimó el caso, como fue usual; era muy complicado exponer al ejército por una bala loca. No deja de ser dramático pensar que sintieron esa mujer, los hijos y vecina/os, durante las más de doce horas que Juan estuvo ahí, tirado a un borde de la calle, a metros de su casa, sin vida, fruto de esta práctica, consciente y racional, una estrategia militar de confrontación. Ejemplos como éste llenaron los informes realizados por la Vicaría de la solidaridad. En la propia Pincoya, esa misma jornada una mujer dejó constancia de la herida a bala que recibió su hijo en la cara luego de estar observando el

---

<sup>1572</sup> La precariedad de algunas construcciones, llevó a que varias personas de los barrios populares de Santiago fueran heridas de muerte al interior de sus propias casas por efecto de balas perdidas, sin destino preciso, que atravesaban las paredes de los hogares. Caso emblemático de estas circunstancias fue la muerte del sacerdote André Jarlan, aunque quizás la más simbólica del horror fue la de la menor de sólo dos años, Magla A. En el recuento realizado en base a la información de la Vicaría de la Solidaridad y el Informe Rettig, identificamos que, durante las protestas nacionales, 18 personas murieron en sus hogares –sin estar manifestándose— por balas sin destino. 15 de ellas se encontraban en el interior de sus casas (ver anexo 1). Estas muertes, materializan el daño que esta táctica represiva tuvo en los más vulnerables, víctimas directas por el sólo hecho de ser pobres y vivir en un barrio establecido como peligroso o conflictivo por la dictadura militar.

<sup>1573</sup> El testimonio de los vecinos y de la esposa de Juan se encuentra en CDyAVS, *Informe de la violencia policial 4ª protesta*. CAJA AT 49, Protestas. Para el relato de la situación general y el caso específico de Juan, ver ICNVyR, Tomo II, pp. 1087.

caceroleo desde la ventana de su casa, mientras cuadrillas de militares lanzaban ráfagas de metralla sin destino. En ambos casos, jamás hubo responsables<sup>1574</sup>.

Si aceptamos que el objetivo de esta práctica era amedrentar, alejar de la acción contestataria a la mayoría, de propiciar una especie de selección para que sólo aquellos más osados, comprometidos y dispuestos a resistir y combatir la violencia del Estado siguieran en la protesta —cuestión que posteriormente efectivamente se consiguió, dejando de ser éstas una acción creativa, espontánea y catárquica—, debemos entonces considerar la propuesta que realiza el historiador S. Stern, respecto a la conceptualización de esta práctica como “policidio”<sup>1575</sup>. El académico norteamericano, en efecto, señala ese afán por destruir —de manera sistemática— formas otras de hacer y entender la política, la sociedad y el gobierno, como una política evidente, consciente y decidida de la dictadura cívico-militar chilena. Si bien lo hace en alusión al proyecto refundacional que se erige detrás del golpe de Estado por destruir formas y fondos de pensar que imperaron en Chile durante la década de 1960, entendemos que es aplicable para estas prácticas en los años 80’, ya que, precisamente, el Estado autoritario identifica en estos espacios populares el germen de estas formas otras de pensar y concebir el mundo y, por tanto, interpreta estas expresiones como estertores de dicha ideología enquistada en estos espacios y sujetos que son un lastre para la nueva sociedad. Pero, aún más. Si el policidio va a incluir el asesinato sistemático de personas y grupos con el objetivo de asesinar al cuerpo político, también y en paralelo “requiere construir una cultura de miedo y fragmentación de tal manera que va mucho más allá de un proyecto de ejecuciones políticas específicas”, cuestión más que evidente en la práctica represiva de la dictadura en las poblaciones de Santiago; o sea un terror, sistemático ejecutado de manera precisa y pensada<sup>1576</sup>.

En nuestro caso específico, este afán de generar un terror masivo no sólo buscó desmovilizar y fragmentar a un sector específico de la población sino, además, impedir que sus visiones y representaciones de la realidad se extendieran al conjunto de la sociedad civil y se tornaran dominantes respecto al papel que la acción colectiva podía tener en el devenir de la situación política del país. En otras palabras, podríamos sugerir que la dictadura utilizó la muerte sistemática a través del azar en las poblaciones no sólo porque necesitaba

---

<sup>1574</sup> El caso de Juan fue desestimado y sobreseído por la justicia militar luego de desacreditar a los testigos que habían visto al os militares patrullar y disparar en el sector por lo poco claro del os testimonios, como recuerda el abogado de la Vicaría que presentó el recurso y la defensa de la familia de Juan. CDyAVS, *Informe de la violencia policial 4ª protesta*. CAJA AT 49, Protestas, para el caso de Patricio y sus hermanos, ver, CDyAVS, Caja At 48 protestas, “Personas baleadas y heridas de gravedad Cuarta Jornada de Protesta Nacional. 11 de agosto 1983.

<sup>1575</sup> S. STERN; *Recordando el Chile de Pinochet. Libro I...* Op. cit., pp. 69 y 225 (nota 27). La traducción que nos propone del término desde el punto de vista etimológico es el asesinato sistemático de la polis, esto es, la ciudad-Estado o más precisamente el cuerpo político.

<sup>1576</sup> *Ibídem*, p. 225.



controlar la situación política que en ese momento preciso la desborda sino porque, a su vez, pretende acallar y someter a esos espacios que más fuertemente representan una posición antagónica a su proyecto político y a su autoridad. Es decir, la población durante las protestas, se va a erigir como el espacio en que el Estado dictatorial identifica el núcleo del conflicto en el que está inserto y en el que busca imponerse. Sólo ante esta trascendencia que tiene el conflicto que está librando, es que pueden comprenderse un poco mejor la brutalidad y desproporcionalidad con que actuaron las fuerzas represivas. Esto es, en resumen, una mezcla entre menosprecio por estos espacios (en el sentido de que no importan los costos que ahí se producen) y la intención de socavar la cosmovisión y el acervo cultural que emerge de la acción organizada en las poblaciones de Santiago en su contra, ya que identifica en éstas parte sustancial del antagonismo a su proyecto refundacional.

Ahora bien, si partimos de la premisa establecida por Stern y sustentada en el trabajo empírico de varios autores que analizaron en terreno al mundo popular urbano durante esta década respecto a la emergencia de una auténtica cultura contestataria en el seno de las organizaciones de base, permitiendo redefinir incluso la dimensión del espacio público, conviene entonces detenerse a observar cómo respondieron los pobladores y pobladoras durante los años 80' a estas prácticas represivas del régimen y el significado que tuvieron<sup>1577</sup>. En efecto, fue en la población el lugar en que el conflicto adquirió mayor forma expresándose, igualmente, en resistencias claras a los modos de representación y escenificación de la realidad que propone el régimen. Y fue durante las protestas nacionales donde esas resistencias se tornaron más potentes, articuladas pero, sobre todo, visibles. Con ellas se pudieron conocer —en un país de sombras, silencios impuestos y dolores acallados— los sentires largamente reprimidos de una sociedad aún sacudida por el terror que despertó el golpe de Estado y sus secuelas, sobre todo de aquella que durante estos diez años de dictadura había padecido los horrores de la violencia y las miserias de la pobreza.

Y es que fu precisamente en los barrios populares donde la gente no aguantó más y de una manera espontánea, decidida, creativa y festiva salió a decir basta pese al profundo temor que seguía existiendo. La protesta del 11 de mayo de 1983, en ese sentido, se realizó en una ambivalencia total que dudaba entre el ser y expresarse ahogado por diez años de opresión, y contenerse por miedo a las repercusiones que pudiera despertar semejante desafío. Entre el impulso del deseo y el miedo frenador. Qué hecho más emblemático de los

---

<sup>1577</sup> **S. STERN**; *Luchando por mentes y corazones...* Op. cit., p. 316. Hacemos referencias a los estudios de FLACSO, CIEPLAN, PET, ILET, entre otros, y que efectivamente registran el cambio en esta subjetividad de las personas que se ven incentivadas a participar, actuar y desafiar a la dictadura militar, al punto de trazar un cambio con la emergencia de un nuevo actor poblacional. Para esto en concreto revisar; **T. VALDÉS**; *El movimiento de pobladores...* Op. cit., pp. 30-33.

sentimientos y sentidos de la realidad que tenían las personas en esos momentos de la historia, que los testimonios que muestran la alegría incrédula combinada con el miedo a las consecuencias. Las protestas, por tanto, resumen y visibilizan en el espacio público la diversa —y jamás unívoca— dimensión de los modos en que los habitantes de las poblaciones experimentan y sienten su realidad, sobre todo en relación al Estado dictatorial.

Por eso mismo conviene detenerse un momento en la primera protesta de mayo de 1983 y analizar la trascendencia que tuvo en sí misma —como masiva expresión de descontento— pero también por los efectos que representó para el futuro. Tal como señala T. Moulian, la catarsis que simbolizó la protesta —se produjo una “depuración de sentimientos y represiones a través de prácticas (terapéuticas), que combinaron el caceroleo, el grito el bocinazo, los cánticos la barricadas”, señala el sociólogo— actuó de liberador de la consciencia de los miles de sus participantes<sup>1578</sup>. Incluso de menores que, sin tener plena claridad de lo que significa realmente esta festiva manifestación ciudadana, se hacen parte del incontenible acto liberador. Fue un estreno y un bautizo... en sociedad, cuestión crucial para comprender su devenir; ver/escuchar a una multitud enfervorizada, sólo sirvió de acto liberador para miles de personas. Para otros, en tanto, fue simbólicamente la primera piedra del edificio de la resistencia que, progresivamente y a medida que se fue consolidando una rutina contestataria, se llenó de fuego, humo y balas, marcando parte del devenir de un grupo de jóvenes que trazó desde ahí su batalla<sup>1579</sup>.

En Santa Adriana, todos recuerdan que el ruido de las ollas era ensordecedor; eso sólo agolpó a la gente —curiosa— a salir a las calles y manifestarse dentro de lo que su valor y posibilidades le otorgaban. “Yo no lo podía creer”, recuerda Beatriz, mientras otros testigos se llenan de alegría al recordar: “Quedó la cagá. Era impresionante. Toda la gente en las calles, mirando y tocando ollas. Fue una hueá impresionante (...). Pero eso, no fue espontáneo. O sea, que tanta gente se sumara sí, pero los partidos veníamos hace rato trabajando. Entonces, todo al final se hacía a través de los partidos, ¿me cachai?”<sup>1580</sup>. Guillermo, dirigente del Lautaro sostiene de aquella noche en Santa Adriana: “Y de repente un estallido, un corte de luz (...) y estaba la cagá en todos lados y las calles estaban llenas de gente, las protestas nacieron masivas (...) era como: ‘chucha, por fin’. Esa noche se empezó a acabar la dictadura”<sup>1581</sup>. Es que, como varios entrevistados rememoran, “la

---

<sup>1578</sup> T. MOULIAN; *Chile Actual...* Op. cit., pp. 289-290.

<sup>1579</sup> Resultan sumamente sugerentes las reflexiones testimoniales que realiza Pedro Rosas respecto a los elementos que van marcando el devenir de jóvenes como él en esta historia de lucha y resistencia. P. ROSAS; *Rebeldía, subversión y prisión política. Crimen y castigo en la transición chilena*. Septiembre Negro ed., 2011 (2° edición), pp. 38-42.

<sup>1580</sup> Entrevista personal realizada a Jaime P., militante socialista, Op. cit.

<sup>1581</sup> Testimonio de Guillermo, vecino de Santa Adriana y dirigente del MAPU-Lautaro, realizada en 2005. Su testimonio en, N. ACEVEDO; “El pueblo en llamas...” Op. Cit., p. 106.

situación era demasiado, entonces la gente o aguantó más”, justificando de esa forma la temeraria acción de tantos que no necesariamente respondían a un patrón político partidista pero igual se habían animado a protestar. Encontrarse con el vecino, “en la misma; saber que éramos tantos”, invariablemente envalentonó a la gente que se sintió en plena libertad de gritar y expresarse tras diez años<sup>1582</sup>. El hecho, sin dudas, contagió a otros —provocando lo que Tarrow describe analíticamente en un ciclo de acción colectiva— y extendió a una amplia mayoría, sin nombres ni líderes, a participar. Tras diez años, la sociedad se expresaba y lo hacía de forma pacífica, creativa y alegre.

Pero junto al carácter liberador que presentó la protesta del 11 de mayo de 1983, coincidimos con S. Stern, respecto a que el carácter carnavalesco fue fundamental para extender a otros grupos menos comprometidos la posibilidad de expresarse y protestar. “los manifestantes rebeldes evocaban y celebraban símbolos prohibidos de la memoria disidente”, casi siempre expresada en íconos de esa cultura revolucionaria que marcó a la juventud de los años 60’ y 70’ que, por tanto, va a hacer resurgir estos emblemas tradicionales de la identidad poblacional y los va a combinar con la aparición de nuevos actores sociales en un contexto completamente distinto<sup>1583</sup>. Iris Recuerda cómo el muro que da a la plaza Carlos Dittborn, frente al jardín, comenzó a aparecer rayada no sólo con consignas que llamaban a la rebelión, sino con signos emblemáticos de la izquierda, como el rostro o el nombre del Poeta Pablo Neruda<sup>1584</sup>.

En ese orden, si indicamos y analizamos que la primera protesta nacional funcionó como un aparato liberador de las conciencias, como un auténtico catalizador de la ira, la impotencia y frustración contenida por diez años, y las convirtió en fuerza espontánea y creadora de las personas, las siguientes protestas sirvieron para idear, diseñar y poner en práctica este espíritu creativo de resistencia en todas sus dimensiones y diversos formatos pero siempre de un carácter crecientemente combativo, ya fuese simbólico o abiertamente bélico; las calles, pasajes muros y avenidas de los barrios populares se convirtieron en el laboratorio de la oposición, pero, a su vez, en el ágora de un pueblo amordazado por la violencia y el miedo, que encontraba en las calles y pasajes de su entorno el lugar para, por

---

<sup>1582</sup> Entrevista personal realizada por el autor en 21-11-2012. Los talleres de memoria realizados por el autor en Santa Adriana sirven de fuente para esta aseveración: en general los participantes de estas instancias, cuando se le pide recordar la protesta de mayo de 1983, se sonríen y recuerdan la incredulidad de lo vivido. El testimonio específico respecto a la insostenible situación que se vive, es la opinión de Manuel San Martín, Vecino de Clara Estrella pero situado en el límite que une a Santa Adriana, Clara Estrella y la población José María Caro. Entrevista realizada por el autor, en 14-12-2016.

<sup>1583</sup> S. STERN; *Luchando por mentes y corazones...* Op. cit., p. 321.

<sup>1584</sup> Entrevista personal a Iris M. realizada por el autor, 11-21-2011. La Plaza Carlos Dittborn se encuentra al medio de la población, rodeada de pequeños pasajes, dificultando el acceso de los furgones de Carabineros, convirtiéndola en un lugar, como veremos más adelante, que los jóvenes utilizaron para reapropiarse el espacio público en su combate contra el régimen.

fin, expresar su ira, malestar y resistencia a la cultura autoritaria que la dictadura imponía en cada ámbito de la vida. En efecto, observamos que durante esta etapa, al amparo de la iglesia y bajo las sombras del olvido del poder oficial, se constituyó una “red”<sup>1585</sup> sólida que sirvió de soporte primero y trampolín después, para el despliegue de los actores sociales –reconvertidos en actores políticos— que salieron a disputar el espacio público a la dictadura. En este sentido, las protestas así como van a permitir la expresión y rearticulación de los pobladores en el espacio público, esto es, se constituyen en el escenario escogido para el despliegue de cierta identidad contestataria de los sujetos populares, también van a ser la expresión más elocuente del conflicto entre éstos y el régimen.

Ya indicamos que las primeras protestas presentaron un carácter transversal expresando el malestar generalizado de la sociedad con el manejo político y económico de la dictadura. Sin embargo, el significado de éstas y la proyección en el tiempo de esta forma de acción política, revelaron una situación mucho más categórica: las marchas, mítines relámpagos, los cacerolazos, fogatas, barricadas y distintos modos de expresión que se fueron ideando a medida que se consolidaba esta forma de acción, fue un medio efectivo de expresión, de resonancia mediática real que tuvieron múltiples colectivos de base –y sus miembros—, en territorios deseosos de participar y sentirse parte de la sociedad –no de la sociedad autoritaria, claramente, pero sí del país del que imaginan y forman parte— mientras, en la práctica, sus vidas estaban marcadas por el sufrimiento, la rabia y la pobreza. La protesta, dicho de otro modo, sociabilizó al menos parte de lo que había sido la vida en dictadura para el mundo popular. Como bien lo resume P. Politzer, existían tantas diferencias entre el Chile oficial, el Chile contestatario de una élite y aquello que pasaba en las poblaciones, que eran dos mundos apartes, “dos mundos tan distantes que sólo llegaron a cruzarse cuando su grito de horror fue tan fuerte que echó abajo postes de luz, incendió micros y asaltó supermercados entonces su mundo apareció en la televisión”<sup>1586</sup>.

Es desde esta perspectiva al menos, desde donde debemos comprender el fenómeno. Si no, caemos en el riesgo de traspasar el valor y significado que las protestas tuvieron para las cúpulas políticas de la oposición (como un medio para negociar con el régimen o derrocarlo en su estrategia más radical), cuestión que no fue el único móvil que llevaron a cientos de miles de hombres y mujeres, jóvenes y adultos mayores a participar de distintas instancias

---

<sup>1585</sup> Hemos utilizado bastantes veces este término que no es nuestro y aquí cabe la aclaración: el primero que utiliza esta representación de lo que ocurre socialmente en la base popular es Gabriel Salazar, quien identifica a estos cuerpos organizativos como un verdadero tejido que sirve de sostén para la acción política. **G. SALAZAR**; *Tendencias transneoliberales del movimiento ciudadano en Chile 1973-1996*. Mimeo, Santiago, 1996. Citado en **T. MOULIAN**, *Chile Actual...* Op. cit., p 290.

<sup>1586</sup> **P. POLITZER**; *Miedo en Chile...* Op. cit., p. 25.

de acción política contestataria. De este modo, debemos asumir que las protestas resultaron ser un medio —qué duda cabe— pero al mismo tiempo fueron para muchos vecinos un fin, un modo de ser en sí mismo, ya que representaban mucho más para sus actores que un medio: las protestas van a dar expresión pública a un sentimiento. Significado a una existencia contenida por diez años de rabia, frustración e injusticia. Van a representar, en definitiva, el sentir y querer de personas que, a partir de esos deseos, van a expresar su conflicto irresoluble con la dictadura militar, su ideario y su modelo<sup>1587</sup>.

Ahora bien, ante la enorme diversidad de actores que se reapropian del lugar y lo (re)significan según sus representaciones durante este periodo, múltiples fueron también las formas y fondos que dan contenido a su expresión. Los símbolos muchas veces convergieron; la imagen de Allende, la de Víctor Jara, su música, o las propias consignas por la democracia, sirvieron de continente para una diversidad de sentidos. Que aunque tenían puntos en común, también evidenciaban diferencias y matices. Y si algunos identificaron en las protestas la posibilidad de luchar directamente contra los aparatos represivos del régimen registrando en la violencia su conflicto con la dictadura, otros, encontraron la posibilidad de expresar su sentir de manera pacífica, pero no menos enfática, constituyéndose en un verdadero canto de libertad, respeto y dignidad. Todos, sin embargo, expresaron su disconformidad con la integralidad de lo que representaba el régimen militar, esto es, un régimen político autoritario, no democrático, y con un sistema socioeconómico neoliberal, intrínsecamente desigual. El afán de “volver” a la democracia, ineluctablemente traía consigo un deseo de restaurar los procesos sociales, políticos y culturales que se habían venido desarrollando en Chile antes de la violenta irrupción militar. Como lo resume precisamente el Lucio, militante comunista pincoyano, “queríamos derrocar a la dictadura, volver al camino que habíamos perdido y establecer una sociedad socialista”<sup>1588</sup>.

En esa línea, cabe consignar que las resistencias al régimen existieron desde el mismo día que se consumó el golpe de Estado, aunque éstas fueron más bien simbólicas, completamente marginales y exclusivamente ligadas a la militancia partidista o, en su defecto, familiares de Detenidos Desaparecidos. Al menos hasta 1978. Hasta ahí fueron militantes, en su gran mayoría jóvenes, que pese a ser perseguidos y encontrarse

---

<sup>1587</sup> La crítica al modelo económico, social y de vida que impone la dictadura y que, de algún modo trastoca hasta nuestros días los modos, mentalidades y concepciones de la vida en sociedad, va a ser poco a poco matizado por la oposición partidista que comenzó a aceptar que, en un sistema democrático, resultaba un sistema beneficioso y rescatable. De ahí que el discurso por la democracia como veremos más adelante, termino por concentrar todos los esfuerzos retóricos y prácticos; porque era indefectiblemente el primer paso, condición previa para cualquier cambio, pero también porque el modelo económico-social va a ser legitimado y avalado por los sectores conservadores de la oposición a la dictadura.

<sup>1588</sup> Testimonio de Lucio Pulgarés, publicado en: **MOLINA, J, MOLINA N;** “Construcción del imaginario revolucionario de jóvenes pincoyanos y la lucha armada en el Chile de los 80”. *Revista de Historia y Geografía*, n°31/2014, pp. 95-105. Testimonio en p. 105.

completamente atomizados, fueron los responsables de llevar adelante la resistencia que se desplegaban por el territorio. Esto se produjo a través de pequeñas acciones, casi simbólicas, como eran rayados, panfletos artesanales y de otro orden<sup>1589</sup>. El miedo y las dificultades por la persecución eran demasiado grandes en tiempos que resultaba sumamente difícil escapar del control militar<sup>1590</sup>.

Los distintos testimonios pesquisados en el mundo militante de base respecto a esa primera etapa de violencia, desarticulación y retraimiento, nos informan sobre cómo funcionaron estos sujetos y cuadros en el periodo más duro de la dictadura, entregándonos, al mismo tiempo, algunos indicios que nos permiten sugerir las lógicas que se imponen entre los sujetos al momento de reorganizarse y resistir y que cobraron fuerza y dinamismo al momento de las protestas nacionales en los 80'. Nos referimos al trabajo colectivo, interpartidista de todos aquellos militantes decididos a resistir, de algún modo, a la dictadura y las dinámicas que desde ahí en más se impusieron. La dispersión fruto de la persecución encarnizada a los militantes de la UP, fue total. Jaime, en Santa Adriana, recuerda que muchos amigos se escondieron, otros sencillamente cerraron sus puertas y dejaron de colaborar por temor. Unos pocos, siguieron colaborando. Pero ahora no era con el partido, sino con los esfuerzos aislados que un grupo de sujetos realizaban en aras de mantener viva la llama de la resistencia. Y en esto, la lógica escapó completamente a la dimensión partidista. "Es que no había nada. Si todos los hueones habían desaparecido,... ¿cachai? entonces daba lo mismo si erai del MIR, del Partido socialista o erai comunista; la huea era resistir", recuerda Jaime<sup>1591</sup>. Juan y a partir de la experiencia de su hermano en la Pincoya, señala más o menos lo mismo. "En esa época no había paridos y tú te juntabas con amigos y conocidos sin importar qué tendencia tenían. Lo importante al final era que todos estaban contra la dictadura"<sup>1592</sup>. Ricardo, del mismo sector, experimentó lo mismo a fines de los 70', -colaborando con gente de la Izquierda Cristiana y del Frente juvenil Miguel Enríquez— conectándonos entonces, con la rearticulación que se viene dando en el mundo

---

<sup>1589</sup> Jaime, socialista de 15 años al momento del golpe y vecino de Santa Adriana, recuerda que luego de los primeros meses, logró conectar con una célula de jóvenes militantes igual que él en el sector. Una de las actividades que acompañó al de la propaganda, fue la recuperación de libros marxistas y de corte socialista para evitar su destrucción. En esa labor recorrió todo Santiago, recuerda. Era una forma anónima, virtualmente imperceptible de resistencia al orden que imponía la dictadura que prohibía y castigaba duramente poseer este tipo de pertenencias intelectuales. Entrevista personal realizada por el autor, 14-12-2014.

<sup>1590</sup> Y no obstante, el trabajo territorial de resistir a la dictadura se hizo como bien lo retratan varias investigaciones entre las que destacamos la de, **N. ACEVEDO**; *El Mapu en las protestas populares (1978-1985)*... Op. cit., Online. [www.archivochile.com](http://www.archivochile.com) Consultada 12-11-2012. También nos entregaron su testimonio en esa línea del trabajo en terreno de la militancia socialista y comunista en el sector sur. Entrevista personal a Jaime (PS), Op. cit.; entrevista personal a Guillermo L, militante comunista de 50 años en los primeros años de dictadura.

<sup>1591</sup> Jaime ocupa la palabra desaparecido en un doble sentido; el primero de aquellos que arrancaron, se escondieron y dejaron de participar de la red. Otros, perseguidos y detenidos por la DINA, jamás volvieron. Entrevista realizada por el autor a Jaime Pérez, militante socialista y vecino de Santa Adriana, el 9-10-2011.

<sup>1592</sup> Entrevista personal a Juan Miño, 7-12-2011

poblacional organizado y que contó con el trabajo mancomunado de personas que no pertenecían a los mismos partidos<sup>1593</sup>. Estas sinergias, que superaban la histórica división partidista, resultaron fundamentales para la rearticulación, convergencia y extensión de la politización de las organizaciones de base en la década siguiente. Y fue precisamente esa convergencia, ese trabajo mancomunado que trascendía las ordenes de partido, lo que distinguió a las bases de la oposición de sus direcciones; desde mucho antes que ellas, se había venido realizando fragmentariamente y sin otro sentido que resistir al régimen, una asociación sincera y desinteresada que efectivamente posibilitó proyectar fortalecer el trabajo opositor al régimen en las bases populares de la sociedad chilena. Al menos, así atisbamos que ocurrió hasta 1986, periodo donde esto comenzó a cambiar<sup>1594</sup>.

### **3 Nuevos referentes sociales de una cultura contestataria: liberación y despliegue de mujeres y jóvenes en las protestas nacionales.**

Durante la década de los 80' y con propiedad después del estallido de las protestas nacionales, se extendieron y diversificaron ampliamente las expresiones de malestar y sus sentidos muchas veces divergentes. No obstante, entendemos que dos fueron los principales marcos convocantes que dieron sentido y significado a la expresión popular: aquellas que podríamos identificar como prácticas pacíficas que se levantaron como resistencia y oposición a la cultura del miedo que impone la dictadura y en las que destacaron las mujeres, y aquellas que se identifican con una visión igualmente contestataria pero expresadas a través de la violencia ya fuese física o simbólica, y que Stern conceptualiza como cultura de barricada centrada –fundamentalmente— en los jóvenes pobladores y que nos gustaría establecer como prácticas rebeldes a la cultura autoritaria imperante<sup>1595</sup>.

Como ya enunciábamos más arriba, en las poblaciones de Santiago la mayoría de las y los jóvenes estaban inmersos en una dinámica de conflicto que iba mucho más allá que la batalla política por la democracia que era el marco general que la oposición al régimen trazó como eje articulador y de sentido de la expresión ciudadana. En el caso de los jóvenes pobladores, su conflicto era más amplio, extendiéndose al proceso de modernización

---

<sup>1593</sup> El testimonio de Ricardo Aguirre realizado en 2014. En, **S. ASTUDILLO**; *¡La Pincoya resiste! Organización social popular en la población La Pincoya durante los años del desencanto político (1990-2005)*. Tesis de licenciatura en Historia, Departamento de ciencias Históricas, Universidad de Chile, 2016, p. 67.

<sup>1594</sup> De la misma opinión es **A. RIQUELME**; *Rojo atardecer...* Op. cit. Respecto al cambio que se produce en 1986, dice relación con las dinámicas autónomas que cada partido tomó; ya fuese por la deriva rupturista y desintegradora que experimentan los partidos del MDP, como el PC –y su brazo armado— y el MIR, al igual que ocurre con sectores del socialismo que, al menos en la base, se fragmenta entre aquellos que insisten en la vía movimientista para derrocar al régimen y aquellos que se subordinan definitivamente a la vía exclusivamente electoral.

<sup>1595</sup> **S. STERN**; *Luchado por mentes y corazones....* Op. cit.

neoliberal que desarrolla el régimen. En otras palabras, su fastidio y disconformidad, su rabia y desconexión, esos polos de acción e inacción que marcaron a los jóvenes de los barrios pobres de la capital, escondía una crítica con la cultura dominante en el escenario autoritario. En sus actos observamos la existencia de una pulsión vital ambivalente; de vida y muerte a la vez. En su rebeldía se escondía una única esperanza para salir de un presente tan carente de sentido como de posibilidades. Que los excluía, estigmatizaba, castigaba y normativizaba<sup>1596</sup>. Era la única salida. O vía de escape, quizá. En ese sentido, la anomia que se observa en algunos comportamientos juveniles, da cuenta del profundo y desgarrador proceso de desmembramiento y descohesión social experimentada a partir de las nuevas estructuras sociales que se establecen y que sitúan al mercado como único mediador de la comunidad. Muchos, quienes no vivieron a través de sus padres o familiares parte de este acervo político cultural desarrollado en las historias de la formación de la población, o sin redes para ingresar a las nuevas organizaciones de base, sucumbirán a esa estructura y el evidente proceso de desintegración de lo comunitario que se experimenta en la sociedad chilena, sumergiéndolos en un profundo desarraigo, trazando una diferencia, en nuestra opinión, respecto a las y los jóvenes que sí participaron de las organizaciones de base y/o recibieron parte de esa cultura política anterior al golpe. En ellos, también se observa la rabia, impotencia y opresión. Pero logran articular —ya fuese pacífica o violentamente— anhelos, proyectos y posibilidades de ser; siempre a partir de la organización y la comunidad y estableciendo como punto de partida la caída de la dictadura. Todos ellos y salvo excepciones, convergieron en las fogatas y barricadas contra Pinochet.

En ese contexto, para muchos protestar, rebelarse, combatir, era un grito urgente y desesperado. Como si el futuro dependiese de acabar con un régimen que coartaba todas sus posibilidades de ser. Por eso *jugarse la vida* en cada acción tenía sentido. O quizás porque nada tenía sentido, arriesgarse por esa esperanza —la única que muchos alcanzaban a atisbar— era el modo exclusivo de sobrevivir sin sumirse en la lógica de la abstracción —que muchos siguieron— o del orden que imponía la dictadura y la nueva sociedad a la que todo el aparato estatal los empujaba. Ricardo, así lo manifiesta incluso cuando es interrogado sobre la conciencia del riesgo que se corría con cada acción de protesta: “yo pienso de repente como que no costaba tanto morir, era hasta... era como... erai parte... si caía erai parte de la huea, ¿cacahi?”, señala convencido, expresando el vínculo y sentidos pertenencia que se produce en el sujeto al formar parte de esa acción contestataria que se materializa en una fogata, una barricada. Allí son libres, salen de la anomia y se reconcilian

---

<sup>1596</sup> I. AGURTO, M. CANALES, G. DE LA MAZA. *Juventud chilena: razones y subversiones*. Op. cit., pp.7-8.



consigo mismos, como señala Valenzuela<sup>1597</sup>. Esta reconciliación los vincula a otros, y, por tanto, despierta sentidos de pertenencia en la propia acción de protestar en momentos — reiteramos— donde todas las fuerzas dominantes del poder autoritario empujan hacia la dirección contraria de la integración, la comunidad e identidad colectiva<sup>1598</sup>.

En efecto, participar de una protesta representó muchas cosas para esos jóvenes. Y si bien el significado de esta expresión de cultura de barricada no fue el mismo para todos, existen lazos y convergencias que los conectan. Primero, salir de la tediosa cotidianidad de pobreza, censura, exclusión y normativización es una cuestión común para el conjunto de los jóvenes que salen a protestar. También y aún más relevante que lo anterior fue que en la barricada ganan respeto, recuperando la dignidad perdida —cada allanamiento, vimos, era una bofetada a la dignidad de cada uno de esos seres—, representando, en definitiva, la posibilidad de ser alguien. En la barricada se te reconoce, y consigues, igualmente, reconocimiento al interior de la comunidad. Sólo asumiendo todo este significado y el valor que representan estas cuestiones para los jóvenes pobladores permiten dar sentido a esas prácticas sacrificiales que son oponer resistencia a la dictadura. En su acción, como señala Valenzuela hay detrás toda una ética sacrificial<sup>1599</sup>.

Es este escenario, entonces, el que propicia que la movilización juvenil de esa generación se caracterizara por su audacia callejera, su desparpajo, radicalismo, efusión y violencia<sup>1600</sup>. Porque, como bien manifiesta A. Sen, a fin de cuentas los contextos en que se desenvuelven los distintos sujetos resultan cruciales para fortalecer o relativizar un tipo específico de identidad<sup>1601</sup>. En este caso, la situación de exclusión, estigmatización y represión va a redundar más que en una identidad anómica, en una identidad contestataria, conectada a la rabia y la violencia que inexorablemente establece un vínculo —disruptivo, disgregado y canalizado de maneras diversas— entre cientos de miles de jóvenes que viven en la periferia urbana territorial y social de la capital chilena, hartos, aburridos y solos. Pero que a través de la acción encuentran un modo de reafirmarse como sujetos. Esta situación mucho autores la reducen a mera anomia, carente de un proyecto histórico que los aglutine y les dé sentido. Nosotros no creemos que eso sea tan así. No porque no existieran jóvenes anómicos<sup>1602</sup>. Sino porque también se ven anhelos, sueños, posibilidades y compromisos de otros muchos jóvenes. Porque junto a la rabia también hay fuerza creativa. Hibridizando y complejizando el sentido de las prácticas contestatarias que caracterizaron a los jóvenes

<sup>1597</sup> E. VALENZUELA; *La rebelión de los jóvenes*. Propositiones Vol 11. Sur ed. Santiago, 1984, 45-57.

<sup>1598</sup> Testimonio de Ricardo Aguirre entregado en 2014. En S. ASTUDILLO; *¡La Pincoya resiste!...* Op. cit., p. 71.

<sup>1599</sup> *Ibidem*, p. 56.

<sup>1600</sup> I. AGURTO, M. CANALES, G. DE LA MAZA. *Juventud chilena: razones y subversiones*. Op. cit., p. 9.

<sup>1601</sup> A. SEN; *Identidad y violencia. La ilusión del destino...* Op. cit., p. 52.

<sup>1602</sup> Cfr. Entre otros; J. MARTÍNEZ, E. TIRONI; *Las clases sociales en Chile. Cambio y estratificación*. Ediciones Sur, Santiago, 1980; E. VALENZUELA; *La rebelión de los* *Ibidem*.

pobladores durante este periodo. En síntesis no es posible otorgarles un sentido único o una dirección específica las distintas prácticas contestatarias que coparon el espacio público durante las protestas.

Dicho de otro modo, es ese contexto de opresión el que se constituyó en el principal nexo de convergencia de esos jóvenes que salen a protestar, estableciendo efectivamente en la alteridad al régimen militar esa afinidad básica y primigenia entre jóvenes que no pensaban ni sentían igual. Mucho menos representaban la realidad que estaban viviendo. Así, sin importar si eras estudiante, poblador, *pato malo*, *volao*<sup>1603</sup>, militante de alguna agrupación insurgente o un cristiano de base, la barricada y la fogata en la avenida central de la población los reúne, los convoca contra un mismo enemigo. Su cultura de barricada, entonces, comienza desde esa referencia fundamental de oposición a la dictadura, porque es ella la que define su situación. En otras palabras, algunos aspectos de su identidad (pese a las diferentes expresiones y sentidos), parte del reconocimiento que son jóvenes que comparten igual situación de vida en la cual forzosamente deben desenvolverse: “somos nosotros, jóvenes que vivimos este periodo, en este lugar y en este momento” como lo sintetiza un estudio de la época<sup>1604</sup>. Así lo deja entrever Ricardo cuando rememora sus experiencias en las barricadas entorno a avenida Recoleta, en La Pincoya donde confluían distintos grupos; desde los activos militantes de las juventudes partidistas, miembros de organizaciones de base así como lo que denomina como “lumpen-proletario” –siguiendo la denominación dada por el PC a los jóvenes que irrumpen violentamente en la protesta desde ese ser emocional<sup>1605</sup>. En la fogata, en la barricada las diferencias se mimetizan en ese germen que los convoca y aglutina: su oposición a la dictadura; su entramado institucional, sus ideas y políticas.

Estas miradas, convergen con las representaciones de sentido que realiza Jaime en Santa Adriana, formador de parte de esos jóvenes –más jóvenes que él, los adolescentes de 13-17 años— y los propósitos y convicciones que los mueven al desenfadado desafío a la dictadura. Él, diez años mayor, de 25 años en el tiempo de las protestas, comprende esa rabia juvenil desenfadada, pero se siente fuera de ese sentimiento al encontrarse en otra vereda generacional. Aquella que sí experimenta la rica influencia que significaron las experiencias de participación y politización de la sociedad anterior al golpe de Estado y que les otorgó a ellos, como generación, un cuerpo doctrinal, una conciencia política y colectiva que estos jóvenes carecen en opinión de nuestro entrevistado. Los jóvenes de los 80’, como

---

<sup>1603</sup> Pato malo hace alusión a un delincuente o asaltante, mientras que volao, significa en la jerga chilena a una persona que adicta a algún tipo de droga.

<sup>1604</sup> A. UNDIKS; *Juventud urbana y exclusión social*. Humanitas-Folico, Buenos Aires, 1990, p. 29.

<sup>1605</sup> Testimonio de Ricardo Aguirre, en 2014. En S. ASTUDILLO; *¡La Pincoya resiste!...* Op. cit., p. 72.

los denomina, carecen de esa formación política y, por tanto de una conciencia que fortalezca su acción<sup>1606</sup>.

La protesta poblacional de los jóvenes combatientes en calles y pasajes, por tanto, va a simbolizar un modo de expresión acorde a sus sentimientos, constituyéndose rápidamente en una práctica habitual de sus vidas en la que se involucran y desenvuelven cotidianamente, ya que proyectan parte de su identidad en dichas prácticas. Es un acto rutinario, casi normal y donde la población va a jugar un papel preponderante en la instalación de dicha dinámica. Es ahí, en el barrio, donde se sienten seguros, pueden cobijarse a la comunidad y desenvolverse más o menos libremente en su combate a la dictadura. La acción de tomarse calles y pasajes, de rayar llamando a la insubordinación, de hacer y repartir panfletos, marchar, preparando bombas caseras; las dinámicas de hacer fogatas, trincheras, quemar microbuses, lanzar *miguelitos* y todo un cúmulo de repertorios que buscaban alterar el orden y la normalidad, desafiando a la policía que respondía con violencia a cualquier provocación, era eso; el afán de “mandar a la mierda” lo establecido; el orden, la tediosa normalidad que imponía una dictadura sesgada que los excluía<sup>1607</sup>. Era rechazar con otros recursos pero de semejante lógica, a la cultura de violencia que la dictadura había impuesto en estos espacios. La respuesta de los jóvenes, en este sentido, resulta profundamente contracultural ya que se resiste a la subordinación aunque también mantenía canales de conexión —la violencia— con las lógicas más básicas que la dictadura establecía siendo, por una parte, abiertamente contestataria, pero, por otra, digna hija de su tiempo<sup>1608</sup>.

Estas manifestaciones son una expresión —básica si se quiere— pero no por eso carente de sentido en ese afán de alterar el orden y aquellos parámetros que el régimen pretende “naturalizar” o establecer como paradigmas de la sociedad. No. Ellos se oponen. Se resisten, no quieren eso para sus vidas y salen a expresar desde la ira su oposición a ese mundo. Eso, claramente, no significa que existiera una alternativa clara y precisa sobre qué se quiere; en esto la gran masa juvenil popular se distancia de aquellos que se pliegan más comprometidamente a los movimientos insurgentes, partidos, así como a los grupos de base surgidos al amparo de la iglesia católica. Pero, no obstante, su expresión violenta no deja de ser un sentimiento “lógico”, de subsistencia en la compleja trama que la dictadura les impone. Allí donde algunos identifican un carácter anómico —que efectivamente lo hubo—

---

<sup>1606</sup> Entrevista realizada por el autor a Jaime Pérez realizada el 14-12-2014.

<sup>1607</sup> Entrevista personal realizada por el autor a Jaqueline Martínez, residente de Clara Estrella pero joven pobladora de Santa Adriana de 16 años en los 80. 28-10-2011.

<sup>1608</sup> Guardando las proporciones, resulta interesante considerar las reflexiones a las que nos invita Primo Levi respecto a los efectos de asimilación que sistemas normativos totalitarios alcanzan en sus víctimas cuando se refiere al infernal sistema del nacionalsocialismo en los campos de concentración. P. LEVI; *Trilogía de Auschwitz*. Aleph, Madrid, 2012, p. 501.

nosotros también identificamos algo más, haciendo el matiz entre aquellos sentidos individuales y los colectivos. En efecto, es probable que individualmente mucha de esas expresiones de rabia contenida contra todo lo que represente al Estado, al poder que los oprime, representara un sentir anómico, en el sentido *Durkheimiano* del término, por esa falta proyectual que se identifica en el sentido de estas acciones. Sin embargo, analizando desde una dimensión colectiva el fenómeno y, sobre todo, mirado con la perspectiva que nos entrega el tiempo transcurrido, estas expresiones —quizás— no representarían ese sin sentido y desarraigo que muchos otorgaron a la expresión juvenil de las poblaciones de Santiago. Me explico. En primer lugar, el espacio, la población, convoca y reúne y, además, entrega un sentido de pertenencia a los actores sociales que se desenvuelven en su territorio. La expresión es posible en tanto se realiza en el espacio local; es ahí donde los jóvenes de las más diversas índoles, grupos e intereses, se reúnen. Podríamos extremar el punto señalando que así como la parroquia es una especie de ágora que convoca libera y reúne a los vecinos, permitiéndoles actuar social y políticamente en sus espacios, la barricada actúa desde la misma dimensión entre los jóvenes, nada más que lo hace en “territorio” enemigo: el espacio público. Es un ágora subversiva. No tanto en la dimensión terrorista que el régimen y los órganos e intelectuales orgánicos quieren dar a estas expresiones sino, más bien como espacio político que es disputado al poder y se rebela al sentido que le entrega a la autoridad. En la barricada, por lo tanto, hay una reapropiación que convoca y reúne a esos jóvenes —diversos y heterogéneos en sus intereses, representaciones de la realidad, anhelos y posibilidades— y los incorpora a un grupo. Es en esa dimensión colectiva donde nosotros identificamos la representación de una parte de la sociedad (en tanto jóvenes y pobladores). Es en esa dimensión colectiva que reúne y convoca a distintos sentidos de la realidad, donde la protesta adquiere sentido. Un sentido. Fugaz y líquido si se quiere, sí; pero ahí identificamos un germen de conciencia que alcanza forma en la protesta.

En segundo lugar, debemos considerar que la sociedad chilena tendió crecientemente a partir de esa época a una intelección individual de los fenómenos sociales que los desestructura del colectivo del que, al menos eventualmente, son parte. Esta auténtica privatización de la identidad y los sentidos colectivos de la pertenencia, han marcado buena parte del devenir histórico del tiempo presente chileno (y me atrevería a señalar que mundial). Es decir, que muchos de esos sinsentidos individuales y anómicos, empujados por la rabia, vienen a ser manifestación del mundo en tránsito en el que se sitúa Chile. Son formas y prácticas que tienen mucho más que ver con el mundo que “vendrá”, que ese que se racionaliza en el momento. Igualmente, se observa en el sentido de la acción de los jóvenes pobladores que protestan, una dinámica de inmediatez que parece extraña en ese

tiempo. Hoy, en cambio, lo inmediato es casi lo único que importa y se impone permanentemente en las dinámicas del mundo actual. De esta forma, vemos que esos comportamientos anómicos, parecen más bien, símbolo de una sociedad en transición, en cuerpos y mentes de jóvenes que se ven aburridos, ahogados, excluidos y normativizados que anomia propiamente tal; son expresiones casi vanguardistas —no por ello positivas necesariamente, cabe aclarar— para su tiempo, pero que expresan nuevas formas de sentir y procesar la realidad y que está íntimamente ligado a los modos de desarticulación de lo comunitario, de lo público, de lo colectivo<sup>1609</sup>.

La confrontación materializada tan violentamente en las calles de cada población puso de manifiesto el conflicto como lo demostraba la propia consideración de estos jóvenes, y las resistencias que emergen desde las poblaciones en las representaciones y significados de estas expresiones: si para el régimen eran delincuentes y vándalos, para los pobladores, en general, eran jóvenes atormentados por el horror y la falta de oportunidades<sup>1610</sup>; si para las cúpulas moderadas de la oposición estos jóvenes eran un problema y potencial peligro para la futura democracia, para los más chicos, incluso, los jóvenes que salían a enfrentar a la policía eran auténticos héroes, ejemplos a seguir por su decisión de rebelarse a todo aquello que sus padres resignadamente asumían y que el régimen les imponía<sup>1611</sup>.

Pero la trayectoria de estos jóvenes se inscribe en el proceso más amplio de la historia de la dictadura. Si tras el golpe, la persecución y el retraimiento general, sólo los jóvenes vinculados a los partidos y con una rica y activa cultura política partidista se atrevieron a resistir— de forma marginal y clandestina—, la restructuración de las bases y la reorganización en pos de la subsistencia, permitieron una lenta rearticulación que permitió a los jóvenes vinculados a los partidos políticos a iniciar una visibilización del descontento y la resistencia. Al principio, lo más que se hacía eran algunos panfletos y rayados. El miedo era más fuerte y las dificultades que implicaba cualquier resistencia debían ser consideradas. Las dificultades eran enormes y se disponía de escasos recursos para actuar. Jaime, recuerda que pese al respaldo del partido —que siempre conseguía cosas como guitarras para un taller de música, o proyector para ciclos de cine— los gastos al final corrían por parte de los actores territoriales. Eran ellos los que debían conseguir y obtener

---

<sup>1609</sup> Cfr. E. TIRONI; *Autoritarismo, modernización y marginalidad. El caso de Chile 1973-1989*. Ediciones SUR, Santiago, 1990; E. Valenzuela; *La rebelión de los jóvenes...* Op. cit.

<sup>1610</sup> Fue generalizada la respuesta de las mujeres entrevistadas en esta investigación respecto a la bondad de esto jóvenes combatientes que salían a resistir a la policía. Casi siempre la respuesta fue “eran cabros buenos”, demostrando que no sólo había comprensión respecto a las actitudes de los jóvenes que empleaban la violencia en sus prácticas, sino también cierto respeto por la valentía que demostraban. Talleres grupales de memoria Histórica. CASA. 14-05-2014.

<sup>1611</sup> Jaqueline en Santa Adriana así como Juan en La Pincoya destacan la labor de sus hermanos en la lucha callejera a la dictadura. Son referentes para ellos. Por su valentía y decisión. En un mundo de inmovilismo la acción se torna casi como un gesto épico.

los recursos por lo que al peligro, el costo de algunas actividades, las hacían difíciles de implementar al principio<sup>1612</sup>. Rayar, por ejemplo, al principio era sobreexponerse, por eso era más fácil realizar el trabajo territorial a través de panfletos que habitualmente eran elaborados por los mismos militantes<sup>1613</sup>. En esa línea, Ricardo narra su experiencia en La Pincoya, de forma muy elocuente respecto a lo que representaba inicialmente un mural de protesta:

Pa' hacer un rayado po, compadre, en un muro, tenía que hacer antes, no sé po...una preparación en seco ¿cachai lo que significa esa huea? una preparación en seco es ir a cachar dos la misma esquina y estar anotando el horario preciso y cachar cuántos minutos...era una operación militar, hueón (...) Y llegabai al muro, lo hacíamos en seco, si te pillaban no estabas haciendo nada, ¿cachai? Y con el mismo tiempo llegaban los compañeros al muro ¡chan! Y se quedaban quietos como que estuvieran ocupando el tiempo pa' pintar y se cronometraba. "estamos en el tiempo, se puede hacer". La media preparación compadre, de semanas pa' hacer un puto rayado con un rodillo. Entonces, había toda una mística, la huea llegaba a hacer hasta bonita, romántica la huea<sup>1614</sup>.

Pero los 80', y el nuevo ciclo político así como las lentas pero progresivas posibilidades de expresión fueron permitiendo *correr el cerco* y paulatinamente ir aumentando el nivel y la intensidad del desafío. Jaime, recuerda que a fines de los setenta, tocó orientar la acción a organizar y colaborar en distintos grupos, de manera de dar fuerza a la sociedad civil. Algunos se orientaron en el trabajo de base, otros a potenciar el trabajo sindical.

Claro, nos tocaba empezar a hacer movimiento social en la población. Era como el año 78' (...) Y ahí estuve vinculado a varias organizaciones; a los sin casa, el comité de vivienda como le llamaban, también en el Derechos Humanos y en otros más, además de la pega en el partido. Ahí fue que conformamos el colectivo de la Caro Ochagavía que pretendía que llegara a todo el cordón de Avenida La feria<sup>1615</sup>.

La reactivación de las redes partidistas en el micro espacio social, conectó a los partidos con las organizaciones de base. Comunistas, socialistas, el MIR la Izquierda Cristiana, el MAPU y la DC, progresivamente, comenzaron a repolitizar las iniciativas creadas en pos de la subsistencia. En ese sentido, Jaime enfatiza que sin el trabajo de base de los partidos políticos, la repolitización habría sido imposible, sobre todo porque establecieron referencias claras, precisamente cuando la dictadura hacía todo el esfuerzo por desarticular y despolitizar a la sociedad. "La gente que logró reconstituir toda esta cosa, éramos a la vez militantes de partidos", señala enfático Jaime. Fue entonces "una simbiosis.

<sup>1612</sup> Entrevista personal a Jaime, militante socialista y habitante de Santa Adriana, realizada el 09-10-2011.

<sup>1613</sup> N. ACEVEDO ARRIAZA; *El Mapu en las protestas populares (1978-1985)*. Op. cit.; Para una interesante mirada panorámica ver P. POLITZER; *La ira de Pedro y los otros...* Op. cit.

<sup>1614</sup> Testimonio de Ricardo Aguirre, en 2014. En S. ASTUDILLO; *¡La Pincoya resiste!...* Op. cit., p. 69.

<sup>1615</sup> Entrevista realizada por el autor 09-10-2012

Estaba la gente, pero, sin los partidos, tú no habrías podido tener la dirección hacia donde querías enfocarte. (...) ni la idea de lo que había que elaborar”<sup>1616</sup>. Las protestas, en ese escenario, fueron quizás el acontecimiento catárquico que representó un definitivo cambio en la actitud y el comportamiento de los actores sociales. Sobre todo entre los más jóvenes. Gonzalo, al respecto, identifica que fue durante las protestas y con la fractura que experimenta el MAPU durante este periodo —escisión de la que nace el Mapu-Lautaro— cuando se materializa el cambio de actitud que se venía experimentando entre algunos militantes, fijando en los jóvenes la base, el eje del sujeto de la revolución<sup>1617</sup>.

El aprendizaje en diez años de dictadura que nos retrata Pedro a través de P. Verdugo, el bautizo que representa para Pedro Rosas, joven militante del MIR la primera protesta de mayo de 1983, los recuerdos de Jaime, Juan, Luciano, Toño Elizabeth, militante comunista y Jaqueline trabajadora del PEM, jóvenes rebeldes representantes de esta generación de jóvenes y activos participantes de las protestas en Santa Adriana y La Pincoya, coinciden en entender que su camino hacia el combate directo en las calles, respondió a un gradual aprendizaje que se aceleró abruptamente a partir de las protestas y que terminó siendo abandonado por la oposición política al régimen. La crisis económica la aceleró definitivamente y el giro conservador de la oposición la deslegitimó. Jaqueline, recuerda que lo primero que hacían en las mañanas de protesta, era tirar miguelitos. Con eso se evitaba que las *micros* pudieran salir normalmente a realizar sus recorridos<sup>1618</sup>. Luego, venía la dinámica de recolección de material para las fogatas que se iniciarían en la noche. Ahí, colaboraban todos. Y todas. Y no importaba partido o movimiento al que se perteneciera. Por eso entendemos que en la fogata se encuentra un vínculo, incluso un afecto hacia el otro que lo acerca y conecta con la comunidad.

Estos sentimientos, esta actitud ante el mundo que les rodea confluyeron con las directrices de algunos movimientos para llevar adelante la resistencia armada. En efecto, ante la impotencia y la escasez de posibilidades, de reafirmarse como alguien en la sociedad, la batalla al régimen va a ser un recurso extremadamente útil de proyección del yo para muchos jóvenes, siendo la violencia un modo conocido, casi familiar que los activa y empuja a la acción. Esta cuestión va a ver su máxima expresión material —pero no la única— en los jóvenes que adhirieron a los distintos proyectos contestatarios encabezados por las Milicias Rodriguistas del PC, el MAPU-Lautaro y el MIR, que establecieron en la lucha armada el camino más directo de combatir y resistir a la dictadura y donde muchos jóvenes decidieron volcar sus esfuerzos de desobediencia y resistencia. Jaime de 26 años,

---

<sup>1616</sup> Ibídem.

<sup>1617</sup> N. ACEVEDO; “*El pueblo en llamas...*” Op. cit., p. 113.

<sup>1618</sup> Entrevista realizada por el autor a Jaqueline Martínez el 19-12-2011.

defensor de la vía armada<sup>1619</sup> y militante socialista que se despliega en el sector Caro-Ochagavía durante ese periodo, nos narra las enormes dificultades que tenían para captar jóvenes para su partido dado lo fuertemente seducidos que se veían por la acción directa. Mucho más que la reflexión política, lo que les interesaba a los más jóvenes era combatir:

Ya, démosle, pero primero hay que formarse, hay que prepararse ¡en todo sentido! (...) Pese a que uno trataba de formarlos, y le daba duro a la educación política, a los cabros les costaba. (...) Los cabros jóvenes, son un poco reacios a mantener cierta disciplina y a participar de la educación política. (...) Así tratábamos de llegar a ellos y formarlos. Pero era difícil. (...) Ellos querían armas,... como te decía, querían puro combatir, salir y darle cachai', entonces era difícil<sup>1620</sup>.

Pero la violencia no se desencadena exclusivamente por el cierre de los canales institucionales. Existe una convicción de que ésta también es un método efectivo para lograr objetivos concretos ante una dictadura que no escuchaba, no tranzaba ni razonaba. La violencia, por tanto, es el idioma que entiende y ellos están en una dinámica imperiosa de hacerse escuchar. En ese sentido, el afán de derrocar al régimen, se combina con distintos sentimientos que mueven a los jóvenes pobladores. La anomia marca y define algunos comportamientos, ciertamente. Pero, también, existen motivaciones conectadas a proyectos concretos, que toman forma en la acción; en la barricada, la protesta, la quema de neumáticos, en un mural, es en donde convergen estos distintos intereses percepciones y representaciones de la realidad juvenil. En definitiva, en todos esos repertorios de acción que representaron la movilización contra la Pinochet y su dictadura.

Muchos jóvenes, por su parte, expresaron su lucha contra la dictadura de la mano de proyectos que los convocan e identifican. Proyectos que tienen como objetivo específico retomar el camino revolucionario perdido violentamente tras el golpe de Estado, recogiendo y conectando ese afán con el sentimiento de acción que impera entre los jóvenes: no pensando ni formándose, cómo proponen las generaciones anteriores que crecen en democracia; no. Esto jóvenes quieren actuar, tomar medidas, no pensar tanto y actuar decididamente. En esa dirección reapropian aspectos y figuras de los imaginarios históricos y los adaptan a sus necesidades y realidad. Como decíamos, en ese orden, es en la acción –y

---

<sup>1619</sup> Jaime insiste en un punto que también va a ser considerado por algunos estudiosos y otros militantes: hasta el fraccionamiento entre el Frente y el PC (1987), las acciones realizadas, eran fundamentalmente, propaganda armada. Es decir, tácticas más de difusión y visibilización que de abierta disposición a derrocar a la dictadura mediante las armas. Si no, se habrían repartido las armas ingresadas que no eran pocas, manifiesta Jaime, convencido que al final, el PC se maneja en la ambigüedad que sólo ayudó a hacer fracasar al movimiento. Guillermo Tellier, Jefe militar del PC y nexa con el FPMR, ha señalado en entrevistas que resultaba tan fácil llegar y entregarle armas a cualquiera. Para el debate sobre este tema, puede verse, **L. ROJAS NÚÑEZ; De la rebelión popular a la sublevación imaginada. Antecedentes de la historia política y militar del Partido Comunista de Chile y del FPMR 1973-1990.** LOM, Santiago, 2011.

<sup>1620</sup> Entrevista a Jaime realizada por el autor el 14-12-2014.



la inacción para tantos que quedarán en el margen intoxicados por el abúlico apoliticismo, las drogas y el retraimiento tedioso de un mundo sin posibilidades— donde ellos se juegan quienes son: y qué mejor que dándolo todo, apostando incluso la vida, por la acción. Allende como emblema martirológico, dice Valenzuela, incita a ese sentido sacrificial de muchos jóvenes. Jaime, formador de muchos de ellos en la zona sur de la capital, recuerda cómo “prendían al tiro” cuando les enseñaban lo que otros jóvenes del continente estaban haciendo por la libertad en sus países. “Me acuerdo que cuando empezó a salir la información de Nicaragua, aquí no daban ná, estaba todo prohibido, y la gente no tenía idea. Entonces nosotros empezamos a traer ese tipo de películas y (...) la gente quedaba alucinando. (...) los cabros quedaban locos ¿cachai?, y ahí querían puro participar”, recuerda<sup>1621</sup>. La revolución sandinista, ciertamente, se convirtió en un símbolo que la izquierda chilena utilizó para esperar a la población en el combate a la tiranía. La experiencia de los militantes que combatieron en Centroamérica, jugó un papel fundamental en la reactivación de los movimientos armados en Chile, ayudando a nutrir ese imaginario revolucionario de acción que tanto nutrió las huestes de los movimientos subversivos contra la dictadura<sup>1622</sup>. En las poblaciones, la imagen de la revolución triunfante despertó ilusión y esperanza entre la juventud que “quedaba súper enganchada con eso que veía y empezaban a querer participar. (...) era alucinante ver todo eso, que el pueblo derribaba una dictadura”, insiste Jaime.

En efecto, la revolución se convierte en un anhelo deseado que empuja y moviliza a muchos jóvenes. Es una utopía que activa, compromete y aglutina a cientos a través de las Milicias Rodriguistas, el propio FPMR, el movimiento juvenil Miguel Enríquez del MIR o el Lautaro. La revolución se convierte en un ideal que nutre los imaginarios de esos jóvenes. “El Mapu nunca dio por cerrado el sujeto de la Revolución, nunca dijo; el sujeto de la revolución de la clase obrera. (...) Eso da una posibilidad que el sujeto de la revolución siente se está construyendo”, plantea Luciano de Santa Adriana<sup>1623</sup>. En esa línea, la revolución, convertirse en revolucionario es una posibilidad de ser, de desarrollarse y reafirmarse; como joven, como poblador, como sujeto de acción y por tanto va definiendo de forma más clara y decidida el mundo que quieren, la sociedad en las que les gustaría vivir. En ese “caminar en el desierto” que era la vida, dice Toño ex frentista, “¡hay que hacer

<sup>1621</sup> Entrevista a Jaime realizada por el autor el 14-12-2014.

<sup>1622</sup> **L. ROJAS NÚÑEZ**; *De la rebelión popular a la sublevación imaginada. Antecedentes de la historia política y militar del Partido Comunista de Chile y del FPMR 1973-1990*. LOM, Santiago, 2011, p. 109.

<sup>1623</sup> **N. ACEVEDO ARRIAZA**; “El pueblo en llamas”. Los orígenes y significados de las protestas... Op. cit., p. 121.

algo! Porque aquí nos vamos a vagar de infelices, veíamos los discursos cuando decían que íbamos a ser un país próspero y llegabas a tu casa y no había un pan para comer”<sup>1624</sup>.

En el imaginario de estos jóvenes revolucionarios está un país sin dictadura. Pero también significa algo más, el sueño de reconstruir la utopía socialista nuevamente. Pero para ello no sólo era fundamental derrocar a la dictadura, sino hacerlo a través del levantamiento popular de las masas. Esto, si bien está presente en la literatura y parte de los discursos de estos movimientos, también lo está en la propia retórica de los jóvenes que encuentran en un lenguaje común, en prácticas específicas, ideales y utopías a perseguir, símbolos de identidad que los aglutinan ayudando a dar sentidos a su existencia.

Si bien el compromiso con la causa antidictatorial resultó bastante transversal entre los movilizados en las protestas populares, la decisión de ser parte de un partido o su brazo armado quedó reducido a un grupo específico de jóvenes, más decididos no tanto a la acción como a la organización. Y, por lo mismo, a la sujeción de sus intereses a los de un colectivo que los supera en la dimensión local de la población. A un proyecto que aunque los hace parte los subordina a una idea de bien general de la comunidad. Su comunidad (política). En este punto, nuevamente identificamos esa tensión entre aspectos históricos y elementos nuevos que fueron marcando de ahí en más las convicciones e imaginarios de muchos jóvenes chilenos, y los efectos de las políticas de desarticulación y despolitización ejecutadas por la dictadura. Las distintas caras que presentaron los jóvenes pobladores en su lucha contra la democracia. El desdén por la formación que mencionaba Jaime más arriba, choca con la tradición que se había venido dando en el Chile predictatorial. Esa politización y concientización de los actores sociales, sin importar de donde proviniera ni la edad que se tuviera, era parte —precisamente— del proyecto de liberar las conciencias de los sectores populares. Pues bien, los nuevos jóvenes, se resisten a esto. No le encuentran sentido —es una pérdida de tiempo, dirán— y resulta un esfuerzo que sólo unos pocos, habitualmente con una larga tradición familiar en el mundo partidista o/y organizativo de base logran<sup>1625</sup>. Esa ruptura, refleja bien, en nuestra opinión, la escisión que viven los jóvenes (y que de otros modos vive la sociedad chilena en su conjunto). Sus nuevos sentidos, emociones e intereses se topan con esa tradición prácticamente inservible para su realidad. Por eso sólo le encontrarán sentido aquellos con una larga tradición familiar, con vínculos históricos con el “mundo” democrático pre-dictatorial, que tras diez años parece lejano y obsoleto para estos jóvenes.

---

<sup>1624</sup> Entrevista a Toño, realizada el 13-07-2011. Citada en **J. MOLINA, N. MOLINA**; “Construcción del imaginario revolucionario...” Op. cit., p. 105.

<sup>1625</sup> **I. AGURTO, et. al.** *Juventud chilena: razones y subversiones...* Op. cit.

Ahora bien, los jóvenes con mayor formación política e ideológica y una mejor disposición a incorporarse en grupos y entidades más estructuradas políticamente, fueron finalmente aquellos que conformaron a los grupos subversivos que intentaron combatir al régimen por las armas. Ser parte del Frente, por ejemplo, resultó ser una forma específica y particular de entender la acción y la participación política, siendo un salto cuantitativo respecto al compromiso y responsabilidad que esos miembros asumían una vez ingresados al brazo armado del PC. Pero, aún más. La idea de la lucha armada y su práctica concreta, se constituyeron en hegemónica entre sus miembros, permitiendo entonces combinar de manera armónica en esa práctica, en ese discurso de subversión y en esa convicción por la vía militar, los flujos, convicciones e imaginarios históricos con aquellos elementos nuevos que se están imponiendo en la sociedad. Dicho de otro modo, si por una parte se ingresaba a una estructura política clásica, que implicaba una activa y exigente formación ideológica; que requería asumir responsabilidades, comprometerse y subordinarse si así cabía, a grupos y personajes a los que no necesariamente sentían cercanos o afines, por otra, su militancia también incorpora aspectos novedosos, típicos de ese momento de la historia; a saber, el desenfado, la irreverencia y la acción; sobre todo ese sentido martirológico de la acción. En el guerrillero, entonces, se reúnen y combinan de manera específica de acuerdo a las contingencias de esos momentos, los cambios y continuidades que experimenta ese Chile en tránsito.

Varios miembros del FPMR, recuerdan su progresivo aislamiento de la sociedad a partir de su ingreso en el nuevo aparato militar. Claro, en la necesidad de garantizar la seguridad del grupo, pero también de sus familias, estos jóvenes cortan parte importante de sus lazos con la comunidad y sus organizaciones de base, y comienzan un camino paralelo donde su grupo se torna vital para su existencia; de ahí que tomen una vertiente distinta y auténticamente grupal que los distingue de los demás. Los casos de La Pincoya y Santa Adriana resultan significativamente representativos de lo que ocurrió en el país; la gran mayoría de los militantes del FPMR, tenían una larga tradición “roja” reafirmando lo planteado por Schneider, respecto a la relevancia que esa tradición comunista tuvo en la conformación de una resistencia más orgánica a la dictadura, allí donde más influencia tuvo el PC en la formación de las nuevas poblaciones de Santiago en los años 60<sup>1626</sup>.

En la Pincoya, esta injerencia se tradujo en una numerosa y visible participación de jóvenes vecinos en la población en diversas acciones del grupo. Por ejemplo, dos grupos formados en La Pincoya fueron responsables de asaltar la estación del metro ciudad del niño a fines de 1985. Asaltaron la boletería e instalaron dos kilos de explosivos en los

---

<sup>1626</sup> SCHNEIDER, “Las movilizaciones de las bases...” Op. cit., pp. 223-243.

andenes. Aquí participó “Sacha” (Juan Moreno Ávila), a cargo de la operación, y que más tarde sería muy conocido por su participación en el atentado a Pinochet, en 1986. De manera similar sucedió con el asalto a la estación del metro Tobalaba, en julio de 1986, donde, además los frentistas colocaron explosivos en uno de los andenes. Según Molina y Molina, este atentado finalmente no fue reconocido oficialmente debido a la muerte de un civil fruto de la explosión<sup>1627</sup>.

Como decíamos, sólo meses más tarde de este acontecimiento, cuatro de los 21 fusileros que participaron de la Operación Siglo XX el intento de ajusticiamiento a Pinochet en 1986, provenían de la población. Y eso enorgullece a muchos<sup>1628</sup>. De algún modo en este hecho sindicaron el compromiso, la decisión de combatir a la dictadura que existió siempre en la población como insisten varias mujeres como señala Luzmenia Toro. Tras el atentado, la Pincoya quedó prácticamente sitiada y de manera sistemática se realizaban pesquisas de manera de dar con los frentistas: “después del atentado no se podía entrar a la Pincoya, estaba prácticamente tomada por la fuerza represiva”, señala Toño<sup>1629</sup>.

Pero el Frente no fue el único camino. En Santa Adriana, por el contrario, se recogen varios testimonios de miembros diversos que participaron de acciones subversivas ya fuese a través del Movimiento Juvenil Lautaro, el MIR o, como ocurrió más masivamente, a través de las Milicias Rodriguistas. En el primer caso, algunos militantes de esa célula escindida del MAPU, recuerdan la relevancia de la instancia para su liberación, sobre todo porque en él pueden romper con parte de la vieja tradición partidista vetusta y que se quedaba en la reflexión. De ahí la importancia de los jóvenes y su ímpetu por la acción. Jóvenes pobladores era una combinación que venía a confrontar a la tradición, obsoleta e ineficaz como se había demostrado con el golpe de Estado la UP. El carácter popular y juvenil en este nivel de análisis viene a representar una ruptura con el pasado —el del Chile democrático predictatorial donde la fuerza social la hegemoniza el movimiento obrero— y el presente, dominado por el autoritarismo conservador. Gonzalo, habitante de Santa Adriana y militante del Lautaro en el tiempo de las protestas, señala que fue a partir de la fractura del MAPU (en 1983), cuando efectivamente se comenzó a fijar en la juventud popular el eje de la revolución, siendo éste el sujeto de la revolución. Por eso, cuando

---

<sup>1627</sup> **J. MOLINA, N. MOLINA;** “Construcción del imaginario revolucionario...” Op. cit., p. 112.

<sup>1628</sup> Juan Soto P (Marcos), Lenin Fidel Peralta Oscar) Jorge Angulo G (Pedro) Juan Moreno Á. (Sacha) fueron los pinocyanos que participaron en la acción. Algunos testimonios señalan que parte de la hebra encontrada por los organismos de seguridad del régimen vino de un soplo de un conocido delincuente del sector que al verse detenido ofreció información sobre algunos miembros del Frente, habitantes de la población que habían participado del atentado a Pinochet. Eso fue suficiente para que se iniciara una persecución selectiva pero incesante por parte de la CNI.

<sup>1629</sup> Entrevista a Toño, realizada el 13-07-2011. En **J. MOLINA, N. MOLINA;** “Construcción del imaginario revolucionario...” Op. cit., p. 111.

aparecen las protestas, para este grupo se plantearon como una posibilidad en sí misma de ser; de desplegarse creativa y libremente. De, en definitiva, poner al servicio de sus ideales la posibilidad de la acción. De ahí que pongan tanto énfasis en su acción en el territorio. Es en la población donde realmente se hace la política, señalan, máxime si los espacios institucionales históricos, están raptados por una dictadura. En la población identifican la posibilidad de trazar una conexión y construir efectivamente una política alternativa, desde abajo, auténticamente democrática y popular. Es en la población, concretamente, desde donde pretenden combatir a la dictadura y subvertir el orden dominante<sup>1630</sup>.

Pero este tipo de caminos, como señalamos más arriba, fueron el de unos pocos. La gran mayoría no tuvo el arrojo, la formación, la convicción, ni el interés para hacerse parte de este intenso y arriesgado proceso y permaneció al margen, participando parcialmente y de acuerdo a sus posibilidades. Ahora bien, un número considerable de jóvenes pobladores, lo hizo en un espacio intermedio como fueron las Milicias urbanas de choque. Las más conocidas fueron las Milicias Rodriguistas, aunque también el MIR, el propio Lautaro e incluso el PS tuvieron esos cuerpos de confrontación organizados para resistir en las poblaciones a la fuerza policial, casi fundamentalmente para las protestas. Las Milicias Rodriguistas, por ejemplo, fueron las encargada de la lucha callejera contra la policía en las poblaciones. En esa línea, Elizabeth, comunista desde los 16 años, y en ese instante militante de la “J” y encargada de colaborar con la organización de las Milicias en Santa Adriana y el sector Caro-Ochagavia, recuerda:

Nosotros estábamos a cargo de las milicias en el sector. Trabajábamos con jóvenes en esa época. (...) yo tuve a cargo a... (...), a lo que hoy en día podríamos decir... los chicos malos. El lumpen. Pero eran también jóvenes desesperanzados, jóvenes que no tenían perspectivas de cambio... ni de vida. Y trabajábamos por cuadras. Con distintas tareas (...) organizando las marchas, todos los movimientos. Bueno todo lo que era la organización de la calle nos correspondía a nosotros. Y ahí todos esos cabros, colaboraban, participaban, se comprometían, entonces, tú ves que no sólo eran chico malos, ¿me entiendes? No tenían oportunidades<sup>1631</sup>.

El relato de Elizabeth conocedora en profundidad de la vida en las poblaciones y con una historia militantes rica y diversa a través del PC, recalca que al final, a esos jóvenes sólo les faltaban oportunidades. Pero oportunidades que iban más allá de obtener un trabajo e insertarse en la estructura social, sino oportunidades, espacios y posibilidades para desarrollarse, para descubrirse ellos mismos y encajar en una sociedad hostil, violenta y normativamente segregadora. En la calle entonces, en la acción –violenta– y contestataria al orden reinante, y esas posibilidades de ser parte sin involucrarse rígidamente a órdenes

<sup>1630</sup> N. ACEVEDO ARRIAZA; “El pueblo en llamas”, op. cit., p. 113.

<sup>1631</sup> Entrevista realizada por el autor a Elizabeth Henríquez, el 15-05-2014.

más estructurados (como los partidos) que los desbordan y molestan, los jóvenes pobladores encuentran un espacio para ser. Para, en definitiva hacerse en la experiencia callejera que a través de la violencia y la acción directa vuelcan su rabia hacia una causa. Quizás ese margen, ese espacio más flexible como resultaron ser las milicias urbanas, encajaron mejor en las estructuras mentales de estos jóvenes pobladores que llenaron en cada protesta, las calles de Santiago.

Jaqueline sin militancia, pero activa en el tiempo de las protestas en la quema de neumáticos, elaboración de barricadas y auténticas trincheras en las avenidas principales de la población, coincide con el testimonio de Ricardo, activo en la “J” en La Pincoya, respecto a que luego de 1983, las barricadas y los puntos de enfrentamiento con Carabineros, era tierra de nadie. O de todos, tal vez. En ellas confluían jóvenes comprometidos con una causa y aquellos anómicos, que “no estaban ni ahí” con nada, como recuerda Jaime. La barricada contra la dictadura, como ya señalábamos, aproxima y reúne a personas con distintas ideas, representaciones y sentires; a jóvenes que se conocen quizás de toda la vida por la proximidad que entrega la población y que la dictadura se había encargado de distanciar. Pues en la fogata se reúnen y pasan a ser, por un instante uno solo: los jóvenes pobladores que combaten contra la dictadura.

Pero, por otra parte y desde otro punto de vista, existieron cientos de jóvenes que emplearon otras formas de participación, desarrollo y despliegue de su alteridad. Nos referimos a aquellos que se inscriben en las organizaciones de base y que, de la mano de la iglesia Católica, desarrollan formas políticas de acción y resistencia que resisten al aparato normativo que les impone el régimen. En ellos, se observa que junto a estas formas de acción de protesta existieron otras, desplegadas en la organización de actividades, proyectos y fomentos a la educación, formación y desarrollo de ellos mismos. En efecto, al amparo de la parroquia encontrarán espacios para ser, para desarrollarse como sujetos integrales, es decir, incorporando el aspecto político. O, dicho de otra forma, existe un incentivo a la formación de éstos como ciudadanos. Colonias urbanas, escuelas de veranos, talleres musicales, teatro populares; de desarrollo cultural y artístico —acompañados siempre de la actividad pastoral cristiana— son espacios en que los jóvenes se desenvuelven y desarrollan. Así, los jóvenes van formando y modelando sus experiencias a partir de la formación ciudadana, del debate, la reflexión y el análisis de la contingencia. Pero sobre todo a partir de la acción; participando de la protesta, colaborando con los huertos, ollas comunes, y participando activamente de un cada vez más politizado movimiento pastoral

juvenil. Desde ahí también se observan sueños, posibilidades, anhelos que los jóvenes enuncian y proyectan a la futura democracia<sup>1632</sup>.

Así se observa en los talleres que invitan pensar la democracia, a hablar de deberes y derechos, de las posibilidades del futuro –en democracia— los jóvenes proyectan parte de un proyecto, de una posibilidad de ser, que no conciben sin la democratización y el fortalecimiento del trabajo comunitario. En ese sentido, las organizaciones de base desempeñaron un rol decisivo en el modo en que conciben, imagina y proyectan institucionalmente sus sueños y anhelos los jóvenes pobladores<sup>1633</sup>. Todo este flujo de actividades, análisis, formación y desarrollo del mundo juvenil, en suma, en todos esos espacios creativos de acción y reflexión, se forja una identidad y modo de hacer que nutre los imaginarios de los jóvenes pobladores que participan de estas instancias. Una aclaración.

Experiencias como MOANI (Movimiento Apostólico de adolescentes y niños), por ejemplo, copó las distintas parroquias de la capital, organizando y guiando la acción de miles de niñas, niños y jóvenes. Si bien la acción de estos jóvenes estuvo estrechamente a la actividad pastoral siempre alrededor de la parroquia, no descartan la acción contestataria en las protestas, como su proyección social, pastoral y política, fuera de la población a través de las entidades intermedias. Tampoco, de elaborar propuestas y proyectos que hablan de sus posibilidades<sup>1634</sup>. No debemos olvidar que la parroquia, en ese sentido, se convierte por estos años en un lugar mucho más complejo, diverso y rico que un centro comunitario religioso como lo fue tradicionalmente. En muchos casos, la parroquia fue una auténtica ágora de las comunidades de base, donde, siempre respetando los fundamentos del cristianismo –y partiendo desde ella— se pudo observar la aglutinación del amplio espectro de la oposición al régimen y el desarrollo del más variado tipo de actividades. Los jóvenes, entonces, encuentran en la parroquia, y sus organizaciones juveniles, un espacio para ser, para proyectarse y desarrollarse.

Todo este flujo formativo-creativo que se despliega en las organizaciones de base experimentará un lento giro a partir de 1987. Una vez que la oposición partidista se fracture definitivamente –los partidos del MDP con sus correspondientes desmembramientos y la AD con su decisión de aceptar e instalarse definitivamente en la estructura normativa de la dictadura— estos espacios serán también presa de la contingencia y orientarán parte importante de sus fuerzas en aspectos más procedimentales y formativos para la lucha por la

---

<sup>1632</sup> Boletines informativos, Colonia Urbanas sector Caro-Ochagavía. Veranos 1985, 1986 y 1987. Agradezco a Cecilia Binimelis el acceso a estos documentos.

<sup>1633</sup> A. UNDIKS (coord.); *Juventud urbana, exclusión social*. Hvmánitas-Folico, Buenos Aires, 1990, p. 101.

<sup>1634</sup> Entrevistas personales realizadas a Cecilia Quintana y Marcela Santana, activas participantes del MOANI en el sector Caro-Ochagavía. Entrevistas realizadas por el autor, en 8-9-2017, y 5-10-2017, respectivamente.

democracia. Esto es, a partir de esa fecha, se observan en talleres, cursos y boletines producidos en las poblaciones una concentración especial en la formación democrática de las personas a través de una educación cívica básica, preocupada de extender al máximo número de personas la información necesaria para su participación consciente e informada en el plebiscito que se realizaría en 1988.

Pues bien, en resumen, vemos que esta cultura de barricada y resistencia, de abierto conflicto con el régimen, se desplegó de variadas formas durante los 80' en las poblaciones de Santiago. Y Santa Adriana y La Pincoya no fueron la excepción. Más bien resultan emblemas de ello. Al igual que en los sectores más combativos y movilizados de la capital existieron repertorios de acción que facilitaron el despliegue progresivo de jóvenes y militantes que vertieron en el espacio público su batalla contra el orden impuesto. Los jóvenes militantes de partidos, aquellos que activamente participaron de las distintas y diversas organizaciones de base, también aquellos jóvenes *anómicos* que vuelcan su rabia en el espacio público. Todos, participan activamente contra la dictadura, propiciando un lazo feble y delicado quizás, pero existente al fin y al cabo, entre todos estos jóvenes que plantan cara al a dictadura. Se unen parcialmente, en definitiva, para intentar dar forma a un sujeto político, el joven manifestante, pese a tener distintas caras, expresión concreta de la escisión que experimenta la sociedad chilena en dictadura<sup>1635</sup>.

Ahora bien, como venimos señalando, la acción contestataria de los jóvenes no sólo fue violencia. También hubo espacios creativos de oposición que daban cuenta del antagonismo que los propios actores sociales, en este caso los jóvenes, identifican en relación al Estado autoritario. No sólo en el sentido material sino también simbólico. Y aquí, los fundamentos que constituyeron al nutrido y heterogéneo cuerpo de organizaciones de base juvenil desempeñaron un papel destacado. El desarrollo y despliegue de una serie de iniciativas entre los grupos juveniles alrededor de la parroquia, manifestaron de manera clara su oposición a los principios y normativas que se producen desde la dictadura. Efectivamente se levantan contra el autoritarismo político que representa el régimen de Pinochet, pero sus acciones van mucho más allá y no sólo combaten el carácter autoritario del poder sino su crítica es integral y apunta al carácter excluyente del modelo —en lo económico, político y social<sup>1636</sup>— pero también, de algún modo, sus prácticas —por diferentes que fuesen— proyectaron formas otras de hacer las cosas y donde lo colectivo, lo democrático y popular jugaron un rol distintivo y relevante que las diferencia y distingue de las prácticas

---

<sup>1635</sup> I. AGURTO, et. al. *Juventud chilena: razones y subversiones...* Op. cit., p. 50

<sup>1636</sup> : A. UNDIKS; *Juventud urbana y exclusión social*. Op. cit, p. 55. Ver cuadro.



elaboradas desde el poder y su contrapunto político, la oposición partidista<sup>1637</sup>. Esto cobró mayor relevancia y exposición en el tiempo de las protestas nacionales, evidenciando la resistencia que estas prácticas organizativas representaban en el accionar cotidiano de los jóvenes<sup>1638</sup>.

Pero junto a los jóvenes que decidieron resistir a la dictadura desplegando su cultura contestataria en el espacio público local, existió otro grupo de personas que marcó este tiempo de acción y resistencia. Nos referimos a las mujeres que desarrollaron una actividad fecunda y renovadora en torno a las organizaciones de base y, desde allí, desafiaron los modos y representaciones que la dictadura imponía para la sociedad de ese tiempo, actuando efectivamente como “nuevas ciudadanas que reafirman una cultura por la vida contra la cultura de la muerte”, como lo denomina Stern<sup>1639</sup>. Este fenómeno que se experimentó a lo largo de toda la sociedad chilena, tuvo su correlato en el mundo poblacional, adquiriendo mayor notoriedad a partir de 1983, cuando la crisis económica y la protesta propiciaron la emergencia de un nuevo escenario social, económico y político que auspició la visibilización y propagación masiva de todo tipo de iniciativas de oposición y donde las mujeres jugaron un papel fundamental. En las poblaciones específicamente, esto se manifestó en el aumento exponencial de las organizaciones de base compuestas en su mayoría —pero no exclusivamente— por mujeres, posicionando a sus máximos referentes a un relevante primer plano mediático<sup>1640</sup>.

Ya hemos hablado de la importancia que la organización de base tuvo en el despertar de las conciencias de miles de mujeres pobladoras que participaron de estas iniciativas y el papel que organizaciones no gubernamentales ejercieron en este proceso. Este trabajo realizado en el espacio local enriqueció notablemente las experiencias de las pobladoras,

---

<sup>1637</sup> Compartimos la apreciación que A. Riquelme realiza respecto a las diferencias que se producen entre la base militante de los partidos opositores y las cúpulas políticas. Esta distancia en la acción no sólo se escenificó en las sinergias y el trabajo mancomunado sin importar tanto el color político de los actores, sino también en la fuerza que le otorgan al trabajo colectivo. **A. RIQUELME;** *Rojo atardecer. El comunismo chileno entre dictadura y democracia*. Centro de Investigaciones Barros Arana, DIBAM, Santiago, 2009, pp. 125-129.

<sup>1638</sup> Para los significados que atribuimos a la acción organizada juvenil ver capítulo 5. Para una mirada general ver: **A. UNDIKS;** *Juventud urbana y exclusión social*. Op. cit.; **I. AGURTO, et. al.** *Juventud chilena: razones* Op. cit; 56.

<sup>1639</sup> **S. STERN;** *Luchando por mentes y corazones...* Op. cit., p. 331. Cabe considerar que Stern presenta una mirada mucho más amplia respecto a este despliegue sociopolítico que tienen gran parte de las mujeres chilenas, no sólo las pobladoras, en esta cultura por la vida que copó amplios espacios de resistencias a la dictadura militar. En nuestro caso específico, seguimos y coincidimos con el historiador norteamericano respecto a su mirada, toda vez que nuestras observaciones están limitadas al espacio popular, foco de nuestro estudio.

<sup>1640</sup> El clima que vive el país durante 1983, y que van a ser razón y símbolo de las protestas nacionales, también permitieron la creación de varios colectivos y coordinadoras en la oposición, y donde los grupos de mujeres desempeñaron un papel muy relevante, siendo quizás la creación del MEMCH'83, Movimiento por la Emancipación a la mujer (nombre que recuperaba al histórico movimiento sufragista de los años 30') y Mujeres por la vida, dos instancias emblemáticas creadas durante ese año, en este proceso de liberación, reconocimiento y lucha por la democracia de las mujeres en el orden autoritario. Este escenario, facilitó el contacto y proliferación de figuras femeninas en la contingencia. Y si bien las pobladoras jugaban un papel secundario en esta dimensión, salieron a la luz sus experiencias y liderazgos a través de las organizaciones a las que pertenecían. De esta forma, el liderazgo local que habían venido desarrollando en los 70', se extendió siendo reconocido por la sociedad en su conjunto.

situando durante la década de los 80' a las mujeres y sus organizaciones no sólo como protagonistas de las organizaciones de base en torno a la subsistencia, sino como auténticos símbolos de la resistencia a la dictadura en el territorio, referentes sociales de una cultura que, a través del trabajo comprometido y *ad honorem*, luchaba por la liberación de la mujer, la dignidad de las familias, la protección de los menores y el respeto a los derechos humanos y la democracia del conjunto de la comunidad. Por lo tanto, su lucha se manifestó —en efecto— contra la cruda represión que ejerce el régimen durante este periodo en las poblaciones, pero, igualmente, contra el ideario y mentalidad —expresada en políticas públicas concretas— que la dictadura introduce e impone en el conjunto de la sociedad<sup>1641</sup>.

Estas experiencias y sus frutos fueron resultado de años de compromiso gratuito con la comunidad, intentando soslayar la compleja situación económica y social en que se encontraban miles de familias en las poblaciones, en tiempos donde la atomización de los espacios tradicionales de conflicto (sindical, gremial y partidista) y la persecución masiva, relegó a muchos hombres a un segundo plano. El temor a la represión y a perder el único ingreso de familias que se encontraban en situaciones cada vez más precaria, además del propio golpe psicológico que representó para muchos hombres el desempleo (una carga por la pérdida de influencia en un mundo —machista— donde su rol era efectivamente proveer), condujeron inexorablemente a las mujeres a ocupar un papel preponderante en esta historia de resistencia, y donde fueron aportando un rostro nuevo —propio— que marcaba distancia con la lucha tradicional del mundo obrero, de los propios pobladores —siempre dialogantes con el Estado central y donde, en general, el hombre seguía jugando un papel hegemónico— y también de los nuevos jóvenes que invadían las calles con barricadas, piedras y rayados. Ellas, la pobladoras organizadas, en cambio, vinieron a entregar su contribución desde la vida, el compromiso con el otro y la dignidad, aportándole un rostro novedoso, más humano pero no por ello menos decidido, a la resistencia al régimen. Un cariz mucho más profundo que la resistencia material, al confrontar al entramado autoritario sus formas, principios y valores, cuestionamiento que superaban por mucho al mero andamiaje normativo autoritario. Resultaron cruciales para este proceso, la incorporación de la vida cotidiana como espacio de reflexión, de la afectividad como medio de expresión y la

---

<sup>1641</sup> Nos remitimos al capítulo tres de esta investigación, haciendo referencia para conocer mejor parte de este cuerpo doctrinal los trabajos de V. Valdivia para conocer cómo actúa la municipalidad en el territorio y los trabajos de T. Valdés para la descripción del ideario oficial respecto a las mujeres y su confrontación con la mentalidad de las pobladoras; **M. VALDIVIA, Et. al;** *La Alcaldización de la política*. Op. cit; **T. VALDÉS;** *Las mujeres y la dictadura militar*. Documento de discusión núm. 94, FLACSO, Santiago, 1987.

posibilidad de generar una intimidad y confianza entre sus miembros que fortaleció la construcción de su identidad<sup>1642</sup>.

Durante este periodo entonces, el trabajo de años fue cuajando en un despertar de las conciencias de las pobladoras como mujeres, actores sociales y ciudadanas, es decir como sujeto de derechos. Los talleres de autoconciencia, de derechos humanos, de género, de sexualidad, entre otros, fueron emblemáticos de este despertar que se vio igualmente acompañado por el trabajo comprometido en la ayuda a los más necesitados; fuesen estos pobres o perseguidos políticos. En efecto, también tuvieron relevancia la participación de muchas de estas mujeres en grupos de salud, ollas comunes o colonias urbanas, huertos comunitarios, entre otros, que consolidaron una relación entre sus integrantes y, a su vez, con la comunidad. Los nuevos espacios originalmente surgidos de la necesidad permitieron la creación de espacios aptos para compartir realidades —íntimas— similares, que fueron madurando en la conciencia de las mujeres, generando un vínculo profundo y fraterno, al tiempo que recibían una capacitación política en diversos ámbitos que sirvió de base para el salto que darían como actores sociales en los 80 y como referentes éticos y políticos, con la explosión de las protestas y la formación de un movimiento social contra la dictadura. Este fenómeno lo consideramos como un auténtico giro cultural en la escenografía territorial de los barrios populares de Santiago, ya que no sólo posicionó a nuevos actores sociales en el primer plano a la resistencia a Pinochet, sino porque a partir de este proceso visibilizó sentires, anhelos y representaciones distintas, largamente postergadas y que nutrían de novedosos aspectos al proyecto democrático que cobraba vida en sus representaciones y sueños y valores expresados, también, en ese heterogéneo pero potente movimiento social por la democracia.

Fue de este modo entonces, que las actividades realizadas resultaron un auténtico despertar para muchas mujeres tras un proceso de aprendizaje intenso y renovador que las posicionó no sólo en el ámbito privado de su familia —de la economía y la organización familiar—, sino también a nivel público<sup>1643</sup>. Los talleres, grupos y actividades realizadas en este ámbito representaron un progresivo quiebre con su papel al interior de la estructura jerárquica familiar, donde habían estado históricamente supeditadas a la dependencia económica de padres y esposos, y remitidas al ámbito exclusivamente doméstico, teniendo que reprimir, acallar o sencillamente soslayar ámbitos, temas, preocupaciones y

---

<sup>1642</sup> T. VALDÉS, M. WEINSTEIN; *Mujeres que sueñan: Las organizaciones de pobladoras en Chile: 1973-1989*. FLACSO libros, Santiago, 1993, p. 135.

<sup>1643</sup> Esta cuestión también les generó graves problemas a nivel familiar. No fue fácil para los hombres aceptar así como así la liberación y el protagonismo que alcanzaban sus esposas. Este es un tema recurrente en los testimonios de las mujeres entrevistadas demostrándonos que a su lucha como ciudadanas bajo una dictadura también se sumaba una batalla mucho más larga e íntima; el de mujer.

sentimientos “poco adecuados” para ellas. En ese sentido, la condición de la mujer cambió radicalmente, siendo ellas mismas las encargadas de conducir este giro a través de la concientización de su derechos, su relevancia en el nuevo entramado social —como mujeres trabajadoras, dirigentes y líderes tan aptas y valiosas como los hombres— y de su papel político en la población. Varios elementos redundaron en este fenómeno; en primer lugar, su capacidad de generar recursos (ropa y productos textiles, arpilleras, alimentos etc.), convirtió a muchas en trabajadoras con ingresos que la igualan al hombre —habitualmente desempleado o con ingresos muy inestables a través del empleo informal— elemento mucho más relevante de lo que se piensa, tanto por la independencia que esto suscita en ellas como por el empoderamiento que les entrega en un escenario económico que tiene en esos momentos a más del 30% de la población cesante. Este contexto, ayudó a despejar parte de los lastres que impedían su liberación. Existe un reconocimiento generalizado entre estudiosas y las propias pobladoras, en ese sentido, respecto a cómo ellas mismas se encargaban de relativizar su trabajo en comparación al de sus maridos. Esto fue cambiando durante este periodo, hasta evidenciarse cierta liberación de su sus propias cárceles, posibilitando enfrentar de manera decidida los reparos y dificultades que los hombres —maridos y padres— pusieron a este fenómeno de manera particular. Pero, aún más. Participar en las distintas organizaciones de base, llevó —de acuerdo a lo que ellas mismas plantean— a encontrar en estos espacios un lugar ideal para desenvolverse como personas, liberándose a su vez del subyugado rol de mujeres que le atribuye la sociedad y el régimen<sup>1644</sup>. Estos dos elementos resultaron cruciales para el tercero; su empoderamiento como ciudadanas, es decir, que sus actividades y su participación en organizaciones de base, materializaron progresivamente su posicionamiento en el espacio público como agentes de cambio, relevante para la comunidad. Por lo tanto, su papel en la población también se fue modificando durante este periodo. Alcanzando relevancia y preeminencia como actor político, fundamentalmente como actrices reconocidas y respetadas por el conjunto de la comunidad y que va a cuestionar —a través de sus prácticas, es decir, de la acción concreta expresada cotidianamente en sus organizaciones— parte del orden, las formas y estructuras que se imponen desde las políticas gubernamentales. Estas prácticas despertaron el respeto y admiración en la comunidad; también envidias que generaron problemas permanentes con la autoridad a través de la delación<sup>1645</sup>. Es decir no pasaron

---

<sup>1644</sup> C. HARDY; *Talleres artesanales de Conchalí: La organización, su recorrido y sus protagonistas*. PET, Santiago, 1984, p. 94.

<sup>1645</sup> Cada una de las pobladoras entrevistadas o a las que hemos tenido acceso a parte de sus historias en el tiempo de la dictadura, deja en claro que así como la comunidad en general valora y reconoce su compromiso, también les trajo muchísimos problemas con otros vecinos, habitualmente cercanos a las redes clientelares del régimen, que

inadvertidas. Y fueron las responsables de erigirlas como un referente ético emblemático de oposición y resistencia al régimen. Beatriz, Iris, July, Elizabeth, Juana, Luzmenia o Herminia, por señalar sólo algunos ejemplos a los que tuvimos acceso en los barrios estudiados, cuentan, a día de hoy incluso, con un reconocimiento sumamente potente al interior de la comunidad, evidenciando su incuestionable liderazgo. Si bien en algunos casos databa de antes, cuando las poblaciones se forman, en su mayoría respondió a este nuevo escenario sociopolítico y el giro cultural que se produce en las poblaciones cuando se potencia la liberación y empoderamiento de la mujer y la autonomía de las organizaciones de base y sus líderes<sup>1646</sup>.

Pues bien, en este escenario, la mujer va a responder al desafío ejerciendo su liderazgo renovador. A lo largo de talleres, huertos y grupos en general y de las más variadas índoles que se desarrollan al interior de la población, ocuparon su papel como defensoras de la dignidad, de la igualdad, y el respeto a los derechos humanos y la democracia, cuestión que se realizó incluso en talleres que estaban lejos de tener un perfil político. No todas ejercieron su liderazgo, pero, como grupo, se constituyeron un referente novedoso, versátil que infundió un nuevo cariz a la actividad organizacional y, a la propia protesta. Pese a que no todas alcanzaban la completa liberación, o un grado muy refinado de desarrollo de su conciencia, sus experiencias como ciudadanas de segunda clase en el orden machista tradicional —y que la dictadura sólo profundizó<sup>1647</sup>—, así como su papel como testigos directos de la dura realidad que se impone a su alrededor y que enfrentaban cotidianamente, les hicieron ver la necesidad de levantar la voz y, desde la acción conjunta en el espacio local, demandar a la propia comunidad y al conjunto de la sociedad, el reconocimiento de esos valores y derechos que buscaban reivindicar: como mujeres, como pobladoras, pero fundamentalmente como personas con derechos. Pese a todos límites, a sus fragilidades, a sus dificultades, ellas se organizan y demandan sin tapujos ni ambigüedades la democracia.

---

permanentemente las acusaban ante la policía. Esto tenía como consecuencia padecer allanamientos, retenciones e incluso, en casos más extremos, la relegación hacia otro lugar del país.

<sup>1646</sup> Tanto por la experiencia que tiene por base esta investigación así como por otros proyectos en los que hemos estado trabajando, podemos afirmar la existencia de coincidencias evidentes respecto al perfil que alcanzan estos liderazgos femeninos así como su reconocimiento al interior de la comunidad de la que son parte, no es fruto del azar si no, más bien, el resultado de un proceso de formación, liberación y empoderamiento de las mujeres que las llevó a erigirse en auténticos referentes para sus comunidades.. Un ejemplo que puede encontrarse en internet es el de Herminia Concha, histórica dirigente del MIR de La Pincoya, reconocida en toda la población como uno de los emblemas de las luchadoras sociales. Incluso una radio local lleva su nombre. Una interesante entrevista realizada por organizaciones sociales pincoyanas a Herminia, en 2008, poco antes de morir, puede encontrarse en [www.youtube.com/watch?v=XZ\)MEnykres](http://www.youtube.com/watch?v=XZ)MEnykres). Consultada 16-12-2017. En el caso de Santa Adriana, Beatriz emerge como una figura simbólica de ese proceso de liberación. Pese a ser ella la que decide hacerse parte de la toma que lleva a Santa Adriana, su rol no adquiere relevancia, como ella misma reconoce, hasta fines de la década de 1970.

<sup>1647</sup> Sugerentes son los documentos del CEMA Chile —liderados por Lucía Hiriart, la esposa del dictador— respecto a las directrices que debían seguir las mujeres. Una buena síntesis crítica puede encontrarse en **T. VALDÉS**; *Las mujeres y la dictadura militar*. Op. cit.

Pero su reclamo, al menos en su significado más profundo, fue más allá de su reivindicación sectorial, pese a existir una gran heterogeneidad de organizaciones que diferían tanto en propósitos como actividades. Talleres de arpilleras, o grupos de subsistencia, que poco tenían que ver originalmente con “lo político”, van a desarrollarse desde una dimensión integral, incorporando aspectos menos tradicionales —y de hecho vanguardistas— vitales para este procesos de liberación. Nuevamente sus experiencias y la colaboración externa —a través de monjas, sacerdotes y laicos y organizaciones no gubernamentales— sirvió de base y caldo de cultivo para que fueran asumiendo que mucho de las realidades —algunas históricas, otras contingentes— que les tocaba vivir, decían relación con una cuestión política, donde el primer paso necesario era el fin de la opresión y la dictadura.

De esa forma, el crecimiento y desarrollo alcanzado en estos espacios las llevan a desplegar un liderazgo integral, atendiendo al conjunto de la comunidad, exigiendo y promoviendo cambios de fondos. Ellas, se sienten con el deber de “luchar para sacar adelante a la sociedad”, como señaló una vecina en la Pincoya, y lo hacían a través de la acción conjunta que ocupa sus organizaciones como base<sup>1648</sup>. Esto es, con su ejemplo, sus principios y experiencias, se ven llamadas a ser estandartes de esa sociedad reprimida y sometida a los cánones que se imponen desde el poder. Y siempre lo harán desde una dimensión comunitaria; el nosotras se antepone a cualquiera de ellas, cuestión de las distingue de otras mujeres. Así, en esa práctica, se va materializando no sólo su distancia con el régimen sino un interesante proyecto de sociedad, elaborado a partir de sus convicciones, pero sobre todo, de sus experiencias que se sostienen en su trabajo conjunto, solidario e igualitario. Erigiéndolas, por tanto, en un auténtico referente democrático. En este sentido, sus prácticas se van a erigir en un acto contestatario que desafió el orden vigente, proponiendo formas otras de comprender la vida. El dinero, por ejemplo, aunque un bien necesario y urgente que motiva a las primeras organizaciones y las convoca en los tiempos de la dispersión y la desarticulación, no era lo único que primaba para participar en estas iniciativas, como reconoce María en La Pincoya. Miembro del taller de costura donde elaboraban blusones con motivos diaguitas, insiste que lo realmente importante era el trabajo conjunto, una filosofía que desafiaba en varios sentidos al propio orden capitalista de acumulación: lo importante era estar juntas, señalan varias miembros de estas organizaciones.

Esta resistencia la reafirma Beatriz, a propósito de su trabajo en el Grupo de Salud de la Parroquia Nuestra Señora Reina de los Apóstoles de Santa Adriana, y el taller de arpilleras

---

<sup>1648</sup> M. GARCÉS, et. al; *Historia de Huechuraba...* Op. cit., p. 121.

que se desarrollaba en el marco de grupos de mujeres del sector Caro-Ochagavía. “Daba igual los riesgos, había que ir” (a atender a los heridos), señala convencida. El deber de ayudar al otro, caído en desgracia, seguramente frente al poder del régimen, era mucho más importante que la seguridad propia, cuando el toque de queda imponía balas para aquel que lo desafiara. “Cuando mi marido me decía algo, le decía acompáñame... y ahí salíamos los dos” recuerda, haciendo el gesto de cómo debían sortear las balas que caían desde las avenidas principales<sup>1649</sup>. Qué vale más que la propia vida, cabe preguntarse ante estos comportamientos “extraños”. Pues la dignidad, la justicia, la solidaridad de todas y todos, en definitiva, de aquellos que conforman a su comunidad. Lo individual queda relegado en la práctica por el común, el bien común. También refuerza esta reformulación de las prioridades de lo que es realmente importante para ellas, más allá de los cánones impuestos, su experiencia en el grupo de arpilleras, donde si bien a veces se lograban buenas ventas cuando se realizaban pedidos desde el extranjero —mediante fundaciones encargadas de dar salida a este tipo de trabajos—, mucho más que ganar plata, lo importante era el grupo y “sacar adelante el proyecto entre todas. (...) porque así nos demostrábamos a nosotras mismas que éramos capaces”<sup>1650</sup>. Y eso, como coinciden varias entrevistadas, era mucho más importante que el éxito económico del emprendimiento en sí<sup>1651</sup>. Cecilia, de la José María Caro, me repitió en varias ocasiones a partir de sus múltiples experiencias organizacionales —algunas de ellas truncadas como fue la de lavandera “todo se llenaba de barro en el invierno y se ensuciaba todo”, recuerda— que lo realmente era por supuesto, lograr algo que permitiera sortear la gravedad de la situación pero fundamentalmente no sentirse solas. Pese a tener maridos, hijas e hijos, muchas se sentían solas. Presas, me señaló Beatriz en su oportunidad. Prisioneras de un orden que las aísla y excluye en cuanto no responden al patrón normativo establecido<sup>1652</sup>.

En ese orden, tampoco primaba el talento o la capacidad de sus miembros para llevar adelante las distintas tareas que se asignaban. De hecho, algunas no tenían grandes conocimientos en agricultura como recuerda la autora de *La Semilla*, boletín de huertos urbanos del Sector Caro Ochagavía. Lo principal era el compromiso y la decisión por participar y colaborar. Estar, y hacerse parte, asumir la responsabilidad y el compromiso con todas, como reseña Elena de Santa Adriana y activa en las actividades de la

<sup>1649</sup> Beatriz, nos cuenta que muchas veces debió salir de madrugada a sortear las balas de Carabineros, ante el aviso nocturno de algún vecino o del propio párroco para ir a socorrer a heridos de la represión.

<sup>1650</sup> Entrevista personal realizada a Beatriz, en Santa Adriana, 9-12-2011.

<sup>1651</sup> Testimonios similares pueden encontrarse en: **T. VALDÉS**; *Mujeres que sueñan: las organizaciones de pobladoras en Chile*, Op. cit.; **C. HARDY**; *Hambre + dignidad = Ollas comunes*. PET; Santiago, 1986; *Talleres artesanales de Conchalí...* Op. cit.; **R. QUINTANILLA**; *Yo soy pobladora*. Talleres PIRET, Santiago, 1988.

<sup>1652</sup> Entrevista personal realizada con Cecilia Binimelis, realizadas entre junio y diciembre de 2017. En este caso concreto, realizada 11.07.2017.

parroquia<sup>1653</sup>. La optimización de la producción, por tanto, tampoco era tan relevante; al menos, era secundario en relación a la posibilidad de inclusión de cualquiera que quisiera participar. El carácter democrático –igualitario– de estos ejemplos, sólo reforzaban su libertad y autonomía que, pese a todas las dificultades, las erigía como sujetos que resisten al orden dictatorial establecido pero exponen de manera manifiesta una forma alternativa de entender lo relevante.

De esta forma, se observa en sus propias prácticas un contrapunto al orden hegemónico vigente, que iba mucho más allá del combate a la violencia y la represión; mucho más allá de resistir a la miseria y al abandono al que habían sido sometidos; la opción de sentirse libres, de poder pensar y aprender, de ser dueñas de sus decisiones, de los derroteros que emprendiesen, eran cuestiones tanto o más relevantes al dinero o al éxito; la solidaridad, el respeto y preocupación por la comunidad y sus derechos desdeñaba, de algún modo, las lógicas dominantes que se establecen desde la dictadura, estableciendo una distancia insoslayable entre sus prácticas y lo que representa el ideario autoritario neoliberal. Es por estas razones, en definitiva, que las mujeres cobraron tanta relevancia durante las protestas: fueron un bastión ético y moral construido no en discursos y promesas, sino en base a prácticas cotidianas concretas de solidaridad, libertad igualdad y democracia, que asomaban con una fuerza demasiado potentes para pasar inadvertida ante su propia comunidad. Fueron un ejemplo de resistencia. Pero también de alteridad. De alteridad en el mundo propio paradójicamente. De alteridad que se convierte en la base y soporte para una acción sin grandes brillos, cotidiana –y por tanto, en muchos aspectos imperceptible– pero profundamente disruptiva y transformadora. En sus convicciones, en sus ejemplos, está latente el germen de construir una nueva forma de comprender el mundo. Y en Santa Adriana y La Pincoya, este fenómeno no fue la excepción.

En efecto, Santa Adriana se convirtió en un lugar combativo durante las protestas y la represión golpeó con fuerza a la población, al igual que sucedió con todo el sector sur de la capital. En este escenario, las mujeres desempeñaron un papel relevante en la resistencia, desplegando actividades de diferente índole en su combate a la dictadura, cuestión que se había venido manifestando con fuerza desde 1978, cuando las organizaciones de base comenzaron a consolidarse adquiriendo un rol más activo políticamente. Esto tomó forma concreta en la colaboración del grupo de DD.HH a los prisioneros políticos que se multiplicaban en las cárceles de la capital. La atención y preocupación no fue destinada exclusivamente a los suyos, es decir a los prisioneros de la población sino que se extendió

---

<sup>1653</sup> Boletín poblacional de huertos populares, *La Semilla*. Sector Caro-Ochagavía. ARNAD, Fondos Organizaciones Sociales, Santiago, 1987.



al conjunto de los afectados. En esto, cabe aclarar, tuvieron gran injerencia las redes partidarias <sup>1654</sup>. Este espíritu y proyecto alternativo también pudo observarse en la colaboración sostenida a la toma de la población La Bandera, como ocurrió con todo el sector sur que, a través de entidades intermedias –populares y no populares— colaboraron con el Campamento <sup>1655</sup>.

En este orden, identificamos al menos tres tipos de prácticas, modos de hacer frente al régimen que escenifican en el territorio su conflicto con el orden establecido. Tanto en su dimensión represiva, como ideológica. Pero, a su vez, en ellas observamos la manifestación de modos alternativos de entender y desenvolverse en sociedad. En primer lugar, las mujeres organizadas van a dar sustento y fuerza a la resistencia territorial a través del respaldo indirecto a las distintas acciones que se realizan durante las jornadas de protesta nacional. Se observó, en este sentido, una sinergia permanente entre éstas y los grupos de jóvenes que se desplegaban durante estas jornadas; los vínculos y conexiones entre los distintos actores que se mueven en las diversas actividades organizativas teniendo como eje la parroquia, fue siempre estrecha y fluida, y las jornadas de protesta fueron un ejemplo de ello. Las mujeres que trabajaban en los huertos del sector, así como aquellas que lo hacían en las ollas comunes, recibían a los jóvenes que ya estaban preparando sus acciones para estos días. Habitualmente los espacios de la parroquia servían para cobijar y aglutinar al variado grupos de personas que activamente participaba de estas iniciativas. Cada grupo haciendo sus cosas, pero en una interrelación estrecha, fluida. Cotidiana. El trabajo de estas organizaciones pues, sirvió de sustento para los jóvenes que ya fuese panfleteando, rayando muros, armando marchas, barricadas o cortando el tendido eléctrico, se movilizaban desde temprano para dar la mayor fuerza posible a la protesta <sup>1656</sup>.

Pero esta colaboración iba mucho más allá. Los grupos de salud formados al amparo de la iglesia y que operaban en ese mismo lugar, jugaban un papel fundamental para ayudar a los heridos víctimas de la represión. Así como nos contaba Beatriz respecto a su compromiso por ayudar a los heridos de las protestas, Luzmenia, al otro lado de la ciudad, en La Pincoya refrenda experiencias muy similares:

Bueno a través de la hermana Dolores (...) nos acogió y incluso nos hizo participáramos ahí, yo trabajé con ella y llevaban incluso los heridos,

---

<sup>1654</sup> *El Portavoz. Boletín sectorial Caro Ochagavía*, nº 9 ((s/f) [estimamos 1894]. Ahí se narra el papel de las organizaciones del sector con los prisioneros políticos, describiendo las distintas iniciativas y actividades realizadas.

<sup>1655</sup> El testimonio del Padre Herreros es muy esclarecedor respecto a la colaboración que todo el sector sur colaboró abiertamente con el Campamento. **J. HERREROS; Escuché sus gritos**, pp. 27-28.

<sup>1656</sup> Varias mujeres reconocen en sus testimonios esta conexión. Muchas tenían a sus hijos e hijas participando en alguna actividad de base y si no, eran vecinos que habitualmente rondaban la parroquia centro neurálgico de la resistencia en las poblaciones.

hacíamos curaciones, la hermana Dolores puso en el año 84' el Policlínico, con la gente que estaba herida que llegaban con balas, pero todo era oculto, oscuro, sin que se enterara nadie de los milicos ni nada, aquí era un trabajo por debajo<sup>1657</sup>.

Así como Luzmenia y Beatriz, otros testimonios nos manifiestan que ese compromiso era con la comunidad e intentaba ayudar a todos aquellos que lo necesitaban. July, señala enfática que ese sentido de colaboración existió siempre entre los vecinos, al menos desde su llegada a trabajar al Centro Comunitario en 1986, encontró a vecinos muy comprometidos casi siempre relacionados entre ellos a través de la parroquia<sup>1658</sup>. Lo mismo refrenda Luis Henríquez, que recuerda a su señora como activa miembro de los grupos de salud<sup>1659</sup>.

La colaboración con la comunidad, en estos contextos específicos de protesta, toma forma en episodios concretos. Al igual que más arriba retratábamos cómo Bety y su marido salían en las noches de protestas junto al botiquín del policlínico parroquial a ayudar a los heridos de la represión, otras mujeres nos cuentan este mismo escenario bajo sus experiencias; atendiendo a heridos, escondiendo a jóvenes en la parroquia o incluso en las propias casas, compartiendo en la olla común o en los comedores. Los días de protestas, a fin de cuentas, todas estas actividades convergían hacia la unidad de la comunidad. Así, Con más o menos cercanía todos los que participaban de las organizaciones fraternizaban y coincidían con los jóvenes encargados de protestar, como lo refrenda María: “sí po’, pero es que estábamos todos en la parroquia, entonces ahí hacíamos todos (SIC). A veces estábamos todo el día allá”<sup>1660</sup>. Otros testimonios, también nos muestran evidencias de esa cercanía que convierte a la parroquia y a las mujeres que en ellas se desenvuelven como referentes protectores, que cobijan y ayudan.

No obstante esta sinergia, el desarrollo alcanzando por las mujeres en los distintos grupos de base de la población y el sector, las llevaba a querer diferenciarse de los jóvenes y sus acciones mucho más arriesgadas. No se trata que no las compartieran pero, sin embargo, no eran las suyas. Ellas exigían pacíficamente expresar su malestar y el modo que encontraron fue la realización de marchas, en horas del día, protestando por el retorno de la democracia, muchas veces frente a la autoridad. “Había miedo, pero había que hacerlo no más. No quedaba otra. Si no hasta cuándo íbamos a estar esperando”, señala Bety. “Intentábamos diferenciarnos de los cabros”, añade, tratando de hacernos ver que esto tenía

---

<sup>1657</sup> Testimonio de Luzmenia Toro, realizado el 16-10-2010. Citado en **R. MADARIAGA**; *Historia de la población La Pincoya...* Op. cit., p. 63.

<sup>1658</sup> Entrevista realizada por el autor a July Padilla el 26-03-2015.

<sup>1659</sup> Entrevista realizada por el autor a Luis Henríquez, el 28-05-2014.

<sup>1660</sup> El testimonio de María Figueroa en Talleres de memoria histórica, realizados en CASA 14-05-2014.

que ver con la convicción de muchas de sus compañeras por manifestar su descontento, pero sin entrar en las dinámicas de guerra de la dictadura ni de los jóvenes que paulatinamente aumentaban su agresividad. Igualmente enfatiza que esta actitud no se trataba de estar en contra de lo que hacían los cabros –su hijo habitualmente participaba de estas acciones al punto de ser parte de lo que fue la toma y quema de la comisaría de la población ubicada de Callejón Lo Ovalle—, si no, más bien, de diferenciarse. De reforzar lo que era la opinión y visión de las pobladoras que organizaban y participaban de estos actos, destacando el carácter pacífico de las mismas. Santa Adriana, conviene señalar, fue conocida en el sector por su hábito de realizar marchas conmemorativas y reivindicativas durante las jornadas de protesta, como lo atestiguan los informes de la Vicaría de la Solidaridad<sup>1661</sup>.

La valentía, dignidad y fuerza de esta manifestación sin dudas que marcó la memoria de los vecinos que sindicó a estas mujeres como estandartes de la resistencia y la lucha por la democracia. Esto se expresó de forma tan manifiesta entre los vecinos entrevistados, los cuales recuerdan que incluso pese a la persecución y la represión que viven en la población durante este periodo, su fuerza y decisión algo de respeto transmitía entre los Carabineros, que muchas veces se contenían de usar la violencia<sup>1662</sup>. En estas prácticas, por tanto, identificamos la expresión de un descontento pero, al mismo tiempo, una forma concreta de enunciar sus convicciones, principios y valores.

Ahora, bien, en tercer lugar, observamos que la resistencia de las mujeres de Santa Adriana, también se llevó adelante a través de un largo pero intenso trabajo de conexión de sus organizaciones e iniciativas con aquellas de carácter nacional que se producían fuera de la población. A la adhesión y reproducción de marchas locales, reuniones y participación en jornadas masivas como la Jornadas por La Vida (ver capítulo 4), entre muchas otras, también existió la iniciativa de proyectar en los sectores aledaños las iniciativas que estaban realizando en su comunidad. Es decir, hay una finalidad de conectar sus representaciones con la realidad nacional y, en esa misma línea, proyectar sus valores, sus modos de acción a otros lugares. Esto, claro está se reprodujo en cada población de la capital que contó con un activo y diverso movimiento de mujeres.

De este modo, se observa que durante este periodo, surgen en el sector Sur, estrechamente relacionados a la Coordinadora Caro Ochagavía, la COMUPO, Organización

---

<sup>1661</sup> Un recuento de los informes elaborados por las Vicarías zonales en jornadas de protestas evidencia que Santa Adriana fue una de las pocas poblaciones que mantuvo esta práctica de marchar por la población durante estas jornadas. Cabe consignar que si bien estas prácticas fueron extendidas en un principio, fueron desapareciendo a medida que la represión se hacía más violenta. CDyAVS, Caja Protestas AT. 48 y 49. Para una mirada sinóptica, ver Informes Mensuales 1983-1987, Vicaría de La Solidaridad.

<sup>1662</sup> Entrevista personal realizada por el autor 9-12-2011.

de Mujeres Pobladoras y el Frente de Mujeres Pobladoras (FUMPO) que insisten en hacer converger a un nivel territorial más extenso tanto las iniciativas locales de cada comunidad con otras del mismo orden y, a su vez, con los esfuerzos a nivel nacional que se desarrollan en la oposición a Pinochet. Como señala una vecina de Santa Adriana, “es que en esos años de dictadura, (...) en este periodo, los sueños, eran sueños de grupo”<sup>1663</sup>. Y el afán de proyectar a la comunidad nacional no era otra cosa que proyectar al país sus valores y representaciones de lo que debía ser la futura democracia. En este sentido, el carácter colectivo de sus expresiones resulta tan radical como novedoso en el entramado que se despliegan. En todos estos ejemplos identificamos un cuerpo doctrinal más o menos específico, que proyecta la necesidad de la democracia, de la participación, igualdad y justicia social, donde la comunidad se despliega como una fuerza central y dominante. En suma, el bien común a partir de un compromiso activo y democrático es el sustento ideológico de sus prácticas. Qué más contestatario frente a la privatización individualista que propone la doctrina neoliberal que se impone desde el poder autoritario. Lo más interesante, reiteramos, es que este ideario se expresó de forma concreta en los modos de actuar de sus miembros al interior de sus organizaciones.

En síntesis, las pobladoras de Santa Adriana y de todo el sector Caro-Ochagavía en general, y sus organizaciones, van a ser un pilar que posibilita y facilita la acción contestataria en el espacio público. Ya fuese sirviendo de sustento a los grupos rebeldes ya fuese expresando desde la acción pacífica de protesta o desde sus prácticas organizativas cotidianas, una protesta pacífica pero profunda y radical a la dictadura. A sus formas, pero fundamentalmente a sus valores, principios y lógicas.

En La Pincoya, en tanto, se observa que el temprano papel que desempeñaron las mujeres en los comedores populares, ollas comunes y grupos de Salud en torno a la Parroquia Nuestra Señora de los Pobres, permitió que estas iniciativas se orientaran hacia una visión integral y política de sus espacios. La participación temprana de grupos juveniles, ollas comunes, grupos de salud, en el Organismo de Derechos Humanos que se crea en el sector en 1980, da cuenta de esta mirada integral de lo que eran, en general, el interés de los grupos que se crean en la población y los objetivos generales que persiguen y que están estrechamente emparentados a aquellos que movilizaron a las mujeres del otro lado de la ciudad. Tener como referencia la defensa de los derechos humanos no sólo los oponía a la dictadura —principal responsable de su sistemática violación— si no que posicionaba como espacios de confrontación y resistencia al régimen.

---

<sup>1663</sup> Testimonios extraídos de Santa Adriana, 50 años de territorio y vida. Op. cit., p. 46.

Ahora bien, conviene tener claro que estas representaciones no eran unívocas ni absolutas, y siempre, como ocurrió en la gran mayoría de las poblaciones de Santiago, existió una tensión entre este afán más político de denuncia y aquellos que por miedo, no estar de acuerdo o simple desinterés, no adherían del todo de este tipo de miradas y que entendían la organización social como un fin en sí mismo. Más sectorial si se quiere. No obstante esto, existió en La Pincoya un fuerte compromiso político en la organización comunitaria de base, que vio en la dictadura y sus políticas al principal responsable de las pésimas condiciones en las que se encontraban. Económicamente, pero también social y políticamente. Este deber integral de explicitar el descontento generalizado por la situación a la que se ven sometidos los pobladores, llevó a muchas mujeres a utilizar los distintos medios a su alcance para visibilizar y difundir sus reclamos y extender así, a todos los rincones, su afán por un Chile democrático, más justo y pacífico, como lo resume una pobladora del sector:

Durante un tiempo este taller hizo las arpilleras de denuncia. No es que nos pusiéramos a denunciar, nosotras contábamos lo que pasaba a nuestro alrededor, eso aparecía en las arpilleras (...) Fuimos acusadas de políticas, porque aparecían los comedores infantiles o porque mostrábamos a nuestros cesantes. Esa es la diferencia de trabajar en estos talleres y no en los centros de madres para el CEMA. Ahí les dan lana y les dicen lo que hacer, no se puede pensar”, señala una vecina del sector<sup>1664</sup>.

Así y a modo de conclusión, queremos destacar el papel que las mujeres pobladoras —y en este caso específico de Santa Adriana y La Pincoya— jugaron en la resistencia a la dictadura, ejerciendo un papel de guardiana de valores y principios donde la solidaridad, lo colectivo y la igualdad se erigieron como los principios básicos de su acción en el territorio, fundamentos de sus sueños y anhelos que hablaban de democracia, libertad —efectiva— y justicia social. Todo un contrapunto a la política dictatorial neoliberal. Es que, en definitiva, las mujeres de las poblaciones de Santiago que participaron de este tipo de experiencias liberadoras, comprendieron en base a sus vivencias que “la organización es la fuerza de los que no tienen poder”, como lo expresaron desde Santa Adriana<sup>1665</sup>.

---

<sup>1664</sup> C. HARDY; *Talleres artesanales de Conchalí...* Op. cit., p. 93.

<sup>1665</sup> Grupo de Educación Las Patotas... ¡Y qué! “Historia de la población Santa Adriana”. En, M. GARCÉS, H. VILLELA; *La persistencia de la memoria popular. Historias locales, historias de vida*. ECO, Santiago 2012, p. 38.

#### *4.5 Lugares de memoria, lugares con historia: registro territorial del conflicto y la ambivalencia en Santa Adriana y La Pincoya*

Tal como identificamos que la población fue el escenario espacial donde se desarrollaron los distintos actores sociales en conflicto y sus organizaciones de base, existieron a su vez lugares específicos al interior de cada barrio que registraron y captaron parte de las experiencias —radicales en algunos casos, cotidianos en otros— que llenaron los recuerdos e imaginarios de los vecinos sobre este tiempo. Una calle, emblema del enfrentamiento, así como los muros de una casa que albergó tangencialmente a una organización vecinal o la parroquia centro neurálgico de la organización y la resistencia, son ejemplos que grafican el papel del espacio como registro material de ese tiempo. Esa capilla ubicada en el barrio, no tiene hoy los mismos sentidos, la misma importancia ni representa algo relevante en la identidad de la gran mayoría de actores sociales que habitan ese lugar, como sí lo hace a través de la representación de ese pasado en la memoria de los vecinos. Una calle que hoy es inmediatamente vinculada al microtráfico de drogas, cambia su sentido actual cuando es rememorada como lugar de conflicto con el estado dictatorial, lugar donde los pobladores plantaban activamente resistencia a las fuerzas policiales. En esos recuerdos se percibe el vínculo afectivo al que hacíamos mención en el capítulo anterior: con los otros miembros del barrio, por supuesto, pero también con el lugar. Nos referimos, por tanto, a lugares que van a constituirse en emblemas de esta historia. Símbolos que quedaron grabados en sus habitantes, espacios que se llenaron de recuerdos y significados muchas veces ambiguos —cuestión casi constitutiva de un lugar, como señala P. Nora— pero que nos acercan a ese pasado que se fue. En ellos se constituyen los distintos ámbitos que la acepción del término propone en cuanto a sus sentidos; el territorio como espacio material, simbólico y funcional. Estos tres aspectos que le dan vida y forma al territorio, coexisten de diversa manera en la población, variando la intensidad e injerencia de uno u otro rasgo, según cada caso específico; calles, muros, recintos particulares y comunitarios, plazas y parques, se llenaron de renovados sentidos referidos a esas experiencias, a esos pasados<sup>1666</sup>.

La relevancia de estos pedazos del territorio podemos pesquisarlos ya sea en el registro documental de la época así como en los testimonios y relatos de los pobladores que participaron de este tipo de instancias colectivas; fueran la protesta contra la dictadura, fuera a través de las organizaciones comunitarias de base. En ambas fuentes se entrecruzan los registros de esos lugares ya emblemáticos de esta historia. En ese sentido, como

---

<sup>1666</sup> P. NORA; *Pierre Nora en Le Lieux de la mémoire*. Selección de textos. LOM, Santiago, 2008, p. 32.

planteaba M. Hallbwachs, estos lugares resultan fundamentales para la constitución de determinadas memorias colectivas, pues en ellos se identifica el vínculo entre el territorio, la memoria individual y parte de la identidad de miembros de esa comunidad<sup>1667</sup>. En efecto, son lugares que aparecen repetidos en el entramado documental; que los testimonios reiteran una y otra vez, con distintos motivos y circunstancias, convirtiéndolos en auténticos testigos que conectan a los vecinos con su pasado, entregándonos un escenario concreto, un registro material, un telón de fondo específico en el que se desarrollan las acciones y se plasman las representaciones de los actores. Lugares, en definitiva, plagados de historia, que se erigen como emblemas de ese pasado en la memoria de los vecinos, en los documentos de la época y, como tales, se constituyen en vestigios útiles para nuestra representación del tiempo de la dictadura.

Ahora bien, la dificultad de aproximarnos a estos registros territoriales desde la memoria, dice relación con esa consideración intrínseca que adquieren los lugares de memoria respecto a su ambigua uniformidad. Es decir, a la pluralidad de sentidos que puede alcanzar un espacio determinado, pese a lo unívocos que puedan parecernos en un primer momento. Por evidente y mayoritario cuantitativamente que puedan resultar, estos lugares de memoria, el sentido que se le atribuye a las prácticas que en ellos se producen, no son uniformes. Obviamente que en el enfrentamiento entre Estado opresor y los vecinos organizados en su contra, las diferencias en los modos de representar el lugar saltan rápidamente a la vista, evidenciando la tensión que subyace a las prácticas desplegadas en el territorio. Pero, más allá de aquella evidencia, también debemos considerar los matices que aportan otras tonalidades y lo complejizan al interior de los propios vecinos. Pues, ¿qué ocurre allí donde lo mayoritariamente común no resulta tan evidente, o emergen contrapuntos respecto al significado de dichos emblemas? he ahí la dificultad; el propio sentido, muchas veces ambiguo y difuso que estos espacios adquieren para sus propios actores y la multiplicidad de papeles que desempeña el territorio en el entramado cotidiano de la vida, nos invita a una comprensión más plural, compleja y polifónica del lugar. No se trata con esto de relativizar determinados sentidos y significados que representa mayoritariamente el lugar para los actores sociales –peligro hoy en boga de la mano de un negacionismo ofensivo hacia los horrores perpetrados por el Estado dictatorial, en Chile y América Latina en general–<sup>1668</sup>, sino más bien de asumir la dificultad de absolutizar dichos

---

<sup>1667</sup> M. HALBWACHS, *La Memoria Colectiva*. [1968, París]. Citado en CH. BIANCHINI; *Chile memorias de La Moneda...* Op. cit., p. 51.

<sup>1668</sup> Me refiero a la emergencia de una derecha xenófoba, homofóbica y que relativiza cuestiones el asesinato sistemático de 6 millones de judíos en campos de concentración, de una derecha que, en el caso chileno, relativiza el papel de las FF.AA. en la desaparición sistemática de oponentes políticos, negando con ello el terrorismo de Estado.

sentidos, negando de algún modo la pluralidad que compone a la voz de “los de abajo”, pues resulta fundamental reconocer también la diversidad que constituye el universo simbólico de vecinos y vecinas de la población. En efecto, sentidos que no necesariamente presentan una sola dirección, diversificando el significado de las experiencias que allí se vierten y grabando a través de las memorias un recuerdo claro y rotundo pero que a la vez potencialmente puede entrar en conflicto con otras memorias y representaciones del pasado, expresándose esa diferencia en el lugar. Asumir esta cuestión permite reconocer no sólo que parte de las representaciones de la dictadura permearon al mundo popular y sirvieron de marco de significados para interpretar y registrar su forma de entender este periodo, sino de la potencial transformación que vive el pueblo de Chile durante este periodo fuertemente atravesado, por el enfrentamiento, la pobreza y la violencia.

Se hace difícil pues, otorgar un significado único al lugar; a fin de cuentas son espacios que también registran a esa sociedad en conflicto, en tránsito desde un mundo sociocultural a otro, materializado en una asignación de sentidos diversa; éstos, en ocasiones pueden resultar difusos, en otras ambiguos. No sólo por las disputas simbólicas que en ellos se desarrollan, sino porque en ocasiones se convirtieron en auténticas *zonas grises*, sobre todo desde la perspectiva de que en ellos se combinan experiencias no siempre unívocas, plagadas de matices y donde la dicotomía entre “ellos y nosotros, buenos y malos”, es vaga y tiende a oscurecer más que a dar luz al sentido de los hechos<sup>1669</sup>. Resulta complejo, en esa dirección, incorporar o comprender espacios y territorios ideados con un fin específico —por ejemplo un cementerio, un hospital, un parque— reutilizados por el poder para prácticas vejatorias, humillantes y que presentan a los sujetos que habitan ese lugar otra dimensión de la humanidad, quizás desconocida e insospechadas por muchos de ellos. Igual ocurre con una calle, una manifestación, una barricada. Incluso con la parroquia, reconvertida en centro social de la oposición a la dictadura, debemos considerar cómo se percibe y representa ese lugar por aquellos que no participan o abiertamente se posicionan a favor del régimen de Pinochet. En este sentido, aunque los sentidos de rebelión al orden establecido por la dictadura son mayoritarios, también existen otros, ocultos, menos evidentes, suspicaces

---

<sup>1669</sup> P. LEVI. *Los Hundidos y los salvados*. Aleph, editores, Madrid, 2002. Capítulo 2. Sabemos de la radicalidad del concepto establecido por Levi respecto a los Lager y este escenario indescifrable donde resulta incapaz definir claramente para sus miembros quién es amigo quién enemigo; efectivamente la estructura nazi de los campos rebasaron todos los límites imaginables. Para nosotros, en este caso, utilizamos el concepto para hacer hincapié en la pluralidad de significados que identificamos los actores atribuyen a los lugares y lo poco esclarecedor del ambiente de ese pasado que representa atribuirles sólo un sentido (por mayoritario que sea), dado que oculta, e invisibiliza otras representaciones del periodo, haciéndonos perder claridad respecto a polifonía que efectivamente identificamos presentan estos lugares de memoria. En esa misma línea también resulta iluminador el trabajo de S. Stern respecto a la memoria de los chilenos respecto a ese 11 de septiembre de 1973. Aunque el sentimiento de perplejidad y lamento es mayoritario, existen no pocas representaciones que identifican esa fecha con un día de fiesta y júbilo. S. STERN; Recordando el Chile de Pinochet... Tomo I, Op. cit.



porque no sabemos bien sus significados, sobre todo cuando consideramos que nos enfrentamos a una amplia masa silente. Pero esos significados deben estar ahí, latentes y permiten al menos identificar esa heterogeneidad que constituye lo popular-poblacional.

Estas son algunas cuestiones que abordaremos en las siguientes líneas, identificando tanto la existencia de una memoria poblacional dominante respecto al sentido de estos lugares y del antagonismo entre el régimen y los ciudadanos movilizadas que se materializa en el espacio. También, en tercer lugar, observaremos algunas ambivalencias que percibimos en recuerdos y representaciones, de manera de hacer al menos un guiño que asuma y reconozca esa pluralidad y diversidad que ha caracterizado a los sectores populares de la capital, incluso en este periodo de la historia reciente chilena fuertemente marcado por la oposición al régimen.

Pese a que podemos coincidir con aquellos que sindicaron a 1973 como la fecha en que definitivamente el régimen instala y consolida su énfasis revolucionario de transformación profunda de la sociedad, desde el mismo golpe de Estado, el afán de imponer a punta de fusil sus representación de la cosas (del pasado, del presente y del futuro al que se debía aspirar), empujó a que se aplicaran brutal y desprolijamente todo tipo de aberraciones para la condición misma de la humanidad. Pues bien, en ese afán, la decisión autoritaria de establecer la representación del conflicto político que define a la situación chilena como una guerra, plasmó en lugares específicos ese retrato. Cientos de lugares fueron registrando esa representación de la realidad, imprimiéndoles nuevos sentidos que enfatizaban la fractura, el conflicto y la necesidad de regeneración —autoritaria— a través del cambio sustancial que representan dichos espacios en el entramado simbólico nacional. Cabe consignar que, a día de hoy y pese a los históricos usos y sentidos que han tenido, éstos se combinan con la huella del horror que les imprimió la dictadura militar. Qué mejor ejemplo que El Estadio Nacional. El Coliseo ñuñoíno que recibió incluso una final del Mundial de Fútbol —en 1962— se convirtió tras el golpe en un centro de prisión, tortura y asesinato. Si para muchas víctimas de esos espeluznantes meses en que debieron estar prisioneros en el Estadio, el lugar es símbolo del horror que devino al bombardeo a La Moneda, el estadio sigue funcionando como complejo deportivo que ha presenciado recientes e históricos triunfos en el fútbol; su pista atlética sigue recibiendo a niños, niñas y jóvenes que compiten en atletismo sin saber que allí miles de padres deambularon en ese escenario —al igual que lo hacen los suyos en la actualidad cuando los acompañan a competir— como parias de la nación por el sólo hecho de pensar distinto. Hoy es fácilmente observable cómo se combinan y matizan las emociones y sentidos de ese lugar; mientras algún futbolista en la algarabía de un título llama a no olvidar lo que fue ese espacio en el entramado dictatorial,

también existen presiones para modernizar la estructura de acuerdo a las nuevas necesidades deportivas que invitan a demoler y reconstruir el lugar. Su condición de patrimonio histórico impide ese paso.

Como El Estadio Nacional, Santiago está plagado de lugares en los que, en pleno siglo XXI se identifica la huella latente de la dictadura. El país se atestó de espacios en disputa que el régimen vino a apropiarse recargándolos de sentidos y significados propios buscando registrar, difundir y consolidar su representación de la realidad. Lugares, en definitiva, que fueron brutalmente re-significados a través de prácticas concretas que así como quisieron borrar el pasado inmediato, buscaron diseñar una nueva forma de comprenderlos a partir de la representación hegemónica de la fuerza. En efecto, en esas prácticas que infringieron el terror sistemático y permanente a la población, también se materializó el modo de interpretar la situación que experimentaba el país. Este proceso obviamente que se vio fuertemente consolidado por la persecución y la violencia aplicada por la dictadura en cada espacio del país, en cada cuerpo que potencialmente representase un cuestionamiento al nuevo orden o una reminiscencia del proceso político que le antecedió. En ese sentido, la fuerza del fusil pretendió hacer tabla rasa, estableciendo en el 11 de septiembre de 1973 una fecha refundacional. De esa forma se comprende entonces, que el discurso de la guerra interna convirtiera centros deportivos y culturales en cárceles y campos de concentración; espacios públicos que reunían a los trabajadores movilizados —símbolo histórico del avance democrático en el país—, en calles silentes y controladas por el poder militar. Qué más simbólico que el palacio de gobierno que de ser el emblema de la democracia se convirtió —literalmente (al menos durante siete años)— en las cenizas y ruinas de esa democracia<sup>1670</sup>.

El actual GAM (Centro Cultural Gabriela Mistral), otrora fortín de la dictadura y originalmente edificio creado para recibir la II Conferencia de las Naciones Unidas sobre Comercio y Desarrollo en el Tercer Mundo, es otro ejemplo de la tensión que subyace a los espacios marcados por la historia. Qué decir del teatro Víctor Jara, otrora Estadio Chile, reconvertido por la dictadura en un centro de tortura y muerte: en sus murallas, en la memoria de los testigos que evocan el horror, se registra de manera rotunda el trayecto vivido por Chile en su historia reciente. De igual forma ocurre con los centros de detención de la DINA como Londres 38, José Domingo Cañas, Villa Grimaldi, entre tantos otros espacios que adquirieron nueva identidad con la llegada de la dictadura<sup>1671</sup>.

---

<sup>1670</sup> Un trabajo excelente que refleja esa tensión y el símbolo de lo que acaece en el país entre 1973 y 1990 con La Moneda es el de **C. BIANCHINI**; *Chile, memorias de la Moneda...* Op. cit.

<sup>1671</sup> Especialmente simbólico de esta trayectoria histórica de conflicto, horror, olvido, silencio y batallas por el reconocimiento, nos resulta el centro de exterminio —en él murieron todos sus detenidos—, del cuartel Simón Bolívar, hoy reconvertido en un condominio de casas particulares que reconoce absolutamente nada del horror

Pues bien, de manera similar ocurrió en las poblaciones de Santiago aunque, una vez consolidado el golpe y el orden establecido por parte del nuevo régimen, existió la posibilidad de alterar, al menos tangencialmente, ese control. De matizar —aunque fuese momentáneamente— esa representación y, así, rebelarse a la hegemonía autoritaria. En esto tanto la irrelevancia que presentan para el régimen estos espacios como la propia urgencia que nutre las prácticas de los sujetos, va a abrir este espacio de disidencia y alteridad al discurso oficial. Por eso, las poblaciones de Santiago también experimentan esta batalla por los sentidos, plasmados en el propio registro del lugar. Muchos espacios que habían alcanzado relevancia simbólica para los habitantes de la capital observaron cómo la dictadura los reconvirtió violentamente. Se apoderó de ellos e impuso desde ese mismo 11, un nuevo orden, una nueva consideración del sentido. Y en La Pincoya como Santa Adriana también identificamos esos registros. Huellas que modelan y cargan de sentido al territorio; vestigios que incluso en la actualidad nos conectan a través del espacio con un pasado vivo y, en múltiples aspectos, latente a través de la memoria de los habitantes. Marcas a fin de cuenta, que le dan un significado dentro de todo el entramado simbólico que se registra en la población durante la dictadura.

Así pues, si los inicios de la población evocan recuerdos, imágenes y registros de experiencias que remiten a lugares específicos del barrio y los conectan con una memoria colectiva asociada a las nociones de organización, solidaridad y comunidad, igual ocurrió con el tiempo de la dictadura, pero, esta vez, asociando espacios específicos de la población al conflicto, la resistencia, la organización autónoma al margen del Estado y la lucha por la democracia. Lugares concretos, que vinculan a sus vecinos con ese pasado conflictivo, traumático y de rupturas; fuese de manera soterrada, simbólica (como repartir papelitos contra Pinochet en “esa” esquina), o a través de una acción más contundente y manifiesta como podía ser el rayado de un mural central en la población, llamando a la protesta y la insurrección. Estas experiencias —diversas—dejaron varios emblemas territoriales que sirvieron para resignificar el espacio y, a su vez, constituirlos en un lugar de memoria: no sólo en pos de recuperar lo que era antes del golpe, sino, y sobre todo, de resistir y rebelarse al sentido oficial otorgado a la población durante el régimen.

Existe un lugar que si bien no perteneció estrictamente a la población Santa Adriana, si conforma un lugar emblemático en la memoria de los pobladores de esta población y de todo el sector sur: nos referimos al Cementerio Metropolitano. Tanto en Santa Adriana como en las poblaciones aledañas a ésta, Santa Olga, Clara Estrella, José María Caro y Lo

---

experimentado por cientos de personas en ese lugar. Sobre este lugar, conviene ver la investigación de J. REBOLLEDO; *La danza de los cuervos. El destino final de los detenidos desaparecidos*. Ceibo, Santiago, 2012.

Sierra, su cercanía al Cementerio Metropolitano, las conecta con parte de la historia que experimentó este lugar durante la dictadura. Los testimonios, nos hablan de un lugar demasiado importante para el sector como para no mencionarlo en esta descripción. El cementerio, se ubica a continuación de las poblaciones señaladas, sus muros marcan el fin de la urbanización que dio vida a esos tres conjuntos habitacionales –Santa Olga, Clara Estrella y Santa Adriana— en los años 60’ y como tal es parte viva del vecindario. Durante el tiempo de la dictadura, el cementerio cobró especial relevancia en la vida de los vecinos de todo el sector (ocurre incluso con los vecinos de la José María Caro, que recuerdan algunos episodios referidos a esta nueva cartografía del cementerio en el tiempo de la dictadura)<sup>1672</sup>. Con el golpe vino la represión más feroz y extendida a los opositores –potenciales, virtuales, efectivos—. La tortura y la violencia como hemos venido analizando se hizo explícita y evidente en los barrios populares, y la detención y desaparición de personas se convirtió en una cuestión bastante recurrente. Sobre todos cuando experimentaron el sitio de sus barrios y el allanamiento de sus hogares. Los detenidos en centros fueron miles. Y así como muchos fueron liberados, otros tantos trasladados a cárceles y campos. No pocos fueron los desaparecidos para siempre. Pero también existieron cuantiosos casos en que los detenidos aparecían –vivos o muertos— en terrenos baldíos. Como si, luego de ser tragados por la espesa bruma de la represión, volviesen al mundo real luego de su paso por esa realidad paralela que representó el mundo de las cárceles y centros de detención del régimen. Pues en ese contexto, el Cementerio Metropolitano fue un lugar que concentró numerosos casos de este tipo. Por eso, es que entendemos que el cementerio se convirtió en un auténtico puerto. Un puerto de llegada desde los infiernos más oscuros y perversos de la represión. Un puerto que te volvía a conectar con “el mundo real”. Reiteramos, vivo o muerto. Emblemático es el caso de Víctor Jara. Vilmente torturado y asesinado en el Estadio Chile, su cuerpo sin vida, y ferozmente baleado, fue abandonando por los organismos de represión a un costado vacío del Metropolitano. Sin vida, pero “volvía” desde donde miles aún no regresan. Varios vecinos reconocieron al cantautor popular esa mañana de domingo. Su cuerpo, junto al de muchos otros –algunos testimonios señalan que eran alrededor de 100 los cuerpos sin vida que habían sido tirados por los camiones militares— volvía para dejar registro del horror.

(...) Me fui a través de la línea del ferrocarril, así, a gatas y me metí por un boquete así, esto fue en toda una esquina y por otro boquete me asomé así y miré hacia la calle así y veo entonces un número de cadáveres, 100 cadáveres, no había un alma naturalmente, día domingo, a las 7 de la mañana y después de la balacera. Entonces así, me acerqué gateando me acerqué al

---

<sup>1672</sup> J. RADIC; *Recordando desde La Caro...* Op. cit.,

primer cuerpo y el primer cuerpo era Víctor, estaba desfigurado lo reconocí pero me costó, atravesando la línea estaba el finaíto Jara<sup>1673</sup>.

Lo experimentado por el cuerpo de Víctor Jara fue algo bastante habitual. Así lo reconocen los vecinos. Cecilia Binimelis, periodista y habitante de la José María Caro, recuerda que siempre llegaban testimonios acerca de los cuerpos que se hallaban junto al costado del Cementerio<sup>1674</sup>. El cementerio, entonces, se convertía en este puerto de llegada desde el horror, ese puerto que reconectaba a aquellos absorbidos por esa realidad paralela que eran los centros de detención y tortura y que el régimen se encargaba de ocultar y renegar. Para los pobladores, el cementerio era un puerto que los conectaba directa y crudamente, con esa otra realidad paralela de la tortura. Esa otra acción que el régimen estaba llevando a cabo. Con esa cara que el régimen intentó ocultar no sólo de la ciudadanía sino del exterior. Los pobladores de Santa Olga, Santa Adriana, y todo el sector periférico al camposanto, conocían de estos “arribos”. Conocieron, entonces, desde un primer momento el horror y esa cara que a tantos les costó identificar. Pues los pobladores la vieron desde el primer día. Y así no solo lo recuerdan en sus memorias sino que lo materializan en murales que conmemoran a Víctor Jara y a los detenidos desaparecidos; a día de hoy existen artesanales monolitos con velas que recuerdan hasta, en lo que se convirtió ese lugar durante la dictadura.

De manera similar, en La Pincoya y poblaciones del sector norte de la ciudad conocieron de personas desaparecidas o reaparecidas como NN en los bordes de calles, peladeros o el propio patio 29 del Cementerio General (el más tradicional de Santiago y ubicado en el sector norte de la capital). El fenómeno, entonces, da cuenta que como el puerto de retorno que identificamos en el Cementerio Metropolitano, existieron muchos otros. De algún modo, también los hospitales, el IML, adquirieron esa forma; un nuevo sentido a partir del despliegue de esta resignificación del espacio a partir del horror de estas experiencias<sup>1675</sup>.

Ahora bien, esta espeluznante resignificación del lugar disminuyó con los años a partir de la progresiva disminución de la tortura y desaparición de personas. Sin embargo, cobró nueva vida con la aparición de las protestas que reverdecieron el papel del Cementerio

---

<sup>1673</sup> Testimonio de Mario B a la viuda de Víctor Jara, Joan Turner quien entregó los testimonios recopilados a la Comisión de Verdad y Reconciliación Nacional.

<sup>1674</sup> Entrevista personal realizada por el autor el 27-06-2017.

<sup>1675</sup> Los hospitales tanto inmediatamente después del golpe como durante las protestas, pasaron a ser lugares contradictorios para las personas. En su búsqueda de ayuda, muchas cayeron detenidas por los organismos de seguridad, convirtiéndose en lugares que en vez de entregar seguridad se convirtieron en espacios inseguros, auténticas trampas donde podían ser cazados por los organismos represivos del régimen como la DINA o la CNI. Esta cuestión es un elemento que también ayuda a comprender la relevancia del policlínico parroquial como espacio de protección en oposición a la inseguridad que despiertan los servicios públicos en un herido en protesta, un militante, etc.

Metropolitano como puerto de arribo. De reaparición, de liberación. Son muchos los casos que dan cuenta de esta función. Es cierto que no se registran casos de fallecidos, pero con la emergencia del movimiento social en los 80', volvió a ser ese lugar que las fuerzas represivas del régimen usaban de puerto para liberar a los cientos de prisioneros que cazaban, castigaban y torturaban durante las jornadas de protesta. El *modus operandi* era más o menos similar. Durante las jornadas de protestas, los jóvenes pobladores que eran detenidos por los furgones de carabineros, (fuera por sospecha, por ser pillados *in fraganti*, o por ser detenidos en sus domicilios al ser denunciados por otros vecinos), experimentaban todo tipo de apremios y violencias: golpes, quemaduras de cigarro, la obligación de desnudarse, siendo así trasladados en los camiones. Muchas veces por horas, los furgones deambulaban por las calles periféricas de la capital deteniendo, reprimiendo y combatiendo a los activos ciudadanos; Dentro iban los detenidos que experimentaban repetidamente las golpizas y vejámenes. Variando las circunstancias, luego de horas eran dejados en libertad — habitualmente heridos y desnudos— en lugares como el cementerio. Volvían de la detención ilegal (no quedaba registro de absolutamente nada de lo que les pasaba), a la vida, a las calles, en estos lugares puertos. Iris, vecina de Santa Adriana recuerda una situación vivida por un vecino que, luego de ser detenidos un día de protesta, acabó en el cementerio luego de horas de retención en el furgón policial donde fue duramente golpeado. Silvia, de La Caro, recuerda lo mismo con su hermano de 16 años. A él, más encima, al bajar del furgón le hicieron un simulacro de fusilamiento. Eran las 10 am. de un día de septiembre de 1984<sup>1676</sup>. Nuevamente el Metropolitano se convierte como ese espacio simbólico de liberación, donde se vuelve a la vida luego del miedo y la incertidumbre de ese tipo de experiencias<sup>1677</sup>.

Pero así como el Cementerio Metropolitano aparece en este registro monumental de la historia de la dictadura como un lugar relevante para el sector sur de Santiago, también lo existieron otros lugares de la población que adquieren nuevos significados. Si bien nos centraremos en los espacios de Santa Adriana y La Pincoya, los hemos destacado por su carácter general, es decir, aplicable a otros barrios. Esto es, en los que se repiten situaciones, reapropiaciones y tensiones en torno a espacios similares. En esa línea, cabe

---

<sup>1676</sup> Entrevista realizada por el autor a Iris Montenegro, 28-05-2014. Silvia no recuerda si fue el mismo día de la protesta o la jornada siguiente. También plantea sus dudas al año; aunque nosotros inferimos que fue en 1985, ella está convencida que en 1984 (fecha que coincidiría con la muerte de André Jarlán en La Victoria y que ella no logra conectar con esta experiencia de su hermano. Entrevista realizada por el autor, 21-08-2017.

<sup>1677</sup> Para el cementerio en la protestas como lugar de “devolución” tras detenciones ilegales, torturas o palizas en periodo de protestas, son muchos los casos. Destacamos la experiencia de Luis Pérez, durante la cuarta protesta donde, luego de ser detenido, golpeado, recluso y permanentemente torturado, es dejado en libertad en un sector del cementerio. Ver, Caja AT 49, Protestas. CDyAVS.

consignar que la militarización de la ciudad escenificaba la guerra que el régimen libraba contra el enemigo interno y en las poblaciones adquiría ribetes propios que sindicaban al pobre como una figura antagónica al nuevo orden. Esa representación quedaba manifiesta en el sitio casi permanente que se realizó de las poblaciones de Santiago tras el golpe de Estado al encontrarse allí parte fundamental del enemigo.

Esta cuestión tuvo variadas manifestaciones que comenzaron a registrar, además, la tensión y el conflicto que suscita este nuevo escenario sociopolítico. Una de ellas, se expresó en las calles y avenidas principales de la población. De cada población. Tanto Santa Adriana como La Pincoya, presenciaron de manera rotunda y violenta el arribo de las FF.AA a sus barrios. En Santa Adriana, por ejemplo, la panamericana (hoy ruta 5), sigue siendo un lugar relacionado al golpe de Estado; a ese 11 de septiembre, más precisamente; no sólo porque desde ahí se hizo ingreso de los cuerpos especiales del ejército y la aviación, sino porque por ahí también se produjo el retorno masivo de los vecinos de todas las poblaciones del sector sur a sus casas. Jóvenes desde el colegio, trabajadores y una que otra mujer que trabajaba en centro, recorrió esas calles, luego del llamado del presidente Allende de retornar al hogar como vívidamente lo recuerda Beatriz. Esa combinación del masivo desplazamiento a pie y en camiones (la locomoción colectiva desapareció rápidamente de circulación), de los vecinos así como la llegada en son de combate de las FF.AA, se grabaron de manera permanente en las principales calles del sector; Avenida Central, Lo Ovalle, y la Panamericana, fueron el canal por el cual los perpetradores del golpe se extendían por el sector y se apropiaban del espacio público<sup>1678</sup>. Como Beatriz y otros tantos testimonios, ese arribo fue violento, destructivo y traumático, grabándose en la memoria de los vecinos y en el lugar al que asocian esos recuerdos: “Desde allá disparaban cuando te veían en la calle”<sup>1679</sup>, recuerda en Santa Adriana y contigua a la Panamericana y Callejón Ovalle, mientras Jaime —como ya señalábamos más arriba— debió saber traspasar dicha línea para volver a casa de sus padres.

Pues bien, este símbolo cobra nuevas tonalidades durante las protestas. En el caso específico al que hacemos mención, también adquirió nuevos sentidos, evidenciando el levantamiento y la resistencia de los pobladores al entramado autoritario. Ahí en la Panamericana esquina con Lo Ovalle —donde actualmente se encuentra la villa Las Palmeras— se encontraba el “frente Apache”, como lo recuerda Jaime lo llamaban los jóvenes pobladores, ya que era un lugar recurrente de protesta y ataque a los organismos

---

<sup>1678</sup> Entrevista a Beatriz en taller de memoria histórica, CASA, realizado por el autor 28-05-2014. El testimonio de Beatriz se repite en otras vecinas del sector. Aquellos que vivían más hacia el interior, recuerdan a Lo Ovalle como emblema de la llegada militar.

<sup>1679</sup> Entrevista realizada por el autor en talleres de memoria en CASA, Santiago, junio 2014.

oficiales dado que funcionaban las oficinas del PEM y el POJH para todo ese sector. Varias veces durante las protestas las oficinas oficiales fueron apedreadas e incluso más de alguna vez incendiadas. La apropiación del lugar no sólo buscaba recuperar el lugar usurpado por el estado autoritario, sino que representa un abierto desafío —un castigo— al poder. Una acción de rebeldía, que cuestiona lo más profundo de la legitimidad de ese poder<sup>1680</sup>.

Son quizás en este sentido que podemos identificar las calles y pasajes de cada población santiaguina durante los años 80'. Como un espacio en permanente disputa, donde los pobladores combaten a la dictadura no sólo para expulsarla del territorio sino para llena de sus sentidos esos lugares. Avenida Recoleta, y Callejón lo Ovalle —en La Pincoya y Santa Adriana respectivamente— resultaron un emblema de esa lucha. Un emblema en cuanto graban en esa lucha callejera la decisión de los vecinos movilizados de disputarle —en sus códigos— la autoridad al régimen. Las imágenes del Padre Dubois, en La Victoria, sosteniendo pacíficamente una marcha y toma de los jóvenes de una de las avenidas principales de la población, también evidencian esa pugna y la apropiación del lugar<sup>1681</sup>. Estas expresiones resultaron algo más que la manifestación de un descontento; en estas prácticas se disputa el espacio público local pero, a su vez, también está en juego la dignidad, el sentido de pertenencia —de defender lo que les pertenece— a partir de la posibilidad que les permite el ciclo de protestas en el que están insertos.

La reapropiación de calles, pasajes y avenidas, tomó forma de variadas maneras. Ya hacíamos mención a la toma de un lugar oficial a través de la barricada y la violencia; pero también se vieron gestos más simbólicos, aunque igualmente vehementes, como cambios de nombre de calles o plazas, que traían desde el pasado emblemas del tiempo democrático, materializando en esa acción, en ese lugar, en esa reapropiación el significado de dicha práctica. La Plaza Carlos Dittborn, en las entrañas mismas de Santa Adriana, experimentó cambios de nombre, pintadas y murales que recordaban a Pablo Neruda, recordando que en ese lugar había estado el poeta comunista haciendo campaña por S. Allende en 1970<sup>1682</sup>. Este tipo de prácticas se repitieron de manera permanente en los barrios populares de la capital manifestando que en el propio ejercicio de disputar la calle, se estaban resignificando estos espacios.

Pero si de lugares emblemáticos en este tiempo se trata, existió uno que se grabó profundamente entre los pobladores. Con sentidos específicos para esta época en particular, que alcanzaron especial relevancia emocional y simbólica, la parroquia se convirtió en un

---

<sup>1680</sup> Entrevista realizada por el autor a Jaime Pérez el 14-12-2014.

<sup>1681</sup> Las imágenes que hacemos referencia pertenecen a Teleanálisis, 1985. Museo de La Memoria y los Derechos Humanos. Santiago.

<sup>1682</sup> Entrevista realizada por el autor a Iris Montenegro, 28-05-2014



espacio fundamental de esta memoria poblacional de la dictadura. En ella quizás se condensan todas estas cuestiones a las que nos hemos venido refiriendo a lo largo de estos dos últimos capítulos, respecto a lo que convoca, reúne y da sentido de pertenencia a los vecinos. En la parroquia se resumen el corpus de esa identidad de los sujetos movilizados. No sólo porque es el espacio que los aglutina físicamente, sino porque, a fin de cuentas, se convirtió en un espacio efectivamente público, paraestatal y que se entrega casi por entero para el despliegue de los vecinos. Es un espacio representativo —de ahí esa consideración pública que adquiere sin serlo realmente—, en el que los pobladores encuentran cobijo, espacios de liberación y desarrollo, de defensa y representación. La parroquia, a fin de cuentas fue una auténtica ágora en tiempos de dictadura, donde los vecinos pudieron reunirse y organizarse, casi sin inconvenientes. No sólo para satisfacer sus necesidades económicas más básicas como fue inicialmente o para recibir el cobijo espiritual y emocional de la institución que la crea, sino para ser un centro neurálgico de los más diversos proyectos que conducen a la liberación de las y los pobladores en el entramado autoritario. Por eso es que no se puede entender la vida en dictadura sin ese espacio referencial que representa la parroquia en la población.

Nuestra Señora de los Pobres en La Pincoya, y Nuestra Señora Reina de los apóstoles en Santa Adriana, efectivamente jugaron ese papel articulador. No se trata que desde la iglesia —desde la institución eclesial— se organizara y dirigiera todo, sino más bien que desde ese lugar —físico y simbólico— se constituye la comunidad. En un amplio sentido de la palabra. Y los vecinos de Santa Adriana y La Pincoya así lo reconocen. Sin la parroquia, todo ese despliegue combativo y creativo, toda esa fuerza conjunta y liberadora que se expresa en un masivo movimiento social por la democracia no habría sido posible. Hay que considerar que fue allí donde comenzaron a realizarse los primeros comedores populares, que gracias a curas, monjas y hermanas, las vecinas comenzaron a organizar las ollas comunes, los talleres y espacios de reflexión y crecimiento personal que posibilitaron la conformación de una organización propiamente tal. Allí se dio espacio, cobijo y voz a todos —y principalmente a todas— aquellas que no lo habían tenido. Que eran excluidos, oprimidos y golpeados por la cruda realidad que impone la transformación neoliberal impulsada por el régimen. Beatriz, por ejemplo, reconoce en la hermana Luz su notable injerencia en la conformación del grupo de salud que más tarde resultó toda una institución en Santa Adriana, como auxilio de los jóvenes pobladores heridos en la protesta. También en el impulso del Padre Herreros para solicitar ayudas a Cáritas, a la Vicaría y a la iglesia en general, para sostener las urgentes demandas alimenticias de la población. También en las mujeres profesionales de la Vicaría y su trabajo que empujó a muchas vecinas a su

concientización —como mujeres, como ciudadanas— y posterior liberación. Es decir, en el testimonio de Beatriz, encontramos en la iglesia un espacio básico y primordial. Incluso para trascender al espacio local y lograr, a través de las otras parroquias del sector una unión poblacional de todo el sector sur. Esa fuerza vital que Bety identifica en su formación como líder, como mujer libre, se registra en los muros de la parroquia<sup>1683</sup>.

Pero claro, junto a ese valor específico que la institución eclesial a través de sus miembros entrega a las pobladoras, está el sentido del lugar en sí, que convoca y permite el despliegue de estas instancias autónomas de base. “Es que todo andaba entorno a la parroquia”, recuerda don Luis H. “Allá era que hacíamos todo”<sup>1684</sup>. Escuchar a los vecinos cuando rememoran las diversas actividades realizadas en la parroquia, evidencia su relevancia mediática en esos momentos. Y es que efectivamente todo se hacía ahí; no había muchos otros lugares donde poder hacer, ¡donde poder ser!. Todo lo de ellos, como enfatiza Jaime, distinguiendo a los pobladores organizados que identifica como la comunidad, a fin de cuentas. Si uno recapitula las actividades que allí se realizan, que desde la parroquia salían las marchas de mujeres por la paz en la población, que en ella se realizaban los talleres de derechos humanos, de mujeres, de costura, ollas comunes, grupos de huertos — muchas veces desarrollados en el mismo patio del recinto— ciclos de cine, peñas y un cúmulo indistinto de actividades organizadas por los pobladores en connivencia con los sacerdotes y religiosas, podemos comprender la importancia que presenta la parroquia para la comunidad durante la dictadura. Máxime cuando se compara con lo ocurre en el tiempo presente, donde resulta un espacio más, casi marginal de la vida cotidiana de los vecinos. Cecilia, de la Caro, me reconoce que toda esa fuerza vital y liberadora se acabó con la democracia, reflexión que comparte Beatriz<sup>1685</sup>.

En Nuestras Señora de los pobres, la situación no era muy distinta a lo que ocurre al otro lado de la ciudad. Y si bien los testimonios recogidos por esta investigación atribuyen mucha relevancia al Partido Comunista y su aparato territorial en el despliegue de iniciativas sociales y comunitarias (en Santa Adriana varios vecinos sindicaron al PC y a los socialistas como los artífices de esa actividad), no desdeñan para nada la labor de la parroquia en su funcionamiento. Luzmenia Toro, militante comunista, por ejemplo, insiste en esa relevancia a partir del compromiso de sacerdotes y religiosas: “Yo era parte de una comunidad cristiana y la hermana, una monja que había, la hermana Claudia, ella trabajaba con nosotros ayudando a la gente (...) y ahí hicimos este comedor (...) para esta gente detenida y gente necesitada de trabajo”. El foco estaba claro, como también el lugar donde

---

<sup>1683</sup> Entrevista personal realizada por el autor a Beatriz Sepúlveda 9-12-2011.

<sup>1684</sup> Testimonio de Luis Henriquez, en taller de memoria histórica realizado por el autor en CASA, 28-05-2014.

<sup>1685</sup> Entrevista A Cecilia Binimelis realizada por el autor el 7-12-2017.

podían ejercerlo. En este sentido, los pincoyanos reconocen el papel que juega la parroquia como símbolo de su organización, ya pues es en ella donde pueden desarrollar libremente sus actividades; “hacíamos peñas folclóricas, y lo hacíamos al alero de la iglesia; Ahí donde está la municipalidad ahora, eso se llamaba Martin Luther King y era del arzobispado, y en ese terrenos hacíamos de todo. Hacíamos grandes cosas” recuerda Luzmenia<sup>1686</sup>. El padre Jeremías, la hermana Claudia, el padre Paulo Andrés, son nombres que se repiten una y otra vez, y hablan de esta sinergia entre la iglesia —los curas y religiosas obreras— y los pobladores. Esa comunión tomó forma en la parroquia, constituyéndola efectivamente en el centro neurálgico del barrio en esa disputa simbólica que se lleva adelante entre la dictadura y los pobladores.

Ahora bien, esta disputa que se materializa en las calles de la población, tiñó de un sentido especial al territorio. En este caso, los emblemas territoriales de Santa Adriana y La Pincoya y la resignificación que viven permanentemente, también experimentan otro tipo de disputa. La interna, es decir, el sentido que otros vecinos, otorgan al conflicto que se instala y materializa en esos lugares. Esta cuestión nutre a los lugares de una ambivalencia simbólica que registró en el espacio el conflicto y el antagonismo que subyace a las prácticas de los sujetos que convergen en la población. En efecto, a ese antagonismo que se observa en los vestigios territoriales de la disputa entre la ciudadanía movilizadora y el régimen, debe sumarse la diversidad de sentidos que adquieren ciertos lugares entre los propios vecinos, fenómeno materializado en el espacio, en los silencios y representaciones en disputa. En ese sentido, se hace complejo otorgar un significado único al lugar; a fin de cuentas son espacios difusos, con más de una asignación de sentidos. No sólo por las disputas que en ellos se desarrollan, sino porque se combinan experiencias que en la vorágine del enfrentamiento en las que se insertan, tienden a oscurecer más que a dar luz sobre sus significados. Así, por ejemplo, una calle pudo escenificar la resistencia a la dictadura —como centros neurálgicos de las protestas— y a su vez grabar el efecto del conflicto, el enfrentamiento y la violencia; junto al sentido manifiesto y reconocido por la mayoría como espacios catárquicos y convocantes de desafío y resistencia a la dictadura, también tuvieron otros significados: la experiencia de perder la vida fruto de la violencia contestataria de los movilizados, por ejemplo, otorgan para los propios vecinos otro cariz al lugar. En cualquier caso, es la violencia y el enfrentamiento, el conflicto a fin de cuentas, lo que marca y define la época. También a la gran mayoría de los lugares al interior de la población.

---

<sup>1686</sup> Testimonio de Luzmenia Toro extraído de **R. MADARIAGA**; *Historia de la población...* Op. cit. pp. 59-60.

Consideremos el ejemplo recién propuesto. Ya señalábamos el carácter catárquico, festivo y liberador de las primeras protestas. Pues los relatos de *pincoyanas* y *adrianinos* nos refrendan esa imagen: “las primeras protestas a los niños [les decía] como que iba a pasar algo en la noche y yo hacía que participaran como en un juego”, recuerda Gladys, relatando además que aprovechaba de llevarse a sus hijos y vecinos pequeños a caminar por Avenida Recoleta, con pitos, ollas y todo aquello que sirviera para meter ruido<sup>1687</sup>. Pero, ya vimos cómo ese escenario fue mutando. Fruto de la desmedida violencia del régimen y la reacción de cientos de jóvenes que a través de la violencia escenificaron la intensificación del conflicto en que devino la protesta. Y con ello, el lugar también adquirió nuevos significados. Los informes de la Vicaría de la Solidaridad se llenaron de relatos, casos e información que daban cuenta de ello. En este caso concreto, un informe de septiembre de 1983, nos narra el apuñalamiento de un joven manifestante detenido por la policía alrededor de una barricada, en la una intersección de Avenida Recoleta, con la calle Pincoy (en toda la entrada al sector histórico de la población). Luego de ser golpeado por unos policías, fue apuñalado por un “yatagán”, una especie de corvo. Pese a la lucha por su vida durante meses y luego que tuvieron que extirparle el hígado, Óscar Durán, falleció a la edad de 17 años<sup>1688</sup>. Su madre, relata que aquella noche se estaba realizando una marcha en el sector. Luego de un apagón de luz, ella se fue a su casa al ver que llegaban fuerzas especiales de Carabineros. Ahí perdió de visita a su hijo que, según le contaban testigos, se había dirigido a Recoleta a continuar con la protesta avivando las barricadas. Claramente, esa esquina, marcó para siempre a esa mujer, relacionando ese espacio con el terror que sistemáticamente aplicaba la dictadura. La Vicaría recoge cuatro casos más de heridos y detenidos en la intersección de La Pincoya con Recoleta<sup>1689</sup>. Dos madres, opositoras ambas y un significado distinto para el mismo lugar, la misma práctica, la misma finalidad.

Pero vamos más allá. Algo similar podemos registrar en Santa Adriana en distintas noches de protesta en un mismo lugar. Eso sí, en estos casos queremos reflejar aquella diversidad de sentidos desde su dimensión antagónica que queremos reconocer a la hora de comprender los lugares como espacios de memoria en la población. En un Informe de la Vicaría de la zona sur, se nos relata que en Pleno Callejón Lo Ovalle, se produce la trágica muerte de una vecina, Ana María, quien se dirigía rumbo a su casa en auto, cuando fue víctima de una pedrada de algún manifestante. Los archivos señalan que vivía a dos cuadras

---

<sup>1687</sup> El testimonio de Gladys Huerta a este respecto es emblemático del carácter lúdico que se observa en las primeras manifestaciones como también lo corroboran los archivos de la Vicaría. Entrevista personal realizada 16-10-2010.

<sup>1688</sup> ICNVyR, Tomo 2, p. 1093.

<sup>1689</sup> Informe Mensual Vicaría de la Solidaridad, “Septiembre 1983”. CDyAVS. p. 22 y 97-103.

del lugar<sup>1690</sup>. Lo Ovalle y la acción callejera en las protestas en esta emblemática avenida del sector, adquieren un sentido completamente opuesto al que veíamos producía la protesta callejera en la misma avenida, cuando los jóvenes pobladores se tomaron, quemaron y lograron cerrar la tenencia de Carabineros ubicada en pleno Callejón Lo Ovalle. También de los vecinos que recuerdan con alegría la auténtica fiesta que se montaba en la calle durante las primeras protestas. Cabe recordar igualmente, las palabras de Beatriz para considerar su orgullo por desafiar a la policía marchando por la calle —por Lo Ovalle precisamente— en los días de protesta. El mismo espacio. Tiempos y contexto relativamente similares. Y esa avenida que para Beatriz representaba un orgullo por la valentía y coraje de sus compañeras, para otros adquiría el tono desafiante de la juventud movilizada contra la dictadura; para la familia de Ana María se recarga de pena, dolor y recogimiento, por el recuerdo de las protestas y la acción de los propios vecinos.

Las calles y avenidas de la población, también eran espacio de guerra. Sobre todo en jornadas de protesta. Así lo había establecido el régimen como vimos, y el aumento de la violencia oficial sólo empujó a su extensión, convirtiendo a las calles de los barrios populares como efectivo campo de batalla, donde cualquiera podía caer. En este caso, ese lugar dejaba de tener un tono festivo, rebelde, contestatario para volverse en un espacio gris, un recuerdo doloroso, que llena de rabia, pena e impotencia; ahí en esos actos, en esa calle murió una mujer, madre, esposa, hermana, víctima de la violencia no atribuible a carabineros. Seguro que algunos culparon consecuente al régimen de ello, pero también debemos reflexionar y problematizar respecto a cómo reaccionan los vecinos menos comprometidos en la lucha política ante una situación extrema que acaba con un ser querido. Por eso, también debemos considerar que el discurso oficial del terrorismo podía permear; el desborde manchaba a cualquiera, y así como las calles emblemáticas de la protesta y resistencia a la dictadura sentaron en la memoria de muchos ese tono desafiante, libertario y de confrontación a la dictadura, también a otros los embargó el miedo, la rabia y la impotencia por el desorden, la inseguridad y la violencia de esta etapa de la historia.

Un último ejemplo de esta pluralidad de sentidos y tonalidades que adquieren algunos lugares en la población, lo encontramos en las afamadas “siete canchas” de La Pincoya. Son un ejemplo manifiesto de esto que venimos hablando. Inicialmente centro de reunión y esparcimiento dominical para celebrar los campeonatos de fútbol del sector, tras el golpe de Estado, se convirtió en el lugar que la policía y Carabineros utilizaron para los controles de identidad, detención, tortura y fusilamiento, según cuentan algunos vecinos, en la población. Las siete canchas con el golpe pasaron a ser un campo con otros “apellidos”. Un

---

<sup>1690</sup> La víctima fue Ana María Urrea. Informe Mensual, Vicaría de la Solidaridad, mayo, 1985. CDyAVS.

espacio que dio paso a la incertidumbre, al miedo a la angustia. Cada redada, allanamiento masivo utilizaba este espacio para registro. Como las siete canchas, miles de otras canchas y peladeros se convirtieron en centros de detención y tortura. Y así como siguió siendo espacio de recreación y práctica deportiva, durante la dictadura también representó ese otro sentido. Un añadido. En los relatos de los miembros que del Frente Patriótico que se preparaban para sus acciones —y particularmente para llevar adelante el atentado contra el dictador— se recuerda a las siete canchas como un lugar clásico que utilizaron pobladores frentistas como el “Sacha” (Juan Moreno Ávila) para mantenerse en forma y prepararse para algunos de los operativos realizados por su organización.

Con toda esta información, cabe preguntarse sobre cómo podemos definir a las siete canchas. Qué sentido le damos, o mejor, qué sentido le dan los pincoyanos a ese espacio — como a otros— cuando se les invita a recordar el tiempo de la dictadura, el tiempo de las protestas. Sólo atinamos a plantear coordenadas generales a partir de estos relatos, lineamientos de estas prácticas específicas que nos retratan parte del registro de esa vida en dictadura en Santa Adriana y La Pincoya a partir de las huellas que quedan de éstas en los lugares. En la memoria sobre esos lugares. Lo evidente, visto en perspectiva, es la presencia de una tensión, de la ambivalencia y el conflicto de un mundo que está paralelamente viviendo procesos sucesivos de transformación y resistencia.

## **5. Coda. Asimilación, retrainimiento y desinterés. Huellas e indicios de los pobladores no organizados**

El presente apartado más que un cierre de la investigación en curso, pretende abrir otras posibilidades futuras de sobre el tema de los sectores populares de Santiago en el tiempo de la dictadura militar. Fundamentalmente en la línea de reflexionar acerca de los procesos de transformación social y cultural que vive la sociedad chilena durante la década de 1980 y cómo en esa masa silente se pueden percibir —quizás— con mayor fuerza, la asimilación a la nuevas directrices que marca la dictadura, pero también, los paradigmas culturales que se fueron haciendo hegemónicos en el mundo de ahí en más. Probablemente en ellos, en este grupo de personas, sea más patente identificar esa fusión entre viejos y nuevos modos de entender y representar la realidad que se relacionan con el cambio epocal que vive el mundo durante este periodo de formación y consolidación de hoy denominamos globalización neoliberal<sup>1691</sup>.

---

<sup>1691</sup> Ya hemos señalado la relevancia que la perspectiva de Enzo Traverso representa para esta investigación a la hora de comprender los procesos globales de cambio cultural en los que se inserta la dictadura militar chilena. E. TRAVERSO; *La historia como campo de batallas...* Op. cit.

En esa dirección más que grandes conclusiones, nos interesa más bien dejar planteadas algunas ideas respecto a estos sujetos que, cabría reconocer, tampoco tenemos muy claro qué es aquello que les entrega una unidad como grupo, salvo diferenciarse de las y los actores sociales organizados que participan de este ciclo de protesta y movilización contra la dictadura.

Reiteremos entonces, que nuestra intención no es generalizar, sería demasiado pretencioso. No fue nuestro objetivo aunque debemos reconocer que la pregunta por esas personas desmovilizadas, estuvo siempre latente en nuestra cabeza. Y aunque la investigación se enfocó en el ciclo de protesta y las personas que le dan vida en Santiago, encontrarnos aisladamente con algunos actores que respondían a estas características durante el desarrollo de nuestro trabajo de campo, invitó a cerrar esta tesis con este apartado. Ahora bien, asumimos ir algo a ciegas, más allá de la información cuantitativa extraída de algunos trabajos de la época que nos permiten reconocer la existencia de esa alteridad poblacional en relación a los organizados y activos manifestantes. Igualmente, conviene señalar, que estos indicios, parten de ideas y preguntas que adquieren mayor contenido y contundencia luego de acceder a algunos testimonios orales específicos —quizás marginales quizás representativos de esa masa desmovilizada, no tenemos auténtica certeza de ello— en el marco de los talleres de memoria realizados en dos poblaciones de Santiago en el marco de esta investigación y otras que realizamos en barrios populares de la capital chilena<sup>1692</sup>. Por lo tanto, son fragmentos aislados de un río silencioso, que ni siquiera tenemos certeza de su coherencia como unidad. Indicios a partir de huellas y retazos de un puzzle mayor, como es la historia de este grupo desmovilizado de personas durante el tiempo de la dictadura.

Lo primero que constatamos a partir de estudios cuantitativos de la época fue que alrededor de 2/3 de la población en los barrios populares, no participaron sistemáticamente de las organizaciones de base durante el periodo en cuestión. Tampoco en partidos políticos. Es un número considerable, aunque relativizable según algunas autoras, respecto a que la colaboración gratuita pero no sistemática —muchas veces no presencial, ayudando a casusas organizacionales desde la casa— difuminan esas cifras como argumento duro. Lo mismo ocurre con las protestas<sup>1693</sup>. Ya vimos que muchos jóvenes sin pertenecer a alguna organización, partido o grupo específicamente conformado, salieron y se sumaron a las

---

<sup>1692</sup> Los talleres de memoria se realizaron en las poblaciones Santa Adriana y José María Caro donde pudimos encontrarnos con adultos mayores que históricamente no habían participado en organizaciones de base —menos en partidos políticos— con anterioridad a sus experiencias organizativas ahora como “tercera edad”.

<sup>1693</sup> **L. BENAVIDES E. MORALES**; “Campamentos y poblaciones de las comunas del gran Santiago. Una síntesis informativa”. *Documento de Trabajo, FLACSO*, núm. 154, Santiago, 1982. Cfr., **G. CAMPERO**; “Organizaciones de pobladores bajo el régimen militar”. *Proposiciones* 14, Santiago, 1987.

protestas de manera masiva y sistemática. Podremos discutir sobre los significados de sus intervenciones, pero no respecto a su presencia de manera más o menos asidua, al espacio público. Es decir, su presencia como actores sociales que forman parte de esta historia.

En ese sentido, debemos contemplar que un número considerable —quizás la gran mayoría de los opositores a Pinochet— participaron sólo parcialmente, apareciendo en esta madeja de información soterrada y casi imperceptiblemente. Son ellos quizás la gran masa que apoyó el retorno de la democracia con gestos y actos simbólicos, tocando circunstancialmente cacerolas en sus casas, apagando las luces en las jornadas de reflexión o dejando una puerta abierta para que los vecinos que participaban activamente pudieran refugiarse de la represión cuando tocaba arrancar de la barricada; colaborando con actividades —como guardar panfletos pero jamás repartirlos, colaborar en la formación de mujeres en talleres artesanales, o como simples asistentes a ciclos de cine, peñas, y actividades organizadas entorno a la parroquia. Ellos —y ellas— son quizás las que efectivamente convirtieron la protesta contra la dictadura en un grito multitudinario. Personas que la convirtieron en un peligro para el régimen al hacer masivo el descontento; a ellos, por ejemplo, apuntó directamente la estrategia del baleo.

Ahora bien, mucho más complejo resulta identificar el sentido de sus prácticas. Al aparecer de manera soslayada, fragmentada y esporádica en los registros, se hace complejo reflexionar sobre ellos. Los testimonios orales que logramos extraer nos ayudaron a trazar algunas ideas al respecto. Ideas planteadas sólo de manera *indicial* —siguiendo a Ginzburg— a partir de las escasas huellas y fragmentos que nos han dejado para analizar sus comportamientos. También tomamos el contexto histórico general en que se desenvuelven para sugerir algunas posibilidades. En esa línea, insinuamos algunos posibles sentidos, pero nunca considerándolos de manera uniforme; realizar juicios categóricos respecto a cómo representaron ellos su vida en dictadura sería más que aventurado, imprudente. Sobre todo por lo que ya mencionábamos más arriba; no tenemos ninguna garantía que podamos concebir esos silencios con cuerpo de sentido uniforme o unitario. Por eso, concebimos su silencio y retraimiento como una auténtica pieza arqueológica aún difícil de asimilar. Como un resto anacrónico en su manifestación, como lo plantea D. Le Breton, pero que sin duda algo nos está indicando<sup>1694</sup>. Eso sí y a partir de esta mirada, arriesgamos algunas interpretaciones respecto a ellos y las motivaciones que pudieron potencialmente darles sentido a partir, insistimos, de los pequeños pedazos visibles y pesquisables —al menos para estos ojos— de esas historias.

---

<sup>1694</sup> D. LE BRETON; *El Silencio*. Sequitur, Madrid, 2001.



En esa misma línea, en primer lugar, sería errado considerarlos como grupo uniforme. La heterogeneidad es vasta en ese universo de personas que no participó activamente en algún tipo de organización. Debemos pensar que al menos un 35% de la población total de los barrios populares de Santiago, votó por la continuidad del régimen en 1988<sup>1695</sup>. Miedo y afán de seguridad, posiciones ideológicas y conveniencia, pueden dar sentido a esos grupos, que se mantuvieron siempre más bien cerca de las Municipalidades y organismos gubernamentales y lejos de la comunidad movilizada. También, como lo reconocen algunos testimonios, el marcado sectarismo entre las organizaciones de base, empujó a la no participación de los pinochetistas; pero, sobre todo, al retraimiento de las personas que no comparten tantas afinidades con los principios e ideales que impone ser parte de las organizaciones de base<sup>1696</sup>. Esta cuestión debe considerar un aspecto histórico no menor, que tiene relación con el alto grado de conflictividad y enfrentamiento que vive la sociedad chilena previa al golpe de Estado. Si bien esa tensión se institucionalizó en el debate político —ese fracaso fue, en parte, el que facilitó a los golpistas ampliar su base de apoyo— en las poblaciones el grado de tensión y conflictividad fue quizás más potente que el vivido en otros espacios de la ciudad. Esta cuestión marcó decididamente a la sociedad chilena y — como lo propone Stern — ese clima se proyectó en dictadura<sup>1697</sup>. Ya hablamos de las delaciones de vecinos, de las “devueltas de mano” (como el caso en La Pincoya después del golpe), en otras palabras, la crispación se mantuvo viva y facilitó ciertos comportamientos que mantuvieron el enfrentamiento y la disputa entre defensores y opositores a la dictadura.

Por otra parte, debemos considerar las disputas internas que existieron entre los vecinos a partir de los propios intereses que en ocasiones los dividen y ayudan a la fragmentación. Hay un caso emblemático de esto. En la segunda protesta nacional, la de junio de 1983, un vecino del Campamento Los Troncos (contigua a Santa Adriana) resultó fuertemente apaleado e identificado por personal de Carabineros. Pues como éste iba a ser trasladado a un sector nuevo con casas para todos, los vecinos del Campamento decidieron no participar de la tercera y cuarta protesta, fundamentalmente por temor a las represalias del Estado de dejarlos sin casa. En ese contexto, algunos los vecinos de Santa Adriana fueron a amenazarlos con la promesa de que si no se manifestaban les quemarían sus casas, como

---

<sup>1695</sup> En los distritos correspondientes a Santa Adriana y La Pincoya el resultado del plebiscito fue el siguiente: Distrito 24 (La Cisterna, El Bosque SI, 40,1% NO 57,6%; Distrito (La Pincoya) SI 34.9% NO 64.2%. Fuente INE.

<sup>1696</sup> Una mirada muy condescendiente con el régimen encontramos en Santa Adriana en Victorina Concha. Entrevista personal realizada por el autor 9-6-2014. Desde una dimensión menos cercana al régimen aunque con diferencias en principios e ideales a los grupos de base organizados, encontramos a don Ángel M. y doña María Figueroa. Él, por un lado siente que es impugnado por sus ideas cuando se acerca a las actividades parroquiales. María, en tanto, no sintió especial interés por sumarse a las actividades por cierto sesgo, aunque en la parroquia se integra a algunas relacionadas con temas pastorales. Entrevista realizada por el autor a Ángel M, 14-05-2014, y a María Figueroa, el 15-06-2014.

<sup>1697</sup> S. STERN; *Recordando el Chile de Pinochet. Libro 1...* Op. cit., pp. 92-93.

denuncian algunos vecinos a la Vicaría, sembrando el temor y la fragmentación entre los pobladores. Estas diferencias fueron ahondadas por Carabineros que, en las noches del 11 y 12 de agosto pasaron apedreando ambas poblaciones desde Ochagavía a objeto de aumentar el enfrentamiento entre ambas<sup>1698</sup>.

En segundo lugar, identificamos un número importante de personas que aunque opositores al régimen, no participa o lo hace solo tangencialmente; tanto en las acciones comunitarias como en las protestas. Entre estos están aquellos que por no tener una cultura política muy desarrollada que los conecte con las prácticas tradicionales que dieron vida a las primeras comunidades de los barrios periféricos de la ciudad no participaron activamente de ellas. La dinámica comunitarista, implica compromiso y un sentido colectivo del quehacer que no se arraiga tan fácilmente, máxime considerando los esfuerzos gubernamentales por reducir y extirpar ese tipo de prácticas. Además, las demandas de los miembros en actividades comunitarias de base, exigen —habitualmente— un compromiso franco con el grupo y, generalmente, no son bienvenidas las actitudes y comportamientos que atenten contra él<sup>1699</sup>. En este sentido, ya fuese por falta de sinergia con las dinámicas que impone el trabajo comunitario territorial de la que son parte, desinterés, por cierta desconexión o por intereses confrontados como vimos en el caso mencionado más arriba, existe un considerable número de personas que estando en contra de la situación política, social y económica en la que están inmersos, no se movilizan ni se suman colectivamente a las actividades de base y/o de resistencia, salvo excepciones coyunturales o mediante gestos particulares. Muchos pudieron llegar más tarde a estos vecindarios no estando en los inicios de la población donde identificamos se generó ese lazo emocional y una práctica organizativa más o menos específica que marcó profundamente a los primeros habitantes de los barrios populares santiaguinos. Si a ello se suman las políticas de desarticulación social, la represión y el miedo que instala la dictadura, y las dificultades que suponen a los actores para “comprometerse con el grupo”, así como sus efectos en las nuevas generaciones que no encuentran la vasta red solidaria existente en el mundo popular urbano anterior al golpe, se hace bastante factible y lógico el retraimiento, creciente el desinterés por lo público, o poca conexión y compromiso con la comunidad (que además, durante los 70’ hace esfuerzos disgregados y marginales para reorganizarse en pos de la sobrevivencia, como vimos). Este perfil de sujetos es el que potencialmente más debió ser influido por los procesos de despolitización y transformación de la sociedad a los que empuja la dictadura

---

<sup>1698</sup> Informe Zona sur, protestas de 12 de junio de 1983, zona sur. CDyAVS, Caja Protestas, carpeta 1983.

<sup>1699</sup> En ocasiones la convicción comunitarista impide aceptar otros modos de elección racional de los sujetos en su accionar y se torna especialmente binario en su concepción de la identidad. Una interesante reflexión al respecto realiza A. SEN; *Identidad y violencia*. Katz editores, Madrid, 2007, pp. 60-65.

militar. En efecto, en muchos casos no tener una tradición familiar en la organización comunitaria, ni una cultura política afín a los partidos de izquierda que ayudaron a conformar un acervo político-cultural que inundó los imaginarios y convicciones de los primeros habitantes de las nuevas poblaciones durante la segunda mitad del siglo XX, ayudó a que rápidamente cayeran en la desconexión impulsada por la dictadura. Entre este fenómeno y el desinterés por participar, hubo un paso propiciado por las distintas políticas culturales de despolitización, privatización e individualización de la vida que estimuló la dictadura que combinó con el clientelismo político. Así, el desinterés, poca conexión y compromiso con la comunidad se convirtió en una práctica cada vez más habitual entre muchos hombres y jóvenes y mujeres.

Un ejemplo lo encontramos en los efectos que provocan entre los sectores populares directamente afectados por los procesos de erradicación. Las políticas de desarticulación social y desarraigo que provocaron las erradicaciones además de segregar a la población tuvieron un segundo efecto para el régimen al desconectar a sus miembros de la comunidad, mediante la fractura de campamentos reubicados fragmentariamente en distintas partes de la ciudad. Los nuevos vecinos se convirtieron en extraños y, por lo tanto, la segmentación como grupo ayudó a reducir la posibilidad de construir una efectiva vida en comunidad más allá de la clásica relación producida en el mercado.

Ahora bien, este grupo de personas que aunque opositores a la dictadura no participa activamente es amplio y heterogéneo. No es lo mismo ser una dueña de casa que un joven, o un trabajador para encontrar motivaciones que inviten a la desconexión y la sujeción al ámbito privado de la vida. En este orden, en primer lugar, debemos entender el contexto de la mujer en la historia de Chile y el alto grado de subordinación al que están aún sometidas; madre, esposas, dueñas de casa, eran las referencias principales de la mujer pobladora. Y si bien venimos señalando de la manifestación de un proceso de liberación durante este periodo, de la aparición de espacios que invitan a descubrirse y liberarse de esas cadenas del sistema patriarcal tradicional<sup>1700</sup>, son recién un primer paso, es decir, que sólo un grupo logra, por circunstancias muchas veces específicas, contingente o/y personales, abrir ese espacio de concientización y liberación. En otras palabras, la tendencia general –reforzada además por la dictadura y su mirada severamente reaccionaria respecto al papel de la mujer

---

<sup>1700</sup> El testimonio de Beatriz ya expuesto más arriba, respecto a ese proceso de liberación y concientización es decidor respecto al cambio radical que representa en la vida de una mujer pobladora esta posibilidad, es un buen retrato no sólo del cambio en el modo de ver el mundo que representa, sino de la situación en la que desempeña la mujer en la sociedad chilena antes de ese proceso de liberación. Entrevista a Beatriz Sepúlveda realizada por el autor, 11-11-2012.

en la sociedad<sup>1701</sup>— siguió siendo que la mujer limitara su radio de acción y participación exclusivamente al ámbito particular y doméstico. Sólo la crisis económica y las urgentes necesidades que representó la cesantía de miles de hombres, creó una ventana de oportunidad para que las mujeres pudiesen filtrarse a la vida pública, para salir y enfrentarse al mundo real. Esa necesidad las empujó, porque muchas no tenían las herramientas o el valor de hacerlo. Pero claro, reiteramos, esta posibilidad fue excepcional.

Asumiendo esta cuestión, debemos entender que muchas mujeres experimentaron este periodo encerradas en sus casas. El miedo, la violencia, el conflicto y por supuesto las ya mencionadas ataduras históricas materializadas en el poder del marido, propician que muchas mujeres vean reducido su margen de acción casi sin posibilidad de participar de lo público. Carmen Salas, recuerda que nunca participó de ninguna actividad. “Ahora mayor nomás. Nunca me preocupé de esto. Sólo me preocupé de trabajar, de ordenar mi casa, de mis hijos, de los maestros de arreglar esto, y lo otro. Yo hacía cemento, yo hacía todo en la casa. Porque mi marido trabajaba pero en la casa era yo lo que hacía así, todo”, señala<sup>1702</sup>. El relato de Carmen se asemeja al de María Figueroa y otras mujeres a las que tuvimos oportunidad de entrevistar con motivo de otro proyecto en barrios cercanos a Santa Adriana. El hogar, la educación de los hijos y la organización de la economía familiar, fueron el universo de acción de estas mujeres pobladoras a las que sus maridos habitualmente les imponían el retraimiento, incluso, de las actividades pastorales de la iglesia. Qué decir del grado de violencia y maltrato que se observa en muchos otros testimonios que subordinan a la mujer a ese ámbito privado y desconectado que es el hogar. La televisión —censurada y férreamente controlada por el régimen— será la gran compañera cotidiana de la rutina diaria de estas mujeres. A ello se sumó la influencia de sus maridos que, además de celosos de las libertades de su esposa, experimenta la despolitización permanente en su lugar de trabajo, transmitiendo esa visión de las cosas a sus hogares. No es difícil, entonces, comprender el alto grado de desinterés y desarraigo por lo político, por lo público que existe en este cuerpo de mujeres.

Pero, ¿y qué pasa con los hombres? Fue en ellos donde más fuerte pegaron las políticas de atomización y despolitización implementadas por la dictadura en el mundo laboral-sindical. En efecto, históricamente los grados de despertar y concientización política en el Chile del siglo XX se produjeron en el trabajo, en el ámbito laboral. Es ahí donde se instruyen un número considerable de hombres, azuzados por los partidos obreristas que

---

<sup>1701</sup> Una buena comparación entre las políticas gubernamentales del régimen sobre la mujer, su aterrizaje municipal así como a través de CEMA Chile y lo que se produce en las organizaciones de base podemos encontrarlo en: T. VALDÉS; *Las mujeres y la dictadura militar*. Documento de discusión núm. 94, FLACSO, Santiago, 1987.

<sup>1702</sup> Testimonio de Carmen Salas en Taller de Memoria histórica realizado por el autor, CASA, 18-06-2014.

buscaban ese despertar de la conciencia política de los trabajadores. Pues bien, ya sabemos que estos años estuvieron marcados por la atomización del sindicalismo y el control férreo de los espacios de conflicto social que tomó forma institucional –hasta el día de hoy— en la reforma laboral de 1979, donde se segmentó completamente la organización sindical. Junto a ello, la despolitización va a ir permeando sostenidamente en la masa trabajadora que debió subordinarse a las nuevas lógicas a fin de conservar el trabajo, habitualmente único sustento asalariado de la familia. Y si bien este escenario algo se modifica con la crisis económica y la aparición de un movimiento social donde los trabajadores adquieren mayor margen de maniobra, este se enfoca en la acción colectiva por la democracia, descuidando la formación y concientización de los trabajadores que progresivamente se van conformando en una creciente masa silente, desperdigada y despolitizada.

También debemos considerar que existieron grupos considerables de familias que no participaron sencillamente por miedo. Se abstuvieron de participar abiertamente en cualquier cosa por temor a las represalias del régimen. Entre estos caben incluso militantes de partidos de la UP, que ante el trauma y el horror sencillamente se ocultan, marginan y desconectan. Las políticas del terror y la desarticulación del régimen toman forma en hombres y mujeres de carne y hueso. En vidas que se ven coartadas, arrancadas de su flujo normal para reinventarse en las nuevas circunstancias, en procesos de asimilación que permiten sobrevivir al horror de la tortura, las vejaciones más inhumanas. Esa capacidad de reinención- debemos recordar— ha sido una capacidad siempre sorprendente de la especie humana y una de las cualidades históricas más características de los sectores populares a lo largo del tiempo.

Por otra parte, podemos identificar que el desarraigo y la rabia de los jóvenes no necesariamente se encausaron en la acción colectiva. Son muchos los que descreídos y perdidos en la rigidez autoritaria de la vida se desconectaron: las drogas pero también la participación anómica tangencialmente en las protestas, fueron un camino habitual. También, como sus madres, se abandonaron a la banalidad de la cultura televisaba y la despolitización impulsada por la dictadura, limitándose a una vida reducida al ámbito privado. Estos sí parecen silencios que por desarraigados que sean, parecen prácticas asimilatorias de un mundo en construcción, que progresivamente –sobre todo luego del arribo de la democracia— se extendieron mayoritariamente por los jóvenes de toda la sociedad.

Hombres, mujeres, jóvenes son un modo de segmentar el análisis. También lo es plantear algunas propuestas respecto a las motivaciones donde el miedo, el creciente desinterés por lo público y lo político, por lo comunitario a partir del despliegue de una

cultura individualista y privatizadora —todo fuertemente castigado por la violencia de la dictadura— y las estrategias de adecuación y asimilación de los nuevos marcos referenciales que la estructura autoritaria imponen, parecen ser la base que podrían constituirse en un punto de partida para futuras investigaciones sobre los sectores populares urbanos en ese tránsito entre dictadura y democracia.

## CONSIDERACIONES FINALES

Las protestas nacionales producidas entre 1983 y 1987, fueron un activo, masivo y poderoso ciclo de acción colectiva —como ha definido S. Tarrow a este tipo de estallidos sociales— que sacudió a Chile completo durante este periodo. La extensión y masificación del descontento, desde los más a los menos comprometidos, explicitaron la intensificación del conflicto entre el Estado autoritario y buena parte de la sociedad que demandó abiertamente el retorno de la democracia. Surgieron coyunturalmente por la debacle que vivió la economía chilena desde 1981, y que, para 1983, contemplaba más de un 30% de desempleo real, hundiendo en la miseria a millones de personas. La crisis, actuó como acelerador —no fue, en ningún caso, su único factor—, pues posibilitó un salto al espacio público de redes organizativas que se habían venido gestando desde hacía años a nivel partidista (políticas) como de base (social), agrupando y visibilizando el profundo malestar de la sociedad chilena. Si la crisis económica derribó el carácter de dogma que había alcanzado el discurso neoliberal, las protestas hicieron lo mismo con la representación de la realidad política y social. La sensación de orden, estabilidad y omnipotencia de la dictadura en la mente de las personas, se derrumbó definitivamente cuando la multitud desenfadada y masivamente salió a decir basta: fuera Pinochet. En efecto, las cacerolas encendieron el espíritu de una ciudadanía oprimida durante diez años por el temor a la brutal violencia del régimen. La masividad y festividad vivida envalentonó a muchos más. El 11 de mayo de 1983 resultó, en ese sentido, una catarsis para la sociedad chilena, que se liberó del yugo mental impuesto, permitiendo la libre expresión de una gran mayoría. Con ellas, se inició un activo y diverso movimiento social para recuperar la democracia.

Los repertorios de acción también resultaron fundamentales para volver masiva la expresión del descontento. La protesta en vez de paro, posibilitó a muchos más expresarse. La contención que representó el lugar, dado su familiaridad —fuese público como una calle o esquina aledaña al hogar, o las propias casas de los manifestantes— posibilitaron que efectivamente la gran mayoría de aquellos que estaban hartos de la situación, se plegaran al llamado de los trabajadores del cobre tocando cacerolas, bocinas, pitos, marchando y cantando. La explosión masiva, ruidosa y festiva como la caracteriza T. Moulian, transformó la subjetividad de las personas definitivamente. Poder gritar y desafiar a la

dictadura era posible. De ahí en más el grueso de la sociedad chilena inició, no sin dificultades, un camino que no paró hasta el triunfo de Patricio Aylwin en 1989.

Ahora bien, las protestas nacionales no fueron capaces de derrocar a la dictadura cívico militar encabezada por el general Pinochet. Sin embargo sí transformaron para siempre el escenario sociopolítico autoritario. Sobre todo porque la expresión ciudadana puso de manifiesto el hartazgo de una mayoría con las condiciones sociales, políticas y económicas, pese a la violencia brutal que aplicó el régimen para dividir, amedrentar y desmovilizar a la ciudadanía. Las protestas, por lo tanto, empoderaron a la oposición a la dictadura, consolidando su emergencia en el ámbito público y legitimando su representación de la realidad; con la voz de millones, pese a la censura, represión y la prohibición del régimen, la oposición se validaba frente al poder. La protesta, entonces, permitió legitimar a la oposición, creando una arena política de facto que derivó en la reemergencia y consolidación de los partidos políticos opositores en el espacio público. Y el régimen no pudo hacer nada para evitarlo. Tras ese 11 de mayo, como me lo señaló una pobladora de Santa Adriana, era posible derribar a la dictadura. Además, sentó las bases para que una diversa, masiva y poderosa multitud se movilizara activamente por el retorno a la democracia. Este es quizás el legado más valioso desde el punto de vista político de lo que representaron las protestas: igualó a líderes, partidos, organizaciones de base, pobladores, militantes y simples personas sin afiliación particular, permitiendo en esa diversa y activa multitud, construir un movimiento social plural por la democracia plural, que plantó cara a un régimen terrorista que no dudó en emplear la violencia de las maneras más brutales y descarnadas a objeto de acallar y someter a la población y garantizar su poder legado.

Ahora bien, las protestas no alcanzaron su objetivo de, a través de la acción colectiva, derrocar a Pinochet. Y esto ocurrió por varios motivos. El primero, por la combinación acertada de la dictadura en su estrategia; zanahoria y garrote lo denominaron los periodistas opositores de la época. Dialogar y prometer —por una parte— avances y moderación, de manera de acercar a los sectores más moderados de la oposición relacionados con la Democracia Cristiana, siempre renuente a algún pacto con los comunistas. Esto profundizó las discrepancias y divisiones al interior de la oposición. Al menos en las cúpulas partidistas, impidiendo aglutinar en un solo proyecto al amplio espectro de la oposición. De la mano a esta estrategia, por otra parte, se aplicó una violencia feroz, expresada en asesinatos políticos espeluznantes —como el de Tucapel Jiménez en 1982, o los profesionales comunistas, en 1985— y, a su vez, en la ejecución “democrática” del terror; la estrategia del baleo estableció que cualquiera —incluso al interior de su propia casa— podía caer muerto allí donde se produjeran manifestaciones contra el régimen.



La estrategia surtió efectos. Por una parte logró incentivar el clima de violencia que inició una espiral sin retorno, insuflado, además, por un sector de la oposición y la ciudadanía, agotada del inmisericorde y humillante trato del régimen: era legítimo combatir con la violencia el terror de una dictadura. Pese a que efectivamente fue legítimo desde un punto de vista ético, fue una pésima decisión estratégica; de acuerdo a las condiciones específicas desplegadas en el país —con unas FF.AA ordenadas bajo el dictador, una oposición frágil estratégica y militarmente hablando y con un clima internacional proclive a la pacificación y los consensos y no a la intensificación de los conflictos— la violencia solo benefició al régimen. En efecto, la intensificación de ésta paulatinamente desmovilizó a los sectores medios de la sociedad chilena así como a los menos comprometidos con la organización política y social. Éstos, que originalmente habían participado de las primeras protestas, se fueron marginando, a medida que la violencia —principal pero no exclusivamente desplegada por la dictadura— aumentaba, agravando mortalmente el costo de participar. Así, en síntesis, la estrategia del régimen fue efectiva por cuanto logró fraccionar a una heterogénea oposición que —en sus dirigencias— resultó incapaz de reproducir lo que ocurría en las bases donde el trabajo mancomunado subordinó a las diferencias ideológicas. Como sugiere Riquelme, en esa dirección, esta incapacidad de trazar un camino conjunto vertebrado entre la movilización social y la vía pacífica —descartando la negociación con el régimen así como la violencia—, impidieron la unidad y posibilitaron la reorganización del régimen, que condujo la contingencia con mano de hierro hasta el plebiscito sucesorio de 1988.

El punto de quiebre de esta posibilidad de unión y éxito, sin embargo, se había acabado mucho antes, en 1986, con el atentado a Pinochet. El frustrado ajusticiamiento perpetrado por el FPMR, marcó la debacle definitiva de la movilización social como estrategia participativa y transversal de presión al régimen. Contrariamente a lo establecido por la dirigencia comunista —y opositora en general—, 1986 resultó un “año decisivo”, pero en el sentido completamente opuesto al imaginado; en vez de consolidar el debilitamiento del régimen, se ratificaba su voluntad y disposición para seguir su ruta trazada. Sin concesiones. Pero, además, resultó decisivo porque la oposición —y con ella el movimiento social— terminó definitivamente por fracturarse. Si por un lado la oposición agrupada en AD, experimentó un giro conservador que puso en una posición dominante a las posturas más moderadas respecto a la democracia, consolidando la vía electoral en detrimento de la movimental, por otro, los partidos del MDP comenzaron a fracturarse de manera definitiva, fruto de las intestinas luchas en torno a la violencia como estrategia efectiva de derrocar al régimen. Por eso, al menos en esta investigación y pese a que las movilizaciones,

concentraciones, marchas y protestas se siguieron produciendo con posterioridad al atentado a Pinochet —sobre todo en las poblaciones de Santiago— situamos esa fecha como el fin de un ciclo que había puesto, no sin dificultades, a la acción colectiva de la multitud opositora en el centro de la lucha por la democracia.

Lo que vino después de 1986, fue un cambio en el escenario político de la oposición que vino a centrarse en el plebiscito de 1988 como único y exclusivo camino para derrotar a Pinochet (mientras —reiteramos— los partidos que habían legitimado la violencia se fragmentaban en disputas internas que los llevaron prácticamente a su desaparición)<sup>1703</sup>. Para eso, se diseñó un plan que propendió a la educación y formación de la ciudadanía —con un fuerte énfasis en los sectores populares— así como las iniciativas para que desde el exterior se presionara al régimen para dar garantías reales de la limpieza de los comicios. En este nuevo escenario, la movilización social tenía sólo un papel marginal, secundario. Subordinado a la estrategia partidista de la instalación en las nuevas condiciones normativas que había impuesto la dictadura. Esta subordinación efectiva no implicó, sin embargo, que la protesta popular no mantuviera sus dinámicas propias. Es más, las mantuvo e incluso las incentivó, más allá que se cuadrara y estimulara paralelamente la vía electoral

Respecto a la situación política posterior a 1986, algunos autores han caracterizado el proceso de instalación como una profunda traición al movimiento. El abandono de la vía movimental y la instalación en el orden autoritario para construir una democracia parcial, elitista y con poderosos enclaves autoritarios —algunos vigentes hasta el día de hoy—, ha conducido a muchos a considerar que en esta decisión, y las que siguieron después del triunfo del NO, en 1988, existió una especie de renegación y traición de lo que había hecho posible efectivamente construir una masiva y poderosa movilización contra la dictadura: la posibilidad de participación activa de amplios sectores de la sociedad chilena. Nosotros nos oponemos a esta interpretación. Al menos relativizamos el concepto, más allá que efectivamente consideremos que existió un abandono a las organizaciones de base. A nuestro entender existen dos cuestiones que nos parecen al menos relevantes de considerar. En primer lugar, los márgenes de acción dispuestos por la dictadura fueron escasos. Si consideramos que de haber podido, Pinochet y parte importante de su gobierno habrían desconocido el triunfo del NO, o las amenazas soterradas y explícitas que el dictador realizó desde la Comandancia en Jefe del Ejército una vez asumido el primer gobierno electo democráticamente, podemos tener algunas referencias de las dificultades en que se llevó

---

<sup>1703</sup> Con esto no queremos minusvalorar el efecto que la represión sistemática de los organismos de inteligencia tuvieron en la crisis de estos grupos. Efectivamente la persecución de la CNI fue el principal factor externo para sus crisis. Sin embargo, esto se vio exacerbado por las luchas sin cuartel y los permanentes desmembramientos que tanto el MIR como el FPMR viven a partir de 1987.

adelante la transición —con el dictador sentado en el edificio frente a La Moneda— con la posibilidad siempre latente de un retorno autoritario. Los diecisiete años de horror no habían pasado en vano. El miedo a Pinochet y a la derecha, expresado en un potencial retroceso democrático, no era descabellado. Más que por la efectiva posibilidad de ello, por la presencia viva y poderosa del miedo en los imaginarios de la oposición: la radicalidad del terror infringido por el régimen durante esos diecisiete años marcó definitivamente todo; el miedo seguía presente y vivo en la memoria de todos y todas. Y entonces, no era exagerado o cobarde tener presente aquel recelo a Pinochet. Por tanto, resulta lógico que se realizaran todos los esfuerzos posibles para evitarlo. Aunque en ello se sacrificara parte de aquello por lo que tanto se había luchado.

Pero, además, parece pertinente añadir un segundo factor que sólo se hizo evidente con el correr de los años de postdictadura. No consideramos que se haya producido una efectiva traición porque, en lo sustancial, los grupos que idearon esta estrategia de transición y la llevaron a cabo desde 1986 y durante los primeros gobiernos de la concertación, manifestaron desde al menos 1984, como plantea R. Otano, que la vía moderada —aceptando las condiciones autoritarias del régimen— era el único camino posible para alcanzar una democracia estable y duradera. Es decir, que el camino que se dio, era más que aceptable. Pero esta mirada no sólo implicaba reconocer las condiciones normativas que había impuesto la dictadura a través de la Constitución de 1980, sino, además, incorporar una visión extremadamente consensuada respecto a lo que había llevado al quiebre de la democracia en 1973. En otras palabras, que la violencia, el desborde social y el empoderamiento de los sectores populares así como de la izquierda, habían fracturado la institucionalidad que había regido al país por casi cincuenta años.

Qué queremos decir con esto. Que aquellos que pensaron la instalación, la idearon como estrategia política, cierto. Pero, al mismo tiempo, que tenían una representación extremadamente conservadora de la democracia fruto del trauma experimentado durante los años de la Unidad Popular. La participación masiva degeneraba en caos y desborde como se había venido manifestando desde los años 60' con su punto más álgido en el gobierno de Salvador Allende. Entonces, esta representación del pasado no podía aceptar ni concebir que el nuevo sistema democrático se construyera de manera plural y participativa, incluyendo efectivamente a todas y todos, menos a organizaciones populares refractarias que venían desarrollando un camino autónomo, contracultural y muy sustentado en visiones y prácticas de “aquella” democracia. Era inviable. No sólo porque daba pie para un retroceso autoritario por parte de las fuerzas pinochetistas, sino porque ellos, los ideólogos de esta estrategia, no compartían esa visión de la democracia, dada la ineficacia, desorden y

desborde que implicaba. Y si efectivamente se pretendía consolidar el orden democrático, acabar con cualquier posibilidad de un retorno autoritario y, además, lograr la ansiada reconciliación de los chilenos, resultaba fundamental dar garantías a los poseedores del poder que la gobernabilidad estaba garantizada. Y para asegurarlo, tenía que construirse una democracia desde arriba, jerarquizada y elitista, que tuviera pocos y controlados espacios de participación además de las elecciones (sin mencionar, por supuesto, las garantías al orden normativo del régimen —la constitución— así como a la doctrina económica neoliberal). Entre esa máxima y la necesidad de desmovilizar, fraccionar y dejar marchitar la activa y creativa vida social —y parcialmente política— que se había venido reproduciendo en la sociedad chilena, especialmente en las poblaciones y barrios populares del país, había solo un paso. Por lo tanto, no hubo traición, pues jamás pensaron así aquellos que finalmente se impusieron en el liderazgo de la oposición. Más bien existió el triunfo de las representaciones más conservadoras de la oposición al régimen respecto al pasado, a la sociedad chilena y lo que debía ser la democracia.

Ahora bien, la protesta presentó una doble dinámica que combinó fuerzas y almas distintas. Pese a la subordinación de los actores sociales movilizados a la dirección partidista que se concentró en la vía electoral, la acción y organización de los sectores populares se mantuvo activa y confrontacional con el régimen. Protestas, marchas, huelgas y movilizaciones organizadas, adquirirían vida propia en cada barrio, superando con creces cualquier llamado de las cúpulas. Tal como ocurrió desde el primer día. Por eso superó expectativas, desbordó el imaginario opositor e incluso al régimen. Es decir, la protesta tuvo vida propia. No tanto como artefacto político y de presión —que lo fue ciertamente—, sino como expresión auténtica de un pueblo. Ante la falta de canales de expresión y participación, ése era un mecanismo válido. No el ideal —el miedo y los riesgos estarán siempre presentes— pero al menos una posibilidad cierta de expresión, de acción, de participación. Y ello se manifestó en la creciente organización ciudadana a nivel poblacional, que junto a las protestas en sí, creó una red de organizaciones locales e interpoblacionales destinadas al trabajo social y político por la democracia. Ejemplos de estas dos caras y su combinación se pudo observar en reiteradas ocasiones; las jornadas por la vida (1984 y 1985), en el paro del 2 y 3 de julio de 1986 o la visita del Papa Juan Pablo II al país en 1987, por mencionar algunos ejemplos concretos, evidencian el fenómeno, donde la las masas movilizadas superaban las directrices básicas de la organización partidista. Sólo así es posible comprender que con posterioridad a 1986, por una parte, se incentivó la concientización y educación cívica para preparar al pueblo para la vía electoral y, en paralelo y autónomamente, se siguió marchando y combatiendo por distintas formas a las

fuerzas represivas del régimen. Santa Adriana y La Pincoya también respondieron a este patrón. Tanto como espacio que se subordinó en lo general a las directrices partidistas, como a la dinámica propia que alcanzaban en la acción.

De este modo y como conclusión para el proceso de las protestas populares experimentado entre 1983 y 1986, podemos sostener que alcanzó una doble dimensión: sirvió como un potente artefacto político de movilización y participación social y política contra la dictadura a través de la lucha callejera y la organización política en la base que levantó y potenció el discurso por la democracia, y, al mismo tiempo, representó el sentir de ciudadanas y ciudadanos, sobre todo de los sectores populares, respecto a sus percepciones y representaciones de lo que les tocaba vivir, lo que anhelaban y exigían a la democracia. La protesta fue, de otro modo, la voz de un pueblo —de los sectores populares organizados en las poblaciones de Santiago, sobre todo— amordazados por el fusil, el miedo y la normativización implementada durante diecisiete años de la dictadura.

La voz de un pueblo, efectivamente. Y como toda producción que se prodiga de ser representativa de algo, la polifonía fue una condición natural a ella. También su diversidad de sentidos: la protesta, es importante resaltar, no tuvo un carácter unívoco. Fue más bien la conjunción de muchos sentidos —muchas veces antagonistas, incluso— pero que, a nivel general, convergieron en esta expresión. Por lo tanto, atribuirle uno sólo sería simplificar en demasía el análisis. Al respecto, existe un acuerdo generalizado que la máxima virtud de la protesta fue su enorme heterogeneidad. También fue su mayor problema. Ahora bien, visto desde esta óptica el tema y considerando los límites de la oposición partidista para aglutinar al conjunto de los opositores en una sola alternativa política —no así en un solo movimiento, cuestión que se produjo de manera más o menos espontánea por el sentido común de los ciudadanos para unirse en torno a la idea de democracia— nos interrogamos sobre los perfiles y características de los actores que dieron vida a este movimiento. Asumiendo todo lo anterior, observamos que bajo el amplio paraguas que significó la lucha por la democracia, se ordenaron distintas representaciones de la sociedad. Esto es, no todos los actores sociales y políticos que participaron de las protestas estaban hablando de lo mismo cuando hablaban de democracia. Hubo diversidad de sentidos respecto a su realidad específica en ese periodo, el tiempo de las protestas nacionales. Pero también —y como bien lo conceptualiza B. Subercaseaux con su noción de “escenificación del tiempo histórico”— a la trama que conformó pasado, presente y futuro de los sujetos en cuestión, dándoles un sentido específico a sus experiencias y prácticas en el tiempo. Es decir, haciéndolas inteligibles para ellos mismos. También cabe rescatar aquí lo planteado por S. Stern respecto a los procesos de construcción de sentidos a partir de la conexión que hombre y

mujeres realizaron de sus experiencias individuales con tramas y representaciones colectivas —la “memoria emblemática”, como la denomina— de modo de adecuar esas experiencias personales a memorias compartidas por grupos de la sociedad.

En suma, existieron distintos modos de interpretar el presente, aquel tiempo de la protesta y la movilización social pero también las representaciones de lo que habían sido esos diez años de dictadura. Igualmente existían notorias divergencias respecto a los valores, principios y, a fin de cuentas, del contenido que le otorgaban a la democracia como concepto marco, proyectual, que constituía un futuro a construir. Como ya señalamos, unas se impusieron por sobre otras, homogeneizando en un relato, un discurso y una representación más o menos determinada, la pluralidad que había caracterizado al proceso de lucha por la democracia.

Puestos en este escenario, esta investigación encontró ciertos vacíos respecto a las representaciones populares de lo que había sido la lucha por la democracia. Quizás en ese afán de hegemonizar las formas de interpretar y representar un pasado tan difícil y traumático para el país, quizás en el mero afán de imponer las visiones propias, otras representaciones y experiencias, quedaron subordinadas, relegadas e incluso olvidadas de cara a fortalecer la coherencia de este metarelato de la transición a la democracia impuesto desde el poder de la postdictadura. De esta forma, si bien sabíamos qué había pasado durante este periodo, quedaba aún por desentrañar cómo lo habían entendido sus máximos y principales actores: los grupos y sujetos organizados en las poblaciones de la capital. Qué significado tuvo su lucha contra la dictadura, qué entendían por democracia y cómo habían interpretado los últimos diez años de historia. En otras palabras, cómo habían trazado una conexión temporal entre pasado, presente y futuro que daba sentido a sus existencias durante ese periodo tan convulso en la historia de Chile y que los había situado como protagonistas del mayor desafío a una dictadura terrorista y revolucionaria.

Centrados en dos poblaciones específicas de la capital, lo primero que descubrimos fue que, tal como señaló Morales y Benavides, alrededor de un tercio del total de los habitantes de las poblaciones habían participado activamente en alguna organización de base, movimiento, o partido durante el periodo. No es poco y como grupo organizado es un número considerable. Pero eran minoría. ¿Qué pasó con los otros dos tercios? ¿Y aquellos que sólo se sumaron a las protestas desde sus casas? ¿Cómo definir su compromiso y sus comportamientos? Muchos por miedo, desinterés o porque sencillamente apoyaban al régimen, no participaron activamente de estos grupos o movimientos. Un tercio, de hecho, claramente tenía sus simpatías puestas en el régimen. Así lo demostró el plebiscito de 1988. Pero fue ese tercio restante —que no era nuestro objetivo principal— el que cuesta

desentrañar. Quizás ni siquiera debiera considerarse como un grupo en sí ante su potencial falta de coherencia como tal.

Debemos contemplar que un número considerable —quizás la gran mayoría de los opositores a Pinochet— participaron sólo tangencialmente de las protestas, apareciendo en esta madeja de información a la que tuvimos acceso, de manera soterrada y casi imperceptible. No lo hicieron de manera permanente al menos, pesquizable o registrable. En esa línea, es difícil atribuir un sentido específico a sus prácticas. Al aparecer de manera tangencial y esporádica en los registros, se hace difícil reflexionar sobre ellos. Sin embargo, los testimonios orales nos ayudaron a trazar algunas ideas al respecto. Ideas que planteamos sólo de manera *indicial* —cabe aclarar— a partir de las escasas huellas que nos han dejado para analizar sus comportamientos. En esa línea, sugerimos algunos posibles sentidos, pero nunca considerándolos de manera uniforme, menos para ser concluyentes. Son quizás propuestas interpretativas enfocadas en sus silencios y las motivaciones que, creemos, les dieron sentido, a partir de los pequeños pedazos visibles y pesquisables —al menos para estos ojos— de esas historias.

En ese tercio que no participaba activamente pero que fue contrario al régimen, hay algunos que se restan sencillamente por miedo. Se abstuvieron de hacerlo abiertamente en cualquier cosa por temor a las represalias del régimen. A la represión física, ciertamente, pero también a perder el trabajo, a quedar marcado por otros vecinos afines al régimen, la propia policía o la Municipalidad. Perder el trabajo conformar listas negras representaba un riesgo que muchas familias —y fundamentalmente los hombres principales responsables de proveer económicamente el hogar— no podían permitirse en un contexto económico crítico como es el que vive el grueso de los sectores populares del país durante esos 17 años. Este fenómeno ocurrió usualmente en familias menos politizadas o sin un gran historial organizativo. Aunque también las hubo aquellas con una historia organizacional o partidaria, pero que el trauma del golpe y la violencia que le siguió, los desmovilizó de manera permanente. Su retraimiento dio paso al desinterés de la democracia. Don Pedro, entrevistado en Santa Adriana es un ejemplo manifiesto de ello. Socialista y exonerado político, prefiere desvincularse de ese pasado para poder hacerse cargo de su casa. Como don Pedro hubo miles.

Otros, en tanto, adhirieron a las protestas populares pero sólo lo hicieron participando circunstancialmente a través de simbólicos gestos que daban cuenta que su silencio tenía, por sobre todo, el sentido de la cautela y el temor ante una dictadura inmisericorde. Entre estos sujetos caben incluso militantes de partidos de la UP, que ante el trauma y el horror experimentado después de 1973, sencillamente se ocultaron, marginaron y desconectaron de

todo tipo de acción política. Las políticas del terror y la desarticulación del régimen tomaron forma en hombres y mujeres de carne y hueso. En vidas que se ven coartadas, arrancadas de su flujo normal para reinventarse en las nuevas circunstancias. Y si algunos hijos de torturados recogieron esa rabia e impotencia como motor para la acción, otros sencillamente se paralizaron y se desconectaron para seguir viviendo. Imposible no pensar en P. Levi o J. Semprún y las distintas estrategias para soportar y sobrevivir al horror de los campos de concentración nazi. Esa capacidad de adaptación, —debemos recordar— ha sido una de las cualidades históricas más características de los sectores populares a lo largo del tiempo, sometidos a crueles experiencias y circunstancias; pese a todo su carácter resiliente, les permitió seguir adelante, luchando por su sobrevivencia.

Hubo otros que al carecer de un fondo doctrinario y práctico ligado a la comunidad, rápidamente cayeron en el saco de la desarticulación y desconexión societaria implementada con violencia —física y simbólica— por la dictadura. Muchos pobladores no establecieron vínculos con la comunidad de la que eran parte y, en muchos casos, no tener una tradición familiar en la organización comunitaria, ni una cultura política afín a los partidos de izquierda que ayudaron a conformar un acervo político-cultural colectivo (como aquellos que caracterizaron a los imaginarios de los primeros habitantes de las poblaciones durante la segunda mitad del siglo XX), ayudó a su retraimiento de lo social, lo público y lo comunitario. Entre este fenómeno y el desinterés por participar, hubo un solo paso, propiciado por las distintas políticas culturales de despolitización, privatización e individualización de la vida, impulsadas por el estado autoritario. Así, el desinterés, la poca conexión y compromiso con la comunidad se convirtió en una práctica cada vez más habitual entre muchos hombres, jóvenes y, en menor medida de mujeres.

Finalmente, hubo otros que en el afán de sobrevivir a las duras condiciones que imperan en esos tiempos, y no poseer una tradición comunitaria fuerte, deciden asimilar parte de la doctrina del régimen y comenzar a desempeñarse bajo los nuevos marcos, intentando maximizar los esfuerzos de cara a una mejor situación económica. La asimilación de los nuevos valores —de mercado, fundamentalmente— y la adaptación a la nueva realidad los alejó de cualquier tipo de participación en las organizaciones poblacionales, fuertemente estigmatizadas como espacios políticos opositores de acción, más allá de las cercanías políticas que pudieran tener con estos grupos o la oposición. Sus diferencias iban más allá, a una dimensión cultural de la vida en sociedad.

Aclaradas estas cuestiones más bien cuantitativas, corresponde centrar nuestro análisis en los grupos organizados en la base de estas poblaciones. Sujetos que participaron activa y sostenidamente en la protesta y el movimiento social por la democracia. Éstos presentaron



varias características que mantienen los patrones y líneas de lo ocurrido en otros barrios de la capital. Son raras las excepciones o singularidades; siempre más bien son matices, énfasis más o menos desarrollados, pero, en lo general, los comportamientos y trayectorias de los habitantes organizados de estas dos poblaciones de Santiago, respondieron –grosso modo— a lo acaecido en las restantes poblaciones de la capital. Por lo tanto, las situaciones en ambos barrios se asemejaron bastante durante las protestas.

Quizá un matiz antes de entrar en las generalizaciones, podríamos expresarlo en La Pincoya donde el fenómeno contestatario alcanzó mayores grados de sistematicidad y violencia insuflado tanto por la relevancia del PC en los pobladores (con una activa presencia en la articulación de las Milicias Rodriguistas y el FPMR), como por los jóvenes *enrabiados* en una de las poblaciones más pobres de la capital. Sus acciones, desarraigadas de lo comunitario – pese a conformar temporalmente en la barricada un sentido de pertenencia con los demás— de algún modo masificaron las expresiones violentas de protesta y la confrontación con las fuerzas represivas. Pero pese a las noticias que nos llegan en esa dirección, sería forzado y excesivo ponerlo como una diferencia. Más bien fue lo acaecido en una gran mayoría de poblaciones, donde el hartazgo juvenil por las nulas posibilidades, se sumaron a la rabia contenida de mujeres y hombres por la lamentable situación económica y social en la que están insertos.

Otra especificidad la encontramos en las marchas de mujeres de Santa Adriana, realizadas a plena luz del día, con los carabineros muchas veces presentes. Nuevamente, nada que escapara a las tendencias generales que se dieron en los barrios más combativos de Santiago; el matiz es que en Santa Adriana, las mujeres lo instauraron como un sello propio. De ellas. Para plantarle cara—de manera pacífica— al régimen y sus representantes, pero a su vez para distinguirse de los jóvenes y las otras formas de acción más relacionadas con la violencia. Las mujeres organizadas en Santa Adriana, establecieron las marchas como algo más que una práctica habitual, como un ritual. Sabemos que las marchas por la paz fueron una acción características de las mujeres chilenas; también que muchas otras mujeres lo hicieron en sus poblaciones, aunque desconocemos si lo hicieron con la sistematicidad y el carácter de las mujeres adrianinas.

En este despliegue creativo y expresivo que representó la protesta, el territorio constituyó un elemento fundamental para comprender la expansión de las organizaciones de base y los actores sociales en el espacio público. La población fue el lugar antropológico en que los actores sociales conectan y materializan sus creencias, prácticas y sentidos de pertenencia. La cotidianidad del barrio permitió –primero tímidamente, después con mayor propiedad— ir reconstruyendo el tejido social violentamente fracturado por el golpe de

Estado y la represión. La historia y la contingencia desempeñaron, cada cual a su modo, un papel relevante en este proceso. Por una parte, la contingencia empujó a la reorganización de manera abrupta y desesperada. Casi espontánea en muchos casos. La urgente necesidad de subsistir y el hambre por el sistemático empobrecimiento que la reestructuración económica del régimen provocó, volcó a las personas a la organización, intentando paliar de esa forma la urgente situación. Solas eran incapaces de sobrevivir, encontrando en la colaboración y el trabajo conjunto una oportunidad para subsistir. Esta coyuntura sirvió para soslayar el miedo inmovilizador que la represión ejercía sobre la mente de las personas y posibilitar la lenta pero sistemática reactivación. Lo más interesante, en todo caso, fue que más allá del “éxito” específico en la satisfacción de las necesidades, lograron otra cosa; reconstruir comunidad. La parroquia con sus comedores populares fue quizás la primera semilla que convocó y aglutinó a los vecinos que lentamente comenzaron a reunirse, y reconstituir su comunidad. Curas, monjas y hermanas, jugaron un papel fundamental en este proceso y su evolución, cuestión que se desarrolló de manera casi idéntica en ambos barrios analizados. La parroquia, en definitiva, se constituyó en un auténtico ágora que convocó contuvo y posibilitó el reencuentro ciudadano.

Por su parte, la historia también desempeñó un importante papel en la decisión de estos actores sociales. La experiencia conjunta de aquellos que formaron y dieron vida a estos barrios periféricos de Santiago, sirvió de campo fértil para la reorganización; esa historia común de muchos vecinos y vecinas de la comunidad, posibilitó que ese reencuentro, esa reconstitución de redes fuera en base a valores y experiencias compartidas que ya se habían venido desarrollando durante el periodo inmediatamente anterior al golpe de Estado y que situaban al imaginario democrático sustentado en la comunidad, la organización y la solidaridad. En efecto, el trabajo comprometido y solidario, el perfil pluralista y democrático así como el carácter popular y comunitario de estas iniciativas, trazaron en esas prácticas una especie de proyecto. Un proyecto de vida en comunidad, en definitiva, de sociedad. Una aspiración a desarrollar un plan alternativo y antagónico al que desde el poder del Estado se estaba imponiendo. En ese sentido, la reorganización de las bases en comunidades (fuesen estas territoriales, económicas, políticas, de género o culturales), con un centro común, la parroquia, experimentó una lenta y disruptiva trayectoria, pero con una interesante y rica evolución; la colaboración de los partidos, organizaciones opositoras y las iglesias cristianas, fueron cruciales para ir complejizando cualitativamente estos espacios, otorgándoles mayor autonomía y consistencia en tiempo y contenido, repolitizando el amplio espectro de influencias que alcanzaban estas entidades y sus miembros. Este fenómeno resultó fundamental para la protesta, ya que se convirtió en la base desde donde

se logró proyectar, desde el ámbito local, un espíritu y una cultura contestataria a los valores y principios del régimen. Tanto la solidaridad como la democracia, sustentados en la relevancia de la comunidad y el trabajo conjunto, se mezclaron con la pasión rebelde y resistente, siendo el soporte básico de sus prácticas que con su sola existencia cuestionaron el orden establecido.

En este escenario de inexorable confrontación, los años 80' presenciaron la emergencia de nuevos referentes sociales como representantes emblemáticos de este fenómeno sociocultural. En él, mujeres y jóvenes se situaron en el centro de la vida social y política de la población. Esto quedó manifiesto también en Santa Adriana y La Pincoya, donde desempeñaron un papel protagónico en la vida organizativa de sus barrios. Quizá en esta emergencia también radique parte del carácter emancipatorio y revolucionario —de acuerdo al contexto en que se despliegan— que evidencian estas prácticas y sus actores. No solo porque mujeres y jóvenes pasaron a constituirse en símbolo visible de la resistencia en el barrio, sino porque representaban una resistencia cultural profunda que trascendía el orden y contexto autoritario. Su reminiscencia por la democracia anterior al golpe, evidenciaba de algún modo el perfil de sus sueños, anhelos y reivindicaciones, y el modo en que desde esos imaginarios democráticos representaron su situación en el entramado autoritario.

Las mujeres *pincoyanas* y *adrianinas*, experimentaron un proceso de liberación progresivo, a medida que salieron a organizarse en la comunidad. El trabajo conjunto y las condiciones extremas en que debieron desenvolverse, fraguaron espacios de confianza, familiaridad y fraternidad que generaron vínculos poderosos entre sus miembros. Además, la influencia de académicas y profesionales de organizaciones y fundaciones vinculadas a la iglesia y la oposición, despertaron en ellas un sentido profundo de emancipación a las atávicas cadenas que impedían su desarrollo como personas. Como mujeres. A las habituales actividades de subsistencia que se habían venido desarrollando desde la segunda mitad de los 70', le siguieron cursos de capacitación, talleres de reflexión, espacios íntimos de comunicación, compartiendo experiencias con otras vecinas que sirvieron de base para este proceso de concientización, politización y liberación, adquiriendo cada vez más fuerzas y ansias de participar, actuar y movilizarse en la sociedad. El empoderamiento de las mujeres pobladoras fue progresivo; primero fue el hogar, más tarde sus organizaciones, proyectando incluso su liberación al país, al momento del estallido de las protestas. Ahí también radica el compromiso tan íntimo de estas mujeres con el ideal democrático y su lucha contra el autoritarismo. En efecto, cuando comienzan las protestas en 1983 y se estructura el movimiento social por la democracia, las mujeres coparon el espacio público y combatieron en primera fila contra la cultura de violencia del régimen; sus convicciones

eran completamente antagónicas: sus prácticas evidenciaron un compromiso irrestricto con la comunidad, la no violencia y la democracia. Su énfasis solidario, pacífico y democrático, sin dudas que erigieron a estas mujeres en auténticos referentes éticos de su comunidad. En ese sentido y más allá de las factibilidades, éxitos y posibilidades, estas mujeres, en su esfuerzo y compromiso cotidiano, materializaron un proyecto alternativo, inclusivo, auténticamente democrático de lo que debía ser la vida en comunidad.

Por su parte, los jóvenes pobladores fueron promotores y referentes de una cultura contestataria y de “barricada”, fundamentalmente sustentada en la acción. Cansados, aburridos y violentados por la exclusión, estigmatización, normativización y falta de oportunidades en un mundo de pobreza y represión, establecieron distintos modos de plasmar su hartazgo y malestar, de acuerdo a los modos en que representaron su realidad. En esa línea, algunos jóvenes que participaron de las protestas populares, lo hicieron desde la rabia y el sinsentido. Desde la anomia, como lo denominan algunos, para referirse a esa acción de ira incontinida, expresada en la violencia contra todo aquello que representase el orden y la autoridad. Sus acciones denotaron furia e impotencia hacia una estructura que no les dejaba ser ni proyectarse. Quizás, en sus actos juveniles de rabia contenida se vislumbra un anhelo ciego –básico y difuso, sin dudas, pero anhelo al fin— por un mundo distinto que no es. Pero tampoco se proyecta mucho más allá. Su compromiso resultaba algo narciso y su proyección solo escala en violencia que, durante el proceso movimiental, adquiere una mayor connotación social en detrimento de lo político. Estos fenómenos, también permiten comprender el modo en que estos sujetos juveniles enfrenten la nueva democracia en los 90’, donde su descontento se convierte en desinterés y resignación.

No ocurre así, en cambio, con los jóvenes que participan en partidos y organizaciones de base y que –igualmente— actúan en las protestas. Su trayectoria y cultura política pese a no ser tan desarrollada como aquella que alcanzan las juventudes que crecen antes del golpe de Estado, logran desplegar un compromiso con proyectos comunitarios alternativos de forma más o menos manifiesta. Desde ahí, buscan rebelarse a las estructuras que la dictadura impone. En este sentido, en sus prácticas y sentidos, se combinan aspectos históricos como las nociones y anhelos comunitarios, revolucionarios y democrático-populares, con aspectos contingentes –que los vuelven hijos de su tiempo— como resulta su compromiso y decisión con la violencia. Si bien es cierto que no todos los jóvenes involucrados en la movilización social y las protestas practican la violencia, su gran mayoría la legitima, dado que solo es una respuesta a la violencia primigenia –física y simbólica— que ejerce el régimen. Los jóvenes, en definitiva, plasmaron de forma algo difusa y extremadamente diversificada atisbos de una cultura rebelde que sustentó en la

acción parte importante de sus sentidos. En sus prácticas rebeldes y contestatarias se dejan entrever algunos comportamientos que iban a convertirse en dominantes y habituales en el futuro; en el nuevo escenario mundial –neoliberal– que justo en esa década de los 80’ se está constituyendo como fuerza hegemónica, como bien lo sugiere E. Traverso.

Todo lo anterior, permite concluir que estas prácticas y los sentidos que sus actores les otorgaron, sirvieron para materializar el antagonismo profundo e irreconciliable entre los valores, creencias y representaciones de estos referentes sociales de las poblaciones de Santiago, con los principios normativos que estructuran la ideología y práctica de la dictadura. De este modo, en resumen, el conflicto que se escenifica en las calles de cada población durante las protestas nacionales no sólo representó el visible y evidente conflicto físico por la libertad, sino también uno simbólico-ideológico que confrontó, a su vez, proyectos alternativos de sociedad. En cada barricada, marcha y protesta también se experimentaba una batalla por las formas de entender la vida en sociedad. Fue quizás la propia dictadura –antes que los propios dirigentes opositores– los que identificaron esta cuestión, al reprimir implacablemente este tipo de acciones, sindicando, como ya lo había establecido desde 1973, a estos espacios y los actores que allí se despliegan, como parte importante (junto a la izquierda marxista) del “enemigo” interno que copa los imaginarios oficiales de confrontación del régimen. En otras palabras, todo este despliegue organizativo, todas estas prácticas que dejan entrever convicciones y formas más o menos precisas de entender el mundo, situaron a los pobladores movilizados como un foco que era fundamental socavar, reprimir y reeducar, si efectivamente se pretendía llevar adelante una construcción hegemónica del nuevo modelo de sociedad. Esa fue una tarea que Jaime Guzmán junto a su partido, la Unión Demócrata Independiente, intentaron llevar adelante.

Como balance general, podemos señalar que la democracia como ideal a perseguir por las y los pobladores organizados, tomó formas específicas a partir de las acciones cotidianas desarrolladas en el ámbito local. En ellas se observan convicciones que sitúan a la participación colectiva e igualitaria, al trabajo solidario por la comunidad y el respeto como valores fundamentales a reivindicar.

La similitud que identificamos entre las experiencias de estas dos poblaciones, nos sugiere que los imaginarios, creencias y valores que conforman sus visiones de mundo están fuertemente arraigadas en los sectores populares chilenos y provienen de una historia similar situada en sus experiencias históricas, fundamentalmente durante la segunda mitad del siglo XX, cuando pueblan y dan vida a sus barrios. Desde esta perspectiva, podríamos señalar que en las protestas, las y los pobladores efectiva y literalmente lucharon por el “retorno” a la democracia, entendida esta idea de *retornar* como el objetivo de recuperar la

democracia tal y como se había venido desarrollando hasta 1973. Es decir, con un sistema político crecientemente participativo que los incorpora y considera; con un estado comprometido con los más pobres y la justicia social; en suma, un régimen político enfocado en el bien común del conjunto de la comunidad. No sólo de unos pocos. En estas representaciones, observamos que el afán de inclusión subyace a sus anhelos y sueños, donde también adquiere relevancia la democracia como expresión colectiva, participativa, solidaria e inclusiva de la vida en comunidad. Ahí subyace el carácter contracultural de estas experiencias, en un contexto completamente antagónico a esos valores.

Estas referencias y utopías cobraron doble fuerza en las representaciones de mujeres y jóvenes que se desplegaron en la acción colectiva contra la dictadura. Su batalla por liberarse del yugo autoritario, su resistencia a la violencia y la represión, y su ataque directo a los fundamentos básicos de la refundación social que persigue el régimen, erigieron dichas prácticas como una manifestación emancipatoria y contracultural. En ese sentido, su batalla también toma forma en el afán de liberarse de los roles específicos y subordinados que la cultura autoritaria —proyectada en la democracia establecida por la constitución de 1980— les atribuye como individuos. Pobladores, mujeres y jóvenes especialmente, y su afán de desligarse de ese cerco normativo, circunscribe la batalla por la democracia también en la lucha por el respeto, la inclusión y la diversidad.

Demás está señalar que estas representaciones chocaron frontalmente con la dictadura y su proyecto revolucionario. Pero más desesperanzador para sus actores, fue que también lo hizo con las representaciones que finalmente se impusieron de lo que debía ser la futura democracia entre las élites dirigentes de la oposición. De ahí el retraimiento y la progresiva decepción que muchos de estos proyectos comunitaristas van a tener una vez recuperada la democracia, como bien lo indicó el trabajo de P. Oxhorn. El impulso desmovilizador del nuevo gobierno democrático en aras de garantizar la estabilidad y gobernabilidad, propició el despotenciar esa fuerza viva y creativa, ese proyecto —autónomo y popular— que descansaba en las organizaciones de bases. El incentivo para terminar con el patrocinio a estas entidades, el cierre de las redes que disponían los partidos a estas organizaciones, así como el retraimiento de la iglesia católica en su papel aglutinador de la comunidad comprometida, condujeron a una paulatina agonía de las organizaciones de base durante los 90', empujando a muchos de sus miembros al retraimiento y la desconexión. De ahí en más, la participación política se limitó a votar, mientras la participación social lentamente se fue abandonando, centrando los intereses en el esparcimiento anómico y el exclusivo bienestar propio a través del consumo.

Finalmente, esta investigación y su análisis de los comportamientos y representaciones del mundo que realizan un grupo importante de pobladores de Santiago, logró comprender que parte de este despliegue producido en la década de los 80' se realizó en un mundo en tránsito. Es una transición sociocultural global que cambió radicalmente los patrones, valores y paradigmas que regían al mundo anterior a la década de 1970, marcando los prolegómenos del cambio cultural que traería la globalización neoliberal que estructura la vida en el siglo XXI. Desde esta perspectiva, las actitudes, representaciones y acciones de los sujetos se movieron en un torbellino que solapada y desordenadamente combina lo nuevo con lo que está por desaparecer. En otras palabras, es un proceso de cambio cultural que supera al mundo de la dictadura y que lleva a Chile desde aquella sociedad democrática, pobre, fuertemente politizada, machista, con el Estado como centro de toda acción y un énfasis popular fuertemente enfocado en lo colectivo, a un Chile distinto, aquel de la globalización neoliberal en el que se enmarca hoy. Justo al medio de esos dos mundos, actuando como una bisagra del tiempo histórico, mediados además por una dictadura terrorista y revolucionaria, se desenvolvió la década de los 80' chileno. Mezclando y combinando viejos anhelos y reivindicaciones con nuevos comportamientos; proyectos políticos de sociedad que dejaban de ser dominantes a nivel mundial, con prácticas que mostraban ápices de procesos socioculturales muchos más profundos y que de algún modo actuaron como presagio del mundo que comenzaba a construirse. Fue en ese marco híbrido en que se fusionan y superponen viejas y nuevas creencias, prácticas y principios, en un contexto específico de dictadura, que se desplegaron las y los pobladores de Santiago, en su lucha por sobrevivir al hambre, la exclusión y la opresión. En ese contexto, y en una lucha cotidiana, dieron sentido a sus vidas a través de prácticas comunitarias específicas que situaron en la lucha por la democracia sus anhelos de construir un mundo más justo, igualitario, solidario y participativo.

# BIBLIOGRAFÍA, FUENTES Y ARCHIVOS

## 1. Fondo documental

- Archivo Histórico de Gabriel Valdés (AHGV) Online.
- Archivo Nacional de la Administración (ARNAD). Fondo Organizaciones sociales.
- Archivo del Museo de la Memoria y los Derechos Humanos (MMDH.)
  - o Fondo audiovisual Programa *Teleanálisis*.
  - o **GÁNDARA, Sergio, SÁNCHEZ Paula;** *Mi hermano y yo*. PAROX producciones, Santiago, 2002.
  - o Archivo del Consejo de Defensa del Pueblo (CODEPU).
- Biblioteca Nacional de Chile (Sección Hemeroteca). Santiago, Chile.
- Centro de Documentación y Archivo de la Vicaría de la Solidaridad (CDyAVS)
- Centro de Documentación de la Fundación de Ayuda Social de la Iglesias Cristianas (FASIC).
- Fondo Documental de la Agencia Española de Cooperación Internacional y Desarrollo (AECID). Sección Hispanoamérica Madrid, España.
- Fondo Documental Archivo Eugenio Ruiz Tagle- FLACSO (FDERT). Online

## 2. Documentos oficiales

- Informe Nacional de la Comisión Nacional de Verdad y Reconciliación (CNVR)
- Informe Nacional de la Comisión Nacional sobre Prisión Política y Tortura (CNPPyT)

## 3. Fuentes hemerográficas

- o Revista Análisis (1986-1987)
- o Revista Cauce (1985-1987)
- o Revista Hoy (1980-1987)
- o Revista Hechos Urbanos. Ediciones Sur (1981-1986).
- o Revista Propositiones, ediciones Sur, Santiago.
- o Diario El Mercurio de Santiago
- o Diario Las Últimas Noticias



- Diario Fortín Mapocho

#### 4. Fuentes orales

Entrevista a Beatriz Sepúlveda, realizadas 9-12-2011, 16-10-2012 y 11-11-2012. Además colaboró en la elaboración de los talleres de memoria realizados entre mayo/julio de 2014 en Santa Adriana.

Entrevista Jaime Pérez S. realizadas el 9-10-2011, 14-12-2014.

Entrevista a Jaime Pérez M, realizadas 9-10-2011 y 21-11-2012.

Entrevista a Iris Montenegro, realizadas 14-12-2012 y 28-05-2014.

Entrevista a Elizabeth Henríquez, 17-11-2012 y 15-05-2014.

Entrevista a Arnaldo Ocaranza, realizada el 28-05-2014.

Entrevistas a Pedro R. realizada el 28-10-2011.

Entrevista Gladys Huerta, realizada 16-10-2010.

Entrevista a Jaqueline Martínez, realizada el 28-10-2011 y 19-12-2011.

Entrevista a Ángel M., realizada el 14-05-2014, Centro Abierto Santa Adriana.

Entrevista a Luis Enríquez realizada 28-05-2014. Centro Abierto Santa Adriana.

Entrevista a Victorina Concha, realizada 9-06-2014. Centro Abierto Santa Adriana.

Entrevista a Silvia Lazo, dirigente vecinal y militante comunista 21-08-2017

Entrevista a July Padilla, realizadas, 4-12-2014 y 26-03-2015.

Entrevista a Juan Miño, realizadas 7-12-2012 y 21-10-2013, Fundación Cristo Vive.

Entrevista a Manuel San Martín, población Clara Estrella realizada el 14-12-2016.

Entrevista a María Figueroa, 15-06-2014.

Entrevista a Carmen Salas, realizada 28-05-2014.

Entrevista Cecilia Binimelis, realizadas, 27-06-2017 y 07-12-2017.

Entrevista a Marcela Santana, 5-10-2017.

Entrevista grupales en Talleres de Memoria Histórica Grupo de Adulto Mayor, Centro Abierto Santa Adriana (CASA). Realizados 14-05-2014, 28-05-2014, 18-06-2014 y 9-07-2014.

Entrevistas grupales en Talleres de Memoria Histórica, Grupo de Vecinos Población José María Caro. Centro Cultural del sector D, población José María Caro, realizados entre mayo y diciembre de 2017.

#### 5. Bibliografía

**ACEVEDO, Nicolás;** El pueblo en llamas. Los orígenes y significados de las protestas populares de 1983 desde la memoria de los militantes del MAPU (Lautaro). Revista Historia Oral, Vol. 15(2), 2012 pp. 99-124. Jul-dez.

\_\_\_\_\_; El MAPU-LAUTARO en las protestas nacionales (1978-1985). Tesis para optar al grado de Licenciado en Historia y Ciencias Sociales, dirigida por Mario Garcés. Universidad ARCIS, Santiago, 2006.

**ALCATRUZ, Paula;** “Aquí se pinta nuestra historia: el muralismo callejero como acercamiento metodológico al sujeto histórico popular” *Anuario de pregrado* (2004), Universidad de Chile, Santiago, 2004.

**AGUILERA, Silvia (coord.);** *Terremoto social del bicentenario*. LOM, Santiago, 2010.

**AGURTO Ignacio, DE LA MAZA Gonzalo;** *Juventud Chilena: razones y subversiones*. Eco, Folico SEPADE, Santiago, 1985.

**ALCÁZAR, Joan Del, et al;** *Historia actual de América Latina. 1959-2009*. Tirant lo Blanch, Valencia, 2012.

**ALTAMIRANO Carlos (eds.);** *Historia de los intelectuales en América Latina. Tomo II. Los avatares de la "ciudad letrada" en el siglo XX*. Katz, Madrid, 2010.

**ALVARADO L, R. CHEETHAM, G. ROJAS;** "Movilización social en torno al problema de la vivienda". *Revista Latinoamericana de Estudio Urbano Sociales, EURE*. Vol. III, n° 7, 1973.

**ÁLVAREZ, Rolando;** *Arriba los pobres del mundo. cultura e identidad política del Partido Comunista de Chile entre democracia y dictadura. 1965-1973*. LOM, Santiago, 2011.

\_\_\_\_\_; "Aun tenemos patria ciudadanos. El partido Comunista de Chile y la salida no pactada de la dictadura". En: **V. VALDIVIA, J. PINTO, R. ALVAREZ;** *Su revolución contra nuestra revolución*. Tomo II, *Gremialistas versus marxistas*. LOM, Santiago, 2008.

\_\_\_\_\_; "Clandestinos. Entre prohibiciones públicas y resistencias privadas. Chile 1973-1990" en **GAZMURI, Cristián, SAGREDO, Rafael;** *Historia de la vida privada*. Vol III. Taurus, 2007.

**AMORÓS, Mario;** "La CIA contra Salvador Allende". *Cambio 16*, Barcelona, 2000.

**ANDERSON Benedict;** *Comunidades imaginadas*. Fondo de Cultura Económica, México D. F. 1993.

**ANGELL Alan;** *De Alessandri a Pinochet: En busca de la utopía*. Ed. Andrés Bello. Santiago, 1993.

**ARAUJO, Kathy;** *Habitar lo social. Usos y abusos en la vida cotidiana en el Chile actual*. LOM ediciones, Santiago, 2009.

**ARELLANO, José Pablo, CORTÁZAR René;** "Del milagro a la crisis: algunas reflexiones sobre el momento económico". *Colección Estudios CIEPLAN* 8, Santiago, 1982.

**ARENDT, Hannah;** *La promesa de la política*. Paidós, Madrid, 2008

**ARÓSTEGUI, Julio;** *La historia vivida. Sobre la Historia del Presente*. Alianza/ensayo, Madrid, 2004.

\_\_\_\_\_; "Historia y Tiempo presente. Un nuevo horizonte de la historiografía contemporánea". En: *Cuadernos de Historia Contemporánea*, Núm. 20, Universidad Complutense, Madrid, 1998.

**ARRATE, Jorge, ROJAS Eduardo;** *Memoria de la izquierda chilena. Tomo I (1850-1970)*. Grupo Zeta, Santiago, 2003.

\_\_\_\_\_; *Memorias de la izquierda chilena. Tomo II (1970-2000)*. Ediciones b (Grupo Zeta), Santiago 2003.

**ARRIAGADA, Genaro;** *Por la razón o la fuerza, Chile bajo Pinochet*. Sudamericana, Santiago, 1998.

**AUGÉ, Marc;** *Los no lugares. Espacios del anonimato*. Gedisa, Barcelona, 2005.

\_\_\_\_\_; *El sentido de los otros*. Paidós básica, Barcelona, 1996.

**AYLWIN, Patricio;** *El reencuentro de los demócratas*. Ediciones Zeta, Santiago, 1998.

**BADIOU, Alain;** *El despertar de la historia*. Clave Intelectual, Madrid, 2013.

**BAÑO Rodrigo;** *De lo social a lo político, un dilema clave del movimiento popular*. CLACSO, Santiago, 1984.

**BASTÍAS, Manuel;** *Sociedad civil en dictadura. Relaciones transnacionales, organizaciones y socialización política en Chile*. Ed. Universidad Alberto Hurtado, Santiago, 2013, p. 61.

**BAUMAN, Sygmunt;** *Daños Colaterales. Desigualdades sociales en la era global*. Fondo Cultura Económica. Madrid, 2013.

\_\_\_\_\_; *Daños colaterales. Desigualdades sociales en la era global*. Fondo de Cultura Económica, Madrid, 2011.

\_\_\_\_\_; *La ambivalencia de la modernidad y otras conversaciones*. Paidos, Madrid, 2002.

**BEDARIDA Francois;** “Definición, método y práctica de la Historia del Tiempo Presente”. En: *Cuadernos de Historia Contemporánea*, Núm. 20, Universidad Complutense, Madrid, 1998.

**BENGOA, José;** Historia del pueblo Mapuche (siglos XIX y XX). Sur ediciones, Santiago, 1996.

**BENJAMIN, Walter;** *La dialéctica en suspenso. Fragmentos sobre Historia*. LOM ediciones, Chile, 2009.

**BENAVIDES, Luis, MORALES Eduardo;** “Campamentos y poblaciones de las comunas del gran Santiago. Una síntesis informativa”. *Documento de Trabajo, FLACSO*, núm. 154, Santiago, 1982.

**BERENSTEIN, Marisa;** “Pequeña historia de las Favelas de Río de Janeiro” en *Ciudad y Territorio: Estudios territoriales*. Barcelona, pp. 259-272;

**BIANCHINI;** *Chile, memorias de La Moneda. La (re)construcción de un símbolo político*. IEPALA-UAM, Madrid, 2012.

**BOENINGER, Edgardo;** *Democracia en Chile. Lecciones para la gobernabilidad*. Editorial Andrés Bello, Santiago, Chile, 1997.

**BORJA, Jordi, VALDÉS, Teresa, POZO Hernán, MORALES, Eduardo;** *Descentralización del estado. Movimiento social y gestión local*. FLACSO, Santiago, 1987.

**BORÓN Atilio;** *Estado, capitalismo y Democracia en América Latina*. Imago Mundi, Buenos Aires, 1991

**BRUEY, Alison;** “Neoliberalism and repression in “Poblaciones” in Santiago de Chile”. *Stockholm Review, of Latin American Studies*, núm. 5, Estocolmo, 2009.

**BRUNNER, José Joaquín;** Apuntes sobre la figura cultural del pobre” Parte I. *Documento de trabajo, FLACSO*, 69/78. Santiago, 1978, pp. 5-8.

**BURGUIÈRE André (Dir);** *Diccionario Akal de Ciencias históricas*. Mentalidades. Akal, Madrid, 1991.

**BURKE, Peter;** *Cultura popular en la Europa Moderna*. Siglo XXI. Madrid, 1978.

**CALDERÓN, Fernando (comp.);** *Los movimientos sociales ante la crisis*. UNU, CLACSO e IISUNAM, Buenos Aires, 1986.

**CALDERÓN, Fernando JELIN, Elizabeth;** “Clases sociales y movimientos sociales en América Latina” *Proposiciones* 14, Sur ediciones, Santiago, 1987.

**CAMPERO, Guillermo;** “Luchas y movilizaciones sociales en la crisis: ¿se constituyen movimientos sociales en Chile?”. En **F. CALDERÓN;** *Los movimientos sociales ante la crisis*. UNU-CLACSO-IISUNAM, Santiago, 1986.

\_\_\_\_\_; *Entre la sobrevivencia y la acción política. Las organizaciones de pobladores en Santiago*. ILET, Santiago, 1987.

\_\_\_\_\_; “Organizaciones de pobladores bajo el régimen militar”. *Proposiciones* 14, Santiago, 1987.

**CAMPERO, Guillermo VALENZUELA J.A;** *El movimiento sindical en el Régimen Militar chileno 1973-1981*. ILET, 1982.

**CAMPO, Luis;** “Los murales de La Victoria: efectos de sentido y lugar”. *Actual Marx Intervenciones*, n°8 (2)2009, Santiago.

**CARDOSO Fernando Henríque;** “La originalidad de la copia: La CEPAL y la idea de desarrollo” *Revista de la CEPAL* n° 4, 2° semestre de 1977, p. 8.

**CARDOSO, Fernando, FALETTTO Enzo;** *Dependencia y Desarrollo en América Latina: Siglo XXI*, Buenos Aires, 1977.

**CASALS, Marcelo;** *El alba de una revolución. La izquierda y el proceso de construcción estratégica de la “vía chilena al socialismo” 1956-1970*. LOM ediciones, Santiago, 2010.

- CASTELLS, Manuel;** *Redes de indignación y esperanza*. Alianza editorial, Madrid, 2012.
- \_\_\_\_\_; *Comunicación y poder*. Alianza editorial, Madrid, 2009.
- \_\_\_\_\_; *La era de la información. Economía sociedad y cultura*. Tomo II, El poder de la Identidad. Alianza, Madrid, 1998.
- \_\_\_\_\_; “Movimiento de pobladores y lucha de clases en Chile”. *Revista Latinoamericana de Estudios Urbanísticos Regionales EURE* Vol. 3, Núm 7, pp. 9-35.
- \_\_\_\_\_; *Imperialismo y urbanización en América Latina*. Alianza, Madrid, 1973.
- CASTILLO LAGARRIGUE, Fernando;** “Tres modelos de Iglesia: La Iglesia Liberadora”. En, **VVAA;** *Crónicas de una Iglesia Liberadora*. LOM ediciones, Santiago, 2001, pp. 31-38.
- CASTILLO, Simón;** *Movimientos estudiantiles en la Universidad Católica. 1973-1982 y los inicios de la democratización en Chile*. Tesis de Licenciatura en Historia de la Pontificia Universidad Católica de Chile, Santiago, 2001.
- CAVALLO, Ascanio, SALAZAR Manuel, SEPÚLVEDA Oscar,** *La historia Oculta del régimen militar. Memoria de una época 1973-1988*. Grijalbo de Bolsillo, Santiago, 1997.
- CHARTIER Philippe;** *El mundo como representación. Estudios sobre historia cultural*. Gedisa Barcelona, 2005
- CHATEAU, Jorge et. al;** *Espacio y poder. Los pobladores*. FLACSO, Santiago, 1987.
- \_\_\_\_\_; *Algunos antecedentes sobre la situación de los pobladores en el Gran Santiago*. Documento de trabajo n° 115, FLACSO, Santiago, 1981.
- CODEPU;** *Chile: Recuerdos de la guerra*. Ed. CODEPU, En Colección “Verdad y Justicia. Santiago, 1990.
- COLECTIVO MEMORIA HISTÓRICA;** *Tortura en poblaciones del gran Santiago 1973-1990*. Corporación José Domingo Cañas, Santiago 2005.
- CORREA Sofía, FIGUEROA Consuelo, JOCELYN-HOLT Alfredo, ROLLE Claudio, VICUÑA Manuel;** *Historia del Siglo XX chileno*. Sudamericana, Santiago, 2001.
- CROVARA María A,** “Pobreza y estigma en una villa miseria” En *Política y Cultura*, otoño 2004.
- CRUZ, María Angélica;** *Iglesia, represión y memoria. El caso chileno*. Siglo XXI, Madrid, 2004, capítulo 2 especialmente.
- CRUZ, Rafael, PÉREZ LEDESMA, Manuel (eds.);** *Cultura y movilización en la España Contemporánea*. Alianza Universidad, Madrid, 1997.
- CUESTA, Josefina;** *La historia del Presente*, EUDEBA, Madrid, 1993, p. 32.
- CUEVA, Alejandro ;** *Las democracias restringidas en América Latina. Elementos para la reflexión crítica*. Planeta, Ecuador, 1988.
- CURZIO, Leonel;** “América Latina vista desde Washington (1959-2009)”. En: **J. DEL ALCÁZAR (eds.);** *Historia actual de América Latina 1959-2009*. Tirant lo Blanch, Valencia, 2012.
- DABÉNE Olivier;** *América Latina en el siglo XX*. Síntesis, Madrid, 1999.
- DAHSE, Fernando;** *Mapa de la Extrema Riqueza. Los Grupos Económicos y el Proceso de la concentración de capitales*. Aconcagua, Santiago, 1979.
- DE LA GUARDIA, Carmen;** “Espacios de disidencia, opinión pública y derechos en España y América Latina”. En **A. RIVERA A, J.M. ORTIZ DE ORUÑO, J. UGARTE (eds),** *Movimientos Sociales en la España Contemporánea*. Abada editores, 2008.
- DE LA MAZA, Gonzalo, GARCÉS, Mario;** *La explosión de las mayorías. Protesta nacional 1983-1984*. ECO, Santiago, 1985.
- DE RAMÓN, Armando;** *Santiago de Chile (1541-1991) Historia de una sociedad urbana*. Sudamericana, Santiago, 2000.

**DEVÉS, Eduardo;** *El pensamiento latinoamericano en el siglo XX. Tomo II. Desde la CEPAL al neoliberalismo (1950-1990)*. Biblos, Centro de Investigación Diego Barros Arana, Buenos Aires, 2003.

\_\_\_\_\_; *El pensamiento latinoamericano en el siglo XX. Tomo II*. Centro de Estudios Barros Arana, editorial Biblos, Santiago, 2003.

\_\_\_\_\_; *Los que van a morir te saludan*. LOM ediciones, Santiago de Chile 1997.

\_\_\_\_\_; “La cultura obrera ilustrada”. *Camanchaca*, Iquique, 1984.

**DONOSO, Andrés;** *La educación en las luchas revolucionarias*. Quimantú, Santiago, 2018.

**DONOSO, José;** *La Desesperanza*, Seix Barral, Santiago, 1987.

**DORAT Carlos, WEIBEL Mauricio;** *Asociación ilícita: los archivos secretos de la dictadura*. CEIBO, Santiago, 2012.

**DOS SANTOS, Theotonio;** *Socialismo o fascismo*. El nuevo carácter de la dependencia y el dilema latinoamericano. Periferia, Buenos Aires, 1973 [1972].

**ECKSTEIN, Susane, (coord.);** *Poder y protesta popular. Movimientos sociales latinoamericanos*. Siglo XXI, México, 2ª edición, 2001.

**ENSALACO, Marc;** *Chile bajo Pinochet. La recuperación de la verdad*. Alianza/Ensayo, 2002.

**ESCOBAR, Arturo;** “Imaginando el futuro: pensamiento crítico, desarrollo y movimientos sociales”. En **LÓPEZ MAYA, Margarita;** *Desarrollo y democracia en Venezuela*. Nueva Sociedad, Caracas, 1991, pp. 135-172.

**ESPINOZA, Vicente, MARTINEZ, Javier, TIRONI, Eugenio;** “Formas de acción social en las poblaciones de Santiago”. *Proposiciones* 12, Sur, Santiago, 1986.

**ESPINOZA, Vicente;** *Para una historia de los pobres de la ciudad*. Sur ediciones, Santiago, 1988.

\_\_\_\_\_: “Movimiento popular urbano y procesos de institucionalización política”. *Revista Proposiciones* 11, SUR ed, Santiago, 1984, pp. 57-65.

**FALETTO, Enzo (Antología);** *Dimensiones sociales, políticas y culturales del desarrollo*. CLACSO, Siglo del hombre editores, Bogotá, 2009.

**FARÍAS G;** “Lucha, vida, muerte y esperanza. Historia de la Población La Victoria”. En **VVAA, Constructores de Ciudad. Nueve historias del primer concurso de “Historia de las Poblaciones”**. Sur ediciones, Santiago, 1989.

**FAZIO, Hugo;** “La globalización y la intensificación del presente”. En: **J. GANDARILLA, et. al;** *Contemporaneidad(es)*. Sequitur, Madrid, 2012, pp. 149-170.

**FERNÁNDEZ Sergio;** *Mi lucha por la democracia*. Los Andes, Santiago, 1997.

**FIGALLO Beatriz, GARCÍA DE CERETTO, Josefa;** *Historia del Tiempo Presente. Historia y epistemología en mundos complejos*. Universidad Católica de Rosario, Rosario, 2009.

**FIGUEROA, M. VICUÑA, Manuel;** *El Chile del Bicentenario*. Ediciones Universidad Diego Portales, Santiago, junio 2008.

**FIORI, Jorge;** “Campamento Nueva La Habana: estudio de una experiencia de autoadministración de justicia”. *EURE* [en línea]. Vol. 3, no. 7 pp. 83-101. [www.eure.cl/numero/campamento-nueva-la-habana-estudio-de-una-experiencia-de-autoadministracion-de-justicia/](http://www.eure.cl/numero/campamento-nueva-la-habana-estudio-de-una-experiencia-de-autoadministracion-de-justicia/). [consultado 2013-09-12].

**FONTANA, Josep;** *El futuro es un país extraño*. Pasado Presente, Barcelona, 2013.

\_\_\_\_\_; *Por el bien del imperio. Una historia del mundo desde 1945*. Pasado&Presente, Barcelona, 2011.

**FOUCAULT, Michel;** *Seguridad, territorio, población*. FCE, Buenos Aires, 2011.

\_\_\_\_\_; *El orden del discurso*. Tusquets, Madrid, 2008 [1973].

**FREIRE Paulo;** *Pedagogía de los oprimidos*, Siglo XXI, [12ª edición] Buenos Aires, 1974.

**FRENCH-DAVIS, Ricardo;** *Entre el liberalismo y el crecimiento con equidad*. Domen Ediciones. Santiago, 1999.

**FRIEDMAN Milton;** *Capitalismo y libertad*. Rialp, Madrid, 1966, p. 3.

**FURET Fracois;** *El pasado de una ilusión*. Fondo de Cultura Económica, México, 1995, p. 77.

**FURTADO, Celso;** *La hegemonía de los Estados Unidos y América Latina*. Cuadernos para el diálogo. Madrid, 1971.

**GÁLVEZ, Orlando;** *La Caro. Un relato desde la solidaridad, la organización y la esperanza*. Imprenta América, Valdivia, 2014.

**GANDARILLA José, RAMOS Ramón, VALENCIA, Guadalupe;** *Contemporaneidad(es)*. Sequitur, Madrid, 2012.

**GARCÉS, Antonia;** *Los rostros de la protesta. Actores sociales y políticos de las jornadas de protesta contra el régimen militar (1983-1986)*. Tesis para optar al grado de Licenciatura en Historia, dirigida por Rolando Álvarez, Universidad de Santiago de Chile. Santiago, 2011.

**GARCÉS, Mario;** *El despertar de la sociedad. Los movimientos sociales en América Latina y Chile*. LOM ediciones, Santiago, 2012.

\_\_\_\_\_; "Chilean social movements in confrontation with neoliberalism". En: **X. DE LA BARRA;** *Neoliberalism's fractured showcase. Another Chile is possible*. Studies in critical social science 3. IDC Publishers, Lieden, Netherlands 2011.

\_\_\_\_\_; *Tomando su sitio. El movimiento de pobladores de Santiago. 1957-1970*. LOM ediciones, Santiago, 2004.

\_\_\_\_\_; *Crisis y motines populares en el 1900*. LOM, Santiago de Chile, 2004.

\_\_\_\_\_; "Los movimientos sociales populares en el siglo XX. Balance y perspectivas". *Política* N° 43, Primavera, Universidad de Chile, Santiago, 2004.

\_\_\_\_\_; "Los pobladores refundan la ciudad". Archivo Chile, Centro de Estudios Miguel Enríquez, 2002.

\_\_\_\_\_; "Los movimientos sociales populares. Algunos conceptos básicos de referencia". ECO, Santiago, 1988.

**GARCÉS, Mario y Equipo Profesional de ECO;** *Historia de la Comuna de Huechuraba. Memoria y oralidad popular urbana*. ECO, Educación y Comunicaciones, Santiago, 1997. Online en [www.memoriachilena.cl](http://www.memoriachilena.cl) Consultado noviembre 2013.

**GARCÉS, Mario VILLELA, Hugo (eds.);** *La persistencia de la memoria popular. Historias locales Historias de Vida*. Educación y Comunicaciones, ECO, Fondart, Santiago, junio 2012.

**GARCÉS, Mario, NICHOLLS Nancy;** *Para una historia de los derechos humanos en Chile*. LOM Ediciones, 2005.

**GARCÉS, Mario, LEIVA, Sebastián;** *El golpe en La Legua*. LOM. Santiago, 2003.

**GARRETÓN, Manuel Antonio;** *La sociedad en que vivi(re)mos. Introducción sociológica al cambio de siglo*. LOM ediciones, Santiago, 2000.

\_\_\_\_\_; "Movimientos sociales y procesos de democratización" *Revista Excerpta*, n°2, Abril 1996.

\_\_\_\_\_; *Reconstruir la Política*. Ed. Andante. Santiago, 1987.

\_\_\_\_\_; *El proceso político chileno*. FLACSO, Santiago, 1983.

**GARRETÓN, Manuel Antonio, MARTÍNEZ, Javier;** *Universidades chilenas; historia, reforma e intervención*. Sur ed., Santiago, 1985.

**GARRETÓN, Manuel Antonio, MOULIAN Tomás;** *La Unidad popular y el conflicto político en Chile*. Minga, Santiago, 1983.

**GAUDICHAUD, Frank;** *Operación Cóndor: notas sobre el terrorismo de estado en el Cono Sur*. Sepha, Madrid, 2005

\_\_\_\_\_; *Poder popular y cordones industriales*. LOM, Santiago, 2004.

**GAZMURI, Cristián;** *La persistencia de la memoria. Reflexiones de un civil sobre la dictadura*. Ril editores, Santiago, 2000.

**GERMANI, Gino;** *La sociología en América Latina. Problemas y perspectivas*. EUDEBA, Buenos Aires, 1964; **C. TORRES;** *Un nuevo paso en la sociología latinoamericana*. FLACSO, Bogotá, 1971.

**GHON, María;** *Teoría dos movimentos sociais*. Loyola, Sao Paulo, 2000.

**GIDDENS, Anthony;** *Sociología*. Ed. Alianza, Madrid, 1999.

**GILLY, Adolfo;** *Historia a contrapelo*. ERA, D.F. México, 2006,

**GINZBURG, Carlo;** *El queso y los gusanos. El cosmos según un molinero del siglo XVI*. Península, Barcelona, 2009 [1976].

**GIUSTI, Jorge;** "El programa de Promoción Popular en Chile. Un intento de organización política de los sectores populares". *Revista Latinoamericana de Ciencia Política* 3, núm. 1,

**GOICOVIC, Igor, CORVALÁN, Nicolás;** "Crisis económica y respuesta social: el movimiento urbano artesanal en Chile 1873-1878". *Última Década*, nº 1, Centro de Estudios Sociales, Chile, 1993.

**GOICOVIC, Igor;** "Temas y debates en la historia de la violencia política en Chile". *Revista Contenciosa*, 3, Santa Fe, 2014.

\_\_\_\_\_; "Teoría de la violencia y estrategia de poder en el Movimiento de Izquierda Revolucionaria, 1967-1986". *Revista Palimpsesto*, Universidad de Santiago de Chile, nº 1 Vol. 1, 2004.

\_\_\_\_\_; *Sujetos, mentalidades y movimientos sociales*. CIDPA, Santiago, 1998.

**GÓNGORA, Mario;** *Ensayo sobre la noción de Estado en Chile en los siglos XIX y XX*. Universitaria, Santiago, 1998.

**GONZÁLEZ ALEMÁN, Marianne, PALIERAKI Eugenia(coomps);** *Revoluciones imaginadas. Itinerarios de la idea revolucionaria en América Latina Contemporánea*. RIL editores, Santiago, 2013.

**GONZÁLEZ Carlos;** *¿Y qué hiciste con tu hermano? Testimonio de un obispo, 1973-1990*. LOM, Santiago, 2008.

**GONZÁLEZ CASANOVA, Pablo;** *La democracia en México*. Serie Popular Era, México, 1965.

**GREZ, Sergio;** *De la "regeneración del pueblo" a la huelga general. Génesis y evolución histórica del movimiento popular en Chile (1810-1890)*. DIBAM, Santiago, 1997.

\_\_\_\_\_, *La cuestión social en Chile: Ideas y debates precursores: (1804-1902)*. DIBAM, Santiago, 1997.

**Grupo de salud poblacional y PAIVA, Manuel;** *Pasado: Victoria del presente*. Impreso en Vicaría de la zona oeste, Santiago, 1989.

**GRUZINSKI Serge;** *La guerra de las imágenes. De Cristóbal Colón a "Blade Runner"*. Fondo de Cultura Económica, México, 1994, p. 16.

**GUILLAUDAT Patrick, MOUTERDE Pierre;** *Los movimientos sociales en Chile 1973-1993*. LOM, 1998.

**GUTIERREZ, Gustavo;** *La teología de la Liberación*. CEP, Lima, 1990.

**HARDOY, Jorge** *El proceso de urbanización en América latina*. Oficina regional de cultura para América Latina y El Caribe. UNESCO, La Habana, 1974.

**HARDOY, Jorge, SATTERTHWAITE, David;** *La ciudad legal y la ciudad ilegal*. Grupo Editor Latinoamericano, Colección Estudios Políticos y Sociales. Buenos Aires, 1987.

**HARDY Clarisa;** *La ciudad escindida*. PET, Programa de Economía para el Trabajo, Santiago, 1989.

\_\_\_\_\_; *Hambre + dignidad = ollas comunes*. PET, Programa de Economía del Trabajo, Academia de Humanismo Cristiano, Santiago, 1986.

\_\_\_\_\_; *Los Talleres artesanales de Conchalí: La organización, su recorrido y sus protagonistas*. PET, Santiago, 1984.

\_\_\_\_\_; *Estrategias organizadas de subsistencia: los sectores populares frente a sus necesidades en Chile*. Documento de trabajo n°41. PET, Programa de Economía del Trabajo, Academia de Humanismo Cristiano, Santiago, 1985.

**HARMER , Tanya**; *El gobierno de Allende y la Guerra Fría Interamericana*. Ed. U. Diego Portales, Santiago, 2013.

**HARVEY, David**; *Ciudades rebeldes. Del derecho de la ciudad a la revolución urbana*. Akal, Madrid, 2013.

\_\_\_\_\_; *Espacios del capital. Hacia una geografía crítica*. Akal, Madrid, 2007.

\_\_\_\_\_; *Breve historia del neoliberalismo*. AKAL, Madrid, 2007.

**HERNÁNDEZ SANDOICA, Elena**; *Tendencias historiográficas actuales. Escribir historia hoy*. Akal, Madrid, 2004.

**HERREROS, Jesús**; *Escuché sus gritos*. Mosquito comunicaciones, 1991.

**HOBBSAWM Eric**; *Historia del siglo XX*. Crítica, Barcelona, 1997, capítulos X y XI. Sobre el vínculo entre revolución social y cultural con la política.

\_\_\_\_\_; *Rebeldes primitivos. Estudio sobre las formas arcaicas de los movimientos sociales en el siglo XIX*; Crítica, Barcelona 2014 [1958].

\_\_\_\_\_; *Sobre la historia*. Crítica, Barcelona, 1997.

\_\_\_\_\_; "From Social History, to the History Society", 1971. Traducido en *Revista de Historia Social* n°10, 1991, pp. 5-26.

**HOPPE, Álvaro**; *El ojo en la historia*. FONDART, Gobierno de Chile, Santiago, 2003.

**HOLSTON, James** ; *Insurgent citizenship*. Princeton University Press, Princeton, 2008

**HUNEEUS, Carlos**; *El régimen de Pinochet*. Sudamericana, Santiago, 2000..

**IBARRA, Pedro, TEJERINA, Benjamín (Eds.)**; *Los movimientos sociales. Transformaciones políticas y cambio cultural*. Ed. Trotta, Madrid, 1998, p.9.

**IGLESIAS, Mónica**; *Rompiendo el Cerco: El movimiento de pobladores contra la Dictadura*. Ed. Radio Universidad de Chile, Santiago, 2011.

**ILLANES, María Angélica**; "La historiografía popular: una epistemología de mujer. Chile, década de 1980". *Revista Solar*, Santiago, 1994.

**JACKSIC, Iván, DRAKE Paul**; *El difícil camino hacia la democracia en Chile. 1982-1990*. FLACSO, Santiago, 1992.

**JELIN, Elizabeth**; "El itinerario de la transición: los movimientos sociales y la participación popular. *Proposiciones 14, Marginalidad, movimientos sociales y democracia*, Santiago, 1987.

**JENKINS, Keith**; "La teoría de movilización de los recursos y el estudio de los movimientos sociales". En: *Zona Abierta* N°69, Fundación Pablo Iglesias, Madrid, 1994, p. 25-29.

**JEREZ, Alfredo**; "¿Un nuevo ciclo político? Movimientos sociales y transformaciones democráticas". En: *Documentación Social. Revista de Estudios sociales y de sociología aplicada*. núm. 152, enero-marzo 2009, pp. 9-27.

**JOBET, Julio César**; *Recabarren y los orígenes del movimiento obrero y el socialismo chileno*. Prensa Latinoamericana, Santiago de Chile, 1973.



- JOCELYN-HOLT, Alfredo;** *El Chile perplejo. Del avanzar sin transar al transar sin parar.* Planeta, Santiago, 1998, p. 118.
- KAYE, Harvey;** *Los historiadores marxistas británicos.* Ed. Universidad de Zaragoza, 1989.
- KLEIN Naomi;** *La Doctrina del Shock. El auge del capitalismo salvaje.* Bolsillo Paidós, Madrid, 2010.
- KLEIN, Fernando;** *Montevideo en el tiempo.* Ediciones B, Montevideo, 2013
- KORNBLUH, Peter;** *Pinochet. los archivos secretos.* Críticas, 2º edición, Barcelona, 2013.
- KOSELLECK, Reinhardt ;** *Futuro pasado. Para una semántica de los tiempos históricos.* Paidós, Madrid, 1993.
- LAGOS, Ricardo;** *Así lo vivimos. La vía chilena a la democracia.* Taurus, Madrid, 2013.
- LAKOOF George;** *The political minds. A cognitive scientist to you brain and its politics.* Pinguin, 2ª edición, 2009.
- LARRAÍN Jorge;** *Identidad chilena.* LOM, Santiago, 2001.
- \_\_\_\_\_ ; *¿América Latina moderna? Globalización e identidad.* LOM ediciones, Santiago, 2005; del mismo autor; *Identidad Chilena.* LOM ediciones, Santiago, 2001.
- LAVANDERO, Jorge;** *El precio de sostener un sueño.* LOM, Santiago, 1997.
- LE BRETON, David;** *El Silencio.* Sequitur, Madrid, 2001.
- LE GOFF, Jaques;** “Las mentalidades, una historia ambigua”. En **LE GOFF, Jaques, NORA, Pierre (dir.);** *Hacer la historia.* Vol. 3, Ed. Laia, 1974.
- \_\_\_\_\_ ; “Retornos en la historiografía francesa actual”. *Historia a debate* n°, 1995.
- LEFEBVRE, George;** *El gran pánico de 1789. La revolución francesa y los campesinos.* Paidós, Madrid, 1986 [1931].
- LEFEBVRE, Henri;** *Espacio y política. El derecho a la ciudad II.* Península, Barcelona, 1976.
- LEIVA, Sebastián;** “de la toma de terreno a la toma de poder. El campamento Nueva La Habana y una nueva óptica para la movilización poblacional”. *Revista Historia Social y de las Mentalidades* n°6, USACH, Santiago 2002, pp. 109-123.
- LOVEMAN Brian, LIRA Elizabeth;** *Las ardientes cenizas del olvido: vía chilena de reconciliación política. 1932—1994.* LOM ediciones y DIBAM, Santiago, 2000, pp. 25-63.
- LOWY Michael;** *El marxismo en América Latina. Antología desde 1909 a nuestros días.* LOM, Santiago, 2007.
- \_\_\_\_\_ ; *Guerra de dioses. Religión y política en América Latina.* Siglo XXI, México, 1999.
- LÜNECKE, Alejandra;** *Violencia Política en Chile 1983-1986.* Arzobispado de Santiago, Chile, 2002.
- \_\_\_\_\_ ; “Violencia urbana, exclusión social y procesos de guetización: La trayectoria de la población Santa Adriana”. *Revista Invi* n°74, Vol. 26, mayo 2012, pp. 287-313.
- MAIRA, Luis;** *La Constitución de 1980 y la ruptura democrática.* Emisión, Santiago, 1988.
- MARTÍNEZ Javier, E. TIRONI;** *Las clases sociales en Chile. Cambio y estratificación (1970-1980).* Ediciones Sur, Santiago, 1985
- MARTÍNEZ LILLO, Pedro, RADIC Juan;** “América Latina en el tiempo presente: la década perdida, neoliberalismo y resistencias contrahegemónicas (1980-2010). En: *VVAA La Uni a la calle.* Debate, La Marea, Madrid, 2013.
- MARTÍNEZ LILLO, Pedro, RUBIO, Pablo;** *América Latina en el tiempo presente. Historia y Documentos.* LOM, Santiago, 2013.
- \_\_\_\_\_ ; *América Latina actual. Del populismo al giro a la izquierda.* Los libros de la Catarata, Madrid, 2017.

**MARTÍNEZ LILLO, J. ESTEFANÍA (Coords.).** *América Latina: un nuevo contrato social*. Marcial Pons, Madrid, 2016.

**MARTÍNEZ, Jesús Manuel;** *Salvador Allende*. Ed. Nobel, Oviedo, 2009.

**MCADAM, Doug, MCCARTHY John, ZALD, Mayer;** *Movimientos sociales: perspectivas comparadas*, Istmo, Madrid, 1999.

**MEJÍA PAVONI, Germán;** *La aventura urbana... de América Latina*. Taurus Mapfre, Madrid, 2013, p. 232.

**MELLER, Patricio;** *Un siglo de economía política en Chile 1890-1990*. Andrés Bello, Santiago, 1996.

**MELUCCI, Alberto;** "Asumir un compromiso: identidad y movilización en los movimientos sociales". *Zona Abierta* 69, 1994, pp. 153-177.

\_\_\_\_\_; *Challenging codes. Collective action in the information age*. New York, Academic Press, 1989.

\_\_\_\_\_; "¿Qué hay de nuevo en los nuevos movimientos sociales?". En: **LARAÑA, E. GUSFIELD, J (eds.);** *Los nuevos movimientos sociales. De la ideología a la identidad*. Centro de Investigaciones Sociológicas (CIS), Madrid, 1994.

\_\_\_\_\_; "The symbolic challenges of contemporary movements" *Social Research* Vol. 52, n°4, 1985.

**MERCADO VILLAR O, DE LA PUENTE LAFOY P, URIBE, F;** *La marginalidad urbana: origen, proceso y modo*. DESAL, Ed. Troquel, Santiago-Buenos Aires, 1970.

**MIGUÉZ M.C.;** "¿Anticomunistas, antiestatistas, antiperonistas? La "nacionalización" de la doctrina de seguridad nacional en la Argentina y la legitimación del golpe de Estado de 1966". *Revista SAAP*, Vol. 7 n°1, mayo 2013, pp. 65-95.

**MILOS, Pedro;** *Frente popular en Chile. Su configuración: 1935-1938*. LOM, Santiago, 2008.

\_\_\_\_\_; *Historia y memoria. El 2 de abril de 1957*. LOM ediciones, Santiago.

**MILLAS, Orlando;** *Memorias. 1957-1991. Una digresión*. Ediciones Chile-América, CESOC, Santiago, 1996.

**MIRZA; Christian;** *Movimientos sociales y sistemas políticos en América Latina*. CLACSO libros, Buenos Aires, 2006.

**MÖNCKEBERG, María O;** *El saqueo de los grupos económicos al Estado chileno*. Ediciones B, Santiago, 2001.

**MÖNCKEBERG, M. E. CAMUS, P. JILES;** *Crimen bajo Estado de Sitio*. Emisión, Santiago, 1990.

**MORÁN María Luz;** "Cultura y política: nuevas tendencias en los análisis sociopolíticos". En, **PÉREZ LEDESMA, Manuel SIERRA, María (eds.);** *Culturas políticas: teoría e historia*. Institución Fernando El Católico (CSIC), Zaragoza, 2010.

**MOUFFE Chantal;** *En torno a lo político*. Fondo de Cultura Económica, Buenos Aires, 2007.

**MOULIAN, Luis, WOLF;** *Herminda de la Victoria. Aspectos históricos*. Santiago, 1990.

**MOULIAN, Tomás;** *Construir el futuro*, Vol. 1. LOM ediciones, 2001.

\_\_\_\_\_; *Chile actual anatomía de un mito*. LOM-ARCIS, Santiago, 1997.

\_\_\_\_\_; "Fases del desarrollo político chileno entre 1973-1978". *Documento de Trabajo* n° 155, FLACSO, Santiago, 1982.

**MOULIAN, Tomás, TORRES Isabel;** "Continuidad o cambio en la línea política del Partido Comunista de Chile". En: **A. VARAS, (comp.);** *El Partido Comunista en Chile*. Ed. CESOC- FLACSO, Santiago, 1988.

**MOYANO Cristina;** *El MAPU durante la Dictadura*. Ediciones Universidad Alberto Hurtado, Santiago, 2010, p. 394.

**MURPHY, Edward;** *Historias poblacionales. Hacia una memoria incluyente*. CEDECO, Santiago, 2002, p. 19.

**NINA, Andrés;** “La doctrina de Seguridad Nacional y la integración latinoamericana”. *Nueva Sociedad* n°27, nov-dic 1978, pp. 33-50.

**NOIRIEL, Gerard;** *Introducción a la sociohistoria*. Siglo XX, Madrid, 2011.

\_\_\_\_\_; *Sobre la crisis de la historia*. Frónesis, Cátedra Universidad de Valencia. Valencia, 1996.

**NORA, Pierre;** “Historia”. En: **J Le GOFF, R. CHARTIER, J. RAVEL (dirs.);** *La nueva historia*. Mensajero, Bilbao, 1988.

**NORA;** *Les lieux de la memoire*. LOM Ediciones, Santiago, 2009 (Primera edición, París, 1984-1986-1992).

**NOYA, Javier;** *La imagen de España en América Latina*. Tecnos, Madrid, 2009, p. 34.

**OFFE, Clauss;** *Partidos políticos y nuevos movimientos sociales*. Ed. Sistema, Madrid, 1988.

**ORTEGA, Luis;** “Los límites de la modernización en Chile. Siglos XIX-XX. *Proposiciones* 24. Problemas históricos de la modernidad en Chile contemporáneo. Sur, Santiago de Chile, 1994.

**OTANO, Rafael;** *Crónicas de la transición*. Plantea, Santiago, 1995.

**OXHORN, Philip;** *Organizing civil society: The popular sector and the Struggle for democracy in Chile*. University Park: The Pennsylvania State University Press, 1995.

\_\_\_\_\_; “La paradoja del gobierno autoritario: organización de los sectores populares en los ochenta y la promesa de inclusión”. *Política*, n° 43, Primavera 2004, pp. 57-83.

**PARRA, Marcela;** “La construcción de los movimientos sociales como sujeto de estudio en América Latina”. *Athenea digital* 8, 2005 En: <http://psicologiasocial.uab.es/athenea/index.php/atheneaDigital/article/view/220/220>

**PEREYRA, Daniel;** *Del Moncada a Chiapas. Historia de la lucha armada en América Latina*. Ediciones ryr, Biblioteca militante, Buenos Aires, 2011.

**PÉREZ DE ARCE, Hermógenes;** *SI o NO. Qué puede pasar... ¿Habrá democracia en Chile?* Zig-Zag. Santiago, 1988.

**PÉREZ, Claudio POZZI, Pablo (Editores);** *Historia oral e historia política. Izquierda y lucha armada en América Latina, 1960-1990*. LOM, Santiago, 2012.

**PÉREZ HERRERO, Pedro;** *Auge y caída de la autarquía*. Colección Historia Contemporánea de América Latina Volumen V, 1950-1980. Editorial Síntesis, Madrid, 2007.

**PÉREZ LEDESMA, Manuel;** “Cuando lleguen los días de la cólera (Movimientos sociales, teoría e historia)”. En VV.AA. *Problemas Actuales de la Historia*, Ediciones U. de Salamanca, 1993.

**PERIS BLANES, Jaume;** *Historia del testimonio chileno. De las estrategias de denuncia a las políticas de la memoria*. Universitat de Valencia, Valencia, 2004.

**PÉROTI-DUMON, Anne;** “Enseñar el pasado latinoamericano cercano, o el presente de la historia en Chile. En **M. R. STABILI;** *Entre Historias y Memorias. Los desafíos metodológicos del legado reciente de América Latina*. AHILA, Vervuet, 2007, pp. 199-229.

**PINOCHET, Augusto;** *Camino recorrido. Memorias de un soldado*. Eigcent, Santiago, 1993. Tomo 3, vol. 1.

**PINTO, Julio, LEIVA Sebastián;** “Punto de quiebre: el MIR en los 80”. En, **V. VALDIVIA, et. Al;** *Su revolución contra nuestra revolución. Vol. II. La pugna marxista-gremialista en los ochenta*. LOM, Santiago, 2008.

**PIZARRO, Jorge;** *La movilización social en la lucha democrática: La asamblea de la civilidad en el año decisivo*. Tesis de Licenciatura en Historia, Instituto de Historia, Pontificia Universidad Católica de Chile, Santiago, 2003.

**PIZZORNO, Alejandro;** “Identidad e interés”. *Zona Abierta* N°69, Fundación Pablo Iglesias, Madrid, 1994.

**POLITZER, Patricia;** *La ira de Pedro y los otros*. Ed. Planeta, Santiago, Chile, 1998.

\_\_\_\_\_; *Miedo en Chile*. CESOC, Santiago, 1985.

**PONT VIDAL, Josep;** “La investigación de los Movimientos Sociales desde la Sociología y la ciencia política. Una propuesta de aproximación teórica”. *Paper 56*, Barcelona, 1998.

**POZO, Hernán;** “La participación en la gestión local para el régimen actual chileno”. En: **J. BORJA, T. VALDÉS, E. MORALES;** *Descentralización del Estado, movimiento social y gestión local*. FLACSO, Santiago, 1987.

**PREBISCH, Raúl;** *El desarrollo de América Latina y algunos de sus principales problemas*. CEPAL, Santiago de Chile, 1949. En internet: [http://prebisch.cepal.org/sites/default/files/2013/prebisch\\_el\\_desarrollo\\_eco.pdf](http://prebisch.cepal.org/sites/default/files/2013/prebisch_el_desarrollo_eco.pdf) Consultado en: 14-03-2014.

**PRESTON, Paul;** *El holocausto español*. Crítica, Madrid, 2012.

**Programa de Recuperación de barrios. SEREMI de Vivienda y Urbanismo,** *La Pincoya, nuestra historia de barrio*. SERVIU, Programa Quiero Mi Barrio e Ilustre Municipalidad de Huechuraba, Santiago. s/f.

**Programa Recuperación de Barrios; SEREMI de Vivienda y Urbanismo;** *Santa Adriana, 50 años de territorio y vida*. Ministerio de Vivienda y Urbanismo, Santiago, S/f.

**QUIJANO Aníbal;** “Dependencia, cambio social y urbanización en América Latina”. *Revista mexicana de Sociología*, Vol. 30, n°3, julio-septiembre 1968, pp. 525-570.

**QUINTANILLA, Rosa;** *Yo soy pobladora*. Talleres PIRET, Santiago, 1988.

**RADIC, Juan;** *Recordando desde La Caro. Historia y Memoria del Sector D, Población José María Caro*. Ministerio de Vivienda y Urbanismo, Gobierno de Chile, Santiago, 2018.

\_\_\_\_\_; “Entre la esperanza y la desilusión: Memorias de la lucha por la democracia en las poblaciones de Santiago”. *Revista Austral de Ciencias Sociales*, núm. 36, Valdivia, Jul-dic. 2018.

\_\_\_\_\_; “movimientos sociales y gobernanza en el siglo XXI. Repensando la democracia a través del 15-M”. En **A. ROVIRA (coord.);** *Gobernanza democrática* Marcial Pons, Madrid, 2013.

\_\_\_\_\_, “Protestas nacionales en Chile: aporías de acción popular”. En **VV.AA;** *Socializar conocimientos*. Icaria, Barcelona, 2011.

\_\_\_\_\_; “Movilización social y acción popular en Chile durante las protestas nacionales”. Tesis para de Máster en Historia Contemporánea, Universidad Autónoma de Madrid, 2009 (Inédito).

**RADIC, Juan, LANDAETA, Romané;** “Lo (im)posible de la justicia en materia de derechos humanos en el Chile postdictatorial: entre el olvido y la impunidad”. En: **J. I. RADIC, R. LANDAETA (coord.);** *Impunidad y derechos humanos en Iberoamérica: las deudas pendientes de las actuales democracias*. *Revista Historia y Justicia* 3, Santiago, septiembre 2014.

**RATIER, Hugo;** *Villeros y Villa Miseria*. CEAL, Buenos Aires, 1985.

**RAZETO, Luis et., al;** *Las organizaciones económicas populares*. PET, Santiago, 1986.

**REBOLLEDO, Javier;** *A la sombra de los cuervos. Los cómplices civiles de la dictadura*. CEIBO, Santiago 2015.

**RECABARREN, Luis Emilio;** *Ricos y pobres. La situación moral y social del proletariado y la burguesía*, LOM, Santiago, 2009.

**REVILLA, Marisa;** “Modelos teóricos contemporáneos de aproximación a los movimientos sociales”. Documento de trabajo, *Instituto de Estudios Sociales Avanzados, CSIC*, Madrid, 1994.

**RIQUELME, Alfredo;** “Política de reforma e imaginación revolucionaria en el Chile Constitucional 1933-1973. En **M. GONZÁLEZ ALEMÁN y E PALIERAKI (Comps.);** *Revoluciones imaginadas. Itinerarios de la idea revolucionaria en América Latina Contemporánea*. RiL editores, Santiago, 2013, pp. 153-156.

**RIQUELME, Alfredo;** *Rojo atardecer. El comunismo chileno entre dictadura y democracia*. Centro de Investigaciones Barros Arana, DIBAM, Santiago, 2009.

**RODRÍGUEZ, Alfredo;** “20 años de las poblaciones de Santiago”. *Proposiciones* 14, Sur, 1987, pp. 24-44.

**ROITMAN, Marcos;** *Tiempos de oscuridad. Historia de los golpes de estado en América Latina*. Akal, Madrid, 2013.

**ROJAS Jorge, VIERA GALLO, José;** “La doctrina de Seguridad Nacional y la militarización de la política en América Latina”. *Chile-América*, números 28-29-30, Centro de Estudios de Documentación, Roma, 1977.

**ROJAS NUÑEZ;** *De la rebelión popular a la sublevación imaginada. Antecedentes de la historia política y militar del Partido Comunista de Chile y el FPMR 1973-1990*. LOM, Santiago, 2011.

**ROJO, Grinor;** *Discrepancias de bicentenario*. LOM, Santiago, 2010.

**ROSAS, Pedro;** *Rebeldía, subversión y prisión política. Crimen y castigo en la transición chilena*. Septiembre Negro ed., 2011 (2° edición), pp. 38-42.

**ROUQUIE, Alain;** *El Estado Militar en América Latina*. Siglo XXI, México, 1984.

\_\_\_\_\_; *América Latina, Introducción al extremo Occidente*. Siglo XXI, México, 2001 (4° edición).

**RUDÉ George;** *Protesta popular y conciencia de clase*. Crítica, Barcelona, 1981 [1980].

\_\_\_\_\_; *La Multitud en la historia. Los disturbios populares en Francia e Inglaterra 1730-1848*. Editorial Siglo XXI, sexta edición, Barcelona 2010.

**RUIZ-TAGLE, Jaime;** *El movimiento sindical chileno después del plan Laboral*, PET, Santiago, 1984, p.14.

**S/A;** *El Ladrillo. Bases de la política económica del Gobierno Militar Chileno* (Prólogo Sergio de Castro). CEP, Centro de Estudios Públicos, Santiago, 1992.

**S/A.** *Libro blanco del cambio de gobierno en Chile*. Ed. Lord Cochrane S.A. Santiago, 1974.

**SADER, Emir, JINKINGS Ivanna;** *Enciclopedia Contemporánea de América Latina y el Caribe*. AKAL, Madrid, 2009,

**SALAZAR, Gabriel;** *Violencia Política Popular en las Grandes Alamedas*. LOM, Santiago, 2006 (2° ed.) [1990].

\_\_\_\_\_; “Historiografía y dictadura en Chile (1973-1990)”. *Cuadernos Hispanoamericanos*, Centro Iberoamericano de Cooperación, Madrid, 1990; ver también *La historia desde abajo y desde dentro*. Facultad de Artes, Universidad de Chile, Santiago, 2003, pp. 47-56.

**SALAZAR, Gabriel, PINTO Julio;** *Historia Contemporánea de Chile*. Tomo I. LOM, 1999.

\_\_\_\_\_; *Historia Contemporánea de Chile II. Actores, identidades y movimiento*. LOM, Santiago, 1999.

**SALAZAR, Gabriel, GREZ, Sergio (Comp.);** *Manifiesto de historiadores*. LOM, Santiago, 1999.

**SALAZAR, Manuel;** *Las letras del horror. Tomo I La DINA*. LOM, Santiago, 2011.

\_\_\_\_\_; *Las letras del horror. Tomo II: La CNI*. LOM, Santiago, 2012.

- SALAZAR Mauro. VALDERRAMA, Miguel (coomp.);** *Dialectos en transición. Política y subjetividad en el Chile actual*. LOM ediciones, Universidad Arcis, Santiago, 2000.
- SAMANIEGO, Augusto;** “Octubre al rojo: fulgor y agonía de la “unidad de los trabajadores”. *Centro de Estudios Miguel Enríquez, CEME,* Santiago, s/f.  
[http://www.archivochile.com/S\\_Allende\\_UP/doc\\_sobre\\_gob\\_UP/SAgobsobre0024.pdf](http://www.archivochile.com/S_Allende_UP/doc_sobre_gob_UP/SAgobsobre0024.pdf)
- SANTOS, Milton;** *Metamorfosis del Espacio habitado*. Oikos Tau, Barcelona, 1996.
- SCHNEIDER;** “Las movilizaciones de las bases. Poblaciones marginales y resistencia en Chile autoritario”. *Proposiciones* 19, Santiago, 1990, pp. 223-243.
- SCHNEIDER;** *Shantytown protest in Pinochet's Chile*. Philadelphia Temple University Press, 1995.
- SCULLY, Timothy;** *Los partidos de centro y la evolución política chilena*. CIEPLAN, U. Notre Dame, 1992.
- SEN Amartya;** *Identidad y violencia. La ilusión del destino*. KATZ editores, Madrid, 2007.
- SEOANE, José (Comp.);** *Movimientos sociales y conflicto en América Latina*. FLACSO, Buenos Aires, 2003.
- SERNA Justo, PONS Anacleto;** *La historia cultural. Autores, obras, lugares*. Akal, Madrid, 2005, p. 38.
- SHORTER, Edward, TILLY Charles;** *Las huelgas en Francia 1830-1968*. Ministerio de Trabajo y Seguridad Social, Madrid, 1985.
- SOUSA SANTOS, Boaventura;** “Una cartografía simbólica de las representaciones sociales. Prolegómenos a una concepción posmoderna del derecho”. *Revista Nueva Sociedad* núm. 116, nov-dic 1991, pp. 18-38.
- SOTO CARMONA, Álvaro;** “La larga sombra del dictador”. *Stockholm review of Latin American Studies*. Issue, nº5 2009.
- SOTO, Oscar;** *Allende en el recuerdo*. Silex, Madrid, 2013;
- STABILI, Maria Rosaria;** *El sentimiento aristocrático. Elites chilenas frente al espejo (1860-1960)*. Andrés Bello y Centro de Investigaciones Barros Arana. Santiago, 2003.
- STERN Steve;** *Luchando por mentes y corazones. Las batallas de la memoria en el Chile de Pinochet. Libro 2 de la trilogía, La Caja de la memoria*. Ed. Universidad Diego Portales, Santiago, 2013.
- \_\_\_\_\_ ; *Recordando el Chile de Pinochet. En vísperas de Londres 1998. Libro uno de la trilogía. La Caja de la memoria del Chile de Pinochet*. Ed. U. Diego Portales, Santiago, 2009.
- SUBERCESEAU, Bernardo;** *Historia de las ideas y de la cultura en Chile. Desde la Independencia al Bicentenario*. VOL. III. Tomo V. p. 27. Universitaria, 2014. En internet. [www.ideasculturaenchile.cl](http://www.ideasculturaenchile.cl)  
 Consultado noviembre 2014.
- \_\_\_\_\_ ; “Historia de las ideas y la cultura en Chile e Hispanoamérica. Un enfoque en torno a los bicentenarios”. *Historia del Presente*, 15, II Época, Madrid, 2010. pp. 110-121.
- SUNKEL, Osvaldo, et. al;** *Inflación y estructura económica*. Paidós, Buenos Aires, 1967.
- SZNOL, Florinda;** “Geografía de la resistencia. Protesta social, formas de apropiación y transformación del espacio urbano en la Argentina”. *Revista Theomai*, nº 15, Quilmes, 2007.
- UNDIKS, A, (coord.);** *Juventud urbana y exclusión social. Las organizaciones de la juventud poblacional*. Humanitas-FOLICO, Buenos Aires, 1990.
- TAPIA VALDÉS J. A.;** *El terrorismo de Estado. La Doctrina de Seguridad Nacional en el Cono Sur*. Nueva Sociedad/ Nueva Imagen. México D.F, 1980, En internet: [www.blest.eu.biblio/tapia2/index.html](http://www.blest.eu.biblio/tapia2/index.html)  
 Consultado marzo 2015.
- TARROW, Sidney;** *El poder en movimiento los movimientos sociales, la acción colectiva y la política*. Editorial Alianza, Madrid, 1998.

**THOMPSON Edward Palmer**; *La formación de la clase obrera en Inglaterra*. Capitán Swing, 2012 [1960];

\_\_\_\_\_; *La Economía moral de la multitud en la Inglaterra del siglo XVIII*, en: **THOMPSON, E.P.**; *Costumbres en común*, Barcelona, Crítica, 1995.

\_\_\_\_\_; *Tradición, revuelta y conciencia de clase*. Crítica, Barcelona, 1979.

**TILLY, Charles, WOOD Leslie**; *Los movimientos sociales, 1768-2008. Desde sus orígenes hasta Facebook*. Crítica, 2010.

**TILLY, Charles**; *The Contentious French. Four Centuries of popular Struggle*. Cambridge, The Belknap Press of University Press, 1986.

\_\_\_\_\_; "Social Movements and National Politics", en Charles Bright y Susan Handing (eds.) *Statemaking and social movements*. Ann Arbor, The University of Michigan Press, 1984.

**TIJOUX María Emilia**; "La inscripción de los cotidiano: Los *Murales* de la población La Victoria". *Actual Marx Intervenciones*, n°8 (2)2009, Santiago, pp. 143-153.

**TIRONI, Eugenio**; *Autoritarismo, modernización y marginalidad. El caso de Chile*. Sur ediciones, Santiago, 1990.

\_\_\_\_\_; "Marginalidad, movimientos sociales y democracia. Propositiones 14, Santiago 1987.

\_\_\_\_\_; "El problema de la democracia". *Revista Krítica*, núm. 6. Santiago, 1987.

\_\_\_\_\_; "Pobladores e integración social". *Proposiciones* 14, Sur, Santiago, 1987.

**TODOROV, Tzvetan**. *El miedo a los bárbaros*. Galaxia Gutemberg, Madrid, 2008.

**TOURAINE, Alain**; *América Latina. Política y sociedad*. Espasa Calpe, Madrid, 1989.

\_\_\_\_\_; "La centralidad de los marginales". *Proposiciones* 14, Santiago de Chile, 1987.

\_\_\_\_\_; *Crítica de la modernidad*. Temas de hoy. Madrid, 1993.

**TRAVERSO, Enzo**; *La historia como campo de batalla. Interpretar las violencias del siglo XX*. Fondo de Cultura Económica, México, D.F, 2013.

**TREBITSCH, Michel**; "El acontecimiento, clave para el análisis del tiempo presente". *Cuadernos de Historia Contemporánea*, Núm. 20, Universidad Complutense, Madrid, 1998.

**VALDÉS, Teresa**; *Venid, benditas de mi padre. Las pobladoras, sus rutinas y sus sueños*. FLACSO, Santiago, 1988.

\_\_\_\_\_; "El movimiento de pobladores 1973-1985. La recomposición de las solidaridades sociales". FLACSO, Santiago, 1987.

\_\_\_\_\_; *Las mujeres y la dictadura militar*. Documento de discusión núm. 94, FLACSO, Santiago, 1987.

**VALDÉS, Teresa WEINSTEIN, Marisa**; *Mujeres que sueñan: Las organizaciones de pobladoras en Chile: 1973-1989*. FLACSO libros, Santiago, 1993.

**VALDÉS Ximena, REBOLLEDO VENEROS Diana, VALDÉS, Teresa**; "El movimiento social de mujeres: memoria, acción colectiva y democratización en Chile en la segunda mitad del siglo XX". En: **M. GARCÉS, et. Al**; *Memorias para un nuevo Siglo. Chile, miradas a la segunda mitad del siglo XX*. LOM, y ECO, Santiago, 2000.

**VALDIVIA ORTIZ DE ZÁRATE**; *El golpe después del golpe. Leigh versus Pinochet*. LOM ediciones, Santiago, 2003.

**VALDIVIA Verónica, ÁLVAREZ Rolando, DONOSO Karen**; *La alcaldización de la política. Los municipios en la dictadura pinochetista*. LOM. Santiago, 2012.

**VALDIVIA Verónica, ÁLVAREZ Rolando, PINTO Julio, DONOSO Karen, LEIVA Sebastián;** *Su revolución contra nuestra revolución. Tomo II.* LOM, Santiago, 2009.

**VALENZUELA, Arturo;** *El quiebre de la democracia en Chile.* FLACSO, Santiago 1978.

**VALENZUELA, Eduardo;** *La rebelión de los jóvenes (un estudio sobre la anomia social).* Editorial SUR, Santiago, 1984.

**VEKEMANS Roger;** “La marginalidad en América Latina: un ensayo de conceptualización”: DESAL, En; VV.AA; *Población y familia en una sociedad en transición.* Troquel, Buenos Aires, 1970.

\_\_\_\_\_; *La marginalidad en América Latina: un ensayo de conceptualización.* DESAL, Santiago, 1970.

**VEKEMANS, Roger, VENEGAS, Ramón;** “Marginalidad y Promoción Popular”. *Revista Mensaje* 149, Santiago, 1966.

**VELÁZQUEZ RIVERA Edgard de Jesús;** “Historia de la Doctrina de Seguridad Nacional”. *Convergencia. Revista de Ciencias Sociales.* Vol. 9, Núm. 27, 2002, Universidad Autónoma del Estado de México, Toluca, pp. 11-38.

**VERDUGO, Patricia;** *Bucarest 187.* Sudamericana. Santiago, 1999.

\_\_\_\_\_; *André de La Victoria.* Aconcagua, Santiago, 1985.

**VEYNE, Paul;** *Cómo se escribe la historia. Foucault revoluciona la historia.* Alianza editorial, Madrid, 1984.

**VITALE, Luis et. al;** *Para recuperar la memoria histórica: Frei, Allende y Pinochet.* Editorial Chile América, CESOC, Santiago, 1999.

**VITALE, Luis;** *Los discursos de Clotario Blest y la revolución chilena.* POR, Santiago, 1961.

**VON HAYEK, Friedrich;** *Camino de servidumbre.* U. Autónoma de Centroamérica, Costa Rica, 1986.

**VV.AA;** *Crónicas de una iglesia liberadora.* LOM ediciones, Santiago, 2011.

**VVAA;** *Otro Chile es posible.* Le Monde Diplomatique. Santiago, 2012

**WEINSTEIN, José;** *Los jóvenes pobladores en las protestas nacionales.* CIDE, Santiago, 1985.

**WINN Peter;** *La revolución chilena.* LOM, Santiago, 2013.

\_\_\_\_\_; *Tejedores de la revolución. Los trabajadores de Yarur y la vía chilena al socialismo.* LOM, Santiago, 2004.

**ZAMORANO, Raúl;** *Entre la teoría y la acción. Dilemas sobre la acción colectiva popular, Santiago de Chile 1988-1992.* Universidad Pedagógica Nacional, Casa Juan Pablos, Ciudad de México, 2001.

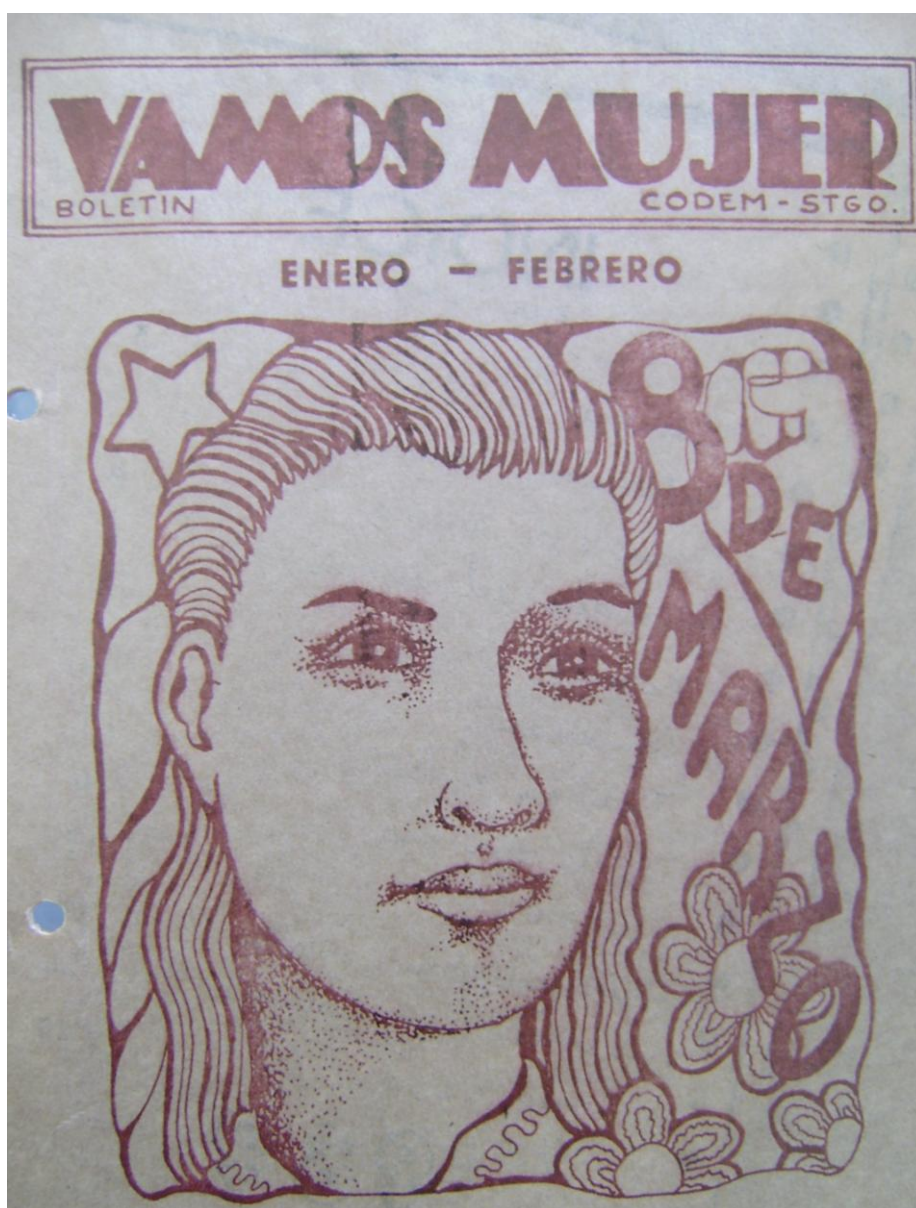
**ZEALUIS;** *América con Conciencia,* UNAM, México, 1953.



## ANEXOS

**Anexo 1.** Boletines populares de organizaciones de base. Fondo Organizaciones Sociales, Archivo Nacional de la Administración (ARNAD).

Boletín , **Vamos Mujer** del CODEM (Consejo de Defensa de la mujer, Zona Sur (sector Caro Ochagavía).



# ¡CINCO AÑOS!



Para recordar Nuestro 5º Aniversario, queremos contarles la historia de nuestra organización. No pretende ser un análisis acabado, sino que dar a conocer nuestro pasado y reforzar nuestra decisión de lucha para seguir adelante con fuerza en nuestro sexto año.

Hace 5 años, 1980, llevábamos ya 6 años de dictadura, es decir, de represión, de temor, de sufrimientos, y también de lucha, porque nunca los chilenos aceptamos lo que los militares y la burguesía nos imponían: desde el 11-IX-73 hubo quienes se levantaron para combatir contra los opresores, muchas, demasiadas veces, a costa de su vida.

"El CODEM es una organización de mujeres que agrupa en su mayoría a mujeres pobladoras. Se inició el 18 de febrero de 1980. El interés en organizarnos era de motivar a la mujer de la población, la mujer más marginada, a que se organizara y se diera cuenta del problema social que estaba viviendo el país en esos momentos. Se funda con mujeres de distintos lados y nos juntamos en una iglesia. La mayoría de estas mujeres son cristianas y su compromiso parte de su visión de fe con la vida. Había algunas religiosas.

La aparición de esta nueva organización de mujeres se dio con una conferencia de prensa en la casa de Don Clotario Blest, con él presente. Salimos publicadas en los diarios. En ese momento nosotros veíamos en el CODEM nuestra gran esperanza como mujeres pobladoras. Para nosotras ese período fue una cosa muy importante. Era como un CODEPU chiquitito, pues nos juntábamos con los representantes de los presos políticos, de los ejecutados, representantes sindicalistas, estudiantes y de bolsas de cesantes. Las reuniones eran realmente ricas porque uno se enteraba de todo el acontecer del diario vivir. En el inicio de la organización había compañeras responsables de los distintos puntos de las zonas de Santiago: Norte, Sur, Este, Oeste.

En nuestras primeras reuniones, para pagar la movilización, cada una revisaba sus carteras y juntaba sobre la mesa las monedas. A la que le faltaba, sacaba plata. Empezamos haciendo el Boletín. Al mes de vida ya teníamos uno. No teníamos mucha experiencia pero recogimos cosas y las poníamos en unas hojitas y salía bastante bonito. El primer número fueron 800 ejemplares porque fue para un 8 de marzo, el Día Internacional de la Mujer.

Como CODEM, el primer trabajo que se hizo fue en cuanto a la salud. En ese tiempo se dejó el servicio de seguro obrero atrás y aparecían estas ISAPRES y

## YO LO VIVI ASÍ

Soy una joven madre soltera, y así como miles de mujeres no encuentro trabajo, trabajé en el PEM (durante dos años) hasta que se acabó. De esto hace un año que no tengo ninguna entrada económica. Ayer una vecina me avisó que hay inscripciones para el POJH, no tengo más remedio que ir, ya que no tengo como alimentar al niño. Estoy viviendo de la caridad de familiares.

Son las 4 de la madrugada, jueves 31 de Enero, me dirijo a la Municipalidad de Cerro Navia, las calles están vacías, tengo un poco de temor, nadie sabe qué puede ocurrir al doblar la esquina, iba con la esperanza de ser inscrita, hacía un poco de frío. Me voy corriendo, faltaban tres cuadras para llegar y ya se veía gente. Muchas de ellas habían pasado la noche ahí esperando, aún había fogatas que servían para calentarse las piernas acalambradas, el cuerpo de las mujeres, hombres y jóvenes, otros estaban sentados en el suelo envueltos en una frazada. Me puse en la fila, no eran 100 ó 200 personas, eran más de dos mil, me quedé a la espera de que abrieran la oficina. Yo estaba como a cuatro cuadras de la entrada ya que la cola daba vuelta la manzana.

Alrededor de las 7 AM aparecieron los pacos en dos micros, varios de ellos se bajaron del vehículo y comenzaron a ordenar la fila, ¿ordenar? provocar; uno de ellos se dirigió a todos nosotros en voz alta: "sólo se atenderá a 400 personas y aquí hay más de tres mil". Nadie se movió, todos los que ahí estábamos deseábamos ser inscritos, ya que era el último día para ello. Comenzaron a insultarnos, a echarnos a empujones. Una mujer de edad les dijo que esa no era manera de tratar a la gente, discutieron, se la llevan detenida, los demás también reclamamos al ver que se la llevaban, era injusto no había motivo para ello; en medio de nuestra protesta comenzaron a disparar al aire, a apalear a quien dijera algo, detienen a un joven, lo golpean, lo patean, luego lo echan a la micro, lo siguen pateando, lo dejaron inconciente en el piso, la gente comienza a gritarles "asesinos, asesinos" y ellos continúan apaleando y disparando perdigones. Detienen a una pareja de pololos que iban pasando, a él lo golpean y ella les grita: asesinos, bestias, mal nacidos, etc., también los detienen. Una mujer decidida lanza una piedra, con todas las fuerzas de su ser, le pega a un paco, éste se tambalea y se sienta en el suelo, los demás arremeten contra la gente dando palos y disparando, le pegan a una señora, la dejan botada en el suelo inconciente, la mujer no reacciona, los pacos la toman y la llevan al consultorio, media cuadra más allá, y la dejan sola ahí. La gente sigue gritando "asesinos, asesinos", ellos continúan apaleando, llega otra micro con pacos, cercaron el sector. Las dueñas de casa y los niños en pijama se asoman a las puertas y ventanas, están asustados, indignados por lo que está ocurriendo, no saben que hacer.

Mientras ocurre todo esto, se repartieron los números, NO ALCANCE. Se llevaron a los detenidos, me voy para la casa. Dos micros con pacos se quedaron resguardando el municipio.



# ...PREPARADAS... EN SALUD

## QUEMADURAS

Si nos toca atender a alguna persona con quemaduras debemos hacer lo siguiente:

- 1.- Retirar la ropa alrededor de la quemadura.
- 2.- Si se queja de dolor, dar algún analgésico (aspirina o dipirona).
- 3.- Lavar con agua fría, OJALA RECIEN HERVIDA.
- 4.- Cubrir con gasa, apósitos o trapos BIEN LIMPIOS. INO USE ALGODON!
- 5.- Si la quemadura es muy grande, la persona tiene que tomar mucho líquido las siguientes 48 horas.

**IMPORTANTE:** No coloque ninguna cosa encima de las quemaduras, ni aceite, ni harina, ni pasta de dientes, ni polvos, ni antibióticos, etc. NADA.

También debemos saber distinguir el grado de la quemadura.

### TIPOS DE QUEMADURAS:

**PRIMER GRADO:** Afecta la superficie de la piel; se ve enrojecida y un poco hinchado, por ejemplo: la quemadura con agua caliente.

Tratamiento: Echarle agua de la llave, colocar un trapo o gasa bien limpios.

**SEGUNDO GRADO:** Afecta la superficie y un poco más por debajo de la piel; enrojecimiento, hinchazón y ampollas enteras o rotas, por ejemplo: quemaduras por aceite hirviendo.

Tratamiento: Colocar una gasa o trapo bien limpios y trasladar para atención médica.

**TERCER GRADO:** Afecta la piel, músculos, tendones, huesos, etc., por ejemplo: quemaduras por accidentes de tráfico o por metales al rojo.

Tratamiento: No colocar nada, trasladar rápidamente para atención médica.

Es bueno tener preparados estos trapos. Se lavan bien y se planchan con plancha bien caliente, luego se guardan en una bolsa limpia y se cierra.

## VAMOS MUJER

BOLETIN CODEM SANTIAGO - CHILE

SEPTIEMBRE - OCTUBRE - NOVIEMBRE - DICIEMBRE

Nº 6

AÑO 5



# **EDITORIAL**

El año que termina fue un año difícil. Muchos son los compañeros caídos en la lucha contra la dictadura. Pero también fue un año de avances en la unidad y la decisión. Los estudiantes, los profesionales, los portuarios, transportistas empiezan a sumarse con gran fuerza a las filas de los demócratas. ¿Y nosotras las mujeres? Si bien hemos estado presente en las protestas y las movilizaciones en la olla común y en los paros, todavía no lo vamos a tener la presencia fuerte y clara que nos corresponde. Creemos que esta debe ser la tarea de este año. Así como los estudiantes luchan por la democratización de las universidades y los médicos contra el desabastecimiento en los hospitales nosotras debemos luchar por nuestras reivindicaciones específicas como mujeres: por puestos de trabajo dignos, por que se nos devuelva el fuero maternal por un nuevo Código Civil que haga posible el divorcio y que proteja realmente a la mujer y a los hijos, porque hayan salas cunas para los hijos de las mujeres que trabajan, porque en los hospitales se nos dé una atención humana cuando vamos a dar a luz, porque en los consultorios se nos entreguen anticonceptivos gratis, por que se reconozca el valor del trabajo doméstico...

Son tantos los derechos que tenemos que conquistar que ya es hora de que alcemos nuestra voz. Debemos impulsar una plataforma de la Mujer que sea recogida por los Partidos Populares, para que se reconozca al fin todo lo que como parte del pueblo que somos, podemos aportar y podemos ganar.

## **"BOMBAS CAGATIVAS"**

Se llaman así a unas bombas de gases que, además de hacer llorar, dan dolores de guata y diarrea.

Si alguien está en contacto con el humo de una de estas bombas, siente los siguientes síntomas:

1. Dolores de guata y como "retorcijones", que empiezan rápidamente y evan en aumento en minutos.
2. Ganas de hacer caca de inmediato.
3. Aumento del sudor y la transpiración.
4. A veces el corazón late más rápidamente.

## **LO QUE SE DEBE HACER**

1. Ir donde el Monitor de salud que tiene el botiquín.

2. El Monitor debe darle agua o suero fisiológico (un litro de agua hervida y fría, con una cucharadita chica de sal); por lo menos se le debe dar un litro en diez minutos, a beber de a sorbos, ya que se produce una gran deshidratación.
3. Dar a los adultos una tableta de Espasmolítico, repitiendo la dosis a la media hora si los síntomas no pasan. Si no tiene Espasmolítico, déle una infusión de Chamico (o "Papa del Diablo").
4. Si son niños menores de diez años, es conveniente que lo examine un Monitor con más experiencia, para que indique lo que se debe hacer.
5. Control del enfermo en una hora.
6. Llevar a la Posta si los síntomas no ceden.



# YO LO VIVI ASI

El 15 de Octubre, "Día de Movilización Solidaria" en mi población había barricadas en las principales calles, lo cual obligó a las fuerzas represivas a mantenerse en ellas casi de punto fijo porque al ser despejadas por los carabineros o militares, inmediatamente eran levantadas otras.

También se realizó una marcha al interior de nuestra población con escasa participación de pobladores en comparación con otras que se han hecho.

Justamente cuando se estaba desarrollando la marcha aparecieron los pacos en un furgón, por lo que los que estábamos ahí arrancamos hacia diferentes partes, nosotros lo hicimos hacia una calle por donde también venía otro furgón de pacos, el que no habíamos visto. Por lo que nos vimos obligados a meternos en un pasaje, donde se habrían las puertas para que nos refugiáramos. Sin embargo, un niño no mayor de 16 años no alcanzó a esconderse y fue perseguido por el furgón, los pacos lo alcanzaron sólo por que este muchacho se cayó.

La golpisa que le dieron los pacos fue tan brutal, que los que estábamos mirando no soportamos tanto castigo en una persona indefensa, lo primero que hicimos fue gritarles "pacos asesinos degolladores", y lanzarles piedras, pero a pesar de esto los pacos le seguían pegando como embrutecidos, por lo que la gente empezó a salir de sus casas y perdiendo el miedo se fué acercando hacia los pacos gritándoles que lo soltaran, que lo dejaran y a la vez tirándoles piedras. Llegó un momento en que los pacos fueron rodeados por alrededor de 30 personas en su mayoría mujeres, que al ver cómo se encontraba de atontado y sangrante, comenzaron a empujar y a arrebatárselo a los pacos. Los verdes al ver la cantidad de gente y las piedras y rasguños que recibían, optaron por abandonarlo y arrancar en el furgón todo abollado.

Una vez rescatado el muchacho, fue llevado a una casa donde se le curó y se le brindó descanso, dado que no podía sostenerse en pie.

En estos hechos es cuando uno aprecia la solidaridad, simpatía y apoyo que brindan los pobladores a las jornadas de movilización, aunque no estén participando activamente en ella; y dónde también uno percibe que ante tanta brutalidad e injusticia la gente pierde el miedo y es capaz de arriesgar su integridad física por defender la vida y rebelarse contra los que reprimen, castigan y torturan a nuestro pueblo.

♀♀♀

17

## TESTIMONIOS

### ODIO.

El día 5 de Noviembre de 1985 toda la población se preparaba para ese día de protesta, estaban listas las compañeras de la olla común con todos sus elementos, mientras los jóvenes se juntaban en la calle en las esquinas. Todo estaba tranquilo, cuando empezaron a pasar por la carretera camiones llenos de militares, iban dejando grupos de soldados en cada esquina y entradas principales. Frente a nuestra calle donde estaba la olla común dejaron un grupo de soldados.

Pensamos: Si se dan cuenta de la existencia de la olla común seguramente llegarán más tropas y nos darán vuelta la comida, dispersarán a la gente, mujeres y niños que están allí.

Luego nos pusimos de acuerdo: decidimos hacer algo, un grupo de muchachos y niñas se acercaron de a poco, amistosamente a los soldados les preguntaron si estaban cansados, con el traje de la protesta ¿de dónde eran? ¿Que estaban haciendo allí? Eran del Norte, estaban haciendo el servicio militar. Los muchachos de la población les contaron a su vez que ellos tenían hermanos haciendo el servicio en el Norte. Les preguntaban si acaso no pensaban que al disparar, no podrían matar a un amigo.

Les ofrecieron jugo para la sed, al principio los conscriptos tenían desconfianza. Les contestaron que les aceptaban pero que primero ellos tomaran un poco de jugo; así lo hicieron y al ver que no había

peligro de ser envenenados, se lo tomaron alegremente.

Mientras esto sucedía, la olla común funcionaba sin problemas.

Al atardecer llegaron los oficiales y al ver que los soldados estaban tan cerca de los muchachos pobladores, les dijeron a los soldados: ¿Y esos qué hacen? ¡Detenganlos! ¡Regístenlos! Los soldados los empujaron a un rincón, registrándolos de malas ganas.

Los oficiales parece que notaron la falta de ferocidad en los soldados. Dirigiéndose a los muchachos pobladores les gritaron:

¡Ya, huevones! ¡Al suelo!

Cuando estaban de guata en el suelo, dirigiéndose a los soldados, el oficial gritó:

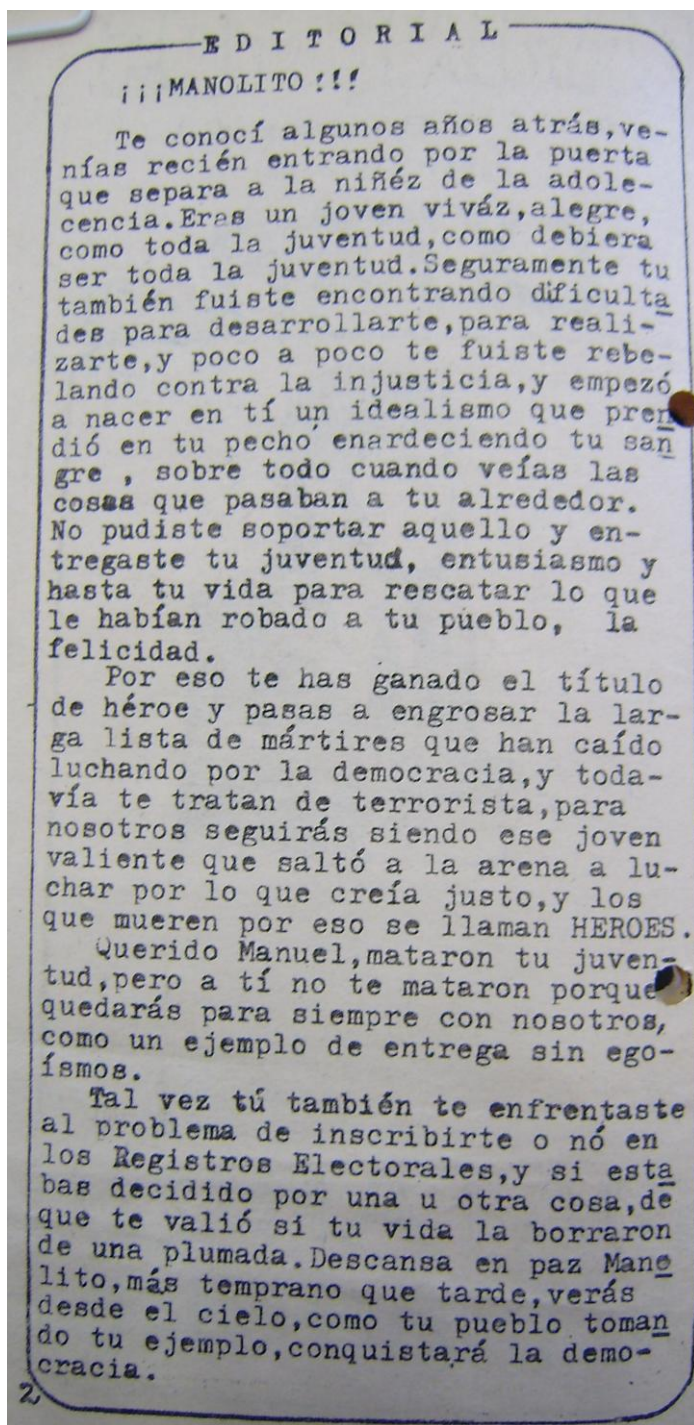
¡Ya Uds. ¡ Salten encima de éstos concha de su madre! Los soldados titubearon. ¡Yal! ¡Rápido! ¡Si no quieren irse presos junto con estos c...! Gritó el oficial como un energúmeno.

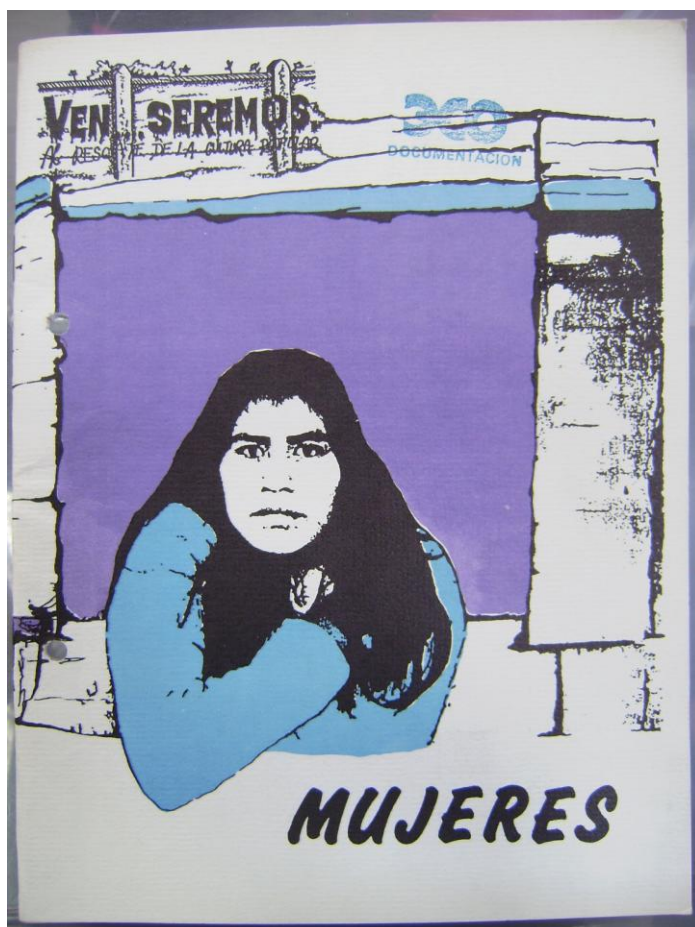
Los soldados en vez de saltar encima de los muchachos, se fueron andando saltándose a algunos.

Los oficiales al ver que no podían sacar odio a los pobladores en los soldados, los dejaron irse y se fueron ellos también. Al rato llegaron los pacos de las fuerzas especiales comenzando a reprimir brutalmente a la población.









PRESENTACION

+

¡ MUJER!!

Este boletín nace de ti y para ti. Es la expresión de tus vivencias, de nuestras vivencias, del esfuerzo realizado desde cada una de nosotras en nuestras poblaciones, a lo largo de los últimos años, para reencontrarnos con nuestra identidad de mujeres pobladoras, para levantar nuestro taller como organización poblacional y crear nuestra coordinación sectorial.

No pretende encerrar en pocas páginas toda la vida que hay en ti, en tu grupo, en los sectores, porque la vida no es posible encasillarla ni reducirla a unas hojas de papel, pero... sentimos la necesidad de recoger pedacitos de esta vida, para que al expresarla acá nos ayude a valorar lo que ha sido este largo, lento y desafiante caminar.

El valor que tiene esta experiencia es que ha nacido de nuestros anhelos y necesidades, de nuestras búsquedas e incertidumbres, de nuestros deseos de conocer y aprender; es la historia de pequeñas organizaciones, poco reconocidas, pero que no se han detenido en su caminar. Historia de pequeñas organizaciones, vividas y pensadas por las propias mujeres, mientras aprendemos a salir del encierro y anonimato que hasta ahora hemos sido sometidas.

Este boletín es sólo un primer paso de otros que juntas podremos dar en el futuro. Tus testimonios que aquí aparecen son la fuerza y el sentido de este trabajo. Léelo, compártelo con tu familia, con tu taller, tu población. Aprende a valorar lo que en forma tan sencilla estás haciendo, anímate a seguir escribiendo, para que la historia también se escriba desde nuestros sectores, olvidados y marginados de las grandes decisiones.

5



## ¡¡COMPORTESE COMO MUJERCITA!!

SIN YO DECIDIRLO, NACI MUJER! y sin apenas decidirlo, he vivido y he sufrido también las consecuencias de haber nacido y SER MUJER.

Cuando niña mi mamá me decía: "Hija, compórtese... usted es mujercita", "tiene que actuar siempre como mujercita, en todas sus cosas".

Siempre yo me preguntaba ¿Qué hacer para comportarme como mi mamá quería? ¿Qué hacer para comportarme de acuerdo a lo que los demás esperaban de mí?... y... así fui viviendo la vida sin comprender apenas esta frase tan escuchada y tan difícil de entender en mi infancia: "HIJA, COMPORTESE COMO MUJERCITA".

Quizás la fui descubriendo cuando mis hermanos tenían la posibilidad de salir a fiestas, sin pedir permiso, mientras yo tenía que regresar cuando se escondía el sol.

Quizás la fui descubriendo cuando el papá le pegó a la mamá, porque se atrasó el almuerzo y él estaba con hambre.

Quizás la fui entendiendo el día que en la escuela el profesor destacó el talento de Raúl que por su condición de hombre superaba a "muchas niñas mediocres" de la escuela.

Quizás la he ido descubriendo hoy, que con el paso de los años, al intentar ser esposa y compañera, me he sentido condicionada, limitada, relegada a las puras tareas del hogar, sin posibilidad de amistad, diálogo, comunicación real, porque mi condición de mujer no me posibilita ser un igual a mi pareja. Y siempre recuerdo la frase de mi mamá: "Hija, compórtese, usted es mujercita".

Esta frase, tantas veces escuchada, la fui haciendo mía, formaba parte de mí... COMPORTESE.

## ... Y ME ENSEÑARON LO QUE SIGNIFICABA COMPORTARSE COMO MUJERCITA..."

### ¿Y QUE HA SIGNIFICADO COMPORTARME?

Disimular el descontento, cuando mis hermanos por ser hombreritos eran los preferidos, tenían privilegios, como algo natural... habitual.

Reprimir mi enojo frente a las injustas afirmaciones de mi profesor.

Acallar hoy mi angustia y mi rabia, cuando mi compañero en tono despectivo me dice... "Viejita, usted quédese calladita mejor, porque no es tema de mujeres hablar de lo que pasa en el mundo, hablar de política. Sus temas son la casa y la familia..."

DISIMULAR, REPRIMIR, ACALLAR...



femenina humilde pasiva dulce abnegada sumisa coqueta obediente femenina hu

### ¿SERA ESTO EL COMPORTARSE COMO MUJERCITA?

Los años me han hecho evidente lo que desde niña intuía como verdadero: Que los seres humanos no tenemos igualdad de oportunidades ni vivimos en igualdad de condiciones, que hay diferencias y privilegios entre nosotros, fruto de situaciones y sistemas establecidos a través de la historia, en Sociedades donde las mujeres hemos quedado relegadas a las tareas del hogar cumpliendo fielmente las funciones de "esposa y madre". Pero, constatación de este

hecho es, a su vez, un desafío llamado. Con lealtad y con esperanza, con fe en el futuro, trabajemos para construir una cultura y una Sociedad más igualitaria y solidaria, donde podamos "aportar como mujeres" y no "comportarnos como mujercitas", construyendo este Chile del mañana, que juntos, hombres y mujeres, como compañeros, queremos hacer realidad desde ya...





ESTAN EN LAS POBLACIONES, EN LOS SINDICATOS, EN LAS PARROQUIAS O EN LAS CALLES, SON LAS OLLAS COMUNES. TODOS SABEMOS QUE SON, PARA QUE SIRVEN Y POR QUE EXISTEN. (PORTAVOZ N°5)

LAS IMPULSAN TODAS AQUELLAS ORGANIZACIONES POPULARES QUE EN UN MOMENTO DETERMINADO SIENTEN EL PESO DEL MODELO ECONOMICO IMPERANTE.

ESTE NUMERO ESTA DEDICADO A LA OLLA COMUN DE LA "JOSE MARIA CARO", PERO EN UNA FORMA DISTINTA, MAS REAL, MAS HUMANA, DESTACANDO NO EL HECHO SINO MAS BIEN A SUS PROTAGONISTAS, VIENDO NO SOLO AL GRUPO SINO MAS ALLA, VIENDO LA ESPERANZA DE CADA UNO Y TAMBIEN LAS INQUIETUDES.

POR ULTIMO, SOLO NOS QUEDA LA CONSTANCIA, QUE EN LA FORMA COMO ESTA ESCRITA, ES LO QUE LE DA LA NUEVA VISION Y PERMITE UN ACERCAMIENTO A LA REALIDAD OBJETIVA (SOBRETUDO) ESTE MODO DE ESCRIBIR LO DENOMINAMOS "PERIODISTICO LITERARIO POPULAR". CREEMOS QUE ES MUY IMPORTANTE ESTIMULAR ESTE MODO DE ESCRIBIR Y NOSOTROS LO HACEMOS.

EL PORTAVOZ



DECLARESE :



DOCUMENTACION

SE PINTARAN TODAS LAS MURALLAS  
Y SERA EL TESTIMONIO DE SU LIBERTAD



n°6 Octubre 86

# LIRA poblacional

enero 1985

Con toda su realidad  
un nuevo año se inicia  
vendrán nubes de injusticia  
habrán lluvias de verdad,  
brotará la hermandad  
y florecerá la entrega;  
en pañales, mamaderas  
en carretas, en camiones  
en los brazos, en vagones  
van las esperanzas nuevas.

300 DOCUMENTACIÓN

## ¡saludamos al año de la juventud

### JOVENES VIDAS CAEN ESTE OTOÑO

En esta primera edición  
de la LIRA POBLACIONAL  
va el sentimiento y valor  
de los que se saben arriesgar.

De los que se saben arriesgar  
por la libertad sin límites  
está la acción sin va ilar  
de jóvenes estudiantes.

De jóvenes estudiantes  
hoy tenemos ejemplo puro  
son la herida más penzante  
que se irá por el futuro.



se hace lo que se puede lo que no se puede se intenta

## CREACIONES

### MANIPULAR.

COMO	NO...
SI TODO	todos
TENIAMOS	EL MISMO
MI EDO	QUERIA
NINGUNO	TAMPOCO
YO	QUE
Y CREO	MODA
DE ALGUN	ASI
NO FUE	TE OBLIGO
NADIE	hiciste
Y SI LO	TENIAS
FUE PORQUE	EN FIN
CONCIENCIA	A TODOS
CREO QUE	costo
VOS	importante
Y LO	lo logramos
ES QUE	te sientes
Y SI HOY	porque no
ASI ES	guardamos
EL GRAN PASO	VALORAS
Y.	
que os	claro
BUENO Y	importante
NO ME ESPLE	que aun
ME CUESTA	porque huerda
NADIE ME MANIPU	deciese que
SI NADIE CLARO	LA

excepto el sistema.

PALETE GORDO

**Anexo 2.** *Informes zonales de la Vicaría de la Solidaridad, acerca de la represión durante las protestas nacionales s víctimas, protestas y cartas del párroco de Santa Adriana Jesús Herrero, párroco Santa Adriana. Centro de Documentación y Archivo Vicaría de La Solidaridad (CDyAVS)Caja AT48 y 49, protestas*

## · INFORMES ZONALES

· VICARÍA DE LA SOLIDARIDAD. ARZOBISPO.

DE SANTIAGO

(CASA AT. 49, PROTESTAS. CD, AV'S



A Juan Eduardo Guarda Sáez, con quien conviví durante más de cinco años, y tuve cuatro hijos en común, fue muerto por militares el día 11 de agosto de 1983 a las 21 hrs.

Ese día, mi hija de 3 años de edad Elizabeth del Carmen había sufrido un accidente, producto del cual tuvo una herida en la boca. La llevamos a la Posta del Hospital Roberto del Río, donde se le suturó la herida, y fue devuelta a casa. Más tarde, cuando ya se había dado el toque de queda a las 18,30 hrs., nuestra niña comenzó a sentir fuertes dolores y fiebre. En nuestra casa no teníamos ningún medicamento.

La angustia llevó a Juan Eduardo a decidirse a salir de la casa en busca de medicamentos para Elizabeth. Eran las 9 de la noche cuando amarró un paño blanco, grande, a un palo y comenzó a caminar por calle Inés de Suárez. Al llegar a la esquina de esa calle con Manuel Rengifo, a solo cuatro casas de la nuestra, aparecieron seis soldados. Juan Eduardo agitó su bandera blanca y los militares respondieron disparándole en la cabeza. Herido de muerte, cayó al suelo. Los militares siguieron disparando hacia otros lados de la población y luego se fueron. El padre de mis hijos quedó muerto en el suelo.

Los vecinos del sector de inmediato llamaron a Carabineros y a una ambulancia para que recogieran a la víctima. Nadie se atrevía a salir a la calle.

Pasó toda la noche, y no apareció ningún carabinero, ninguna ambulancia. Levantado el toque de queda, pudimos acercarnos al cuerpo sin vida de Juan Eduardo. Sólo a las 9,30 hrs. de la mañana del 12 de agosto, doce horas después de caer bajo las balas de los soldados, fue levantado y retirado el cuerpo de la víctima.

SECTOR : Recoleta

✓ Pincoya 1 : Fue asesinado el señor JUAN GUARDA SAEZ en calle Inés de Suarez cor Rergifo 5665 Este señor (según testigos) iba en horas de toque de queda con Bandera Blanca, a buscar remedio para su hijo enfermo, y militares dispararon. El cadaver estuvo hasta las 11 horas del viernes, en que el Instituto Médico lo levanto.

Hora: 4 A.M.

Fuente : Directa

Observaciones : Estos datos han sido entregados por pobladores que conversaron con testigos directos y son del sector.

Villa Wolf

Pincoya 2

: Fué baleada una persona joven que fue tapada con capas verdes por militares y lo tiraron arriba de una camioneta se desconoce el nombre y paradero actual.

Hora: 23,30 horas

Fuente: Directa testigo

SECTOR: El Bosque

Villa Conchali

: Se señalo que militares balearon a 2 jóvenes, se desconocen nombres y situación (heridos o muertos).

Pincoya 3

: También, hay denuncia de que el hijo de señora Juana Moreno fué herido de bala por militares, el proyectil se le incrusto en la cara, destruyendole Maxilar y labios.

Se informo que en el mismo sector se hirió a un niño de 2 años. No se sabe el nombre. Fué conducido al Hospital Roberto del Río.

SECTOR: Conchali

Pob.El Bosque:

Fue asesinada la señora Marta Soto Vidal cuando se disponia a preparar la mamadera de su guagua, por lo cual procedio a encender la luz. Los disparos los efectuaron Militares, al interior de la casa. Ella es esposa de un profesor de la Escuela de la Población El Bosque.

Fuente: Testigos directos

SECTOR : RECOLETA

Pincoya 4

: El día miércoles 10 de agosto a las 15 horas aproximadamente, fueron detenido por detectives que viajaban en camionetas de Investigaciones. Hasta la fecha no se tiene antecedentes. Esto fue redactado. Estos jovenes son dirigentes del lugar.



El día de ayer, 11 de agosto, una vez empezado el toque de queda, procedía a edhar llaves a mi casa, que tiene reja de entrada, y me quedé con mi familia dentro de casa. Hay entre el antejardín y la casa unos 2 metros.

Como a las 20,40 horas, estando en el comedor la familia, compuesta por mi mujer ELIANA DEL ROSARIO AGUAYO BLASCHENDOR, que está embarazada, y nuestros dos hijos PATRICIO, de 15 años y ITALO de 10 años. Estábamos viendo las noticias que en ese momento daban en canal 13.

En un momento, empezamos a ser baleados desde afuera; entraron 4 balas por la ventana que quebraron el vidrio, donde quedaron los hoyos de las balas. Además rompieron visillos y cortinas. Pasando por nuestras cabezas las balas se fueron a alojar en la cocina, una de las cuales quedó en el entretecho, atravesando el cielo. Las otras 3 atravesaron la pared de la cocina y se alojaron en el baño. En su trayecto dañaron las hoyas, colador y otros utensilios de cocina.

Ante esto, salí afuera, y ví que había un cabo del ejército, y otro militar, que todavía estaban apoyados en la reja. Al mostrarles dos casquillos de bala y reclamarles, me quitaron uno, y dijeron: estamos cho-

riados y por eso disparamos y procedió a garabatearme. Después de esto se retiraron y otros 3 militares ocuparon sus puestos. Quiero dejar en claro, que nosotros vivimos frente a la tenencia de Carabineros de Conchalí, por lo que si hubieramos estado haciendo algo habríamos sido vistos, pero estábamos tranquilos en casa.

Con fecha 11 de Agosto, día de la protesta nacional convocado por sectores de oposición al Gobierno, la Sra. Julia [REDACTED] a las 20 hrs. momento en que en mi domicilio mi familia y yo tocábamos cacerolas en señal de protesta, comenzó a tirar piedras desde el patio de su casa con lo cual dañó dos casas: contiguas a la de ella y nuestra casa. No cabe la menor duda que las piedras provenían del patio de su casa. A mi casa le rompieron el techo que es de planza.

Previamente a este hecho que en sí ya es deplorable, la Sra. Julia Morgles había amenazado a mí y diversas personas del barrio que para el día 11 de Agosto ella pasaría una lista a Carabineros con todas las personas que viera protestando tocando cacerolas, lo cual es una presión ilegítima para amedrentarnos con la policía por ejercer el justo derecho a protestar por legítimos derechos que nos han sido conculcados.

Que la Sra. Julia [REDACTED] o sus familiares desde su casa haya tirado piedras a diversas casas, entre las cuales estaba la mía aprovechándose de las circunstancias políticas e incluso familiares que la favorecen es inadmisible, pues naturalmente con ello logra amedrentarnos. Ella tiene una hija Carabinero y probablemente esta circunstancia la hace sentirse respaldada en su acción vandélica.

Ciertamente es grave que tirara piedras a los diversos domicilios contiguos al suyo, durante el toque de queda y en circunstancias que en los referidos domicilios se estaba protestando pacífica y legalmente tocando cacerolas por el hecho mismo que con ella amedrenta, reprime y no nos permite ejercer nuestros legítimos derechos, pero más grave aún es que con tal conducta arriesgó la vida mía y de mis familiares entre los cuales se encuentra mi hijo de dos años de edad y demás hijos que también son menores de edad, así como la integridad física y la salud.



Para defendernos y evitar una desgracia en la familia, yo y mis vecinos nos subimos arriba de los techos de nuestras casas y le gritamos "Sra. Julia no tire más piedras que sabemos que es Ud. quién las tira" y desde ese momento dejó de tirar piedras.

Estos hechos que ahora vengo a denunciar, también ocurrieron en la protesta pasada, de fecha 12 de Julio y no lo denuncié porque no sabía de qué lugar y persona provenían.

El día 12 de agosto de 1983, aproximadamente a las 24,00 horas, en circunstancias que transitaba por calle Argel con Camberra, con destino a mi domicilio y tan solo a nos diez metros de mi domicilio, fui interceptado por un grupo de unos veinte carabineros, los cuales sin mediar explicación alguna me golpearon con lumas, culatazos y puntapiés, obligándome a ir con ellos hasta una casa de calle Camberra, lugar desde el cual hicieron salir a dos jóvenes, llevándonos siempre a punta de golpes hasta la calle Estocolmo, siempre dentro de la población mencionada, lugar este último en el cual nos amenazaron con fusilarnos. A continuación nos dijeron que teníamos "tres tiempos" para arrancar, obligándonos a salir corriendo, mientras nos disparaban. Los tormentos y violencias descritas a que fui sometido duraron hasta aproximadamente las 1,30 horas del día 13 de agosto. En la actualidad tengo lesiones en la espalda y fuertes dolores en el abdomen, producto del castigo a que me sometieron.

POBLACION DAVILA:

14:30 hrs. Llegan 10 camiones con militares, practican ejercicios y ocupan sitio frente a carabineros y la Copa de agua.

LA BANDERA:

11 A.M. llegan varios camiones de militares y ocupan recinto de las Xóax Copas de agua.

También varios buses de recorrido urbano llenos de carabineros.

POBLACION DAVILA:

15 hrs. llegan a cancha deportiva un centenar de militares fuertemente armados, en donde acampan. Esta cancha está ubicada al lado de la iglesia.

LA LEGUA:

Toda patrullada por militares y civiles en camiones. Los pobladores mirando en las calles. No hay incidentes.

Allanado domicilio de comerciante de madera, se le acusa de haber comprado madera para las fogatas de la noche.

P. Pierre informa que ha recibido balines de goma muy dura que serían fabricados en la zona y para ser usados en contra de pobladores.

STA. ROSA:

- desde muy tempranas horas se ve gran desplazamiento de militares por el sector.

LA VICTORIA:

P. Pierre informa: después de un recorrido por la población, ésta se encuentra cercada por carabineros y militares. Hay micros llena de carabineros sin patentes, en lugares estratégicos. Se ven camiones chicos patrullando. Se sienten dos ruidos de detonaciones, pero sin confirmarse.



HECHOS OCURRIDOS EL DIA 12 DENUNCIADOS EN VICARIA EL DIA 13:

*8 cuadras de Coorall (54 Ad)*

- POBLACION DAVILA:

La Sra. Guadalupe Fernández Melo, que reside en Caramapu NO 3091, fueron asaltados por tercera vez, la primera vez fue en la protesta anterior. Como las diez de la noche se trataron de meter los militares por la puerta del patio, como las doce aprox. 30 Carabineros que rompieron vidrios de la casa, rompieron la puerta a patadas, lo insultaron y tiraron bombas lacrimogenas.

En la casa viven 8 personas adultas, entre ellos la suegra inválida y tres niños de 6 , 3 y 1 y medio año. E

Este mismo tipo de asalto fue realizado además en otras casas del sector.

El Sr. Juan Sepúlveda Soto, domiciliado en Barahue 1669 de p. Dávila, tiene un hijo militar que vive en Arica.

Denuncia que entraron a su casa por detrás derribando un portón de fierro.

Quebraron vidrios de las ventanas del pasillo, cocina, baño, rompiendo un furgón zastava de propiedad de una vecina.

La Sra. Guadalupe Fernández, acreditó que esos daños habían sido provocados por carabineros.

Sra. Eliana Peralta Tello de calle Calbuco 5713, tiene un hijo en 1 Fuerza aerea en Antofagasta. Viven con ella 6 personas más un niño de 6 años.

Tiene 3 hijos en la universidad y una hija que estudia obstetricia que llegaba en esos momentos a su domicilio des ués del turno. Su marido enfermo del corazón.

Esa noche se encoentraban a oscuras por miedo.

Sintieron carreras, resultaron ser carabineros que de dos patadas echaron abajo la puerta de la casa introduciendose en ella, preguntando por la gente que vivia allí. Insultaron a la familia y se retiraron. Eran aproximadamente 8 carabineros.

Los niños sufrieron una fuerte impresión incluso uno de ellos enmudeció sin poderse recuperar hasta el momento.

- Sra. María Luco Cerda, domiciliada en Pasaje Challaigüe Nº 5705 población dávila.

Alrededor de las 10PM. entran en forma violenta un grupo de carabineros quienes destruyen muebles, vidrios, puerta, etc. disparando dentro de la vivienda hacia la cocina donde se encontraba la dueña escorrida, quien se encontraba acompañada por un grupo de jóvenes.

*¿habían sido manifestantes?*

Todos los denunciantes señalaron que se sentían muy desamparados por su párroco.

Recibieron graves insultos de carabineros. y sus hijos gravemente atemorizados.

A todas estas personas se las orientó para que se dirigieran a la Vicaría de la Solidaridad.

J.M. CARO:

En la calle 9 Sur Nº 5189 - Sector D. Los carabineros de fuerzas especiales entraron a este domicilio, rompiendo la puerta y los vidrios, al entrar en su interior, procedieron a golpear a la dueña de casa y a un hijo, rompiéndole a este último su cabeza. dejándolo inconciente, debido a esto debió ser trasladado al Hospital Barros Luco. El nombre del joven es: Eladio Osses Gilber. A su padre le dio un ataque de nervios ya que está convalciente de una reciente operación. Esto ocurrió a las (18 hrs.) del día 12.

#### LOS TRONCOS.

A las 4:30 hrs. Raúl Vargas Arenas, fue detenido de la casa de una vecina que estaba embarazada, por carabineros, los cuales golpearon fuertemente al joven produciéndole varias contusiones en la cabeza y fractura en el brazo derecho. Luego lo soltaron quedando inconciente durante 30 minutos, se arrastró a un rincón para tomar fuerzas, allí estuvo hasta las 8 P.M. cuando fue encontrado por su vecino y su mujer, que procedieron a llevarlo a una parroquia de la pobl. J.M. Caro. Allí sólo le echaron yodo y le pusieron unos parches en la cabeza, le recomendaron que tenía que ir a un hospital por necesitar puntos. El no quería ir



por temor a ser nuevamente detenido, después decidieron llevarlo a la Vicaría ~~del~~ de la zona sur.

Aquí fue recibido; se llamó al decano de Gran Avda. el que se puso en contacto con las hnas. Ursulinas las cuales se negaron a prestar ayuda. Debido a esto, se recurrió a las hnas. de la Clínica Santa Marta las que no pasado mucho tiempo de ser solicitadas, se hicieron presentes con un par de enfermeras de la misma clínica, atendieron al contuso, le cosieron las heridas que tenía en la cabeza (tres profundas).

A las 1:15 de la madrugada, terminaron de atender al paciente dándole indicaciones para su posterior atención en su propio domicilio.

El P. Cornelio, lo trasladó a su domicilio volviendo por las hermanas y las enfermeras quienes fueron trasladadas al ~~hosp~~ la clínica.

Al sr. Raúl Vargas de 35 años aprox., obrero del ~~SE~~ se le recomendó que se presentara a la Vicaría Central para presentar su testimonio.

Informe de las Enfermeras de la Clínica Sta. Marta:

Don Raúl Vargas fue atendido por haber recibido múltiples lesiones en región dorsal y tres heridas cortantes en cuero cabelludo, región occipital y temporooccipital; y otro frontal, las que debieron ser suturadas.

Además presenta hematoma en ojo derecho y extremidad superior derecha.

Por lo tanto se le indica la siguientes actitudes a seguir:

- Reposo en cama.
- Líquidos abundantes.
- Curación en clínica Sta. Marta cada dos días. (corresponde el lunes 15 del presente).
- Paños fríos en zonas donde presenta hematoma.
- Administrar medicamentos para su pronta recuperación.

Firma S. Espinoza V.

Enfermera Clínica Sta. Marta. 15.0. 14 - 8 - 83.-

El día diez de mayo a las 21:45 horas estando en completa calma la población Santa Adriana, sin que mediaran fogatas, barricadas, ni gritos, surgió por el Callejón Ovalle, desde Lo Valledor Sur una micro de carabineros disparando.

La gente que estaba en las veredas, conversando o aguardando a algún familiar que regresaba del trabajo, corrió a ocultarse en los pasajes.

La micro se paró frente al pasaje 43 y disparó contra el rostro de dos jóvenes que estaban apoyados en el muro del pasaje, siendo alcanzados por más de diez perdigones, con peligro de perder la vista. Luego dispararon sobre el pasaje 42, sin parar, desde la micro, hiriendo a otros tres, uno de ellos con más de ochenta perdigones en el cuerpo. Igualmente hicieron sobre el pasaje 41, siendo un total de ocho los heridos con perdigones.

La irracionalidad de esta acción nos obliga a condenar tal proceder que busca amedrentar y acallar el grito del pueblo que exige pan, justicia, trabajo y libertad.

Como cristiano apoyo ese grito que es de Dios crucificado y condeno la fuerza diabólica que quiebra la vida.

P. Jesús Herreros s.m.

Párroco



Caja 48 Protesta  
carpeta 1984 (semin)  
27 marzo

Sr. Arzobispo de Santiago  
Mons. Juan Francisco Fresno  
Presente.-

Me ha parecido necesario enviarle una narración lo más aproximada posible del asesinato del niño Juan Fernando Aravena Mejías, ocurrida en Santa Adriana, en la intersección de Lincoln con Ochagavía.

El 27 de marzo hacia las 20 horas había un grupo de personas gritando en una fogata levantada en la Panamericana Sur. Llegó un bus de carabineros lanzando bombas lacrimógenas y el grupo se dispersó. Los carabineros pasaron al lado oriental de Ochagavía, donde hay un lugar erialzo cubierto de árboles, resto de un campamento erradicado (Los Troncos) Allí se escondieron esperando que los pobladores volvieran a la fogata. Cuando esto ocurrió salieron de su escondite, la gente se dispersó y atraparon al niño Juan Aravena, que cayendo sobre él lo golpearon hasta quebrar una luma y dejarlo inconsciente.

Lo recogieron los vecinos. Estaba en pantalones cortos, con una chaleca y sin zapatos. Se los habían sacado. El niño recobró el conocimiento pero sin saber qué le había pasado y preguntando por sus zapatos.

Lo llevaron a casa, andando. Allí fue perdiendo la conciencia y el color, pero nunca llegó a la inconsciencia. Avisaron al retén de carabineros de Santa Adriana, y consiguieron que viniera una ambulancia.

Lo hospitalizaron de inmediato y decidieron la operación urgente.

No logró recobrar el conocimiento en dos largos días de agonía. Le dieron la unción de los enfermos. La mamá comentaba: "Es buena para vivir y para morir".

Juan Aravena había realizado su preparación a la primera comunión durante dos años en su parroquia. Hacía quince meses que había hecho su primera comunión.

Es el noveno hijo de una familia muy bien constituida. Su madre es viuda desde hace siete años y ha debido afrontar la educación de sus últimos cinco hijos con gran valentía. "Yo sé que mi hijo ha resucitado ya, pero es difícil comprender esto". "Quisiera que esta muerte sirviera para que no se diera ninguna más", me decía.

P. Jesús Herreros S.M.  
párroco